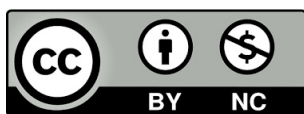


Rubén Escorihuela Martínez

Disciplina e insurrección en el ejército romano: Un estudio sobre el comportamiento del soldado romano al final de la República

Director/es
Pina Polo, Francisco José

<http://zaguan.unizar.es/collection/Tesis>



Universidad de Zaragoza
Servicio de Publicaciones

ISSN 2254-7606



Universidad
Zaragoza

Tesis Doctoral

DISCIPLINA E INSURRECCIÓN EN EL EJÉRCITO
ROMANO: UN ESTUDIO SOBRE EL
COMPORTAMIENTO DEL SOLDADO ROMANO AL
FINAL DE LA REPÚBLICA

Autor

Rubén Escorihuela Martinez

Director/es

Pina Polo, Francisco José

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
Escuela de Doctorado

Programa de Doctorado en Ciencias de la Antigüedad

2023

**DISCIPLINA E INSURRECCIÓN EN EL EJÉRCITO
ROMANO:
UN ESTUDIO SOBRE EL COMPORTAMIENTO DEL
SOLDADO ROMANO AL FINAL DE LA
REPÚBLICA**

RUBÉN ESCORIHUELA MARTÍNEZ



**Director
Francisco Pina Polo**

**Universidad de Zaragoza (Facultad de Filosofía y Letras)
2023**

Tesis Doctoral

**Disciplina e insurrección en el ejército
romano:
Un estudio sobre el comportamiento del
soldado romano al final de la República**

Autor

Rubén Escorihuela Martínez

Director

Francisco Pina Polo

Facultad de Filosofía y Letras
2023

«A riot is the language of the unheard»
Martin Luther King Jr.

AGRADECIMIENTOS

Todo aquel que haya tenido la oportunidad de realizar una tesis doctoral estará de acuerdo en que la tesis es mucho más que un trabajo de investigación, es una experiencia vital que te marca y te define, que te pone a prueba y que te obliga a sacar lo mejor de ti mismo. A lo largo del camino, todo doctorando termina estableciendo con su obra una curiosa relación de amor-odio muy difícil de entender y de explicar si no la has vivido personalmente. Pues bien, ese trayecto no lo hubiera podido recorrer sin el respaldo de quienes me han acompañado durante todos estos años.

Me gustaría comenzar con mi director, Francisco Pina Polo. A él le debo agradecer que confiara en mí cuando le comenté mi deseo de realizar una tesis doctoral y que me correspondiera con su apoyo y con la propuesta de un tema de investigación que me cautivó desde el primer momento. Durante todo este tiempo, siempre ha mostrado interés por mi trabajo, ofreciéndome tanto su atención como su consejo.

El desarrollo de mi investigación no hubiera sido tampoco posible sin la acogida que el Grupo de Investigación Hiberus y el Área de Historia Antigua, así como el Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza, me brindaron desde el principio. A este respecto, he tenido la fortuna de coincidir con muchos de sus miembros desde mi primera etapa de formación durante el Grado en Historia y el Máster Universitario en Mundo Antigo y Patrimonio Arqueológico, y he de reconocer que si, finalmente, me decanté por hacer una tesis doctoral fue, en gran medida, por la pasión y el esmero que me supieron transmitir durante sus clases. Tampoco me olvido de mis compañeros de doctorado, con los que he compartido parte del camino y de las inevitables dificultades que implica sacar una tesis hacia delante. Y de la amabilidad del profesor Esteban Moreno Resano, con el que tuve el privilegio de impartir docencia.

Por otra parte, si durante este tiempo me he podido dedicar profesionalmente a la investigación ha sido gracias a la concesión por parte del Gobierno de Aragón de un contrato de cuatro años como personal investigador predoctoral en formación. Asimismo, he de agradecer al *Programa CAI-Ibercaja de Estancias de Investigación* la ayuda económica recibida para la realización, en 2019, de una estancia en Roma de tres meses de duración. A tal efecto, debo dar las gracias a la profesora Silvia Orlandi por ejercer de anfitriona en la *Università degli Studi "La Sapienza" di Roma* y facilitarme la colaboración del *Dipartimento di Scienze dell'Antichità*. Igualmente, debo agradecer la oportunidad que me dieron algunas de las bibliotecas más prestigiosas de la capital italiana, como la *École Française de Rome*, la *American Academy in Rome* o el *Deutsches Archäologisches Institut*, de utilizar sus instalaciones.

A lo largo de estos años, la elaboración de mi tesis doctoral me ha permitido asistir a numerosos congresos y seminarios científicos tanto dentro como fuera de España, lo que me ha llevado a conocer a muchos colegas de profesión, tanto *seniores* como *iuniores*, con los que he podido compartir mi trabajo y mi pasión por la historia. Mención aparte merecen los compañeros de la red de Excelencia *Libera Res Publica*, con los que tuve el placer de coincidir en los encuentros de Palma (2019) y Zaragoza

(2021), y François Cadiou, quien siempre se ha mostrado dispuesto a responder a mis preguntas con sumo interés y afecto.

En suma, me gustaría hacer extensivo mi agradecimiento a todos aquellos que, durante estos últimos años, han permanecido a mi lado y me han apoyado en todo momento. En este sentido, no puedo dejar de hablar de mis abuelos, de mis padres y de mi novia, a quienes siempre les estaré agradecido por su cariño y comprensión.

**DISCIPLINA E INSURRECCIÓN EN EL EJÉRCITO ROMANO:
UN ESTUDIO SOBRE EL COMPORTAMIENTO DEL SOLDADO ROMANO
AL FINAL DE LA REPÚBLICA**

i.	Resumen	1
ii.	<i>Abstract</i>	4

**PRIMERA PARTE
INTRODUCCIÓN**

1.	Presentación	8
2.	Estado de la cuestión	10
3.	Metodología	21
4.	Objetivos y estructura	23
5.	Abreviaturas y otras cuestiones de forma	24

**SEGUNDA PARTE
DESARROLLO**

**CAPÍTULO I
EL EJÉRCITO ROMANO TARDORREPUBLICANO: UNA APROXIMACIÓN**

1.	Introducción	25
2.	De la segunda guerra púnica a la guerra de Jugurta: el ejército romano durante la República media	26
2.1.	El ejército cívico romano: la idealización del ciudadano-soldado	26
2.2.	El servicio militar en la República media: los primeros fallos del sistema	30
2.3.	La crisis del campesino-soldado: ¿el fin del ejército ciudadano?	38
3.	De la guerra de Jugurta a la batalla de Accio: el ejército romano al final de la República	47
3.1.	¿Un ejército de pobres y voluntarios?: la “proletarización” del ejército romano	48
3.2.	¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano	58
3.3.	¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”	83
4.	Conclusiones	91

**CAPÍTULO II
DISCIPLINA MILITARIS: ¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA DISCIPLINA MILITAR?**

1.	Introducción	96
2.	Fundamentos básicos	98
2.1.	Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el mantenimiento de la disciplina militar	98

2.2. <i>Virtus et disciplina militaris</i> : valor, hombría y honor en el ejército romano	107
2.3. <i>Exempla virtutis</i> : el pasado como referente y punto de encuentro	117
3. Control y cohesión en el ejército romano	137
3.1. Medios para trabajar y fomentar la disciplina militar: de la instrucción y el entrenamiento a las tareas y los trabajos diarios	139
3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del <i>sacramentum militiae</i> al castigo físico	147
3.3. De la cohesión táctica a la cohesión social: ¿la formación de un <i>esprit de corps</i> en el ejército romano?	192
4. Conclusiones	207

CAPÍTULO III

EL FENÓMENO DE LA INSURRECCIÓN EN LA REPÚBLICA ROMANA TARDÍA: UNA REVISIÓN

1. Introducción	217
2. <i>Seditio, tumultus, defectio</i> ... ¿Qué entendemos por indisciplina militar? ¿A qué llamamos insurrección?	220
3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República	230
3.1. Guerra de Jugurta	231
3.1.1. Cerca de Vaga, Numidia, finales del 111 a. C.	232
3.1.2. Suthul, Numidia, finales del 110 – principios del 109 a. C.	234
3.1.3. Otras insurrecciones	237
3.2. Guerra cimbria	241
3.2.1. Otras insurrecciones	242
3.3. Guerra de los aliados	245
3.3.1. Nola, Italia, 90 a. C.	246
3.3.2. <i>Locus incertus</i> , 89 a. C.	248
3.3.3. Cerca de Pompeya, Italia, 89 a. C.	251
3.3.4. Otras insurrecciones	254
3.4. Guerra civil entre silanos y cinnanos	255
3.4.1. Nola, Italia, 88 a. C.	256
3.4.2. <i>Locus incertus</i> , 88 a. C.	261
3.4.3. Nola, Italia, 87 a. C.	264
3.4.4. Roma, Italia, 87 a. C.	267
3.4.5. Roma, Italia, 87 a. C.	270
3.4.6. Ancona, Italia, 84 a. C.	272
3.4.7. Alrededores de Teano, Italia, 83 a. C.	276
3.4.8. Sacriporto, Italia, abril del 82 a. C.	280
3.4.9. Cerca de Preneste, Italia, junio del 82 a. C.	282

3.4.10.	Faventia, Italia, agosto-septiembre del 82 a. C.	284
3.4.11.	Arimino, Italia, agosto-septiembre del 82 a. C.	285
3.4.12.	Útica, provincia de África, 80 a. C.	289
3.4.13.	Otras insurrecciones	291
3.5.	Guerras mitridáticas	294
3.5.1.	Tesalia, Macedonia; Nicomedia, Bitinia, 86-85 a. C.	295
3.5.2.	Campamento de Tiara, provincia de Asia, 85 a. C.	299
3.5.3.	Cízico, 74 a. C.; Amisos, 72 a. C.; Gordiene, 69 a. C.; río Arsanias, 68 a. C.; Nísibis, 67 a. C.; <i>Locus incertus</i> , 66 a. C.	302
3.5.4.	Gaciura, reino del Ponto, 67 a. C.	313
3.5.5.	Otras insurrecciones	315
3.6.	Campaña en Iliria	318
3.6.1.	<i>Locus incertus</i> , Ilírico, 78-76 a. C.	318
3.7.	Levantamiento de Marco Emilio Lépido	320
3.7.1.	Módena, Galia Cisalpina, 77 a. C.	320
3.8.	Guerra contra Quinto Sertorio	323
3.8.1.	<i>Locus incertus</i> , 77 a. C.	323
3.8.2.	Lauro, 76 a. C.; <i>Locus incertus</i> , 74 a. C.; <i>Locus incertus</i> , 74-72 a. C.; Osca, 72 a. C.	326
3.8.3.	Osca, Hispania Citerior, 72 a. C.	329
3.8.4.	Otras insurrecciones	331
3.9.	Campaña contra los dardanios	333
3.9.1.	Dirraquio, provincia de Macedonia, 75 a. C.	333
3.10.	Tercera guerra servil	336
3.10.1.	Otras insurrecciones	336
3.11.	Conjuración de Catilina	338
3.11.1.	Otras insurrecciones	339
3.12.	Guerra de las Galias	340
3.12.1.	<i>Vesantio</i> , Galia Comata, 58 a. C.	341
3.12.2.	Cerca del río Sambre, Galia Comata, 57 a. C.	346
3.12.3.	Gergovia, Galia Comata, 52 a. C.	349
3.12.4.	Otras insurrecciones	350
3.13.	Campaña contra los tracios	353
3.13.1.	Dirraquio, provincia de Macedonia, 55 a. C.	353
3.14.	Campaña contra los partos	355
3.14.1.	Cerca de Carras, Imperio parto, 53 a. C.	355
3.15.	Guerra civil entre César y Pompeyo	362
3.15.1.	<i>Corfinium</i> , Italia, mediados de febrero del 49 a. C.	365
3.15.2.	Cerca de Ilerda, Hispania Citerior, 26 y 28 de julio del 49 a. C.	369
3.15.3.	Cerca de Ilerda, Hispania Citerior, 29 de julio del 49 a. C.	372
3.15.4.	<i>Locus incertus</i> , Hispania Ulterior, agosto del 49 a. C.	377

3.15.5. Cerca de Útica, provincia de África, agosto del 49 a. C.	379
3.15.6. Campamento Cornelio, provincia de África, 49 a. C.	382
3.15.7. <i>Placentia</i> , Galia Cisalpina, 49 a. C.	384
3.15.8. Epiro, provincia de Macedonia, 48 a. C.	388
3.15.9. Dirraquio, provincia de Macedonia, julio del 48 a. C.	390
3.15.10. Farsalia, Tesalia, agosto del 48 a. C.	393
3.15.11. Isla de Faro, reino de Egipto, 48-47 a. C.	396
3.15.12. <i>Corduba</i> , Hispania Ulterior, finales del 48 – comienzos del 47 a. C.	398
3.15.13. Ilipa, Hispania Ulterior, finales del 48 – comienzos del 47 a. C.	402
3.15.14. Mesina, provincia de Sicilia; <i>Locus incertus</i> , Italia, verano del 47 a. C.	406
3.15.15. Campania, Italia, octubre del 47 a. C.	408
3.15.16. Tiro, provincia de Siria, primavera – verano del 46 a. C.	413
3.15.17. Tapso, provincia de África, abril del 46 a. C.	418
3.15.18. Munda, Hispania Ulterior, 17 de marzo del 45 a. C.	421
3.15.19. Otras insurrecciones	424
3.16. Guerra civil entre cesarianos y cesaricidas	435
3.16.1. <i>Brundisium</i> , Italia, noviembre del 44 a. C.	437
3.16.2. Alba, Italia, noviembre del 44 a. C.	443
3.16.3. Dirraquio, provincia de Macedonia, enero del 43 a. C.	448
3.16.4. Apolonia, provincia de Macedonia, febrero-marzo del 43 a. C.	451
3.16.5. Apamea, provincia de Siria; <i>Locus incertus</i> , Palestina, marzo del 43 a. C.	455
3.16.6. Cerca de <i>Forum Iulii</i> , Galia Narbonense, mayo del 43 a. C.	460
3.16.7. Roma, Italia, agosto del 43 a. C.	466
3.16.8. Entre Rávena y Aquilea, Galia Cisalpina, agosto del 43 a. C.	471
3.16.9. Apolonia, provincia de Macedonia, marzo del 43 – principios del 42 a. C.	474
3.16.10. Filipos, provincia de Macedonia, octubre del 42 a. C.	478
3.16.11. Otras insurrecciones	486
3.17. Guerra de Perugia	493
3.17.1. Alba, Italia, 41 a. C.	495
3.17.2. Perugia, Italia, finales de febrero – principios de marzo del 40 a. C.	500
3.17.3. Otras insurrecciones	506
3.18. Guerra contra Sexto Pompeyo	514
3.18.1. Otras insurrecciones	516
3.19. Guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano	518
3.19.1. Cerca de Mesana, Sicilia, septiembre del 36 a. C.	519
3.19.2. Cerca de Mesana, Sicilia, finales del 36 a. C.	525
3.19.3. <i>Locus incertus</i> , Italia, 35 a. C.	530
3.19.4. <i>Brundisium</i> , Italia, finales del 31 – comienzos del 30 a. C.	534
3.19.5. Paretonio, Egipto, entre mediados y finales de julio del 30 a. C.	538
3.19.6. Alejandría, Egipto, finales de julio del 30 a. C.	514

3.19.7. Otras insurrecciones	545
3.20. Otros conflictos durante el Triunvirato	550
3.20.1. Revuelta de los cerretanos (39 a. C.)	550
3.20.2. Campaña contra los partos (36 a. C.)	553
3.20.3. Campaña contra los yápides (35 a. C.)	558
3.20.4. Campaña contra los dálmatas (34 a. C.)	561
4. Conclusiones	562

TERCERA PARTE

CONCLUSIONES

1. Conclusiones finales	613
2. <i>Final conclusions (English version)</i>	633

ANEXOS

Anexo I – Insurrecciones principales	652
Anexo II – Lista general de insurrecciones	682

BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes clásicas	723
2. Fuentes secundarias	730

RESUMEN

A la hora de analizar el comportamiento del soldado romano tardorrepblicano, nuestra valoración del mismo se ha visto, fuertemente, condicionada tanto por la imagen profundamente idealizada que las fuentes clásicas han dibujado de la antigua *militia* cívica romana como por las críticas que el ejército romano de finales de la República ha recibido de un amplio sector de la historiografía clásica y moderna.

Mientras que el primitivo ejército romano ha sido, generalmente, caracterizado como una fuerza militar formada por ciudadanos-soldados capaces de costearse su propia panoplia y como un cuerpo militar constituido por aquellos ciudadanos con recursos económicos suficientes y con las cualidades cívicas, morales, físicas y militares necesarias para servir en las legiones; el ejército romano de la tardorrepública ha sido duramente descalificado con todo tipo de reproches al considerarlo uno de los principales responsables de la caída de la República.

Esta apreciación, elaborada sobre la base de que al final de la República se produjo la desaparición de la figura del campesino-soldado, una vez que se extendió la hipótesis del supuesto empobrecimiento de los *adsidui* y de la reducción del número de ciudadanos con derecho a portar armas, se terminó de confirmar tan pronto como se dio por hecho que la disminución de la cualificación mínima de propiedad exigida para ingresar en el ejército había originado que las legiones se llenaran de individuos procedentes de los sectores más desfavorecidos de la sociedad romana y que se hubiera producido la “proletarización” del ejército.

A partir de este momento, se da por hecho la decadencia del ejército romano, al entender que la inclusión de *proletarii* y *capite censi*, así como la incorporación de voluntarios, dio lugar a un tipo de soldado mucho más oportunista e interesado. Si para el campesino-soldado la guerra era una obligación a la que tenía que hacer frente como parte de sus deberes como ciudadano, para el soldado de finales de la República, la guerra, según el pensamiento clásico, era una forma de vida y una salida económica. En lo sucesivo, se empieza a hablar de la “profesionalización” del ejército romano y de la aparición de una nueva mentalidad, mucho más materialista.

En entonces cuando se presume que los antiguos valores cívicos del pasado habían degenerado en un tipo de tropa desleal y mercenaria, capaz de venderse al mejor postor y de apoyar cualquier tipo de iniciativa con tal de enriquecerse en la guerra. Se habla de ejércitos “clientelares”, de soldados que sólo siguen a sus generales por pura avaricia y ambición, y de ejércitos “revolucionarios”, de tropas rebeldes y sediciosas capaces de marchar sobre la propia Roma con tal de imponer su voluntad.

Si la antigua milicia cívica romana se había caracterizado por ser una fuerza militar altamente organizada y eficaz, y el ciudadano-soldado del pasado se había distinguido por ser el modelo ideal de cómo debía ser un buen soldado romano, valiente, disciplinado y leal; el ejército romano de la tardorrepública es definido de la peor forma posible. De la obediencia absoluta y abnegada de aquellos soldados que habían extendido los límites de Roma más allá de lo esperado, pasamos a una turba

maliciosa, voluble y caprichosa, a una clase de soldado sumamente indisciplinado y desleal.

Ahora bien, ¿hasta qué punto podemos seguir admitiendo la visión heredada por la historiografía tradicional? ¿Cómo fue, realmente, el soldado romano tardorrepblicano?

Para responder a todas estas cuestiones, valorar cómo fue el comportamiento del soldado romano al final de la República y determinar las verdaderas razones que llevaron a las tropas a romper su *sacramentum militiae* y desafiar la autoridad de sus respectivos mandos militares, a lo largo de la presente tesis doctoral hemos rebatido uno a uno todos aquellos mitos historiográficos que, tradicionalmente, han servido de base para criticar al ejército romano de la tardorrepública.

A tal efecto, con el propósito de abordar el tema desde un enfoque original e integrador en el que, no sólo se tuvieran en cuenta cuestiones de naturaleza política y/o socioeconómica, tal y como se ha venido haciendo hasta la fecha, sino que se estudiara el problema, precisamente, desde aquello que más se le ha criticado al soldado romano tardorrepblicano, su aparente falta de disciplina y su teórica naturaleza rebelde, hemos dividido nuestro trabajo en tres grandes bloques temáticos, a saber: el ejército romano tardorrepblicano, la *disciplina militaris* y el “fenómeno de la insurrección”.

Así las cosas, en el primer capítulo hemos podido apreciar cómo debemos relativizar todo lo relacionado con la supuesta disminución del número de *adsidui* y la consiguiente “proletarización” del ejército romano tardorrepblicano; cómo la intervención de Cayo Mario no dio lugar a un ejército de pobres y voluntarios; cómo debemos limitar el alcance de las mal denominadas “reformas marianas”; cómo el ejército del siglo I a. C. no llegó a ser ese ejército permanente, homogéneo y uniformado del que tanto se nos ha hablado; cómo sería impropio hablar de soldados profesionales en una época tan temprana; cómo debemos cuestionar todo lo relacionado con la supuesta creación de un ejército mercenario y clientelar; y cómo, desde un punto de vista socioeconómico, no podemos dar por válida la teoría de que la entrada en las legiones de individuos sin recursos supuso la decadencia moral del ejército romano tardorrepblicano y el origen de un ejército antipatriota y revolucionario.

Por otra parte, en el segundo capítulo hemos podido comprobar la importancia que para los romanos tuvo la legendaria *disciplina militaris*, ya no sólo como instrumento con el que guardar el orden y garantizar tanto la cohesión táctica como la cohesión social del ejército, sino como elemento central de la cultura romana. Asimismo, hemos podido advertir cómo el Estado romano nunca llegó a contar durante la República con una suerte de código o reglamento militar con el que gestionar el funcionamiento interno del ejército; cómo la ausencia de una “ley” militar hizo que la tradición heredada y la experiencia adquirida ganaran importancia en el momento de conducir a las legiones; cómo las autoridades políticas y militares romanas lograron desarrollar toda una serie de mecanismos y elementos de control, cohesión y represión con los que proveerse de los medios necesarios con los que granjearse la adhesión del ejército y mitigar los posibles “fallos” del sistema disciplinario romano; y cómo, pese a todo lo anterior, fue la arbitrariedad lo que se acabó imponiendo a la hora de conducir a las tropas y combatir la falta de disciplina del ejército.

Finalmente, en el tercer y último capítulo hemos podido reinterpretar la imagen del soldado romano tardorrepblicano a partir del examen de todos los episodios de indisciplina en los que participó el ejército romano al final de la República. En consecuencia, hemos podido demostrar que, desde un punto de vista disciplinario, no sólo no se sostienen las críticas con las que, comúnmente, se ha estereotipado al ejército romano de la tardorrepública, sino que, por el contrario, fue el uso partidista y malintencionado que las autoridades políticas y militares romanas hicieron de la indisciplina del ejército, y no el comportamiento subversivo de los soldados, lo que más destacó del periodo. Y es que, mientras que ni las casusas ni las motivaciones detrás de la indisciplina de las tropas nos sugieren la existencia de un ejército mercenario y/o revolucionario, las maniobras subversivas que determinados generales romanos llevaron a cabo para hacerse con el favor de los soldados rivales y la instrumentalización que desde las instituciones políticas romanas se hizo de la insurrección del ejército nos invitan a pensar que, en contra de lo que habitualmente se ha señalado, ni fueron los soldados quienes más ayudaron a fragmentar los principios tradicionales de la mítica *disciplina militaris* romana ni fue la avaricia y/o la ambición de las tropas lo que terminó socavando los cimientos del régimen republicano.

Tal y como acabamos de ver y tendremos la oportunidad de demostrar a lo largo de nuestro trabajo, la complejidad del periodo objeto de estudio y la arbitrariedad con la que, históricamente, se ha retratado al ejército romano, nos obligan a desechar todas las etiquetas con las que, normalmente, se ha definido a este colectivo en favor de una explicación mucho más coherente y menos sesgada de lo que, en realidad, pudo ser el soldado romano tardorrepblicano.

ABSTRACT

When analysing the behaviour of the late Republican Roman soldier, our assessment of him has been strongly conditioned both by the deeply idealised image that classical sources have drawn of the ancient Roman civic *militia* and by the criticisms that the Roman army of the late Republic has received from a large sector of classical and modern historiography.

While the early Roman army has generally been characterised as a military force made up of citizen-soldiers able to afford their own panoply and as a military corps made up of those citizens with sufficient economic resources and with the civic, moral, physical and military qualities necessary to serve in the legions, the Roman army of the late Republic has been harshly disqualified with all sorts of reproaches as one of the main culprits in the fall of the Republic.

This assessment, based on the fact that the figure of the peasant-soldier disappeared at the end of the Republic, once the hypothesis of the supposed impoverishment of the *adsidui* and the reduction in the number of citizens with the right to bear arms became widespread, was confirmed as soon as it became clear that the reduction in the minimum property qualification required to join the army had caused the legions to fill up with individuals from the most disadvantaged sectors of Roman society and to the “proletarianisation” of the army.

From this point onwards, the decline of the Roman army is taken for granted, as the inclusion of *proletarii* and *capite censi*, as well as the incorporation of volunteers, gave rise to a much more opportunistic and self-interested type of soldier. If for the peasant-soldier war was an obligation he had to face as part of his duties as a citizen, for the soldier at the end of the Republic, war, according to classical thought, was a way of life and an economic outlet. From then on, we begin to speak of the “professionalization” of the Roman army and the emergence of a new, much more materialistic mentality.

It is then presumed that the old civic values of the past had degenerated into a disloyal and mercenary type of troop, capable of selling out to the highest bidder and supporting any kind of initiative in order to get rich in war. We are talking about “clientelist” armies, of soldiers who only follow their generals out of pure greed and ambition, and of “revolutionary” armies, of rebellious and seditious troops capable of marching on Rome itself in order to impose their will.

If the ancient Roman civic *militia* had been characterised as a highly organised and efficient military force, and the citizen-soldier of the past had distinguished himself as the ideal model of what a good Roman soldier should be like, brave, disciplined and loyal; the Roman army of the late Republic is defined in the worst possible way. From the absolute and self-sacrificing obedience of those soldiers who had stretched the boundaries of Rome beyond expectation, we moved to a malicious, fickle and capricious mob, to a most undisciplined and disloyal kind of soldier.

But, to what extent can we continue to accept the vision inherited by traditional historiography? What was the late Republican Roman soldier really like?

In order to answer all these questions, to assess the behaviour of the Roman soldier at the end of the Republic and to determine the real reasons that led the troops to break their *sacramentum militiae* and defy the authority of their respective military commanders, throughout this doctoral thesis we have refuted one by one all those historiographical myths that have traditionally served as a basis for criticising the Roman army of the late Republic.

To this end, with the aim of approaching the subject from an original and integrated point of view, not only taking into account political and/or socio-economic issues, as has been done to date, but also studying the problem precisely from the point of view of what the late Roman soldier has been most criticised for, his apparent lack of discipline and his theoretical rebellious nature, we have divided our work into three main thematic blocks, namely: the late Republican Roman army, *disciplina militaris* and the “phenomenon of insurrection”.

Thus, in the first chapter we have seen how we must put into perspective everything related to the supposed decrease in the number of *adsidui* and the consequent “proletarianisation” of the late Republican Roman army; how the intervention of Gaius Marius did not result in an army of poor and volunteers; how we must limit the scope of the misnamed “Marian reforms”; how the army of the 1st century BC was not the permanent, homogeneous and uniformed army of which we have heard so much; how it would be improper to speak of professional soldiers in such an early period; how we must question everything related to the supposed creation of a mercenary and clientelist army; and how, from a socio-economic point of view, we cannot accept as valid the theory that the entry into the legions of individuals without resources meant the moral decadence of the late Republican Roman army and the origin of an unpatriotic and revolutionary army.

On the other hand, in the second chapter we have seen how important the legendary *disciplina militaris* was for the Romans, not only as an instrument for maintaining order and guaranteeing both the tactical and social cohesion of the army, but also as a central element of Roman culture. We have also seen how the Roman state during the Republic never had a kind of military code or regulation to manage the internal workings of the army; how the absence of a military “law” meant that inherited tradition and acquired experience were of greater importance in the conduct of the legions; how the Roman political and military authorities managed to develop a whole series of mechanisms and elements of control, cohesion and repression with which to provide themselves with the necessary means to gain the support of the army and mitigate the possible “failures” of the Roman disciplinary system; and how, despite all this, it was arbitrariness that ended up imposing itself when it came to leading the troops and combating the lack of discipline in the army.

Finally, in the third and last chapter, we have been able to reinterpret the image of the late Republican Roman soldier by examining all the episodes of indiscipline in which the Roman army was involved at the end of the Republic. Consequently, we have been able to demonstrate that, from a disciplinary point of view, not only are the criticisms unsubstantiated with which the Roman army of the late Republic has been commonly stereotyped, but that, on the contrary, it was the partisan and malicious use

that the Roman political and military authorities made of the army's indiscipline, and not the subversive behaviour of the soldiers, that was the most salient feature of the period. While neither the causes nor the motivations behind the indiscipline of the troops suggest the existence of a mercenary and/or revolutionary army, the subversive manoeuvres that certain Roman generals carried out to curry favour with rival soldiers and the instrumentalisation of the army's insurrection by Roman political institutions lead us to believe that, contrary to what has usually been pointed out, it was not the soldiers who helped most to fragment the traditional principles of the mythical Roman *disciplina militaris*, nor was it the greed and/or ambition of the troops that ended up undermining the foundations of the republican regime.

As we have just seen, and as we will have the opportunity to demonstrate throughout our work, the complexity of the period under study and the arbitrariness with which the Roman army has been historically portrayed, oblige us to discard all the labels with which this group has usually been defined in favour of a much more coherent and less biased explanation of what the late Republican Roman soldier might actually have been like.

INTRODUCCIÓN

1. Presentación

Corría el año 2000, cuando una versión más joven del autor de estas líneas vio por primera vez en el cine la película *Gladiator*¹. Con su estreno, su director Ridley Scott resucitaba el péplum, un género que había sufrido un importante abandono en las últimas décadas y que había visto cómo su época dorada quedaba muy atrás en el tiempo, y devolvía una vez más a la actualidad el denominado cine “de romanos”.

Aunque, ciertamente, nuestro propósito no es hablar del filme (por mucho que nos pueda agradar la idea), pues ni el marco cronológico en el que se sitúa la acción, justo al final de las guerras marcomanas, en 180 d. C., ni el objetivo de nuestro trabajo es ese, sí que nos podemos servir de su comienzo para visibilizar una cuestión que, debido a su transversalidad, nos puede ser de utilidad a la hora de introducir nuestro tema de investigación. Nos referimos a la capacidad que han tenido determinados mitos del pasado a sobrevivir al paso del tiempo.

Quien haya tenido la oportunidad de ver la película recordará cómo, nada más empezar la acción, tiene lugar una importante batalla cerca de Vindobona². Es entonces, justo antes del enfrentamiento, cuando se nos presenta a nuestro protagonista, Máximo Décimo Meridio. «Comandante de los ejércitos del Norte, general de las legiones *Felix* [...]», Máximo, interpretado para la ocasión por un magnífico Russell Crowe, reúne en su persona todos los atributos que, según el pensamiento clásico, debía poseer todo buen general romano³. Y es que, además de ser un líder nato y sumamente carismático, y de poseer una amplia experiencia bélica y una gran habilidad para el combate, contaba con la admiración y el respeto de sus hombres.

Desde el principio de la cinta, se observa cómo Máximo guarda una magnífica relación con sus oficiales y soldados, cómo se reúne con ellos antes de la batalla y les da las últimas instrucciones, cómo exhorta a sus jinetes y les dedica unas palabras, cómo reconforta a sus tropas y se lamenta de los soldados que han caído durante el combate, y cómo, por encima de todo, recuerda a sus hombres sus deberes y obligaciones como soldados de Roma. Es aquí, en este último punto, en donde nos debemos detener.

Si a través de la figura de Máximo Décimo Meridio nos ha llegado una idea aproximada de cómo debía actuar un buen comandante romano, para conocer cómo debía comportarse todo buen soldado romano nos debemos centrar en el significado de una de las frases más míticas de la película: «Fuerza y honor».

Si nos fijamos bien, esta expresión, pronunciada por primera vez por nuestro protagonista justo antes de la batalla de la que hemos hablado previamente, recoge a la perfección los principales valores que, conforme a la tradición clásica, todo soldado

¹ Ridley Scott (2000).

² En la antigua provincia romana de Panonia (actual Viena, Austria).

³ Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro, en donde se explica qué cualidades debía poseer todo general para ser considerado un buen comandante romano.

romano debía reunir ante la guerra y la muerte⁴. Si en la primera parte de la frase se apela a la *virtus* del soldado y, por tanto, a su coraje y valor, en la segunda parte se alude directamente a su *honos*. De este modo, no sólo se llama a los soldados a las armas y se arenga a las tropas al combate, sino que se espera que los soldados den su mejor versión, que luchen con determinación, que no mancillen el buen nombre de Roma, y que no muestren ni cobardía ni insumisión.

Gracias a la reiteración con la que se han transmitido estos y otros tópicos acerca de la célebre *disciplina militaris* romana⁵, en la actualidad tenemos una visión profundamente sesgada de lo que, realmente, fue el ejército romano (tanto imperial como republicano). Una prueba más de ello la hallamos, nuevamente, al inicio de esta misma película, cuando, en contraste con la marabunta de germanos, desaliñados y desorganizados a la que los romanos tenían que hacer frente, se nos presenta un ejército perfectamente pertrechado y formado, y, por supuesto, extraordinariamente disciplinado.

Al margen de las consabidas licencias históricas que toda producción cinematográfica tiene el derecho de tomarse con el propósito de hacer más atractiva la historia y encandilar con su acción al público general, el verdadero problema viene cuando desde la literatura especializada y la historiografía actual se insiste en perpetuar ciertos clichés del pasado. Pues, si bien el cine o la literatura de ficción no tienen por qué tener un carácter didáctico y/o divulgativo *per se*, no ocurre lo mismo con las producciones de naturaleza académica, en donde la rigurosidad científica debería ser la principal exigencia.

A lo largo de la presente tesis doctoral, se propone un estudio sobre el comportamiento del soldado romano al final de la República. El objetivo de nuestro trabajo, tal y como ya explicaremos con mayor detalle más adelante⁶, es reinterpretar la imagen que las fuentes clásicas nos han legado del soldado romano tardorrepblicano. En este sentido, nos esforzaremos en rebatir cada uno de los estereotipos que han rodeado al ejército romano de la tardorrepública, con la finalidad de desterrar falsos mitos y acercarnos a la realidad histórica de un colectivo que, por considerarlo uno de los principales responsables de la desaparición del régimen republicano, ha sufrido el descrédito y el rechazo de una parte muy importante de la historiografía clásica y moderna.

⁴ Sobre el particular, *vid. infra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano, en donde se comenta cómo debía ser el comportamiento ideal de un buen soldado romano.

⁵ Para más información, *vid. infra* el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?

⁶ *Vid. infra*, en este mismo capítulo introductorio, el apartado 4. Objetivos, en donde se especifican los objetivos que buscamos alcanzar con nuestra investigación.

2. Estado de la cuestión⁷

«Nos encontramos, en efecto, [Marco Junio] Bruto, a merced de los caprichos de los soldados, de la insolencia de los generales. Cada uno reclama tanto poder en la República como fuerzas tiene. Ni la razón, ni la medida, ni la ley, ni la costumbre, ni el deber prevalecen, ni tampoco el juicio, ni la estima de los ciudadanos, ni el respeto de la posteridad»⁸.

Si bien la indisciplina militar no fue algo inusual en el ejército romano, no fue hasta el final de la República cuando las fuentes clásicas expresaron una mayor preocupación por los problemas de disciplina del ejército y anunciaron la degradación de las legiones. Para comprender a qué se debió este cambio de paradigma debemos hablar, por un lado, de cómo los autores grecorromanos trataron en sus escritos la *disciplina militaris*, y, por el otro, de los hitos que originaron, según la mentalidad romana, que la indisciplina se manifestara con mayor frecuencia en el ejército.

Aunque de todo ello hablaremos más detenidamente a lo largo de nuestro trabajo, en lo que a efectos de este capítulo introductorio se refiere, debemos adelantar que la disciplina militar sufrió una importante idealización por parte de las fuentes clásicas como resultado de la expansión territorial que experimentó la República romana en sus primeros siglos de vida y del éxito militar de sus legiones⁹. A partir de este momento, es frecuente que la *disciplina militaris* aparezca reflejada en la literatura filorromana en forma de colección de *exempla* y/o datos anecdóticos, tal y como sucede, por ejemplo, en las obras de Valerio Máximo, Frontino y Polieno; como pretexto con el que reivindicar la capacidad represiva de las autoridades políticas y militares romanas, tal y como hace, sobre todo, Valerio Máximo; como elemento con el que justificar la superioridad militar de Roma y explicar sus conquistas, tal y como podemos observar en las obras de Polibio y Flavio Josefo; como referencia con la que inspirar el cambio y/o reformar los ejércitos romanos posteriores, tal y como hace Vegetio; y como medio con el que advertir de la hipotética degeneración en la que, supuestamente, incurrieron tanto el ejército romano de finales de la República como la propia sociedad romana del momento, tal y como hacen, por ejemplo, Salustio, Cicerón, Cornelio Nepote, Tito Livio, Plutarco, Apiano y Dion Casio.

Los dos primeros puntos de inflexión en favor del teórico declive de las legiones y de la sociedad e instituciones romanas los encontramos, por una parte, en el contacto entre Roma y Oriente¹⁰, y, por la otra, en la definitiva caída de Cartago¹¹.

⁷ De aquí en adelante, para las fechas y magistraturas, *vid.* Broughton, 1951; 1952.

⁸ Cic. *ad. Brut.* 17.1.10.3.

⁹ Cic. *Rep.* 2.30; V. Max. 2.7.pref., 8.pref.; J. BJ 3.71-75, 104-107; D.C. 38.37.3-4, 38, 39.2-5, 40.2-7, 45.4-5; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1; 3.1.

¹⁰ A tal efecto, Valerio Máximo (9.1.4-5) denuncia, por un lado, «la ociosidad que brindaron las riquezas procedentes del comercio de ultramar», así como que se prefiriese «legar a la posteridad el boato que ellos mismos habían propiciado, en lugar de conservar la continencia que heredaron de sus antepasados», y, por el otro, que en Grecia y en Asia «la propia seriedad podía dejarse corromper por el lujo», situando en ambos territorios el origen de la decadencia romana. Respecto a esto último, Livio también nos advierte de la influencia que el factor geográfico podía tener en el comportamiento de los soldados. De esta forma, mientras que, a su modo de ver, los ligures «eran un enemigo que parecía nacido para mantener la disciplina militar de los romanos en los periodos intermedios entre grandes guerras, y ninguna otra provincia estimulaba tanto a los soldados para los actos de valor [como Liguria]», debido a

Con respecto al primer punto, aunque, desde finales del siglo III a. C., ya contamos con referencias sobre cómo la influencia de Oriente pudo pervertir las antiguas tradiciones romanas¹², no fue hasta el primer cuarto del siglo II a. C. cuando se extendió la creencia de que los ejércitos desplazados a las provincias orientales, al llevar tanto tiempo alejados de sus hogares y al haberse ablandado su disciplina por el lujo y el libertinaje, habían abandonado su espíritu cívico, renegando de sus deberes como ciudadanos de Roma y dejándose arrastrar por las riquezas y las comodidades de los pueblos orientales¹³.

Para Tito Livio (39.1.4, 6.5-9), esta situación se puso, especialmente, de manifiesto a partir del mando de Cneo Manlio Vulsón (189-188 a. C.). Según la opinión de este autor, además de corromper la disciplina militar de las tropas que su predecesor, Lucio Cornelio Escipión Asiático, le había entregado en el momento de traspasarle el mando¹⁴, Vulsón fue el responsable de introducir en la *Vrbs* «el germen del lujo extranjero», pues «fueron aquellos soldados los primeros en importar a la ciudad lechos de bronce, colchas preciosas, tapices y otros tejidos finos, y mesas de un solo pie y aparadores, enseres que entonces se consideraban suntuosos. Fue entonces cuando se sumaron a los banquetes las tañedoras de cítara y sambuca y otros elementos para divertir a los comensales; también los propios banquetes comenzaron a prepararse con mayor detalle y suntuosidad. Fue entonces cuando el cocinero, el esclavo menos apreciado y considerado menos útil por los antiguos, se apreció, y lo que había sido un servicio comenzó a ser considerado un arte»¹⁵.

En cuanto a la influencia que pudo tener la desaparición de Cartago en el declive político y militar romanos, fue Salustio (*Cat.* 10.1-4, 6; *Jug.* 41.2-4; *Hist.* 1.11-12, 16)

que «en Liguria todo contribuía a mantener alerta a los soldados: parajes montañosos y difíciles, que costaba trabajo ocupar y desalojar de enemigos si estaban ya ocupados; caminos pendientes, estrechos, peligrosos por las posibles emboscadas; un enemigo ligero y rápido de movimientos que aparecía de improviso y no dejaba ni un momento de tregua ni un lugar tranquilo y seguro; el ataque obligado, trabajoso y arriesgado al mismo tiempo, a posiciones fortificadas, y la pobreza de la región, que obligaba a los soldados a una vida sobria y ofrecía escaso botín» (Liv. 39.1.2, 5-6); Asia, por el contrario, «con los atractivos de sus ciudades, la abundancia de sus recursos de tierra y mar, la flojedad de los enemigos y las riquezas de los reyes, servía más para enriquecer que para templar los ejércitos [...]. De ahí que bastara una marcha un poco más dura en Tracia y un enemigo un poco más despierto para infringirles una severa derrota» (Liv. 39.1.3-4).

¹¹ «Pues quedando atrás el temor a Cartago, y apartada su rival en el poder, se abandonó la virtud de manera no progresiva, sino precipitada, para volcarse en los vicios; perdida la antigua disciplina, se estableció una nueva. La ciudadanía cambió de la vigilia al sueño, de las armas a los placeres, de las ocupaciones al ocio» (Vell. 2.1.1).

¹² Liv. 25.40.1-2; 34.4.3-4; V. Max. 9.1.3.

¹³ «Mais, dans les derniers temps avant l'avènement de l'empire, les guerres sur terre et sur mer se succédèrent incessantes; elles furent de longue durée et eurent pour théâtre des régions éloignées [...]. Chez les soldats qu'on laissait parfois pendant plusieurs années à des centaines de lieues de la capitale, s'affaiblit, avec l'attachement à la mère-patrie, cet esprit de civisme qui était le premier ressort de leur discipline et de leur ardeur. Lasse des expéditions meurtrières, gorgée des dépouilles des peuples vaincus, amollie par les richesses spoliées aux orientaux qui se vengent de leurs vainqueurs en leur enseignant le secret de leurs débauches, Rome en vint à envisager le service militaire, non plus comme l'accomplissement d'un devoir sacré envers la patrie, mais comme un impôt aussi odieux que les autres. Foule de citoyens essayèrent par tous les moyens de s'y soustraire. Ce fut le prélude de la décomposition morale de ce grand peuple» (Bouquie, 1884: 248-249). Cf. Bouquie, 1884: 253; Subirats, 2013: 43.

¹⁴ Liv. 39.1.4, 6.5.

¹⁵ Liv. 39.6.7-9.

uno de los autores clásicos que con más ahínco defendieron la idea de que la caída de la otrora enemiga de Roma había propiciado que «las costumbres de nuestros antepasados fueran a pique, no paulatinamente como antes, sino a manera de un torrente»¹⁶. En su opinión, la destrucción de Cartago supuso un punto de no retorno en el camino hacia la degradación de la moral y la política romanas. Desaparecido el *metus Punicus*, «hubo tiempo libre para ejercitarse en las desavenencias, surgieron muchísimas revueltas, sediciones y a la postre guerras civiles, durante las cuales unos pocos poderosos, a cuya influyente posición la mayoría había prestado su apoyo, aspiraban bajo el honorable nombre de los padres o de la plebe al dominio absoluto; se llamaba a alguien bueno o mal ciudadano, no en virtud de los méritos contraídos para con el Estado, puesto que todo el mundo estaba por igual corrompido, sino que se consideraba persona de bien al que era más rico y más poderoso para cometer injusticia, porque defendía la situación vigente»¹⁷.

Este mismo planteamiento se observa también en autores más tardíos, como Floro (*Epit.* 1.47.3) y Orosio (4.23.9). De esta manera, mientras que para el primero los cien años siguientes desde la destrucción de Cartago, Corinto y Numancia «fueron tan magníficos por el esplendor de los acontecimientos bélicos, como indignos y vergonzosos por los desastres internos», para el segundo la desaparición de Cartago llevó a que «el vigor romano, alimentado siempre con las guerras, se relajara con la tranquilidad y el ocio y cayera en una lánguida indolencia».

Es a partir de entonces cuando, al comparar al ejército y a la sociedad del momento con la vieja *militia* cívica de antaño y las antiguas costumbres cívicas de los antepasados, se comienza a idealizar el pasado romano¹⁸, se alerta del abandono de las tradiciones, se habla de decadencia moral, se advierte del deterioro de las virtudes, se condena la degeneración del presente, y se entona un encendido alegato en favor de la recuperación de las ancestrales costumbres romanas¹⁹. Para la mayoría de los autores romanos, cualquier tiempo anterior había sido mejor²⁰, pues, de acuerdo con Veleyo Patérculo (2.10.1), en poco tiempo se había pasado «de la rectitud a los vicios, de los vicios a la depravación, de la depravación al abismo».

¹⁶ Sal. *Hist.* 1.16.

¹⁷ Sal. *Hist.* 1.12. Cf. Sal. *Cat.* 10.1-4, 6; *Hist.* 1.11; *Jug.* 41.2-4; Bouquie, 1884: 243.

¹⁸ «Los primeros cien años fueron santos, piadosos y de oro, sin deshonor y sin crímenes, durante el tiempo en que se mantuvo pura e inocente la integridad de aquella estirpe de pastores y mientras el miedo inminente al enemigo púnico retenía la antigua disciplina» (Flor. *Epit.* 1.47.2). Cf. Cic. *Catil.* 1.2; Sal. *Cat.* 10.1; 53.4; *Jug.* 41.2; V. Max. 4.4.9.

¹⁹ «Pues he oído muchas veces que Quinto [Fabio] Máximo [Verrucoso Cunctator], Publio [Cornelio] Escipión [Africano] y otros ilustres varones de nuestra ciudad solían decir que cuando contemplaban los retratos de sus abuelos se les inflamaba el espíritu con gran vehemencia, instándoles a practicar la virtud. Esa llama crecía en el pecho de los hombres singulares al recuerdo de las gestas, y no se extinguía hasta que su virtud igualaba la fama y gloria de los mismos. Por el contrario, [...] los hombres [de hoy en día] que se hacen a sí mismos y que antes acostumbraban a aventajar a la nobleza por su virtud se esfuerzan en lograr el poder y los cargos públicos con engaños y recurso de bandidos en vez de con buenas artes» (Sal. *Jug.* 4.5-7). Cf. Sal. *Cat.* 52.21-22.

²⁰ «O tempora, o mores!» (Cic. *Catil.* 1.2).

Desde un punto de vista disciplinario, los vicios que más a menudo aparecen atestiguados en las fuentes son, por un lado, la pereza, la molicie y la ociosidad²¹, y, por el otro, la avaricia y la corrupción²². Si el lujo, conforme a Phang (2008: 10), provocó el colapso del *habitus* militar, el origen de la indisciplina militar lo debemos buscar, de acuerdo con Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.28), en «la desidia y la comodidad», pues «de aquí se sigue una relajación de la disciplina militar, luego la negligencia en ella, para hundirse después en un completo olvido». Y es que, según el pensamiento tradicional romano, «la disposición a la sedición se muestra mayormente en aquellos que viven acuartelados, ociosos y afeminados»²³.

Si, tal y como acabamos de ver, el contacto con Oriente y la desaparición de Cartago contribuyeron, según el discurso clásico, a que Roma abandonara los valores que le habían hecho grande en el pasado y a que la disciplina militar se viera, profundamente, comprometida²⁴, la hipotética “proletarización” de las legiones supuso el tercer y último punto de inflexión en la decadencia del ejército romano tardorrepblicano.

Tal y como explicaremos más adelante²⁵, al final de la República se extiende la idea de que el campesino-soldado, principal elemento de la antigua milicia cívica romana, había entrado en crisis²⁶, provocando con ello tanto la reducción de la cualificación mínima de propiedad exigida para servir en el ejército como el consiguiente ingreso en las legiones de elementos a los que, tradicionalmente, se les

²¹ «Pero es que había entrado un afán no menor de sexo, crápula y demás refinamientos: los hombres se sometían como mujeres, las mujeres exponían su honra a los cuatro vientos; para alimentarse escudriñaban todo en la tierra y en el mar; dormían antes de tener deseo de sueño, no aguardaban a tener hambre o sed ni frío o cansancio, sino que por vicio anticipaban todas estas necesidades» (Sal. *Cat.* 13.3). Cf. Caes. *Civ.* 2.30.2; Sal. *Cat.* 2.6; 10.1-4, 6; 11.5-7; 52.21-22; 53.4-5; *Jug.* 3.4; 31.2-3; 41.2-4; Liv. 39.1.3-4, 6.5-9; V. Max. 3.5.1; 4.3.1; 9.1.3-4, 4.1; Vell. 2.1.1, 10.1; App. *BC* 2.2; 3.42; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.28; 2.3; 3.4; Bouquie, 1884: 243-245, 248-249, 252-253, 265-266; Phang, 2008: 10-11, 155, 160; Subirats, 2013: 43; Brice, 2014: 128.

²² «Pero una vez que la nación se degradó por el lujo y la dejadez, el Estado pudo todavía, por su grandeza, soportar los vicios de generales y autoridades, y como si se hubiese agotado su fecundidad, durante mucho tiempo no hubo en Roma ningún hombre grande por sus méritos» (Sal. *Cat.* 53.5). Cf. Sal. *Cat.* 10.1-4, 6; 12.2; 52.21-22; 53.4-5; *Hist.* 1.16; *Jug.* 8.1; 41.7-10; Liv. 25.40.1-2; 34.4.1-5; 39.6.7-9; V. Max. 4.3.1; 9.1.3-5, 4.1; Flor. *Epit.* 1.47; App. *BC* 2.2, 120, 141-142; 3.42; 5.25; Gel. 3.1; D.C. 43.18.1-2; 47.17.5; Bouquie, 1884: 243, 257; Keaveney, 2007: 51; Phang, 2008: 155, 160.

²³ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4. Cf. Caes. *Civ.* 2.30.2; Sal. *Jug.* 3.4; Bouquie, 1884: 252, 265-266.

²⁴ «A toutes les nations conquérantes est réservé le même sort fatal: leurs armées qu'elles promènent d'un bout à l'autre de la terre, perdent dans ces pérégrinations lointaines le patriotisme, la virilité, l'esprit national, toutes les qualités morales qui ont fait leur force. Elles ramassent en échange des habitudes de vice, des exigences, des germes d'indiscipline qui provoquent leur ruine [...]. Quand une nation doit sa naissance et son développement à la force des armes, elle ne saurait se soutenir que par ses soldats; quand la moralité et la discipline disparaissent des camps, il n'y a plus de soldats, il n'y a plus d'armées, et c'est le plus sûr indice que la nation se désagrège» (Bouquie, 1884: 243-245). Cf. Bouquie, 1884: 259-260, 262.

²⁵ Vid. *infra* el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación.

²⁶ App. *BC* 1.7; Gabba, 1949; 1975: 16-19; Marín y Peña, 1956: 50-51; Brunt, 1971: 399-402; Gruen, 1974: 367, 379; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 24, 28-30, 48; Pina Polo, 1999: 19-22; Rosenstein, 2004; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 212.

había dejado fuera del ejército al considerarlos social, económica y moralmente no aptos²⁷.

La incorporación al ejército romano de individuos cada vez más pobres²⁸, se terminó confirmando, en 107 a. C., una vez que se dio por sentado que Cayo Mario había sido el responsable de derogar los tradicionales requisitos de fortuna necesarios para entrar en las legiones²⁹, y de suprimir el habitual sistema de conscripción, así como de favorecer la inclusión de voluntarios³⁰, la mayoría de ellos *proletarii* y *capite censi*³¹.

Es entonces cuando se nos informa de la “proletarización” de las legiones y de la aparición de un nuevo tipo de soldado, mucho más materialista e interesado. Si en el pasado servir en las legiones había sido tanto una obligación como un privilegio, en la medida en que todo ciudadano-soldado romano tenía el deber de formar parte del ejército como contrapartida de sus derechos como ciudadano³², a partir de este momento se concibe el ejército como una salida profesional y una forma de vida³³, lo que, según el pensamiento clásico romano, dio lugar a la “profesionalización” del ejército tardorrepblicano y a que la antigua mentalidad cívica de antaño diera paso a un forma de pensar mucho más oportunista³⁴.

En adelante, se da por hecho que la única motivación de las tropas fue su deseo de enriquecerse³⁵, se denuncia la completa corrupción de los antiguos principios cívicos

²⁷ Sal. *Cat.* 9-12; *Jug.* 84.4, 86.2-3; V. Max. 2.3.1; Gel. 16.10.11; Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Marín y Peña, 1956: 51; Gruen, 1974: 366, 371; Gabba, 1975: 19; Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 446; Walters, 1997: 38; McDonnell, 2006: 241-292; Cosme, 2007: 55-56; Goldsworthy, 2011: 49; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Subirats, 2013: 28; Gracia, 2014-2015: 37; Goldberg, 2016: 158; Sage, 2018: 273.

²⁸ Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 366-367; Nicolet, 1980: 93; Roldán, 1996: 35; Pina Polo, 1999: 63; Potter, 2004: 81; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 210-211.

²⁹ Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1973a: 29-30; 1973b: 135-136; 1990: 691-695; Gruen, 1974: 366-367, 369; Nicolet, 1980: 92-93; Guillén, 1994: 446, 455; Roldán, 1996: 49; Keppie, 2001: 130; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; Goldsworthy, 2011: 46; Aguado, 2014: 53-54; Gracia, 2015-2016: 14; Gauthier, 2016: 104-105; Machado, 2017: 17; Ferrer, 2019: 86.

³⁰ Gabba, 1951: 181; 1973a: 36, 59-60; 1973b: 135-136; 1975: 19; Marín y Peña, 1956: 52; Parker, 1958: 45; Harmand, 1967: 246, 409-410; 1969: 62; Nicolet, 1980: 91, 96; Guillén, 1994: 449; Brizzi, 2004: 158-159; Sage, 2008: 237-238; Aguado, 2014: 53-54; Gracia, 2015-2016: 13-14; Gauthier, 2016: 103. Cf. Smith, 1958: 44-58; Gruen, 1974: 367; Cosme, 2007: 54.

³¹ Sal. *Jug.* 86.2; V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Flor. *Epit.* 1.36.13; Gel. 16.10.10-14, 16; Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1949: 173-209; 1973b: 135-136; 1975: 19; 1990: 691-695; Valgiglio, 1952: 1-19; Marín y Peña, 1956: 51-52; Parker, 1958: 45; Harmand, 1967: 7-20, 487-494; 1969: 61-74; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 366; Marino, 1980: 354-364; Nicolet, 1980: 92; Miller, 1984: 11-28; Guillén, 1994: 446, 447, 449, 455; Roldán, 1996: 49; Keppie, 1998: 40; Pina Polo, 1999: 63; Brizzi, 2004: 158-159; Matthew, 2006: 1-17; Phang, 2008: 3; McNab, 2010: 85-86; Goldsworthy, 2011: 46; Aguado, 2014: 53-54; Brice, 2014: 147; Gauthier, 2015: 103-115; 2016: 103; Sage, 2015-2016: 37; Brand, 2019: 210; Ferrer, 2019: 86.

³² Gabba, 1975: 27; Nicolet, 1980: 90, 105, 108; Roldán, 1996: 9; Cadiou, 2018: 412; Brand, 2019: 24.

³³ Bouquie, 1884: 98; Marín y Peña, 1956: 52-53; Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 368-369; Gabba, 1975: 19-20; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 37, 49, 51; Pina Polo, 1999: 64; McNab, 2010: 87; Goldsworthy, 2011: 47; Coulston, 2013: 16; Subirats, 2013: 28; Kavanagh, 2015-2016: 32; Sage, 2018: 273.

³⁴ Marín y Peña, 1956: 55-62; Watson, 1985: 21-22; Guillén, 1994: 445, 449, 456-161; Roldán, 1996: 48-49; Pina Polo, 1999: 62-65; Potter, 2004: 81, 85; Cagniat, 2007: 86-87; Goldsworthy, 2011: 49; Gracia, 2015-2016: 14; Subirats, 2013: 18; Cadiou, 2018: 55; Brand, 2019: 24.

³⁵ Plb. 10.17.1; Bouquie, 1884: 98; Cosme, 2007: 55; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Brand, 2019: 211; Ferrer, 2019: 89.

romanos y la pérdida de patriotismo de los soldados³⁶, se habla de ejércitos “mercenarios” y “clientelares”³⁷, y se estereotipa cruelmente al soldado romano de finales de la República, a quien se le critica su desmedida ambición³⁸, así como su falta de lealtad y su naturaleza rebelde y caprichosa³⁹.

Esta imagen se pervierte, todavía más, como consecuencia de los enfrentamientos civiles que tuvieron lugar durante el siglo I a. C.⁴⁰, cuando, no sólo se censura el carácter levantisco del ejército —tal y como hace, por ejemplo, Apiano (BC 13, 15, 17-18), cuando nos describe a un soldado consciente de su poder e influencia—, sino que se nos advierte, además, de la condescendencia de los mandos militares romanos⁴¹ y de la negligencia de las instituciones políticas romanas⁴² a la hora de hacer frente a la indisciplina del ejército⁴³.

Tal y como podemos apreciar, la información que las fuentes clásicas nos han proporcionado sobre el comportamiento del soldado romano tardorrepblicano se encuentra sensiblemente supeditada a alguno de estos tres condicionantes, a saber: la idealización de la antigua milicia cívica romana y de los primeros siglos de expansión de la República romana; la agenda literaria, política y/o ideológica del autor responsable de recoger y documentar los problemas de disciplina del ejército; y la hostilidad con la que, generalmente, la aristocracia romana ha retratado a las tropas por proceder estas últimas de las clases populares de la sociedad romana⁴⁴.

Ahora bien, ¿en qué medida han sobrevivido todos estos sesgos al paso del tiempo? ¿Hasta qué punto ha influido el discurso tradicional en la historiografía

³⁶ Cic. *Mur.* 19-21; *Sal. Cat.* 9-12; *Jug.* 84.3; 85.3, 10; Marín y Peña, 1956: 51-52; Harmand, 1969: 63; Brunt, 1971: 396-397; David, 1992: 157-171; Guillén, 1994: 447, 455; Roldán, 1996: 33; Keppie, 1998: 58; McCall, 2002: 118-123; Morstein-Marx, 2004; Lendon, 2005: 231; Erdkamp, 2006b: 50; McDonnell, 2006: 247; 2011: 35-36; De Blois, 2007a: 169; Johnston, 2008; Rosenstein, 2008: 1-26; 2016: 114-130; Blösel, 2011: 55-80; Sage, 2015-2016: 40; Gauthier, 2016: 113-114. Cf. McDonnell, 2006: 241-292; Gracia, 2014-2015: 37.

³⁷ Bouquie, 1884: 254, 257, 259-260; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gabba, 1973a: 26, 61; 1975: 20, 22, 24-26; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; Erdkamp, 2006a: 291; 2006b: 50; Cagniat, 2007: 80-85; De Blois, 2007a: 164, 169; Phang, 2008: 3; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

³⁸ «Y es que a los soldados no les parecía bastante ni la paga, aunque la recibían en su totalidad; ni los complementos extraordinarios, aunque fueron cuantiosos; ni las recompensas por los asesinatos, aunque habían sido enormes; ni tampoco las compras de terrenos, aunque en cierto modo les salieron gratuitos» (D.C. 47.17.5). Cf. App. BC 2.2.

³⁹ «“Y no temáis a los soldados [...]. Se contentarán con lo que se les dé y amarán a quien se lo dé. Precisamente por eso se ha recaudado más dinero de lo acostumbrado, para que la parte sediciosa se aplaque y la parte que ha vencido, al recibir bastante sustento, no caiga en la sedición”» (D.C. 43.18.1). Cf. Cic. *ad. Brut.* 17.1.10.3; Nep. *Eum.* 8.2-3; App. BC 2.120, 141-142; 3.42; 5.13, 15, 17-18.

⁴⁰ Jal, 1962a: 21; Brice, 2020d: 248.

⁴¹ *Sal. Cat.* 11.5-7; Plu. *Sull.* 12.8.

⁴² App. BC 3.62.

⁴³ «Qu’attendre encore des troupes quand les généraux, chargés de faire respecter les lois, semblent eux-mêmes devenir des garants d’impunité pour les crimes ? Qu’attendre de la discipline intérieure dans les légions, quand la violence y étouffe le droit, quand le commandement appartient au plus fort ou au moins scrupuleux, quand le citoyen, appelé sous les drapeaux pour défendre la patrie, tourne le fer contre elle, et n’envisage plus dans le service militaire que l’intérêt personnel à en retirer? (Bouquie, 1884: 257-258)».

⁴⁴ Cf. Keppie, 2001: 132; Phang, 2008: 155; Coulston, 2013: 11; Machado, 2017: 21-23, 29-30; James, 2019: 104, 123.

moderna? ¿Cuál es el estado actual de la investigación sobre el ejército romano tardorrepblicano?

Aunque todas estas preguntas las iremos respondiendo conforme avancemos en nuestro trabajo, podemos adelantar que la influencia de las fuentes clásicas sigue estando presente en la actualidad de una forma mucho más intensa de lo deseado y que, por lo general, la historiografía actual se debate entre la revisión del discurso clásico y el continuismo historiográfico.

Hasta hace, relativamente, poco tiempo, la principal fuente de información sobre el comportamiento del ejército romano se tenía que buscar en obras generales en las que se documentaba, especialmente, la evolución que la legión romana había experimentado a lo largo de los siglos⁴⁵. Si bien, gracias a esta clase de trabajos, el público general tenía la oportunidad de hacerse una idea aproximada de lo que fue el ejército romano, la información disponible se limitaba, fundamentalmente, a su historia, composición, estructura, equipamiento y despliegue táctico. De esta forma, se presentaba al ejército romano como una gran institución, homogénea, monolítica y, prácticamente, inmutable al paso del tiempo, en donde el ejército romano imperial era, por supuesto, el principal referente, quedando el ejército de la República como una suerte de prefiguración de este último.

Pues bien, en este tipo de obras siempre solía haber un lugar reservado para hablar del soldado romano. A este respecto, se documentaba su vida en el campamento, su día a día en el ejército, su entrenamiento, las tareas diarias que debía ejecutar durante su tiempo de permanencia en el ejército, y, cómo no, se hablaba de la disciplina, de la dureza del servicio militar y del sistema de castigos y recompensas que había en el ejército. Hasta aquí todo bien si no fuera porque la principal (y, en la mayoría de los casos, única) referencia que se tomaba para hablar de todo ello era Vegetio, un autor de época imperial que, si bien se basó en sus escritos en autores anteriores, como Catón el Viejo y Frontino, tenía una visión del ejército sumamente idealizada.

Así las cosas, esta clase de trabajos no nos han aportado, por lo común, una revisión de la historiografía tradicional, ayudando, por el contrario, a perpetuar el pensamiento clásico favorable a la severidad con la que los antiguos romanos disciplinaron a sus hombres.

Lo mismo nos pasa con aquellas obras que, pese a ocuparse de la disciplina militar, presentan una explicación que no difiere de la que nos podemos encontrar en la mayoría de las fuentes clásicas. De este modo, se asume acríticamente el discurso tradicional, proporcionando al lector un relato mitificado en el que, o bien el sistema represivo romano no dio lugar a la aparición de la indisciplina militar, o bien, si esta última se terminó manifestando, fue inmediatamente erradicada a partir de los medios más violentos. El resultado es una narración fantasiosa y que poco o nada tiene que ver con la realidad, en donde se prioriza la relación de penas y castigos, y en donde no se considera la opción de examinar los problemas de disciplina del ejército⁴⁶.

⁴⁵ Judson, 1888; Marín y Peña, 1956; Watson, 1985; Connolly, 1988; 1990; Wilkes, 1990; Cordente, 1991; Warry, 1995; Sekunda, 1996; Nardo, 2001; Cowan, 2003; Le Bohec, 2004; Southern, 2006; Fields, 2007; 2008; 2012; Sage, 2008; 2018; Matyszak, 2010; McNab, 2010; Goldsworthy, 2011.

⁴⁶ Bouquie, 1884; Andrieux, 1927; Carcani, 1981.

Y es que, si por algo se ha caracterizado una parte importante de la literatura moderna especializada en el ejército romano ha sido en su insistencia en el momento de señalar la supuesta capacidad coercitiva que las autoridades políticas y militares romanas desarrollaron durante la República y el Imperio. Esta circunstancia ha dado lugar a la proliferación de obras en las que la represión ha sido la principal protagonista, haciendo del castigo físico el elemento clave de la célebre *disciplina militaris* romana⁴⁷.

La cosa no mejora sustancialmente si nos fijamos en aquellos trabajos en los que se busca analizar las razones por las que la República romana acabó dando paso al Principado. En la mayoría de los casos, se reproduce palabra por palabra la explicación clásica. En este sentido, se vuelve a colocar al ejército romano como uno de los principales promotores de la caída en desgracia del régimen republicano y se repiten los mismos argumentos esgrimidos en su momento por el discurso tradicional. De esta manera, se insiste, una vez más, en tópicos como la “proletarización” de las legiones, el impacto de las “reformas” de Mario, la creación de ejércitos “privados”, la pérdida de valores... En estas obras el soldado romano es caracterizado, por lo general, como un soldado de fortuna, antipatriota y revolucionario, convirtiendo a la indisciplina militar, o bien en la prueba de la degeneración de las armas romanas, o bien en la herramienta utilizada por el soldado romano para presionar y satisfacer todos sus intereses⁴⁸.

Aunque todavía queda mucho trabajo por hacer en este campo, en los últimos años han ido surgiendo trabajos en los que, no sólo se ha cuestionado esta interpretación del ejército romano, sino que, también, se ha rebatido con fuerza todo lo relacionado con las supuestas transformaciones que experimentaron las legiones al final de la República y con la imagen que, tradicionalmente, se ha dado del soldado romano tardorrepublicano. De esta forma, se ha apostado por la revisión de las fuentes clásicas y por abandonar el viejo y caduco relato del pasado⁴⁹.

Paralelamente, han aparecido obras que nos han permitido ampliar nuestro conocimiento del ejército romano, en general, y del republicano, en particular, desde el análisis de aquellos espacios a los que la historiografía más conservadora no les había prestado un especial interés por considerarlos poco relevantes. De este modo, se ha dejado, paulatinamente, de lado el componente político, militar y/o socioeconómico que hasta entonces había prevalecido en los estudios sobre el ejército romano, y se ha prestado más atención al elemento sociológico. A partir de aquí, se han empezado a tratar temas como la identidad de los soldados o la cohesión del ejército⁵⁰, lo que nos ha permitido acercarnos a este colectivo desde una perspectiva diferente e integradora.

⁴⁷ Vallejo, 1993; Bauman, 1996; Espejo, 1996; Cosme, 2003b; Perea, 2003; 2006a; 2014; Kiesling, 2006; Watts, 2012; Gueye, 2013a; Salvo, 2013; Quesada, 2014-2015; Goldberg, 2016; Henaut, 2016; Mateo, 2017; Faszczka, 2018; Pearson, 2019; Gendron, 2020; Pérez Carrandi, 2020a; Escorihuela, 2020-2021; Taylor, 2022.

⁴⁸ Gabba, 1949; 1951; 1973ab; 1975; 1990; Valgiglio, 1952; Smith, 1958; Jal, 1962a; Harmand, 1967; 1969; Sordi, 1972; Rouland, 1979; Marino, 1980; Miller, 1984; Hinard, 1990; Guillén, 1994; Roldán, 1996; Hildinger, 2002; Potter, 2004; Cagniard, 2007; Matthew, 2010; Gracia, 2015-2016; Quesada, 2015-2016.

⁴⁹ Gruen, 1974; Keppie, 1998; 2001; De Blois, 2007; De Ligt, 2007ab; Cadiou, 2009a; 2018; Gauthier, 2015; 2016; 2020; Muñiz, 2022. Cf. Goldsworthy, 1996; Alston, 2002; Cosme, 2007.

⁵⁰ MacMullen, 1984; Coulston, 1988; 2004; Foxhall y Salmon, 1998; Alston, 1999; Goldsworthy, 1999; Haynes, 1999ab; 2015; James, 1999; Chrissanthos, 2004; Carroll, 2005; Lendon, 2006; Quesada, 2007b;

Igualmente, se ha realizado un esfuerzo por “humanizar” al soldado romano, comprender sus intereses y motivaciones, y descubrir sus preocupaciones y miedos. El examen de lo militar ya no se percibe como en el pasado, la guerra comienza a perder su “encanto”, ya no importan tanto las batallas y las conquistas, o la movilización masiva de tropas, como el posible impacto que el combate y el propio servicio militar pudieron tener en el cuerpo y la mente del soldado. El elemento físico y psicológico comienza a ganar peso y se posiciona como una alternativa al tradicional enfoque clásico que se le había dado a la guerra⁵¹.

La suma de todas estas corrientes historiográficas nos ha permitido dibujar una imagen más plausible de lo que pudo ser el ejército romano, ya sea republicano o imperial, y entender que, desde un punto de vista disciplinario, no todo se reduce ni a la habilidad de reprimir a las tropas ni a la capacidad subversiva del ejército.

No obstante, todavía nos faltaría hablar de todas aquellas obras que han tenido a la indisciplina militar como principal tema de estudio.

Si bien en los últimos años el análisis de la indisciplina militar ha ganado fuerza⁵², esto no siempre ha sido así. El primer estudio que situó la indisciplina en el centro del debate fue el de W.S. Messer (1920). En él, se pone de manifiesto cómo las fuentes clásicas exageraron la eficacia de la disciplina militar romana y cómo la indisciplina hizo acto de presencia en el ejército romano en muchas más ocasiones de lo esperado. Para reforzar su planteamiento, Messer nos ofrece una lista de ejemplos de indisciplina, dando lugar a un trabajo, eminentemente, cuantitativo en el que, aunque no se abordan ni las causas detrás de la indisciplina de los soldados ni la motivación de las tropas, se da por hecho que el ejército romano de finales de la República llegó a desarrollar una libertad de pensamiento y de acción desconocida hasta el momento.

Ocho años después, G.W. Currie (1928) nos aporta una actualización de la obra de Messer, en tanto que amplía el número de episodios de indisciplina registrados y nos proporciona una breve ficha técnica de cada uno de ellos. Aunque Currie realiza un trabajo más detallado que el de su predecesor, vuelve a cometer el mismo fallo que Messer al no analizar ninguno de los casos de indisciplina que nos presenta y al basar su estudio en datos estadísticos. Y es que, ni nos proporciona un marco teórico en el que debatir sobre el problema de la indisciplina ni se interesa por desvelar las razones que llevaron a las tropas a romper su juramento. Lo que a nuestro autor le importa es, por un lado, destacar el carácter subversivo del ejército romano, y, por el otro, valorar la capacidad represiva de las autoridades romanas. Todo ello le lleva a confirmar lo que Messer había propuesto años atrás, que hubo más disturbios en la República de lo que las fuentes clásicas nos han informado, que el soldado romano republicano no fue un

Milne, 2009; Kavanagh, 2012; 2015; 2015-2016; Roth, 2012; Armstrong, 2013; 2016; Petruț, Gui y Trîncă, 2014; Billing, 2015; Machado, 2017; 2023; Speidel, 2018; Greene, 2020; Escorihuela, 2021; 2022b.

⁵¹ Powell, 1988; Walters, 1997; Alston, 1998; Harris, 2006; McDonnell, 2006; Lee, 2009; Milne, 2009; Saddington, 2009; Melchior, 2011; Thuillier, 2011; Rich, 2012; Coulston, 2013; Hall, 2013; 2016; Keegan, 2013; Van Lommel, 2013ab; 2015; Ureche, 2014; Curchin, 2014-2015; Lendon, 2014-2015; Pérez Rubio, 2014-2015; Schrader, 2016; James, 2019; Aguado, 2020; Escorihuela, 2020b; Heidenreich y Roth, 2020; Levithan, 2020.

⁵² Phang, 2008; Marques y Bento, 2012; Chrissanthos, 2013; Aguado, 2015; Brice, 2015b; 2020abcd; Escorihuela, 2020ab; 2020-2021; 2021; 2022ab.

simple peón en manos de sus comandantes, y que, si bien en el último siglo la indisciplina se toleró mucho más que en el pasado, esto no significó la ruina de la *disciplina militaris*.

Tuvieron que pasar varias décadas hasta que E. Gabba (1975) retomara de nuevo la cuestión de la indisciplina militar. Sin embargo, en esta ocasión Gabba nos aporta un enfoque distinto al de los dos autores anteriores al tratar aspectos que ninguno de ellos había abordado antes. Para Gabba, lo importante no era tanto desarrollar cómo se había manifestado la indisciplina en el ejército romano, sino utilizar la indisciplina para corroborar la decadencia en la que había caído tanto la sociedad como las instituciones romanas al final de la República. Gabba recupera el discurso clásico sobre la crisis del campesino-soldado y la pérdida de los tradicionales valores romanos, y nos presenta, una vez más, la teoría de la “proletarización” del ejército. En opinión de Gabba, los episodios de indisciplina que tuvieron lugar en la última etapa de la República son un claro ejemplo de cómo las transformaciones socioeconómicas del periodo y el auge de determinados personajes, como Sila y César, dieron lugar a la creación de ejércitos “clientelares” y al nacimiento de una nueva clase de soldado con una mayor participación en la vida política de la *Vrbs*.

Al igual que los dos trabajos anteriores, a Gabba tampoco le interesa examinar los ejemplos de indisciplina a los que hace referencia en su obra, algo, por otra parte, muy común en este tipo de trabajos. Y es que, en lugar de interpretar la información que nos ha llegado de las fuentes clásicas y analizar uno por uno los casos de indisciplina en los que participó el ejército de la tardorrepública, lo habitual es encontrarnos con trabajos en los que, simplemente, se utilizan dichos ejemplos para justificar el grado de indisciplina que alcanzó el ejército y confirmar la visión heredada por la historiografía tradicional, tal y como hacen, por ejemplo, P. Jal (1962), F. Hinard (1990), A. Keaveney (2007) y C.E. Brand (2019).

Mención aparte merece E.S. Gruen (1974), quien, si bien es cierto que utiliza una metodología muy similar a la que acabamos de comentar, su capacidad de razonamiento no se deja intimidar ni por el pensamiento clásico ni por el elevado número de episodios de indisciplina identificados, ofreciéndonos un punto de vista muy diferente al que podemos encontrar en otros trabajos de naturaleza similar al utilizar la indisciplina de las tropas como medio con el que revisar y relativizar las críticas con las que, habitualmente, se ha representado al soldado de finales de la República. Aunque su enfoque es más político y socioeconómico que disciplinario, sus conclusiones se ajustan, en buena medida, a lo que se espera de una obra que aspira, en el terreno militar, a reexaminar la imagen heredada por el discurso tradicional.

No obstante, no es hasta el trabajo de S.G. Chrissanthos (1999) cuando se acomete la tarea de analizar por primera vez lo que supuso la indisciplina en época republicana. A tal efecto, Chrissanthos nos descubre un trabajo muy diferente a todo lo anterior, en donde lo importante no es ni estereotipar al ejército romano ni promover el discurso clásico, y en donde se presenta un examen de la indisciplina en el que se tienen en cuenta las causas detrás de la desobediencia de las tropas y las motivaciones de los soldados. Si bien su alcance es limitado, ya que se deja un gran número de episodios de indisciplina sin analizar, y su forma de ver el ejército está fuertemente influenciada por

la obra de Messer, en la medida en que su trabajo está orientado a demostrar la autonomía que alcanzó el ejército romano al final de la República y cómo los soldados se sirvieron de la indisciplina, no sólo para mejorar sus condiciones de servicio, sino para influir en la política de su tiempo, su trabajo sigue siendo a día de hoy un referente para el estudio de la indisciplina militar.

El legado de Chrissanthos se advierte en trabajos inmediatamente posteriores, como los de G. Mundubeltz (2000) y L.L. Brice (2003), y en obras más tardías, como las de C. Wolff (2009; 2012) y L.L. Brice (2015b; 2020abcd). En la mayoría de estos trabajos se evidencia cierto interés por profundizar en el conocimiento de las distintas formas en las que se manifestó la indisciplina en el ejército romano y por investigar tanto las causas detrás del descontento de las tropas como las reivindicaciones de los soldados. Sin embargo, ya sea por las cuestiones a las que se pretende dar respuesta o por el marco cronológico en el que se establecen dichas obras, las conclusiones de todos estos trabajos siguen sin ofrecernos una actualización completa de la imagen que la historiografía tradicional nos ha dejado del soldado romano tardorrepblicano. De hecho, mientras que Wolff (2012) insiste de nuevo en la capacidad represiva de las autoridades romanas, Brice (2020cd) no logra desprenderse del todo de la influencia del discurso clásico —algo que se aprecia también en la obra de Keaveney (2007), quien, pese a elaborar una relación bastante completa de los principales episodios de indisciplina que tuvieron lugar al final de la República, termina defendiendo el carácter revolucionario del ejército—.

Por lo demás, el estudio de la indisciplina militar —y, por extensión, del comportamiento del ejército— se ha llevado a cabo, o bien a través del análisis individual de algún ejemplo de indisciplina en particular⁵³, o bien por medio del examen de los delitos cometidos por las tropas y de los castigos impuestos por las autoridades políticas y militares romanas⁵⁴, o bien a partir del análisis de algún elemento asociado tradicionalmente a la indisciplina del ejército, como, por ejemplo, la evasión del servicio militar o la violencia de los soldados, entre otros muchos⁵⁵.

Aunque, tal y como podemos observar, el estudio de la indisciplina militar ha avanzado considerablemente en los últimos años, todavía queda mucho camino por recorrer y muchas cuestiones que resolver. A este respecto, esperamos con nuestra contribución aportar un nuevo impulso a la investigación y responder a una parte de esas preguntas a las que todavía no se les ha podido dar respuesta.

⁵³ Elmore, 1924; Hagendahl, 1944; Fantham, 1985; Salmon, 1986; Chrissanthos, 1997; 2001; Williams, 2001; Aranita, 2009ab; Fulkerson, 2013; Brice, 2015b; 2020ab; Kemezis, 2016; Amela, 2019. Y, para época imperial, *vid.* Wilkes, 1963; Powell, 1988; Williams, 1997; Manolaraki, 2003; Rodríguez, 2005b; Woodman, 2006; Salvo, 2010; Panaget, 2014; Lee, 2019.

⁵⁴ Vallejo, 1993; 1996; Cosme, 2003b; Perea, 2003; 2006a; 2014; Donadio, 2004; Gueye, 2013a; Salvo, 2013; Goldberg, 2016; Henaut, 2016; Faszczka, 2018; Pearson, 2019; Gendron, 2020; Pérez Carrandi, 2020a; 2021; Escorihuela, 2020-2021; Taylor, 2022.

⁵⁵ Evans, 1988; Wolff, 2007; Irañeta, 2018; Fasolino, 2019; Escorihuela, 2020ab; 2021; 2022ab.

3. Metodología

«El único método disponible, pues, para recuperar las viejas costumbres son los libros y la consulta de los antiguos historiadores. Pero nos resultan de poca ayuda respecto a esto, pues ellos sólo relatan las hazañas y sucesos de las guerras y no dan noticia de los asuntos que ahora nos ocupan, pues los consideraban universalmente conocidos»⁵⁶.

De nuestro estado de la cuestión se desprenden varias consideraciones metodológicas a tener en cuenta a la hora de abordar un proyecto como el presente. Tal y como hemos tenido la oportunidad de observar, una parte significativa de los estudios sobre el ejército romano, en general, y el republicano, en particular, se ha elaborado sobre la base de ideas preconcebidas y apriorismos que no han hecho más que distorsionar su imagen y realidad. Salvo raras excepciones, los textos, tal y como reconoce De Blois (2007: 164), nos muestran a los soldados desde la distancia, ahogados en la masa de tropas que siguen a sus líderes, los verdaderos protagonistas de los relatos de los autores clásicos. Esta visión reduce considerablemente la historia de la República romana (y del propio ejército) a una historia sobre su clase alta dirigente, en la que el soldado romano, o bien no tiene protagonismo, o bien, si lo tiene, es para criticar su falta de lealtad y patriotismo⁵⁷.

Este importante sesgo de partida, no sólo nos ha privado de poseer una crónica en la que el soldado romano fuera el protagonista y en la que se trataran sus problemas y motivaciones, sino que, también, ha dado pie a la proliferación de toda una serie de prejuicios y descalificaciones con las que se ha retratado, en ocasiones, cruelmente a un elemento tan relevante de la cultura romana como lo fue el ejército. El resultado es un discurso moralista y deformado, heredero de la tradición clásica, en donde se ha proyectado una imagen mistificada y poco probable de lo que pudo ser, en realidad, el soldado romano tardorrepublicano.

Dadas las circunstancias, acometer la tarea de estudiar el comportamiento del soldado romano de finales de la República se antoja una tarea especialmente compleja y complicada una vez que, además de los problemas arriba indicados, nos encontramos con una documentación terriblemente fragmentada y dispersa. Así las cosas, si reconstruir el día a día del soldado romano ya es todo un reto, debido a la falta de información de la que disponemos, recomponer cómo pudo manifestarse la indisciplina militar y cómo se pudieron desarrollar cada uno de los episodios de insurrección en los que participó el ejército se podría comparar con la labor de realizar un puzzle en el que te faltan la mitad de las piezas.

Armar este particular rompecabezas historiográfico ha requerido por nuestra parte una buena dosis de paciencia y esfuerzo, así como trabajar con fuentes antiguas, la inmensa mayoría de ellas literarias, muy dispersas en el tiempo. Pues, si bien tenemos la suerte de contar para el siglo I a. C. con una gran cantidad de fuentes contemporáneas a los hechos, estas no nos han aportado la suficiente información como para sacar adelante nuestro trabajo de investigación. Este hecho nos ha llevado a echar mano de

⁵⁶ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.8.

⁵⁷ Cf. Coulston, 2013: 7, 10; Machado, 2017: 18; James, 2019: 122.

fuentes más tardías, de autores imperiales muy alejados en el tiempo, a veces varios siglos, con lo que ello implica desde un punto de vista metodológico.

Si autores como Cicerón, César, Salustio, Tito Livio, Valerio Máximo, Velejo Patérculo, Frontino, Flavio Josefo, Plutarco, Suetonio o Floro, por nombrar sólo a algunos de los autores que más veces hemos citado a lo largo de nuestro trabajo, o bien fueron coetáneos o vivieron en una época muy próxima a los hechos que narraron, otros autores, como Apiano, Polieno, Dion Casio, Vegecio, Eutropio y Orosio, se alejan bastante más en el tiempo.

Naturalmente, no podemos prescindir por ello de sus historias, ya que, aunque parten de épocas y agendas distintas, siguen teniendo un importante valor historiográfico y nos pueden servir de gran ayuda en el momento de reconstruir algunas de las lagunas creadas por los autores más cercanos a nuestro marco histórico. Por otra parte, si al utilizar a estos autores imperiales corremos el riesgo de caer en el anacronismo, confiar plenamente en los autores de la tardorrepública tampoco nos ahorra problemas, ya que, además de contar con una calidad desigual y limitada de fuentes, tal y como reconoce Cadiou (2018: 30-31), sus obras «no ofrecen ninguna garantía intrínseca de veracidad o representatividad».

Frente a esta pléyade de autores y obras, resultaría tentador tratar a cada uno de estos trabajos como una pieza más de ese enorme puzle que representa para nosotros la reconstrucción del comportamiento del soldado romano. De esta manera, uniendo cada fragmento disponible podríamos restaurar la historia del ejército romano tardorrepblicano. No obstante, estaríamos cometiendo un grave error de método, pues, de acuerdo con Phang (2011: 119), las elaboraciones resultantes serían a menudo «idealizadas y artificiales»⁵⁸. Y es que, tal y como nos recuerda Nicolet (1984: 424), «de la ambigüedad de la documentación grecolatina y de las tradiciones que esta ha legado se deriva, inevitablemente, la de las interpretaciones modernas, cargadas muchas veces de prejuicios culturales o ideológicos, ya sean conscientes o espontáneos».

Para solventar este problema de fondo, hemos abordado nuestra investigación desde el análisis sistemático y riguroso de todas las fuentes de información disponibles. De esta forma, paralelamente al vaciado de fuentes antiguas, hemos trabajado con todas las obras especializadas sobre el ejército romano a las que hemos tenido acceso en estos últimos años. Asimismo, con el propósito de salvar el clásico enfoque político y militar al que la historiografía convencional nos tiene acostumbrados, hemos priorizado un enfoque, eminentemente, interdisciplinario, en el que, además de abordar las típicas cuestiones de naturaleza político-militar y socioeconómica, se ha prestado una mayor atención al aspecto social y antropológico del ejército.

El resultado de todo ello es un trabajo de investigación original e integrador en el que, tras la pertinente búsqueda, identificación, clasificación, análisis e interpretación de los principales episodios de indisciplina en los que participó el ejército romano de finales de la República, y de la puesta en común de los principales estudios modernos sobre el ejército romano tardorrepblicano, hemos sido capaces de deconstruir el

⁵⁸ Cf. Coulston, 2013: 9; Cadiou, 2018: 24-25; James, 2019: 18.

discurso clásico de partida y aportar una visión renovada e innovadora de lo que pudo ser el soldado romano tardorrepblicano.

4. Objetivos y estructura

Si bien, durante el desarrollo de nuestra tesis doctoral, han surgido numerosos interrogantes y se ha dado respuesta a numerosas preguntas, hay una, por encima de todas ellas, que ha guiado desde el principio nuestro trabajo: ¿Quién fue, realmente, el soldado romano tardorrepblicano?

Para dar respuesta a esta complicada cuestión, nos hemos propuesto como objetivo principal de nuestra investigación reinterpretar el discurso clásico contrario al ejército romano tardorrepblicano y valorar en consecuencia cómo fue el comportamiento del soldado romano al final de la República. A tal efecto, hemos dividido nuestro trabajo en tres grandes bloques temáticos, a saber: el ejército romano tardorrepblicano, la *disciplina militaris* y el “fenómeno de la insurrección”.

En el primer capítulo, tras introducir a nuestro sujeto de estudio, el soldado romano tardorrepblicano, se hablará de la “crisis” del campesino-soldado y de la idealización de la antigua milicia cívica romana, de la “proletarización” del ejército romano, de las famosas “reformas” de Mario, de la “profesionalización” de las legiones y del hipotético nacimiento de un ejército “mercenario” y “clientelar”, así como de un soldado “antipatriota” y “revolucionario”. Tal y como podemos deducir, el objetivo de este primer bloque temático es poner sobre la mesa todos los clichés con los que, habitualmente, se ha caracterizado al ejército romano de finales de la República.

En el segundo capítulo, se analizarán los principales fundamentos y valores sobre los que se asentó la célebre disciplina militar romana, se comentará la importancia que tuvo tanto la tradición como la transmisión de *exempla* en la construcción mental de cómo debía ser y actuar un buen comandante y soldado romanos, examinaremos los mecanismos de control y cohesión implementados por las autoridades políticas y militares romanas para garantizar el orden en el ejército y mantener unidos a los soldados, y hablaremos de la posibilidad de que el ejército romano de la época hubiera desarrollado un espíritu de cuerpo propio y definido. En este caso, el objetivo de este segundo bloque temático es analizar las fortalezas y debilidades de la legendaria *disciplina militaris* romana, con el propósito de presentar los posibles “fallos” del sistema disciplinario romano.

En el tercer y último capítulo, se abordará el denominado “fenómeno de la insurrección”. Es decir, se analizarán todos los episodios de indisciplina que tuvieron lugar al final de la República. Para tal fin, se examinarán, entre otros aspectos, las causas que empujaron a las tropas a romper con su juramento militar, la motivación de los soldados, la capacidad de organización, coordinación y movilización del ejército, el nivel de violencia de las tropas, la capacidad represiva de las autoridades políticas y militares romanas, y las posibles consecuencias que pudo traer la indisciplina del ejército. El objetivo de este último bloque temático es, por un lado, determinar si, desde un punto de vista disciplinario, el soldado romano se movió, tal y como apuntan las

fuentes clásicas, por pura avaricia y ambición, y si el ejército romano de finales de la República fue, realmente, un ejército revolucionario; y, por el otro, valorar en qué medida las autoridades políticas y militares romanas se comportaron con respecto a lo que la tradición esperaba de ellas o si, por el contrario, ayudaron a extender todavía más el clima de inestabilidad y confusión en el que se sumergió la República al final de sus días.

Concluida nuestra investigación, esperamos tener una visión más clara y realista de cuál fue el papel del ejército romano al final de la República y de cómo fue el comportamiento del soldado romano tardorrepblicano.

5. Abreviaturas y otras cuestiones de forma

A efectos formales, nos gustaría señalar que el sistema de citación empleado para las fuentes latinas ha sido el propuesto por el *Oxford Latin Dictionary*, y el utilizado para las fuentes griegas ha sido el *Greek-English Lexicon* de Liddell-Scott. Por otra parte, los textos latinos y griegos se presentan, salvo excepción, traducidos al español, para que, de ese modo, su lectura resulte clara y accesible al público general⁵⁹. No obstante lo anterior, en los casos en los que se ha buscado resaltar un concepto en particular, hemos optado por incluir, además, el texto original, para que, de esa forma, se pueda apreciar mejor el uso que de ese término se hizo en el pasado. En el caso de las citas incorporadas a partir de obras modernas, se ha preferido mantener la versión original al entender que, al encontrarse en una lengua moderna y aceptada por la comunidad científica, su comprensión no entrañaba problema. Sólo han sido traducidas aquellas citas que se han incorporado al cuerpo del texto, debido a que, de esa manera, no se perdía la coherencia interna con respecto a la lengua utilizada en la redacción del presente trabajo.

Finalmente, los materiales numismáticos y epigráficos empleados a lo largo de la redacción figuran abreviados según el uso académico más extendido, a saber:

BMCR = *Coins of the Roman Republic in the British Museum*.

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum*.

ILLRP = *Inscriptiones Latinae Liberae Rei Publicae*.

ILS = *Inscriptiones Latinae Selectae*.

RRC = *Roman Republican Coinage*.

⁵⁹ Las traducciones al español están tomadas de las ediciones que aparecen en la bibliografía del final.

CAPÍTULO I

EL EJÉRCITO ROMANO TARDORREPUBLICANO: UNA APROXIMACIÓN

1. Introducción

Todo aquel que haya tenido la oportunidad de estudiar el ejército romano, en general, y el tardorrepblicano, en particular, conocerá la dificultad que conlleva examinar el aparato militar romano del final de la República sin caer en el tópico de las “reformas de Mario” y de la “profesionalización” del ejército romano. Para una parte de la historiografía moderna, hablar del ejército romano tardorrepblicano es lo mismo que hablar de Cayo Mario, de la “proletarización” del ejército romano, de la desaparición del ideal de ciudadano-soldado y de la destrucción de los valores cívicos romanos. La repetición sistemática de todos estos clichés historiográficos ha contribuido a crear un retrato difuso y profundamente sesgado de lo que realmente fue el soldado romano repblicano. Y es que, pese a la seguridad con la que comúnmente hablamos de él, lo cierto es que, por desgracia, ni conocemos tan bien a este colectivo ni contamos con tanta información como, generalmente, hemos creído. Así, el examen del ejército tardorrepblicano ha quedado contaminado por todo tipo de estereotipos y de connotaciones de lo más negativos que, lejos de facilitar su análisis, nos ha privado de su comprensión.

En consecuencia, antes de descubrir los fundamentos básicos de lo que entendemos por disciplina militar e insurrección, hemos creído oportuno redactar este primer capítulo con el propósito de, por un lado, presentar a nuestro sujeto de estudio — el ejército romano tardorrepblicano—, acercarnos a la realidad política y socioeconómica de sus miembros, e identificar las principales características que definieron a este controvertido colectivo militar; y, por el otro, desmentir algunos de los argumentos que más y peor han contribuido a distorsionar la imagen del ejército romano del siglo I a. C.

A tal efecto, tras repasar, en primer lugar, los principios fundamentales sobre los que, tradicionalmente, ha descansado la descripción del ciudadano-soldado romano, abordaremos, a continuación, algunos de los planteamientos historiográficos que más influencia han tenido en el análisis del ejército romano tardorrepblicano y que más han ayudado en la elaboración de esa imagen tan peyorativa de la que hemos hablado antes. Y es que, a pesar de que muchas de estas teorías han quedado desfasadas con el paso del tiempo y de que, en los últimos años, han sido enérgicamente rebatidas por una parte cada vez más importante de la comunidad científica, todavía siguen estando muy extendidas y siguen gozando a día de hoy de una amplia aceptación, lo que no ha hecho sino reabrir una vez más el viejo debate en torno a la naturaleza rebelde, sediciosa y levantisca que, supuestamente, manifestó el ejército romano al final de la República.

2. De la segunda guerra púnica a la guerra de Jugurta: el ejército romano durante la República media

2.1. El ejército cívico romano: la idealización del ciudadano-soldado

«To a great extent the old militia army had been the entire state and people under arms. Men were granted varying degrees of political influence in relation to the capacity with which they served in the army. Military service was sometimes glorious and sometimes profitable, but generations of citizens were willing to serve out of a sense of duty to the Republic with which they strongly identified. In essence the old hoplite ideal was preserved, since the men fighting for the state were the ones who had a greatest stake in it»⁶⁰.

Por lo general, cuando en la historiografía moderna se habla del ejército romano anterior al siglo II a. C. se refieren a él como un ejército cívico, como una *militia* formada por ciudadanos-soldados⁶¹. Esto se debe a que el sistema militar romano estaba indisolublemente unido al político, y a que el disfrute de los derechos inherentes a la condición de ciudadano tenía como contrapartida la obligación de servir en el ejército⁶². El ciudadano romano (*civis*), en su calidad de soldado (*miles*), era consciente de que sobre él descansaba la defensa de la *Vrbs* al lado del resto de sus conciudadanos⁶³, de ahí que se haya subrayado con frecuencia el vínculo que existía entre la formación de las legiones y la movilización de las fuerzas cívicas⁶⁴. No en vano, para un ciudadano romano la obligación de servir como soldado era consustancial a su propia naturaleza⁶⁵.

Esta obligación se extendía a todos los ciudadanos varones mayores de edad que se encontraban inscritos en el censo y que, por consiguiente, eran susceptibles de ser movilizados⁶⁶. No obstante, aunque el servicio militar era obligatorio para todos los ciudadanos romanos, en la práctica no era efectivo. Bajo la República, el reclutamiento del ejército romano (*dilectus*) se basaba, en principio, en el sistema de conscripción⁶⁷, lo que suponía, en palabras de Roldán (1996: 24), «una elección limitada tanto de los

⁶⁰ Goldsworthy, 2011: 49.

⁶¹ Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 366; Gabba, 1975: 10, 27; Nicolet, 1980: 89, 93, 105, 108; Connolly, 1990: 26; Patterson, 1993: 95-96; Keppie, 1998: 38; Pina Polo, 1999: 20; Hoyos, 2007: 67; Alston, 2007: 177-179; Phang, 2008: 3; McNab, 2010: 37-38; Quesada, 2015-2016: 56; Machado, 2017: 35-36; Cadiou, 2018: 119.

⁶² Nicolet, 1980: 105, 108; Roldán, 1996: 9; Cadiou, 2018: 412; Brand, 2019: 24.

⁶³ Nicolet, 1980: 105, 108; Roldán, 1996: 14-15; Pérez Rubio, 2014-2015: 75.

⁶⁴ Nicolet, 1980: 105, 108; Phang, 2008: 3; Cadiou, 2018: 119, 412; Brand, 2019: 24.

⁶⁵ «Quando ancora esisteva l'antica milizia cittadina, il servizio era soltanto un momento, importantissimo, della vita e dei doveri del *civis*. Non si poteva, né si sarebbe saputo, distinguere l'uomo "politico" dal "militare" e viceversa» (Gabba, 1975: 27). Cf. Nicolet, 1980: 90, 105, 108, para quien el servicio militar era parte del propio ser de la ciudad, parte del *mos maiorum* que precedía a todas las leyes. Para más información sobre esta última relación, *vid.* Giuffrè, 1974.

⁶⁶ En cuanto a los criterios de edad, la sociedad romana estaba dividida entre *iuniores* y *seniores*. Los *iuniores*, de diecisiete a cuarenta y cinco años, y los *seniores* de cuarenta y seis a sesenta (Gel. 10.28.1). De acuerdo con Livio (1.43.2), los primeros constituían el ejército de campaña, mientras que los segundos se encargaban, normalmente, de la defensa de la ciudad. Cf. Miller, 1984: 94; Guillén, 1994: 450; Cowan, 2003: 9; McNab, 2010: 31; Pérez Rubio, 2014-2015: 75.

⁶⁷ Plb. 6.19-20, 21.1-3, 6-7, 24.1-6, 25.1-2, 26.1-5. Para más información sobre el *dilectus*, *vid.* Le Beau, 1770: 189-223; Judson, 1888: 30-31; Marín y Peña, 1956: 192-204; Smith, 1958: 44-58; Gruen, 1974: 367; Nicolet, 1980: 96-102; Guillén, 1994: 434; Warry, 1995: 133-134; Roldán, 1996: 24-25; Sekunda, 1996: 11-12; Le Bohec, 1998: 25-41; Chrissanthos, 1999: 8; Nardo, 2001: 24-26; Cowan, 2003: 9-11; Cosme, 2007: 20-22, 25-26; De Ligt, 2007a: 114-131; McNab, 2010: 31-32; Fields, 2012: 14-16; Subirats, 2013: 28-30; Gracia, 2014-2015: 37; Machado, 2017: 15.

sujetos movilizados como del tiempo de movilización». En cuanto a lo primero, debemos señalar que para luchar en el ejército romano se requería de una cualificación mínima de propiedad, y que, por lo tanto, la participación ciudadana estaba condicionada al nivel de riqueza de cada individuo⁶⁸.

En tanto que ciudad-Estado, Roma formaba en sí misma una comunidad de guerreros, un ejército ciudadano que, sin embargo, no incluía a una parte significativa de su propia ciudadanía; dado el carácter timocrático de su composición —derivado del propio ordenamiento centuriado que, con arreglo a la tradición clásica, Servio Tulio le había conferido a la ciudad⁶⁹—. Así las cosas, podemos distinguir una *classis* armada, compuesta por los *adsidui*, y una *infraclasse*, formada por *proletarii* y *capite censi*⁷⁰. Mientras que los primeros tenían la capacidad económica necesaria para ser alistados en el ejército, los segundos, debido a su escaso nivel de renta, fueron excluidos de servir en el mismo⁷¹, viendo, además, reducidos todos sus derechos políticos a la mínima expresión⁷².

Este sistema de cualificación de la propiedad reflejaba, no sólo la división de la sociedad romana en función de su poder adquisitivo, sino, también, la esperanza de que fueran los soldados los encargados de procurarse su propio equipamiento⁷³. Como era de esperar, el ejército resultante quedó dividido en virtud de la edad, de la riqueza y del armamento de sus integrantes, justo como nos lo explica Polibio (6.21.7), principal fuente para el estudio del ejército romano del periodo:

«Los hombres se presentan en el día fijado y los tribunos [militares] eligen de entre ellos los más jóvenes y los más pobres para formar los *velites*, los siguientes para los llamados *hastati*, los hombres más vigorosos forman el cuerpo de *principes*; los de más edad el de los *triarii*. Entre los romanos, estos son los nombres de las cuatro clases de tropa de cada legión, distintos en edad y en equipo»⁷⁴.

El resultado del *dilectus* era una fuerza combinada de infantería pesada y ligera, así como de caballería, que osciló, en función del peligro y de la necesidad de efectivos de cada momento, entre los cuatro mil doscientos y los cinco mil infantes, y entre los doscientos y los trescientos jinetes por legión de media⁷⁵. A esta fuerza bélica había que

⁶⁸ Roldán, 1996: 24; Keppie, 1998: 42; Lendon, 2005: 230; Machado, 2017: 15; Cadiou, 2018: 119.

⁶⁹ Liv. 1.43.1-11; D.H. 4.16-22.1; Gel. 6.13; Fest. 100L. Cf. Marín y Peña, 1956: 3-4; Gabba, 1975: 4-12; Nicolet, 1980: 93; Guillén, 1994: 412-413; Roldán, 1996: 24-25; Keppie, 1998: 42; Southern, 2006: 87-89; Forsythe, 2007: 24-42; Armstrong, 2008: 47-66; Sage, 2008: 18-27; McNab, 2010: 20-23; Quesada, 2015-2016: 57.

⁷⁰ Para una distinción entre *adsidui*, *proletarii* y *capite censi*, vid. la definición que de estos tres grupos realiza Aulo Gelio (16.10.10-15). Cf. Marín y Peña, 1956: 4-5; Nicolet, 1980: 92-93; Guillén, 1994: 417; Roldán, 1996: 24.

⁷¹ Aunque, en principio, ni *proletarii* ni *capite censi* eran llamados a filas (V. Max. 2.3.1), en situaciones de emergencia podían ser incorporados al ejército (Enn. Ann. 6.7; Liv. 6.6.14; Gel. 16.10.10-14). Igualmente, los esclavos también podían formar parte del ejército si la situación era extremadamente grave (D.H. 6.63.2).

⁷² D.H. 4.21.1; Liv. 1.43.10-11. Cf. Gabba, 1975: 4-10; Roldán, 1996: 14, 24; Pina Polo, 1999: 20; Forsythe, 2007: 32.

⁷³ D.H. 4.19.3. Cf. Keppie, 2001: 130; Lendon, 2005: 30; Quesada, 2015-2016: 56.

⁷⁴ Para más información, vid. Plb. 6.22-23. Cf. Guillén, 1994: 429-430; McNab, 2010: 30-31, 33-37; Le Bohec: 2014-2015: 12-17; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Quesada, 2015-2016: 56.

⁷⁵ Plb. 3.107.10-11; 6.20.8-9. Cf. Marín y Peña, 1956: 27; Guillén, 1994: 431.

sumarle el apoyo de los aliados itálicos (*socii*), los cuales, de conformidad con los correspondientes pactos de alianza que mantenían con el pueblo romano (*formula togatorum*), debían responder a la llamada de Roma con un número igual de soldados de a pie y con un número de jinetes tres veces mayor al aportado por las fuerzas romanas⁷⁶. Estos contingentes, no obstante, no fueron incorporados a las unidades regulares romanas, las legiones, sino que sirvieron en unidades propias, las denominadas *alae sociorum*, las cuales estaban dirigidas por los llamados *praefecti sociorum*⁷⁷, mientras que las legiones estaban comandadas por los cónsules, quienes, a su vez, estaban auxiliados por los tribunos militares, en número de seis por legión⁷⁸.

Los cónsules, la más alta magistratura de la Roma republicana, se encargaba de solicitar al Senado las tropas, mientras que este determinaba tanto el número como las localidades que proporcionarían cada año los soldados al ejército romano, así como el número de ciudadanos que debían ser reclutados mediante el *dilectus*⁷⁹. Por su parte, mientras durara su servicio, al soldado romano sólo le quedaba obedecer a sus oficiales y cumplir con sus órdenes en la medida de lo posible, tal y como había jurado hacer tras su reclutamiento⁸⁰.

A partir de este momento, al ciudadano-soldado romano se le ofrecía la oportunidad de exhibir su *virtus* y de demostrar sus cualidades morales⁸¹. Y es que, de igual modo que el *dilectus* se realizaba con arreglo a una cuidadosa selección de ciudadanos sanos que debían demostrar unas aptitudes físicas acordes con la exigencia del servicio militar⁸², el soldado romano debía demostrar que estaba a la altura de su cometido, que tenía la suficiente fortaleza y nervio, que tenía la capacidad para aprender su deber y que poseía el suficiente valor militar⁸³; pues, no en vano, la defensa del

⁷⁶ Plb. 3.107.12; 6.21.4-5, 26.7, 30.2. Cf. Andrieux, 1927: 10-11; Marín y Peña, 1956: 43, 157-158, 196; Guillén, 1994: 434-435; Roldán, 1996: 32-33; Pina Polo, 1999: 20, 41; Keppie, 2001: 130; Cosme, 2007: 54; McNab, 2010: 38-41; Sage, 2015-2016: 40; Machado, 2017: 15; Cadiou, 2018: 145, 417.

⁷⁷ Plb. 6.26.5. En todo caso, los *praefecti sociorum* estaban supeditados a los cónsules, quienes, a su vez, actuaban como comandantes supremos también de los aliados itálicos (Marín y Peña, 1956: 43, 157-158; Guillén, 1994: 435; Roldán, 1996: 33; Keppie, 1998: 48; McNab, 2010: 40; Goldsworthy, 2011: 47; Sage, 2015-2016: 40, 41; Machado, 2017: 15).

⁷⁸ Plb. 6.27.4. Cf. Plb. 6.19.7-9.

⁷⁹ Plb. 6.19.1, 21.4, 26.2-3, 27.4. Cf. Marín y Peña, 1956: 43; Nicolet, 1980: 98; Guillén, 1994: 435-436, 450-451; Roldán, 1996: 32, 38.

⁸⁰ Plb. 6.21.2-3. Aunque no se ha conservado el contenido del juramento de los aliados, gracias a Polibio (6.21.5) sabemos que también tomaban juramento en el momento de su alistamiento. Para otras referencias clásicas sobre el contenido del *sacramentum militiae* al que todo soldado romano debía comprometerse mientras durara su permanencia en el ejército, vid. D.H. 10.18.2-3; 11.43.1-4; Liv. 22.38.1-5; Fron. Str. 4.1.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5.

⁸¹ Nicolet, 1980: 92; Lendon, 2005: 230.

⁸² «Aquellos que se dedican a supervisar las nuevas levadas deberían ser particularmente cuidadosos en examinar sus caras, sus ojos y la constitución de sus miembros, para poder hacerse un juicio veraz y elegir a los más a propósito para ser buenos soldados. Los soldados jóvenes, así pues, deben tener una mirada despierta, llevar la cabeza erguida, su pecho debe ser ancho, sus hombros musculosos y fuertes, sus dedos largos, sus brazos fuertes, su cintura pequeña, sus piernas y pies tan nervudos como flexibles. Cuando tales señas se encuentran en un recluta, una estatura pequeña puede dispensarse, pues resulta mucho más importante que un soldado sea fuerte antes que alto» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.6). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 28; 2.1, 18.

⁸³ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.8.

Estado romano era un honor, un deber y un privilegio al que sólo tenían acceso los «ciudadanos más deseables»⁸⁴.

Pero, ¿quiénes eran estos ciudadanos? Para Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.7) la respuesta era clara. La defensa de Roma sólo podía encomendarse a hombres «de mérito e integridad», de lo contrario, si no se tomaban las precauciones adecuadas y no se prestaba la debida atención a la selección de los reclutas, no se podría garantizar jamás el bienestar de la República. Por este motivo, «el soldado a quien se le confiaba la defensa del Imperio y en cuyas manos estaba la fortuna de la guerra, debía pertenecer a familias reputadas e intachables en sus costumbres». Sólo los hombres de esa condición podían ser considerados «buenos soldados», pues el sentido del honor les impedía obrar mal y les hacía victoriosos.

Para Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.3) el paradigma de soldado ideal era el campesino-soldado, pues en su propia existencia se hallaban todas las virtudes que se esperaban del soldado y ciudadano romanos: «Son sencillos, se contentan con poco, están acostumbrados a toda clase de fatigas y preparados, en cierta medida, para la vida militar por su continuo empleo en labores agrícolas, en manejar la azada, cavando zanjás y llevando cargas, soportando el sol y el polvo. Sus comidas suelen ser rústicas y moderadas, y están acostumbrados a descansar, bien al aire libre, bien en tiendas».

Desde un punto de vista físico, el trabajo en el campo y la exposición permanente a todo tipo de climas les hacía ser «los más capacitados para empuñar las armas»; mientras que, desde un punto de vista moral, su sencillez y sobriedad les hacía ser los candidatos idóneos para servir en el ejército, pues su estilo de vida les mantenía alejados del lujo y de la molición, los dos grandes males que, según el pensamiento clásico, terminaron condenando al soldado romano tardorrepblicano⁸⁵.

Alejado de la ciudad, y, por tanto, de todas sus tentaciones, el campesino-soldado representaba al propietario romano capaz de costearse su panoplia y, ante todo, al ciudadano romano dotado de todos los principios morales inherentes a su condición de *adsiduus*⁸⁶. Respecto a esto último, debemos aclarar que, conforme a Aulo Gelio (16.10.11), sólo el dinero y el patrimonio familiar servían de aval ante la República y constituían cierta garantía de fidelidad a la patria. Es decir, sólo a los que tenían el nivel de riqueza exigido por el censo se les reconocía moralmente aptos para ejercer sus derechos como ciudadanos y para cumplir sus deberes como soldados. De ahí que ni *proletarii* ni *capite censi* fueran alistados salvo en casos de grave tumulto, porque el dinero y el patrimonio familiar de estos eran insignificantes y, porque, en consecuencia, no eran de fiar.

⁸⁴ Lendon, 2005: 230. Cf. Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 450; Keppie, 2001: 130.

⁸⁵ «Me doy cuenta de que en las primeras épocas de la República, los romanos siempre levantaron sus ejércitos en la misma ciudad, pero esto sucedía en una época donde no había placeres ni lujos que les enervaran. En aquellos días, el mismo hombre era soldado y granjero, pero un granjero que, llegada la ocasión, dejaba a un lado sus herramientas y empuñaba la espada» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.3). Cf. Cato. *Agr.* pref.; Tac. *Ann.* 1.31.4; D.C. 30-35, fr. 100; Nicolet, 1980: 95-96; Cowan, 2003: 9; McLaughlin, 2015: 50; James, 2019: 58-59.

⁸⁶ La idealización del campesino-soldado hunde sus raíces en la República más temprana, teniendo en el dictador Lucio Quincio Cincinato uno de los *exempla* más conocidos de rectitud, honradez, integridad, frugalidad y templanza (Cic. *Fin.* 2.12; V. Max. 4.1.4; Aur. Vict. *De vir. ill.* 17; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.3).

A partir de este razonamiento, se establece una dicotomía entre buenos y malos soldados en función del origen social al que pertenezca cada uno de los ciudadanos reclutados en el *dilectus*⁸⁷. Cuanto mayor sea su riqueza y cuanto más próspera sea su ascendencia, mejores y más altos atributos morales se le reconocerán. Por el contrario, si su origen social es humilde y si su nivel de renta es bajo, peores cualidades se le atribuirán⁸⁸.

La superioridad moral de los ciudadanos ricos con respecto de los pobres se percibía también en la aparente docilidad a las órdenes de los primeros y en los supuestos problemas de disciplina de los segundos. Conforme a Bouquie (1884: 26), el espíritu militar y la moralidad pública, por lo tanto, crecían o disminuían en proporción a las diferentes condiciones en las que se llevaba a cabo el reclutamiento de los soldados. Si se permitía la entrada al ejército a *proletarii* y *capite censi* se corría el riesgo, de acuerdo con esta corriente de pensamiento, de que el ejército perdiera los valores cívicos que lo habían caracterizado desde tiempos inmemoriales⁸⁹. En cambio, si se dejaba al margen a estos dos colectivos y se realizaba una cuidadosa selección de los ciudadanos, no sólo se conseguían tropas más unidas a Roma, sino que, además, se mejoraba la disciplina del ejército, lo que multiplicaba exponencialmente sus opciones de victoria⁹⁰.

Fruto de este doble rasero, no sólo se idealizó a una parte muy concreta de la ciudadanía romana, sino que, ante todo, se condenó al ostracismo a una parte muy significativa de la misma. Desde entonces, *proletarii* y *capite censi* fueron vistos con recelo, en tanto que, como ciudadanos sin recursos, ni eran de fiar ni tenían los rasgos morales necesarios para servir en el ejército romano, un ejército patriota y cívico que, desde este momento, sirvió de modelo en el que comparar el grado de desviación del ejército romano del final de la República.

2.2. El servicio militar en la República media: los primeros fallos del sistema

«Sin duda, fue el progresivo alejamiento de los frentes y la necesidad de mantener tropas de forma ininterrumpida sobre un territorio, con la ruptura de la tradicional alternancia cíclica del campesino-soldado, el origen de una crisis del ejército, que, al cambiar considerablemente las condiciones de servicio, sin paralelamente atender al *modus vivendi* del soldado, aceptaba ya una permanente contradicción de consecuencias imprevisibles»⁹¹.

⁸⁷ Sobre el particular, *vid.* Walters, 1997: 38; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Goldberg, 2016: 158, para más información sobre la actitud condescendiente de la élite romana hacia el soldado de baja condición. Asimismo, se recomienda la lectura de Knapp, 2011: 97-124, para una visión más completa sobre el desprecio por las clases bajas en general.

⁸⁸ «Les armées étant dans leurs qualités et dans leurs défauts la représentation fidèle des classes particulières de citoyens qui les composent, il est incontestable qu'une plus value morale doive être attribuée aux troupes issues des classes sociales les plus relevées» (Bouquie, 1884: 26). *Cf.* Nicolet, 1980: 92.

⁸⁹ Conforme a Cosme (2007: 55-56), el desprecio por los soldados ordinarios tenía su origen en la aversión que los autores antiguos, a menudo procedentes de familias senatoriales, sentían por las tropas de extracción más humilde, a las que achacaban los peores excesos. *Cf.* Nicolet, 1980: 92; Phang, 2008: 6.

⁹⁰ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.28.

⁹¹ Roldán, 1996: 25.

De acuerdo con Polibio (6.19.1-3), mientras que un soldado de caballería debía cumplir diez años de servicio en el ejército romano, un soldado de infantería debía permanecer dieciséis años, pudiendo verse ampliado su servicio hasta los veinte años, en caso de emergencia. Pese a que el debate sobre esta cuestión todavía sigue abierto, parece que, antes de las guerras civiles del siglo I a. C., la duración media del servicio militar a mediados del siglo II a. C. era de seis años⁹²; aunque cada hombre entre los diecisiete y los cuarenta y seis años de edad estaba legalmente obligado a ofrecerse para un servicio adicional hasta cumplir un máximo de dieciséis años⁹³.

Durante el tiempo de permanencia en el ejército, el soldado tenía derecho a percibir una soldada (*stipendium*)⁹⁴, de la cual, sin embargo, el Estado romano le deducía la comida, la ropa, el calzado, el forraje y el equipamiento⁹⁵. En virtud de la tradición analística, la introducción del *stipendium* tuvo como objetivo compensar mediante una retribución económica el tiempo que el soldado romano pasaba alejado de su hogar —y, por tanto, alejado de sus principales fuentes de ingreso—, una vez las campañas militares sobrepasaron el tiempo ordinario de duración y se extendieron al invierno⁹⁶. En época de Polibio, «el estipendio diario de un soldado de infantería era de dos óbolos; el de los centuriones el doble, y el de los jinetes, un dracma [seis óbolos]»⁹⁷. De este modo, la soldada que recibía un legionario romano equivaldría, aproximadamente, a ciento veinte denarios al año⁹⁸.

No obstante, esta suma no era neta, debido a que, tal y como hemos avanzado, había que descontarle las deducciones del Estado, lo que suponía que el soldado se embolsara, finalmente, una cantidad mucho menor. Asimismo, el *stipendium* del legionario romano sufría otro tipo de devaluaciones a causa de las depreciaciones de la moneda y de la inflación del momento, lo que reducía considerablemente su poder adquisitivo. Por esta razón, son varios los autores, como Phang (2008: 166), que, más

⁹² Roldán, 1996: 46; Keppie, 1998: 43; 2001: 130; Pina Polo, 1999: 20-21; Cowan, 2003: 12; Rosenstein, 2004: 189; Southern, 2006: 99; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; McNab, 2010: 88; Brice, 2014: 192; 2020b: 59; Brand, 2019: 212.

⁹³ Marín y Peña, 1956: 205; Smith, 1958: 35; Nicolet, 1980: 93, 97, 101; Miller, 1984: 94; Keppie, 1997b: 89; 1998: 34, 43; 2001: 130; Cowan, 2003: 12; Rosenstein, 2004: 190; Southern, 2006: 99; McNab, 2010: 88; Subirats, 2013: 18; Brice, 2014: 192; 2020b: 59.

⁹⁴ Sobre el *stipendium militum*, vid. Judson, 1888: 37-38; Marín y Peña, 1956: 20-21, 207-215; Gabba, 1978: 217-225; Boren, 1983: 427-460; Miller, 1984: 112-116, para el siglo II a. C.; Connolly, 1990: 26; Alston, 1994: 113-123; García Riaza, 1999: 49-52 y, especialmente, 50-51; Keppie, 2001: 130, 136; Nardo, 2001: 26-30; Cowan, 2003: 13; Southern, 2006: 105-111, 166-168; Cosme, 2007: 37-40, para la República media, y 62-64, 75, para el siglo I a. C.; Keaveney, 2007: 58; Phang, 2008: 166-174; McNab, 2010: 37-38; Rosenstein, 2011; 2020; Fields, 2012: 45; Brice, 2014: 192-193; Pérez Rubio, 2014-2015: 74-75; Gracia, 2015-2016: 14; Valdés, 2017: 252-260; Ferrer, 2019: 86.

⁹⁵ Plb. 6.39.15. Cf. Marín y Peña, 1956: 208, 212; Gruen, 1974: 369; García Riaza, 1999: 50-51; Phang, 2008: 171; McNab, 2010: 37; Sierra, 2012: 483-495; Gracia, 2015-2016: 14; Quesada, 2015-2016: 59-60; Ferrer, 2019: 87.

⁹⁶ D.S. 14.16.5; Liv. 4.59.11, 60.1-2. Cf. Marín y Peña, 1956: 20, 208; Roldán, 1996: 17.

⁹⁷ Plb. 6.39.12.

⁹⁸ Marín y Peña, 1956: 208; Keppie, 2001: 136. En tiempos de César, la paga aumentaría hasta los 225 denarios de plata anuales (Suet. *Jul.* 26.3; Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 374; Cosme, 2007: 62-63; Goldsworthy, 2011: 94; Brice, 2014: 98; Ferrer, 2019: 86).

que una “paga”, han visto en el *stipendium* una suerte de indemnización que, ante todo, connotaba «mantenimiento», más que “salario”⁹⁹.

Sea como fuere, lo cierto es que, conforme a Roldán (1996: 17), «la introducción del *stipendium* comenzó a cuestionar los principios fundamentales del Estado timocrático, basado en la ecuación de, a mayor censo, mayores deberes militares y más amplios derechos políticos». Si aceptamos la teoría clásica favorable a la reducción gradual de la cualificación mínima de propiedad exigida para el servicio militar, el pago del *stipendium*, de acuerdo con Roldán (1996: 17, 46), pudo «privar poco a poco a la milicia ciudadana de su esencia clasista», lo que a la postre derivaría en «la disolución de la milicia cívica de carácter timocrático». Para alcanzar tal razonamiento, Roldán parte de la reducción del censo mínimo que, de conformidad con las fuentes clásicas, tuvo lugar entre finales del siglo III y finales del II a. C.¹⁰⁰ Según su opinión, si tenemos en cuenta dicha reducción, a finales del siglo III a. C., en plena segunda guerra púnica, el *stipendium* se habría acercado al montante global exigido para recibir la cualificación de *adsiduus*; mientras que, a lo largo del siglo II a. C., casi se habría equiparado, una vez fuera situada en sólo 1.500 ases la cantidad exigida para ser considerado propietario y, por consiguiente, apto para el reclutamiento¹⁰¹. La progresiva necesidad de elementos del cuerpo cívico cada vez más pobres, transformó el *stipendium* en un «verdadero, por más que miserable, sueldo, puesto que venía a ser la compensación económica por una actividad, de individuos que no contaban con una renta como medio de vida»¹⁰². Retomaremos esta cuestión más adelante cuando hablemos de la supuesta “proletarización” del ejército.

Pero el *stipendium* no era la única fuente de ingresos del soldado romano. Una vez finalizada la campaña militar para la cual le habían reclutado (que no su tiempo de servicio, habida cuenta de que, en función de los años que llevara en activo y de la duración de la campaña, podría ser llamado a filas más tarde), el soldado era liberado de su juramento militar y regresaba a la vida civil, con suerte, enriquecido con el botín que hubiera podido adquirir en el transcurso de su servicio¹⁰³. Dado lo reducido del *stipendium*, el botín (*praeda*), conforme a García Riaza (1999: 48-49), supuso una

⁹⁹ Roldán (1996: 17, 35) también prefiere hablar de «compensación» y/o de «indemnización» antes que de “salario”, dado que la cuantía neta percibida por el soldado romano «era muy baja para poder ser equiparada a cualquier remuneración por una actividad laboral habitual». Sobre el particular, Cosme (2007: 64) llegó a afirmar que un esclavo que trabajaba con sus manos cobraba en tiempos de Cicerón doce ases al día, más de lo que recibía un soldado de Roma. Cf. Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 369; Nicolet, 1980: 91; Sage, 2008: 235; 2015-2016: 37; Subirats, 2013: 28; Pérez Rubio, 2014-2015: 74-75.

¹⁰⁰ De acuerdo con la tradición clásica, la cualificación de la propiedad de la quinta clase censitaria sufrió en el periodo descrito una progresiva rebaja al pasar de los 12.500-11.000 ases de partida (D.H. 4.16-21 y Liv. 1.43.7-8, respectivamente) a los 4.000 ases, primero (Plb. 6.19.2, 23.15), y a los 1.500 ases, después (Cic. Rep. 2.40; Gel. 6.13.1; 16.10.10). Cf. Marín y Peña, 1956: 51; Toynbee, 1965: 141-173; Brunt, 1971: 62-80; Gabba, 1975: 17; Nicolet, 1980: 93; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 26, 47; Keppie, 1998: 42; Gracia, 2015-2016: 6; Gauthier, 2016: 106-107; Brand, 2019: 210.

¹⁰¹ Roldán, 1996: 35.

¹⁰² Roldán, 1996: 35-36. Cf. Marín y Peña, 1956: 51; Guillén, 1994: 450; Subirats, 2013: 28; Sage, 2018: 273.

¹⁰³ Keppie, 1998: 36. Cf. Shatzman, 1972: 177-205; Gruen, 1974: 370-371; Rivero, 2006: 129-133; Phang, 2008: 157; Sage, 2008: 208-212; 2018: 268-271; Coudry, 2009: 19-79; Goldsworthy, 2011: 94-95; Rosenstein, 2011: *passim*; Pérez Rubio, 2014-2015: 75.

importante fuente de financiación del ejército romano, debido a su alto valor como incentivo y complemento de la soldada¹⁰⁴.

Al respecto, fueron las recompensas materiales, en forma de dinero y/o tierra, uno de los principales estímulos de la soldadesca romana¹⁰⁵. La participación en una victoria importante que llevara una guerra a una conclusión exitosa, podía dar lugar, a menudo en el momento de la celebración del triunfo, a que el general pagara un donativo (*donativum*) a sus tropas como forma de gratificación¹⁰⁶. Igualmente, en algunas ocasiones, los soldados podían recibir una parcela de tierra en reconocimiento a su servicio, tal y como sucedió tras la segunda guerra púnica, cuando se distribuyó entre los veteranos de Publio Cornelio Escipión Africano parte del territorio confiscado a las comunidades descontentas del sur de Italia, o cuando, más adelante, en las primeras décadas del siglo II a. C., se crearon ex profeso colonias en el norte de Italia como recompensa para los veteranos¹⁰⁷. Generalmente, las parcelas se distribuían con arreglo al rango militar, pudiendo recibir el soldado raso hasta 50 *iugera*, y aseguraban el *modus vivendi* del campesino-soldado¹⁰⁸.

No obstante lo anterior, si bien todas estas fuentes de ingresos supusieron un importante estímulo para el soldado romano, en la mayoría de los casos, no fueron más que una ayuda insuficiente e incapaz de compensar el sacrificio económico al que se veía expuesto el ciudadano romano llamado a filas. Esta situación se vio agravada conforme Roma potenció su política imperialista, se extendió la duración del servicio militar y se necesitó reclutar a cada vez más hombres para cubrir todos los frentes en los que la República tenía presencia militar.

De acuerdo con Guillén (1994: 434), entre el comienzo de la segunda guerra púnica y el final de la tercera guerra macedónica, la necesidad de efectivos militares fue cada vez mayor y los reclutamientos se hicieron cada vez más numerosos, pasando del alistamiento de cuatro legiones al año (unos 18.000 hombres) a las veinticinco legiones¹⁰⁹. Así, a mediados del siglo II a. C., se estima que habría una media de unos 75.000 hombres en armas cada año¹¹⁰, lo que supondría, según estudios recientes, que, aproximadamente, la mitad de los varones elegibles podrían haber realizado algún tipo de servicio militar durante su vida adulta¹¹¹.

Ya en el siglo III a. C. las guerras se habían vuelto «largas, distantes y difíciles», lo que exigía, en opinión de Brand (2019: 212), «una revisión de los presupuestos anteriores» sobre la naturaleza del servicio, incluida la idea de que el servicio militar ya

¹⁰⁴ Para más información, *vid.* Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 370-371; Coudry y Humm, 2009; Rosenstein, 2016: 114-130; Brand, 2019: 211.

¹⁰⁵ Bouquie, 1884: 98; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Brand, 2019: 211; Ferrer, 2019: 89.

¹⁰⁶ Gruen, 1974: 369-370; Keppie, 1998: 36; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Brand, 2019: 211; Ferrer, 2019: 96-97. *Cf.* Phang, 2008: 153, 179, 181-182; Coulston, 2013: 14.

¹⁰⁷ Liv. 31.4.1-3, 49.5. *Cf.* Gabba, 1975: 13; Keppie, 1998: 36; Pina Polo, 1999: 21-22, 64; Broadhead, 2007: 149-157; Cosme, 2007: 55-56; Roselaar, 2009: 609-623; De Ligt, 2012: 150-154; Gauthier, 2016: 107; Brand, 2019: 211.

¹⁰⁸ Keppie, 1998: 36; Chrissanthos, 1999: 140. *Cf.* Pina Polo, 1999: 22.

¹⁰⁹ *Cf.* Gabba, 1975: 12.

¹¹⁰ Sage, 2008: 234. *Cf.* Roldán, 1996: 28, quien ofrece una cifra sensiblemente inferior, al considerar que, entre el 200 y el 168 a. C., el promedio anual de soldados movilizadas fue de ocho a diez legiones, es decir, entre los 44.000 y los 55.000 soldados, de un censo inferior a trescientos mil varones adultos.

¹¹¹ Keppie, 2001: 130; Sage, 2008: 234. *Cf.* Brunt, 1971; Rosenstein, 2004.

no debía pensarse en términos de ciclos anuales, sino en términos de ciclos vitales. Sin embargo, antes de la segunda guerra púnica, probablemente la carga no se consideraba, salvo excepciones, como demasiado insoportable. El servicio militar, como ya explicamos al principio, era considerado tanto una obligación como un privilegio, y, ante todo, era visto como una parte consustancial del ciudadano romano, como una experiencia vital a la que estaba predestinado desde su nacimiento¹¹².

En el primitivo sistema de guerra romano, la temporada de campaña se iniciaba en marzo y se cerraba en octubre, como dejan claro las fiestas oficiales del calendario romano¹¹³. Al principio, el servicio militar en el ejército implicaba que un hombre estuviera lejos de su hogar durante algunas semanas o meses. Normalmente, las campañas eran estacionales y coincidían con el periodo de obligado reposo en la agricultura, lo que permitía al campesino-soldado compaginar su trabajo en el campo con sus deberes militares¹¹⁴.

Este sistema funcionó correctamente durante el tiempo en el que Roma estuvo ocupada en la defensa de su territorio y en la conquista de las áreas adyacentes. Sin embargo, a medida que el territorio romano se hizo más extenso y la distancia entre la *Vrbs* y el escenario de servicio aumentó, el antiguo sistema militar empezó a dar claros síntomas de agotamiento¹¹⁵. Desde principios del siglo II a. C. en adelante, los soldados, fruto de las crecientes necesidades bélicas y de la urgencia de formar guarniciones en las provincias recién conquistadas, se vieron obligados a pasar cada vez más tiempo fuera de sus hogares¹¹⁶. La naturaleza del servicio militar estaba empezando a cambiar. Conforme a Keppie (1997b: 89), lejos quedaba el día en que los soldados se reunían en el Capitolio para el servicio militar con la expectativa de que, si eran elegidos para el servicio en las legiones, estarían fuera de casa sólo unos meses y serían liberados en sus granjas a finales del verano.

La extensión del servicio militar y la creciente necesidad de un número cada vez mayor de efectivos militares por año provocaron que el campesino-soldado, sobre el que, tradicionalmente, había recaído el peso del *dilectus*, tuviera que sostener una carga cada vez más difícil de soportar¹¹⁷, mientras que su número, incluso utilizando hasta los últimos recursos, se tornaba en ocasiones insuficiente, en parte, por el supuesto

¹¹² Nicolet, 1980: 92.

¹¹³ Pérez Frutos, 2016: 179-199. Cf. Subirats, 2013: 36.

¹¹⁴ Marín y Peña, 1956: 52; Gabba, 1975: 13; Nicolet, 1980: 97; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 24; Keppie, 1998: 34; Pina Polo, 1999: 20; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Subirats, 2013: 36; Gracia, 2015-2016: 6; Machado, 2017: 36.

¹¹⁵ Gabba, 1975: 17; Nicolet, 1980: 97; Roldán, 1996: 24; Keppie, 2001: 130; Sage, 2008: 234; Pérez Rubio, 2014-2015: 76; Gracia, 2015-2016: 6; Sage, 2015-2016: 36.

¹¹⁶ Gabba, 1975: 13, 16; Nicolet, 1980: 97; Keppie, 1998: 34; 2001: 130; Pina Polo, 1999: 20; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 234; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Gracia, 2015-2016: 6; Sage, 2015-2016: 36; Machado, 2017: 11-12, 36.

¹¹⁷ En palabras de Guillén (1994: 435): «Lo más grave es el carácter aplastante de las cargas que soporta la clase media cuando las expediciones a ultramar duran varios años. Las familias rotas, la falta de brazos para el trabajo del campo tienen repercusiones económicas y sociales muy graves». Cf. Gabba, 1975: 16; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Gracia, 2015-2016: 6.

empobrecimiento de los *adsidui*¹¹⁸, y, en parte, debido al elevado número de bajas que había padecido el Estado romano a consecuencia de las guerras¹¹⁹.

Al límite de sus capacidades, las autoridades políticas y militares romanas implementaron una serie de “soluciones” con las que hacer frente a los problemas derivados de su actual política expansionista.

A medida que Roma fue integrando nuevos territorios a sus dominios, surgió la necesidad de mantener una fuerza permanente en las provincias recién creadas que garantizaran su defensa y favorecieran su control¹²⁰. En tales circunstancias, los efectivos desplegados vieron aumentar considerablemente su tiempo de servicio, especialmente en provincias como Hispania, en donde la emergencia de efectivos veteranos exigía que su permanencia sobre el terreno se postergara durante más tiempo del ordinario, provocando, con el paso del tiempo, insurrecciones y resistencia a la leva, tal y como se verá más adelante¹²¹. Asimismo, dada la dificultad logística de reclutar, proveer y transportar nuevos ejércitos con regularidad, los magistrados *cum imperio* destinados a las provincias prefirieron mantener intactas sus unidades antes que desprenderse de unos hombres en los que habían depositado toda su confianza¹²². Así las cosas, los soldados veteranos rara vez eran dados de baja en masa (*en masse*)¹²³.

Bajo la tradicional apariencia de un ejército basado en la conscripción anual y, por tanto, transitorio, Roma comenzó, de hecho, a tener ejércitos cada vez más permanentes, que, no obstante, requerían de una solución inmediata a su nueva situación. En tal sentido, la política romana favoreció los suplementos (*supplementa*) anuales. Al principio, el magistrado al mando abandonaba la provincia al final de la temporada de campaña, después de haber puesto a salvo a sus unidades en los campamentos de

¹¹⁸ Gabba, 1949: *passim*; 1975: 16-19; Marín y Peña, 1956: 50-51; Brunt, 1971: 399-402; Gruen, 1974: 367, 379; Roldán, 1996: 24, 28, 48; Pina Polo, 1999: 19-22; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 212.

¹¹⁹ *Sal. Jug.* 41.7-8; *Plu. TG* 8.1-3; *App. BC* 1.7-11. *Cf.* Marín y Peña, 1956: 50; Toynbee, 1965: 141-173; Brunt, 1971: 62-80; Gabba, 1975: 17; Guillén, 1994: 432, 446; Roldán, 1996: 28, 47; Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 21-22; Sage, 2008: 234; Machado, 2017: 16. Para una estimación de los ciudadanos romanos fallecidos, entre el 203 y el 168 a. C., como consecuencia del servicio militar, *vid.* Rosenstein, 2004: 191-192.

¹²⁰ Gabba, 1975: 14; Nicolet, 1980: 97; Gracia, 2014-2015: 37; Machado, 2017: 36-37.

¹²¹ Un ejemplo de ello lo encontramos, en 180 a. C., cuando los tribunos militares Tito Menio y Lucio Terencio Masiliota solicitaron al Senado que se permitiera a Quinto Fulvio Flaco traer de la Hispania Citerior al ejército con el que se había impuesto a los celtíberos, ya que temían la reacción de las tropas si estas continuaban durante mucho más tiempo sirviendo en la provincia: «[...] adoptar esta medida, aparte de ser algo debido era también casi una necesidad inexcusable; los soldados, en efecto, estaban tan decididos [a retornar a sus hogares] que no parecía que fuese posible retenerlos por más tiempo en la provincia, y si no eran licenciados se marcharían de allí sin permiso, o, si alguien los retenía a toda costa, estallarían un motín de desastrosas consecuencias» (*Liv.* 40.35.6-7).

¹²² *Liv.* 40.35-36. A este respecto, debemos tener en cuenta que la prolongación de las campañas militares aumentó la necesidad de retener a hombres con experiencia militar suficiente como para servir en la formación de los nuevos reclutas. Con el tiempo, según Sage (2008: 235), se crearía un grupo de soldados veteranos cuasiprofesionales, cuyo tiempo de servicio y cuya experiencia militar les podían calificar de profesionales, pero que, sin embargo, no lo eran en el sentido de que se vieran a sí mismos o fueran vistos por otros como soldados de carrera. Uno de los ejemplos más célebres lo tenemos en el centurión primípilo Espurio Ligustino (*Liv.* 42.34). *Cf.* Roldán, 1996: 46; Keppie, 2001: 130; De Blois, 2007: 166, 168; Gracia, 2014-2015: 37; Brand, 2019: 211-212.

¹²³ Pérez Rubio, 2014-2015: 76; Machado, 2017: 38.

invierto (*castra hiberna*), y era reemplazado en la primavera por su sucesor en el cargo. Mientras que el magistrado saliente regresaba con aquellos hombres a los que había juzgado aptos para poner fin a su tiempo de servicio, el magistrado entrante tomaba consigo un *supplementum* de reclutas recién inscritos para completar las filas. Gracias a este suplemento, las tropas acantonadas en las provincias podían ser sustituidas con mayor frecuencia sin el riesgo de desprenderse de todas las tropas veteranas emplazadas en la región, lo que hubiera puesto en peligro los intereses romanos. De esta manera, los soldados que habían cumplido su tiempo de servicio eran sustituidos por estos nuevos efectivos, al tiempo que se introducía soldados de refresco que venían a reemplazar a los caídos y/o licenciados¹²⁴.

Esta “solución”, aunque limitada e ineficaz a largo plazo, ayudó a renovar las fuerzas romanas desplegadas fuera de Italia y a rebajar el tiempo de servicio de los soldados más veteranos. No obstante, no resolvía el problema de la emergencia de cada vez más efectivos militares.

Aunque por razones diferentes, Roma ya tuvo que enfrentarse al inconveniente de la falta de tropas durante la segunda guerra púnica. La presión que la guerra ejerció sobre todos los recursos del Estado, ocasionó una merma del potencial demográfico romano —especialmente debilitado tras los desastres militares de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas—, y una considerable reducción del tesoro público¹²⁵. En vista de las circunstancias, la República hubo de echar mano de toda fuerza disponible, aunque ello significara contradecir a la tradición y a las costumbres romanas. Conforme a Valerio Máximo (7.6.1), fue tal la urgencia de hombres que Roma se vio obligada a alistar a esclavos como soldados:

«Cuando los jóvenes soldados romanos se hallaban exhaustos después de tantos combates adversos, el Senado, a propuesta del cónsul Tiberio [Sempronio] Graco, decidió que se comprasen, con cargo al erario, esclavos con los que rechazar a las tropas enemigas [...]. Lograron reunir veinticuatro mil esclavos, y, una vez que les hicieron jurar que se aplicarían a la tarea con valor y coraje [...], los enviaron a los campamentos a prestar su servicio como soldados [...]. Una ciudad como Roma, que hasta entonces había tenido reparo en censar soldados incluso entre los pobres de origen libre, reclutaba ahora efectivos sacándolos de las celdas de los esclavos y recogiendo de las cabañas de los pastores, y los sumaba a sus ejércitos como si fueran su principal refuerzo»¹²⁶.

Ante situaciones de extrema gravedad, Roma tenía la opción de incrementar sus fuerzas a través de un reclutamiento extraordinario (*dilectus extra ordinem*)¹²⁷, que permitiera reunir al ejército en un breve espacio de tiempo (*exercitum subitarium*)¹²⁸ y que facilitara un alistamiento en masa de todo hombre capaz de portar un arma (*dilectus*

¹²⁴ Smith, 1958: 6; Brunt, 1971: 661-662; Nicolet, 1980: 97; Roldán, 1996: 25-26; Keppie, 1998: 38; 2001: 130; Potter, 2004: 79; Subirats, 2013: 36; Machado, 2017: 38.

¹²⁵ Gabba, 1975: 12; McNab, 2010: 53-54, 59. Cf. Gracia, 2014-2015: 37.

¹²⁶ Cf. Liv. 24.14-16; Fron. Str. 4.7.24.

¹²⁷ Liv. 41.5.

¹²⁸ Liv. 3.30.3.

omnis generis hominum)¹²⁹. Esto suponía que esclavos, libertos y, cómo no, *proletarii* pudieran ser llamados a filas¹³⁰.

Este tipo de leva extraordinaria, conocida como *tumultus*¹³¹, permitía la movilización en masa de todos los recursos humanos de la ciudad, pero, sin embargo, seguía sin resolver los problemas militares derivados de la política expansionista romana. Aunque relativamente útil, resultó ser, en palabras de Roldán (1996: 26), «un expediente transitorio y poco adecuado para los fines pretendidos, tanto por su carácter extraordinario como por su limitación espacial al recinto de la ciudad de Roma». La consecuencia lógica que hubiera podido esperarse, es decir, la apertura de las legiones a todos los *proletarii*, seguía sin llegar. El Estado prefirió, en su lugar, recurrir a medidas parciales e indirectas, como la reducción del censo, el cual, tal y como ya adelantamos, se redujo entonces de los 11.000 a los 4.000 ases¹³².

La última de las medidas destinadas a paliar los efectos de la extensión del servicio militar y la necesidad de movilizar a cada vez más efectivos, fue el empleo de aliados y auxiliares como mano de obra complementaria a las legiones de ciudadanos romanos¹³³.

Sin la necesidad de romper con el esquema tradicional basado en el campesino-soldado, Roma supo aprovechar el potencial bélico de las comunidades itálicas sobre las que ejercitaba su hegemonía política¹³⁴. Al respecto, fue la segunda guerra púnica el punto de inflexión en las relaciones entre Roma y sus aliados itálicos (*socii*), y cuando se formalizó el papel de estos últimos dentro del ejército romano¹³⁵. A partir de este momento, los ejércitos romanos fueron completados por un número similar de tropas de infantería aliada y por un número hasta tres veces mayor de caballería¹³⁶.

Por las mismas fechas, Roma se hizo también con los servicios de tropas auxiliares de procedencia extraitálica (*auxilia externa*)¹³⁷. Tras su contacto con Cartago, Roma percibió la necesidad de incorporar a sus ejércitos aquellos elementos de los que carecía y que le hacían vulnerable frente a las armas y las tácticas de sus enemigos¹³⁸. De esta forma, no se hizo con el servicio de tropas auxiliares con las que reforzar a su infantería pesada, debido a que, en este sentido, el ejército romano sobresalía, sino que los nuevos efectivos se utilizaron para satisfacer las necesidades que Roma tenía de

¹²⁹ Liv. 10.21.3-5.

¹³⁰ Cf. Guillén, 1994: 432, 446, 454.

¹³¹ Marín y Peña, 1956: 196-197; Jal, 1964: 281-289; Brunt, 1971: 629-631; Nicolet, 1980: 93, 98-99; Roldán, 1996: 26, 31-32; Urso, 2001: 123-139; Wolff, 2007: 44-45; Quesada, 2015-2016: 59.

¹³² Se cree que esta medida pudo ser tomada durante la segunda guerra púnica, en un momento de especial emergencia. Cf. Plb. 6.19.2, 23.15; Gabba, 1949: *passim*; 1975: 12; Marín y Peña, 1956: 50-51; Nicolet, 1980: 93; Miller, 1984: 97-99; Guillén, 1994: 432, 446; Roldán, 1996: 26; Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 22; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6; Gauthier, 2016: 106; Brand, 2019: 210.

¹³³ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.1.

¹³⁴ Roldán, 1996: 32.

¹³⁵ Machado, 2017: 15.

¹³⁶ Plb. 3.107.12; 6.21.4-5, 26.7, 30.2. Cf. Andrieux, 1927: 10-11; Marín y Peña, 1956: 43; Guillén, 1994: 434-435; Roldán, 1996: 32-33; Pina Polo, 1999: 22, 41; Keppie, 2001: 130; Machado, 2017: 15.

¹³⁷ Marín y Peña, 1956: 44-45, 158-159, 196; Nicolet, 1980: 91; Guillén, 1994: 436-437, 455; Roldán, 1996: 33-35; Keppie, 1998: 56-57; 2001: 130; Southern, 2006: 120-123; Cosme, 2007: 57-58; McLaughlin, 2015; Amela, 2015-2016: 44-48; Sage, 2015-2016: 40.

¹³⁸ Keppie, 1998: 56; Sage, 2015-2016: 40.

tropas ligeras y de caballería, y para disponer de contingentes con armamento especializado¹³⁹.

Arqueros cretenses, honderos baleáricos, caballería nómada... los nuevos contingentes se fueron agrupando, o bien según su nacionalidad, o bien de acuerdo con su función en el combate y con arreglo al tipo de armamento que portaban¹⁴⁰. Su heterogeneidad no se reducía a su composición, sino que su inclusión en el ejército romano también se dio a través de distintas vías, bien como mercenarios, bien mediante tratados y pactos, en función de las necesidades del momento y de los acuerdos que mantuvieran con Roma los pueblos de procedencia de estos colectivos¹⁴¹.

No obstante, este recurso, aunque jugó un papel importante, no transformó las estructuras tradicionales organizativas del ejército romano¹⁴². Ninguna de las unidades antes citadas se mantuvo de forma permanente, siendo su integración irregular e improvisada conforme a las circunstancias específicas de cada campaña¹⁴³. No sería hasta más tarde, tras la guerra de los aliados, una vez que se admitió a los *socii* itálicos en las legiones, cuando las tropas auxiliares ganaron en importancia, elevándose su número y su presencia en las décadas finales de la República¹⁴⁴.

A pesar de las graves dificultades por las que atravesó el ejército romano del periodo, de que las guerras se prolongaban cada vez más, de que las campañas se desarrollaban a distancias cada vez mayores y de que la política expansionista romana traía cada vez mayores y peores consecuencias al ciudadano-soldado, fue tal el conservadurismo romano que en ningún momento de la República media se cambió el marco esencial del sistema militar¹⁴⁵. En su lugar, el Estado romano recurrió, tal y como hemos visto, a medidas intermedias que, empero, no solucionaron ninguno de sus problemas.

2.3. La crisis del campesino-soldado: ¿el fin del ejército ciudadano?

«Ma soprattutto il servizio prolungato sotto le armi modificò profondamente la mentalità del cittadino-milite, facendo sorgere quel professionalismo militare, che andò gradatamente consolidandosi nelle istituzioni militari romane del II secolo a.C., e suscitando spesso una mentalità combattentistica e militaristica con conseguenze incalcolabili nella vita dello stato romano»¹⁴⁶.

Hasta el momento, hemos valorado las consecuencias que trajo sobre la extensión del servicio militar y la necesidad de tropas la política expansionista en la que se

¹³⁹ Marín y Peña, 1956: 44, 159; Guillén, 1994: 436; Roldán, 1996: 33-34; Keppie, 1998: 56; Amela, 2015-2016: 44-48; Sage, 2015-2016: 40.

¹⁴⁰ Martín y Peña, 1956: 44; Guillén, 1994: 436-437; Roldán, 1996: 34; Keppie, 1998: 56; Amela, 2015-2016: 44-48; Sage, 2015-2016: 40.

¹⁴¹ Marín y Peña, 1956: 44; Roldán, 1996: 34; Sage, 2015-2016: 40.

¹⁴² Roldán, 1996: 34.

¹⁴³ Roldán, 1996: 34; Keppie, 1998: 56.

¹⁴⁴ Guillén, 1994: 436-437; Keppie, 1998: 56; Cosme, 2007: 57; Fields, 2008: 14-17; Gauthier, 2020: 283-296.

¹⁴⁵ Keppie, 1998: 38.

¹⁴⁶ Gabba, 1975: 13.

embarcó el Estado romano en la primera mitad del siglo II a. C. De aquí en adelante, analizaremos las repercusiones socioeconómicas que tuvo dicha estrategia, y el supuesto cambio de mentalidad que, con arreglo a la historiografía tradicional, experimentó el soldado romano a lo largo de dicho periodo.

La política imperialista romana desveló, por un lado, la inadecuación de las antiguas instituciones políticas romanas, diseñadas para gobernar una ciudad-Estado y no un imperio de dimensiones mediterráneas¹⁴⁷, y la deficiencia del actual sistema militar romano, el cual, incapaz de adaptarse a los nuevos requisitos bélicos del momento, contribuyó, además, a arruinar a sus miembros¹⁴⁸.

Como ya explicamos más arriba, una de las consecuencias que trajo la segunda guerra púnica sobre la duración del servicio militar es que este dejó de ser estacional, haciendo que el tiempo que el ciudadano romano pasaba en activo sobrepasara por mucho el convencional ciclo agrícola en torno al cual, antiguamente, se había estimado el plazo que los *adsidui* debían servir en el ejército¹⁴⁹. De acuerdo con Keppie (2001: 130), antes de la segunda guerra púnica los soldados romanos regresaban a sus hogares para ocuparse de las tierras que, con suerte, otros integrantes de su familia habrían atendido durante su ausencia. La duración del servicio, salvo excepciones, no era lo suficientemente larga como para hacer peligrar el principal modo de subsistencia del ciudadano-soldado. No obstante, una vez que la guerra saltó de Italia al Mediterráneo, fueron muchos los pequeños propietarios que se enfrentaron a la perspectiva de perderlo todo¹⁵⁰. Tras varios años de servicio, las probabilidades de recuperar su antiguo *modus vivendi* eran muy reducidas, lo que pudo contribuir a su empobrecimiento¹⁵¹.

Privado de los medios necesarios para rehacer su hacienda, el campesino-soldado fue testigo de cómo su participación en el ejército suponía una carga cada vez más difícil de sobrellevar. Conforme a Roldán (1996: 28-29), las crecientes necesidades bélicas del Estado romano no sólo transformaron la realidad de su ejército, sino que, también, alteraron las bases socioeconómicas de sus miembros, al romper el primitivo equilibrio entre campesino y soldado en detrimento del primer término. Dada la situación, si Roma quería mantener su política imperialista sin menoscabo de sus bases sociales, parecía inevitable la evolución de la *militia* ciudadana hacia una forma de estructura militar de carácter más profesional, en donde el Estado romano se hiciera cargo del mantenimiento de sus efectivos y en donde los soldados, al término del servicio, fueran recompensados y reintegrados con dignidad a la vida civil. Es decir, era necesaria la ruptura del secular vínculo que hasta entonces había ligado el servicio

¹⁴⁷ Gabba, 1975: 17.

¹⁴⁸ Sal. *Jug.* 41.7-10; App. *BC* 1.7.

¹⁴⁹ Gabba, 1975: 13, 16-17; Roldán, 1996: 24; Keppie, 1997b: 89; 1998: 34; 2001: 130; Pina Polo, 1999: 20; Sage, 2008: 234; Machado, 2017: 36.

¹⁵⁰ Gabba, 1975: 17; Roldán, 1996: 29-30; Sage, 2008: 234.

¹⁵¹ Gabba, 1949: *passim*; 1975: 16-19; Marín y Peña, 1956: 50-51; Brunt, 1971: 399-402; Gruen, 1974: 367, 379; Roldán, 1996: 24, 28, 48; Pina Polo, 1999: 19-22; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 212. Para un punto de vista distinto acerca de la crisis del campesinado romano y de la contracción del número de *adsidui* durante el siglo II a. C., *vid.* Rich, 1983: 287-331; Rosenstein, 2004: 3-25; De Ligt, 2007a: 114-131; 2007b: 3-20; 2007c: 167-181; 2012: 135-192; Lo Cascio, 2008: 239-256; Cadiou, 2009a: 157-171; 2018: 285-300, 413.

militar a la propiedad, si se quería salvar el potencial militar romano¹⁵². Sin embargo, el Estado romano no llegaría a tomar esta determinación, prefiriendo reducir, una vez más, la cualificación mínima censal¹⁵³.

Entretanto, lejos de mejorar, la situación del campesino-soldado empeoró todavía más. Según la tradición clásica, la carga del servicio se vio agravada por el deterioro del campo y por las transformaciones socioeconómicas de la época.

Durante el siglo II a. C., la guerra se convirtió para Roma en un negocio muy lucrativo, especialmente para la clase alta dirigente (senadores, *equites*, *mercatores*, *negotiatores* y *publicani*)¹⁵⁴. Tras imponerse a cartagineses, macedonios y seleúcidas, la República romana adquirió, además de grandes cantidades de dinero, objetos de valor y metales preciosos, nuevas provincias que anexionar y nuevos territorios que explotar. Aunque muy generoso, el botín de guerra no fue debidamente repartido entre los artífices de la victoria, las tropas romanas, las cuales fueron recompensadas con una parte muy inferior a lo que sus líderes políticos y militares obtuvieron¹⁵⁵. Estos, por otro lado, optaron por invertir parte de sus riquezas en la adquisición de nuevas tierras, al considerar su compra una inversión tan segura como prestigiosa¹⁵⁶. Es entonces cuando, en opinión de Apiano (BC 1.7), se produjo la ruina del pequeño y mediano propietario¹⁵⁷.

Enriquecida a consecuencia de la guerra, la élite romana subsumió gran parte de las tierras que, hasta hacía poco, habían sido propiedad de agricultores de subsistencia¹⁵⁸. A expensas de los campos de los pequeños y medianos propietarios, o lo que es lo mismo, a costa del principal modo de vida de los ciudadanos que hasta entonces habían formado el principal núcleo del ejército romano, los grandes propietarios se aprovecharon, según el discurso clásico, de la prolongada ausencia de los soldados y del hecho de que, a su vuelta, la mayor parte de sus granjas ya no fueran productivas, para expandir sus propiedades y crear los primeros *latifundia*¹⁵⁹.

¹⁵² Gabba, 1975: 13, 15; Roldán, 1996: 47-48.

¹⁵³ *Vid. infra* en este mismo apartado.

¹⁵⁴ Pérez Rubio, 2014-2015: 74; Gracia, 2015-2016: 6; Sage, 2015-2016: 36.

¹⁵⁵ Así nos lo describe Salustio (*Jug.* 41.6-9): «Se tomaban medidas en paz y guerra al arbitrio de unos pocos. En poder de ellos [de los más ricos] estaban el erario, las provincias, los cargos, las honras y los triunfos; el pueblo sufría la presión de la milicia y su penuria, el botín de guerra lo cogían y dilapidaban los generalísimos con unos pocos; entretanto, los padres e hijos pequeños de los soldados, si venían a ser vecinos de uno más poderoso, eran expulsados de su residencia. Así, entró la avaricia sin límite ni mesura, acompañada del poder, y todo lo contaminaba y lo devastaba, nada consideraba importante ni sagrado, hasta que ella misma se hundió en el abismo». *Cf.* Marín y Peña, 1956: 49; Guillén, 1994: 446; Sage, 2008: 234; Machado, 2017: 16.

¹⁵⁶ Gruen, 1974: 367; Pina Polo, 1999: 21; Sage, 2015-2016: 36.

¹⁵⁷ «Pues los ricos, acaparando la mayor parte de esta tierra no distribuida, aumentaron con el tiempo su confianza en que ya no se verían desposeídos de ella y, comprando en parte por métodos persuasivos, en parte apoderándose por la fuerza de las propiedades vecinas de ellos y de todas las demás pequeñas pertenecientes a campesinos humildes, cultivaban grandes latifundios en vez de parcelas pequeñas [...]». *Cf.* Marín y Peña, 1956: 50-51; Gruen, 1974: 367; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 30; Pina Polo, 1999: 21; Rosenstein, 2004: *passim*; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Gracia, 2015-2016: 6; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 212.

¹⁵⁸ Gruen, 1974: 367; Gabba, 1975: 16; Pina Polo, 1999: 20-21; Sage, 2015-2016: 36; Machado, 2017: 16.

¹⁵⁹ Marín y Peña, 1956: 50; Gruen, 1974: 367; Gabba, 1975: 16; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 28, 30; Pina Polo, 1999: 20-21; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 36; Gracia, 2015-2016: 6, 13; Brand, 2019: 212.

Paralelamente a la extensión del “latifundio”, otro elemento que terminó, según la interpretación clásica, ahogando la economía del pequeño propietario fue la importación de mano de obra esclava en sustitución de la mano de obra libre¹⁶⁰. Mientras que una parte de la mano de obra libre y ocasional y de los trabajadores estacionales habrían permaneció en el campo, muchos otros se habrían visto obligados a vender sus tierras y, o bien se habrían convertido en inquilinos de los grandes propietarios, o bien habrían emigrado a las ciudades, sobre todo a Roma, lo que habría originado paro, absentismo en el campo y superpoblación en la ciudad¹⁶¹.

Como era de imaginar, esta situación influyó negativamente en el potencial militar romano. De acuerdo con una parte de la historiografía tradicional, la principal cantera de la infantería romana, la que estaba integrada por los pequeños y medianos propietarios rurales, se agotó como resultado de la sobremortalidad de las guerras y de la ruina del campesino-soldado¹⁶². Es entonces cuando se empieza a hablar de la “proletarización” de los *adsidui*, de la reducción del número de ciudadanos con derecho a portar armas y del aumento de los *proletarii*, una vez que los primeros fueron desplazados a las filas de los segundos tras situarse por debajo del censo mínimo¹⁶³.

La progresiva pauperización del campesinado romano deterioró las bases sociales de las legiones, obligando al Estado romano a rebajar, una vez más, la cualificación mínima de propiedad para formar parte del ejército¹⁶⁴. De nuevo, la solución de abrir el ejército a *proletarii* y *capite censi*, o a los aliados itálicos, se aplazó por una alternativa más conservadora, pero más fiel a la tradición romana.

¹⁶⁰ «Y empleaban en ellos [en los “latifundios”] esclavos como agricultores y pastores en previsión de que los trabajadores libres fueran transferidos de la agricultura a la milicia. Al mismo tiempo, la posesión de esclavos les reportó grandes beneficios dada su abundante descendencia, ya que se incrementaban sin riesgo alguno al estar exentos del servicio militar. Por estas razones los ricos se enriquecían al máximo y los esclavos aumentaban muchísimo por la campaña; en tanto que la escasez y la falta de población afligían a los pueblos itálicos, diezmados por la pobreza, los tributos y la milicia. Y aun cuando se vieran libres de estas calamidades, se hallaban en paro forzoso al estar la tierra en manos de los ricos, que empleaban como agricultores a esclavos en lugar de hombres libres» (App. BC 1.7). Cf. Gabba, 1975: 16; Roldán, 1996: 30; Pina Polo, 1999: 20-21; Sage, 2008: 235; 2015-2016: 36; Gracia, 2015-2016: 6; Machado, 2017: 16.

¹⁶¹ Marín y Peña, 1956: 50; Gabba, 1975: 16; Guillén, 1994: 446; Pina Polo, 1999: 20-21; Sage, 2008: 235; 2015-2016: 36; Gracia, 2015-2016: 6.

¹⁶² Sal. Jug. 41.7-8; Plu. TG 8.1-3; App. BC 1.7-11. Cf. Gabba, 1949: *passim*; 1975: 17; Marín y Peña, 1956: 50; Toynbee, 1965: 141-173; Brunt, 1971: 62-80; Guillén, 1994: 432, 446; Roldán, 1996: 28, 47; Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 19-22; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 234; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6; Machado, 2017: 16.

¹⁶³ «Ma le conseguenze sociali e politiche furono terribili. La classe dei medi e dei piccoli proprietari contadini decadde gravemente e la proletarizzazione di questi *adsidui* significò una forte riduzione del numero di quei cittadini che erano legalmente abilitati a portare le armi e, per contro, un aumento massiccio di coloro che dal servizio militare erano esclusi» (Gabba, 1975: 17). Cf. Gabba, 1949: *passim*; 1975: 18-19; Marín y Peña, 1956: 50; Watson, 1958: 120; Brunt, 1971: 399-402; Gruen, 1974: 366-367, 379; Nicolet, 1980: 93; Roldán, 1996: 28; Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 22, 27, 63; Potter, 2004: 81; Phang, 2008: 3; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Gracia, 2015-2016: 6; Brand, 2019: 210-211.

¹⁶⁴ En esta ocasión, se estima que, en la segunda mitad del siglo II a. C., tal vez en el periodo gracano, se redujo el censo mínimo de los 4.000 a los 1.500 ases (Cic. Rep. 2.40; Gel. 6.13.1; 16.10.10). Cf. Gabba, 1949: *passim*; 1975: 18-19; Marín y Peña, 1956: 50-51; Nicolet, 1980: 93; Miller, 1984: 121-123; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 28; Keppie, 1998: 42; 2001: 130; Pina Polo, 1999: 22; Potter, 2004: 81; Sage, 2008: 234; 2015-2016: 37; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Gracia, 2015-2016: 6; Gauthier, 2016: 106-107; Brand, 2019: 210.

Sin embargo, si se quería evitar que el empobrecimiento del campesinado romano afectara al número total de efectivos movilizables, era necesario acompañar la rebaja del censo mínimo con una política económica más ambiciosa y capaz de abordar el problema agrario desde la raíz.

En vista de que desde la *Vrbs* no se planteaba actualizar el actual sistema de reclutamiento, indisolublemente unido al binomio propietario-soldado, sólo quedaba una solución: impulsar el desarrollo agrícola. Sólo el aumento del número de propietarios aseguraría la existencia de un ejército fuerte, pues, conforme a la mentalidad tradicional romana, a mayor número de *adsidui*, mayor número de soldados¹⁶⁵.

En 133 a. C., el tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Graco presentó una propuesta de ley agraria que proponía repartos, entre los ciudadanos pobres, de tierra procedente del *ager publicus*. La *rogatio* contemplaba un límite de 500 yugadas (unas 125 ha, aproximadamente), como el máximo de tierra pública que un *possessor* podía poseer para su explotación¹⁶⁶. Toda propiedad que excediera el máximo autorizado pasaría de nuevo a ser propiedad del Estado romano y repartida, en parcelas de tamaño reducido, entre los ciudadanos sin tierra¹⁶⁷.

De acuerdo con Apiano (BC 1.11), el principal objetivo de la propuesta de Tiberio era lograr un aumento de la población libre que, a su vez, incrementara la cantidad de hombres susceptibles de ser reclutados para el ejército. Para el tribuno de la plebe, «o bien lograban hacerse con lo que les faltaba al poseer una población numerosa, o perdían incluso lo que ya poseían a manos de los enemigos por causa de su debilidad». Se trataba, en definitiva, de aumentar el número de ciudadanos cualificados para el servicio, de reestablecer una clase de ciudadanos demográficamente sólida en aras del interés del Estado¹⁶⁸.

La reforma era conservadora en la medida en que pretendía reconstruir la sociedad tradicional basada en la relación campesino-soldado. Según el pensamiento clásico, si el ciudadano romano tenía algo que defender —o, lo que es lo mismo, si tenía algo que perder—, sería más útil para el Estado y estaría, por lo tanto, más dispuesto a defender a la patria. En la base de su razonamiento, se hallaba la teoría de que sólo se podría asegurar una leal colaboración de los ciudadanos en la defensa de la *res publica* si se reforzaba su participación en la vida pública romana y si se garantizaban las ventajas

¹⁶⁵ Gabba, 1975: 18; Roldán, 1996: 47.

¹⁶⁶ Liv. 58; Plu. *TG* 8-14.1; App. *BC* 1.9-13. Cf. Roldán, 1996: 47-48; Pina Polo, 1999: 25-28; Gracia, 2015-2016: 6.

¹⁶⁷ No obstante, parece que las parcelas entregadas siguieron siendo propiedad del Estado y que sus nuevos usuarios, *possessores* y no propietarios, tuvieron que pagar un impuesto por el usufructo. En todo caso, esta circunstancia no impidió que los nuevos *possessores* se pudieran convertir en *adsidui*, puesto que, según Pina Polo (1999: 27), «la cualificación propietaria de un ciudadano no era consignada en el censo en yugadas, sino en ases. Era la capacidad económica de un individuo lo que determinaba su condición de *adsiduus* o *proletarius*, y parece lógico suponer que en el cálculo global de su riqueza estuviera incluido el valor estimado del usufructo de la tierra pública que ocupaba». Cf. Roldán, 1996: 47; Pina Polo, 1999: 25.

¹⁶⁸ Roldán, 1996: 47-48; Keppie, 1998: 39; Pina Polo, 1999: 27, 63; Cosme, 2007: 52; Gracia, 2015-2016: 6.

que el Estado romano les podía ofrecer, en particular, la explotación del *ager publicus*¹⁶⁹.

Como era de suponer, tanto la presentación de la propuesta de ley agraria de Tiberio Sempronio Graco como su posterior aprobación y aplicación suscitaron una enorme oposición entre una parte importante de la aristocracia senatorial romana¹⁷⁰. Conforme a Apiano (BC 1.10), el debate en torno a la aprobación de la *rogatio* de Tiberio produjo con el tiempo un sentimiento generalizado de rechazo e indignación, y la polarización de la sociedad romana. Mientras que los ricos, «reuniéndose entre ellos, se lamentaban y acusaban a los pobres de apropiarse de su labor de muchos años, de sus plantaciones y edificios»; los pobres, a su vez, «se lamentaban también de haber pasado de la abundancia a la extrema pobreza, y de esta a la esterilidad forzosa por no poder criar a sus hijos. Enumeraban todas las campañas militares que habían realizado por procurarse esta tierra y se quejaban de ser desposeídos de la propiedad común, censuraban a los ricos porque preferían, en vez de hombres libres ciudadanos y soldados, a esclavos, una ralea infiel y siempre malintencionada, y por ello mismo inútil para la milicia».

No es fácil precisar en qué medida la *lex Sempronia agraria* se aplicó, cuántas familias se favorecieron de ella y hasta qué punto fue capaz de mitigar la crisis de efectivos por la que atravesaba el ejército romano. En cualquier caso, todo parece indicar que, lamentablemente, tanto la crisis del campesinado como los problemas del ejército persistieron¹⁷¹. Una prueba de ello nos lo proporciona, de acuerdo con Gabba (1975: 19), el contenido de la *lex militaris* que, una década después, en 123 a. C., se aprobó durante el tribunado de Cayo Sempronio Graco.

Dado que la ley eximía del servicio a los menores de diecisiete años y proponía que fuera el Estado quien cubriera el coste de equipar a las tropas¹⁷², son varios los autores que han visto en las disposiciones de Cayo Graco un claro indicador de las graves dificultades por las que atravesó el Estado romano a la hora de llevar a cabo el *dilectus*. Si el mínimo de edad nos sugiere que no fue infrecuente recurrir a ciudadanos cada vez más jóvenes para cubrir la falta de soldados¹⁷³, la previsión de que el Estado fuera el responsable de suministrar sin coste el equipamiento militar, nos hace pensar que continuó la degradación del pequeño y mediano propietario¹⁷⁴.

Sea como fuere, lo cierto es que todavía encontramos en las fuentes dos consecuencias más relacionadas con la extensión del servicio militar, el empobrecimiento del campesino-soldado y la emergencia de cada vez más tropas: la resistencia a la leva y el supuesto cambio en la mentalidad del soldado romano.

¹⁶⁹ Roldán, 1996: 47-48; Pina Polo, 1999: 27-28.

¹⁷⁰ D.S. 34-35.33.6-7; Liv. 58; V. Max. 3.2.17; Vell. 2.2.3; 3.3; Plu. TG 14.2-20; Flor. Epit. 2.2; App. BC 1.10, 15-16; Oros. 5.8.3-4, 9.1-2. Cf. Gabba, 1975: 18; Roldán, 1996: 47; Keppie, 1998: 39; Pina Polo, 1999: 28-34.

¹⁷¹ App. BC 1.27. Cf. Gabba, 1975: 18; Roldán, 1996: 48; Keppie, 1998: 39; Pina Polo, 1999: 33-34.

¹⁷² Plu. CG 26.1. Cf. Gabba, 1975: 18-19; Roldán, 1996: 31-32; Keppie, 1998: 39, 42; Pina Polo, 1999: 41; Gracia, 2015-2016: 6; Quesada, 2015-2016: 59-60.

¹⁷³ Roldán, 1996: 31-32; Keppie, 1998: 39.

¹⁷⁴ Gabba, 1975: 19; Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 41, 63.

Según hemos podido apreciar, a lo largo del siglo II a. C. la composición del ejército romano se vio afectada como resultado del empeoramiento de las condiciones socioeconómicas del campesino-soldado, núcleo fundamental de la milicia cívica romana, y del empobrecimiento de aquel. La disminución del número de ciudadanos movilizables (*adsidui*) provocó, como respuesta recurrente del Estado romano, que se redujera sistemáticamente la cualificación mínima de propiedad para participar en el ejército, lo que produjo, según una parte de la historiografía tradicional, la degradación del sistema militar romano y la “proletarización” del ejército, al incluir entre sus filas a elementos del cuerpo cívico cada vez más pobres y a los que, dudosamente, se les podía calificar ya de verdaderos propietarios¹⁷⁵.

La transformación del perfil socioeconómico del soldado romano dio lugar, conforme a Machado (2017: 16-17), a que la motivación económica de este fuera diferente a la de su homólogo del siglo anterior. Si, antes de que Roma iniciara su política expansionista, el soldado tenía, hasta cierto punto, garantizado su sustento económico, al poder recuperar su actividad económica ordinaria una vez hubiera concluido su tiempo en el ejército, desde el momento en el que se prolongó el servicio militar y se alejaron cada vez más los frentes de guerra, su modo de vida se vio seriamente amenazado, tal y como hemos podido comprobar. Esta situación dio lugar a que el soldado buscara en el ejército el respaldo financiero que había perdido en su hogar como consecuencia de cumplir con su deber para con Roma. Así, el *stipendium*, que, en principio, no se consideró mucho más que una limitada indemnización económica¹⁷⁶, se terminó convirtiendo para los soldados más pobres en su principal fuente de ingresos¹⁷⁷.

Sin embargo, fue la perspectiva de obtener un importante botín de guerra lo que, realmente, modificó —y, en cierto modo, corrompió, de acuerdo con el discurso tradicional—, el comportamiento del soldado romano¹⁷⁸.

La prolongación del servicio militar no sólo alejó al soldado de su hogar, sino que, además, le llevó a experimentar durante un tiempo más largo e intenso los horrores de la guerra. Si durante las habituales campañas estacionales las tropas ya habían sido víctimas de los efectos físicos y psicológicos propios del combate, ahora todo ese sufrimiento se vio incrementado por cada año de más que pasaban lejos de sus familias¹⁷⁹. La urgencia de cada vez más efectivos, lejos de aliviar el problema, lo empeoró considerablemente, pues, sobre una base social ya reducida y deteriorada, el Estado romano ejerció una mayor presión reclutadora. A pesar de que el potencial militar romano se vio afectado por la disminución del número de *adsidui*, por las bajas militares y por la crisis económica del periodo, las autoridades políticas y militares

¹⁷⁵ Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 366-367; Nicolet, 1980: 93; Roldán, 1996: 35; Pina Polo, 1999: 63; Potter, 2004: 81; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 210-211.

¹⁷⁶ Watson, 1958: 120; Cosme, 2007: 64; Phang, 2008: 166; Sage, 2008: 235.

¹⁷⁷ Roldán, 1996: 35-36; Subirats, 2013: 28; Sage, 2018: 273.

¹⁷⁸ «La mayoría de los hombres soportan riesgos y penalidades de cara a las ganancias» (Plb. 10.17.1).

¹⁷⁹ Liv. 42.33.1-4.

romanas no cesaron de extraer efectivos con los que cubrir todos los frentes que la República mantenía abiertos¹⁸⁰.

No nos ha de extrañar, por consiguiente, que esta situación creara entre la soldadesca romana un creciente descontento que, con el tiempo, se tradujera en rechazo a la leva y en indisciplina¹⁸¹. Este problema se observa, especialmente bien, en el caso de la guerra en Hispania.

En 151 a. C., los informes sobre los constantes combates y el elevado número de bajas provocaron el desánimo de los jóvenes reclutas y el rechazo a servir en una tierra peligrosa, improductiva e impopular, y que, por si fuera poco, presentaba pocas oportunidades de obtener botín¹⁸². En palabras de Polibio (25.4.2-7), «el apocamiento llegó a un punto tal que no se encontró un número suficiente de oficiales que se prestaran a ser tribunos militares: quedaban puestos vacantes, cuando hasta entonces lo normal había sido que aspiraran al puesto muchos más oficiales de los necesarios; tampoco los legados nombrados por los cónsules, que deben figurar en el séquito del general, aceptaban el cargo, y lo más grave, los jóvenes rehuían el alistamiento y aducían unas excusas que era una vergüenza alegar, indecoroso investigar e imposible verificar. Al final, los magistrados y el Senado no veían nada claro dónde acabaría la desfachatez de los jóvenes, pues lo que ocurría obligaba a usar esta palabra».

La resistencia a servir en el ejército fue tan obstinada que los cónsules del año, Lucio Licinio Lúculo y Aulo Postumio Albino, fueron llevados a prisión por los tribunos de la plebe al considerar que se habían extralimitado en su rigor por reclutar al ejército que debía ser enviado a la península ibérica¹⁸³. De hecho, se llegó a tal punto que, según Apiano (*Hisp.* 49), «se decidió, en esta ocasión, formar el ejército mediante sorteo, debido a que muchos culpaban a los cónsules de haber recibido un trato injusto en el enrolamiento, en tanto que a algunos los habían elegido para los servicios más fáciles». No sería hasta la aparición de Publio Cornelio Escipión Emiliano cuando, conforme a Livio (48), el rechazo a servir en Hispania se tornó en esperanza y entusiasmo¹⁸⁴.

¹⁸⁰ Liv. 59.

¹⁸¹ La indisciplina podía materializarse de distintas formas, tal y como nos lo describe Livio (43.14.2-10, 15.7-8), en un pasaje relacionado con la tercera guerra macedónica. De acuerdo con nuestro autor, a los problemas que estaban teniendo los cónsules en la capital para reclutar a más tropas, se sumó la permisividad con la que los generales enviados a la provincia estaban comandando el ejército. Y es que, en 169 a. C., fueron muchos los soldados que fueron licenciados antes de tiempo y muchos otros los que habían abandonado temporalmente el ejército gracias a «permisos dudosos». Para más información sobre el rechazo a servir en el ejército, *vid.* Brunt, 1971: 396; Gabba, 1975: 17-18; Nicolet, 1980: 99-102; Guillén, 1994: 455; Roldán, 1996: 28, 32; Keppie, 1998: 39; Pina Polo, 1999: 22-23; Erdkamp, 2006a: 290; Sage, 2008: 235-237; 2015-2016: 37; Cadiou, 2009b: 23-32; 2018: 217-253, 267-268; Champion, 2014-2015: 48; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6-7; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Goldberg, 2016: 149; Brand, 2019: 211.

¹⁸² Plb. 25.1.1-6, 24.4.2-3; Liv. 48; Plin. *Nat.* 33.141; App. *Hisp.* 54. Cf. Gabba, 1975: 14; Roldán, 1996: 46; Sage, 2008: 234; Cadiou, 2009b: 23-32; Champion, 2014-2015: 48; Goldberg, 2016: 146; Brand, 2019: 211.

¹⁸³ Liv. 48. Esta situación se repetiría años más tarde, en 138 a. C., cuando los cónsules Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión y Décimo Junio Bruto Galaico fueron encausados y encarcelados por el tribuno de la plebe Cayo Curiacio, debido a la severidad con la que habían dirigido el reclutamiento (Liv. 55).

¹⁸⁴ Cf. Brunt, 1971: 392; Roldán, 1996: 39; Keppie, 1998: 55; Gracia, 2014-2015: 37; Brand, 2019: 211.

No obstante lo anterior, del mismo modo que determinadas provincias hicieron menos atractivo el servicio militar, otras provocaron el efecto contrario, favoreciendo el reclutamiento de efectivos. Y es que, la respuesta al *dilectus* varió en virtud de las preferencias individuales y de las oportunidades que ofrecía el servicio. Es decir, en función de las perspectivas de botín y de saqueo algunas empresas militares, como la tercera guerra púnica y algunas de las campañas en Oriente, suscitaron un mayor o menor rechazo entre la soldadesca romana¹⁸⁵.

Que la voluntad del soldado romano dependiera de sus opciones de enriquecerse en la guerra, desacreditó al ejército romano de la época¹⁸⁶. Las tropas ya no luchaban por defender a su patria, sino que ahora lo hacían para expandir el control de Roma sobre territorios extranjeros, y tanto ellas como sus comandantes esperaban beneficiarse de ello¹⁸⁷. El cambio en la política exterior romana trajo consigo un cambio en la mentalidad del soldado romano¹⁸⁸, pues lo que hasta entonces se había visto como un deber y un privilegio ahora se contemplaba como una carga que, dependiendo del lugar de destino y de las riquezas obtenidas, podría ser más o menos llevadera¹⁸⁹.

Para una parte de la historiografía clásica y moderna, el cambio en la manera de pensar del soldado romano, más oportunista e interesada, se debió, esencialmente, a que «se había producido un sensible descenso del sentimiento ciudadano y nacional»¹⁹⁰. Dicha pérdida de valores, no se habría limitado al soldado raso, sino que, incluso, habría afectado a la clase dirigente romana, la cual habría desarrollado la idea de que una elevada posición social era incompatible con el hecho de servir en el ejército, a no ser que fuera, claro está, en puestos de mando¹⁹¹.

A menudo, las causas del supuesto cambio de actitud de los *adsidui* se han atribuido, tal y como se puede deducir, a un debilitamiento de los valores cívicos romanos¹⁹². Sin embargo, con el paso del tiempo se ha abandonado esta teoría en favor de una explicación más integradora, en donde se tuviera en cuenta tanto los efectos de

¹⁸⁵ «Los cónsules ponían en el reclutamiento mucha más dedicación que en otras ocasiones. [Publio] Licinio [Craso] alistaba también soldados y centuriones veteranos, y muchos se apuntaban como voluntarios porque veían que los que habían militado en la anterior guerra contra Macedonia o contra Antíoco en Asia se habían enriquecido» (Liv. 42.32.6). Cf. Plb. 10.17.1; Brunt, 1971: 396; Gruen, 1974: 370-371; Sage, 2008: 234-235; Champion, 2014-2015: 48; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 6-7; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Rosenstein, 2016: 114-130.

¹⁸⁶ «Mais déjà on sentait que les légions n'étaient plus tout à fait l'image de la cité. Le service militaire cessait d'être un devoir à remplir envers le pays, ce n'était plus qu'un métier, métier qui avait ses risques mais aussi ses profits. Le soldat n'était plus fidèle à sa patrie mais à son général» (Andrieux, 1927: 11).

¹⁸⁷ Keppie, 2001: 130. Cf. De Blois, 1987.

¹⁸⁸ Gabba, 1975: 13, 15.

¹⁸⁹ Keppie, 1998: 34.

¹⁹⁰ Marín y Peña, 1956: 51. Cf. McDonnell, 2006: 241-292.

¹⁹¹ Cic. *Mur.* 19-21; Sal. *Jug.* 84.3; 85.3, 10; Marín y Peña, 1956: 51-52; Harmand, 1969: 63; Brunt, 1971: 396-397; David, 1992: 157-171; Guillén, 1994: 447, 455; Roldán, 1996: 33; Keppie, 1998: 58; McCall, 2002: 118-123; Morstein-Marx, 2004; Lendon, 2005: 231; Erdkamp, 2006b: 50; McDonnell, 2006: 247; 2011: 35-36; De Blois, 2007: 169; Johnston, 2008; Rosenstein, 2008: 1-26; 2016: 114-130; Blösel, 2011: 55-80; Sage, 2015-2016: 40; Gauthier, 2016: 113-114. En contra de esta teoría, tenemos a autores como Nicolet, 1980: 92; Erdkamp, 2006a: 290; Augier, 2016: 91-103; Cadiou, 2018: 395-396, 400-401, 405-407, para quienes la guerra siguió siendo una fuente esencial de prestigio, así como una actividad tanto social como económica de gran importancia, por lo que no tendría sentido pensar ni que la élite romana quisiera prescindir de ella como medio a través del cual posicionarse y medrar entre sus iguales ni mucho menos que la considerara un «parenthèse fâcheuse».

¹⁹² Sal. *Cat.* 9-12. Cf. McDonnell, 2006: 241-292; Gracia, 2014-2015: 37.

los grandes cambios socioeconómicos ocurridos durante el siglo II a. C. como la inadecuación entre el antiguo sistema militar romano y los crecientes imperativos bélicos de la vigente política imperialista romana.

«A medida que la guerra se había ido alejando del núcleo ciudadano para desarrollarse en ultramar, perdiendo su carácter defensivo para convertirse en medio de política imperialista y fuente de ingresos; a medida que el *dilectus* ciudadano, contrapeso de obligaciones y derechos, había tenido que ceder lugar a una nivelación de cargas, que transformaba el primitivo entusiasmo patriótico en esperanza de enriquecimiento o resistencia a la leva, según las perspectivas de ganancia de la campaña concreta, el ejército caminaba irreversiblemente a la profesionalización»¹⁹³.

A las puertas del siglo I a. C., los antiguos ideales de patriotismo y disciplina militar propios del idealizado ejército de campesinos-soldados dieron paso a una nueva mentalidad y a una nueva forma de hacer la guerra, más propias de lo que hoy en día atribuiríamos a un ejército permanente, y no a un ejército ciudadano, en la medida en que las condiciones de servicio y las exigencias bélicas ya no eran las mismas que las de antaño. En consecuencia, si Roma quería mantener su actual política expansionista sin menoscabar las bases socioeconómicas que la sostenían, necesitaba desprenderse de los principios militares que habían caracterizado a la *militia* cívica romana y evolucionar hacia un ejército más profesionalizado, en donde el reclutamiento, la composición del ejército y los cuadros de mando se adaptaran mejor a las necesidades militares del momento¹⁹⁴.

3. De la guerra de Jugurta a la batalla de Accio: el ejército romano al final de la República

Tras repasar la evolución que experimentó el ejército romano a lo largo del siglo II a. C., seguidamente pasaremos a analizar los principales rasgos con los que, habitualmente, se ha caracterizado al ejército romano tardorrepblicano. A este respecto, nuestro objetivo es discutir la veracidad de los argumentos sobre los que, comúnmente, se han construido dichas representaciones, al considerar que, en la mayoría de los casos, han sido los responsables de pervertir la imagen del soldado romano del siglo I a. C. Para tal fin, partiremos del primer consulado de Cayo Mario, en 107 a. C., no porque creamos que su acción tuviera la trascendencia que, tradicionalmente, se le ha otorgado, sino porque, generalmente, ha sido utilizada esta fecha como el punto de partida de las transformaciones que terminaron por corromper la disciplina del ejército romano; y, finalmente, pasaremos a comprobar la viabilidad de las principales teorías que desde entonces han surgido en torno a la decadencia del ejército romano al final de la República.

¹⁹³ Roldán, 1996: 37.

¹⁹⁴ Gabba, 1975: 13, 15; Roldán, 1996: 29, 37; Gracia, 2014-2015: 37; 2015-2016: 13-14.

3.1. ¿Un ejército de pobres y voluntarios?: la “proletarización” del ejército romano

«By the late second or early first century BC the property qualification was gone, and any physically suitable Roman citizen, however humble, could join the legions. The frightening political consequences of this “proletarianization” of the Roman army are celebrated. Soldiers with no farms to return to became political dependents upon their generals, who called upon them in the civil wars that broke the Roman Republic [...]. From a military stand-point the proletarianization of the Roman army meant it was no longer socially a cross-section of the middling-to-upper ranks of Roman society [...]. Now an army of poor men, with its centurions drawn from the same humble background, was led by military tribunes and higher officers drawn from at least the petty aristocracy: an army of the weak led by the sons of the strong»¹⁹⁵.

Tras varios años de conflicto, la guerra contra Jugurta parecía haberse estancado a la altura de 108 a. C. Si bien el procónsul Quinto Cecilio Metelo Numídico había logrado limpiar la deshonra de las derrotas de Lucio Calpurnio Bestia y Aulo Postumio Albino¹⁹⁶, y había restaurado la disciplina en el ejército romano¹⁹⁷, no había sido capaz de poner fin a una guerra sumamente impopular¹⁹⁸. Es entonces cuando debemos hablar de Cayo Mario, a la sazón legado en el ejército de Metelo.

Para aquel entonces, Mario llevaba dos años sirviendo bajo el *imperium* de Quinto Cecilio Metelo, y, durante ese tiempo, había demostrado ampliamente sus habilidades castrenses, ganándose, no sólo la confianza de su general, sino, también, el respeto de sus compañeros de armas, quienes lo admiraban profundamente. A base de oficio, disciplina y perseverancia, Mario se ganó el favor de las tropas y su incondicional apoyo¹⁹⁹, lo que a la postre le valió para repetir su éxito entre la plebe romana. A tal efecto, Mario, en primer lugar, se distanció de Metelo, a quien acusó de dirigir torpemente la guerra²⁰⁰, y, a continuación, explotó su condición de *homo novus*, distanciándose, primero, de la *nobilitas* romana, a la que acusó de arrogancia y cobardía, y presentándose, después, ante el pueblo como el único capaz de acabar rápidamente con la guerra²⁰¹.

A pesar de la resistencia del Senado, en 107 a. C., Cayo Mario fue elegido cónsul y, más tarde, designado para dirigir la guerra contra Jugurta²⁰². Es aquí donde nos debemos detener, en la preparación de la campaña militar y, en particular, en el reclutamiento que impulsó Mario para abastecerse de los efectivos necesarios para llevar a buen término el conflicto norteafricano.

En palabras de Salustio (*Jug.* 86.2), Mario «alistó a los soldados, no según la norma tradicional ni por clases, sino al gusto de cada cual, la mayoría de ellos sin oficio ni beneficio». Es decir, Mario, según se deduce de la tradición clásica, no llevó a cabo

¹⁹⁵ Lendon, 2005: 230-231.

¹⁹⁶ Sal. *Jug.* 29, 32.2-4, 36.4, 37.3-4, 38-39.5, 40; Flor. *Epit.* 1.36.7, 9; Eutr. 4.26.1, 2; Oros. 5.15.4, 6.

¹⁹⁷ Sal. *Jug.* 43-45, 54.1, 6, 55.4, 68.3, 69.2; V. Max. 2.7.2; Fron. *Str.* 4.1.2; Flor. *Epit.* 1.36.10-12; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Eutr. 4.27.1; Oros. 5.15.7.

¹⁹⁸ Sal. *Jug.* 84.3.

¹⁹⁹ Sal. *Jug.* 84.5-85, 85.33-35, 47; Plu. *Mar.* 7.3-6.

²⁰⁰ Sal. *Jug.* 65.4-5.

²⁰¹ Sal. *Jug.* 84.5-85, 85.33-35, 47; Plu. *Mar.* 9.2-3.

²⁰² Sal *Jug.* 73.7; 82.2; 84.1; 85.10.

un *dilectus* ordinario, al prescindir de la cualificación mínima de propiedad, y al servirse, mayoritariamente, de voluntarios (*proletarii* y *capite censi*, esencialmente)²⁰³. Su actuación, revolucionaria para muchos, no pasó desapercibida y pronto fue juzgada como una acción sin precedentes y que ponía en grave riesgo a la República romana²⁰⁴.

Tal y como pudimos ver en el apartado anterior, Roma se esforzó, a pesar de las graves dificultades militares y socioeconómicas por las que atravesó en el siglo II a. C., por mantener los fundamentos básicos del *dilectus* tradicional, basado, principalmente, en la constitución de un ejército ciudadano del que estuvieran excluidos todos los varones mayores de diecisiete años que se encontraran por debajo del censo mínimo requerido para ser considerado *adsiduus*. La razón de su conservadurismo se hallaba en la extendida creencia de que «sólo confiaban las armas, así como otras marcas de honor, a quienes eran dignos de ellas, dando por supuesto que cada uno respondería con sus bienes como garantía»²⁰⁵. Así las cosas, dado que «el dinero y el patrimonio familiar servían de prenda y garantía ante la República y constituían cierta seguridad de amor a la patria, ni proletarios ni pobres eran alistados como soldados salvo en casos de grave tumulto, porque el dinero y el patrimonio familiar de estos era muy escaso o nulo»²⁰⁶.

Con la incorporación de *proletarii* y *capite censi*, Cayo Mario, no sólo contradecía las normas y las costumbres romanas, sino que, además, introducía en el ejército a una parte de la sociedad romana de la cual se desconfiaba²⁰⁷. Habida cuenta de la falta de sentido cívico con la que, históricamente, se había retratado a ambos colectivos²⁰⁸, todo parecía indicar que su presencia en el ejército romano respondía, o bien a la urgencia de efectivos militares, o bien a una decisión personal de Mario²⁰⁹. Para muchos, la respuesta era clara, si el nuevo cónsul había tomado esta determinación, y había decidido incluir entre sus tropas a individuos de baja condición social, era debido a su oscuro linaje²¹⁰.

Dada su condición de *homo novus*, hubo quienes pensaron que la decisión de Mario de hacerse con el aporte militar de los estratos más desfavorecidos de la sociedad fue una maniobra política, y no una disposición militar²¹¹. Conforme a Salustio (*Jug.* 86.3), mientras que «unos contaban que ello había sido fruto de la escasez de gente

²⁰³ V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Flor. *Epit.* 1.36.13; Gel. 16.10.10-14, 16. Cf. Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1949: 173-209; 1973b: 135-136; 1975: 19; 1990: 691-695; Valgiglio, 1952: 1-19; Marín y Peña, 1956: 51-52; Parker, 1958: 45; Harmand, 1967: 7-20, 487-494; 1969: 61-74; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 366; Marino, 1980: 354-364; Nicolet, 1980: 92; Miller, 1984: 11-28; Guillén, 1994: 446, 447, 449, 455; Roldán, 1996: 49; Keppie, 1998: 40; Pina Polo, 1999: 63; Brizzi, 2004: 158-159; Matthew, 2006: 1-17; Phang, 2008: 3; McNab, 2010: 85-86; Goldsworthy, 2011: 46; Aguado, 2014: 53-54; Brice, 2014: 147; Gauthier, 2015: 103-115; 2016: 103; Sage, 2015-2016: 37; Brand, 2019: 210; Ferrer, 2019: 86.

²⁰⁴ Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1951: 171-272; 1975: 21-22, 24, 28-29; 1990: 691-695; Marín y Peña, 1956: 52-54; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371; Nicolet, 1980: 92-93; Guillén, 1994: 446; Hildinger, 2002; Lendon, 2005: 230; Mackay, 2009: 84, 97. Para un estado de la cuestión sobre las consecuencias que trajo el *dilectus* de Cayo Mario, *vid.* Miller, 1984: 11-28.

²⁰⁵ Plu. *Mar.* 9.1. Cf. Gabba, 1975: 19.

²⁰⁶ Gel. 16.10.10-11. Cf. Gabba, 1975: 19.

²⁰⁷ V. Max. 2.3.1.

²⁰⁸ Bouquie, 1884: 26; Gruen, 1974: 366, 371; Guillén, 1994: 446. Cf. Gabba, 1975: 19; Nicolet, 1980: 92; Walters, 1997: 38; Cosme, 2007: 55-56; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Goldberg, 2016: 158.

²⁰⁹ Sal. *Jug.* 86.3.

²¹⁰ Flor. *Epit.* 1.36.13.

²¹¹ V. Max. 2.3.1.

mejor (*inopia bonorum*)», otros opinaban que era debido a la «actitud calculada del cónsul, por haber sido hecho célebre y engrandecido por esta clase social, y porque para un hombre que buscaba el poder los más menesterosos eran los más adecuados». En virtud de este punto de vista, Mario habría querido explotar la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban *proletarii* y *capite censi*, al entender que, como no tenían nada que perder, estos harían todo lo que fuera necesario por quien había confiado en ellos y les había dado la oportunidad de enriquecerse en la guerra²¹².

A partir de este momento, la imaginación de la historiografía tradicional se desbordó, convirtiendo al reclutamiento de Cayo Mario en un punto de inflexión, no sólo en la historia del ejército romano, sino, también, en la historia de la República romana²¹³. Con el paso de los siglos, se fueron elaborando e imponiendo toda una serie de ideas preconcebidas y estereotipos de lo que se cree que sucedió tras la intervención de Mario. Nos referimos —cómo no— a la supuesta proletarización y profesionalización del ejército tardorrepblicano, y a la hipotética pérdida de valores de este²¹⁴.

Se cree que con Mario la antigua *militia* romana, basada en el servicio obligatorio y en el sistema de conscripción, dio paso a un ejército profesional construido sobre la base del voluntariado y de los enganches²¹⁵. Igualmente, dado que se permitió la entrada de voluntarios y de ciudadanos cada vez más pobres, se llegó a la conclusión de que el vínculo entre propiedad y servicio militar se había roto para siempre²¹⁶, que ya no se

²¹² «Al formarse el ejército con ciudadanos necesitados, dispuestos a todo por asegurarse el sueldo, era preciso incrementar los haberes de los soldados y poner en sus manos parte del botín, sobre todo cuando no se les podía pagar satisfactoriamente de otra manera. Desde entonces los soldados quedaron al servicio directo del general que les pagaba, con gravísimas consecuencias para el destino de la República y la organización del ejército» (Guillén, 1994: 446). Cf. Sal. Jug. 84.4; Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1975: 19; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 28; Sage, 2018: 273.

²¹³ Bouquie, 1884: 23-51; Sordi, 1972: 384-385; Sekunda, 1996; Goldberg, 2016: 156. En contra de esta interpretación, autores como Gabba, 1949; 1973a: 29-30; Smith, 1958: 10; Harmand, 1967: 12, 14, 17; Nicolet, 1980: 93; Miller, 1984: 27-28; De Blois, 1987: 11; 2000: 13-14; Keppie, 1989: 171; 1998: 62; 2001; Evans, 1994: 74-76, 78, 92; Roldán, 1996: 49-50; Brizzi, 2004: 157; Erdkamp, 2006a: 291; 2006b: 46; Alston, 2007: 180; Cagniat, 2007: 80; Goldsworthy, 2011: 47; Aguado, 2014: 54; Gauthier, 2015; 2016; 2020; Brand, 2019: 210, entre otros, relativizan la acción de Mario y sostienen que el *dilectus* del 107 a. C. fue tan sólo una etapa, aunque importante, del proceso de proletarización que la milicia cívica habría iniciado en la segunda guerra púnica. Asimismo, *vid.* Smith, 1958: 44-58; Brunt, 1962: 75; 1971: 391-415; Gruen, 1974: 367; Watson, 1982: 46; Wolff, 2007: 17; 2012: 113; Cadiou, 2018: 121, 267-268, 408; Sage, 2018: 272, para quienes el *dilectus* siguió siendo el modo habitual de reclutamiento de las legiones, y la intervención de Mario no cambió nada.

²¹⁴ «Non più una milizia temporanea di cittadini-piccoli proprietari, animati da alte idealità e compresi del dovere civico del servizio militare, ma un esercito di proletari volontari che trovavano nel professionalismo militare la via e il mezzo per la restaurazione di una condizione economica compromessa» (Gabba, 1975: 19-20). Cf. Sordi, 1972: 379-386; Nicolet, 1980: 93; Gabba, 1990: 691-695; Matthew, 2010; Kavanagh, 2015-2016: 32.

²¹⁵ Gabba, 1951: 181; 1973a: 36, 59-60; 1973b: 135-136; 1975: 19; Marín y Peña, 1956: 52; Parker, 1958: 45; Harmand, 1967: 246, 409-410; 1969: 62; Nicolet, 1980: 91, 96; Guillén, 1994: 449; Brizzi, 2004: 158-159; Sage, 2008: 237-238; Aguado, 2014: 53-54; Gracia, 2015-2016: 13-14; Gauthier, 2016: 103. Por el contrario, Smith (1958: 44-58) sostiene que el paso del reclutamiento tradicional al voluntariado fue gradual, salvo durante las guerras civiles, cuando, según su opinión, disminuyó el número de voluntarios (Smith, 1958: 47, 50). Respecto a esta última afirmación, *vid.* Cosme, 2007: 54. En contra de un cambio brusco a favor de un ejército de voluntarios, Gruen, 1974: 367.

²¹⁶ Gabba, 1990: 691-695; Keppie, 2001: 130; Lendon, 2005: 230; Goldsworthy, 2011: 46; Gracia, 2015-2016: 14; Gauthier, 2016: 104-105.

exigía censo alguno para servir en las legiones y que, por tanto, se abolieron los tradicionales requisitos de fortuna necesarios para ingresar en el ejército²¹⁷, provocando, por un lado, la pauperización y la proletarización del ejército romano, y fomentando, por el otro, la profesionalización, la homogeneización y la democratización del mismo, al abandonar los viejos criterios timocráticos que hasta entonces habían regido tanto la composición como la organización de aquel²¹⁸, y al iniciarse un proceso irreversible de uniformización y estandarización de las tropas²¹⁹.

Sin embargo, este profesionalismo militar no fue bien visto. Que el ejército se “llenara” con individuos sin recursos hizo pensar que los nuevos soldados, más que soldados, eran mercenarios capaces de “venderse” al mejor postor²²⁰. A partir de entonces, se habla de “ejércitos personales”, de tropas unidas a sus generales por lazos clientelares, y de “ejércitos privados” cuya lealtad dependía más de la generosidad de sus respectivos mandos militares que de su fidelidad a Roma²²¹. De todo ello hablaremos más tarde, pero, a efectos de lo que a este primer apartado se refiere, de aquí en adelante nos ocuparemos únicamente de la “proletarización” del ejército.

Pese a que en la mayoría de los estudios modernos se presenta la “proletarización” del ejército romano como una realidad bien atestiguada, lo cierto es que esta argumentación se ha sostenido sobre una base historiográfica poco fiable. Por lo general, los partidarios de esta teoría se han apoyado, fundamentalmente, en el célebre pasaje de Salustio (*Jug.* 86.2-3), así como en narraciones posteriores, como las de Valerio Máximo (2.3.1) y Plutarco (*Mar.* 9.1). En todos estos relatos se insiste en, como mínimo, tres ideas principales: que con Mario las legiones se llenaron de voluntarios,

²¹⁷ Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1973a: 29-30; 1973b: 135-136; Gruen, 1974: 366-367, 369; Nicolet, 1980: 92-93; Guillén, 1994: 446, 455; Roldán, 1996: 49; Keppie, 2001: 130; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; Aguado, 2014: 53-54; Gracia, 2015-2016: 14; Gauthier, 2016: 104-105; Machado, 2017: 17; Ferrer, 2019: 86. En contra de esta afirmación, tenemos a Aigner, 1974: 16; Gabba, 1975: 19; Schneider, 1977: 100; Keppie, 1998: 42-43; Pina Polo, 1999: 63; Keaveney, 2007: 28, 94; Gauthier, 2016: 107, 115-116; Goldberg, 2016: 156; Cadiou, 2018: 120; Brand, 2019: 214-215, entre otros muchos.

²¹⁸ Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1949; 1951; 1973a: 35, 59-60; 1973b: 135-136; 1975: 15, 19-20; Marín y Peña, 1956: 52; Smith, 1958: 44; Harmand, 1967: 409-410; 1969: 63; Gruen, 1974: 369, 379; Nicolet, 1980: 91-92, 97, 105; De Blois, 1987: 11; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 49, 51; Pina Polo, 1999: 63-64; Brizzi, 2004: 157-158; Lendon, 2005: 230-231; Erdkamp, 2006a: 292; Alston, 2007: 180, 185; Broadhead, 2007: 159; Cagniard, 2007: 81-82; De Ligt, 2007a: 13; Phang, 2008: 3; Goldsworthy, 2011: 46, 47, 49; Subirats, 2013: 28; Aguado, 2014: 54; Gracia, 2015-2016: 13-14; Kavanagh, 2015-2016: 32; Quesada, 2015-2016: 59; Gauthier, 2016: 103, 104-105; Goldberg, 2016: 156; Ferrer, 2019: 86.

²¹⁹ Gabba, 1975: 20; Keppie, 2001: 130; Gauthier, 2016: 103. Para más información, *vid. infra* el debate en torno a la hipotética homogeneización del ejército romano al final de la República.

²²⁰ «Enrollment of the *proletarii* and obsession with economic profit lead one to expect an unreliable and undisciplined army. The assumption has provoked much moralizing: Rome's soldiery in the late Republic was no more than a mercenary force, prepared to go with the highest bidder, unaccountable to and unconcerned with the traditions of the state. Certainly examples of insubordination, even mutiny, are frequent and usually prompted by the selfish avarice of the troops» (Gruen, 1974: 371). *Cf.* Bouquie, 1884: 254, 257; Marín y Peña, 1956: 53-54; Jal, 1962: 7-27; Guillén, 1994: 446, 449; Roldán, 1996: 53, 57; Lendon, 2005: 230; Phang, 2008: 3; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86.

²²¹ Bouquie, 1884: 254; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Gabba, 1975: 20, 22, 24-26; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; De Blois, 2007: 164; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

proletarii y *capite censi* especialmente²²²; que el reclutamiento de Mario fue una acción sin precedentes²²³; y que detrás de su decisión de alistar a individuos de baja condición social hubo razones de naturaleza personal²²⁴. Sin embargo, ninguna de las fuentes clásicas que recoge el *dilectus* del 107 a. C. menciona que Mario aboliera permanentemente los requisitos de propiedad necesarios para ingresar en el ejército, que se prescindiera desde entonces del tradicional sistema de conscripción y que el ejército romano fuera a partir de esa fecha una fuerza militar compuesta, en exclusiva, por voluntarios y pobres²²⁵. Entonces, ¿por qué se ha insistido tanto en la supuesta proletarización del ejército romano?

Para poder dar respuesta a esta pregunta debemos especificar, antes de nada, lo que implica el concepto de proletarización. Al respecto, entendemos por proletarización el reclutamiento masivo —e, incluso, exclusivo— de soldados extraídos de entre los ciudadanos que, en principio, estaban exentos del servicio militar por encontrarse por debajo del mínimo de cualificación censal. Cuestionar este principio no significa, de acuerdo con Cadiou (2018: 399-400), que no existiera la posibilidad de que, o bien los ciudadanos más pobres de la quinta clase, o bien *proletarii* y *capite censi* pudieran haber servido en las legiones de la época, sino que lo que se pone en duda es que esta situación fuera la característica principal del ejército romano del siglo I a. C. Por lo tanto, el problema no está en admitir la existencia de ciudadanos pobres en el ejército romano tardorrepblicano, sino en calcular el porcentaje que estos representaban.

Sin embargo, dada la ausencia de fuentes y de datos estadísticos disponibles para el periodo objeto de estudio, calcular su proporción no es tarea fácil²²⁶. Por esta razón, toda obra que aspire a determinar, ya sea cuantitativa, ya sea cualitativamente, tanto la composición social del ejército romano como el número de efectivos potencialmente movilizables debe ser tomada con precaución²²⁷. No obstante lo anterior, esta falta de registros demográficos fiables no ha sido obstáculo para que muchos autores modernos hayan teorizado acerca del origen social de los soldados y sobre el potencial bélico romano.

En este sentido, algunas de las hipótesis ya planteadas anteriormente, como la reducción del censo mínimo, la pérdida de poder adquisitivo del campesinado romano y la crisis demográfica del siglo II a. C., han servido para explicar, por un lado, la presunta falta de *adsidui* con los que formar las legiones, y para justificar, por el otro, la necesidad de utilizar a *proletarii* y *capite censi* para rellenar las filas del ejército²²⁸. De este modo, se entiende la sobredimensión que ha sufrido el *dilectus* del 107 a. C. por una parte de la historiografía clásica y moderna, y el origen de su malinterpretación.

²²² Sal. *Jug.* 86.2; V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Flor. *Epit.* 1.36.13; Gel. 16.10.16.

²²³ Sal. *Jug.* 86.2; V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Gel. 16.10.10-14, 16.

²²⁴ Sal. *Jug.* 86.3; V. Max. 2.3.1; Flor. *Epit.* 1.36.13; Gel. 16.10.16.

²²⁵ Rich, 1983: 327.

²²⁶ Alston, 2007: 183; Keaveney, 2007: 25.

²²⁷ Gabba, 1949; 1973a; 1973b; Brunt, 1971; Nicolet, 1980; Rich, 1983; Rosenstein, 2004; De Ligt, 2007a; 2007b; 2007c; 2012; Keaveney, 2007: 16-28; Lo Cascio, 2008.

²²⁸ Marín y Peña, 1956: 50-54; Brunt, 1971: 61-83, 269-277, 416-434; Gruen, 1974: 366-367; Gabba, 1975: 16-21; Guillén, 1994: 446-447, 449-450, 455; Gracia, 2015-2016: 13.

Sin embargo, cada vez son más las voces que se han alzado en los últimos años en contra de esta explicación y en favor de una revisión de la obra de Cayo Mario y de las supuestas transformaciones que manifestó el ejército romano a partir de su primer consulado. Actualmente, se tiende a minimizar el impacto del reclutamiento del 107 a. C. y a retrasar en el tiempo los cambios que, presuntamente, experimentó el ejército tardorrepblicano en su estructura y composición²²⁹. Igualmente, también se tiende a desmentir los mitos y a reconsiderar los principios sobre los que, tradicionalmente, se ha construido la crítica a Mario, como es el caso de la admisión de *proletarii* y *capite censi* en el ejército²³⁰.

Sobre el particular, debemos recordar que, aunque en principio ni a *proletarii* ni a *capite censi* se les permitía entrar en el ejército, su exclusión no era permanente, pudiendo ser alistados en casos de emergencia²³¹. De hecho, son numerosos los ejemplos en los que aparecen ambos colectivos, así como esclavos, libertos y voluntarios²³², sirviendo en el ejército antes del siglo I a. C.²³³ A este respecto, se cree que la primera vez que los *proletarii* fueron alistados en el ejército romano fue, en 280 a. C., al comienzo de la guerra contra Tarento, cuando el procónsul Quinto Marcio Filipo se vio obligado a recurrir a este grupo²³⁴. Desde entonces, Roma los fue reclutando e integrando en sus legiones siempre y cuando la situación así lo requirió, como, por ejemplo, durante la segunda guerra púnica, cuando la emergencia de efectivos militares fue tan elevada que, incluso, se tuvo que armar a los esclavos²³⁵.

Ahora bien, ¿todos los soldados que reunió Mario, en 107 a. C., fueron voluntarios y/o pobres? Desde el 111 a. C., Roma había mantenido un ejército en Numidia compuesto por varias legiones²³⁶. Es cierto que dichas fuerzas, como consecuencia de la lucha y de las deserciones²³⁷, se redujeron en los años siguientes, pero, sin embargo, todavía eran lo suficientemente numerosas como para que Mario no

²²⁹ Goldsworthy, 2011: 47; Aguado, 2014: 54; Cadiou, 2018: 54; Brand, 2019: 210, 213.

²³⁰ Cadiou, 2018.

²³¹ Enn. Ann. 6.7; Liv. 6.6.14; Gel. 16.10.10-14. Cf. Quesada, 2015-2016: 58.

²³² D.H. 6.63.2. Cf. Brunt, 1971: 393, 396; Gruen, 1974: 367; Wolff, 2010: 18-28, en cuanto a la inscripción de voluntarios; y Brunt, 1971: 408; Lendon, 2014-2015: 58; Brand, 2019: 210; James, 2019: 99, respecto al reclutamiento de esclavos.

²³³ Brunt, 1971: 395, 402; Rich, 1983: 290-292; Roldán, 1996: 50; Brand, 2019: 210-211.

²³⁴ «A los romanos, que calcularon la calidad y cantidad de enemigos que les atacarían, les obligó la necesidad extrema a poner en armas incluso a los proletarios, es decir, a alistar en el ejército a aquellos que estaban siempre sin hacer nada por la ciudad con la única finalidad de suministrar descendientes [...]» (Oros. 4.1.3). Cf. Nicolet, 1980: 93; Gauthier, 2015: 90; 2016: 105. Años antes, en 296 a. C., Roma ya había movilizado a los libertos: «Alarmado el Senado por estas noticias, hizo declarar el estado de emergencia y llamar a filas a los ciudadanos sin distinción. Y no sólo se obligó con el juramento militar a hombres libres y jóvenes, sino que incluso se formaron cohortes de reservistas y centurias de libertos» (Liv. 10.21.3-4).

²³⁵ «Entretanto, el pueblo romano comenzaba a respirar y a resurgir, por así decirlo, de los infiernos. No quedaban armas: se cogieron de los templos. No había jóvenes: se concedió la libertad a los esclavos para incorporarlos al ejército» (Flor. Epit. 1.22.23). Para más ejemplos, vid. Liv. 22.11.8-9, 57.11-12; 23.14.2-4, 35.5-9; 24.10.3, 14-16; 25.6.21; 26.35.5; 27.38.10; V. Max. 7.6.1; Fron. Str. 4.7.24; App. Hann. 27; Eutr. 3.10.3.

²³⁶ Sal. Jug. 27.5.

²³⁷ Para más información sobre las deserciones habidas durante la guerra de Jugurta, vid. *infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3.1. Guerra de Jugurta, en donde se analizan las insurrecciones protagonizadas por el ejército romano durante dicho conflicto.

necesitara reclutar a un ejército de socorro²³⁸. De hecho, Cayo Mario simplemente solicitó un suplemento (*postulare legionibus supplementum*)²³⁹, algo habitual cuando un magistrado *cum imperio* se hacía cargo de un ejército en plena campaña²⁴⁰.

En efecto, tras recibir el mando de la guerra contra Jugurta, Mario recibió la hipócrita autorización del Senado de reclutar un *supplementum*. Conforme a Salustio (*Jug.* 84.3), «aunque el Senado le era adverso, no se atrevió a negarle nada en ningún asunto; por lo demás, el suplemento se lo concedió incluso contento, porque reinaba la opinión de que el servicio militar no era del gusto de la plebe y de que Mario acabaría perdiendo los medios de hacer la guerra o el favor de la gente». Resultó ser todo lo contrario.

Fue tal el entusiasmo que despertó el llamamiento de Mario, que la fuerza congregada superó el total estipulado (*cum aliquanto maiore numero quam decretum erat*)²⁴¹. Se estima que Mario logró reunir a varios miles de hombres²⁴², quizá unos tres mil, según opinión de Keppie (1998: 42)²⁴³; un número considerable, pero sensiblemente inferior a lo que podría haber convocado mediante un *dilectus* ordinario. No obstante, parece ser que Mario no tuvo la intención ni de formar un nuevo ejército ni de añadir nuevas legiones a las ya existentes, ya que eso le hubiera retrasado y hubiera comprometido su promesa de poner fin rápidamente a la guerra²⁴⁴. En cambio, prefirió servirse de voluntarios, al considerar que, al ser armados por el Estado²⁴⁵, estos podrían ser reclutados mucho más rápido que si tenía lugar una leva convencional²⁴⁶.

Hasta aquí, podría parecer que, de acuerdo con la tradición, el ejército reunido por Mario, en 107 a. C., estaba compuesto, efectivamente, por voluntarios, la mayoría de ellos pobres, tal y como se refleja en las principales fuentes clásicas²⁴⁷. No obstante, junto a *proletarii* y *capite censi*, Cayo Mario se hizo también con los servicios de aliados y auxiliares²⁴⁸, justo como venía siendo costumbre desde la segunda guerra púnica²⁴⁹, y, lo que es más importante, de *euocati*²⁵⁰. A tal efecto, se cree que, si bien en

²³⁸ Tras la llegada de Quinto Cecilio Metelo Numídico, las fuerzas romanas habían recuperado el vigor perdido durante los mandos de Lucio Calpurnio Bestia y Aulo Postumio Albino, y habían sido capaces de obtener importantes éxitos. Así nos lo cuenta Salustio (*Jug.* 55.1-2): «Entretanto, en Roma, se produjo un gran gozo al conocerse las actuaciones de Metelo: él y su ejército se habían portado al estilo de los antepasados [...]. En consecuencia, el Senado decretaba acciones de gracias a los dioses inmortales por estas felices hazañas; la ciudad, antes convulsa y preocupada por el resultado de la guerra, estaba dichosa: la gloria de Metelo era eximia».

²³⁹ *Sal. Jug.* 84.2. Cf. Gauthier, 2015: 90, 97-98.

²⁴⁰ Ciertamente, en 110 a. C., tras la derrota de su hermano Aulo Postumio Albino, el cónsul Espurio ya había alistado un suplemento para el ejército de Numidia (*Sal. Jug.* 39.2).

²⁴¹ *Sal. Jug.* 84.3-4; 86.4. Cf. Guillén, 1994: 449; Keppie, 1998: 42; Gauthier, 2016: 105.

²⁴² Brunt, 1971: 430; Evans, 1994: 75; Keaveney, 2007: 94; Gauthier, 2016: 105; Goldberg, 2016: 156.

²⁴³ Para Cosme (2007: 53), el *supplementum* no habría superado los cinco mil hombres.

²⁴⁴ *Sal. Jug.* 64.5.

²⁴⁵ En virtud de la *lex militaris* de 123 a. C., el Estado se hizo cargo del coste de equipar a las tropas (*vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.3. La crisis del campesino-soldado: ¿el fin del ejército ciudadano?).

²⁴⁶ Evans, 1994: 75-76.

²⁴⁷ *Sal. Jug.* 86.2-3; V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Flor. *Epit.* 1.36.13; Gel. 16.10.14, 16.

²⁴⁸ *Sal. Jug.* 84.2.

²⁴⁹ *Vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.2. El servicio militar en la República media: los primeros fallos del sistema.

términos cuantitativos el *supplementum* solicitado por Mario pudo concentrar a un mayor número de individuos de “baja condición” —cosa que, por otro lado, tampoco tenemos forma de demostrar—, en términos cualitativos el núcleo del ejército mariano lo conformaron los soldados veteranos, al ser los que más experiencia tenían y al ser, en suma, en quienes más se podía confiar a la hora de formar y disciplinar a los nuevos soldados²⁵¹.

Dicho esto, creemos que el reclutamiento de Cayo Mario estuvo dictado por las circunstancias y que, en ningún caso, fue ni tan novedoso ni tan revolucionario como tantas veces se ha subrayado²⁵². En la actualidad, la hipótesis más aceptada es la de un deseo, por parte de Mario, de resolver a corto o medio plazo un problema de contratación cuantitativa o cualitativa, y no un deseo por parte de este de hacer un uso partidista del ejército²⁵³. Muy al contrario, es poco probable que Mario tuviera objetivos de orden político y mucho menos que previera las “transcendentales consecuencias” que, conforme a la crítica tradicional, acarreó su decisión de contar con el apoyo de *proletarii* y *capite censi*²⁵⁴. Pero, ¿qué pasó después? ¿Provocó la acción de Mario la proletarización del ejército tardorrepblicano?

Aunque la posterior tradición aristocrática contraria a Cayo Mario magnificó el reclutamiento del 107 a. C., atribuyéndole un carácter revolucionario y considerándolo causante en buena medida del colapso del régimen republicano, debemos relativizar su impacto militar inmediato, puesto que ni entonces ni más tarde la acción de Mario provocó la revisión y/o la reforma de las condiciones de servicio. No se trató de una abolición del viejo orden, no se suprimió la cualificación mínima para ser llamado a filas y no se terminó, por consiguiente, con el sistema tradicional de reclutamiento obligatorio. Tampoco se regularizó a partir de ese momento el alistamiento de los ciudadanos más pobres ni se cambió la ley sobre la elegibilidad de quienes podían formar parte de las legiones, debido a que la incorporación de *proletarii* y *capite censi* siguió siendo algo puntual e, incluso entonces, sólo habría implicado a un número limitado de tropas²⁵⁵.

Es plausible, tal y como hemos adelantado, que el propio Mario juzgara el alistamiento de *proletarii* y *capite censi* como una acción puntual y necesaria para obtener a corto plazo los refuerzos necesarios para concluir rápidamente con la guerra de Jugurta. De esta forma, simplemente habría inscrito, para un momento muy

²⁵⁰ Sal. Jug. 84.2. Cf. Guillén, 1994: 447, 449; Keppie, 1998: 40; Cadiou, 2010: 63, 113; Gauthier, 2016: 106.

²⁵¹ «Entonces advirtió Mario que si quería tener un ejército fuerte tenía que contar con la disponibilidad de los proletarios, de los aliados italianos y de los súbditos provincianos que, naturalmente, había que uniformarlos y disciplinarlos según el antiguo espíritu romano» (Guillén, 1994: 449). Cf. Sal. Jug. 87.2-3; 97.5.

²⁵² «È altrettanto certo che nel 107 G. Mario non aveva alcuna intenzione politica rivoluzionaria, ma voleva unicamente ovviare alla mancanza di cittadini abienti arruolabili (*inopia bonorum*)» (Gabba, 1975: 19).

²⁵³ Smith, 1958: 10; Brunt, 1971: 407; Gabba, 1973a: 34; 1975: 19; Evans, 1994: 75-76; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 63; Gauthier, 2016: 115; Cadiou, 2018: 106.

²⁵⁴ Gabba, 1975: 19; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 51; Pina Polo, 1999: 64; Gauthier, 2015: 88-91, 97-103.

²⁵⁵ Gabba, 1975: 19; Roldán, 1996: 49-50; Keppie, 1998: 42-43; Pina Polo, 1999: 63; Cosme, 2007: 53; Gauthier, 2016: 107; Cadiou, 2018: 117, 120.

determinado de la historia de Roma, cuando la República estaba, además, muy presionada por la amenaza de cimbrios, ambrones y teutones, a un cuerpo limitado de tropas con el que resolver una situación militar muy concreta. Más allá del 107 a. C., no existen evidencias suficientes que confirmen la presencia de un gran número de pobres en el ejército posterior a Mario²⁵⁶.

Aunque aceptáramos la premisa clásica relativa a la reducción del censo mínimo y a la disminución del número de *adsidui*, esto no habría implicado, de acuerdo con Cadiou (2018: 413), que los nuevos soldados procedieran de los estratos más bajos de la sociedad romana. Dado que ninguna fuente disponible es capaz de determinar el porcentaje de *adsidui* y *proletarii* que hubo en el ejército tardorrepblicano, no podemos afirmar con seguridad que el reclutamiento de legionarios se hubiera realizado, principalmente, entre los ciudadanos más modestos, o incluso entre los más pobres²⁵⁷. De hecho, la evidencia inmediatamente posterior a Mario no apoya en absoluto la imagen de un ejército formado a partir de soldados voluntarios sin tierra²⁵⁸; ni siquiera en momentos de extremo peligro, como durante el momento más álgido de la guerra contra cimbrios y teutones, entre el 105 y el 101 a. C., las fuentes mencionan la presencia de proletarios en el ejército romano²⁵⁹.

A lo largo del siglo I a. C., la continuidad, más que la discontinuidad, caracterizó el reclutamiento. Esto no significa que no se produjeran cambios o que el ejército romano no evolucionara durante ese tiempo; sin embargo, no fue Mario quien lo transformó²⁶⁰. El reclutamiento obligatorio continuó hasta el final de la República²⁶¹, y ni el voluntariado ni la proletarización fueron los rasgos distintivos del ejército romano del periodo²⁶².

Pese a todo, si la acción de Cayo Mario no supuso ningún hito fundacional, para una parte de la historiografía moderna no dejó de ser un precedente de cómo los generales romanos posteriores a él debían comportarse en situaciones de extrema necesidad militar. Si durante la guerra contra cimbrios y teutones no se modificaron las bases del sistema de reclutamiento tradicional, como ya avanzamos, a partir de la guerra de los aliados y, sobre todo, durante las guerras civiles, la situación pudo cambiar²⁶³. Es

²⁵⁶ Gauthier, 2016: 115-116. Cf. Deyber, 2015-2016: 78-79.

²⁵⁷ Keaveney, 2007: 23-28; Gauthier, 2016: 107; Goldberg, 2016: 156; Cadiou, 2018: 396, 413.

²⁵⁸ Gabba, 1975: 19; Keaveney, 2007: 94; Gauthier, 2016: 115; Goldberg, 2016: 156; Cadiou, 2018: 120.

²⁵⁹ Fron. *Str.* 4.2.2. Cf. Cosme, 2007: 53; Deyber, 2015-2016: 78-79; Cadiou, 2018: 73-74.

²⁶⁰ Cadiou, 2018: 54; Brand, 2019: 213.

²⁶¹ Caes. *Gal.* 7.1; *B.Afr.* 20.4; App. *BC* 2.31, 34, 36. Cf. Brunt, 1971: 393, 408-409, 413; Gabba, 1975: 19; Cadiou, 2018: 120; Sage, 2018: 272.

²⁶² Brunt, 1962: 75; 1971: 391-415; Keppie, 1998: 43; Cosme, 2007: 54; Keaveney, 2007: 94; Cadiou, 2018: 267-268, 395; Brand, 2019: 214-215.

²⁶³ Para Cosme (2007: 53, 75), la guerra de los aliados representó una ruptura mucho más importante en la organización militar romana que la admisión *ad hoc* de proletarios por parte de Mario (cf. Gauthier, 2015; 2016). Según su opinión, la guerra pudo contribuir al abandono de los procedimientos tradicionales de reclutamiento. De la misma opinión es Rich (1983: 327-329), para quien la guerra de los aliados y la primera guerra civil fueron los escenarios en los que, finalmente, se planteó la cuestión del abandono del mínimo de cualificación censal. Finalmente, Machado (2017: 17), en la línea de los dos anteriores, considera que la guerra de los aliados fue el momento en el que se produjo la relajación de los requisitos de propiedad y, por ende, cuando los aspectos rituales de la leva perdieron importancia. En cambio, para Keaveney (2007: 28, 94), si bien en la guerra de los aliados los generales romanos volvieron a recurrir a ciudadanos sin tierra (cf. Pina Polo, 1999: 98), su presencia no habría sido muy significativa. En su

entonces, y no con Mario, cuando observamos una relajación más acusada de los principios básicos del *dilectus* convencional.

La urgencia de efectivos llevó a los comandantes del periodo a extraer tropas de todos los grupos humanos disponibles, independientemente de su riqueza y condición social. No nos estamos refiriendo sólo a *proletarii*, sino a individuos a los que, o bien se había reclutado en el pasado únicamente en momentos de extrema necesidad, o bien se había considerado un deshonor contar con su servicio. Hablamos de esclavos y libertos, de gladiadores, y de tráfugas y desertores.

En 89 a. C., durante la guerra de los aliados, el Senado se vio obligado a armar a los libertos a causa de la escasez de soldados²⁶⁴; en 87 a. C., en el transcurso de la primera guerra civil, tanto Cayo Mario como Lucio Cornelio Cinna alistaron a esclavos y libertos en su ejército²⁶⁵; entre el 63 y el 62 a. C., durante el tiempo que duró su conjuración, Lucio Sergio Catilina aumentó sus tropas con esclavos²⁶⁶; en 46 a. C., durante el enfrentamiento entre César y Pompeyo, Marco Porcio Catón, a la sazón propretor de África, «no dejó pasar un día sin hacer levallas entre los libertos, los africanos y, en fin, los esclavos y los hombres de cualquier clase, con tal de que por su edad estuvieran en condiciones de poder llevar un arma»²⁶⁷; y, finalmente, tanto Octaviano como Sexto Pompeyo no dudaron en solicitar el apoyo de esclavos y libertos durante su lucha²⁶⁸.

Por otro lado, en 49 a. C., al comienzo de la guerra civil entre cesarianos y pompeyanos, el cónsul Lucio Cornelio Léntulo Crus animó a un grupo de gladiadores con concederles la libertad si le seguían contra César²⁶⁹. Un año después, en 48 a. C., Cneo Pompeyo Magno hizo lo propio tras caer derrotado en Farsalia. Según el propio César (*Civ.* 3.103.1), Pompeyo logró reunir a un grupo de «dos mil hombres armados, algunos de los cuales había escogido entre los gladiadores de las sociedades de publicanos y otros los había reunido de entre los esclavos de los traficantes, precisamente aquellos a los que su dueño juzgaba más apto para la milicia». Por último, durante la guerra de Perusia, en 41-40 a. C., Lucio Antonio empleó a gladiadores tanto para apoderarse de Roma como para enfrentarse a Octaviano durante el sitio de Perusia²⁷⁰.

opinión, no sería hasta el Triunvirato cuando se produciría un alistamiento masivo de *proletarii* (cf. Cosme, 2007: 54).

²⁶⁴ Liv. 74; App. BC 1.49.

²⁶⁵ Sabemos que, en 88 a. C., Mario intentó usar a los esclavos de la ciudad de Roma para detener el avance de Sila sobre la *Vrbs*, pero que, sin embargo, estos se negaron a seguirle (Liv. 69; V. Max. 8.6.2; Plu. Mar. 35.7; Sull. 9.7; Flor. Epit. 2.4; App. BC 1.58; Oros. 5.19.5). El mismo éxito tuvo Cinna cuando, un año después, intentó concitar a los esclavos en su ayuda (App. BC 1.65). No fue hasta la marcha de ambos personajes sobre la capital, en 87 a. C., cuando, a cambio de su libertad, los esclavos formaron parte de sus respectivos ejércitos (Plu. Mar. 41.3; 43.4; Sert. 5.7; Flor. Epit. 2.9.11; App. BC 1.69, 74). Cf. Keaveney, 2007: 32-33.

²⁶⁶ Aunque, en este caso en particular, debemos señalar que, al no poseer *imperium*, las tropas reclutadas por Catilina, independientemente de su composición, eran irregulares a todos los efectos (D.C. 37.33.2-3).

²⁶⁷ Caes. B.Afr. 36.1.

²⁶⁸ Pese a que ambos contendientes utilizaron a esclavos y libertos con fines militares, parece ser que, a diferencia de Sexto Pompeyo (Vell. 2.73.3; Flor. Epit. 2.18.1; App. BC 5.72, 131), Octaviano fue más escrupuloso a la hora de contar con el apoyo de estos individuos (Suet. Aug. 25; D.C. 48.49.1).

²⁶⁹ Caes. Civ. 1.14.4.

²⁷⁰ App. BC 5.30, 33.

Finalmente, destacamos a las unidades formadas a partir de trásfugas y desertores²⁷¹, no porque estos soldados fueran reclutados, originariamente, por medio de procedimientos no ordinarios, sino porque su posterior reinserción tuvo lugar sin tener en consideración ni la ruptura de su *sacramentum militiae* ni su indisciplina, lo que, a efectos de nuestra investigación se refiere, puede ser un indicador de cómo al final de la República, de igual modo que se le dio más importancia a derrotar al enemigo que a restaurar la antigua disciplina militar, se pudo priorizar el número de unidades alistadas que los medios utilizados para reclutar a dichas tropas. De todo ello hablaremos con más detenimiento en el capítulo dedicado a la insurrección.

Llegado a este punto, no podemos caer en el error y creer que este tipo de reclutamientos, extraordinarios a todas luces, fueron lo más habitual en el siglo I a. C. En términos cuantitativos, las unidades formadas a partir de esta clase de soldados representaron un porcentaje muy bajo del total de tropas movilizadas en el periodo, y, aunque su presencia esté bien atestiguada en las fuentes, nunca dejaron de ser la excepción a la regla.

Algo parecido nos ocurre con la contribución de *proletarii* y *capite censi*. Aunque su participación fuera relativamente frecuente, es imposible calcular su número, y mucho menos afirmar que fueran el principal elemento de las legiones²⁷². Lo más sensato sería reconocer, de acuerdo con Cadiou (2018: 393), que las diferenciaciones socioeconómicas se mantuvieron durante toda la tardorrepública y que las legiones siguieron reflejando la diversidad de la sociedad cívica tradicional. Así las cosas, la razón por la cual una parte de la historiografía moderna habría insistido tanto en definir al ejército tardorrepblicano como a un ejército proletario habría que buscarla, no en el deseo de esclarecer la composición social de las legiones del siglo I a. C., sino en la necesidad de explicar el colapso del régimen republicano²⁷³. De esta forma, si mantenemos la ficción de la proletarización del ejército romano, es mucho más fácil comprender por qué tuvieron lugar las guerras civiles y por qué terminó desapareciendo la República romana, que si negamos su existencia²⁷⁴.

3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano

«Although many of the traditions of the militia legions were preserved, the new professional or semi-professional units were fundamentally different in their spirit and tactics. The new legions were much more permanent, keeping the same name and number throughout their existence [...]. Legionaries who viewed the army as a career, not simply as an interruption to normal life, came to identify very strongly with their legion, and these units developed tremendous corporate spirit»²⁷⁵.

²⁷¹ Caes. *Civ.* 2.31, 33.1; *B.Hisp.* 7.4-5; 34.2.

²⁷² Alston, 2007: 183; Keaveney, 2007: 25.

²⁷³ Un ejemplo de ello lo encontramos en Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 64; Lendon, 2005: 230-231; Goldsworthy, 2011: 49.

²⁷⁴ Para un análisis más detallado, *vid. infra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

²⁷⁵ Goldsworthy, 2011: 47.

Si bien, en la actualidad, no podemos dar por válida la teoría de la proletarización del ejército romano, para una parte de la historiografía moderna, no sólo fue un hecho incuestionable, sino que, además, fue una parte determinante del proceso de homogeneización y profesionalización en el que, supuestamente, se embarcó el ejército romano al final de la República. En adelante, con el propósito de comprender mejor esta relación y profundizar en la realidad del soldado romano, examinaremos, por un lado, los términos en los que pudo darse dicha uniformización, y valoraremos, por el otro, el grado de profesionalización que pudo desarrollar el ejército tardorrepblicano.

En principio, la teoría acerca de la homogeneización del ejército romano se ha basado en la hipotética armonización social, jurídica y tecnológica que alcanzó el ejército a lo largo del siglo I a. C. como resultado de la incorporación masiva de *proletarii* a las legiones; de la extensión de la ciudadanía romana a toda Italia; y de las innovaciones militares atribuidas a Cayo Mario²⁷⁶. Desmentido el primer supuesto en el apartado anterior, seguidamente trataremos de analizar los otros dos.

Aunque más tarde de lo esperado, la guerra de los aliados (*bellum Sociale*) trajo, por fin, la ciudadanía romana a todos los habitantes libres al sur del Po. Con el fin de desactivar el conflicto y romper la unidad de las poblaciones rebeldes, Roma ganó a golpe de ley una guerra en la que, en lo militar, estaba teniendo serias dificultades para imponerse a sus viejos compañeros de armas. Por medio de la *lex Iulia de civitate*, propuesta por el cónsul Lucio Julio César, en 90 a. C.; de la *lex Calpurnia*, promovida por el tribuno de la plebe Lucio Calpurnio Pisón, en 90/89 a. C.; y de la *lex Plautia-Papiria*, presentada por los tribunos de la plebe Marco Plaucio Silvano y Cayo Papirio Carbón, en 89 a. C., la República romana concedió de manera escalonada, y no sin obstáculos, la ciudadanía romana a todos sus aliados latinos e itálicos²⁷⁷.

Desde un punto de vista militar, la extensión de la ciudadanía romana hizo que Italia se convirtiera en la principal cantera del ejército romano. Desde este momento, todos los que hasta entonces habían servido como aliados fueron incorporados a las legiones, mientras que las antiguas *alae sociorum* que habían acompañado a las legiones en campaña dejaron de existir²⁷⁸. Eliminada la distinción entre ciudadanos y *socii*, las nuevas unidades militares se organizaron y equiparon de la misma manera, haciendo de la legión romana un cuerpo aparentemente homogéneo, de cuyo mantenimiento se ocupó el Estado romano²⁷⁹.

A partir de esta fecha, la posibilidad de levantar nuevas legiones y de obtener nuevos suplementos se extendió, en consecuencia, a toda Italia, provocando la descentralización del tradicional reclutamiento militar²⁸⁰. Sobre el particular, fueron los

²⁷⁶ Watson, 1985; Connolly, 1988; 1990; Wilkes, 1990; Sekunda, 1996; Nardo, 2001; Cowan, 2003; Fields, 2008; 2012; Matthew, 2010; Matyszak, 2010; Goldsworthy, 2011.

²⁷⁷ Liv. 71; Vell. 2.15.1-2; 16.4; Flor. *Epit.* 2.5.1, 6-9; 6.3-4; App. *BC* 1.49; 53. Cf. Marín y Peña, 1956: 59-60; Gruen, 1974: 368; Nicolet, 1980: 232-234; Pina Polo, 1999: 92-98; Keppie, 2001: 130-131; McNab, 2010: 86; Brice, 2020c: 119; 2020d: 250.

²⁷⁸ Marín y Peña, 1956: 60; Gabba, 1975: 26; Guillén, 1994: 461; Keppie, 1998: 48; 2001: 130-131; Pina Polo, 1999: 98; Cosme, 2007: 54; Goldsworthy, 2011: 47; Machado, 2017: 17.

²⁷⁹ Marín y Peña, 1956: 60; Gruen, 1974: 368; Keppie, 1998: 48; Goldsworthy, 2011: 47; García Jiménez, 2015-2016: 61; Quesada, 2015-2016: 59-60; Machado, 2017: 17.

²⁸⁰ Gruen, 1974: 368; Gabba, 1975: 26; Machado, 2017: 17; Brice, 2020d: 250.

denominados *conquistadores* los encargados de desplazarse a cada uno de los distritos en los que quedó dividido el territorio italiano y de movilizar a los nuevos reclutas²⁸¹. De esta manera, las tropas pudieron ser reclutadas en sus ciudades de origen, lo que hizo que el reclutamiento fuera, según Cosme (2007: 54-55), más rural —algo que, por otra parte, fue bien acogido por las autoridades políticas y militares romanas, quienes, de acuerdo con Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.3), consideraban que los campesinos eran más disciplinados y robustos que los habitantes de las ciudades, los cuales, por el contrario, eran más susceptibles de caer en las tentaciones de la vida urbana²⁸²—, pero también más local, en la medida en que las exacciones se realizaban en una o varias regiones concretas —justo como se puede apreciar en la ascendencia de los soldados reclutados por Cneo Pompeyo Magno, al comienzo de la guerra civil entre silanos y cinnanos²⁸³; por Cayo Julio César, durante la guerra de las Galias²⁸⁴; y por Marco Licino Craso, para su campaña contra los partos²⁸⁵, los cuales fueron, en su mayoría, originarios del Piceno, la Galia Cisalpina y Lucania, respectivamente²⁸⁶—.

Como era de esperar, el número de soldados susceptibles de ser reclutados se amplió considerablemente en los años siguientes a la guerra de los aliados. Según datos extraídos de Cosme (2007: 54), el número de ciudadanos romanos pasó de 395.000, en 115-114 a. C., a 463.000, en 86-85 a. C., para, finalmente, pasar a 910.000, en 70-69 a. C.²⁸⁷ En situaciones normales, este aumento demográfico habría sido suficiente para que Roma dispusiera de los efectivos necesarios para hacer frente a todas sus obligaciones militares; sin embargo, la realidad demostró ser muy diferente.

Si bien el Estado romano pudo aumentar su potencial bélico gracias a la concesión de la ciudadanía romana a sus antiguos aliados militares²⁸⁸, este incremento en el número de efectivos, aunque importante, no fue capaz de cubrir por sí mismo la enorme demanda de soldados que provocaron los enfrentamientos civiles de los últimos años²⁸⁹. Se estima que, entre el 49 y el 30 a. C., unos 23.000 hombres fueron alistados cada año, y que, en torno al 43 a. C., más del 25% de la juventud italiana estaba en armas²⁹⁰. En un breve espacio de tiempo, fue tal la necesidad de tropas que, tal y como explicaremos a continuación, los comandantes romanos del periodo tuvieron que ampliar sus bases de reclutamiento fuera de Italia.

Para comprender mejor de lo que estamos hablando, tomaremos como referencia el incremento en el número de legiones. Si, antes del enfrentamiento entre César y Pompeyo, Roma disponía de una media anual de doce a catorce legiones, y al estallar la guerra civil, en 49 a. C., el total disponible ya había crecido hasta las veintiuna; a la

²⁸¹ Marín y Peña, 1956: 199; Gabba, 1975: 26; Keppie, 1998: 48; Cosme, 2007: 54.

²⁸² Este mismo pensamiento se observa en Tácito (*Ann.* 1.31.4) y en Dion Casio (30-35, fr. 100). Cf. Nicolet, 1980: 95-96; Cowan, 2003: 9.

²⁸³ Plu. *Pomp.* 6.

²⁸⁴ Caes. *Gal.* 2.2; 6.1.

²⁸⁵ Plin. *Nat.* 2.147.

²⁸⁶ Para más información, Gruen, 1974: 368.

²⁸⁷ Para una información más detallada, se recomienda la lectura de Brunt, 1971: 91-99, 435-472.

²⁸⁸ Smith, 1958: 27-28; Harmand, 1967: 246; Gruen, 1974: 368.

²⁸⁹ Brunt, 1971: 435-512, para una relación de los efectivos movilizados entre el 90 y el 29 a. C. Cf. Marín y Peña, 1956: 163-164.

²⁹⁰ Brunt, 1971: 512; Brand, 2019: 215.

muerte de César, en 44 a. C., el número de unidades ya había alcanzado las treinta y siete, y, a finales del 43 a. C., poco después de la constitución del Triunvirato, el número de legiones se elevó, finalmente, hasta las sesenta y seis²⁹¹. Naturalmente, una cantidad tan grande de tropas no podía extraerse, únicamente, de los ciudadanos romanos, por mucho que su número se hubiera multiplicado en los últimos años²⁹². Roma necesitaba una segunda fuente de reclutamiento; de ahí que, de esas sesenta y seis legiones, cincuenta y cuatro fueran de procedencia italiana y doce fueran provinciales²⁹³.

En lo que llevamos de trabajo, hemos visto cómo, salvo en situaciones excepcionales en las que Roma tuvo que alistar a individuos de toda clase y condición, como esclavos, libertos y gladiadores, las legiones no incluyeron a grupos al margen de la *ciuitas Romana*, quedando formadas, principalmente, por ciudadanos romanos, en su mayoría *adsidui*. Junto a estos, era frecuente encontrarnos, no obstante, con aliados y auxiliares que, a modo de refuerzo y/o complemento, servían al lado de las legiones romanas en unidades, eso sí, bien diferenciadas²⁹⁴. Esta realidad, bien atestiguada en las fuentes clásicas, empezó a cambiar en el siglo I a. C., primero, como ya hemos visto, con la incorporación de los aliados a las legiones y, segundo, con el alistamiento de cada vez más provinciales²⁹⁵.

Entre el 49 y el 30 a. C., la mayoría de los principales *imperatores* del momento completaron sus ejércitos a partir de tropas reclutadas *ad hoc* de los territorios que se encontraban bajo su control²⁹⁶. A esta resolución se llegó a raíz de dos motivos fundamentales: la necesidad de poseer un número de tropas mayor que las del enemigo y la incapacidad de acceder a los tradicionales puntos de reclutamiento de la península itálica. En función de qué facción controlara Italia y de dónde se ubicaran los principales centros de poder, las unidades reclutadas tendrían un porcentaje mayor o menor de soldados italianos y provinciales. Mientras que César y Octaviano tuvieron bajo su control la península itálica y pudieron, por consiguiente, recurrir a los centros de reclutamiento habituales, comandantes como Cneo Pompeyo Magno, Cayo Casio Longino, Marco Junio Bruto, Sexto Pompeyo, Marco Emilio Lépido y Marco Antonio, entre otros, no tuvieron esa suerte, viéndose obligados, en su lugar, a recurrir a los habitantes de las provincias en las que se encontraban²⁹⁷.

²⁹¹ A pesar del elevadísimo número de legiones, debemos tener en cuenta, no obstante, que muchas de ellas estarían, muy probablemente, incompletas, habida cuenta de las numerosas bajas no repuestas (Brunt, 1971: 477, 480, 510; Keppie, 1998: 48; 2001: 131; Goldberg, 2016: 158; Sage, 2018: 272, 274).

²⁹² Para aquel entonces, según cálculos de Brunt (1971: 512), el número de ciudadanos varones adultos en Italia pudo haber sido de 1.200.000.

²⁹³ Conforme a Brunt (1971: 510), entre 216.000 y 270.000 italianos y entre 48.000 y 60.000 provinciales pudieron haber sido movilizadas, en 43 a. C.

²⁹⁴ Keppie, 1998: 125; Rosenstein, 2012: 85-103; Coulston, 2013: 16; García Jiménez, 2015-2016: 61; Sage, 2015-2016: 40.

²⁹⁵ «However, the most notable novelty in the last decades of the Roman Republic was the recruitment of large numbers of non-Romans not only as auxiliaries but also as legionaries. Consequently, entire legions were recruited among provincials» (Gauthier, 2016: 115).

²⁹⁶ Brunt, 1971: 698-699; Keppie, 1997b: 90; 2001: 131; Cosme, 2007: 55, 75; Gauthier, 2016: 115; Goldberg, 2016: 157.

²⁹⁷ Brunt, 1971: 473-512, 698-699. Cf. Keppie, 1997b: 90; 1998: 124-125; 2001: 131; Cosme, 2007: 55; Gauthier, 2016: 115; Goldberg, 2016: 157-158; Machado, 2017: 17.

Sobre el particular, debemos aclarar que, aunque muchos de estos habitantes, seguramente, eran ciudadanos romanos —o descendientes de ciudadanos— residentes desde hacía tiempo en las provincias, muchos otros no lo eran. Resulta difícil cuantificar el número exacto de ciudadanos romanos viviendo fuera de Italia, así como el porcentaje de soldados extraídos de este grupo de población²⁹⁸, pero de lo que no hay duda es de que su número no era suficiente y que por ello se tuvo que echar mano de no ciudadanos para rellenar las filas de los ejércitos romanos del periodo²⁹⁹.

Atraída por la promesa de recompensas y por la perspectiva de una ciudadanía plena, la población autóctona ingresó, no sólo como auxiliares, sino, también, como legionarios³⁰⁰. En consecuencia, varias *legiones vernaculae* fueron reclutadas a partir del 49 a. C., algo que, por otra parte, no suponía ninguna novedad en el ejército romano³⁰¹.

A tal efecto, uno de los precedentes más inmediatos y mejor documentados lo hallamos en la guerra de las Galias. A pesar de que César ya había obtenido tres legiones en virtud de la *lex Vatinia de provincia Caesaris* de 59 a. C., y una cuarta a razón del decreto del Senado por el que se le adjudicaba el control de la Galia Transalpina³⁰², su ejército, aunque numeroso, resultó ser insuficiente para llevar a cabo una empresa tan ambiciosa como era la conquista de la Galia. Durante los años que duró la campaña, César fue incrementando progresivamente el número de sus legiones, casi con toda seguridad de las provincias que le habían sido adjudicadas. A partir de los ciudadanos romanos asentados en la Galia Cisalpina, principalmente al sur del Po, y de las comunidades latinas instaladas al norte de dicho río, así como de los ciudadanos romanos residentes en la Galia Transalpina, César se hizo con un ejército más grande³⁰³.

Sin embargo, su número siguió siendo insuficiente, especialmente después de tantos años de guerra y de haber perdido a muchos de sus hombres durante los combates. Es por esta razón por la que César decidió reclutar a la futura *legio V Alaudae*. Al final de su campaña en la Galia, probablemente en torno al invierno del 52-51 a. C., César levantó una legión a partir del reclutamiento de galos procedentes de la Galia Transalpina³⁰⁴. Aunque irregular en sus orígenes, dada su composición no ciudadana³⁰⁵, Suetonio (*Jul.* 24.2) nos informa de que César la «adiestró en la disciplina y proveyó del equipo romano, concediéndole más tarde el derecho de ciudadanía en

²⁹⁸ Brunt, 1971: 159-265.

²⁹⁹ Brunt, 1971: 698-699; Keppie, 2001: 131.

³⁰⁰ Keppie, 1998: 124; 2001: 131; Kavanagh, 2015-2016: 32; Sage, 2015-2016: 42 Gauthier, 2020: 290-295. Cf. Gauthier, 2016: 115; Brice, 2020b: 51.

³⁰¹ Marín y Peña, 1956: 164-165, 199; Roldán, 1974: 457-471; Keppie, 1998: 121-125; Cowan, 2003: 10-11; Gauthier, 2020: 292-293, 295. Cf. Kavanagh, 2015-2016: 32.

³⁰² Cic. *Prov.* 36; *Att.* 8.3.3; *Plu. Caes.* 14.10; *Pomp.* 48.4; *Suet. Jul.* 22.1; *App. BC* 2.13; *D.C.* 38.8.5, 41.4; *Oros.* 6.7.1.

³⁰³ Gruen, 1974: 368; Keppie, 1997b: 89-90; Rodríguez, 2015-2016: 29.

³⁰⁴ *Suet. Jul.* 24.2. Cf. Brunt, 1971: 220, 468, 474, 510, 698; Roldán, 1974: 461; Keppie, 1997b: 89-90; 2001: 131; Rodríguez, 2001: 185-186; 2015-2016: 29; Cowan, 2003: 10; Cosme, 2007: 55; D'Amato y Sumner, 2009: 8; Kavanagh, 2015-2016: 35; Sage, 2015-2016: 42; Gauthier, 2016: 115; 2020: 290-291; Goldberg, 2016: 157.

³⁰⁵ Brunt, 1971: 468; Rodríguez, 2015-2016: 29.

bloque»³⁰⁶. En este caso, como en el resto de ejemplos de legiones vernáculas que vinieron después, la necesidad de contar con tropas adicionales primó sobre los procedimientos habituales de reclutamiento.

Volviendo al periodo de las guerras civiles, tenemos numerosos ejemplos de unidades compuestas, esencialmente, por provinciales que, en lugar de servir en cohortes adicionales de infantería nativa, aliada y/o auxiliar como había sido costumbre hasta entonces, formaron como legiones³⁰⁷. Es de suponer, en opinión de Keppie (1997b: 90; 2001: 131), que esto se debió a la necesidad de poseer infantería fuertemente armada y pesada con la que enfrentarse en batalla a las legiones regulares, de ahí que las unidades provinciales fueran agrupadas en legiones equipadas con armas de estilo romano y armaduras defensivas producidas localmente, lo que haría que apenas se distinguieran de las legiones romanas convencionales.

En cualquier caso, lo importante no es esto, sino la revelación de que, en caso de emergencia, se podía recurrir a otras fuentes de reclutamiento ajenas, pero complementarias, al *dilectus* tradicional. En este sentido, autores como Keppie (1997b: 90; 1998: 125; 2001: 132) han alertado de una posible provincialización de las legiones romanas entre finales de la República y principios del Principado. Según su opinión, el proceso habría sido gradual y, probablemente, más avanzado en las provincias orientales que occidentales. Esto, según Gauthier (2016: 115), habría tenido un impacto mucho mayor en la evolución posterior del ejército romano que la incorporación de *proletarii* y *capite censi* de Cayo Mario. Desde su punto de vista, el reclutamiento de legiones enteras de no ciudadanos habría alejado definitivamente al ejército romano de la antigua milicia cívica, y lo habría acercado al ejército profesional, en tanto que la cualificación de propiedad ya no habría desempeñado un papel esencial en el alistamiento de nuevas tropas. Este hecho, de acuerdo con Keppie (1997b: 89; 1998: 125), habría provocado en los soldados un cambio de mentalidad mucho mayor que el que se habría producido, según Gabba (1975: 26), tras la extensión de la ciudadanía romana a latinos e itálicos.

Sea como fuere, de lo que no hay duda es de que, desde nuestro punto de vista, la entrada a las legiones de provinciales —y de, por tanto, no ciudadanos— acabó con la hipotética homogeneización que la extensión de la ciudadanía romana había facilitado. Y es que, en contra de la opinión de muchos autores modernos, el ejército romano nunca dejó de ser un conjunto de fuerzas heterogéneas, pues, al margen de la incorporación de provinciales y de la asistencia puntual de grupos de baja condición, como libertos y esclavos, las autoridades romanas nunca llegaron a prescindir de las tropas auxiliares, las cuales, por el contrario, ganaron relevancia tras la guerra de los

³⁰⁶ Se cree que fue, en octubre del 47 a. C., cuando, como premio a sus servicios, se otorgó a sus miembros la ciudadanía romana, y se concedió a la unidad el numeral V, quedando constituida desde entonces como *iusta legio*. Hasta entonces, había sido conocida, simplemente, como *legio Alaudae*, debido a la costumbre de sus legionarios de adornarse el casco con plumas de alondra (Caes. *B.Afr.* 1.5; Plin. *Nat.* 11.121; Suet. *Jul.* 24.2; Marín y Peña, 1956: 164-165; Roldán, 1974: 461; Bishop, 1990: 24; Rodríguez, 2001: 185; 2015-2016: 30; Kavanagh, 2015-2016: 35; Sage, 2015-2016: 42; 2018: 262).

³⁰⁷ Marín y Peña, 1956: 164-165, 199; Brunt, 1971: 473-512, 698-699; Roldán, 1974; Kavanagh, 2015-2016: 32.

aliados³⁰⁸. El mejor ejemplo nos lo proporciona Cneo Pompeyo Magno, quien, durante su enfrentamiento contra César, fue capaz de reunir, en 48 a. C., un enorme ejército en el que, junto a ciudadanos romanos y provinciales, lucharon también soldados de muy diversos pueblos y naciones³⁰⁹.

Desmentido este segundo supuesto, valoraremos, por último, el grado de homogeneización y uniformización técnica y tecnológica que pudo manifestar el ejército romano al final de la República.

Para una parte de la historiografía moderna, Cayo Mario, además de ser el artífice de la “proletarización” del ejército tardorrepblicano, fue el encargado de convertir a la antigua milicia ciudadana en un ejército profesional³¹⁰. De este modo, se ha asumido que fue Mario el encargado de implantar en el ejército las innovaciones y mejoras necesarias para que la legión romana se adecuara a las nuevas exigencias militares de su tiempo, transformando con ello desde su organización táctica hasta su cohesión social. Nos referimos, cómo no, a las mal denominadas “reformas de Mario”; es decir, a la introducción de la cohorte (*cohors*) como unidad táctica básica en sustitución del tradicional manípulo (*manipulus*); a la desaparición de los *velites* y de la caballería legionaria, y a su sustitución por infantería y caballería auxiliar; a la modificación del *pilum*, y a la estandarización de las armas y del equipamiento militar; al cambio en el sistema de entrenamiento; y a la incorporación del *aquila* como principal símbolo de la legión³¹¹.

Como viene siendo habitual en estos casos, siempre que hablamos de Cayo Mario damos automáticamente por sentado que, de un modo u otro, fue el responsable de todos los cambios habidos en el ejército romano del siglo I a. C. Sin embargo, de igual modo que se ha descartado que fuera el responsable de la proletarización del ejército, tampoco podemos dar por hecho que fuera el promotor de todas estas medidas. De

³⁰⁸ De acuerdo con Cosme (2007: 57), la guerra de los aliados ayudó a que el Estado romano tomara conciencia de la importancia de recompensar el apoyo militar prestado por las tropas auxiliares. A este respecto, destaca el bronce de Ascoli (*CIL* I² 709 = *CIL* VI 37045 = *ILLRP* 515 = *ILS* 8888), un documento inscrito en bronce y fechado en el año 89 a. C., en el que se recoge, entre otras recompensas, la concesión de la ciudadanía romana a la *turma Salluitana*, una unidad auxiliar de caballería íbera que luchó durante la guerra de los aliados bajo el mando del cónsul Cneo Pompeyo Estrabón (Pina Polo, 1989: 208; 1995: 214; Amela, 2000: 79-92; 2021: 20-69; Rivero, 2006: 123-124; Rankov, 2007: 51; Sage, 2018: 262). Al derecho de ciudadanía podrían añadirse otras ventajas, como la inmunidad fiscal, la exención de la liturgia y del servicio militar, y la elección de la jurisdicción en caso de juicio. Asimismo, algunos auxiliares podían recibir una doble ración de trigo e, incluso, el título de amigo del pueblo romano. Para más información sobre las tropas auxiliares, *vid.* Marín y Peña, 1956: 74-75, 170; Guillén, 1994: 436-437, 455, 461, 462-463; Keppie, 1998: 56-57; Southern, 2006: 120-123; Cosme, 2007: 57-58; Rankov, 2007: 50-55; McNab, 2010: 91-92; Coulston, 2013: 16; Aguado, 2014: 54; McLaughlin, 2015; García Jiménez, 2015-2016: 61; Gracia, 2015-2016: 14; Kavanagh, 2015-2016: 32; Sage, 2015-2016: 37-38, 40-42; Machado, 2017: 17; Brice, 2020b: 51; Gauthier, 2020: 287-295.

³⁰⁹ «Pompeyo, por su parte, había conseguido un grupo numeroso del Senado y del orden ecuestre y del alistamiento regular, y había reunido un gran número de los demás territorios sometidos y de pueblos y reyes aliados. En efecto, [...] todos los que habían sido alguna vez y de algún modo amigos suyos le habían entregado dinero y unos le habían enviado y otros habían llevado tropas auxiliares» (D.C. 41.55.2-3). *Cf.* *Caes. Civ.* 3.4; *Plu. Pomp.* 64.1-2; *App. BC* 2.51, 70-71; D.C. 41.55.2-4; 61.1.

³¹⁰ Marín y Peña, 1956: 55-62; Watson, 1985: 21-22; Guillén, 1994: 445, 456-161; Roldán, 1996: 48-49; Pina Polo, 1999: 62-65; Potter, 2004: 81; Cagniat, 2007: 86-87; Gracia, 2015-2016: 14.

³¹¹ Schulten, 1928: 240; Gabba, 1949: 173-209; Parker, 1958: 21-46; Aigner, 1974: 11-23; Miller, 1984: 124-150; De Blois, 1987: 11-13, 19-21; Keppie, 1989: 170; Guillén, 1994: 445-446; Sage, 2008: 238-239; McNab, 2010: 86-90; Gauthier, 2015: 91-97.

hecho, si bien es cierto que la mayoría de ellas pudieron implementarse entre el final de la República y el comienzo del Principado, sólo algunas de ellas se le pueden atribuir a él; en particular, la modificación del *pilum* y la incorporación del *aquila*.

Puesto que la finalidad de nuestro trabajo no reside en analizar los pormenores de cada una de estas adaptaciones, seguidamente pasaremos a explicar, brevemente, en qué consistió cada una de ellas y de qué modo pudieron contribuir a la homogeneización del ejército romano.

En cuanto a la sustitución del manípulo por la cohorte, todo parece indicar que esta última ya se venía utilizando mucho antes de que se generalizase su empleo en el siglo I a. C. Polibio (11.23.1; 33.1) nos informa de su uso durante la segunda guerra púnica, en concreto, durante la batalla de Ilipa de 206 a. C.; mientras que Livio también nos ofrece numerosas referencias sobre su uso, también para el mismo periodo de tiempo³¹². Sobre el particular, se estima que, en un principio, la cohorte, entendida como la agrupación de tres manípulos³¹³, pudo ser utilizada como recurso táctico desde finales del siglo III a. C., coexistiendo su empleo con el del manípulo³¹⁴; sobre todo en la península ibérica, en donde —tal vez— la cohorte pudo ser utilizada antes y con más frecuencia que en otras regiones³¹⁵. A partir de aquí, se sostiene la tesis de que su integración fue gradual; de que Mario no tuvo nada que ver con su definitiva instalación³¹⁶; de que su implantación no fue un requisito sin el cual el ejército romano no habría podido derrotar a cimbrios y teutones; y de que fue en época de César cuando la cohorte sustituyó, definitivamente, al manípulo como principal subdivisión de la legión³¹⁷.

A partir de este momento, la legión romana, en lugar de quedar dividida en los treinta manípulos de época polibiana³¹⁸, quedó organizada en diez cohortes de treinta manípulos y sesenta centurias³¹⁹. Así, cada cohorte estaba compuesta por tres manípulos (uno por cada una de las antiguas líneas de la legión [*hastati, principes y triarii/pilani*]³²⁰), cuyos nombres se conservaron en los títulos de los centuriones³²¹) y

³¹² Liv. 25.39.1; 27.18.10, 32.4; 28.13.8, 14.17, 23.8, 25.15, 33.12; 31.37.6; 32.24.3; 34.12.6, 14.10, 15.1, 19.9, 20.3, 28.7.

³¹³ Var. L. 5.88.

³¹⁴ Gabba, 1975: 20-21; Keppie, 1998: 43-44; Pina Polo, 1999: 65; Cagniat, 2007: 86; Cadiou, 2015-2016: 17-19; Gauthier, 2016: 111-112. Cf. Lendon, 2005: 228-229.

³¹⁵ Bell, 1965: 404-422; Keppie, 1998: 43; Potter, 2004: 81; Cagniat, 2007: 85-86. Para un estado actual de la cuestión, vid. Dobson, 2008: 58-64; Sage, 2008: 199-204 y, muy especialmente, Cadiou, 2001: 167-182; 2015-2016: 16-21, quien rebate la tesis de Bell (1965) acerca del origen hispánico de la cohorte.

³¹⁶ En contra de esta tesis y a favor de la teoría de que Mario estuvo detrás de la introducción de la cohorte, vid. Parker, 1958: 26-28; Watson, 1985: 22; Matthew, 2010: 29-38; McNab, 2010: 86-87. Cf. Marín y Peña, 1956: 55-59; Guillén, 1994: 456-460.

³¹⁷ Gabba, 1975: 20-21; Keppie, 1998: 43-44; Cadiou, 2001: 167-182; 2015-2016: 16-21; 2018: 36; Lendon, 2005: 228-229; Cosme, 2007: 46-47; Goldsworthy, 2011: 47-48; Brice, 2014: 106-108; Gauthier, 2015: 91-93; 2016: 111-112.

³¹⁸ Plb. 6.24. Cf. Var. L. 5.88.

³¹⁹ Gel. 16.4.6. Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.6, 13, 21.

³²⁰ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.2. Cf. Marín y Peña, 1956: 58, 161-162; Gabba, 1975: 20; Guillén, 1994: 458; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 44; Cosme, 2007: 62; Goldsworthy, 2011: 47; Cadiou, 2015-2016: 17.

³²¹ Justo como se expone a continuación: *hastatus posterior*, *hastatus prior*, *princeps posterior*, *princeps prior*, *pilus posterior*, *pilus prior*. El *pilus prior* de la primera cohorte era el llamado *primus pilus*, y era el primer centurión de la legión, siendo el *hastatus posterior* de la décima cohorte el último centurión de

cada manípulo estaba constituido por dos centurias (distinguidas jerárquicamente como *ordo posterior* y *ordo prior*³²²) de ochenta hombres cada una³²³. En total, cada cohorte tenía, aproximadamente, 480 soldados, y cada legión tenía cerca de 4.800 hombres³²⁴.

El resultado fue la creación de una legión mucho más flexible que su predecesora, la legión manipular³²⁵. Normalmente, se desplegaba en *triplex acies*³²⁶ —con cuatro cohortes en vanguardia, tres en el medio y otras tres en la retaguardia³²⁷—, y, al entrar en combate, era, presumiblemente, mucho más fácil de comandar, debido a su mayor uniformidad en tamaño, organización y equipamiento³²⁸. A este respecto, se cree que cada cohorte llevaba un equipo militar idéntico y que, por consiguiente, las tropas ya no se diferenciaban por su armamento³²⁹.

Este último punto nos lleva a hablar directamente de otras dos de las “reformas de Mario”: la desaparición de los *velites* y de la caballería legionaria, y su sustitución por infantería y caballería auxiliar; y la modificación del *pilum*, y la estandarización de las armas y del equipamiento militar.

De acuerdo con el discurso tradicional, una de las consecuencias de la entrada masiva de *proletarii* a las legiones y de la supuesta abolición de la cualificación mínima de propiedad fue la igualación del equipamiento militar³³⁰, y la creación de un cuerpo homogéneo de infantería pesada³³¹. Sobre la primera cuestión, se piensa que el equipo

aquella (Cosme, 2007: 62; cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.8, 21; Martín y Peña, 1956: 58; Guillén, 1994: 459; Keppie, 1998: 44; McNab, 2010: 95; Goldsworthy, 2011: 47; Cadiou, 2015-2016: 17; Gracia, 2015-2016: 15).

³²² Cosme, 2007: 62.

³²³ Finalmente, cada centuria estaba dividida en diez grupos de ocho hombres cada uno llamado contubernio (*contubernium*). Para más información sobre el *contubernium*, vid. *infra* en este mismo apartado.

³²⁴ No obstante, no debemos pasar por alto que, generalmente, ni las legiones ni las cohortes solían alcanzar el número máximo de efectivos, ya fuera por la pérdida de tropas a lo largo de la campaña, ya fuera porque sus comandantes las prefirieran de menor tamaño con el fin de ganar en movilidad, opción esta última que se le suele atribuir a Cayo Julio César. Para más información sobre el tamaño de las legiones, vid. Marín y Peña, 1956: 60-61, 73, 162-163, 298; Gabba, 1976: 20-21; Guillén, 1994: 457-459; Roldán, 1996: 49-50; Keppie, 1998: 44-45; Chrissanthos, 1999: 192; Cagniat, 2007: 86; McNab, 2010: 88; Goldsworthy, 2011: 47; Aguado, 2014: 54; Cadiou, 2015-2016: 17; Gracia, 2015-2016: 15.

³²⁵ Marín y Peña, 1956: 303; Gabba, 1975: 21; Keppie, 1998: 46; Pina Polo, 1999: 65; Potter, 2004: 82; Goldsworthy, 2011: 47; Le Bohec: 2014-2015: 12-17.

³²⁶ Si bien la *triplex acies* pudo ser la formación más habitual, también se emplearon otras formaciones alternativas (*simplex*, *duplex*... *quadruplex acies*), aunque, probablemente, con menor frecuencia que la primera. Cf. Marín y Peña, 1956: 58, 298-303; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 44; Pina Polo, 1999: 65; Cagniat, 2007: 86, 92-94; Cosme, 2007: 69; Goldsworthy, 2011: 47; Gracia, 2015-2016: 15.

³²⁷ Caes. Civ. 1.83.2.

³²⁸ Pina Polo, 1999: 65; Cagniat, 2007: 86; Goldsworthy, 2011: 47-48; Aguado, 2014: 54; García Jiménez, 2015-2016: 69. Cf. McNab, 2010: 93-96; Cadiou, 2015-2016: 20.

³²⁹ Según Marín y Peña (1956: 58), «al entrar a combatir en un mismo frente los *hastati*, *principes* y *triarii*, desaparece todo motivo de diferenciación entre ellos, y, por tanto, la diversidad del armamento; cae en desuso el *hasta* y todos son armados con el *pilum*, que también se reforma y perfecciona». Cf. Marín y Peña, 1956: 162; Guillén, 1994: 456; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 45; Pina Polo, 1999: 65; Cagniat, 2007: 86; Goldsworthy, 2011: 47.

³³⁰ «Il processo di proletarizzazione dell'esercito romano nel II secolo a.C., che si conclude con la leva del 107 a.C., influì grandemente sull'organizzazione tecnica dell'esercito stesso, perché contribuì a eliminare gli ultimi residui dell'ordinamento basato sulle classi di censo, uniformando sempre più armamento ed equipaggiamento» (Gabba, 1975: 20).

³³¹ «Finally, scholars most often think that the alleged abolition of all property qualifications by Marius caused the disbandment of the citizen cavalry and light infantry since all citizens were from now on

básico del soldado romano del siglo I a. C. estaba compuesto por el *pilum*, el *gladius*, el *scutum*, el casco y las protecciones corporales³³², a lo que debía sumarse una vestimenta específica, exclusiva y excluyente, y, por tanto, propia del soldado romano, que, conforme a Kavanagh (2015-2016: 33), estaría formada por las botas militares (*caligae*), la capa militar (*sagum*), el cinturón militar (*balteus* o *cingulum*) y el puñal (*pugio*)³³³.

A este nivel de estandarización se habría llegado, presumiblemente, tras sustituir el *hasta* de los *triarii* por el *pilum*³³⁴; tras armar a los *velites* como al resto de los legionarios³³⁵; tras haberse hecho cargo el Estado romano de armar y equipar a las legiones³³⁶; y, sobre todo, tras un largo proceso de uniformización del equipamiento militar que habría empezado en algún momento indeterminado del siglo II a. C. y que no habría terminado hasta bien entrado el Principado³³⁷. Lamentablemente, no hay evidencia literaria y/o material de todos estos supuestos y, en la mayoría de los casos, sólo podemos teorizar al respecto, lo que ha contribuido a que el debate siga abierto en torno al grado de homogeneización que pudo alcanzar el ejército romano al final de la República.

Menos dudas nos ofrece, no obstante, el impacto que pudo tener la participación de Cayo Mario. En contra de la opinión más extendida, su contribución fue marginal y en ningún caso supuso un punto de inflexión. A tal efecto, la historiografía tradicional ha atribuido a Mario el perfeccionamiento técnico del *pilum*; la introducción de un nuevo modelo de escudo, el denominado *Bruttiani*; y el aligeramiento del tren de equipaje (*impedimenta*), así como el refuerzo del equipo individual (*sarcina*). Mientras que la primera innovación —temporal en cualquier caso³³⁸—, consistió, según Plutarco

equipped as heavy infantry. These types of troops were entirely replaced by foreign auxiliaries» (Gauthier, 2016: 104).

³³² García Jiménez, 2015-2016: 61. Para más información sobre la evolución del equipamiento militar, *vid.* Plb. 6.22-23; J. BJ 3.93-97; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.20; 2.15-16; Judson, 1888: 32-35; Couissin, 1926; Marín y Peña, 1956: 391-408; Connolly, 1988: 23-25; 1990: 18-19, 34-35; Bishop y Coulston, 1993: 50-72; Guillén, 1994: 464-468; Warry, 1995: 133, 134-135, 136-137, 148, 163, 168; Sekunda, 1996: 4-11; Coulston, 1998: 168-170; Keppie, 1998: 45; Burns, 2003: 60-85; Cowan, 2003: 25-32, 41-44; Southern, 2006: 209-213; Cagniat, 2007: 88-91; Cosme, 2007: 67-69; Rankov, 2007: 58-63; Fields, 2008: 18-24; 2012b: 27-44; D'Amato y Sumner, 2009: 6-43, 48-52; McNab, 2010: 33-37, 90-91; Goldsworthy, 2011: 121-134, 137-140; Campbell, 2013: 416-431; Brice, 2014: 10-12; García Jiménez, 2015-2016: 61-69; Valdés, 2017: 234-248.

³³³ Símbolos externos de la condición castrense de su portador, todos estos elementos, según Kavanagh (2015-2016: 33), ayudaron a enfatizar el orgullo del soldado y a reforzar tanto su identidad militar como su sentimiento de pertenencia al ejército romano. *Cf.* Bishop, 1990: 25; James, 1999: 16, 18, 19, 21; Sumner, 2002; Cowan, 2003: 23-25; Southern, 2006: 152-158; D'Amato y Sumner, 2009: 53-57; Goldsworthy, 2011: 118-120; Hoss, 2012: 29-44; Speidel, 2012: 1-12; Coulston, 2013: 19; García Jiménez, 2015-2016: 61; Valdés, 2017: 225-234.

³³⁴ Marín y Peña, 1956: 58, 162, 396; Guillén, 1994: 464; Keppie, 1998: 44-45; García Jiménez, 2015-2016: 61.

³³⁵ Keppie, 1998: 44-45.

³³⁶ Keppie, 2001: 130; Goldsworthy, 2011: 47; García Jiménez, 2015-2016: 61; Quesada, 2015-2016: 56-60; Gauthier, 2016: 108.

³³⁷ Gabba, 1975: 20; Bishop y Coulston, 1993: 50-72; Cosme, 2007: 67-69; D'Amato y Sumner, 2009: 6-59; Campbell, 2013: 416-431; Kavanagh, 2014: 24-31; García Jiménez, 2015-2016: 61-69.

³³⁸ De acuerdo con Plutarco (*Mar.* 25.2-3), la corrección del *pilum* se habría hecho, específicamente, para combatir a los cimbrios; probablemente antes de la batalla de Vercelas de 101 a. C. *Cf.* Marín y Peña, 1956: 396; Guillén, 1994: 464-465; García Jiménez, 2015-2016: 68.

(*Mar.* 25.2-3), en sustituir por un pasador de madera uno de los dos remaches de hierro que unían la sección superior (de hierro) del *pilum* con la inferior (de madera) del asta, con el fin de que, cuando el *pilum* impactara contra un escudo enemigo, el astil se partiera o se deformara lo suficiente como para que el rival no lo pudiera devolver³³⁹; de la segunda innovación no tenemos referencias sólidas, más allá de un pasaje de Festo (p. 274L) en el que se nos informa de que Mario sustituyó los escudos redondos (*parmulae* o *parmae*) con los que solían luchar los soldados por los de tipo *Bruttiani*, una clase de escudo que, a día de hoy, todavía no se ha logrado identificar con éxito³⁴⁰. Sólo la modificación del equipo personal del legionario romano —en el sentido de que se aumentó su carga para disminuir el tren o la impedimenta colectiva—, cuenta, en la actualidad, con el respaldo mayoritario de la comunidad científica. Según Frontino (*Str.* 4.1.7), Mario redujo, considerablemente, el número de animales de carga, haciendo que cada soldado llevara sus propias raciones de comida, así como una amplia gama de equipos manuales con los que poder cocinar y atrincherarse³⁴¹.

En todo caso, el proceso de homogeneización de la infantería legionaria no terminaría de completarse hasta la íntegra desaparición de los *velites* y de la caballería legionaria.

Tradicionalmente, su desaparición se ha hecho coincidir con la llegada de Cayo Mario y con la entrada de *proletarii* y *capite censi* en el ejército. Según esta teoría, la hipotética abolición de la cualificación mínima de propiedad por parte de Mario habría provocado la automática proletarización de las legiones y la consiguiente disolución de la infantería ligera y de la caballería ciudadana. Desde este momento, todos los soldados estarían equipados con las mismas armas, y la legión romana ya no reflejaría las diferencias de riqueza de antaño, al constituir desde entonces un cuerpo uniforme de infantería pesada³⁴².

La principal evidencia a favor de esta teoría, actualmente desacreditada, es el hecho de que tanto los *velites* como la caballería romana se mencionan por última vez en el *Bellum Iugurthinum* de Salustio³⁴³. Sin embargo, esto no es del todo cierto, ya que ni en todas las referencias ulteriores en las que se nombra a la infantería ligera (*levem*

³³⁹ Cf. Marín y Peña, 1956: 75, 396; Guillén, 1994: 464-465; Keppie, 1998: 46; Pina Polo, 1999: 65; Potter, 2004: 81; García Jiménez, 2015-2016: 68; Gauthier, 2016: 109.

³⁴⁰ «*Parmulis pugnare milites soliti sunt; quarum usum sustulit G. Marius datis in uicem earum Bruttianis*» (Fest. p. 274L). Cf. Bell, 1965: 419-420; Harmand, 1967: 60; Guillén, 1994: 465-466; Gauthier, 2016: 109; Cadiou, 2018: 36.

³⁴¹ Según Fields (2008, 19; 2010: 13), el equipo del legionario romano pudo pesar hasta treinta y cinco kilogramos, si no más; de ahí que los hombres de Mario fueran popularmente conocidos como *mulus Marianus* (Fron. *Str.* 4.1.7; Plu. *Mar.* 13.1; Fest. p. 22L; p. 134L). Cf. J. BJ 3.95; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.19, 24; Judson, 1888: 36; Marín y Peña, 1956: 61; Connolly, 1988: 8-9; 1990: 27; Guillén, 1994: 461; Warry, 1995: 134-135; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 46; Pina Polo, 1999: 65; Roth, 1999: 68-77; Nardo, 2001: 15-17; Southern, 2006: 94-95; Cagniat, 2007: 86; Cosme, 2007: 69; Phang, 2008: 237; D'Amato y Sumner, 2009: 45; McNab, 2010: 90; Goldsworthy, 2011: 135; Subirats, 2013: 17, 41; Brice, 2014: 120; Gracia, 2015-2016: 14; Gauthier, 2016: 104, 110; Valdés, 2017: 265-271; Brand, 2019: 208-210.

³⁴² Marín y Peña, 1956: 60; 162; Gabba, 1975: 21; Guillén, 1994: 461; Keppie, 1998: 44; Cagniat, 2007: 86-88; Cosme, 2007: 53-54; Sage, 2008: 204-208; McNab, 2010: 88-90; Goldsworthy, 2011: 47; Aguado, 2014: 54; Gauthier, 2015: 93-97; 2016: 104, 108-109; Gracia, 2015-2016: 15.

³⁴³ Sal. *Jug.* 46.7; 95.1.

armaturam) se habla, inequívocamente, de infantería auxiliar³⁴⁴ ni las referencias sobre la caballería romana dejaron de aparecer en la literatura posterior³⁴⁵.

Es bastante improbable que tanto los *velites* como la caballería legionaria desaparecieran repentinamente, y mucho menos que Mario fuera el responsable de ello. Actualmente, se sostiene la teoría de que su extinción fue gradual y que, probablemente, fueron las circunstancias extraordinarias que se vivieron tras la guerra de los aliados y durante las guerras civiles lo que provocaron que su número se redujera hasta prácticamente desaparecer y que, finalmente, ambas unidades fueran sustituidas por infantería y caballería auxiliar³⁴⁶. La incorporación de latinos e itálicos a las legiones, la urgencia de cada vez más tropas, y la necesidad de contar con unidades específicas y capaces de compensar los puntos débiles de la infantería pesada y de rellenar el vacío dejado por la pérdida del componente aliado, fue lo que terminó por apartar del ejército romano a la infantería ligera y a la caballería ciudadana.

Llegado a este punto, sólo nos quedaría hablar del cambio en el sistema de entrenamiento, y de la asignación del *aquila* como principal emblema de la legión.

Si las modificaciones anteriores —la sustitución del manípulo por la cohorte, la estandarización del equipamiento militar y la desaparición de los *velites* y de la caballería legionaria— persiguieron la homogeneización táctica y funcional de la legión, estas dos últimas innovaciones buscaron trabajar la disciplina y la cohesión social del grupo.

Aunque de las disposiciones llevadas a cabo por Cayo Mario para disciplinar y endurecer al ejército ya hablaremos con detenimiento más adelante cuando nos ocupemos de analizar los principales episodios de indisciplina e insurrección protagonizados por el ejército romano tardorrepblicano³⁴⁷, huelga decir que, a finales del siglo II a. C., el ejército romano no estaba pasando por su mejor momento³⁴⁸. Si bien la situación en Numidia había mejorado considerablemente tras la llegada de Quinto Cecilio Metelo y Cayo Mario, la situación en el norte era desesperada. El avance de cimbrios, ambrones y teutones demostró las carencias del ejército romano del periodo, así como la incapacidad de sus principales mandos militares³⁴⁹.

Frente a tal situación, era necesario mejorar tanto la disciplina como la preparación de las tropas. Así lo hizo Cayo Mario cuando sustituyó a Metelo al frente

³⁴⁴ Caes. *B.Hisp.* 22.7; 26.1; Fron. *Str.* 2.3.17.

³⁴⁵ V. Max. 5.8.4; Plu. *Pomp.* 64.1.

³⁴⁶ Sage, 2015-2016: 39-40; Gauthier, 2016: 112-114. Cf. Bell, 1965: 420-422; Gabba, 1975: 21; Roldán, 1996: 31; Keppie, 1998: 56-57; McNab, 2010: 88-90; Aguado, 2014: 54; Cadiou, 2018: 403-405.

³⁴⁷ Vid. *infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

³⁴⁸ Sampson, 2010.

³⁴⁹ «Cuando se desbordó la violencia de los pueblos germanos llamados cimbrios y teutones, después de haber derrotado, puesto en fuga en la Galia y despojado de su ejército a los cónsules [Quinto Servilio] Cepión y [Cneo] Manlio [Máximo], y antes a [Cneo Papirio] Carbón y [Mario Junio] Silano, tras haber masacrado al consular [Marco] Aurelio Escauro, y a otros de nombre muy ilustre, el pueblo romano pensó que el general más idóneo para rechazar a enemigos tan fieros no era otro que [Cayo] Mario» (Vell. 2.12.2). Cf. Liv. 63, 65, 67; Plu. *Mar.* 16.9; Flor. *Epit.* 1.38.1-4; App. *Gall.* 13; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Eutr. 5.1-2; Oros. 5.15.23-24; 16.1-7.

de la guerra contra Jugurta³⁵⁰, y así lo volvió a hacer cuando asumió el mando de la guerra contra cimbrios y teutones³⁵¹. A base de entrenamiento y formación, Mario fue capaz de enderezar y adiestrar a un ejército abatido por los malos resultados y las continuas derrotas. Esto último se hizo especialmente evidente en los ejércitos del norte, en donde se esforzó, particularmente, por reprimir el mal comportamiento de las tropas y fortalecer tanto física como mentalmente a los soldados.

Así, además de reforzar el ánimo, la confianza y la moral de la soldadesca romana³⁵², Mario mejoró su disciplina y trabajó tanto su físico como su resistencia, para lo cual dispuso que las tropas realizaran todo tipo de trabajos y tareas³⁵³. Sin embargo, la innovación que nos ocupa aquí no fue obra de Cayo Mario, por mucho que así lo haya interpretado una parte de la historiografía moderna³⁵⁴, sino de Publio Rutilio Rufo (cos. 105 a. C.). De acuerdo con Valerio Máximo (2.3.2), Rutilio fue el responsable de intensificar el entrenamiento y perfeccionar la instrucción de los legionarios, al emplear a instructores de gladiadores (*doctoribus gladiatorum*) para entrenar a las tropas y enseñar a los soldados cómo debían causar y evitar los golpes.

Una vez mejorada la formación de las tropas, sólo quedaba fomentar su cohesión. En tal sentido, Mario —ahora sí— adoptó, en 104 a. C., el águila como principal símbolo de la legión³⁵⁵. Aunque del carácter simbólico de los *signa militaria*, en general, y del *aquila*, en particular, hablaremos más adelante³⁵⁶, podemos adelantar que, conforme a la mayoría de los autores clásicos y modernos, el águila se acabó convirtiendo en un foco de lealtad y afecto, en un punto de encuentro para las tropas, y en un símbolo para los soldados³⁵⁷. A raíz de su incorporación, se ha extendido la creencia de que la legión se convirtió en un cuerpo militar con espíritu propio. Es entonces cuando se empieza a hablar de la existencia de un *esprit de corps*, de un sentimiento de camaradería y unidad capaz de generar en el soldado romano una nueva

³⁵⁰ Sal. *Jug.* 85.33-35, 47 (cf. 85; 92.2; 100.3-5); Fron. *Str.* 4.1.7; Plu. *Mar.* 7.3, 4-6; 13.1.

³⁵¹ Plu. *Mar.* 14.1-3; 16.3, 7-8; Polyæn. 8.10.1.

³⁵² Plu. *Mar.* 16.3; Polyæn. 8.10.1.

³⁵³ Plu. *Mar.* 14.1-3; 16.7-8.

³⁵⁴ Guillén, 1994: 456, 466; Roldán, 1996: 50; Potter, 2004: 81, 82; Brice, 2014: 196. Cf. Marín y Peña, 1956: 61-62, 310; Cagniard, 2007: 87; Gauthier, 2016: 104, 110.

³⁵⁵ Cic. *Catil.* 1.9.24; Sal. *Cat.* 59.3; Plin. *Nat.*, 10.4.16; 23.19; Judson, 1888: 13; Marín y Peña, 1956: 61, 380-382; Helgeland, 1978: 1473; Watson, 1985: 129; Cordente, 1991: 204-205; Guillén, 1994: 461; Warry, 1995: 136-138; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 46-47; Pina Polo, 1999: 65; Riccardi, 2002: 94; Monreal, 2013: 123; Montero, 2003: 215-222; Potter, 2004: 81, 82; Robles, 2004: 48; Southern, 2006: 149-150; Cagniard, 2007: 87; Cosme, 2007: 70; Quesada, 2007a: 95-96; Fields, 2008: 14; 2010, 14; D'Amato y Sumner, 2009: 46; 2018: 9; Campbell, 2009-2010: 34; McNab, 2010: 28, 87, 96; Goldsworthy, 2011: 47, 134; Monreal, 2013: 123; Brice, 2014: 106-107, 191; Ureche, 2014: 5-6; Billing, 2015: 42; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 33; James, 2019: 85; Llantén y Penna, 2019: 85-105; Barbero, 2020: 51.

³⁵⁶ Vid. *infra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

³⁵⁷ V. Max. 6.1.11; Plin. *Nat.*, 10.4.16; J. *BJ* 3.123-126; D.C. 40.18; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.6, 13; Renel, 1903; Keppie, 1998: 46; Potter, 2004: 82; Cosme, 2007: 70; Quesada, 2007a: 95-96; 2007b: *passim*; Lee, 2009: 208; Campbell, 2009-2010: 34-39; McNab, 2010: 87; Kavanagh, 2012, 29-40; 2013: 46-50; 2015; 2015-2016: 33; Coulston, 2013: 15-16; Billing, 2015: 41-45; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 33-34; James, 2019: 83-86; Llantén y Penna, 2019: 85-105; Escorihuela, 2022b: 117-135.

mentalidad y conciencia de grupo, propia y excluyente, y, en ocasiones, contraria a los intereses del Estado romano³⁵⁸.

Concluida nuestra disertación acerca de la supuesta homogeneización del ejército tardorrepblicano, de aquí en adelante hablaremos sobre su posible profesionalización.

Para una parte de la historiografía moderna, la apertura de los cuarteles a los segmentos de la población más desfavorecidos (*proletarii* y *capite censi*) y la aplicación efectiva de las medidas adoptadas por Cayo Mario motivaron, además de la proletarización y la homogeneización del ejército, la profesionalización del mismo³⁵⁹. No obstante, si, tal y como hemos explicado anteriormente, no podemos dar por válida ninguna de las dos primeras atribuciones, tampoco podremos dar por buena ninguna de las teorías que defiendan que la profesionalización del ejército romano fuera consecuencia de la entrada a las legiones de los estratos más bajos de la sociedad romana y/o de las “reformas de Mario”, ya que ni lo uno ni lo otro tuvo lugar; no al menos del modo en que, tradicionalmente, se nos ha hecho creer³⁶⁰. Entonces, ¿en qué debemos fijarnos para valorar si el ejército tardorrepblicano fue un ejército profesional?

Por lo general, uno de los criterios más usados a la hora de precisar el grado de profesionalización de un determinado cuerpo militar ha sido el tiempo de duración que dicho cuerpo se ha mantenido en activo. Es decir, para muchos historiadores es la duración del servicio lo que convierte al militar en un soldado profesional³⁶¹. De este modo, en lo que al ejército romano se refiere, cuanto más tiempo haya estado sirviendo un legionario, más profesional se le podrá considerar. Dicho tiempo, no obstante, no sólo habría de medirse en función del total de años que un soldado ha pasado en activo a lo largo de su vida militar, o en las veces que dicho soldado se ha reenganchado al ejército, sino que, por el contrario, es en el número de años consecutivos que ha estado sirviendo en donde nos debemos fijar, puesto que, en teoría, un soldado habrá podido atesorar más experiencia si su estancia en el ejército se ha desarrollado de manera consecutiva e ininterrumpida que si se ha llevado a cabo de manera discontinua e interrumpida³⁶².

³⁵⁸ Sobre el particular, *vid.* Bouquie, 1884: 259-260; Messer, 1920: 158-175; Helgeland, 1978: 1473-1474; MacMullen, 1984: 440-456; Watson, 1985: 128; Roldán, 1996: 50; Alston, 1999: 175-195; Chrissanthos, 1999; 2004: 341-368; Haynes, 1999a: 7-15; 2015: 113-120; James, 1999: 14-25; Riccardi, 2002: 93; Coulston, 2004: 133-152; Potter, 2004: 82; Southern, 2006: 149-150; Cagniard, 2007: 87; Cosme, 2007: 70; De Blois, 2007: 164-179; Keaveney, 2007: 9-35, 71-92; Phang, 2008: 27; Lee, 2009: 207-210; McNab, 2010: 87; Ureche, 2014; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2012: 29-40; 2015-2016: 32-35; Machado, 2017; James, 2019: 83-84; Brice, 2020c: 120; 2020d: 250-251, 261-262; Escorihuela, 2021: 107-121; 2022b: 117-135.

³⁵⁹ Gabba, 1949: 173-209; 1951: 171-272; 1990: 691-695; Marín y Peña, 1956: 52; Watson, 1958: 120; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 49, 51; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81-82; McNab, 2010: 85-96; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 32; Luik, 2015-2016: 51; Quesada, 2015-2016: 59. En cambio, Miller (1984) adelanta la profesionalización del ejército romano al siglo II a. C., restando importancia a la acción de Mario (*cf.* Brunt, 1971: 396).

³⁶⁰ Keppie, 1998: 39; Cadiou, 2018.

³⁶¹ Guillén, 1994: 455; De Blois, 2007: 167; Goldsworthy, 2011: 48; Sage, 2015-2016: 39; 2018: 274. En su lugar, Machado (2017) evita usar el concepto “profesional” y prefiere hablar del ejército romano en términos de comunidad. Para Machado (2017: 12, 35-36, 43-44), la ampliación del servicio militar ayudó, esencialmente, a crear un sentido de comunidad, que él definirá como “natural”.

³⁶² Gabba, 1973a: 27; De Blois, 1987: 5.

Según este modelo interpretativo, la profesionalización del ejército romano estaría determinada por el tiempo que sus miembros han estado en servicio activo y por la experiencia adquirida durante dicho tiempo³⁶³. Esta relación, sin embargo, dejaría al margen a todas aquellas unidades bisoñas y de nueva creación, en vista de que ni tendrían experiencia previa ni habrían servido durante el tiempo necesario, y, lo que es más importante, nos impediría hablar de un ejército romano profesional; no al menos en términos absolutos³⁶⁴. Y es que, mientras que muchas legiones podrían ser calificadas como profesionales, sobre todo aquellas que llevaran más tiempo en activo y cuyos integrantes llevaran muchos años de servicio continuo, otras muchas no se podrían considerar nunca profesionales; no si sólo tenemos en cuenta la experiencia y la duración del servicio³⁶⁵. Entonces, ¿en qué otros valores debemos centrar nuestra atención?

Probablemente, junto con el tiempo de permanencia en el ejército y la duración del servicio militar, uno de los criterios que más se han empleado a la hora de señalar el índice de profesionalización que pudo alcanzar el ejército tardorrepblicano haya sido el modo en el que este se acabó convirtiendo para los soldados en una forma de vida y en una salida profesional.

Esta teoría, como era de esperar, surge de presupuestos anteriores, en particular, de la crisis socioeconómica del siglo II a. C. y del supuesto empobrecimiento del campesino-soldado. Según el discurso tradicional, el hipotético descenso del número de *adsidui*, junto con la reducción de la cualificación mínima censal y la entrada masiva de *proletarii* y *capite censi* a las legiones, habría provocado, justo como se ha expuesto más arriba, la “proletarización” del ejército romano y, por ende, que este fuera visto por sus miembros, la mayoría de ellos ciudadanos romanos sin recursos, como la única salida viable a su desesperada situación³⁶⁶.

Aunque el *stipendium* que percibía un soldado raso no era especialmente generoso, para la mayoría de los reclutas el ejército ofrecía, al menos, un salario fijo, y, por consiguiente, un sostén económico anual y definido³⁶⁷, y, sobre todo, la perspectiva de una prima sustancial al finalizar el servicio y la posibilidad de obtener una parcela de tierra³⁶⁸. Así las cosas, el servicio militar se terminó convirtiendo, conforme a esta

³⁶³ Así lo entiende De Blois (2000: 14, 30; 2007: 167), para quien el profesionalismo del ejército romano fue el profesionalismo de la práctica y la rutina militar de aquellos soldados que, año tras año y campaña tras campaña, sirvieron ininterrumpidamente en tierras lejanas hasta acabar formando cuerpos homogéneos y cohesionados. Cf. Sage, 2018: 274.

³⁶⁴ Sobre el particular, *vid.* Brunt, 1971, quien, a lo largo de su trabajo, minimiza el porcentaje de soldados profesionales al final de la República.

³⁶⁵ Gruen (1974: 378-380) nos alerta de los problemas a la hora de definir al soldado romano como a un soldado profesional, teniendo, únicamente, en cuenta su tiempo de permanencia en el ejército (*cf.* Miller, 1984: 136; Keppie, 1998: 55; De Blois, 2000: 14); y del peligro de dotar al soldado tardorrepblicano de una mentalidad militar que, según su opinión, no está demostrada. Por el contrario, Gabba (1973a: 27; 1975: 25-26) reconoce una mentalidad mercenaria en el soldado de finales de la República, así como un distanciamiento entre el ejército y el resto del cuerpo cívico, como consecuencia del «profesionalismo militare».

³⁶⁶ Marín y Peña, 1956: 52-53; Gruen, 1974: 368-369; Gabba, 1975: 19-20; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 37, 49, 51; Pina Polo, 1999: 64; Subirats, 2013: 28; Kavanagh, 2015-2016: 32; Sage, 2018: 273.

³⁶⁷ Gruen, 1974: 369; Roldán, 1996: 37; Pina Polo, 1999: 64; Subirats, 2013: 28; Sage, 2015-2016: 37; 2018: 273.

³⁶⁸ Roldán, 1996: 37, 51; Pina Polo, 1999: 64; Sage, 2015-2016: 37; 2018: 273.

teoría, en una salida económica, en una carrera profesional y, finalmente, en un nuevo modelo de vida³⁶⁹; pues, no en vano, el ejército aseguraba a todos sus miembros, además de un importante incentivo económico, el alojamiento, la manutención y el equipamiento necesarios, así como una asistencia médica superior a la media³⁷⁰.

Sin embargo, este tipo de profesionalismo militar, o, si se prefiere, este modo de concebir el servicio militar como una profesión y no como un expediente transitorio, pudo traer nuevas y fatales consecuencias si, a partir de este momento, la antigua conciencia cívica y, aparentemente, desinteresada por la que el *miles Romanus* se comprometía a servir a Roma como contrapartida de sus derechos como ciudadano, se sustituía por una mentalidad oportunista y profundamente materialista por la que el soldado romano sólo estaba dispuesto a servir en el ejército si a cambio tenía la certeza de ganar un cuantioso botín de guerra.

Mientras que para el ciudadano-soldado la guerra era una triste realidad a la que tenía la obligación de hacer frente en detrimento de su integridad física y de su principal actividad económica, para el soldado profesional la guerra era, simplemente, su profesión, así como una oportunidad para enriquecerse. De esta forma, si el primero necesitaba la paz para sacar adelante su oficio, para el segundo la paz era un obstáculo que interrumpía su trabajo³⁷¹. De ahí que el soldado tardorrepblicano, en tanto que soldado “profesional”, haya sido tan duramente criticado por una parte de la historiografía clásica y moderna; pues, en última instancia, se le ha creído responsable de la mayoría de los conflictos de finales de la República, y, muy especialmente, de los enfrentamientos internos. Retomaremos este punto más adelante.

No obstante lo anterior, del mismo modo que no podemos reducir nuestra perspectiva de lo que pudo ser un ejército profesional a criterios, eminentemente, militares y/o de duración del servicio, tampoco podemos reducir nuestra interpretación a criterios, fundamentalmente, socioeconómicos. En su lugar, son varios los autores que, en los últimos años, han defendido un planteamiento más integrador, en donde el ejército romano es representado como una comunidad militar.

Mucho antes de que Roma contara con una fuerza militar permanente y de que el servicio militar fuera considerado una salida profesional, el ejército romano fue capaz de desarrollar con el paso del tiempo una serie de características propias que lo hicieron, cuando menos, semiprofesional³⁷². Si bien, para el periodo republicano, no podemos hablar ni de “soldados de carrera” ni de una “verdadera profesión militar”³⁷³, no es menos cierto que, en torno al servicio militar, se configuró una cultura marcial que,

³⁶⁹ Bouquie, 1884: 98; Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 368-369; Roldán, 1996: 37, 51; Pina Polo, 1999: 64; McNab, 2010: 87; Goldsworthy, 2011: 47; Coulston, 2013: 16.

³⁷⁰ Roldán, 1996: 37; Subirats, 2013: 28; Sage, 2015-2016: 37; 2018: 273. Para más información sobre la “asistencia sanitaria” en el ejército romano republicano e imperial, *vid.* Marín y Peña, 1956: 371-374; Davies, 1989: 209-236; Cordente, 1991: 172-177; Guillén, 1994: 550-552; Southern, 2006: 233-237; Aubertin, 2009: 174-184; Goldsworthy, 2011: 99-101; Pérez Rubio, 2014-2015: 81; Valdés, 2017: 260-264; Belfiglio y Sullivan, 2019; Rance, 2020: 173-185.

³⁷¹ Marín y Peña, 1956: 52-53; Brand, 2019: 24-25.

³⁷² Goldsworthy, 2011: 47; James, 2019: 137.

³⁷³ Cadiou, 2018: 67-68.

basada en la tradición y en la costumbre, permitió a las unidades romanas formarse tanto física como mentalmente³⁷⁴.

Describir al ejército romano como una simple milicia es, en palabras de Keppie (1998: 38), «subestimar su capacidad y malinterpretar la actitud mental de sus líderes y miembros individuales». Los romanos, de acuerdo con este autor, adoptaron un conjunto de actitudes profesionales hacia la guerra mucho antes de que su ejército tuviera instituciones profesionales. La atención con la que levantaron sus campamentos, el cuidado con el que prepararon sus obras de asedio y la diligencia con la que construyeron sus obras de ingeniería denotan unos conocimientos técnicos muy superiores a los que se podría esperar en un ejército de aficionados³⁷⁵.

Aunque de todo ello hablaremos más tarde cuando tratemos los fundamentos básicos de lo que, antiguamente, se conoció como *disciplina militaris*, podemos adelantar que, junto a la propia disciplina militar, fue el entrenamiento y la preparación que recibieron los soldados durante su tiempo de permanencia en el ejército lo que permitió que las tropas ganaran la experiencia y los conocimientos técnicos y tácticos necesarios para, no sólo desempeñar su oficio con celeridad y esmero, sino, también, para diferenciarse de otros cuerpos militares contemporáneos³⁷⁶.

Sin embargo, si, conforme a la tradición analítica, los soldados fueron formados desde antiguo en toda clase de trabajos, tareas y prácticas³⁷⁷, y la disciplina fue, en opinión de Valerio Máximo y Vegetio, una constante en el ejército romano desde tiempos inmemoriales, así como una parte consustancial del proceso de instrucción del soldado romano³⁷⁸, ¿por qué no se habla de la profesionalización del ejército en épocas más primitivas, y sólo se habla de ello para el siglo I a. C., cuando, por el contrario, se cuestionó la eficacia de la vieja disciplina militar?

Durante su tiempo de permanencia en el ejército, el soldado romano fue educado en el arte de la guerra y adiestrado para soportar las fatigas del combate y la dureza del

³⁷⁴ Keppie, 1999: 38; Goldsworthy, 2011: 48; James, 2019: 137.

³⁷⁵ Keppie, 1998: 38; Goldsworthy, 2011: 48.

³⁷⁶ «El que desee la paz, así pues, ha de prepararse para la guerra. Quien aspire a la victoria, no reparará esfuerzos en entrenar a sus soldados. Y quien espere el éxito luchará según reglas, no según la fortuna. Nadie osa ofender o insultar a una potencia de reconocida superioridad en el combate» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.pref.). Cf. Var. L. 5.87; Liv. 26.51.7; Fron. Str. 4.2.1-3; J. BJ 3.74; Tac. Ann. 1.20.2; D.C. 36.1.3; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 4, 18, 21, 26, 28; 2.12, 23-24; 3.2, 4, 26; Bouquie, 1884: 52-70; Andrieux, 1927: 59; Perry, 1941: 99-100; Marín y Peña, 1956: 251-255; Davies, 1974: 310-311; Nicolet, 1980: 95-96; Connolly, 1988: 10-11; Horsmann, 1991: 5-56, 109-186, 187-197; Goldsworthy, 1996: 251-252; 2011: 48, 80-81, 92-93; Keppie, 1998: 38; Roth, 1999: 140; Nardo, 2001: 30-32; Cowan, 2003: 11-12; Le Bohec, 2004: 144-145, 147-151; Southern, 2006: 133-137; Cosme, 2007: 27-28; Rankov, 2007: 63-66; Fields, 2008: 36-42; 2012: 16, 18-19, 24; Phang, 2008: 7, 26, 37-72; Sage, 2008: 229-231, 232-234; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 70-74, 123; McNab, 2010: 122-124; Marques y Bento, 2012: 137; Subirats, 2013: 30, 42-43; Brice, 2014: 62-63, 195-197; 2020b: 49; 2020c: 114; 2020d: 249; Quesada, 2014-2015: 62-67; Pérez Rubio, 2014-2015: 79; James, 2019: 107-109, 137; Carrandi, 2020a: 240. Para más información sobre la preparación de los reclutas y el entrenamiento de los soldados, vid. *infra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.1. Medios para trabajar y fomentar la disciplina militar en el ejército romano: de la instrucción y el entrenamiento a las tareas y los trabajos diarios.

³⁷⁷ Sen. Ep. 2.18.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 4, 9-11, 13-17, 18-19, 21, 25-28; 2.23-24; 3.26. Cf. Bouquie, 1884: 57; Judson, 1888: 36-37; Marín y Peña, 1956: 255-257; Connolly, 1988: 12, 18-19; 1990: 28-33; Phang, 2008: 201-247; Matyszak, 2010: 122-125; Brice, 2020b: 49.

³⁷⁸ V. Max. 2.7, 8.pref.; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 13, 19, 21, 25, 28; 2.3, 12, 23; 3.1, 26. Cf. Nicolet, 1980: 95-96; Phang, 2008: 113-115.

servicio militar. De esta forma, se le enseñó a correr, a saltar y a nadar; a portar pesadas cargas, a atrincherarse y a formar³⁷⁹. Asimismo, se le enseñó esgrima, así como el uso de armas arrojadizas; a atacar, a desviar golpes y a contratacar³⁸⁰. Todas estas prácticas las debía realizar sin interrupción, pues, según Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.23), «incluso en invierno, si no llovía o nevaba, se les obligaba a ejecutar sus maniobras en el campo, para que la interrupción de la disciplina no afectara el valor y fortaleza del soldado».

Sin embargo, una parte importante de todos estos conocimientos, adquiridos y asimilados gracias a la práctica continua y a la experiencia del combate, se perdían una vez que las legiones se disolvían y las tropas retornaban a sus hogares³⁸¹. De igual modo, desaparecían los lazos que, durante la campaña, se habían desarrollado entre los soldados, y entre estos y sus correspondientes mandos militares³⁸². El hecho de que el reclutamiento fuera estacional y de que los soldados se alistaran en primavera y se licenciaran en invierno impedía que las tropas confraternizaran con el resto de efectivos de su unidad. En consecuencia, la cohesión y la confianza entre unidades debía ser reaprendida en cada *dilectus*³⁸³, lo que dificultaba, conforme a Machado (2017: 12, 36), que en el ejército se desarrollara lo que, comúnmente, se ha denominado como “comunidad natural”; es decir, una comunidad en la que todos sus miembros permanecían unidos en torno a un espacio físico común y a una ocupación y/o experiencia compartida³⁸⁴.

Esta situación empezó a cambiar a partir de la segunda guerra púnica y durante todo el siglo II a. C., una vez que se dilató el tiempo de permanencia en las legiones. A partir de entonces, la experiencia y el conocimiento técnico se conservaron más fácilmente, transmitiéndose a la siguiente generación en lugar de perderse cada vez que se disolvía el ejército³⁸⁵.

En tales circunstancias, no nos ha de extrañar que, al final de la República, la figura del *veteranus* cobrara tanta importancia³⁸⁶. En un momento en el que contar con el respaldo de los soldados más experimentados podía ser determinante, son numerosísimas las referencias a favor de este colectivo y en contra de los soldados recién reclutados³⁸⁷.

³⁷⁹ Plu, *Cat. Ma.* 20.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 9-10, 18-19, 21, 25-27.

³⁸⁰ Plu, *Cat. Ma.* 20.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 11, 13-17; 2.23.

³⁸¹ Goldsworthy, 2011: 48; Gracia, 2015-2016: 7. Cf. James, 2019: 137-138.

³⁸² Gracia, 2015-2016: 7; Machado, 2017: 36; James, 2019: 137-139.

³⁸³ McNab, 2010: 88; Gracia, 2015-2016: 7; James, 2019: 139.

³⁸⁴ En su lugar, James (1999: 18) utiliza el concepto “comunidad imaginada”, para explicar cómo pudieron verse a sí mismos los soldados romanos.

³⁸⁵ Goldsworthy, 2011: 48; Subirats, 2013: 17. Cf. James, 2019: 137-138.

³⁸⁶ Cic. *Fam.* 7.3.2; Fron. *Str.* 1.3.2; App. *BC* 1.76, 79. Cf. Keppie, 2001: 130; Cosme, 2007: 56.

³⁸⁷ «¿Por qué entre un ejército de novatos y otro de veteranos hay la diferencia que conocemos por experiencia? La edad de los reclutas por lo general juega a su favor, pero es el hábito el que enseña a soportar la fatiga y a no preocuparse de las heridas. Es más, frecuentemente vemos que se retira a los heridos del campo de batalla y que el soldado inexperto y desentrenado por un golpe leve deja escapar lamentos muy vergonzosos, mientras que el soldado ejercitado y veterano, y por esa razón más fuerte, se limita a pedir un médico que lo vende» (Cic. *Tusc.* 2.38). Cf. Caes. *Gal.* 6.39-40; *Civ.* 3.28.3-6; *B.Afr.* 31.8-10; Plu. *Caes.* 40.3; *Pomp.* 66.1; App. *BC* 2.66, 74; 3.46; 5.32; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.9-10. Asimismo, *vid.* Cadiou, 2018: 148-187.

Frente al valor³⁸⁸, la disciplina³⁸⁹ y la veteranía de los primeros³⁹⁰, los soldados bisoños eran, por lo general, despreciados por sus generales, habida cuenta de su aparente falta de valor³⁹¹ y de su marcada inexperiencia³⁹². Así, mientras que, en 43 a. C., Décimo Junio Bruto Albino se lamentaba a Cicerón de tener que hacer frente a Marco Antonio con «reclutas totalmente inexpertos»³⁹³, Lucio Munacio Planco, también para las mismas fechas, le confesaba al Arpinate la desconfianza que le merecían los nuevos reclutas de su ejército³⁹⁴.

Esto no significa, no obstante, que las nuevas tropas siempre fueran inferiores a las veteranas, ya que, en determinadas tareas, sobre todo en aquellas que requirieran de una mayor fortaleza y vitalidad, como cavar zanjas, levantar fortificaciones y hacer guardias, se consideraban superiores a los soldados más experimentados, los cuales, debido a su edad, tenían más problemas para hacer frente a estos trabajos³⁹⁵. En todo lo demás, los soldados veteranos salían ganando³⁹⁶, hasta el punto de considerar a los bisoños un estorbo³⁹⁷.

Así las cosas, no nos sorprende que, antes de ser utilizados en la batalla, estos últimos fueran probados por sus respectivos comandantes, y que, incluso, fueran, previamente, aleccionados por los soldados de mayor experiencia; como así ocurrió, en 107 a. C., cuando las tropas recién reclutadas por Cayo Mario no entraron en combate hasta haber aprendido de los veteranos todo lo que debían saber. «De este modo, en poco tiempo, bisoños y veteranos se fundieron y quedó igualado el valor de todos»³⁹⁸.

En todo caso, si la experiencia acumulada fue uno de los rasgos que más se valoró en los veteranos, hubo otro elemento que los hizo, todavía, más útiles (y peligrosos): su cohesión. Y es que, si bien los comandantes romanos prefirieron contar con los servicios de los veteranos debido a su alto grado de adiestramiento y a su elevada capacidad militar, y a que, a diferencia de lo que ocurría con los soldados bisoños, su movilización e instrucción no requería de tanto tiempo, esfuerzo y recursos³⁹⁹, la otra razón por la que se prefirió contar con su participación la encontramos en el vínculo que se forjó entre ellos.

³⁸⁸ Sal. *Cat.* 60.3.

³⁸⁹ App. *BC* 2.79; 3.48.

³⁹⁰ App. *BC* 3.68; Sal. *Jug.* 97.5.

³⁹¹ Caes. *B.Afr.* 10.3; 19.2; 81.2; App. *BC* 3.68. Cf. Brice, 2020c: 118.

³⁹² Sal. *Hist.* 3.96.4; Plu. *Pomp.* 69.6; App. *BC* 3.69.

³⁹³ Cic. *Fam.* 399.11.19.1. Cf. App. *BC* 3.81, 97.

³⁹⁴ Cic. *Fam.* 428.10.24.3.

³⁹⁵ «Pues, si bien la elite del ejército de César tenía experiencia y una audacia irresistible en los combates, en cambio, para las marchas o los trabajos del campamento, cuando había que vigilar los muros o hacer guardias nocturnas, la vejez los hacía flaquear; el cuerpo les pesaba para los trabajos duros y su debilidad les hacía perder el entusiasmo» (Plu. *Caes.* 40.3). Cf. Plu. *Pomp.* 66.1; App. *BC* 2.66.

³⁹⁶ «No es difícil que unos luchadores curtidos en exceso venzan a unas tropas recién reclutadas y todavía inexpertas en la guerra, máxime cuando, como unos jovencuelos, caigan en el desorden y la desobediencia a su general» (App. *BC* 2.74). Cf. App. *BC* 3.46.

³⁹⁷ «Los soldados de la *Martia*, rodeados por todas partes y sin posibilidad ninguna de escape, ordenaron a los novatos que, si se les acercaba el enemigo se abstuvieran de unirse a ellos en el combate para que no les perturbaran a causa de su falta de experiencia» (App. *BC* 3.67).

³⁹⁸ Sal. *Jug.* 87.2-3.

³⁹⁹ Suet. *Jul.* 29.2. Cf. Keppie, 2001: 130; Cosme, 2007: 56.

En los últimos años, se ha extendido la teoría de que la prolongación del servicio militar, junto a la perspectiva de encontrar en las legiones una salida económica y la aparición de una nueva mentalidad militar, pudo sentar las bases de lo que hoy en día podríamos definir como un ejército protoprofesional⁴⁰⁰.

El paso de un sistema de servicio estacional a un sistema de servicio plurianual fue, en opinión de algunos autores, lo que permitió a las tropas desarrollar un “sentido de comunidad” propio y definido, y lo que permitió a los soldados adquirir una suerte de identidad semiprofesional⁴⁰¹. A este respecto, se cree que, gracias a la ampliación del servicio militar y a que los soldados permanecieron juntos durante más tiempo, las tropas pudieron desplegar tanto las conexiones como los mecanismos necesarios para que se creara entre ellas un *esprit de corps* que, si bien pudo haber existido ya en el pasado⁴⁰², no fue hasta el siglo I a. C. cuando creció y se fortaleció más⁴⁰³.

En tal sentido, son varios los historiadores modernos que han reconocido en la relación entre el soldado romano tardorrepblicano y los miembros de su unidad un «sentimiento de pertenencia y solidaridad»⁴⁰⁴, así como un *ethos*⁴⁰⁵ distinto —aunque complementario— del tradicional espíritu guerrero (cívico, castrense y masculino) que, habitualmente, se ha vinculado con el ciudadano-soldado⁴⁰⁶. A este nivel de “corporativismo”⁴⁰⁷ se habría llegado como resultado de la formación recibida durante el tiempo de permanencia en el ejército⁴⁰⁸; de la implantación de un sistema de castigos y recompensas diseñado para reprimir la indisciplina de las tropas y premiar el valor de los soldados⁴⁰⁹; y de la puesta en marcha de una serie de ejercicios y de tareas que,

⁴⁰⁰ Haynes, 1999a: 7-15; 2015: 113-120; James, 1999: 14-25; Cosme, 2007: 59; Goldsworthy, 2011: 47; Kavanagh, 2015-2016: 32-35; Machado, 2017. En contra de esta teoría, Gruen, 1974: 378-380.

⁴⁰¹ Haynes, 1999a; James, 1999; Coulston, 2004; Gracia, 2015-2016: 7; Kavanagh, 2015-2016; Machado, 2017.

⁴⁰² Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.2; McNab, 2010: 37; Rosenstein, 2012: 85-103; Armstrong, 2013: 53-69; 2016: 101-119; Escorihuela, 2020a: 79-98; 2022b: 117-135.

⁴⁰³ MacMullen, 1984: 440-456; De Blois, 1987: 21; 2007: 167; Goldsworthy, 1996: 252-257; Alston, 1999: 175-195; Campbell, 2002: 37; Cowan, 2003: 16-19; Southern, 2006: 149-150; Cosme, 2007: 59; McNab, 2010: 87; Ureche, 2014: 3-7; Gracia, 2015-2016: 7; Kavanagh, 2015-2016: 32-35; Machado, 2017: 11-12, 32-76; James, 2019: 128; Escorihuela, 2021: 107-121; 2022b: 117-135.

⁴⁰⁴ Cosme, 2007: 59. Cf. Cowan, 2003: 16-19; Goldsworthy, 2011: 47.

⁴⁰⁵ Giuffrè, 1980b: 242; Keaveney, 2007: 94; Hölkeskamp, 2011: 175. Para más información acerca del *ethos* del soldado romano, *vid.* Lendon, 2005; James, 2019.

⁴⁰⁶ Alston, 1998: 205-223; Foxhall y Salmon, 1998; McDonnell, 2006; 2011; Thuillier, 2011: 65-111.

⁴⁰⁷ Expresión empleada tanto por Goldsworthy (1996: 251; 2011: 47) como por Kavanagh (2015-2016: 32) para referirse al nivel de integración y de camaradería que, según la opinión de ambos autores, se alcanzó en el ejército romano del siglo I a. C. Para un uso similar del término, *vid.* James, 1999; Southern, 2006: 149.

⁴⁰⁸ Dicha instrucción se habría perfeccionado a raíz de la entrada en el ejército de oficiales cada vez más experimentados (Caes. *Civ.* 2.8.3; Liv. 44.36; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.1). Sobre la “profesionalidad” y la “profesionalización” de los mandos militares, *vid.* Gabba, 1975: 27; Campbell, 1987: 13-29; Keppie, 2001: 130; Lendon, 2005: 229; De Blois, 2007: 168-169; Cadiou, 2014-2015: 30-35; Quesada, 2014-2015: 62.

⁴⁰⁹ Mientras que el sistema de represión se fundamentaría, sobre todo, en la aplicación de los castigos y de los medios de contención necesarios para sancionar y reconducir a las tropas acusadas de indisciplina (Plb. 6.37-38; V. Max. 6.3.3; Fron. *Str.* 4.1.21; Polyæn. 8.24.2; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4; Dig. 49.16.3.1; Bouquie, 1884: 104-141, 235-237; Andrieux, 1927: 18-21, 48-56; Marín y Peña, 1956: 238-244; Carcani, 1981: 33-44; Pina Polo, 1989: 209-210; Cordente, 1991: 178-183; Bauman, 1996: 131; Espejo, 1996: 93-111; Lovisi, 1999; Cosme, 2003b: 287-307; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 115-152; 2006a: 9-22; Le Bohec, 2004: 83-84; Harris, 2006: 308; Kiesling, 2006: 233-245; Rivero, 2006: 126-129;

realizados de manera continua y prolongada en el tiempo, ayudaron a curtir y a aglutinar a las tropas⁴¹⁰.

Respecto a este último punto, es en el campamento militar en donde nos debemos fijar. Elemento fundamental de la cultura bélica romana, el *castrum* fue mucho más que un simple cuartel o que una construcción militar, fue un segundo hogar (*patria altera*)⁴¹¹, un lugar sagrado y de confianza en el que las tropas se podían resguardar con seguridad⁴¹². En palabras de Fernando Quesada (2007: 42), el campamento romano «ofrecía un asilo real, pero sobre todo, un refugio psicológico, un terreno conocido y predecible en medio de lo desconocido y aterrador». Dadas las circunstancias, el *castrum* se convirtió, por derecho propio, en un espacio simbólico para los soldados, en una segunda Roma en donde las tropas pudieron reforzar tanto su identidad colectiva como su cohesión grupal⁴¹³.

En torno al campamento, el soldado romano estableció todo tipo de conexiones, tanto militares como personales⁴¹⁴, siendo, probablemente, una de las más importantes la que mantuvo con los miembros de su contubernio. Si la cohorte, como ya hemos explicado, se convirtió al final de la República en la principal unidad táctica, no lo fue así a nivel social⁴¹⁵. Al respecto, fueron la centuria y, sobre todo, el contubernio las dos subdivisiones más relevantes⁴¹⁶.

Para muchos autores, como Goldsworthy (1996: 257), la centuria fue la subdivisión más importante de la legión. Compuesta, generalmente, por ochenta

Southern, 2006: 146-148; Phang, 2008: 120-131, 140-146; Sage, 2008: 225-229; 2018: 265-268; Lee, 2009: 203-205; Matyszak, 2010: 76-78; Goldsworthy, 2011: 101; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Gueye, 2013a: 221-238; Brice, 2014: 63; 2015b: 109, 119; 2020a: 59, 62; 2020b: 49-50, 52; Aguado, 2015: 264-267; Goldberg, 2016: 141-164; Mateo, 2017: 87-88; Escorihuela, 2020-2021: 83-98); el sistema de recompensas se basaría, esencialmente, en el reparto del botín, en la entrega de premios y en la concesión de ascensos (Plb. 6.39; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Bouquie, 1884: 142-153; Marín y Peña, 1956: 244-251; Nicolet, 1980: 106; Maxfield, 1981; Miller, 1984: 132-136; Pina Polo, 1989: 206-208; Cordente, 1991: 183-194; Goldsworthy, 1996: 259-261, 276-279; 2011: 96-97; Cowan, 2003: 20-22; Le Bohec, 2004: 84-87; Harris, 2006: 308-309; Rivero, 2006: 123-126; Southern, 2006: 150-152; Phang, 2008: 197-199; Sage, 2008: 213-218; 2018: 261-265; D'Amato y Sumner, 2009: 48; Lee, 2009: 205-206; Chrissanthos, 2013: 320, 326; Coulston, 2013: 24-25; Brice, 2014: 63, 121-123; 2020b: 47, 50-52; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 64; James, 2019: 126-127; Barbero, 2020: 50). Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

⁴¹⁰ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.2; McNab, 2010: 155; James, 2019: 128.

⁴¹¹ Como así lo describe Livio (44.39.5): «Este recinto es la segunda patria del soldado, y la empalizada hace las veces de las murallas y la tienda es para cada soldado su casa y sus penates». Cf. Plb. 6.42.5.

⁴¹² Plb. 6.27-32, 42.5; Liv. 44.39.2-5; J. BJ 3.76-85; Nock, 1952: 193; Cordente, 1991: 202; Resina, 1998: 377-382; Andrés, 2002: 137-160; Driessen, 2005: 158; Rankov, 2007: 66-71; Matyszak, 2010: 115; Subirats, 2013: 32-35. Cf. Mateo, 2010: 145-172; Pérez Frutos, 2016: 179-199; James, 2019: 109.

⁴¹³ James, 1999: 16; Driessen, 2005: 158-161; Lee, 2009: 209-210; Petruț, Gui y Trîncă, 2014: 65; Machado, 2017: 44-62; James, 2019: 109. Cf. Allison, 2013: 12-32.

⁴¹⁴ Dichas conexiones se establecieron tanto con otros soldados, ya sean romanos, ya sean aliados y/o auxiliares, como con población civil, tanto la vinculada al ejército como la propia del territorio. Para más información acerca de todas estas relaciones, y, en particular, acerca de los vínculos que establecieron las tropas con las comunidades de no combatientes, *vid.* James, 1999: 23; Cowan, 2003: 45; Southern, 2006: 144-145; De Blois, 2007: 167; Allison, 2013: 12-32; Brice, 2014: 184-185; Machado, 2017: 77-118; Greene, 2020: 149-159.

⁴¹⁵ Coulston, 2013: 12.

⁴¹⁶ Goldsworthy, 1996: 257; McNab, 2010: 154-155.

soldados, la centuria era la unidad con la que los soldados se solían identificar más estrechamente y a la que más a menudo solían hacer referencia tanto en sus inscripciones como en sus autorrepresentaciones⁴¹⁷. No en vano, el vínculo que tenían las tropas con su centuria era muy estrecho; pues, además de entrenar y combatir juntos, sus miembros compartían el mismo espacio en el campamento⁴¹⁸. La centuria era, por consiguiente, una comunidad dentro de la legión, una sociedad en la que cada individuo se esforzaba por ajustarse, no sólo a las reglas del campamento, sino, también, a las del grupo⁴¹⁹.

No obstante, si la relación que mantuvieron los soldados con su centuria fue intensa, mucho más fuerte fue la conexión que establecieron las tropas con su contubernio. Compuesto por ocho soldados, el *contubernium* fue la subdivisión más pequeña de la legión. Sus miembros (*contubernales*) vivían y dormían juntos en una misma tienda de campaña (o, en su defecto, en una o dos pequeñas habitaciones del mismo barracón)⁴²⁰, cocinaban y comían su propia comida, marchaban unidos y, presumiblemente, luchaban también juntos⁴²¹. A partir de entonces, el término *contubernalis* adquirió un significado más emotivo, llegando a superar a otros conceptos como *commanipularis* y *commilito* que, si bien también se han traducido popularmente como “compañero de armas”, implicaron un vínculo menor que el expresado por *contubernalis*⁴²².

Sin embargo, este sentimiento de familiaridad y afecto debía ser debidamente estimulado si se quería, por un lado, extraer el máximo rendimiento militar, y si se quería, por el otro, evitar que las tropas actuaran libremente y en contra de la disciplina⁴²³. En este sentido, era imprescindible construir una identidad militar común

⁴¹⁷ MacMullen, 1984: 446; Goldsworthy, 1996: 257; Chrissanthos, 1999: 197; Keppie, 2000: 11-19; Lendon, 2006: 270-276; McNab, 2010: 155; Coulston, 2013: 12; Speidel, 2018: 319-344. Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.18; Bishop, 1990: 24; Coulston, 2004: 135; 2013: 13, en donde se nos explica que los soldados, con el objetivo de identificarse, además de pintar sus escudos y decorar sus armas, inscribían en su equipo militar —especialmente en sus cascos y escudos— tanto su nombre como el número de la cohorte en la que servían y de la centuria a la que pertenecían (cf. Subirats, 2013: 18; Billing, 2015: 42; Barbero, 2020: 54).

⁴¹⁸ Goldsworthy, 1996: 257; Chrissanthos, 1999: 197, 202; Campbell, 2002: 37; Coulston, 2013: 13; Ureche, 2014: 5.

⁴¹⁹ «The century as a whole was a soldier's first loyalty, the group with which he fought, marched, and lived. He attached to his century the strongest feelings of identity and belonging. In fact, he had almost a religious connection to his century» (Chrissanthos, 1999: 197). Cf. Goldsworthy, 1996: 257; Campbell, 2002: 37; McNab, 2010: 155.

⁴²⁰ Goldsworthy, 1996: 257; Chrissanthos, 1999: 189, 197; James, 1999: 17; Nardo, 2001: 42; Campbell, 2002: 36; Matyszak, 2010: 116-117; McNab, 2010: 155; Coulston, 2013: 13; Subirats, 2013: 42; Ureche, 2014: 5.

⁴²¹ J. BJ 3.86; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.13; MacMullen, 1984: 443-444; Goldsworthy, 1996: 257; Chrissanthos, 1999: 189, 197; James, 1999: 17; Nardo, 2001: 42; Campbell, 2002: 36-37; Cowan, 2003: 17; Harris, 2006: 304-305; Lee, 2009: 209; Matyszak, 2010: 116-117; McNab, 2010: 154-155; Roth, 2012: 755; Coulston, 2013: 13; Subirats, 2013: 42; Ureche, 2014: 5; Kavanagh, 2015-2016: 32.

⁴²² MacMullen, 1984: 443-444; James, 1999: 17-18; Campbell, 1984: 32-33; 2002: 36; Cowan, 2003: 17-18; Harris, 2006: 304; Lendon, 2006: 270-276; Lee, 2009: 209; McNab, 2010: 155; Subirats, 2013: 42; Ureche, 2014: 5; Kavanagh, 2015-2016: 32.

⁴²³ «What made the legionary truly effective in battle was his feeling of belonging to his century and in particular to his *contubernium*. Such identification with the unit and loyalty to the group of fellow soldiers was crucial to his performance in battle» (McNab, 2010: 154-155).

que permitiera la cohesión del ejército y que, al mismo tiempo, aleccionara a las tropas⁴²⁴.

De acuerdo con Petruț, Gui y Trîncă (2014: 65), este proceso se llevaría a cabo introduciendo a los reclutas en una serie de actividades cotidianas y específicamente romanas⁴²⁵. De esta forma, la identificación entre el soldado y el grupo de combatientes dependería, no sólo de la convivencia diaria y de la experiencia vital obtenida durante el tiempo de permanencia en el ejército, sino también de la realización de toda clase de tareas y ocupaciones comunales; ya sean las propias del servicio militar, como los ejercicios de entrenamiento⁴²⁶, ya sean las propias del día a día, como la preparación de las comidas⁴²⁷ y las actividades de ocio⁴²⁸. Por último, la asistencia a celebraciones y actos religiosos, como sacrificios y ceremonias de purificación, terminaría por completar la asociación del soldado romano con su unidad y su vinculación con Roma⁴²⁹.

Esta nueva identidad militar —o legionaria, si se prefiere— sería, finalmente, sostenida y fomentada por medio de la elaboración e instauración de toda una serie de elementos y mecanismos de autoafirmación —como el *aquila*, los numerales, los apelativos y los emblemas⁴³⁰, entre otros distintivos, como la vestimenta y el equipamiento militar⁴³¹— que, además de contribuir a la singularización de cada una de

⁴²⁴ «Modern studies have suggested that the bond between such small groups of soldiers is so great that, more than anything else, the desire not to lose face in the eyes of this small group and the fear of not showing as much endurance in the face of danger as his comrades, helps a soldier to cope with the stress of battle and prevents him from running away» (Goldsworthy, 1996: 257). Cf. McNab, 2010: 155; Ureche, 2014: 5; Escorihuela, 2022b: 117-135.

⁴²⁵ «The “change of identity” was achieved by introducing the recruits to a series of specific quotidian activities labelled in the archaeological literature as “Roman” and “military” in essence, and unfamiliar thus far for most of the novice soldiers. A considerable part of these activities was focused in and around the *contubernium*» (Petruț, Gui y Trîncă, 2014: 65). Cf. James, 1999: 16, 19; Cowan, 2003: 17; De Blois, 2007: 167; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 118-127; Subirats, 2013: 18; Haynes, 2015: 113-120; Brice, 2020b: 49.

⁴²⁶ Nicolet, 1980: 95-96; James, 1999: 16; McNab, 2010: 155; Ureche, 2014: 5; Quesada, 2014-2015: 62-67; Brice, 2020b: 49.

⁴²⁷ James, 1999: 16; Carroll, 2005: 363-372; McNab, 2010: 155; Petruț, Gui y Trîncă, 2014: 65; Ureche, 2014: 5; Kavanagh, 2015-2016: 32. Igualmente, *vid.* Roth, 1999: 53-55, para quien la comida adquiere un valor disciplinario.

⁴²⁸ Cowan, 2003: 45; Perea, 2003: 119; McNab, 2010: 155; Matyszak, 2010: 125-127; Goldsworthy, 2011: 106-107; Petruț, Gui y Trîncă, 2014: 65.

⁴²⁹ Nock, 1952: 192-193; Cordente, 1991: 198, 208-212; Resina, 1998: 377-382; James, 1999: 16; Andrés, 2002: 139-153; Phang, 2008: 91; Goldsworthy, 2011: 108-113; Subirats, 2013: 33-34. Para más información, se recomienda la lectura de Le Bonniec, 1969: 101-115; Helgeland, 1978; Cordente, 1991: 198-212; Herz, 2002: 81-100; Stoll, 2007: 451-476; Mateo, 2010: 145-172; Subirats, 2013; Pérez Frutos, 2016: 179-199, a pesar de que muchos de estos trabajos están más enfocados en el Imperio que en la República.

⁴³⁰ Al final de la República, si no todas, muchas de las legiones se identificaron con un número y un apelativo (*III Gallica*, *III Macedonica*, *V Alaudae*, *VI Ferrata*, *X Equestris*, *XII Fulminata*...), y, en ocasiones, con un emblema también (un toro, un toro o un Capricornio, un elefante, un toro o un lobo, un toro, y un rayo, respectivamente). Sobre el particular, *vid.* Marín y Peña, 1956: 164-165, 383; Campbell, 1984: 88-89; 2002: 36; Cordente, 1991: 205; Keppie, 1998: 56, 111, 118-121; 2001: 131; James, 1999: 18; Pina Polo, 1999: 64; Cowan, 2003: 16-17; Coulston, 2004: 137-138; 2013: 12, 15-16; Cosme, 2007: 70-75; De Blois, 2007: 167; McNab, 2010: 154; Kavanagh, 2012: 31-32, 34-35; 2015-2016: 34-35; Chrissanthos, 2013: 326; Subirats, 2013: 18; Rodríguez, 2015-2016: 28-30; Brice, 2020b: 51.

⁴³¹ Sobre la creación, a lo largo de la historia de Roma, de una identidad legionaria a través del uso y decoración de las armas, de la vestimenta y del equipamiento militar, *vid.* Plb. 6.23.12; Caes. *Gal.* 2.21;

las unidades militares en las que se dividió el ejército romano tardorrepblicano, vinieron a confirmar, según una parte importante de la historiografía moderna, la aparición de un nuevo modelo de ejército más permanente y profesional⁴³².

La introducción en el ejército romano de todos estos atributos identitarios impregnó a la legión de un aura de profesionalidad difícil de calcular. A esta suerte de profesionalización contribuyeron también los veteranos, quienes, como ya se ha explicado, completaron la mayoría de las legiones; especialmente durante las guerras civiles, cuando su demanda aumentó debido a su dilatada experiencia. Al final de la República, el *dilectus* tradicional fue completado por el recurso de la *euocatio* —es decir, por la reincorporación al ejército romano de antiguos soldados veteranos⁴³³—, convirtiéndose esta práctica en un recurso habitual con el que rellenar y reforzar las filas de las legiones⁴³⁴. A partir de este momento, tras la creación de una supuesta mentalidad militar y de una hipotética identidad legionaria, y de la participación en el ejército de soldados cada vez más experimentados y mejor preparados, la legión adquirió, teóricamente, un profesionalismo mucho mayor que en el pasado.

¿Es entonces cuando podemos hablar de un ejército romano profesional? Mucho me temo que no podemos dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión, y es que, por mucho que se haya insistido en la profesionalización del ejército tardorrepblicano, no tenemos pruebas inequívocas de ello. Es cierto que, en función del criterio utilizado, podemos advertir un mayor o menor índice de profesionalización, y que, dependiendo de los rasgos analizados, podemos encontrarnos con una explicación más o menos convincente, pero, sin embargo, el debate sigue abierto y, a día de hoy, sólo podemos especular al respecto⁴³⁵.

Para De Blois (1987: 5), el legionario del siglo I a. C. sí que fue más “profesional” que su predecesor, debido, en parte, a que estaba mejor preparado y, en parte, a que pasaba más tiempo sirviendo que en el pasado. En su opinión, fue a partir de la guerra de los aliados, cuando las campañas militares se hicieron más largas y los soldados pasaron a ser conocidos por el nombre de sus comandantes (*Sullani*, *Fimbriani*), así como por los números y símbolos de sus respectivas unidades, y cuando las legiones y las unidades auxiliares llegaron a representar algo así como un segundo hogar para las tropas, cuando el ejército romano alcanzó un nivel de profesionalización y homogeneización superior al de épocas anteriores⁴³⁶.

Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.18; Bishop, 1990: 23-24; Bishop y Coulston, 1993: 253-261, 266-267; Coulston, 1998: 167-190; 2004: 141-148; 2013: 13, 19; James, 1999: 16, 18, 19, 21; Sumner, 2002; Southern, 2006: 152; Phang, 2008: 7, 81-86; D’Amato y Sumner, 2009: 6-59; 2018: 27-28; Lee, 2009: 208; Hoss, 2012: 29-44; Speidel, 2012: 1-12; Subirats, 2013: 18; Kavanagh, 2015-2016: 33; D’Amato y Evgenevich, 2017; Barbero, 2020: 54.

⁴³² James, 1999; De Blois, 2007: 167; McNab, 2010: 154; Goldsworthy, 2011: 47; Kavanagh, 2015-2016: 35.

⁴³³ Respecto de la *euocatio* y de los *euocati*, *vid.* Judson, 1888: 27-28; Marín y Peña, 1956: 223-224; Guillén, 1994: 447-449, 455; Rivero, 2006: 99-100, 133-134; Southern, 2006: 162-166; Cadiou, 2010: 57-78; Brice, 2014: 73.

⁴³⁴ Sobre la incorporación a las legiones de “reenganchados”, *vid.* Caes. Civ. 1.3.2-5; Marín y Peña, 1956: 52; Guillén, 1994: 449, 455.

⁴³⁵ Erdkamp, 2006a: 293.

⁴³⁶ De Blois, 2007: 167.

A la misma reflexión llegó Sage (2018: 274), quien, no obstante, retrasó la profesionalización del ejército al periodo de las guerras civiles. Para este autor, la prolongación del servicio y la capacidad de los soldados de conservar en el tiempo su identidad de grupo fueron las claves del proceso⁴³⁷. En tal sentido, toma como ejemplo a los “fimbrianos”, de los cuales hablaremos en profundidad en otro momento⁴³⁸. Sin embargo, Sage (2015-2016: 39), incluso cuando habla de estos soldados, tiende a limitar el uso del término “profesional” y, en su lugar, prefiere adoptar otras variantes como “cuasiprofesional”.

Esto nos lleva a hablar de la diferencia entre soldados profesionales y soldados profesionalizados. Mientras que los primeros serían, desde un punto de vista moderno, los soldados de carrera, y, por tanto, aquellos soldados que forman parte de un ejército permanente e institucionalizado; los segundos harían referencia a aquellos soldados que, como consecuencia de la instrucción recibida y de la experiencia lograda a lo largo de su vida militar, habrían alcanzado un grado de profesionalización elevado, pese a no poderseles considerar como tales soldados profesionales⁴³⁹. Así, el soldado romano republicano encajaría en el segundo grupo, debido a que, si bien logró desarrollar una serie de «actitudes profesionales»⁴⁴⁰, no llegó a ser nunca un soldado de carrera, tal y como se deduce de la obra de Cadiou (2018).

No obstante lo anterior, esto no ha impedido que muchos historiadores modernos hayan insistido, como ya se ha visto, en la idea de la profesionalización del ejército⁴⁴¹. Esta determinación se ha dado, principalmente, al hablar de los veteranos y al tratar el comportamiento del ejército al final de la República. Mientras que Keppie (2001: 130) se ha referido a los primeros como soldados «casi profesionales», y Cosme (2007: 56) los ha definido, directamente, como «profesionales *de facto*»; para Brand (2019: 212-213) no se puede hablar ni de soldados ni de ejércitos profesionales hasta después de la batalla de Filipos de 42 a. C.⁴⁴², cuando, en palabras de Keppie (2001: 131), las antiguas legiones se convirtieron en «instituciones permanentes»⁴⁴³.

Sea como fuere, lo importante no es determinar si el ejército romano fue un ejército homogéneo o profesional, o si fue un ejército de proletarios, puesto que, en la mayoría de los casos, todos estos conceptos no han sido más que etiquetas empleadas por los historiadores modernos para definir una realidad —la del ejército romano tardorrepublicano— a la que, en buena parte, se ha accedido desde presupuestos y enunciados actuales, y no desde el análisis de las fuentes clásicas disponibles. Lo

⁴³⁷ Sage, 2015-2016: 39; 2018: 274.

⁴³⁸ Sobre el particular, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en donde se recogen y estudian las insurrecciones protagonizadas por estos soldados.

⁴³⁹ Un planteamiento similar lo podemos encontrar en Brand, 2019: 210-213.

⁴⁴⁰ Keppie, 1998: 38.

⁴⁴¹ De Blois, 1987: 21.

⁴⁴² «Until that time Romans still saw themselves as operating under a system that stretched back to earlier epochs of the Republic» (Brand, 2019: 213).

⁴⁴³ Un concepto parecido es empleado por Shaw (1983: 144, 148), James (1999: 17-18) y Potter (2004: 85) cuando describen a la legión romana como una «total institution». Cf. MacMullen, 1984: 440-456; Pollard, 1996: 211-227; Pina Polo, 1999: 64; Goldsworthy, 2011: 47; Kavanagh, 2015-2016: 32.

verdaderamente importante, más allá de conocer el debate en torno a estos conceptos — la mayoría de ellos desprovistos de un significado extrapolable a la Antigüedad clásica—, es comprender el alcance de las interpretaciones que se han hecho a raíz de su uso y abuso, y la utilización que de ellos se ha realizado después. De todo ello hablaremos a continuación.

3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”

«Libres de las preocupaciones materiales por su vida militar, los soldados ya no tuvieron obstáculo en permanecer lejos de Italia todo el tiempo que fuera necesario. Se convierten en soldados de oficio, en profesionales excelentes, pero sin veneración por las leyes, sin consideración al régimen, ni amor a Roma, dispuestos, eso sí, a ejecutar fielmente todas las consignas de su general, incluso el golpe de Estado; porque no reconocen otro jefe que el que ven, al que prestan juramento, el que les paga, y el que los lleva al botín y a la gloria»⁴⁴⁴.

Según hemos podido comprobar, el final de la República fue testigo de toda una serie de transformaciones —políticas, socioeconómicas y militares— que, como era de esperar, también afectaron al soldado romano. En lo sucesivo, todos los aspectos que rodearon al ejército tardorrepblicano, desde su composición hasta su cohesión y organización interna, pasando por su grado de homogeneización y su nivel de profesionalización, se han intentado explicar a partir del análisis de dichos cambios. Algo parecido ha ocurrido cuando se ha querido valorar la conducta de las tropas. Al igual que en todos los demás aspectos analizados, siempre que se ha pretendido examinar tanto el carácter de la soldadesca romana como su papel en la caída de la República, se ha partido de los mismos principios y se han usado los mismos argumentos, la gran mayoría de ellos conservadores. A tal efecto, se ha insistido en la existencia de un ejército compuesto por elementos de baja condición y desprovistos del antiguo espíritu cívico con el que, tradicionalmente, se ha definido al ciudadano-soldado romano; de un ejército, en definitiva, “proletario” y “clientelar” —como no podía ser de otra manera, de acuerdo con el imaginario clásico—, que habría abandonado tanto su patriotismo como su adhesión a Roma, que habría hecho de la guerra su negocio y que, finalmente, habría vendido su lealtad a cambio de un generoso botín de guerra⁴⁴⁵.

Una vez más, la supuesta proletarización del ejército y las famosas “reformas de Mario” han vuelto a monopolizar los estudios acerca del ejército romano, haciendo del discurso tradicional, y, predominantemente, contrario al soldado romano, la principal

⁴⁴⁴ Guillén, 1994: 449.

⁴⁴⁵ Nep. *Eum.* 8.2-3; App. *BC* 5.13, 15, 17-18; Bouquie, 1884: 254, 257-258; Andrieux, 1927: 11-12; Jal, 1962: 7-27; Gabba, 1973a: 26, 61; 1975: 21-22, 24; Gruen, 1974: 366, 369, 371, 374; Rouland, 1979: 16-38; Nicolet, 1980: 93; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 449, 455; Roldán, 1996: 39, 50-51, 53, 56-57; Keppie, 1998: 42; Pina Polo, 1999: 64-65; Lendon, 2005: 230-231; Erdkamp, 2006a: 291; 2006b: 50; Cagniat, 2007: 80-85; Cosme, 2007: 55; De Blois, 2007: 164, 169; Keaveney, 2007: 51; Phang, 2008: 3; Goldsworthy, 2011: 49; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 32; Gauthier, 2016: 116; Cadiou, 2018: 55, 319-339; Brice, 2020d: 248, 265.

referencia a la hora de determinar cuáles pudieron ser las ambiciones y cuáles pudieron ser las motivaciones del soldado tardorrepblicano⁴⁴⁶.

En lo que resta de capítulo, hablaremos, en primer lugar, de las principales críticas que ha recibido el ejército romano al final de la República, y trataremos de aclarar, después, las razones por las que, frecuentemente, se ha considerado al soldado tardorrepblicano un soldado revolucionario. El objetivo de este apartado, a diferencia de los anteriores, no es rebatir el discurso clásico —a todas luces desfasado en la actualidad—, sino, simplemente, presentar las bases sobre las que este se ha apoyado. De su revisión nos ocuparemos a lo largo de nuestra investigación, una vez hayamos estudiado al ejército romano desde un punto de vista indisciplinario⁴⁴⁷.

Para muchos autores, la entrada de *proletarii* y *capite censi* a las legiones supuso un cambio tan brusco en las bases sociológicas del reclutamiento y en las condiciones de servicio que, no sólo cambiaron las relaciones entre el ejército y el Estado romano, sino que, también, cambió la naturaleza y el comportamiento de los soldados⁴⁴⁸. Durante mucho tiempo, se ha considerado que, en el siglo I a. C., se produjo la transición del ciudadano-soldado al soldado-ciudadano. Esta transformación habría dado lugar a la teoría de la desaparición de la *militia* cívica romana, la cual, proletarizada desde el famoso *dilectus* de Cayo Mario de 107 a. C., habría perdido su viejo potencial militar y sus antiguos valores ciudadanos⁴⁴⁹. Este modelo interpretativo no se limitaría a explicar, únicamente, las alteraciones socioeconómicas habidas en la sociedad romana entre finales del siglo II y comienzos del siglo I a. C. —es decir, el hipotético empobrecimiento de los *adsidui* y de, por tanto, los reclutas romanos—, sino que, a un nivel más profundo, buscaría esclarecer, ante todo, las razones por las que habría cambiado la relación entre las dos identidades que hasta entonces habían representado al *civis Romanus*⁴⁵⁰.

Según una parte de la historiografía clásica y moderna, la doble identidad, civil y militar, con la que, tradicionalmente, se había caracterizado al ciudadano-soldado⁴⁵¹,

⁴⁴⁶ «La riforma dell'arruolamento operata da G. Mario creò un nuovo organismo militare e al tempo stesso la base pratica per successivi svolgimenti di ordine socio-politico e morale, che interessarono tanto le strutture militari stesse quanto i fondamenti dello stato romano. Il carattere rivoluzionario del nuovo esercito apparve chiaramente durante la guerra civile combattuta fra Silla e Mario (e i suoi seguaci) e che in due fasi (88-86 e 83-82 a.C.) insanguinò l'Italia» (Gabba, 1975: 21). Cf. Harmand, 1967: 493; Sordi, 1972: 385; De Blois, 1987: 5, 12; 2007: 164; Keppie, 1989: 170-171; Roldán, 1996: 57; Cagniat, 2007; Gracia, 2015-2016: 15; Cadiou, 2018: 18-21, 55, 274-300, 319-339; Brice, 2020d: 248, 265.

⁴⁴⁷ Sobre el particular, *vid. infra* el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión.

⁴⁴⁸ Nicolet, 1980: 93.

⁴⁴⁹ Roldán, 1996: 50-51; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 32; Cadiou, 2018: 410.

⁴⁵⁰ Cadiou, 2018: 402.

⁴⁵¹ Dicha dualidad se aprecia, especialmente, bien en la celeberrima intervención que, de acuerdo con la tradición clásica, protagonizó Cayo Julio César, en 47 a. C., cuando sus legiones se amotinaron en Campania. Según el discurso tradicional, César fue capaz de resolver la situación con tan solo llamar a sus hombres *Quirites*. Al reconocerlos como ciudadanos, y no como soldados (*milites*), César apartó verbal, simbólica y temporalmente a sus hombres del ejército, algo que, teóricamente, permitió al general romano recuperar el control de la situación y forzar a sus tropas a que reconsiderasen su comportamiento y pidieran volver a servir bajo su mando (Luc. 5.350-360; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.93; Polyaen. 8.23.15; D.C. 42.53.3-4). Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la

habría dado lugar al final de la República a una actitud predominantemente mercenaria, una vez se hubiera confirmado la indiferencia del legionario hacia los asuntos públicos de la capital y la decadencia del espíritu cívico romano⁴⁵². Si el ciudadano-soldado se había caracterizado por formar parte de un ejército ciudadano destinado a defender una política que, de un modo u otro, estaba sometida al pueblo romano y representaba sus intereses —como parte de un proceso político y legítimo del que formaba y se sentía parte—; el soldado-ciudadano, a diferencia de su *alter ego* —el ciudadano-soldado— no habría luchado ni por el bien común ni en beneficio del Estado romano, sino que habría respondido al interés, o bien de su general —lo que habría derivado en ejércitos privados y/o clientelares—, o bien del suyo propio —lo que habría dado lugar a ejércitos mercenarios y/o revolucionarios⁴⁵³—.

Pero ¿cómo se llegó a este punto? ¿Qué pasó para que el ciudadano-soldado acabara distanciándose del régimen republicano? Según la opinión más extendida, el debilitamiento del sentimiento cívico romano fue consecuencia de, al menos, tres factores: el cambio en la composición de las legiones; la profesionalización del ejército y la incapacidad del Estado romano de garantizar un futuro al soldado romano ya licenciado; y la creación de una nueva mentalidad militar, más ambiciosa, más subversiva y cada vez más politizada. A continuación, trataremos de explicar cada uno de estos supuestos.

Como ya se ha comentado más arriba, la incorporación de *proletarii* y *capite censi* supuso la entrada en el ejército de una parte de la sociedad romana a la que, habitualmente, se le había considerado económica y moralmente indigna, pues ni eran capaces de cumplir con los requisitos mínimos materiales necesarios para formar parte del ejército ni poseían, según el pensamiento convencional, las cualidades morales necesarias para ser de fiar⁴⁵⁴. Lejos de mejorar, esta situación empeoró, todavía más, con la extensión de la ciudadanía romana a toda Italia. Una vez que las bases del reclutamiento se extendieron, haciendo de la península itálica la principal cantera del ejército, las legiones se llenaron, principalmente, de nuevos ciudadanos romanos. Estos individuos, antiguos aliados militares de Roma, según la opinión de algunos autores, no se habrían sentido muy apegados a la *Vrbs*, debido, en buena medida, a que, recientemente, habían sido enemigos durante la guerra de los aliados, y a que, en consecuencia, ni su malestar ni su recelo se habrían borrado⁴⁵⁵. Esta situación habría hecho que las legiones se completaran con gentes que no se identificaban ni con el

conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, el punto 3.15.15. Campania, Italia, octubre del 47 a. C., en donde se analiza lo sucedido.

⁴⁵² Bouquie, 1884: 259-260; Gabba, 1973a: 26, 61; 1975: 20; Gruen, 1974: 371; Roldán, 1996: 39; Erdkamp, 2006a: 291; 2006b: 50; Cagniat, 2007: 80-85; De Blois, 2007: 169.

⁴⁵³ Brand, 2019: 24.

⁴⁵⁴ Sal. *Cat.* 9-12; *Jug.* 84.4, 86.2-3; V. Max. 2.3.1; Gel. 16.10.11; Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Marín y Peña, 1956: 51; Gruen, 1974: 366, 371; Gabba, 1975: 19; Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 446; Walters, 1997: 38; McDonnell, 2006: 241-292; Cosme, 2007: 55-56; Goldsworthy, 2011: 49; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Subirats, 2013: 28; Gracia, 2014-2015: 37; Goldberg, 2016: 158; Sage, 2018: 273.

⁴⁵⁵ «Chez bien des légionnaires, citoyens en fonction des *leges Iulia* et *Plautia Papiria*, l'entrée dans la cité romaine, du fait de mesures tardives, imposées et non dénuées d'arrière-pensées, n'a pas dû effacer les souvenirs et les rancunes des années 91-89» (Harmand, 1967: 286). Cf. Keppie, 1998: 48; Erdkamp 2006a: 294.

Estado romano ni con sus tradiciones, haciendo del ejército un auténtico polvorín⁴⁵⁶. Algo parecido habría ocurrido, finalmente, con la llegada a las legiones de tropas no ciudadanas. La creciente participación de provinciales y auxiliares, según un sector de la historiografía moderna, pudo haber contribuido, igualmente, a que el sentimiento patriótico desapareciera y a que los nuevos ejércitos romanos se distanciaran cada vez más de la República⁴⁵⁷.

Dadas las circunstancias, si aceptamos la teórica desafección de las tropas hacia las instituciones republicanas, nos resulta muy difícil estimar las razones por las que el soldado tardorrepblicano pudo aceptar alistarse y combatir en el ejército. Descartada la fidelidad hacia un Estado al que, supuestamente, veían como «algo distante, aristocrático y ajeno a sus intereses»⁴⁵⁸, es en el factor económico en donde nos debemos fijar. El origen humilde de la mayoría de las tropas ayudó a que, como ya adelantamos en el apartado anterior, el ejército fuera concebido como una salida económica y como una carrera profesional. En este caso, la “profesionalización” del ejército no estaría definida ni por la duración del servicio militar ni por la experiencia de sus miembros ni por la cohesión de sus unidades, sino por la capacidad que tuvo la legión de convertirse en un medio de vida para los soldados.

Este tipo de “profesionalización” llevó a que las tropas dependieran materialmente del servicio militar para poder sobrevivir. No obstante, dado que el *stipendium* no era lo suficientemente elevado como para garantizar, por sí mismo, la supervivencia del legionario romano⁴⁵⁹, y el botín de guerra y las recompensas en forma de dinero y/o tierra no siempre estaban aseguradas, el futuro de las tropas dependía, en última instancia, de la voluntad del Estado romano.

Durante el tiempo de permanencia en el ejército, el Estado romano, en palabras de Goldsworthy (2011: 49), «alimentó y vistió a sus hombres, dándoles un ingreso y un sentido de propósito». Sin embargo, todo esto desapareció tan pronto como los soldados fueron licenciados. Finalizado su tiempo de servicio, el Senado fue incapaz de gestionar el problema de los veteranos, de proporcionar a las tropas una salida digna y de ayudar a los soldados a su retorno⁴⁶⁰. No bastaba con reclutar ciudadanos, equiparlos, entrenarlos y disciplinarlos, era necesario, además, recompensarles y asegurarles un futuro a su

⁴⁵⁶ «The large numbers of Italians among the officers as well as in the ranks is of great importance in understanding the lack of loyalty of the armies to Rome. To these men Rome and her traditions meant little; they had only recently acquired citizenship and they joined the army for their own advantage; it was in the circumstances not surprising that they were loyal to their general rather than to Rome» (Smitih, 1958: 69). Cf. Harmand, 1969: 65; Gabba, 1975: 26; De Blois 1987: 12; Patterson 1993: 107; Roldán, 1996: 57; Alston 2007: 183; Machado, 2017: 17.

⁴⁵⁷ «Il est certain qu'une armée qui reçoit beaucoup d'éléments étrangers s'affaiblit: le sentiment patriotique disparaît [...]» (Andrieux, 1927: 11).

⁴⁵⁸ Kavanagh, 2015-2016: 32.

⁴⁵⁹ Marín y Peña, 1956: 51; Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 369; Nicolet, 1980: 91; Guillén, 1994: 450; Roldán, 1996: 17, 35-37, 54; Pina Polo, 1999: 64; Cosme, 2007: 64; Phang, 2008: 166; Sage, 2008: 235; 2015-2016: 37; 2018: 273; Subirats, 2013: 28; Pérez Rubio, 2014-2015: 74-75.

⁴⁶⁰ Gabba, 1976: 37-52; Schneider, 1977; Roldán, 1996: 54; Potter, 2004: 82; De Blois, 2007: 164; Sage, 2008: 240-242, 251; González Román, 2010: 31-55; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17; Kavanagh, 2015-2016: 32; Brand, 2019: 231.

regreso⁴⁶¹. Sólo entonces se reincorporarían satisfactoriamente al cuerpo cívico romano y sólo entonces se reconciliarían con su “yo” ciudadano.

Por el contrario, el soldado romano se encontró sin el apoyo del Senado⁴⁶². En lugar de aceptar que el ejército del siglo I a. C. ya no era la antigua milicia cívica de antaño compuesta por las clases económicamente menos vulnerables de la sociedad civil romana, el Estado romano se negó a reconocer que el ejército necesitaba a la República para su sustento⁴⁶³. La resistencia del Senado al reparto de tierras entre las tropas recién licenciadas provocó numerosos disturbios y que la desmovilización de los veteranos, así como su reintegración a la vida civil, fuera una fuente interminable de problemas⁴⁶⁴; tal y como sucedió entre el final de la batalla de Filipos y el comienzo de la guerra de Perusia, cuando las tropas triunvirales provocaron todo tipo de incidentes durante el tiempo que permanecieron a la espera hasta que Octaviano y Marco Antonio cumplieron con su promesa de dinero y tierra⁴⁶⁵.

En vista de que el Senado, o bien no podía, o bien no quería satisfacer sus demandas, la relación entre el ejército y el Estado romano se deterioró, distanciándose el primero del segundo, y produciéndose, simultáneamente, el acercamiento entre las tropas y sus correspondientes mandos militares⁴⁶⁶. La miopía con la que las autoridades políticas romanas gestionaron el licenciamiento de los veteranos habría provocado que estos últimos buscaran en sus comandantes una solución a sus problemas, generalmente, por medio de la concesión de un lote de tierra⁴⁶⁷. En adelante, los generales más ambiciosos pudieron explotar en su beneficio la situación de vulnerabilidad en la que cayeron los soldados, ganándose su favor y haciéndose con la lealtad de grandes ejércitos. Nos encontraríamos ante el nacimiento de los denominados ejércitos “personales”, “privados” y/o “clientelares”⁴⁶⁸, ejércitos cuyo control no dependía del Senado, sino de sus comandantes:

⁴⁶¹ «Después de pasar lo más y lo mejor de su vida en el servicio del Estado, el veterano no puede ser abandonado a su suerte, flotando a la deriva en una sociedad civil de la que se halla totalmente desarraigado» (Marín y Peña, 1956: 222). Cf. Sage, 2008: 251; Brand, 2019: 231.

⁴⁶² Roldán, 1996: 54; Potter, 2004: 82; Sage, 2008: 251; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17; Brand, 2019: 231.

⁴⁶³ Roldán, 1996: 54; Sage, 2008: 251; 2015-2016: 36; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17.

⁴⁶⁴ Gabba, 1975: 28-29; Broadhead, 2007: 157-162; Keaveney, 2007: 57-69; Sage, 2008: 240-242.

⁴⁶⁵ Liv. 125; Suet. Aug. 14; App. BC 5.13-18; D.C. 48.6.2-3; 8.1-2; 9.2-5; 10.1; 29.3. Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en particular, el apartado 3.17. Guerra de Perusia.

⁴⁶⁶ Roldán, 1996: 48-49, 52, 54; Keppie, 1998: 43; Potter, 2004: 82; De Blois, 2007: 164; Sage, 2008: 251; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17; Kavanagh, 2015-2016: 32; Brand, 2019: 231.

⁴⁶⁷ Marín y Peña, 1956: 222-223; Gruen, 1974: 387-404; Gabba, 1975: 28-31; Keppie, 1983; 1998: 42, 72-73; Roldán, 1996: 56-57; Chrissanthos, 1999: 207; Pina Polo, 1999: 64; Lendon, 2005: 230-231; Erdkamp, 2006a: 293; Southern, 2006: 163; Broadhead, 2007: 157-162; Cosme, 2007: 56-57, 75; De Blois, 2007: 164; Keaveney, 2007: 57-69; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 240-242, 251; 2018: 275; Thein, 2011: 79-99; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17; Kavanagh, 2015-2016: 32; Gauthier, 2016: 116.

⁴⁶⁸ Bouquie, 1884: 254; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Gabba, 1975: 20, 22, 24-26; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; De Blois, 2007: 164; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

«L'esercito professionale della tarda repubblica diventa, quindi, un esercito clientelare. Ai rapporti fra comandante e truppe presiedono alcuni basilari principi, che sono sostanzialmente quelli della clientela personale, dalla quale quella militare ripete la sua origine [...]. Ne consegue che il generale deve garantire le esigenze economiche dei suoi soldati; questi seguono senza discutere gli ordini del generale-patrono. L'interesse dello stato è assolutamente in un secondo piano e molto arretrato, ed è difficile da comprendere quale precisamente esso sia, in quanto ogni generale dichiara di rappresentare la repubblica e di difenderne gli interessi»⁴⁶⁹.

El hecho de que el ejército pasara a depender de la buena disposición de sus respectivos mandos militares, llevó a los principales *imperatores* del momento a usar a sus hombres en sus ambiciones personales, y a que el siglo I a. C. se convirtiera, de acuerdo con el discurso clásico, en una lucha por el control de Roma⁴⁷⁰. Este modo de interpretar las transformaciones habidas en el ejército romano ha servido, comúnmente, para aclarar las razones por las que las legiones pudieron seguir a Sila, en 88 a. C., en su marcha sobre Roma, y para explicar los motivos que llevaron a los ejércitos romanos a combatir entre sí en los múltiples enfrentamientos civiles que tuvieron lugar al final de la República⁴⁷¹.

De un modo u otro, todo intento por comprender el comportamiento del ejército romano se ha reducido a la misma explicación: fue la avaricia, así como su enorme ambición, lo que hizo que el soldado tardorrepblicano se convirtiera en un soldado “mercenario” y “traidor”⁴⁷². Dado que, normalmente, ha sido el vínculo económico el principal nexo que se ha reconocido en la relación entre ejército y general, automáticamente, se ha dado por hecho que el soldado romano se movió, fundamentalmente, por ambición, y que fue su codicia lo que le hizo venderse al mejor postor, y convertirse, finalmente, en un instrumento personal de presión⁴⁷³.

⁴⁶⁹ Gabba, 1975: 24. Cf. Roldán, 1996: 52; Pina Polo, 1999: 64.

⁴⁷⁰ Bouquie, 1884: 254, 256-258; Gabba, 1975: 20, 24, 28; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 52, 56-57; Keppie, 1998: 48-49; Pina Polo, 1999: 64-65; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 231; De Blois, 2007: 164; Phang, 2008: 3; Goldsworthy, 2011: 49; Cadiou, 2018: 55; Brand, 2019: 212.

⁴⁷¹ «Legion turned against legion with much the same ruthless efficiency that they had shown fighting foreign opponents. The great conquerors were the major leaders in these internal conflicts, as time and again legions were marched on Rome to seize political power by force. The professional army was a major factor in making possible the upheavals which in time destroyed the Republican system of government and led to the creation of the Principate» (Goldsworthy, 2011: 49). Cf. Bouquie, 1884: 256-258; Jal, 1962: 7-27; Gruen, 1974: 365-366; Gabba, 1975: 21; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 52, 55-57; Keppie, 1998: 48-49; Pina Polo, 1999: 64; Hildinger, 2002; Lendon, 2005: 230-231; Morstein-Marx, 2011: 259-278; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116.

⁴⁷² «Salga aquí a relucir también la avaricia, rastreadora de lucros ocultos, avidísima vorágine de las presas que se le ofrecen, nunca satisfecha con lo que obtiene, y siempre desdichada por su deseo de acaparar» (V. Max. 9.4.1). Cf. Sal. Cat. 12.2; 53.4-5; Jug. 86.3; App. BC 2.2, 120, 141-142; 3.42, 48, 88; 5.13, 15, 17-18, 25; D.C. 43.18.1-2; 45.12.1-2; 46.26.5; 47.17.5; Bouquie, 1884: 257; Andrieux, 1927: 11-12; Gruen, 1974: 366, 369, 371; Roldán, 1996: 53, 57; Keppie, 1998: 42; Cosme, 2007: 55.

⁴⁷³ «By the late second and early first centuries BC, soldiers were recruited from the landless poor and depended on their generals for both pay and assignments of land or money so that they could support themselves as veterans. Accordingly, the upper classes depicted these soldiers as a mercenary rabble, whose demands were exploited by increasingly ambitious generals» (Phang, 2008: 3). Cf. Bouquie, 1884: 257-258; Jal, 1962: 7-37; Gruen, 1974: 371, 377-378; Gabba, 1975: 20; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 449, 455; Roldán, 1996: 53, 55-57; Pina Polo, 1999: 64; Lendon, 2005: 230-231; De Blois, 2007: 164; Keaveney, 2007: 51; Gracia, 2015-2016: 15.

El soldado romano de finales de la República se convertía de este modo en un “soldado de fortuna” y, lo que es peor, en un “títere” en manos de su comandante. A partir de este momento, se dieron las condiciones necesarias para la entrada en la escena política del soldado romano y para la politización del ejército⁴⁷⁴. En opinión de Roldán (1996: 52), se creaba un nuevo tipo de ejército, capaz de «operar fuera del sistema tradicional de autoridad delegada por el gobierno senatorial al emprender objetivos no necesariamente determinados por este gobierno». Bien por medio de las armas, bien por medio de los votos, todo comandante romano capaz de dirigir con acierto a las tropas durante la guerra y de garantizar su bienestar económico tras ella, tenía la oportunidad de hacerse con un potencial militar y humano susceptible de ser empleado en su provecho en cualquier momento⁴⁷⁵.

A partir de aquí, son todo críticas en contra de la naturaleza rebelde del soldado tardorrepblicano. Si la inscripción de *proletarii* y *capite censi* llevó a los más críticos a considerar al ejército romano una turba inestable y desleal, el acercamiento de las tropas a sus generales hizo que las legiones fueran tachadas de antipatriotas y mercenarias. Con la misma facilidad con la que se afirmaba el carácter voluble y caprichoso de la soldadesca romana, se corroboraba la falta de escrúpulos, así como la desmedida ambición, de un ejército al que se le consideraba incapaz de pensar y actuar por sí mismo.

No obstante, del mismo modo que las tropas dependieron, según el pensamiento tradicional, de la liberalidad de sus comandantes, estos últimos no fueron mucho menos dependientes del favor de sus hombres⁴⁷⁶. A la altura del 41-40 a. C., el soldado romano era plenamente consciente de la realidad política de su tiempo y, lo que es más importante, era plenamente consciente de que la relación que mantenía con su general se basaba en la necesidad mutua⁴⁷⁷. Esta suerte de “reciprocidad militar” contribuyó a que las tropas ganaran mayor relevancia individual y colectiva, y a que el soldado romano, aun sin llegar a ser portador de reivindicaciones políticas concretas, adquiriera una nueva posición frente al Estado, tanto desde un punto de vista político, en la medida en que las órdenes de su general le hacía partícipe de la vida política de la capital, como desde un punto de vista socioeconómico, en tanto que las recompensas obtenidas durante el servicio militar le ayudaban a retornar a su estado civil anterior⁴⁷⁸.

En un contexto sociopolítico distinto, esta situación, probablemente, habría facilitado el regreso del ciudadano-soldado al cuerpo cívico romano e, incluso, que este

⁴⁷⁴ Schmitthenner, 1960: 1-17; Erdmann, 1972; Sordi, 1972: 379-386; Aigner, 1974: 11-23; Rouland, 1979: 16-38; Nicolet, 1980: 105; De Blois, 1987: 40-56; Roldán, 1996: 52; Thommen, 2000: 187-198; Alston, 2002: 30-36; Potter, 2004: 83-85; Erdkamp, 2006a: 291; Cosme, 2007: 65-66; Keaveney, 2007: 37-55, 93-99; Sage, 2008: 249-252; Morstein-Marx, 2011: 259-278; Giuffrè, 2013; Aguado, 2014: 54; Gracia, 2015-2016: 15; Brice, 2020d: 265-266.

⁴⁷⁵ Gruen, 1974: 371; Guillén, 1994: 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52; Pina Polo, 1999: 64; De Blois, 2007: 164-179; Keaveney, 2007: 29-34; Moore, 2013: 457-473.

⁴⁷⁶ App. BC 5.13, 15, 17-18. Cf. Gabba, 1975: 28; Roldán, 1996, 53, 57; Phang, 2008: 3.

⁴⁷⁷ «Los jefes dependían de sus soldados para continuar en el poder, y los soldados, para conservar lo que habían recibido, necesitaban de la permanencia en el poder de quienes se lo habían dado. Y como pensaban que no tendrían una posición segura a no ser que sus donantes tuvieran también un gobierno sólido, favorecían su poder con obligada solicitud» (App. BC 5.13). Cf. App. BC 5.15; Bouquie, 1884: 259-260; Gabba, 1975: 28.

⁴⁷⁸ Gabba, 1975: 25.

hubiera podido mejorar su situación inicial, una vez hubiera podido disfrutar como ciudadano de los premios obtenidos durante su vida como soldado. Sin embargo, esto no fue, exactamente, lo que ocurrió. Tras años de servicio y de lucha interna, el soldado romano, según la opinión más extendida, se corrompió hasta tal punto que se terminó distanciando, definitivamente, del resto de la sociedad civil⁴⁷⁹.

Llegado a este punto, el nacimiento de un nuevo soldado, mucho más violento y rebelde, pero, a la vez, mucho más consciente de su poder, parece algo irrefutable⁴⁸⁰. No obstante, ¿cómo pudo el soldado tardorrepblicano “deshacerse” de la influencia de sus correspondientes mandos militares, organizarse y desarrollar por sí mismo ese espíritu “revolucionario” y “sedicioso” con el que, convencionalmente, se le ha caracterizado?

En este punto, debemos retomar el apartado anterior, en concreto el momento en el que hablamos de la cohesión de las tropas y de la aparición de una nueva “mentalidad militar”. Como ya explicamos entonces, son varios los historiadores modernos que han defendido la existencia de una “identidad legionaria” propia y excluyente en el ejército romano del siglo I a. C. como resultado de la “profesionalización” de las legiones. Dicha identidad, construida durante el tiempo de duración del servicio militar y reforzada a través de la incorporación a las legiones de toda una serie de elementos identitarios, habría servido, en principio, para vincular a cada soldado con su unidad y para aglutinar al grupo de combatientes. Así las cosas, el *esprit de corps* resultante habría ayudado, en situaciones militares adversas, a reforzar la unidad del ejército, a consolidar la disciplina de los soldados y a estimular el valor de las tropas⁴⁸¹, tal y como sucedió, en 58 a. C., cuando Cayo Julio César espoleó a sus tropas y apeló a su orgullo para llevar a su ejército al combate y evitar que el miedo se apoderara de sus hombres justo antes de su enfrentamiento contra Ariovisto⁴⁸².

Sin embargo, este mismo espíritu de cuerpo también podía ser utilizado para la consecución de objetivos personales, tal y como ocurrió cada vez que el ejército romano fue conducido con fines no militares. Tradicionalmente, líderes como Mario, Sila, Cinna, César y Octaviano —por citar sólo alguno de los *imperatores* más importantes del final de la República—, han sido acusados de hacer un uso privado de sus legiones durante el desempeño de sus funciones. Pero de ello ya se ha hablado antes cuando hemos explicado el supuesto “clientelismo” del ejército. En esta ocasión, nos referimos

⁴⁷⁹ «L'incidenza delle truppe nella vita politica dello stato romano si era andata sempre più pericolosamente aggravando con il prolungarsi e l'accentuarsi delle guerre civili [...]. Le forze armate, conscie della propria indispensabilità, potevano agevolmente imporre ai propri comandanti iniziative politiche anche di grande rilievo e in contrasto spesso con gli interessi generali della comunità» (Gabba, 1975: 28). Cf. App. BC 5.17-18; Gabba, 1975: 20, 25-26, 29; Shaw, 1983: 144, 148; Pina Polo, 1999: 64; Kavanagh, 2015-2016: 32. Por el contrario, Sage (2008: 250), aunque reconoce la existencia de un sentimiento de solidaridad de grupo y una capacidad de acción colectiva, niega que el soldado romano se considerase a sí mismo como un individuo separado de la sociedad civil romana y que el ejército romano llegase a desarrollar algo parecido a una conciencia colectiva.

⁴⁸⁰ Nep. Eum. 8.2-3; App. BC 5.13, 15, 17-18; Jal, 1962: 7-27; Gruen, 1974: 371; Gabba, 1975: 20, 28-29; Guillén, 1994: 449; Roldán, 1996: 57; Pina Polo, 1999: 64; Keaveney, 2007: 51.

⁴⁸¹ Goldsworthy, 2011: 47; Coulston, 2013: 16. Cf. Escorihuela, 2022b: 117-135.

⁴⁸² Caes. Gal. 1.39-41, 53; Liv. 104; Fron. Srt. 1.11.3, 4.5.11; Plu. Caes. 19; Flor. Epit. 1.45.12; D.C. 38.34-50; Oros. 6.7.6. Sobre el espíritu de cuerpo desarrollado por los soldados de César, vid. Gabba, 1975: 21; Nicolet, 1980: 134, 138, 147; Potter, 2004: 82; Cosme, 2007: 59; Goldsworthy, 2011: 47; Sage, 2018: 272; James, 2019: 65.

a otro tipo de soldado, también “revolucionario”, según el discurso clásico, pero que, a diferencia de los ejemplos anteriores, no actuó en beneficio de ninguno de sus generales ni como consecuencia de la dependencia que le debía a sus respectivos mandos militares. Hablamos de un ejército consciente, como ya hemos dicho, de su influencia y de la necesidad que de él tenían los principales líderes políticos y militares del periodo, de un ejército “rebelde” e “indisciplinado”, sí, pero capaz de utilizar su número y su fuerza en su propio beneficio, y no en el de sus generales⁴⁸³.

En este sentido, se ha sugerido la posibilidad de que esa misma cohesión que, utilizada de una manera desinteresada, habría llevado al ejército romano a imponerse a sus enemigos en el campo de batalla, y que, empleada de una manera partidista, habría permitido, por el contrario, que los principales comandantes romanos del momento satisficieran sus ambiciones personales, fuera la responsable de aglutinar a las tropas y de llevarlas a defender sus propios intereses⁴⁸⁴. Por medio de esta interpretación, aunque se ha conferido al soldado romano un espíritu de acción independiente⁴⁸⁵, así como una mentalidad y una libertad de pensamiento y de acción, también independientes⁴⁸⁶, que antes no se le reconocían, no se ha logrado liberar al ejército tardorrepblicano ni de la acusación de avaricia —puesto que, en la mayoría de los casos, las reivindicaciones que se han puesto en boca de los soldados han sido, fundamentalmente, económicas— ni de la acusación de sedición —en buena parte debido a que fue la insurrección, en el sentido más amplio de la palabra⁴⁸⁷, el medio empleado, habitualmente, por las tropas para presionar a sus correspondientes mandos militares—⁴⁸⁸.

4. Conclusiones

Concluida nuestra presentación acerca del ejército romano, una de las primeras reflexiones a las que podemos llegar es el excesivo peso que ha tenido —y, lamentablemente, sigue teniendo— la historiografía más tradicional. En torno a ella se

⁴⁸³ Messer, 1920; Currie, 1928; Gabba, 1975; Hinard, 1990; Chrissanthos, 1999; Brice, 2020c; 2020d.

⁴⁸⁴ Messer, 1920: 171, 174; Gabba, 1975: 20, 28-29; MacMullen, 1984: 455; Chrissanthos, 1999: 33, 39, 43, 88, 197, 206; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 82; Goldsworthy, 2011: 47; Kavanagh, 2015-2016: 32; Sage, 2018: 272; Brice, 2020c: 120; 2020d: 250-251, 261-262, 265-266; Escorihuela, 2021: 107-121. Igualmente, *vid.* Chrissanthos, 1999: 139-140 y 140-141; Machado, 2017: 168-217, en donde se nos explica que el sentimiento de unidad alcanzado durante el servicio perduró, incluso, después de que las tropas fueran licenciadas (*cf.* James, 1999: 17; Rodríguez, 2015-2016: 30). Según ambos autores, algunos soldados veteranos continuaron actuando de manera coordinada después de regresar a sus hogares. A este respecto, nos informan de antiguas unidades militares que se volvieron a reunir por asuntos políticos concretos, como la distribución de tierras, para, o bien a través de sus votos, o bien mediante su presencia intimidatoria, influir sobre el resultado final. Un ejemplo de ello lo tenemos en la intervención de los veteranos durante el reparto de tierras que tuvo lugar tras la batalla de Filipos de 42 a. C.

⁴⁸⁵ Messer, 1920: 171, 174.

⁴⁸⁶ Chrissanthos, 1999: 33, 43, 88, 197, 206.

⁴⁸⁷ Sobre el particular, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 2. *Seditio, tumultus, defectio...* ¿Qué entendemos por indisciplina militar? ¿A qué llamamos insurrección?

⁴⁸⁸ Cic. *ad. Brut.* 17.1.10.3; Nep. *Eum.* 8.2-3; App. *BC* 5.13, 15, 17-18; Messer, 1920: 158-175; Currie, 1928; Jal, 1962: 7-27; Gruen, 1974: 371; Gabba, 1975: 20, 28-29; Hinard, 1990: 149-154; Roldán, 1996: 53; Chrissanthos, 1999; Pina Polo, 1999: 64; Lendon, 2005: 230-231; Keaveney, 2007: 51; Wolff, 2009; Gracia, 2015-2016: 15; Brice, 2020c: 113-126; 2020d: 247-266.

han elaborado toda una serie de teorías e hipótesis que, en lugar de ayudarnos a entender quién pudo ser el soldado tardorrepblicano, nos han dificultado su comprensión. En la mayoría de los casos, la reiteración con la que se ha transmitido este discurso, además de condicionar nuestra opinión, ha contribuido a crear una visión profundamente estereotipada y desfavorable del ejército romano del siglo I a. C. De este modo, a partir de la imposición de toda una serie de etiquetas de lo más arbitrarias (proletario, profesional, mercenario, revolucionario...) se ha marcado y definido, negativamente, a un colectivo al que, normalmente, se le ha responsabilizado del final de la República.

Aunque la base sobre la cual se ha articulado esta interpretación no ha tenido, generalmente, una justificación clara, esto no ha impedido que, a día de hoy, se siga manteniendo con fuerza. Así, hemos podido apreciar cómo el origen de la decadencia de la antigua milicia cívica romana se ha establecido tanto en la crisis socioeconómica del siglo II a. C. como en la posterior intervención de Cayo Mario. Si el primer supuesto provocó el empobrecimiento del campesino-soldado, la caída del número de *adsidui* y la rebaja de la cualificación mínima censal; el segundo supuesto permitió la entrada masiva de *proletarii* y *capite censi* a las legiones, dos grupos de la sociedad romana a los que, tradicionalmente, se les había dejado fuera del ejército romano por motivos económicos y morales.

Ambos hitos habrían provocado, tal y como ya se ha explicado, la hipotética proletarización del ejército romano, punto de partida de todas las demás transformaciones y de la definitiva corrupción de las legiones. A partir de este momento, se nos ha hablado de un ejército “posmariano”, radicalmente opuesto en valores, composición, organización y cohesión al anterior ejército romano, al que denominaremos “premario” simplemente por continuar con la ficción creada por la historiografía convencional; y del nacimiento de un ejército “proletario”, “homogéneo”, “uniformado” y “profesionalizado”, es decir, de un ejército que, en suma, estaría más cercano a lo que hoy en día entendemos por un ejército “moderno” que a lo que vendría a ser un ejército propiamente clásico.

No obstante, el ejército republicano —ni siquiera el del final de la República— no llegó a ser nunca ese ejército monolítico, permanente e institucionalizado que con tanta insistencia se nos ha querido imponer. Aunque, por simple comodidad, hablamos, normalmente, de “ejército romano” o “ejército tardorrepblicano”, como si de una gran institución se tratara, lo más correcto sería hablar de “ejércitos romanos”, en plural y no en singular, dada la heterogeneidad que desde siempre ha caracterizado a este conjunto⁴⁸⁹. Si bien la mayor parte de los soldados que formaron parte de las legiones fueron ciudadanos romanos, no podemos obviar que el ejército romano (*exercitus Romanus*), como tal, fue la suma de legionarios, aliados y auxiliares⁴⁹⁰, de gentes de muy diversa procedencia y condición que, lejos de debilitar a las fuerzas romanas, ayudaron a minimizar los puntos débiles de la legendaria infantería pesada romana.

Creemos conocer al denominado ejército tardorrepblicano cuando, por el contrario, sigue siendo un gran desconocido para la gran mayoría de nosotros, incluidos

⁴⁸⁹ James, 1999: 14; De Blois, 2007: 166; Machado, 2017: 14; Brice, 2020c: 119-120; 2020d: 250.

⁴⁹⁰ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.1; 3.1. Cf. Roldán, 1996: 49; Keppie, 1998: 124-125; 2001: 130; Southern, 2006: 141-144; Brand, 2019: 214; Gauthier, 2020: 283-296.

los que nos dedicamos a su estudio. Damos por bueno, y aceptamos acríticamente, un planteamiento tradicional que, sin embargo, ni se ha podido demostrar ni tenemos forma de hacerlo, habida cuenta de la escasez de fuentes con las que, en la actualidad, todavía contamos. Tendemos a responsabilizar a un único autor, en este caso Cayo Mario, de todas las transformaciones y cambios que sufrió el ejército romano como consecuencia de su propia evolución interna y de la influencia que el propio contexto político y socioeconómico tuvo sobre la legión. Y, lo que es peor, solemos caracterizar al soldado y al ejército del siglo I a. C. de acuerdo con la imagen idealizada de la antigua *militia* cívica romana, una fuerza militar y social a la que se le ha atribuido todo tipo de valores cívicos y marciales que, además de contribuir a su sobrevaloración, han hecho que todo ejército romano posterior sea, automáticamente, inferior.

De muchos de estos inconvenientes ya nos alertó hace tiempo Gruen (1974) y, más recientemente, nos han advertido autores como James (1999), Keaveney (2007), Gauthier (2016) y Cadiou (2018), entre otros. La cosificación con la que una parte de la historiografía moderna ha tratado al soldado del final de la República, como una insignificante pieza de ajedrez o un mero instrumento de presión en manos de los grandes *imperatores* del momento, nos ha obligado a reconsiderar, una vez más, las principales teorías que se han escrito sobre un colectivo mucho más complejo de lo que, comúnmente, se ha querido reconocer.

No sabemos si el ejército del siglo I a. C. se trató de un «espejismo historiográfico» o de un «ejército imaginario», como así lo ha definido Cadiou (2018: 395)⁴⁹¹, pero de lo que no hay duda es de que todavía requiere de una profunda reevaluación, especialmente en lo que a términos disciplinarios e indisciplinarios se refiere. Si el legado de Cayo Mario ya ha sido objeto de numerosas revisiones y las supuestas transformaciones del ejército tardorrepblicano ya han sido, en buena parte, relativizadas, como ya explicamos más arriba, todavía se sigue arrastrando el tópico de que el soldado del final de la República, o bien fue un soldado de fortuna y antipatriota, o bien fue un soldado rebelde y sedicioso, o bien fue todo ello y mucho más.

Es cierto que, con el paso del tiempo, se ha ido superando la clásica y errónea interpretación que reducía la historia de la República romana tardía a la lucha de su clase dirigente y que caracterizaba a los ejércitos romanos del periodo como una vulgar extensión de sus correspondientes líderes políticos y militares; que, en los últimos años, se ha admitido que el soldado romano fue capaz de desarrollar por sí solo una autonomía mucho mayor de la que, tradicionalmente, se le había reconocido; y que, en definitiva, se ha identificado en el ejército romano del siglo I a. C. una capacidad de acción superior a la estimada.

Sin embargo, no se ha superado —o, al menos, no del todo— que esa libertad de acción y pensamiento no se utilizara, exclusivamente, para exigir tierras, dinero y botín de guerra; y que esa capacidad de organizarse sirviera más allá de para contribuir al

⁴⁹¹ «L'armée romaine dite "post-marienne" est un mirage historiographique. Elle n'a jamais existé que dans l'esprit des spécialistes modernes qui ont cru, par cette expression, pouvoir rendre compte d'une évolution significative en matière de recrutement légionnaire au cours du dernier siècle de la République [...]. En ce sens, l'armée de citoyens pauvres à laquelle l'historiographie moderne a coutume d'attribuer une responsabilité décisive dans la crise et la chute de la République romaine s'apparente, en fait, à une armée imaginaire».

caos y para desestabilizar todavía más a un Estado romano roto por los enfrentamientos internos. Todavía sigue siendo útil para la historiografía moderna refugiarse en la “proletarización” del ejército romano y en las famosas “reformas de Mario” para explicar las razones por las que desapareció el ciudadano-soldado y para aclarar los motivos por los que la República romana terminó dando paso al Principado⁴⁹².

A falta de una base documental sólida capaz de desenmarañar las claves del proceso político y socioeconómico que concluyó con la llegada de Octaviano al poder, el viejo recurso de culpabilizar a la soldadesca romana de la ruina del Estado romano sigue siendo, aun a día de hoy, de gran interés para muchos estudiosos de la época. Ahora bien, aunque diéramos por buenas todas estas premisas y aceptáramos la teoría acerca de la proletarización del ejército tardorrepblicano, la argumentación clásica seguiría siendo incapaz de especificar por sí misma, y de una manera coherente y razonada, por qué un ejército compuesto por los estratos sociales más bajos tuvo que ser, necesariamente, un ejército menos cívico, más desobediente y más indisciplinado.

¿Todo soldado procedente de los sectores menos favorecidos de la sociedad romana era, obligatoriamente, un individuo poco de fiar y carente de valores cívicos? ¿Acaso los ciudadanos más ricos tenían la propiedad exclusiva de lo moralmente correcto? ¿Es el nivel de riqueza, educación y cultura lo único que determina el patriotismo de una persona? ¿Acaso no hubo ningún ejemplo de molicie, corrupción, avaricia y/o traición entre la élite romana?

Nos resulta extraño pensar que aquel soldado, sin recursos y necesitado de una fuente de ingresos, fuera, por naturaleza, desleal hacia aquel (el Estado romano) que le había brindado la oportunidad de enriquecerse en la guerra y de ganarse un futuro tras ella; que el soldado tardorrepblicano no tuviera más ambición que la de lucrarse, que no tuviera pensamiento político, y que fuera una simple marioneta. Y es que, ni la búsqueda de ganancias ni la “profesionalización” del ejército implicaron necesariamente falta de patriotismo y/o deslealtad. Y esto no lo dice el autor de estas líneas, sino que ya lo adelantó Gruen (1974: 366, 374) en su día.

El deseo de prosperar y de ganar en la guerra lo que fuera de ella no has tenido la oportunidad de lograr no debería ser nunca un pretexto irrefutable para tachar a un colectivo entero de rebelde y antipatriota. El que las tropas desearan enriquecerse a través del botín de guerra y/o de los repartos de tierra no es una característica del ejército tardorrepblicano⁴⁹³. Como mínimo, desde la segunda guerra púnica, y, probablemente mucho antes, se puede identificar esta tendencia en las tropas⁴⁹⁴. Ya lo vimos cuando tratamos los problemas de reclutamiento que hubo durante la expansión territorial que protagonizó Roma a lo largo del siglo II a. C.⁴⁹⁵ En función de dónde se

⁴⁹² «Il est clair que ce que l'on appelle "l'armée romaine du Ier siècle av. J.-C." n'existe pas en tant que telle: c'est une construction intellectuelle qui sert à désigner un certain type d'armée et de soldat et à lui assigner une place dans un ordre séquentiel dont la vocation est de fournir un discours explicatif de nature historique» (Cadiou, 2018: 116).

⁴⁹³ Bouquie, 1884: 98; Gruen, 1974: 366-367, 369, 370-371, 374; Hinard, 1990: 154, para quienes, independientemente del periodo, la obtención de riquezas fue una prioridad para el soldado romano.

⁴⁹⁴ Chrissanthos, 1999: 13-46; Keppie, 2001: 132; Keaveney, 2007: 94; Escorihuela, 2022a: 117-136.

⁴⁹⁵ *Vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.3. La crisis del campesino-soldado: ¿el fin del ejército ciudadano?

libraran las campañas militares y de la posibilidad de obtener una mayor o menor cantidad de botín, las tropas fueron más o menos reacias a participar en el *dilectus*. No obstante, no es hasta el siglo I a. C. cuando se habla de tropas revolucionarias. ¿Por qué?

Dos posibles explicaciones ya han sido comentadas en el apartado anterior. La extensión de la ciudadanía romana a la población libre de Italia y la creación de una nueva “mentalidad legionaria” habrían estado, según algunos autores, detrás de la corrupción del ejército. Sin embargo, si en el pasado, como aliados, los itálicos no dudaron en celebrar los éxitos militares de Roma, a pesar de no formar parte de la *ciuitas Romana* y de encontrarse en una posición de clara inferioridad, ¿por qué habrían cambiado las cosas ahora que, además, lo podían hacer como ciudadanos romanos?⁴⁹⁶ En este sentido, ¿sería tan descabellado pensar que, tal vez, la participación en el ejército, con todo lo que eso conllevaba, podría haber sido la manera más rápida y directa de que los nuevos ciudadanos romanos reivindicaran su nuevo estatus, reforzaran su nueva identidad y reclamaran todos los privilegios a los que tenían derecho por su nueva condición ciudadana?⁴⁹⁷ Entonces, ¿qué razones tendrían los nuevos ciudadanos romanos para ser infieles hacia un régimen al que aspiraban formar parte y en el que buscaban reivindicar su nueva posición jurídica y social? Aparentemente, ninguna.

En la mayoría de los casos, se ha descuidado la dimensión política e ideológica del soldado romano y esta es una de las razones por las cuales se ha interpretado negativamente la posibilidad de que el soldado tardorrepblicano desarrollara algo parecido a una suerte de identidad militar y/o legionaria. Desde el momento en el que al ejército sólo se le ha reconocido su capacidad para satisfacer sus intereses materiales, se ha suprimido la posibilidad de que las tropas actuaran movidas por ambiciones menos terrenales. De esta forma, no nos sorprende que todo levantamiento promovido o protagonizado por la soldadesca romana haya sido, normalmente, analizado desde un punto de vista subversivo y como un intento de las tropas de socavar los cimientos del régimen republicano.

En conclusión, dado que el análisis de las principales transformaciones habidas en el ejército romano al final de la República no nos ha permitido reconocer de manera inequívoca las motivaciones reales que llevaron a los soldados a amotinarse y a desafiar a las autoridades políticas y militares romanas, se hace necesario, tal y como avanzamos al inicio de nuestro trabajo y hemos podido advertir a lo largo de este primer capítulo, un análisis disciplinario del ejército romano; pues sólo a partir del estudio de su indisciplina podremos advertir las verdaderas razones que movieron a las tropas a levantarse y a secundar todos aquellos actos de insurrección que, por lo general, han servido para tildar al soldado del siglo I a. C. de revolucionario.

⁴⁹⁶ Cadiou, 2018: 414-415; Brice, 2020c: 119-120.

⁴⁹⁷ Cadiou, 2018: 416-419.

CAPÍTULO II

DISCIPLINA MILITARIS: ¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA DISCIPLINA MILITAR?

1. Introducción

Probablemente, si tuviéramos que definir al ejército romano con un único adjetivo, la inmensa mayoría de nosotros diría, sin temor a equivocarse, que, ante todo, fue un ejército “disciplinado”. Y es que, si por algo se ha distinguido el aparato militar romano ha sido por su aparente disciplina. Como ya vimos en el capítulo introductorio, cuando presentamos el estado de la cuestión de nuestra investigación, la disciplina militar (*disciplina militaris*) ha sido, por excelencia, el rasgo con el que más veces se ha caracterizado en la historiografía clásica y moderna al soldado romano. Independientemente de si hablamos de la República o del Imperio, rara vez se ha cuestionado el cuidado y el esmero con el que el soldado romano cumplió con su deber para con Roma, así como la determinación y el rigor con el que los generales romanos hicieron posible lo primero⁴⁹⁸.

Piedra angular de todo ejército, la disciplina ha garantizado desde antiguo el óptimo funcionamiento interno de todo cuerpo militar, asegurando que el soldado, desde el día de su reclutamiento hasta el momento de su licenciamiento, cumplía con pulcritud y denuedo con todos sus deberes y obligaciones⁴⁹⁹. Esta importancia, conocida por todos los generales y ejércitos de la Antigüedad clásica, no pasó ni mucho menos desapercibida para Roma, convirtiéndose, de hecho, en uno de los *topoi* más habituales de la literatura apologética grecorromana⁵⁰⁰.

A partir de este momento, se nos ha presentado la disciplina militar como la principal herramienta con la que conservar unido al ejército y evitar el abandono de las tropas. No en vano, gracias al adecuado mantenimiento de la disciplina, las autoridades políticas y militares romanas pudieron, según el discurso tradicional, controlar el comportamiento de los soldados, garantizar la lealtad de las tropas, combatir la desafección del ejército, atemperar el ánimo de los hombres y, en definitiva, evitar la aparición de la indisciplina⁵⁰¹.

Ciertamente, a nadie le debería sorprender la difusión de todas estas declaraciones, más aun si tenemos en cuenta el funcionamiento de la sociedad romana y

⁴⁹⁸ «Ce qui est caractéristique dans la discipline des guerriers romains, c’est leur amour de l’ordre, c’est leur soumission à la voix des chefs au milieu du tumulte des armes et dans les ardeurs mêmes de la victoire» (Bouquie, 1884: 98-99). Cf. Bouquie, 1884: 113, 173-174; Andrieux, 1927: 7-8; Horsmann, 1991: 196; Perea, 2003: 125.

⁴⁹⁹ Bouquie, 1884: 173-174; Perry, 1941: 99; Garlan, 2003: 171; Perea, 2003: 115, 125; Chrissanthos, 2013: 312-329; Brice, 2015b: 69-70; 2020c: 113-114; 2020d: 249; McLaughlin, 2015: 48; James, 2019: 106.

⁵⁰⁰ Enn. *Ann.* 5.1; Plb. 6.33-39; Cic. *Rep.* 2.30; 5.1-2; *Tusc.* 2.37-38; Liv. 8.7.16; 9.17.10; 28.27-29; V. Max. 2.7; 6.1.11; Fron. *Str.* 4.1; J. *BJ* 3.15, 71-75, 102-107, 472-479; Tac. *Ann.* 1.20.2, 35.1; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1; 2.12; 3.4.

⁵⁰¹ Bouquie, 1884; Andrieux, 1927; Horsmann, 1991: 196; Perea, 2003: 125; Marques y Bento, 2012: 124-140; Brice, 2014: 62-64; 2015b: 103-121; 2020a: 44-67; 2020b: 44-71; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 261-274.

cómo era su sistema de valores⁵⁰². En una sociedad en donde el aspecto militar era tan importante, es lógico pensar que la disciplina militar adquiriera tal relevancia y significado, máxime si tenemos en cuenta que, de acuerdo con la opinión clásica, fue, precisamente, la disciplina lo que permitió a Roma imponerse a todos sus enemigos⁵⁰³.

Ahora bien, ¿sería posible extrapolar este planteamiento a época tardorrepblicana?

Si aceptamos el discurso tradicional y damos por buena la supuesta decadencia en la que, teóricamente, cayó el ejército romano al final de la República, sería impensable hablar de disciplina; no al menos en un momento de la historia de Roma en el que ejércitos “personales”, tropas “sediciosas” y soldados “revolucionarios” habrían dominado tanto el campo de batalla como la vida política de la *Vrbs*. En una época en la que el ciudadano-soldado habría desaparecido y el soldado “mercenario” habría ocupado su lugar, y en un momento en el que la antigua *militia* cívica romana habría dado paso a un ejército “proletario” y “clientelar”, aparentemente no tendría sentido pensar en términos disciplinarios.

No obstante, desde el momento en el que hemos cuestionado la veracidad de todas estas teorías⁵⁰⁴, se hace necesario, cuando menos, revisar una última vez lo que los romanos entendían por disciplina, para de esta manera comprobar hasta qué punto tanto el ejército romano tardorrepblicano como sus respectivos mandos militares se pudieron desviar de aquellos principios fundamentales que hicieron grande a Roma.

Si en el capítulo anterior fuimos testigos de todos los clichés historiográficos con los que, comúnmente, se ha representado al ejército romano del final de la República, a lo largo de las siguientes páginas estudiaremos un mito historiográfico más, la tradicional disciplina militar romana⁵⁰⁵. Nuestra intención no es rastrear cada detalle de la vida del soldado romano desde el momento en el que entraba en el ejército hasta el día en que lo abandonaba, sino examinar los fundamentos morales, ideológicos, políticos y militares sobre los que se construyó el concepto romano de *disciplina militaris*.

Para tal fin, se abordará, en primer lugar, los conceptos sobre los que se sustentó la célebre disciplina militar romana, así como los valores asociados a ella, y, en segundo lugar, se analizarán los medios utilizados tanto para desarrollar la disciplina en el ejército como para preservarla. La finalidad de nuestro estudio es reproducir el proceso físico y mental por el que el ciudadano romano tenía que pasar hasta transformarse en un soldado disciplinado y dispuesto a abandonar su hogar, enfrentarse a los horrores de la guerra y morir por Roma; comprender los principios “teóricos” sobre los que se

⁵⁰² «A mental and social component of Roman discipline that was too often ignored was status. In a status-conscious society that valued military success as much as Rome, rewards and penalties were extremely important. Every penalty carried with it a loss, just as every reward increased the recipient's status» (Brice, 2014: 63). Cf. Goldsworthy, 1996: 281; Roth, 2012: 753; Lendon, 2014-2015: 56-61; McCall, 2014-2015: 26; Cadiou, 2018: 417-418; Jacotot, 2019; James, 2019: 46, 60, 99-101; Brice, 2020b: 47, 50, 51-52.

⁵⁰³ Cic. *Rep.* 2.30; V. Max. 2.7.pref., 8.pref.; J. BJ 3.71-75, 104-107; D.C. 38.37.3-4, 38, 39.2-5, 40.2-7, 45.4-5; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1; 3.1.

⁵⁰⁴ Vid. *supra* el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación.

⁵⁰⁵ Para una visión clásica y fuertemente estereotipada de la disciplina militar romana, vid. Bouquie, 1884; Andrieux, 1927; Carcani, 1981.

asentó dicha transformación; y, finalmente, presentar cómo debía ser el comportamiento ideal tanto del general como del soldado romanos, para de este modo entender, una vez hayamos analizado el “fenómeno de la insurrección”⁵⁰⁶, en qué medida uno y otro actuaron contra la tradición y si, realmente, podemos considerar al ejército tardorrepblicano un ejército levantisco y revolucionario.

2. Fundamentos básicos

2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el mantenimiento de la disciplina militar

«Voy ahora a hablar del honor más importante y el fundamento del Imperio romano, conservado hasta el día de hoy íntegro e incólume con salutífera perseverancia: el vínculo más tenaz de la disciplina militar en cuyo seno y bajo cuya tutela reposa sereno y tranquilo el Estado de una paz feliz»⁵⁰⁷.

Con estas solemnes y ceremoniosas palabras daba comienzo Valerio Máximo su capítulo dedicado a la disciplina militar (*De disciplina militari*), pieza central de la cultura bélica romana y razón de ser, según su manera de pensar, de la superioridad del Estado romano. Lejos de suponer un hecho aislado, es bastante habitual hallar en la literatura de la época este tipo de manifestaciones patrióticas. Desde Quinto Ennio (*Ann.* 5.1) hasta Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.1), pasando por Cicerón (*Rep.* 2.30), Tito Livio (8.7.16; 9.17.10), Flavio Josefo (*BJ* 3.71-75) y Tácito (*Ann.* 1.20.2, 35.1), son numerosos los autores latinos y griegos que, tal y como pudimos ver al comienzo de nuestro trabajo⁵⁰⁸, se dejaron seducir por la idea de que si Roma se había convertido en un imperio de dimensiones mediterráneas había sido, en buena medida, gracias a la virtud de sus hombres, a la conservación de sus tradiciones y, cómo no, a la disciplina de sus legiones⁵⁰⁹.

Conforme a la tradición clásica, la continua y correcta observancia de la disciplina militar supuso para Roma una obligación inexorable que, no en balde, se debía preservar bajo cualquier circunstancia⁵¹⁰. El hecho de que los romanos condicionaran el bienestar del Estado romano al mantenimiento de la disciplina militar⁵¹¹, hizo que esta última obtuviera en la cultura romana una relevancia mucho mayor que en cualquier

⁵⁰⁶ Vid. *infra* el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión.

⁵⁰⁷ V. Max. 2.7.pref.

⁵⁰⁸ Vid. *supra*, en el capítulo introductorio, el estado de la cuestión de nuestra investigación, en donde se hace un repaso a las principales referencias clásicas y modernas sobre el estudio de la disciplina y la indisciplina en el ejército romano tardorrepblicano.

⁵⁰⁹ «La disciplina militar, enérgicamente conservada, proporcionó al Imperio romano la supremacía de Italia, le concedió el gobierno de muchas ciudades, de grandes reyes y de poderosísimos pueblos; le abrió el paso del estrecho del Ponto, le entregó las barreras demolidas de los Alpes y del monte Tauro y convirtió en sostén de todo el orbe terrestre a aquel pueblo nacido de la pequeña cabaña de Rómulo» (V. Max. 2.8.pref.).

⁵¹⁰ «Rome considèrait la loi suprême de la subordination militaire comme la Pierre angulaire de l'édifice de sa puissance. Dans ses légions, le soldat, pour tout ce qui concernait le service, devait obéir les yeux fermés, instantanément, sans hésitation ni réplique» (Bouquie, 1884: 173-174).

⁵¹¹ «Ningún Estado puede estar feliz ni seguro si es remiso y negligente con la disciplina de sus tropas» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.13). Cf. V. Max. 2.7.pref.

otro pueblo del pasado⁵¹². No en vano, era la disciplina, según Dion Casio (41.30.2), lo que evitaba la “barbarización” del ejército y lo que impedía que el soldado romano se dejara llevar por sus instintos más primarios. Sin ella, el soldado de Roma, de acuerdo con nuestro autor, no era mejor que el celta, el epirota, el cartaginés o el cimbrío, no era mejor que el bárbaro.

A partir de aquí, se ha sugerido la posibilidad de que la disciplina militar fuera una cualidad genuinamente romana, una característica única y ancestral del pueblo romano, y lo que distinguía al soldado de Roma tanto de su parte ciudadana como de otros guerreros de su tiempo, la gran mayoría de ellos “bárbaros”⁵¹³. La voluntad de vincular la disciplina militar a un pasado inmemorial se aprecia bien en determinadas afirmaciones. Una de las más paradigmáticas la encontramos en el *Digesto* (49.15.19.7), cuando se nos dice que «la disciplina de los campamentos [*disciplina castrorum*] fue para los padres romanos más antigua que el cariño a los hijos»⁵¹⁴. Sin embargo, es en las descripciones de las tropas de otros pueblos y/o comunidades vecinas o enemigas de Roma en donde mejor se refleja el interés por convertir a la disciplina militar en un rasgo propio y exclusivo del pueblo romano⁵¹⁵.

Mientras que el soldado romano es, generalmente, representado en positivo, resaltando para ello su *virtus*, su *disciplina* y su *temperantia*, entre otros muchos atributos y cualidades que más adelante explicaremos⁵¹⁶; el “bárbaro” es, normalmente, caracterizado en negativo como un guerrero irracional, indómito, feroz e impulsivo⁵¹⁷. Un buen ejemplo de ello lo hallamos en la descripción que César (*Gal.* 4.1) hace de los suevos. Si bien es cierto que sus palabras denotan cierta admiración, especialmente cuando habla de su fuerza física y de su tamaño, así como de su *cotidiana exercitatio* e, incluso, de su modo de vida, en tanto que les preparaba para el combate, no es menos cierto que, pese a todo, los seguía viendo inferiores a los romanos, ya que, en última instancia, reconocía que, a diferencia de estos últimos, su capacidad militar se basaba,

⁵¹² «Ningún éxito militar ni mérito alguno fue de más valor que la disciplina militar» (V. Max. 2.7.15). Cf. McLaughlin, 2015: 48.

⁵¹³ «One of the aims of *disciplina militaris* was this separation of soldiers from civilians, as well as the maintenance of Roman qualities in soldiers, as opposed to “barbarian” qualities» (Phang, 2008: 4). Cf. Machado, 2017: 21.

⁵¹⁴ A esta terrible conclusión llegó también Valerio Máximo (2.7.6) tras describir cómo Tito Manlio Imperioso Torcuato (cos. 340 a. C.) mandó ejecutar a su propio hijo por haber desobedecido una orden directa: «Consideraste que era preferible que un padre se quedara sin su hijo a que la patria se quedara sin disciplina militar». Cf. Liv. 8.6.14, 16, 7.8, 11-12, 14-22, 8.1.

⁵¹⁵ Horsmann, 1991: 193-196; James, 2019: 99-100, 107-108, 113, 136.

⁵¹⁶ Plb. 2.35.8; Sal. *Jug.* 52.2; J. *BJ* 3.15; D.C. 38.40.8; Horsmann, 1991: 194; James, 2019: 100, 136. Para más información, *vid. infra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano, para una relación de las cualidades vinculadas a la tradicional disciplina militar romana, y el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro, para una explicación de cómo debía ser y comportarse un buen soldado romano conforme a los antiguos valores republicanos. Por último, para una descripción peyorativa del ejército romano tardorrepblicano, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

⁵¹⁷ Plb. 2.35.3, 6; Caes. *Civ.* 2.38.4; Liv. 21.20.8; D.C. 39.45.7; 41.30.2. Asimismo, véase las descripciones que, a lo largo de sus obras, realizaron Floro (*Epitome de Tito Livio bellorum omnium annorum DCC*) y Orosio (*Historiae adversus paganos*) sobre los pueblos “bárbaros”, en general, y sobre los galos y germanos, en particular.

esencialmente, en la fuerza, y no en la disciplina ([...] *quod a pueris nullo officio aut disciplina adsuefacti nihil omnino contra voluntatem faciunt*)⁵¹⁸.

No obstante lo anterior, este tipo de representaciones, aunque relativamente frecuentes⁵¹⁹, no siempre partieron de los mismos estereotipos, pues, al fin y al cabo, dependieron, principalmente, del colectivo que iba a ser retratado. Es decir, si bien galos y germanos fueron descritos, por lo general, en función de su aspecto físico, su fuerza y su agresividad⁵²⁰ —tal y como hemos podido observar en el ejemplo de César—, otros pueblos no romanos fueron representados con arreglo a otros rasgos. Así, por ejemplo, los númidas fueron retratados como traidores⁵²¹, cobardes⁵²² e indisciplinados⁵²³; los alejandrinos como pérfidos y volubles⁵²⁴, inútiles para la guerra y cobardes⁵²⁵; y los judíos como temerarios, temperamentales, indisciplinados y sin experiencia⁵²⁶.

Pese a que la mayoría de los enemigos a los que se enfrentó Roma fueron, en mayor o menor medida, cruelmente estereotipados, esto no significa que los autores romanos (y/o filorromanos) no supieran valorar en sus rivales ciertas aptitudes. De este modo, mientras que se resalta el buen orden y el silencio con el que macedonios, peloponesios, beocios y atenienses formaron junto al bando pompeyano en la batalla de Farsalia de 48 a. C., se critica el desorden, la indisciplinación, la cobardía y la falta de instrucción del resto de aliados, la mayoría de ellos de procedencia asiática y oriental, que mandó reunir Cneo Pompeyo Magno para la ocasión⁵²⁷.

Este tipo de alabanzas no se limitaron a las tropas de ascendencia griega⁵²⁸, lo cual se podría entender, por un lado, debido a las raíces griegas de quienes redactaron estas descripciones (Apiano [n. Alejandría, Egipto] y Dion Casio [n. Nicea, Bitinia], en lo que respecta a la exposición de los aliados pompeyanos) y, por el otro, al grado de romanización de sus gentes, sino que, también, encontramos comentarios positivos en relación a otros pueblos más alejados de la cultura grecorromana, como álbicos⁵²⁹, alóbroges⁵³⁰, nervios⁵³¹, numantinos⁵³² y partos⁵³³, entre otros muchos⁵³⁴.

⁵¹⁸ Esta misma reflexión se encuentra en Dion Casio (38.45.4-5): «Aunque algunos se levantasen con él [junto a Ariovisto, líder de los suevos], no serían superiores a nosotros. Pues sin entrar en otras consideraciones que se refieren a nuestro número, años, experiencia o empresas, ¿de quién no es sabido que nosotros combatimos con el cuerpo guarnecido en todas sus partes, y ellos en cambio con la mayoría de sus miembros al descubierto? ¿que nosotros empleamos cálculo y táctica, mientras ellos ceden en todo a sus impulsos y proceden sin orden? No temáis, por tanto, ni su arrojo, ni el tamaño de sus cuerpos o de sus gritos. Pues a base de voces nunca murió ningún hombre, sus cuerpos no les van a suponer ninguna ventaja [...] y su arrojo es inmenso e impetuoso al principio, pero desaparece pronto y florece breve tiempo». Cf. Horsmann, 1991: 193-194.

⁵¹⁹ James, 2019: 60, 100. Cf. Phang, 2008: 4.

⁵²⁰ Plb. 2.35.3, 6; Caes. *Gal.* 1.39; 4.1; Liv. 21.20.8; D.C. 39.45.7. Cf. Horsmann, 1991: 194; James, 2019: 100, 113.

⁵²¹ Caes. *B.Afr.* 10.3.

⁵²² Sal. *Jug.* 52.2.

⁵²³ Caes. *Civ.* 2.38.4.

⁵²⁴ Caes. *B.Alex.* 7.2.

⁵²⁵ D.C. 39.58.1; 42.42.3.

⁵²⁶ J. *BJ* 3.15, 475.

⁵²⁷ App. *BC* 2.70, 75, 80; D.C. 41.61.1.

⁵²⁸ Para otras referencias, *vid.* Caes. *Civ.* 2.6.3; *B.Alex.* 15.1.

⁵²⁹ Caes. *Civ.* 1.57.3.

⁵³⁰ Caes. *Civ.* 3.59.1; 61.1.

⁵³¹ Caes. *Gal.* 2.15.

Lamentablemente, esta clase de representaciones, aunque, posiblemente, más comunes de lo estimado, nunca llegaron a ser la tónica dominante. En cualquier caso, incluso cuando se hablaba bien de un soldado o general no romanos, era, en la mayoría de las ocasiones, o bien para reforzar, indirectamente, las virtudes guerreras del pueblo romano⁵³⁵, o bien para justificar alguna derrota militar⁵³⁶, o bien para reivindicar el esfuerzo bélico que había hecho Roma durante una determinada campaña⁵³⁷. Y es que, no debemos olvidar que, tanto en la Antigüedad como en la actualidad, todo relato literario ha buscado desde siempre satisfacer una determinada finalidad, ya sea literaria, política, ideológica o militar, y que las caracterizaciones que se hicieron de los enemigos de Roma, tanto las negativas como las positivas, no estuvieron exentas de este principio fundamental.

Sea como fuere, de lo que no hay duda es de la importancia que adquirió la disciplina militar como medio con el que reivindicar la superioridad, ya no sólo militar, sino, también, política e, incluso, moral del pueblo romano⁵³⁸. Como resultado de su disciplina y de su fortuna⁵³⁹, Roma tenía, según la mentalidad filorromana, no sólo la capacidad bélica para imponerse a sus enemigos, sino, también, el derecho a hacerlo⁵⁴⁰.

Así las cosas, podríamos pensar que, dada la relevancia que alcanzó la *disciplina militaris* en la cultura romana, los romanos tendrían una definición inequívoca de la misma, así como una suerte de código o reglamento militar, similar al que podemos encontrar en los ejércitos modernos, que sirviera a las autoridades políticas y militares

⁵³² Vell. 2.1.4.

⁵³³ D.C. 40.14.4.

⁵³⁴ Para más referencias, *vid.* Plb. 3.79.5; Caes. *Gal.* 1.1; 2.27; 4.1-2; *Civ.* 3.110.1; *Sal. Jug.* 6-7.

⁵³⁵ «Al frente de la agrupación rodia estaba Eufórator, más digno de ser comparado por su grandeza de ánimo y valor con nuestros hombres que con los griegos» (Caes. *B.Alex.* 15.1). Para otros ejemplos, *vid.* Caes. *Civ.* 1.57.3; 2.6.3; *Sal. Jug.* 6-7.

⁵³⁶ «Esta ciudad [Numancia] nunca dispuso de más de diez [mil] soldados entre sus jóvenes, pero la ferocidad de su ingenio o la ignorancia de nuestros jefes militares o la indulgencia de la fortuna, llevó a tratados muy indignos [...]» (Vell. 2.1.4).

⁵³⁷ «Pues en general, [los partos] son guerreros poderosos, aunque su mayor timbre —en realidad no han arrebatado territorio alguno a Roma e incluso ocasionalmente han perdido del suyo— es el de no haber sido jamás sometidos, sino que incluso ahora resisten hasta el final las guerras contra nosotros cada vez que se ven arrastrados a ellas» (D.C. 40.14.4).

⁵³⁸ Esta relación se aprecia bien en los *excursus* que Polibio (6.19-42) y Flavio Josefo (*BJ* 3.70-109) realizaron sobre el ejército romano, pues, a partir de sus comentarios y elogios, buscaron, entre otros objetivos, explicar la superioridad bélica de Roma y justificar sus conquistas. *Cf.* J. *BJ* 3.472-479.

⁵³⁹ «Y podrás entender cómo el pueblo romano no se aseguró casualmente, sino por el orden y la disciplina, aunque con el favor también de la suerte» (Cic. *Rep.* 2.30). *Cf.* J. *BJ* 5.122.

⁵⁴⁰ Como así se deduce del discurso que, según Dion Casio (38.38.1-3, 39.1, 3-4, 40.8), pronunció César ante su *consilium*, en 58 a. C.: «Nuestros antepasados, a quienes ni bastó lo que tenían ni satisfizo lo que heredaron [...], ampliaron y engrandecieron considerablemente sus posesiones [...]. Ni la fama ni la posesión de un magno imperio les indujo a elegir una quietud sin gloria y una riqueza sin temor [...]; al contrario, con plena conciencia de que los bienes se preservan mediante la misma conducta que llevó a adquirirlos, aseguraron mucho de lo que tenían y adquirieron mucho más [...]. Ni cubráis de vergüenza los hechos de nuestros padres ni dejéis ir un imperio que es ya el más grande [...]. Debemos obedecer a la fortuna y, dado que por sí sola y sin hacerse llamar asistió a nuestros padres y permanece también a nuestro lado, no darle la espalda. Lo cual tendrá lugar a costa de que no arrojemos las armas ni abandonemos las filas [...]. Cuando alguien dice que no tenemos obligación de hacer la guerra, sus palabras no significan otra cosa sino que no tenemos obligación de ser ricos, ni de mandar a otros, ni de ser libres, ni de ser romanos». *Cf.* J. *BJ* 3.472-479.

romanas de referencia en el momento de aplicarla y conservarla. Nada más lejos de la realidad.

A pesar de la regularidad con la que aparece el concepto de disciplina militar en las fuentes clásicas, más allá de definiciones etimológicas⁵⁴¹, como las que nos brindan autores como Marco Terencio Varrón (*L.* 6.62) e Isidoro de Sevilla (*Etym.* 10.66), no contamos con una definición explícita y genuinamente militar que nos ayude a precisar lo que los romanos entendían por *disciplina militaris*. Nos encontramos, así pues, ante un término de difícil definición y mucho más abstracto y complejo de lo que, en teoría, nos podríamos imaginar.

La situación se complica cuando intentamos comprender su significado a partir de presupuestos actuales, algo que, desgraciadamente, se ha hecho en numerosas ocasiones en la historiografía moderna. En un intento por rellenar el vacío dejado por las fuentes clásicas, son muchos los historiadores que se han aventurado a trasladar a época romana conceptos propios de los ejércitos actuales⁵⁴². Esto, junto al hecho de que, en la mayoría de los casos, se ha aceptado acríticamente el discurso clásico y se ha aprobado sin discusión algunos tópicos sobre el ejército romano, en general, y sobre los modos de castigar la indisciplina, en particular⁵⁴³, ha hecho que, por lo común, se haya equiparado la disciplina militar romana a los medios coercitivos y punitivos empleados para controlar y reprimir a las tropas, y a nada más⁵⁴⁴.

Esta práctica, además de reducir la disciplina a la capacidad que tuvieron los mandos militares romanos de ejercer la violencia sobre sus subalternos, y de mostrar, por consiguiente, sólo el lado más agresivo y negativo de aquella, ha contribuido a perpetuar el mito de la férrea disciplina militar romana, y ha obstaculizado, igualmente, su estudio, al generar en torno a su significado toda clase de estereotipos de lo más desafortunados⁵⁴⁵.

Es cierto que la disciplina es lo que permite el correcto funcionamiento de todo cuerpo militar, desde que se pone en marcha, se despliega, entra en batalla y se repliega; sobre lo que descansa la estructura y organización del ejército; lo que asegura la cadena de mando; sobre lo que se concreta la autoridad militar; lo que determina los límites dentro del ejército, así como los castigos a aplicar si se traspasan dichos límites; y lo que, finalmente, garantiza la lealtad y la obediencia de las tropas⁵⁴⁶. Y no es menos

⁵⁴¹ Robles, 2004: 64-66.

⁵⁴² Para una discusión sobre el tema, *vid. supra*, en el capítulo introductorio, el estado de la cuestión de nuestra investigación.

⁵⁴³ «No gira mi acusación en torno al suplicio, no digo que no deba ser ejecutado nadie con el hacha, no afirmo que convenga eliminar el miedo de la disciplina militar, la severidad del mando, el castigo de la infamia. Reconozco que con gran frecuencia se ha ejercido el castigo severa y duramente, no ya sobre aliados, sino sobre conciudadanos y soldados nuestros» (Cic. *Ver.* 5.133). *Cf.* Cic. *Clu.* 128; V. *Max.* 2.7; J. *BJ* 3.103-104; Tac. *Ann.* 1.20.2, 35.1; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.3, 12; 3.4.

⁵⁴⁴ Bouquie, 1884; Judson, 1888: 38; Andrieux, 1927; Nicolet, 1980: 106; Carcani, 1981; Le Bohec, 2004: 83; Goldsworthy, 2011: 101; Brice, 2020b: 46; Pérez Carrandi, 2020a: 247.

⁵⁴⁵ «Les Romains, qui furent incontestablement le peuple le plus militaire de l'antiquité, ont senti l'intérêt qu'il y avait à pratiquer dans l'armée une discipline ferme. Ils se sont efforcés de donner aux soldats conscience de leurs obligations, de leurs devoirs; ils ont frappé sans faiblesse, parfois même avec barbarie, ceux qui s'en écartaient [...]» (Andrieux, 1927: 5). *Cf.* Aguado, 2015: 264.

⁵⁴⁶ «Thus discipline becomes an inseparable feature of the army, and its nature and strength are the true measure of an army's efficiency. Therefore commanding and obeying are characteristics of discipline

cierto que, gracias a la disciplina, las autoridades militares romanas pudieron, en medio del caos de la batalla y de la barbarie de la guerra, dirigir a sus hombres, restaurar la moral de las tropas, templar el malestar de los soldados y combatir la insurrección del ejército⁵⁴⁷.

Sin embargo, no podemos reducir el concepto de *disciplina militaris* a la mera observancia y cumplimiento de las normas y reglas de un determinado cuerpo militar — en nuestro caso, el romano —, puesto que, si bien es cierto que, tal y como reconoce James (2019: 104), la disciplina denota, por definición, «entrenamiento, método y conducta ordenada», para los romanos significó mucho más que mandar y obedecer órdenes⁵⁴⁸.

Conforme a Phang (2008: 1, 4), «la *disciplina militaris* pretendía controlar a los soldados en más aspectos que la obediencia o la disciplina formal». Según su opinión, la disciplina militar romana era una «ideología altamente moralista y conservadora». Y es que, al igual que la represión y la obediencia, el castigo cubría sólo una parte del campo semántico del término romano *disciplina militaris*, y no la totalidad del mismo, el cual, de acuerdo con Horsmann (1991: 187-188), incluía, además, un componente mental (*mentale Komponente*), complementario al tradicional componente físico (*körperlicher Komponente*), que iba más allá de la parte propiamente física de la disciplina militar, a saber, la instrucción, el entrenamiento, las tareas, los trabajos y los castigos⁵⁴⁹.

Dicho componente mental reflejaría, según Chrissanthos (2013: 312-313), tanto los valores e ideales de la sociedad romana como su respuesta a quienes dentro de ella no cumplían con las normas de comportamiento establecidas⁵⁵⁰. Asimismo, abarcaría

which may be defined as a training in the development of physical and mental habits in each individual to enable him to interpret the spirit of orders accurately, to enable him to co-operate harmoniously and efficiently with his comrades and to pursue given objectives unhesitatingly and unflinchingly» (Perry, 1941: 99). Cf. J. BJ 3.102-106; Perea, 2003: 115; Garland, 2003: 171; Chrissanthos, 2013: 312-313; Brice, 2014: 62, 64; 2015b: 69-70; 2020c: 113-114; 2020d: 249; McLaughlin, 2015: 48; James, 2019: 106.

⁵⁴⁷ «A pesar de tener [Lucio Emilio Paulo] en su campamento unos soldados tan sediciosos y tan irresponsables, y un enemigo personal tan significado, tan osado, tan elocuente para sublevar a la masa, no hubo en su ejército ningún amotinamiento. Esa misma severidad en el mando que ahora aborrecen los contuvo entonces. Y así, mantenidos bajo una disciplina a la antigua, no dijeron ni una palabra ni hicieron ningún movimiento de carácter sedicioso» (Liv. 45.37.1-2).

⁵⁴⁸ «The Roman military has a reputation for brutal discipline, but it is important to recognize that military discipline is more complex than adherence to orders or punishment of infractions; it is a means of control that included physical, mental, and social components reinforced with positive as well as negative sanctions» (Brice, 2014: 62). Cf. Le Bohec, 2004: 144; Roth, 2012: 752-753; Brice, 2014: 64; James, 2019: 108.

⁵⁴⁹ «Die mentale Komponente der *disciplina militaris* meint nämlich all die Fähigkeiten römischer Heere, die sich nicht mit einer bestimmten Übung oder einem Ausbildungsteil beschreiben lassen, deren Substanz vielmehr durch diese allenfalls indirekt und auch auf ganz andere Weise gewonnen wird» (Horsmann, 1991: 188). Cf. Brice, 2014: 62; 2020b: 47; 2020c: 113; 2020d: 249; McLaughlin, 2015: 47.

⁵⁵⁰ En la misma línea, se encuentra el razonamiento de Hölkeskamp (2011: 175): «As the role of the citizen as soldier is an ideologically constitutive role of Romanness for the often-quoted man in the Roman street, an ethos of military discipline, subordination and absolute obedience to the consul as holder of *imperium* and, by virtue of this power, as commander-in-chief is at the heart of a civic ideology that underpins a concomitant civic code of behaviour. This code, shared by the *populus Romanus* as a whole, is centred on obedience, deference and the acceptance of hierarchical order, the superiority of the ruling class and the authority of its individual members in their constitutive role as elected holders of *imperium* – and it includes the ideological axiom that military discipline is the basis of a collective Roman claim to power, glory and superiority over the rest of the world». Asimismo, vid. Giuffrè, 1980b: 242-243, para un punto de vista similar al de Hölkeskamp.

también una amplia gama de significados que, con el tiempo, terminarían representando los valores sociales y marciales de los propios soldados.

No obstante, ¿de qué valores estamos hablando? ¿Sobre qué principios se articuló la *disciplina militaris*?

Si aceptamos, de acuerdo con Brice (2014: 62), que la disciplina militar fue para los romanos «un medio de control que incluía componentes físicos, mentales y sociales reforzados con sanciones tanto positivas como negativas», no sería posible, en opinión de James (2019: 106), aplicar dicha disciplina sin la existencia previa de una tradición y de una ideología que hicieran posible su efectiva implantación. Es decir, la disciplina militar requeriría, desde un punto de vista antropológico, de la existencia de una serie de referentes políticos, militares, sociales y morales que sirvieran de modelo a la hora de transmitir los preceptos conforme a los cuales se debía conducir la maquinaria bélica romana y se debía comportar tanto el general como el soldado romanos⁵⁵¹.

Llegado a este punto, para poder desarrollar esta última idea y comprender de qué fuentes se nutrió la *disciplina militaris* en época republicana, debemos retomar la cuestión de si existió o no algo parecido a un código o reglamento militar que regulara el funcionamiento interno del ejército romano, en general, y que gestionara la aplicación de la disciplina, en especial.

A diferencia de lo que estamos acostumbrados a ver en los ejércitos actuales, el ejército romano republicano ni dispuso de un código formal y escrito ni se rigió por ningún reglamento oficial y uniforme⁵⁵². Pese a la importancia que, tradicionalmente, ha tenido la disciplina militar romana, todo lo concerniente a ella se diluye entre tradición heredada⁵⁵³ y experiencia adquirida⁵⁵⁴, haciendo imposible la tarea de discernir dónde acaba la una y empieza la otra. Es más, una vez que nos iniciamos en la lectura de los

⁵⁵¹ «Les récits de guerres qui avaient bercé son enfance, une austère éducation, l'idée dominante qu'il ne prenait les armes que pour l'acquittement d'une dette personnelle envers la patrie, et, envisagée sans crainte, la pensée toujours présente de la mort faisaient entrer dans l'âme et presque dans le sang du soldat de Rome l'abnégation et le dévouement. Ils l'imprégnaient de la virilité de la race, d'un passé de souvenirs glorieux et lui communiquaient, avec le véritable esprit militaire, une incroyable énergie morale» (Bouquie, 1884: 188). Cf. Campbell, 1987: 20; Lendon, 2005: 282, 284; Coulston, 2013: 21; McLaughlin, 2015: 48, 50; James, 2019: 5-6, 9, 15, 52.

⁵⁵² «Per l'exercitus repubblicano 'classico' sarebbe stato impensabile un qualche regolamento disciplinare. Al più poteva essere fissata la disciplina intesa come complessa arte di predisporre e far eseguire a singoli e reparti manovre corrette ed efficienti» (Giuffrè, 1980b: 242). Sobre la posibilidad de que, en época bajoimperial y tardía, se elaborara una suerte de «Derecho militar romano» a partir de la tipificación de algunos delitos militares, de la creación de una jurisprudencia propia y de la redacción de tratados prescriptivos sobre asuntos militares (*de re militari*), así como de *mandata* y edictos imperiales, y de algunas *constitutiones* o leyes imperiales (*Codex Theodosianus*; *Digestum*), vid. Andrieux, 1927: 6, 18-19; Nicolet, 1980: 405; Perea, 2003: 115-116, 118; Le Bohec, 2004: 161; Southern, 2006: 145; Phang, 2008: 26; Roth, 2012: 753; James, 2019: 107; Pérez Carrandi, 2020a: 239.

⁵⁵³ «La disciplina militar que, transmitida de mano en mano ya desde los mismos orígenes de Roma, había llegado a constituir una forma de arte organizada con enseñanzas ininterrumpidas» (Liv. 9.17.10). Cf. Andrieux, 1927: 18-19; Campbell, 1987: 20; Lendon, 2005: 282, 284; Phang, 2008: 26; Marques y Bento, 2012: 138; Coulston, 2013: 21; McLaughlin, 2015: 48, 50; James, 2019: 52, 122, 131.

⁵⁵⁴ «Los antiguos, enseñados por la experiencia, prefirieron la disciplina al número [...]. De esta manera, los romanos, casi continuamente envueltos en guerras con diferentes naciones de distintas partes del mundo, se vieron capaces de oponérseles en cada ocasión. La excelencia de su disciplina bastó para que sus pequeños ejércitos enfrentaran a todos sus enemigos con éxito» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.1). Cf. Caes. Civ. 2.8.3; Liv. 44.36; Campbell, 1987: 20; Brice, 2015b: 104; 2020a: 58, 62; James, 2019: 135.

clásicos y en los principales tratados sobre romanística⁵⁵⁵, nos percatamos de que, efectivamente, la *disciplina militaris* se basó, fundamentalmente, en la costumbre (*mos maiorum*⁵⁵⁶), y no en la ley⁵⁵⁷. Hablamos de un código social, y no legal, transmitido a través de *exempla*⁵⁵⁸, de un área altamente consuetudinaria e informal sujeta a la tradición y a los caprichos del comandante de turno⁵⁵⁹.

El hecho de que Roma no contara con una legislación militar con la que regular el comportamiento del ejército, llevó a las autoridades políticas y militares romanas a buscar en la experiencia y en la tradición los referentes y principios “legales” sobre los que justificar sus actos. Esta realidad se aprecia bien en las fórmulas empleadas por los autores griegos y romanos para legitimar las resoluciones llevadas a cabo por los generales romanos. O bien se amparaban en “los ancestros” para explicar que sus decisiones se habían tomado con arreglo a cómo se había actuado en el pasado⁵⁶⁰, o bien utilizaban términos y conceptos tan imprecisos y ambiguos, pero, al mismo tiempo, tan cargados de significado, como disciplina “tradicional” o “a la antigua” y como “ley patria”, “ley de la milicia” o “ley militar”, para hacer ver que, ante todo, se había actuado con base en la tradición, y no como consecuencia de un impulso inconsciente y arbitrario.

⁵⁵⁵ Mommsen, 1899; Brand, 1968; Giuffrè, 1974; 1980ab; Jung, 1982.

⁵⁵⁶ Para más información acerca del concepto de *mos maiorum*, vid. Blösel, 2000: 25-97; Pina Polo, 2004: 147-172; 2011: 53-77. Igualmente, vid. Liv. 28.27.12; Hölkeskamp, 2011: 175; McLaughlin, 2015: 50; James, 2019: 122, 131-132, 135, 174, para una relación entre *mos maiorum* y *disciplina militaris*.

⁵⁵⁷ Sobre la ausencia de un código, reglamento o legislación militar en época republicana, vid. Andrieux, 1927: 6, 18-19, 59; Giuffrè, 1980b: 242-243; Nicolet, 1980: 106; Perea, 2003: 116, 118, 137; Chrissanthos, 2004: 354; Phang, 2008: 26, 135; Roth, 2012: 753-754; Brice, 2014: 63; 2020a: 58; 2020b: 46; James, 2019: 16, 122, 131.

⁵⁵⁸ «The *mos maiorum* denotes the cumulative wisdom of the ancestors, both feminine and masculine, and was the fountainhead of Roman discipline. The Roman army was governed by no official, uniform set of regulations and, even if that were the case, that still leaves unanswered what discipline precisely is and from what source it derives [...]. Discipline refers to training and its methods for adapting behavior and, therefore, it is essentially wisdom. This knowledge was transmitted through stories, among other forms, in which we can detect the various mythic archetypes. Legendary and mythic heroes reinforce the culture while also transcending it and range» (James, 2019: 131). Cf. Bouquie, 1884: 188; Campbell, 1987: 20; Lendon, 2005: 282, 284; McLaughlin, 2015: 50; James, 2019: 52.

⁵⁵⁹ «Nella figura del comandante confluivano e si esprimevano, a prescindere dallo spirito virile e da eventuali connotati carismatici, competenza in materia bellica e, insieme, autorevolezza e potestà assoluta di comando (*imperium 'militiae'*). I subordinati partecipavano all'ethos collettivo della 'nazione armata', del cittadino-soldato, riconoscendo ai gruppi dirigenti, depositari della tradizione, il potere sacrale dell'amministrazione della violenza'. La *disciplina*, in ogni sua accezione, era *tradita per manus*. Inimmaginabile appariva ogni regolamentazione delle situazioni di obbedienza, non individuandosi alcun 'rapporto' tra l'arbitrio del capo e la posizione del *miles* da lui dipendente» (Giuffrè, 1980b: 242-243). Sobre el problema de la arbitrariedad a la hora de aplicar la disciplina en el ejército romano, vid. D.H. 10.18.2-3; 11.43.2; J. BJ 3.103; App. BC 3.56; D.C. 48.29.3; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Bouquie, 1884: 178; Andrieux, 1927: 6-7, 18-19, 58-59; Marín y Peña, 1956: 240; Pina Polo, 1989: 209-210; Cordente, 1991: 178; Espejo, 1996: 106; Vallejo, 1998: 171; Chrissanthos, 1999: 9-10; 2004: 354; 2013: 322; Cosme, 2003b: 303-304; Perea, 2003: 116, 137; Southern, 2006: 147; Rawlings, 2007: 51; Phang, 2008: 135; Brice, 2014: 63; 2020a: 52-53, 58; 2020b: 49-50; 2020d: 249; James, 2019: 37, 122; Pérez Carrandi, 2020a: 243.

⁵⁶⁰ «En efecto, nuestros antepasados establecieron que, si eran muchos los que habían cometido un crimen contra la disciplina militar, se castigara a unos cuantos por suerte, esto es, con el fin de que el temor recayera sobre todos y el castigo sobre unos pocos [...]. Por eso, para que nadie en la guerra faltase a su deber por miedo al enemigo, nuestros antepasados le impusieron un miedo aún mayor, el de la muerte y del suplicio; pero, para que no fueran muchos los que sufrieran la pena de muerte, se instituyó este sorteo» (Cic. *Clu.* 128). Cf. Cic. *Clu.* 129; Liv. 5.6.17.

De esta forma, en 340 a. C., Tito Manlio Imperioso Torcuato justificó la necesidad de ejecutar a su propio hijo, argumentando que «era precisamente ahora cuando la disciplina militar debía ser reconducida a su antigua práctica [*tunc uti disciplina militaris ad priscos redigeretur mores*]»⁵⁶¹; en 325 a. C., Lucio Papirio Cursor acusó a su *magister equitum* Quinto Fabio Máximo Ruliano de haber actuado «en contra de la práctica militar y la disciplina de nuestros antepasados y la voluntad de los dioses [*adversus morem militarem disciplinamque maiorum et numen deorum*]»⁵⁶²; en 206 a. C., Publio Cornelio Escipión Africano se enfrentó a los líderes del motín de Sucro y les acusó de haber atentado contra él, contra Roma, contra sus familias, contra los dioses y el juramento militar, contra los auspicios bajo los que militaban, contra la majestad del mando supremo y «contra las costumbres de la vida militar y la disciplina tradicional [*adversus morem militiae disciplinamque maiorum*]»⁵⁶³; en 168 a. C., Lucio Emilio Paulo, decidió, nada más tomar el mando del ejército de Macedonia, mantener a sus hombres «bajo una disciplina a la antigua usanza [*antiqua disciplina milites habuerat*]»⁵⁶⁴; en 109 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico se negó a emprender cualquier acción bélica «hasta obligar a los soldados a ejercitarse en la disciplina tradicional [*quam maiorum disciplina milites laborare coegisset*]»⁵⁶⁵; y, en 14 d. C., ya en época imperial, Tácito nos describe, primero, cómo el *praefectus castrorum* Aufidieno Rufo se afanó por restablecer en las legiones de Panonia «la vieja y dura vida militar [*antiquam duramque militiam revocabat*]»⁵⁶⁶, y cómo, poco después, Germánico reprendió a los soldados de las legiones de Germania, «preguntándoles dónde estaba la subordinación militar, dónde el honor de la vieja disciplina [*ubi modestia militaris, ubi veteris disciplinae decus*]»⁵⁶⁷.

Del mismo modo, en 49 a. C., Cayo Julio César se sirvió de la «ley patria» para castigar a la *VIII* legión por haberse amotinado en *Placentia*⁵⁶⁸; en 48 a. C., los oficiales de César, avergonzados de la cobardía que habían demostrado en Dirraquio, pidieron a su general que, «de acuerdo con la ley patria, echara la suerte entre ellos y diera muerte a la décima parte»⁵⁶⁹; en 44 a. C., Marco Antonio, al tanto de los movimientos subversivos de Octaviano, primero, se auxilió en «la ley de la milicia»⁵⁷⁰, para aplicar una *decimatio* atenuada, y, después, exigió obediencia a sus tropas y que se

⁵⁶¹ Liv. 8.6.14.

⁵⁶² Liv. 8.32.7.

⁵⁶³ Liv. 28.27.12.

⁵⁶⁴ Liv. 45.35.6.

⁵⁶⁵ Sal. *Jug.* 44.3.

⁵⁶⁶ Tac. *Ann.* 1.20.2. Cf. Tac. *Ann.* 3.21.

⁵⁶⁷ Tac. *Ann.* 1.35.1. Cf. Tac. *Ann.* 3.21.

⁵⁶⁸ «Μαρτυράμενος οὖν ἐμαντὸν τῆς ἐς ὑμᾶς μέχρι δεῦρο φιλοτιμίας χρῆσομαι τῷ πατρίῳ νόμῳ καὶ τοῦ ἐνάτου τέλους, ἐπειδὴ μάλιστα τῆς στάσεως κατῆρξε, τὸ δέκατον διακληρώσω θανεῖν» (App. *BC* 2.47).

⁵⁶⁹ «Οἱ δέ, θεοῦ σφᾶς ἐπὶ μετάνοιαν ἄγοντος, τὸ ἀμάρτημα ἡδοῦντο καὶ τοῦ Καίσαρος αὐτοῖς ἐπιμεφομένου τε πρῶως καὶ συγγνώμην διδόντος ἔτι μᾶλλον ἡρεθίζοντο καθ' ἑαυτῶν καὶ ἐκ παραδόξου μεταβολῆς ἐκέλευον τῷ πατρίῳ νόμῳ διακληρώσαντα αὐτοὺς τὸ δέκατον μέρος ἀναιρεῖν» (App. *BC* 2.63).

⁵⁷⁰ «Αἰτήσας δὲ παρὰ τῶν χιλιάρχων τοὺς στασιώδεις (ἀνάγραφτος γάρ ἐστιν ἐν τοῖς Ῥωμαίων στρατοῖς αἰεὶ καθ' ἓνα ἄνδρα ὁ τρόπος) διεκλήρωσε τῷ στρατιωτικῷ νόμῳ καὶ οὐ τὸ δέκατον ἅπαν, ἀλλὰ μέρος ἕκτεινε τοῦ δεκάτου, νομίζων σφᾶς ὧδε καταπλήξειν δι' ὀλίγου» (App. *BC* 3.43). Cf. App. *BC* 3.44, 53.

comportaran con arreglo «a las leyes de la patria y de la milicia»⁵⁷¹; y, en 36 a. C., ante los intentos de insurrección de sus hombres, Octaviano hizo lo propio y «les recordó en tono amenazador las leyes de la patria, así como los juramentos y los castigos»⁵⁷².

Pero, ¿qué valores encerraba el término “disciplina tradicional”? ¿A qué ideales se hacía referencia cuando se hablaba de las “leyes de la patria”? Para comprender el significado de todas estas acepciones debemos hablar, en primer lugar, de los conceptos asociados a la *disciplina militaris*.

2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano

«Aunque, desde luego, la naturaleza nos ha impuesto a todos la muerte, la virtud suele rechazar la crueldad y el deshonor en la muerte, y la virtud es propia de la raza y sangre romanas. Conservad —os lo ruego—, ciudadanos, esta virtud que os dejaron como herencia vuestros mayores; todo lo demás es falso, incierto, perecedero, variable, sólo la virtud está afianzada en profundísimas raíces, de modo que nunca puede ser derribada por fuerza alguna, nunca movida de su sitio. Por esta virtud vuestros mayores sometieron primero Italia entera, después destruyeron Cartago, arrasaron Numancia, sometieron a la jurisdicción de esta hegemonía a los reyes más poderosos y a los pueblos más belicosos»⁵⁷³.

Seguramente, una de las mejores formas de valorar el alcance del concepto romano de *disciplina militaris*, sin el riesgo de caer en apriorismos innecesarios y sin el peligro de contaminar su definición con interpretaciones modernas y alejadas de los ideales propios del pensamiento bélico romano, sea a través del estudio de aquellos principios y valores que, en su momento, dotaron de sentido y significado al término⁵⁷⁴. Para tal fin, hemos creído conveniente comenzar nuestro análisis con el examen de la palabra *virtus*, habida cuenta de la relevancia que obtuvo este concepto en la cultura romana⁵⁷⁵ y de la estrecha relación que hubo entre *virtus militum* y *disciplina militaris*⁵⁷⁶.

⁵⁷¹ «“Ἄλλ' ὁ μὲν φθόνος οἰχέσθω, κεκορεσμένος, ἔφη, καὶ τοῖς ἀμαρτήμασι καὶ ταῖς κολάσεσι· τὰς δὲ ἑκατὸν δραχμὰς ὑμῖν οὐ δωρεάν (οὐ γὰρ τοῦτ' ἔστι τῆς Ἀντωνίου τύχης), ἀλλὰ τῆς πρώτης ἐς ὑμᾶς ἐντεύξεως προσαγορευτικὸν μᾶλλον ἢ δωρεάν ἐκέλευσα δοθῆναι, καὶ χρή νόμῳ πατρίῳ τε καὶ στρατιωτικῷ καὶ ἐς τάδε καὶ ἐς πάντα εὐπειθεῖς ὑπάρχειν”» (App. BC 3.44).

⁵⁷² «Περὶ δὲ τῆς ἀστρατείας ὑπεμίμησκει σὺν ἀπειλῇ τῶν πατρίων νόμων τε καὶ ὅρκων καὶ κολάσεων» (App. BC 5.128).

⁵⁷³ Cic. *Phil.* 4.13. Cf. Cic. *Mur.* 22; *Rep.* 1.1; *Tusc.* 2.43.

⁵⁷⁴ «Allerdings ist die *disciplina militaris*, wie die *disciplina* insgesamt, als Wert eine schwierige Komposition, die sich aus diesem Grund wohl nie zur eigenständigen Tugend entwickelt hat und von den antiken Theoretikern nicht klar beschrieben bzw. definiert worden ist. Man muß sich daher den hinter ihr verborgenen Tugenden zuwenden, will man per definitionem besseren Aufschluß über ihren Gehalt gewinnen» (Horsmann, 1991: 188).

⁵⁷⁵ «In all accounts of ancient Roman values *virtus* holds a high place as a traditional quality that played a central part in war, politics, and religion. So close was the identification of *virtus* with Rome that when *virtus* was honored with a state cult, the image chosen for the cult statue was the same as that of the goddess Roma herself an armed amazon. *Virtus* was regarded as nothing less than the quality associated with, and responsible for Roman greatness, and was central to the construction of the ancient Roman self-image» (McDonnell, 2006: 2). Cf. McCall, 2014-2015: 26; Schrader, 2016.

⁵⁷⁶ Sobre la relación entre *virtus militum* y *disciplina militaris*, vid. Rosenstein, 1990: 92-113; McDonnell, 2006; 2011: 29-41; Phang, 2008; Thuillier, 2011: 65-111; Roth, 2012: 750-758; Coulston, 2013: 14; London, 2014-2015: 56-61; McLaughlin, 2015: 47-51; James, 2019.

Aunque el significado del término *virtus*, al igual que el de otros muchos conceptos latinos y griegos, dependió, fundamentalmente, del periodo y del contexto en el que fue utilizado⁵⁷⁷, hablamos de una palabra que, por lo general, ha servido para expresar las cualidades civiles y marciales que debía poseer un buen ciudadano y soldado romanos⁵⁷⁸. Si bien la *virtus* también se podía manifestar en la esfera privada⁵⁷⁹ y en el ámbito civil —especialmente en el desempeño de las habituales magistraturas del *cursus honorum* romano⁵⁸⁰—, fue en el terreno militar en donde más sobresalió⁵⁸¹.

Desde un punto de vista etimológico, la palabra *virtus* —de *vir* (hombre)— se puede definir como hombría, virilidad y/o masculinidad (*vir fortis*). A partir de esta asociación (*vir* – *virtus*), la *virtus* se ha considerado tanto la cualidad del hombre por excelencia como lo que caracteriza el comportamiento ideal del hombre⁵⁸²; más concretamente, del ciudadano-soldado romano, es decir, del hombre física, económica y moralmente apto para formar parte del *exercitus Romanus*⁵⁸³.

Ahora bien, ¿de qué manera debía expresar su *virtus* un soldado romano? Y, lo que es más importante, ¿cómo debía comportarse un buen soldado romano en términos disciplinarios?

⁵⁷⁷ «Like most complex abstractions, the term *virtus* does not directly translate into any other language. The term denotes multiple notions such as courage, steadfastness, manliness and, in time, virtue itself, that were shaped by the historical and cultural context of ancient Rome» (James, 2019: 5). Cf. McDonnell, 2006: *passim*; Coulston, 2013: 14; Schrader, 2016: *passim*.

⁵⁷⁸ Le Bohec, 2004: 145; Coulston, 2013: 14; Lendon, 2014-2015: 56-61; Cadiou, 2018: 417-418; James, 2019: 46-47, 51.

⁵⁷⁹ McDonnell, 2006: 168-173; James, 2019: 46.

⁵⁸⁰ «*Virtus* was courage in service of the community, the *res publica*, which inspired competition for glory. Ancient Rome had a conservative collectivist ideology. While it was possible to evince courage in one's private life, courage only became *virtus* in the context of public service performed and in view of others» (James, 2019: 46). Cf. Le Bohec, 2004: 145; McDonnell, 2006: 11, 134-141, 213, 388; Coulston, 2013: 14; Schrader, 2016: 90-93; James, 2019: 51.

⁵⁸¹ Horsmann, 1991: 189; McDonnell, 2006: 5, 59-71, 370; Schrader, 2016: 84, 87; James, 2019: 16, 45, 99.

⁵⁸² «En realidad la palabra virtud deriva de *vir*; ahora bien, la característica esencial de un *vir* (hombre) es la fortaleza, cuyas funciones principales son dos: el desprecio de la muerte y el desprecio del dolor, de manera que debemos ponerlos en práctica si queremos estar en posesión de la virtud, o, mejor dicho, si queremos ser hombres, puesto que la virtud ha tomado su nombre de *viris* (hombres)» (Cic. *Tusc.* 2.43). Cf. Bouquie, 1884: 52; Alston, 1998: 206-209; James, 1999: 16; Le Bohec, 2004: 145, 269; McDonnell, 2006: 2-3, 9-10, 72, 96, 159, 161; Phang, 2008: 17, 33, 92-100, 229; Coulston, 2013: 14; Cadiou, 2014-2015: 35; 2018: 96-99; Lendon, 2014-2015: 60; McLaughlin, 2015: 47; James, 2019: 5, 16, 45-47, 95-96, 173.

⁵⁸³ «*Vir* is one of a number of Latin words that denote a man. It is usually carries positive connotations, and often refers to a politically active man, as opposed to *homo*, which is frequently coupled with an adjective that denotes the status a man is born into (*nobilis*, *novus*, *Romanus*), or with a pejorative adjective. It is the close connection between *vir* and Roman citizenship that informs the usages of *virtus*» (McDonnell, 2006: 2). En principio, esta premisa dejaba fuera a las mujeres, a los niños, a los esclavos, a los extranjeros, y, en definitiva, a todos los varones que no se encontraran dentro del sistema tradicional de valores romano. Así, nos lo explica James (2019: 101): «Citizenship was not a right but a privilege, which was acquired by those that performed military service, which was true for virtually all classical city-states [...]. The *res publica* was founded and defended by men, citizen-soldiers to be precise, and therefore it was not designed or even intuitive for the system to be egalitarian, that is to accord the privileges of citizenship to women, slaves, or males without a stake in the system» Cf. Alston, 1998: 205-223; James, 1999: 18; McDonnell, 2006: 159-168; James, 2019: 99-101; 120-121.

En una sociedad como la romana, en donde el honor era tan importante y cuyo ideal social era el héroe de guerra⁵⁸⁴, la *virtus*, en opinión de McCall (2002: 83; 2014-2015: 26) y Lendon (2014-2015: 58), necesitaba del conflicto y del combate para ser probada. Así pues, todo soldado romano que fuera valorado conforme a su *virtus* debía acreditar que era digno de portar las armas romanas, que poseía una buena predisposición para la batalla y que tenía una buena actitud ante la derrota⁵⁸⁵. De esta forma, la *virtus* se acabó convirtiendo en la base del comportamiento romano ante la guerra y la muerte, y terminó adquiriendo un sentido mucho más amplio que el originario. Y es que, tal y como veremos a continuación, la palabra *virtus* se fue dotando con el paso del tiempo de cada vez más matices y significados —tales como valor (*animus, audacia*), coraje (*fortitudo*), honor (*honos*) o ímpetu (*ferocitas, furor, impetus, ira, temeritas*)—⁵⁸⁶, hasta, finalmente, entrar en contacto con nuestro concepto de *disciplina militaris*.

Según el pensamiento tradicional bélico romano, un buen soldado romano debía demostrar valor en el combate, coraje en la lucha y honor en la muerte⁵⁸⁷. La valentía y la bravura fueron cualidades muy bien valoradas durante toda la República romana, especialmente durante sus primeros siglos de vida, cuando la joven aristocracia romana, por medio de los combates singulares (*monomachiae*)⁵⁸⁸, la exhibición de sus heridas y cicatrices de guerra⁵⁸⁹, la ostentación de sus condecoraciones militares⁵⁹⁰ y la exposición de sus trofeos (*spolia opima*)⁵⁹¹, buscó, por un lado, reproducir el arquetipo

⁵⁸⁴ «L'honneur militaire, sentiment tout de convention mais admirable, dont le germe ne se trouve pas dans la loi mais qui naît spontanément dans le cœur dès que l'on s'abrite sous le drapeau, n'est-ce pas ce sentiment qui était à la fois le levier et le frein moral des milices romaines? Être noté d'infamie, voilà le châtement que le soldat de Rome craignait par dessus tous les autres; il préférait l'honneur à la vie; la honte le frappait plus que la mort; un blâme public lui était tout aussi cruel que les verges» (Bouquie, 1884: 138). Cf. Phang, 2008: 3; Cadiou, 2014-2015: 35; 2018: 417-418; Jacotot, 2019.

⁵⁸⁵ «Good soldiers possessed the discipline necessary to bear up under the intense physical and mental pressures of close combat, maintain their assigned positions within their particular units, and do what the system required of them» (Rosenstein, 1990: 96). Cf. Caes. *B.Alex.* 23.1; Cic. *Tusc.* 2.43; Liv. 5.27.8.

⁵⁸⁶ Phang, 2008: 46-49.

⁵⁸⁷ «Good soldiers stood their ground, and when things got tough, they died where they stood» (Rosenstein, 1990: 103). Cf. Caes. *B.Alex.* 23.1; Cic. *Cato.* 20.75; *Tusc.* 1.101; 2.43; J. *BJ* 3.92; Rosenstein, 1990: 96; Horsmann, 1991: 189; Goldsworthy, 1996: 264-276, 279-281; Lendon, 2005: 176, 259, 312; Harris, 2006: 300-320; McDonnell, 2006: *passim*; Bragg, 2008: 7-24; Phang, 2008: 46-49; Coulston, 2013: 14; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 63; McLaughlin, 2015: 47; Schrader, 2016: 83, 87-88, 99, 101, 102; James, 2019: 5, 8, 16-17, 45-49, 51, 57-59, 81, 95-96.

⁵⁸⁸ Caes. *B.Hisp.* 25.3-7; Liv. 48; V. Max. 3.2.21; Plu. *Mar.* 3.3; Oakley, 1985: 392-410; Goldsworthy, 1996: 264-271; Lendon, 2005: *passim*; Harris, 2006: 305-306; McDonnell, 2006: *passim*; McCall, 2014-2015: 26; Schrader, 2016: 88-90, 92; Sage, 2018: 263; James, 2019: 67-71.

⁵⁸⁹ «Hic manus ob patriam pugnando vulnera passi» (Verg. *A.* 6.660). Cf. Oakley, 1985: 409-410; Evans, 1999: 77-94; Baroin, 2002: 27-46; Bragg, 2008: 7-24; McCall, 2014-2015: 26.

⁵⁹⁰ Para una exposición más detallada, *vid. infra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico, en donde se informa acerca de las condecoraciones militares.

⁵⁹¹ Según los usos y costumbres romanas, aquellos que hubieran salido vencedores de un combate singular y hubieran despojado de sus armas a su enemigo derrotado, tenían el derecho de exhibir frente a su casa los despojos de sus rivales, con el fin de que sirvieran de testimonio de su *virtus* (Oakley, 1985: 397-398; Harris, 2006: 305; McCall, 2014-2015: 26; Schrader, 2016: 90; Sage, 2018: 263).

mítico del héroe de guerra homérico, y se esforzó, por el otro, en probar su *virtus*, demostrar su *virilitas* y reforzar su *dignitas* y *honor*⁵⁹².

A pesar de que este tipo de manifestaciones de valor se han atribuido, normalmente, a los miembros de las familias romanas más destacadas⁵⁹³, lejos de limitarse este comportamiento a la élite dirigente de la *Vrbs* fueron varios los soldados romanos de menor rango que, a lo largo de la República, aprovecharon su oportunidad para distinguirse en la batalla y exhibir su *virtus*⁵⁹⁴. Desde el soldado raso hasta el *imperator* más avezado, todo soldado romano, independientemente de su rango y mando, debía estar dispuesto, conforme a la tradición clásica romana, a dar su vida por Roma⁵⁹⁵.

El desarrollo de esta mentalidad sirvió, además de para coleccionar cicatrices⁵⁹⁶ y para que determinados autores latinos, como Valerio Máximo (2.7), se enorgullecieran del linaje romano, para preparar ideológica y mentalmente al soldado romano e inculcarle el desprecio hacia el dolor y la muerte⁵⁹⁷, para reforzar la cohesión en el interior del ejército por medio del estímulo de una rivalidad y competencia sanas entre unidades y legiones⁵⁹⁸, para disuadir a las tropas de que no abandonaran su puesto en

⁵⁹² «Clearly a Roman did not boast just of his decorations but was also proud to relate the number of battles in which he had been, the number of enemies whom he had stripped, the number of citizens whom he had saved, the number of scars on his front (and the absence of scars on his back), the number of triumphs in which he had partaken, the number of prisoners whom he had taken —and, of course, the number of successful single combats in which he had been involved» (Oakley, 1985: 409-410). Cf. Oakley, 1985: 392-410; Lendon, 2005: 171, 174-178, 182, 185-188, 218-221, 259-260, 312; McDonnell, 2006: 62, 71, 189-190, 192, 194, 201, 204-205, 217, 229, 238, 241, 251, 291; McCall, 2014-2015: 26; Schrader, 2016: 88-90, 92; James, 2019: 67-71.

⁵⁹³ Algunos de los ejemplos más célebres son Tito Manlio Imperioso Torcuato (Liv. 7.9-10) y Marco Valerio Máximo Corvo (Liv. 7.26.1-10), ambos para la República temprana.

⁵⁹⁴ Como, por ejemplo, Lucio Sicio Dentato (D.H. 10.36.4-6, 37.1-4, 38.1; V. Max. 3.2.24; Plin. *Nat.* 7.101-102; 16.14; Gel. 2.11.1-3) y Espurio Ligustino (Liv. 42.34), para la República temprana y media, respectivamente, y Casio Esceva (Caes. *Civ.* 3.53.4; V. Max. 3.2.23; Plu. *Caes.* 16.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.40; Suet. *Jul.* 68.4; App. *BC* 2.60), para la República tardía. Cf. Plb. 6.24.9; Caes. *Gal.* 6.40.7; Lendon, 2005: 216-221; Harris, 2006: 313; Southern, 2006: 304-307; Fields, 2008: 35; Palao, 2009: 191-206; James, 2019: 72-73, 76.

⁵⁹⁵ «Es dulce y glorioso morir por la patria. La muerte también alcanza al hombre que se da a la fuga, y no se apiada de las piernas ni de la espalda medrosa de una juventud cobarde» (Hor. *Carm.* 3.2.13-16).

⁵⁹⁶ Como las que, por ejemplo, lució orgulloso Quinto Sertorio durante el resto de su vida: «Mostraba en plena cara estos recuerdos en forma de algunas cicatrices ocasionadas por heridas hechas de frente, y de un ojo vaciado. Es más, él se alegraba al máximo con esta deformidad física y no le angustiaban las mutilaciones, puesto que el resto de su cuerpo lo conservaba intacto para mayor gloria suya» (Sal. *Hist.* 1.88; cf. Plu. *Sert.* 4.3-4; Gel. 2.27.2). Otro ejemplo más nos lo proporciona Cayo Mario: «Presumía ante el pueblo de las heridas que él mismo había recibido y no con monumentos a los muertos ni imágenes ajenas» (Plu. *Mar.* 9.2; cf. Sal. *Jug.* 84.5-85).

⁵⁹⁷ Tal y como se deduce de la acción que protagonizó el centurión primípilo Publio Sestio Báculo durante la defensa del campamento romano de Aduátuca, en 53 a. C.: Enfermo y sin haber probado alimento en los últimos cinco días, «desesperanzado de su vida y de la de todos, sale desarmado del pabellón; viendo a los enemigos encima y a los suyos en el último apuro, arrebató las armas al primero que encuentra, y plántase en la puerta; síguenle los centuriones del batallón que hacían la guardia, y juntos sostienen por un rato la pelea. Desfallece Sestio traspassado de graves heridas, y desmayado, aunque con gran pena, y en brazos le retiran vivo del combate. A favor de este intermedio los demás cobran aliento de modo que ya se atreven a dejarse ver en las barreras y aparentar defensa» (Caes. *Gal.* 6.38). Cf. Cic. *Tusc.* 2.35-36, 43; Goldsworthy, 1996: 279-281; Brice, 2014: 64; Quesada, 2014-2015: 63.

⁵⁹⁸ Un ejemplo de ello lo encontramos en la rivalidad que mantuvieron dos de los centuriones más famosos de Cayo Julio César, Tito Pulón y Lucio Voreno, por ver quién de los dos merecería más ser promovido al primer grado. A este respecto, durante la defensa del campamento de Quinto Tulio Cicerón,

medio del fragor de la batalla⁵⁹⁹, y para evitar que los soldados secundaran cualquier acto de indisciplina que pusiera en peligro la seguridad del ejército⁶⁰⁰. Aunque para poder llevar a cabo todas estas disposiciones el Estado romano se sirvió del adiestramiento y de los castigos, entre otros muchos medios y mecanismos que más adelante estudiaremos⁶⁰¹, fue el deseo de gloria y el miedo a la deshonra, así como a traicionar la confianza y el aprecio del resto de sus *commilitones*, más que el temor a cualquier otro tipo de sanción disciplinaria, la principal motivación del soldado romano para guardar el orden⁶⁰².

En situaciones militares adversas, esta manera de concebir la guerra y el servicio militar pudo contribuir a imprimir valor en los hombres, a levantar el ánimo de los soldados y a mantener alta la moral del ejército⁶⁰³, lo cual era de gran interés si se quería asegurar el control de las tropas y si se quería impedir que el caos se adueñara de la voluntad del ejército. No obstante, también justificó el empleo de la fuerza y autorizó a las autoridades políticas y militares romanas a usar la violencia física si con ello se lograba salvar una situación comprometida, se restauraba el orden en el ejército y/o se reprimía un comportamiento inapropiado⁶⁰⁴.

en 54 a. C., ante el ataque combinado de eburones, aduáticos y nervios, ambos mostraron su valor, matando a un gran número de enemigos y salvando la vida de su compañero: Pulón a Voreno, primero, y Voreno a Pulón, después (Caes. *Gal.* 5.44). Cf. Goldsworthy, 1996: 278; McLaughlin, 2015: 47.

⁵⁹⁹ Como así sucedió durante buena parte de la batalla de Munda de 45 a. C.: «Porque nadie se entregaba, sino que, sin abandonar la formación, mataban y morían como si cada uno de ellos fuera el causante ya de la victoria, ya de la derrota de todos los demás. Por eso no les importaba ver cómo luchaban los aliados, sino que se esforzaban como si afrontaran el peligro en solitario [...]. A ambos bandos les sobrevino por igual un desprecio de la propia muerte aún mucho mayor y un mayor deseo de la perdición del contrario. Por eso no huyó ninguno de los dos bandos, sino que, al ser iguales en su determinación, se volvían iguales en la fuerza de sus cuerpos; y habrían muerto todos o se habrían separado por la noche igualados [...]» (D.C. 43.37.1.2, 38.1.2).

⁶⁰⁰ Como así se desprende del siguiente pasaje de Dion Casio (41.29.4, 30.1-2): «Si realmente practicáis la virtud, odiad a esos [a los soldados rebeldes que, además de sublevarse, buscan el amotinamiento de los demás (D.C. 41.28.2-3)] como a enemigos [...] y actuad en vuestra propia defensa. Porque por culpa de estos, todos nosotros necesariamente tenemos mala fama incluso sin haber hecho nada malo, [...] aunque no participemos de sus excesos, cargamos por igual con los reproches. Y ¿quién no se indignaría al oír que teniendo el nombre de romanos llevamos a cabo acciones propias de los celtas?».

⁶⁰¹ *Vid. infra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

⁶⁰² «A military ethos founded on the notion that good soldiers held their ground at all costs in effect created a double bind for men facing extreme danger in a crisis whereby nothing short of sacrificing their lives could demonstrate that they had done all that was required of them. Thus the mere fact that they had come back alive from a defeat was tantamount to a confession that they had fallen short of their duty in the fight. Those who fled when circumstances left them no other means of surviving became worthy of censure and punishment rather than the leaders who had brought them into that impossible situation in the first place» (Rosenstein, 1990: 101-102). Cf. Plb. 6.37.13; Caes. *Gal.* 6.40.7; *Civ.* 3.74.2; *B.Afr.* 16.4; 81.1; Perry, 1941: 102-103; Goldsworthy, 1996: 257; Lee, 2009: 209; McNab, 2010: 154-155; Chrissanthos, 2013: 325-326; Ureche, 2014: 5; James, 2019: 37, 72-73, 81.

⁶⁰³ En 53 a. C., en la defensa del campamento de Aduátuca: «Algunos centuriones que del grado inferior de otras legiones por sus méritos habían sido promovidos al superior de esta, por no mancillar el honor antes ganado en la milicia, murieron peleando valerosamente» (Caes. *Gal.* 6.40). Para más ejemplos, *vid.* Caes. *Gal.* 5.43; 7.50; App. *BC* 5.37; D.C. 40.22.1, 24.3; Oros. 6.10.2-7.

⁶⁰⁴ Tal y como nos lo recuerda Dionisio de Halicarnaso (11.43.2): «Pues el juramento militar, que los romanos sancionan más especialmente que todos los demás, ordena que los soldados sigan a sus mandos a donde los lleven y la ley da poder a los generales para matar sin juicio a quienes desobedezcan o abandonen los estandartes». Cf. D.H. 10.18.2-3; J. *BJ* 3.103; App. *BC* 3.56; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10.

Sin embargo, ¿hasta qué punto fue eficiente esta suerte de código moral? O, dicho con otras palabras, ¿qué consecuencias pudo traer un exceso de *virtus*? ¿De qué modo se pudo ver perjudicada la disciplina militar?

Si bien desde Roma se inculcó, tal y como ya se ha explicado, una cultura marcial basada en el honor y la gloria⁶⁰⁵, en la que todo buen soldado debía morir por su patria y exhibir su valor ante el enemigo⁶⁰⁶, un derroche de *virtus* podía resultar fatal en términos disciplinarios. El soldado romano debía demostrar coraje y que no tenía miedo ni de enfrentarse al enemigo ni de morir en combate, pero debía acreditar, por encima de todo, un mínimo de racionalidad, de lo contrario no sería mejor que el “bárbaro”⁶⁰⁷. Si el denominado “bárbaro” se distinguía por su inusitada ferocidad y por su desmedida agresividad, así como por su valor salvaje e irracional, justo como pudimos ver en las descripciones de más arriba⁶⁰⁸, el soldado romano debía revelar ser todo lo contrario⁶⁰⁹. Debía exhibir valor marcial (*animus, audacia*) y coraje agresivo (*fortitudo*)⁶¹⁰, sí, pero debía demostrar, también, autocontrol (*temperantia*) y obediencia (*oboedientia*)⁶¹¹.

A ningún ejército, ni clásico ni moderno, le interesa que sus filas estén llenas de “héroes”, de soldados y generales dispuestos a morir —o de incluso suicidarse⁶¹²— en vano. Del mismo modo que tampoco interesa que, de improviso, de forma precipitada y desorganizada, un soldado —o un grupo de ellos— rompa su formación y se lance a la lucha sin orden previa⁶¹³, o que abandone su puesto para batirse en combate sin importarle la integridad física del resto de miembros de su unidad⁶¹⁴. El *impetus*, la

⁶⁰⁵ Caes. *Civ.* 3.92.4-5.

⁶⁰⁶ Caes. *Gal.* 7.50. Cf. J. *BJ* 3.92; Horsmann, 1991: 188; Goldsworthy, 1996: 279-281; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 264.

⁶⁰⁷ D.C. 41.30.2; Phang, 2008: 4.

⁶⁰⁸ *Vid. supra* el apartado anterior.

⁶⁰⁹ «Aggressiveness is predominantly a masculine trait and in part a component of *virtus*, but it does not represent alone the ideal Roman soldier [...]. The stereotypical barbarian in Latin military narratives was an aggressive brute, while his civilized counterpart, at least ideally, tempered his ferocity with self-control» (James, 2019: 99-100).

⁶¹⁰ App. *BC* 4.71; 5.36.

⁶¹¹ «La obediencia de los romanos hacia sus generales es tan grande que todo el ejército es en la paz una institución bien ordenada y en la guerra forma un solo cuerpo. De esta manera tan compacta están organizadas sus filas, así de ligeros son sus movimientos, tan atentos están sus oídos a las órdenes, tan abiertos sus ojos a las señales y tan dispuestas sus manos para entrar en acción» (J. *BJ* 3.104-105). Cf. Caes. *B.Alex.* 20.2; J. *BJ* 3.98, 104-106; Plu. *Pomp.* 68.7. Asimismo, *vid.* Coulston, 2013: 23, para más información acerca de la tensión entre *virtus* y *ferocitas*.

⁶¹² Probablemente, dos de los ejemplos más paradigmáticos los encontremos en las figuras de los dos principales cesaricidas, Cayo Casio Longino (Liv. 124; V. Max. 9.9.2; Vell. 2.70.2-3; Plu. *Ant.* 22.3; *Brut.* 43.4-8; Caes. 69.3; Flor. *Epit.* 2.17.12-13; App. *BC* 3.113; 4.119; D.C. 47.46.3-5; Oros. 6.18.16) y Marco Junio Bruto (Liv. 124; Vell. 2.70.4; Plu. *Ant.* 22.5; *Brut.* 52.6-8; Caes. 69.13-14; Flor. *Epit.* 2.17.14; App. *BC* 3.131; D.C. 47.49.1-2; Oros. 6.18.16), quienes escogieron suicidarse y abandonar a sus hombres a su suerte antes que proseguir la lucha. Para más información sobre el impacto que tuvieron ambos suicidios en la moral y en la disciplina del ejército cesaricida, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, el punto 3.16.10. Filipos, provincia de Macedonia, octubre del 42 a. C., en donde se comentan ambos sucesos. Por otra parte, *vid.* Lendon, 2014-2015: 56, para una descripción de las formas en las que algunos de los soldados romanos se suicidaron tras caer derrotados en Cannas, en 216 a. C.

⁶¹³ Caes. *Gal.* 5.15.

⁶¹⁴ Como así ocurrió, al comienzo de la batalla de Farsalia de 48 a. C., con el centurión Cayo Crastino y los miembros de su unidad: «“Venceremos gloriosamente, César, y a mí, vivo o muerto, me dedicarás hoy elogios”. Diciendo esto se lanza el primero a la carrera contra los enemigos, arrastrando consigo a sus

temeritas y el *furor*, o, lo que es lo mismo, el exceso de *virtus*, era una espada de doble filo, pues, de la misma forma que podía resolver una situación desfavorable con un golpe de gracia, podía llevar a la ruina a un ejército entero si se perdía el control de las tropas⁶¹⁵.

Frente a un exceso de *virtus*, ante un exceso de *furor*, era necesario responder con dureza, era imprescindible aplicar la disciplina militar⁶¹⁶. Es entonces cuando reaparece nuestro concepto de *disciplina militaris*, esta vez como medio con el que rebajar ese fervor desmedido, compensar ese derroche de *virtus* y equilibrar de nuevo la balanza entre ímpetu y obediencia⁶¹⁷.

A este respecto, son muchos los historiadores modernos que han visto cierta tensión, rivalidad e, incluso, oposición entre *virtus* y *disciplina militaris*⁶¹⁸. De acuerdo con Lendon (2005: 221), «la superioridad del ejército romano dependía de un compromiso muy reñido entre *virtus* y *disciplina militaris*, valentía competitiva y subordinación». En este sentido, la disciplina surgiría de la tensión entre conservar el control del ejército y estimular la iniciativa individual.

Según la tradición clásica, para que la disciplina militar fuera verdaderamente efectiva y pudiera cumplir apropiadamente con su objetivo de contener el espíritu inquieto e irrefrenable de los soldados más impetuosos, debía manifestarse, fundamentalmente, en forma de castigo ejemplar⁶¹⁹. En este punto, surgen varios nombres “ilustres”, como Aulo Postumio Tuberto, Tito Manlio Imperioso Torcuato y

ciento veinte hombres; destroza las primeras filas, se abre paso a la fuerza y avanza hacia adelante causando gran mortandad, hasta que lo detiene una espada que lo hiere en la boca con tal fuerza que la punta le sale por encima de la nuca» (Plu. *Caes.* 44.10-11). Cf. Plu. *Pomp.* 71.1-4; Flor. *Epit.* 2.13.46; App. *BC* 2.82, para otras referencias sobre el mismo episodio.

⁶¹⁵ Mientras que en la batalla de Tapso de 46 a. C., el ímpetu de los cesarianos terminó en victoria (Caes. *B.Afr.* 80-86; Flor. *Epit.* 2.13.66), seis años antes, durante el sitio de Gergovia de 52 a. C., la temeridad de los hombres de César acabó en derrota (Caes. *Gal.* 7.45, 47, 51-53; Oros. 6.11.6). Para un examen más detallado de lo que ocurrió en ambos episodios, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en donde se estudian ambos sucesos.

⁶¹⁶ «Queda claro que si bien la valentía y el coraje podían ser una virtud importante en un legionario romano, lo que realmente se valoraba era una obediencia ciega sobre todo en combate, y para garantizarla eran sometidos a terribles castigos en caso de incumplimiento» (Aguado, 2015: 264). Cf. Cic. *Ver.* 5.133; Goldsworthy, 1996: 281; Quesada, 2014-2015: 63.

⁶¹⁷ Conforme a Salustio (*Cat.* 9.4): «En la guerra tomaron providencia más veces contra aquellos que contrariando las órdenes habían combatido al enemigo y que al recibir orden de retirada tardaron en salir de la batalla que contra los que se habían atrevido a abandonar las banderas y a ceder su puesto al ser arrollados». Cf. J. *BJ* 5.122-125; Bouquie, 1884: 185; Quesada, 2014-2015: 63.

⁶¹⁸ «Opposed to *virtus* was *disciplina*, in origin the ethos of the Roman phalanx and the other founding ideal of the Roman martial code. It was this ethic of restraint that allowed commanders control over their soldiers —soldiers whom the cult of *virtus* often made ungovernable. *Disciplina* was something imposed, but also something felt: as a military excellence *disciplina* and its elements —obedience, training, laboring— were no less competitive than *virtus*. The secret of the success of the Roman army lay not its array, nor in its training and *disciplina* alone, but exactly in the mix of *virtus* and *disciplina*» (Lendon, 2005: 312). Cf. Oakley, 1985: 404-407; Brizzi, 1990: 185-206; Lendon, 2005: *passim*; 2014-2015: 58, 60-61; Phang, 2008: 6; Coulston, 2013: 14; Quesada, 2014-2015: 63; McLaughlin, 2015: 47-51; James, 2019: 104-105, 107, 113; Brice, 2020b: 46. Para un punto de vista distinto, *vid.* Goldsworthy, 1996: 281, quien defiende un planteamiento más integrador entre *virtus* y *disciplina militaris*: «There was certainly not a real tension in the actual conduct of soldiers during our period. Rather, discipline and the bold action of individuals were complementary factors in the success of Roman armies». Cf. James, 2019: 117.

⁶¹⁹ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.13; Pérez Carrandi, 2020a: 240.

Lucio Papirio Cursor. Mientras que el último de los tres, a pesar de su perseverancia y celo, se quedó con las ganas de castigar a su *magister equitum* Quinto Fabio Máximo Ruliano⁶²⁰, a los otros dos no les tembló el pulso en el momento de aplicar sus castigos.

Tanto Aulo Postumio Tuberto (431 a. C.) como Tito Manlio Imperioso Torcuato (320 a. C.) pasaron tristemente a la historia de Roma por haber ordenado matar a sus propios hijos como resultado de haber desobedecido una orden directa mientras se encontraban sirviendo bajo sus respectivos mandos⁶²¹. Es cierto que ambos relatos corresponden a los primeros años de la República, y que, por tanto, sería prudente poner en entredicho su veracidad histórica⁶²², pero no es menos cierto que, pese a todo, cumplieron perfectamente con su función ideológica al servir de referentes de cómo se debía asegurar el orden en el ejército y el respeto por la disciplina militar⁶²³. Es más, la acción de Imperioso Torcuato terminó formando parte del imaginario colectivo de las

⁶²⁰ Liv. 8.30-35.9; V. Max. 2.7.8; Fron. Str. 4.1.39; Aur. Vict. *De vir. ill.* 31-32; Bouquie, 1884: 125; Andrieux, 1927: 38; Nicolet, 1980: 109; Lovisi, 1999: 167; McDonnell, 2006: 204; Perea, 2006a: 15; Phang, 2008: 122; Hölkeskamp, 2011: 177.

⁶²¹ Con estas duras palabras nos describe Valerio Máximo (2.7.6) lo sucedido: «Pues tú, Postumio, como dictador, a Aulo Postumio, a quien habías engendrado [...], lo condenaste a ser decapitado porque, habiendo desobedecido tus órdenes, por su propia iniciativa salió del campamento, aunque regresó victorioso. Para hacer cumplir esta orden hiciste valer la autoridad de tu cargo, tú, su propio padre. También tú, Torcuato, siendo cónsul en la guerra contra los latinos, ordenaste al lictor que prendiera a tu hijo y le diera muerte cual si de una víctima de sacrificio se tratara, porque, retado a combate por Gémino Mecio, el caudillo de los tusculanos, sin que tú lo supieses, accedió a combatir. Y lo ordenaste matar aunque regresó victorioso trayendo los despojos del enemigo: consideraste que era preferible que un padre se quedara sin su hijo a que la patria se quedara sin disciplina militar». Para más información sobre ambos sucesos, *vid.* Cic. *Fin.* 1.23, 35; D.S. 12.64; Sal. *Cat.* 52.30-31; Liv. 4.29.5-6; 8.6.14-7.22; V. Max. 2.7.6, 9.3.4; Fron. Str. 4.1.40; Gel. 9.13.20; Aur. Vict. *De vir. ill.* 28; Oros. 3.9.2; Zonar. 7.26; Bouquie, 1884: 175-177; Andrieux, 1927: 38; Nicolet, 1980: 106; Pina Polo, 1989: 210; Horsmann, 1991: 192; Lovisi, 1999: 166-167; Lendon, 2005: 177-178; Kiesling, 2006: 238; McDonnell, 2006: 204; Phang, 2008: 111, 122; Hölkeskamp, 2011: 177; Salvo, 2013: 19; Quesada, 2014-2015: 63; Sage, 2018: 266; James, 2019: 69, 148-149. Y, para otros ejemplos de naturaleza similar, *vid.* Cic. *Fin.* 1.24; Liv. 54; V. Max. 2.7.3; 5.8.1-5; Fron. Str. 4.1.13; Polyæn. 8.13.

⁶²² De hecho, mientras que Livio (4.29.6) no duda de la veracidad del relato de Tito Manlio Imperioso Torcuato, sí que se cuestiona la historicidad del episodio de Aulo Postumio Tuberto: «Me resisto a creerlo, y me está permitido al ser diversas las opiniones; sirve, además, de prueba el que se diga “órdenes a lo Manlio”, no “a lo Postumio”, siendo así que el primer responsable de un ejemplo tal de dureza debió ganarse un título de tan notable crueldad. Por otra parte, a Manlio se le dio el sobrenombre de Imperioso; Postumio no fue señalado con ninguna nota denigrante».

⁶²³ «Der legendenhafte Charakter der Episoden beeinträchtigt die Gültigkeit der ihnen innewohnenden Moral nicht [...]. Die Moral dieser Episoden lautet, daß die Gehorsamkeit für den römischen Soldaten eine Eigenschaft ist, die mit rigoroser Kompromißlosigkeit, d.h. unter allen Umständen, eingefordert wird. Die Beispiele könnten nicht entschiedener eine Ausnahme fordern: Die Verstöße gegen die Gehorsamspflicht bestehen nicht etwa aus grundsätzlich verwerflichem, sondern gerade im Gegenteil aus an und für sich besonders wünschenswertem Tun, nämlich herausragender kämpferischer Leistung und Tapferkeit. Die Verstöße haben keine negativen, sondern äußerst positive Folgen. Und daß der Oberbefehlshaber jeweils der Vater des Betreffenden ist, sollte doch zumindest das Schlimmste verhindern. Aber nein, das alles kann nichts ändern, bedeutet nichts gegenüber der Verletzung der Gehorsamspflicht» (Horsmann, 1991: 192). *Cf.* Oakley, 1985: 409; Campbell, 1987: 20; Chrissanthos, 2004: 347-348; Lendon, 2005: 282, 284; Quesada, 2014-2015: 63; McLaughlin, 2015: 48; James, 2019: 52, 131-132.

generaciones romanas posteriores a través de la expresión *Manliana imperia*⁶²⁴. Desde entonces, su figura se convirtió en un *exemplum* de *severitas* y de *disciplina militaris*⁶²⁵.

Esta severidad se acabó trasladando de los campos de batalla a las instituciones políticas romanas, las cuales, en colaboración con los magistrados romanos investidos de *imperium*, asumieron también la tarea de velar por el mantenimiento de la disciplina militar⁶²⁶. Uno de los ejemplos más conocidos lo encontramos en el año 216 a. C., cuando el Senado deliberó qué hacer con los supervivientes de la batalla de Cannas⁶²⁷. A pesar de que la derrota había supuesto un durísimo golpe para Roma y que la supervivencia de la República estaba en manos de Aníbal, finalmente, se decidió, por un lado, rechazar la oferta cartaginesa de recuperar a los prisioneros de guerra a cambio del pago de un elevado rescate⁶²⁸, y, por el otro, castigar a los supervivientes de la batalla, pues, de acuerdo con la mentalidad romana, era una ofensa que siguieran vivos cuando, en su lugar, lo más honorable habría sido que hubieran muerto luchando junto al resto de sus compañeros fallecidos⁶²⁹. La reacción de Roma fue extrema, dado que se prefirió

⁶²⁴ «Las órdenes manlianas no sólo fueron horrendas entonces, sino que además constituyeron un duro ejemplo para el futuro [*Manlianaque imperia non in praesentia modo horrenda sed exempli etiam tristis in posterum essent*]» (Liv. 8.7.22).

⁶²⁵ Un ejemplo de ello lo podemos observar en el proceso que inició el dictador Lucio Papirio Cursor, en 325 a. C. En su intento por castigar a su *magister equitum*, Papirio Cursor se acordó de la severidad de Torcuato y apeló a su memoria como ejemplo de lo que se debía hacer para garantizar el bienestar de Roma: «De su parte [de parte del *magister equitum* Quinto Fabio Máximo Ruliano] estaban la majestad del Senado, el favor popular, el apoyo de los tribunos, el recuerdo del ejército ausente; en la otra parte, eran argumentos en contra la soberanía invicta del pueblo romano, la disciplina militar, una orden expresa del dictador, siempre respetada como voluntad divina, las órdenes de Manlio y el cariño hacia el hijo pospuesto al bien común [*Stabat cum eo senatus maiestas, favor populi, tribunicium auxilium, memoria absentis exercitus; ex parte altera imperium invictum populi Romani et disciplina rei militaris et dictatoris edictum pro numine semper observatum et Manliana imperia et posthabita filii caritas publicae utilitati iactabantur*]» (Liv. 8.34.1-2). Cf. Liv. 8.30.13, 35.9; V. Max. 2.7.8; Fron. Str. 4.1.39; Aur. Vict. *De vir. ill.* 31-32.

⁶²⁶ V. Max. 1.6.7; 2.7.1; 6.3.3-4; Pérez Carrandi, 2020a: 243-244.

⁶²⁷ Tras el desastre de Cannas, una parte de los supervivientes logró huir a Canusio (Liv. 22.50.11, 52.4) y a Venusia (Liv. 22.54.1), y el resto, dividido en dos campamentos, se rindió a Aníbal (Liv. 22.52.2, 4). Mientras que el Senado rechazó pagar el rescate por los prisioneros, amparándose en la disciplina militar (Liv. 22.60.7) y en la tradición (Liv. 22.60.11), a los supervivientes de la batalla se les trasladó a Sicilia, para que, a modo de penitencia, sirvieran en la isla el tiempo que durase la guerra en Italia (Liv. 23.25.7; 24.18.9; 25.5.11; 26.1.8, 2.14). Para más información acerca del castigo que se impuso a las legiones de Cannas, *vid.* V. Max. 2.7.15; Bouquie, 1884: 168; Andrieux, 1927: 50-51, 54; Rosenstein, 1990: 102-103; Horsmann, 1991: 191-192; Cosme, 2003b: 305; Southern, 2006: 146; Phang, 2008: 143; Lendon, 2014-2015: 56-58; Machado, 2017: 20; Sage, 2018: 268; James, 2019: 111-112.

⁶²⁸ «Cuando Aníbal le concedió la potestad de liberar seis mil prisioneros romanos que tenía en el campamento, el Senado no aceptó la propuesta, recordando que tan gran número de jóvenes soldados, si hubieran querido morir honestamente, no se hubiesen dejado coger prisioneros» (V. Max. 2.7.15).

⁶²⁹ «Entonces Tito Manlio Torcuato [cos. 235 y 224 a. C., era pariente de Tito Manlio Imperioso Torcuato], hombre de una rigidez a la antigua y en opinión de muchos demasiado rigurosa, invitado a exponer su parecer dicen que se pronunció en estos términos [...]: “¿Qué otra cosa cabría aconsejaros sino que os atuvierais a la costumbre legada por nuestros mayores, sentando un precedente imprescindible para la disciplina militar? [...] Habéis perdido vuestros derechos civiles y os habéis convertido en esclavos de los cartagineses. ¿Pensáis recuperar con dinero la posición que perdisteis por cobardía y maldad? [...] ¿Va a echar de menos la patria a unos ciudadanos como estos? [...] Su miedo y su cobardía son la causa de su ignominiosa esclavitud [...]. Sin haber probado suerte en absoluto en un combate, se entregaron y entregaron sus armas [...]. Cuando lo que había que hacer era mantenerse firmes en el campo de batalla y pelear, huyeron al campamento; cuando había que pelear delante de la empalizada, entregaron el campamento, tan inútiles en el mismo como en el campo de batalla» (Liv. 22.60.5, 7, 15-16, 18, 21, 24-25). Cf. Liv. 22.58.4, 60-61; V. Max. 2.7.15.

movilizar «a gentes de toda edad y condición», e incluso armar a «ocho mil esclavos»⁶³⁰, y buscar a «todos los hombres libres que hubiera y alistar como soldados a los que considerasen con fuerzas suficientes para llevar las armas, aunque no estuviesen aún en edad militar»⁶³¹, antes que perdonar o rescatar a sus conciudadanos⁶³².

Por supuesto, ningún soldado nacía ni con la habilidad de inhibir sus sentimientos a voluntad ni con la capacidad de guardar su posición a toda costa, este tipo de autocontrol (*temperantia*) físico y mental debía ser aprendido a partir de un largo y exhaustivo proceso de formación y entrenamiento, en el que el soldado romano entraba en contacto con otra serie de valores adicionales y de enorme importancia en el cuidado de la disciplina militar, a saber, la *constantia*, la *continentia*, el *labor*, la *modestia*, la *patientia* y la *prudentia*⁶³³.

En consecuencia, el propósito de la disciplina no era convertir a los hombres cobardes en valientes, sino más bien evitar, por un lado, que los primeros expusieran a los segundos mediante una huida precipitada⁶³⁴, y que los segundos comprometieran a todo el ejército mediante una acción temperamental y espontánea⁶³⁵.

No obstante, hay algo que no termina de encajar; no al menos con lo que hemos visto en lo que llevamos de investigación. Si, de acuerdo con lo que acabamos de analizar, la disciplina militar romana se basó, esencialmente, en corregir el ímpetu y/o la agresividad de las tropas y en inculcar a los soldados una dosis mayor de coraje, ¿qué papel desempeñó la disciplina militar al final de la República si, presumiblemente, los delitos cometidos por los soldados fueron otros?

En lo que llevamos de apartado, todos los actos de indisciplina que se han mostrado en relación a los conceptos de *virtus* y de *disciplina militaris* han sido, o bien por desobediencia (en cuanto a la acción de los hijos de Aulo Postumio Tuberto y Tito Manlio Imperioso Torcuato), o bien por cobardía (en lo concerniente a la reacción de las

⁶³⁰ Liv. 22.59.12.

⁶³¹ Liv. 25.5.7.

⁶³² Sin embargo, esta decisión trajo importantes consecuencias, puesto que Sicilia, lugar al que fueron enviados como castigo los supervivientes de Cannas, se convirtió en aquellos años en fuente de insurrecciones y problemas de indisciplina (Liv. 25.5.10-11, 6-7.4; 26.21.16-17). En la isla, estas tropas se juntaron con los despojos militares de la guerra anibálica. Así, se acordó, por ejemplo, que fueran confinados allí los soldados más débiles, «sin fijar más plazo para su servicio de armas que el establecido por las leyes» (Liv. 23.25.8), y aquellos que habían rehusado o evadido el servicio militar sin exención regular ni enfermedad (Liv. 24.18.7; Pérez Carrandi, 2020a: 243-244).

⁶³³ «Para empezar, la juventud, tan pronto como toleraba la guerra, aprendía con ejercicios en el campamento el arte militar y hallaba más gusto en las brillantes armas y en los caballos de batalla que en ramerías y festines. De este modo, para hombres así no había esfuerzo desacostumbrado, ni lugar alguno escarpado o inaccesible, ni enemigo armado temible: el coraje lo había vencido todo» (Sal. *Cat.* 7.4). Cf. Plb. 6.24.9; Caes. *Civ.* 2.15.4; Cic. *Man.* 38; *Tusc.* 2.35-38; Sal. *Jug.* 63.3; V. Max. 4.1.pref., 3.1; Fron. *Str.* 4.7.3; Suet. *Aug.* 25; Polyæn. 8.24.4; D.C. 39.51.3; Rosenstein, 1990: 108; Horsmann, 1991: 189-190, 193, 195-196; Marques y Bento, 2012: 137; Lendon, 2014-2015: 58, 60-61; James, 2019: 106.

⁶³⁴ «Pocos hombres nacen valerosos; muchos lo son por la fuerza de la disciplina» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.26). Otra cuestión sería determinar si los soldados más disciplinados eran, forzosamente, los más valientes. Al respecto, Harris (2006: 302) duda de ello: «The soldier who is more frightened of his own officers than of the enemy may be effective, but is he necessarily courageous? We may even suspect that the army that needs very brutal discipline (and practices such as decimation) is precisely the army that cannot rely on the courage of its ordinary soldiers». Cf. Vallejo, 1998: 167-177; James, 2019: 58-59, 106, 110.

⁶³⁵ «Ohne Gehorsam ist noch so viel Mut und soldatische Tüchtigkeit verfehlt» (Horsmann, 1991: 193). Cf. Sal. *Cat.* 9.4; J. *BJ* 5.122-125.

legiones de Cannas). En ningún caso se ha hablado ni de ociosidad ni de rebeldía ni de molicie, por citar sólo algunas de las acusaciones que más frecuentemente se han utilizado para atacar al soldado tardorrepblicano. No estamos diciendo con esto que en el ejército romano de la República temprana o media no se dieran estos y otros actos de insurrección, ya que, de hecho, son varios los historiadores que han escrito sobre ello en sus respectivas obras⁶³⁶, sino que, en la mayoría de las ocasiones, cuando se habla de disciplina en las fuentes clásicas no es tanto para resaltar la indisciplina de las tropas como para elogiar, indirectamente, o bien a los soldados, o bien a sus generales.

En el primer supuesto, porque, aunque se habla de soldados desobedientes, se habla, al mismo tiempo, de soldados valientes, bravos y sin temor a la muerte; y, en el segundo caso, porque, cuando se habla de cobardía e indisciplina, se habla, simultáneamente, de la capacidad represiva de las autoridades políticas y militares romanas. De un modo u otro, se refuerza la imagen del ejército romano, ya sea para alabar el coraje de sus hombres, ya sea para aplaudir la determinación de sus comandantes⁶³⁷.

Sin embargo, este discurso no funciona cuando se habla de la tardorrepública; no si tenemos en cuenta todas las críticas que, tradicionalmente, se han vertido sobre el ejército romano de finales de la República, y de las que ya hemos hablado con anterioridad⁶³⁸. Para el siglo I a. C., no se habla tanto de exceso de valor o de falta de coraje como de revueltas, motines, desertiones y traiciones. Se habla, principalmente, de tropas levantiscas y revolucionarias. Si tomamos como referencia todas estas críticas, la *disciplina militaris* tuvo que desempeñar un papel mucho más amplio y complejo del observado hasta ahora, y se tuvo que nutrir, en consecuencia, de un aparato formativo y represivo mucho más elaborado del estimado. De todo ello hablaremos más adelante⁶³⁹.

2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro

«[Publio Cornelio] Escipión Africano [Emiliano] cercó Numancia y restauró la más estricta disciplina en un ejército que estaba corrompido por la lujuria y la laxitud. Prohibió todos los instrumentos de placer, expulsó a dos mil prostitutas del campamento, hizo trabajar cada día a

⁶³⁶ Messer, 1920: 158-175; Currie, 1928; Grosso, 1952: 234-253; Gabba, 1975; Burck, 1981: 238-250; Salmon, 1986: 77-84; Evans, 1988: 126-127; Hinard, 1990: 149-154; Vallejo, 1993: 241-251; 1996: 399-408; 1998: 167-177; Chrissanthos, 1997: 172-184; 1999; Williams, 2001: 143-153; Wolff, 2007: 17-58; 2009; 2012; Aranita, 2009a: 1-19; 2009b: 36-51; Fulkerson, 2013: 161-185; Fasolino, 2019: 1213-1223; Escorihuela, 2020a: 79-98; 2020b: 77-97; 2020-2021: 83-98; 2021: 107-121; 2022a: 117-136; 2022b: 117-135; Pérez Carrandi, 2020a: 237-254; 2021.

⁶³⁷ Un ejemplo de ello lo observamos en las obras de Valerio Máximo (2.7) y Frontino (*Str.* 4.1). Aunque ambos autores dedican una parte de su trabajo a hablar de la disciplina, su intención es, básicamente, moralizante. A ninguno de ellos le interesa hablar de la disciplina como tal, sino de la función ideológica que esta puede representar en el mantenimiento del Estado romano. De esta manera, presentan al lector una selección de episodios de indisciplina, bien para enfatizar la diligencia con la que se combatió la indisciplina en el pasado, bien para demostrar cómo se podía asegurar la disciplina si se seguía un modelo de comportamiento y/o un código de conducta genuinamente romano. Para más información, *vid. supra*, en el capítulo introductorio, el estado de la cuestión de nuestra investigación.

⁶³⁸ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

⁶³⁹ *Vid. infra*, en este mismo capítulo, el apartado 3. Control y cohesión en el ejército romano.

los soldados, y les ordenó llevar treinta días de comida y siete estacas [...]. Cuando un soldado era visto fuera de las filas, le azotaba con un sarmiento si era romano y con bastón si era extranjero. Vendió todos los animales, para que no aliviaran a los soldados de sus cargas. Frecuentemente luchó contra las salidas enemigas»⁶⁴⁰.

Tal y como explicamos más arriba, el hecho de que la *disciplina militaris* no descansara sobre ningún código o reglamento militar llevó a las autoridades políticas y militares romanas a buscar en la tradición y en la experiencia los principios “legales” sobre los que debía reposar el concepto romano de disciplina militar. A partir de la asociación entre *disciplina militaris* y *virtus*, hemos podido observar cómo la primera se fue dotando de un significado mucho más rico y variado, que, no en vano, permitió sentar las bases de cómo debía comportarse todo soldado romano durante el tiempo que durara su servicio militar.

Pese a todo, el concepto de *disciplina militaris* careció durante toda la República romana de un significado concreto e inequívoco, pues, por encima de todo, representaba una suerte de código social y moral que requería de la existencia de una serie de referentes políticos, militares, sociales y morales que, a modo de *exempla*, lo hicieran tangible ante el resto de la sociedad civil y militar romanas. Seguidamente, hablaremos de cómo, a partir de la difusión de dichos *exempla*, se terminó construyendo la imagen de cómo debía ser el comportamiento ideal de un buen general y soldado romanos.

El hecho de que, durante la República romana, no existiera nada parecido a lo que hoy en día podríamos definir como una academia militar⁶⁴¹, y que las principales magistraturas políticas y militares romanas fueran ocupadas por individuos cuyo principal aval era su prestigio social y su estatus económico, y no sus habilidades y destrezas teóricas y/o técnicas⁶⁴², nos puede llevar a preguntarnos si, realmente, los mandos militares romanos estaban lo suficientemente preparados y si su formación era la idónea para, no sólo comandar a las legiones y dirigir la guerra, sino, también, para ejercer debidamente su autoridad e influencia sobre sus hombres; habida cuenta de la incapacidad que muchos de ellos mostraron en determinados momentos de la historia de Roma, como, por ejemplo, al inicio de la segunda guerra púnica, cuando, por culpa de la mala planificación de las batallas, Roma a punto estuvo de ser conquistada⁶⁴³.

Si bien Roma no contó con ninguna institución militar en la que los futuros líderes romanos se pudieran formar en las prácticas de la guerra, no es menos cierto que, en lo relativo a la sociedad romana de finales de la República, y, en particular, en lo concerniente a la instrucción de la élite romana, una parte fundamental de la educación de los jóvenes aristócratas romanos se centró, conforme a Cadiou (2014-2015: 35), en «un aprendizaje destinado a hacerlos capaces de brillar en el campo de batalla», lo que

⁶⁴⁰ Liv. 57.

⁶⁴¹ Nicolet, 1980: 95; Cadiou, 2014-2015: 35; Quesada, 2014-2015: 64; James, 2019: 122, 136.

⁶⁴² Campbell, 1987: 20.

⁶⁴³ «La paz de unos veinte años o más tras la primera guerra púnica desmadejó a los romanos, antes por doquier victoriosos, por desidia y negligencia de la disciplina hasta tal punto que, en la segunda guerra púnica, no fueron capaces de mantener el campo frente a Aníbal. Al final, tras la derrota de muchos cónsules y la pérdida de muchos oficiales y ejércitos, se convencieron de que el resurgimiento de la disciplina era el único camino a la victoria y así recuperaron su superioridad» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.28). Cf. Goldsworthy, 2006: 167-221; Fields, 2007: 57-78.

en la práctica suponía que se procurara dotar a los futuros jefes militares de «conocimientos teóricos y de cualidades físicas considerados indispensables para las tareas de mando».

Un ejemplo de ello lo encontramos en la educación que Catón el Viejo proporcionó a su hijo Marco Porcio Catón Liciniano. Según nos informa Plutarco (*Cat. Ma.* 20.4-7, 9), «al nacer su hijo [...], tomándole consigo le enseñaba las letras [...]. Porque no le parecía bien que su hijo [...], fuese reprendido o tirado de la oreja por un esclavo, caso de que resultase torpe en aprender, ni que hubiera que agradecer a un esclavo una enseñanza tan importante, sino que él personalmente era el maestro, el profesor de leyes, el instructor de gimnasia, enseñando a su hijo no sólo a lanzar la jabalina, a combatir con armamento pesado y a montar a caballo, sino también a golpear a puñetazos con la mano, a soportar el calor ardiente y el frío, y a abrirse paso atravesando los remolinos y turbulencias del río. Y afirma también que había escrito relatos históricos con su propia mano y en letras grandes para que desde casa le fuera posible al niño aprovecharse para su conocimiento de las cosas antiguas y tradicionales [...]. De esta manera fue una hermosa tarea para Catón el modelar y labrar a su hijo para la virtud [...]».

De las palabras de Plutarco podemos deducir que la educación privada que recibía un joven aristócrata romano incluía, por un lado, la enseñanza de saberes teóricos y la práctica de ejercicios físicos paramilitares⁶⁴⁴, y, por el otro, el conocimiento del pasado, al cual se podía acceder, o bien en forma de *exempla*, o bien a través de la lectura de tratados militares, hoy enteramente perdidos⁶⁴⁵.

La tendencia a concebir el pasado como fuente de erudición favoreció la creación de un punto de encuentro al que poder recurrir siempre y cuando se necesitara proveerse de ciertos saberes y enseñanzas prácticas, así como la elaboración de un “catálogo” de acciones, social y moralmente aceptables, que imitar y/o superar siempre y cuando la situación así lo requiriera⁶⁴⁶. En otras palabras, la finalidad de recurrir a la tradición era, de acuerdo con Lendon (2005: 11), «avanzar mirando hacia atrás»; es decir, que el pasado no sólo sirviera de espejo en el que fijarse, sino de estímulo mediante el cual prosperar y superarse.

Dicho esto, ¿qué valores tomaron prestados del pasado los generales romanos, y en qué medida dichos valores acabaron definiendo, en términos disciplinarios, tanto el comportamiento de los principales líderes militares romanos como la conducta de sus soldados?

Según se desprende de las fuentes clásicas, para que un comandante romano fuera reconocido por sus iguales como un buen líder militar, no sólo debía hacer gala de sus

⁶⁴⁴ Nicolet, 1980: 95-96; Pérez Rubio, 2014-2015: 76.

⁶⁴⁵ «Yo [Cayo Mario] sé, romanos, de quienes tras ser elegidos cónsules se ponen a leer las hazañas de sus antepasados y el código militar de los griegos; individuos que andan al revés, pues si bien ejercer el mando es posterior en el tiempo a adquirirlo, de hecho en la preparación y práctica, es anterior. Haced un parangón ahora, romanos, entre la arrogancia de ellos y mi situación de hombre salido de la nada: lo que ellos suelen saber de oídas o lectura, yo lo he visto en parte, y lo demás lo he ejecutado yo mismo; lo que ellos han aprendido en las letras, yo lo he aprendido haciendo campañas» (Sal. *Jug.* 85.12-13). Cf. Campbell, 1987: 20; Lendon, 2005: 282; Cadiou, 2014-2015: 35; James, 2019: 52.

⁶⁴⁶ Campbell, 1987: 20; Lendon, 2005: 282; James, 2019: 131-132.

triumfos y éxitos militares, sino que, además, debía dar ejemplo con sus acciones; de ahí que también fuera valorado en función de cómo había dirigido a sus hombres y de cómo había sido el comportamiento de sus legiones. Y es que, además de velar por el mantenimiento del orden y de la disciplina⁶⁴⁷, un buen general debía garantizar, ante todo, la formación, el bienestar y la seguridad de sus hombres desde el día de su conscripción hasta el momento de su licenciamiento⁶⁴⁸. Para tal fin, se debía preocupar de que sus tropas recibían el entrenamiento correcto⁶⁴⁹; de que cada soldado y oficial ocupaba su puesto⁶⁵⁰; y de que el ejército, en general, formaba un engranaje perfecto⁶⁵¹.

Aunque de cierta utilidad práctica, la severidad de la que alardearon personajes como Aulo Postumio Tuberto y Tito Manlio Imperioso Torcuato no fue, ni mucho menos, uno de los atributos mejor valorados en un buen comandante romano. Para Cicerón (*Man.* 28), un buen general debía reunir cuatro cualidades principales, a saber, ciencia militar, valor, prestigio y suerte⁶⁵². Para comprender por qué, en esta ocasión⁶⁵³, el Arpinate dejó fuera de su lista la célebre severidad de los antiguos, y por qué un exceso de disciplina no siempre contó con el respaldo y la aprobación que se podría esperar en una sociedad profundamente militar como la romana, debemos señalar que, al margen del discurso clásico que determinados autores, como Valerio Máximo (2.7), nos han hecho creer, la conexión entre soldado y general nunca se llegó a limitar a una simple correlación de subordinación del primero con respecto del segundo, y de violencia e intimidación del segundo con respecto del primero⁶⁵⁴. Muy al contrario, la relación entre soldado y general fue mucho más profunda y compleja de lo estimado.

Si, en términos militares, todo general romano debía exhibir cierta habilidad castrense, así como una mínima capacidad de mando, si quería que las tropas bajo su

⁶⁴⁷ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.12; 3.4; *Dig.* 49.16.12.

⁶⁴⁸ «Un general [...], no debe solamente buscar el provecho del ejército en general, sino extender su cuidado a cada soldado particular. Pues cuando ocurra alguna desgracia a alguno bajo su mando, se considerará una pérdida para la República y se achacará enteramente a su responsabilidad. Si, de este modo, encontrara su ejército compuesto por tropas novicias y si llevaran mucho tiempo desacostumbradas de la lucha, deberá estudiar cuidadosamente la fortaleza, el espíritu, las costumbres de cada legión en particular, de cada cuerpo de auxiliares, caballería e infantería. Debe conocer, si es posible, el nombre y capacidad de cada uno. Ha de asumir la más respetable autoridad y mantenerla con severidad. Debe castigar todos los crímenes con el mayor rigor de las leyes. Debe ser inexorable hacia los ofensores y procurar dar ejemplo público en distintos sitios y ocasiones» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.9, 18; 3.9.

⁶⁴⁹ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.9; 3.9.

⁶⁵⁰ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.9; 3.6.

⁶⁵¹ «Debe ser un oficial diligente y cuidadoso, pues la sola obligación de formar la legión con regularidad y obediencia depende de él y la excelencia de los soldados redundará enteramente en su honor y crédito» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.9). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10.

⁶⁵² Para más información sobre las cualidades (*auctoritas, benevolentia, celeritas, diligentia, felicitas, fides, fortitudo, industria, ingenium, labor; modestia, peritia, pertinacia, prudentia, temperantia, virtus*) que, supuestamente, debía reunir un buen general romano, *vid.* Gabba, 1975: 23-24; 2002: 155-162; Augier, 2016: 91-103.

⁶⁵³ Por el contrario, son varias las referencias en las que Cicerón resalta la importancia de mantener el orden y la disciplina en el ejército (*Cic. Rep.* 2.30), y en las que defiende la necesidad, incluso, de aplicar los más severos correctivos (*Cic. Clu.* 128; *Ver.* 5.133). Una vez más, la opinión del Arpinate debe ser tomada con suma precaución, puesto que, por encima de todo, era fiel a sus intereses políticos.

⁶⁵⁴ «Porque no es posible que mantenga disciplinado a su ejército un general que no se contiene a sí mismo; ni podrá juzgar con severidad quien no consiente que otros sean jueces severos de sus actos» (*Cic. Man.* 38).

dirección confiaran en su liderazgo; para ganarse el respeto y el favor de sus hombres, un buen comandante romano debía demostrar, por el contrario, que, pese a su rango, era un soldado más y que, por lo tanto, también estaba sujeto, como cualquier otro soldado bajo su mando, a la dureza y a las restricciones del servicio militar⁶⁵⁵. De esta forma, se esperaba que compartiera las mismas dificultades y afrontara algunos de los peligros que corrían sus soldados, puesto que, en palabras de Plutarco (*Mar.* 7.4), «no hay una visión más agradable para el soldado romano que contemplar a su general comiendo el mismo rancho que él, acostado sobre un vulgar camastro o echando una mano a la hora de cavar un foso o levantar una empalizada».

Si se mostraba ante sus hombres como uno más, tenía más opciones de ganarse la admiración y el apoyo de sus soldados, lo que en la práctica le ayudaría a reforzar la cohesión del grupo y a mantener la confianza del ejército. A tal efecto, un buen general romano debía, en opinión de Andrieux (1927: 59-60) y Guillén (1994: 450), ganarse el corazón de sus hombres sin dejar de ser fuerte. Alcanzar el equilibrio entre afecto y severidad fue el objetivo que muchos comandantes de la República se marcaron durante el desempeño de sus funciones⁶⁵⁶. Sin embargo, lograr esta armonía no era tarea fácil, ya que exigía un gran esfuerzo por parte del *imperator*.

Si un comandante romano quería asegurarse la lealtad de sus hombres debía, por un lado, dirigir al ejército con la suficiente firmeza como para que los soldados no se extralimitaran y se tomaran más libertades de las estrictamente necesarias, lo que derivaría en insolencia e indisciplina; y debía, por el otro, conducir a las tropas con la suficiente empatía y flexibilidad como para que estas no terminaran detestando el servicio militar y se acabaran amotinando, lo que derivaría en revueltas, levantamientos y/o desertiones⁶⁵⁷.

La severidad y la arrogancia eran rasgos muy mal valorados por las tropas, lo que podía suponer que un general, aunque hubiera demostrado su *virtus*, hubiera tenido éxito en la guerra y hubiera aplicado la *disciplina militaris* con arreglo a los principios tradicionales romanos, fuera aborrecido por sus hombres, como así le ocurrió a Lucio

⁶⁵⁵ «[Cayo Mario] jamás retrocedió ante las tareas importantes, ni desdeñó las más pequeñas, sino que, superando a sus iguales tanto en buen juicio como criterio a la hora de abordar las situaciones, rivalizó con los soldados en sobriedad y capacidad de sufrimiento, lo que le granjeó gran popularidad entre ellos» (Plu. *Mar.* 7.3). Para una relación entre *disciplina militaris* y austeridad, *vid.* Phang, 2008: 249-284. *Cf.* Goldsworthy, 1996: 261-262; Perea, 2003: 125.

⁶⁵⁶ «Les déserteurs étaient châtiés de façon exemplaire, mais par contre César fermait les yeux sur les autres fautes; après une victoire il permettait aux soldats de se livrer aux pires excès: pillage, meurtres, viols. Il se faisait ainsi de la popularité» (Andrieux, 1927: 12). Para más información acerca de la supuesta condescendencia de César para con sus hombres, *vid.* Suet. *Jul.* 67-68.1.

⁶⁵⁷ Un ejemplo práctico de cómo se podía alcanzar tal delicado equilibrio nos lo proporciona Valerio Máximo (7.3.7): «Por su parte, [Quinto] Fabio Máximo [Verrucoso Cunctator], cuya táctica para vencer consistía en no luchar, contaba entre sus ejércitos con un soldado nolano de infantería dotado de extraordinaria fortaleza, pero cuya dudosa lealtad levantaba sospechas, y otro lucano de caballería, de gran valor, aunque perdidamente enamorado de una prostituta. Para valerse de las buenas condiciones de ambos soldados, en vez de imponerles un castigo, disimuló las sospechas que tenía del primero y, con respecto al segundo, mitigó un poco la rigidez de la disciplina militar. Efectivamente, elogiando cumplidamente a aquel desde su estrado y rindiéndole todo tipo de honores le forzó a volver sus simpatías desde los cartagineses nuevamente hacia los romanos; en cuanto al segundo, permitiendo que rescatara ocultamente a la meretriz, lo convirtió en uno de nuestros mejores exploradores». Para más ejemplos como el anterior, *vid.* Fron. *Str.* 4.7.36; Plu. *Fab.* 20.

Licinio Lúculo. Aunque de todo ello hablaremos con más detenimiento en el capítulo dedicado al “fenómeno de la insurrección”⁶⁵⁸, en lo que a efectos de este apartado se refiere, podemos adelantar que, pese a derrotar a enemigos de la talla de Mitrídates VI del Ponto y Tigranes II de Armenia, Lúculo acabó perdiendo la adhesión de sus soldados y ganándose el rechazo de la mayor parte de su ejército como consecuencia de la dureza con la que había ejercido su mando, de su soberbia, de no haber repartido equitativamente el botín de guerra, de su supuesta avaricia, de haber alargado deliberadamente la guerra, de la dificultad de la campaña y del servicio militar, y de preferir la comodidad de las ciudades aliadas a pasar junto a sus tropas el rigor del invierno⁶⁵⁹.

Así las cosas, estaríamos muy equivocados si pensáramos que las atribuciones de un buen comandante romano se reducían a sus funciones de mando y dirección, y a su capacidad de disciplinar a las tropas. Tal y como hemos explicado, un buen general romano debía tener en cuenta, además, el aspecto físico, emocional y económico de los soldados que se encontraban bajo su cargo. De igual modo que debía tomar parte de sus esfuerzos y peligros⁶⁶⁰, debía ser capaz de animar y estimular tanto el valor como la moral y la confianza de sus hombres⁶⁶¹, y debía, finalmente, asegurar el bienestar material de sus soldados⁶⁶².

Pero, aún hay más, pues, si bien es cierto que un buen comandante romano debía demostrar diligencia en sus funciones, austeridad en sus costumbres y moderación en sus decisiones⁶⁶³, no es menos cierto que debía contar, además, con el apoyo de los dioses⁶⁶⁴. La fortuna (*felicitas*) era una de las cualidades mejor valoradas en el mundo romano, hasta el punto de que si un general romano no era capaz de demostrar a sus tropas su buena suerte corría el riesgo de perder tanto el respaldo como la lealtad de sus hombres⁶⁶⁵. Mientras que líderes como Lucio Cornelio Sila y Cayo Julio César basaron, en parte, su éxito militar en su buena fortuna, ganándose de esta forma el respeto y la

⁶⁵⁸ Vid. *infra* el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión.

⁶⁵⁹ Cic. *Har.* 42; Liv. 94, 98; Sal. *Hist.* 5.10; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17. Para más información, vid. Jal, 1962: 23-24; Gruen, 1974: 370, 372, 377; Gabba, 1975: 22-23; De Blois, 1987: 20; 2007: 172-173; Warry, 1995: 151-152; Keppie, 1998: 52; Chrissanthos, 2004: 356, 359, 362-365; Harris, 2006: 300; Kiesling, 2006: 240-241; Keaveney, 2007: 10, 60, 62, 64, 85; Fields, 2008: 29; Sage, 2008: 240, 251; Rosenstein, 2011: 143; Brice, 2014: 112, 126; 2020d: 257, 264-265; Gauthier, 2015: 108-110.

⁶⁶⁰ Plu. *Mar.* 7.5. Cf. Guillén, 1994: 450; Phang, 2008: 10.

⁶⁶¹ James, 2019: 61-63.

⁶⁶² «Il generale deve essere generoso, prodigo verso le truppe; deve badare alle esigenze materiali ed economiche dei suoi soldati, concedendo bottino, procurando ricompense e sistemazione dopo il servizio» (Gabba, 1975: 24). Cf. Guillén, 1994: 450.

⁶⁶³ «La cualidad más beneficiosa del espíritu, la moderación, impide que la desmesura y la temeridad arrastren a nuestros pensamientos, convirtiéndose así en una virtud libre de toda crítica» (V. Max. 4.1.pref.). Cf. V. Max. 4.3.1; Fron. *Str.* 4.7.3; Suet. *Aug.* 25; Polyaen. 8.24.4; Horsmann, 1991: 196.

⁶⁶⁴ «Pienso que, si a [Quinto Fabio] Máximo [Verrucoso Cunctator], a [Marco Claudio] Marcelo, a [Publio Cornelio] Escipión [Africano], a [Cayo] Mario y a tantos otros grandes generales se les confiaron el mando y la dirección de los ejércitos, no fue sólo en razón de su valor sino, más a menudo, a causa de su buena suerte. Pues no cabe duda de que algunos personajes ilustres tuvieron de su parte, como por disposición divina, en el camino hacia la grandeza y hacia la gloria y en la feliz ejecución de sus empresas, la ayuda de la fortuna» (Cic. *Man.* 47).

⁶⁶⁵ «Deve essere circondato da un alone carismatico che, dimostrandolo protetto dalla divinità e fortunato nelle sue imprese, gli accresca il personale prestigio» (Gabba, 1975: 24). Cf. Caes. *Gal.* 1.40; Civ. 3.68.1; Cic. *Man.* 47; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.26.

admiración de sus soldados⁶⁶⁶, personajes como Marco Licinio Craso, a quien la suerte no le acompañó durante su expedición contra los partos, sufrieron el desprecio y la indiferencia de sus tropas⁶⁶⁷.

A lo largo de la República, fueron muchos los líderes políticos y militares romanos que, debido a sus presuntas destrezas y habilidades, pasaron a la historia de Roma como *exempla* de *virtus* y *disciplina militaris*. Aunque la mayoría de ellos corresponden a personajes semilegendarios de la República temprana, cuya historicidad es más que cuestionable, también encontramos muchos otros ejemplos en los años centrales de la República⁶⁶⁸. Hablamos de Lucio Junio Bruto, Cayo Mucio Escévola, Horacio Cocles, Marco Curcio, Lucio Quincio Cincinato, Marco Furio Camilo, Publio Decio Mus (padre, hijo y nieto⁶⁶⁹), Tito Manlio Imperioso Torcuato, Manio Curio Dentato, Marco Atilio Régulo, Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator, Marco Claudio Marcelo, Publio Cornelio Escipión Africano, Tito Quincio Flaminio y Quinto Cecilio Metelo Macedónico, entre otros muchos⁶⁷⁰.

En lo que resta de apartado, comentaremos las disposiciones que llevaron a cabo Marco Porcio Catón (o Catón el Viejo), Lucio Emilio Paulo Macedónico y Publio Cornelio Escipión Emiliano, tres ilustres personajes de la República media que, pese a no haberlos incluido en la anterior lista, terminaron formando parte del imaginario colectivo romano como resultado de su celo y disciplina.

⁶⁶⁶ Según Plutarco (*Sull.* 6.5), Sila «había nacido más para la buena fortuna que para la guerra, lo que significa que valoraba más la fortuna que la virtud y se consideraba por completo a sí mismo como una obra de la divinidad». Y es que, «Sila no sólo se sometía gustosamente a esa dicha y la envidia que provocaba, sino que incluso aumentaba sus acciones y las dotaba de carácter divino al vincularlas con la Fortuna» (Plu. *Sull.* 6.4). Por su parte, Apiano (*BC* 2.35, 53, 55, 58, 66, 97) reduce las acciones de César a su buena o mala fortuna, como si de su voluntad no hubiera dependido nada. De este modo, es común encontrar en su obra referencias a la buena estrella de César y a su célebre *Fortuna Caesaris*. Para otras referencias en donde la religión y la superstición tuvieron un efecto disciplinario sobre los soldados, *vid.* Fron. *Str.* 1.11.11-13; Plu. *Mar.* 17.2-5; Gel. 15.22.1-5.

⁶⁶⁷ Cic. *Div.* 1.29-30; 2.22, 84; Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4. Para más información sobre la campaña que Marco Licinio Craso dirigió, en 53 a. C., contra los partos, y los problemas de indisciplina que afloraron en su ejército como consecuencia de los malos augurios que acompañaron a la expedición, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en particular, el apartado 3.14. Campaña contra los partos, en donde se recoge el análisis disciplinario de dicha expedición.

⁶⁶⁸ Hemos preferido dejar fuera de esta lista a los principales generales romanos de la República romana tardía, debido a que, tal y como hemos señalado en la introducción, el objetivo del presente capítulo es exponer los principios fundamentales sobre los que se asentó la tradicional disciplina militar romana para, una vez analizados los episodios de insurrección de finales de la República, determinar si se desviaron los generales y soldados romanos tardorrepurbanos de los parámetros clásicos, y, si así lo hicieron, en qué grado. Por esta razón, hemos decidido centrarnos en personajes precedentes, para más adelante comparar los rasgos por los que pasaron a la historia dichos personajes con los rasgos que manifestaron los principales *imperatores* de la tardorrepública.

⁶⁶⁹ Según la tradición clásica, tres fueron los Decio Mus (padre, hijo y nieto) que, en tres ocasiones distintas (340, 295 y 279 a. C.), forzaron la victoria gracias a su sacrificio en forma de *devotio*. A cambio de conservar la integridad de su ejército y de conseguir la victoria en la guerra, cada uno de ellos se consagró a sí mismo, junto con el ejército enemigo, a los dioses infernales (Cic. *Tusc.* 1.89; Liv. 8.9.6-8, 10.28.13; V. Max. 5.6.5-6; Fron. *Str.* 4.5.15; D.C. 53.8.3; Aur. *Vict. De vir. ill.* 26-27, 36).

⁶⁷⁰ Para más ejemplos, *vid. De Viris Illustribus Romae*, de Sexto Aurelio Víctor.

La elección de estos tres *imperatores* se debe, principalmente, a que todos ellos tuvieron que lidiar, o bien con tropas indisciplinadas, o bien con situaciones en las que el ejército se había abandonado a todo tipo de placeres y excesos; y a que, pese a todo, demostraron poseer el talento y las aptitudes y habilidades necesarias para corregir el comportamiento y la actitud de sus hombres sin desviarse por ello de los preceptos básicos que todo general debía cumplir si quería ser considerado un buen comandante romano.

Mientras que Lucio Junio Bruto, Tito Manlio Imperioso Torcuato y Quinto Cecilio Metelo Macedónico destacaron por su severidad; Cayo Mucio Escévola y Horacio Cocles por su valor; Marco Curcio y Publio Decio Mus, padre, hijo y nieto, por su sacrificio; Lucio Quincio Cincinato por su honradez; Marco Atilio Régulo por su honor; y Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator por su prudencia e ingenio⁶⁷¹, Marco Porcio Catón destacó, tal y como veremos a continuación, tanto por su austeridad como por su integridad y su enorme capacidad de trabajo. Y es que, si bien sus méritos militares no fueron, tal vez, tan relevantes como los de Marco Furio Camilo, Manio Curio Dentato, Marco Claudio Marcelo, Publio Cornelio Escipión Africano y Tito Quincio Flaminio⁶⁷², tampoco requirió de ellos para ser recordado⁶⁷³.

Si, durante su etapa como cuestor, en 204 a. C., ya tuvo la oportunidad de expresar públicamente su manera de pensar y de cómo se debía dirigir el ejército⁶⁷⁴, no fue hasta el desempeño de su consulado en Hispania, en 195 a. C., cuando Catón el Viejo pudo exhibir sus dotes de mando. Consciente de la importancia de contar con un ejército bien entrenado, lo primero que hizo fue, conforme a Apiano (*Hisp.* 40), adiestrar a sus tropas. Dicha instrucción fue física y mental, pues al tiempo que supervisó el entrenamiento de su ejército, concienció a sus soldados de que no había otra salvación posible que la victoria. A su manera, supo trabajar la moral de sus tropas y se preocupó de mantener alto el espíritu combativo de sus hombres. Por un lado, «animando a su ejército, no, como otros con la esperanza, sino con el temor»; y, por el otro, yendo de un lado a otro del campo de batalla, «animando y arengando a sus tropas», y corriendo en ayuda de sus hombres, «exponiéndose al peligro» y luchando al lado de sus soldados⁶⁷⁵.

Esta misma entereza y determinación la manifestó también fuera del campo de batalla, y «si algún soldado demasiado fogoso se adelantaba a la formación, él mismo le

⁶⁷¹ Aur. Vict. *De vir. ill.* 10-12, 17, 26-28, 36, 40, 43, 61.

⁶⁷² Aur. Vict. *De vir. ill.* 23, 33, 45, 49, 51.

⁶⁷³ Valerio Máximo (8.15.2) llegó a describir a Catón el Mayor como «un senador adornado de todo tipo de virtudes, y más grandioso por sus propios méritos que por los beneficios de la fortuna».

⁶⁷⁴ Nos referimos, cómo no, al choque que mantuvo Marco Porcio Catón con Publio Cornelio Escipión Africano como consecuencia de su supuesta falta de disciplina, de su estilo de vida y de derrochar los fondos del Estado: «No le importó hacerse rival del gran Escipión [...]; por el contrario, cuando fue enviado con él como cuestor a la guerra de África, tan pronto como vio que el hombre practicaba su acostumbrado despilfarro y que gastaba dinero despreocupadamente con el ejército, le hablaba con toda libertad, diciendo que lo más importante no era el gasto, sino que corrumpía la frugalidad tradicional de los soldados al dedicarse ellos a unos placeres y lujos que sobrepasaban su necesidad» (Plu. *Cat. Ma.* 3.5). Cf. Nep. *Ca.* 1.3; Liv. 29.19.11-13; Plu. *Cat. Ma.* 3.5-7; Tac. *Ann.* 2.59; D.C. 57.62. Para más información sobre las críticas que se vertieron sobre el futuro Africano, vid. Escorihuela, 2022a: 117-136.

⁶⁷⁵ App. *Hisp.* 40.

daba alcance a caballo, lo golpeaba con un pequeño venablo y ordenaba a los tribunos y centuriones que lo castigasen»⁶⁷⁶.

No obstante, la disciplina de Marco Porcio Catón no se distinguió tanto por su capacidad para ejercer la violencia como por su habilidad para mantener el control de sus soldados sin necesidad de recurrir a ella. A base de trabajo, templanza y autocontrol supo granjearse tanto el respeto como la admiración de sus hombres⁶⁷⁷. De acuerdo con Livio (34.18.3-5), «tenía tal fortaleza de espíritu y de carácter que se ocupaba personalmente de todos los asuntos, grandes y pequeños, y los resolvía, y no sólo pensaba y ordenaba lo que era pertinente sino que en la mayoría de los casos se ocupaba él mismo de su ejecución; a nadie imponía una disciplina más rigurosa y estricta que a sí mismo; en austeridad, velas y fatigas competía con el último de los soldados, y aparte del rango y el mando no tenía ningún privilegio en su ejército».

Con el mismo rigor con el que Catón el Viejo ordenó su vida privada⁶⁷⁸ y educó a su hijo Marco Porcio Catón Liciniano⁶⁷⁹, ejerció también sus funciones de mando. A diferencia de lo que habían hecho otros comandantes romanos antes que él⁶⁸⁰, reveló que la mejor forma de conservar la disciplina en el interior del ejército no era a través del castigo y la represión, sino del esfuerzo, la sobriedad y la moderación⁶⁸¹. Esta manera de entender la vida dentro y fuera del *castrum* le llevó a convertirse en un *exemplum* de cómo se debía dirigir y disciplinar a los soldados⁶⁸². Así, no nos ha de extrañar que, años después, un emocionado Espurio Ligustino recordara con orgullo el tiempo que le tocó servir bajo el mando del viejo Censor⁶⁸³.

Para hablar de nuestro siguiente protagonista, Lucio Emilio Paulo, debemos situarnos en el año 168 a. C., justo al final de la tercera guerra macedónica. Si bien la guerra en Oriente gozó, tal y como ya explicamos en el capítulo anterior⁶⁸⁴, de una popularidad mucho mayor que la guerra en Hispania, no estuvo exenta de otros problemas. Para entender de lo que estamos hablando, debemos remontarnos unos años

⁶⁷⁶ Liv. 34.15.4. Cf. Plu. *Mor.* 198E.

⁶⁷⁷ Liv. 34.18.3-5; Plu. *Cat. Ma.* 3.5-6; App. *Hisp.* 39.

⁶⁷⁸ Liv. 34.18.3-5; 39.40.3-12; V. Max. 8.15.2; Plu. *Mor.* 198D-F; 199A-D; Aur. Vict. *De vir. ill.* 47.

⁶⁷⁹ Vid. *supra* en este mismo apartado.

⁶⁸⁰ Siempre y cuando aceptemos la historicidad del relato de Tito Livio (5.6), un posible precedente de la rigurosidad con la que Marco Porcio Catón entendió el servicio militar lo podemos encontrar en el discurso que el tribuno militar con potestad consular Apio Claudio Craso pronunció, en 403 a. C., a raíz del debate de si el ejército romano debía sostener o no el sitio de Veyes durante el invierno; algo que no se había hecho hasta la fecha, ya que implicaba que las tropas pasaran el invierno acuarteladas y, por tanto, fuera de Roma y de sus hogares: «Aunque no afectase nada a esta guerra, importaba enormemente, sin duda, a la disciplina militar el que nuestros soldados se acostumbren no sólo a disfrutar de una vida fácil, sino, incluso en el caso de que las cosas se desarrollen con lentitud, a aguantar el cansancio y esperar el resultado aunque la espera se prolongue [...]. ¿Es que creemos que los cuerpos de nuestros soldados están afeminados, sus espíritus flojos, hasta el extremo de no poder aguantar durante un solo invierno en el campamento alejados de sus casas? [...]» (Liv. 5.6.1-2, 4).

⁶⁸¹ Liv. 34.15.4, 16.3, 18.3-5; 42.34.6-7; V. Max. 3.4; 8.15.2; App. *Hisp.* 39-40. Cf. Plu. *Mor.* 198E-F; 199A-D.

⁶⁸² Liv. 42.34.7; V. Max. 3.4. Cf. Plu. *Mor.* 198E; 199C-D.

⁶⁸³ «Quienes en su largo servicio han tenido la experiencia de militar a las órdenes de este [de Marco Porcio Catón] y de otros generales saben que ningún otro entre todos los generales vivientes ha sido un observador y un juez más riguroso de la valentía» (Liv. 42.34.7).

⁶⁸⁴ Vid. *supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 2.3. La crisis del campesino-soldado: ¿el fin del ejército ciudadano?

atrás, en torno al 189-188 a. C., cuando Cneo Manlio Vulsón se hizo cargo, primero como cónsul y después como procónsul, de las legiones de Asia.

Conforme al discurso clásico, se cree que fue, precisamente, bajo su mando cuando comenzó la degeneración moral del ejército romano. Si ya de por sí la influencia de Asia, con «los atractivos de sus ciudades, la abundancia de sus recursos de tierra y mar, la flojedad de los enemigos y las riquezas de los reyes», se consideraba perniciosa para el mantenimiento del orden en el ejército —pues, en palabras de Tito Livio (39.1.3), «servía más para enriquecer que para templar los ejércitos»—, la llegada de Cneo Manlio lo empeoró todo. Según los rumores de la época, las legiones bajo su mando «estuvieron sin control ni disciplina», de ahí que bastara con «una marcha un poco más dura y un enemigo un poco más despierto para infligirles una severa derrota»⁶⁸⁵.

En poco tiempo, Cneo Manlio Vulsón, no sólo había sido incapaz de mantener el control de sus tropas, y «había echado a perder, con todas las formas de la permisividad, la disciplina militar que su antecesor [Lucio Cornelio Escipión Asiático] había mantenido rigurosamente»⁶⁸⁶, sino que, además, se había convertido en el responsable, según Livio (39.6.7), de que sus soldados hubieran introducido en Roma «el germen del lujo extranjero»⁶⁸⁷. A raíz de este supuesto, son varios los historiadores clásicos y modernos que han defendido la teoría del envilecimiento de la antigua *militia* cívica romana, como consecuencia de haber cambiado la vieja disciplina militar y la sobriedad que la habían caracterizado hasta ese momento por el lujo y la molicie de las ciudades orientales⁶⁸⁸.

Con todo, la situación en Macedonia no era mucho mejor que en Asia. Según se deduce de las fuentes clásicas, los problemas de disciplina fueron también recurrentes en la región⁶⁸⁹. Gracias a Livio (44.1.5), sabemos que, en 169 a. C., un año antes de la llegada de Lucio Emilio Paulo, el procónsul Aulo Hostilio Mancino tuvo que aplicarse a fondo para llevar a las tropas «de una permisividad incontrolada a una rígida disciplina militar». Pese a que no contamos con suficiente información al respecto, y a que desconocemos los términos en los que los soldados manifestaron su indisciplina, la situación era tan delicada que, aunque el procónsul «no llevó a cabo ninguna acción bélica memorable», fue más importante para Livio que hubiera sido capaz de reconducir el comportamiento del ejército que el que se hubiera impuesto en la guerra⁶⁹⁰.

Al tanto de la situación en Macedonia, Lucio Emilio Paulo intervino sobre el problema y, nada más llegar a la zona, «puso orden en los asuntos de los soldados»⁶⁹¹.

⁶⁸⁵ Liv. 39.1.4.

⁶⁸⁶ Liv. 39.6.5. Cf. Liv. 39.1.4.

⁶⁸⁷ Para más información, *vid.* Liv. 39.6.6-9.

⁶⁸⁸ Para una explicación más detallada, *vid. supra*, en el capítulo introductorio, el estado de la cuestión de nuestra investigación, en donde se analiza con más profundidad el origen de la hipotética decadencia moral del ejército romano.

⁶⁸⁹ Sabemos de desertiones y cambios de bando, en la segunda guerra macedónica (Eutr. 4.2.1); y de problemas a la hora de formar las levas, de permisividad y de relajamiento de la disciplina, en la tercera guerra macedónica (Liv. 42.32.7, 33-35.1-2; 43.14.2-10, 15.7-8). Asimismo, *vid.* Plu. *Mor.* 197F; Chrissanthos, 1999: 25-26, para otros problemas de indisciplina.

⁶⁹⁰ Liv. 44.1.5.

⁶⁹¹ Zonar. 9.23.1.

En tal sentido, sabemos que, antes de entablar combate contra el rey Perseo de Macedonia, prefirió asegurarse de que, llegado el momento, podría contar con un ejército bien preparado y atento a sus órdenes. Con este propósito, curtió física y mentalmente a sus tropas e inspeccionó y supervisó en persona todos los preparativos de la campaña, desde las tareas y trabajos diarios hasta las marchas y las guardias⁶⁹², imponiendo a los soldados los más penosos sacrificios y exponiéndolos a los peores peligros⁶⁹³.

Para Lucio Emilio Paulo, el principal peligro no provenía del frente macedonio, sino del interior de su propio ejército. Consciente de los problemas de disciplina que habían tenido sus predecesores, sabía que no tendría ninguna opción de vencer a Perseo si antes no se aseguraba el control y la lealtad de sus tropas. Así, además de hacer todo lo posible para suprimir por medio de sus disposiciones toda mala praxis que pudiera darse en el ejército⁶⁹⁴, y de esforzarse para que sus hombres estuvieran ocupados durante el mayor tiempo posible⁶⁹⁵, reunió a sus tropas en una *contio* y les advirtió de que, en adelante, el único que tendría potestad para decidir lo que se debía hacer, y cuándo se debía hacer, sería él, mientras que el resto, simplemente, debía obedecer y acatar sus órdenes⁶⁹⁶.

Las medidas de Lucio Emilio Paulo surtieron efecto y, «a pesar de tener en su campamento unos soldados tan sediciosos y tan irresponsables»⁶⁹⁷, todos sin distinción, incluidos los veteranos, reconocieron, de acuerdo con Livio (44.34.6), «que habían aprendido por primera vez aquel día, como si fueran reclutas, qué es lo que había que hacer en la vida militar». La tenacidad con la que el *imperator* romano controló hasta el más mínimo detalle de la vida de sus soldados le valió, finalmente, la victoria en la batalla de Pidna (168 a. C.) y un lugar en la historia de Roma como uno de sus mejores generales.

Sin embargo, no todo fueron buenas noticias para el Macedónico. Aunque Lucio Emilio Paulo había aplicado, según la mentalidad romana, una «disciplina a la antigua usanza»⁶⁹⁸, y había logrado gracias a ello, y, en opinión de Marco Servilio⁶⁹⁹, evitar el amotinamiento de sus hombres⁷⁰⁰, para las tropas era inadmisibles la dureza con la que

⁶⁹² Liv. 44.33-34; 45.35.6, 36.3, 37.1-2, 9-10, 41.4; Zonar. 9.23.1. Para más información sobre las disposiciones llevadas a cabo por Lucio Emilio Paulo, *vid.* Chrissanthos, 2004: 341, 355; Rosenstein, 2011: 143; Brice, 2014: 5; Gauthier, 2016: 110; James, 2019: 151-153.

⁶⁹³ Liv. 45.36.3.

⁶⁹⁴ Liv. 44.33.5-11; Plu. *Mor.* 198A.

⁶⁹⁵ Liv. 44.34.3, 8, 10.

⁶⁹⁶ «En un ejército, el único que debe prever y determinar qué procede hacer es el general, bien por sí mismo o bien con aquellos a los que convoca al consejo; quienes no son convocados no deben andar aireando sus consejos ni en público ni en privado [...]. En un ejército en el que los soldados deliberan y el general anda a merced de los rumores de la tropa no hay ninguna posibilidad de salvación. Él se encargaría, porque ese es el deber de un general, de proporcionarles la oportunidad de combatir con éxito; ellos no tenían que preguntar en absoluto qué iba a ocurrir en adelante, sino cumplir celosamente sus deberes de soldados cuando se diera la señal» (Liv. 44.34.2, 4-5). *Cf.* Plu. *Mor.* 198A.

⁶⁹⁷ Liv. 45.37.1. *Cf.* Liv. 45.37.11.

⁶⁹⁸ Liv. 45.35.6, 37.2.

⁶⁹⁹ *Magister equitum*, en 203 a. C., y cónsul, en 202 a. C., Marco Servilio Púlex Gémino se posicionó a favor de Lucio Emilio Paulo Macedónico cuando parte de sus tropas intentaron evitar que se le concediera el triunfo por su victoria sobre Perseo de Macedonia (Liv. 45.35-42.1).

⁷⁰⁰ Liv. 45.37.1-2.

su comandante había dirigido la campaña⁷⁰¹. De este modo, se quejaron amargamente de la rigurosidad de las guardias, del celo con el que había supervisado todos los turnos de vigilancia, del exceso de trabajo y de las interminables marchas, de no haber tenido prácticamente tiempo de descanso, y de no haber recibido una parte mayor del botín de guerra⁷⁰². De todas estas quejas, fue la económica la que más envalentonó el ánimo de los soldados.

Aunque, una vez derrotado Perseo, se permitió a los soldados saquear numerosas ciudades y el botín capturado fue «lo suficientemente abundante como para repartir cuatrocientos denarios a cada jinete y doscientos a cada infante»⁷⁰³, y se vendió, además, «todo el botín, y todo el dinero obtenido se distribuyó entre los soldados»⁷⁰⁴, el principal anhelo de las tropas no era ese, sino el poder tomar parte del tesoro real⁷⁰⁵, el cual, sin embargo, fue enviado a Roma por orden de Lucio Emilio Paulo⁷⁰⁶.

Si la guerra era más popular en Oriente que en otros territorios como Hispania, era, precisamente, debido a la expectativa de obtener un rico botín de guerra. Aunque los soldados de Emilio Paulo no se quedaron, ni mucho menos, con las manos vacías, el hecho de que no disfrutaran de las riquezas del tesoro real fue lo que les llevó a quejarse en Roma. Servio Sulpicio Galba, tribuno militar de la segunda legión en Macedonia, fue el líder de dicho descontento y quien encabezó las protestas del ejército. Con todo el ejército de Macedonia irritado con Emilio Paulo⁷⁰⁷, Galba se ganó, fácilmente, el apoyo de sus antiguos compañeros de armas para que votaran en contra de la concesión del triunfo a su general⁷⁰⁸.

El recuerdo de la victoria de Pidna y la intervención de Marco Servilio a favor del general romano impidieron que la iniciativa de Sulpicio Galba tuviera éxito. Finalmente, el motín de los soldados pasó a un segundo plano y Lucio Emilio Paulo pudo celebrar su triunfo. No obstante, la acción del tribuno militar sentó un peligro precedente, ya no tanto por la motivación de la revuelta, un clásico en la historia del ejército romano, sino por el lugar en el que tuvieron lugar las protestas y el contenido de las mismas.

El hecho de que el malestar de los soldados se desplazara de los campamentos a Roma no presagiaba nada bueno para la República, dado que exponía la posibilidad de trasladar al terreno político los problemas del interior del ejército, y a que promovía la

⁷⁰¹ Liv. 45.35.6-7, 9, 36.3-4, 37.2, 9-10.

⁷⁰² «Describiendo y recordando el rigor con que se había exigido el cumplimiento de los deberes militares; se les habían impuesto más sacrificios, más peligros de los que las circunstancias requerían; en cambio a la hora de las recompensas y de los honores todo habían sido restricciones [...]» (Liv. 45.36.3).

Cf. Liv. 45.37.9-10.

⁷⁰³ Liv. 45.34.1-5. Igualmente, se repartieron, esta vez durante la ceremonia del triunfo, «cien denarios a cada soldado de infantería, el doble a los centuriones y el triple a los de caballería» (Liv. 45.40.5). Sin embargo, «se cree que [Lucio Emilio Paulo] habría dado doble cantidad a los de a pie y en la misma proporción a los demás si en la votación hubieran apoyado su triunfo o si al anunciar la mencionada cantidad hubieran aplaudido con entusiasmo» (Liv. 45.40.5). Cf. Eutr. 4.8.1.

⁷⁰⁴ Liv. 45.34.6.

⁷⁰⁵ Liv. 45.34.7, 35.6-7, 9, 36.3, 37.10-11.

⁷⁰⁶ Liv. 45.33, 37.10, 40.1.

⁷⁰⁷ Liv. 45.35.7.

⁷⁰⁸ «Rechazando la propuesta del triunfo se vengarían de su autoritario general [...]. Que no esperase el fruto del agradecimiento allí donde no había hecho méritos para ello» (Liv. 45.35.9). Cf. Liv. 45.35.7-9, 36.5-7, 37.2, 11.

politización de los asuntos militares⁷⁰⁹. Con su intervención, Servio Sulpicio Galba convertía una simple cuestión militar en un asunto de naturaleza política, sentando un peligroso precedente de cómo se podía utilizar el ejército como instrumento político y de presión. Por otra parte, aunque el discurso que Livio (45.36.3-5) pone en boca del tribuno militar recoge algunas de las reivindicaciones que mantuvieron las tropas durante buena parte del siglo II a. C.⁷¹⁰, y que, por consiguiente, se ajusta a la imagen con la que, tradicionalmente, se ha definido al ejército romano de la República media⁷¹¹, adelanta, tal vez demasiado convenientemente, más de un siglo lo que autores como Cicerón (*ad. Brut.* 17.1.10.3), Cornelio Nepote (*Eum.* 8.2-3) y Apiano (*BC* 5.13, 15, 17-18) dijeron, respectivamente, sobre los soldados y los generales de su tiempo, sobre los veteranos de César, y sobre las tropas del Triunvirato, lo que nos hace dudar, en parte, de la veracidad del contenido del mensaje⁷¹².

Sea como fuere, de lo que no hay duda es de que el episodio sirvió para alimentar la vieja creencia de que las tropas sólo se movían por dinero⁷¹³, y de que, aun habiendo actuado en virtud de lo que se esperaba en un buen comandante romano, y de haberse comportado, según Frontino (*Str.* 4.7.3), con moderación, Lucio Emilio Paulo no se libró ni de las críticas ni del recelo de sus hombres, lo que a la postre nos puede hacer pensar que no siempre coincidió lo que, para la aristocracia romana, debía ser un buen general romano con lo que, para los soldados, debía ser un buen líder militar.

Finalmente, hablaremos de nuestro último *exemplum*, Publio Cornelio Escipión Emiliano⁷¹⁴. En este caso, comentaremos, en primer lugar, las disposiciones que el general romano llevó a cabo, en 147 a. C., durante la tercera guerra púnica, y, seguidamente, las medidas que adoptó, en 134 a. C., durante el asedio de Numancia.

Lo que, en principio, se había concebido como una guerra, relativamente, fácil — habida cuenta de la diferencia de poder que existía entre la República romana y Cartago, y a que, pese a haber experimentado cierta recuperación, los púnicos se encontraban

⁷⁰⁹ Algo que, por otra parte, ya tuvo lugar, en 205-204 a. C., a raíz de la investigación a la que se sometió a Publio Cornelio Escipión Africano por motivo de la indisciplina de la guarnición romana de Locros (Escorihuela, 2022a: 117-136).

⁷¹⁰ «Si unos jefes semejantes se salían con la suya, la vida militar iba a ser más dura y rigurosa para los combatientes, y al mismo tiempo no iba a suponer ventajas ni honores en caso de vencer [...]. Si al día siguiente acudían en masa a rechazar el proyecto de ley, los hombres poderosos comprenderían que no todo depende del general, que algo está en manos de los soldados» (Liv. 45.36.4-5).

⁷¹¹ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 2.3. La crisis del campesino-soldado: ¿el fin del ejército ciudadano?

⁷¹² «Se estaba dejando a los generales a merced de la indisciplina y la codicia de la tropa; se estaba incurriendo ya, en los tiempos que corrían, en errores demasiado frecuentes, por afán de popularidad; ¿qué ocurriría si se ponía a los soldados, como dueños, por encima de los generales?» (Liv. 45.36.8). La coincidencia entre el discurso de Livio y las descripciones de Cornelio Nepote y Apiano nos sugiere la posibilidad de que, tal vez, Livio, o bien buscara denunciar con este ejemplo una suerte de indisciplina innata o intergeneracional de las tropas, o bien se inspirara en el ejército de su tiempo (siglo I a. C.) para describir a las tropas rebeldes de Lucio Emilio Paulo, o bien utilizara el relato de Servio Sulpicio Galba como advertencia de lo peligroso que podía ser la manipulación de las tropas con fines políticos. Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

⁷¹³ Liv. 45.36.8.

⁷¹⁴ «Llevó una vida ciertamente dignísima, que hasta ese momento, a excepción de su abuelo [Publio Cornelio Escipión Africano], no superaba nadie en esplendor» (Vell. 2.4.6). *Cf. Plu. Mor.* 199F; 200A-F; 201A-F; *Aur. Vict. De vir. ill.* 58.

muy por debajo del potencial económico y militar que habían manifestado en las dos últimas guerras—, a la altura del 147 a. C., momento en el cual Escipión Emiliano asumió como cónsul la dirección de la guerra, la situación se había complicado mucho más de lo esperado por culpa de la corrupción y de la incompetencia de los comandantes romanos que habían dirigido las operaciones militares antes que él⁷¹⁵.

Conforme a la descripción que nos proporciona Apiano (*Pun.* 115-116), el panorama en el ejército romano era absolutamente desolador. Apiano nos habla de salteadores, fugitivos y mercaderes, y no de soldados, pues era, según su opinión, tan grande la pereza, la codicia y la rapiña a la que habían llegado las tropas que el calificativo de soldados se les quedaba demasiado grande⁷¹⁶. Era tan exacerbado el nivel de anarquía al que había llegado el ejército que, no sólo «no había ningún tipo de disciplina ni de orden entre los soldados», sino que, además, era frecuente que se pelaran entre sí y que, incluso, llegaran a la muerte⁷¹⁷.

Sin embargo, para Escipión Emiliano la culpa no la tenían las tropas, sino su predecesor en el mando Lucio Calpurnio Pisón Cesonino (cos. 148 a. C.), a quien le imputaba todos los vicios de los soldados⁷¹⁸, y los civiles que se habían infiltrado en el campamento romano y convivían y hacían tratos con los soldados a cambio de tomar parte del saqueo y del botín de guerra⁷¹⁹. Por esta razón, y porque tampoco le interesaba soliviantar todavía más los ánimos de las tropas, y, posiblemente, temía la reacción del ejército si ejercía la violencia, Escipión Emiliano prefirió desviar la responsabilidad hacia Calpurnio Pisón y no castigar a sus hombres⁷²⁰.

Así pues, reunió al ejército en una *contio* y, «pensando que jamás podría dominar al enemigo si antes no lo hacía con sus soldados», recriminó a sus hombres la molicie y la relajación que habían mostrado hasta entonces⁷²¹. A continuación, expulsó del campamento a todos los civiles, a excepción de unos pocos que podían quedarse con permiso expreso del general⁷²²; purgó del ejército «todo lo que era superfluo, vano o lujoso»⁷²³; animó a las tropas con la obtención de una lucrosa recompensa si obedecían

⁷¹⁵ «Y ciertamente, por ello, los enemigos, desde la situación de debilidad y falta de esperanzas en la que los dejé, se han recobrado hasta un grado tal de fuerza y nuestro trabajo se ha hecho más difícil por causa de vuestra relajación» (App. *Pun.* 116). Cf. Plu. *Mor.* 200A.

⁷¹⁶ «Sois más bien salteadores que soldados. Sois fugitivos, no soldados acampados. Vuestra avaricia os asemeja más a los mercaderes que a un ejército sitiador» (App. *Pun.* 116).

⁷¹⁷ «El producto de su rapiña era el origen de discordia y desgracias entre ellos, pues muchos despreciaban a sus compañeros de tienda por el afán de lucro; la emprendían a golpes y heridas criminales y llegaban, incluso, hasta el asesinato» (App. *Pun.* 115).

⁷¹⁸ «Escipión se dio cuenta de que [los soldados] estaban habituados por [Lucio Calpurnio] Pisón a la pereza, a la codicia y a la rapiña [...]. Observó que todos los errores que aquellos cometían eran imputables a su jefe» (App. *Pun.* 115). Cf. App. *Pun.* 116; Miller, 1984: 136.

⁷¹⁹ «Convivía con ellos una multitud de rufianes, que los seguían a causa del botín y acompañaban a los más osados en sus expediciones de saqueo sin permiso» (App. *Pun.* 115). Cf. App. *Pun.* 116.

⁷²⁰ «“Aunque tengo poder para castigar con la mayor severidad a los que desobedezcan, sin embargo he creído útil advertiros previamente [...]. Si viera que los males radicaban en vosotros, os castigaría de inmediato, pero puesto que se los imputo a otro, os voy a eximir ahora de los yerros cometidos hasta el presente» (App. *Pun.* 116).

⁷²¹ App. *Pun.* 116.

⁷²² App. *Pun.* 116-117.

⁷²³ App. *Pun.* 117.

sus órdenes; y amenazó a los soldados con el castigo si no se guiaban a partir de ese momento por medio del trabajo y del esfuerzo⁷²⁴.

Las disposiciones de Escipión Emiliano surtieron efecto y pudo granjearse el favor del ejército. Al contrario de lo ocurrido con Lucio Emilio Paulo, las tropas no le guardaron recelo y se mantuvieron fieles a él en todo momento. La explicación de por qué los soldados actuaron de esta manera, a pesar de que la dureza con la que actuó el primero no fue inferior a la exigida por el vencedor de Perseo, no la contienen las fuentes. No obstante, podemos teorizar al respecto.

Es posible que, al culpabilizar a Calpurnio Pisón de su indisciplina, y al no responsabilizar a los soldados de las últimas derrotas, Escipión Emiliano se ganara su confianza y respeto⁷²⁵. Asimismo, el hecho de que, pudiendo ejercer la violencia sobre sus hombres, prefiriera no castigar al ejército, pudo reforzar la lealtad de las tropas y que estas sintieran que le debían agradecimiento⁷²⁶. Por otra parte, sabemos que Escipión Emiliano ya conocía al ejército, que había luchado en esa misma contienda, que había tenido una brillante actuación como tribuno militar, y que, por todo ello, los soldados le guardaban un especial aprecio⁷²⁷. Por último, el hecho de que Escipión Emiliano fuera más generoso con sus hombres de lo que había sido Emilio Paulo con su ejército, pudo ser determinante para ganarse su afecto⁷²⁸.

Lejos de mejorar, la situación que Publio Cornelio Escipión Emiliano se encontró en Hispania, en 134 a. C., fue, incluso, mucho peor de la que acabamos de presenciar. Mientras que Livio (57) nos habla de un ejército «corrompido por la lujuria y la laxitud» y Frontino (*Str.* 4.1.1) de un ejército «desmoralizado», Plutarco (*Mar.* 3.2; *Mor.* 201B) nos informa de un ejército «adocenado por el lujo y la molicie» y de un campamento lleno de «desorden, libertinaje y superstición», Apiano (*Hisp.* 84-85) de un ejército «lleno de ociosidad, discordia y lujo» y de unos soldados «atemorizados a causa de las derrotas», Polieno (8.16.2) de un ejército sumido en el «desenfreno» y la «molicie», y, finalmente, Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 3.10) de unas tropas «deshechas» y «vencidas». Tal y como se puede observar, el estado físico, anímico y disciplinario de los soldados era, totalmente, desalentador.

⁷²⁴ «“Y para vosotros, soldados, que os valga una sola orden adaptada a todas las ocasiones: que mi comportamiento y mi esfuerzo os sirvan de ejemplo. Si os regís por este criterio, no faltaréis a vuestro deber ni os faltará la recompensa. Ahora, en cambio, hay que trabajar mientras corremos peligro, y el lucro y la molicie se deben posponer para su momento oportuno. Estas cosas las ordeno yo, además de la ley. Los que las obedezcan con docilidad obtendrán una buena recompensa y aquellos que no las obedezcan se arrepentirán”» (App. *Pun.* 116).

⁷²⁵ App. *Pun.* 115-116.

⁷²⁶ App. *Pun.* 116.

⁷²⁷ «Escipión, nieto de Escipión el Africano, militaba como tribuno y era muy respetado y admirado, pues se consideraba que era un hombre muy bien preparado para la guerra y muy entendido» (Eutr. 4.10.3). Cf. App. *Pun.* 101-103, 105, 109, 112, 114; Aur. Vict. *De vir. ill.* 58; Roth, 1999: 140.

⁷²⁸ «Escipión, una vez destruida Cartago, concedió a su ejército un número de días para que lo devastara todo a excepción del oro, la plata y las ofrendas de los templos. Después otorgó numerosas recompensas a todos los que habían descollado por su heroísmo [...]. Envío a Roma la nave más rápida, adornada con los despojos, como mensajera de la victoria [...]. El resto del botín lo vendió [...]» (App. *Pun.* 133; cf. Plu. *Mor.* 200B). Cf. Plu. *Mor.* 199F, en donde se nos dice que Escipión Emiliano «fue el general que más enriqueció a sus soldados».

Sin embargo, una vez más no se culpabilizó tanto a los soldados como a los predecesores de Escipión Emiliano⁷²⁹. Mientras que Valerio Máximo (2.7.1) nos explica cómo la nefasta actuación de los generales romanos anteriores alimentó la «insolente actitud» de los numantinos, y cómo la «capitulación vergonzosa» de Cayo Hostilio Mancino terminó afectando a la disciplina militar, Frontino (*Str.* 4.1.1) critica duramente la «flojedad de sus anteriores comandantes» y señala cómo esa circunstancia desmoralizó a las tropas.

Nuevamente, era imperativo reconducir la situación si se quería vencer en la guerra. Según nos informa Apiano (*Hisp.* 84), Escipión Emiliano era «plenamente consciente de que jamás podría vencer a sus enemigos antes de haber sometido a sus hombres a la disciplina más férrea». En este sentido, son célebres las reformas que impulsó el vencedor de Cartago⁷³⁰.

Con el propósito de restaurar «la más estricta disciplina»⁷³¹ y «recuperar y restablecer el valor» de sus hombres⁷³², Escipión Emiliano «dispuso que todo aquello que habían adquirido [las tropas] para tener una vida más placentera fuese sacado de allí y eliminado»⁷³³. Así, «prohibió todos los instrumentos de placer»⁷³⁴; «expulsó a todos los mercaderes y prostitutas, así como a los adivinos y sacrificadores»⁷³⁵; «prohibió [a los soldados] llevar en el futuro cualquier objeto superfluo»⁷³⁶; y dispuso de todo lo necesario para que todo el ejército recordara la dureza del servicio militar y dejara atrás la vida licenciosa y relajada que habían llevado hasta el momento⁷³⁷.

Tras asegurarse de que las tropas se habían desprendido de todo lo que no fuera indispensable para el desempeño de sus obligaciones, Escipión Emiliano hizo que sus hombres se ejercitaran «en los campamentos como si de escuelas se tratase»⁷³⁸. De este modo, «hizo trabajar cada día a los soldados»⁷³⁹ y, a través de «la rutina cotidiana»⁷⁴⁰, los «ejercitó con muchos trabajos»⁷⁴¹. Mientras que unos cavaban trincheras y otros

⁷²⁹ «Por errores de los comandantes, y para vergüenza del Estado, la guerra numantina se arrastraba, por lo que el Senado y el pueblo ofrecieron el consulado a [Publio Cornelio] Escipión Africano [Emiliano]» (*Liv.* 56). Cf. Vell. 2.1.4-5, 4; *Plu. Mor.* 201A-B; *Eutr.* 4.17.1; *Oros.* 5.4.20-21.

⁷³⁰ Sobre las disposiciones que Publio Cornelio Escipión Emiliano aplicó en Numancia, *vid.* *Liv.* 57; *V. Max.* 2.7.1; *Fron. Str.* 4.1.1; *Plu. Mar.* 3.2; *Mor.* 201B-D; *App. Hisp.* 84-87; *Polyaen.* 8.16.2; *Aur. Vict. De vir. ill.* 58; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.10; *Eutr.* 4.17.2; *Oros.* 5.7.4; Bouquie, 1884: 255; Adcock, 1940: 58; Roth, 1999: 140; Kiesling, 2006: 242-243; Phang, 2008: 279-282; Moore, 2009: 1069-1078; Hölkeskamp, 2011: 177; Brice, 2014: 128, 196; Quesada, 2014-2015: 66; Gracia, 2015-2016: 7-8; Gauthier, 2016: 110; Machado, 2017: 20.

⁷³¹ *Liv.* 57.

⁷³² *V. Max.* 2.7.1.

⁷³³ *V. Max.* 2.7.1.

⁷³⁴ *Liv.* 57. Cf. *Plu. Mor.* 201B-C.

⁷³⁵ *App. Hisp.* 85. Cf. *Liv.* 57; *V. Max.* 2.7.1; *Fron. Str.* 4.1.1; *Plu. Mor.* 201B; *Polyaen.* 8.16.2.

⁷³⁶ *App. Hisp.* 85. Cf. *Liv.* 57; *Fron. Str.* 4.1.1; *Plu. Mor.* 201B-C; *Polyaen.* 8.16.2.

⁷³⁷ «Ordenó también que fueran vendidos todos los carros y la totalidad de los objetos innecesarios que contuvieran y las bestias de tiro, salvo las que permitió que se quedaran. A nadie le fue autorizado tener utensilios para su vida cotidiana, exceptuando un asador, una marmita de bronce y una sola taza. Les limitó la alimentación a carne hervida o asada. Prohibió que tuvieran camas [...]. Impidió también que cabalgaran sobre mulas cuando iban de marcha [...]. Tuvieron que lavarse y untarse con aceite por sí solos [...]» (*App. Hisp.* 85). Cf. *Plu. Mor.* 201B-C; *Polyaen.* 8.16.2.

⁷³⁸ *Oros.* 5.7.4. Cf. *Eutr.* 4.17.2.

⁷³⁹ *Liv.* 57.

⁷⁴⁰ *Fron. Str.* 4.1.1.

⁷⁴¹ *App. Hisp.* 86.

hacían trabajos de fortificación, el resto se ocupaba de levantar las tiendas de campaña⁷⁴². Igualmente, les acostumbró a las marchas, a que llevaran raciones de comida para varios días y a que se acostumbraran tanto al frío como a la lluvia⁷⁴³.

Todo lo que acontecía dentro y fuera del campamento era supervisado por Escipión Emiliano⁷⁴⁴. Si algo no se hacía como él lo había ordenado les censuraba su indolencia⁷⁴⁵, y, «si algún soldado era visto fuera de las filas, le azotaba con un sarmiento si era romano y con bastón si era extranjero»⁷⁴⁶. De esta manera, reformó a los soldados «con una disciplina severa y les obligó a sobrellevar la mayor fatiga en todos los trabajos militares, reprochándoles que, ya que no podían manchar sus manos con la sangre del enemigo, habrían de hacerlo con el barro de las trincheras»⁷⁴⁷.

Lejos de limitarse a dar órdenes. Escipión Emiliano, a imitación de lo que en su día hizo Marco Porcio Catón, también dio ejemplo con su persona y se acostumbró a los rigores del servicio militar, compartiendo junto a sus tropas la realización de algunas tareas⁷⁴⁸, descansando «sobre un lecho de hierba»⁷⁴⁹ y luchando frecuentemente contra las salidas del enemigo⁷⁵⁰.

De esta forma, «mostrándose de difícil acceso y parco a la hora de otorgar favores», Publio Cornelio Escipión Emiliano «reintegró a la disciplina a todos en conjunto y también los acostumbró a que lo respetaran y temieran»⁷⁵¹. Y es que, de acuerdo con el propio comandante romano, «los generales austeros y estrictos en la observancia de la ley eran útiles para sus propios hombres, mientras que los dúctiles y amigos de regalos lo eran para sus enemigos»⁷⁵². Pues, continúa diciendo, «mientras que los soldados de estos últimos estarán alegres, pero indisciplinados, los de los primeros, aunque con un aire sombrío, serán, no obstante, obedientes y estarán dispuestos a todo»⁷⁵³.

Restaurada la disciplina en el ejército, Escipión Emiliano pudo cumplir con su misión de someter a la «fiera y altiva Numancia»⁷⁵⁴. En adelante, la destreza con la que el general romano recondujo la guerra y rectificó el comportamiento de sus hombres,

⁷⁴² App. *Hisp.* 86.

⁷⁴³ Fron. *Str.* 4.1.1.

⁷⁴⁴ «Recorriendo a diario todas las llanuras más cercanas, construía y demolía a continuación un campamento tras otro, cavaba las zanjás más profundas y las volvía a llenar, edificaba grandes muros y los echaba abajo otra vez, inspeccionándolo todo en persona desde la aurora hasta el atardecer [...]. Recorría la línea de marcha y, presentándose muchas veces en la retaguardia, hacía subir en los caballos a los soldados desfallecidos en lugar de los jinetes y, cuando las mulas estaban sobrecargadas, repartía la carga entre los soldados de a pie» (App. *Hisp.* 86).

⁷⁴⁵ Fron. *Str.* 4.1.1.

⁷⁴⁶ Liv. 57. Cf. Kiesling, 2006: 242-243.

⁷⁴⁷ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10. Cf. V. Max. 2.7.1; App. *Hisp.* 87.

⁷⁴⁸ App. *Hisp.* 86.

⁷⁴⁹ App. *Hisp.* 85. «Y él mismo iba cubierto con un sayo negro y decía que estaba de luto por el deshonor del ejército» (Plu. *Mor.* 201C).

⁷⁵⁰ Liv. 57.

⁷⁵¹ App. *Hisp.* 85.

⁷⁵² App. *Hisp.* 85.

⁷⁵³ App. *Hisp.* 85.

⁷⁵⁴ V. Max. 2.7.1. Cf. Liv. 59; Plu. *Mor.* 201E; App. *Hisp.* 96-98; Aur. Vict. *De vir. ill.* 58; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Eutr. 4.17.2.

sirvió de ejemplo de cómo se debía erradicar la indisciplina en el interior de los campamentos sin ganarse por ello la ira y el malestar del ejército⁷⁵⁵.

Llegado a este punto, sólo nos quedaría explicar de qué modo el conocimiento del pasado y la transmisión de todos estos *exempla* ayudaron a definir cómo debía ser y comportarse un buen soldado romano.

En lo que llevamos de investigación, hemos sido testigos de cómo, en función del criterio utilizado, ha ido variando la definición de lo que, para los romanos, debía ser un buen soldado romano. La primera distinción entre buenos y malos soldados la encontramos cuando explicamos el origen socioeconómico de las tropas⁷⁵⁶. El hecho de que, según la tradición, sólo pudieran servir en el ejército los ciudadanos varones mayores de edad que tuvieran el nivel de riqueza exigido por el censo⁷⁵⁷, dividía la sociedad romana en dos: entre aquellos que tenían la capacidad económica suficiente para formar parte de las legiones (*adsidui*) y los que no tenían los recursos necesarios para entrar en el ejército (*proletarii* y *capite censi*)⁷⁵⁸.

Esta primera división dio lugar a una segunda distinción, esta vez en términos morales. Si, desde un punto de vista socioeconómico, eran preferibles los *adsidui*, debido a que tenían la capacidad económica necesaria para costearse su propia panoplia, desde un punto de vista moral, también era preferible su participación en el ejército, habida cuenta de que, según el pensamiento clásico romano, cuanto mayor fuera su nivel de renta mayores y mejores valores cívicos y morales tendrían⁷⁵⁹. Esta asociación entre capacidad económica y suficiencia moral dejaba, nuevamente, fuera de las legiones a *proletarii* y *capite censi*, ya que, además de no reunir los recursos suficientes para entrar en el ejército, no tenían tampoco, de acuerdo con esta interpretación, las cualidades civiles y morales necesarias que les hicieran dignos de confianza⁷⁶⁰.

Tras esta segunda diferenciación, es en el aspecto físico en donde nos debemos fijar. Aunque la capacidad física de un soldado no debería depender, en principio, ni de su origen socioeconómico ni de su moralidad, para los romanos todo estaba sutilmente conectado. Antes de entrar en el ejército, cada recluta debía ser juzgado físicamente apto para la realización del servicio militar, lo que en la práctica significaba que debía ser una persona sana y poseer unas aptitudes físicas y corporales compatibles con el

⁷⁵⁵ Un ejemplo de ello lo podemos ver en la influencia que tuvieron las disposiciones de Publio Cornelio Escipión Emiliano en generales como Quinto Cecilio Metelo Numídico y Cayo Mario. Al respecto, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, los apartados 3.1. Guerra de Jugurta y 3.2. Guerra cimbria, en donde se comentan las disposiciones que llevaron a cabo uno y otro comandante para disciplinar a sus respectivas tropas.

⁷⁵⁶ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 2.1. El ejército cívico romano: la idealización del ciudadano-soldado.

⁷⁵⁷ Roldán, 1996: 24; Keppie, 1998: 42; Lendon, 2005: 230; Machado, 2017: 15; Cadiou, 2018: 119.

⁷⁵⁸ Gel. 16.10.11; Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 450; Keppie, 2001: 130; Lendon, 2005: 230.

⁷⁵⁹ Vegetio *Epitoma Rei Militaris* 1.7.

⁷⁶⁰ Sal. *Cat.* 9-12; V. Max. 2.3.1; Gel. 16.10.11; Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Marín y Peña, 1956: 51; Gruen, 1974: 366, 371; Gabba, 1975: 19; Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 446; Walters, 1997: 38; McDonnell, 2006: 241-292; Cosme, 2007: 55-56; Phang, 2008: 6; Goldsworthy, 2011: 49; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Subirats, 2013: 28; Gracia, 2014-2015: 37; Goldberg, 2016: 158; Sage, 2018: 273.

esfuerzo físico que iba a realizar, primero, durante su etapa de entrenamiento y formación, y, después, durante todo el tiempo que estuviera sirviendo en el ejército⁷⁶¹.

La necesidad de disponer de soldados fuertes, aguerridos y valientes dio lugar a la creencia de que la vida en el campo capacitaba mejor a los jóvenes romanos para el desempeño de sus obligaciones militares, y que, por tanto, el campesino-soldado debía ser considerado el ideal de soldado romano⁷⁶². Pues, mientras que el trabajo en el campo, supuestamente, preparaba y curtía a las tropas para soportar mejor toda clase de inclemencias, fatigas y tareas⁷⁶³, y les proporcionaba, al mismo tiempo, los recursos económicos necesarios para costearse su propio equipamiento militar; la vida en el campo alejaba, presuntamente, a los soldados de todo tipo de placeres, lujos y distracciones, y les hacía moralmente más aptos que sus correligionarios de la ciudad⁷⁶⁴.

Sin embargo, un buen soldado romano no sólo lo debía parecer, sino que, ante todo, lo debía ser. Por mucho que el campesino-soldado tuviera, conforme a la tradición clásica, un mayor potencial para convertirse en un buen soldado romano, de poco o nada servía su apariencia física o su origen social si, llegado el momento, no era capaz de demostrar en la guerra y en el campo de batalla que era un buen militar. A partir de este momento, conceptos como la experiencia, la actitud y el comportamiento cobraron un mayor protagonismo a la hora de definir, desde un punto de vista militar, cómo debía ser un buen soldado romano.

A este respecto, una nueva clasificación entre buenos y malos soldados la obtuvimos a raíz de la observación de la experiencia acumulada y de los años de formación y de entrenamiento⁷⁶⁵. Mientras que los nuevos reclutas gozaron de una menor valoración y, por lo general, fueron tropas de baja condición, debido a que no tenían la experiencia suficiente y a que no contaban ni con la destreza ni con las habilidades necesarias⁷⁶⁶; los soldados veteranos disfrutaron de una amplia aceptación,

⁷⁶¹ «Debe juzgarse antes si es apto para el servicio, que tiene la suficiente fortaleza y nervio; si tiene capacidad para aprender su deber y si posee el suficiente valor militar. Muchos, aunque prometedores en apariencia, resultan inadecuados tras el entrenamiento. Esos han de ser rechazados y sustituidos por hombres mejores; pues no es la cantidad, sino el valor lo que triunfa. Tras su examen, los reclutas recibirán la marca militar y se les enseñará el uso de sus armas con la práctica constante y diaria» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.8). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 6, 28; 2.1, 18.

⁷⁶² «De entre los agricultores nacen los hombres más esforzados y los soldados más arrojados, y en consecuencia su oficio es el más virtuoso y más seguro y el que menos envidias suscita, y quienes se ocupan en ese afán son quienes abriga menos malquerencias» (Cato. *Agr.* pref.). Cf. Vegetio *Epitoma Rei Militaris* 1.3; Nicolet, 1980: 95-96; Pérez Rubio, 2014-2015: 76.

⁷⁶³ Vegetio *Epitoma Rei Militaris* 1.3; Nicolet, 1980: 95-96; Pérez Rubio, 2014-2015: 76. Para otros oficios (herreros, carpinteros, carniceros y cazadores) deseables para el desempeño del servicio militar, vid. Vegetio *Epitoma Rei Militaris* 1.7.

⁷⁶⁴ Cato. *Agr.* pref.; Tac. *Ann.* 1.31.4; D.C. 30-35, fr. 100; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.3; Nicolet, 1980: 95; Cowan, 2003: 9; McLaughlin, 2015: 50; James, 2019: 58-59.

⁷⁶⁵ Vid. *supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

⁷⁶⁶ «Ardían en deseos de ser llevados a combatir con los enemigos, y creían que ellos [los hombres de César], que habían sido ejercitados durante diez años, eran muy superiores a las tropas recién reclutadas de Pompeyo [...]» (App. *BC* 2.66). Cf. Caes. *B.Afr.* 10.3; 19.2; 81.2; Cic. *Fam.* 399.11.19.1; 428.10.24.3; Sal. *Hist.* 3.96.4; Plu. *Pomp.* 69.6; App. *BC* 3.68-69, 81, 97.

dado que, a diferencia de los soldados bisoños, fueron tropas que, gracias a su dilatada experiencia y a sus años de formación, estaban mucho mejor preparadas⁷⁶⁷.

Si la experiencia y los años de servicio permitieron a los comandantes romanos discriminar entre buenos y malos soldados, la actitud frente a la derrota y la muerte fue clave a la hora de determinar la conducta que, durante el combate, las tropas debían demostrar. A tal efecto, el examen de los valores asociados a los conceptos romanos de *virtus* y *disciplina militaris*⁷⁶⁸ nos ha permitido comprobar cómo todo buen soldado romano debía manifestar, por un lado, valor, coraje y honor⁷⁶⁹; y, por el otro, prudencia y autocontrol⁷⁷⁰. Y es que, de igual modo que todo buen militar debía demostrar una actitud valiente y que no le temía ni al dolor ni a la muerte⁷⁷¹, todo buen soldado romano debía acreditar, igualmente, un mínimo de sensatez, que no se dejaba llevar por sus instintos más primarios, y que, sobre todo, era obediente y disciplinado⁷⁷².

En última instancia, el análisis de las características que debía poseer todo buen general romano, así como el estudio de las disposiciones llevadas a cabo por nuestros *exempla* —a saber, Marco Porcio Catón, Lucio Emilio Paulo y Publio Cornelio Escipión Emiliano⁷⁷³—, nos ha permitido conocer cómo debía ser el comportamiento de las tropas fuera del campo de batalla. Así, por ejemplo, hemos aprendido que un buen soldado romano debía reunir, al menos, los siguientes rasgos: lealtad y respeto, no sólo a su comandante, sino, también, a los miembros de su unidad⁷⁷⁴; diligencia y esmero, tanto en la ejecución de sus tareas cotidianas como en el desempeño de sus obligaciones

⁷⁶⁷ «Su ejército [el de Marco Antonio] estaba formado, aparte de las tropas recién reclutadas, por las tres legiones trasladadas desde Macedonia, pues el resto de ellas había llegado ya, y una de veteranos que, a pesar de su edad, parecía, no obstante, que valían dos veces más que los recién reclutados» (App. *BC* 3.46). Cf. Caes. *Gal.* 6.39-40; *Civ.* 3.28.3-6; *BAfr.* 31.8-10; *Cic. Fam.* 7.3.2; *Tusc.* 2.38; *Sal. Cat.* 60.3; *Jug.* 97.5; *Fron. Str.* 1.3.2; *Plu. Caes.* 40.3; *Pomp.* 66.1; App. *BC* 1.76, 79; 2.66, 74, 79; 3.48, 67-68; 5.32; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.9-10; Keppie, 2001: 130; Cosme, 2007: 56; Cadiou, 2018: 148-187.

⁷⁶⁸ *Vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano.

⁷⁶⁹ Caes. *Gal.* 7.50; *Civ.* 3.92.4-5; *BAlex.* 23.1; *Cic. Cato.* 20.75; *Tusc.* 1.101; 2.43; *Liv.* 5.27.8; *Hor. Carm.* 3.2.13; App. *BC* 4.71; 5.36; Rosenstein, 1990: 96, 103; Horsmann, 1991: 188-189; Goldsworthy, 1996: 264-276, 279-281; Lendon, 2005: 176, 259, 312; Harris, 2006: 300-320; McDonnell, 2006: *passim*; Bragg, 2008: 7-24; Phang, 2008: 46-49; Coulston, 2013: 14; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 264; McLaughlin, 2015: 47; Schrader, 2016: 83, 87-88, 99, 101, 102; James, 2019: 5, 8, 16-17, 45-49, 51, 57-59, 81, 95-96.

⁷⁷⁰ *Plb.* 6.24.9; Caes. *Civ.* 2.15.4; *BAlex.* 20.2; *Cic. Man.* 38; *Tusc.* 2.35-38; *Sal. Cat.* 7.4; *Jug.* 63.3; *V. Max.* 4.1.pref., 3.1; *Fron. Str.* 4.7.3; *J. BJ* 3.104-106; *Plu. Pomp.* 68.7; *Suet. Aug.* 25; *Polyaen.* 8.24.4; *D.C.* 39.51.3; 41.30.2; Rosenstein, 1990: 108; Horsmann, 1991: 189-190, 193, 195-196; Phang, 2008: 4; Marques y Bento, 2012: 137; Coulston, 2013: 23; Lendon, 2014-2015: 58, 60-61; James, 2019: 99-100, 106.

⁷⁷¹ Caes. *Gal.* 5.43; 6.38, 40; 7.50; *Cic. Tusc.* 2.35-36, 43; *Hor. Carm.* 3.2.13; App. *BC* 5.37; *D.C.* 40.22.1, 24.3; *Oros.* 6.10.2-7; Goldsworthy, 1996: 279-281; Brice, 2014: 64; Quesada, 2014-2015: 63.

⁷⁷² Caes. *Gal.* 5.44; 7.45, 47, 51-53; *Civ.* 3.74.2; *Sal. Cat.* 9.4; *D.C.* 41.29.4, 30.1-2; 43.37.1.2, 38.1.2; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.26; *Oros.* 6.11.6; Rosenstein, 1990: 101-102; Horsmann, 1991: 193; McLaughlin, 2015: 47.

⁷⁷³ *Vid. supra* en este mismo apartado.

⁷⁷⁴ «Con ánimo pronto y dispuesto ante toda exigencia del deber, con cuerpos celosamente entregados a poner en práctica cualquier resolución, con una mentalidad hecha a exponer los intereses propios como si fuesen ajenos y a guardar los del vecino como propios, con un espíritu que reputaba afortunado a quien cumple sus obligaciones y veía una forma de infortunio en el ocio y la inacción. A partir de estos hábitos de gobierno, hombres cuyo número era inicialmente ínfimo [...] subyugaron todos los territorios a ese lado de los Alpes y rechazaron todos los ataques de pueblos invasores» (*D.C.* 38.37.3-4).

diarias⁷⁷⁵; austeridad y contención, tanto en el día a día en el interior del campamento como en el momento del reparto del botín y durante los saqueos⁷⁷⁶; y una enorme capacidad de trabajo y de sacrificio, ya sea en la realización de sus cometidos y funciones, ya sea ante cualquier problema y adversidad u orden de su general⁷⁷⁷.

Por último, no debemos olvidar que, junto a todos estos saberes y *exempla*, los soldados también tuvieron acceso a modelos de comportamiento extraídos directamente de sus propias filas, y que dichos patrones de conducta proporcionaron a las tropas información adicional de cómo debía ser la actitud del soldado romano ideal. Hablamos de personajes como Lucio Sicio Dentato y Espurio Ligustino, de individuos que, independientemente de si fueron o no reales —como en el caso del primer ejemplo⁷⁷⁸—, fueron una fuente inestimable de conocimiento tanto para conocer cómo debía ser, según el pensamiento clásico, un buen soldado romano como para comprender la manera en la que los romanos concibieron tanto la guerra como el servicio militar⁷⁷⁹.

3. Control y cohesión en el ejército romano

Por muy seductora que nos parezca la célebre imagen legada por la literatura y el cine de ejércitos perfectamente pertrechados y dispuestos a todo, y de soldados completamente uniformados capaces de emular las más grandes e inverosímiles hazañas, la realidad de la guerra es muy distinta a la pergeñada por la gran pantalla. Y es que, más allá del tópico, ni el servicio militar ni la vida en los campamentos ni los

⁷⁷⁵ «El esplendor de las armas no tiene una importancia menor en infundir terror al enemigo. ¿Pueden ser considerados buenos soldados quienes dejan, por negligencia, sus armas sucias y cubiertas de polvo?» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.14). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.12.

⁷⁷⁶ «Nuestras familias, nuestra ciudad y nuestro Imperio serán eternos si quedan arrinconadas la lujuria y la ambición» (V. Max. 4.3.1).

⁷⁷⁷ «El soldado debe preocuparse de estas tres cosas: mantener su cuerpo con la mayor fortaleza y agilidad; tener las armas a punto, y tener alimentos preparados para una orden repentina» (Liv. 44.34.3).

⁷⁷⁸ «Dicen de él [de Lucio Sicio Dentato] que tomó parte en ciento veinte batallas y que tenía tal fortaleza de alma y cuerpo que parecía que siempre era parte decisiva en la victoria: treinta y seis veces volvió con despojos del enemigo; ocho de ellos fueron de enemigos con los que se había enfrentado en duelo singular tras ser retado en presencia de ambos ejércitos; catorce soldados fueron salvados por él de una muerte segura, recibió en el pecho cuarenta y cinco heridas, pero ni una sola en la espalda; nueve veces siguió al carro triunfal de los generales e hizo que todos los ciudadanos depositaran su mirada sobre los numerosos títulos que le honraban. En efecto, le precedían ocho coronas de oro, catorce cívicas, tres murales, una de asedio, ochenta y tres collares, ciento sesenta brazaletes, dieciocho lanzas, veinticinco faleras, distintivos todos ellos que serían excesivos incluso para una legión entera, pero todavía insuficientes para este soldado» (V. Max. 3.2.24; cf. D.H. 10.36.4-6, 37.1-4, 38.1; Plin. *Nat.* 7.101-102; 16.14; Gel. 2.11.1-3). Sobre cómo este y otros ejemplos de la República romana temprana pueden tener una validez historiográfica, a pesar de su falta de historicidad, vid. Oakley, 1985: 409, para quien, al margen de la veracidad del episodio de Lucio Sicio Dentato, el ejemplo nos ayuda a comprender mejor cómo los romanos de finales de la República pudieron concebir determinados aspectos de la vida en el ejército, como, por ejemplo, el sistema de recompensas y condecoraciones (*dona militaria*); y Chrissanthos, 2004: 347-348, para quien lo, verdaderamente, importante no es si la historia temprana de Roma fue o no inventada, sino lo que los romanos creían que era cierto y cómo esa realidad fue transmitida y utilizada en la tardorrepública. Para una discusión sobre la hipotética historicidad del personaje de Lucio Sicio Dentato, vid. Maxfield, 1981: 43-45, 47.

⁷⁷⁹ Esto último se aprecia, especialmente, bien en el discurso que Tito Livio (42.34) pone en boca de Espurio Ligustino y que, además, sirve para presentar y desarrollar la carrera militar del propio centurión. Cf. Cadiou, 2002: 76-90; James, 2019: 79, 81; Biglino, 2020: 208-228.

campos de batalla fueron nunca ese lugar “agradable” en el que las tropas podían dar rienda suelta a su coraje y cumplir épicamente con su destino de morir por su patria. Por muy intenso que fuera su atractivo y por muy grande que fuera la expectativa de obtener riqueza y fama, la guerra siempre ha suscitado entre los soldados más miedo y rechazo que atracción y esperanza⁷⁸⁰.

Esta realidad, extrapolable a, prácticamente, cualquier ejército y época, no fue muy diferente en Roma. Si bien es cierto que servir en las legiones era un derecho y un deber para todo ciudadano romano, que la guerra ofrecía al soldado romano la oportunidad de promocionar social y económicamente, y que, en ningún caso, podemos definir o juzgar la mentalidad del ciudadano-soldado medio a partir de nuestro actual sistema de valores, no es menos cierto que, pese a todo, el soldado romano se tuvo que enfrentar a una realidad que, aunque relativamente familiar, dada la frecuencia con la que Roma entró en conflicto durante toda la República, era mucho más incierta y extraña de lo esperado.

Este hecho se aprecia especialmente bien si nos fijamos en las tropas recién reclutadas⁷⁸¹. Aunque ni el soldado más veterano estuvo a salvo de padecer los rigores del combate, fue el bisoño, aquel soldado que participaba por primera vez en una campaña militar, el que más sufrió los estragos de la guerra. Hablamos de tropas que, sin apenas preparación militar previa, eran reclutadas y llevadas al frente de batalla; de soldados que, sin haber tenido contacto continuado con las armas ni haber participado anteriormente en ningún otro combate, debían enfrentarse a enemigos a los que no habían visto antes; de hombres que, alejados de sus familias, cambiaban sus hogares por los campamentos y su rutina diaria por la dureza del campo de batalla⁷⁸².

Obviemos, por un momento, tanto la visión idealizada del campesino-soldado dispuesto a dar su vida por su predio como la del soldado “revolucionario” que sólo se movía por tierra y dinero⁷⁸³. Pues, antes que de ciudadanos y soldados, las legiones estaban compuestas por seres humanos, con sus sentimientos y emociones, con sus ilusiones y miedos. La rigurosidad del servicio y del medio, la fatiga de las marchas, el cansancio y las heridas de la batalla, y el miedo a la muerte fueron conceptos a los que, no sin dificultades, se tuvieron que acostumbrar las tropas en su día a día en el ejército⁷⁸⁴.

Desde el día en el que entraba en el ejército, el soldado romano debía cargar con una pesada carga, y no, no nos estamos refiriendo a su equipamiento, sino a sus dudas, a

⁷⁸⁰ Gómez y Macías, 2012: 9-27; Keegan, 2013; Aguado, 2014: 50-75; 2015: 261-274; 2020: 43-56, 235-239.

⁷⁸¹ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

⁷⁸² Cic. *Tusc.* 2.37; Sal. *Hist.* 3.96.4; App. *BC* 3.69; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10.

⁷⁸³ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, los apartados 2.1. El ejército cívico romano: la idealización del ciudadano-soldado y 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”, respectivamente.

⁷⁸⁴ «En muchos años no habían visto Italia; se habían hecho viejos sirviendo a las armas en Sicilia, en África, en Macedonia; estaban ya agotados por los trabajos y fatigas, desangrados por tantas heridas recibidas» (Liv. 32.35.5). Cf. Tac. *Ann.* 1.35.1-2; Saddington, 2009: 52-68; Melchior, 2011: 209-223; Hall, 2013: 2-6; 2016: 48-52; Van Lommel, 2013a: 155-184; 2013b: 65-74; 2015: 91-117; Ureche, 2014: 3-7; Curchin, 2014-2015: 9-21; Pérez Rubio: 2014-2015: 74-81; Deyber, 2015-2016: 76-81; Belfiglio y Sullivant, 2019; Escorihuela, 2020b: 77-97; Heidenreich y Roth, 2020: 127-138.

su desconfianza y a sus miedos. Aunque, lamentablemente, siga siendo un tema poco trabajado por la historiografía bélica actual, el estudio de cómo el servicio militar y la guerra pudieron afectar física y psicológicamente a los soldados es de vital importancia para el conocimiento general de cualquier ejército, máxime si tenemos en cuenta que la personalidad, la confianza y la lealtad de las tropas dependieron, básicamente, de la experiencia vivida durante su tiempo de permanencia en el ejército⁷⁸⁵.

En tal sentido, era imperativo, por un lado, formar a las tropas, trabajar su autoestima, cuidar su estado físico y emocional, y mejorar su voluntad, si se quería disponer de un ejército bien preparado y si se quería evitar que la indisciplina se expandiera en el ejército; y desarrollar, por el otro, los medios necesarios para que, si esto último ocurría, las autoridades políticas y militares romanas fueran capaces de sortear la situación, reconducir el comportamiento de los soldados y confirmar la unidad del ejército. A continuación, trataremos tanto los medios utilizados para trabajar la disciplina en las legiones como los mecanismos empleados para controlar y cohesionar a las tropas.

3.1. Medios para trabajar y fomentar la disciplina militar: de la instrucción y el entrenamiento a las tareas y los trabajos diarios

«Si además tenemos en cuenta el resto de su disciplina militar, veremos que son dueños de un Imperio tan grande como resultado de su propio esfuerzo, no como si ello fuera un regalo de la Fortuna. Pues no empiezan a hacer uso de las armas sólo cuando hay guerra, ni mueven sus manos, que han estado sin hacer nada en tiempo de paz, únicamente cuando tienen necesidad de ello, sino que, como si hubieran nacido dotados de armas, no dan tregua a sus ejercicios ni esperan el momento propio para practicar. Sus actividades no se diferencian en nada de una lucha auténtica, ya que todos los días cada uno de los soldados romanos se entrena con todas sus fuerzas, como si estuviera en guerra. Por ello resisten la lucha con tanta facilidad. En efecto, ni el desorden les aparta de su acostumbrada disciplina, ni el miedo les altera, ni les domina la fatiga; en consecuencia siempre vencen con firmeza sobre los enemigos, que no están tan adiestrados como ellos. No nos equivocáramos si dijéramos que sus ejercicios son combates sin sangre y que sus combates son ejercicios sangrientos»⁷⁸⁶.

A lo largo de la historia de Roma, las autoridades políticas y militares romanas fueron capaces de desarrollar e implementar un complejo y elaborado conjunto de mecanismos con los que imprimir disciplina en los soldados y trabajar la obediencia del ejército. Aunque, probablemente, sean los castigos los medios más recordados por todos, debemos señalar que la *disciplina militaris* ni se redujo, tal y como explicamos

⁷⁸⁵ Lee, 2020: 39-51; Liston, 2020: 81-94; Tritle, 2020: 53-64, para el mundo griego; Saddington, 2009: 52-68; Melchior, 2011: 209-223; Hall, 2013: 2-6; 2016: 48-52; Van Lommel, 2013a: 155-184; 2013b: 65-74; 2015: 91-117; Curchin, 2014-2015: 9-21; Pérez Rubio: 2014-2015: 74-81; Deyber, 2015-2016: 76-81; Belfiglio y Sullivant, 2019; Escorihuela, 2020b: 77-97; Heidenreich y Roth, 2020: 127-138, para época romana; Borreguero, 2012: 57-82, para época moderna; Maheshwari, Sharma y Vineeth Kumar, 2021, 49-55, en general.

⁷⁸⁶ J. BJ 3.71-75.

en el primer apartado⁷⁸⁷, a la capacidad represiva que tuvieron los mandos militares romanos de ejercer la fuerza sobre sus subordinados ni fomentaba, tal y como ponen de manifiesto Haynes (2015: 113) y James (2019: 108), una obediencia ciega e irreflexiva basada en el miedo y la intimidación⁷⁸⁸. Por el contrario, la disciplina militar romana incluía, además de un sistema de castigos y recompensas, del cual ya hablaremos más adelante⁷⁸⁹, actos cotidianos destinados a promover un elevado nivel de eficiencia en las tropas y a inculcar y mantener un alto grado de obediencia en el ejército⁷⁹⁰. Nos referimos, por un lado, a la instrucción y el entrenamiento, y, por el otro, a la realización de tareas y trabajos diarios.

Aunque, por desgracia, todavía sigue siendo muy grande nuestro desconocimiento acerca de cómo eran entrenados los soldados durante la República, y la mayoría de la información de la que disponemos es de época imperial⁷⁹¹, lo que significa que ni podemos aceptar acríticamente dicha información ni, mucho menos, extrapolarla sin más, podemos hacernos una idea aproximada de lo que fue la instrucción en el ejército romano a partir de la obra de Flavio Vegecio (*Epitoma Rei Militaris*), pese a la precaución que nos exige una obra tan tardía como esta; del estudio de las disposiciones llevadas a cabo por algunos comandantes romanos, como, por ejemplo, Publio Cornelio Escipión Africano⁷⁹², Lucio Emilio Paulo y Publio Cornelio Escipión Emiliano⁷⁹³, y Quinto Cecilio Metelo Numídico⁷⁹⁴, entre otros, como Publio Rutilio Rufo⁷⁹⁵; y de las referencias aisladas que nos han llegado de autores más cercanos a nuestro periodo de

⁷⁸⁷ Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el mantenimiento de la disciplina militar.

⁷⁸⁸ «Pero es más merecedor de crédito un general que induce a sus tropas a la sumisión y a la obediencia que el que se ve obligado a forzarlos a cumplir con su deber mediante el terror o el castigo» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4). Cf. Andrieux, 1927: 59; Perry, 1941: 99.

⁷⁸⁹ Vid. *infra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

⁷⁹⁰ Bouquie, 1884: 62; Brice, 2014: 63; 2020b: 49; James, 2019: 107-108.

⁷⁹¹ Esta falta de conocimiento, sumado al hecho de que la mayoría de la información relativa a la instrucción de las tropas procede de época imperial, ha hecho que algunos autores modernos se cuestionen si el entrenamiento fue o no una práctica extensible a todo el periodo republicano, o si, por el contrario, fue algo puntual, fruto de la necesidad o de la iniciativa individual de un determinado comandante romano (Southern, 2006: 135; Coulston, 2013: 20; Quesada, 2014: 64, 66-67; Gauthier, 2016: 110; Brice, 2020b: 52). En contra de esta teoría, *vid.* Cic. *Tusc.* 2.37; Sal. *Cat.* 7.4, en donde se da a entender que el adiestramiento de las legiones era algo ordinario. Respecto a esto último, *vid.* Caes. *Gal.* 2.20; *Civ.* 3.84.3; Plu. *Cat. Ma.* 20.4-7, 9; Nicolet, 1980: 95-96; Le Bohec, 2004: 147; Cadiou, 2014-2015: 35; Pérez Rubio, 2014-2015: 75-76.

⁷⁹² Nos referimos a los entrenamientos a los que Publio Cornelio Escipión Africano sometió a sus hombres, en 209 a. C., inmediatamente después de la toma de Cartago Nova (Plb. 10.20.1-7; Liv. 26.51.3-8; cf. Sage, 2008: 229, 231-232; Lee, 2009: 211; Fields, 2012: 62; Brice, 2014: 195-196; Quesada, 2014-2015: 63-64; James, 2019: 123), y, en 204 a. C., justo antes de dar comienzo a la campaña de África (Liv. 29.22.1-6; Plu. *Cat. Ma.* 3.7; cf. Horsmann, 1991: 34-41; Gauthier, 2016: 110).

⁷⁹³ Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro.

⁷⁹⁴ Sobre el particular, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en particular, el apartado 3.1. Guerra de Jugurta, en donde se explican las medidas aplicadas por Quinto Cecilio Metelo Numídico para disciplinar a sus hombres.

⁷⁹⁵ V. Max. 2.3.2. Cf. Marín y Peña, 1956: 252-253; Keppie, 1998: 41; Southern, 2006: 135; Sage, 2008: 232; Matyszak, 2010: 71; Quesada, 2014-2015: 64.

estudio, como Polibio, Varrón, Cicerón, César, Livio, Frontino, Flavio Josefo, Tácito y Apiano.

Si al comienzo de nuestro trabajo adelantamos que la *disciplina militaris* había sido, de acuerdo con el pensamiento clásico romano, el motivo por el que Roma se había convertido en un imperio de dimensiones mediterráneas, y la razón por la que la joven República romana había sido capaz de imponerse a todos sus enemigos⁷⁹⁶, a lo largo de este primer apartado veremos de qué manera contribuyó al mantenimiento de la disciplina la instrucción y el entrenamiento de los soldados, primero, y la realización de determinados trabajos y tareas, después.

Conforme a Cicerón (*Tusc.* 2.37), Flavio Josefo (*BJ* 3.71-75) y Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.1; 2.24), la formación de las tropas fue la razón del éxito bélico romano y lo que más contribuyó a que la disciplina militar se implantara de manera efectiva en las legiones. Para Flavio Josefo (*BJ* 3.71-72), no había lugar a dudas: si Roma era dueña de un Imperio tan grande, no era como resultado de la Fortuna, sino de su disciplina y «de su propio esfuerzo». De la misma opinión era Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.1): si Roma había sido capaz de imponerse a enemigos mucho más numerosos y fuertes que ella, como galos, germanos, hispanos, cartagineses y griegos, había sido gracias al «continuo entrenamiento militar, a la exacta observancia de la disciplina en sus campamentos y al perseverante cultivo de las otras artes de la guerra»⁷⁹⁷.

Por su parte, Cicerón (*Tusc.* 2.37) va un paso más allá y, además de valorar y reconocer la importancia de tener a las legiones bien adiestradas, lanza la idea de que el soldado romano había nacido para el combate, para soportar la fatiga de la guerra y para entrenar su cuerpo con todo tipo de ejercicios y tareas: «en realidad nuestros soldados no consideran el escudo, la espada y el yelmo una carga mayor que sus hombros, sus brazos y sus manos; de hecho dicen que las armas son los miembros del soldado y ellos las llevan efectivamente con tanta desenvoltura que, si fuera necesario, una vez desembarazados de sus impedimentas, podrían luchar con sus armas prontas para el combate como si de sus miembros se tratara».

A esta interpretación se suma también Flavio Josefo (*BJ* 3.72): «como si hubieran nacido dotados de armas, [los soldados romanos] no dan tregua a sus ejercicios ni esperan el momento propio para practicar». La idea de que la práctica y la formación fueran algo innato y consustancial al propio ejército romano se aprecia también cuando se nos informa sobre el origen etimológico de la palabra ejército. Para Varrón (*L.* 5.87), la palabra ejército (*exercitus*) proviene del verbo *exercere* (ejercitarse, esforzarse), de ahí que diga: «El ejército (*exercitus*) tiene su denominación porque ejercitándose (*exercitando*) se hace mejor». A la misma conclusión llegaron también Cicerón (*Tusc.* 2.37) y Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.23)⁷⁹⁸.

⁷⁹⁶ Cic. *Rep.* 2.30; V. Max. 2.7.pref., 8.pref.; J. *BJ* 3.71-75, 104-106; Tac. *Ann.* 1.20.2, 35.1; D.C. 36.1.3; 38.37.3-4, 38, 39.2-5, 40.2-7, 45.4-5; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1; 3.1.

⁷⁹⁷ «Comprendieron completamente la importancia de endurecerse con la práctica continua y de entrenarse en cada maniobra que pudiera ocurrir en la formación y en el combate [...]. Un puñado de hombres, curtidos en la guerra, marcharán a una victoria cierta mientras que, por el contrario, ejércitos numerosos con tropas indisciplinadas y novatas no son sino multitudes de hombres llevados al sacrificio» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1).

⁷⁹⁸ Cf. Robles, 2004: 68-69.

Si en el ejercicio debemos buscar el fundamento del ejército⁷⁹⁹, en el aprendizaje debemos hallar la esencia de la disciplina. Y es que, tal y como nos recuerda, una vez más, Varrón (L. 6.62): «De *docere* “enseñar”, con el cambio de unas pocas letras, procede *disciplina* “aprendizaje” y *discere* “aprender”»⁸⁰⁰. De ahí que, para Le Bohec (2004: 142, 144), la instrucción se halle directamente vinculada a la *disciplina militaris*, y que el arte de la guerra fuera «una suerte de “disciplina”, que se enseña y se aprende, como las matemáticas o la literatura».

Así las cosas, se hacía necesario disciplinar, en tanto que enseñar, educar y formar, a los soldados, si estos querían aprender el “arte de la guerra” y, sobre todo, si querían sobrevivir a ella. A través del entrenamiento, el ejercicio y la práctica se buscaba evitar —o, al menos, mitigar— el posible impacto físico y psicológico que el servicio militar, las marchas y los combates podían producir en los cuerpos y en las mentes de los soldados⁸⁰¹. Controlando este aspecto, no sólo se obtendrían tropas físicamente mejor preparadas y mentalmente más estables, sino que, además, se tendría a un ejército mucho más obediente y disciplinado⁸⁰².

Desde un punto de vista militar, el entrenamiento era el «método para formar buenos y útiles ejércitos», ya que permitía mejorar las habilidades y las destrezas prácticas de los soldados⁸⁰³, y el camino para vencer e imponerse en la guerra, ya que permitía que las tropas estuvieran mejor condicionadas para el combate⁸⁰⁴. Aunque

⁷⁹⁹ «Los soldados, que sirven al bien público, se deben entrenar diariamente, con mayor motivo, en todos los asuntos de la guerra [...]. ¿Qué no debe hacer el soldado, aunque sea veterano, juramentado y obligado a mantener su propia vida y la libertad pública? Es cierta la vieja máxima de que la esencia de todo arte consiste en su práctica incesante» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24).

⁸⁰⁰ Cf. Isid. *Etym.* 10.66; Robles, 2004: 64-66.

⁸⁰¹ «¿No hay ninguna diferencia entre ordenar que coja sus armas en su propia tienda un soldado que no se ha cansado ese día con el esfuerzo de la marcha ni con los trabajos de la fortificación, que está descansado y con sus fuerzas intactas, haciendo que salga al campo de combate en pleno vigor físico y mental, y enfrentarlo fatigado por una larga marcha, cansado por la carga, empapado de sudor, con la garganta reseca de sed, con el rostro y los ojos cubiertos de polvo, cuando abrasa el sol del mediodía, a un enemigo fresco, descansado, que acude al combate con unas fuerzas que no se han agotado con ningún esfuerzo anterior? ¿En nombre de los dioses!, ¿quién, en unas condiciones así, aunque sea un incapaz y un inepto para la guerra, no vencería al más valeroso de los los combatientes?» (Liv. 44.38.8-10).

⁸⁰² «Es necesario [...] instruir al legionario en cada parte del orden cerrado, enseñarle a no abandonar su puesto, mantener las filas, apuntar y lanzar sus armas arrojadas, y cómo detener un ataque con destreza. Un soldado, tan perfecto en sus cometidos, lejos de mostrar torpeza en el entrenamiento, estará ansioso de tener una oportunidad de señalarse» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4). Cf. Var. L. 5.87; Liv. 26.51.7; Fron. Str. 4.2.1-3; J. BJ 3.74; Tac. Ann. 1.20.2; D.C. 36.1.3; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 18, 21, 26, 28; 2.12, 23-24; 3.pref., 2, 4, 26; Bouquie, 1884: 52-70; Andrieux, 1927: 59; Perry, 1941: 99-100; Marín y Peña, 1956: 251-255; Davies, 1974: 310-311; Nicolet, 1980: 95-96; Connolly, 1988: 10-11; Horsmann, 1991: 5-56, 109-186, 187-197; Goldsworthy, 1996: 251-252; 2011: 48, 80-81, 92-93; Keppie, 1998: 38; Roth, 1999: 140; Nardo, 2001: 30-32; Cowan, 2003: 11-12; Le Bohec, 2004: 144-145, 147-151; Southern, 2006: 133-137; Cosme, 2007: 27-28; Rankov, 2007: 63-66; Fields, 2008: 36-42; 2012: 16, 18-19, 24; Phang, 2008: 7, 26, 37-72; Sage, 2008: 229-231, 232-234; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 70-74, 123; McNab, 2010: 122-124; Marques y Bento, 2012: 137; Subirats, 2013: 30, 42-43; Brice, 2014: 62-63, 195-197; 2020b: 49; 2020c: 114; 2020d: 249; Quesada, 2014-2015: 62-67; Pérez Rubio, 2014-2015: 79; James, 2019: 107-109, 137; Pérez Carrandi, 2020a: 240.

⁸⁰³ J. BJ 3.73-75; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 28; 2.23; 3.9.

⁸⁰⁴ «Pero el punto más esencial de todos es enseñar a los soldados a mantener sus filas y no abandonar nunca sus insignias durante las evoluciones más difíciles. Los hombres así entrenados nunca se perderán entre la confusión de la muchedumbre» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.23). Cf. J. BJ 3.74; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.pref.; Matyszak, 2010: 74; Marques y Bento, 2012: 137; Brice, 2014: 62-63; 2020b: 49.

desconocemos cuánto tiempo duraba la formación de las tropas durante la República⁸⁰⁵, para que los soldados alcanzaran un nivel óptimo de eficiencia, así como «la agilidad de cuerpo y la habilidad precisa», era necesario, de acuerdo con Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.4; 2.23; 3.4), «un tiempo suficiente para su instrucción en los distintos aspectos del servicio», y mantener a los soldados «bajo las armas hasta que estuvieran cansados».

De manera regular y constante⁸⁰⁶, el soldado romano se sometía a un entrenamiento que le preparaba para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, para la dureza del servicio militar y las largas marchas⁸⁰⁷; que mejoraba su rendimiento físico y mental, y le ayudaba a desarrollar resistencia física y a trabajar bajo tensión y en el uso eficiente de las armas, a maniobrar colectivamente y a guardar su puesto durante la batalla⁸⁰⁸; que le enseñaba su lugar en la formación y cuándo y cómo debía moverse sin perjudicar ni la cohesión de su unidad ni la integridad de sus compañeros de armas⁸⁰⁹; y que reducía su miedo a las heridas y a morir en la batalla⁸¹⁰.

Para tal fin, la formación del ejército incluía un entrenamiento más físico, en el que se enseñaba a los soldados a correr, saltar y nadar⁸¹¹, y en el que las tropas debían portar pesadas cargas, cavar zanjas y cortar madera⁸¹², así como «marchar por espesuras y terrenos estrechos y quebrados»⁸¹³; y un entrenamiento más especializado, en el que se instruía a los hombres en el uso del arco, a lanzar armas arrojadizas y a utilizar la

⁸⁰⁵ Por el contrario, sabemos que, durante el Imperio, los reclutas debían ser instruidos durante, al menos, cuatro meses antes de formar parte de la legión (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5). Concluido este primer periodo de formación, el entrenamiento continuaba durante el resto del tiempo que los soldados permanecían en el ejército (Marín y Peña, 1956: 255; Connolly, 1988: 12; Cowan, 2003: 11; Southern, 2006: 135; Matyszak, 2010: 123; Goldsworthy, 2011: 81; Subirats, 2013: 30).

⁸⁰⁶ J. BJ 3.73; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4; 2.23; 3.4. Cf. Marín y Peña, 1956: 252; Coulston, 2013: 20.

⁸⁰⁷ J. BJ 3.74; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.27; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 74; Subirats, 2013: 30; Pérez Rubio, 2014-2015: 76.

⁸⁰⁸ Plb. 10.20.6; Liv. 26.51.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.26; 2.23; 3.9; Perry, 1941: 100; Horsmann, 1991: 197; Goldsworthy, 1996: 251; 2011: 80; Cowan, 2003: 11; Phang, 2008: 8; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 72; Brice, 2014: 195; 2020c: 114; Gracia, 2014-2015: 37.

⁸⁰⁹ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.9; Goldsworthy, 1996: 251; 2011: 80; Cowan, 2003: 11; Le Bohec, 2004: 150; Matyszak, 2010: 72; Coulston, 2013: 20; Gracia, 2014-2015: 37; Brice, 2020c: 114.

⁸¹⁰ «Pues las tropas que nunca han entrado en acción o que llevan cierto tiempo sin hacerlo, suelen impresionarse grandemente a la vista de los heridos y moribundos y el miedo que perciben les dispone más a huir que a luchar» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10). Cf. Cic. *Tusc.* 2.35-38; J. BJ 3.74, 102; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1; 3.4; Perry, 1941: 100; Le Bohec, 2004: 144; Phang, 2008: 8.

⁸¹¹ Plb. 10.20.2, 4; Liv. 26.51.4; Cic. *Tusc.* 2.37; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.9, 10; 2.23; 3.4; Bouquie, 1884: 62; Judson, 1888: 37; Marín y Peña, 1956: 254; Connolly, 1988: 10; Nardo, 2001: 31-32; Cowan, 2003: 11; Southern, 2006: 135-136; Sage, 2008: 230; Matyszak, 2010: 72, 123; Goldsworthy, 2011: 80; Subirats, 2013: 30; Brice, 2014: 195.

⁸¹² «Acostumbrar a los soldados a llevar cargas es también parte esencial de la disciplina. A los reclutas, en particular, se les debe obligar frecuentemente a llevar un peso de no menos de sesenta libras (lo que pesan sus armas) y marchar con ellos en las filas. Esto se debe a que, en las expediciones difíciles, a menudo se hallaban en la necesidad de llevar sus provisiones y sus armas» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.19). Cf. Plb. 10.20.2; Liv. 26.51.4; Cic. *Tusc.* 2.37; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.19; 2.23; 3.4; Nardo, 2001: 31-32; Cowan, 2003: 11; Southern, 2006: 135; Matyszak, 2010: 70, 124; Goldsworthy, 2011: 81; Brice, 2014: 195.

⁸¹³ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4. Cf. Plb. 10.20.2, 4; Liv. 26.51.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.27; Marín y Peña, 1956: 253; Davies, 1974: 311; Connolly, 1988: 10, 12; Goldsworthy, 1996: 251; 2011: 80; Nardo, 2001: 30-32; Cowan, 2003: 11; Southern, 2006: 135; Sage, 2008: 230, 233; Matyszak, 2010: 70, 124; Coulston, 2013: 19; Brice, 2014: 195.

espada⁸¹⁴, se hacía a los soldados entrenar con equipos de combate (espada y escudo) el doble de pesados que lo habitual⁸¹⁵, y se enseñaba a las tropas el modo de avanzar y retirarse, a tomar ventaja en el cuerpo a cuerpo y a no abrir su guardia⁸¹⁶, así como a «trabajar constantemente tanto en maniobras como inspeccionando sus armas»⁸¹⁷. Por último, se realizaban ejercicios de guarnición y simulacros de combate y lucha cuerpo a cuerpo⁸¹⁸, se instruía a las tropas en el modo de atrincherar el campamento⁸¹⁹, e, incluso, se enseñaba equitación a los soldados⁸²⁰.

Paralelamente a su formación militar, cada soldado se sometía a una rutina diaria y sistematizada⁸²¹, basada en la realización de trabajos y tareas ordinarias, que, además de ayudar a los soldados en su preparación física, servía para mantener ocupadas a las tropas y para reforzar la cohesión interna del ejército⁸²². Forrajear⁸²³, cortar y recoger

⁸¹⁴ Plb. 10.20.3; Liv. 26.51.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.23; 3.4; Marín y Peña, 1956: 252, 254-255; Davies, 1974: 310; Connolly, 1988: 10, 12; Nardo, 2001: 30, 32; Cowan, 2003: 12; Southern, 2006: 135-136; Sage, 2008: 229-230; Matyszak, 2010: 70-71, 124; Goldsworthy, 2011: 81; Coulston, 2013: 19-20; Subirats, 2013: 30; Brice, 2014: 195-196.

⁸¹⁵ «Daban a sus reclutas escudos trenzados de sauce, el doble de pesados de los que solían emplear en el servicio real, y espadas de madera del doble de peso que las normales. Se ejercitaban con ellos en el palo tanto por la mañana como por la tarde [...]. Cada soldado, pues, fijaba un poste firmemente en el suelo, de unos seis pies de altura. Contra ese, como contra un enemigo real, el recluta se ejercitaba con las armas arriba mencionadas, como si fueran los escudos y espadas normales [...]» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.11). Cf. Plb. 10.20.3; Liv. 26.51.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.23; 3.4; Marín y Peña, 1956: 254; Connolly, 1988: 10; Nardo, 2001: 31-32; Cowan, 2003: 11; Southern, 2006: 135; Sage, 2008: 230; Matyszak, 2010: 71, 124; Goldsworthy, 2011: 81; Coulston, 2013: 20; Subirats, 2013: 30; Brice, 2014: 196.

⁸¹⁶ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.11, 13-17; 2.23. Cf. Matyszak, 2010: 123; Subirats, 2013: 30.

⁸¹⁷ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4. Cf. Plb. 10.20.2, 6; Liv. 26.51.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.9, 26; 3.9; Marín y Peña, 1956: 257; Davies, 1974: 311; Connolly, 1988: 11; Nardo, 2001: 30, 32; Cowan, 2003: 11; Southern, 2006: 135; Sage, 2008: 230; Matyszak, 2010: 71, 123, 125; Goldsworthy, 2011: 80; Brice, 2014: 196.

⁸¹⁸ Liv. 26.51.4, 6-7; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.11; Bouquie, 1884: 62; Judson, 1888: 37; Marín y Peña, 1956: 254; Connolly, 1988: 10; Nardo, 2001: 30-31; Cowan, 2003: 11-12; Le Bohec, 2004: 151; Southern, 2006: 135; Sage, 2008: 230; Matyszak, 2010: 123; Goldsworthy, 2011: 81; Subirats, 2013: 30; Brice, 2014: 196.

⁸¹⁹ «Los reclutas deben ser instruidos en el modo de atrincherar campamentos, no habiendo parte de la disciplina tan útil y necesaria como esta» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.21). Sobre la castrametación y la importancia del *castrum*, vid. Plb. 6.27-32; J. BJ 3.76-84; Du Choul, 1559: 5-35; Judson, 1888: 70-87; Fischer, 1914; Fabricius, 1932: 78-87; Marín y Peña, 1956: 339-355; Guillén, 1994: 553-564; Keppie, 1998: 21-23; Resina, 1998: 377-393; Nardo, 2001: 31, 38-42; Cowan, 2003: 12, 44-45; Cosme, 2007: 36-37; Fields, 2008: 43-45; Phang, 2008: 67-70; Matyszak, 2010: 115-118; Goldsworthy, 2011: 32-33, 82-90; Bishop, 2012: 1-7, 10-13, 39-40; Coulston, 2013: 19; Subirats, 2013: 17, 32-41; Brice, 2014: 78-80; Luik, 2015-2016: 50-55.

⁸²⁰ Según Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 1.18), «los antiguos obligaban estrictamente, tanto a los veteranos como a los reclutas, a la práctica constante de la equitación». Para ello, según nuestro autor, contaban con «caballos de madera», con los que se enseñaba «a saltar sobre ellos, al principio sin armas y luego completamente armados». Dada la escasa relevancia que, tradicionalmente, tuvo la caballería en el ejército romano, al ser un ejército, fundamentalmente, de infantería pesada, y al recaer la caballería, especialmente, en aliados y auxiliares, dudamos de que la práctica de la que nos habla Vegetio fuera algo habitual entre los legionarios romanos. Cf. Connolly, 1988: 10; Nardo, 2001: 31; Cowan, 2003: 12; Southern, 2006: 136-137; Matyszak, 2010: 72; Goldsworthy, 2011: 81; Subirats, 2013: 30.

⁸²¹ Haynes, 2015: 114; James, 2019: 109, 128.

⁸²² «El soldado en plena paz se ejercita, sin enemigo enfrente levanta la empalizada y se fatiga en trabajos superfluos para poder bastarse en los necesarios. A quien no quisieres ver temblando en plena acción, ejércitalo antes de la acción» (Sen. *Ep.* 2.18.6). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 4, 9-11, 13-17, 18-19, 21, 25-28; 2.23-24; 3.26; Bouquie, 1884: 57; Judson, 1888: 36-37; Marín y Peña, 1956: 255-257;

leña⁸²⁴, abrir zanjas⁸²⁵, cavar pozos⁸²⁶, construir puentes o levantar muros⁸²⁷, fueron sólo algunos de los muchos cometidos a los que se tuvo que enfrentar el soldado romano en su día a día. De esta forma, las tropas se encargaban, además, del avituallamiento⁸²⁸ y de preparar las comidas⁸²⁹; de vigilar el campamento y de hacer las rondas⁸³⁰; de la construcción de obras de ingeniería como pasarelas, túneles, acueductos, canales, corredores y carreteras⁸³¹; de los trabajos de castrametación, asedio y fortificación (*munitio*)⁸³²; y de otras tareas y cometidos, como la construcción de barcos⁸³³ o la confección de máquinas de asedio⁸³⁴.

A través de la práctica y del ejercicio constante y de la realización de estas y otras actividades y tareas diarias, el soldado romano mejoraba sus habilidades y destrezas, desarrollaba una mejor actitud y disposición ante el servicio militar, y se habituaba tanto al dolor como a la fatiga⁸³⁵. Para Phang (2008: 8), el entrenamiento inculcaba a los soldados «un *habitus* masculino tanto por la corrección sexual y la evitación del afeminamiento como, en mayor medida, por la disposición general del cuerpo y la mente». Por medio del entrenamiento, no sólo se trabajaba el estado físico y mental de las tropas⁸³⁶, sino que además se promovía, tal y como ya hemos adelantado, un estado

Connolly, 1988: 12, 18-19; 1990: 28-33; Phang, 2008: 201-247; Matyszak, 2010: 122-125; Brice, 2020b: 49. Cf. Brice, 2014: 195; Haynes, 2015: 113-120.

⁸²³ Caes. *B.Afr.* 31.1; App. *BC* 2.66. Cf. Marín y Peña, 1956: 255.

⁸²⁴ Caes. *B.Afr.* 31.1; J. *BJ* 3.85; App. *BC* 2.66; D.C. 39.4.2. Cf. Marín y Peña, 1956: 255.

⁸²⁵ App. *BC* 2.60. Cf. Connolly, 1988: 12, 18-19.

⁸²⁶ Caes. *Civ.* 3.49.4.

⁸²⁷ App. *BC* 2.60. Cf. Connolly, 1990: 28-29.

⁸²⁸ J. *BJ* 3.85. Cf. Marín y Peña, 1956: 255-256; Roth, 1999: 118-134; Matyszak, 2010: 124; Brice, 2020b: 49. Igualmente, *vid.* Roth, 1999: 140-141, sobre la importancia de conservar la disciplina durante las tareas de aprovisionamiento.

⁸²⁹ J. *BJ* 3.86. Cf. Judson, 1888: 37; Marín y Peña, 1956: 255; Roth, 1999: 44-53; Matyszak, 2010: 124.

⁸³⁰ Plb. 6.34.7-12; 35-36. Cf. Judson, 1888: 37; Connolly, 1988: 12; Nardo, 2001: 44-45; Cowan, 2003: 12; Matyszak, 2010: 123.

⁸³¹ Caes. *Civ.* 1.62.1; Sal. *Jug.* 75.2-6; Plu. *Crass.* 10.7. Cf. Marín y Peña, 1956: 256; Connolly, 1988: 12-13; 1990: 30; Cowan, 2003: 12; Sage, 2008: 230; Brice, 2014: 196; 2020b: 49.

⁸³² Plb. 6.27-32, 42.5; Caes. *Gal.* 7.24; *Civ.* 2.1-2, 8-10; 3.43.2, 44.3-5; Sal. *Jug.* 76.2-3; Liv. 44.39.2-5; J. *BJ* 3.76-85; App. *BC* 2.61, 66; 4.107; 5.33, 110; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.24-25; Oros. 5.7.8-9. Cf. Judson, 1888: 36; Marín y Peña, 1956: 255; Connolly, 1990: 31-33; Brice, 2020b: 49.

⁸³³ «En un tiempo, cuando Publio [Cornelio Escipión] Nasica estaba en cuarteles de invierno, aunque él no tenía necesidad alguna de barcos, se determinó a construirlos, a fin de que sus tropas no se desmoralizaran por la ociosidad, o infligieran daño a sus aliados a consecuencia de la licencia que resulta a partir del ocio» (Fron. *Str.* 4.1.15; cf. Pérez Carrandi, 2020a: 240). Cf. Caes. *Gal.* 5.1-2, quien, en 54 a. C., antes de partir al Ilírico, ordenó a sus legados que construyeran «cuantas naves pudiesen, y que repararan las viejas, dándoles las medidas y forma de su construcción». A su regreso a la Galia, «[César] halló ya fabricados por la singular aplicación de la tropa [...] cerca de seiscientos bajeles en la forma dicha y veintiocho galeras».

⁸³⁴ D.C. 39.4.2.

⁸³⁵ «Entre fatiga y dolor hay una diferencia [...]. La fatiga es la ejecución anímica o corporal de una actividad o un deber más gravoso de lo normal, mientras que el dolor es un movimiento áspero que se experimenta en el cuerpo ajeno a los sentidos [...]. Cuando a [Cayo] Mario le cortaban las varices, sentía dolor; cuando conducía su columna bajo un calor sofocante, sentía fatiga [...]. Es evidente que habituarse a las fatigas hace más fácil soportar el dolor» (Cic. *Tusc.* 2.35-36). Cf. Horsmann, 1991: 189-190, 195-196; Goldsworthy, 1996: 251; Matyszak, 2010: 74.

⁸³⁶ «Los más expertos en la materia han sido siempre de la opinión de que la práctica diaria de los ejercicios militares es mucho más eficaz para la salud de un ejército que todo el arte de la medicina. Por este motivo, ejercitaban a su infantería sin cesar [...]. De aquí podemos percibir la importancia y

de *intentio* o “predisposición” a la batalla y al trabajo, y se estimulaba tanto la *virtus* como la masculinidad de los soldados⁸³⁷.

Pero, todavía hay más, pues, gracias a la instrucción y al trabajo de atrincheramiento y castrametación, se inculcaba a las tropas un mínimo de autodisciplina y el hábito de la obediencia a las órdenes, y se mejoraba el control social del ejército⁸³⁸. Para algunos autores, el control racional del trabajo y del entrenamiento no era un fin en sí mismo, sino un medio para evitar la indisciplina en las legiones⁸³⁹. Es decir, si bien la instrucción de las tropas y la realización de las tareas propias del día a día en el ejército eran importantes para que los soldados estuvieran mejor preparados para el correcto desempeño de sus obligaciones militares, el objetivo principal no sería este, sino evitar que las tropas estuvieran desocupadas⁸⁴⁰.

Este punto de vista se entiende una vez que comprendemos lo que significaba para los romanos que un ejército estuviera inactivo. Según la mentalidad romana, la inacción era el preámbulo de la molicie, y la molicie era la antesala de la insurrección⁸⁴¹. Ya lo vimos cuando comentamos el estado de los ejércitos que Lucio Emilio Paulo y Publio Cornelio Escipión Emiliano se encontraron durante sus respectivos mandos⁸⁴². De ningún modo se podía permitir que las tropas anduvieran ociosas por el campamento. Si esto ocurría, la indisciplina y la derrota estarían aseguradas⁸⁴³.

No obstante, no todas las tareas tenían la misma consideración para los soldados. Los trabajos menores, tediosos, repetitivos y degradantes podían ser considerados por las tropas trabajos más propios de esclavos que de soldados, lo que podía generar malestar en el ejército y que, o bien los soldados se negaran a realizar aquellas tareas que consideraran de baja cualificación y denigrantes, ya sea delegando su desempeño a los esclavos (*calones*) que acompañaban al ejército⁸⁴⁴, ya sea sobornando a sus

necesidad de una estricta observancia de los ejercicios militares en un ejército, pues la salud en el campamento y la victoria en la batalla dependen de ellos» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.2).

⁸³⁷ «De aquí proviene aquel ánimo dispuesto a afrontar las heridas en los combates. Tráeme un soldado de ánimo semejante, pero desentrenado, parecerá una mujer» (Cic. *Tusc.* 2.38). Cf. Liv. 26.51.7; App. *BC* 4.123; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4; 3.4; Bouquie, 1884: 57; Marín y Peña, 1956: 257; Phang, 2008: 6, 8, 10; Matyszak, 2010: 74; Haynes, 2015: 119; James, 2019: 109; Brice, 2020b: 49.

⁸³⁸ Plb. 6.42.5; Caes. *Gal.* 5.11; Cic. *Tusc.* 2.37-38; Liv. 32.3.5; Fron. *Str.* 4.7.2; Tac. *Ann.* 1.20.2; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4. Cf. Horsmann, 1991: 195, 197; Marín y Peña, 1956: 257, 340; Goldsworthy, 1996: 251; Phang, 2008: 5, 8, 10, 26; Lee, 2009: 207; Brice, 2014: 196; Aguado, 2015: 264; James, 2019: 119.

⁸³⁹ Marín y Peña, 1956: 252; Horsmann, 1991: 197; Goldsworthy, 1996: 251; Kiesling, 2006: 245; Phang, 2008: 26; Lee, 2009: 207.

⁸⁴⁰ «Un ejército se fortalece con el trabajo y se debilita con la inacción» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.26). Cf. Caes. *B.Afr.* 32.2; Fron. *Str.* 4.1.15; Tac. *Ann.* 1.35.1; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4; Bouquie, 1884: 62; Marín y Peña, 1956: 255; Phang, 2008: 10, 26; Haynes, 2015: 114-115, 119; Brice, 2020b: 49; Pérez Carrandi, 2020a: 240.

⁸⁴¹ «Pero la disposición a la sedición se muestra mayormente en aquellos que viven acuartelados, ociosos y afeminados. Tales hombres, desacostumbrados a la necesaria fatiga de la campaña, se disgustan con su severidad. Su ignorancia de la disciplina les hace temer la acción y les hace ser insolentes» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4). Cf. Fron. *Str.* 4.1.15.

⁸⁴² *Vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro.

⁸⁴³ Fron. *Str.* 4.1.15; Le Bohec, 2004: 145; Phang, 2008: 10, 26; Pérez Carrandi, 2020a: 240.

⁸⁴⁴ J. *BJ* 3.125; Connolly, 1988: 12-13; 1990: 30; Cagniat, 2007: 87; Phang, 2008: 10; Deyber, 2015-2016: 79. Para más información sobre los *calones* y su papel en el ejército romano, *vid.* Roth, 1999: 91-

centuriones más cercanos⁸⁴⁵, o bien que las tropas respondieran ante esta situación con un motín abierto⁸⁴⁶.

3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico

«Un general debe estar atento para descubrir a los soldados turbulentos y sediciosos en el ejército, legiones o auxiliares, caballería o infantería [...]. Debe entonces ser prudente para separarles de los demás fingiendo que les encarga servicios que les agraden o enviándoles de guarnición a ciudades o castillos, pero con la discreción que piensen que los honra o que se crean tratados con preferencia y favor. Una multitud no entra nunca enseguida abiertamente en sedición sin unanimidad. Se les prepara y excita por unos pocos sediciosos, que esperan asegurarse la impunidad de sus crímenes por el número de sus cómplices»⁸⁴⁷.

Naturalmente, por muy eficaz que fuera la formación de las tropas y por muy ocupados que se mantuvieran los soldados, ni la instrucción ni los entrenamientos ni las tareas ni los trabajos diarios fueron siempre capaces de evitar y corregir, por sí mismos, el mal comportamiento de las tropas, y/o de reestablecer el orden en el ejército si este ya se había descontrolado. En consecuencia, se deduce la necesidad, por parte de las autoridades políticas y militares romanas, de nutrirse de toda una serie de elementos y mecanismos de control, cohesión y represión con los que mantener la disciplina en el ejército, estimular la lealtad y la obediencia de las tropas, aglutinar y ganarse el favor de los soldados, y, llegado el momento, castigar la indisciplina del ejército.

Hablamos de la puesta en escena de un elaborado programa ideológico que, extraído de la tradición y cultura romanas, y apoyado en estímulos e incentivos internos y externos, fuera capaz tanto de moldear, vigilar y atemperar el comportamiento de los soldados como de normalizar la inclusión del *civis Romanus* en el *exercitus imperatus*. Aunque parte de este programa ya se ha explicado en lo que llevamos de trabajo — primero, cuando hablamos de la existencia de ciertos elementos identitarios y de autoafirmación (como el *aquila*), y de cómo dichos elementos pudieron contribuir en la supuesta homogeneización y profesionalización del ejército romano⁸⁴⁸; y, más recientemente, al tratar la importancia que tuvo el entrenamiento y la realización de las actividades cotidianas en la creación de un hábito de obediencia y trabajo en los soldados⁸⁴⁹—, en adelante, veremos el resto de mecanismos utilizados para asegurar la disciplina en el ejército, a saber, el *sacramentum militiae* y los *signa militaria*, por un lado, y el sistema de castigos y recompensas, por el otro.

110; Feig Vishnia, 2002: 265-272; Thorburn, 2003: 47-61; Phang, 2005: 203-225; Silver, 2016: 203-240; Pérez Carrandi, 2020b: 98-120, en donde también se habla de la función de los vivanderos o *lixae*.

⁸⁴⁵ Matyszak, 2010: 123; Subirats, 2013: 41; Pérez Carrandi, 2020a: 242.

⁸⁴⁶ Phang, 2008: 10. Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

⁸⁴⁷ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4.

⁸⁴⁸ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2.

¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

⁸⁴⁹ *Vid. supra* el apartado anterior.

De *sacrare* (consagrar, ofrecer o dedicar), el *sacramentum militiae* (juramento militar de base religiosa)⁸⁵⁰ fue algo más que un *iusiurandum* (juramento ordinario sin connotaciones religiosas), fue un vínculo personal y voluntario que, apoyado en el *fas* y dotado de una significación eminentemente religiosa, sirvió para sellar, simbólica y formalmente, la transformación del *civis* en *miles* y para confirmar la conversión de los *Quirites* en *exercitus imperatus*⁸⁵¹. En virtud del *sacramentum militiae*, el ciudadano romano abandonaba la esfera civil para insertarse en la militar y, como si de una ceremonia de tránsito se tratara, adquiriría una carga jurídica y religiosa especial que suponía una transformación y un cambio en su propia naturaleza, en tanto que entraba en un régimen extraordinario en el que quedaban en suspenso sus derechos usuales a la vez que se originaban nuevas y gravosas obligaciones⁸⁵².

Con su conversión, el soldado pasaba, automáticamente, a formar parte de una comunidad mayor —el ejército romano—, quedando su suerte ligada a la de su *imperator*, su destino al de Roma y su vida consagrada a la divinidad invocada en la fórmula del *sacramentum militiae*⁸⁵³. A partir de este momento, el ciudadano, ahora como soldado, quedaba, irremediabilmente, sometido a la disciplina militar, a la ley del *castrum*⁸⁵⁴.

Pese a la gran cantidad de estudios modernos con los que actualmente contamos⁸⁵⁵, todavía son muchas las preguntas sin responder acerca del *sacramentum*

⁸⁵⁰ La principal característica del *sacramentum militiae*, y lo que le diferenciaba del *iusiurandum*, se encuentra en su estructura triádica, haciendo del juramento militar una fórmula religiosa por medio de la cual se evocaba a la divinidad tutelar como testigo y garantía del compromiso del soldado de realizar una determinada acción o de mantener cierto comportamiento en el futuro (Liv. 26.48.12; 28.27.12; Lattocco, 2017: 4).

⁸⁵¹ Liv. 28.27.12; Bouquie, 1884: 210-211; Helgeland, 1978: 1478; Nicolet, 1980: 102-104; James, 1999: 17; Rivero, 2006: 48, 69; Phang, 2008: 117; Sage, 2008: 123; Lee, 2009: 207; Palao, 2010: 35-36; Brice, 2020b: 49; Pérez Carrandi, 2020a: 240.

⁸⁵² Plb. 6.21.2-3; Caes. Civ. 1.76.5; D.H. 6.45.1; 10.18.2-3; 11.43.2; Liv. 22.38.3-4; 28.27.12; Fron. Str. 4.1.4; Gel. 16.4.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5; Serv. A. 8.614; Bouquie, 1884: 210-211; Andrieux, 1927: 10; Tondo, 1963: 1-23; Harmand, 1967: 299-302; Gruen, 1974: 375-376; Nicolet, 1980: 102-104; Keppie, 1998: 55; Chrissanthos, 1999: 8; James, 1999: 17; Cosme, 2003b: 303; Perea, 2006a: 16; Rivero, 2006: 70-71, 284; Palao, 2010: 35-36; Brice, 2014: 62; 2020b: 47; 2020c: 114; 2020d: 249-250; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

⁸⁵³ Plb. 6.21.2-3; D.H. 10.18.2-3; 11.43.2; Liv. 22.38.3-4; 26.48.12; 28.27.12; Gel. 16.4.3-4; Serv. A. 8.614; Bouquie, 1884: 211; Andrieux, 1927: 10; Gruen, 1974: 375; Nicolet, 1980: 103-104; Campbell, 1984: 19; Keppie, 1998: 55; Vallejo, 1998: 171-172; Cosme, 2003b: 303; Jiménez de Furundarena, 2004: 486, 489; Perea, 2006a: 16; Mateo, 2010: 167-168; Brice, 2014: 62; 2020b: 47, 49; Pérez Carrandi, 2020a: 239.

⁸⁵⁴ Plb. 6.21.1-3; Caes. Civ. 1.76.5; D.H. 6.45.1; 10.18.2-3; 11.43.2; Liv. 22.38.1-5; 28.27.12; Fron. Str. 4.1.4; Gel. 16.4.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5; Serv. A. 8.614; Bouquie, 1884: 210-215; Andrieux, 1927: 10; Tondo, 1963: 110; Harmand, 1967: 299-300; Nicolet, 1980: 103-104; Campbell, 1984: 19; Keppie, 1998: 55; Chrissanthos, 1999: 8; Perea, 2006a: 16; Brice, 2014: 62; 2020b: 47, 49; 2020c: 114; 2020d: 249-250; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

⁸⁵⁵ Bouquie, 1884: 163, 192-193, 210-217; Andrieux, 1927: 10; Marín y Peña, 1956: 197; Smith, 1958: 33; Jal, 1962: 14-15; Tondo, 1963: 1-123; 1968: 376-396; Gruen, 1974: 375-376; Helgeland, 1978: 1478-1480; Nicolet, 1980: 102-105; Campbell, 1984: 19-23; Hinard, 1992: 287-301; 1993: 252-263; Keppie, 1998: 55; Vallejo, 1998: 167-177; Chrissanthos, 1999: 8-10; 2004: 354; 2013: 321; Cosme, 2003b: 303; 2007: 26-27; Cowan, 2003: 19-20; Jiménez de Furundarena, 2004: 485-490; Harris, 2006: 306; Rivero, 2006: 48, 69, 97-99; Southern, 2006: 134; Keaveney, 2007: 71-77, 90-91; Rawlings, 2007: 51; Phang, 2008: 117-120; Sage, 2008: 123-125; Lee, 2009: 207; Gueye, 2013b: 111-129; 2015: 77-94; Subirats, 2013: 57-66; Brice, 2014: 123-124; 2020b: 47-49; 2020d: 249-250; Aguado, 2015: 267; Jiménez Serrano, 2020: 155-170; Córcoles, 2021: 93-99.

militiae. Aunque intuimos que su origen es antiquísimo y que, probablemente, su práctica fue tomada prestada de otros pueblos itálicos⁸⁵⁶, ni sabemos cuándo ni en qué circunstancias se instituyó el juramento militar en las legiones. Autores como Dionisio de Halicarnaso y Tito Livio ya nos hablan de él en los primeros siglos de la República, siendo habitual encontrarnos referencias sobre el *sacramentum militiae* en el marco del conflicto patricio-plebeyo y en los años inmediatamente posteriores⁸⁵⁷. Sin embargo, desconocemos si estas citas son contemporáneas a los hechos que narran dichos autores o si, en cambio, son una anticipación histórica o un recurso literario de una práctica ulterior de la que ya se tiene constancia firme desde finales del siglo III a. C., cuando la existencia del *sacramentum militiae* ya está perfectamente establecida en las fuentes⁸⁵⁸.

Conforme a Polibio (6.21.1-3), el *sacramentum militiae* era administrado solemnemente por los tribunos militares tras el reclutamiento de las tropas⁸⁵⁹. La ceremonia del juramento militar se llevaba a cabo en dos etapas⁸⁶⁰. En la primera, denominada *praeiuratio*, «se escogía al hombre más capaz y se le tomaba el juramento de que obedecería a los oficiales y cumpliría sus órdenes en la medida de lo posible»⁸⁶¹. Acto seguido, en la segunda etapa, «todos los restantes se iban adelantando y juraban, uno por uno, declarando que harían exactamente lo mismo que el primero [*idem in me*]»⁸⁶². Tras haberse comprometido todo el ejército mediante juramento, los tribunos militares indicaban a cada legión la fecha y el lugar en que debían presentarse las tropas armadas, y se mandaba a los hombres a sus hogares⁸⁶³. Lo mismo ocurría con las tropas aliadas, las cuales, una vez eran reclutadas en sus ciudades de origen, también debían tomar juramento y presentarse en el día y lugar señalados⁸⁶⁴.

En principio, no se podía servir en el ejército sin antes haber prestado juramento⁸⁶⁵. No en vano, era el *sacramentum militiae* lo que legitimaba al soldado y lo que le autorizaba a realizar actos de guerra⁸⁶⁶. Esto último lo vemos en Cicerón (*Off.* 1.36-37), cuando nos informa de la advertencia que Catón el Viejo hizo a su hijo Marco Porcio Catón Liciniano tras haber sido licenciado por Marco Popilio Lenas. Como el joven quería continuar luchando, Catón le aconsejó que se abstuviera de entrar en combate si antes no había jurado por segunda vez, ya que «no es justo que quien no es soldado combata contra el enemigo».

⁸⁵⁶ Livio (10.38.2-12) nos informa de una suerte de *sacramentum militiae* administrado por los samnitas, de origen arcaico e incierto, y extraído de una antigua liturgia samnita, que vinculaba a todo aquel que lo prestara a tomar las armas por el Samnio y a no huir de la batalla so pena de ser inmolado. Sobre el particular, *vid.* Tondo, 1963: 1-123; Nicolet, 1980: 103; Sage, 2008: 123.

⁸⁵⁷ D.H. 6.23.2-3, 45.1; 10.16.1; 11.7.2, 44.5, 54.3; Liv. 2.24.7, 32.1-2; 4.5.2, 53.8; 6.2.6, 32.4; 7.16.8; 8.34.9; 9.29.4, 43.4; 10.4.3, 21.4.

⁸⁵⁸ Plb. 6.21.1-3; Liv. 22.38.1-5; Fron. *Str.* 4.1.4; Gel. 16.4.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5; Serv. A. 8.614. *Cf.* Chrissanthos, 1999: 8; Brice, 2020b: 47.

⁸⁵⁹ *Cf.* D.H. 10.16.1; Liv. 22.38.1.2.

⁸⁶⁰ Sobre la administración del *sacramentum militiae*, *vid.* Bouquie, 1884: 212; Andrieux, 1927: 10; Nicolet, 1980: 102; Chrissanthos, 1999: 8; 2004: 354; 2013: 321; Cosme, 2003b: 303; Phang, 2008: 119; Brice, 2014: 62; 2020b: 47.

⁸⁶¹ Plb. 6.21.1-2. *Cf.* Fest. 250L.

⁸⁶² Plb. 6.21.3. *Cf.* Fest. 250L.

⁸⁶³ Plb. 6.21.6.

⁸⁶⁴ Plb. 6.21.4-5. *Cf.* Pérez Carrandi, 2020a: 247.

⁸⁶⁵ Cic. *Off.* 1.36-37. *Cf.* Nicolet, 1980: 103-104; Chrissanthos, 1999: 8; Sage, 2008: 123.

⁸⁶⁶ Nicolet, 1980: 103; Sage, 2008: 123.

Aunque el *sacramentum militiae* se administraba, tal y como ya hemos explicado, tras la conscripción del ejército, y, por consiguiente, antes de que las tropas fueran enviadas al frente de batalla⁸⁶⁷, en determinadas circunstancias debía repetirse una segunda vez en el transcurso de una misma campaña. Si un *imperator* moría durante el desempeño de su cargo o era reemplazado por otro comandante romano, el general entrante debía tomar juramento a las tropas que habían militado bajo el *imperium* del comandante anterior para que, de esa manera, se legitimara el cambio de mando⁸⁶⁸. Lo mismo ocurría en situaciones especiales, como, por ejemplo, tras un cambio de bando, cuando el *imperator* que se hacía con los soldados del comandante romano rival administraba un nuevo *sacramentum militiae* a sus nuevas tropas para así confirmar el cambio de bando y reforzar la adhesión del ejército⁸⁶⁹.

Pese a que el *sacramentum militiae* no tenía, como tal, una duración predeterminada⁸⁷⁰, y que a las tropas no se les comunicaba el tiempo que iban a permanecer en armas una vez eran incorporadas en el *dilectus*, se esperaba que los soldados siguieran a su comandante el tiempo que durara la campaña por la cual habían sido reclutados⁸⁷¹, y que, por tanto, sólo la muerte o el licenciamiento (*honesta missio*) fueran las razones de la ruptura de su sagrado vínculo⁸⁷². Esta suposición se deduce de las palabras que César dedicó a los protagonistas del motín de *Placentia* (49 a. C.):

⁸⁶⁷ En 55 a. C., durante la campaña de Cayo Julio César en la Galia: «Recelándose César por varios indicios de mayor revolución en la Galia, trata de reclutar nuevas tropas por medio de sus legados Marco Silano, Cayo Antistio Regino y Tito Sertio; pide asimismo al procónsul Cneo Pompeyo, pues que por negocios de la República se hallaba mandando cerca de Roma, ordenase a los soldados que en la Galia Cisalpina había alistado siendo cónsul, acudiesen a sus banderas y viniesen a juntarse con él [*Multis de causis Caesar maiorem Galliae motum exspectans per Marcum Silanum, Gaium Antistium Reginum, Titum Sextium legatos dilectum habere instituit; simul ab Gnaeo Pompeio proconsule petit, quoniam ipse ad urbem cum imperio rei publicae causa remaneret, quos ex Cisalpina Gallia consulis sacramento rogavisset, ad signa convenire et ad se proficisci iuberet*]» (Caes. Gal. 6.1). Cf. Caes. B.Alex. 56.4.

⁸⁶⁸ Cayo Escribonio Curión se dirige, en 49 a. C., a las tropas de Lucio Domicio Ahenobarbo que se habían pasado al ejército cesariano tras la toma de *Corfinium*: «Dicen que los habéis abandonado y traicionado y os recuerdan vuestro anterior juramento. Pero, ¿abandonasteis vosotros a [Lucio] Domicio [Ahenobarbo], o fue Domicio el que os abandonó a vosotros? ¿No os dejó él cuando estabais dispuestos a sufrir la suerte más desgraciada? ¿No buscó la salvación en la huida sin vuestro conocimiento? ¿No conservasteis la vida, después de su traición, por beneficio de [Cayo Julio] César? ¿Cómo hubiera podido obligaros a mantener el juramento cuando, abandonadas las fascas y perdido el *imperium*, él mismo, ya un simple particular y, más aún, prisionero, había caído en poder de otro? Existe aún una manera nueva de lealtad, la de que olvidéis el juramento al que estáis sujetos y os sintáis sujetos por el que fue anulado por la entrega del general y la pérdida de sus derechos de ciudadanía [*Desertos enim se ac proditos a vobis dicunt et prioris sacramenti mentionem faciunt. Vosne vero L. Domitium, an vos Domitius deseruit? Nonne extremam pati fortunam paratos proiecit ille? nonne sibi clam salutem fuga petivit? nonne proditi per illum Caesaris beneficio estis conservati? Sacramento quidem vos tenere qui potuit, cum proiectis fascibus et deposito imperio privatus et captus ipse in alienam venisset potestatem? Relinquitur nova religio, ut eo neglecto sacramento, quo tenemini, respiciatis illud, quod deditioe ducis et capitis deminutione sublatum est*]» (Caes. Civ. 2.32.7-10). Cf. Caes. Civ. 1.86.3; 2.28.2.

⁸⁶⁹ En 49 a. C., tras tomar la ciudad de *Corfinium* y hacerse con los hombres de su rival Lucio Domicio Ahenobarbo, Cayo Julio César «hizo prestar juramento ante él a los soldados de Domicio [*Milites Domitianos sacramentum apud se dicere iubet*]» (Caes. Civ. 1.23.5). Cf. App. BC 1.66, cuando Lucio Cornelio Cinna, en 87 a. C., hizo lo propio tras arrebatarle las tropas a Apio Claudio Pulcro: «Los tribunos, aprovechando de inmediato el impulso de los soldados, prestaron el juramento militar a Cinna, y cada uno se lo hizo jurar a las tropas que tenía bajo su mando». Para otros ejemplos, vid. App. BC 4.62, 116.

⁸⁷⁰ Gruen, 1974: 375.

⁸⁷¹ Plb. 6.21.2; D.H. 10.18.2; 11.43.2; Liv. 22.38.3; Serv. A. 8.614. Cf. Brice, 2020b: 48, 59.

⁸⁷² Nicolet, 1980: 104; Keppie, 1998: 55.

«Después de haberme dado vuestro juramento para la totalidad de la presente guerra, y no para una parte de ella, me abandonáis, os subleváis contra vuestros oficiales y consideráis justo dar órdenes a aquellos de los que debéis recibirlas»⁸⁷³.

Por otra parte, no conservamos ni la fórmula ni el contenido del *sacramentum militiae* para época republicana. Tan sólo contamos con una versión mucho más tardía, de época bajoimperial, y que recoge Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.5)⁸⁷⁴. No obstante, podemos hacernos una idea de lo que tuvieron que jurar las tropas a partir de las referencias que nos han llegado acerca del posible contenido del juramento militar. De las palabras de Polibio (6.21.2), Dionisio de Halicarnaso (6.45.1; 10.18.2; 11.43.2), Tito Livio (22.38.3) y Mauro Servio Honorato (A. 8.614), podemos deducir que todo soldado que juraba el *sacramentum militiae* se comprometía a obedecer a sus oficiales y a cumplir sus órdenes, a seguir a sus mandos militares y a no retirarse del ejército hasta haber completado su servicio, y a no abandonar los estandartes ni hacer nada en contra de la ley⁸⁷⁵.

Junto al *sacramentum militiae*, el *iusiurandum* era otro tipo de juramento que se solía administrar en el ejército romano. Si bien el primero tenía un carácter más compulsivo, el segundo fue ganando importancia a lo largo del tiempo. En un principio, el *iusiurandum* sirvió como herramienta con la que extender y/o mejorar el alcance del *sacramentum militiae*⁸⁷⁶. De esta manera, Polibio (6.33.1-2) nos informa de que, una vez establecido el *castrum*, los soldados debían jurar «no robar nada dentro del campamento». Este mismo *iusiurandum* lo recoge también Aulo Gelio (16.4.2) a partir de una referencia encontrada en el libro V de las *Cuestiones militares* de Lucio Cincio, obra hoy enteramente perdida⁸⁷⁷.

En función del contexto y de las necesidades de cada momento, se podía administrar un nuevo *iusiurandum* para elevar el ánimo de los soldados, consolidar la lealtad de las tropas y/o mejorar la cohesión del ejército. De este modo, ante un peligro inminente⁸⁷⁸, en contextos militares adversos⁸⁷⁹, o si se había producido recientemente

⁸⁷³ App. BC 2.47. Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, el punto 3.15.7. *Placentia*, Galia Cisalpina, 49 a. C., en donde se analiza dicho motín.

⁸⁷⁴ «[Los soldados] pronuncian el juramento habitual, llamado el juramento militar. Juran por Dios, por Cristo y por el Espíritu Santo; y por Su Majestad el Emperador quien, tras Dios, ha de ser principal objeto del amor y veneración de la Humanidad [...]. Los soldados, así pues, juran que obedecerán deseosos al Emperador y todas sus órdenes, que nunca desertarán y estarán siempre prestos a sacrificar sus vidas por el Imperio romano».

⁸⁷⁵ Plb. 6.21.2; D.H. 6.45.1; 10.18.2; 11.43.2; Liv. 22.38.3; Serv. A. 8.614. Cf. Caes. Civ. 1.76.5; Campbell, 1984: 19; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

⁸⁷⁶ Helgeland, 1978: 1480; Nicolet, 1980: 105; Chrissanthos, 1999: 8, 10; 2004: 354; 2013: 321; Phang, 2008: 119; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

⁸⁷⁷ Hinard, 1992: 287-301; Phang, 2008: 119; Sage, 2008: 125; Pérez Carrandi, 2020a: 239; Córcoles, 2021: 93-99.

⁸⁷⁸ En 48 a. C., antes de la batalla de Dirraquio: «Estando aún el ejército aterrorizado, [Tito] Labieno se adelantó el primero y juró que él no le abandonaría y que experimentaría la misma suerte que la fortuna diese a [Cneo] Pompeyo. Los restantes legados hicieron el mismo juramento; a estos siguieron los tribunos militares y centuriones y todo el ejército juró lo mismo [*Perterrito etiam tum exercitu princeps Labienus procedit iuratque se eum non deserturum eundemque casum subiturum, quemcumque ei fortuna tribuisset. Hoc idem reliqui iurant legati; tribuni militum centurionesque sequuntur, atque idem omnis exercitus iurat*]» (Caes. Civ. 3.13.3-4). Cf. Plu. Sull. 27.3, cuando, en 83 a. C., justo antes de que Sila

una insurrección en el ejército⁸⁸⁰, era común que los comandantes romanos —e, incluso, las propias tropas— se sirvieran del recurso del juramento, para evitar que la situación se descontrolara y que la indisciplina se extendiera en el ejército. En todas estas ocasiones, el *iusiurandum* vendría a reforzar el vínculo establecido, originalmente, mediante el *sacramentum militiae*⁸⁸¹.

El hecho de que se recurriera cada vez más al *iusiurandum* como medio con el que imprimir disciplina en las tropas hizo que el *sacramentum militiae* fuera perdiendo peso con el paso del tiempo, y que la disciplina militar romana sufriera una suerte de “desacralización”.

Por lo que se refiere a la primera hipótesis, es Livio (22.38.1-5), quien nos informa del supuesto cambio del *sacramentum militiae* por el *iusiurandum*. Según este autor, en 216 a. C., los tribunos militares impusieron un juramento adicional (*iusiurandum*), por el que los soldados se comprometían «a no marchar porque se produjera una huida o por miedo, ni abandonar su fila salvo para coger o rescatar un arma, para herir a un enemigo, o para salvar a un compatriota»⁸⁸². Esto, «de compromiso voluntario y mutuo, pasó a ser una toma de juramento conforme la ley por parte de los tribunos»⁸⁸³. Frontino (*Str.* 4.1.4) nos confirma esta versión: «En el consulado de Lucio [Emilio] Paulo y Cayo [Terencio] Varrón, obligaron por primera vez a los soldados a tomar el *iusiurandum*. Hasta aquel tiempo el *sacramentum* era el juramento de lealtad administrado por los tribunos, pero ellos solían prometerse el uno al otro a no dejar la fuerza por huida, o en consecuencia, por miedo, y no dejar las filas excepto para buscar un arma, golpear a un enemigo, o salvar a un camarada».

regresara con su ejército a Italia, sus hombres «juraron por sí mismos que permanecerían juntos y que no harían por propia voluntad ningún daño a Italia».

⁸⁷⁹ En 48 a. C., justo antes de la batalla de Farsalia: «Después de haber pronunciado estas palabras, [Tito Labieno] juró que no volvería al campamento sino como vencedor y exhortó a los demás a que hicieran lo mismo. [Cneo] Pompeyo, alabando esta determinación, juró igualmente; y nadie hubo entre los demás que dudara jurar lo mismo [*Haec cum dixisset, iuravit se nisi victorem in castra non reversurum reliquosque, ut idem facerent, hortatus est. Hoc laudans Pompeius idem iuravit; nec vero ex reliquis fuit quisquam, qui iurare dubitaret*]» (Caes. Civ. 3.87.5-6; cf. Plu. Pomp. 68.1). Cf. App. BC 2.63 (cf. App. BC 2.73), cuando, tras la derrota de Dirraquio, los hombres de César, «reuniéndose entre ellos, en orden militar, se tomaban los unos a los otros juramentos, por compañías, bajo la mirada de César, de que no retornarían del combate a no ser con la victoria».

⁸⁸⁰ Tras el intento de amotinamiento de sus hombres, Marco Petreyo, en 49 a. C., «pide que todos juren no abandonar ni traicionar al ejército ni a los jefes, ni tomar ninguna decisión aparte de los demás. Él mismo jura el primero esta fórmula; obliga a [Lucio] Afranio a hacer el mismo juramento; siguen los tribunos militares y centuriones; los soldados, avanzando por centurias, juran lo mismo [*Postulat, ut iurent omnes se exercitum ducesque non deserturos neque prodituros neque sibi separatim a reliquis consilium capturos. Princeps in haec verba iurat ipse; idem iusiurandum adigit Afranium; subsequuntur tribuni militum centurionesque; centuriatim producti milites idem iurant*]» (Caes. Civ. 1.76.2-3). Cf. App. BC 3.46 (cf. D.C. 45.13.5), cuando Marco Antonio hizo lo propio, en 44 a. C., tras la desertión de dos de sus legiones, la *Martia* y la *III*: «Le encontraron a su llegada tomando juramento a los soldados bajo su mando que estaban presentes, así como a aquellos otros veteranos que habían acudido también, y cuyo número era crecido, que juraban a la vez voluntariamente que no faltarían a su amistad y fidelidad hacia Antonio».

⁸⁸¹ Chrissanthos, 1999: 10; Phang, 2008: 119; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

⁸⁸² Hasta aquella fecha, el único contenido de la fórmula del juramento había sido, en palabras de Tito Livio (22.38.3), «que [los soldados] acudirían a la orden del cónsul y que no se irían sin ella».

⁸⁸³ Liv. 22.38.5. Cf. Campbell, 1984: 19; Cowan, 2003: 20; Phang, 2008: 118; Sage, 2008: 123-124.

El testimonio de Livio ha servido para que, por un lado, muchos historiadores modernos consideren que, a partir de la segunda guerra púnica, el *iusiurandum* sustituyó al *sacramentum militiae* como juramento de lealtad⁸⁸⁴, y para que, por el otro, se hable de un proceso de “secularización” de la *disciplina militaris*⁸⁸⁵. Si, en origen, la disciplina militar romana pudo ser, de acuerdo con Phang (2008: 26), «de naturaleza religiosa o sacral, impuesta por el tabú y el sacrilegio»⁸⁸⁶, con el transcurrir de los siglos se fue, en palabras de Rüpke (1990: 80, 93-96, 238), «racionalizando». De esta forma, si, inicialmente, la violación del juramento militar conllevaba sanciones religiosas, y el soldado infractor podía considerarse, a ojos de los dioses y de la mentalidad romana, un maldito (*sacer*)⁸⁸⁷, el castigo militar terminó perdiendo progresivamente esa aura sacral, en la que la desobediencia era un sacrilegio y la pena capital un sacrificio expiatorio⁸⁸⁸, y se fue racionalizando⁸⁸⁹.

Sin embargo, esto no significa ni que el *sacramentum militiae* ya no siguiera sirviendo en el futuro de herramienta con la que imbuir de coraje a las tropas y mantener el orden interno en el ejército ni que la disciplina militar se hubiera visto, necesariamente, afectada como consecuencia de su hipotética desacralización⁸⁹⁰. Asimismo, tampoco significa que el carácter sagrado del juramento militar desapareciera por completo o que la religión ya no se volviera a usar desde un punto de vista disciplinario, bien como referente a la hora de denunciar un mal comportamiento en el ejército⁸⁹¹, bien como recordatorio del compromiso que habían adquirido las tropas en el momento de su conscripción⁸⁹².

⁸⁸⁴ Aguado, 2015: 267.

⁸⁸⁵ Rüpke, 1990: 80, 93-96, 238; Phang, 2008: 26-27; Brice, 2020b: 48.

⁸⁸⁶ Cf. Tokmakov, 1997: 43-59.

⁸⁸⁷ Sobre la consideración de *sacer*, vid. Liv. 28.29.3; App. BC 5.16; Gel. 10.8.1; D.C. 41.29.1-2; Bouquie, 1884: 122-123; Andrieux, 1927: 10; Helgeland, 1978: 1478; Nicolet, 1980: 102-103; Carcani, 1981: 42; Campbell, 1984: 23; McPhail 1991; Perea, 2003: 123, 128; 2006a: 13-14; Woodman 2006; Keaveney, 2007: 90; Phang, 2008: 117; Palao, 2010: 35; Connal 2012; Chrissanthos, 2013: 321; Billing, 2015: 42; Brice 2015b: 109, 119; 2020a: 59, 62; 2020b: 48; 2020c: 119; Pérez Carrandi, 2020a: 239; Escorihuela, 2020-2021: 90-91.

⁸⁸⁸ «C’était la violation du serment militaire, l’oubli des devoirs les plus sacrés, la rupture violente de tout lien d’attache à la patrie. Parjures au drapeau, parjures à la religion, parjures aux lois [...]» (Bouquie, 1884: 163). Cf. Helgeland, 1978: 1478; Campbell, 1984: 23; Phang, 2008: 117; Sage, 2008: 123.

⁸⁸⁹ Rüpke, 1990: 80, 93-96, 238; Phang, 2008: 26-27; Brice, 2020b: 48.

⁸⁹⁰ «Over time, though, even as violation of the oath became less religiously significant, it still held the offender liable to punishment under military law. Typical charges were for specific violations of military law, such as desertion, indiscipline, and disloyalty [...]. Nevertheless, despite occasional breakdowns in military stability, the longevity of the sacramentum reflects more than institutional conservatism; it also indicates the oath’s value in maintaining internal order» (Brice, 2020b: 48-49). Cf. Bouquie, 1884: 210-211; Gruen, 1974: 375; Campbell, 1984: 22; Harris, 2006: 306; Phang, 2008: 27, 89, 91.

⁸⁹¹ En 209 a. C., justo después de la toma de Cartago Nova: «A un lado estaban los legionarios, al otro los soldados de marina, dispuestos a jurar por todos los dioses no lo que sabían que era cierto sino lo que deseaban que lo fuera, y a comprometer con el perjurio no sólo su propia persona y su vida sino las enseñas militares y las águilas y el compromiso del juramento solemne [*Satre hinc legionarios milites, hinc classicos, per omnis deos paratos iurare magis quae velint quam quae sciant vera esse, et obstringere periurio non se solum suumque caput, sed signa militaria et aquilas sacramentique religionem*]» (Liv. 26.48.12).

⁸⁹² En 206 a. C., durante la reprimenda de Publio Cornelio Escipión Africano a los culpables del motín de Sucro: «Vuestro desvarío se debe al contagio; ni siquiera hoy me parece que sepáis a qué grado de insensatez habéis llegado, qué crimen os habéis atrevido a cometer contra mí, contra vuestra patria y vuestras mujeres e hijos, contra los dioses testigos de vuestro juramento, contra los auspicios bajo los que

Otra cosa muy distinta es valorar la eficacia que tuvo el *sacramentum militiae* al final de la República, cuál fue su verdadero peso psicológico y hasta qué punto fue capaz de guardar por sí mismo la disciplina dentro del ejército⁸⁹³; o determinar si, como afirman algunos autores modernos, el *sacramentum militiae* se terminó convirtiendo en un vínculo personal entre comandante y soldado y en un instrumento con el que favorecer la creación de los llamados “ejércitos personales”⁸⁹⁴.

Aunque de todo ello hablaremos más tarde⁸⁹⁵, en lo que a efectos de este apartado se refiere, podemos afirmar que, aun aceptando la teoría de que, en época tardorrepblicana, el *sacramentum militiae* perdió parte de su carácter original, el hecho de que, incluso en momentos de enfrentamiento interno, se siguiera apelando a él y se siguiera administrando por igual, nos hace ver lo arraigado que estuvo en la sociedad romana y el alcance que llegó a tener desde un punto de vista disciplinario⁸⁹⁶. Tanto es así que, tal y como veremos en el capítulo siguiente⁸⁹⁷, la ruptura del *sacramentum militiae* se ha utilizado, tradicionalmente, para identificar lo que los romanos entendían por indisciplina (y, por extensión, lo que nosotros entendemos por insurrección). Y es que, dado que todo acto contrario a la disciplina militar se ha considerado, por lo general, una violación del *sacramentum militiae*, toda violación del *sacramentum militiae* se puede considerar, por ende, un acto de indisciplina⁸⁹⁸.

Junto al *sacramentum militiae*, los *signa militaria*, en general, y el *aquila*, en particular, fueron los otros elementos de naturaleza simbólico-religiosa utilizados por las autoridades políticas y militares romanas para trabajar el componente mental de las legiones, vincular a las tropas al ejército romano, y despertar en los soldados un sentimiento de compromiso, adhesión y lealtad.

Dado su lejano y sombrío pasado, y a la escasa y dispersa documentación de la que disponemos⁸⁹⁹, nos resulta complicado señalar tanto el origen como el momento en

militáis, contra las costumbres de la vida militar y la disciplina tradicional, contra la majestad del mando supremo [*Uos contagione insanistis; qui mihi ne hodie quidem scire uidemini quo amentiae progressi sitis, quid facinoris in me, quid in patriam parentesque ac liberos uestros, quid in deos sacramenti testes, quid aduersus auspicia sub quibus militatis, quid aduersus morem militiae disciplinamque maiorum, quid aduersus summi imperii maiestatem ausi sitis*]» (Liv. 28.27.12).

⁸⁹³ Caes. Civ. 1.76.5; Jal, 1962: 14-15; Campbell, 1984: 20-23; Vallejo, 1998: 167-177; Harris, 2006: 306; Keaveney, 2007: 71-77; Gueye, 2013a: 221-238; 2013b: 111-129; 2015: 77-94.

⁸⁹⁴ «Pero este [Cayo Julio César], aprovechándose de vuestro juramento militar, os condujo contra la patria, sin quererlo vosotros, y os condujo, con igual relucencia por vuestra parte, a África contra nuestros mejores ciudadanos» (App. BC 2.140). A favor de esta teoría, tendríamos a autores como Smith (1958: 33), Campbell (1984: 20-22), Gilliver (2007: 187), Phang (2008: 119) y Brice (2020b: 47-48). Por el contrario, Gruen, 1974: 375-376, se niega a aceptar que el *sacramentum militiae* estuviera detrás de la creación de los denominados “ejércitos clientelares” (cf. Keaveney, 2007: 71-77).

⁸⁹⁵ Vid. *infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

⁸⁹⁶ Campbell, 1984: 23.

⁸⁹⁷ Vid. *infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 2. *Seditio, tumultus, defectio*... ¿Qué entendemos por indisciplina militar? ¿A qué llamamos insurrección?

⁸⁹⁸ Plb. 6.21.1-3; D.H. 10.18.2; Dig. 49.16.13.3; Bouquie, 1884: 156, 163; Andrieux, 1927: 10; Vallejo, 1998: 171; Chrissanthos, 1999: 8-9, 206; 2004: 354; 2013: 321; Southern, 2006: 145-146; Brice, 2015b: 111; 2020a: 44, 55; 2020b: 50; Pérez Carrandi, 2020a: 247.

⁸⁹⁹ Bouquie, 1884: 189-191; Judson, 1888: 13-15; Renel, 1903; Marín y Peña, 1956: 375-389; Helgeland, 1978: 1473-1478; Cordente, 1991: 198-199, 202-206; Stoll, 1995; Warry, 1995: 136-137, 138-139;

el que se incorporaron las enseñas militares (*signa militaria*) a las legiones. Mauro Servio Honorato (A. 11.870) nos habla de su uso en tiempos del mítico Rómulo, y de cómo para confeccionar aquellos primitivos estandartes los romanos anudaban manojos de heno a sus lanzas. Esta misma referencia se encuentra también en Isidoro de Sevilla (*Etym.* 18.3.5) y en Ovidio (*Fast.* 3.115-119), quienes, además de ratificar el empleo de heno para fabricar los primeros *signa militaria*, nos hablan de su carácter sagrado y de cómo esos manojos (*manipli*) de heno acabaron dando nombre a los manípulos (*manipuli*) de soldados⁹⁰⁰.

Más allá de su composición, lo que, verdaderamente, nos interesa conocer es el simbolismo que tuvieron los estandartes militares para los romanos, dado que de su significado podremos derivar parte del uso que tuvieron después. Para algunos autores, los *signa militaria* tuvieron, inicialmente, un marcado carácter totémico y teriomorfo, algo, por otra parte, relativamente común en sociedades fundamentalmente agrícolas como la romana⁹⁰¹. De esta manera, se ha planteado un posible origen prehistórico apotropaico, en el que las enseñas actuarían como símbolos totémicos protectores⁹⁰². Según esta hipótesis, el origen zoomorfo de estos primitivos estandartes tendría como objetivo principal adoptar parte de la fuerza del animal representado a través de un mecanismo de “magia simpática”⁹⁰³, o, lo que es lo mismo, transferir a los combatientes cualidades físicas atribuidas, convencionalmente, a los animales de referencia⁹⁰⁴.

Antes de que, en 104 a. C., Cayo Mario convirtiera al águila en el principal emblema de la legión⁹⁰⁵, el ejército romano contaba con otras cuatro enseñas más: «el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí»⁹⁰⁶. Si bien todos estos estandartes no se

Riccardi, 2002: 86-100; Montero, 2003: 215-222; Petković, Ž. y Dušanić, S., 2003: 42-56; Alexandrescu, 2005: 147-156; Quesada, 2007a: 83-98; 2007b; Campbell, 2009-2010: 34-39; D’Amato y Sumner, 2009: 46; 2018; Goldsworthy, 2011: 134-135; Junkelmann, 2011: 25-46; Töpfer, 2011; Kavanagh, 2012: 29-40; 2013: 46-50; 2015; Brice, 2014: 190-192; Billing, 2015: 41-45; Palao, 2017: 729-736; Llantén y Penna, 2019: 85-105; Barbero, 2020: 46-76; Escorihuela, 2022b: 117-135.

⁹⁰⁰ «Desde luego eran de heno [los *signa militaria*], pero al heno se rendía pleitesía, la que ahora ves que se rinde a tus águilas. Una larga pértiga transportaba los manípulos colgados de ella, por lo que el soldado recibe el nombre de “manipular”». Un origen etimológico similar lo encontramos en Varrón (*L.* 5.88): «El manípulo (*manipulus*) es el grupo (*manus*) más pequeño del ejército que sigue una única enseña». Cf. Plb. 6.24.5-6; Robles, 2004: 83-84.

⁹⁰¹ Renel, 1903: 40; Keepe, 1998: 46; Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2015: 62-63; James, 2019: 84; Llantén y Penna, 2019: 92; Barbero, 2020: 53.

⁹⁰² Marín y Peña, 1956: 376; Riccardi, 2002: 94; Quesada, 2007b: 40; Kavanagh, 2012: 31-32; 2015: 30-34; D’Amato y Dennis, 2018: 27; Llantén y Penna, 2019: 90.

⁹⁰³ Renel, 1903: 74; Kavanagh, 2012: 32; 2015: 62.

⁹⁰⁴ Webster, 1969: 136; Kavanagh, 2012: 32; Llantén y Penna, 2019: 94; Barbero, 2020: 54.

⁹⁰⁵ Cic. *Catil.* 1.9.24; Sal. *Cat.* 59.3; Plin. *Nat.* 10.4.16; 23.19; Judson, 1888: 13; Marín y Peña, 1956: 61, 380-382; Helgeland, 1978: 1473; Watson, 1985: 129; Cordente, 1991: 204-205; Guillén, 1994: 461; Warry, 1995: 136-138; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 46-47; Pina Polo, 1999: 65; Riccardi, 2002: 94; Montero, 2003: 215-222; Potter, 2004: 81, 82; Robles, 2004: 48; Southern, 2006: 149-150; Cagniard, 2007: 87; Cosme, 2007: 70; Quesada, 2007a: 95-96; Fields, 2008: 14; 2010, 14; D’Amato y Sumner, 2009: 46; 2018: 9; Campbell, 2009-2010: 34; McNab, 2010: 28, 87, 96; Goldsworthy, 2011: 47, 134; Monreal, 2013: 123; Brice, 2014: 106-107, 191; Ureche, 2014: 5-6; Billing, 2015: 42; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 33; James, 2019: 85; Llantén y Penna, 2019: 85-105; Barbero, 2020: 51.

⁹⁰⁶ Plin. *Nat.* 10.4.16. Para más información acerca de los primeros *signa militaria*, vid. Marín y Peña, 1956: 380; Cordente, 1991: 204; Warry, 1995: 136, 138; Keppie, 1998: 46; Riccardi, 2002: 94; Montero, 2003: 215; Petković, Ž. y Dušanić, S., 2003: 42-56; Robles, 2004: 48; Quesada, 2007a: 96; D’Amato y Dennis, 2009: 46; 2018: 9; Lee, 2009: 208; Campbell, 2009-2010: 34; Goldsworthy, 2011: 47; Monreal,

concibieron, en un primer momento, como instrumentos genuinamente funcionales — básicamente porque se priorizó, tal y como se puede imaginar, su componente simbólico y/o religioso—, todos ellos (salvo el *aquila*⁹⁰⁷) acabaron desempeñando una función eminentemente táctica.

Conforme a Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.13), «los antiguos, sabedores de que las filas eran fácilmente desordenadas en la confusión del combate, dividieron las cohortes en centurias y dieron a cada centuria una enseña inscrita con el número tanto de la cohorte como de la centuria, para que los hombres, teniéndola a la vista, evitaran separarse de sus camaradas en los mayores tumultos»⁹⁰⁸. Si las señales verbales fallaban en medio del ruido y del polvo de la batalla, y los sonidos producidos por el *cornu*, la *tuba* y la *bucina* no eran lo suficientemente fuertes como para captar la atención de los soldados⁹⁰⁹, las señales visuales emitidas por los *signa militaria* debían encargarse entonces de la tarea de mantener las líneas ordenadas y de agrupar y guiar a las tropas durante el combate⁹¹⁰.

La necesidad de mando, comunicación y control propia de todo ejército hizo que los *signa militaria* fueran perdiendo parte de ese componente primigenio del que hemos hablado antes y que, en su lugar, fueran adquiriendo un propósito mucho más práctico⁹¹¹. De este modo, no nos sorprende que, al final de la República, cuando en las fuentes clásicas se nos habla de las enseñas militares, estas últimas adopten un papel muy distinto al concebido originalmente. Así, por ejemplo, son utilizadas como medio con el que contabilizar el número de efectivos bajo el mando de un determinado comandante⁹¹², como elemento con el que marcar la posición de una unidad y dar

2013: 123; Brice, 2014: 191; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 33; James, 2019: 84; Llantén y Penna, 2019: 91-96.

⁹⁰⁷ *Vid. infra*.

⁹⁰⁸ *Cf.* Plb. 6.24.6.

⁹⁰⁹ *Sal. Cat.* 60.1; *Jug.* 99.1-3; *J. BJ* 6.256; *Plu. Pomp.* 70.1; *App. BC* 2.78; 5.37, 142; *D.C.* 36.49.1; 47.43.1-2; 49.9.1; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 2.22; 3.5, 9. *Cf.* Judson, 1888: 15; Marín y Peña, 1956: 389-390; Donaldson, 1988: 349-356; Cordente, 1991: 160-162; Robles, 2004: 52-54, 63-64, 96-97; Quesada, 2007a: 86-89; D'Amato y Dennis, 2009: 46, 48.

⁹¹⁰ «Como la voz sola entre el tumulto de los combates no puede mandarse a la multitud [...], consta que existen tres clases de señales: vocales, semivocales y mudas. Las vocales y semivocales se perciben por los oídos, pero las mudas se emiten para los ojos. Vocales se llaman las que se pronuncian por la voz humana, como en las guardias [...]. Semivocales son las que se dan con la tuba, el cuerno o la bocina [...]. En efecto, siendo indudables los sonidos de estos, el ejército sabe si conviene resistir o avanzar o bien retroceder [...]. Las señales mudas son las águilas [...], los estandartes [...]; en efecto, a donde quiera que el jefe mande que sean llevadas estas, allí es necesario que acompañando a su señal continúen los soldados [...]. Todas estas acostumbra a seguir las y a entenderlas la totalidad de los soldados en los campamentos, en las marchas en cualquier ejercicio castrense [...]» (*Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.5). *Cf.* *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 2.13; *Isid. Etym.* 18.3.1, 5; Judson, 1888: 13; Cordente, 1991: 160-161; Robles, 2004: 49-50; Quesada, 2007b: 17; Coulston, 2013: 21; Pérez Rubio, 2014-2015: 79; Llantén y Penna, 2019: 89; Barbero, 2020: 49, 53, 69-70.

⁹¹¹ *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 2.13; 3.5; *Isid. Etym.* 18.3.1, 5; Marín y Peña, 1956: 375-376, 387-389; Helgeland, 1978: 1475; Cordente, 1991: 206; Warry, 1995: 136; Keppie, 1998: 47; Riccardi, 2002: 93; Robles, 2004: 49-50; Quesada, 2007a: 95-96; 2007b: 17; Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2012: 29, 31; Monreal, 2013: 123; Brice, 2014: 190-191; Pérez Rubio, 2014-2015: 79; Billing, 2015: 42; D'Amato y Dennis, 2018: 4, 58, 60-61; James, 2019: 83; Llantén y Penna, 2019: 89-90; Barbero, 2020: 49, 53, 69-70.

⁹¹² En 45 a. C., al final de la guerra civil entre César y Pompeyo: «Tenía [Cneo Pompeyo el Joven] a su disposición las águilas y enseñas de trece legiones; pero de entre estas, las que consideraba que tenían cierta consistencia eran en principio dos, la indígena y la segunda, que habían desertado de Trebonio, y, luego la constituida por colonos que habitaban en esta zona, y una cuarta, la Afraniana, que se había

señales durante el combate⁹¹³, como metáfora con la que representar la victoria sobre un ejército enemigo⁹¹⁴, como símbolo con el que confirmar la deserción de una unidad y/o un cambio de bando⁹¹⁵, y como atributo con el que ilustrar la cobardía y el miedo de los soldados ante una determinada situación de peligro y/o de incertidumbre⁹¹⁶.

traído consigo de África; las demás estaban formadas por fugitivos y tropas auxiliares [*Aquilas et signa habuit XIII legionum; sed ex quibus aliquid firmamenti se existimabat habere duae fuerunt, Vernacula et Secunda, quae a Trebonio transfugerant, una facta ex colonis qui fuerunt in his regionibus, quarta fuit Afraniana ex Africa, quam secum adduxerat; reliquiae ex fugitivis auxiliariibusque consistebant*]

 (Caes. B.Hisp. 7.4).

⁹¹³ En 49 a. C., durante las operaciones de César en Hispania: «Esta manera de combatir trastornó a los nuestros que no estaban acostumbrados a ella; pues creían que iban a ser rodeados por el lado derecho al verlos avanzar corriendo uno a uno; por otra parte, creían que era necesario guardar sus puestos, no apartarse de las enseñas ni abandonar sin grave motivo el lugar que habían ocupado. Así pues, desordenados lo soldados que precedían a las enseñas, la legión que estaba en aquella ala no pudo mantener su puesto y se retiró a la próxima colina [*Haec tum ratio nostros perturbavit insuetos huius generis pugnae: circumiri enim sese ab aperto latere procurrentibus singulis arbitrabantur; ipsi autem suos ordines servare neque ab signis discedere neque sine gravi causa eum locum, quem ceperant, dimitti censuerant oportere. Itaque perturbatis antesignanis legio, quae in eo cornu constiterat, locum non tenuit atque in proximum collem sese recepit*]

 (Caes. Civ. 1.44.3-4). Cf. Caes. Civ. 1.43.3, 5, 51.5; 3.67.1, 75.5; Cic. Att. 2.418.16.8.2; Sal. Cat. 59.3; App. BC 4.128; Vegetius Epitoma Rei Militaris 2.13; Isid. Etym. 18.3.1, 5.

⁹¹⁴ Este tipo de referencias fueron sumamente frecuentes al final de la República, en concreto durante las guerras civiles del siglo I a. C. Así, por ejemplo, mientras que, en un primer momento, César (Civ. 71.2, 99.4) se lamentaba de haber perdido, durante la batalla de Dirraquio (48 a. C.), «treinta y dos enseñas militares [*signaque sunt militaria amissa XXXII*]

, poco después se congratulaba de haber arrebatado a Pompeyo, en el transcurso de la batalla de Farsalia (48 a. C.), «ciento ochenta enseñas militares y nueve águilas [*signaque militaria ex proelio ad Caesarem sunt relata CLXXX et aquilae VIII*]. Cf. Caes. Civ. 3.53.1; Cic. Fam. 378.10.30.5; Front. Str. 2.5.34; Plu. Brut. 42.5; App. BC 2.61, 62.

⁹¹⁵ En 49 a. C., al comienzo de la guerra civil entre César y Pompeyo: «El pretor Lucio Manlio huye de Alba con seis cohortes, el pretor Rutilio Lupo, de Tarracina con tres; estas tropas, al ver de lejos a la caballería de César, mandada por Vibio Curio, abandonan al pretor, transfieren sus enseñas a Curio y se pasan a él [*L. Manlius praetor Alba cum cohortibus sex profugit, Rutilius Lupus praetor Tarracina cum tribus; quae procul equitatum Caesaris conspicatae, cui praeerat Vibius Curius, relicto praetore signa ad Curium transferunt atque ad eum transeunt*]

 (Caes. Civ. 1.24.3). Y, en 44 a. C., con ocasión de la deserción de las legiones *Martia* y *III*: «Más tarde, cuando [Marco] Antonio se puso al frente de ese ejército que había mandado venir a Brindisi desde las provincias de ultramar, las legiones *Marcia* y *cuarta*, al conocer la voluntad del Senado y las cualidades de un joven del tal valía, cambiando las enseñas, se entregaron a César [Octaviano] [*Mox cum Antonius occurrisset exercitui, quem ex transmarinis provinciis Brundisium venire iusserat, legio Martia et quarta cognita et senatus voluntate et tanti iuvenis indole sublatis signis ad Caesarem se contulerunt*] (Vell. 2.61.3). Cf. Caes. Civ. 1.74.3; Plu. Sert. 15.2-5; App. BC 1.87; 5.124-125.

⁹¹⁶ A tal efecto, distinguimos entre aquellas referencias en las que se acentúa la indisciplina del ejército: «Los soldados que habían huido del combate, aterrorizados y agotados por el cansancio, abandonando muchos las armas y las enseñas militares, pensaban más en seguir huyendo que en defender el campamento [*Nam qui acie refugerant milites, et animo perterriti et lassitudine confecti, missis plerique armis signisque militaribus, magis de reliqua fuga quam de castrorum defensione cogitabant*]

 (Caes. Civ. 3.95.4; cf. D.H. 6.45.2; Liv. 2.59; V. Max. 3.2.19; Fron. Str. 4.1.43; Plu. Mar. 23.5-6; Caes. 39.6, 52.9; Ant. 42.4-5; Brut. 43.3; Suet. Jul. 62; App. BC 1.58; 2.95; 5.125); y aquellas otras en las que se relacionan a los *signa militaria* con algún prodigio desfavorable: «Júpiter Omnipotente había también advertido muchas veces a Cneo Pompeyo de que no intentase poner a prueba la suerte decisiva de la guerra enfrentándose a César. Nada más salir de Durazzo, el dios se lo anunció lanzando sus rayos en dirección contraria a su ejército, oscureciendo las enseñas con enjambres de abejas, llenando de una tristeza inesperada el ánimo de los soldados, aterrorizando durante la noche a todo el ejército y hasta haciendo huir del mismísimo altar a las víctimas que iban a ser sacrificadas [*Cn. etiam Pompeium Iuppiter omnipotens abunde monuerat ne cum C. Caesare ultimam belli fortunam experiri contenderet, egresso a Dyrrachio adversa agmini eius fulmina iaciens, examinibus apium signa obscurando, subita tristitia implicatis militum animis, nocturnis totius exercitus terroribus, ab ipsis altaribus hostiarum*]

Dicho esto, no podemos ignorar que, pese a todo, los *signa militaria* nunca se llegaron a desprender de ese carácter simbólico-religioso con el que nacieron, llegándose, incluso, a potenciar su influencia si así lo requería la situación bélica⁹¹⁷. Aunque la mayoría de las referencias que nos han llegado en torno al culto a los estandartes son, básicamente, de época imperial⁹¹⁸, sería un grave error por nuestra parte despreciar el componente simbólico y religioso que los *signa militaria* tuvieron en época republicana⁹¹⁹, ya que, junto a otras prácticas, ceremonias y cultos religiosos⁹²⁰, proporcionaron una estructura y unos rituales que, de acuerdo con Phang (2008: 27, 91), pudieron ayudar a desarrollar tanto la reproducción social y cultural del ejército como la integración social de sus miembros, lo que a la postre pudo facilitar, según Kavanagh (2012: 29-40; 2015-2016: 33-34), el reforzamiento de la jerarquía social del ejército, el fomento de la disciplina y la cohesión de las tropas, y la identificación de los soldados con sus unidades de referencia.

Del carácter sagrado de los *signa militaria* y de cómo este pudo condicionar el comportamiento de los soldados nos habla Dionisio de Halicarnaso (6.45.2; 11.43.2) en relación a la actitud que, supuestamente, manifestaron las tropas durante las secesiones de 494 y 449 a. C. En su relato, nos describe, por un lado, cómo las enseñas tenían «el máximo valor para los romanos y se consideraban sagradas como estatuas de dioses», y, por el otro, cómo las tropas, pese a estar enfrentadas con sus respectivos mandos militares, «se horrorizaban de mover los estandartes sagrados» y de actuar en su contra. Aunque las fuentes son parcas en palabras y no nos aportan mucha información de cómo fue el proceso por el cual los *signa militaria* se convirtieron en objeto de culto y veneración⁹²¹, y acabaron influyendo emocional y psicológicamente en los soldados⁹²²,

fuga]]» (V. Max. 1.6.12; cf. Cic. Div. 1.77; V. Max. 1.6.6, 11; Plu. Crass. 19.5, 23.1; Brut. 37.7, 48.3-4; Flor. Epit. 1.46.4; 2.13.45, 17.6-7; App. BC 4.101; D.C. 40.18.1-5; 41.14.1, 61.2; 43.35.4; 47.2.3).

⁹¹⁷ Billing, 2015: 41-45.

⁹¹⁸ «Todo el culto del ejército consiste en venerar las enseñas, adorar las enseñas, jurar por las enseñas, y antepone las enseñas a todos los dioses» (Tert. Apol. 16.8; cf. Tert. Ad nat. 1.12.15). Cf. Riccardi, 2002: 86-100; Robles, 2004: 49; Alexandrescu, 2005: 147-156; Phang, 2008: 27, 91; Campbell, 2009-2010: 34-39; Barbero, 2020: 46-76.

⁹¹⁹ D.H. 6.45.2; 11.43.2; Ov. Fast. 3.114-117. Cf. Kavanagh, 2015-2016: 29-40.

⁹²⁰ Nock, 1952: 192-193; Cordente, 1991: 198, 208-212; Resina, 1998: 377-382; James, 1999: 16; Andrés, 2002: 139-153; Stoll, 2007: 451-476; Phang, 2008: 89-92; Goldsworthy, 2011: 108-113; Kavanagh, 2012: 39; Coulston, 2013: 15-16; Subirats, 2013: 33-34; Billing, 2015: 45; Barbero, 2020: 50.

⁹²¹ «Depuis qu'elles symbolisèrent la légion, les bannières et les aigles furent considérées comme sacrées. C'étaient les images de la patrie, les plus saintes des divinités tutélaires. Elles avaient droit aux honneurs et, les jours de victoires et de triomphes, on les décorait de couronnes de lauriers ou de guirlandes de fleurs» (Bouquie, 1884: 190). Según Lee (2009: 208), hasta la «cristianización» del ejército romano, en el siglo IV d. C., los *signa militaria* siguieron siendo objeto de veneración (cf. Barbero, 2020: 50-51). A este respecto, contaban con santuario propio (*aedes* o *sacellum*) y con ceremonias religiosas específicas (*Rosaliae Signorum, dies natalis aquilae*). Para más información, vid. Marín y Peña, 1956: 381, 387; Helgeland, 1978: 1476, 1478; Watson, 1985: 129; Cordente, 1991: 203, 205; Warry, 1995: 136; Andrés, 2002: 147-149; Riccardi, 2002: 96-97; Perea, 2006b: 93-96; Quesada, 2007b: 57-58; Campbell, 2009-2010: 34, 37-39; Kavanagh, 2012: 38; 2015-2016: 33-34; Billing, 2015: 44-45; D'Amato y Dennis, 2018: 29-30; Barbero, 2020: 49, 53.

⁹²² D.H. 6.45.2; 11.43.2; Tac. Ann. 1.39.4; Bouquie, 1884: 189-190; Helgeland, 1978: 1476; Watson, 1985: 127-128; Phang, 2008: 27; Campbell, 2009-2010: 34; Coulston, 2013: 15-16; Kavanagh, 2015-2016: 33; James, 2019: 83.

lo cierto es que, si aceptamos el discurso clásico, terminaron representando, no sólo a Roma y a sus dioses⁹²³, sino, también, al propio ejército romano⁹²⁴.

En opinión de Quesada (2007b: 24), Kavanagh (2012: 39; 2015: 62; 2015-2016: 33-34) y Gracia (2015-2016: 15), los *signa militaria* pasaron a representar para las tropas un punto de referencia psicológico, prueba tangible de la solidez y la moral de los soldados, y un mecanismo social de carácter centrípeto destinado a cohesionar al grupo de combatientes en torno a un emblema. Para entender cómo tuvo lugar esta transformación y en qué medida pudieron afectar las enseñas a la conservación de la *disciplina militaris*, debemos hablar, antes de nada, del estandarte del *aquila*.

Realizada en oro, plata o bronce plateado o dorado, según la fuente consultada⁹²⁵, la llamada “águila” se trata, en palabras de Dion Casio (40.18.1-2), «de un templete sobre el que está posada un águila de oro; figura en todas las legiones de leva y bajo ningún motivo, a no ser que el ejército entero se ponga en marcha, sale de los campamentos de invierno; la lleva un hombre [*aquilifer*⁹²⁶] sobre un hasta de base lo suficientemente afilada como para clavarse en el suelo». Aunque desconocemos cuándo tuvo lugar su origen como estandarte zoomorfo, gracias a Plinio el Viejo (*Nat.* 10.4.16) sabemos que, junto al lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí, el águila fue una más de las enseñas que portaron las primitivas legiones. Tenemos que saltar, no obstante, al segundo consulado de Cayo Mario, en 104 a. C., para presenciar su promoción como emblema principal⁹²⁷.

A partir del siglo I a. C., el águila desplazó por completo al resto de *signa militaria*⁹²⁸, convirtiéndose, según Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.6), en «la insignia

⁹²³ En 14 d. C., durante el motín de Germania: «Allí, abrazándose [Munacio Planco] a los estandartes y al águila, trataba de protegerse bajo su religioso asilo, y si el portador del águila Calpurnio no hubiera rechazado el último ataque, hubiera ocurrido algo raro incluso entre enemigos: que un legado del pueblo romano, en un campamento romano, manchara con su sangre los altares de los dioses» (*Tac. Ann.* 1.39.4). Cf. V. Max. 6.1.11; J. BJ 3.124; Tert. *Ad nat.* 1.12.15; *Apol.* 16.8; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.8; Kavanagh, 2012: 29-40; Billing, 2015: 45; D’Amato y Dennis, 2018: 4; Llantén y Penna, 2019: 90; Barbero, 2020: 51, 55.

⁹²⁴ «The cultivation of *esprit de corps* is a necessity for any military unit, and for this purpose the cult of the standards was ideal. In a sense, the standards formed the very identity of the unit to which they belonged» (Watson, 1985: 128). Cf. Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2012: 29-40; 2015-2016: 33-34.

⁹²⁵ Cic. *Catil.* 1.9.24; Plin. *Nat.* 23.19; Judson, 1888: 13; Marín y Peña, 1956: 381; Helgeland, 1978: 1473; Watson, 1985: 129; Cordente, 1991: 205; Warry, 1995: 136; Riccardi, 2002: 94; Montero, 2003: 216; Robles, 2004: 48; D’Amato y Dennis, 2009: 46; 2018: 13-14, 21-22; Goldsworthy, 2011: 47, 134; Monreal, 2013: 123; Brice, 2014: 191; Gracia, 2015-2016: 15; Barbero, 2020: 51-52.

⁹²⁶ Sobre el *aquilifer*, vid. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.7, 13; Judson, 1888: 13; Marín y Peña, 1956: 381; Watson, 1985: 129; Cordente, 1991: 205; Warry, 1995: 138; Keppie, 1998: 47; Robles, 2004: 47-50; Campbell, 2009-2010: 34-36; Billing, 2015: 42; Kavanagh, 2015: 27; D’Amato y Dennis, 2018: 17, 24; Barbero, 2020: 51-52.

⁹²⁷ Aunque no deja de ser una mera anécdota, el interés por vincular a Cayo Mario con el águila proviene de mucho antes de que esta fuera promocionada por aquel como principal símbolo de la legión. Según Plutarco (*Mar.* 36.8), «cuando era todavía un crío pequeño y vivía en el campo, [Cayo Mario] recogió en su manto, según caía, un nido de águila con siete polluelos; al verlo, sus padres se quedaron asombrados y fueron a consultar a los adivinos, quienes les dijeron que Mario llegaría a ser el más ilustre de los hombres y que estaba destinado a ocupar siete veces el mando supremo y la más alta magistratura». Cf. App. *BC* 1.61, 75; Montero, 2003: 215-222; Llantén y Penna, 2019: 91.

⁹²⁸ Si bien los antiguos estandartes zoomorfos quedaron relegados a un segundo plano, estos no llegaron nunca a desaparecer, al igual que tampoco se desvanecieron el resto de *signa militaria*, siendo utilizados a nivel táctico y para identificar al resto de subunidades de la legión (salvo en el caso de las cohortes, las cuales, a diferencia de las centurias, no llegaron a desarrollar un estandarte propio y específico). De

principal de los ejércitos romanos y común a toda la legión»⁹²⁹. Para Flavio Josefo (*BJ* 3.123), el estandarte del águila simbolizaba para los romanos su poder y era presagio de que vencerían allí donde fueran. Del carácter sagrado del *aquila* también nos informa Isidoro de Sevilla (*Etym.* 18.3.2), pero esta vez por medio de la conexión que los romanos establecieron entre el águila, como ave, el águila, como enseña, y Júpiter, como principal divinidad del panteón romano⁹³⁰.

Lejos de quedarse aquí, la asociación entre el águila y la legión ha trascendido el espacio y el tiempo hasta llegar a nuestros días, siendo frecuente encontrarnos en la actualidad con toda clase de declaraciones a favor de la creación de una identidad propia y excluyente fruto de la vinculación entre los soldados y el *aquila*. Mientras que, para Roldán (1996: 50), el estandarte del águila supuso «la conversión de la legión en un *cuerpo*, con un espíritu colectivo y una continuidad de tradición»; para Keppie (1998: 46), significó «un foco de lealtad y afecto»; para Potter (2004: 82), se convirtió «en el centro de las emociones de los soldados»; para Cagniat (2007: 87), «mejoró la unidad de los ejércitos y dio a los soldados un símbolo que expresaba su adhesión a un cuerpo que lo abarcaba todo, una institución a la que podía dirigirse la lealtad de los soldados»; para Cosme (2007: 70), «contribuyó a reforzar el espíritu de cuerpo de los legionarios y la identidad religiosa de las legiones», para Lee (2009: 208), promovió «la identidad de la unidad» y asumió un importante papel como «foco del *esprit de corps*» de los soldados; para Gracia (2015-2016: 15), fue un «elemento de cohesión interna», un «referente identitario» que permitió a los soldados «identificarse con su unidad y sus compañeros de armas», y que dio conciencia a las tropas «de su pertenencia a un grupo y del papel social que desempeñaban»; para Kavanagh (2015-2016: 33), representó un «elemento generador de identidad», capaz de centralizar el «espíritu de unidad, de pertenencia y de fidelidad al grupo», un «objeto sagrado» en torno al cual se desarrolló un «culto de carácter religioso» capaz de fomentar la «cohesión interna y el *esprit de corps* de la legión», y de enfatizar la «identidad colectiva».

Sin embargo, si, tal y como nos informa Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 2.6, 8), el único valor táctico del *aquila* fue indicar el lugar del centurión *primus pilus*⁹³¹, en la primera cohorte de la primera centuria, y, más allá de eso, no tuvo, aparentemente, ningún otro valor funcional que destacar, ¿por qué se eligió su enseña como el principal

hecho, las antiguas líneas de batalla también conservaron sus propios estandartes después de que el águila fuera promocionada. A este respecto, son varias las monedas en las que aparece el *aquila* flanqueada por otras enseñas militares, las cuales aparecen representadas con las letras H y P, probablemente en alusión a las antiguas líneas de *hastati* y *principes* (*RRC* 365, 1a; *RRC* 365, 1b; *RRC* 365, 1c (pl. 47); *BMCR* II/388/1-6; *BMCR* II/388/7-12; *BMCR* II/388/13-26). El mantenimiento de estos estandartes es una muestra de la continuidad de la tradición dentro de la legión romana (Marín y Peña, 1956: 378; Keppie, 1998: 46-47; Rivero, 2006: 150; Cosme, 2007: 70; D'Amato y Dennis, 2009: 46; 2018: 15).

⁹²⁹ Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.13.

⁹³⁰ «Las águilas, porque fue precisamente esta ave la que proporcionó a Júpiter auspicios favorables en sus combates. En efecto, al partir el propio Júpiter a enfrentarse contra los titanes, según cuentan, se le apareció un águila como presagio, que él interpretó augurio de victoria y, adoptándola como protectora, dióselo como emblema a la legión. Este fue el motivo por el que más tarde se convirtiera en estandarte de los soldados». Cf. Serv. A. 11.561; Warry, 1995: 136; Montero, 2003: 216; Llantén y Penna, 2019: 91-92.

⁹³¹ Sobre la relación entre el *aquila* y el centurión *primus pilus*, vid. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.6, 8; Bouquie, 1884: 190; Judson, 1888: 13; Marín y Peña, 1956: 381; Helgeland, 1978: 1476; Watson, 1985: 129; Cordente, 1991: 205; Keppie, 1998: 47; Montero, 2003: 215; Robles, 2004: 49; Campbell, 2009-2010: 34; Gracia, 2015-2016: 15; D'Amato y Dennis, 2018: 9, 17, 24; Barbero, 2020: 55.

símbolo de la legión? Y, más importante todavía, ¿cómo fue capaz su estandarte de ayudar a mantener unido al ejército y de asegurar la obediencia de las tropas?

Descartada su función táctica, es en su simbología en donde nos debemos detener. Conforme a Kavanagh (2012: 39), el *aquila* fue el recipiente simbólico de toda una serie de conceptos y referentes abstractos que impregnaron de unidad y cohesión a todos aquellos que combatieron bajo su sombra. Símbolo de unidad, mecanismo de cohesión, referente de fidelidades y lealtades, objeto sagrado mediador entre hombres y dioses, elemento mágico favorecedor de la victoria... Hablamos de un objeto que, como resultado de su alto valor polisémico, llegó a asumir una gran variedad de significados. De esta forma, representó a Júpiter⁹³²; a los conceptos de poder, soberanía, victoria y buen augurio⁹³³; y al *numen* o espíritu de la legión⁹³⁴, entre otras ideas y acepciones.

El hecho de que un simple estandarte fuera capaz de encarnar en sí mismo todos estos conceptos y valores, y de generar en las tropas todo tipo de sentimientos y emociones, hasta el punto de estar dispuestos los soldados a dar su vida por conservarla⁹³⁵ y de que su pérdida fuera sinónimo de deshonor para la legión afectada⁹³⁶, llevó a los romanos a crear en torno a los *signa militaria*, en general, y al *aquila*, en particular, lo que Kavanagh (2012: 29-30) ha definido como una «mitología del estandarte». Según su opinión, el Estado romano, consciente de la importancia de mantener unido al ejército, habría dotado a los *signa militaria* de un elevado valor simbólico, social y religioso, convirtiendo a los estandartes en objetos sacros y en la representación física tanto de la comunidad de combatientes en la que se había

⁹³² Plin. *Nat.* 10.3.6, 4.15; Isid. *Etym.* 18.3.2; Helgeland, 1978: 1473; Monreal, 2013: 124; Billing, 2015: 42; D'Amato y Dennis, 2018: 22, 24; Llantén y Penna, 2019: 91; Barbero, 2020: 51.

⁹³³ J. *BJ* 3.123; Plu. *Mar.* 36.8; Suet. *Aug.* 96; App. *BC* 1.61, 75; 4.128; D.C. 47.1.3, 48.4; 48.52.3; Montero, 2003: 216; Billing, 2015: 45; D'Amato y Dennis, 2018: 24.

⁹³⁴ Tac. *Ann.* 2.17.2; Marín y Peña, 1956: 381; Helgeland, 1978: 1477; Cordente, 1991: 205; Kavanagh, 2012: 36; Billing, 2015: 42, 45; D'Amato y Dennis, 2018: 5; Barbero, 2020: 51.

⁹³⁵ Durante la batalla de Aduátuca, en 54 a. C., el *aquilifer* Lucio Petrosidio, «siendo acosado por un gran número de enemigos, tiró dentro del vallado [del campamento] la insignia del águila, defendiendo a viva fuerza la entrada, hasta que cayó muerto [Ex quibus Lucius Petrosidius aquilifer, cum magna multitudine hostium premeretur, aquilam intra vallum proiecit; ipse pro castris fortissime pugnans occiditur]» (Caes. *Gal.* 5.37). Cf. Flor. *Epit.* 2.15.5 (cf. Suet. *Aug.* 10.4), quien nos informa de que, durante la batalla de Mutina, en 43 a. C., Octaviano «brilló por la grandeza de su heroísmo, pues, ensangrentado y herido, logró llevar a hombros hasta el campamento el águila entregada por un portaestandarte moribundo [Tunc quidem etiam manu pulcher apparuit. Nam cruentus et saucius aquilam a moriente signifero traditam suis umeris in castra referebat]».

⁹³⁶ «Siendo herido gravemente en este combate el portador del águila y sintiéndose sin fuerzas, al ver a nuestros jinetes, dijo: “Durante muchos años he defendido con gran diligencia en vida esta águila, y ahora, al morir, se la devuelvo a César con la misma fidelidad. Os lo ruego: no permitáis que se sufra un deshonor militar, lo que nunca ha sucedido en el ejército de César; llevádsela incólume”. Por este hecho se salvó el águila, habiendo encontrado la muerte todos los centuriones de la primea cohorte, excepto el de la primera centuria de los príncipes [In eo proelio cum gravi vulnere esset affectus aquilifer et a viribus deficeretur, conspicatus equites nostros, "hanc ego," inquit, "et vivus multos per annos magna diligentia defendi et nunc moriens eadem fide Caesari restituo. Nolite, obsecro, committere, quod ante in exercitu Caesaris non accidit, ut rei militaris dedecus admittatur, incolumemque ad eum deferte." Hoc casu aquila conservatur omnibus primae cohortis centurionibus interfectis praeter principem priorem]» (Caes. *Civ.* 3.64.3-4). Cf. Caes. *Gal.* 5.37; Ov. *Fast.* 3.113-115; Bouquie, 1884: 190; Helgeland, 1978: 1475; Watson, 1985: 128; Cordente, 1991: 203, 205; Warry, 1995: 136; Keppie, 1998: 47; Riccardi, 2002: 94; Robles, 2004: 49; Lee, 2009: 208; Billing, 2014: 191; 2015: 42; Gracia, 2015-2016: 15; D'Amato y Dennis, 2018: 6; James, 2019: 85; Barbero, 2020: 51-53, 55.

convertido la legión como de las premisas bajo las cuales los soldados habían jurado combatir⁹³⁷.

Dicha “mitología” operaría, según Kavanagh (2012: 29-30), en el inconsciente colectivo de los soldados y en el ámbito de lo irracional, lo que habría permitido a las autoridades políticas y militares romanas «controlar y/o manipular a las tropas, apelando a lo extrarracional, a lo intangible y abstracto, pero aparentemente sacro»; utilizar las enseñas, así como los símbolos y las imágenes vinculadas a estas, para «manipular el inconsciente colectivo en beneficio del mejor funcionamiento de la institución militar»; y controlar las emociones de las tropas, para que «aquello que no harían jamás usando su propia lógica, lo hicieran apelando a conceptos abstractos, sagrados e irracionales». De esta manera, los estandartes habrían funcionado como «mecanismo de adoctrinamiento continuo del soldado, de recordatorio de su posición en la legión y en el mundo, de sus obligaciones y lealtades (para con sus *commilitones* o compañeros y para con Roma)»⁹³⁸, convirtiéndose en la «herramienta perfecta para controlar la mente del soldado, mayoritariamente analfabeto, supersticioso y fácilmente manipulable»⁹³⁹.

Si bien es cierto que los estandartes militares fueron elementos cargados de un gran simbolismo, y que, más allá de su valor funcional, fueron todos esos conceptos y valores asociados a su imagen y significado lo que les dio un especial valor y lo que, a falta de un código, manual o reglamento militar, pudo proveer a las autoridades políticas y militares romanas de un mecanismo con el que preservar el orden, elevar la moral y reestablecer el control del ejército, haciendo de ellos un instrumento de un elevado valor disciplinario⁹⁴⁰, no creemos, tal y como sostiene Kavanagh (2012), ni que los soldados se movieran única y exclusivamente por pura sugestión ni que fuera la superstición el principal motor de las tropas. Al calificar al soldado romano de «analfabeto, supersticioso y fácilmente manipulable», Kavanagh niega la autonomía del soldado romano y la posibilidad de que este tuviera la capacidad de pensar y razonar por sí mismo, convirtiendo a las tropas en una turba ignorante, altamente sugestionable y fácil de engañar. Esta imagen adocenada del soldado romano no hace sino ratificar el viejo relato del que dimos cuenta en el capítulo anterior⁹⁴¹; el de un soldado que, extraído de los estratos más bajos de la sociedad romana y, por consiguiente, proletario, se movía por ambición, se vendía al mejor postor y se dejaba manipular por su comandante.

Pese a lo oportuno que pueda parecer este razonamiento tanto a la hora de explicar por qué las tropas romanas actuaron —desde nuestro actual sistema de valores— de manera irracional ante la presencia de sus estandartes como para explicar la supuesta deriva en la que, según la historiografía tradicional, incurrió el ejército romano al final de la República, lo cierto es que no podemos reducir la cuestión de una forma tan simple. Por el contrario, es en la presunta capacidad que tuvieron las enseñas de aglutinar a las tropas y en los valores sociales y disciplinarios vinculados a ellas en

⁹³⁷ Kavanagh, 2012: 29-30, 38.

⁹³⁸ Kavanagh, 2012: 39.

⁹³⁹ Kavanagh, 2012: 39-40.

⁹⁴⁰ Escorihuela, 2022b: 117-135.

⁹⁴¹ *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

donde nos debemos fijar en el momento de valorar por qué los *signa militaria*, en general, y el *aquila*, en particular, fueron capaces de condicionar el comportamiento de los soldados.

El hecho de que, tal y como ya adelantamos en el capítulo anterior y hemos explicado recientemente, los soldados vieran en sus estandartes un referente identitario y un foco de lealtad y afecto⁹⁴², y que las enseñas se convirtieran en un recordatorio físico y constante tanto de los valores emocionales e identitarios asociados a cada unidad como de las normas y valores que todo soldado debía obedecer y respetar⁹⁴³, pudo contribuir, por un lado, a que las tropas se sintieran impulsadas a actuar de una determinada manera si así querían conservar el respeto y la lealtad de sus compañeros de armas, y, por el otro, a que los soldados se vieran obligados a comportarse con arreglo a lo que la tradición heredada esperaba de ellos y a lo que el *sacramentum militiae* les obligaba.

Aunque, tal y como mencionamos más arriba, no conocemos el contenido de la fórmula del juramento militar, gracias a Dionisio de Halicarnaso (6.45.1; 10.18.2; 11.43.1-4), sabemos que este y las enseñas mantuvieron un estrecho vínculo⁹⁴⁴. Tanto es así que, según su opinión, el simple hecho de abandonar los estandartes era razón suficiente para que, si así lo consideraba pertinente el comandante romano de turno, los soldados acusados de tal delito fueran castigados con la muerte⁹⁴⁵. Y es que, además de tomarnos literalmente esta afirmación y considerar el abandono del estandarte una falta disciplinaria grave, podemos considerar su pérdida, traslado y/o transferencia como una metáfora del abandono de la posición durante el combate, de la huida del campo de batalla, del abandono del ejército, e, incluso, de la desertión⁹⁴⁶.

Toda esta amalgama de significados dio pie, por un lado, a que las tropas se cuidaran de no hacer nada que pudiera poner en riesgo la integridad física o simbólica

⁹⁴² Para más información acerca del carácter identitario de los *signa militaria* y sobre cómo se pudo mejorar el *esprit de corps* de la legión a través del empleo de los estandartes, *vid.* Marín y Peña, 1956: 376, 380-381; Helgeland, 1978: 1473-1474; Watson, 1985: 128; Warry, 1995: 136-137; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 46; Riccardi, 2002: 93; Potter, 2004: 82; Cagniat, 2007: 87; Cosme, 2007: 70; Phang, 2008: 27; Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2012: 29-40; 2015-2016: 33-34; Brice, 2014: 192; Ureche, 2014: 5; Billing, 2015: 42, 45; Gracia, 2015-2016: 15; James, 2019: 83-84; Barbero, 2020: 50, 54; Escorihuela, 2022b: 117-135.

⁹⁴³ Escorihuela, 2022b: 117-135.

⁹⁴⁴ *Cf.* Liv. 26.48.12; Brice, 2014: 191; Billing, 2015: 42, 44.

⁹⁴⁵ D.H. 11.43.2.

⁹⁴⁶ Un ejemplo de esto último lo encontramos, en 49 a. C., cuando las tropas de Lucio Afranio y Marco Petreyo negociaron con las de Cayo Julio César el cambio de bando: «Animados con estas conversaciones, piden [los soldados pompeyanos a los hombres de César] la garantía del general [de César] sobre la vida de Petreyo y Afranio, para que no pareciera que habían concebido un crimen y traicionado a los suyos. Al recibir esta garantía, aseguran que pasarán al momento sus enseñas y envían a César, como legados para tratar de la paz, a los centuriones de más categoría. Entre tanto, unos llevan a sus amigos al campamento para invitarlos y otros son llevados al campamento de César por sus amigos, de manera que ya parecía que de los dos campamentos se había hecho uno solo [*His provocati sermonibus fidem ab imperatore de Petreii atque Afranii vita petunt, ne quod in se scelus concepissee neu suos prodidisse videantur. Quibus confirmatis rebus se statim signa translatores confirmant legatosque de pace primorum ordinum centuriones ad Caesarem mittunt. Interim alii suos in castra invitandi causa adducunt, alii ab suis abducuntur, adeo ut una castra iam facta ex binis viderentur*]» (Caes. Civ. 1.74.3-4).

de las enseñas, ya sea por su carácter metafísico⁹⁴⁷, ya sea por los valores disciplinarios asociados a ellas⁹⁴⁸; y, por el otro, a que, si, aun así, lo hacían, las autoridades políticas y militares romanas tuvieran el derecho de castigar a los culpables⁹⁴⁹.

Una vez que se entiende todo esto se comprende mucho mejor por qué los soldados “se dejaron influenciar” por su presencia y el modo en el que los *signa militaria* fueron utilizados. Respecto a esto último, diferenciamos dos tipos de usos distintos del estandarte: como medio con el que aleccionar a los soldados en medio de la batalla y animarlos al combate, y como instrumento con el que controlar a las tropas y mantener el orden en el ejército.

En cuanto al primer uso, era habitual que, o bien un comandante u oficial romano tomara un *signum* (o, en su defecto, que agarrara a un portaestandarte (*signifer*) de la mano⁹⁵⁰) y lo llevara personalmente al frente de batalla para que, de este modo, las tropas secundaran su ejemplo y lo siguieran, o bien que se arrojara un estandarte en medio de las filas enemigas (o dentro del campamento rival) para que los soldados avanzaran sobre ellas y rompieran la formación enemiga. Uno de los ejemplos más recientes del uso del estandarte como medio con el que envalentonar a las tropas lo encontramos en, 496 a. C., durante el desarrollo de la célebre batalla del lago Regilo,

⁹⁴⁷ Durante la *secessio plebis* de 449 a. C.: «Virginio, por irritación y por no temer ya a los generales, se dirigía a ellos [a los decenviros] con gran arrogancia llamándolos plaga y ruina de la patria, y exhortaba a todos los centuriones a levantar los estandartes y conducir a casa al ejército. Pero muchos de ellos aún se horrorizaban de mover los estandartes sagrados y, luego, consideraban que el abandonar a los jefes y generales no era totalmente justo ni seguro» (D.H. 11.43.1-2).

⁹⁴⁸ Durante la *secessio plebis* de 494 a. C.: «El Senado, por su parte, con el propósito de impedirlo, ordenó a los cónsules que no licenciaran todavía el ejército, pues cada uno de ellos estaba todavía al mando de sus tres legiones, obligadas por los juramentos militares; y ningún soldado quiso abandonar sus enseñas, tan fuerte era el miedo que los juramentos ejercían en ellos» (D.H. 6.45.1). Cf. D.H. 10.18.2; 11.43.2.

⁹⁴⁹ En 471 a. C., el cónsul Apio Claudio Craso castigó a sus hombres por, entre otras razones, haber arrojado sus armas y haber abandonado sus enseñas: «Convocó asamblea y acusó, no sin razón, al ejército de traición a la disciplina militar y de abandono de las banderas; preguntándoles uno por uno dónde estaba su bandera, dónde estaban sus armas, hizo decapitar, después de azotarlos con las varas, a los soldados que no tenían armas, a los abanderados que habían perdido sus banderas y también a los centuriones y duplicarios que habían abandonado sus puestos; del resto de la tropa fue ejecutado uno de cada diez, sacado a suerte [*Advocataque contione invecus haud falso in proditorem exercitum militaris disciplinae, desertorem signorum, ubi signa, ubi arma essent singulos rogans, inermes milites, signo amisso signiferos, ad hoc centuriones duplicariosque qui reliquerant ordines, virgis caesos securi percussit: cetera multitudo sorte decimus quisque ad supplicium lecti*]» (Liv. 2.59.9-11). Cf. D.H. 10.18.2-3; 11.43.2; J. BJ 3.103; App. BC 3.56; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10.

⁹⁵⁰ En 386 a. C., «Marco Furio Camilo, tribuno militar con poder consular, en una ocasión cuando sus tropas vacilaban, tomó a un signífero de la mano y lo arrastró a las hostiles filas de los volscos y latinos, ante lo cual el resto se sintió tan avergonzado como para seguirlo [*M. Furius Camillus tribunus militum consulari potestate, cunctante exercitu, arreptum manu signiferum in hostes Volscos et Latinos traxit: ceteros pudit non sequi*]» (Fron. Str. 2.8.4). Livio (6.8.1, 3-4), además de recoger este mismo relato, nos informa de que, llegado el momento, Camilo dio orden de arrojar la enseña en medio del ejército enemigo: «Dada la señal a continuación, salta del caballo y, cogiendo de la mano al abanderado más próximo, lo arrastra consigo en dirección al enemigo gritando: “Adelante la bandera, soldado” [...]. Cuentan, incluso, que la enseña, por orden de Camilo, fue lanzada en medio del ejército enemigo y los soldados de primera línea incitados a recobrarla; que, entonces, los ancianos comenzaron a ser rechazados y que el pánico cundió no sólo en su frente sino ante sus fuerzas de reserva [*Dato deinde signo ex equo desilit et proximum signiferum manu arreptum secum in hostem rapit "Infer, miles" clamitans, "signum." [...] Emissum etiam signum Camilli iussu in hostium aciem ferunt idque ut repeteretur concitatos antesignanos; ibi primum pulsum Antiatem, terroremque non in primam tantum aciem sed etiam ad subsidiarios perlatum*]».

cuando, según Floro (*Epit.* 1.5.2), el dictador Aulo Postumio Albo Regilense, «apelando a un nuevo ardid, arrojó en medio del campo enemigo una de las insignias romanas para obligar a sus tropas a rescatarla [*donec Postumius ipse dictator signum in hostis iaculatus est—novum et insigne commentum—ut inde peteretur*]». Este ejemplo, que también recoge Frontino (*Str.* 4.5.3), se repitió durante toda la República⁹⁵¹, incluso por parte de los aliados itálicos⁹⁵². Así, por ejemplo, en 446 a. C., el cónsul Agripa Furio Fuso «arrebató un estandarte militar de un portaestandarte y lo lanzó en las hostiles filas de los hérnicos y los ecuos [*Furius Agrippa consul cedente cornu signum militare ereptum signiferoin hostes Hernicos et Aequos misit*]»⁹⁵³; en 431 a. C., el cónsul Tito Quincio Cincinato Peno «arrojó una enseña al interior de la empalizada para que los soldados se lanzaran con más ardor [*consulem signum quoque intra vallum iniecisse ferunt, quo milites acrius subirent*]»⁹⁵⁴; en 211 a. C., el centurión Quinto Navio «le arrebató la enseña al portaestandarte del segundo manípulo de la primera línea y la llevó en dirección a los enemigos amenazando con lanzarla en medio de estos si los soldados no le seguían al instante y tomaban parte en la ofensiva [*Navius ubi haec imperatoris dicta accepit, secundi hastati signum adeptum signifero in hostes infert, iacturum in medios eos minitans ni se propere sequantur milites et partem capessant pugnae*]»⁹⁵⁵; en 137 a. C., el procónsul Décimo Junio Bruto Galaico, al ver que sus hombres no se atrevían a cruzar el río Oblivión⁹⁵⁶, «arrebató la enseña al abanderado [*raptum signifero*

⁹⁵¹ De hecho, tenemos constancia de su uso, siempre y cuando aceptemos la palabra de Frontino (*Str.* 2.8.1) y no se trate de un anacronismo, desde época monárquica: «En la batalla en la cual el rey Tarquinio enfrentó a los sabinos, Servio Tulio, entonces un joven, notando que los portaestandartes luchaban sin entusiasmo, capturó un estandarte y lo lanzó en las filas del enemigo. Para recuperarlo, los romanos lucharon tan furiosamente que no sólo recobraron el estandarte, sino que también obtuvieron la victoria [*Servius Tullius adulescens proelio, quo rex Tarquinius adversus Sabinos conflit, signiferis segnius dimicantibus raptum signum in hostem misit: cuius recuperandi gratia Romani ita ardentur pugnauerunt, ut et signum et victoriam re<t>tulerint*]». Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 249.

⁹⁵² En 212 a. C., en las proximidades de Benevento, Vibio Accao, prefecto de una cohorte de pelignos, «arrojó el estandarte al otro lado de la empalizada cartaginesa lanzando todo tipo de maldiciones sobre él y sus soldados si el enemigo se apoderaba de la enseña [*Vibius Accaus Paelignae cohortis praefectus uexillum trans Punicum uallum proiecit, se ipsum suosque conmiliones, si signo hostes potiti essent, execratus*]» (V. Max. 3.2.20). Su ejemplo sirvió para que los romanos hicieran lo propio: «Oído esto, el centurión Pedanio, sujetando con la mano diestra un estandarte arrancado del suelo, dijo: “Esta enseña estará conmigo dentro de la empalizada enemiga, así es que los que no quieran que me la arrebaten, que me sigan” [*His auditis Pedanius centurio conuulsum signum dextra retinens 'iam hoc' inquit 'intra hostile uallum mecum erit: proinde sequantur qui id capi nolunt'*]» (V. Max. 3.2.20). Cf. Liv. 25.14.4-7. Una escena similar se vivió, en 168 a. C., durante el transcurso de la tercera guerra macedónica, cuando Salvio, comandante de los pelignos, «cogió el estandarte de los que estaban a sus órdenes y lo lanzó hacia los enemigos. Los pelignos (pues no les es lícito ni piadoso a los itálicos abandonar su estandarte) corrieron hacia aquel lugar y, en consecuencia, se produjeron acciones y sufrimientos terribles por parte de ambos al chocar entre ellos» (Plu. *Aem.* 20.1-2). Cf. Fron. *Str.* 2.8.5.

⁹⁵³ Fron. *Str.* 2.8.2. Cf. Liv. 3.70.10-11.

⁹⁵⁴ Liv. 4.29.3. Cf. Fron. *Str.* 2.8.3.

⁹⁵⁵ Liv. 26.5.15. Un ejemplo similar tuvo lugar, en 294 a. C., cuando, durante un enfrentamiento contra los samnitas, «los centuriones arrancan las enseñas a los signíferos para llevarlas adelante; hacen observar a los suyos que los enemigos que les perseguían son poco numerosos y que entre ellos reina el desorden y la confusión [*centuriones ab signiferis rapta signa inferre et ostendere suis paucos et ordinibus incompisitis effuse venire hostes*]» (Liv. 10.36.10).

⁹⁵⁶ El denominado “río del Olvido” —debido a que, según la leyenda, tenía la propiedad de borrar la memoria de quienes lo cruzaran—, también conocido como Lete, probablemente se trataba del actual río Limia (*Str.* 3.4-5; Plin. *Nat.* 4.22).

signum] y él mismo la pasó a la otra orilla»⁹⁵⁷; y, en 85 a. C., durante el desarrollo de la batalla de Orcómeno, Lucio Cornelio Sila, al contemplar que los soldados luchaban faltos de brío, «descabalgó de su montura y, arrebatando un estandarte, se lanzó a la carrera al espacio que mediaba entre ambos ejércitos, acompañado de sus escuderos»⁹⁵⁸.

Y, en cuanto al segundo uso, el estandarte como medio de control e instrumento disciplinario, las enseñas fueron utilizadas, o bien para evitar que el ejército se diera a la fuga en medio del combate, o bien para evitar que las tropas se amotinaran. Así, por ejemplo, Livio (27.14.8) nos informa de cómo, en 209 a. C., durante un enfrentamiento contra Aníbal, «el movimiento de fuga se habría extendido más si el tribuno militar Cayo Decimio Flaco no hubiera arrebatado la enseña del primer manípulo de lanceros ordenando a sus hombres que lo siguieran [*latiusque fuga manasset ni C. Decimius Flauus tribunus militum signo arrepto primi hastati manipulum eius signi sequi se iussisset*]». Una vez más, este tipo de acciones se repiten a lo largo de toda la República, siendo, especialmente, frecuentes al final de la misma. De esta forma, en 88 a. C., durante la marcha de Sila sobre Roma, el futuro dictador utilizó un estandarte como medio con el que reprender la actitud cobarde de sus hombres y llamarlos al orden⁹⁵⁹; en 48 a. C., César intentó sin éxito utilizar las insignias para hacer volver a sus hombres y evitar su huida en Dirraquio⁹⁶⁰; en 42 a. C., Cayo Casio Longino, tras ser derrotado en la primera batalla de Filipos, viendo a la infantería entregada, intentó retener a sus hombres sin éxito, para lo cual arrebató una enseña a uno de los abanderados que huía y la clavó a sus pies⁹⁶¹; en 36 a. C., durante la campaña de Marco Antonio contra los partos, el cuestor Marco Ticio hizo uso de las enseñas para llamar la atención de Flavio Galo, un oficial del ejército de Marco Antonio, y que este acatase la orden que se le había dado de retirarse del combate⁹⁶²; y, en 36 a. C. también, Marco Emilio Lépido se apoderó de las enseñas y amenazó a sus hombres con no entregárselas si no desistían de su intención de pasarse al lado de Octaviano⁹⁶³. De todos estos episodios hablaremos más detenidamente en el capítulo dedicado al “fenómeno de la insurrección”⁹⁶⁴.

De una manera muy similar a la que acabamos de presenciar actuó el estandarte del águila. A tal efecto, son numerosos los ejemplos en los que, en situaciones militares adversas, se utilizó el *aquila*, bien para evitar la huida de los soldados, bien para reprender la actitud cobarde de las tropas e infundir coraje en los hombres. Así, por ejemplo, en 102 a. C., durante un enfrentamiento contra los cimbrios, el cónsul Quinto Lutacio Cátulo logró reconvertir la huida precipitada de su ejército en una retirada ordenada gracias al estandarte del águila⁹⁶⁵; en 55 a. C., durante el desembarco del ejército romano en las costas de Britania, el *aquilifer* de la X legión, viendo que las

⁹⁵⁷ Liv. 55.

⁹⁵⁸ App. *Mith.* 49. Cf. Fron. *Str.* 2.8.12; Plu. *Sull.* 21.2; Polyaen. 8.9.2.

⁹⁵⁹ App. *BC* 1.58.

⁹⁶⁰ Plu. *Caes.* 39.6. Cf. Suet. *Jul.* 62.

⁹⁶¹ Plu. *Brut.* 43.3.

⁹⁶² Plu. *Ant.* 42.4-5.

⁹⁶³ App. *BC* 5.125.

⁹⁶⁴ Vid. *infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

⁹⁶⁵ Plu. *Mar.* 23.5-6.

tropas no se decidían y que el miedo era más grande que su valor, se sirvió de su enseña para aleccionar a sus compañeros de armas y para conseguir que estos últimos, por vergüenza a mostrar una actitud inapropiada y por temor a que algo malo le pudiera ocurrir al *aquila*, le siguieran contra el enemigo⁹⁶⁶; y, en 46 a. C., César, durante su intervención en África, agarró por el cuello a un *aquilifer* que huía para que regresara a la batalla y con él el resto de soldados que se habían dado a la fuga⁹⁶⁷.

Tal y como se puede deducir de todos estos pasajes, el uso de los estandartes fue, por lo general, acompañado de la arenga del comandante u oficial romano encargado de alentar y/o corregir la actitud de los hombres cómplices de actuar de una manera inapropiada a su condición de soldados⁹⁶⁸. Esta circunstancia nos obliga a hablar, aunque sea de manera muy breve, de las exhortaciones (*adlocutiones* y *cohortationes*) pronunciadas antes, durante o después de la batalla.

Pese a que su uso está bien atestiguado para toda la República, siendo numerosísimas las referencias que nos han llegado en torno a las arengas y los discursos pronunciados por parte de los comandantes romanos, tanto su efectividad como su autenticidad siguen siendo objeto de debate y controversia⁹⁶⁹. Mientras que, para Messer (1920: 174), Harris (2006: 306) y Paniagua (2007: 20), las exhortaciones fueron una herramienta con la que canalizar y reconducir los estados de ánimo de los soldados, así como un medio eficaz con el que influir sobre la moral de las tropas y animar y reforzar su voluntad; para Coulston (2013: 21), si bien las exhortaciones pudieron completar el efecto que sobre la confianza y el valor tuvieron la *disciplina militaris* y el entrenamiento físico y técnico, su influencia práctica sería reducida, debido al limitado alcance de la proyección auditiva y visual que podía tener este tipo de discurso. Por el contrario, Pérez Rubio (2014-2015: 77) nos ofrece un punto de vista intermedio y, del mismo modo que reconoce la importancia que pudieron tener las arengas y los discursos como elemento psicológico con el que «insuflar coraje, elevar el ánimo, mejorar la moral y reforzar la seguridad de los soldados, así como el liderazgo de los generales romanos», nos advierte de que, ante la imposibilidad física de que la voz llegara a todas las filas del ejército, las exhortaciones tuvieron que ser piezas breves —que los comandantes habrían dirigido a sus hombres, o bien en asambleas (*contiones*)⁹⁷⁰, o bien

⁹⁶⁶ Caes. *Gal.* 4.25.

⁹⁶⁷ «El mismo, en el curso de otra batalla, al portaestandarte de la legión Marcia que se había dado la vuelta para huir lo cogió por el cuello y le hizo mirar a la parte contraria, y tendiendo su diestra hacia el enemigo, le dijo: “¿Adónde vas? Contra los que combatimos están allí” [*Idem alio proelio legionis Martiae aquiliferum ineundae fugae gratia iam conuersum faucibus conprehensum in contrariam partem ~ detraxit dexteramque ad hostem tendens 'corsum tu' inquit 'abis? illic sunt cum quibus dimicamus'*]» (V. Max. 3.2.19). Cf. Plu. *Caes.* 52.9; Suet. *Jul.* 62; App. *BC* 2.95.

⁹⁶⁸ «Una arenga del general, especialmente si él mismo no parece atemorizado, puede animar a sus soldados si están decaídos» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.9). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.12, 25.

⁹⁶⁹ Miller, 1975: 45-57; Herman Hansen, 1993: 161-180; Cosme, 2007: 58-59; Paniagua, 2007: 1-25; Anson, 2010: 304-318. Cf. Gowing, 1990: 158-181; Nordling, 2005-2006: 183-189; Iglesias-Zoido, 2007: 141-158; 2008: 19-40.

⁹⁷⁰ En 53 a. C., durante su campaña contra los partos, Marco Licinio Craso, ante los numerosos prodigios desfavorables que rodearon a la expedición, reunió a sus hombres en una *contio* para animarles a que confiaran en él y continuaran la lucha (D.C. 40.19.1-2). Cf. Cic. *Phil.* 13.19, cuando, en 44 a. C., Marco Antonio convocó a sus hombres a una *contio* y arengó a las tropas que todavía permanecían bajo su mando.

cabalgando a lo largo de la línea de frente y sirviéndose de la ayuda de sus oficiales, quienes se encargarían de transmitir sus palabras a sus respectivos subordinados y de que su mensaje llegara a todo el ejército⁹⁷¹—, y no elaboradas composiciones retóricas como así nos han hecho creer la mayoría de las fuentes.

Sea como fuere, estas fueron algunas de las situaciones en las que más se empleó el recurso de la arenga por parte de los generales romanos para elevar la *virtus* y el *animus* de los soldados, y reprender su indisciplina: antes del combate, para infundir coraje a los soldados y animarlos con la victoria⁹⁷², para trabajar la moral de las tropas si estas habían manifestado cobardía, cansancio o duda⁹⁷³, o para evitar el levantamiento del ejército si este se encontraba irritado y molesto⁹⁷⁴; durante la batalla, para elevar el espíritu combativo de los soldados e impedir su desbandada⁹⁷⁵; tras el enfrentamiento,

⁹⁷¹ En 62 a. C., justo antes del enfrentamiento contra Lucio Sergio Catilina: «Desplazándose [Marco Petreyo] a caballo va nombrando a cada cual por su nombre, los anima y les ruega que recuerden que pelean contra bandidos desarmados por la patria, los hijos, los altares y sus hogares. Hombre de armas, como había estado en el ejército [...], conocía a cada uno personalmente, así como las gestas de cada cual; con el recuerdo de ellas inflamaba los ánimos de los soldados» (Sal. *Cat.* 59.5-6). Para otros ejemplos similares, *vid.* Caes. *Civ.* 3.26; App. *BC* 4.126, 128.

⁹⁷² En 109 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico arengó a su ejército antes de enfrentarse contra Jugurta (Sal. *Jug.* 49.6, 51.4); en 105 a. C., Lucio Cornelio Sila hizo lo propio antes de medirse al mismo rival (Sal. *Jug.* 107.1); en 69 a. C., Lucio Licinio Lúculo infundió coraje a sus tropas antes de la batalla de Tigranocerta (Plu. *Luc.* 28.1); en 62 a. C., Lucio Sergio Catilina exhortó a sus hombres antes del combate (Sal. *Cat.* 58); en 58 a. C., Cayo Julio César animó a sus hombres antes de batirse con los helvecios (Caes. *Gal.* 1.25); en 48 a. C., César y Pompeyo arengaron a sus respectivos ejércitos antes de la decisiva batalla de Farsalia (App. *BC* 2.72-74); en 42 a. C., cesarianos y cesaricidas animaron a sus hombres antes de enfrentarse en Filipos (D.C. 47.42.2-5); en 40 a. C., Lucio Antonio exhortó a sus tropas antes de enfrentarse a Octaviano (App. *BC* 5.36); en 36 a. C., Sexto Pompeyo y Octaviano arengaron a sus respectivos ejércitos antes de batirse en Nauloco (App. *BC* 5.119); en 31 a. C., Marco Antonio y Octaviano exhortaron a sus hombres antes de medirse en Accio (D.C. 50.16-22, 24-30). *Cf.* Plb. 6.39.1.

⁹⁷³ En 108 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico alentó a sus hombres «cansados por lo largo de la marcha y ya renuentes a todo», y los animó de cara a continuar la campaña (Sal. *Jug.* 68.3); en 57 a. C., Cayo Julio César, debido al temor que los belgas habían provocado en sus hombres, intervino ante sus tropas para restablecer el ánimo del ejército (Flor. *Epit.* 1.45.4; Oros. 6.7.16); en 36 a. C., Lucio Cornificio infundió «nuevos bríos» a unos soldados acosados por la sed, el calor y la fatiga (App. *BC* 5.114).

⁹⁷⁴ En 72 a. C., poco antes de enfrentarse contra Cneo Pompeyo Magno, Marco Perpenna Ventón, tras participar en el complot contra Quinto Sertorio y hacerse con sus hombres, se dirigió a sus nuevas tropas a causa de la irritación del ejército y el temor de que este se acabara amotinando como consecuencia de haber sido cómplice del asesinato de su antiguo general (App. *BC* 1.114); en 58 a. C., Cayo Julio César intervino ante su *consilium* y denunció tanto el miedo como las dudas y los rumores de motín que se habían extendido en todo el ejército como resultado de la noticia de su inminente enfrentamiento contra Ariovisto (Caes. *Gal.* 1.40; D.C. 38.35.3; 36-46).

⁹⁷⁵ En 468 a. C., Tito Quincio Capitolino Barbato reprochó a sus tropas su cobardía y detuvo su huida (Liv. 2.65); en 426 a. C., Mamercio Emilio Mamercino animó a sus hombres y los exhortó durante su combate contra los etruscos (Liv. 4.33); en 381 a. C., Marco Furio Camilo arengó a sus hombres durante su enfrentamiento contra los volscos (Liv. 6.24; Fron. *Str.* 2.8.6); en 294 a. C., Marco Atilio Régulo intervino en medio de la batalla y recriminó a sus tropas su cobardía (Liv. 10.36); en 195 a. C., Marco Porcio Catón exhortó al valor en el combate (Liv. 34.14.3-4); en 134 a. C., Publio Cornelio Escipión Emiliano llamó a gritos a sus hombres y detuvo su fuga (Fron. *Str.* 2.8.7; Oros. 5.7.6); en 85 a. C., durante la batalla de Orcómeno, Sila arengó a sus tropas durante el combate (App. *Mith.* 49); en 52 a. C., César intervino durante el cerco a Avárico y contuvo el ímpetu de sus soldados (Caes. *Gal.* 7.19); en 45 a. C., durante la batalla de Munda, César exhortó e hizo todo cuanto pudo para evitar la desbandada de sus tropas (Vell. 2.55.3; Plu. *Caes.* 56.2; Flor. *Epit.* 2.13.82; App. *BC* 2.104, 152; Eutr. 6.24.1); en 31 a. C., Marco Antonio animó a sus hombres en medio de la batalla de Accio (Plu. *Ant.* 65.4).

para elogiar el valor de las tropas si estas habían salido victoriosas⁹⁷⁶, para consolar y motivar a los soldados si estos habían sido derrotados⁹⁷⁷, o para reprender el comportamiento del ejército si este había demostrado indisciplina o miedo⁹⁷⁸.

En función del momento en el que la exhortación tuviera lugar (antes, durante o después del enfrentamiento), esta podía venir acompañada, o bien de la promesa y/o concesión de recompensas, honores y premios si los soldados cumplían satisfactoriamente con su deber y salían victoriosos del combate, o bien de castigos y amenazas si, durante la batalla, las tropas no demostraban estar a la altura de las circunstancias. Mientras que, en el primer caso, los soldados podían ser gratificados con toda clase de condecoraciones, bonificaciones y reconocimientos; en el segundo supuesto las tropas podían ser castigadas de muy diferente forma. Seguidamente, pasaremos a explicar en qué consistió el sistema de castigos y recompensas romano, y de qué manera las tropas fueron reprimidas y premiadas⁹⁷⁹.

Generalmente, el sistema disciplinario romano ha sido definido como un programa de refuerzos negativos y positivos en donde los castigos representarían al primer grupo y las recompensas al segundo⁹⁸⁰. De acuerdo con Nicolet (1980: 106), con las recompensas se quería dotar al soldado romano de un sentido de responsabilidad; es

⁹⁷⁶ En 209 a. C., Publio Cornelio Escipión Africano congregó a su ejército en una *contio* y elogió a sus tropas por el valor que habían demostrado durante la toma de Cartago Nova (Liv. 26.48.3-5; App. *Hisp.* 23); en 109 a. C., tras imponerse a Jugurta en la batalla del río Mutul, Quinto Cecilio Metelo Numídico reunió a sus soldados en otra *contio*, les dio las gracias y los exhortó a que «mostraran idéntico espíritu para lo que quedaba de campaña» (Sal. *Jug.* 54.1); en 54 a. C., Cayo Julio César alabó el coraje que Quinto Tulio Cicerón y sus hombres habían tenido durante el cerco al que los había sometido el enemigo (Caes. *Gal.* 5.52). Cf. Plb. 6.39.2.

⁹⁷⁷ En 48 a. C., César animó a sus tropas tras caer en Dirraquio (App. *BC* 2.64); en 36 a. C., Marco Antonio arengó a sus hombres tras su derrota ante los partos, alabó a los soldados que se habían mostrado valientes y censuró la actitud de quienes huyeron (Plu. *Ant.* 44.3-4).

⁹⁷⁸ En 394 a. C., Espurio Postumio Albino Regilense reprendió a sus tropas por su cobardía (Liv. 5.28.8); en 142 a. C., Quinto Cecilio Metelo Macedónico hizo lo propio con cinco de sus cohortes (Vell. 2.5.2-3; V. Max. 2.7.10; Fron. *Str.* 4.1.23); en 52 a. C., César reunió a sus hombres y les recriminó la temeridad, el desenfreno y la indisciplina que habían manifestado durante el asalto a Gergovia (Caes. *Gal.* 7.52).

⁹⁷⁹ Sobre el sistema de castigos, *vid.* Plb. 6.37-38; V. Max. 6.3.3; Fron. *Str.* 4.1.21; Polyaen. 8.24.2; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4; Dig. 49.16.3.1; Bouquie, 1884: 104-141, 235-237; Andrieux, 1927: 18-21, 48-56; Marín y Peña, 1956: 238-244; Carcani, 1981: 33-44; Pina Polo, 1989: 209-210; Cordente, 1991: 178-183; Bauman, 1996: 131; Espejo, 1996: 93-111; Lovisi, 1999; Cosme, 2003b: 287-307; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 115-152; 2006a: 9-22; 2014: 46-51; Le Bohec, 2004: 83-84; Harris, 2006: 308; Kiesling, 2006: 233-245; Rivero, 2006: 126-129; Southern, 2006: 146-148; Phang, 2008: 120-131, 140-146; Sage, 2008: 225-229; 2018: 265-268; Lee, 2009: 203-205; Matyszak, 2010: 76-78; Goldsworthy, 2011: 101; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Gueye, 2013a: 221-238; Brice, 2014: 63; 2015b: 109, 119; 2020a: 59, 62; 2020b: 49-50, 52; Aguado, 2015: 264-267; Goldberg, 2016: 141-164; Mateo, 2017: 87-88; Escorihuela, 2020-2021: 83-98; y, sobre el sistema de recompensas, *vid.* Plb. 6.39; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Bouquie, 1884: 142-153; Marín y Peña, 1956: 244-251; Nicolet, 1980: 106; Maxfield, 1981; Miller, 1984: 132-136; Pina Polo, 1989: 206-208; Cordente, 1991: 183-194; Goldsworthy, 1996: 259-261, 276-279; 2011: 96-97; Cowan, 2003: 20-22; Le Bohec, 2004: 84-87; Harris, 2006: 308-309; Rivero, 2006: 123-126; Southern, 2006: 150-152; Phang, 2008: 197-199; Sage, 2008: 213-218; 2018: 261-265; D'Amato y Sumner, 2009: 48; Lee, 2009: 205-206; Chrissanthos, 2013: 320, 326; Coulston, 2013: 24-25; Brice, 2014: 63, 121-123; 2020b: 47, 50-52; Perea, 2014: 46-51; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 64; James, 2019: 126-127; Barbero, 2020: 50.

⁹⁸⁰ «El castigo y el miedo son necesarios para mantener el orden de los soldados en el cuartel; pero en el campo de batalla se les estimula más con la esperanza y la recompensa» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.26). Cf. Nicolet, 1980: 106; Goldsworthy, 1996: 279; Harris, 2006: 308; Sage, 2008: 213; 2018: 261; Chrissanthos, 2013: 320; Brice, 2014: 63, 121; 2020b: 49-50; 2020c: 113; 2020d: 249; James, 2019: 16-17, 124, 126.

decir, se quería hacer ver a las tropas que no eran simplemente el blanco de un sistema coercitivo en el que se las castigaría cruelmente si no mostraban disciplina, sino que tenían la oportunidad de ser premiadas y debidamente gratificadas si actuaban con arreglo a lo que se esperaba de ellas y demostraban valor y obediencia⁹⁸¹.

Las recompensas podían ser de dos tipos: materiales y honoríficas. Mientras que las primeras incluían el pago en metálico y la concesión de tierras⁹⁸², las segundas englobaban todo tipo de honores y condecoraciones (*dona militaria*)⁹⁸³; mientras que las primeras solían prometerse antes del inicio de la campaña o de una importante batalla⁹⁸⁴, las segundas solían darse o al concluir la campaña o al finalizar la batalla⁹⁸⁵.

⁹⁸¹ Le Bohec, 2004: 84; Brice, 2020b: 50.

⁹⁸² Tal y como podemos observar, por ejemplo, en las recompensas de dinero y tierra que Marco Antonio y Octaviano otorgaron a sus legiones una vez que derrotaron a Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino en la batalla de Filipos de 42 a. C. (Liv. 125; Plu. *Ant.* 23.1; *Brut.* 46.2; Suet. *Aug.* 13.3; Flor. *Epit.* 2.16.1; App. *BC* 4.3, 25, 85, 120, 126; 5.3-6, 12; D.C. 47.14.4, 42.5; 48.2.2-3, 6.1-2, 30.2). Para una información más detallada acerca de las promesas que los triunviros dieron a sus tropas y los problemas que tuvieron para cumplir con su palabra, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en particular, el apartado 3.17. Guerra de Perusia.

⁹⁸³ Las condecoraciones militares (*dona militaria*) podían ser de diverso tipo, tal y como se deduce de la relación de premios que, supuestamente, recibió Lucio Sicio Dentato a lo largo de su carrera militar: «ocho coronas de oro, catorce cívicas, tres murales, una de asedio, ochenta y tres collares, ciento sesenta brazaletes, dieciocho lanzas, veinticinco fálaras» (V. Max. 3.2.24; *cf.* D.H. 10.36.4-6, 37.1-4, 38.1; Plin. *Nat.* 7.101-102; 16.14; Gel. 2.11.1-3; Maxfield, 1981: 43-44, 67-68, 79, 81-82, 87, 127, 142, 250; Cordente, 1991: 185, 189-190). Coronas (*obsidionalis* o *graminea*, *civica*, *muralis*, *vallis* o *castrensis*, *aurea*, *classica* o *navalis*), brazaletes (*armillae*), collares (*torques*), discos o placas ornamentales (*phalerae*), lanzas honoríficas (*hasta pura*) fueron algunas de las condecoraciones más frecuentes durante la República (Plb. 6.39.3, 5-7; Suet. *Aug.* 25; Plin. *Nat.* 16.11-14; Gel. 5.6; Marín y Peña, 1956: 248-250; Pina Polo, 1989: 207; Cordente, 1991: 184-194; Cowan, 2003: 20-21; Le Bohec, 2004: 85-86; Rivero, 2006: 124-125; Southern, 2006: 150-151; Phang, 2008: 197; Sage, 2008: 213-214; 2018: 262; D'Amato y Sumner, 2009: 48; Goldsworthy, 2011: 96; Chrissanthos, 2013: 320, 326; Coulston, 2013: 24; Brice, 2014: 63, 121-122; 2020b: 51; Barbero, 2020: 50), pero no los únicos honores que podía recibir un soldado. A tal efecto, las tropas podían percibir recompensas pecuniarias o en especie —tal y como nos señala Plinio (*Nat.* 7.102) a propósito de Dentato, quien, además de todas las condecoraciones que mencionamos arriba, recibió «un cesto de dinero, diez prisioneros y, al mismo tiempo, veinte bueyes» (*cf.* D.C. 51.24.7; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Marín y Peña, 1956: 251; Pina Polo, 1989: 207; Cowan, 2003: 21; Sage, 2008: 213; 2018: 261; Chrissanthos, 2013: 320; Coulston, 2013: 24; Brice, 2020b: 51)—; doble paga, vestido y doble ración de comida (Caes. *Civ.* 3.53.5; Suet. *Jul.* 26.3; Bouquie, 1884: 147; Marín y Peña, 1956: 250-251; Pina Polo, 1989: 207; Goldsworthy, 1996: 276; Sage, 2008: 213; 2018: 261; Brice, 2014: 63, 121); ascensos (Caes. *Civ.* 3.53.4-5; App. *BC* 2.61; D.C. 42.51.5; 49.14.3; 52.42.1; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.21; Marín y Peña, 1956: 250; Pina Polo, 1989: 207; Cordente, 1991: 183; Goldsworthy, 1996: 30-32, 276-279; 2011: 96; Cowan, 2003: 20-21; Le Bohec, 2004: 84-85; Phang, 2008: 197; Sage, 2008: 213; 2018: 261; Coulston, 2013: 24; Brice, 2014: 63, 121) y otras ventajas, como, por ejemplo, la liberación de ciertos deberes y tareas (Le Bohec, 2004: 84-85; Brice, 2014: 63, 121; 2020b: 51; Gracia, 2015-2016: 15). Por último, en el caso de las tropas auxiliares, también podían ser recompensadas con la concesión de la ciudadanía romana (*CIL* I² 709 = *CIL* VI 37045 = *ILLRP* 515 = *ILS* 8888; Pina Polo, 1989: 208; Rivero, 2006: 123-124; Southern, 2006: 151; Rankov, 2007: 51; Goldsworthy, 2011: 97; Coulston, 2013: 14; Sage, 2018: 262; Brice, 2020b: 51).

⁹⁸⁴ En 43 a. C., justo después de la creación del Triunvirato, los triunviros acordaron animar a los soldados con la promesa de concederles el colonato de dieciocho ciudades de Italia si derrotaban a los asesinos de César (App. *BC* 4.3, 25, 85; 5.12; Plu. *Brut.* 46.2; D.C. 47.14.4); un año después, en 42 a. C., Marco Antonio y Octaviano prometieron 5.000 dracmas a cada legionario, 25.000 a cada centurión y 50.000 a los tribunos militares si salían victoriosos de Filipos (Plu. *Ant.* 23.1; App. *BC* 4.120; D.C. 47.42.5; 48.30.2); en 31 a. C., Octaviano arengó a sus hombres con la promesa de que podrían repartirse todas las riquezas que tomaran del ejército de Marco Antonio si lograban superarlo en Accio (D.C. 50.28.2). *Cf.* Miller, 1984: 133.

Por otra parte, mientras que los pagos en efectivo y el reparto de tierras solían ser la manera más frecuente con la que recompensar a las tropas su paso por el ejército⁹⁸⁶, los honores y condecoraciones solían ser la forma más común con la que premiar a los soldados su coraje y valentía⁹⁸⁷; mientras que, normalmente, las bonificaciones económicas y la concesión de tierras estaban condicionadas al resultado de la campaña⁹⁸⁸, siendo inusual que los soldados vieran cumplidas la totalidad de sus

⁹⁸⁵ «Siempre que se ha librado un combate en el que algunos jóvenes se han batido bravamente, el general congrega la legión en asamblea y hace adelantar a los que se han señalado por alguna gesta notable. Primero hace el elogio de cada uno, y de su coraje, y de las cosas de su vida que resulten dignas de memoria por su buena conducta. A continuación distribuye las recompensas» (Plb. 6.39.2-3; cf. Pina Polo, 1989: 206-208; 1995: 214; Cordente, 1991: 184; Goldsworthy, 1996: 276; 2011: 96; Rivero, 2006: 123; Chrissanthos, 2013: 320; James, 2019: 126). En 36 a. C., tras derrotar a Sexto Pompeyo y eliminar la amenaza de Marco Emilio Lépido, Octaviano «recompensó al ejército con premios por la victoria, a algunos en efectivo y a otros bajo promesa; distribuyó coronas y honores para todos, y concedió el perdón a los oficiales de [Sexto] Pompeyo» (App. BC 5.127). En este sentido, destacamos la «corona de oro labrada con espolones de naves» que el futuro Augusto regaló a Marco Vipsanio Agripa (D.C. 49.14.2-3; cf. Liv. 129; D.C. 51.21.2-3; Le Bohec, 2004: 85; Brice, 2014: 122).

⁹⁸⁶ Justo como ocurrió, por ejemplo, con los soldados de Lucio Cornelio Sila (Liv. 89; App. BC 1.96, 100, 104), Cneo Pompeyo Magno (Plu. Pomp. 47.5; D.C. 36.50.3; 37.49.2; 38.5.1-2) y Cayo Julio César (Plu. Caes. 57.8; Suet. Jul. 38.1; App. BC 2.119, 125), quienes, al finalizar sus respectivas operaciones militares, fueron recompensados con dinero y una parcela de tierra. Mientras que, en 82 a. C., Sila asentó, de acuerdo con Livio (89), cuarenta y siete legiones (veintitrés, según App. BC 1.100), «a fin de tener guarniciones por toda Italia» (App. BC 1.96); en 59 a. C., Pompeyo pudo cumplir con su promesa y, gracias a la intercesión de César, entregó un lote de tierra a las tropas que le acompañaron en su campaña en Oriente (Plu. Pomp. 47.5; cf. D.C. 38.5.1-2); y, en 45 a. C., César, «además de dos mil sestercios que al comienzo de la guerra civil les había pagado [a sus hombres], dio a cada infante de sus legiones veteranas veinticuatro mil a título de botín. Les asignó también campos, pero no colindantes, para no expropiar a ninguno de sus propietarios» (Suet. Jul. 38.1; cf. Plu. Caes. 57.8; App. BC 2.119, 125). Cf. Chrissanthos, 2013: 320.

⁹⁸⁷ Cuando, en 209 a. C., tras la conquista de Cartago Nova, Publio Cornelio Escipión Africano reunió al ejército en una *contio*, recompensó a sus hombres «a tenor del mérito y el valor de cada cual», concedió la *corona muralis* a Quinto Trebelio y Sexto Digicio, centurión de la cuarta legión y soldado de marina, respectivamente, por haber sido los primeros en escalar la muralla de la ciudad, y la *corona aurea*, así como treinta bueyes, al *praefectum classis* Cayo Lelio (Liv. 26.48.3-14; cf. Pina Polo, 1989: 207; Harris, 2006: 309; Lee, 2009: 206; Goldsworthy, 2011: 96); en 146 a. C., Publio Cornelio Escipión Emiliano «otorgó numerosas recompensas a todos los que habían descollado por su heroísmo» durante la toma de Cartago (App. Pun. 133; cf. Miller, 1984: 136); en 109 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico condecoró «según la norma militar» a los que habían destacado en la batalla del río Mutul frente a Jugurta (Sal. Jug. 54.1); en 86 a. C., Sila recompensó a las tropas que habían luchado con valor durante el asalto al Pireo (App. Mith. 32), y, un año después, en 85 a. C., concedió una *corona vallaris* al tribuno militar Basilo por haber entrado en primer lugar en el campamento del general enemigo Arquelao, en el transcurso de la batalla de Orcómeno, y otras recompensas a los demás soldados por su coraje (App. Mith. 51); en 36 a. C., Octaviano recibió con elogios y regalos a los supervivientes del ejército de Lucio Cornificio (D.C. 49.7.6). Para otras referencias, vid. Polyaen. 8.24.5, «cuando nos dice que Octaviano daba grandes regalos de plata y oro a los que actuaban valientemente». Cf. Bouquie, 1884: 142; Pina Polo, 1989: 206; Cordente, 1991: 183; Le Bohec, 2004: 84-85; Harris, 2006: 308-309; Rivero, 2006: 123; Southern, 2006: 150; Phang, 2008: 197-198; D'Amato y Sumner, 2009: 48; Goldsworthy, 2011: 96; Chrissanthos, 2013: 326; Coulston, 2013: 24; Brice, 2014: 63, 121; 2020b: 50-51; McCall, 2014-2015: 26; Sage, 2018: 261.

⁹⁸⁸ Si, en 46 a. C., tras imponerse en Tapso, César celebró cuatro triunfos y «recompensó generosamente a sus soldados» (Plu. Caes. 55.4; cf. Bouquie, 1884: 147; Lee, 2009: 206), un año después, en 45 a. C., hizo lo propio tras derrotar al bando pompeyano en Munda y celebrar su quinto y último triunfo: «César, nada más concluir el triunfo, hizo particiones de estas riquezas y pagó con creces todo lo que había prometido a su ejército. Cada soldado recibió cinco mil dracmas áticas, cada centurión el doble y cada tribuno de infantería y prefecto de caballería el cuádruple de esa suma [es decir, unos 20.000, 40.000 y 80.000 sestercios, aproximadamente]» (App. BC 2.102; cf. D.C. 43.21.3). Para un procedimiento similar, vid. App. Mith. 116 (cf. Plu. Pomp. 45.4), en donde se nos explica cómo Cneo Pompeyo Magno «repartió [tras finalizar su campaña en Oriente] recompensas entre su ejército por la victoria final; a cada soldado le dio

promesas de dinero y tierra si la guerra no se resolvía favorablemente⁹⁸⁹, los honores y condecoraciones, al concederse durante el transcurso de la campaña, y no necesariamente al término de la misma⁹⁹⁰, no dependían tanto del resultado final de la guerra, aunque sí de los buenos resultados obtenidos a lo largo de ella⁹⁹¹.

Ahora bien, más allá de los diferentes tipos de recompensas, lo verdaderamente interesante para nosotros es conocer la función que estas desempeñaron en el ejército romano. Aunque, tradicionalmente, una parte de las recompensas, sobre todo las de naturaleza material, se han visto como un medio con el que apaciguar la ambición de los soldados y saciar su sed de dinero y tierra, perpetuando de este modo la visión peyorativa del ejército tardorrepblicano⁹⁹², la realidad es que, tal y como reconoce Brice (2020b: 51), «si las recompensas hubieran sido simples beneficios temporales o monetarios estas no habrían sido tan eficaces como incentivos», y ahora no estaríamos hablando —continuamos nosotros— de las recompensas como un medio con el que, entre otras cosas, mantener el control y la disciplina de las tropas.

Si bien es cierto que las bonificaciones en forma de dinero y tierra pudieron servir, junto con el botín, el saqueo y la soldada⁹⁹³, para motivar, desde un punto de

mil quinientos dracmas áticos y a los oficiales, una cantidad proporcional a esta. Dicen que la suma total repartida ascendió a dieciséis mil talentos».

⁹⁸⁹ Aunque Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino prometieron grandes cantidades de dinero a sus hombres si derrotaban a Marco Antonio y Octaviano, e, incluso, llegaron a desembolsar generosas sumas de dinero a sus tropas antes del enfrentamiento con estos (Plu. *Brut.* 46.1; App. *BC* 4.100, 118), la derrota en Filipos impidió que sus soldados vieran cumplidas todas sus promesas (App. *BC* 4.100, 118), entre ellas la posible entrega de las ciudades de Lacedemón y Tesalónica, las cuales, según Plutarco (*Brut.* 46.1) y Apiano (*BC* 4.118), iban a ser entregadas a los soldados para que las saquearan como parte del botín de guerra. Cf. App. *BC* 4.90, 94, 96, 99-101.

⁹⁹⁰ En 89 a. C., antes de poner fin a la guerra de los aliados, Cneo Pompeyo Estrabón hizo entrega de condecoraciones y de doble ración de trigo, así como de la ciudadanía romana a la *turma Salluitana* por su brillante participación durante la toma de Ascoli (*CIL* I² 709 = *CIL* VI 37045 = *ILLRP* 515 = *ILS* 8888; Pina Polo, 1989: 208; 1995: 214; Amela, 2000: 79-92; 2021: 20-69; Rivero, 2006: 123-124; Sage, 2018: 262). Para más información sobre el episodio, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

⁹⁹¹ En 36 a. C., Sexto Pompeyo felicitó y recompensó a sus tropas después de haberse impuesto en un combate naval a Octaviano (App. *BC* 5.108); en 30 a. C. Cleopatra entregó una coraza y un casco de oro al soldado del ejército de Marco Antonio que más coraje había demostrado durante el enfrentamiento que la caballería del segundo había mantenido con la de Octaviano en las proximidades de Alejandría (Plu. *Ant.* 74.6). Ambos ejemplos ilustran cómo no era necesario imponerse en la guerra para poder recompensar a las tropas, pues tanto Sexto Pompeyo como Marco Antonio acabaron siendo derrotados por Octaviano.

⁹⁹² *Vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.3.

¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

⁹⁹³ Sobre el particular, debemos matizar que, junto a las bonificaciones económicas y al reparto de tierra, el botín de guerra y los saqueos completaron las recompensas materiales que los soldados podían recibir durante su etapa en el ejército (Caes. *Civ.* 2.39.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Chrissanthos, 2013: 320; Brice, 2020b: 51). Así, en 109 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico, en primer lugar, «se encaminó a los lugares más ricos de Numidia, devastó los campos, tomó e incendió numerosos fortines y plazas, y dio orden de matar a los mozos, y de que todo lo demás pasara a ser botín de los soldados» (Sal. *Jug.* 54.6; cf. Sal. *Jug.* 55.4), y, poco después, prometió generosas recompensas de botín si sus hombres recuperaban la ciudad de Vaga (Sal. *Jug.* 68.3, 69.2); en 107 a. C., Cayo Mario regaló a los soldados todo lo que obtuvo el ejército durante sus primeros combates en Numidia (Sal. *Jug.* 87.1) y, tras tomar Capsa, repartió el botín capturado entre sus hombres (Sal. *Jug.* 91.6); en 86 a. C., Sila dio vía libre a sus tropas para que saquearan Atenas (Plu. *Sull.* 14.3; App. *Mith.* 38), y, un año después, en 85 a. C., reforzó la lealtad de su ejército a base de entrenamiento y botín, para lo cual dirigió a sus fuerzas contra los énetos,

vista económico, a los soldados, y para que estos vieran en el ejército una posible salida profesional o, incluso, un modo de vida y una válvula de escape a su actual situación socioeconómica⁹⁹⁴, las recompensas, tal y como nos señala Quesada (2014-2015: 64), tuvieron, además, un valor psicológico inestimable.

Como ya adelantamos más arriba, dos de los principales objetivos de recompensar al ejército fueron, por un lado, motivar a las tropas e infundir valor en los soldados⁹⁹⁵, y, por el otro, premiar el coraje de aquellos que habían destacado durante el combate⁹⁹⁶. La expectativa de ser condecorado y/o promocionado tuvo la capacidad de mejorar el compromiso de las tropas y de que estas se esforzaran por demostrar su buen hacer⁹⁹⁷. De esta manera, en 56 a. C., Publio Licinio Craso prometió a sus hombres «grandes premios» si luchaban con valor durante su campaña en Aquitania⁹⁹⁸; en 52 a. C., César exhortó a las legiones y «propuso premios a los que primero escalaran el muro» de Avárico⁹⁹⁹; en 42 a. C., tanto Marco Antonio y Octaviano como Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino prometieron y repartieron premios en metálico para alentar a sus tropas antes de la batalla de Filipos¹⁰⁰⁰; y, en 31 a. C., Octaviano arengó a sus soldados con la promesa de que se podrían repartir todas las riquezas que tomaran del ejército de Marco Antonio si antes lograban derrotarlo en Accio¹⁰⁰¹. E, igualmente, en 109 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico condecoró a los que habían destacado durante la batalla del río Mutul¹⁰⁰²; en 86 y 85 a. C., Sila recompensó a los que habían luchado con valor durante el asalto al Pireo y la batalla de Orcómeno, respectivamente¹⁰⁰³; y, en 30 a. C., Cleopatra premió con una coraza y un caso de oro al soldado que más coraje había

dárdanos y sintos, pueblos vecinos de los macedonios (App. *Mith.* 55), y permitió que sus hombres devastaran las poblaciones de Asia que se habían pasado al lado de Mitrídates (Plu. *Sull.* 25.2; App. *Mith.* 61); en 69 a. C., tras capturar Tigranocerta, Lúculo repartió del botín de guerra ochocientos dracmas por cabeza y entregó la ciudad a los soldados para que la saquearan (Plu. *Luc.* 29.3-4; cf. App. *Mith.* 86; D.C. 36.2.4); en 52 a. C., César tomó y saqueó Cénabo y repartió los despojos entre sus hombres (Caes. *Gal.* 7.11); en 42 a. C., tras imponerse en Filipos, Marco Antonio y Octaviano entregaron los fortines capturados, así como el campamento enemigo, a sus soldados para que estos los saquearan como parte del botín de guerra (App. *BC* 4.135); en 31 a. C., cuando la flota de Marco Antonio ya había sido derrotada en Accio, las tropas de Octaviano se tomaron la libertad de dirigirse a los barcos de sus enemigos y saquear sus tesoros (D.C. 50.35.5-6).

⁹⁹⁴ Miller, 1984: 133; Goldsworthy, 1996: 259-261; Harris, 2006: 309; Lee, 2009: 206. Para más información, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

⁹⁹⁵ Bouquie, 1884: 145; Goldsworthy, 1996: 277-279; Cowan, 2003: 20; Rivero, 2006: 125; Southern, 2006: 151; Lee, 2009: 206; Coulston, 2013: 14; Sage, 2018: 261; James, 2019: 127; Brice, 2020b: 50-51.

⁹⁹⁶ Plb. 6.39.1-6; Polyæn. 8.24.5; D.C. 49.7.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Bouquie, 1884: 142; Pina Polo, 1989: 206; Cordente, 1991: 183; Le Bohec, 2004: 84-85; Harris, 2006: 308-309; Rivero, 2006: 123; Southern, 2006: 150; Phang, 2008: 197-198; D’Amato y Sumner, 2009: 48; Goldsworthy, 2011: 96; Chrissanthos, 2013: 326; Coulston, 2013: 24; Brice, 2014: 63, 121; 2020b: 50-51; McCall, 2014-2015: 26; Sage, 2018: 261.

⁹⁹⁷ Plb. 6.39.1-6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Coulston, 2013: 14; James, 2019: 127; Brice, 2020b: 50-51.

⁹⁹⁸ Caes. *Gal.* 3.26.

⁹⁹⁹ Caes. *Gal.* 7.27.

¹⁰⁰⁰ Plu. *Brut.* 39.1-2; App. *BC* 4.126.

¹⁰⁰¹ D.C. 50.28.2.

¹⁰⁰² Sal. *Jug.* 54.1.

¹⁰⁰³ App. *Mith.* 32, 51.

demostrado durante el enfrentamiento entre la caballería de Marco Antonio y la de Octaviano¹⁰⁰⁴.

Además de para exhortar a las tropas al valor y para exigir a los soldados más determinación, también se podían utilizar las recompensas para consolar y animar al ejército si la situación militar era adversa o si, recientemente, se había sufrido una importante pérdida. En 53 a. C., Marco Licinio Craso repartió recompensas y realizó nuevas promesas con el fin de elevar la moral de sus hombres y que estos no cayeran en la desesperación por culpa de los malos augurios que rodearon a su expedición¹⁰⁰⁵; y, en 42 a. C., mientras que Marco Antonio «entregó una recompensa adicional de cinco mil dracmas a cada soldado, cinco veces esa suma para cada centurión y a los tribunos militares el doble de los centuriones» para compensar lo perdido durante la primera batalla de Filipos¹⁰⁰⁶, Marco Junio Bruto, con el propósito de consolar a los hombres de Casio tras el suicidio de su comandante y ganarse su favor, «prometió dos mil dracmas a cada uno en recompensa por lo que habían perdido»¹⁰⁰⁷.

Confirmar la lealtad del ejército fue otra de las finalidades de las recompensas. Esta realidad se reforzó, todavía más, durante el final de la República cuando los principales *imperatores* del momento se esforzaron por conservar la voluntad de sus hombres, consolidar el compromiso de sus soldados y evitar la defección de sus legiones¹⁰⁰⁸. Para tal fin, se podía recurrir, o bien al reparto de dinero y tierra, o bien a la entrega de regalos. Si, en 44 a. C., Octaviano logró «reunir en su auxilio y en el de la República a los veteranos [de César], haciéndoles cuantos regalos pudo»¹⁰⁰⁹; en 43 a. C., repartió dinero entre las tropas nada más hacerse con su primer consulado¹⁰¹⁰; y, en 41 a. C., buscó granjearse la adhesión del ejército por medio de las dádivas que él mismo distribuyó entre los soldados¹⁰¹¹. En ese mismo tiempo, mientras que Marco Antonio hizo lo propio y, a base de regalos pagados de su propio peculio, consolidó su posición y se ganó el afecto de sus hombres¹⁰¹²; Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino aumentaron las recompensas prometidas para propiciarse la lealtad de los antiguos cesarianos que militaban en su ejército y evitar que alguno de ellos se cambiara de bando ante la presencia de Octaviano¹⁰¹³.

No obstante, es en la entrega de tierras en donde mejor se puede apreciar la pugna que hubo por hacerse con el favor del ejército. Si, conforme a Apiano (BC 1.96), el

¹⁰⁰⁴ Plu. *Ant.* 74.6.

¹⁰⁰⁵ D.C. 40.19.1-2.

¹⁰⁰⁶ App. *BC* 4.120.

¹⁰⁰⁷ Plu. *Brut.* 44.3-4.

¹⁰⁰⁸ Para un análisis más detallado, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

¹⁰⁰⁹ Suet. *Aug.* 10.3. *Cf.* App. *BC* 3.48, 65.

¹⁰¹⁰ D.C. 46.46.5-6, 47.1; App. *BC* 3.94.

¹⁰¹¹ App. *BC* 5.13, 22.

¹⁰¹² Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Plu. *Ant.* 6.6; D.C. 49.31.4. A este objetivo contribuyó también Cleopatra, quien, en 35 a. C., trajo «muchos vestidos y riquezas para los soldados» de Marco Antonio, los cuales acababan de ser derrotados en la campaña contra los partos del año anterior (Plu. *Ant.* 51.4; *cf.* D.C. 49.31.4). Para un caso similar, *vid.* App. *Mith.* 114, cuando Ptolomeo XII Auletes envió «regalos, dinero y vestidos para todo el ejército [de Cneo Pompeyo Magno]» a cambio de que este último interviniera en Egipto y le ayudara a sofocar la revuelta que se había producido contra su persona.

¹⁰¹³ App. *BC* 4.89.

reparto de tierras hizo que los soldados de Sila fueran fieles a su viejo general incluso después de su muerte, «puesto que, al considerar que sus propiedades no estaban seguras, a no ser que lo estuviera todo lo de Sila, fueron sus más firmes defensores, incluso cuando ya había fallecido»¹⁰¹⁴, la garantía de que los veteranos de César pudieran disfrutar de las tierras que su antiguo comandante les había otorgado, junto con la distribución de tierras entre las tropas de los triunviros, fue el principal caballo de batalla de los últimos años, así como el instrumento utilizado por uno y otro bando para influir sobre la opinión del ejército¹⁰¹⁵. De esta forma, mientras que, en 44 a. C., Marco Antonio y Octaviano, por un lado, y Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, por el otro, se esforzaron por atraerse a los antiguos soldados de César por medio de la ratificación de su obra y, por tanto, de la confirmación de las colonias que este había repartido entre sus hombres¹⁰¹⁶; en 41 a. C., Octaviano y Lucio Antonio reprodujeron la misma disputa cuando, a título personal, se presentaron ante las tropas vencedoras de la batalla de Filipos como los responsables de que estas pudieran disfrutar de su preciado botín de guerra¹⁰¹⁷.

A pesar de que todos estos ejemplos no ayudaron, precisamente, a mantener la disciplina en el ejército, las recompensas también cumplieron la misión de mejorar la relación entre soldado e *imperator*, de fomentar la obediencia de las tropas y de mantener el orden en el interior del ejército¹⁰¹⁸. Si, en 107 a. C., Cayo Mario supo compensar su exceso de celo y su dura disciplina con su generosidad, lo que le valió, según Salustio (*Jug.* 92.2), la lealtad del ejército y que sus soldados «lo pusieran por las nubes»; en 31 a. C., Octaviano logró someter a sus hombres a su autoridad gracias a la presencia de sus oficiales y a que «tenían la esperanza puesta en las riquezas egipcias»¹⁰¹⁹, y, un año después, en 30 a. C., consiguió mantener intacta la ciudad de

¹⁰¹⁴ Según Apiano (*BC* 5.19), esta misma estrategia la utilizó también Octaviano para que el ejército fuera fiel al Triunvirato. En tal sentido, advirtió a las tropas de que todo lo que tenían e iban a tener era gracias a la labor de los triunviros y, por consiguiente, a la existencia del Triunvirato. Si ellos eran derrotados o caían en desgracia, o si el Triunvirato era desmantelado por sus enemigos, todo lo que habían conseguido y todo lo que estaba por venir lo perderían inmediatamente. Con esta maniobra Octaviano vinculó el futuro de los soldados al del Triunvirato, y los hizo adeptos a él: «Pero Octavio replicó, a su vez, que había una amistad y una comunidad total entre [Marco] Antonio y él, y que Lucio [Antonio], por razones ajenas, trataba de suscitar la guerra entre ellos, actuando contra el poder de los triunviros, gracias al cual los soldados poseían sus colonias en seguridad [...]».

¹⁰¹⁵ Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

¹⁰¹⁶ App. *BC* 3.2, 7, 12, 28. Cf. Vell. 2.61.2; Plu. *Ant.* 16.6; *Brut.* 22.3; Flor. *Epit.* 2.15.4; Suet. *Aug.* 10.3.

¹⁰¹⁷ «En el reparto de tierras habían puesto ambos bandos la mayor esperanza de alcanzar el poder, y precisamente con él empezaron las diferencias. Pues César [Octaviano] pretendía hacer personalmente el reparto entre todos los soldados que habían luchado con él y con [Marco] Antonio, según lo acordado con ellos tras la victoria [de Filipos], para así conseguir una buena predisposición de los soldados hacia ellos. Pero Lucio [Antonio] y Fulvia exigían el derecho de repartir a los suyos las tierras que les correspondían y de fundar colonias, para ganarse su apoyo» (D.C. 48.6.1-2). Cf. Vell. 2.74.2; Plu. *Brut.* 46.2; App. *BC* 4.3, 25, 85; 5.13, 19, 22; D.C. 47.14.4; 48.7.1-2.

¹⁰¹⁸ «Alimentad bien a los soldados, de tal modo que no deseen ninguna propiedad ajena a causa de su indigencia. Gobernadlos y mantenedlos en orden para que no cometan ningún mal por arrogancia» (D.C. 53.10.6). Cf. Goldsworthy, 1996: 278; 2011: 97; Le Bohec, 2004: 84; Rivero, 2006: 126; Chrissanthos, 2013: 326; Coulston, 2013: 14; Brice, 2014: 123; 2020b: 52; Quesada, 2014-2015: 61.

¹⁰¹⁹ D.C. 51.3.4.

Alejandría del saqueo de sus propias tropas a cambio de doscientas cincuenta dracmas que repartió a cada uno de sus soldados¹⁰²⁰.

Igualmente, también se echó mano de las recompensas para recuperar el control de la situación después de una insurrección del ejército. En 47 a. C., tras el motín de Campania, César «distribuyó a cada uno de ellos [de los soldados] mil dracmas y les asignó grandes parcelas de tierra en Italia»¹⁰²¹; en 44 a. C., ante los rumores de desertión de sus hombres, Marco Antonio, primero, ofreció cien dracmas a cada uno y, después, una vez que dos de sus legiones, la *Martia* y la *III*, se pasaron al lado de Octaviano, subió la cifra a quinientas¹⁰²²; en 36 a. C., ante el repentino amotinamiento de sus fuerzas, Octaviano prometió a sus tropas nuevas recompensas, así como la promesa de que, «aunque ya había otorgado muchas, añadiría otras coronas todavía a las legiones, y para los centuriones y tribunos túnicas festoneadas de púrpura y el rango de decurión en sus ciudades de origen»¹⁰²³; en 35 a. C., Octaviano intentó comprar con tierras la obediencia de su ejército tras haberse levantado recientemente¹⁰²⁴; y, en 30 a. C., una vez más Octaviano, obligado por el descontento de sus veteranos y temiendo que estos protagonizaron una rebelión, cumplió finalmente su palabra y recompensó a sus hombres con dinero y tierra¹⁰²⁵.

Las condecoraciones y los honores se podían conceder a título individual o de manera colectiva¹⁰²⁶, tal y como se observa en el Bronce de Ascoli¹⁰²⁷, y todo soldado, ya sea romano o auxiliar, raso u oficial, podía recibir su recompensa, pues era el comandante en jefe (*imperator*) el principal responsable de premiar a sus hombres¹⁰²⁸. Ser condecorado era motivo de orgullo en el ejército romano, pues, entre otras cosas, era sinónimo de valor y de respeto tanto por parte del resto de compañeros de armas como de los oficiales del ejército¹⁰²⁹. En una sociedad como la romana en donde el

¹⁰²⁰ D.C. 51.17.7.

¹⁰²¹ Plu. *Caes.* 51.2.

¹⁰²² App. *BC* 3.43-45.

¹⁰²³ App. *BC* 5.128.

¹⁰²⁴ «Pero como no fueron capaces de contenerse por más tiempo, a unos pocos de ellos, los de más edad, los envió a la Galia, donde iban a recibir tierras, creyendo César [Octaviano] que los demás iban a abrigar esperanzas con este ejemplo y se iban a aplacar» (D.C. 49.34.3-4).

¹⁰²⁵ D.C. 51.4.5-6.

¹⁰²⁶ Castillos, proas de barcos y coronas, entre otras condecoraciones, podían engalanar los estandartes de las unidades recompensadas por su valor. Asimismo, las legiones podían ganar títulos especiales u honoríficos, como el de *Victrix*, pagos en efectivo o una mayor parte del botín de guerra, y, en el caso de las unidades auxiliares, la ciudadanía romana en bloque (App. *BC* 5.128; Marín y Peña, 1956: 250-251; Pina Polo, 1989: 206; Rivero, 2006: 123-124; Southern, 2006: 151-152; Goldsworthy, 2011: 97; Chrissanthos, 2013: 326; Coulston, 2013: 25; Brice, 2014: 63, 121; 2020b: 51; Cosme, 2016-2017: 71; Sage, 2018: 262).

¹⁰²⁷ *CIL* I² 709 = *CIL* VI 37045 = *ILLRP* 515 = *ILS* 8888; Pina Polo, 1989: 208; 1995: 214; Amela, 2000: 79-92; 2021: 20-69; Rivero, 2006: 123-124; Sage, 2018: 262.

¹⁰²⁸ Plb. 6.39.2-3. Cf. Rivero, 2006: 125; Phang, 2008: 153; Brice, 2020b: 51-52.

¹⁰²⁹ «No únicamente los que están presentes [en la *contio*] y lo escuchan [al *imperator* durante la concesión de recompensas y honores], sino también los que quedaron en sus casas resultan estimulados a rivalizar con hombres así y a emularles en los peligros, espoleados de esta manera. Los que han alcanzado tales recompensas, además de su fama en el campamento y de su predicamento en la familia, cuando regresan a su país tienen lugar de preferencia en los cortejos. Sólo ellos, debido a su coraje, pueden usar los vestidos que los generales les hayan permitido. En sus casas cuelgan el botín en el lugar de más honor, y así se convierte en señal y testimonio de su arrojo» (Plb. 6.39.8-10). El mejor ejemplo lo tenemos en la figura de Lucio Sicio Dentato (D.H. 10.36.4-6, 37.1-4, 38.1; V. Max. 3.2.24; Plin. *Nat.* 7.101-102; 16.14;

estatus y el prestigio eran tan importantes, que un soldado fuera recompensado por su coraje podía servir para que este mejorara su estatus y fuera ascendido o promocionado¹⁰³⁰. A este respecto, sabemos que, en 48 a. C., César gratificó al centurión Casio Esceva «con doscientos mil sestercios, y le ascendió de centurión de la octava cohorte a primer centurión de la primera cohorte»¹⁰³¹, y que, durante el desempeño de sus respectivos mandos, se ganó, en opinión de Dion Casio (42.51.5), «a los caballeros y a los centuriones y sus subordinados con diferentes medidas, especialmente con la inclusión de algunos de ellos en el Senado, en lugar de los [senadores] que habían muerto»¹⁰³². Esta misma estrategia la usó también Octaviano, quien, en 36 a. C., «prometió a los centuriones que los iba a inscribir en la curia de sus ciudades de origen»¹⁰³³.

Los ascensos fueron un fuerte incentivo para la competencia entre soldados y legiones, al tiempo que, según Brice (2020b: 52), ayudaron a mantener el orden en el ejército. Por último, las recompensas y los honores, sobre todo si se trataban de condecoraciones colectivas, favorecieron la cohesión social del ejército, habida cuenta de que, junto a los estandartes, numerales, emblemas y nombres específicos, permitieron que las tropas se identificaran, todavía más, con sus respectivas unidades¹⁰³⁴.

Llegado a este punto, podríamos pensar que, gracias a la instrucción y al entrenamiento recibidos, a la rutinización de los trabajos y de las tareas diarias, al carácter sagrado del *sacramentum militiae*, a la influencia de los *signa militaria* y al estímulo de las recompensas y honores prometidos, el soldado romano estuvo lo suficientemente aleccionado, controlado, cohesionado, motivado e incentivado como para mantenerse fiel a su juramento militar y evitar toda clase de tentaciones. Nada más lejos de la realidad.

Como en todo ejército, ya sea antiguo o moderno, la indisciplina también hizo acto de presencia en el ejército romano. Y es que, pese a la elevada carga religiosa, simbólica y psicológica que pudo llegar a tener el *sacramentum militiae* este fue frecuentemente violado a lo largo de toda la República. La ruptura del juramento militar

Gel. 2.11.1-3). Cf. Goldsworthy, 1996: 277; Cowan, 2003: 20-21; Sage, 2008: 213; 2018: 261; Chrissanthos, 2013: 326; Brice, 2014: 63, 121-122 y, sobre todo, Goldsworthy, 2011: 97; Brice, 2014: 123; Brice, 2020b: 51, quienes nos informan de cómo al final de la República los soldados podían incluir en sus lápidas funerarias una referencia o una representación de sus condecoraciones y ascensos (cf. Le Bohec, 2004: 87; Rivero, 2006: 126; Southern, 2006: 151, para el Imperio).

¹⁰³⁰ «Un soldado, al ascender, lo hacía por rotación entre los distintos grados de varias cohortes, de tal manera que quien era ascendido pasaba de la primera cohorte de la décima e iba pasando regularmente por todas las demás, incrementando su rango y paga, hasta llegar otra vez a la primera. Así el centurión primípilo, tras haber desempeñado el mando en las distintas filas de cada cohorte, llegaba a la mayor dignidad en la primera con infinitas ventajas sobre toda la legión» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.21). Cf. Caes. Civ. 3.53.4-5; App. BC 2.61; D.C. 42.51.5; 49.14.3; 52.42.1; Marín y Peña, 1956: 250; Cordente, 1991: 183; Goldsworthy, 1996: 30-32, 276-279; 2011: 96; Cowan, 2003: 20-21; Le Bohec, 2004: 84-85; Phang, 2008: 197; Sage, 2008: 213; 2018: 261; Coulston, 2013: 24; Brice, 2014: 63, 121.

¹⁰³¹ Caes. Civ. 3.53.5. Cf. App. BC 2.61; Pina Polo, 1989: 207; Sage, 2008: 217-218; Goldsworthy, 2011: 96.

¹⁰³² Cf. D.C. 52.42.1.

¹⁰³³ D.C. 49.14.3. Cf. App. BC 5.128, quien nos señala que también se lo prometió a sus tribunos militares.

¹⁰³⁴ Goldsworthy, 1996: 277; Chrissanthos, 2013: 326.

significaba, tal y como ya explicamos más arriba en este mismo apartado, la ruptura automática de la disciplina militar y de, por consiguiente, la ley del *castrum* a la que todo soldado romano había jurado someterse en el momento de su reclutamiento¹⁰³⁵. Rota la *disciplina militaris*, el soldado quedaba desamparado y en manos de la arbitrariedad de su comandante, quien, por lo demás, tenía la potestad de hacer con él lo que creyera oportuno (*coercitio*) con tal de devolver el orden al ejército¹⁰³⁶.

De acuerdo con Aulo Gelio (10.8.1), el soldado culpable de haber cometido un acto de indisciplina podía ser considerado un “enfermo”, un maldito, un *sacer*¹⁰³⁷. A partir de este momento, no sólo perdía la protección legal y divina atribuida al *sacramentum militiae*, sino que, además, debía ser apartado temporal, permanente o simbólicamente del ejército hasta haber sido castigado y rehabilitado¹⁰³⁸. Desde este punto de vista, el castigo permitiría, por un lado, la reincorporación del soldado a la comunidad militar y la restauración de la *pax deorum*, rota desde el momento en el que el soldado había dado la espalda a su sagrado vínculo para con Roma¹⁰³⁹, y, por el otro, la expiación —o “curación”, si se prefiere utilizar la misma terminología sugerida por Aulo Gelio— del soldado manchado por la ignominia¹⁰⁴⁰.

En vista de las circunstancias, era necesario establecer una suerte de aparato coercitivo que, apoyado en la tradición y en la costumbre, sirviera a las autoridades políticas y militares romanas para afianzar su autoridad, fortalecer su liderazgo, recuperar el control del ejército y castigar a todo aquel soldado culpable de haber actuado en contra de la disciplina militar¹⁰⁴¹. De lo contrario, se corría el riesgo de que

¹⁰³⁵ Plb. 6.21.1-3; D.H. 10.18.2; Dig. 49.16.13.3; Andrieux, 1927: 5-6, 10; Chrissanthos, 1999: 8-9; 2004: 354; 2013: 321; Brice, 2015b: 111; 2020a: 55; 2020d: 249.

¹⁰³⁶ «Pero también dice que [Marco] Antonio mató a algunos soldados. En efecto, puesto que era el comandante en jefe y había sido investido por vosotros para este cargo. Y jamás ningún comandante en jefe rindió cuentas por actos similares. Pues las leyes decidieron que no era provechoso para nosotros que el general diera cuenta de sus actos a los soldados» (App. BC 3.56). Cf. D.H. 10.18.2-3; 11.43.2; J. BJ 3.103; D.C. 48.29.3; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Bouquie, 1884: 178; Andrieux, 1927: 6-7, 18-19, 58-59; Marín y Peña, 1956: 240; Giuffrè, 1980b: 242-243; Pina Polo, 1989: 209-210; Cordente, 1991: 178; Espejo, 1996: 106; Vallejo, 1998: 171; Chrissanthos, 1999: 9-10; 2004: 354; 2013: 322; Cosme, 2003b: 303-304; Perea, 2003: 116, 137; Southern, 2006: 147; Rawlings, 2007: 51; Phang, 2008: 135; Brice, 2014: 63; 2020a: 52-53, 58; 2020b: 49-50; 2020d: 249; James, 2019: 37, 122; Pérez Carrandi, 2020a: 243.

¹⁰³⁷ «En la antigüedad existió también un castigo militar consistente en ordenar al soldado, para afrenta pública, que se abriera una vena y derramara sangre. La razón de tal proceder no consta en documentos antiguos, al menos en los que he podido consultar; creo, no obstante, que en un principio se procedía así con los soldados atolondrados y de carácter anormal, de manera que, más que un castigo, pareciera una medicina. Sin embargo, opino que por costumbre se aplicó este mismo castigo a otras muchas faltas, como si se considerase que cuantos cometían una falta no gozaban de buena salud». Cf. Liv. 28.29.3; D.C. 41.29.1-2.

¹⁰³⁸ Plb. 6.37-38; Chrissanthos, 2013: 320; Gueye, 2013a: 227; Escorihuela, 2020-2021: 83-98.

¹⁰³⁹ «En las penas corporales lo que se pretende es otorgar didácticamente un ejemplo al resto de la sociedad ante un mal comportamiento, así como un equilibrio de fuerzas con los dioses (pues no olvidemos que *supplicium* procede del verbo *placare*, lo que viene a significar que era el acto que en origen aplacaba a la divinidad)» (Espejo, 1996: 106). Cf. Gueye, 2013a: 227; Pérez Frutos, 2016: 183; Escorihuela, 2020-2021: 90-91, 93-94.

¹⁰⁴⁰ Perea, 2003: 123; 2006a: 12-22; Lee, 2009: 203; Brice 2015b: 109; 2020a: 59, 62; Escorihuela, 2020-2021: 90-91, 93-94.

¹⁰⁴¹ Escorihuela, 2022b: 119.

el descontento y la desafección del ejército se extendieran al resto de unidades, provocando el levantamiento de las tropas y el amotinamiento de los soldados¹⁰⁴².

Si gracias al entrenamiento, a los trabajos de atrincheramiento y a las tareas ordinarias se inculcó a las tropas un mínimo de autodisciplina y el hábito de la obediencia a las órdenes¹⁰⁴³, y si gracias a la influencia del *sacramentum militiae* y a la presencia constante de los *signa militaria* se sometió a las tropas a una obediencia pasiva¹⁰⁴⁴, gracias a los castigos se dotó al sistema disciplinario romano de los estímulos externos necesarios con los que obligar a las tropas a obedecer las órdenes de su general y a cumplir con su deber¹⁰⁴⁵.

En teoría, todo aquel miembro del ejército que no acatara las órdenes de su comandante, no cumpliera con sus obligaciones, se mostrara desobediente o transgrediera abiertamente la disciplina militar podía ser castigado, independientemente de su rango y mando, e, incluso, de los lazos sanguíneos que mantuviera con el oficial al mando¹⁰⁴⁶. Ya lo vimos cuando comentamos cómo Aulo Postumio Tuberto y Tito Manlio Imperioso Torcuato mandaron ejecutar a sus respectivos vástagos por desobedecer una orden directa. En ninguno de los dos casos, ni la consanguinidad ni el hecho de que ambos jóvenes salieran victoriosos de sus correspondientes lances atenuó la severidad de sus progenitores¹⁰⁴⁷.

Aunque, afortunadamente, este tipo de ejemplos no fueron especialmente numerosos, sí que hubo otros casos de naturaleza similar. Así, en 252 a. C., el cónsul Cayo Aurelio Cota «condenó a ser azotado y prestar servicio como soldado de

¹⁰⁴² «Mientras las tropas estén aún separadas y cada cuerpo siga en sus respectivos cuarteles, mandaréis a los tribunos, sus lugartenientes y a los oficiales, en general, ocuparse de mantener una disciplina tan estricta que no se les dé ocasión a albergar pensamientos que no sean los de sumisión y obediencia» (Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4). Cf. Phang, 2008: 5.

¹⁰⁴³ Plb. 6.42.5; Caes. *Gal.* 5.11; Cic. *Tusc.* 2.37-38; Liv. 32.3.5; Fron. *Str.* 4.7.2; Tac. *Ann.* 1.20.2; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4; Marín y Peña, 1956: 252, 257, 340; Horsmann, 1991: 195, 197; Goldsworthy, 1996: 251; Phang, 2008: 5, 8, 10, 26; Lee, 2009: 207; Brice, 2014: 196; Aguado, 2015: 264; James, 2019: 119.

¹⁰⁴⁴ Plb. 6.21.1-3; Caes. *Civ.* 1.76.5; D.H. 6.45.1-2; 10.18.2-3; 11.43.1-4; Liv. 2.59.9-11; 22.38.1-5; 26.48.12; 28.27.12; Fron. *Str.* 4.1.4; Gel. 16.4.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5; Serv. A. 8.614; Bouquie, 1884: 210-215; Andrieux, 1927: 10; Marín y Peña, 1956: 376, 380-381; Tondo, 1963: 110; Harmand, 1967: 299-300; Helgeland, 1978: 1473-1474; Nicolet, 1980: 103-104; Campbell, 1984: 19; Watson, 1985: 128; Warry, 1995: 136-137; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 46, 55; Chrissanthos, 1999: 8; Riccardi, 2002: 93; Potter, 2004: 82; Cagniard, 2007: 87; Cosme, 2007: 70; Quesada, 2007b: 24; Phang, 2008: 27; Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2012: 29-40; 2015: 62; 2015-2016: 33-34; Brice, 2014: 62, 191-192; 2020b: 47, 49; 2020c: 114; 2020d: 249-250; Billing, 2015: 42, 44-45; Gracia, 2015-2016: 15; James, 2019: 83-84; Barbero, 2020: 50, 54; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247; Escorihuela, 2022b: 117-135.

¹⁰⁴⁵ Phang, 2008: 5; Chrissanthos, 2013: 320.

¹⁰⁴⁶ «Nuestra ciudad [...], para que no faltase el castigo si se quebrantaba la disciplina militar, recibió con doble sentimiento las hachas empapadas de la propia sangre de los generales: en público, delante de los soldados por el campamento, de manera solemne; en privado, con tristeza, sin saber bien si alegrarse o consolarse» (V. Max. 2.7.6). Cf. Plb. 6.37.5; Cic. *Clu.* 97, 99; *Fam.* 218.6.18.2; Liv. 55; V. Max. 2.9.7; Fron. *Str.* 4.1.22; Suet. *Aug.* 27.3; App. *BC* 2.43; 5.137; D.C. 30-35, fr. 100; Andrieux, 1927: 48; Nicolet, 1980: 109.

¹⁰⁴⁷ Cic. *Fin.* 1.23, 35; D.S. 12.64; Sal. *Cat.* 52.30-31; Liv. 4.29.5-6; 8.6.14-7.22; V. Max. 2.7.6, 9.3.4; Fron. *Str.* 4.1.40; Gel. 9.13.20; Aur. *Vict. De vir. ill.* 28; Oros. 3.9.2; Zonar. 7.26; Bouquie, 1884: 175-177; Andrieux, 1927: 38; Nicolet, 1980: 106; Pina Polo, 1989: 210; Horsmann, 1991: 192; Lovisi, 1999: 166-167; Lendon, 2005: 177-178; Kiesling, 2006: 238; McDonnell, 2006: 204; Phang, 2008: 111, 122; Hölkeskamp, 2011: 177; Salvo, 2013: 19; Quesada, 2014-2015: 63; Sage, 2018: 266; James, 2019: 69, 148-149.

infantería» a Publio Aurelio Pecuniola, pariente suyo, por permitir que la empalizada del campamento fuera pasto de las llamas y que el mismo *castrum* estuviera a punto de ser tomado por el enemigo¹⁰⁴⁸; y, en 174 a. C., el censor Quinto Fulvio Flaco apartó del Senado a su hermano Marco Fulvio Flaco por haber licenciado años atrás, en 180 a. C., a la legión de la que formaba parte como tribuno militar sin la orden expresa del cónsul¹⁰⁴⁹.

De igual modo, también se actuó con severidad a la hora de castigar las faltas cometidas por los oficiales romanos. Si, en 458 a. C., el dictador Lucio Quincio Cincinnato forzó a Lucio Minucio Esquilino Augurino a dejar el cargo de cónsul porque, según su opinión, «era indigno de la mayor magistratura aquel a quien habían salvado no su honor, sino el foso y la empalizada, y no había sentido pudor alguno en tener al ejército romano, lleno de miedo, tras las puertas cerradas [del campamento]»¹⁰⁵⁰; en 325 a. C., Lucio Papirio Cursor se esforzó en balde por castigar y condenar a su *magister equitum* Quinto Fabio Máximo Ruliano por haber desobedecido su orden de no entrar en combate, a pesar de haber salido victorioso de su enfrentamiento¹⁰⁵¹; en 204 a. C., el propretor Quinto Plemio, legado de Publio Cornelio Escipión Africano y comandante de la guarnición romana de Locros, fue apresado, encarcelado y procesado por la violencia con la que había gobernado la ciudad y por los incontables abusos con los que sus hombres habían sometido a los locrenses¹⁰⁵²; en 133 a. C., Lucio Calpurnio Pisón Frugi ordenó que el *praefectus equitum*¹⁰⁵³ Cayo Ticio fuera castigado, por haber cedido ante los enemigos y haber entregado las armas a estos, a permanecer, vestido con la toga sin orlas y una túnica de colores, y con los pies descalzos, desde la mañana hasta la noche ininterrumpidamente delante del cuartel general, y a no hablar con nadie ni usar los baños el tiempo que durase su servicio militar¹⁰⁵⁴; y, en 108 a. C., Tito Turpilio Silano, comandante de la guarnición romana de Vaga, fue condenado a muerte por Quinto Cecilio Metelo Numídico por considerar que había vendido a sus hombres a los númidas¹⁰⁵⁵. Igualmente, encontramos castigos semejantes en rangos inferiores del ejército, como tribunos militares¹⁰⁵⁶, centuriones¹⁰⁵⁷ y portaestandartes¹⁰⁵⁸.

No obstante lo anterior, el *Digesto* señala varias salvedades a la hora de condenar y castigar la indisciplina de las tropas. De este modo, se muestra más duro si la falta ha sido cometida por tropas veteranas que si ha sido realizada por soldados bisoños¹⁰⁵⁹, si el delito ha tenido lugar en tiempo de guerra que si se ha producido en periodo de

¹⁰⁴⁸ V. Max. 2.7.4. Cf. Fron. Str. 4.1.31; Bouquie, 1884: 125; Andrieux, 1927: 52; Cordente, 1991: 182.

¹⁰⁴⁹ V. Max. 2.7.5. Cf. Liv. 40.41.8-11.

¹⁰⁵⁰ V. Max. 2.7.7. Cf. Bouquie, 1884: 140; Andrieux, 1927: 52.

¹⁰⁵¹ Liv. 8.30-35.9; V. Max. 2.7.8; Fron. Str. 4.1.39; Aur. Vict. *De vir. ill.* 31-32; Bouquie, 1884: 125; Andrieux, 1927: 38; Nicolet, 1980: 109; Lovisi, 1999: 167; McDonnell, 2006: 204; Perea, 2006a: 15; Phang, 2008: 122; Hölkeskamp, 2011: 177.

¹⁰⁵² D.S. 27.4; Liv. 29.20.4, 21.12, 22.7; V. Max. 1.1.21; App. *Hann.* 55; Escorihuela, 2022a: 117-136.

¹⁰⁵³ *Praefectum cohortis*, de acuerdo con el relato de Frontino (Str. 4.1.26).

¹⁰⁵⁴ V. Max. 2.7.9; Fron. Str. 4.1.26. Cf. Bouquie, 1884: 134; Andrieux, 1927: 51, 53; Perea, 2006a: 18-19; Phang, 2008: 141; Mateo, 2017: 87.

¹⁰⁵⁵ Sal. *Jug.* 69.4; App. *Num. frag.* 3.

¹⁰⁵⁶ V. Max. 6.1.11; Fron. Str. 4.1.30; App. *BC* 5.129.

¹⁰⁵⁷ Liv. 2.59.9-11; V. Max. 6.1.10; Fron. Str. 4.1.27, 34; D.C. 48.42.1-4.

¹⁰⁵⁸ Caes. *Civ.* 3.74.1; Liv. 2.59.9-11; 4.47.2; Fron. Str. 2.8.8; 4.1.34; App. *BC* 2.63.

¹⁰⁵⁹ *Dig.* 49.16.3.9, 4.15, 14.1. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 240.

paz¹⁰⁶⁰, si la infracción ha sido cometida contra un oficial romano que si se ha dirigido contra otro soldado¹⁰⁶¹. La cosa se complica, todavía más, en función del delito cometido, ya que, por ejemplo, si se trata de la desertión son varias las variantes a tener en cuenta antes de condenar al infractor. Así, por ejemplo, se nos dice que, antes de juzgar y condenar al soldado acusado de tal falta, se ha de examinar, entre otras muchas cosas, las causas que lo llevaron a desertar¹⁰⁶², el rango que ocupaba en el ejército¹⁰⁶³, si desertó solo o en compañía¹⁰⁶⁴, si durante su ausencia cometió otros delitos¹⁰⁶⁵, el tiempo que permaneció fuera del ejército¹⁰⁶⁶, o si abandono el servicio en tiempo de paz o en tiempo de guerra¹⁰⁶⁷. Aunque todas estas referencias son de época imperial y no tenemos constancia de que se siguiera este mismo “protocolo” en época republicana, su mera existencia nos invita a pensar que, en mayor o menor medida, los delitos cometidos por los soldados pudieron ser investigados antes de ser juzgados¹⁰⁶⁸, y que, por consiguiente, no siempre se condenó a las tropas como consecuencia del impulso irrefrenable de su comandante, tal y como muchas veces se ha sostenido¹⁰⁶⁹.

Por otra parte, el castigo podía llegar en cualquier momento, incluso antes de que la indisciplina tuviera tiempo de manifestarse en el ejército. Si el *imperator* o alguno de sus subalternos, especialmente tribunos militares y centuriones¹⁰⁷⁰, identificaban problemas en el ejército, rumores de amotinamiento o un ambiente propicio para el levantamiento, se podía actuar con antelación y reforzar la disciplina por medio de la represión. Si, en 72 a. C., Marco Perpenna Ventón decidió intervenir y reprimir con dureza a una parte del ejército antes de que los más fieles a la memoria de Quinto Sertorio se volvieran contra él por considerarle responsable del asesinato de su general¹⁰⁷¹; en 44 a. C., Marco Antonio aplicó una *decimatio* atenuada ante los rumores

¹⁰⁶⁰ Dig. 49.16.5.1. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 240.

¹⁰⁶¹ Dig. 49.16.6.1.

¹⁰⁶² Dig. 49.16.4.15, 14.pref.

¹⁰⁶³ Dig. 49.16.5.pref. Cf. Cosme, 2016-2017: 71.

¹⁰⁶⁴ Dig. 49.16.5.pref. Cf. Cosme, 2016-2017: 71.

¹⁰⁶⁵ Dig. 49.16.5.pref., 2.

¹⁰⁶⁶ Dig. 49.16.5.pref., 14.pref.

¹⁰⁶⁷ Dig. 49.16.5.1.

¹⁰⁶⁸ Plb. 6.37.1; Andrieux, 1927: 19; Cosme, 2003b: 303.

¹⁰⁶⁹ «Hâtons-nous de dire que, bien souvent, il n’y avait pas de jugement, la sanction de la faute était laissée à l’arbitraire du chef, celui-ci, sans en référer à personne, de sa propre autorité, frappait d’une peine le coupable et la punition était infligée sur le champ. Le centurion armé du sarment de vigne flagellait à son gré le légionnaire indocile et ce dernier n’était pas admis à réclamer. Parfois un général faisait procéder lui-même à la “*decimatio*” sans demander un avis quelconque» (Andrieux, 1927: 7). Cf. Andrieux, 1927: 19, 58.

¹⁰⁷⁰ Tanto los tribunos militares (Plb. 6.34.3, 37.2, 38.2, 7-8; Caes. *Gal.* 7.45; J. *BJ* 2.578; 3.83; App. *BC* 3.43; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4, 8; Dig. 49.16.13.4; Bouquie, 1884: 231-233; Andrieux, 1927: 20-21; Marín y Peña, 1956: 238; Nicolet, 1980: 106; Rosenstein, 1990: 108-109; Chrissanthos, 1999: 201, 203-204; 2013: 322; Cosme, 2003b: 303-304; Perea, 2003: 137, 140-141, 146, 152; 2006a: 9; Sage, 2018: 267; Pérez Carrandi, 2020a: 241, 248, 250) como los centuriones (Plb. 6.24.9, 34.2; Liv. 57; Plin. *Nat.* 14.19; J. *BJ* 2.578; 3.83; Tac. *Ann.* 1.23.3; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.25; 2.14; 3.4; Dig. 49.16.13.4; Marín y Peña, 1956: 241; Rosenstein, 1990: 109; Vallejo, 1998: 175-176; Chrissanthos, 1999: 202-204; Perea, 2003: 137, 142-143, 146, 152; Cosme, 2007: 61-62; Goldsworthy, 2011: 49; Sage, 2018: 267-268; Pérez Carrandi, 2020a: 241, 243, 254) desempeñaron un destacado papel en el mantenimiento de la disciplina militar.

¹⁰⁷¹ App. *BC* 1.114.

de que Octaviano estaba conspirando para hacerse con la voluntad de su ejército¹⁰⁷²; en 42 a. C., Marco Junio Bruto mandó matar a Cayo Antonio, debido a sus repetidos intentos por atraerse el favor de sus hombres¹⁰⁷³; en 42 a. C., tanto Marco Antonio y Octaviano como Marco Junio Bruto decidieron ejecutar a sus respectivos prisioneros antes de que estos se mezclaran con sus soldados y provocaran un motín justo antes de que tuviera lugar la segunda y definitiva batalla de Filipos¹⁰⁷⁴; y, en 31 a. C., Lucio Pinario Escarpo ordenó matar a los soldados que se habían mostrado descontentos y que habían manifestado su afecto por Marco Antonio, al considerar que podrían arrastrar a todo el ejército¹⁰⁷⁵.

Asimismo, se podía castigar a las tropas durante la realización de una tarea mal realizada o durante el transcurso de una batalla. Ya lo vimos cuando hablamos de cómo Marco Porcio Catón y Publio Cornelio Escipión Emiliano disciplinaron a su ejército. Si algún soldado no guardaba su puesto y se salía de la formación, el mismo Catón se ocupaba de rectificar su error, golpeándole con un pequeño venablo y ordenando a los tribunos y centuriones que continuaran el castigo por él¹⁰⁷⁶; y, de igual forma, si algún soldado era visto fuera de su puesto, Escipión Emiliano era quien se encargaba de hacerle ver su falta, azotándole con un sarmiento si era romano y con un bastón si era extranjero¹⁰⁷⁷.

Pero, sin lugar a dudas, era tiempo después de haber cometido una infracción cuando llegaban los principales castigos. Si, en los dos ejemplos anteriores, el castigo se ejerció como una reacción prácticamente inmediata a la falta cometida, en la gran mayoría de los casos los castigos no se aplicaban con tanta celeridad¹⁰⁷⁸. Si la disciplina se había roto durante el combate¹⁰⁷⁹ o si la indisciplina había llegado en forma de insurrección¹⁰⁸⁰, se debía esperar, normalmente, a que la batalla concluyera y a que la situación se hubiera calmado, respectivamente, antes de castigar a los culpables¹⁰⁸¹.

¹⁰⁷² Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Liv. 117; App. *BC* 3.43, 53; D.C. 45.13.2.

¹⁰⁷³ Liv. 121; Plu. *Brut.* 28.1; App. *BC* 3.79; D.C. 47.24.4.

¹⁰⁷⁴ D.C. 47.48.3. Cf. Plu. *Brut.* 45.3-5.

¹⁰⁷⁵ D.C. 51.5.6.

¹⁰⁷⁶ Liv. 34.15.4. Cf. Plu. *Mor.* 198E.

¹⁰⁷⁷ Liv. 57. Cf. Kiesling, 2006: 242-243; Phang, 2008: 129.

¹⁰⁷⁸ Aunque no fue, ni mucho menos, lo habitual, tenemos un ejemplo de cómo se podía llegar a tardar incluso años en castigar a los soldados acusados de romper la disciplina militar. Nos referimos a la represión de los soldados responsables de haber ocupado la ciudad de Regio a traición. Si el episodio tuvo lugar, en 280 a. C., no fue hasta 270 a. C., diez años después, cuando, finalmente, se pudo castigar a las tropas que lograron sobrevivir a la recuperación de la ciudad (Plb. 1.7.7-13; V. Max. 2.7.15; Fron. *Str.* 4.1.38; Bouquie, 1884: 129; Machado, 2017: 1-8; Brand, 2019: 36, 142; Pérez Carrandi, 2020a: 245).

¹⁰⁷⁹ Pese a que acabamos de exponer cómo Marco Porcio Catón y Publio Cornelio Escipión Emiliano fueron capaces de enderezar a sus hombres durante el combate, lo normal era que las infracciones cometidas durante la batalla se castigaran después, habida cuenta de lo complicado que era, en medio del fragor de la batalla, perseguir al soldado rebelde (Caes. *Civ.* 3.74.1; Cic. *Clu.* 128; Liv. 2.59.7-11, 15; V. Max. 2.7.4, 7, 9, 15; Fron. *Str.* 4.1.18, 26, 31, 34-36, 46; Plu. *Luc.* 15.7; *Crass.* 10.3-5; *Ant.* 39.8; App. *BC* 1.118; D.C. 49.38.4). Cf. Vallejo, 1998: 174, sobre la dificultad de perseguir a los cobardes en medio del combate.

¹⁰⁸⁰ Cic. *Clu.* 97, 99; Liv. 92; V. Max. 2.7.6, 8, 11-15, 9.7; 6.1.10-11; Fron. *Str.* 4.1.20, 22, 39, 43; App. *BC* 1.59, 74, 89, 109, 112-114; 2.43; 5.115; D.C. 30-35, fr. 100; 47.23.4; 48.42.1-4; 49.34.4.

¹⁰⁸¹ En el caso de la desertión, el castigo podía tardar mucho más en llegar, pues, en la mayoría de los casos, no se tenía acceso a las tropas desertoras hasta el final de la contienda. Terminada la guerra y derrotado el enemigo, los soldados que habían abandonado el ejército romano y se habían pasado al

Llegado el momento, el *imperator* reunía a sus hombres en una *contio* y, tras recriminarles su indisciplina (*increpatio*), aplicaba, públicamente, los correspondientes castigos¹⁰⁸².

Uno de los ejemplos más representativos de cómo se podía restaurar la disciplina en el interior del ejército lo encontramos en la represión del motín de Sucro de 206 a. C. Tras enterarse de las razones por las cuales sus hombres habían cuestionado su autoridad y se habían amotinado, Publio Cornelio Escipión Africano reunió a su *consilium* y, junto a él, trazó un plan de acción para recuperar el control de la situación¹⁰⁸³. En tal sentido, consideró que la mejor opción era hacer ver a los responsables del motín que todas sus reivindicaciones serían satisfechas, pero que para ello debían desplazarse primero a Cartago Nova, ciudad en la que se encontraba su cuartel general y el resto del ejército leal a él. De esta manera, ofreció a sus hombres la oportunidad de percibir tanto los pagos atrasados como los suministros que requerían¹⁰⁸⁴.

Convencidos de la amabilidad de su comandante, la guarnición de Sucro se dirigió a Cartago Nova¹⁰⁸⁵. Allí, Escipión logró separar a los cabecillas del grueso de la tropa rebelde, al tiempo que dio órdenes a su ejército para que simulara su salida de la ciudad¹⁰⁸⁶. Al alba, se convocó a una *contio* a los rebeldes de Sucro, quienes desarmados, como era habitual en estos casos, acudieron confiados en la palabra de su general y en la fortaleza de su número¹⁰⁸⁷. En medio de la asamblea, mientras que la guarnición fue rodeada por sorpresa por el ejército de Cartago Nova, los cabecillas de la revuelta fueron conducidos presos entre lamentos. Tras pronunciar un duro discurso en el que recriminaba a sus hombres sus actos, su traición y su cobardía¹⁰⁸⁸, Publio Cornelio Escipión Africano dio orden de ejecutar allí mismo a los líderes del motín¹⁰⁸⁹. El resto del ejército, aterrorizado por el castigo, fue, sin embargo, perdonado¹⁰⁹⁰.

bando rival podían ser reclamados por Roma para ser debidamente castigados (V. Max. 2.7.11-14; Fron. Str. 4.1.20; Lendon, 2014-2015: 57).

¹⁰⁸² Plb. 6.37-38; Marín y Peña, 1956: 241; Pina Polo, 1989: 209-210; 1995: 214; Perea, 2003: 120, 130; Rivero, 2006: 127. Si bien lo habitual era que la indisciplina se reprimiera en el interior del mismo ejército —probablemente *extra muros castrorum*, si se trataba de ejecuciones sumarias (Carcani, 1981: 43; Espejo, 1996: 101, 108-109; Perea, 2003: 127-128; Escorihuela, 2020-2021: 92)—, también hubo casos en los que los soldados culpables de haber cometido algún delito fueron llevados a Roma para ser procesados, juzgados y, llegado el caso, castigados (Plb. 1.7.11-12; Cic. Clu. 97, 99; D.S. 27.4; Liv. 8.33-35.9; 29.20.4, 21.12, 22.7; 55; V. Max. 1.1.21; 2.7. 5, 8, 15, 9.7; Fron. Str. 4.1.18, 22, 32, 38-39; App. Hann. 55; D.C. 30-35, fr. 100; Andrieux, 1927: 21, 54; Marín y Peña, 1956: 238-239; Chrissanthos, 1999: 9-10).

¹⁰⁸³ Plb. 11.25.8-11, 26.2-7; Liv. 28.25.8-10, 26.2-6.

¹⁰⁸⁴ Plb. 11.25.9; Liv. 28.25.9; App. Hisp. 34; Zonar. 9.10.6.

¹⁰⁸⁵ Plb. 11.27.2; Liv. 28.25.15; App. Hisp. 35; Zonar. 9.10.6.

¹⁰⁸⁶ Plb. 11.25.8-11, 26.2-7; Liv. 28.25.8-10, 26.2-6; App. Hisp. 34-35; Zonar. 9.10.5-8.

¹⁰⁸⁷ Plb. 11.27.8; Liv. 28.24.15-16, 25.13-14, 26.7-8, 12; App. Hisp. 35.

¹⁰⁸⁸ Plb. 11.28-29; Liv. 28.27-29.

¹⁰⁸⁹ Plb. 11.30.2.4; Liv. 28.29.10-11; App. Hisp. 36; D.C. 16.47; Zonar. 9.10.8.

¹⁰⁹⁰ Plb. 11.30.5; Liv. 28.29.12; App. Hisp. 36; D.C. 16.47; Zonar. 9.10.8. Para más información sobre el motín de Sucro, *vid.* Andrieux, 1927: 48-49; Gruen, 1974: 474; Gabba, 1975: 45-50; Carcani, 1981: 107-111; Miller, 1984: 135; Salmon, 1986: 77-84; Pina Polo, 1989: 209-210; Hinard, 1990: 150; Hammond, 1993: 325-332; Chrissanthos, 1997: 172-184; 1999: 24, 85-101; 2004: 356-357, 359; Williams, 2001: 143-153; Perea, 2003: 140; Rosenstein, 2004: 189-190; Kiesling, 2006: 239-240; Phang, 2008: 125; Aranita, 2009a: 1-19; 2009b: 36-51; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Quesada, 2014-2015: 65; Machado, 2017: 27, 37; Sage, 2018: 266; James, 2019: 119; Brice, 2020a: 44, 61; 2020d: 264-265.

Al igual que las recompensas, los castigos podían aplicarse individual o colectivamente¹⁰⁹¹. Los castigos individuales estaban reservados, generalmente, a quienes habían cometido un delito o falta grave por iniciativa propia, es decir, sin la complicidad de otros miembros del ejército y sin la participación de ningún otro soldado¹⁰⁹². Un ejemplo de ello lo encontramos en el castigo que recibieron los hijos de Aulo Postumio Tuberto y Tito Manlio Imperioso Torcuato. A ambos jóvenes se les castigó de manera individual, quedando el resto del ejército al margen de su condena¹⁰⁹³. Igualmente, se observa este mismo procedimiento en los castigos que Marco Porcio Catón y Publio Cornelio Escipión Emiliano aplicaron a los soldados que eran vistos fuera de su formación. En ningún caso se reprimió a la unidad de la que procedían dichos soldados, sino que, por el contrario, el castigo se limitó, exclusivamente, a quienes habían actuado inapropiadamente, y no al resto de compañeros de armas¹⁰⁹⁴.

No obstante, también podía darse el caso de que todo el ejército hubiera obrado equivocadamente, pero que sólo se castigase a un soldado, en concreto, al oficial al mando. Esta situación la vivimos cuando el dictador Lucio Papirio Cursor responsabilizó a su *magister equitum* Quinto Fabio Máximo Ruliano de haber desobedecido sus órdenes. Aunque todo el ejército tenía prohibido entablar combate y, por tanto, todos los soldados habían sido reos de la misma culpa, el dictador vertió su ira, únicamente, contra su *magister equitum*, ya que, en última instancia, él era el responsable del ejército en su ausencia y, por ende, quien debía garantizar que se cumplieran sus órdenes¹⁰⁹⁵.

Asimismo, también podía ocurrir que un soldado fuera castigado a modo de advertencia, en cuyo caso se cogía, o bien a uno o dos soldados al azar, o bien al

¹⁰⁹¹ Plb. 6.37-38. Cf. Marín y Peña, 1956: 240-241; Pina Polo, 1989: 210; Le Bohec, 2004: 84; Sage, 2008: 226; 2018: 268; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Brice, 2014: 63; James, 2019: 125; Pérez Carrandi, 2020a: 248.

¹⁰⁹² Tal y como ocurrió, por ejemplo, en 418 a. C., durante un enfrentamiento contra los ecuos: «Así, nada más iniciarse el primer combate, el dictador [Quinto Servilio Prisco Fidenas], después de desbaratar la primera línea enemiga con una carga de la caballería, dio orden de que avanzasen rápidamente las enseñas de la infantería y al único de sus portaestandartes que vacilaba le dio muerte» (Liv. 4.47.2; cf. Fron. Str. 2.8.8; Pérez Carrandi, 2020a: 249-250). Para otras referencias, vid. Cic. Clu. 97, 99; Sal. Jug. 69.4; Liv. 55; V. Max. 2.7.4-5, 7-9; 6.1.10-11; Fron. Str. 4.1.16, 26, 31-32, 39; Suet. Aug. 27.3; App. Num. frag. 3; D.C. 30-35, fr. 100.

¹⁰⁹³ Cic. Fin. 1.23, 35; D.S. 12.64; Sal. Cat. 52.30-31; Liv. 4.29.5-6; 8.6.14-7.22; V. Max. 2.7.6, 9.3.4; Fron. Str. 4.1.40; Gel. 9.13.20; Aur. Vict. De vir. ill. 28; Oros. 3.9.2; Zonar. 7.26.

¹⁰⁹⁴ Liv. 34.15.4; 57; Plu. Mor. 198E. Aunque castigar al soldado culpable de haber actuado en contra de la disciplina militar, y no a toda la unidad, podría parecer la opción más sensata y razonable, no siempre se actuó de esta manera. Así, en 76 a. C., Quinto Sertorio condenó a muerte a una cohorte entera en vez de castigar, simplemente, al soldado responsable de haber abusado de una mujer durante el asedio a la ciudad hispana de Lauro (App. BC 1.109). Según Apiano (BC 1.112), esta forma de hacer justicia no fue una excepción en la carrera de Sertorio. En 74 a. C., irritado por la desertión de parte de sus hombres, Quinto Sertorio volcó su rabia contra los que todavía permanecían a su lado, ya que los que habían abandonado su mando ya no se encontraban a su alcance para ser castigados (cf. App. BC 1.89, para un caso similar, pero esta vez protagonizado por el cónsul Cneo Papirio Carbón). Para más información, vid. infra, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, el punto 3.8.2. Lauro, 76 a. C.; *Locus incertus*, 74 a. C.; *Locus incertus*, 74-72 a. C.; Osca, 72 a. C., en donde se examinan todos estos sucesos.

¹⁰⁹⁵ Liv. 8.30-35.9; V. Max. 2.7.8; Fron. Str. 4.1.39; Aur. Vict. De vir. ill. 31-32.

soldado que hubiera destacado más en el caso de que su infracción hubiera tenido lugar en un contexto de insurrección general. Así, por ejemplo, en 46 a. C., aunque la mayor parte del ejército se rebeló poco después de la celebración de los cuatro primeros triunfos de César, este sólo castigó a tres soldados al azar¹⁰⁹⁶; en 45 a. C., Cneo Pompeyo el Joven ordenó ejecutar a Publio Curcio en presencia del ejército por haber conspirado contra él y en favor de Cayo Julio César¹⁰⁹⁷; y, en 36 a. C., el tribuno militar Ofilio “desapareció” sospechosamente después de haberse enfrentado abiertamente a Octaviano en el transcurso del motín que las legiones de este último protagonizaron en ese mismo año¹⁰⁹⁸. Mientras que las muertes de los tres soldados de César permitieron calmar el descontento general del ejército, y la ejecución de Curcio sirvió para avisar del destino que correría todo aquel que se atreviera a confabular contra la causa pompeyana, la repentina y misteriosa desaparición de Ofilio ayudó a disolver el motín y a que las tropas se desmovilizaran por miedo a que les pasara lo mismo que a su tribuno.

La casuística en torno a los castigos colectivos podía ser incluso todavía más amplia y compleja que la observada para los castigos individuales. En función de la gravedad del delito cometido, del contexto en el que este tuviera lugar, del mensaje que se quisiera lanzar y de las necesidades militares del comandante encargado de aplicar el castigo correspondiente, se podía castigar a un grupo indeterminado de soldados¹⁰⁹⁹, a un colectivo en particular¹¹⁰⁰, o, llegado el momento, a unidades enteras¹¹⁰¹.

Por regla general, se buscaba que el castigo fuera ejemplarizante, que sirviera de advertencia y que, por sí mismo, ayudara a restaurar la disciplina en el interior del ejército y a disuadir al resto de unidades de que actuaran incorrectamente. Sin embargo, esto no significó ni que se utilizara siempre la violencia física para reprimir el mal comportamiento de los soldados ni que se buscara castigar al mayor número de tropas posible, puesto que ni lo uno ni lo otro se podía sostener a largo plazo, llegando a ser, incluso, perjudicial para el mantenimiento de la disciplina militar¹¹⁰².

¹⁰⁹⁶ D.C. 43.24.3-4. Cf. Hinard, 1990: 151; Brice, 2020d: 255.

¹⁰⁹⁷ Cic. *Fam.* 218.6.18.2. Para un ejemplo similar, *vid.* App. *BC* 5.137.

¹⁰⁹⁸ App. *BC* 5.129. Cf. Keaveney, 2007: 89. Para otro ejemplo de naturaleza similar, *vid.* Suet. *Aug.* 27.3.

¹⁰⁹⁹ V. Max. 2.7.15; Fron. *Str.* 4.1.18; App. *BC* 1.59, 74.

¹¹⁰⁰ Como cuando, en 82 a. C., el cónsul Cneo Papirio Carbón mandó ejecutar al resto de jinetes celtíberos de su ejército, porque, recientemente, habían desertado doscientos setenta de ellos al bando de Sila (App. *BC* 1.89); o, cuando, en 48 a. C., César castigó a algunos de sus portaestandartes por considerarlos responsables de haber precipitado con su huida la fuga de todo el ejército durante la batalla de Dirraquio (Caes. *Civ.* 3.74.1; Suet. *Jul.* 68.3; App. *BC* 2.63). Para otros ejemplos más tempranos, *vid.* V. Max. 2.9.7; Fron. *Str.* 4.1.22.

¹¹⁰¹ Liv. 40.41.11; Fron. *Str.* 4.1.43, 46.

¹¹⁰² Perry, 1941: 100; Lendon, 2014-2015: 57-58. Si la *decimatio* que Marco Licinio Craso aplicó, en 71 a. C., ayudó, de acuerdo con Apiano (*BC* 1.119), a restablecer el ánimo y la moral de las tropas, y a que estas lucharan con más coraje contra Espartaco, los castigos que ejerció Quinto Sertorio, en 74 a. C. (App. *BC* 1.112), y la *decimatio* atenuada que ordenó Marco Antonio, en 44 a. C. (Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Liv. 117; App. *BC* 3.43; D.C. 45.13.2), provocaron el efecto contrario al generar la animadversión y el rechazo de sus respectivos soldados. Para más información sobre todos estos episodios, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

Según Vegetio (*Epitoma Rei Militaris* 3.4), si la gravedad de la insurrección precisaba de remedios violentos, era más aconsejable «castigar a los cabecillas para que, con el sufrimiento de unos pocos, todos quedaran asustados con el ejemplo», que castigar a la totalidad del ejército. Esto lo pudimos ver cuando hablamos de la represión del motín de Sucro. En lugar de castigar a toda la guarnición, lo cual hubiera resultado muy complicado, habida cuenta de que la formaban ocho mil soldados, o de aplicar una *decimatio*, lo cual hubiera supuesto la pérdida de un elevado número de tropas en un momento de la guerra en la que Roma necesitaba hasta el último soldado, Publio Cornelio Escipión Africano prefirió castigar a los treinta y cinco responsables del motín y que el miedo al castigo hiciera el resto¹¹⁰³.

El hecho de que se intentara, en la medida de lo posible, minimizar el impacto que el castigo pudiera provocar en el ejército, sobre todo si este se ejercía por medio de métodos violentos e implicaba la eliminación física de los soldados culpables¹¹⁰⁴, hizo que, en muchas ocasiones, la arbitrariedad y el destino jugaran un papel importante a la hora de reprimir a las tropas. Y es que, son numerosos los ejemplos en los que, con el propósito de mantener el equilibrio entre asustar a los soldados y ejercer un castigo ejemplar y evitar causar el mayor daño posible a las tropas, los mandos militares romanos se sirvieron del azar para castigar a sus efectivos¹¹⁰⁵. En este sentido, fue la *decimatio* el castigo preferido para reprimir la indisciplina cuando esta ya se había extendido a todo el ejército, pero no se quería castigar por igual a todos los soldados¹¹⁰⁶.

La *decimatio* consistía en separar del resto del ejército a las tropas acusadas de indisciplina y dividir las en grupos de diez soldados. Dentro de cada grupo se echaba a suertes quién debía ser castigado. A continuación, el seleccionado era golpeado (*fustuarium*) hasta la muerte por los nueve restantes, todos ellos compañeros de armas de la víctima, a quienes, no obstante, se les podía castigar también mandándoles acampar fuera del campamento militar —y, por consiguiente, en un lugar no seguro— y dándoles raciones de cebada en lugar de trigo¹¹⁰⁷. La primera *decimatio* documentada de la que tenemos constancia para época republicana tuvo lugar, en 471 a. C., cuando Apio Claudio Craso diezmó a sus hombres por abandonar su puesto en el combate, darse a la fuga y abandonar en su huida tanto sus armas como sus enseñas¹¹⁰⁸. A partir de esta

¹¹⁰³ Plb. 11.30.2.4; Liv. 28.29.10-11; App. *Hisp.* 36; D.C. 16.47; Zonar. 9.10.8.

¹¹⁰⁴ J. *BJ* 5.128-129. Conforme a Valerio Máximo (2.7.11-14) y Frontino (*Str.* 4.1.20), esta condescendencia no se tuvo siempre en cuenta, siendo habitual, al menos durante los siglos centrales de la República, que los soldados desertores fueran cruelmente castigados.

¹¹⁰⁵ Fron. *Str.* 4.1.35-36. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 249.

¹¹⁰⁶ Plb. 6.38; Cic. *Clu.* 128.

¹¹⁰⁷ Plb. 6.38; Cic. *Clu.* 128; Bouquie, 1884: 127-128; Andrieux, 1927: 55-56; Marín y Peña, 1956: 243; Carcani, 1981: 34-35; Cordente, 1991: 183; Vallejo, 1998: 175-176; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 120, 122-123; 2006a: 10-12; Le Bohec, 2004: 84; Harris, 2006: 308; Kiesling, 2006: 234; Southern, 2006: 146; Phang, 2008: 123-129; Sage, 2008: 228-229; Lee, 2009: 203; Goldsworthy, 2011: 101; Salvo, 2013: 19-24; Brice 2014: 61-62; 2020a: 59, 62; 2020b: 50; Aguado, 2015: 265; Goldberg, 2016: 141-164; Henaut, 2016: 165-182; Faszczka, 2018: 85-98; James, 2019: 36-37, 59, 112, 125-126; Pearson, 2019: 665-688; Pérez Carrandi, 2020a: 248; Taylor, 2022: 105-120.

¹¹⁰⁸ Liv. 2.59.9-11; Fron. *Str.* 4.1.34; Flor. *Epit.* 1.22.2; Bouquie, 1884: 128-129; Andrieux, 1927: 55; Carcani, 1981: 34; Vallejo, 1998: 171; Lovisi, 1999: 167; Kiesling, 2006: 238; Phang, 2008: 125; Sage, 2008: 228-229; Salvo, 2013: 19; Goldberg, 2016: 143; Henaut, 2016: 167, 173, 179-180; Pérez Carrandi, 2020a: 248.

fecha, la *decimatio* fue utilizada, con más o menos frecuencia e intensidad, durante toda la República¹¹⁰⁹, siendo también habitual el uso de *decimationes* atenuadas¹¹¹⁰.

La cosa se torna diferente cuando se trata de castigos no violentos. En tales circunstancias, el castigo se podía extender sin límites a todo el ejército, llegándose, incluso, a castigar a legiones enteras. Probablemente, uno de los ejemplos más conocidos sea el de las legiones de Cannas. Como ya comentamos más arriba¹¹¹¹, además de rechazar el rescate propuesto por Aníbal¹¹¹², el Senado castigó a los supervivientes de la batalla desterrando a las unidades afectadas a Sicilia, de donde se les prohibió salir hasta que la guerra no hubiera terminado en Italia¹¹¹³. Junto a aquellas, el Senado aisló en la isla a todos los soldados y unidades que, durante la defensa de Italia, demostraron no estar a la altura de las circunstancias¹¹¹⁴.

Con este tipo de castigos se buscaba humillar a los soldados culpables de no haber combatido con valor o de haber cometido algún acto de indisciplina. Así, por ejemplo, en 180 a. C., además de ordenar que se reincorporasen al ejército todos los soldados que habían sido licenciados de manera irregular por el tribuno militar Marco Fulvio Flaco, se redujo a la mitad la paga anual de toda la legión y se dio orden de poner en venta la persona y los bienes de quienes no acataran la orden de regresar al ejército¹¹¹⁵; en 176 a. C., el Senado «no permitió que se contase como servicio militar el prestado un año entero, ni que se diera sueldo alguno durante ese mismo tiempo» a los soldados que, en su opinión, habían permitido que el cónsul Quinto Petilio Espurino muriera durante la guerra contra los ligures¹¹¹⁶; y, en 75 a. C., el procónsul Cayo Escibonio Curión, además de humillar con la realización de todo tipo de trabajos de baja cualificación a la legión que, recientemente, se había intentado amotinar, terminó disolviendo a dicha unidad y distribuyendo a sus miembros entre el resto de sus legiones¹¹¹⁷.

Tal y como podemos apreciar, las autoridades políticas y militares romanas manejaron una amplia gama de castigos con los que reprimir la indisciplina en el ejército¹¹¹⁸. A este respecto, destacamos la pena capital (*supplicium*)¹¹¹⁹, el castigo

¹¹⁰⁹ Fron. Str. 4.1.37; Plu. Crass. 10.3-5; Ant. 39.8; App. BC 1.118-119; 3.43, 53; D.C. 48.42.1-4; 49.26.3, 27.1; 38.4.

¹¹¹⁰ Como las que aplicaron Cayo Julio César y Marco Antonio, en 49 y 44 a. C., respectivamente. Para más información, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en donde se analizan ambos episodios.

¹¹¹¹ *Vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, honra y honor en el ejército romano.

¹¹¹² Liv. 22.60.7, 11. *Cf.* Phang, 2008: 136, 143.

¹¹¹³ Liv. 23.25.7; 24.18.9; 25.5.11; 26.1.8, 2.14; V. Max. 2.7.15. *Cf.* Bouquie, 1884: 168; Andrieux, 1927: 50-51, 54; Rosenstein, 1990: 102-103; Horsmann, 1991: 191-192; Cosme, 2003b: 305; Southern, 2006: 146; Phang, 2008: 143; Lendon, 2014-2015: 56-58; Machado, 2017: 20; Sage, 2018: 268; James, 2019: 111-112.

¹¹¹⁴ Liv. 23.25.8; 24.18.7; 26.1.9-10; Fron. Str. 4.1.25; Plu. Marc. 13. *Cf.* Pérez Carrandi, 2020a: 243-244.

¹¹¹⁵ Liv. 40.41.11. *Cf.* Andrieux, 1927: 53.

¹¹¹⁶ V. Max. 2.7.15. *Cf.* Fron. Str. 4.1.46; Bouquie, 1884: 132-133; Cordente, 1991: 180; Pérez Carrandi, 2020a: 244.

¹¹¹⁷ Fron. Str. 4.1.43. *Cf.* Pérez Carrandi, 2020a: 253.

¹¹¹⁸ Dig. 49.16.3.1. *Cf.* Perea, 2003: 137.

¹¹¹⁹ Cic. Ver. 5.133; Sal. Jug. 69.4; Liv. 24.20.6; 92; V. Max. 2.7.14-15; Fron. Str. 4.1.38; J. BJ 3.103; 5.124; Suet. Aug. 24.2, 27.3; App. BC 1.74, 89, 109, 112; 2.43; 3.56; 5.115, 129, 137; Num. frag. 3; D.C. 43.9.1, 24.3-4; 47.23.4; 51.5.6. *Cf.* Bouquie, 1884: 107-131; Andrieux, 1927: 48-50, 55-56; Marín y Peña,

corporal (*castigatio*)¹¹²⁰, la realización de trabajos extra (*munerum indictio*)¹¹²¹, la multa económica (*pecuniaria multa*)¹¹²², el traslado o cambio de unidad (*militiae mutatio*)¹¹²³, la degradación (*gradus deiectio*)¹¹²⁴ y el licenciamiento con deshonor (*ignominiosa missio*)¹¹²⁵.

Mientras que la pena capital solía estar reservada para delitos especialmente graves, como la desobediencia, la pérdida de las armas, el abandono del puesto, el asesinato, la sedición o la deserción¹¹²⁶, y solía llegar, o bien por decapitación¹¹²⁷, como en el caso de los hijos de Aulo Postumio Tuberto y Tito Manlio Imperioso Torcuato, o bien como resultado de un castigo físico particularmente severo, como en el caso de la *decimatio*¹¹²⁸ o de la crucifixión¹¹²⁹; el castigo corporal podía aplicarse en situaciones

1956: 241; Nicolet, 1980: 106; Carcani, 1981: 33-35, 43; Pina Polo, 1989: 210; Cordente, 1991: 182-183; Espejo, 1996: 96-98; Vallejo, 1998: 174-177; Lovisi, 1999: 166-170; Perea, 2003: 127, 137; 2006a: 10; Le Bohec, 2004: 84; Harris, 2006: 308; Rivero, 2006: 127-128; Southern, 2006: 147; Phang, 2008: 9, 120-129; Goldsworthy, 2011: 101; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Brice, 2014: 63; 2020b: 50; Aguado, 2015: 265.

¹¹²⁰ Plb. 6.37.1-3, 5, 38.1-4; Cic. *Clu.* 128. Cf. Bouquie, 1884: 109-110, 124-125; Andrieux, 1927: 50; Nicolet, 1980: 106; Carcani, 1981: 33-36, 42-43; Cordente, 1991: 179-180; Bauman, 1996: 131; Espejo, 1996: 96-98; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 120-125, 127-128, 137; 2006a: 10-16; Le Bohec, 2004: 84; Harris, 2006: 308; Kiesling, 2006: 234-237; Southern, 2006: 146-147; Phang, 2008: 9, 121-122, 129-131; Sage, 2008: 226; Lee, 2009: 203; Matyszak, 2010: 76-78; Goldsworthy, 2011: 101; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Pérez Carrandi, 2020a: 248.

¹¹²¹ Fron. *Str.* 4.1.43; Plu. *Luc.* 15.7. Cf. Carcani, 1981: 37; Cordente, 1991: 181; Bauman, 1996: 131; Perea, 2003: 128, 137; Southern, 2006: 147; Matyszak, 2010: 77; Chrissanthos, 2013: 326; Mateo, 2017: 87.

¹¹²² Liv. 40.41.11; V. Max. 2.7.15 Fron. *Str.* 4.1.22, 46. Cf. Bouquie, 1884: 109, 132; Andrieux, 1927: 53; Marín y Peña, 1956: 241-242; Nicolet, 1980: 106; Carcani, 1981: 36-37; Pina Polo, 1989: 210; Cordente, 1991: 180; Bauman, 1996: 131; Perea, 2003: 126, 130, 137; Le Bohec, 2004: 84; Southern, 2006: 147; Lee, 2009: 203; Matyszak, 2010: 77; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Brice, 2014: 63; 2020b: 50; Aguado, 2015: 264; Pérez Carrandi, 2020a: 253.

¹¹²³ V. Max. 2.7.4, 15; Fron. *Str.* 4.1.18, 31. Cf. Bouquie, 1884: 136; Andrieux, 1927: 52; Carcani, 1981: 37; Cordente, 1991: 181; Bauman, 1996: 131; Perea, 2003: 126, 130, 137; Le Bohec, 2004: 84; Southern, 2006: 147; Phang, 2008: 144; Matyszak, 2010: 77.

¹¹²⁴ Caes. *Civ.* 3.74.1; V. Max. 2.7.4, 15, 9.7; Fron. *Str.* 4.1.18, 22, 31. Cf. Bouquie, 1884: 127, 133-135; Andrieux, 1927: 52; Marín y Peña, 1956: 242-244; Carcani, 1981: 37-38; Pina Polo, 1989: 210; Cordente, 1991: 181-182; Bauman, 1996: 131; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 126, 130, 137; Le Bohec, 2004: 84; Southern, 2006: 147; Phang, 2008: 9, 143-144; Sage, 2008: 226; 2018: 268; Matyszak, 2010: 77; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Aguado, 2015: 264; Brice, 2020b: 50.

¹¹²⁵ Caes. *BAfr.* 46.4; Fron. *Str.* 4.5.2; Suet. *Jul.* 69; *Aug.* 24.2; D.C. 41.35.4-5, 36.1; *Dig.* 49.16.4.6; 13.3. Cf. Bouquie, 1884: 133-134; Andrieux, 1927: 51-52; Marín y Peña, 1956: 242; Carcani, 1981: 38-39; Pina Polo, 1989: 210; Cordente, 1991: 182; Bauman, 1996: 131; Perea, 2003: 125-126, 130, 137; Rivero, 2006: 127-128; Southern, 2006: 147; Phang, 2008: 9, 143-146; Matyszak, 2010: 78; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Brice, 2020b: 50.

¹¹²⁶ Tal y como hizo, por ejemplo, Publio Cornelio Escipión Emiliano, en 146 a. C., cuando «entregó a las fieras a los desertores extranjeros [aliados] cuando ofreció al pueblo unos espectáculos circenses» (V. Max. 2.7.13; cf. Bouquie, 1884: 119; Phang, 2008: 120). Para otros ejemplos de crueldad semejante, *vid.* V. Max. 2.7.14; App. *Num.* frag. 3; Andrieux, 1927: 54; Phang, 2008: 120. Asimismo, para más información sobre cómo se castigó la deserción en el ejército romano, *vid.* Vallejo, 1993: 241-251; 1996: 399-408; Cosme, 2003b: 287-307; Wolff, 2009; Gueye, 2013a: 221-238.

¹¹²⁷ Plb. 1.7.12; Liv. 2.59.10; 8.7.20-22; V. Max. 2.7.6, 12; Fron. *Str.* 4.1.35, 36. Cf. Bouquie, 1884: 108; Andrieux, 1927: 48; Carcani, 1981: 33, 43; Pina Polo, 1989: 210; Espejo, 1996: 96, 101, 108-109; Vallejo, 1998: 176; Perea, 2006: 10; Pérez Carrandi, 2020a: 248.

¹¹²⁸ Plb. 6.38.1-4; Liv. 2.59.11; Cic. *Clu.* 129; Fron. *Str.* 4.1.34, 37; Plu. *Crass.* 10.3-5; *Ant.* 39.8; Tac. *Ann.* 3.21; Suet. *Aug.* 24.2; App. *BC* 1.118; 3.43, 53; Polyæn. 8.24.1; D.C. 48.42.1-4; 49.27.1, 38.4. Cf. Bouquie, 1884: 108; Marín y Peña, 1956: 243; Cordente, 1991: 183; Vallejo, 1998: 175-176; Le Bohec, 2004: 84; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Brice, 2014: 63; 2020b: 50; James, 2019: 125.

muy distintas y de maneras muy diversas, siendo, sin embargo, la mutilación de brazos y/o piernas¹¹³⁰ y la flagelación¹¹³¹ los castigos físicos más recurrentes. De esta forma, se podía cortar las manos de quienes eran sorprendidos robando en el campamento¹¹³² o de quienes desertaban del ejército¹¹³³, y se podía azotar a los soldados como paso previo a ser ejecutados¹¹³⁴, arrojados desde la roca Tarpeya¹¹³⁵ o vendidos como esclavos¹¹³⁶.

Asimismo, se podía castigar a las tropas con la realización de trabajos extra, muchas veces humillantes o de baja cualificación, como cuando, en 75 a. C., Cayo Escibonio Curión «obligó a sus miembros a desnudarse para trabajar y que cortaran paja bajo la vigilancia de guardias armados»¹¹³⁷, o cuando, en 72 a. C., Lucio Licinio Lúculo hizo lo propio y ordenó que las tropas que habían huido de la batalla contra Mitrídates VI del Ponto cavaran «una zanja de doce pies llevando túnicas sin ceñir, mientras que el resto de los soldados se quedaban en pie alrededor y les observaban»¹¹³⁸. En ambos ejemplos, tal y como se pudo observar, los castigos se completaron con la humillación pública de las tropas rebeldes¹¹³⁹. Así, por un lado, se obligó a los soldados a que se desprendieran de sus atributos castrenses, y, por el otro, se hizo testigo al resto del ejército de la condena de sus compañeros de armas.

La imposición de multas económicas, como la deducción en la parte correspondiente del botín y la suspensión y/o reducción de la soldada, fue otra manera de recordar a los soldados las consecuencias que podían derivarse del incumplimiento

¹¹²⁹ «Una vez conquistada Cartago, como volviese a tener a sus órdenes a todos aquellos que habían desertado de los nuestros para ponerse al lado de los cartagineses, [Publio Cornelio Escipión Africano] tomó medidas más severas contra los romanos que contra los latinos: a los primeros los hizo crucificar como esclavos fugitivos; a los segundos les cortó la cabeza como aliados rebeldes» (V. Max. 2.7.12; cf. Phang, 2008: 120; Sage, 2008: 225; 2018: 266). Cf. Bouquie, 1884: 111-112; Andrieux, 1927: 49; Espejo, 1996: 97, 101; Perea, 2003: 131.

¹¹³⁰ V. Max. 2.7.11; Fron. Str. 4.1.16, 42; App. Num. frag. 3. Cf. Bouquie, 1884: 109; Andrieux, 1927: 50; Carcani, 1981: 43; Espejo, 1996: 97, 101, 108; Chrissanthos, 2013: 322.

¹¹³¹ Plb. 1.7.12; Sal. Jug. 69.4; Liv. 2.59.10; 24.20.6; 55; V. Max. 2.7.4, 8, 15; Fron. Str. 4.1.20, 30, 39. Cf. Bouquie, 1884: 108, 124-125; Nicolet, 1980: 106; Cordente, 1991: 180; Espejo, 1996: 96, 101; Cowan, 2003: 22; Kiesling, 2006: 242; Southern, 2006: 147; Lee, 2009: 203; Matyszak, 2010: 77; Chrissanthos, 2013: 326; Brice, 2014: 63; 2020b: 50; Pérez Carrandi, 2020a: 253.

¹¹³² Fron. Str. 4.1.16. Cf. Perea, 2006a: 10

¹¹³³ V. Max. 2.7.11; Fron. Str. 4.1.42; App. Num. frag. 3. Cf. Cordente, 1991: 183; Espejo, 1996: 97, 101; Vallejo, 1998: 175, 177; Sage, 2018: 266; Pérez Carrandi, 2020a: 254.

¹¹³⁴ En 270 a. C., el Senado ordenó que cada día fueran azotados y decapitados cincuenta de los más de trescientos soldados romanos que habían sido hechos prisioneros tras la recuperación de la ciudad de Regio (Plb. 1.7.12; V. Max. 2.7.15; Brand, 2019: 142; Pérez Carrandi, 2020a: 245). Cf. Liv. 2.59.10; Pina Polo, 1989: 210; Vallejo, 1998: 172, 176; Kiesling, 2006: 235.

¹¹³⁵ En 214 a. C., trescientos setenta desertores fueron enviados por el cónsul Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator a Roma, «donde fueron azotados con varas en el comicio y precipitados desde la roca Tarpeya» (Liv. 24.20.6). Cf. Bouquie, 1884: 108; Andrieux, 1927: 49; Espejo, 1996: 97, 101; Kiesling, 2006: 238.

¹¹³⁶ En 138 a. C., «en el consulado de Publio Cornelio [Escipión] Nasica [Serapión] y Décimo Junio [Bruto Galaico], aquellos que habían desertado del ejército fueron condenados a ser azotados con varas en público y luego ser vendidos en esclavitud» (Fron. Str. 4.1.20; cf. Pérez Carrandi, 2020a: 254). Cf. Liv. 55; Vallejo, 1998: 176; Chrissanthos, 2013: 326.

¹¹³⁷ Fron. Str. 4.1.43. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 253.

¹¹³⁸ Plu. Luc. 15.7. Cf. Carcani, 1981: 37; Phang, 2008: 142.

¹¹³⁹ Por lo general, los castigos se infringían públicamente, a la vista de todo el ejército, pues, además de para reprimir a los culpables, servían como advertencia a los demás (Plb. 1.7.11-12; Cic. Fam. 218.6.18.2; Liv. 24.20.6; 55; V. Max. 2.7.15; Fron. Str. 4.1.16, 20, 35, 38; App. BC 1.59; Gel. 10.8.1; D.C. 43.24.3-4). Cf. Pina Polo, 1989: 210; Chrissanthos, 2013: 322; Escorihuela, 2020-2021: 92.

de su deber. En 252 a. C., se acordó no pagar los salarios atrasados de los caballeros que se habían negado a participar de los trabajos que el cónsul Cayo Aurelio Cota les había mandado¹¹⁴⁰; en 180 a. C., se redujo a la mitad la paga de los soldados que habían abandonado el ejército tras haber sido ilegalmente licenciados por el tribuno militar Marco Fulvio Flaco¹¹⁴¹; y, en 176 a. C., se suspendió durante un año la paga de la legión que no había sido capaz de proteger la vida del cónsul Quinto Petilio Espurino¹¹⁴².

Por otra parte, el traslado o cambio de unidad y la degradación solían ser penas complementarias, dándose, en muchas ocasiones, de manera simultánea. Así, por ejemplo, cuando, en 279 a. C., el Senado deliberó qué hacer con los prisioneros romanos que el rey Pirro de Epiro había devuelto a Roma, se decretó que, con la finalidad de que pudieran limpiar su deshonor y resarcirse de su captura, «todos aquellos que habían formado parte de la caballería fueran degradados a la condición de soldados de infantería y que todos los que habían sido soldados de infantería pasaran a formar parte de las tropas auxiliares de honderos», y que «no serían reintegrados en su primitivo destino militar hasta que no trajeran por dos veces despojos del enemigo»¹¹⁴³.

Este tipo de condenas se podían aplicar tanto de manera individual —tal y como ocurrió, en 252 a. C., cuando el cónsul Cayo Aurelio Cota condenó a prestar servicio como soldado de infantería a su pariente Publio Aurelio Pecuniola¹¹⁴⁴— como de manera colectiva —tal y como sucedió, también, en 252 a. C., cuando Cayo Aurelio Cota, una vez más, hizo degradar a todos aquellos caballeros que se habían negado a obedecer una orden suya directa¹¹⁴⁵, o cuando, en 48 a. C., César «notó de infamia a algunos portaestandartes, y los degradó»¹¹⁴⁶—. Igualmente, se podía dar un paso más, disolver a la unidad rebelde y repartir a sus integrantes entre el resto de unidades del ejército, tal y como hizo Cayo Escibonio Curión, en 75 a. C., cuando disolvió a la legión que había intentado amotinarse y repartió a sus hombres entre el resto de legiones bajo su mando¹¹⁴⁷.

Por último, se podía, o bien deportar, o bien licenciar con deshonor a aquellos soldados o unidades que hubieran demostrado un comportamiento indigno. Mientras que del primer caso ya se habló más arriba cuando comentamos el castigo que recibieron las legiones de Cannas y otras unidades militares que no demostraron estar a la altura de las circunstancias durante sus respectivos enfrentamientos contra Aníbal¹¹⁴⁸, del segundo caso hallamos los siguientes ejemplos: en 49 a. C., cuando Cayo Julio César licenció, aunque sólo de manera temporal, a la *VIII* legión por haberse sublevado

¹¹⁴⁰ Fron. Str. 4.1.22. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 245.

¹¹⁴¹ Liv. 40.41.11. Cf. Andrieux, 1927: 54.

¹¹⁴² V. Max. 2.7.15; Fron. Str. 4.1.46. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 244.

¹¹⁴³ V. Max. 2.7.15. Cf. Fron. Str. 4.1.18; Bouquie, 1884: 136; Andrieux, 1927: 54; Pérez Carrandi, 2020a: 244.

¹¹⁴⁴ V. Max. 2.7.4 Fron. Str. 4.1.31.

¹¹⁴⁵ Fron. Str. 4.1.22; Pérez Carrandi, 2020a: 245. Cf. V. Max. 2.9.7, para un caso análogo al expuesto.

¹¹⁴⁶ Caes. Civ. 3.74.1. Cf. App. BC 2.63; Pina Polo, 1989: 210; Rivero, 2006: 127.

¹¹⁴⁷ Fron. Str. 4.1.43. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 253.

¹¹⁴⁸ Vid. *supra*. Sobre el exilio y deportación de tropas, vid. Andrieux, 1927: 50-51; Harris, 2006: 308; Chrissanthos, 2013: 322.

en *Placentia*¹¹⁴⁹, y, en 46 a. C., cuando, de nuevo César, «expulsó del ejército, con una anotación de ignominia a causa de su negligencia, a los que tenían la misión de controlar con naves de guerra el sector marítimo situado enfrente de Tapso»¹¹⁵⁰.

La mayoría de estos castigos se podían acompañar, no obstante, de la ejecución de otras sanciones, tales como dar cebada a los soldados en lugar de trigo (*frumentum mutatum*)¹¹⁵¹ y obligar a las tropas a acampar fuera de los muros del campamento (*extra vallum tendere*)¹¹⁵²; castigos, estos últimos, que, por lo demás, se solían ejercer con objeto de extender la condena a las tropas que, aun habiendo cometido un acto de indisciplina, se habían librado de sufrir un castigo mayor. Por ejemplo, era frecuente, según Polibio (6.38.3), que, después de una *decimatio*, a los soldados que no habían sido castigados se les obligara a atrincherarse fuera del *castrum* y a comer cebada en vez de trigo¹¹⁵³. Mientras que con el primer castigo se buscaba la expulsión temporal y simbólica de la unidad rebelde, al tiempo que se le privaba de la seguridad del campamento y se le exponía a toda clase de peligros, con el segundo castigo se buscaba la humillación de las tropas.

Humillación que, por otro lado, se podía conseguir, tal y como ya vimos más arriba, obligando a las tropas a que realizaran trabajos de baja cualificación, desnudando a los soldados y despojándoles de sus atributos militares, haciendo que el resto del ejército contemplara impasible como sus compañeros de armas eran vejados y doblegados, e imponiendo a los soldados todo tipo de castigos denigrantes, como el que, en 133 a. C., aplicó Lucio Calpurnio Pisón Frugi a Cayo Ticio, obligándole a que estuviese desde la mañana hasta la noche ininterrumpidamente delante del cuartel general sin hablar con nadie ni usar los baños¹¹⁵⁴.

¹¹⁴⁹ Dicha unidad fue restituida, debido a la emergencia de efectivos que tenía César para enfrentarse a Pompeyo, y sólo después de haber castigado a los líderes de la revuelta (Fron. *Str.* 4.5.2; Suet. *Jul.* 69; D.C. 41.35.4-5, 36.1). Para más información sobre lo sucedido, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, el punto 3.15.7. *Placentia*, Galia Cisalpina, 49 a. C.

¹¹⁵⁰ Caes. *B.Afr.* 46.4.

¹¹⁵¹ Liv. 27.13.9; Fron. *Str.* 4.1.25; Plu. *Marc.* 25.6; *Ant.* 39.8; Suet. *Aug.* 24.2; Polyæn. 8.24.2; D.C. 49.27.1, 38.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.13. Cf. Marín y Peña, 1956: 243; Carcani, 1981: 41; Cordente, 1991: 180; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 129; Le Bohec, 2004: 84; Southern, 2006: 147; Phang, 2008: 142; Lee, 2009: 203; Matyszak, 2010: 78; Brice, 2014: 63; Aguado, 2015: 264.

¹¹⁵² Plb. 6.38.3; V. Max. 2.7.15; Fron. *Str.* 4.1.19, 21; Tac. *Ann.* 13.36. Cf. Bouquie, 1884: 137; Marín y Peña, 1956: 243; Carcani, 1981: 40; Cordente, 1991: 181; Andrés, 2002, 150; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 128-129; Le Bohec, 2004: 84; Southern, 2006: 146-147; Phang, 2008: 142; Lee, 2009: 203; Matyszak, 2010: 78; Brice, 2014: 63; Aguado, 2015: 264.

¹¹⁵³ «Estos elegidos al azar son azotados tal como se dijo, inexorablemente; a los restantes se les suministran raciones de cebada en vez de trigo y se les manda acampar fuera del atrincheramiento, en un lugar ya inseguro». Cf. Plu. *Ant.* 39.8; Fron. *Str.* 4.1.37; D.C. 49.26.3, 27.1; Vallejo, 1998: 176, cuando, en 36 a. C., Marco Antonio ordenó que se distribuyera cebada en vez de trigo después de haber diezmado a una parte de su ejército.

¹¹⁵⁴ V. Max. 2.7.9 Fron. *Str.* 4.1.26; Bouquie, 1884: 134; Andrieux, 1927: 51, 53; Perea, 2006a: 18-19; Phang, 2008: 141; Mateo, 2017: 87. Para castigos de naturaleza similar, *vid.* Fron. *Str.* 4.1.27-28; Suet. *Aug.* 24.2; Polyæn. 8.24.3. Y, para más información sobre los castigos humillantes, *vid.* Bouquie, 1884: 118, 136-137; Andrieux, 1927: 52-53; Marín y Peña, 1956: 242; Carcani, 1981: 40-41; Espejo, 1996: 109; Cowan, 2003: 22; Perea, 2003: 123, 128-130; 2006a: 12-22; Le Bohec, 2004: 84; Phang, 2008: 9, 140-143; Southern, 2006: 147; Goldsworthy, 2011: 101; Chrissanthos, 2013: 322, 326; Brice, 2014: 63; 2020b: 50; Aguado, 2015: 264; Mateo, 2017: 87-88; Pérez Carrandi, 2020a: 246.

El hecho de que el sistema represivo romano contara con un abanico de castigos tan amplio, nos permite pensar en un régimen disciplinario en el que el castigo físico y la represión de la indisciplina no fueran ni lo único que se buscara ni lo único que se valorara. Y es que, además de para castigar la indisciplina, mejorar el comportamiento del ejército y consolidar la autoridad militar pertinente¹¹⁵⁵, así como para evitar la aparición y/o propagación de la insurrección¹¹⁵⁶, los castigos también sirvieron para restablecer el ánimo y mejorar tanto la confianza como la moral de las tropas¹¹⁵⁷; para advertir y disuadir a los soldados de que no cometieran ningún acto contrario a la disciplina militar¹¹⁵⁸; para recuperar el espíritu combativo del ejército¹¹⁵⁹; para restaurar la confianza perdida de los aliados¹¹⁶⁰; y para expiar, desde un punto de vista simbólico y religioso, la mancha que la indisciplina había dejado en el ejército¹¹⁶¹.

3.3. De la cohesión táctica a la cohesión social: ¿la formación de un *esprit de corps* en el ejército romano?

«So that the soldiers could engage together in battles and campaigns, it was crucial not only to maintain the discipline, but also to support the spirit of camaraderie, respect and mutual trust. They would develop the soldier's sense of duty and would illuminate both the desire not to

¹¹⁵⁵ Plb. 6.37.1-3, 5, 38.1-4; Caes. *B.Afr.* 46.4; Cic. *Clu.* 97, 99, 128; *Ver.* 5.133; Liv. 26.1.9-10; V. Max. 2.7.6, 8-9, 11-15; 6.1.10-11; Fron. *Str.* 4.1.16, 20, 22, 25, 34, 43; Plu. *Luc.* 15.7; *Crass.* 10.3-5; App. *BC* 1.74, 89, 109, 112-113, 118-119; 2.43; 3.43; 5.115, 137; *Num. frag.* 3; D.C. 30-35, fr. 100; 41.29.3-4, 33.3-4, 34.5, 35.2; 43.24.3-4; 47.23.4; 48.42.1-4; 49.34.4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4. Cf. Bouquie, 1884: 113, 133; Perea, 2003: 122-123, 137; Rivero, 2006: 126; Southern, 2006: 146; Phang, 2008: 9; Sage, 2008: 228; Brice, 2015b: 103-121; Pérez Carrandi, 2020a: 254.

¹¹⁵⁶ App. *BC* 1.114; 3.53, 79; D.C. 47.24.4, 48.3; 51.5.6. Cf. Phang, 2008: 5; Brice, 2015b: 103-121; Pérez Carrandi, 2020a: 250 y, especialmente, Kiesling, 2006: 233-245, quien, a imagen de lo planteado por Messer (1920: 158-175), cuestiona que los castigos fueran capaces de evitar la aparición de la indisciplina y de conservar, por sí mismos, la *disciplina militaris* (cf. Aguado, 2015: 266).

¹¹⁵⁷ App. *BC* 1.119; D.C. 48.42.1-4. Cf. Bouquie, 1884: 133; Perea, 2003: 123; Marques y Bento, 2012: 137; Brice, 2015b: 103-121.

¹¹⁵⁸ «Tiene gran eficacia, en efecto, a la hora de corregir una osadía, el tipo de castigo que se da, por cuanto una forma de vida que conserve siempre presente la desgracia del castigo, mueve al recuerdo a los que conocen los antecedentes y obliga a informarse a los que los desconocen» (Oros. 6.11.30). Cf. Plb. 6.37.4, 6, 38.4; Caes. *B.Afr.* 46.4; Cic. *Clu.* 128; *Fam.* 218.6.18.2; *Ver.* 5.133; *Sal. Jug.* 69.4; Liv. 26.1.9-10; 92; V. Max. 2.7.4, 6, 8-9, 11-15; 6.1.10-11; Fron. *Str.* 4.1.16, 20, 22, 25, 34-36; Plu. *Crass.* 10.3-5; Suet. *Aug.* 27.3; App. *BC* 1.59, 89, 109, 112, 114, 118; 2.43; 3.43, 53; 5.129, 137; *Num. frag.* 3; Gel. 10.8.1; D.C. 41.26.2, 28.2; 48.42.1-4; 49.27.1, 34.4, 38.4; 51.5.6. Cf. Bouquie, 1884: 112; Espejo, 1996: 98, 106; Vallejo, 1998: 174, 176; Perea, 2003: 122, 126, 137; 2006a: 12; Aguado, 2015, 266-267; Brice, 2015b: 103-121; 2020b: 52; Pérez Carrandi, 2020a: 250.

¹¹⁵⁹ «Porque el soldado que abandonó su puesto, que tuvo miedo ante el ímpetu y la fuerza del enemigo puede después revelarse todavía como mejor soldado, como hombre de bien y como útil ciudadano» (Cic. *Clu.* 128). Cf. Bouquie, 1884: 133.

¹¹⁶⁰ Tal y como ocurrió, conforme a Polibio (1.7.12-13), una vez que Roma recuperó la ciudad de Regio, en 270 a. C., y castigó a los soldados romanos rebeldes: «Con aquel castigo pretendían [los romanos] levantar en lo posible la confianza que sus aliados habían puesto en ellos. Y devolvieron, al punto, a los reginos su país y su ciudad». Cf. Brand, 2019: 142.

¹¹⁶¹ Como ya explicamos anteriormente (*vid. supra*), cuando, a partir del razonamiento sugerido por Aulo Gelio (10.8.1), presentamos la supuesta relación entre indisciplina y “enfermedad”, y la simbólica capacidad de la disciplina de limpiar la ignominia cometida por el soldado infractor, restaurar la armonía en el interior del ejército y recuperar el favor de los dioses. Cf. Cic. *Ver.* 5.133; Liv. 28.27.6, 16, 29.7, 12; V. Max. 2.7.6, 7; D.C. 43.24.3-4; Perea, 2003: 123; 2006a: 12-22; Lee, 2009: 203; Brice 2015b: 109; 2020a: 59, 62; Pérez Carrandi, 2020a: 251; Escorihuela, 2020-2021: 90-91, 93-94.

embarrass themselves in front of his comrades and not to let them down. The sense of belonging to the troop would trigger the soldier's loyalty to it and to its symbols, especially flags, badges and other insignia»¹¹⁶².

A lo largo de nuestro trabajo, hemos sido testigos de cómo el soldado romano fue sometido a una sistemática y constante disciplina interna. Desde el día de su conscripción hasta el momento de su licenciamiento, la vida del soldado romano estuvo fuertemente dirigida por una amplia variedad de rutinas, normas y preceptos que, con el paso del tiempo, permitieron su completa integración en el ejército romano. Las razones por las cuales las autoridades políticas y militares romanas decidieron ejercer en las tropas dicha presión e influencia fueron muy variadas, tal y como ya hemos explicado en lo que llevamos de estudio. Sin ánimo de insistir, nuevamente, en su casuística, podemos señalar que, según una parte importante de la historiografía clásica y moderna, la íntegra y absoluta sumisión del soldado romano era un requisito indispensable si se quería lograr la total homogeneización y profesionalización de las legiones, si se pretendía alcanzar la supremacía política y militar del Estado romano, si se quería asegurar el éxito en la guerra, y si se pretendía evitar la aparición de la indisciplina¹¹⁶³.

Sin embargo, ¿era suficiente con estimular la *virtus* del soldado e imponer a las tropas la más dura disciplina? ¿De qué más dependió el éxito militar romano?

Aunque de gran importancia para los romanos, ni la *virtus* ni la *disciplina militaris* fueron capaces de garantizar por sí mismas el éxito militar de Roma. Si el ejército romano quería tener un resultado favorable en la guerra, no bastaba con que sus soldados avanzaran golpeando sus escudos y lanzando al aire su característico grito de guerra (*clamor*)¹¹⁶⁴. La guerra era un juego psicológico, sí, pero también táctico y social, y, una vez iniciada la batalla, de poco o nada servían ni las amenazas ni los castigos si no se cuidaba todo lo demás. Más importante que la valentía y la represión fueron la formación y la organización de las tropas, así como la preparación de la campaña¹¹⁶⁵.

Se requería que los soldados hubieran entrenado, descansado y comido bien; que el *imperator* hubiera acordado con su *consilium* una buena estrategia; y que las tropas, no sólo confiaran en el liderazgo de su general y en sus dotes de mando, sino, también, en el resto de sus compañeros de armas si se quería certificar la lealtad de las tropas y su eficiencia. A tal efecto, era imprescindible que el soldado no se viera aislado, que se

¹¹⁶² Ureche, 2014: 5.

¹¹⁶³ Enn. *Ann.* 5.1; Plb. 6.33-39; Cic. *Rep.* 2.30; 5.1-2; *Tusc.* 2.37-38; Liv. 8.7.16; 9.17.10; 28.27-29; 45.37.1-2; V. Max. 2.7, 8.pref.; 6.1.11; Fron. *Str.* 4.1; J. *BJ* 3.15, 71-75, 102-107, 472-479; Tac. *Ann.* 1.20.2, 35.1; D.C. 38.37.3-4, 38, 39.2-5, 40.2-7, 45.4-5; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 13; 2.12; 3.1, 4; Bouquie, 1884; Andrieux, 1927; Perry, 1941: 99; Horsmann, 1991: 196; James, 1999: 17; Garlan, 2003: 171; Perea, 2003: 115; Kavanagh, 2012: 29-30; Marques y Bento, 2012: 124-140; Chrissanthos, 2013: 320-327; Brice, 2014: 62-64; 2015b: 103-121; 2020a: 44-67; 2020b: 44-71; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 261-274; McLaughlin, 2015: 48; James, 2019: 106.

¹¹⁶⁴ «Hay cierta agitación y viveza de ánimo naturalmente innata en todos los hombres que se excita con el deseo de combatir. Los generales no deben reprimirla, sino fomentarla; y con razón quedó establecido desde tiempos antiguos que se tocan instrumentos por todas partes y que todos los soldados levantan gran clamor, con lo cual creían incitar a los suyos y aterrorizar a los enemigos» (Caes. *Civ.* 3.92.4-5).

¹¹⁶⁵ «En los combates no se hace nada sin debatirlo antes, ni se improvisa nada, sino que la reflexión va siempre por delante de toda acción y realizan lo que han decidido. Por ello, rara vez se equivocan y, en caso de que esto ocurra, fácilmente remedian sus errores» (J. *BJ* 3.98-99).

sintiera abrigado por su unidad, y que sus gritos —de ira, dolor, rabia y/o tristeza— se fundieran con los de toda la legión. Sólo de este modo el ejército romano podría encarar con optimismo la guerra, y sólo de esta manera el soldado romano podría hallar el coraje suficiente para luchar con valor, conservar su puesto y mantener el orden¹¹⁶⁶.

Para algunos autores, como Brice (2020c: 120; 2020d: 250-251), este objetivo no se podría confirmar si antes no se obtenía la plena cohesión vertical y horizontal del ejército romano; es decir, si antes no se reforzaba tanto la relación entre las tropas y sus mandos militares como el vínculo existente entre los soldados y los demás miembros de su unidad¹¹⁶⁷. Según su opinión, mientras que con la cohesión vertical se lograría mantener el control de las tropas y gestionar el correcto funcionamiento de la legión, con la cohesión horizontal se conseguiría aglutinar a los soldados y que estos se identificaran con su unidad de referencia¹¹⁶⁸.

Ahora bien, ¿de qué manera se consiguió aglutinar a las tropas? ¿En qué consistió la cohesión del ejército romano?

Para responder a todas estas preguntas y valorar si el ejército romano llegó a desarrollar un espíritu de cuerpo (*esprit de corps*) singular y definido, debemos hablar, antes de nada, del paso de la cohesión táctica o funcional, entendida como el compromiso grupal para lograr un objetivo táctico o militar, a la cohesión social, entendida como la buena relación entre los miembros de una misma unidad militar¹¹⁶⁹. Conforme a ambas definiciones, mientras que la cohesión táctica o funcional tendría como finalidad preparar física y mentalmente a los soldados con vistas a la consecución de un objetivo militar, la cohesión social tendría como finalidad la creación de un buen ambiente castrense.

Tal y como se ha visto a lo largo de este segundo capítulo, la formación de las tropas tuvo lugar a través de un largo y complejo proceso físico y mental en el que se confirmaba la conversión del *civis* en *miles* y se preparaba al ciudadano romano, ahora como soldado, para su vida en el ejército. Tras la selección de los reclutas y su alistamiento, el primer mecanismo utilizado para sellar el paso a la vida militar e inculcar a las tropas los valores genuinos de la legión, así como los deberes y obligaciones que su nuevo estatus requerían, fue el *sacramentum militiae*. Por medio del juramento militar, el ciudadano dejaba atrás su vida como civil y se comprometía a respetar y a obedecer tanto las órdenes de sus superiores como las reglas del nuevo colectivo del que iba a formar parte hasta el día su licenciamiento¹¹⁷⁰.

¹¹⁶⁶ Ureche, 2014: 5; Pérez Rubio, 2014-2015: 76-78, 80; Billing, 2015: 45.

¹¹⁶⁷ Para otra definición de cohesión vertical y horizontal, en este caso para el ejército romano de la Roma primitiva, *vid.* Armstrong, 2016: 110-118.

¹¹⁶⁸ Para una explicación complementaria, *vid.* James, 1999: 17; Kavanagh, 2012: 29-30; Ureche, 2014: 5; Billing, 2015: 45; James, 2019: 53.

¹¹⁶⁹ Escorihuela, 2022b: 121, 125-131.

¹¹⁷⁰ Plb. 6.21.2-3; Caes. *Civ.* 1.76.5; D.H. 6.45.1; 10.18.2-3; 11.43.2; Liv. 22.38.1-5; 26.48.12; 28.27.12; Fron. *Str.* 4.1.4; Gel. 16.4.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5; Serv. A. 8.614; Bouquie, 1884: 210-215; Andrieux, 1927: 10; Tondo, 1963: 1-23, 110; Harmand, 1967: 299-302; Gruen, 1974: 375-376; Helgeland, 1978: 1478; Nicolet, 1980: 102-104; Campbell, 1984: 19; Keppie, 1998: 55; Vallejo, 1998: 171-172; Chrissanthos, 1999: 8; James, 1999: 17; Cosme, 2003b: 303; Jiménez de Furundarena, 2004: 486, 489; Perea, 2006a: 16; Rivero, 2006: 48, 69-71, 284; Phang, 2008: 117; Sage, 2008: 123; Lee, 2009: 207; Mateo, 2010: 167-168; Palao, 2010: 35-36; Brice, 2014: 62-63; 2020b: 47, 49; 2020c: 114; 2020d: 249-250; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

Lejos de limitarse al momento de su reclutamiento, la existencia del juramento militar fue, debidamente, recordada y enfatizada durante el tiempo que el soldado romano sirvió en la legión. Ya sea a través de la administración de otros juramentos (*iusiuranda*), ya sea por medio de la presencia de otros elementos, como los *signa militaria*, las autoridades políticas y militares romanas no dudaron en recordar a sus hombres su sagrado vínculo para con Roma, así como las normas de comportamiento y el compromiso que habían adquirido al entrar en el ejército¹¹⁷¹.

Y es que, una vez que el soldado dejaba atrás su condición de ciudadano y se vestía el *cingulum militare* aceptaba respetar y obedecer tanto las reglas que regían la vida en el campamento como los valores que todo soldado romano debía poseer durante su tiempo de permanencia en el ejército¹¹⁷². Dicho código de conducta, extraído de la tradición y cultura romanas y consolidado mediante la práctica y la experiencia acumuladas¹¹⁷³, supuso, en realidad, la materialización de cómo debía ser la actitud de todo buen soldado romano¹¹⁷⁴. El hecho de que se esperara que las tropas actuaran ante el dolor y la muerte con determinación y coraje, pero también con templanza y autocontrol, no sólo remitía al significado básico de los conceptos de *virtus* y *disciplina militaris*¹¹⁷⁵, sino que, además, servía para preparar psicológicamente al soldado romano de cara a aumentar su efectividad táctica¹¹⁷⁶. No en vano, si se quería que las tropas fueran capaces de avanzar y combatir ordenada y eficazmente, era necesario, por un lado, que fueran conscientes de lo que se esperaba de ellas, y, por el otro, que no actuaran libre, precipitada e imprudentemente.

Una vez imbuido el soldado romano de los principios teóricos y morales propios de la disciplina militar, y de sancionar su inclusión en el ejército por medio del ya mencionado *sacramentum militiae*, era el momento de curtir físicamente a las tropas. Para tal fin, el ejército romano instruyó, formó y entrenó a sus hombres en el manejo de

¹¹⁷¹ Plb. 6.33.1-2; D.H. 6.45.1-2; 10.18.2; 11.43.1-4; Liv. 2.59.9-11; 22.38.1-5; 26.48.12; Fron. Str. 4.1.4; Gel. 16.4.2; Helgeland, 1978: 1480; Nicolet, 1980: 105; Campbell, 1984: 19, 23; Hinard, 1992: 287-301; Chrissanthos, 1999: 8, 10; 2004: 354; 2013: 321; Cowan, 2003: 20; Phang, 2008: 118-119; Sage, 2008: 123-125; Kavanagh, 2012: 29-40; 2015-2016: 33-34; Brice, 2014: 191; Aguado, 2015: 267; Billing, 2015: 42, 44; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247; Córcoles, 2021: 93-99; Escorihuela, 2022b: 117-135.

¹¹⁷² Brice, 2014: 63.

¹¹⁷³ Caes. Civ. 2.8.3; Liv. 9.17.10; 44.36; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.1; Bouquie, 1884: 188; Andrieux, 1927: 6, 18-19, 59; Giuffrè, 1980b: 242-243; Nicolet, 1980: 106; Campbell, 1987: 20; Perea, 2003: 118, 137; Chrissanthos, 2004: 354; Lendon, 2005: 282, 284; Phang, 2008: 26, 135; Marques y Bento, 2012: 138; Roth, 2012: 753-754; Coulston, 2013: 21; Brice, 2014: 63; 2020a: 58, 62; 2020b: 46; McLaughlin, 2015: 48, 50; James, 2019: 16, 52, 122, 131, 135.

¹¹⁷⁴ Sobre el particular, *vid. supra*, en este mismo capítulo, los apartados 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano, y 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro.

¹¹⁷⁵ Plb. 6.24.9; Caes. Gal. 5.43; 6.38, 40; 7.50; Civ. 2.15.4; 3.92.4-5; B.Alex. 20.2, 23.1; Cic. Cato. 20.75; Man. 38; Tusc. 1.101; 2.35-38, 43; Sal. Cat. 7.4, 9.4; Jug. 63.3; Hor. Carm. 3.2.13-16; Liv. 5.27.8; V. Max. 4.1.pref., 3.1; Fron. Str. 4.7.3; J. BJ 3.104-106; Plu. Pomp. 68.7; Suet. Aug. 25; App. BC 4.71; 5.36-37; Polyæn. 8.24.4; D.C. 39.51.3; 40.22.1, 24.3; Oros. 6.10.2-7; Bouquie, 1884: 185; Rosenstein, 1990: 96, 103, 108; Horsmann, 1991: 188-190, 193, 195-196; Goldsworthy, 1996: 264-276, 279-281; Lendon, 2005: 176, 221, 259, 312; 2014-2015: 58, 60-61; Harris, 2006: 300-320; McDonnell, 2006: *passim*; Bragg, 2008: 7-24; Phang, 2008: 46-49; Marques y Bento, 2012: 137; Coulston, 2013: 14; Brice, 2014: 64; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 264; McLaughlin, 2015: 47; Schrader, 2016: 83, 87-88, 99, 101, 102; James, 2019: 5, 8, 16-17, 45-49, 51, 57-59, 81, 95-96, 106.

¹¹⁷⁶ Caes. Gal. 5.43; 6.40; 7.50; App. BC 5.37; D.C. 40.22.1, 24.3; Oros. 6.10.2-7; Horsmann, 1991: 188; Goldsworthy, 1996: 279-281; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 264.

las armas, en el combate cuerpo a cuerpo y en las maniobras militares¹¹⁷⁷. El objetivo, tal y como ya se comentó en su momento, era reducir el posible impacto físico y psicológico del servicio militar y preparar al soldado para la guerra¹¹⁷⁸. Sólo a través de la instrucción práctica y del entrenamiento continuado se podría conseguir la resistencia y los conocimientos necesarios para que el soldado romano, no sólo fuera capaz de soportar la fatiga de las marchas y el esfuerzo físico y mental del combate, sino que, también, fuera capaz de ejecutar satisfactoriamente la estrategia de su comandante y de salir vivo de la contienda¹¹⁷⁹.

Si mediante el entrenamiento se buscaba potenciar y desarrollar las habilidades y destrezas prácticas de las tropas, y que estas estuvieran mejor preparadas y condicionadas para la batalla y el trabajo en equipo, con la realización de las tareas y de los trabajos diarios naturales de la vida en el campamento se buscó que los soldados completaran su preparación física, que se mejorara el control social del ejército, y que se inculcara en la legión un mínimo de autodisciplina y autocontrol, así como el hábito de la obediencia a las órdenes, y una rutina de trabajo y esfuerzo¹¹⁸⁰.

Pese a que, desde un punto de vista técnico, la preparación táctica del soldado romano se podía dar por concluida con su etapa de instrucción y entrenamiento, no ocurría lo mismo con los medios utilizados para imprimir disciplina en el ejército. Junto a la influencia constante que ejercía el *sacramentum militiae* y a la disciplina interna que requería la vida en el campamento y la materialización de los trabajos y tareas propios del día a día en el ejército, las tropas se vieron sometidas a otra forma complementaria de obediencia pasiva. Hablamos, cómo no, de la influencia que los *signa militaria*, en general, y el *aquila*, en particular, ejercieron sobre la actitud del ejército.

Si, desde un punto de vista disciplinario, los estandartes completaron el efecto del juramento militar, en la medida en que sirvieron de recordatorio físico de los deberes y obligaciones que los soldados habían contraído en el momento de su reclutamiento¹¹⁸¹,

¹¹⁷⁷ Plb. 10.20.2-3, 6; Liv. 26.51.4, 6-7; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 9, 11, 13-17, 26; 2.23; 3.4, 9; Bouquie, 1884: 62; Judson, 1888: 37; Marín y Peña, 1956: 252, 254-255, 257; Davies, 1974: 310-311; Connolly, 1988: 10-12; Nardo, 2001: 30-32; Cowan, 2003: 11-12; Le Bohec, 2004: 151; Southern, 2006: 135-136; Sage, 2008: 229-230; Matyszak, 2010: 70-71, 123-125; Goldsworthy, 2011: 80-81; Coulston, 2013: 19-20; Subirats, 2013: 30; Brice, 2014: 195-196.

¹¹⁷⁸ Cic. *Tusc.* 2.35-38; J. *BJ* 3.71-75, 102; Liv. 44.38.8-10; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 27; 2.24; 3.4, 10; Perry, 1941: 100; Le Bohec, 2004: 144; Phang, 2008: 8; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 74; Subirats, 2013: 30; Pérez Rubio, 2014-2015: 76.

¹¹⁷⁹ Plb. 10.20.6; Liv. 26.51.4; J. *BJ* 3.73-75; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.4, 26, 28; 2.23; 3.pref., 9; Perry, 1941: 100; Horsmann, 1991: 197; Goldsworthy, 1996: 251; 2011: 80; Cowan, 2003: 11; Le Bohec, 2004: 150; Phang, 2008: 8; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 72, 74; Marques y Bento, 2012: 137; Coulston, 2013: 20; Brice, 2014: 62-63, 195; 2020b: 49; 2020c: 114; Gracia, 2014-2015: 37.

¹¹⁸⁰ Plb. 6.42.5; Caes. *Gal.* 5.11; *B.Afr.* 32.2; Cic. *Tusc.* 2.35-38; Liv. 26.51.7; 32.3.5; Sen. *Ep.* 2.18.6; Fron. *Str.* 4.1.15, 7.2; Tac. *Ann.* 1.20.2, 35.1; App. *BC* 4.123; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1, 4, 9-11, 13-17, 18-19, 21, 25-28; 2.23-24; 3.2, 4, 26; Bouquie, 1884: 57, 62; Judson, 1888: 36-37; Marín y Peña, 1956: 252, 255-257, 340; Connolly, 1988: 12, 18-19; 1990: 28-33; Horsmann, 1991: 189-190, 195-197; Goldsworthy, 1996: 251; Kiesling, 2006: 245; Phang, 2008: 5-8, 10, 26, 201-247; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 74, 122-125; Brice, 2014: 196; 2020b: 49; Aguado, 2015: 264; Haynes, 2015: 114-115, 119; James, 2019: 109, 119.

¹¹⁸¹ D.H. 6.45.1; 10.18.2; 11.43.1-4; Liv. 2.59.9-11; 26.48.12; Brice, 2014: 191; Billing, 2015: 42, 44; Escorihuela, 2022b: 117-135.

desde un punto de vista táctico, permitieron, tal y como precisamos más arriba, mantener las líneas ordenadas, y agrupar y dirigir a las tropas durante el combate¹¹⁸².

La capacidad que demostraron poseer las enseñanzas para conservar unido al ejército y aleccionar a los hombres a que demostraran su valor y reprimieran su cobardía por el bien común, fue completada con la instauración de un complejo y elaborado sistema de castigos y recompensas. Mientras que con las recompensas, honores y condecoraciones se premió el arrojo y la valentía de las tropas, y se alentó a los soldados a que acataran con rectitud y vehemencia las órdenes de sus superiores, y a que permanecieran fieles a su juramento¹¹⁸³; con los castigos y sanciones se procuró guardar el orden en todo momento, evitar que la indisciplina se extendiera a toda la legión, y reprimir toda falta y/o delito que tuvieran lugar en el seno del ejército¹¹⁸⁴.

La sistematización y rutinización de todos estos mecanismos y elementos hizo posible que, con el paso del tiempo, y gracias a la experiencia adquirida durante sus años de servicio en el ejército, el soldado romano, junto al resto de miembros de su unidad, adquiriera la cohesión táctica y/o funcional necesaria para el correcto desempeño de sus funciones¹¹⁸⁵. Pero, más importante todavía, hizo posible que las tropas conectaran física y emocionalmente con sus compañeros de armas a un nivel e intensidad mucho mayor del que, en un principio, habían experimentado al entrar por primera vez en la legión. Y es que, tal y como hemos avanzado al comienzo de este mismo apartado, a la vez que se preparaba al soldado para la batalla se trabajó también la cohesión social del ejército.

¹¹⁸² Plb. 6.24.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.13; 3.5; Isid. *Etym.* 18.3.1, 5; Judson, 1888: 13; Marín y Peña, 1956: 375-376, 387-389; Helgeland, 1978: 1475; Cordente, 1991: 160-161, 206; Warry, 1995: 136; Keppie, 1998: 47; Riccardi, 2002: 93; Robles, 2004: 49-50; Quesada, 2007a: 95-96; 2007b: 17; Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2012: 29, 31; Coulston, 2013: 21; Monreal, 2013: 123; Brice, 2014: 190-191; Pérez Rubio, 2014-2015: 79; Billing, 2015: 42; D'Amato y Dennis, 2018: 4, 58, 60-61; James, 2019: 83; Llantén y Penna, 2019: 89-90; Barbero, 2020: 49, 53, 69-70.

¹¹⁸³ Plb. 6.39.1-6; Polyæn. 8.24.5; D.C. 49.7.6; 53.10.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.24; Bouquie, 1884: 142, 145; Nicolet, 1980: 106; Pina Polo, 1989: 206; Cordente, 1991: 183; Goldsworthy, 1996: 277-279; 2011: 96-97; Cowan, 2003: 20; Le Bohec, 2004: 84-85; Harris, 2006: 308-309; Rivero, 2006: 123, 125-126; Southern, 2006: 150-151; Phang, 2008: 197-198; D'Amato y Sumner, 2009: 48; Lee, 2009: 206; Chrissanthos, 2013: 326; Coulston, 2013: 14, 24; Brice, 2014: 63, 121, 123; 2020b: 50-52; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 61; Sage, 2018: 261; James, 2019: 127.

¹¹⁸⁴ «En efecto, sus leyes castigan con la pena de muerte no sólo la desertión, sino también cualquier pequeña desidia. Los generales son más terribles que las leyes, pues a pesar de los honores que dan a los valientes no dejan de parecer crueles con los soldados que castigan» (J. BJ 3.103-104). Cf. Plb. 6.37.1-6, 38.1-4; Caes. *B.Afr.* 46.4; Cic. *Clu.* 97, 99, 128; *Fam.* 218.6.18.2; *Ver.* 5.133; *Sal. Jug.* 69.4; *Liv.* 26.1.9-10; 92; *V. Max.* 2.7.4, 6, 8-9, 11-15; 6.1.10-11; *Fron. Str.* 4.1.16, 20, 22, 25, 34-36, 43; *Plu. Luc.* 15.7; *Crass.* 10.3-5; *Suet. Aug.* 27.3; *App. BC* 1.59, 74, 89, 109, 112-114, 118-119; 2.43; 3.43, 53, 79; 5.115, 129, 137; *Num. frag.* 3; *Gel.* 10.8.1; D.C. 30-35, fr. 100; 41.26.2, 28.2, 29.3-4, 33.3-4, 34.5, 35.2; 43.24.3-4; 47.23.4, 24.4, 48.3; 48.42.1-4; 49.27.1, 34.4, 38.4; 51.5.6; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.4; Oros. 6.11.30; Bouquie, 1884: 112-113, 133; Espejo, 1996: 98, 106; Vallejo, 1998: 174, 176; Perea, 2003: 122-123, 126, 137; 2006a: 12; Rivero, 2006: 126; Southern, 2006: 146; Phang, 2008: 5, 9; Sage, 2008: 228; Chrissanthos, 2013: 320; Aguado, 2015, 266-267; Brice, 2015b: 103-121; 2020b: 52; Escorihuela, 2022b: 119.

¹¹⁸⁵ «La obediencia de los romanos hacia sus generales es tan grande que todo el ejército es en la paz una institución bien ordenada y en la guerra forma un solo cuerpo [...]. Cuando luchan con este orden, no hay lugar donde hayan sido vencidos por el número de los enemigos, por las estratagemas de la guerra o por las dificultades del terreno, ni tampoco por la Fortuna, pues para ellos es más segura la victoria que la suerte» (J. BJ 3.104, 106). Cf. Brice, 2014: 63.

Si se quería construir un buen ambiente castrense y mantener alta la moral y la autoestima de las tropas, sin perjuicio de la efectividad y la funcionalidad táctica del ejército, era fundamental, no sólo conservar una buena disciplina interna, sino, también, fomentar el respeto y la confianza mutua entre todos los miembros de la legión¹¹⁸⁶. En tal sentido, era preciso convertir al ejército romano en una comunidad de combatientes, estimular su espíritu de cuerpo y trabajar su cohesión.

El proceso por el cual el ejército romano terminó desarrollando una suerte de *esprit de corps* pudo ser, hasta cierto punto, accidental, tal y como seguidamente explicaremos. Y es que, si bien es cierto que todos aquellos medios empleados para mejorar el control social del ejército e infundir disciplina y obediencia a las tropas ayudaron a aglutinar a los soldados y a que estos se acabaran identificando con la legión, no es menos cierto que la clave de este proceso fue la extensión del servicio militar, y que hasta que Roma no amplió sus fronteras y obligó a sus hombres a pasar largas temporadas lejos de su hogar no se suele hablar en la historiografía moderna en términos de comunidad y cohesión social¹¹⁸⁷.

Según esta interpretación, las tropas no llegarían a desarrollar un espíritu de cuerpo hasta el final de la República, siendo este “sentimiento de pertenencia y solidaridad” una consecuencia de la transformación interna del propio ejército romano, más que el resultado de un plan prestablecido por las autoridades políticas y militares romanas para asociar a sus hombres a la legión y, por extensión, a Roma. Con todo, esto no significaría, no obstante, ni que desde el Estado romano no se hubiera promovido con anterioridad la vinculación de los soldados a Roma, ya que este objetivo se hallaba presente en la misma génesis del concepto romano de ciudadano-soldado, ni que las tropas no hubieran confraternizado en el pasado con sus correligionarios, puesto que habrían tenido el tiempo suficiente para, al calor de la experiencia bélica vivida, entablar los primeros contactos con los miembros de su unidad. Simplemente, significaría que estas conexiones habrían sido de carácter más práctico que emocional, quedando, por tanto, limitadas a aspectos principalmente estratégicos, y no sociales¹¹⁸⁸.

Esta teoría desmontaría la existencia de una cohesión social primitiva y reduciría drásticamente la capacidad que habrían tenido las tropas de comunicarse y organizarse fuera de los cauces oficiales del ejército y de los objetivos militares establecidos por sus respectivos comandantes¹¹⁸⁹; lo que, en principio, contrastaría con la hipotética

¹¹⁸⁶ James, 1999: 17; Ureche, 2014: 5.

¹¹⁸⁷ De hecho, algunos autores, como Kavanagh, 2015-2016: 32, retrasan la aparición de ese *esprit de corps* al siglo I a. C., para así hacerlo coincidir con las “reformas de Mario”: «Y esta es precisamente la gran novedad derivada de la creación, en tiempos de Cayo Mario, de estas comunidades permanentes cuyos componentes desarrollan fuertes vínculos afectivos y de identidad común. Este fenómeno de hermandad entre los legionarios se aprecia, entre otras cosas, en su tendencia al corporativismo, fenómeno visible en muchos ámbitos». Para un estado de la cuestión sobre el origen de la concepción del ejército romano como comunidad, *vid.* Shaw, 1983: 133-159; MacMullen, 1984: 440-456; Alston, 1995: 175-195; Pollard, 1996: 211-227; Goldsworthy, 1999: 197-210; Haynes, 1999a: 7-15; 1999b: 165-174; 2015: 113-120; James, 1999: 14-25; Coulston, 2004: 133-152; Armstrong, 2013: 53-69; 2016: 101-119; Kavanagh, 2015-2016: 32-35; Machado, 2017.

¹¹⁸⁸ McNab, 2010: 88; Goldsworthy, 2011: 48; Gracia, 2015-2016: 7; Machado, 2017: 12, 36; James, 2019: 137-139.

¹¹⁸⁹ Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.2; McNab, 2010: 37; Rosenstein, 2012: 85-103; Armstrong, 2013: 53-69; 2016: 101-119; Escorihuela, 2020a: 79-98; 2021: 107-121; 2022b: 117-135.

habilidad con la que, según algunos autores, se habrían movilizad los soldados de los primeros siglos de la República durante el transcurso de los diferentes episodios de insurrección que protagonizaron¹¹⁹⁰.

Sea como fuere, en lo que a efectos de nuestra investigación se refiere, nos limitaremos a comentar la teórica cohesión interna que experimentó la legión romana al final de la República como resultado de la acción combinada entre la extensión del servicio militar y la introducción en el ejército romano de todos aquellos mecanismos y elementos de los que hemos hablado antes, a saber, el *sacramentum militiae*, los *signa militaria*, la instrucción y el entrenamiento, la ejecución de los trabajos y las tareas diarias, y los castigos y recompensas.

Como ya vimos en el primer capítulo, y, recientemente, hemos recordado en este mismo apartado, es a partir del siglo II a. C., justo cuando el Estado romano intensificó su política exterior y obligó a su maquinaria bélica a sostener la lucha armada durante periodos de tiempo más largos, cuando se empieza a hablar de la creación de un *esprit de corps* en el ejército romano republicano. El interés por demostrar que el ejército romano acabó siendo un ejército “profesional” y “permanente”, ha llevado a muchos autores modernos a considerar la posibilidad de que, al final de la República, los soldados hubieran desarrollado un sentido de identidad y pertenencia nunca antes visto en otras etapas históricas anteriores¹¹⁹¹.

A este nivel de integridad y cohesión social se habría llegado, por un lado, como consecuencia del aumento del tiempo de permanencia en el ejército, y, por el otro, como resultado de la trayectoria militar y personal vivida a lo largo de los años de servicio en las legiones¹¹⁹². De esta forma, mientras que la estancia en el ejército habría proporcionado al soldado romano el espacio físico y temporal necesario para construir sus vínculos personales, el día a día en el ejército habría aportado la experiencia y los medios necesarios para que esa unión se hiciera cada vez más fuerte¹¹⁹³.

La prolongación de las campañas militares ayudó, por una parte, a que el campamento se convirtiera en un segundo hogar para las tropas, así como en el escenario en el que estas últimas podían fortalecer abiertamente su identidad colectiva, y, por la otra, a que la legión se terminara transformando en una segunda familia para

¹¹⁹⁰ Messer, 1920: 158-175; Currie, 1928; Chrissanthos, 1999; Escorihuela, 2020a: 79-98; 2021: 107-121; 2022b: 117-135.

¹¹⁹¹ Giuffrè, 1980b: 242; MacMullen, 1984: 440-456; De Blois, 1987: 21; 2007: 167; Goldsworthy, 1996: 252-257; 2011: 47; Alston, 1999: 175-195; Haynes, 1999a: 7-15; James, 1999: 14-25; Campbell, 2002: 37; Cowan, 2003: 16-19; Coulston, 2004: 133-152; Southern, 2006: 149-150; Cosme, 2007: 59; Keaveney, 2007: 94; McNab, 2010: 87; Hölkeskamp, 2011: 175; Keppie, 2001: 131; Ureche, 2014: 3-7; Gracia, 2015-2016: 7; Kavanagh, 2015-2016: 32-35; Machado, 2017: 8-12, 32-76; Sage, 2015-2016: 39; 2018: 272, 274; James, 2019: 128; Escorihuela, 2021: 107-121; 2022b: 117-135.

¹¹⁹² «These prolonged periods of service gave soldiers in Roman armies the opportunity to created close bonds between one another. Years of living and fighting together created a sense of “natural” community among Roman soldiers of the Republican just as it did under the Empire» (Machado, 2017: 42-43). Cf. James, 1999: 17; Cosme, 2007: 59; De Blois, 2007: 167; Goldsworthy, 2011: 47; Ureche, 2014: 5; Machado, 2017: 11-12, 42-44; Sage, 2018: 272.

¹¹⁹³ «While, as in most human groups, each regiment will presumably have had its permanent misfits, in general the personal social bonds between men who shared experiences, who knew and often trusted each other intimately, will have formed the basic glue which held the regiment together in peace and war» (James, 1999: 17). Cf. De Blois, 2007: 167; Machado, 2017: 12, 42-43.

los soldados¹¹⁹⁴. En torno al *castrum*, el soldado romano, tal y como ya comentamos en el capítulo anterior¹¹⁹⁵, estableció toda clase de vínculos y asociaciones con sus *commilitones*, siendo, especialmente estrechas, las relaciones que mantuvo con sus compañeros de centuria y contubernio¹¹⁹⁶.

El hecho de que, además de entrenar y combatir hombro con hombro, los soldados compartieran un mismo espacio en el campamento, vivieran, comieran, e, incluso, durmieran y se lamentaran juntos¹¹⁹⁷, hizo de la centuria y del contubernio los dos puntos de referencia más importantes para las tropas, y que en torno a ambas subunidades se experimentarían, en opinión de Chrissanthos (1999: 197), «los sentimientos más fuertes de identidad y pertenencia».

Sin embargo, el que un mismo grupo de soldados compartiera un espacio reducido durante largas temporadas no fue lo único que hizo conscientes a las tropas de pertenecer a un colectivo con unos intereses y preocupaciones comunes. Este supuesto sentimiento de solidaridad y afecto tuvo que ser progresivamente incentivado desde las autoridades políticas y militares romanas si se quería obtener de él el máximo rendimiento militar sin menoscabo ni de la cohesión interna ni del mantenimiento de la disciplina.

De acuerdo con Machado (2017: 12), ese “sentido natural de comunidad” que habrían logrado desarrollar, instintivamente, los soldados a partir de su estancia en el ejército y de su convivencia diaria, se habría visto convenientemente reforzado por las estructuras físicas e ideológicas presentes en el ejército romano. Como ya indicamos más arriba, desde su ingreso en el ejército el soldado romano convivió bajo la influencia activa y constante de toda una serie de rutinas, símbolos, prácticas y ceremonias que, paulatina e inconscientemente, fueron moldeando tanto su identidad como su carácter. A este respecto, el primer elemento al que se tuvo que someter el soldado romano a su entrada a la legión fue, al mismo tiempo, el primer mecanismo con el que el Estado romano lo vinculó, en términos sociales y disciplinarios, al resto de sus correligionarios. Nos referimos, una vez más, al *sacramentum militiae*.

¹¹⁹⁴ James, 1999: 16; Driessen, 2005: 158-161; De Blois, 2007: 167; Lee, 2009: 209-210; Petruț, Gui y Trîncă, 2014: 65; Machado, 2017: 44-62; James, 2019: 109.

¹¹⁹⁵ Para una información más completa, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

¹¹⁹⁶ J. BJ 3.86; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.13; MacMullen, 1984: 443-444, 446; Goldsworthy, 1996: 257; Chrissanthos, 1999: 189, 197, 202; James, 1999: 17; Keppie, 2000: 11-19; Nardo, 2001: 42; Campbell, 2002: 36-37; Cowan, 2003: 17; Harris, 2006: 304-305; Lendon, 2006: 270-276; Lee, 2009: 209; Matyszak, 2010: 116-117; McNab, 2010: 154-155; Roth, 2012: 755; Coulston, 2013: 12-13; Subirats, 2013: 42; Petrut, Gui y Trîncă, 2014: 65; Ureche, 2014: 5; Kavanagh, 2015-2016: 32; Speidel, 2018: 319-344.

¹¹⁹⁷ Conforme a Chrissanthos (1999: 189; 2004: 355; 2013: 324), el emplazamiento de los soldados en el campamento facilitó su relación y que las tropas expresaran “abiertoamente” su opinión: «The setting of the camp facilitated the exercise of *libertas* and with it free expression by the soldiers. The soldiers’ tents were usually some distance from the tents of the commander and the officers in the *principia*, encouraging freedom of expression. There were open spaces next to the soldiers’ tents, in which many routine duties were carried out. Since their tents were so small, the soldiers spent much of their time in those open spaces. It was here that the soldiers were talking, commiserating, complaining, and speaking out» (Chrissanthos, 2004: 355).

Mediante el juramento militar, no sólo se confirmaba la transformación del ciudadano romano en soldado y se obligaba a este último a acatar las normas de comportamiento del ejército y a obedecer las órdenes de su comandante so pena de ser castigado, sino que, además, se inducía en el recluta (*tiro*) un profundo cambio ontológico, así como la adquisición de una nueva identidad¹¹⁹⁸, y se favorecía el contacto entre el soldado recién reclutado y sus compañeros de unidad¹¹⁹⁹.

Ahora bien, aunque esta primera toma de contacto lograra generar, en el mejor de los casos, un prematuro sentimiento de apego personal¹²⁰⁰, el soldado todavía debía esperar la aceptación de su unidad para que su incorporación en el ejército fuera plena. Conforme a James (1999: 17), el paso más importante de todos, desde un punto de vista emocional, era «la aceptación (rápida, lenta o a regañadientes) del individuo como miembro a largo plazo de un grupo guerrero particular, pequeño y bastante estable, formado únicamente por hombres, sus *contubernales*». Lejos de resultar algo baladí, el contar con el beneplácito del ejército como grupo social y comunidad de combatientes era de gran relevancia para la supervivencia del soldado romano. Alejado de su hogar, en un entorno hostil y rodeado de todo tipo de dificultades, el soldado necesitaba confiar en sus compañeros de armas, y que estos, llegado el momento, le devolvieran su confianza con su respaldo y aprecio.

Si no quería acabar como un simple paria el resto de su vida en el ejército, el soldado romano debía ganarse la aprobación y el respeto de sus *commilitones*, debía desarrollar un sentido del deber y no avergonzar ni defraudar a sus iguales¹²⁰¹. Para lograr este propósito, debía actuar y comportarse en virtud de un código interno y no escrito, implícito en cada unidad, y que todo soldado debía respetar y obedecer si pretendía formar parte del ejército romano y si quería contar con el reconocimiento y la aceptación de cada uno de los miembros de su unidad¹²⁰². Aunque, lamentablemente, no nos haya llegado, como tal, ninguna referencia directa que avale la existencia de este hipotético código interno, sí que podemos percibir su presencia a través de la conducta que, en batalla, tuvieron algunos soldados y unidades.

Que los soldados se mostraran valientes y disciplinados durante el combate, no sólo era beneficioso para el éxito militar de Roma, sino, también, para la supervivencia

¹¹⁹⁸ Posiblemente, uno de los mejores ejemplos para entender cómo lo soldados pudieron percibir su nueva identidad lo encontramos en la intervención que Cayo Julio César realizó, en 47 a. C., con el propósito de contener el motín que sus tropas habían protagonizado en Campania. Al presentarse ante sus soldados y llamarlos *Quirites* en lugar de *milites*, César privó a sus hombres de su identidad militar y les devolvió automáticamente a su antigua condición de simples ciudadanos, lo que para ellos supuso una deshonra y una humillación (Luc. 5.350-360; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.93; Polyæn. 8.23.15; D.C. 42.53.3-4). Para una información más detallada de lo ocurrido, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en particular, el punto 3.15.15. Campania, Italia, octubre del 47 a. C.

¹¹⁹⁹ James, 1999: 16-17.

¹²⁰⁰ Lee, 2009: 207.

¹²⁰¹ Goldsworthy, 1996: 257; Lee, 2009: 209; McNab, 2010: 155; Ureche, 2014: 5. *Cf.* Perry, 1941: 102-103.

¹²⁰² «It was of course an overtly masculine environment, governed by a distinctive warrior value system, into which he was integrated through indoctrination and, varying according to degree of personal enthusiasm, through conscious voluntary effort, in the re-creation of his sense of self» (James, 1999: 16). *Cf.* Perry, 1941: 102-103; Escorihuela, 2022b: 117-135.

del propio ejército. La conservación de las tropas dependía del compromiso individual y colectivo de cada una de las partes en las que se dividió la legión. De ahí que cada soldado asumiera la obligación táctica y moral de guardar su puesto y respetar las órdenes de sus oficiales¹²⁰³. Con que un solo hombre mostrara cobardía y se diera a la fuga, o desobedeciera las órdenes de su comandante y se precipitara al combate, toda su unidad podía perder la vida; y con que una sola unidad fallara, se retirara del combate o fuera aniquilada, todo el ejército podía ser completamente arrasado. No en vano, si la huida de un solo hombre podía precipitar la desbandada de toda la legión, la temeridad de un solo soldado podía provocar la pérdida de la ventaja táctica de su unidad y que esta quedara expuesta ante el ataque enemigo¹²⁰⁴.

Dadas las circunstancias, a los primeros a los que les iba a interesar el mantenimiento de la *disciplina militaris*, que se cumplieran las órdenes y se mantuviera la cohesión táctica del ejército iba a ser a los propios soldados, de ahí que fueran ellos los primeros en condenar y rechazar cualquier acto de cobardía o temeridad que amenazara su integridad física. De este modo, todo soldado que pusiera en peligro a su unidad (o a cualquier otra parte del ejército) podría sufrir, además del castigo de sus oficiales, la desaprobación de sus *commilitones*, lo cual podría suponer la “expulsión social” de la unidad y/o la repulsa de toda la legión.

Algo similar a lo expuesto sucedió, en 48 a. C., cuando los oficiales de César renegaron de sus portaestandartes y les culpabilizaron de la derrota de Dirraquio. Según Apiano (*BC* 2.63), los oficiales «pidieron a gritos que [César] diera muerte a los que portaban las insignias, argumentando que ellos no hubieran huido jamás de no ser porque las enseñas, previamente, se habían vuelto en fuga». Como resultado de su aparente cobardía, los *signiferi* no sólo recibieron la reprobación de sus oficiales, sino que, además, fueron señalados para que fueran justamente castigados por su general¹²⁰⁵.

La severidad con la que actuaron los oficiales de César se entiende mejor una vez que comprendemos, por un lado, que eran los principales responsables de conservar el orden en el ejército —y de, por consiguiente, identificar e informar a su general de todo aquello que pusiera en riesgo la *disciplina militaris*¹²⁰⁶—, y una vez que entendemos, por el otro, que los portaestandartes habían incurrido en una doble traición. Como tropas

¹²⁰³ «What made the legionary truly effective in battle was his feeling of belonging to his century and in particular to his *contubernium*. Such identification with the unit and loyalty to the group of fellow soldiers was crucial to his performance in battle» (McNab, 2010: 154-155).

¹²⁰⁴ Ninguno de estos escenarios era desconocido para César. Si, en 46 a. C., la temeridad de sus soldados a punto estuvo de arrebatarse la victoria en Tapso (Caes. *B.Afr.* 80-86; Flor. *Epit.* 2.13.66); en 45 a. C., la cobardía de sus hombres casi le valió la derrota en Munda (Caes. *B.Hisp.* 30-39; Liv. 115; Vell. 2.55.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.81-87; App. *BC* 2.104-106; Polyæn. 8.23.16; D.C. 43.35-40; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7-9). Para un análisis más detallado de ambos sucesos, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República.

¹²⁰⁵ Caes. *Civ.* 3.74.1; Suet. *Jul.* 68.3; App. *BC* 2.63.

¹²⁰⁶ Plb. 6.24.9, 34.2-3, 37.2, 38.2, 7-8; Caes. *Gal.* 7.45; Liv. 57; Plin. *Nat.* 14.19; J. *BJ* 2.578; 3.83; Tac. *Ann.* 1.23.3; App. *BC* 3.43; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.25; 2.14; 3.4, 8; Dig. 49.16.13.4; Bouquie, 1884: 231-233; Andrieux, 1927: 20-21; Marín y Peña, 1956: 238, 241; Nicolet, 1980: 106; Rosenstein, 1990: 108-109; Vallejo, 1998: 175-176; Chrissanthos, 1999: 201-204; 2013: 322; Cosme, 2003b: 303-304; Perea, 2003: 137, 140-143, 146, 152; 2006a: 9; Cosme, 2007: 61-62; Goldsworthy, 2011: 49; Sage, 2018: 267-268; Pérez Carrandi, 2020a: 241, 243, 248, 250, 254.

escogidas por sus especiales cualidades físicas y su destacado vigor¹²⁰⁷, los *signiferi* debían situarse en la primera línea de batalla para guiar y motivar a las tropas durante el transcurso del combate. Su sola presencia debía bastar para infundir coraje a las tropas y para, en los momentos más delicados de la refriega, mantener a raya a los soldados, evitar su huida y llevarlos a la batalla¹²⁰⁸.

No obstante, esto no fue lo que pasó. En lugar de cumplir con su cometido y animar a las tropas, precipitaron su huida al abandonar su puesto y darse a la fuga. Con su gesto, además de condicionar el resultado final de la batalla, pusieron en peligro a los soldados y rompieron tanto la cohesión táctica como la cohesión social del ejército; la primera, por retirarse de su puesto y precipitar la desbandada del ejército, y, la segunda, por fallar a sus compañeros de armas, no hacer de aglutinante de sus respectivas unidades, y dejar desamparados a los soldados y sin referencias en torno a las que acogerse. Pero, aún hay más, ya que, además de todo ello —y por si fuera poco—, muchos de los portaestandartes se desprendieron de sus enseñas, arrojándolas al suelo durante su precipitada huida¹²⁰⁹.

Desde un punto de vista social e identitario, esta decisión fue la peor que los portaestandartes podrían haber tomado. Como ya vimos en su momento cuando analizamos el papel que adquirieron los *signa militaria*, en general, y el *aquila*, en particular¹²¹⁰, buena parte del éxito que tuvieron los estandartes para influir sobre el comportamiento de las tropas se debió al valor que las propias tropas les confirieron al identificarse con ellos como comunidad y al reconocer en ellos parte de los principios y los valores que los soldados habían jurado respetar y obedecer el día que entraron en el ejército¹²¹¹. Teniendo en cuenta este trasfondo, que los encargados de velar por su seguridad hubieran sido los culpables de perderlos, era motivo suficiente para ganarse el rechazo y la aversión de todo el ejército, pues, no sólo habían traicionado la confianza que los soldados habían depositado en ellos y habían roto, por tanto, el código interno de solidaridad y afecto que las tropas habían construido en torno al ejército, sino que,

¹²⁰⁷ Plb. 6.24.6.

¹²⁰⁸ «But the crucial figures in keeping the soldiers ordered and standing firm in the fighting were the centurions and standard-bearers. The men who occupied these posts formed the structure within which the men they commanded were contained. If they remained in place, then everyone else did too» (Rosenstein, 1990: 109).

¹²⁰⁹ «César, saliendo en su ayuda, trataba de hacer volver a los que huían, pero nada conseguía, y si echaba mano a las insignias, los encargados de portarlas las arrojaban al suelo, de tal suerte que los enemigos capturaron treinta y dos de ellas» (Plu. *Caes.* 39.6). Cf. Suet. *Jul.* 62.

¹²¹⁰ Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

¹²¹¹ «It could be argued that the worship of the standards, particularly the *aquila* and *signa*, was as well as being a strong expression of a soldiers military ideology, also played a part in creating it by identifying the individual with their unit and legion, while the image of the eagle linked them all to the destiny of Rome [...]. Some could argue that this cult as we perceive it did not exist, but clearly evidence suggests that the standards deserve more than a narrow interpretation and were at the very least of paramount importance in the shaping of unit and legionary identity. This shared military unity and identity, or ‘brotherhood’, was essential if there was to be any cohesion on the battlefield and less chance of soldiers succumbing to panic and fleeing» (Billing, 2015: 45). Cf. Marín y Peña, 1956: 376, 380-381; Helgeland, 1978: 1473-1474; Watson, 1985: 128; Warry, 1995: 136-137; Roldán, 1996: 50; Keppie, 1998: 46; Riccardi, 2002: 93; Potter, 2004: 82; Cagniard, 2007: 87; Cosme, 2007: 70; Phang, 2008: 27; Lee, 2009: 208; Kavanagh, 2012: 29-40; 2015-2016: 33-34; Brice, 2014: 192; Ureche, 2014: 5; Billing, 2015: 42, 45; Gracia, 2015-2016: 15; James, 2019: 83-84; Barbero, 2020: 50, 54; Escorihuela, 2022b: 117-135.

además, habían arriesgado la integridad física de la legión y, sobre todo, habían cometido un grave acto de ignominia al renunciar a las enseñas y abandonarlas al enemigo¹²¹².

La adhesión del soldado romano se podía lograr, tal y como estamos viendo, a través de la aprobación y del reconocimiento del resto de los demás miembros de la unidad de referencia, lo que requería que el soldado se sometiera tanto a las reglas propias del campamento como al código interno del mismo ejército¹²¹³, y por medio del respeto a los símbolos y a las tradiciones que poseía la unidad a la que el soldado aspiraba formar parte, para lo cual debía mostrar una especial deferencia y admiración hacia los estandartes, en tanto que eran los principales elementos identitarios tanto de la unidad de acogida como de la legión¹²¹⁴.

Sin embargo, el proceso por el cual se forjó la cohesión social del ejército romano no quedó reducido a la aplicación de estos únicos mecanismos de integración. El proceso se completaría mediante la puesta en marcha de los mismos medios utilizados por las autoridades políticas y militares romanas para mejorar la cohesión táctica y/o funcional del ejército. Como ya hemos explicado en alguna ocasión, la vida en el ejército —y, más concretamente, la vida en el campamento¹²¹⁵— brindó a los soldados la oportunidad de reforzar sus vínculos comunitarios por medio de la ejecución de una

¹²¹² Nada que ver, tal y como ya comentamos más arriba, con la actitud que mostró el *aquilifer* de la X legión durante el desembarco del ejército cesariano en Britania, en 55 a. C. (Caes. *Gal.* 4.25), o con el comportamiento que tuvo el *aquilifer* Lucio Petrosidio durante la batalla de Aduática, en 54 a. C. (Caes. *Gal.* 5.37). Mientras que el primero utilizó su estandarte para infundir coraje en sus compañeros, el segundo prefirió dar su vida antes que abandonar el águila en manos del enemigo. A diferencia de los portaestandartes de Dirraquio, los dos primeros ejemplos cumplieron con su obligación, respetaron el código interno del ejército y estuvieron a la altura de lo que se esperaba de ellos.

¹²¹³ En 48-47 a. C., durante las operaciones de César en Alejandría: «Resultaba duro y penoso que del esfuerzo de unos pocos dependiera el resultado final del conflicto y la salvación de todos; ya que, si alguno de aquellos cedía en su ímpetu o valor, a los restantes no les quedaría más que ocuparse de su salvación [...]. Las mismas reflexiones había hecho cada soldado al acompañar a sus camaradas, amigos o conocidos, instándoles a que no defraudaran su confianza ni la de aquellos por cuya opinión habían sido elegidos para afrontar el combate» (Caes. *B.Alex.* 16.4). Cf. Plb. 6.37.13; Caes. *Gal.* 6.40.7; *Civ.* 3.74.2; *B.Afr.* 81.1; Perry, 1941: 102-103; Rosenstein, 1990: 101-102; Goldsworthy, 1996: 257; Lee, 2009: 209; McNab, 2010: 154-155; Chrissanthos, 2013: 325-326; Ureche, 2014: 5; James, 2019: 37, 72-73, 81; Escorihuela, 2022b: 117-135.

¹²¹⁴ Aunque no los únicos, tal y como vimos en el capítulo anterior cuando explicamos que, junto a las enseñas, los numerales, los apelativos, los emblemas, e, incluso, la vestimenta y el equipamiento militar, contribuyeron a la creación de una suerte de identidad militar o legionaria al final de la República (Plb. 6.23.12; Caes. *Gal.* 2.21; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.18; Marín y Peña, 1956: 164-165, 383; Campbell, 1984: 88-89; 2002: 36; Bishop, 1990: 23-24; Cordente, 1991: 205; Bishop y Coulston, 1993: 253-261, 266-267; Coulston, 1998: 167-190; 2004: 141-148; 2013: 13, 19; Keppie, 1998: 56, 111, 118-121; 2001: 131; James, 1999: 16, 18, 19, 21; Pina Polo, 1999: 64; Sumner, 2002; Cowan, 2003: 16-17; Coulston, 2004: 137-138; 2013: 12, 15-16; Southern, 2006: 152; Cosme, 2007: 70-75; De Blois, 2007: 167; Phang, 2008: 7, 81-86; D'Amato y Sumner, 2009: 6-59; 2018: 27-28; Lee, 2009: 208; Hoss, 2012: 29-44; Kavanagh, 2012: 31-32, 34-35; 2015-2016: 33-35; Speidel, 2012: 1-12; Chrissanthos, 2013: 326; Subirats, 2013: 18; Rodríguez, 2015-2016: 28-30; D'Amato y Evgenevich, 2017; Barbero, 2020: 54; Brice, 2020b: 51).

¹²¹⁵ «Within any Roman fort, diverse groups of individuals were held together by loyalty, rank, training, ritual actions, habitual practices, and by physical proximity» (Carroll, 2005: 369). Cf. Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.2; James, 1999: 16, 19; Cowan, 2003: 17, 45; Perea, 2003: 119; Carroll, 2005: 363-372; De Blois, 2007: 167; Lee, 2009: 207; Matyszak, 2010: 118-127; McNab, 2010: 155; Goldsworthy, 2011: 106-107; Subirats, 2013: 18; Petruț, Gui y Trîncă, 2014: 65; Ureche, 2014: 5; Haynes, 2015: 113-120; Kavanagh, 2015-2016: 32; James, 2019: 128; Brice, 2020b: 49.

amplia variedad de ocupaciones colectivas, tales como los trabajos de atrincheramiento, las tareas de avituallamiento, la recogida de leña o la preparación de las comidas, entre otras muchas actividades que ya analizamos anteriormente¹²¹⁶.

Pues bien, según Petrut, Gui y Trîncă (2014: 65), la realización de este tipo de tareas y actividades específicas y comunales, que implicaban la participación regular de todos los integrantes del grupo, formó parte de un complejo mecanismo ideado para favorecer la colaboración de los soldados y construir una identidad militar común a todos los miembros de la unidad. Finalmente, dicha interacción se acabaría consolidando a través del entrenamiento físico y de la guerra¹²¹⁷.

Mientras que la instrucción supuso para los soldados la primera toma de contacto con las armas y el primer intercambio de golpes entre sus iguales, la experiencia del combate fue lo que, verdaderamente, terminó forjando los principales vínculos entre las tropas¹²¹⁸. Si el día a día en el ejército había facilitado que los soldados compartieran una misma rutina y un mismo espacio, y que se crearan los primeros lazos de camaradería entre las tropas, la guerra, no sólo puso a prueba la fortaleza de dichas relaciones, sino que las llevó a otro nivel. La precariedad del servicio militar¹²¹⁹, la falta de recursos¹²²⁰, las dificultades del terreno¹²²¹, las largas marchas¹²²², las heridas del combate¹²²³... El impacto físico y psicológico al que se vieron sometidos los soldados durante el tiempo que permanecieron en el ejército no se redujo al agotamiento físico y/o mental de las tropas¹²²⁴, a las lesiones provocadas por las armas del enemigo o al miedo a enfrentarse a según qué rivales¹²²⁵. La escasez de alimento y/o bebida¹²²⁶, la

¹²¹⁶ *Vid. supra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.1. Medios para trabajar y fomentar la disciplina militar: de la instrucción y el entrenamiento a las tareas y los trabajos diarios.

¹²¹⁷ «These bonds, created within the fort or camp, in training, daily duties, and at leisure and meal times in the close proximity of the barracks, initially bound men together as comrades. War and battle solidified them» (McNab, 2010: 155). *Cf.* James, 1999: 16; Lee, 2009: 207.

¹²¹⁸ En 46 a. C., durante la campaña de César en África: «[Tito] Labieno, a caballo, con la cabeza descubierta, iba y venía en primera línea, al tiempo que animaba a los suyos y de vez en cuando increpaba a los legionarios de César de esta forma: “Eh, tú, recluta, ¿por qué te muestras tan valentón? ¿También a vosotros os ha trastornado este [César] con sus palabras? ¡Por Hércules, que os ha metido en un buen fregado! ¡Me dais pena!” A lo que respondió el soldado: “No soy un recluta, Labieno, sino un veterano de la décima legión”. A esto añadió Labieno: “No distingo las enseñas de la décima legión”. Entonces el soldado replicó: “Pues vas a saber quién soy yo”. Al instante se quitó el casco de la cabeza para que lo pudiera reconocer y blandiendo el venablo con todas sus fuerzas, dispuesto a lanzarlo contra Labieno, lo clavó profundamente en el pecho del caballo y añadió: “Que sepas que es un soldado de la décima legión quien te desmonta”» (Caes. *B.Afr.* 16).

¹²¹⁹ Caes. *Civ.* 3.2.3, 18.1, 95.2; *B.Afr.* 47; *Cic. Fam.* 388.11.13.2; *Plu. Luc.* 32.1-2, 33.3-4; *Ant.* 50.1; *Brut.* 47.2; *App. BC* 4.116; *D.C.* 43.32.7; *Oros.* 5.15.9-15.

¹²²⁰ Caes. *Gal.* 3.4-5; *Cic. Fam.* 388.11.13.2; *App. BC* 2.53-54; 4.123; *D.C.* 40.7.3-8.1; 43.32.7.

¹²²¹ Caes. *Gal.* 1.39; 7.8; *Civ.* 1.68.2; *Plu. Sull.* 28.5; *Luc.* 11.4, 32.1-2; *Crass.* 22.1-2; *Caes.* 25.4; *Ant.* 48.4-7; *Brut.* 47.2; *App. BC* 5.88-90; *D.C.* 49.28.3-4.

¹²²² Caes. *Civ.* 2.41.1; 3.2.3, 106.2; *Sal. Jug.* 68.3; *Liv.* 44.36; *Plu. Ant.* 38.1, 47.5, 49.5.

¹²²³ Caes. *Gal.* 3.4-5; 5.45; 7.41; *Civ.* 3.75.1, 101.5, 106.2; *Sal. Jug.* 101.11; *Plu. Caes.* 24.3; *Crass.* 25.5; *App. BC* 2.60; 4.128; *D.C.* 36.5.2, 6.1; 38.49.3; 40.7.3-8.1, 22.3-5, 25.2; 41.60.4-6; 47.44; 49.31.1-3.

¹²²⁴ Caes. *Gal.* 3.4-5; 5.37; 7.41; *Civ.* 1.64.4, 71.1-2; 2.41.1, 8; 3.28.4-5, 95.2, 101.5; *Cic. Fam.* 388.11.13.2; *Sal. Jug.* 44.1, 51.3; *Liv.* 44.36; *Plu. Sull.* 28.5; *Luc.* 33.3-4; *Crass.* 22.1-2; *Ant.* 38.1, 47.5; *Brut.* 49.8; *Flor. Epit.* 2.20.3, 8-9; *App. BC* 1.85, 87; 2.45, 55, 63-64; 3.68; 5.37, 87-90, 110, 114; *Mith.* 37; *D.C.* 40.19.3-4; 41.22.4; *Oros.* 6.10.13.

¹²²⁵ Caes. *Gal.* 1.39; 4.24; 5.33; 6.37; *Civ.* 3.64.2, 69.2-4; *B.Alex.* 18.2; *B.Afr.* 48.3; *B.Hisp.* 9.3, 31.7; *Cic. Caec.* 41, 43; *Sal. Jug.* 38.5; *Liv.* 2.65; 4.33; *Plu. Mar.* 23.4-6; *Sull.* 16.2-3; *Crass.* 9.3, 18.4, 19.4-8, 23.2-

exposición a temperaturas extremas¹²²⁷, la propagación de enfermedades y pestes¹²²⁸, la pérdida de compañeros y amigos¹²²⁹, la desconfianza en las opciones de victoria¹²³⁰, o el simple hecho de estar alejados de sus respectivos hogares¹²³¹, hizo que los soldados acabaran compartiendo toda una serie de experiencias y aflicciones, y que todas esas vivencias les fueran uniendo, cada vez más, tanto física como emocionalmente.

Un ejemplo de cómo las penalidades de la guerra pudieron aglutinar a los soldados lo encontramos, en 36 a. C., durante la persecución que Lucio Cornificio sufrió a manos de Sexto Pompeyo. Pese a la dureza del trayecto y al constante hostigamiento al que se vieron sometidos los hombres de Cornificio, estos últimos se esforzaron por proteger a los soldados más vulnerables y por transportar, en la medida en que sus fuerzas y posibilidades se lo permitieron, a sus compañeros heridos, aunque ello les expusiera al enemigo y aunque muchos de ellos murieran en el intento¹²³².

Este sentido de hermanamiento fue, en última instancia, debidamente estimulado y contenido por medio del sistema de castigos y recompensas romano¹²³³. Mientras que con los castigos y sanciones se buscó, por un lado, reprimir cualquier acción que pudiera poner en riesgo la cohesión táctica del ejército, y, por el otro, reforzar el código interno implícito en cada unidad para que fueran las propias tropas las primeras en advertir y condenar todo acto que pudiera amenazar su integridad física y su cohesión social¹²³⁴, tal y como vimos en el ejemplo de los portaestandartes que se dieron a la fuga

3; *Pomp.* 69.6; *Flor. Epit.* 1.45.12; *App. BC* 2.62, 78, 103-104; 5.58; *Mith.* 37; *D.C.* 38.35.1-2; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.11, 21; *Oros.* 5.4.6, 5.7; 6.7.6, 16, 15.21.

¹²²⁶ *Plu. Crass.* 22.1-2; *Ant.* 47.6; *Flor. Epit.* 2.20.3, 8-9; *App. BC* 2.42, 45; 3.81, 97; 4.116, 122, 125-126, 139; 5.37, 87, 114; *D.C.* 37.3.5-6; 40.7.3-8.1, 23.4; 49.28.3-4; *Eutr.* 7.6.2; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.1, 3, 9; *Oros.* 5.16.10.

¹²²⁷ *Caes. Gal.* 7.8; *Civ.* 3.2.3, 18.1, 95.2; *Sal. Jug.* 51.3; *Liv.* 44.36; *Plu. Luc.* 11.4, 32.1-2, 33.3-4; *Ant.* 51.1; *Brut.* 47.2; *Flor. Epit.* 2.20.3, 8-9; *App. BC* 1.50, 87; 2.42, 45, 53-54; 5.114; *D.C.* 37.3.5-6; 40.23.4; 43.32.7; 49.31.1-3; 51.25.2.

¹²²⁸ *Caes. Civ.* 3.2.3, 75.1; *Sal. Hist.* 3.96.1; *Vell.* 2.21.4; *Plu. Ant.* 47.6, 49.6, 50.1; *Flor. Epit.* 2.20.3, 8-9; *App. BC* 2.44; 3.81; *D.C.* 50.11.2, 12.8, 15.3-4; *Eutr.* 7.6.2; *Oros.* 5.11.1-5.

¹²²⁹ *Caes. Civ.* 3.2.3; *B.Hisp.* 9.3; *Plu. Crass.* 25.5; *Ant.* 50.1, 51.1; *App. BC* 5.88-90; *D.C.* 36.5.2, 6.1; 40.22.3-5, 23.2-4, 25.2; 41.60.4-6; 49.31.1-3; 50.35.2-4.

¹²³⁰ *Caes. Gal.* 1.39; 2.25.

¹²³¹ *App. BC* 2.30; *Vegetius Epitoma Rei Militaris* 3.9.

¹²³² «Los de Sexto [Pompeyo] atacaban cuando se les presentaba la oportunidad y se retiraban enseguida, mientras que los de César [Octaviano], como eran soldados totalmente armados, no podían perseguirlos a causa del peso del equipo, y además rodeaban a los que se habían salvado de la batalla, que iban sin armadura, para protegerlos, de modo que era mucho y horrible lo que sufrían y no podían responder a los ataques [...]. Los heridos, que eran muchos, más que los muertos, padecían terriblemente, pues eran atacados desde lejos con piedras y venablos [...] y sufrían heridas en muchas partes del cuerpo [...]. Pero los heridos causaban a los que seguían ilesos más problemas que los enemigos, pues si eran llevados con las tropas, los de Sexto herían fácilmente a los que los transportaban, y si los abandonaban, con sus llantos llevaban a todo el ejército a la desmoralización» (*D.C.* 49.6.4, 7.2-3).

¹²³³ «The importance of material rewards and punishments in the maintenance of morale is matched, if not surpassed, by the need to establish and maintain a soldier's sense of identification with and commitment to the army in general, and especially to the particular unit of which he is a part, for this plays a crucial role in the ability of soldiers to withstand the stresses of battle and to fight effectively» (Lee, 2009: 207). *Cf.* James, 2019: 128.

¹²³⁴ Igualmente, no debemos olvidar que, tal y como vimos más arriba, la unidad entera podía ser castigada, aunque sólo hubiera actuado incorrectamente un solo soldado, si así lo estimaba oportuno el comandante en jefe. El miedo a sufrir un castigo ejemplar y colectivo, como la *decimatio*, que afectara a toda la unidad —bien porque unos murieran durante la aplicación del castigo, bien porque el resto fuera castigado a comer cebada o a acampar lejos de la seguridad del campamento—, pudo llevar a las tropas a

en Dirraquio¹²³⁵; con la concesión de premios y condecoraciones se buscó, por una parte, incentivar el buen comportamiento de los soldados y potenciar el sentimiento de unidad del ejército¹²³⁶, y, por la otra, crear una suerte de rivalidad y/o competencia sana entre unidades y/o legiones que favoreciera tanto su *esprit de corps* como su implicación en la guerra¹²³⁷.

4. Conclusiones

Las críticas con las que cerramos el capítulo anterior nos han llevado, en esta segunda parte de nuestra investigación, a acercarnos a la realidad de aquello que las fuentes clásicas más echaron en falta en el soldado romano tardorrepblicano y que, por el contrario, más valoraron en la antigua *militia* cívica romana, la disciplina militar.

En torno al concepto de *disciplina militaris*, el Estado romano construyó tanto su propia idiosincrasia, al reconocer en ella parte de las virtudes del pueblo romano y uno de los motivos por los que Roma se acabó convirtiendo en el imperio que hoy en día todos conocemos, como su relación con el resto de pueblos y comunidades de su alrededor. El hecho de que la disciplina militar fuera una parte tan importante de la cultura romana y un rasgo tan característico de ella, así como una de las razones, según el discurso tradicional, de que la República romana lograra imponerse a todos sus enemigos¹²³⁸, llevó a la mayoría de los autores clásicos a sobredimensionar su relevancia, al considerarla una pieza clave del éxito militar romano¹²³⁹, así como algo propio y exclusivo del pueblo romano¹²⁴⁰, y a estereotipar cruelmente a sus rivales a causa de su aspecto bárbaro y salvaje, y de su aparente falta de disciplina y control¹²⁴¹.

Pese a todo, la importancia de la disciplina militar no se tradujo en nada parecido a un reglamento militar que permitiera a las autoridades políticas y militares romanas

actuar contra aquellos soldados que no fueran capaces de cumplir con su deber durante el combate (Salvo, 2013: 19-24; Goldberg, 2016: 141-164; Pearson, 2019: 665-688; Taylor, 2022: 105-120).

¹²³⁵ *Vid. supra*, en este mismo apartado.

¹²³⁶ McNab, 2010: 155; Coulston, 2013: 16.

¹²³⁷ «Caesar's account of the Gallic and Civil Wars reveals that men felt a very strong attachment to their units, took pride in the history of their collective accomplishments, and felt a positive sense of rivalry with other units in the same army» (Potter, 2004: 82; *cf.* Caes. *Gal.* 5.44; Gabba, 1975: 21; Nicolet, 1980: 134, 138, 147; Cosme, 2007: 59; Goldsworthy, 1996: 278; 2011: 47; McLaughlin, 2015: 47; Sage, 2018: 272; James, 2019: 65). Este “sentimiento positivo de rivalidad” del que nos habla Potter (2004: 82) lo podemos identificar en la maniobra que llevó a cabo César, en 58 a. C., para convencer a sus legiones de que le siguieran en su lucha contra Ariovisto. Al corriente de las dudas que había generado su intención de enfrentarse contra los suevos, César destacó a la *legio X* por encima de todas las demás unidades de su ejército con el fin de que el resto de legiones bajo su mando, por vergüenza a quedarse atrás y parecer inferiores a esta, dejaran a un lado sus miedos y lucharan, una vez más, a su lado (Caes. *Gal.* 1.40-41; Fron. *Str.* 1.11.3; 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.4-5; D.C. 38.46.3-4, 47.1-2).

¹²³⁸ Cic. *Rep.* 2.30; V. Max. 2.7.pref., 8.pref.; J. *BJ* 3.71-75, 104-107; D.C. 38.37.3-4, 38, 39.2-5, 40.2-7, 45.4-5; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1; 3.1.

¹²³⁹ Enn. *Ann.* 5.1; Cic. *Rep.* 2.30; Liv. 8.7.16; 9.17.10; V. Max. 2.7.pref., 15, 8.pref.; J. *BJ* 3.71-75; Tac. *Ann.* 1.20.2, 35.1; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.1. *Cf.* McLaughlin, 2015: 48.

¹²⁴⁰ Plb. 2.35.8; Sal. *Jug.* 52.2; J. *BJ* 3.15; D.C. 38.40.8; *Dig.* 49.15.19.7. *Cf.* Horsmann, 1991: 193-196; Phang, 2008: 4; James, 2019: 99-100, 107-108, 113, 136.

¹²⁴¹ Plb. 2.35.3, 6; Caes. *Gal.* 1.39; 4.1; *Civ.* 2.38.4; Sal. *Jug.* 52.2; Liv. 21.20.8; J. *BJ* 3.15, 475; App. *BC* 2.70, 75, 80; D.C. 38.45.4-5; 39.45.7, 58.1; 41.30.2, 61.1; 42.42.3. *Cf.* Horsmann, 1991: 193-194; Phang, 2008: 4; James, 2019: 60, 100, 113.

gestionar tanto el funcionamiento interno del ejército como la aplicación de los medios necesarios para conservar el orden en la legión. Tal y como ya se ha explicado, el Estado romano careció de un código formal en el que se recogieran por escrito las bases legales sobre las que se articuló la *disciplina militaris* en época republicana¹²⁴². Este vacío legal fue salvado, no obstante, mediante el recurso de la tradición heredada y la experiencia adquirida, lo que hizo que la disciplina militar romana dependiera, finalmente, tanto de la costumbre como de la voluntad del comandante romano de turno.

La dificultad de definir un concepto tan abstracto y complejo como el de *disciplina militaris*, sin caer en los habituales clichés del pensamiento clásico grecorromano y en los anacronismos de las interpretaciones modernas, nos ha animado a revisar su significado a partir del examen de la palabra *virtus*, habida cuenta de que, dada la influencia que tuvo este concepto en la cultura militar romana y a la estrecha relación que mantuvo con nuestro término, nos podría ayudar a comprender mejor cómo la disciplina militar romana fue tomando sentido y forma.

Gracias a su estudio, hemos podido tomar conciencia de lo que se esperaba del soldado romano, y de cómo este último debía actuar durante su tiempo de permanencia en el ejército. En virtud de cómo fuera su comportamiento, el soldado romano contaría con la aceptación y/o el rechazo de sus oficiales y compañeros. Y es que, por encima de todo, debía demostrar coraje, que no conocía el miedo, y que estaba dispuesto a todo, incluso a morir, por el bien de Roma.

La hombría, el respeto y la aprobación del soldado romano dependieron, de acuerdo con la tradición clásica romana, de que aquel fuera capaz de demostrar su valía y de que sus acciones no estuvieran reñidas con lo que se esperaba de él¹²⁴³. Sin embargo, un exceso de *virtus* también podía condenar su reputación. Si un defecto de *virtus* era sinónimo de cobardía y de falta de virilidad, un derroche de *virtus* (*furor*) era sinónimo de temeridad e imprudencia (*temeritas*). Para que un ejército pudiera funcionar correctamente era tan importante estimular la iniciativa de sus hombres, y que estos mostraran su valor durante el combate, como evitar que las tropas actuaran libre, errática, irracional e imprudentemente.

La agresividad del soldado romano debía ser contenida y controlada, de lo contrario podía poner en riesgo la seguridad de todo el ejército. Es en este momento, cuando, según una parte de la historiografía clásica y moderna, los conceptos de *virtus* y de *disciplina militaris* entraron en contacto. Conforme a esta interpretación, la disciplina militar romana habría surgido del intento por atemperar el ímpetu del soldado romano y proveer a las tropas de moderación y prudencia (*temperantia*)¹²⁴⁴. Así las cosas, la

¹²⁴² Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el mantenimiento de la disciplina militar.

¹²⁴³ Caes. *Gal.* 7.50; *Civ.* 3.92.4-5; *B.Alex.* 23.1; Cic. *Cato.* 20.75; *Tusc.* 1.101; 2.43; Hor. *Carm.* 3.2.13-16; Liv. 5.27; App. *BC* 4.71; 5.36. Cf. Rosenstein, 1990: 96, 103; Horsmann, 1991: 188-189; Goldsworthy, 1996: 264-276, 279-281; Lendon, 2005: 176, 259, 312; Harris, 2006: 300-320; McDonnell, 2006: *passim*; Bragg, 2008: 7-24; Phang, 2008: 46-49; Coulston, 2013: 14; McCall, 2014-2015: 26; Quesada, 2014-2015: 63; Aguado, 2015: 264; McLaughlin, 2015: 47; Schrader, 2016: 83, 87-88, 99, 101, 102; James, 2019: 5, 8, 16-17, 45-49, 51, 57-59, 81, 95-96.

¹²⁴⁴ Caes. *B.Alex.* 20.2; Cic. *Ver.* 5.133; Sal. *Cat.* 9.4; J. *BJ* 3.104-106; Plu. *Pomp.* 68.7; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.26; Bouquie, 1884: 185; Oakley, 1985: 404-407; Horsmann, 1991: 193; Goldsworthy, 1996: 281; Lendon, 2005; 2014-2015: 58, 60-61; Phang, 2008: 6; Coulston, 2013: 14; Quesada, 2014-

disciplina militaris tendría, originalmente, la misión de, por un lado, castigar la cobardía y el apocamiento de las tropas, y, por el otro, rebajar el exceso de *virtus*, evitar que las tropas actuaran por su cuenta y riesgo, y dotar a las unidades militares romanas de autocontrol y obediencia (*oboedientia*).

No en vano, es en este doble contexto de intimidación e imprudencia, en donde podemos localizar la mayoría de los ejemplos de indisciplina recogidos por las fuentes clásicas. En la mayoría de los casos, se nos habla, o bien de tropas que abandonaron su puesto en mitad de la batalla y huyeron aterradas del enemigo, o bien de soldados que, individual y temerariamente, desobedecieron las órdenes de sus comandantes y se lanzaron inconscientemente al combate, poniendo en peligro al resto del ejército y cuestionando los principios fundamentales de la disciplina militar¹²⁴⁵.

Virtus, furor, temeritas, temperantia, oboedientia... El conocimiento de todos estos términos nos ha ayudado a descubrir parte del significado oculto detrás del concepto romano de disciplina militar y a identificar cómo, según el pensamiento tradicional romano, se debía comportar todo soldado durante el combate. No obstante, para poder comprender lo que los romanos entendieron por *disciplina militaris* hemos tenido que dar un paso más en nuestro estudio y materializar todas estas ideas y acepciones en ejemplos concretos y específicos de disciplina militar.

El hecho de que la tradición tuviera un peso tan grande para los romanos y que esta fuera una de las fuentes sobre las que bebió la disciplina militar, nos ha llevado a tratar la importancia que tuvieron los *exempla* tanto en el momento de transmitir los referentes políticos, militares, sociales y morales necesarios para hacer tangible al resto de la sociedad civil y militar romanas los principios y valores sobre los que se forjaron los conceptos de *virtus* y *disciplina militaris* como a la hora de señalar cómo debía ser el comportamiento ideal de un buen general y soldado romanos. En este sentido, nos hemos servido del análisis de los medios utilizados por Marco Porcio Catón, Lucio Emilio Paulo y Publio Cornelio Escipión Emiliano para combatir la indisciplina y recuperar el control del ejército.

Por medio del examen de estos tres modelos de comportamiento, todos ellos *exempla* de cómo debía actuar un buen comandante romano ante la indisciplina de sus hombres, hemos sido capaces de advertir, por un lado, cómo se debía afrontar la desobediencia del ejército y cómo se debía recuperar la confianza de los soldados y el control de la situación sin la necesidad de aplicar la violencia física, y, por el otro, cómo debía ser, desde un punto de vista disciplinario, la conducta del soldado romano tanto dentro como fuera del campo de batalla. A los valores anteriormente mencionados de coraje, hombría, autocontrol y obediencia, debemos añadir todas aquellas cualidades que fueran capaces de mejorar, no sólo el comportamiento individual del soldado romano, sino, también, la relación entre los distintos miembros del ejército y la vida en el interior del campamento. Lealtad y respeto, diligencia y esmero, austeridad y contención, y una enorme capacidad de trabajo y sacrificio fueron los demás rasgos que

2015: 63; Aguado, 2015: 264; McLaughlin, 2015: 47-51; James, 2019: 104-105, 107, 113, 117; Brice, 2020b: 46.

¹²⁴⁵ *Vid. supra*, en este mismo capítulo, los ejemplos utilizados en el apartado 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano.

debía adquirir y reunir todo buen soldado romano si quería desempeñar correctamente sus deberes y obligaciones.

La necesidad de que las tropas asumieran todas estas cualidades sin renunciar a los tradicionales atributos de masculinidad, honor y valor presentes en la cultura bélica romana, y de que, al mismo tiempo, se siguiera promoviendo tanto la efectividad táctica de la legión como la obediencia interna del ejército, llevó a las autoridades políticas y militares romanas a desarrollar e implementar un complejo y elaborado conjunto de mecanismos con los que imprimir disciplina en los soldados, trabajar la moral y la fidelidad de las tropas, y asegurar el control operativo y social del ejército.

Hablamos de la ejecución de un amplio programa ideológico que, extraído de la tradición y cultura romanas, permitiera a las autoridades políticas y militares romanas proveerse de las herramientas y los medios necesarios para, no sólo confirmar la inclusión del *civis Romanus* en el *exercitus imperatus* y dotar al ejército romano de un mínimo de uniformidad y cohesión interna, sino, también, mejorar la formación de los hombres, mantener a las tropas ocupadas, alentar la lealtad de los soldados y controlar el orden en el interior del ejército, ya sea en el día a día en el campamento, ya sea en el momento de entrar en combate. Nos referimos, cómo no, al *sacramentum militiae*, a los *signa militaria*, a la instrucción y al entrenamiento, a la realización de los trabajos y las tareas diarias, y al sistema de castigos y recompensas.

La existencia de todos estos elementos nos obliga a desmentir el tópico de que la disciplina militar romana se sostuviera, esencialmente, a través del castigo y la coerción, y nos alerta de la sofisticación que llegó a alcanzar el sistema disciplinario romano durante época republicana. Sofisticación que, según hemos podido comprobar, surgió —al menos en parte— de la necesidad de cubrir la ausencia de una obra legislativa con la que regular la vida en el ejército, y de la exigencia de contar con una serie de instrumentos con los que estimular el componente físico y mental del soldado romano con vistas a trabajar su capacidad táctica y garantizar su completa adhesión y obediencia.

Sin embargo, ¿qué ocurría si fallaban, o no eran suficientes, dichos mecanismos de control y cohesión?

Tal y como se ha podido comprobar a lo largo de este segundo capítulo, la indisciplina hizo acto de presencia en numerosas ocasiones a lo largo de toda la República romana. Por muy avanzado que fuera para la época el régimen disciplinario romano, este no fue, ni mucho menos, inexorable. Aunque de todo ello se hablará con más detenimiento en la tercera y última parte de nuestra investigación¹²⁴⁶, en lo que a efectos de este capítulo se refiere, podemos identificar, en nuestra opinión, varios “fallos” o “límites” del sistema a partir del análisis de lo que hemos visto hasta el momento.

El primero de esos “límites” lo hallamos en la falta de un código o reglamento militar con el que conservar la disciplina y sancionar la insubordinación del ejército, no tanto porque su ausencia no fuera algo habitual en los ejércitos del periodo o porque la

¹²⁴⁶ Vid. *infra* el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión.

existencia de una “ley militar” fuera capaz de desterrar la indisciplina del ejército y de evitar que las tropas sucumbieran al miedo, desarrollaran pensamientos sediciosos o cuestionaran las órdenes de su general, sino por las consecuencias directas que su inexistencia pudo acarrear.

El hecho de que la dirección del ejército reposara sobre la tradición heredada y el conocimiento adquirido, así como en la transmisión de determinados *exempla* del pasado, no fue suficiente para administrar una maquinaria bélica tan grande como la que impulsó el Estado romano a lo largo de la República¹²⁴⁷. Esta situación dio lugar, tal y como acabamos de recordar, a que las autoridades políticas y militares romanas introdujeran en el ejército todo tipo de estímulos e incentivos, tanto internos como externos, con los que facilitar el control del ejército y procurar, en la medida de lo posible, que el mando de las tropas descansara sobre los mismos estándares — independientemente de si una legión operaba en una punta u otra del Mediterráneo—, de tal modo que todos los magistrados *cum imperio* tuvieran a su alcance las mismas herramientas con las que entrenar, formar, aglutinar, premiar y reprimir a sus hombres desde el día de su conscripción hasta el momento de su licenciamiento.

Aunque, en teoría, todos estos instrumentos de control y cohesión permitieron perfeccionar la capacidad bélica del ejército romano y dotar a sus mandos militares de los medios necesarios para incentivar el afecto y la lealtad de las tropas, en la práctica la ausencia de políticas formales con las que resolver los problemas de orden interno hizo que, en última instancia, la aplicación efectiva de todos esos mecanismos dependiera de la voluntad del comandante romano de turno, haciendo que la arbitrariedad fuera la nota predominante a la hora de conducir a las legiones y preservar la disciplina en el ejército¹²⁴⁸.

Que un solo hombre tuviera en sus manos la vida de miles de soldados y la responsabilidad de aplicar justicia como creyera conveniente, dio lugar, tal y como se ha visto en los ejemplos analizados, a respuestas muy diferentes¹²⁴⁹. Pese a que todos los generales romanos fueron hijos de la misma tradición, conocían los mismos *exempla* y contaban con los mismos recursos con los que contener y agrupar a sus hombres, no todos actuaron de la misma manera ante la indisciplina de sus tropas. Mientras que Lucio Papirio Cursor se inspiró en la severidad de Tito Manlio Imperioso Torcuato e, incluso, apeló a su memoria, durante sus intentos por castigar a su *magister equitum*

¹²⁴⁷ Salvando las distancias, esta falta de medios se observa con especial claridad en los graves problemas de autogestión y logística que tuvo el ejército romano a partir de la República media, una vez que concluyó la conquista de Italia y Roma se expandió por el Mediterráneo (Sal. *Hist.* 2.47.6, 98; Plu. *Luc.* 5.3; *Pomp.* 19.11, 20.1-2; *Sert.* 21.8; Roth, 1999; Erdkamp, 2014-2015: 50-55; Valdés, 2017).

¹²⁴⁸ «Ajoutons en terminant, que cette indispensable discipline, ce ne sont souvent pas les règlements et les lois que la font régner. Ces règlements et ces lois sans doute sont nécessaires pour les mauvais soldats, mais pour les autres, c'est le chef qui, par son prestige, son exemple, son esprit de justice, doit être à même de conserver l'ordre dans sa troupe» (Andrieux, 1927: 59). Cf. D.H. 10.18.2-3; 11.43.2; J. *BJ* 3.103; App. *BC* 3.56; D.C. 48.29.3; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Bouquie, 1884: 178; Andrieux, 1927: 6-7, 18-19, 58-59; Marín y Peña, 1956: 240; Giuffrè, 1980b: 242-243; Pina Polo, 1989: 209-210; Cordente, 1991: 178; Espejo, 1996: 106; Vallejo, 1998: 171; Chrissanthos, 1999: 9-10; 2004: 354; 2013: 322; Cosme, 2003b: 303-304; Perea, 2003: 116, 137; Southern, 2006: 147; Rawlings, 2007: 51; Phang, 2008: 135; Brice, 2014: 63; 2020a: 52-53, 58; 2020b: 49-50; 2020d: 249; James, 2019: 37, 122; Pérez Carrandi, 2020a: 243.

¹²⁴⁹ Sobre la irregularidad en el momento de aplicar la disciplina, *vid.* Brice, 2020a: 62.

Quinto Fabio Máximo Ruliano¹²⁵⁰; Publio Cornelio Escipión Emiliano, aun contando con unos soldados mucho más sediciosos que los de Cursor, prefirió tomar como ejemplo a Lucio Emilio Paulo y restablecer la disciplina por medio del trabajo y el esfuerzo diarios y la obediencia a las órdenes¹²⁵¹.

Las diferencias de criterio entre uno y otro *imperator* romano, nos previenen de la existencia de, al menos, dos modelos distintos de entender cómo se podía aplicar, según la tradición clásica, la disciplina en el interior del ejército romano republicano. Por una parte, tendríamos un modelo fundamentado en el miedo, la intimidación y la represión violenta, y, por la otra, un modelo basado en mantener el orden interno mediante el trabajo, la austeridad y el entrenamiento, así como la expulsión del campamento de todo aquello que fuera superfluo, favoreciera la desidia y el abandono de los soldados, comprometiera el estado físico de las tropas y su predisposición al combate, y/o pusiera en riesgo la disciplina y la cohesión del ejército.

Tal y como se puede apreciar, el segundo modelo no fue, en absoluto, menos estricto que el primero; pero el hecho de que el castigo físico no fuera la principal medida con la que asegurar el orden, sino un recurso auxiliar y rara vez usado, sirvió para que los soldados vieran con menor desagrado esa forma de dirigir al ejército que si, por el contrario, la violencia era el principal instrumento para llamar la atención de las tropas. Asimismo, el hecho de que, en el caso de Escipión Emiliano, el encargado de velar por la disciplina y aplicar justicia fuera el primero en dar ejemplo con su persona, y, al igual que hiciera Marco Porcio Catón antes que él¹²⁵², se impusiera a sí mismo la misma rectitud y el mismo nivel de exigencia que demandaba a sus hombres, ayudó a que los soldados fueran menos reticentes a obedecer sus órdenes que si hubieran sido ellos los únicos en sufrir la rigurosidad del servicio militar mientras que su comandante disfrutaba de todo tipo de excesos y lujo¹²⁵³.

De acuerdo con algunos autores modernos, como Andrieux (1927: 59), Phang (2008: 8-9) y James (2019: 108), el que un comandante romano fuera severo con sus hombres no supondría un problema a no ser que los soldados percibieran la severidad de su general como crueldad (*crudelitas*, *saevitia*) hacia ellos¹²⁵⁴. En este caso, además de

¹²⁵⁰ Liv. 8.30.13, 34.1-2, 35.9.

¹²⁵¹ Liv. 57; V. Max. 2.7.1; Fron. Str. 4.1.1; Plu. Mar. 3.2; Mor. 199F; 200B; 201B-D; App. Hisp. 84-87; Pun. 115-117, 133; Polyaen. 8.16.2; Aur. Vict. De vir. ill. 58; Vegetius Epitoma Rei Militaris 3.10; Eutr. 4.17.2; Oros. 5.7.4. Cf. Chrissanthos, 2004: 352, 353-354, 355, 359; Schrader, 2016: 95-97.

¹²⁵² Liv. 34.15.4, 16.3, 18.3-5; 42.34.6-7; V. Max. 3.4; 8.15.2; Plu. Cat. Ma. 3.5-6; Mor. 198E-F; 199A-D; App. Hisp. 39-40.

¹²⁵³ Liv. 57; Plu. Mor. 201C; App. Hisp. 85-86.

¹²⁵⁴ Un ejemplo de ello lo hallamos en la manera en que Lucio Licinio Lúculo trató a sus hombres: «Nadie se extrañe de que [Lucio Licinio] Lúculo [...] no pudiese imponer su autoridad a los soldados que combatían a sus órdenes, los cuales, por el contrario, se rebelaban una y otra vez para acabar desertando de su lado. Pues los abrumaba con órdenes, era riguroso al exigirles su cometido, inflexible en los castigos y no conocía manera alguna ni de atraérselos con palabras, ni de ganar su adhesión mediante benevolencia, ni de hacerlos suyos con honores o repartos de dinero [...]» (D.C. 36.16.1-2). Para un análisis más detallado de lo sucedido, *vid. infra*, en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en concreto, el punto 3.5.3. Cízico, 74 a. C.; Amisos, 72 a. C.; Gordiene, 69 a. C.; río Arsánias, 68 a. C.; Nísibis, 67 a. C.; *Locus incertus*, 66 a. C., en donde se examinan todos los problemas de indisciplina a los que se tuvo que enfrentar Lucio Licinio Lúculo.

condicionar el rendimiento operativo del ejército y de que su efectividad táctica se viera afectada¹²⁵⁵, podría provocar la desafección de las tropas y que los disturbios aumentaran¹²⁵⁶. Así pues, mientras que se lograra mantener la ficción de que el *imperator* “sufría” lo mismo que sus hombres, los soldados no tendrían motivos para quejarse de su mando, por muy estricto que este fuera.

En cualquier caso, que, pese a los medios esgrimidos, no existiera en el ejército romano una solución común apoyada en el derecho, y la arbitrariedad fuera la reacción más habitual a la hora de preservar la disciplina militar, no creemos ni que contribuyera a mejorar la cohesión vertical ni que favoreciera la normalización de la *disciplina militaris*.

Obviamente, no estamos diciendo con esto que todas las decisiones en materia disciplinaria tuvieran que ser las mismas, pues, si incluso oficiales de un mismo ejército fueron incapaces de ponerse de acuerdo en la planificación de la estrategia a seguir durante el transcurso de una misma campaña, y, por ejemplo, no fue igual la estrategia de *prudencia et constantia* que lideró Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator, en 217 a. C., que la estrategia más impulsiva y violenta que encabezó, en ese mismo año, su *magister equitum* Marco Minucio Rufo¹²⁵⁷, ¿cómo podemos pretender que, comandantes romanos distintos, en momentos y escenarios diferentes, aplicasen las mismas medidas y se sirvieran de los mismos medios y *exempla* para contener el malestar, la desobediencia y/o la rebeldía de sus ejércitos, si, ni siquiera, podemos esperar que un mismo general, en un mismo momento y en una misma operación militar, se sirviera siempre de las mismas herramientas para controlar la situación? Simplemente, aducimos que, cuando menos, la arbitrariedad con la que los mandos militares romanos disciplinaron a sus hombres ni ayudó a homogeneizar la respuesta romana ante determinados actos de indisciplina e insurrección ni facilitó un mejor ambiente castrense.

En efecto, pudo llegar a crear todavía más inestabilidad si, a los problemas de orden interno, se sumaba un contexto bélico adverso o un marco sociopolítico inseguro y conflictivo, como el vivido al final de la República. Y es que, si el libre albedrío con el que los generales romanos dirigieron a sus hombres pudo derivar en violencia hacia ellos, no podemos obviar que, en determinadas ocasiones, también desembocó en el relajamiento de la disciplina y en un mando más distendido, lo que también originó graves problemas de orden interno, tal y como vimos cuando introducimos la situación en la que se encontraban los ejércitos romanos de Macedonia, África e Hispania antes de que Lucio Emilio Paulo y Publio Cornelio Escipión Emiliano se ocuparan de ellos. La relajación con la que sus predecesores habían conducido a las legiones había

¹²⁵⁵ «The control and direction of men by fear, however, may cause inefficiency. Even if passive resistance or sullenness is not aroused, men do not do their best work in an atmosphere of fear; for fear causes nervousness which leads to mistakes, a loss of initiative, and an unwillingness to venture on anything without definite orders. The mind loses its flexibility and the faculty of judgment becomes impaired [...]. A discipline based on fear may cause troops to surrender as soon as they are cut off or are safe from the disciplinary terrors of their own gun» (Perry, 1941: 102).

¹²⁵⁶ Lendon, 2014-2015: 57, para quien el exceso de severidad pudo ser una de las principales causas de la desertión de los soldados romanos.

¹²⁵⁷ Plb. 3.87-94, 100-105; Liv. 22.8-18, 23-30; V. Max. 5.2.4; Fron. Str. 2.5.22; Plu. Fab. 4-13; App. Hann. 11-13; D.C. 14.57.8-20; Aur. Vict. De vir. ill. 43; Zonar. 8.25.12-13, 26.6-11.

provocado, según las fuentes clásicas, que la molicie, la ociosidad y la indisciplina se adueñaran del ánimo de los soldados¹²⁵⁸.

A estas alturas de nuestra investigación, es inevitable relacionar esta situación de relajación y condescendencia, resultado de haber comandado torpe y negligentemente a las legiones, con las críticas que, históricamente, ha recibido el ejército romano tardorrepblicano. Si la arbitrariedad de los mandos militares romanos ocasionó, tal y como acabamos de recordar, la indisciplina del ejército, como consecuencia de haber permitido el relajamiento de las tropas y de que estas no se hubieran ejercitado en sus funciones, en un contexto de enfrentamiento interno, como el vivido en el siglo I a. C., en donde, según la historiografía tradicional, se luchó por el poder personal y por complacer a los soldados, ¿qué le impidió a cualquier comandante romano del periodo ignorar la disciplina militar si así lograba parecer menos severo que sus competidores y si así conseguía granjearse la confianza y el afecto de sus hombres? Retomaremos esta cuestión en el capítulo siguiente.

No obstante, la arbitrariedad no es el único “fallo” del sistema que hemos identificado. Tal y como pudimos ver en el apartado anterior, las autoridades políticas y militares romanas se esforzaron por estimular una fuerte cohesión social en el ejército romano al considerar que, además de necesaria para el desarrollo operativo de la legión, podía ser beneficiosa para mejorar la confianza y la lealtad de las tropas, así como su disciplina interna¹²⁵⁹. Pero lo que no hemos comentado son las posibles consecuencias que la creación de un *esprit de corps* pudo traer en la conservación del orden.

Teóricamente, un sistema construido en torno a los lazos de solidaridad y afecto que los soldados tenían la oportunidad de establecer durante su tiempo de estancia en el ejército podía traer más ventajas que un modelo basado en el miedo y la coacción; puesto que, mientras que el primero promovía la cohesión horizontal de la legión y propiciaba la buena relación entre cada uno de los miembros del ejército, el segundo podía poner en riesgo tanto la unión de los soldados como la cohesión social del ejército¹²⁶⁰. Igualmente, un sistema disciplinario basado en un espíritu de cuerpo fuerte podía mejorar la efectividad táctica de las tropas e inducir a los soldados a dar su mejor versión en el campo de batalla por miedo a ser rechazados por sus iguales si no respetaban el código interno que cada unidad poseía y que el soldado se había comprometido a obedecer a su entrada en el ejército¹²⁶¹.

¹²⁵⁸ Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro, en donde se comentan ambos episodios.

¹²⁵⁹ Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 3.3. De la cohesión táctica a la cohesión social: ¿la formación de un *esprit de corps* en el ejército romano?

¹²⁶⁰ Brice, 2020a: 59, para quien determinados castigos, como la *decimatio*, podían romper la cohesión del grupo. Asimismo, vid. Pérez Carrandi, 2020a: 250, 254, para quien los castigos colectivos podían traer más problemas que soluciones.

¹²⁶¹ «A system of discipline based on *esprit de corps* and a sense of duty is a system which promotes a cordial understanding between officers and men: the men usually admire their officers and behave more reliably in battle than troops who are terrorized and coerced [...]. On the other hand, a discipline based on *esprit de corps* will probably induce troops to fight stubbornly after they have been surrounded and when there may be little chance of escape [...]. Force of habit of mind has replaced force of habit of body. The power of the opinions of comrades is now employed to assist in creating a sense of duty» (Perry, 1941: 102-103). Cf. Plb. 6.37.13; Caes. *Gal.* 6.40.7; *Civ.* 3.74.2; *B.Alex.* 16.4; *B.Afr.* 81.1; Rosenstein, 1990:

Sin embargo, un “exceso” de cohesión social también podría ser el germen de graves problemas de indisciplina. Conforme a Brice (2020c: 120; 2020d: 251, 262), una cohesión horizontal fuerte no debería ser, necesariamente, un problema, a no ser que esta última se combinara con una cohesión vertical débil, en cuyo caso los soldados podrían identificarse más fuertemente con sus compañeros de unidad que con sus respectivos mandos militares¹²⁶².

Mientras que las tropas no cuestionaran la autoridad de sus oficiales, no habría peligro de que la unión de los soldados originara nuevos episodios de insurrección¹²⁶³. O, dicho con otras palabras, mientras se garantizara un perfecto equilibrio entre la cohesión táctica y/o funcional y la cohesión social la indisciplina no debería hacer acto de presencia en el ejército. Pero, ¿qué ocurría si no se lograba conservar dicha armonía? ¿Qué sucedía si la cohesión táctica sobrepasaba a la cohesión social? ¿Y si era la cohesión social la que superaba a la cohesión táctica? A raíz de los ejemplos analizados más arriba, podemos teorizar al respecto.

Si el equilibrio se rompía a favor de la cohesión táctica o funcional, lo cual podía suceder si se daba un exceso de disciplina, resultado de imponer a las tropas severas restricciones o de aplicar la violencia física sobre los soldados, la consecuencia más probable era el amotinamiento del ejército, y la solución más rápida para equilibrar la balanza era corregir ese exceso de celo, suavizando el servicio militar, siendo más generoso con el reparto del botín de guerra, permitiendo acciones de saqueo o recompensando a las tropas con nuevos honores y bonificaciones económicas, entre otros ejemplos; y si, por el contrario, era la cohesión social la que resultaba mejor parada, en la medida en que nos encontramos con un ejército abandonado a toda clase de vicios, o con tropas desobedientes y/o soldados desafiantes y que no respetan la cadena de mando, fruto del relajamiento de la disciplina militar y de la incapacidad de los mandos militares romanos de restaurar el orden en el ejército, la consecuencia más plausible era la desidia de las tropas o la insubordinación de estas, y la respuesta más inmediata para reconducir la situación y reestablecer la balanza era restaurar la disciplina a través del ejercicio diario y la ejecución de trabajos y tareas —si el problema era la relajación de las tropas—, y castigar a los principales cabecillas, así como a los soldados más revoltosos, y sancionar al resto de las tropas —si el problema era que los soldados habían mostrado una actitud amenazante y subversiva—.

Por lo común, estas medidas, si no se aplicaban con demasiada severidad (lo que nos llevaría, nuevamente, a un desequilibrio en favor del elemento táctico), permitieron, tal y como se ha visto a lo largo de esta segunda parte, revertir la situación y recuperar el control del ejército. No obstante, lo que, verdaderamente, nos interesa no es la efectividad que estas respuestas tuvieron a lo largo de la República temprana o media, sino el alcance que llegaron a tener en la República tardía, y hasta qué punto los escenarios de indisciplina que acabamos de representar se pueden relacionar con los

101-102; Goldsworthy, 1996: 257; James, 1999: 16; Lee, 2009: 209; McNab, 2010: 154-155; Chrissanthos, 2013: 325-326; Ureche, 2014: 5; James, 2019: 37, 72-73, 81; Escorihuela, 2022b: 117-135.

¹²⁶² Para un planteamiento similar, *vid.* Escorihuela, 2022b: 125-131.

¹²⁶³ Pérez Carrandi, 2020a: 240.

ataques que el ejército romano tardorrepblicano ha sufrido por parte de la historiografía clásica y moderna.

En un momento de enorme inestabilidad sociopolítica, fuertes desórdenes internos y enfrentamiento civil, ¿fueron estos mecanismos de control y cohesión realmente eficaces? Y, más importante todavía, ¿se llegaron a aplicar de igual manera que en el pasado? Asimismo, ¿cambió el comportamiento y las motivaciones del soldado romano con posterioridad a la creación de ese hipotético *esprit de corps* con el que, comúnmente, se ha relacionado al ejército romano de finales de la República? ¿Lo hizo más independiente? ¿Y más indisciplinado?

Aunque la arbitrariedad con la que se aplicó la disciplina a lo largo de toda la República nos podría hacer pensar que, efectivamente, en un marco de guerra interna los generales romanos pudieron ser más indulgentes con sus tropas con el propósito de evitar la desertión de las mismas; y que los lazos de camaradería que establecieron los soldados al final de la República pudo hacer de la legión romana una fuerza social capaz de sentir, cooperar y movilizarse “libremente” y al margen de lo acordado por las autoridades políticas y militares romanas, todavía no tenemos pruebas suficientes para validar todos estos supuestos (si es que, realmente, se pueden llegar a confirmar).

Así las cosas, se hace necesario analizar las distintas formas en las que se materializó la indisciplina en el siglo I a. C., para, de esta manera, recopilar la información necesaria con la que valorar cómo fue el comportamiento del soldado romano tardorrepblicano, y determinar en qué términos se rompió la disciplina militar al final de la República.

CAPÍTULO III

EL FENÓMENO DE LA INSURRECCIÓN EN LA REPÚBLICA ROMANA TARDÍA: UNA REVISIÓN

1. Introducción

Pese a la importancia que adquirió la *disciplina militaris* en la construcción identitaria y cultural del pueblo romano y en el éxito bélico de Roma, no podemos ignorar que su existencia no impidió que la indisciplina militar hiciera acto de presencia y que esta última fuera una parte inherente del ejército romano. Por muy eficaz que fuera el sistema disciplinario romano y por muchos mecanismos de control y cohesión que las autoridades políticas y militares romanas lograran desarrollar, la disciplina militar romana no fue algo, ni mucho menos, inquebrantable¹²⁶⁴.

Tal y como se ha visto en lo que llevamos de trabajo y veremos en este último capítulo, fueron numerosas las ocasiones en las que se rompió la *disciplina militaris* durante la República. De las razones por las que no se logró conservar la disciplina militar se ha hablado largo y tendido a lo largo de los años, habiendo explicaciones para todos los gustos. De muchas de ellas ya hablamos al comienzo de nuestra investigación, cuando en el estado de la cuestión presentamos las causas por las que, según el discurso clásico, se acabó imponiendo la indisciplina en el ejército romano.

A la teórica degradación moral y a la decadencia y corrupción de las tradiciones e instituciones romanas¹²⁶⁵, debemos sumar la molicie¹²⁶⁶, la avaricia¹²⁶⁷, la influencia de Oriente¹²⁶⁸ y, por supuesto, la “proletarización” y la “profesionalización” del ejército

¹²⁶⁴ Chrissanthos, 2004: 341; 2013: 322; Cosme, 2007: 58-59; Phang, 2008: 26; Brice, 2014: 127; 2020c: 113, 124.

¹²⁶⁵ «Antes de la destrucción de Cartago el pueblo y el Senado romano trataban con calma y mesura entre ambos los asuntos públicos y no había entre los ciudadanos pugna por la gloria y el poder. El miedo al enemigo mantenía a la ciudad dentro de los buenos modos. Pero cuando aquel temor se les fue del pensamiento, hicieron acto de presencia esas dos cosas que ama la prosperidad: la frivolidad y la altanería. De este modo el ocio que habían anhelado en época de crisis, una vez logrado, resultó más desagradable y amargo que aquella» (Sal. *Jug.* 41.2-4). Cf. Cic. *Ver.* 2.7; Sal. *Cat.* 10.1-4, 6; 52.21-22; 53.4-5; *Hist.* 1.11, 12, 16; *Jug.* 4.5-7; 8.1; 13.5-9; 15.2; 16.1, 3-4; 25.2-3; 27.2; 28.1; 31.2-3; 33.2; 34.1; 40.1; 41.7-10; Liv. 2.44.10; 4.37.7; 37.57.9-15; 39.39, 41.1-4; 40.51.2, 8; 64; V. Max. 4.3.1, 4.9; 6.5; 9.1.3-5; Vell. 2.1.1; Plu. *Sull.* 12.6-9; Flor. *Epit.* 1.47; App. *BC* 3.62; Oros. 4.23.9; Bouquie, 1884: 243-245, 248-249, 252-253, 257-258; Phang, 2008: 160; Brice, 2020d: 248.

¹²⁶⁶ «Se pasan la vida entregados a los gozos corporales entre lujos y ociosidad, y dejan embrutecerse por falta de cultivo y de tesón las facultades espirituales» (Sal. *Jug.* 3.4). Cf. Caes. *Civ.* 2.30.2; Sal. *Cat.* 2.6; 10.1-4, 6; 11.5-7; 13.3; 52.21-22; 53.4-5; *Jug.* 31.2-3; 41.2-4; Liv. 39.1.3-4, 6.5-9; V. Max. 3.5.1; 4.3.1; 9.1.3-4, 4.1; Vell. 2.1.1, 10.1; App. *BC* 2.2; 3.42; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.28; 2.3; 3.4; Bouquie, 1884: 243-245, 248-249, 252-253, 265-266; Phang, 2008: 10-11, 155, 160; Subirats, 2013: 43; Brice, 2014: 128.

¹²⁶⁷ «De esta manera, por culpa de las riquezas, invadieron a la juventud la frivolidad, la avaricia y el engreimiento: robaban, gastaban, valoraban en poco lo propio, anhelaban lo ajeno, la decencia, el pudor, lo divino y lo humano indistintamente, nada les merecía consideración ni moderación» (Sal. *Cat.* 12.2). Cf. Sal. *Cat.* 10.1-4, 6; 52.21-22; 53.4-5; *Hist.* 1.16; *Jug.* 8.1; 41.7-10; Liv. 25.40.1-2; 34.4.1-5; 39.6.7-9; V. Max. 4.3.1; 9.1.3-5, 4.1; Flor. *Epit.* 1.47; App. *BC* 2.2, 120, 141-142; 3.42; 5.25; Gel. 3.1; D.C. 43.18.1-2; 47.17.5; Bouquie, 1884: 243, 257; Keaveney, 2007: 51; Phang, 2008: 155, 160.

¹²⁶⁸ «Cuanto mejor y más boyante es cada día que pasa la situación del país, cuanto más se ensancha nuestro imperio —y ya hemos penetrado en Grecia y en Asia, llenas de todos los atractivos del placer, e

romano¹²⁶⁹. Toda esta miríada de razones no ha hecho más que distorsionar nuestra interpretación de lo que fue la indisciplina militar, alterando con ello tanto el momento histórico en el que debemos empezar a hablar de ella como las formas en las que esta última se terminó manifestando.

La influencia que el pensamiento clásico romano ha tenido en la literatura posterior ha llevado a circunscribir los principales actos de indisciplina de las tropas al final de la República, momento en el que, generalmente, se ha señalado un abandono de las costumbres y tradiciones romanas, y se ha fechado el paso de la antigua *militia* cívica romana a los ejércitos “proletarios” y “clientelares” de la tardorrepública¹²⁷⁰. No obstante, esto no significa que los autores filorromanos no fueran conscientes de la existencia de la indisciplina militar en el pasado. Ya lo vimos cuando estudiamos los conceptos asociados al término latino *virtus* y valoramos cómo la falta de coraje o el exceso de ímpetu estaban mal vistos por parte de los mandos militares romanos, y cómo la cobardía y la desobediencia fueron, de acuerdo con el pensamiento tradicional, los principales delitos que se podían imputar a las tropas del periodo¹²⁷¹, o cuando comentamos los distintos medios con los que se castigó y reprimió a las tropas acusadas de haber roto el *sacramentum militiae*¹²⁷².

Simplemente, significa que, en lugar de explicar la ruptura de la disciplina militar a partir de la hipotética pérdida de valores y de la degeneración moral en la que, supuestamente, incurrió la sociedad civil y militar romanas al final de la República, se prefirió buscar una explicación en la que la indisciplina no fuera un mal endémico y fuera de control, sino algo puntual y transitorio, propio del carácter subversivo de un puñado de soldados o del impacto del servicio militar, así como de un determinado

incluso ponemos nuestras manos sobre los tesoros de los reyes—, más me estremezo por temor a que todo esto nos esclavice en lugar de hacernos nosotros sus dueños. Las estatuas procedentes de Siracusa [que Marco Claudio Marcelo trasladó a Roma tras conquistar la ciudad, en 212 a. C. (Liv. 25.40.1-2)], creedme, fueron enseñanzas enemigas introducidas en nuestra ciudad» (Liv. 34.4.3-4). Cf. Sal. *Cat.* 11.5-7; Liv. 25.40.1-2; 39.1.3-4; 42.32.6; V. Max. 9.1.3-5; Bouquie, 1884: 248-249; 253; Lendon, 2005; Subirats, 2013: 43.

¹²⁶⁹ «Los generales de esta época se habían ganado su preeminencia por medio de la violencia, no por su virtud y, como necesitaban las armas para luchar entre sí, no contra los enemigos de Roma, se veían obligados a la demagogia en sus puestos de mando y, en consecuencia, a hacer grandes derroches en dádivas para los soldados, comprando sus esfuerzos, sin darse cuenta de que lo que estaban haciendo era poner la patria en venta, y, a cambio de mandar sobre los mejores, hacerse esclavos de los más viles» (Plu. *Sull.* 12.8). Cf. Cic. *ad. Brut.* 17.1.10.3; Nep. *Eum.* 8.2-3; Sal. *Jug.* 86.2-3; Vell. 2.20.4, 81.1; Plu. *Sull.* 12.6-9; App. *BC* 2.2, 120, 141-142, 151; 3.42, 62; 4.35; 5.13-18, 25; D.C. 43.18.1-2; 47.6.5, 14.2-5, 16.2, 17.3-5; 48.8.1-3, 9.1-3; 49.13.1-3; Bouquie, 1884: 246-247, 254, 256-260, 262; Jal, 1962a: 21; Potter, 2004: 83-85; Cosme, 2007: 55; Keaveney, 2007: 51; Subirats, 2013: 18; Brice, 2014: 128; 2020c: 119; 2020d: 248, 265.

¹²⁷⁰ «Ces légions, dont la discipline avait fait la célébrité, se jettent, avec un aveuglement à peine croyable, dans les bras des chefs de partis. Egarés par des factieux, les soldats confondent la fidélité jurée au drapeau avec leurs devoirs de citoyen, et l'obéissance militaire passive avec la soumission aux lois fondamentales de l'État; ils s'attachent à la fortune personnelle de généraux ambitieux qui déflorent leur intégrité par des adulations et par des largesses» (Bouquie, 1884: 254). Para más información, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

¹²⁷¹ *Vid. supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.2. *Virtus et disciplina militaris*: valor, hombría y honor en el ejército romano.

¹²⁷² *Vid. supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

contexto bélico adverso, y, ante todo, fácil de controlar y no extensible ni al resto de la sociedad romana ni a sus instituciones. Es decir, mientras que la indisciplina de los primeros siglos se concibió como algo temporal, reversible y comprensible, en la medida en que se creyó que era fruto de la experiencia bélica vivida o del comportamiento aislado de algunos soldados, la indisciplina de finales de la República se percibió como algo estructural, como la consecuencia natural de la decadencia generalizada en la que se había visto envuelta Roma y de la transformación que había experimentado su ejército, el cual habría cambiado el carácter y las cualidades morales y marciales propias de la antigua milicia de ciudadanos-soldados por la avaricia y la corrupción de un ejército antipatriota y mercenario¹²⁷³.

La extensión de este punto de vista ha condicionado enormemente nuestra perspectiva de los hechos, al omitir que la mayoría de los delitos que la tradición clásica achaca al soldado romano tardorrepblicano ya tuvieron lugar en etapas mucho más tempranas de la República, y al obviar que, ante todo, la indisciplina militar, no sólo no dejó de acompañar al ejército romano desde sus más tiernos orígenes, sino que, además, fue una parte consustancial del propio ejército¹²⁷⁴.

A este respecto, no debemos pasar por alto que, por muy disciplinado que pudiera haber sido el ejército romano, este no dejó de ser nunca una “institución” compuesta por seres humanos, con sus defectos y virtudes, y que, como tal, dicha institución estuvo sujeta a los caprichos, a los deseos, a las demandas y a las reivindicaciones de sus miembros¹²⁷⁵. Una vez que aceptamos esta premisa nos damos cuenta de que la *disciplina militaris* dependió, en última instancia, de lo fuerte que fuera la obediencia de su eslabón más débil y de la capacidad de detectar y de actuar a tiempo sobre los elementos más predispuestos a la rebelión; de que cualquier ejército, ya sea antiguo o moderno, ha sido, es y será susceptible de que sus efectivos expresen abiertamente su descontento y de que sus unidades se rebelen, independientemente de los medios disponibles para reprimir su indisciplina; y de que, en el caso particular del ejército romano, no podemos delimitar ni física ni temporalmente el “fenómeno de la insurrección” al periodo de la tardorrepública, tal y como se ha venido haciendo habitualmente.

Dicho esto, ¿qué objetivos buscamos alcanzar con la redacción del presente capítulo?

¹²⁷³ Sobre el particular, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

¹²⁷⁴ «Indiscipline was something that could happen in any unit and something every Roman commander might encounter. There were multiple varieties of military disobedience, some violent and some not. We can trace examples of it across the middle and late Republic and early Empire when our sources are sufficient to provide a window onto the society of the Roman army. And we know indiscipline was a common issue because disobedience and conflict are potential problems in every human institution» (Brice, 2020c: 124). Cf. Perea, 2003: 115; Brice, 2015b: 104, 119-120; 2020a: 44; 2020d: 266.

¹²⁷⁵ «Como todo humano que vive en sociedad, los soldados que conviven en un campamento cometen faltas y delitos contra las leyes comunes o contra el orden interno tendente a armonizar la convivencia, o contra las normas disciplinarias especiales que rigen la vida castrense» (Perea, 2003: 115). Cf. Brice, 2020a: 44; 2020c: 113, 124.

Con el propósito de reinterpretar el discurso clásico en torno a la explicación que, tradicionalmente, se ha dado acerca de lo que fue y supuso la indisciplina militar y de cómo esta última se terminó manifestando en la República romana tardía, en primer lugar, definiremos lo que entendemos por indisciplina e insurrección, y, seguidamente, analizaremos cada uno de los episodios de indisciplina en los que participó el ejército romano al final de la República. Concluida esta segunda parte, podremos valorar en qué grado se desvió el ejército tardorrepblicano con respecto de los valores tradicionales romanos examinados en el capítulo anterior¹²⁷⁶, y hasta qué punto sigue siendo viable, desde un punto de vista disciplinario, la imagen que, comúnmente, se ha proyectado del soldado romano tardorrepblicano (levantisco, sedicioso, mercenario, antipatriota...), y que vimos en el primer capítulo¹²⁷⁷.

2. *Seditio, tumultus, defectio...* ¿Qué entendemos por indisciplina militar? ¿A qué llamamos insurrección?

«“Y no temáis a los soldados, ni los consideréis algo distinto de guardianes de mi imperio y el vuestro, pues es necesario mantenerlos por muchas razones y se mantendrán no contra vosotros sino a favor vuestro. Se contentarán con lo que se les dé y amarán a quien se lo dé. Precisamente por eso se ha recaudado más dinero de lo acostumbrado, para que la parte sediciosa se aplaque y la parte que ha vencido, al recibir bastante sustento, no caiga en la sedición”»¹²⁷⁸.

A la hora de definir lo que los romanos entendían por indisciplina, nos encontramos con un problema distinto al observado en el capítulo anterior cuando estudiamos el significado del concepto de *disciplina militaris*. Y es que, si bien los romanos dispusieron de un término con el que señalar lo que para ellos era la disciplina militar, pero, por el contrario, carecieron de una definición genuinamente castrense¹²⁷⁹, no llegaron a desarrollar un término genérico con el que identificar lo que para ellos era la indisciplina (o, dicho de otro modo, no contamos con ningún término latino que podamos traducir, como tal, por indisciplina militar), pero, en cambio, sí que llegaron a definir lo que ellos entendían por indisciplina militar (o, más concretamente, delito (*delictum*) militar).

Eso sí, ya adelantamos que la definición es tardía y que es tremendamente ambigua. Según el Digesto (49.16.2), «los delitos o los hechos de los militares son o propios de ellos, o comunes con los demás; por lo cual, también su persecución es o propia, o común. Es delito propio militar el que alguno comete como soldado»¹²⁸⁰. Es decir, toda falta o infracción cometida por un soldado se debe considerar un acto de

¹²⁷⁶ Vid. *supra* el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?

¹²⁷⁷ Vid. *supra* el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación; especialmente, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

¹²⁷⁸ D.C. 43.18.1-2.

¹²⁷⁹ Vid. *supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el nacimiento de la disciplina militar.

¹²⁸⁰ «*Militum delicta sive admissa aut propria sunt aut cum ceteris communia: unde et persecutio aut propria aut communis est. proprium militare est delictum, quod quis uti miles admittit*».

indisciplina, en tanto que ha sido llevado a cabo por un miembro del ejército y, por consiguiente, por alguien que se ha sometido a la disciplina militar. Por si fuera poco, el Digesto (49.16.6) nos reserva una segunda definición tan imprecisa como la anterior: «es delito de militar todo lo que se hace de otro modo que como exige la disciplina común»¹²⁸¹. En otras palabras, todo aquello que se encuentre fuera de lo acordado por la disciplina militar se podrá juzgar como indisciplina.

Tal y como se puede apreciar, tanto una como otra definición dan pie a que, prácticamente, cualquier acción cometida por las tropas o cualquier acto llevado a cabo en el seno del ejército sea valorado como un acto de indisciplina. El problema está en precisar en qué nos debemos fijar para evaluar si una determinada acción se puede o no considerar un delito y, por tanto, un acto de indisciplina militar.

La primera definición nos remite a la hipotética existencia de un código militar con el que regular los delitos cometidos por los soldados. O así, por lo menos, lo ha interpretado Perea (2003: 115), para quien «los delitos que se cometen por hombres que pertenecen al ejército romano —como en cualquier ejército del mundo— han de someterse a las leyes, que pueden ser de Derecho público o de Derecho privado. A un militar se le puede aplicar una ley general o una “ley militar específica”». La cuestión es que, aunque en época republicana hubo castigos, como la *decimatio*, típicamente castrenses, no existió, como ya defendimos en el capítulo anterior, una “ley militar” con la que gestionar los problemas en el interior del ejército¹²⁸². De esta manera, aunque contamos con medios específicos con los que perseguir y castigar la indisciplina¹²⁸³, no poseemos una referencia formal que nos diga, exactamente, qué es lo que debemos considerar indisciplina militar.

Así la cosas, al señalar que «es delito propio militar el que alguno comete como soldado», simplemente, se nos informa de que cualquier infracción cometida por las tropas durante su tiempo de permanencia en el ejército será considerada como una falta militar y que, en consecuencia, será castigada por medio de un castigo estrictamente militar, pero no se nos dice en qué nos debemos fijar para determinar qué es o no indisciplina militar, porque, según esta definición, todo lo sería, en la medida en que ha tenido lugar en el interior del ejército y, por tanto, en un ambiente marcial.

Lejos de mejorar nuestra comprensión de los hechos, la segunda definición la empeora todavía más, al vincular la definición de indisciplina con la de disciplina militar. Al decirnos que «es delito de militar todo lo que se hace de otro modo que como exige la disciplina común» —es decir, de como exige la disciplina militar, ya que, recordemos, nos estamos moviendo en un espacio castrense, tal y como se nos dice en la referencia anterior¹²⁸⁴—, nuestra descripción de indisciplina militar pasa a depender de una definición de la cual tampoco tenemos referencias, habida cuenta de que, como ya

¹²⁸¹ «*Omne delictum est militis, quod aliter, quam disciplina communis exigit, committitur*».

¹²⁸² Vid. *supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el nacimiento de la disciplina militar.

¹²⁸³ Vid. *supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

¹²⁸⁴ Dig. 49.16.2.

se ha explicado, no disponemos de una definición de lo que los romanos entendían por *disciplina militaris*¹²⁸⁵.

Entonces, ¿dónde nos debemos fijar o qué debemos usar como referencia a la hora de precisar lo que los romanos entendían por indisciplina militar?

Ante la falta de un código o reglamento militar con el que especificar a qué llamamos disciplina militar y qué actos deben ser considerados propiamente indisciplinados, es en el *sacramentum militiae* en donde nos debemos detener si queremos arrojar algo de luz a la cuestión y determinar qué actos pueden ser juzgados como contrarios a la disciplina militar, qué acciones pueden ser definidas como indisciplinadas y qué es lo que consideramos “insurrección”.

Como ya vimos en el capítulo anterior, el *sacramentum militiae*, no sólo fue el primer mecanismo empleado por las autoridades políticas y militares romanas para vincular a los soldados al ejército romano, sino que, también, fue el principal medio utilizado para inculcar en el soldado romano la obediencia a las órdenes y el respeto a las normas del ejército¹²⁸⁶. En adelante, el soldado romano debía actuar en consecuencia, cumplir con sus obligaciones y guardar la disciplina militar, que no era otra cosa que respetar, por encima de todo, su juramento militar.

El hecho de que la *disciplina militaris* mantuviera un vínculo tan estrecho con el *sacramentum militiae* nos invita a pensar que toda trasgresión del juramento militar se pudo juzgar como un acto contrario a la disciplina militar y que, por consiguiente, todo acto que rompiera o comprometiera el sagrado vínculo del *sacramentum militiae* se pudo considerar un acto de indisciplina¹²⁸⁷.

Pese a que esta deducción nos podría ayudar a detectar cuándo la indisciplina militar hizo acto de presencia en el ejército romano, todavía nos quedaría concretar qué acciones fueron predominantemente indisciplinadas y cuáles no, ya que, de lo contrario, podríamos caer en el error de definir cualquier acto de desobediencia como un acto declarado de insubordinación¹²⁸⁸. En el capítulo anterior, llegamos a declarar que, de acuerdo con el testimonio aportado por las fuentes clásicas, todo soldado que se sometía al *sacramentum militiae* se comprometía a obedecer a sus respectivos mandos militares y a cumplir sus órdenes; lo que, en la práctica, significaba que no podía dejar el servicio

¹²⁸⁵ Vid. *supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el nacimiento de la disciplina militar.

¹²⁸⁶ Plb. 6.21.2-3; Caes. Civ. 1.76.5; D.H. 6.45.1; 10.18.2-3; 11.43.2; Liv. 22.38.1-5; 26.48.12; 28.27.12; Fron. Str. 4.1.4; Gel. 16.4.3-4; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 2.5; Serv. A. 8.614; Bouquie, 1884: 210-215; Andrieux, 1927: 10; Tondo, 1963: 1-23, 110; Harmand, 1967: 299-302; Gruen, 1974: 375-376; Helgeland, 1978: 1478; Nicolet, 1980: 102-104; Campbell, 1984: 19; Keppie, 1998: 55; Vallejo, 1998: 171-172; Chrissanthos, 1999: 8; James, 1999: 17; Cosme, 2003b: 303; Jiménez de Furundarena, 2004: 486, 489; Perea, 2006a: 16; Rivero, 2006: 48, 69-71, 284; Phang, 2008: 117; Sage, 2008: 123; Lee, 2009: 207; Mateo, 2010: 167-168; Palao, 2010: 35-36; Brice, 2014: 62-63; 2020b: 47, 49; 2020c: 114; 2020d: 249-250; Pérez Carrandi, 2020a: 246-247.

¹²⁸⁷ Plb. 6.21.1-3; D.H. 10.18.2; Dig. 49.16.13.3; Bouquie, 1884: 156, 163; Andrieux, 1927: 10; Vallejo, 1998: 171; Chrissanthos, 1999: 8-9, 206; 2004: 354; 2013: 321; Southern, 2006: 145-146; Brice, 2015b: 111; 2020a: 44, 55; 2020b: 50; Pérez Carrandi, 2020a: 247.

¹²⁸⁸ «Almost any act contrary to military discipline was a breach of the oath. If they violated military law, they broke the oath and could be punished. If soldiers refused the orders of their commander, they broke their oath. If they deserted, they broke their oath. If they murdered their commander, they obviously broke their oath» (Chrissanthos, 1999: 9). Cf. Southern, 2006: 145-146; Chrissanthos, 2013: 321; Brice, 2020b: 50.

militar sin antes haber cumplido su tiempo de permanencia en el ejército, y que no debía ni abandonar los estandartes ni hacer nada contrario a la ley¹²⁸⁹.

El problema de esta suposición es que, si bien determinados aspectos, como la duración del servicio militar, se pueden valorar objetivamente, no ocurre lo mismo con todas aquellas acciones “contrarias a la ley”, básicamente porque, al margen de las leyes que regulaban la política y la sociedad civil romanas, no hubo, como tal, ninguna “ley militar” de naturaleza disciplinaria que podamos tomar como referencia. Este vacío legal, del cual ya hemos hablado en numerosas ocasiones, dio lugar a un nuevo problema, ya comentado en el capítulo anterior, la arbitrariedad de los mandos militares¹²⁹⁰. Y es que, una vez más, fue el comandante romano de turno el principal responsable de dictaminar si una acción se podía considerar o no un acto de indisciplina.

Naturalmente, hubo acciones típicamente contrarias a la disciplina militar y, por tanto, indisciplinadas, como, por ejemplo, el abandono del puesto de combate, la huida del campo de batalla, los amotinamientos o las revueltas, entre otras muchas, pero también hubo otras acciones, como las protestas o las quejas¹²⁹¹, e, incluso, la desertión¹²⁹², que, en función del contexto, de las necesidades del momento y del general romano implicado, no fueron tenidas en cuenta, por mucho que, en teoría, rompieran manifiestamente con el *sacramentum militiae*.

¹²⁸⁹ «All Roman soldiers swore the *sacramentum* when they were inducted into the army. Though the exact formula is unknown, this oath required the men to assemble when called by their commander, to obey their commander, to do nothing contrary to military law, and to neither desert nor disband until discharged. Though it was essentially a very brief formula it covered many aspects of military behavior. Violations of military law meant the *sacramentum* had been broken, and soldiers could then be punished by numerous forms of discipline up to and including execution» (Chrissanthos, 2004: 354). Cf. Plb. 6.21.2; D.H. 6.45.1; 10.18.2; 11.43.2; Liv. 22.38.3; Serv. A. 8.614.

¹²⁹⁰ Vid. *supra* el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?; en particular, el apartado 2.1. Una “ley” no escrita: la importancia de la tradición en el nacimiento de la disciplina militar.

¹²⁹¹ Para algunos autores, como Chrissanthos (2004: 341; 2013: 322), los soldados romanos, en tanto que ciudadanos, tenían el derecho de expresar y manifestar libre y abiertamente su pensamiento y opinión a sus líderes militares (*libertas*). Según su opinión, este derecho habría permitido que las tropas dirigieran a sus superiores sus dudas y temores, especialmente aquellos relacionados con sus situación militar y sus condiciones de servicio. Para tal fin, o bien utilizaron la cadena de mando y se dirigieron a sus superiores inmediatos (centuriones y tribunos militares) para, de esta forma, hacer llegar su opinión a su general, o bien se dirigieron a él directamente por medio de la celebración de *contiones*. Este punto de vista, compartido por otros historiadores, como James (1999: 15) y Brand (2019: 41), aunque, en parte cierto, nos puede llevar al error de creer que el soldado romano fue libre de emitir su opinión sin consecuencias. Como ya hemos dicho antes, el soldado romano debía, ante todo, obedecer las órdenes de sus oficiales, ya que ese era el principal fundamento del *sacramentum militiae*, por lo que, por mucho que tuviera la capacidad de quejarse sobre las decisiones de su comandante, en última instancia, ni podía desobedecer sus órdenes ni podía enfrentarse a él si no quería romper su juramento y si no quería ser acusado de haber infringido la disciplina militar. Dadas las circunstancias, y tal y como se verá en el apartado siguiente, en la mayoría de las ocasiones en que las tropas se quejaron o se enfrentaron a sus respectivos comandantes los autores clásicos interpretaron su actuación como una amenaza o un acto de rebeldía, y no como la manifestación pública de su derecho de expresión, al comprender que los soldados estaban desafiando abiertamente la autoridad de su general. Para más información sobre el derecho de las tropas a exponer su opinión, y sus posibles consecuencias disciplinarias, vid. Chrissanthos, 1999: 192, 197; 2004: 347, 350, 355, 357-361, 365; 2013: 322-324; Brice, 2020c: 120; 2020d: 251.

¹²⁹² Sobre cómo la desertión fue rara vez castigada durante las guerras civiles, vid. Vallejo, 1993: 241-251; 1996: 399-408; Wolff, 2009; Gueye, 2013a: 221-238. Asimismo, vid. *infra*, en este mismo capítulo, el apartado 3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República, en donde se comenta cada uno de los episodios de desertión que tuvieron lugar en la tardorrepública.

Llegado a este punto, y dada la multiplicidad de situaciones en las que se violó el juramentó militar a lo largo de la República romana, sólo nos quedaría examinar la terminología empleada por las fuentes clásicas para describir las principales formas en las que las tropas rompieron la disciplina militar, si queremos identificar el termino latino que más se puede ajustar a nuestro concepto moderno de indisciplina militar y si queremos, finalmente, definir lo que entendemos por “insurrección”.

Aunque, probablemente, sea debido a la influencia de la historiografía anglosajona y a una mala interpretación de la palabra latina *seditio* el motivo por el que se utiliza, principalmente, el término motín cuando se habla de indisciplina militar en los trabajos modernos especializados sobre el ejército romano¹²⁹³, lo cierto es que, para los romanos, la indisciplina se materializó de otras formas muy diferentes, siendo el amotinamiento de las tropas, simplemente, una más de ellas. Privilegiar el término moderno motín a la hora de explicar y analizar la indisciplina de las legiones nos puede llevar a un grave error de concepto si consideramos que, únicamente, las revueltas y los levantamientos militares deben ser tenidos en cuenta al hablar de indisciplina militar y si creemos que el resto de situaciones en las que se rompió la *disciplina militaris* no tuvieron la misma gravedad.

Por suerte para nosotros, los romanos contaron con un amplio vocabulario ligado a la indisciplina militar, lo que nos permite acercarnos a la raíz del problema sin contaminar nuestro estudio con ideas y conceptos modernos poco o nada precisos con respecto a los términos latinos originales. De todos ellos, hemos querido destacar una selección de ellos, al considerar que, en su conjunto, abarcaron todas las formas posibles en las que se terminó expresando la indisciplina en las legiones, y al observar que fueron los términos que más veces se emplearon al final de la República. Nos referimos a *coniuratio*, *defectio*, *desertio*, *seditio*, *transfugium* y *tumultus*.

Si *coniuratio* fue el término utilizado para referirse al complot que los habitantes de Vaga tramaron, en 109 a. C., contra la guarnición romana de la ciudad, y en el que, supuestamente, participó también Tito Turpilio Silano¹²⁹⁴, así como la conspiración que urdió Marco Perpenna Ventón para asesinar a Quinto Sertorio, en 72 a. C., y hacerse con el control de su ejército¹²⁹⁵; *defectio* fue la palabra usada para explicar la supuesta defección que habían planeado realizar un grupo de tropas auxiliares del ejército de

¹²⁹³ Messer, 1920: 158-175; Elmore, 1924: 430-432; Hagendahl, 1944: 1-40; Wilkes, 1963: 268-271; Fantham, 1985: 119-131; Mulroy, 1988: 157-165; Powell, 1988: 61-64; Chrissanthos, 1997: 172-184; 1999; 2001: 63-75; Williams, 2001: 143-153; Brice, 2003; 2014: 127-129; 2015b: 105-106; 2020c: 114; Woodman, 2006: 303-329; Keaveney, 2007; Aranita, 2009a: 1-19; 2009b: 36-51; Connal, 2012: 33-52; Fulkerson, 2013: 161-185; Lee, 2019: 277-297. Este hecho no se circunscribe, únicamente, al ejército romano, siendo habitual encontrarnos el concepto “mutiny” como sinónimo de indisciplina militar en otras obras de temática clásica (Kaegi, 1981; Carney, 1996: 19-44; Brice, 2015a: 69-76) y moderna (Rose, 1982: 561-574; Guttridge, 1992; Karsten, 1998; Hathaway, 2001; Phillips, 2001: 313-332; Smith, 2014).

¹²⁹⁴ «De modo que los más importantes de la ciudad de Vaga, donde al comienzo, cuando Jugurta hablaba de paz, [Quinto Cecilio] Metelo [Numídico] había establecido una guarnición, cansados de las súplicas del rey y porque, si habían desertado antes, no lo habían hecho por su voluntad, traman un complot en común [Igitur Vagenses, quo Metellus initio Jugurtha pacificante praesidium imposuerat, fatigati regis suppliciiis neque antea voluntate alienati, principes civitatis inter se coniurant]» (Sal. Jug. 66.2).

¹²⁹⁵ «En un banquete, [Quinto] Sertorio fue asesinado por Marco Perpenna, Marco Antonio y otros conspiradores, al octavo año de su jefatura [Sertorius a M. Perpenna et M. Antonio et aliis coniuratis in conuiuium interfectus est octavo ducatus sui anno]» (Liv. 96).

Lucio Cornelio Sila¹²⁹⁶; y *tumultus* el concepto empleado para designar el caos en el que podía caer el ejército si se perdía la disciplina durante el combate y los soldados comenzaban a huir, tal y como se aprecia en el relato que César (Civ. 3.69.4) realiza con ocasión del desorden en el que se vieron envueltos sus hombres durante el transcurso de la batalla de Dirraquio de 48 a. C.¹²⁹⁷, así como la palabra escogida para señalar, o bien algunas de las revueltas que protagonizó el ejército romano, o bien el mal comportamiento de los soldados, o bien el motín de las tropas, tal y como se deduce, respectivamente, del pasaje en el que Velejo Patérculo (2.74.1, 3) nos presenta los disturbios a los que tuvo que hacer frente Octaviano tras la batalla de Filipos de 42 a. C.¹²⁹⁸, de las palabras de Suetonio (*Jul.* 69) cuando nos habla del comportamiento sedicioso de los hombres de César¹²⁹⁹, y del comentario de Frontino (*Str.* 1.9.3) en el que se alude al motín que las tropas de Pompeyo podrían haber provocado si este último no hubiera sabido castigar su indisciplina con la suficiente sutileza¹³⁰⁰.

Con *desertio* y *transfugium* se estrecha el cerco y ambos conceptos se utilizan, fundamentalmente, o bien para hablar de deserción, o bien para comentar el cambio de bando de un ejército a otro. Así, por ejemplo, *desertio* es el término usado por Livio

¹²⁹⁶ «El mismo [Lucio Cornelio] Sila, cuando el enemigo había rodeado y destrozado a ciertas tropas auxiliares enviadas por él, temiendo que su ejército entero entrara en pánico a causa de este desastre, anunció que él había colocado adrede a los auxiliares en un lugar de peligro, puesto que habían planeado desertar. De esta manera veló un muy palpable revés bajo el disfraz de la disciplina, y animó a sus soldados convenciéndolos de que él había hecho esto [*Idem, cum auxiliares eius missi ab ipso circumventi ab hostibus et interfecti essent verereturque, ne propter hoc damnum universus trepidaret exercitus, pronuntiavit auxiliariis, qui ad defectionem conspirassent, consilio a se in loca iniqua deductos: ita manifestissimam cladem ultionis simulatione velavit et militum animos hac persuasione confirmavit*]» (Fron. *Str.* 2.7.3).

¹²⁹⁷ «Los soldados del ala izquierda, viendo desde la estacada que [Cneo] Pompeyo [Magno] se aproximaba y que los suyos huían, temiendo quedar encerrados en aquella estrechura y teniendo al enemigo dentro y fuera, se ponían a salvo aprovechando para retirarse el mismo camino por donde habían venido; todo era confusión, temor, huida, hasta el punto de que, al ordenarles César detenerse tomando por su propia mano las insignias de los fugitivos, unos, dejando los caballos, prosiguieron la carrera; otros, por miedo, incluso perdieron las insignias, y absolutamente ninguno se detuvo [*Sinistro cornu milites, cum ex vallo Pompeium adesse et suos fugere cernerent, veriti, ne angustiis intercluderentur, cum extra et intus hostem haberent, eodem, quo venerant, receptu sibi consulebant, omniaque erant tumultus, timoris, fugae plena, adeo ut, cum Caesar signa fugientium manu prenderet et consistere iuberet, alii admissis equis eodem cursu confugerent, alii metu etiam signa dimitterent, neque quisquam omnino consisteret*]».

¹²⁹⁸ «César [Octaviano] se retiró a Italia, donde encontró muchos más problemas de los que esperaba [...]. La esposa de [Marco] Antonio, Fulvia, que no tenía de mujer más que el cuerpo, promovía en todo la violencia alentando el descontento [*Caesar in Italiam se recepit eamque longe quam speraverat tumultuosiores repperit* [...] *Uxor Antonii Fulvia, nihil muliebri praeter corpus gerens, omnia armis tumultuque miscebat*]».

¹²⁹⁹ «En efecto, Cesar no cedió jamás ante los sediciosos, e incluso siempre les hizo frente [*Non enim cessit umquam tumultuantibus atque etiam obviam semper iit*]».

¹³⁰⁰ «Cuando el Senado de Milán fue masacrado por las tropas de [Cneo] Pompeyo [Magno], Pompeyo, temiendo que pudiera causar un motín si llamaba solo a los culpables, ordenó a algunos que eran inocentes que vinieran esparcidos entre los demás. De esta manera los culpables vinieron con menos miedo, porque no habían sido seleccionados, y así no parecieron ser llamados a consecuencia de cualquier maldad; mientras que aquellos cuya conciencia estaba limpia, mantuvieron un ojo sobre los culpables, no fuera que por la fuga de estos, los inocentes sufrieran la ignominia [*Cn. Pompeius, trucidato ab exercitu Mediolani senatu, ne tumultum moveret, si solos evocasset nocentes, mixtos eis, qui extra delictum erant, venire iussit. Ita et noxii minore cum metu, quia non segregati ideoque non ex causa culpa videbantur arcessiri, paruerunt et illi, quibus integra erat conscientia, custodiendis quoque nocentibus attenderunt, ne illorum fuga inquinarentur*]».

(83) y Veleyo Patérculo (2.25.2) para explicar el cambio de bando que secundaron los ejércitos de Cayo Flavio Fimbria¹³⁰¹ y Lucio Cornelio Escipión Asiático¹³⁰², en 85 y 83 a. C., respectivamente; y la palabra empleada para especificar las desertiones que Décimo Junio Bruto Albino¹³⁰³ y Marco Emilio Lépido¹³⁰⁴ sufrieron, en 43 y 36 a. C., cuando sus correspondientes ejércitos se pasaron al lado de Marco Antonio y Octaviano, respectivamente. Una última acepción la encontramos en César (*Gal.* 2.25) y Veleyo Patérculo (2.55.3), cuando el primero relata el abandono del puesto de combate de sus hombres durante la batalla del río Sambre, en 57 a. C.¹³⁰⁵, y el segundo la huida del campo de batalla que protagonizaron algunos de los soldados de César durante el desenlace de la batalla de Munda, en 45 a. C.¹³⁰⁶

Por su parte, el término *transfugium* es utilizado, esencialmente, para destacar el cambio de bando de una o varias unidades. De este modo, se señalan los intentos llevados a cabo por Jugurta para sobornar, corromper y forzar la desertión de los

¹³⁰¹ «[Cayo Flavio] Fimbria, abandonado por su ejército, que se alineó con [Lucio Cornelio] Sila, se atravesó, ofreció su cuello a un esclavo y le persuadió para que le matase [*Fimbria desertus ab exercitu qui ad Syllam transierat, ipse se percussit impetrauitque de seruo suo, praebens ceruicem, ut se occideret*]».

¹³⁰² «[...] [Lucio Cornelio] Escipión [Asiático], abandonado por sus soldados, y entregado a Sila, que le dejó libre y a salvo [...] *Scipio ab exercitu suo desertus ac proditus inviolatus a Sulla dimissus est*]».

¹³⁰³ «Décimo [Junio] Bruto [Albino], sufrió al principio la desertión del ejército de Planco, más tarde fue objeto de las emboscadas de este; al ir abandonándole su ejército poco a poco [...] [*D. Brutus desertus primo a Planco, postea etiam insidiis eiusdem petitus, paulatim relinquent eum exercitu [...]*]» (Vell. 2.64.1). Igualmente, véase cómo, en esta ocasión, Veleyo Patérculo utiliza el verbo *relinquo* cuando se refiere a las últimas desertiones que experimentó Décimo Junio Bruto Albino poco antes de ser asesinado. Para un uso similar, *vid.* Liv. 98.

¹³⁰⁴ «Podrías ver, lector, qué diferencia había entre los dos generales [entre Octaviano y Marco Emilio Lépido]: soldados armados siguieron a ese hombre inerme mientras que Lépido, diez años después de haber llegado a tener un poder que no merecía en absoluto por su conducta, abandonado por sus soldados y por la fortuna, con la cabeza cubierta con un manto de mal paño, escondido entre una muchedumbre que rodeaba a César [Octaviano], fue a caer a sus pies [*Scires, quid interesset inter duces: armati inermem secuti sunt decimoque anno quam ad indignissimam vita sua potentiarn pervenerat, Lepidus et a militibus et a fortuna desertus pulloque velatus amiculo inter ultimam confluentium ad Caesarem turbam latens genibus eius advolutus est*]» (Vell. 2.80.4).

¹³⁰⁵ «César, después de haber animado a la legión décima, viniendo al costado derecho, como vio el aprieto de los suyos, apiñadas las banderas, los soldados de la duodécima legión tan pegados que no podían manejar las armas, muertos todos los centuriones y el signífero de la cuarta cohorte, perdido el estandarte; los de las otras legiones o muertos o heridos, y el principal de ellos Publio Sextio Báculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas sin poderse tener en pie; que los demás caían en desaliento, y aun algunos, desamparados de los que les hacían espaldas, abandonaban su puesto hurtando el cuerpo a los golpes [...] [*Caesar ab X. legionis cohortatione ad dextrum cornu profectus, ubi suos urgeri signisque in unum locum conlatis XII. legionis confertos milites sibi ipsos ad pugnam esse impedimento vidit, quartae cohortis omnibus centurionibus occisis signiferoque interfecto, signo amisso, reliquarum cohortium omnibus fere centurionibus aut vulneratis aut occisis, in his primipilo P. Sextio Baculo, fortissimo viro, multis gravibusque vulneribus confecto, ut iam se sustinere non posset, reliquos esse tardiores et non nullos ab novissimis deserto loco proelio excedere ac tela vitare*]».

¹³⁰⁶ «La fortuna que solía acompañar a César no le faltó en Hispania, pero en el combate más violento y peligroso que nunca hubiera entablado, llegó al punto de bajar del caballo en un momento más que crítico, y situándose delante del escuadrón de los suyos, que iba cediendo, imprecara a la fortuna por haberle reservado para tal fin en ese combate, y dejar claro a sus soldados que él no cedería ni un paso; que luego vieran a qué general y en qué circunstancias iban a abandonar [*Sua Caesarem in Hispaniam cornitata fortuna est, sed nullum umquam atrocius periculosiusque ab eo initum proelium, adeo ut plus quam dubio Marte descenderet equo consistensque ante recedentem suorum aciem, increpata prius fortuna, quod se in eum servasset exitum, denuntiaret militibus vestigio se non recessurum: proinde viderent, quem et quo loco imperatorem deserturi forent*]».

soldados de Aulo Postumio Albino, en 109 a. C.¹³⁰⁷; el cambio de bando que las legiones *Vernacula* y *II* llevaron a cabo, entre el 46 y el 45 a. C., cuando, tras abandonar a su comandante Cayo Trebonio, se pasaron al lado de Cneo Pompeyo el Joven¹³⁰⁸; el cambio de bando que el tribuno militar Quinto Marcio protagonizó al preferir pasarse al lado de César que continuar sirviendo bajo el mando del mayor de los hijos de Pompeyo¹³⁰⁹; o los continuos cambios de bando que se produjeron entre los ejércitos de Marco Antonio y Octaviano en vísperas de la decisiva batalla de Accio, en 31 a. C.¹³¹⁰

Por último, el término *seditio* comprende una variedad de episodios de indisciplina mucho mayor que cualquier otro concepto de los anteriormente analizados. De esta forma, *seditio* ha servido para hablar de revueltas, como las que surgieron en la Hispania Ulterior, entre el 48 y el 47 a. C.¹³¹¹, o las que lideraron los veteranos de Marco Antonio y Octaviano, en 41 a. C.¹³¹²; para comentar las protestas, amenazas y reivindicaciones de las tropas, como las que, en 79 a. C., dirigieron los soldados de Cneo Pompeyo Magno a su comandante poco antes de que este celebrara su primer triunfo¹³¹³, las que encabezaron los hombres de Marco Petreyo y Lucio Afranio, en 49 a. C., al final de su enfrentamiento contra César¹³¹⁴, o las que sufrió el mismo César, en 47

¹³⁰⁷ «Entretanto, por medio de tipos astutos [Jugurta] tentaba al ejército día y noche, sobornaba a los centuriones y jefes de escuadrón, a unos, para que desertasen, a otros, para que abandonasen su puesto al dar una señal [*Interea per homines callidos diu noctuque exercitum temptabat, centuriones ducesque turmarum, partim uti transfugerent, corrumpere, alii signo dato locum uti desererent*]» (Sal. Jug. 38.3).

¹³⁰⁸ «[Cneo Pompeyo el Joven] tenía a su disposición las águilas y enseñas de trece legiones; pero de entre estas, las que consideraba que tenían cierta consistencia eran en principio dos, la indígena y la segunda, que habían desertado de Cayo Trebonio [*Aquilas et signa habuit XIII legionum; sed ex quibus aliquid firmamenti se existimabat habere duae fuerunt vernaculae, quae a Trebonio transfugerant*]» (Caes. B.Hisp. 7.4). Cf. Caes. B.Hisp. 12.1-2, 20.2.

¹³⁰⁹ «En este día Quinto Marcio, que, al parecer, había sido tribuno militar en el bando de [Cneo] Pompeyo [el Joven], se pasó a nuestras líneas [*Eo die Q. Marcius, tribunus militum qui fuisset Pompei, ad nos transfugit*]» (Caes. B.Hisp. 11.2). Cambios de bando de este tipo hubo muchos durante la campaña de César en Hispania, afectando tanto a centuriones (Caes. B.Hisp. 20.4) y portaestandartes (Caes. B.Hisp. 18.3) como a auxiliares y soldados rasos en general (Caes. B.Hisp. 18.6, 21.1).

¹³¹⁰ «De este bando no desertaba nadie al de [Marco] Antonio, del otro al de César [Octaviano] no había día que no se pasara alguien [*Hinc ad Antonium nemo, illinc ad Caesarem cotidie aliquis transfugiebat*]» (Vell. 2.84.1). Cf. Vell. 2.83.2-3.

¹³¹¹ «Entretanto, Lucio Ticio, quien a la sazón era tribuno militar en la legión indígena, anuncia que esta legión, mientras se encontraba acampada junto a la ciudadela de Ilipa, tras amotinarse y matar a algunos centuriones que se negaban a dar la orden de marcha, se ha separado de la legión XXX, que también comandaba el legado Quinto Casio, y se ha dirigido al encuentro de la II, que era conducida por otro itinerario hacia el estrecho [*Interim L. Titius, qui eo tempore tribunus militum in legione vernacula fuerat, nuntiat eam a legione XXX, quam Q. Cassius legatus simul ducebat, cum ad oppidum Ilipam castra haberet, seditione facta centurionibus aliquot occisis qui signa tolli non patiebantur, discessisse et ad secundam legionem contendisse, quae ad fretum alio itinere ducebatur*]» (Caes. B.Alex. 57.1). Cf. Caes. B.Alex. 58.1.

¹³¹² «Con gran peligro, [Octaviano] sometió rebeliones en su ejército que ciertos soldados, corrompidos por Fulvia, la esposa de Marco Antonio, habían puesto contra su general [*Seditiones exercitus sui quas corrupti a Fulvia, M. Antoni uxore, milites aduersus imperatorem suum concitauerant, cum graui periculo inhibuit*]» (Liv. 125).

¹³¹³ «Cuando los soldados de Cneo Pompeyo amenazaron con saquear el dinero que se llevaba para el triunfo, Servilio y Glaucia le instaron a distribuirlo entre las tropas, a fin de evitar el estallido de un motín [*Cn. Pompeius minantibus direpturos pecuniam militibus, quae in triumpho ferretur, Servilio et Glaucia cohortantibus, ut divideret eam, ne seditio fieret*]» (Fron. Str. 4.5.1).

¹³¹⁴ «Las legiones, casi en rebeldía, pidieron a [Marco] Petreyo y [Lucio] Afranio su estipendio [*Petreius atque Afranius cum stipendium ab legionibus paene seditione facta flagitarentur*]» (Caes. Civ. 1.87.3).

a. C., y terminaron desembocando en el motín de su ejército¹³¹⁵; para exponer el mal comportamiento de las tropas o la naturaleza sediciosa de determinados soldados, como cuando se describe el carácter rebelde de los hombres de Lucio Licinio Lúculo¹³¹⁶, o se insiste en la actividad sediciosa que ciertos oficiales de César mantuvieron, en 47 a. C.¹³¹⁷; para referirse a los asesinatos de algunos comandantes romanos, como los de Quinto Pompeyo Rufo¹³¹⁸ y Lucio Cornelio Cina¹³¹⁹, en 88 y 84 a. C., respectivamente; y, finalmente, para indicar el amotinamiento de las tropas, como los que vivieron Cayo Escribonio Curión¹³²⁰ y Lucio Licinio Lúculo¹³²¹, en 75 y 67 a. C., respectivamente, o los que experimentaron César, en 49 y 47 a. C.¹³²², y Octaviano, en 36 y 35 a. C.¹³²³

¹³¹⁵ «César concedió a sus veteranos, que sediciosamente pedían su licenciamiento, lo que pedían y cruzó a África [*Caesar ueteranis cum seditione missionem postulantibus dedit, et cum in Africam traiecisset*]» (Liv. 113).

¹³¹⁶ «El cónsul Lucio [Licinio] Lúculo combatió victoriosamente en batallas de caballería contra Mitrídates y lanzó varias campañas con éxito, pero refrenaba a sus rebeldes soldados cuando ellos deseaban combatir [*L. Licinius Lucullus cos. aduersus Mithridaten equestribus proeliis feliciter pugnavit et aliquot expeditiones prosperas fecit poscentesque pugnam milites a seditione inhibuit*]» (Liv. 94).

¹³¹⁷ «“Igualmente a ti, Aulo Fonteyo, puesto que te has mostrado como un tribuno militar sedicioso y mal ciudadano, te aparto de mi ejército. Tito Salieno, Marco Tiro y Gayo Clusinas, puesto que conseguisteis los grados de mando en mi ejército por concesión especial y no por vuestro valor, y luego habéis actuado sin poner de manifiesto vuestra valentía en la guerra ni vuestra bondad ni vuestra utilidad en la paz, y sí en cambio os habéis mostrado más activos en promover sediciones y en levantar a los soldados contra vuestro *imperator* que en preocuparos del honor y de la disciplina, por todo eso os considero indignos de ejercer cualquier tipo de mando en mi ejército, os licencio y os ordeno salir lo más rápidamente posible de África” [*Itemque te Aule Fonteï, quod tribunus militum seditiosus malusque civis fuisti, te ab exercitu dimitto. Tite Saliene M. Tiro C. Clusinas, cum ordines in meo exercitu beneficio, non virtute [sitis] consecuti ita vos gesseritis ut neque bello fortes neque pace boni aut utiles fueritis et magis in seditione concitandisque militibus adversum vestrum imperatorem quam pudoris modestiaeque fueritis studiosiores, indignos vos esse arbitror qui in meo exercitu ordines ducatis, missosque facio et quantum pote abesse ex Africa iubeo*]» (Caes. B.Afr. 54.4-5). Cf. Caes. B.Afr. 28.2; Suet. Jul. 67.1.

¹³¹⁸ «En este año por primera vez las manos de un soldado romano se mancharon con la sangre de un cónsul; pues fue asesinado (Quinto) Pompeyo [Rufo], colega de [Lucio Cornelio] Sila, por el ejército del procónsul Cneo Pompeyo [Estrabón], en una revuelta que había sido alentada por el general [*Hoc anno primum sanguine consulis Romani militis imbutae manus sunt; quippe Q. Pompeius, collega Sullae, ab exercitu Cn. Pompei proconsulis seditione, sed quam dux creaverat, interfectus est*]» (Vell. 2.20.1).

¹³¹⁹ «Antes de la llegada de Lucio [Cornelio] Sila, [Lucio Cornelio] Cinna fue muerto por el ejército, que se le había sublevado; este hombre habría merecido una ejecución decidida por los vencedores más que sucumbir a la ira de unos soldados [*Ante adventum L. Sullae Cinna seditione orta ab exercitu interemptus est, vir dignior, qui arbitrio victorum moreretur quam iracundia militum*]» (Vell. 2.24.5).

¹³²⁰ «Cuando el cónsul Cayo [Escribonio] Curión hacía una campaña cerca de Dirraquio en la guerra contra los dardanos, y una de las cinco legiones, habiéndose amotinado, había rechazado prestar servicio y había declarado que no seguiría bajo su mando imprudente en una empresa difícil y peligrosa [...] [*C. Curio consul bello Dardanico circa Dyrrachium, cum ex quinque legionibus una seditione facta militiam detractasset securturamque se temeritatem ducis in expeditionem asperam et insidiosam negasset*]» (Fron. Str. 4.1.43).

¹³²¹ «Un motín de soldados que no querían seguir [combatiendo], impidió a Lúculo perseguir a Mitrídates y Tigranes y obtener la victoria final; estuvieron implicadas las dos legiones de [Lucio] Valerio [Flaco], que desertaron diciendo que su periodo de servicio había terminado [*Lucillum, ne persequeretur Mithridaten ac Tigranen summamque victoriae inponeret, seditio militum tenuit, quia sequi nolebant, id est duae legiones Valerianae, quae impleta a se stipendia dicentes Lucillum reliquerunt*]» (Liv. 98).

¹³²² «Durante los diez años que duró la guerra de las Galias sus soldados no se amotinaron jamás; en el transcurso de las guerras civiles lo hicieron algunas veces, pero para volver rápidamente a su deber, y no tanto por la indulgencia de su general como por su entereza [*Seditionem per decem annos Gallicis bellis nullam omnino moverunt, civilibus aliquas, sed ut celeriter ad officium redierint, nec tam indulgentia ducis quam auctoritate*]» (Suet. Jul. 69). Cf. Fron. Str. 1.9.4; 4.5.2; Suet. Jul. 69-70.

¹³²³ «Más tarde se produjo una rebelión repentina del ejército —que consciente de su gran número se resiste a la disciplina y no soporta suplicar por aquello a lo que cree que él puede forzar— a la que puso

Dada la pluralidad de significados que logró reunir el término *seditio*, creemos que es momento de romper, definitivamente, con la asociación entre *seditio* y motín de la que dimos cuenta antes, y proponer una nueva relación. Y es que hablamos de un concepto que, gracias a su marcada polisemia, englobó un amplísimo abanico de delitos, desórdenes, faltas, incidentes e infracciones de naturaleza militar que fueron mucho más allá de lo que hoy en día entendemos por motín. Desde la eliminación física del comandante romano de turno hasta el levantamiento armado del ejército, pasando por las protestas de las tropas y las revueltas de los soldados, prácticamente cualquier acción contraria a la disciplina militar se enmarcó bajo el título de *seditio*.

Esta circunstancia, sumada al hecho de que siempre que se manifestó la *seditio* en el ejército romano fue como consecuencia de la ruptura del *sacramentum militiae*, ha hecho que nos planteemos la posibilidad de que *seditio* sea el término más apropiado para interpretar lo que los romanos entendían por indisciplina militar. Primero, porque se ajusta, perfectamente, a las dos definiciones que vimos al comienzo del presente apartado, al ser un «delito propio militar» y al originarse como resultado de hacerse algo «de otro modo que como exige la disciplina común»; segundo, porque, tal y como acabamos de exponer, existió un fuerte vínculo entre *seditio* y *sacramentum militiae*, hasta el punto de considerarse *seditio* todo acto que rompiera o infringiera el juramento militar y considerarse roto el *sacramentum militiae* cada vez que tenía lugar un acto de *seditio*; y, finalmente, porque, a diferencia de los otros conceptos analizados (*coniuratio*, *defectio*, *desertio*, *transfugium* y *tumultus*), no tuvo un significado tan acotado y abarcó un espectro mucho más amplio que cualquier otro término latino asociado a la indisciplina militar.

Dicho esto, ¿sería correcto utilizar el término *seditio* como sinónimo de nuestro concepto moderno de indisciplina militar?

Aunque *seditio*, tal y como acabamos de explicar, es el término latino que más se pudo acercar a lo que los romanos entendían por ruptura de la disciplina militar y violación del *sacramentum militiae*, el hecho de que no llegara a incluir todas las formas en las que se rompió la *disciplina militaris* y que, por tanto, no comprendiera todos los tipos de indisciplina que sufrieron las legiones, nos hace dudar de que, efectivamente, se pueda emplear como equivalente de nuestro concepto de indisciplina militar, ya que, en última instancia, nunca llegó a representar a la indisciplina en su conjunto, sino a una parte de las manifestaciones en las que la indisciplina militar hizo acto de presencia en el ejército romano. Por esta razón, hemos creído conveniente prescindir de su uso, dado que al utilizarlo estaríamos dejando fuera de nuestro análisis todas aquellas situaciones de indisciplina a las que el término *seditio* no hizo referencia explícita, y emplear en su lugar el término castellano “indisciplina”, para referirnos a la falta o ausencia de disciplina militar y a la violación del juramento militar, y el término castellano “insurrección”, para referirnos a las distintas formas en las que se expresó y materializó la indisciplina militar al final de la República.

fin el general supremo [Octaviano] en parte con severidad, en parte con medidas de gracia [*Subita deinde exercitus seditio, qui plexumque contemplatus frequentiam suam a disciplina desciscit et, quod cogere se putat posse, rogare non sustinet, partim severitate, partim liberalitate discussa principis*]» (Vell. 2.81.1). Cf. Liv. 131.

La razón por la cual hemos decidido priorizar ambas expresiones, por encima del término *seditio* y de cualquier otro término latino o griego¹³²⁴, es que se trata de dos conceptos que, además de ajustarse perfectamente a los parámetros clásicos examinados en el presente apartado y de poseer una capacidad semántica mucho mayor que la que *seditio* nos puede ofrecer, favorecen nuestra comprensión del estudio de la indisciplina, al representar el primero la ruptura de la disciplina militar y al plantearse el segundo de una manera más amplia que la que se concibió el término latino *seditio*.

Así las cosas, cada vez que se hable en lo que resta de trabajo del “fenómeno de la insurrección” será para referirnos a las distintas formas en las que falló la disciplina militar, se infringió el *sacramentum militiae* y se exteriorizó la indisciplina militar en el ejército romano tardorrepblicano.

3. De la guerra de Jugurta a la conquista de Egipto: análisis e interpretación de la indisciplina militar al final de la República

A lo largo de las siguientes páginas, se presenta el análisis e interpretación de todos los actos de indisciplina y episodios de insurrección que protagonizaron las tropas romanas durante la fase final de la República. Para tal fin, hemos seguido un criterio cronológico y, por esta razón, el capítulo se ha organizado con base en los principales conflictos militares, tanto externos como internos, en los que tomó parte el ejército romano tardorrepblicano. Por desgracia, la falta de información de la que hemos dado cuenta al principio de nuestro trabajo nos ha impedido examinar al mismo nivel de precisión todos los incidentes expuestos; circunstancia que nos ha llevado a diferenciar entre insurrecciones “principales”¹³²⁵ e insurrecciones “secundarias”¹³²⁶. La diferencia entre una y otra categoría no radica en que unas sean más importantes que las otras, sino que, como resultado de este vacío historiográfico, en las primeras se ha podido estudiar la indisciplina militar con mayor atención y detalle.

En consecuencia, mientras que las insurrecciones “secundarias” serán, por lo general, estudiadas en conjunto bajo el epígrafe de “Otras insurrecciones”, las insurrecciones “principales” serán examinadas individualmente, quedando su análisis desglosado en nueve partes interrelacionadas entre sí: situación previa, en donde se especificará el contexto bélico en el que tuvo lugar cada incidente, así como el comandante al mando y las unidades implicadas; causas, en donde se valorarán las razones del descontento de las tropas; objetivos, en donde se examinarán las motivaciones, intereses y reivindicaciones de los soldados; tipo de insurrección, en donde se clasificará el episodio en función de la forma en la que se manifestó la indisciplina en el ejército, del grado de organización y del nivel de violencia;

¹³²⁴ Como, por ejemplo, ἀταξία (Brice, 2015b: 105; 2020c: 114). Para más información sobre la terminología ligada a la indisciplina militar, *vid.* Vallejo, 1993: 241-251; Chrissanthos, 1999: 7-12; Lovisi, 1999: 168-170; Gueye, 2013a: 221-238.

¹³²⁵ Para una ficha técnica de cada una de las insurrecciones “principales”, *vid. infra* el Anexo I – Insurrecciones principales.

¹³²⁶ En el Anexo II – Lista general de insurrecciones, se propone una relación de todas las insurrecciones, tanto “principales” como “secundarias”, recogidas en el presente capítulo.

mecanismos de cohesión, en donde se debatirá en torno a los posibles medios empleados por las tropas para organizarse, comunicarse y coordinarse durante sus respectivos levantamientos; medios de detección, control y represión, en donde se estudiará la respuesta de las autoridades políticas y militares romanas y se medirá su capacidad para disuadir, contener y castigar a los soldados; índice de éxito y/o fracaso, en donde se recogerá la tasa de éxito o de fracaso de la insurrección en función de los objetivos alcanzados por las tropas y de la competencia de las autoridades romanas para combatir la indisciplina de sus hombres; y consecuencias, en donde se recogerá el impacto político-militar y/o socioeconómico que provocaron cada uno de los ejemplos analizados. Por último, con la finalidad de singularizar cada uno de los incidentes propuestos y establecer las primeras conexiones, la novena y última parte consistirá en un comentario personal en el que se destacarán los principales rasgos y características de cada episodio.

3.1. Guerra de Jugurta

«Pero cuando Jugurta comenzó a tentarle [a Lucio Calpurnio Bestia] con dinero a través de sus enviados y a hacerle ver la dificultad de la guerra que dirigía, su espíritu enfermo de avaricia se volvió fácilmente del revés. Tomó como cómplice y organizador de todos sus programas a [Marco Emilio] Escauro, el cual, aunque al principio, cuando la mayor parte de los suyos se habían dejado sobornar, había combatido sañudamente al rey, no obstante, dada la cantidad de dinero, se vio arrastrado, de bueno y honorable que era, a ser un corrupto»¹³²⁷.

Durante la primera fase de la guerra de Jugurta, entre el 111 y el 109 a. C., la corrupción y la indisciplina fueron, de acuerdo con Salustio, los principales rasgos que caracterizaron al ejército romano desplazado a Numidia. Sin embargo, no fueron los soldados los primeros en ceder a la ociosidad y a la molición, sino que fueron, sobre todo, sus mandos militares los que primero se dejaron pervertir por el rey númida. Tras declarar la guerra a Jugurta, el Senado encomendó la dirección de la campaña al cónsul Lucio Calpurnio Bestia¹³²⁸, quien, tras reclutar y trasladar el ejército a África, pronto sucumbió a la influencia y sobornos del rey¹³²⁹. A este respecto, Salustio nos habla de la codicia del cónsul y de cómo su desmedida ambición arrastró con él al resto de sus hombres¹³³⁰. Esta situación permitió a Jugurta tomar ventaja en la guerra¹³³¹, consolidar su posición y hacerle creer que «en Roma todo estaba en venta»¹³³² y que, por lo tanto, podría comprar tantas voluntades como quisiera, ya sea en la capital, ya sea en su ejército¹³³³.

¹³²⁷ Sal. *Jug.* 29.1-2.

¹³²⁸ Sal. *Jug.* 27.4.

¹³²⁹ De acuerdo con Orosio (5.15.4), Jugurta «compró con dinero y arrastró a una paz de vergonzosas condiciones al cónsul [Lucio] Calpurnio [Bestia], que había sido enviado contra él». Cf. Sal. *Jug.* 29.1-2, 30.2; Flor. *Epit.* 1.36.7; Eutr. 4.26.1; Brice, 2014: 97.

¹³³⁰ Sal. *Jug.* 29.2.

¹³³¹ Sal. *Jug.* 29.3-5.

¹³³² Sal. *Jug.* 28.1.

¹³³³ Sal. *Jug.* 28.1, 30.2.

No obstante, mientras que en Numidia el oro ayudó a Jugurta a alejar por un tiempo las armas de su reino, en la capital romana la noticia de que Bestia había aplazado deliberadamente la guerra a causa de su avaricia despertó la rabia y la indignación del pueblo. Ante los rumores de que la nobleza y el ejército romanos estaban comprados¹³³⁴, el tribuno de la plebe Cayo Memio se esforzó en hacer suya la defensa de la República y en movilizar y soliviantar los ánimos de la plebe¹³³⁵. Fruto de su acción, se envió al pretor Lucio Casio a África para que trajese a Jugurta a Roma, con la finalidad de que sus revelaciones ayudaran a destapar los delitos de los romanos acusados de malversación¹³³⁶.

No obstante, la corrupción estaba tan extendida en la *Vrbs* que, pese a encontrarse en Roma, Jugurta no dejó de comprar aliados, como fue el caso del tribuno de la plebe Cayo Bebio¹³³⁷. Con su influencia y dinero, no sólo logró afianzar su posición entre una parte cada vez más importante de la aristocracia senatorial romana¹³³⁸, sino que, además, logró eliminar a varios de sus rivales políticos directos¹³³⁹.

Es en esta coyuntura de corrupción, indisciplina y sobornos generalizados en donde debemos situar las dos siguientes insurrecciones.

3.1.1. Cerca de Vaga¹³⁴⁰, Numidia, finales del 111 a. C.

«[...] los que habían quedado en Numidia al frente del ejército por orden de Bestia, siguiendo la norma de su general, cometieron muchísimos actos de singular infamia. Hubo quienes, comprados a precio de oro, entregaron a Jugurta los elefantes; otros vendían a los desertores; otros saqueaban pueblos pacificados: tan gran avaricia había invadido sus almas, igual que si fuese la peste»¹³⁴¹.

SITUACIÓN PREVIA: Poco después de haber desembarcado en Numidia y de haber suspendido las operaciones bélicas contra Jugurta, el cónsul Lucio Calpurnio Bestia abandonó al ejército en África y regresó a Roma para celebrar las elecciones¹³⁴². No sabemos cuántos efectivos componían sus fuerzas¹³⁴³, sólo que, en el momento de la partida del cónsul, en el ejército «reinaba la paz»¹³⁴⁴.

CAUSAS: A pesar de la anterior afirmación, lo cierto es que tanto la indisciplina como la avaricia se habían apoderado desde hacía tiempo del espíritu de las tropas, de tal modo que identificamos dos causas principales detrás del comportamiento

¹³³⁴ Sal. *Jug.* 30.

¹³³⁵ Sal. *Jug.* 30-31.

¹³³⁶ Sal. *Jug.* 32.1, 5, 33.1.

¹³³⁷ Sal. *Jug.* 33.2, 34.1.

¹³³⁸ Sal. *Jug.* 37.1-2. Cf. Brice, 2014: 97.

¹³³⁹ Sal. *Jug.* 35.

¹³⁴⁰ Actual Béja (al norte de Túnez). Cf. Sal. *Jug.* 29.4.

¹³⁴¹ Sal. *Jug.* 32.2-4.

¹³⁴² Sal. *Jug.* 29.7.

¹³⁴³ Sal. *Jug.* 27.4-5, 28.4.

¹³⁴⁴ Sal. *Jug.* 29.7.

subversivo del ejército: militares y económicas; y un detonante: la ausencia de Calpurnio Bestia¹³⁴⁵.

OBJETIVOS: El principal interés de la tropa fue el de enriquecerse a expensas de la guerra en Numidia, para lo cual no dudaron en saquear y robar en territorio vecino y aliado, e, incluso, negociar y traficar con el enemigo númida¹³⁴⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Conforme a Salustio, los soldados aprovecharon la ausencia del cónsul para dar rienda suelta a sus deseos más primarios y dejarse llevar por sus instintos más bajos, llevando la violencia a pueblos previamente pacificados y saqueando indiscriminadamente el territorio. Igualmente, sabemos que, en contra de lo establecido por el cónsul, las tropas llegaron a todo tipo de acuerdos con los númidas, poniendo precio a todo lo que se hallaba a su alcance, desde mercancías y elefantes hasta desertores¹³⁴⁷. La insurrección fue violenta y no estuvo organizada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: No se advierte la existencia de ningún medio de cohesión que congregara a los soldados, y el único aglutinante de las tropas fue el clima de violencia y descontrol que rodeó sus actos. Sin embargo, el hecho de que los soldados, tal y como se defenderá a continuación, operaran bajo la complicidad de sus oficiales, nos invita a pensar que, de algún modo, pudieron contar con el respaldo de parte de sus líderes militares¹³⁴⁸.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No tenemos constancia ni de que las autoridades político-militares presentes en Numidia intentaran contener o castigar la acción de las tropas ni de que los oficiales al frente del ejército consular hicieran algo por revertir o apaciguar la situación; lo que nos hace pensar que, seguramente, ambos grupos fueron cómplices del mismo delito. En tal sentido, no debemos olvidar que, de acuerdo con Salustio, durante el tiempo que duró su corta experiencia militar Calpurnio asignó como lugartenientes de su ejército a nobles romanos que en el pasado ya habían hecho negocios con Jugurta de dudosa honestidad¹³⁴⁹. No obstante, aunque desde el ejército no se actuó y ningún soldado fue castigado en el campamento ni antes ni después de los hechos, pese a la llegada de nuevos comandantes, sí que se persiguió en Roma la indisciplina del ejército, para lo cual se constituyó, en 109 a. C., una comisión encabezada por el tribuno de la plebe Cayo Mamilio Limetano, la *quaestio Mamilia*¹³⁵⁰.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Durante el tiempo que duraron los desmanes de la soldadesca romana, ningún soldado fue castigado y ninguna autoridad competente hizo nada por evitar que la indisciplina se extendiera a todo el ejército.

¹³⁴⁵ Sal. Jug. 32.2-4.

¹³⁴⁶ Sal. Jug. 32.2-4. Cf. Brice, 2014: 97.

¹³⁴⁷ Sal. Jug. 32.2-4.

¹³⁴⁸ Sal. Jug. 28.4, 29.2, 32.2-4.

¹³⁴⁹ Entre ellos destaca la presencia del excónsul Marco Emilio Escauro, «cómplice y organizador de todos sus programas» (Sal. Jug. 29.2). Cf. Sal. Jug. 28.4, 32.2-4.

¹³⁵⁰ Con arreglo a Salustio (Jug. 40.1-3), el tribuno de la plebe Cayo Mamilio Limetano presentó al pueblo un proyecto de ley para entablar proceso «contra aquellos por cuyo consejo Jugurta había despreciado las decisiones del Senado y quienes habían recibido dinero de él durante sus embajadas o mandatos, quienes habían entregado los elefantes y los desertores, así como quienes habían hecho pactos con los enemigos sobre la paz o sobre la guerra». Cf. Pérez Carrandi, 2017: 180-181, 242-243.

CONSECUENCIAS: La condescendencia de las autoridades militares desplegadas en África permitió que el ejército acantonado en Numidia degenerase y que la corrupción sustituyera al entrenamiento, la disciplina y la formación. Esta situación, además de trasladar al ejército los mismos vicios que en los últimos años habían degradado la vida política de la capital y de servir de excusa para que desde el tribunado de la plebe se utilizara la campaña de África como elemento con el que atacar a la nobleza senatorial, permitió a Jugurta reforzar su posición y alargar la guerra durante varios años más¹³⁵¹.

COMENTARIO: Aunque pudiera parecer que la indisciplina de los soldados se debió, fundamentalmente, al vacío de poder que dejó la marcha de Calpurnio Bestia, según Salustio, el ejército no hizo sino reproducir en su ausencia lo que había visto en su general y lo que ya había hecho durante su mando¹³⁵². Es decir, debemos buscar el origen del problema, no en la marcha del cónsul, sino en el tiempo que estuvo dirigiendo al ejército en África, ya que la indisciplina de las tropas y la negligencia de sus mandos se identifican desde el inicio de la campaña. En este sentido, creemos que fue el abandono y la desidia de las autoridades militares romanas y su posterior connivencia para con las tropas lo que hicieron que la situación se desbordara y que el desorden imperara entre las filas romanas. Ante tal coyuntura, si desde el ejército no se daba ejemplo, desde Roma se intentó revertir la situación, aprovechando, no obstante, la oportunidad para hacer política a partir de la corrupción del ejército. Así, tanto Cayo Memio como Cayo Mamilio Limetano supieron utilizar en su favor las noticias que llegaban desde Numidia, ya sea agitando al pueblo contra la nobleza, ya sea utilizando la molición de soldados y oficiales en su beneficio político¹³⁵³.

3.1.2. Suthul¹³⁵⁴, Numidia, finales del 110 – principios del 109 a. C.

«Entretanto, por medio de tipos astutos [Jugurta] tentaba al ejército [romano] día y noche, sobornaba a los centuriones y jefes de escuadrón, a unos, para que desertasen, a otros, para que abandonasen su puesto al dar una señal»¹³⁵⁵.

SITUACIÓN PREVIA: Alrededor de octubre-noviembre de 110 a. C., el cónsul Espurio Postumio Albino dejó a su hermano Aulo al frente del ejército de Numidia como *propretor*¹³⁵⁶. En enero de 109 a. C., es cuando Aulo decidió sacar a los soldados de los cuarteles de invierno y cuando podemos situar, por tanto, el incidente¹³⁵⁷. De acuerdo con Orosio, el ejército romano estaba formado por un total de 40.000 hombres, entre soldados romanos y auxiliares¹³⁵⁸.

CAUSAS: Mientras que Aulo, aprovechando la ausencia de su hermano Espurio, concibió la esperanza de poner fin a la guerra y apoderarse, asimismo, del tesoro de

¹³⁵¹ Sal. *Jug.* 29.1-2, 30.2; Flor. *Epit.* 1.36.7; Eutr. 4.26.1; Oros. 5.15.4.

¹³⁵² Sal. *Jug.* 32.2. Cf. Sal. *Jug.* 28.1, 29.1-2.

¹³⁵³ Sal. *Jug.* 27.2, 30-31, 32.1, 40.

¹³⁵⁴ *Locus incertus*.

¹³⁵⁵ Sal. *Jug.* 38.3.

¹³⁵⁶ Sal. *Jug.* 36.4.

¹³⁵⁷ Sal. *Jug.* 37.3.

¹³⁵⁸ Orosio 5.15.6.

Jugurta con la utilización del ejército¹³⁵⁹; los soldados, como ya sucediera en el episodio anterior, se dejaron cautivar por las riquezas y los sobornos de Jugurta¹³⁶⁰. Al móvil económico debemos añadir el militar y psicológico, pues a la ambición y codicia de general y ejército debemos sumar la indisciplina y la cobardía de las tropas. En el momento de entablar combate, mientras que unos se dejaron llevar por el pánico y prefirieron huir antes que pelear¹³⁶¹, otros se pasaron directamente al ejército del rey¹³⁶². Creemos que las razones por las cuales los soldados renunciaron a combatir, abandonaron la causa romana y/o se pasaron al enemigo fueron la promesa de futuras recompensas económicas y la desconfianza que les despertaba Aulo, un comandante sin apenas experiencia militar previa y al que el propio Jugurta consideraba un líder con «poco seso e impericia»¹³⁶³.

OBJETIVOS: Si la ambición fue el principal motor detrás de la temeridad de Aulo Postumio¹³⁶⁴, la avaricia fue el principal estímulo detrás de la deserción de sus hombres¹³⁶⁵. Igualmente, el hecho de que parte del ejército desconfiara de las habilidades castrenses de su general hizo que los soldados temieran enfrentarse al ejército númera y que vieran, bien en la huida, bien en el cambio de bando, la mejor solución para escapar de una situación militar desfavorable y salvar sus vidas¹³⁶⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Junto a la corrupción que venía arrastrando el ejército romano desde el mando de Calpurnio Bestia, podemos detectar, al menos, dos tipos de insurrecciones distintas. Por un lado, la traición de los soldados que, o bien se pasaron a las filas númeras, o bien abandonaron su puesto y colaboraron con el rival en la derrota romana¹³⁶⁷; y, por el otro, la indisciplina de aquellos soldados que, presos del miedo y de la confusión, arrojaron sus armas y, o bien huyeron, o bien se escondieron ante el enemigo¹³⁶⁸. Mientras que la

¹³⁵⁹ Sal. *Jug.* 37.3.

¹³⁶⁰ Sal. *Jug.* 38.3.

¹³⁶¹ Sal. *Jug.* 38.5.

¹³⁶² Sal. *Jug.* 38.3, 6.

¹³⁶³ Sal. *Jug.* 38.1.

¹³⁶⁴ Aunque las fuentes nos son nada claras al respecto, podríamos identificar un comportamiento irregular en la actuación de Aulo Postumio Albino, ya no tanto por su avaricia y la acusación que le hace Salustio (*Jug.* 37.3) de utilizar al ejército con el único objetivo de apoderarse del tesoro de Jugurta y saciar su sed de grandeza, sino por entablar combate sin la aprobación expresa de su hermano. Sobre el particular, desconocemos si Espurio dio a su hermano plenos poderes o si, por el contrario, lo dejó al frente del ejército con la condición de que no lo llevara a la batalla. Si así fuera, su intromisión nos recordaría la desobediencia en la que incurrieron los *magister equitum* Quinto Fabio Máximo Ruliano y Marco Minucio Rufo, en 325 y 217 a. C., cuando contravinieron las órdenes de los dictadores Lucio Papirio Cursor y Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator, respectivamente. Cf. Liv. 8.30-37; V. Max. 27.8; Fron. *Str.* 4.1.39, para el caso de Quinto Fabio Máximo Ruliano; y Plb. 3.87-94, 100-105; Liv. 22.8-18, 23-30; V. Max. 5.2.4; Fron. *Str.* 2.5.22; Plu. *Fab.* 4-13; App. *Hann.* 11-13; D.C. 14.57.8-20; Zonar. 8.25.12-13, 8.26.6-11, para el incidente con Marco Minucio Rufo.

¹³⁶⁵ Flor. *Epit.* 1.36.9; Eutr. 4.26.2; Oros. 5.15.6. Cf. Brice, 2014: 97.

¹³⁶⁶ Sal. *Jug.* 38.1.

¹³⁶⁷ «[...] una cohorte de ligures junto a dos escuadrones de tracios y unos pocos soldados rasos se pasaron al rey, y el primer centurión de la tercera legión hizo sitio a los enemigos para que penetrasen por la fortificación que había recibido para su defensa, y por allá irrumpieron todos los númeras» (Sal. *Jug.* 38.6).

¹³⁶⁸ «Consternados por el insólito tumulto, los soldados romanos, unos cogían las armas, otros se escondían, otra parte tranquilizaba a los asustados, por todos lados andaban confusos [...] no tenían claro si sería más seguro huir o quedarse» (Sal. *Jug.* 38.5). Cf. Sal. *Jug.* 38.7.

deserción de las tropas estuvo organizada y fue violenta, puesto que, en última instancia, se volvieron contra sus antiguos compañeros de armas; el abandono de la batalla fue espontáneo e incruento.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La esperanza de riquezas y el miedo a morir en el combate fueron los principales aglutinantes de desertores y soldados, respectivamente. Por otra parte, el cambio de bando se fraguó desde el exterior del ejército, siendo el rey númida el principal instigador. Jugurta, que conocía perfectamente la organización del ejército romano, tanto por sus años de lucha contra Roma como por su colaboración con ella, supo a qué segmentos dirigirse y a qué individuos sobornar. A tal efecto, infiltró en el campamento romano a hombres de su confianza y prefirió sobornar a centuriones y jefes de escuadrón antes que a soldados rasos, pues sabía que la traición de aquellos arrastraría al resto¹³⁶⁹. Por último, una vez compradas las tropas estas secundaron la insurrección desde el interior, se organizaron en torno a aquellos centuriones y oficiales sobornados por Jugurta, y se levantaron simultáneamente en el momento acordado¹³⁷⁰.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Durante el mando de Aulo no se aplicó ningún medio de detección, control y/o represión que controlara a las tropas, disuadiera la actividad subversiva de Jugurta y disciplinara a los soldados rebeldes. Ningún soldado fue castigado. Es más, cuando regresó Espurio Albino con la intención de renovar la guerra, «al ver a los soldados, a los que aparte de la derrota, faltos de mando como se hallaban, la indisciplina y el libertinaje los tenía corrompidos, a la vista de las circunstancias, decidió no hacer nada»¹³⁷¹. No obstante lo anterior, al igual que ocurriera con la insurrección de 111 a. C., los hechos fueron investigados en la comisión de 109 a. C.¹³⁷²

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Aunque Salustio, principal referente para el incidente, no aclara el destino de las tropas, todo parece indicar que tanto los desertores como los soldados que abandonaron sus puestos satisficieron sus intereses primarios. Los unos fueron recompensados por Jugurta y los otros, además de salvar su vida, no fueron castigados por las autoridades militares romanas competentes.

CONSECUENCIAS: Cercado por el hambre y el hierro, y tras las deserciones sufridas en medio del combate, el ejército romano, víctima de su avaricia e indisciplina, se rindió ante Jugurta¹³⁷³. La noticia de la derrota de Aulo caldeó todavía más los ánimos en una Roma ya de por sí convulsa por los constantes episodios de corrupción¹³⁷⁴.

COMENTARIO: La falta de crédito de Aulo, la proximidad del ejército númida y la acción subversiva de Jugurta fueron los tres ingredientes principales detrás de la

¹³⁶⁹ Sal. *Jug.* 38.3, 6.

¹³⁷⁰ Sal. *Jug.* 38.3.

¹³⁷¹ Sal. *Jug.* 39.5.

¹³⁷² Sal. *Jug.* 40.1. Cf. Pérez Carrandi, 2017: 182-196.

¹³⁷³ De acuerdo con Floro (*Epit.* 1.36.9), Albino «corrompió hasta tal punto al ejército que el númida [Jugurta] venció, porque los nuestros huyeron, y se apoderó del campamento, añadiendo, además, como precio para la salvación, un vergonzoso trato, gracias al cual dejó libre al ejército que había sobornado». Cf. Sal. *Jug.* 38.9-10; Eutr. 4.26.2; Oros. 5.15.6; Rosenstein, 1990: 97, 197.

¹³⁷⁴ Sal. *Jug.* 39.1. Cf. Rosenstein, 1990: 97.

insurrección del ejército romano. La ausencia de Espurio y la desconfianza que provocaba Aulo facilitaron la acción de Jugurta, quien, por otro lado, supo explotar las debilidades de su rival. El inminente enfrentamiento sirvió de catalizador de la traición de una parte del ejército, que vio en los sobornos del númida su oportunidad de librarse de Aulo y de enriquecerse. Por su parte, Jugurta supo aprovecharse del momento y empujar a la defección a unas tropas ya de por sí sediciosas y poco de fiar. La estrategia del númida de introducir a «tipos astutos», como así los define Salustio (*Jug.* 38.3), y de promover la conversación de las tropas romanas con sus agentes infiltrados anticipó una práctica que terminaron dominando los propios romanos¹³⁷⁵.

3.1.3. Otras insurrecciones

«Cuando llegó al África, el procónsul Espurio Albino le entrega [a Quinto Cecilio Metelo] un ejército apático, nada aguerrido, incapaz de aguantar riesgos y fatigas, más hábil con la lengua que con la mano, depredador de los aliados y él mismo presa del enemigo, no sujeto ni a mando ni a disciplina. Así, [a Cecilio Metelo] le vino más preocupación por la baja moral de los soldados que ayuda o fundada esperanza por su cantidad»¹³⁷⁶.

Tras la derrota del propretor Aulo Postumio Albino y la traición y desertión de parte de su ejército, el cónsul Quinto Cecilio Metelo fue asignado por el Senado para llevar la guerra a Numidia. A su llegada a África, en 109 a. C., Metelo heredó un ejército roto por la reciente derrota, descuidado y abandonado a la desidia; un ejército, en definitiva, poco de fiar e incapaz de hacer frente a sus obligaciones militares¹³⁷⁷. De acuerdo con Salustio (*Jug.* 44.4-5), Espurio Postumio, deprimido por la debacle de su hermano Aulo, había abandonado al ejército a su suerte, tenía a los soldados en campamentos permanentes, pero mal fortificados, y sólo cuando «el mal olor o la falta de forraje le obligaba a cambiar de sitio» sacaba a sus hombres. Por lo demás, mientras que «los cantineros andaban mezclados con los soldados día y noche», no sólo no se sacaban guardias «según el estilo de la milicia», sino que, «cuando a cada cual le venía en gana, se alejaba de las banderas [...], saqueaban los campos, esquilmaban los caseríos, conducían sus botines de animales y esclavos, rivalizando entre sí, y cambiaban estas mercancías con los mercaderes por vino importado y otros artículos parecidos». En fin, «todo oprobio de vagancia y disipación que pueda decirse o imaginarse se hallaba en aquel ejército, y algo más».

Ante tal situación, Metelo «resolvió no emprender la guerra hasta obligar a los soldados a ejercitarse en la disciplina tradicional»¹³⁷⁸ y sanear a un ejército corrompido por la indisciplina, la molicie y la ociosidad. Con este fin, reclutó nuevos soldados, buscó refuerzos y dispuso de todo lo necesario para llevar a cabo una «guerra multiforme y necesitada de muchas cosas»¹³⁷⁹. En tal sentido, «suprimió por un edicto

¹³⁷⁵ Vid. *infra* las insurrecciones promovidas por Lucio Cornelio Sila, Cayo Julio César y Octaviano.

¹³⁷⁶ Sal. *Jug.* 44.1-2.

¹³⁷⁷ Sal. *Jug.* 44.1-2. Cf. Brice, 2014: 97.

¹³⁷⁸ Sal. *Jug.* 44.3.

¹³⁷⁹ Sal. *Jug.* 43.3.

los estímulos de la vagancia»¹³⁸⁰; es decir, «alejó del campamento a los cantineros y prohibió que se vendiesen alimentos cocidos; no permitió que en las marchas soldado alguno se sirviera de esclavos ni de animales de carga para que le llevaran las armas o la comida; y, finalmente, cambió el emplazamiento del campamento, rodeándolo, muy concienzudamente, con una empalizada y un foso, como si Jugurta estuviese siempre presente»¹³⁸¹. Así, previniendo las faltas más que castigándolas, «saneó al ejército en poco tiempo»¹³⁸² y le devolvió «la disciplina de otros tiempos»¹³⁸³.

A diferencia de otros *exempla* del pasado, Metelo «redujo al ejército a la disciplina romana, corrigiéndolo con gran severidad y mando, aunque sin ser cruel con nadie»¹³⁸⁴. A este respecto, Metelo sabía que unas tropas acostumbradas a la vagancia y a la holgazanería, desentrenadas y corrompidas por el vicio y la avaricia de sus anteriores mandos militares no podrían ser rehabilitadas por medio del castigo y la represión, sino que sólo a través del trabajo y del entrenamiento diario se podría revitalizar sus cuerpos y restaurar su ánimo. De este modo, todas sus medidas buscaron mantener un delicado equilibrio entre la severidad y la deferencia, entre la austeridad y la complacencia. De ahí que tan pronto obligara a sus hombres a entrenarse en las tareas habituales de castrametación como que les recompensara generosamente o los condecorara «según la norma militar» si cumplían satisfactoriamente con sus órdenes o destacaban en el combate¹³⁸⁵.

En la misma línea trabajó Cayo Mario cuando, en 107 a. C., relevó a Quinto Cecilio Metelo Numídico del mando de la guerra. Conforme a Plutarco (*Mar.* 13.1), «en campaña extenuaba a su ejército en el curso del camino, les hacía ejercitarse en todo tipo de carreras y en largas marchas y obligaba a cada soldado a que transportara su propio bagaje y se preparara su rancho; de ahí que, en adelante, a los soldados abnegados que ejecutan las órdenes en silencio y sin rechistar se les haya dado en llamar “mulas de Mario”». Sin embargo, Mario, a diferencia de Metelo, se esforzó por aparentar ser un soldado más y por comportarse, por lo tanto, como el más sufrido de los hombres de su ejército¹³⁸⁶.

¹³⁸⁰ Sal. *Jug.* 45.2.

¹³⁸¹ V. Max. 2.7.2. Cf. Sal. *Jug.* 43-45; Fron. *Str.* 4.1.2; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10. Las disposiciones de Metelo nos recuerdan a las previsiones hechas por Lucio Emilio Paulo Macedónico, en 168 a. C. (Liv. 44.33-34; 45.35.6-7, 37.1-2, 9-10, 41.4; Zonar. 9.23.1), y a la actuación de Publio Cornelio Escipión Emiliano, en 134 a. C. (Liv. 57; V. Max. 2.7.1; Fron. *Str.* 4.1.1; Plu. *Mar.* 3.2-3; App. *Hisp.* 85-86; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10). Para más información, *vid. supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro, en donde se comentan los medios utilizados por estos dos últimos *imperatores* para restablecer la disciplina en sus respectivos ejércitos.

¹³⁸² Sal. *Jug.* 45.2-3.

¹³⁸³ V. Max. 2.7.2. Para más información sobre las disposiciones llevadas a cabo por Quinto Cecilio Metelo Numídico, *vid.* Bouquie, 1884: 255; Keppie, 1998: 40; Phang, 2008: 279-281; Sage, 2008: 228, 229; 2018: 267; Gracia, 2015-2016: 8; James, 2019: 128-129; Pérez Carrandi, 2020a: 240.

¹³⁸⁴ Eutr. 4.27.1. Cf. Flor. *Epit.* 1.36.10-12; Oros. 5.15.7.

¹³⁸⁵ Sal. *Jug.* 54.1, 6, 55.4, 68.3, 69.2.

¹³⁸⁶ «Jamás retrocedió ante las tareas importantes, ni desdeñó las más pequeñas, sino que, superando a sus iguales tanto en buen juicio como criterio a la hora de abordar las situaciones, rivalizó con los soldados en sobriedad y capacidad de sufrimiento, lo que le granjeó gran popularidad entre ellos» (Plu. *Mar.* 7.3). Cf. Kiesling, 2006: 240; Gracia, 2015-2016: 8.

Esta actitud, que responde, en realidad, a una maniobra política de Mario con la que granjearse el favor de la plebe y distanciarse de la arquetípica imagen del noble romano alejado de la realidad militar y más interesado en medrar en la política romana que en sufrir los embates de la guerra¹³⁸⁷, le valió, no obstante, el apoyo incondicional de su ejército¹³⁸⁸. Así, a base de esfuerzo, experiencia, preparación y práctica, pero también de austeridad y recompensas¹³⁸⁹, Cayo Mario «mantuvo a raya al ejército con el sentido de la dignidad más que con la represión»¹³⁹⁰.

No obstante lo anterior, y aunque en buena medida tanto las disposiciones de Metelo como la disciplina de Mario permitieron a ambos líderes romanos desterrar la mayoría de los vicios del pasado, redimir a unas tropas que se daban por desahuciadas y hacerse con un ejército capaz de enfrentarse a Jugurta y de derrotarle en combate, los problemas de disciplina continuaron dándose, aunque, eso sí, a una escala mucho menor que en tiempos de Calpurnio Bestia y los hermanos Postumio Albino.

El principal problema con el que tuvieron que lidiar ambos generales fue con el fenómeno de la desertión, un problema, por otro lado endémico, que arrastró el ejército romano durante toda la fase final de la República, tal y como veremos a lo largo del presente capítulo. Aunque, debido a la falta de información con la que contamos, no podemos asegurar las causas y los intereses que hubo detrás de cada desertión, siendo, en la inmensa mayoría de los casos, referencias indirectas y totalmente descontextualizadas¹³⁹¹, creemos que, al hilo de las conclusiones obtenidas del análisis de las dos principales insurrecciones del periodo, los soldados se movieron, principalmente, por motivos económicos y personales. La ambición de las tropas, los sobornos de Jugurta y la dificultad de la campaña militar fueron, con toda probabilidad, los tres principales detonantes de la defección del ejército. En cualquier caso, sabemos que un número muy elevado de soldados romanos terminaron desertando y cambiando de bando¹³⁹², y que, ya sea al lado de Jugurta, ya sea al lado del rey Boco de Mauritania¹³⁹³, fueron utilizados tanto como guarnición¹³⁹⁴ como informantes¹³⁹⁵.

¹³⁸⁷ «Esto es ejercer el mando con utilidad y con respeto a los ciudadanos. Pues vivir tú en la molición y someter al ejército a un martirio, eso es ser un amo, no un general» (Sal. Jug. 85.33-35). Cf. Sal. Jug. 84.5-85.

¹³⁸⁸ «Parece ser que en general las personas encuentran consuelo en sus fatigas cuando ven que hay quien las comparte voluntariamente, pues parece que así desaparece la idea de obligatoriedad. No hay una visión más agradable para el soldado romano que contemplar a su general comiendo el mismo rancho que él, acostado sobre un vulgar camastro o echando una mano a la hora de cavar un foso o levantar una empalizada. Sienten menos admiración por los jefes que les distribuyen honores y soldada que por los que toman parte en sus esfuerzos y peligros, y sienten más aprecio por los que comparten sus labores que por los que les permiten no hacer nada. Actuando constantemente de este modo se ganó así la voluntad de los soldados» (Plu. Mar. 7.4-6). Cf. Sal. Jug. 85.33-35, 47; 100.3-5.

¹³⁸⁹ Al igual que hiciera Metelo, Mario, de acuerdo con Salustio (Jug. 87.1, 92.2), no dudó en enriquecer a sus hombres a base de botín y recompensas si así garantizaba su control.

¹³⁹⁰ Sal. Jug. 100.5. Cf. Kiesling, 2006: 240; Gracia, 2015-2016: 8.

¹³⁹¹ Sal. Jug. 71.4, 75.1.

¹³⁹² Orosio (5.15.7), nos dice que «más de tres mil desertores» fueron devueltos a Metelo, en 109 a. C., tras la derrota de Jugurta.

¹³⁹³ Sal. Jug. 62.6-7.

¹³⁹⁴ En Tara, en 108 a. C., y en Cirta, en 106 a. C., fueron utilizados desertores romanos para guardar ambos enclaves (Sal. Jug. 76.5-6, 103.1).

¹³⁹⁵ Salustio (Jug. 56.2) nos informa de delatores romanos al servicio de Jugurta.

En otro orden de ideas, no tenemos constancia, más allá de las disposiciones llevadas a cabo por Metelo y Mario para enderezar al ejército, que se aplicara durante sus respectivos mandatos alguna medida específica con la que prevenir y contener el problema de la desertión. Tan sólo sabemos que, en el caso de ser capturado un desertor, este era, por lo habitual, severamente castigado. Al respecto, nos ha llegado el castigo que Metelo aplicó a un grupo de desertores tracios y ligures: «les cortó, a unos, las manos y, a otros, los enterró en la tierra hasta el vientre, y tras haberlos asaeteado con flechas y dardos, les prendió fuego cuando todavía estaban vivos»¹³⁹⁶. Aunque la brutalidad del castigo posiblemente se deba a que se trataba de tropas auxiliares y, por consiguiente, de ciudadanos no romanos¹³⁹⁷, no creemos que estos últimos tuvieran un recibimiento mucho más amable si tenemos en cuenta el testimonio de las fuentes. A este respecto, tenemos conocimiento de desertores romanos que, conscientes de las negociaciones de Metelo y Jugurta, y de que iban a ser moneda de cambio de la tregua pactada entre ambos líderes, prefirieron pasarse al lado de Boco que regresar a su antiguo ejército por temor a las posibles represalias¹³⁹⁸; y de tropas romanas bajo el mando de Jugurta que, ante la cercanía de sus antiguos compañeros de armas, prefirieron suicidarse antes que esperar el castigo de su traición¹³⁹⁹.

Al margen de las deserciones, tenemos noticia de otros actos de indisciplina de menor impacto, como, por ejemplo, la relajación de la disciplina a la hora de guardar el campamento y vigilar el avance enemigo¹⁴⁰⁰, o la negligencia intencionada con la que Cayo Mario dirigió a los soldados de la guarnición de Útica cuando se enemistó con Metelo a causa de haber rechazado este último ayudarle en sus aspiraciones al consulado de 107 a. C.¹⁴⁰¹

Finalmente, las fuentes nos proporcionan un último ejemplo de insurrección. De acuerdo con Salustio (*Jug.* 66.2-69.4), los númidas de Vaga tramaron un complot contra la guarnición romana de la ciudad, invitaron a sus propias casas a los centuriones y tribunos militares, así como a Tito Turpilio Silano¹⁴⁰², comandante de la plaza, y a todos

¹³⁹⁶ App. *Num.* frag. 3. A tenor del testimonio de Aulo Gelio (3.14.19), Catón el Viejo describió esta práctica como un castigo propio de los cartagineses. Cf. Cic. *Fam.* 415.10.32.3.

¹³⁹⁷ Por lo general, a la hora de castigar al infractor de una falta o delito las autoridades políticas y militares romanas discriminaron en función de la ciudadanía. Así, de acuerdo con Valerio Máximo (2.7.12), Publio Cornelio Escipión Africano, una vez conquistada Cartago, «como volviese a tener a sus órdenes a todos aquellos que habían desertado de los nuestros para ponerse al lado de los cartagineses, tomó medidas más severas contra los romanos que contra los latinos: a los primeros los hizo crucificar como esclavos fugitivos; a los segundos les cortó la cabeza como aliados rebeldes». Aunque en este ejemplo los soldados romanos pagaron su defección con una pena más dura que los aliados, lo habitual era que estos últimos sufrieran castigos más severos que los ciudadanos romanos. De esta forma, Livio (57) nos cuenta cómo, durante su campaña en Numancia, Publio Cornelio Escipión Emiliano «azotaba con un sarmiento al soldado romano que era visto fuera de las filas, y con un bastón si era extranjero».

¹³⁹⁸ Sal. *Jug.* 62.6-7.

¹³⁹⁹ Este episodio tuvo lugar en Tara, en 108 a. C. (Sal. *Jug.* 76.5-6).

¹⁴⁰⁰ Sal. *Jug.* 58.1.

¹⁴⁰¹ Sal. *Jug.* 64.5. En relación a la campaña que dirigió Cayo Mario para ganarse la popularidad y el apoyo del ejército en su carrera por hacerse con el consulado, vid. Chrissanthos, 2004: 352.

¹⁴⁰² Aunque Apiano (*Num.* frag. 3) nos dice que era un ciudadano romano, las fuentes no son claras al respecto, pudiéndose tratar también de un comandante latino (Sal. *Jug.* 69.4). Cf. Fields, 2010: 32.

ellos, a excepción de Turpilio, los degollaron durante el banquete¹⁴⁰³. Seguidamente, atacaron al resto de soldados de la ciudad y les dieron muerte¹⁴⁰⁴. Recuperada la ciudad, en 108 a. C., Metelo «condenó a muerte a todo el Senado de Vaga, por haber entregado, mediante traición, la guarnición romana a Jugurta»¹⁴⁰⁵, y castigó con la muerte al comandante Turpilio por considerar que vendió a sus hombres y los abandonó a la venganza de los númidas¹⁴⁰⁶. El hecho de que fuera el único superviviente romano de la conspiración¹⁴⁰⁷, que se rindiera al enemigo «en circunstancias sospechosas»¹⁴⁰⁸ y que su justificación «fuera pobre»¹⁴⁰⁹, fueron razones más que suficientes para condenar a Turpilio, a pesar de que nunca se llegó a comprobar su implicación¹⁴¹⁰.

3.2. Guerra cimbria

«Tuvo tiempo [Cayo Mario] tanto de adiestrar físicamente a sus hombres, como de fortalecer su moral para que tuvieran confianza y, lo que es aún más importante, demostrarles el tipo de hombre que era. Efectivamente, su severidad en el mando y su inflexibilidad en los castigos parecían cualidades justas y saludables a quienes habían adoptado la costumbre de no cometer faltas ni desobedecer, y la violencia de su temperamento, la aspereza de su voz y lo adusto de su semblante, una vez que comenzaba a hacerse familiar, no les resultaba amenazador a sus soldados, sino a sus enemigos»¹⁴¹¹.

A pesar de que la invasión de cimbrios, teutones y ambrones llenó de temor a la población civil romana, recordándoles las antiguas invasiones galas del pasado, y de que la guerra contra estos pueblos trajo algunas de las derrotas más duras que se recuerdan en el ejército romano, como el desastre de Arausio de 105 a. C.¹⁴¹², no disponemos de mucha información acerca de cómo se comportaron las tropas romanas durante el conflicto. Salvo las derrotas de los primeros años, tenemos que esperar a la llegada de Cayo Mario, en 104 a. C., para conocer mejor lo que aconteció en el interior del ejército romano.

Al igual que hiciera cuando tomó el mando de la guerra contra Jugurta, lo primero que hizo Mario fue aplicar una serie de disposiciones con el fin de «adiestrar físicamente a sus hombres y fortalecer su ánimo»¹⁴¹³. Como era de esperar, a su llegada se encontró con un ejército abatido y totalmente desmoralizado, con unas tropas asustadizas y sin confianza¹⁴¹⁴, y con la necesidad de actuar con presteza dada la

¹⁴⁰³ Sal. *Jug.* 66.2-3, 67.3. Cf. App. *Num. frag.* 3; Phang, 2008: 261; Fields, 2010: 32.

¹⁴⁰⁴ Sal. *Jug.* 66.3-67.2. Cf. App. *Num. frag.* 3; Phang, 2008: 261; Fields, 2010: 32.

¹⁴⁰⁵ App. *Num. frag.* 3. Cf. Sal. *Jug.* 68.1-69.3; Fields, 2010: 32.

¹⁴⁰⁶ Según Salustio (*Jug.* 69.4), Turpilio fue «condenado y castigado a recibir latigazos». Sobre los rumores de traición, vid. Sal. *Jug.* 67.3, 69.4. Cf. App. *Num. frag.* 3; Fields, 2010: 32.

¹⁴⁰⁷ Sal. *Jug.* 66.3, 67.3.

¹⁴⁰⁸ App. *Num. frag.* 3.

¹⁴⁰⁹ Sal. *Jug.* 69.4.

¹⁴¹⁰ Conforme a Plutarco (*Mar.* 8.1-5), con el tiempo se demostró que la acusación de traición era falsa.

¹⁴¹¹ Plu. *Mar.* 14.1-2.

¹⁴¹² Oros. 5.16.1-7. Cf. Deyber, 2015-2016: 76-81.

¹⁴¹³ Plu. *Mar.* 14.1. Cf. Horsmann, 1991: 42-44; Keppie, 1998: 41; Phang, 2008: 258; McNab, 2010: 123; Gauthier, 2016: 110-111.

¹⁴¹⁴ Plu. *Mar.* 14.1-3, 16.3.

delicada situación en la que se encontraba la República¹⁴¹⁵. En consecuencia, intervino con mayor dureza que cuando tomó las riendas en Numidia y su liderazgo se caracterizó por su «severidad en el mando y su inflexibilidad en los castigos»¹⁴¹⁶. La razón de este cambio de actitud se debió a la necesidad de curtir a sus hombres y de formarlos para el combate, pues consideraba que si les trataba con aspereza acabarían temiendo más desobedecer y fallar a su general que enfrentarse a esos enemigos que tanto miedo les despertaban¹⁴¹⁷. De esta forma, a la vez que les entrenaba físicamente les preparaba mentalmente, obligando a sus soldados a observar al enemigo, a acostumbrarse a su visión, a soportar su voz, y a familiarizarse con sus armas y movimientos¹⁴¹⁸. El resultado de su adiestramiento fue la victoria sobre aquellos mismos pueblos que poco antes habían derrotado a las legiones de Quinto Servilio Cepión, Cneo Manlio Máximo y Marco Junio Silano¹⁴¹⁹.

3.2.1. Otras insurrecciones

«Cuando [el cónsul Quinto Lutacio Cátulo] se dio cuenta de que no podía convencer a sus soldados de que resistieran y vio que se replegaban llenos de pavor, ordenó levantar el águila y corrió hacia las primeras líneas de los que estaban huyendo para ponerse al frente con la intención de que el deshonor recayera sobre él en lugar de sobre su patria, y que no pareciera que huían, sino que se retiraban siguiendo a su general»¹⁴²⁰.

Sin embargo, todas estas medidas no evitaron la aparición de disturbios y problemas de carácter disciplinario en el ejército romano. Sobre el particular, no hemos identificado ninguna insurrección de las denominadas como “principales”, siendo todos los casos ejemplos “menores” de indisciplina.

El primer episodio tuvo lugar, en 104 a. C., durante la guerra contra los cimbrios. Según nos desvelan varios autores clásicos¹⁴²¹, Cayo Lusio, «hombre, por lo demás, en absoluto reprehensible, pero con debilidad por los jóvenes atractivos»¹⁴²², era sobrino de Cayo Mario y ejercía de tribuno militar en el ejército de su tío cuando intentó en repetidas ocasiones aprovecharse de su cargo y seducir a un tal Trebonio¹⁴²³, un joven soldado del ejército mariano. Tras fracasar en todos sus intentos, una noche citó al joven a su tienda y lo intentó violar. En aquel instante, Trebonio dio muerte a su oficial. Durante el juicio, Trebonio se defendió a sí mismo, explicó lo sucedido y presentó a varios testigos que confirmaron los hechos. Al comprender que el joven actuó en

¹⁴¹⁵ Oros. 5.16.7.

¹⁴¹⁶ Plu. *Mar.* 14.2.

¹⁴¹⁷ Plu. *Mar.* 14.2-3.

¹⁴¹⁸ Plu. *Mar.* 16.3; Polyaen. 8.10.1.

¹⁴¹⁹ Vell. 2.12.2; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10.

¹⁴²⁰ Plu. *Mar.* 23.5-6.

¹⁴²¹ Cic. *Mil.* 9; V. Max. 6.1.12; Plu. *Mar.* 14.4-8.

¹⁴²² Plu. *Mar.* 14.4.

¹⁴²³ Plutarco (*Mar.* 14.8) nos llega a decir que fueron «muchas las ocasiones en que había rechazado los intentos de [Cayo] Lusio y que, a pesar de las cuantiosas ofertas, jamás había concedido su cuerpo en ningún caso».

defensa propia y que la culpa sólo la tuvo su tribuno militar¹⁴²⁴, Cayo Mario, «admirado y complacido ante su conducta, mandó que trajeran la corona que, según el uso patrio, recompensaba las acciones valerosas, y, tomándola en sus manos, él mismo la colocó en la cabeza de Trebonio»¹⁴²⁵.

Podemos extraer dos reflexiones de este primer ejemplo. En primer lugar, que la indisciplina no siempre se dio de los soldados o de los oficiales del ejército hacia el comandante de turno, habiendo también comportamientos indecorosos y abusos de autoridad de los oficiales a sus tropas¹⁴²⁶; y que, en segundo lugar, el ejército contó con mecanismos propios con los que juzgar a sus miembros y determinar si un soldado era culpable de haber cometido un determinado crimen, falta y/o delito¹⁴²⁷. Este último aspecto es de gran importancia, puesto que, aunque la última palabra la tuvo siempre el comandante en jefe —de tal modo que las sentencias emitidas no dejaron de ser, hasta cierto punto, arbitrarias, en tanto que dependían, fundamentalmente, de la decisión de una única persona, tal y como se deduce de la intervención de Cayo Mario—, los soldados tuvieron la posibilidad de defenderse, presentar testigos y alegar su inocencia¹⁴²⁸.

Para el segundo incidente tenemos que esperar al 102 a. C. Nos referimos al abandono del puesto de combate y a la huida precipitada y desorganizada que protagonizaron las tropas del cónsul Quinto Lutacio Cátulo en su enfrentamiento contra los cimbrios. Mientras que Valerio Máximo culpa de la desbandada a la caballería romana, la cual «huyó despavorida hacia Roma dejando abandonado al cónsul»¹⁴²⁹, Plutarco se refiere a todo el ejército y no hace distinción entre infantes y jinetes¹⁴³⁰. En todo caso, fue el miedo al enemigo y, por tanto, el elemento psicológico, lo que empujó a las tropas a romper su formación y a desobedecer a Cátulo, quien en vano intentó recuperar el control de la situación, contener la huida de sus hombres y reordenar sus filas¹⁴³¹. Por lo demás, nadie fue castigado por participar de una «fuga tan indecorosa»¹⁴³².

Los otros dos episodios de insurrección los sufrió Cayo Mario, esta vez durante el transcurso de la campaña contra teutones y ambrones, en 102 a. C. De acuerdo con Plutarco, hasta en dos ocasiones las tropas de Mario se alborotaron y dieron problemas.

¹⁴²⁴ Sobre la persecución de la homosexualidad en el ejército romano, *vid.* Plb. 6.37.9; Perea, 2003: 119; Southern, 2006: 146; Cadiou, 2018: 98-99; James, 2019: 120-121 y, muy especialmente, Pérez Carrandi, 2021.

¹⁴²⁵ Plu. *Mar.* 14.8. Para más información sobre el episodio, *vid.* Cadiou, 2018: 92-103; James, 2019: 121.

¹⁴²⁶ Para más ejemplos de delitos sexuales relacionados con el ejército romano, *vid.* V. Max. 6.1.10-11.

¹⁴²⁷ Para otros ejemplos en los que también se juzgó el comportamiento sedicioso de un miembro del ejército, *vid.* Cic. *Clu.* 97, 99.

¹⁴²⁸ Otra cosa muy diferente es determinar con qué frecuencia tuvieron lugar estos juicios y qué opciones reales tenía el acusado de defenderse y de ser exonerado. En este sentido, las fuentes no aportan prácticamente información para el periodo objeto de estudio.

¹⁴²⁹ V. Max. 5.8.4.

¹⁴³⁰ Plu. *Mar.* 23.5-6.

¹⁴³¹ A este respecto, destacamos el empleo por parte de Cátulo del estandarte del *aquila* para reconvertir la huida de sus hombres en una retirada ordenada (Plu. *Mar.* 23.5-6). *Cf.* Fron. Str. 4.1.13.

¹⁴³² V. Max. 5.8.4.

En primer lugar, a raíz de la burla de teutones y ambrones y como consecuencia de la dura disciplina de su general¹⁴³³, y, en segundo lugar, como resultado de los insultos de los enemigos y de la falta de agua¹⁴³⁴.

Durante el tiempo que duró la instrucción de las tropas, Mario prefirió evitar el combate y centrarse en el entrenamiento de sus hombres, habida cuenta de que no confiaba en que estuvieran lo suficientemente preparados para enfrentarse a un enemigo numéricamente superior. Esto le llevó a emplear a las tropas en tareas de baja condición, como abrir canales, quitar el fango y desviar el curso de algún río¹⁴³⁵. El objetivo de estos trabajos era doble: por un lado, evitaba la ociosidad de los soldados y los preparaba físicamente para la campaña y, por el otro, imbuía a las tropas de coraje y ardor, y las estimulaba para la batalla, al hacerles ver que todavía no estaban listas y que, por lo tanto, no confiaba en ellas¹⁴³⁶. Sin embargo, no lo entendieron así las tropas, que, encolerizadas por «las amenazas y la insoportable insolencia de los bárbaros» se quejaron abiertamente a Mario y le recriminaron «si iba a emplearlas todo el tiempo como obreros» en lugar de como soldados¹⁴³⁷. No conocemos los detalles, pero sabemos que Mario no encontró problemas en contener las quejas de sus hombres y de mantenerlos ocupados en las tareas antes descritas.

Poco tiempo después, localizamos el segundo y último incidente. En este caso, a las burlas de teutones y ambrones debemos añadir la falta de agua. Como en el episodio anterior, el ejército romano sufrió todo tipo de ataques verbales con el fin de incitarles a un enfrentamiento desventajoso y derrotarles aprovechando su inferioridad numérica¹⁴³⁸; no obstante, en esta ocasión el principal motivo de discordia fue la ausencia de agua, y no la mofa de sus enemigos. De acuerdo con Orosio (5.16.10), todos los soldados sin excepción se quejaron a Cayo Mario, llegándole incluso a rodear. Parece que la situación llegó a empeorar y que el ejército estuvo a punto de amotinarse, pero, finalmente, Mario fue capaz de apaciguar a sus hombres y de redirigir su malestar contra sus enemigos. En este punto de la historia, las fuentes ofrecen una solución un tanto novelesca y sugieren que el general romano invitó a sus hombres a que bebieran toda el agua que quisieran si eran capaces de tomar con las armas el río que corría a los pies de la fortificación enemiga¹⁴³⁹. De este modo, según Plutarco, Cayo Mario, no sólo acabó con la irritación de su ejército, sino que, además, terminó con el ejército enemigo, puesto que la determinación de sus hombres dio lugar a la célebre batalla de *Aquae Sextiae*, en la que teutones y ambrones fueron masacrados¹⁴⁴⁰.

¹⁴³³ Plu. *Mar.* 16.5-8.

¹⁴³⁴ Plu. *Mar.* 18.3, 6-7. Cf. Flor. *Epit.* 1.38.8-9; Oros. 5.16.10.

¹⁴³⁵ Plu. *Mar.* 16.7.

¹⁴³⁶ Esta estrategia, tan antigua como efectiva, se remonta a 480 a. C., cuando, en medio de la guerra contra los etruscos, los cónsules Marco Fabio y Cneo Manlio retrasaron deliberadamente el enfrentamiento hasta que los soldados, que previamente se habían amotinado y se habían negado a luchar, «sobreexcitados por los insultos del enemigo, exigieron batalla y juraron volver de ella victoriosos» (Fron. *Str.* 1.11.1). Cf. Liv. 2.45.

¹⁴³⁷ Plu. *Mar.* 16.5-8.

¹⁴³⁸ «Pasaban [teutones y ambrones] a su lado y entre carcajadas preguntaban a los romanos si tenían algún encargo para sus mujeres, ya que en breve se encontrarían junto a ellas» (Plu. *Mar.* 18.3).

¹⁴³⁹ Plu. *Mar.* 18.7-8. Cf. Flor. *Epit.* 1.38.8-9; Oros. 5.16.10.

¹⁴⁴⁰ Plu. *Mar.* 19-21.

3.3. Guerra de los aliados

«Sobrevino la llamada Guerra Social¹⁴⁴¹, en la que estuvieron implicados muchos pueblos itálicos y que, tras un comienzo inesperado, adquirió de golpe una gran magnitud y extendió las sediciones en Roma durante mucho tiempo a causa del miedo. Su final hizo surgir, de nuevo, otras luchas civiles y a líderes más poderosos, que no emplearon entre sí nuevas propuestas de ley ni medidas políticas demagógicas, sino ejércitos enteros»¹⁴⁴².

El siglo I a. C. comenzó con las muertes del tribuno de la plebe Nonio¹⁴⁴³ y del aspirante al consulado Cayo Memmio¹⁴⁴⁴, siguió con el doble asesinato del tribuno de la plebe Lucio Apuleyo Saturnino y del pretor Cayo Servilio Glaucia¹⁴⁴⁵, y continuó con la muerte del tribuno de la plebe Publio Furio¹⁴⁴⁶ y con el asesinato de Marco Livio Druso¹⁴⁴⁷; «así, siempre, cada año se cometía un crimen abominable en el foro»¹⁴⁴⁸. En ese momento, según Orosio (5.17.1), «el Estado romano se deterioró hasta tal punto que faltó muy poco para que llegara a sus últimos días por culpa de calamidades internas». Sin embargo, y aunque la tensión política en el interior de la *Vrbs* a punto estuvo de desembocar en un conflicto armado, la guerra esta vez vino de parte de los aliados itálicos, principales socios militares de Roma¹⁴⁴⁹.

En este sentido, nos preguntamos cómo afectó en el comportamiento del ejército romano, y, en particular, en el mantenimiento de la disciplina militar, tanto la espiral incontrolable de asesinatos políticos que vivió Roma en esos primeros años como la pérdida del principal apoyo militar de las legiones romanas.

¹⁴⁴¹ También conocida con el nombre de *Bellum marsicum* o *italicum*, de aquí en adelante nos referiremos a ella como guerra de los aliados, debido a que Roma tuvo que enfrentarse en esos años contra sus principales aliados itálicos, los cuales se sublevaron y confederaron formando una organización político-militar independiente de Roma.

¹⁴⁴² App. BC 1.34.

¹⁴⁴³ «Temiendo Glaucia y Apuleyo que al ser tribuno se vengara de ellos, al punto enviaron con gran alboroto a una turba de rufianes contra él, cuando abandonaba la asamblea, y le dieron muerte después que había tomado refugio en una posada» (App. BC 1.28). Cf. Liv. 69; Plu. Mar. 29.1; Flor. Epit. 2.4.1; Oros. 5.17.3.

¹⁴⁴⁴ «Como este era con mucho un hombre bastante más ilustre, Glaucia y Apuleyo, temerosos, enviaron contra él a algunos rufianes provistos de estacas en el acto mismo de la elección, los cuales golpearon a Memmio hasta darle muerte públicamente a la vista de todos» (App. BC 1.32).

¹⁴⁴⁵ Liv. 69; Vell. 2.12.6; Flor. Epit. 2.4.4-6; App. BC 1.32-33; Oros. 5.17.5-11.

¹⁴⁴⁶ App. BC 1.33.

¹⁴⁴⁷ Liv. 71; Vell. 2.14.1; 15.1-2; Flor. Epit. 2.5.1-2, 6-9; 6.3-4; App. BC 1.36, 38; Oros. 5.18.7.

¹⁴⁴⁸ App. BC 1.33.

¹⁴⁴⁹ «Reclamaban una ciudadanía cuyo imperio defendían con las armas. Decían que todos los años y en todas las campañas militares habían duplicado la aportación de soldados y jinetes y que no habían recibido el derecho de esa ciudadanía» (Vell. 2.15.2).

3.3.1. Nola¹⁴⁵⁰, Italia, 90 a. C.

«Cayo Papio se apoderó de Nola a traición y ofreció, mediante una proclama a los dos mil soldados romanos que había en ella, servir a sus órdenes, si cambiaban de alianza. Estos aceptaron y Papio los enroló en su ejército, pero los oficiales no obedecieron la proclama, y fueron hechos prisioneros y dejados morir de inanición por Papio»¹⁴⁵¹.

SITUACIÓN PREVIA: El primer incidente identificado tuvo lugar al comienzo de la guerra de los aliados y estuvo protagonizado por la guarnición de Nola. Al respecto, desconocemos el nombre del comandante al frente de dicha guarnición y tan sólo conocemos el número de efectivos que la componía: dos mil soldados romanos y un número indeterminado de oficiales¹⁴⁵².

CAUSAS: Las numerosas y continuadas derrotas con las que empezó Roma la guerra provocaron la desconfianza y el miedo en la guarnición de Nola; desconfianza en las opciones de victoria, ya que se enfrentaban a un enemigo más numeroso y que en poco tiempo había destruido a varios ejércitos romanos¹⁴⁵³, y miedo ante las pocas perspectivas de salvación que tenían si se oponían al ejército rival, debido a que los aliados no habían mostrado ninguna compasión con los soldados romanos derrotados y hechos prisioneros en los combates previos¹⁴⁵⁴. Por todo ello, detectamos dos causas principales detrás del cambio de bando de las tropas: militares y psicológicas; siendo el asedio de la ciudad el detonante de la insurrección.

OBJETIVOS: La principal motivación de las tropas fue salvar su vida. Ante las noticias de las recientes derrotas de los otros ejércitos romanos y de las muertes de sus compañeros, la guarnición de Nola temió acabar de la misma forma que ellos. En especial, a los soldados les preocupaba que les ocurriera lo mismo que a la guarnición de Venafró. Es decir, que los habitantes de Nola les terminaran traicionando y rindieran la ciudad, y que ellos fueran ejecutados a sangre fría al igual que las dos cohortes romanas de dicho municipio¹⁴⁵⁵.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: De acuerdo con Apiano (*BC* 1.42), la guarnición de Nola abandonó la causa romana y se pasó al lado del general aliado Cayo Papio Mutilo. La defección fue pacífica y estuvo organizada desde el exterior¹⁴⁵⁶.

MECANISMOS DE COHESIÓN: No disponemos de la suficiente información con la que reproducir la acción de las tropas romanas. Sin embargo, podemos asegurar que el

¹⁴⁵⁰ Al sur de Capua (actual región de Campania, sur de Italia).

¹⁴⁵¹ App. *BC* 1.42.

¹⁴⁵² App. *BC* 1.42.

¹⁴⁵³ En poco tiempo habían sido derrotados y destruidos los ejércitos del cónsul Lucio Julio César, de Cayo Perpenna y de Licinio Craso; se había puesto a la fuga a los comandantes romanos Lucio Escipión y Lucio Acilio; y se habían tomado las ciudades de Esernia, Venafró y Grumento (App. *BC* 1.41).

¹⁴⁵⁴ En los primeros compases de la guerra, los aliados no vacilaron en pasar a cuchillo a todo soldado romano que se les enfrentó. De esta forma, se dio muerte a dos mil soldados del ejército consular de Lucio Julio César, a otros cuatro mil del ejército de Perpenna, y a ochocientos del ejército de Licinio Craso. Por último, se ejecutó a dos cohortes romanas que estaban de guarnición en Venafró, ciudad que, por otro lado, se pasó a traición al bando aliado (App. *BC* 1.41).

¹⁴⁵⁵ App. *BC* 1.41.

¹⁴⁵⁶ App. *BC* 1.42. Cf. Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020d: 258.

miedo fue el principal aglutinante de la soldadesca y que esta actuó en contra de los deseos de sus oficiales, los cuales no aceptaron la oferta del comandante aliado Cayo Papio y rechazaron pasarse al bando enemigo¹⁴⁵⁷. Este hecho nos hace pensar que, ante la oferta aliada, los soldados romanos se organizaron a expensas de sus mandos militares y coordinaron el cambio de bando directamente con el comandante aliado¹⁴⁵⁸.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Apiano, principal y única fuente para el incidente, no informa de la puesta en marcha de ningún medio de detección, control y/o represión; sin embargo, el hecho de que los oficiales no estuvieran de acuerdo con rendir la ciudad y que se opusieran al cambio de bando, nos hace pensar que, probablemente, hicieron algo en contra de la determinación de sus hombres de hacer desertión. No obstante lo anterior, no tenemos constancia de ello y, aunque finalmente se pusiera en marcha algún medio de contención, este fracasó, puesto que no se pudo evitar la desertión¹⁴⁵⁹. Finalmente, los oficiales que no aceptaron la proclama de Papio fueron hechos prisioneros y dejados morir de inanición¹⁴⁶⁰.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Los soldados romanos lograron salvar sus vidas gracias a su defección, y los aliados se hicieron con la ciudad de Nola y con dos mil hombres más con los que combatir a las fuerzas romanas. Naturalmente, ningún soldado fue castigado.

CONSECUENCIAS: El episodio supuso un duro golpe para Roma al perder una nueva ciudad y la totalidad de su guarnición. La desertión de Nola permitió reforzar el ejército aliado y debilitó la moral del ejército romano. Asimismo, tras Nola cayeron poco después nuevas poblaciones, como Estabia, Minervio y Salerno¹⁴⁶¹.

COMENTARIO: Las últimas derrotas romanas, así como la violencia con la que los aliados habían tratado a los soldados romanos cautivos, hicieron que la guarnición de Nola temiera por su vida, que desconfiara en el liderazgo de sus líderes militares y que consideraran la desertión como la mejor forma con la que garantizar su salvación. Cayo Papio supo aprovecharse de la situación y explotar a su favor su desesperación. En contra de lo que hiciera Jugurta, en 109 a. C., Papio ni se sirvió de agentes ni infiltró a nadie en Nola, sino que, mediante proclama, se dirigió al conjunto de la guarnición, ofreciéndoles salvar sus vidas si cambiaban de alianza y servían bajo sus órdenes. A pesar del rechazo de los oficiales romanos, la guarnición en masa abjuró de la causa romana y abandonó a sus jefes militares, prefiriendo la palabra de líder aliado a su juramento de lealtad.

¹⁴⁵⁷ App. BC 1.42. Cf. Keaveney, 2007: 79.

¹⁴⁵⁸ App. BC 1.42. Cf. Keaveney, 2007: 79.

¹⁴⁵⁹ App. BC 1.42.

¹⁴⁶⁰ App. BC 1.42. Cf. Keaveney, 2007: 38, 79.

¹⁴⁶¹ App. BC 1.42.

3.3.2. *Locus incertus*¹⁴⁶², 89 a. C.

«Que como la mayor parte del ejército que tenía [Lucio Porcio] Catón era de origen urbano y, más bien, demasiado viejo, resultaba en general menos fuerte y una vez que se había atrevido a reprochárselo, porque no querían esforzarse ni cumplir las órdenes con entusiasmo, poco faltó para que quedara cubierto por las piedras arrojadas por ellos. Y habría muerto si hubieran tenido piedras en abundancia»¹⁴⁶³.

SITUACIÓN PREVIA: El siguiente incidente tuvo lugar un año después que el episodio anterior. Por aquel entonces, el cónsul Lucio Porcio Catón dirigía la guerra en el centro de Italia con un ejército cuyo número total de efectivos desconocemos¹⁴⁶⁴. En tal sentido, sólo sabemos que la mayoría procedían de la misma capital romana y que, de acuerdo con Dion Casio (30-35, fr. 100), eran demasiado viejos, débiles e indisciplinados¹⁴⁶⁵.

CAUSAS: Dos fueron las principales razones del descontento de los soldados. Por un lado, su falta de interés en el conflicto y su aversión a servir en el ejército; y, por el otro, la mala relación que tenían con su general, que, en más de una ocasión, les había reprochado su pésimo estado de forma y su falta de compromiso, lo que pudo generar el odio entre la soldadesca romana y la enemistad entre la tropa y el cónsul¹⁴⁶⁶.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue poner término a su servicio militar. Con este propósito, consideraron que la forma más rápida de alcanzar su objetivo era acabando con la vida de su general¹⁴⁶⁷.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Los soldados romanos bajo el mando del cónsul Lucio Porcio Catón conspiraron e intentaron asesinar a su comandante¹⁴⁶⁸. La insurrección fue violenta y estuvo organizada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El principal aglutinante de las tropas fue el resentimiento que sentían hacia Catón¹⁴⁶⁹. Por otra parte, el promotor de la rebelión fue

¹⁴⁶² Probablemente, el episodio tuvo lugar en el centro de Italia, ya que por aquel entonces el cónsul Lucio Porcio Catón se estaba enfrentando a los marsos, un pueblo de la Italia central (Liv. 75; Vell. 2.16.4; App. BC 1.50; Eutr. 5.3.2; Oros. 5.18.24).

¹⁴⁶³ D.C. 30-35, fr. 100.

¹⁴⁶⁴ D.C. 30-35, fr. 100.

¹⁴⁶⁵ Tal definición nos hace pensar en que eran tropas veteranas, ciudadanos que ya habían cumplido en el pasado con sus obligaciones militares, pero que, como consecuencia de la urgencia militar, habían sido alistados a la fuerza y sin su consentimiento. Esto explicaría su avanzada edad, su aparente debilidad física y que no tuvieran ningún interés en participar en la guerra (cf. Keaveney, 2007: 80). Igualmente, vid. Chrissanthos (2004: 349) y Brice (2020d: 262), para quienes el origen urbano del ejército fue el motivo de su indisciplinación.

¹⁴⁶⁶ D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Chrissanthos, 2004: 349; Keaveney, 2007: 78; Brice, 2020d: 254, 261.

¹⁴⁶⁷ D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Chrissanthos, 2004: 349; Keaveney, 2007: 78; Brice, 2020d: 254, 261.

¹⁴⁶⁸ D.C. 30-35, fr. 100. Para más información sobre el intento de asesinato de Lucio Porcio Catón, vid. Gruen, 1974: 373; Chrissanthos, 1999: 49-50; 2004: 349, 361; Keaveney, 2007: 77-78, 80-81; Faszczka, 2018: 87-88, 90; Brice, 2020d: 254, 261-262.

¹⁴⁶⁹ Para Brice (2020d: 262), fue el origen urbano de los soldados lo que contribuyó a que las tropas estuvieran más cohesionadas y predisuestas a la insurrección (cf. Brice, 2020c: 120; 2020d: 250, en donde pone de manifiesto que los soldados procedentes de la ciudad eran más indisciplinados que los reclutados de zonas rurales).

un tal Cayo Ticio, probablemente un oficial del ejército¹⁴⁷⁰. Respecto a este personaje, sabemos que fue un «hombre del foro, que se ganaba la vida en los juzgados y que hacía uso de una libertad de palabra excesiva unida a la desvergüenza»¹⁴⁷¹. Seguramente, fue su facilidad de palabra lo que le permitió ganarse a la soldadesca romana. A tal efecto, no sabemos qué prometió a los soldados si le seguían; aunque, probablemente, les pudo ofrecer el cese inmediato del servicio militar, principal motivación de la tropa. Sea como fuere, la celebración de una posible *contio* fue el lugar y el momento escogidos por Ticio para el atentado¹⁴⁷².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Por un lado, sabemos que, debido a su aparente abandono y falta de entusiasmo, Catón recriminó a sus hombres su estado físico y sus aptitudes militares¹⁴⁷³; y, por el otro, creemos que, de acuerdo con Chrissanthos (1999: 49-50; 2004: 349, 361), utilizó para tal fin una *contio*. Sobre el particular, el hecho de que las tropas se sirvieran de piedras y terrones de tierra para atacar a su general nos permite pensar que, desarmados, los soldados habían acudido a la llamada de Catón y que, en medio de su intervención, estalló su ira e intentaron asesinar a su comandante¹⁴⁷⁴. Sin embargo, no creemos que Catón salvara la vida sólo por la naturaleza del lugar, tal y como nos hace ver Dion Casio, sino que intuimos que el cónsul pudo contar con el respaldo de la mayoría de sus oficiales, los cuales, tras fallar las tropas, se harían con el control de la situación e impedirían que los soldados remataran su complot. De lo contrario, no se entiende que, rodeado de sus hombres, Catón lograra salir ileso si no contaba con ningún otro apoyo. Aunque ningún soldado fue castigado por el intento de asesinato de su general, Cayo Ticio, principal instigador de la conjura, fue apresado y enviado a Roma para ser juzgado. Finalmente, no fue condenado¹⁴⁷⁵.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Los soldados no consiguieron ni acabar con la vida de Catón ni abandonar el servicio militar.

CONSECUENCIAS: Aunque el cónsul logró retener el control de su ejército, la relación con sus tropas se vio seriamente afectada tras su intento de asesinato. Catón continuó la guerra con el mismo ejército y prosiguió su campaña contra los marsos, no obstante, tras un breve éxito inicial, finalmente, fue derrotado y asesinado. Desconocemos si los soldados precipitaron la derrota de Catón y si tuvieron algo que ver en su fatal desenlace, pero la falta de confianza entre la soldadesca y su general pudo contribuir en la derrota del ejército romano¹⁴⁷⁶.

¹⁴⁷⁰ D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Chrissanthos, 2004: 349; Keaveney, 2007: 80.

¹⁴⁷¹ D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Cic. *Brut.* 167.

¹⁴⁷² D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Chrissanthos, 1999: 49-50; 2004: 349, 361.

¹⁴⁷³ D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Chrissanthos, 2004: 349.

¹⁴⁷⁴ «Poco faltó para que [Lucio Porcio Catón] quedara cubierto por las piedras arrojadas por ellos [por los soldados]. Y habría muerto si hubieran tenido piedras en abundancia. Como el lugar en que les había tocado estar se podía cultivar y era, por fortuna, húmedo, no le pasó nada al recibir los terrones» (D.C. 30-35, fr. 100). Cf. Chrissanthos, 2004: 349; Keaveney, 2007: 77.

¹⁴⁷⁵ D.C. 30-35, fr. 100. Cf. Keaveney, 2007: 80-81; Faszczka, 2018: 87-88, 90; Brice, 2020d: 262.

¹⁴⁷⁶ Liv. 75; Vell. 2.16.4; App. *BC* 1.50; Eutr. 5.3.2; Oros. 5.18.24. Cf. Keaveney, 2007: 79.

COMENTARIO: Del análisis anterior, destacamos la habilidad con la que Cayo Ticio se aprovechó del descontento de los soldados y lo utilizó en su favor¹⁴⁷⁷. El hecho de que un sólo hombre fuera capaz de movilizar a las tropas y de atentar contra la vida de un cónsul romano nos hace pensar en la posibilidad de que existieran otras causas subyacentes más allá de las propuestas por las fuentes clásicas. En este sentido, que el procesamiento contra Ticio fracasara nos sugiere que, o bien pudo existir en la capital una facción opuesta al cónsul y que, por tanto, estuviera detrás de la conspiración, o bien que la clase dirigente romana estaba tan fragmentada que no le importaba promover la indisciplina de las tropas y pasar por alto un delito tan grave si podía sacar rédito político de lo ocurrido. Por lo demás, el intento de asesinato de Catón inauguró una peligrosa práctica que, tal y como veremos en las insurrecciones posteriores, fue utilizada con demasiada frecuencia tanto por la soldadesca romana como por sus principales oficiales, lo que nos demuestra hasta qué extremo se radicalizó y polarizó la sociedad civil y militar romanas de la época y hasta qué punto llegó su corrupción. Por último, aunque Dion Casio no generaliza sobre los soldados procedentes de la capital, sino que se limita a decir que la mayor parte del ejército que tenía Catón era de origen urbano, demasiado viejo y, por consiguiente, menos fuerte, autores como Chrissanthos (1999: 50; 2004: 349, 350) han querido ver en su procedencia un indicativo de “mala calidad”, argumentando para ello que eran tropas poco de fiar como consecuencia de haber entrado en contacto con una hipotética “ideología subversiva plebeya” que, en su opinión, se remontaría al conflicto patricio-plebeyo de comienzos de la República¹⁴⁷⁸. Al respecto, creemos que no podemos dar por válida esta teoría y mucho menos extender esta creencia a todas las tropas naturales de Roma. En lo que concierne al ejército de Catón, tal y como hemos argumentado más arriba, creemos que los soldados fueron alistados a la fuerza; que la mayoría de ellos ya habían superado la edad militar; que estaban, por lo tanto, exentos de servir en el ejército; y que, por todo ello, estaban molestos con su general¹⁴⁷⁹.

¹⁴⁷⁷ En la acción de Cayo Ticio hallamos el precedente de lo que haría, en 86-85 a. C., Cayo Flavio Fimbria cuando eliminó al *consul suffectus* Lucio Valerio Flaco y se hizo con el favor de su ejército. *Vid. infra* para más información.

¹⁴⁷⁸ Para pergeñar su planteamiento, Chrissanthos se sirve de una referencia obtenida de Tácito (*Ann.* 1.31.4) en el contexto del motín de Germania de 14 d. C.: «una multitud urbana, procedente de la leva recientemente hecha en Roma, acostumbrada al relajamiento, que no soportaba las fatigas, empezó a meter en los espíritus sencillos de los otros ideas como la de que había llegado el momento de reclamar los veteranos un pronto licenciamiento, los jóvenes estipendios más generosos, todos un límite a sus miserias, así como de vengarse de las crueldades de los centuriones». Para un planteamiento equivalente al de Chrissanthos, *vid.* Brice, 2020c: 120; 2020d: 250, 262, y, para una discusión sobre las diferencias entre los soldados de campo y de ciudad, *vid.* Cato. *Agr.* pref.; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.3; Nicolet, 1980: 95-96; Cowan, 2003: 9; Cosme, 2007: 54; Pérez Rubio, 2014-2015: 76; McLaughlin, 2015: 50; James, 2019: 58-59.

¹⁴⁷⁹ Para una reflexión parecida, *vid.* Keaveney, 2007: 80.

3.3.3. Cerca de Pompeya¹⁴⁸⁰, Italia, 89 a. C.

«Durante la guerra social, sus soldados [los de Lucio Cornelio Sila] mataron a palos y a pedradas a un hombre de rango consular que hacía de legado, cuyo nombre era [Publio Postumio] Albino. Lo pasó por alto y no castigó un delito de esa envergadura, y no contento con eso fue diciendo, en tono de vanagloria, que por ese motivo los soldados actuarían con más ahínco en la guerra, para expiar su culpa con su valentía»¹⁴⁸¹.

SITUACIÓN PREVIA: De acuerdo con Orosio (5.18.22), el ejército romano marchaba al asedio de Pompeya cuando tuvo lugar la siguiente insurrección¹⁴⁸². Al frente de tal cometido estaba Aulo Postumio Albino, viejo conocido nuestro de la guerra de Jugurta, quien por aquel entonces servía como legado de Lucio Cornelio Sila¹⁴⁸³. En relación al ejército que servía bajo su mando, ninguna fuente nos aclara ni el número de soldados ni el origen de estos.

CAUSAS: La mayoría de las fuentes coinciden en señalar que la actitud arrogante de Albino fue la principal razón de que la soldadesca romana odiara a su comandante¹⁴⁸⁴. Igualmente, las tropas pudieron desconfiar de las dotes castrenses de Albino, dado el lamentable historial militar que había registrado durante su intervención en la pasada guerra de Jugurta¹⁴⁸⁵.

OBJETIVOS: La principal motivación de la tropa fue, por un lado, castigar el supuesto delito de traición en el que habría incurrido su comandante, y, por el otro,

¹⁴⁸⁰ Actual región de Campania (sur de Italia). Cf. Oros. 5.18.22.

¹⁴⁸¹ Plu. *Sull.* 6.9.

¹⁴⁸² Según Valerio Máximo (9.8.3), el levantamiento tuvo lugar en el mismo campamento romano.

¹⁴⁸³ Para Livio (75), Potumio Albino era almirante de la flota (*legatus cum classi praesset*), mientras que Plutarco (*Sull.* 6.9) y Orosio (5.18.22) nos dicen que era legado y lugarteniente de Sila, respectivamente.

¹⁴⁸⁴ Aunque Valerio Máximo (9.8.3) se esfuerza en elogiar la nobleza, la moral y el *cursus honorum* de Aulo Postumio Albino, y en atacar, en consecuencia, a los soldados romanos, lo cierto es que el legado de Sila fue acusado de alta traición (Liv. 75) —a causa de una serie de sospechas que, no obstante, ninguna de las fuentes que recoge el episodio logra aclarar y que sólo Valerio Máximo dice que fueron «falsas y sin fundamento»—, y que las tropas, según Orosio (5.18.22), sentían por él un profundo odio por culpa de su «intolerable insolencia» (cf. Gruen, 1974: 373; Keaveney, 2007: 77-78; Brice 2020c: 116; 2020d: 253, 261, para quienes la *superbia* de Aulo Postumio Albino y la severidad con la que dirigió a sus hombres fueron las razones principales de que los soldados se lanzaran contra él). Para Chrissanthos (2004: 350), el origen de la animadversión de las tropas se encontraría en los antecedentes familiares de los *Postumii Albini*, quienes, según su opinión, se habían opuesto históricamente al pueblo y a sus intereses políticos (para llegar a esta conclusión, Chrissanthos (1999: 50-51, 101-110) relaciona la muerte de Aulo Postumio Albino con el asesinato de su pariente Publio Postumio Albino Regilense, quien, según la tradición clásica, habría sido asesinado, en 414 a. C., por sus propios hombres [Flor. *Epit.* 1.22.2; Hinard, 1990: 153; Kiesling, 2006: 237]). Según su interpretación, como Aulo Postumio Albino había liderado, entre el 100 y el 99 a. C., una política contraria a los intereses populares, los soldados, imbuidos de una supuesta ideología plebeya que el autor no llega a especificar, pero que se remontaría a la lucha plebeya de comienzos de la República (Chrissanthos, 1999: 50-51, 101-110; 2004: 346-348, 350, 363-364), se habrían sentido ofendidos por su comandante y habrían atentado, por este motivo, contra su vida. Pese al empeño de Chrissanthos, no hemos encontrado en las fuentes clásicas ninguna referencia que avale esta teoría.

¹⁴⁸⁵ Propretor en la guerra de Jugurta, Aulo Postumio Albino dirigió al ejército romano en ausencia de su hermano Espurio con pésimos resultados para Roma (Sal. *Jug.* 36.4; 37.3-4; 38.3-10). Al respecto, Salustio (*Jug.* 38.1) reconoce el «poco seso y la impericia» de Aulo como comandante. Para más información y una posible explicación de las acusaciones que se vertieron sobre Aulo Postumio Albino, vid. *supra* la insurrección de 110-109 a. C. Cf. Chrissanthos, 2004: 350; Brice, 2020d: 253-254.

deshacerse de su mando para lo que restaba de campaña militar, debido a las limitadas competencias que se le atribuían.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Como consecuencia de su malestar y de su desconfianza, los soldados «mataron a palos y a pedradas» a Postumio Albino¹⁴⁸⁶. La insurrección fue violenta y espontánea. En ninguna de las fuentes que se recoge el incidente se infiere que los soldados pudieran haber estado organizados o que el asesinato del legado fuera resultado de un complot de las tropas¹⁴⁸⁷.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Más allá del odio hacia su general, no encontramos ningún otro medio de cohesión que aglutinara al ejército¹⁴⁸⁸. Descartamos la existencia de una organización previa al asesinato y creemos que, más bien, las tropas aprovecharon su ocasión para dar muerte a Albino.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Ninguna de las cuatro fuentes que recogen el incidente (Livio, Valerio Máximo, Plutarco y Orosio) hacen alusión a la puesta en marcha de ningún medio de detección, control y/o represión¹⁴⁸⁹. Desconocemos si Albino estaba al corriente del descontento de sus soldados, si conocía las acusaciones que se le imputaban y si intentó algo para calmar a sus hombres. Tan sólo Valerio Máximo nos dice que intentó defenderse del ataque de las tropas, «implorando y suplicando»; sin embargo, no creemos que esta situación llegara a darse y, en su lugar, consideramos que Valerio Máximo buscó con sus palabras dar un mayor dramatismo a la acción de los soldados¹⁴⁹⁰.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Las tropas se deshicieron de un comandante al que odiaban y del que recelaban, y, en su lugar, fueron acogidos por Lucio Cornelio Sila, quien, además, no castigó su crimen¹⁴⁹¹.

CONSECUENCIAS: Tanto la acción de los soldados como la condescendencia de Sila supusieron un peligroso precedente para futuras insurrecciones, al utilizar la violencia como medio con el que resolver los problemas entre la tropa y los oficiales, y al no castigar en consideración un delito tan grave como el asesinato de un comandante romano.

¹⁴⁸⁶ Plu. *Sull.* 6.9; Polyaen. 8.9.1. Tanto Valerio Máximo (9.8.3) como Orosio (5.18.22) coinciden en que Aulo Postumio Albino fue lapidado por sus hombres. Para más información sobre su asesinato, *vid.* Liv. 75; Jal, 1962: 17; Gruen, 1974: 373; Rosenstein, 1990: 198; Chrissanthos, 1999: 50-51; 2004: 350; Keaveney, 2007: 77-78; Brice 2020a: 64; 2020c: 116; 2020d: 253-254, 261-262.

¹⁴⁸⁷ Por el contrario, Chrissanthos (2004: 350) sostiene la teoría de que la insurrección fue organizada y de que las tropas confabularon y urdieron un plan contra Aulo Postumio Albino: «The soldiers began to speak out against him, first privately and then out in the open. As more and more men spoke out, relations with their commander grew worse». No obstante lo anterior, ningún autor clásico menciona nada al respecto.

¹⁴⁸⁸ En cambio, Brice (2020d: 262) considera que la determinación de las tropas se debió a una cohesión horizontal especialmente fuerte resultado de la relativa homogeneización que habrían alcanzado los soldados por proceder de la misma área de reclutamiento. Lamentablemente, no contamos con ningún testimonio que respalde dicha apreciación.

¹⁴⁸⁹ Por su parte, Chrissanthos (2004: 350, 361) defiende el supuesto de que Aulo Postumio Albino convocó a sus hombres a una *contio* para intentar resolver la situación y reestablecer el control del ejército.

¹⁴⁹⁰ V. Max. 9.8.3.

¹⁴⁹¹ Liv. 75; V. Max. 9.8.3; Plu. *Sull.* 6.9; Polyaen. 8.9.1; Oros. 5.18.22-23. *Cf.* Gruen, 1974: 373.

COMENTARIO: El episodio destaca por la agresividad de los soldados, los cuales no dudaron en emplear la violencia para terminar con la vida de su comandante¹⁴⁹², y por la pasividad de Sila a la hora de condenar y castigar el crimen de las tropas. Respecto a esto último, sabemos que Sila fue criticado por su decisión, y que, no obstante, se limitó a decir que el remordimiento haría a sus soldados más valientes y que con la sangre de sus enemigos expiarían su culpa¹⁴⁹³. Asimismo, hay quien ha visto en su gesto de perdón un esfuerzo por parte del futuro dictador de ganarse el favor del ejército de cara a futuras empresas, y, en particular, con vistas a su enfrentamiento con Cayo Mario; ya que, de acuerdo con Plutarco, Sila por aquel entonces ya habría planeado acabar con aquel al final de la guerra de los aliados, y para ello era necesario que se comportara de modo halagador con el ejército si quería garantizar su apoyo¹⁴⁹⁴. Sin embargo, creemos que Plutarco en esta ocasión se anticipa a los hechos y da por sentada una actitud beligerante que por aquellas fechas todavía no había concebido Sila a pesar de sus diferencias con Mario. Finalmente, el incidente nos aporta un último aspecto a considerar. Conforme a Chrissanthos (1999: 50-51, 101-110; 2004: 350, 361), el asesinato de Postumio Albino habría tenido lugar durante la celebración de una *contio*. Sobre el particular, no nos explica en qué se basa para llegar a tal conclusión y ninguna de las fuentes corrobora este supuesto. No obstante, el hecho de que los soldados emplearan palos y piedras para asesinar a su comandante y que la muerte de Postumio tuviera lugar en el interior del campamento, hace que la aseveración de Chrissanthos, aunque no cuente con el respaldo de las fuentes clásicas, se deba tener en consideración¹⁴⁹⁵. Y es que, por un lado, las *contiones* militares, normalmente, tuvieron lugar en el interior del *castrum*, y, por el otro, los soldados solían acudir desarmados, razón por la cual habrían utilizado palos y piedras para agredir a Postumio, y no sus propias armas al verse privados de ellas¹⁴⁹⁶.

¹⁴⁹² La agresión de las tropas se puede relacionar con la espiral de violencia que sufría Roma desde finales del siglo II a. C., donde los asesinatos de magistrados fueron cada vez más frecuentes en la vida política de la *Vrbs*. Cf. Vell. 2.3.3; App. BC 1.34; 55; 60.

¹⁴⁹³ Plu. *Sull.* 6.9; Polyaen. 8.9.1; Oros. 5.18.23.

¹⁴⁹⁴ Plu. *Sull.* 6.9. Al no castigar a los culpables, Sila establecía sus credenciales y se convertía en amigo de los soldados. Con su acción se ganaba la gratitud, la confianza y la lealtad, no sólo de los hombres de Albino, sino también de sus propios soldados. Cuando Sila apeló a sus soldados en su lucha contra sus enemigos políticos, en 88 a. C., muchos pudieron haber estado motivados por algo más que por las riquezas de Oriente. Los hombres de Albino habían sido indultados y sus vidas salvadas gracias a la voluntad de Sila. Esto pudo haber sido un elemento importante en su disposición a seguir a Sila en su marcha sobre Roma. Cf. Liv. 77; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. *Mar.* 34.1; 35.5-8; *Sull.* 8.1-2, 4; 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. BC 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

¹⁴⁹⁵ En la misma línea, se entiende que los soldados de Lucio Porcio Catón le arrojaran piedras y terrones de tierra, y no hicieran uso de sus propias armas, puesto que, al igual que en el caso de Albino, su intento de asesinato tuvo lugar en una *contio* y, por tanto, las tropas se encontraban desarmadas.

¹⁴⁹⁶ Al final de la República, se acentúa la importancia de la *contio*, entendida como el espacio en donde el comandante, sabedor del descontento de sus hombres, reunía a sus oficiales y a su ejército para enderezar la situación. En la mayoría de los casos, no obstante, lejos de resolver los problemas, la *contio* precipitó los acontecimientos, ejerciendo de detonante de la insurrección de los soldados. Para más información sobre las *contiones* militares, *vid.* Pina Polo, 1989: 199-218; 1995: 213-216; Chrissanthos, 1999: 199, 204; 2004: 359-360; 2013: 323-324; Machado, 2017: 154-160; Brice, 2020c: 120; 2020d: 252, 262.

3.3.4. Otras insurrecciones

«También se mostró violento hasta la humillación el ejército que quitó la vida a Cayo Carbón [...]. Y todo, porque intentó restablecer con bastante severidad y rigor la disciplina militar, tan descuidada a causa de las guerras civiles. Prefirieron aquellos soldados ensuciarse con un crimen nefando antes que mudar sus depravadas y abominables costumbres»¹⁴⁹⁷.

Junto a las tres insurrecciones principales arriba analizadas, identificamos para el periodo otras tres insurrecciones “menores”.

La primera de ellas tuvo lugar, en 90 a. C., inmediatamente después del cambio de bando de la guarnición de Nola. Como ya sucediera entonces, el instigador de la revuelta fue, una vez más, Cayo Papio Mutilo, uno de los principales líderes aliados del momento. Sin embargo, en esta ocasión Papio no dirigió su atención sobre los soldados romanos, sino que, por el contrario, decidió actuar sobre las tropas auxiliares. Consciente de que el cónsul Lucio Julio César contaba con caballería e infantería nómada, mostró pública e intencionadamente a Oxynta —hijo del rey nómada Jugurta que, a la sazón, se hallaba cautivo en Venusia, ciudad recientemente tomada por el bando aliado— y «revistiéndolo con la púrpura real lo exhibió con frecuencia ante los nómadas que servían bajo [Lucio] César». Como resultado de su argucia, «muchos de ellos desertaron en masa hacia él como si lo hicieran hacia su propio rey», mientras que al resto de nómadas Lucio César los envió de regreso a África al desconfiar de su frágil lealtad¹⁴⁹⁸. Como ya sucediera con la guarnición de Nola, Papio tuvo tanta habilidad en identificar las debilidades romanas como en explotar sus propios recursos. Así, al tiempo que privaba al ejército romano de una parte de sus principales apoyos militares y sembraba la semilla de la desconfianza en el cónsul romano, incorporaba a su ejército un importante número de tropas que en lo sucesivo mostrarían su adhesión para con la causa aliada, en tanto que reconocían en Papio, y, sobre todo, en Oxynta, el bando legítimo en el que luchar.

Un año después, en 89 a. C., coincidiendo en el tiempo con el intento de asesinato de Lucio Porcio Catón y con el atentado contra Aulo Postumio Albino, tenemos referencias indirectas de desertiones¹⁴⁹⁹. Lamentablemente, la ausencia de información nos ha impedido sacar alguna deducción al respecto.

Por último, Valerio Máximo (9.7.3) nos informa del asesinato de Cayo Papirio Carbón, legado de Lucio Cornelio Sila, cuando se encontraba asediando la población de Volterra¹⁵⁰⁰, en 80 a. C. Según este autor, la razón del descontento de las tropas y del asesinato de Carbón fue la supuesta dureza con la que el legado dirigió a su ejército. No contamos con suficiente información para reconstruir el episodio y, por tanto, no sabemos si el asesinato fue espontáneo, al igual que ocurriera con Albino, en 89 a. C., o

¹⁴⁹⁷ V. Max. 9.7.3.

¹⁴⁹⁸ App. BC 1.42.

¹⁴⁹⁹ App. BC 1.53.

¹⁵⁰⁰ Actual región de la Toscana (centro de Italia).

si, en cambio, estuvo organizado, como ya sucediera con la conspiración contra Catón, en la misma fecha. Tampoco sabemos con cuántas tropas contaba Carbón y si la denuncia de las mismas se debió a algún castigo previo aplicado por el legado que provocara la animadversión del ejército o si, tal y como parece deducirse de las palabras de Valerio Máximo, el asesinato de Carbón se debió a que las tropas no fueron capaces de acostumbrarse a la disciplina tradicional después de tantos años de vivir en la molición y en el desenfreno¹⁵⁰¹. En cualquier caso, todo parece indicar que, de nuevo, los soldados no fueron castigados y que desde Roma tampoco se persiguió el delito.

3.4. Guerra civil entre silanos y cinnanos

«De esta forma las sediciones, nacidas de la discordia y rivalidad, vinieron a parar en asesinatos, y de asesinatos, en guerras cabales, y ahora, por primera vez, un ejército de ciudadanos invadió la patria como si fuera tierra enemiga. A partir de entonces, las sediciones no dejaron de ser decididas ya por medio de ejércitos y se produjeron continuas invasiones de Roma y batallas bajo sus muros, y cuantas otras circunstancias acompañan a las guerras; pues para aquellos que utilizaban la violencia no existía ya freno alguno por un sentimiento de respeto hacia las leyes, las instituciones o, al menos, la patria»¹⁵⁰².

Si los graves problemas internos que arrastraba Roma desde finales del siglo II a. C. tuvieron que aplazarse por la necesidad de consenso y la urgencia de la guerra de los aliados, desde el momento en el que las tropas romanas empezaron a imponerse en la contienda y la amenaza itálica perdía fuerza, desapareció esa falsa ilusión de concordia y se reabrieron las viejas heridas del pasado. La rivalidad y el uso de la fuerza polarizaron de nuevo a la sociedad romana y la guerra una vez más parecía ser la única respuesta a todos sus males¹⁵⁰³.

A continuación, no hablaremos de las causas que motivaron la primera guerra civil romana, de las fases del conflicto, de las venganzas de uno y otro bando, o de si la confrontación se pudo haber evitado; primero, porque creemos que ese no es el objetivo de nuestro estudio y, segundo, porque consideramos que ya hay suficientes obras y autores de referencia que pueden dar respuesta a estas y a otras muchas cuestiones de una forma más amplia y detallada de la que nosotros podamos ofrecer. Por ende, y tal y como venimos haciendo hasta ahora y continuaremos haciendo hasta el final de nuestro trabajo, seguidamente pasaremos a analizar e interpretar desde un punto de vista disciplinario la conducta que adoptó el soldado romano en este primer enfrentamiento interno.

¹⁵⁰¹ A tal efecto, no debemos pasar por alto que el incidente tuvo lugar en una fecha muy tardía con arreglo al comienzo de la guerra de los aliados y que supuso el epílogo de la misma. Es decir, tuvo lugar, tal y como nos recuerda Valerio Máximo (9.7.3), después del enfrentamiento civil entre silanos y cinnanos y después, conforme a nuestro autor, de que la disciplina militar se hubiera corrompido a causa de las guerras civiles. De ahí su comentario despectivo acerca de las costumbres de las tropas de Carbón. Cf. Jal, 1962: 16; Gabba, 1975: 56; Chrissanthos, 1999: 60-61; Keaveney, 2007: 78, 80; Brice, 2020d: 254, 261.

¹⁵⁰² App. BC 1.60.

¹⁵⁰³ «A partir de este momento, los jefes de facción lucharon entre sí con grandes ejércitos según la costumbre de la guerra, y la patria estaba en medio como un premio para ellos» (App. BC 1.55).

3.4.1. Nola, Italia, 88 a. C.

«Sila avanzó con el resto de las tropas hacia el interior de la ciudad, con el aspecto y actitud de un enemigo; por este motivo los habitantes de los alrededores intentaron rechazarle disparándole desde los tejados de las casas, hasta que él les amenazó con incendiarlas [...]. Por primera vez en Roma, tuvo lugar un combate entre enemigos, no bajo el aspecto de una sedición sino al son de las trompas y con enseñas, según la costumbre de la guerra. A tal extremo de peligro arrojó a los romanos la falta de solución de sus luchas intestinas»¹⁵⁰⁴.

SITUACIÓN PREVIA: La alianza política entre Cayo Mario y el tribuno de la plebe Publio Sulpicio Rufo provocó que Sila perdiera el mando de la guerra contra Mitrídates VI del Ponto, que se recrudecieran los disturbios en la capital y que Mario recuperara el protagonismo perdido en los últimos años¹⁵⁰⁵. Privado de su *imperium* y, por consiguiente, del mando del ejército, Sila decidió marchar a Nola, localidad en la que se había reunido el ejército reservado para la guerra en Oriente, y hacerse con su control¹⁵⁰⁶. De acuerdo con Apiano (BC 1.57), Sila pasó a dirigir un total de seis legiones¹⁵⁰⁷.

CAUSAS: Debemos diferenciar entre las causas que llevaron a Sila a conducir al ejército de Nola contra Roma y las razones que movieron a las tropas a seguir al futuro dictador y a marchar contra su patria. Respecto al primer supuesto, Sila utilizó al ejército con fines, fundamentalmente, políticos y partidistas, ya que consideró que era la única forma de hacer frente a sus rivales políticos y de recuperar la posición de poder que la alianza política de Mario y Rufo le habían arrebatado¹⁵⁰⁸. En cuanto al ejército, las razones por las que decidieron escoger la causa silana fueron varias. Tradicionalmente, la principal razón que se ha querido dar ha sido la económica. En tal sentido, los soldados habrían apoyado a Sila por temor a que la llegada de Cayo Mario significara su relevo por tropas afines al nuevo comandante; lo que supondría verse apartados de la guerra en Oriente y, ante todo, verse alejados de todas las riquezas que esperaban obtener de una campaña, *a priori*, tan lucrativa¹⁵⁰⁹. Sin embargo, no podemos reducir la intervención de las tropas a una cuestión de carácter pecuniario, puesto que su

¹⁵⁰⁴ App. BC 1.57.

¹⁵⁰⁵ V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.6; Plu. Mar. 34.1; 35.5; Sull. 8.1-2, 4; 9.1; Flor. Epit. 2.9.6; App. BC 1.55-56; Oros. 5.19.3. Cf. Bouquie, 1884: 258; Gabba, 1975: 52-53; De Blois, 1987: 42-43; 2007: 169-170; Warry, 1995: 138; Keppie, 1998: 49; Pina Polo, 1999: 100-102, 105; Erdkamp, 2006a: 293; Keaveney, 2007: 73; Fields, 2008: 17; Sage, 2008: 252; Brice, 2014: 27-28, 57, 120.

¹⁵⁰⁶ Vell. 2.18.4; App. BC 1.55-56. Cf. Bouquie, 1884: 259; Gabba, 1975: 53-54; De Blois, 1987: 43; 2007: 170; Warry, 1995: 138; Pina Polo, 1999: 102; Erdkamp, 2006a: 293; Sage, 2008: 252; Brice, 2014: 27.

¹⁵⁰⁷ Según Plutarco (Mar. 35.6), el número total de tropas no era menor a los treinta y cinco mil soldados de infantería. Cf. Keppie, 1998: 49; Brice, 2014: 120.

¹⁵⁰⁸ App. BC 1.55-57. Cf. Gabba, 1975: 53-54; Campbell, 1984: 20; De Blois, 1987: 43; 2007: 170; Warry, 1995: 138; Pina Polo, 1999: 102; Erdkamp, 2006a: 293; Southern, 2006: 56; Keaveney, 2007: 2, 38; Sage, 2008: 252; Brice, 2014: 27, 57.

¹⁵⁰⁹ App. BC 1.57. Cf. Gruen, 1974: 371-372, 383; Gabba, 1975: 22, 54; De Blois, 1987: 43; Keppie, 1998: 49; Pina Polo, 1999: 102; Alston, 2002: 32; Potter, 2004: 83; Keaveney, 2007: 37, 94; Fields, 2008: 17; 2010: 35; Brice, 2014: 27, 57.

participación pudo ser mucho más compleja de lo estimado. De este modo, debemos tener en cuenta también tanto el factor político e ideológico como el personal. De acuerdo con Valerio Máximo (9.7, ext. 1), los soldados habrían apoyado a Sila, «porque se sentían indignados de que se les obligara a dejar de depender de la más alta autoridad, para obedecer a alguien que no ejercía ningún cargo público». Es decir, apoyaron a Sila, y no a Mario, por una cuestión de legitimidad; porque Sila, como cónsul, representaba a Roma, mientras que Cayo Mario, un simple privado, al carecer en aquel momento de magistratura, no lo consideraban un representante válido del Estado romano¹⁵¹⁰. Finalmente, no podemos descartar la existencia de un posible vínculo de carácter más personal entre Sila y las tropas. Así, se plantea la hipótesis de que una parte de los soldados acantonados en Nola fueran los mismos que asesinaron el año anterior a Aulo Postumio Albino y que, posteriormente, fueron acogidos y perdonados por Sila; y de que esos mismos hombres lo decidieran apoyar en ese momento como agradecimiento por haberles perdonado la vida en el pasado¹⁵¹¹.

OBJETIVOS: Tal y como ya se ha adelantado, el principal interés de Sila fue recuperar su posición de preeminencia y eliminar física y/o políticamente a sus principales rivales políticos. En cuanto al ejército, a la reivindicación económica, debemos añadir la motivación política y personal. De esta forma, las tropas habrían apoyado a Sila, no sólo por la esperanza de enriquecerse durante la guerra contra Mitrídates, sino porque se sentirían en la obligación de, o bien apoyar a quien consideraban legítimamente el representante de Roma, o bien devolver el favor a quien en el pasado había respondido por ellos.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Tras denunciar ante el ejército los ultrajes cometidos por Cayo Mario y Publio Sulpicio Rufo, Sila predispuso a las legiones de Nola a su favor y las incitó a la rebelión¹⁵¹². Por su parte, el ejército, tras escuchar a Sila, se amotinó y expulsó violentamente a los tribunos militares enviados desde Roma con órdenes de hacerse cargo del ejército hasta que este

¹⁵¹⁰ En este sentido, *vid.* Gruen (1974: 383), quien sostiene el mismo punto de vista (*cf.* De Blois, 1987: 43; Pina Polo, 1999: 104-105; Potter, 2004: 83-84; Keaveney, 2007: 37, 95; Fields, 2008: 17; 2010: 35; Sage, 2008: 253; Brice, 2014: 27). Por el contrario, Gabba (1975: 54-55), descarta esta opción y apela, únicamente, a la ambición de las tropas y a su deseo de enriquecerse en Oriente: «Nell'esercito professionale proletario e volontario sono già venuti meno i tradizionali ideali di amor patrio e la disciplina e sono ormai dominanti le esigenze di ordine economico». Tal y como se puede apreciar, Gabba apuesta por un discurso clásico e insiste en la proletarización del ejército tardorrepblicano y en la pérdida de valores como explicación de la indisciplina de las tropas (*cf.* Warry, 1995: 139; Brice, 2014: 27).

¹⁵¹¹ No debemos olvidar que esas legiones habían operado en Pompeya, una localidad muy próxima a Nola; que Albino servía como legado de Sila y que, por lo tanto, esos soldados, en última instancia, se encontraban bajo el *imperium* del futuro dictador; y que este perdonó el crimen de las tropas a pesar de las críticas y de la presión que recibió desde Roma. Para más información, *vid. supra* la insurrección que acabó con la vida de Aulo Postumio Albino, en 89 a. C. Sobre la posibilidad de que Sila y las legiones de Nola hubieran coincidido en el pasado, *vid.* Alston, 2002: 32; Potter, 2004: 83.

¹⁵¹² Liv. 77; Vell. 2.19.1; Plu. *Mar.* 35.6; Sull. 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. *BC* 1.57; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.4-5. Para más información sobre la primera marcha de Sila sobre Roma, *vid.* Bouquie, 1884: 258-259; Gruen, 1974: 371-372, 383-384; Gabba, 1975: 22, 52-55; Campbell, 1984: 20; De Blois, 1987: 16, 40, 42-43; 2007: 169-171; Hinard, 1990: 153; Warry, 1995: 138-139; Keppie, 1998: 49; Alston, 2002: 32; Potter, 2004: 83-84; Erdkamp, 2006a: 293-294; Southern, 2006: 56; Keaveney, 2007: 2, 29-30, 37-38, 73-75, 79, 94-96; Fields, 2008: 17, 28-29; 2010: 34-35; Sage, 2008: 252-253; Brice, 2014: 27, 28, 57, 120; 2020d: 264; Brand, 2019: 229.

fuera entregado a Cayo Mario; y, poco después, hizo lo propio con los pretores enviados por el Senado para detener el avance de Sila¹⁵¹³. La insurrección fue violenta y estuvo organizada¹⁵¹⁴.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Mientras que el principal aglutinante de las tropas giró en torno al elemento económico e ideológico¹⁵¹⁵, el amotinamiento de las mismas fue promovido y orquestado desde el exterior por Lucio Cornelio Sila. Sabemos que a su llegada a Nola lo primero que hizo fue reunir a las tropas en una *contio* y exponer públicamente el agravio del que, según su opinión, había sido víctima. A este respecto, señaló a Mario y Rufo como principales culpables de su desgracia y alentó al ejército a que le ayudara a liberar a la patria de los tiranos¹⁵¹⁶. Por lo demás, conforme a Apiano (BC 1.57), «los soldados, comprendiendo cuáles eran sus proyectos y temiendo ser excluidos de la expedición, desvelaron el deseo de Sila y le incitaron a que tuviera el coraje de llevarlos contra Roma».

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Todo parece indicar que el apoyo unánime que recibió Sila de parte de las tropas evitó cualquier intento de reprimir el motín por parte de los oficiales que por aquel entonces se encontraban en el ejército¹⁵¹⁷. Al respecto, tampoco ayudó a contener la situación que la totalidad de la oficialidad, a excepción de un cuestor (probablemente, Lucio Licino Lúculo¹⁵¹⁸), abandonara el ejército y huyera a Roma¹⁵¹⁹. Aunque este gesto sirvió para desacreditar a Sila ante los soldados, al señalar que él era el único responsable de sus actos, y como metáfora de que no contaba con el apoyo oficial de Roma, ni evitó que los soldados secundaran sus órdenes ni que Sila continuara su avance sobre la capital¹⁵²⁰. No obstante, sí que hubo dos intentos por parte del Senado para hacerse con el control del ejército. En primer

¹⁵¹³ Conforme a Plutarco (*Sull.* 9.1-2), mientras que los tribunos militares fueron apedreados (o «pasados a cuchillo», según Plu. *Mar.* 35.5-6), a los pretores Bruto y Servilio «les rompieron las fascas, les quitaron la púrpura y, tras cubrirlos de insultos, les dejaron marchar de vuelta». Cf. V. Max. 9.7, ext. 1; De Blois, 1987: 43; 2007: 170; Warry, 1995: 138; Pina Polo, 1999: 102; Keaveney, 2007: 73; Brice, 2014: 27, 57.

¹⁵¹⁴ Plu. *Mar.* 35.6.

¹⁵¹⁵ App. BC 1.57; V. Max. 9.7, ext. 1.

¹⁵¹⁶ App. BC 1.57; cf. Pina Polo, 1999: 104-105; Keaveney, 2007: 37, 74, 95; Fields, 2008: 17; 2010: 35; Sage, 2008: 253. La intervención de Sila nos recuerda al discurso con el que Lucio Cornelio Cinna, en 87 a. C., se ganó a las tropas de su rival Apio Claudio Pulcro (Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. BC 1.64-66), y a la arenga con la que Cayo Julio César, en 49 a. C., confirmó el apoyo de su ejército antes de cruzar el río Rubicón (Caes. *Civ.* 1.7; Plu. *Caes.* 31.2-3; Suet. *Jul.* 33; Oros. 6.15.3).

¹⁵¹⁷ App. BC 1.57.

¹⁵¹⁸ Gabba, 1975: 55; Pina Polo, 1999: 102; Keaveney, 2007: 29-30, 38; Fields, 2008: 28-29; Sage, 2008: 253.

¹⁵¹⁹ App. BC 1.57; cf. Gruen, 1974: 383; Gabba, 1975: 54-55; De Blois, 1987: 16, 43; 2007: 171; Warry, 1995: 138; Keppie, 1998: 49; Pina Polo, 1999: 102; Alston, 2002: 32; Potter, 2004: 83; Erdkamp, 2006a: 294; Southern, 2006: 56; Keaveney, 2007: 29-30, 38; Fields, 2008: 17, 29; 2010: 35; Sage, 2008: 253; Brice, 2014: 57; Brand, 2019: 229. Según Gabba (1975: 55), el motivo por el que la mayoría de los oficiales dieron la espalda a Sila lo tenemos que buscar en su origen social. Procedentes de las clases altas de la capital, los oficiales del ejército, conforme a su opinión, poseían unos valores de civismo y patriotismo incompatibles con el pronunciamiento militar que acababa de protagonizar Sila. De acuerdo con este autor, en la medida en que las desigualdades sociales se fueran diluyendo y los oficiales y los soldados tuvieran un mismo origen social, las diferencias de actitud y de mentalidad entre unos y otros serían menos acusadas, y los oficiales empezarían a apoyar iniciativas privadas como las de Sila (cf. Potter, 2004: 83; Erdkamp, 2006a: 294; De Blois, 2007: 171, 176; Keaveney, 2007: 38; Sage, 2008: 253; Brice, 2014: 128; 2020c: 120; 2020d: 251, quienes defienden un planteamiento similar al sugerido por Gabba).

¹⁵²⁰ App. BC 1.57.

lugar, enviaron a varios tribunos militares y, posteriormente, se envió a los pretores Marco Junio Bruto y Servilio con órdenes explícitas de detener el avance de Sila y recuperar el mando de las tropas¹⁵²¹. En otro orden de cosas, sabemos que, durante la toma de Roma, Sila se preocupó por mantener la disciplina entre sus hombres, y que incluso llegó a castigar a los soldados que, desobedeciendo sus órdenes, se dedicaron a saquear lo que encontraron a su paso¹⁵²².

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Mientras que Sila dispuso del respaldo militar necesario para apoderarse de Roma, acabar con sus rivales políticos y recuperar su posición de poder¹⁵²³; las tropas aseguraron su participación en la campaña contra Mitrídates y, por tanto, el respaldo económico que el botín de guerra y las recompensas de Sila podían ofrecerles¹⁵²⁴.

CONSECUENCIAS: Probablemente, nos encontremos ante una de las insurrecciones que más y peores consecuencias trajo a la República romana. Por primera vez las tradicionales luchas intestinas derivaron en una guerra abierta entre romanos, sentando el peligroso precedente de dirimir toda cuestión interna por medio de las armas. Si los enfrentamientos internos cada vez eran más frecuentes, así como el empleo de la violencia para sofocarlos y el recurso del *senatus consultum ultimum*, con la acción de Sila se abrió una brecha irreparable en el ordenamiento institucional republicano y se mostró el camino a seguir para hacerse con el poder por la fuerza¹⁵²⁵. Igualmente, si la

¹⁵²¹ V. Max. 9.7, ext. 1; Plu. Mar. 35.5-6; Sull. 9.1-2. Cf. Pina Polo, 1999: 102; Keaveney, 2007: 73; Brice, 2014: 27.

¹⁵²² App. BC 1.59.

¹⁵²³ App. BC 1.60-61. Cf. Plu. Sull. 10.1-2.

¹⁵²⁴ App. BC 1.57-60.

¹⁵²⁵ App. BC 1.60. Para Gabba (1975: 22), Sila fue el primero que usó al ejército con fines personalistas: «L'azione di Silla nell'88 mostrò per la prima volta la possibilità per un generale, capace e risoluto ad agire fuori degli schemi tradizionali, di impiegare le proprie truppe, allettate da promesse di preda e di ricompense (che Silla puntualmente manterrà), per la creazione di un potere personale» (cf. Campbell, 1984: 20; Warry, 1995: 139; Keppie, 1998: 49; Pina Polo, 1999: 104; Alston, 2002: 32; Southern, 2006: 56; Keaveney, 2007: 2, 37-38, 79, 94-96; Fields, 2008: 17; Brice, 2020d: 265). En este sentido, Keaveney (2007: 37-38, 94-96) defiende que fue Sila quien comenzó la “politización” del ejército romano: «However I believe the most apt formulation, because it brings out the consequences of the act and the indisputably ruinous precedent it set, is that which says Sulla politicised the Roman army. The men he addressed, irrespective of origin or status, had sunk their individuality in a common military identity. They were not now being asked to slough off that identity, but were however invited to remember they were also citizens. They were called to participate directly in politics, have a view on the issues of the day and help to settle them by force of arms» (cf. Pina Polo, 1999: 104; Sage, 2008: 253); y quien convirtió al ejército romano en un ejército “revolucionario”: «Had Sulla not turned to the legions, then I maintain somebody else in trouble would have. As it was, the purest chance and accident of his position meant that it fell to him to discover and exploit for the first time the revolutionary potential of the Roman army. To put it bluntly: he, not Marius, created the revolutionary army»; sin embargo, niega que fuera el responsable de transformar al ejército romano en un ejército de mercenarios o en un ejército clientelar: «Sulla then was not at the head of an army of mercenaries nor was he able as a patron to call out men who were his clients» (cf. Fields, 2008: 17; 2010: 35). En cambio, para Hinard (1990: 153), la acción de Sila no debe interpretarse como un ataque contra la República, sino, más bien, como «una operación policial llevada a cabo conjuntamente por los dos cónsules del año para restablecer el orden en Roma». En contra de esta opinión, Pina Polo (1999: 105) argumenta que, «mientras que a [Cayo] Mario le había sido transferido el mando en la guerra contra Mitrídates mediante una ley aprobada por el pueblo (por discutible que pueda ser su estricta legalidad), Sila se apoderó de Roma exclusivamente por iniciativa propia, contra la voluntad expresa del Senado y sin que su acción fuera en ningún momento legitimada por los comicios. La marcha de Sila contra Roma fue indiscutiblemente ilegal y debe ser valorada como

marcha de Sila marcó un antes y un después en la Historia de Roma, no menos importante fueron sus reformas políticas. A tal efecto, por un lado, promovió una serie de medidas con las que pretendió fortalecer su posición política, neutralizar a sus adversarios y legitimar su acción, y, por el otro, introdujo una serie de reformas institucionales con las que debilitó las competencias, y en consecuencia el poder político, tanto de los tribunos de la plebe como de las asambleas populares, fortaleciendo, por el contrario, las prerrogativas del Senado¹⁵²⁶. Desde un punto de vista militar, aunque la toma de la ciudad no condujo al saqueo de la misma, sí que se produjeron una serie de enfrentamientos armados entre el ejército de Sila, por un lado, y parte de la población civil romana y las fuerzas favorables a Cayo Mario y Publio Sulpicio Rufo, por el otro¹⁵²⁷.

COMENTARIO: Aunque en el pasado ya habíamos visto enfrentamientos entre la clase política y militar romanas, y desde los tribunados de los hermanos Graco la lucha política en el interior de Roma fue cada vez más sangrienta¹⁵²⁸, la acción de Lucio Cornelio Sila supuso un hito excepcional y nunca antes visto. Por vez primera se utilizó al ejército romano con fines particulares, como instrumento de venganza personal y como medio con el que establecer toda una serie de cambios políticos e institucionales¹⁵²⁹. Se trataba de una acción sin precedentes, sin apoyo legal y que podía tener graves consecuencias en la vida política romana si se convertía en un recurso habitual de todo aquel individuo que quisiera imponer su voluntad con las armas¹⁵³⁰. Así lo entendieron los oficiales que abandonaron el ejército cuando Sila lo puso bajo su control y decidió mandarlo contra la capital, y así lo comprendió también el mismo Senado, que no dudó en censurar su comportamiento e intentó detener su avance. Sin embargo, no lo vieron de esa forma los soldados. No podemos reducir el incidente a una simple manipulación del ejército por parte de Sila o a un uso personalista del mismo, ya que estaríamos limitando su alcance y comprensión. Es cierto que Sila utilizó al ejército para hacerse con el poder y aplastar toda oposición política a su persona, pero no es

un auténtico golpe de Estado que abrió las puertas a una nueva guerra civil, aplazada ante la urgencia del conflicto contra Mitridates en el Mediterráneo oriental».

¹⁵²⁶ App. BC 1.59. Cf. Gruen, 1974: 384; Pina Polo, 1999: 102-103; Keaveney, 2007: 75.

¹⁵²⁷ Liv. 77; Vell. 2.19.1; Plu. Mar. 35.6-8; Sull. 9; Flor. Epit. 2.9.6-7; App. BC 1.57-58; Oros. 5.19.4. Cf. Pina Polo, 1999: 102.

¹⁵²⁸ App. BC 1.55.

¹⁵²⁹ App. BC 1.55. En opinión de Gabba (1975: 22), Sila convirtió al ejército romano en una gran clientela personal al comprar su lealtad y al corromper las bases de la disciplina militar: «L'esercito professionale diventa una grande clientela personale, divisa fra i singoli generali, e si avvia a cessare d'essere al servizio dello stato. Naturalmente la fedeltà comprata con donativi non sarà mai cosa salda come quella che era dettata nel passato alla milizia cittadina da idealità sentite e rivissute. Un ulteriore scadimento della disciplina è inevitabile specialmente nel caso di un generale non sufficientemente dotato di prestigio personale, o che voglia tentare di ristabilire un minimo di ordine o, peggio, che non voglia indulgere alle pretese insaziabili e alle abitudini disordinate dei suoi soldati». Pese a la influencia que esta interpretación ha tenido en la historiografía moderna (Campbell, 1984: 20; Warry, 1995: 139; Keppie, 1998: 49; Pina Polo, 1999: 104; Alston, 2002: 32; Fields, 2008: 17; Brice, 2020d: 265), en la actualidad no la podemos dar por válida (vid. *supra* el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, para un debate sobre la cuestión).

¹⁵³⁰ Pina Polo, 1999: 102. De este modo, la marcha de Sila fue el precedente para otras acciones de naturaleza similar, como la marcha de Marco Emilio Lépido, en 77 a. C. (App. BC 1.107); la de César, en 49 a. C. (Caes. Civ. 1.7; Vell. 2.49.4; Plu. Caes. 32.5-8; Suet. Jul. 31.2, 33; App. BC 2.33; D.C. 41.1-2); o la de Octaviano, en 43 a. C. (Liv. 119; App. BC 3.74-76, 80, 86-88; D.C. 46.43-46.1-2).

menos cierto que si lo pudo hacer fue porque el ejército se lo permitió y porque quiso que así fuera. Al margen del discurso subversivo de Sila y de la excusa de marchar sobre Roma con la finalidad de salvar a la *Vrbs* de los tiranos, el ejército de Nola manifestó una implicación y una capacidad de decisión mucho mayor de lo admitido tradicionalmente por las fuentes clásicas. Las tropas tuvieron la capacidad de elegir y decidieron escoger a Sila, no tanto porque les representara ideológicamente o porque compartieran su manera de pensar, sino porque consideraban que era el único que podía asegurar su futuro¹⁵³¹. En este sentido, igual que debemos reconocer a las tropas una mayor autonomía, también debemos reconocerles una mayor responsabilidad de lo ocurrido.

3.4.2. *Locus incertus*¹⁵³², 88 a. C.

«Los soldados, rendidos ante los embelecos de su ambicioso general [Cneo Pompeyo Estrabón], abordaron a Quinto [Pompeyo Rufo] cuando se disponía a realizar un sacrificio y lo inmolaron como si de una víctima se tratase. Y este crimen tan atroz quedó sin castigo, después que el Senado reconoció que no podía enfrentarse al ejército»¹⁵³³.

SITUACIÓN PREVIA: Aunque el conflicto civil se había aplazado tras la toma de Roma por Sila, la lucha política seguía latente en la capital; todavía quedaba algún reducto samnita en pie de guerra, a pesar de que la guerra de los aliados ya se había dado por finalizada; y en el exterior Roma estaba en guerra contra el rey del Ponto Mitrídates VI. Es en este contexto de relativa calma interna, entre la marcha de Sila sobre Roma y su partida a Oriente (88-87 a. C.), cuando debemos situar el asesinato del cónsul Quinto Pompeyo Rufo como consecuencia de la orden dada a Cneo Pompeyo Estrabón de que entregara sus tropas a aquel¹⁵³⁴.

CAUSAS: Presumiblemente, las causas detrás del asesinato de Quinto Pompeyo Rufo fueron de carácter personal; sin embargo, ninguna fuente habla de ello. Las referencias que tenemos son escuetas y se centran, fundamentalmente, en el asesinato del cónsul. Sólo Valerio Máximo (9.7, ext. 2) sugiere la posibilidad de que los soldados fueran sobornados de alguna manera por Estrabón, lo que explicaría que cayeran «rendidos ante los embelecos de su ambicioso general». De este modo, no podemos descartar el móvil económico, además del tradicional motivo clientelar.

¹⁵³¹ De hecho, tal y como nos recuerda Gabba (1975: 54), las tropas animaron a Sila a que marchara sobre la *Vrbs*: «I militi, avendo compreso ciò che egli aveva in mente e temendo di essere esclusi dalla spedizione, svelarono essi il riposto pensiero di Silla e lo incitarono a condurli senza esitazione a Roma».

¹⁵³² Aunque ninguna fuente nos lo puede confirmar, previsiblemente el incidente tuvo lugar en algún punto del Piceno, territorio en el que Cneo Pompeyo Estrabón tenía importantes vínculos clientelares (App. BC 1.80). Cf. Chrissanthos, 1999: 51; Brice, 2020d: 252.

¹⁵³³ V. Max. 9.7, ext. 2.

¹⁵³⁴ Aunque Chrissanthos (1999: 51), afirma que fueron seis las legiones implicadas en el complot, ninguna fuente clásica confirma esta cifra y no disponemos de información acerca del número de legiones que Cneo Pompeyo Estrabón tenía bajo su mando cuando recibió la orden de ceder su ejército a Quinto Pompeyo Rufo; tan sólo se nos insiste en el fuerte vínculo que existía entre las tropas y su antiguo general (V. Max. 9.7, ext. 2; App. BC 1.63). Cf. Liv. 77; Vell. 2.20.1.

OBJETIVOS: La falta de información acerca de las causas que llevaron a los hombres de Pompeyo Rufo a matar a su comandante nos impide conocer la motivación real de las tropas. En un principio, podríamos pensar que el principal objetivo de la soldadesca romana fue deshacerse de Rufo para continuar bajo el mando de Estrabón, y que la acción de los soldados estuvo motivada por la lealtad que sentían hacia su antiguo comandante¹⁵³⁵; no obstante, si damos por válida la premisa de Valerio Máximo de que Estrabón habría sobornado previamente a sus hombres con recompensas futuras¹⁵³⁶, las tropas sólo habrían querido servir bajo su mando con el fin de ver satisfechas tales promesas, y no porque existiera un vínculo personal para con su persona.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Asesinato del cónsul Quinto Pompeyo Rufo a manos de sus tropas¹⁵³⁷. La insurrección fue violenta y estuvo orquestada desde el exterior¹⁵³⁸.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Aunque se desconocen los detalles de la conjura que terminó con la vida de Pompeyo Rufo, todas las fuentes sugieren la implicación del procónsul Cneo Pompeyo Estrabón, anterior comandante de las tropas bajo el actual mando de Rufo¹⁵³⁹. Sin embargo, ni sabemos los medios que utilizó para contactar con el ejército ni el número de soldados implicados en el complot¹⁵⁴⁰. Asimismo, aunque suponemos que su anterior mando permitió a Estrabón ganarse la confianza de sus antiguos soldados, y que esta situación le facilitó su posterior participación, no sabemos si fueron los oficiales de las unidades implicadas los encargados de hacer de enlace entre las tropas y Estrabón, si dejó al margen a los oficiales y contactó directamente con los soldados, o si fueron estos los que llevaron la iniciativa creyendo que Estrabón les gratificaría por su acción.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No se advierte la puesta en marcha de ningún medio de detección, control y/o represión¹⁵⁴¹. A pesar de que, con toda probabilidad, el asesinato de Rufo fue el resultado de la conspiración de sus tropas y de la injerencia de Estrabón, tanto la acción de los soldados como la implicación del procónsul no despertó en ningún momento la desconfianza de Rufo¹⁵⁴², pese a que Estrabón había manifestado públicamente su desacuerdo con el decreto del Senado que

¹⁵³⁵ Gruen, 1974: 373; Gabba, 1975: 55-56; Keaveney, 2007: 73; Brand, 2019: 221.

¹⁵³⁶ V. Max. 9.7, ext. 2.

¹⁵³⁷ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1; App. BC 1.63. Para más información sobre el asesinato de Quinto Pompeyo Rufo, *vid.* Bouquie, 1884: 254; Jal, 1962: 16-17; Gruen, 1974: 373; Gabba, 1975: 55-56; Hinard, 1990: 153; Chrissanthos, 1999: 51-52; Keaveney, 2007: 73, 77, 79; Brand, 2019: 221; Brice, 2020d: 252-253.

¹⁵³⁸ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1; App. BC 1.63.

¹⁵³⁹ V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1. *Cf.* Liv. 77; App. BC 1.63; Gabba, 1975: 55-56; Hinard, 1990: 153; Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020d: 253.

¹⁵⁴⁰ Según Hinard (1990: 153), el atentado fue llevado a cabo, probablemente, por un pequeño grupo de soldados afines a Cneo Pompeyo Estrabón, y no afectó a la totalidad del ejército bajo el mando de Quinto Pompeyo Rufo. Conforme a Brice (2020d: 253), Estrabón se tuvo que apoyar en sus antiguos oficiales, quienes se pondrían en contacto con los soldados encargados de ejecutar el plan.

¹⁵⁴¹ A tal efecto, Keaveney (2007: 73) nos alerta de la ineficacia del *sacramentum militiae* que, recientemente, había sido administrado por orden de Quinto Pompeyo Rufo. *Cf.* Brice, 2020d: 252-253.

¹⁵⁴² V. Max. 9.7, ext. 2; App. BC 1.63.

le obligaba a ceder el ejército al cónsul¹⁵⁴³. Igualmente, la celeridad con la que se desarrollaron los hechos cogió desprevenido a Rufo y permitió a las tropas actuar sin temor a ser descubiertas. Ningún soldado fue castigado ni por orden del Senado ni de Estrabón, quien se hizo de nuevo cargo del ejército¹⁵⁴⁴.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Mientras que los soldados se deshicieron del cónsul Quinto Pompeyo Rufo sin sufrir ningún castigo, Cneo Pompeyo Estrabón recuperó el mando de su antiguo ejército.

CONSECUENCIAS: La supuesta implicación de Estrabón y su posterior indulgencia a la hora de castigar el crimen de los soldados establecieron un nuevo y peligroso precedente. Si bien Sila ya había mostrado la misma condescendencia con las tropas que asesinaron a su legado Aulo Postumio Albino, en este caso la situación se agravaba considerablemente con la implicación del procónsul en el crimen; puesto que, además de confirmar que el clima de violencia y corrupción de la capital se había instalado en el ejército, al utilizar tanto generales como soldados las mismas artimañas que las empleadas en la escena política por sus correligionarios civiles, se exponía la creencia de que todo era lícito con tal de mantener la lealtad y el control de la soldadesca. Asimismo, si, tal y como asegura Chrissanthos, las unidades implicadas eran originales del Piceno¹⁵⁴⁵, se reforzaría con su crimen el vínculo de la *gens Pompeia* con este territorio italiano; pues, al igual que sucediera con el asesinato de Postumio Albino y con la benevolencia de Sila, la tolerancia con la que Estrabón gestionó el delito le habría ayudado a reforzar la lealtad de las tropas, y, a través de estas, la adhesión de todo el territorio, en tanto que aquellas, perdonadas por su general, sentirían que debían devolverle el favor por medio de su apoyo y fidelidad¹⁵⁴⁶.

COMENTARIO: La actitud de Estrabón y la determinación de los soldados de Rufo nos hacen pensar en la existencia de una suerte de ejército “personal” o “clientelar”, más interesado en servir a su antiguo comandante que en obedecer los designios del Senado¹⁵⁴⁷. Por otra parte, se remarca la incapacidad de las autoridades políticas y militares romanas de castigar tanto la insurrección de las tropas como las intrigas de Estrabón. Finalmente, se aprecia un grado de coordinación del ejército mayor que en los ejemplos anteriores, pero que, sin embargo, no obedece a una transformación interna de la propia organización del ejército, sino al vínculo entre comandante y soldado, en particular, a la relación entre Estrabón y sus partidarios; la mayor parte, posiblemente, oficiales que acabarían sirviendo de nexo entre Pompeyo y el resto de tropas. No obstante, no podemos valorar hasta qué punto los soldados se movieron por lealtad, coaccionados por oficiales u otros soldados afines a Estrabón, o por la creencia de que su antiguo comandante velaría mejor por sus derechos que su actual general y que les

¹⁵⁴³ App. BC 1.63.

¹⁵⁴⁴ Según Apiano (BC 1.64), aunque Estrabón se irritó al enterarse de la muerte de Rufo, no tuvo reparos en asumir de inmediato el mando. Cf. V. Max. 9.7, ext. 2; Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020d: 252-253.

¹⁵⁴⁵ Chrissanthos, 1999: 51. Cf. Gabba, 1975: 55.

¹⁵⁴⁶ Esta lealtad, tal y como se desprende de Apiano (BC 1.80), sería hereditaria y la asumiría Cneo Pompeyo Magno, a la muerte de su padre Estrabón, haciendo del Piceno la principal base clientelar de ambos Pompeyos.

¹⁵⁴⁷ Esta afirmación se sustenta en la hipótesis de que los soldados actuaron, fundamentalmente, para congraciarse con su antiguo general, más que por motivación económica.

proveería, asimismo, de mayores recompensas en el futuro, lo que nos dificulta el análisis del episodio y que a día de hoy tengamos más interrogantes que certezas en relación al grado y forma de participación de las tropas.

3.4.3. Nola, Italia, 87 a. C.

«Entonces [Lucio Cornelio] Cinna, después de corromper primero a los centuriones, y a los tribunos, después también a los soldados con la esperanza de una generosa recompensa, fue recibido por el ejército que asediaba Nola. Como todos los soldados sin excepción le prestaron juramento, manteniendo las insignias del consulado declaró la guerra a su patria»¹⁵⁴⁸.

SITUACIÓN PREVIA: Poco después de la partida de Sila a Oriente, los cónsules Lucio Cornelio Cinna y Cneo Octavio reavivaron la lucha política y la violencia, una vez más, se hizo presente en las calles de Roma¹⁵⁴⁹. En esta ocasión, los tumultos acabaron con la expulsión de Cinna, quien, despojado de su *imperium*, buscó, al igual que hiciera Sila el año anterior, el apoyo del ejército¹⁵⁵⁰. De igual modo, se dirigió a Nola, localidad en la que encontró, al mando del propretor Apio Claudio Pulcro, a una de las seis legiones que acompañaron a Sila en su marcha sobre Roma¹⁵⁵¹.

CAUSAS: Identificamos, al menos, cuatro posibles razones por las que la legión de Nola pudo abandonar a Claudio Pulcro y preferir servir a Cinna. Económicas: abandonados en Nola por Sila y privados de la guerra contra Mitrídates, las tropas vieron de repente eliminadas sus opciones de enriquecerse, por lo que la posibilidad de servir bajo el mando de un nuevo comandante, más ambicioso y con aspiraciones políticas más elevadas que su actual general, podía presentarse como la forma mejor y más rápida de compensar todas las riquezas que creían haber dejado de ganar al quedarse fuera de la expedición de Oriente. Personales: aunque, en principio, los soldados no tenían nada en contra de Claudio Pulcro, su presencia les podía recordar la “traición” de Sila —el que les hubiera dejado en Italia— y la ausencia de recompensas futuras; lo que pudo crear cierta animadversión hacia el propretor. Militares: la falta de éxito con la que Pulcro dirigió el asedio de Nola pudo provocar la desconfianza de los soldados hacia las habilidades castrenses de su general, así como el hastío hacia una campaña en la que ni tenían interés ni se habían imaginado participar. Y, finalmente, políticas: la expulsión y destitución de Cinna, un cónsul de Roma, pudo soliviantar el ánimo de los soldados romanos; más aún después de la puesta en escena del propio Cinna y de su discurso a las tropas, el cual pudo recordarles al pronunciado por Sila un año antes¹⁵⁵².

¹⁵⁴⁸ Vell. 2.20.4.

¹⁵⁴⁹ App. BC 1.64.

¹⁵⁵⁰ Liv. 79; Vell. 2.20.2-4; App. BC 1.64-65. Cf. Chrissanthos, 2004: 353; Keaveney, 2007: 38, 73; Brice, 2014: 53.

¹⁵⁵¹ Dicha legión, que en un principio había sido reclutada para la guerra contra Mitrídates, fue destinada, finalmente, al asedio de Nola, ciudad que todavía seguía en armas desde la guerra de los aliados (Vell. 2.20.4). Cf. App. BC 1.65; De Blois, 2007: 171; Keaveney, 2007: 38, 73; Brice, 2014: 29, 53.

¹⁵⁵² Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. BC 1.64-66. Cf. Campbell, 1984: 20; Chrissanthos, 2004: 353; De Blois, 2007: 170-172; Keaveney, 2007: 39; Brice, 2020d: 258.

OBJETIVOS: Si aceptamos las causas anteriormente expuestas, la motivación de la soldadesca romana pudo ser tan diversa como las razones que propiciaron su deserción. En primer término querrían desvincularse del mando de Claudio Pulcro, así como de la misión de asediar Nola, habida cuenta de que ni valoraban las capacidades bélicas de su comandante ni creían sacar rendimiento económico de su actual empresa; y, en segundo lugar, buscarían servir bajo el mando de Cinna, tanto por las recompensas monetarias que les prometió si se pasaban a su lado como por reconocer en él a un legítimo representante del Estado romano¹⁵⁵³.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando del ejército romano de Nola. La insurrección fue pacífica; promovida y organizada por Lucio Cornelio Cinna, y secundada por los oficiales y soldados del ejército de Apio Claudio Pulcro¹⁵⁵⁴.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Tras personarse en Nola, Cinna puso en marcha una compleja y elaborada puesta en escena que le valió el apoyo total del ejército. En primer lugar, se granjeó el apoyo de cuantos oficiales y senadores había presentes¹⁵⁵⁵. Con este fin, sobornó a los centuriones y tribunos militares¹⁵⁵⁶, así como a los principales oficiales del ejército, la mayoría de ellos senadores¹⁵⁵⁷, y, seguidamente, compró el favor de la soldadesca romana «con la esperanza de una generosa recompensa»¹⁵⁵⁸. Captada la atención del ejército a base de promesas y dinero, en segundo lugar, «hizo deponer las fasces como si fuera un privado» y, dirigiéndose llorando al ejército reunido en una *contio*, denunció los ultrajes que había sufrido por parte del Senado y advirtió a las tropas del grave peligro que corrían si consentían que un gobierno de esa naturaleza siguiera controlando la República¹⁵⁵⁹. A continuación, estiró su puesta en escena y, con el propósito de excitar más los ánimos y despertar mayor compasión entre los allí presentes, «se desgarró el vestido y, bajando de un salto de la tribuna, se arrojó al suelo, permaneciendo un largo rato» a la espera de que los soldados reaccionaran ante lo que estaban presenciando¹⁵⁶⁰. Estos, conmovidos por la actuación del cónsul, le levantaron, le colocaron sobre la silla curul y le devolvieron enhiestas las fasces, «animándolo a tener valor y a guiarles a donde quisiera»¹⁵⁶¹. Finalmente, los tribunos militares, aprovechando el estado de ánimo de los soldados, prestaron juramento militar a Cinna y, a continuación, cada uno se lo hizo jurar a las tropas que tenía bajo su mando¹⁵⁶², hasta el punto de que «todos los soldados sin excepción le prestaron juramento»¹⁵⁶³.

¹⁵⁵³ Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. BC 1.64-66.

¹⁵⁵⁴ Liv. 79; Vell. 2.20.4; App. BC 1.65-66. Para más información sobre la deserción de los hombres de Apio Claudio Pulcro, *vid.* Gruen, 1974: 376; Campbell, 1984: 20; Chrissanthos, 1999: 52-53; 2004: 353; De Blois, 2007: 170-172; Keaveney, 2007: 38-39, 73, 74, 97; Brice, 2014: 29, 53; 2020d: 258.

¹⁵⁵⁵ Liv. 79; Vell. 2.20.4; App. BC 1.65. *Cf.* Campbell, 1984: 20.

¹⁵⁵⁶ Vell. 2.20.4. *Cf.* App. BC 1.65; De Blois, 2007: 171; Keaveney, 2007: 39; Brice, 2020d: 258.

¹⁵⁵⁷ App. BC 1.65.

¹⁵⁵⁸ Vell. 2.20.4. *Cf.* De Blois, 2007: 171; Keaveney, 2007: 39, 97.

¹⁵⁵⁹ App. BC 1.65. *Cf.* Chrissanthos, 2004: 353; De Blois, 2007: 171; Keaveney, 2007: 38-39, 73; Brice, 2020d: 258.

¹⁵⁶⁰ App. BC 1.66. *Cf.* Keaveney, 2007: 39.

¹⁵⁶¹ App. BC 1.66. *Cf.* Vell. 2.20.4; Keaveney, 2007: 39.

¹⁵⁶² App. BC 1.66.

¹⁵⁶³ Vell. 2.20.4. De acuerdo con Campbell (1984: 20), este nuevo *sacramentum militiae* obligaba a las tropas a apoyar a Cinna tanto militar como políticamente. *Cf.* Gruen, 1974: 376; Keaveney, 2007: 73-74.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No tenemos noticia de que se pusiera en práctica ningún medio de detección, control y/o represión. Es más, desconocemos el papel que jugó Apio Claudio Pulcro y lo que hizo durante el tiempo en el que Cinna se ganó la lealtad de su ejército. Ninguna fuente menciona nada al respecto y no se vuelve a hablar del propretor ni durante la insurrección ni después de la misma. Podemos intuir que, gracias a la rápida intervención de Cinna, quien supo dismantelar por medio de sobornos a los oficiales del ejército de Claudio Pulcro, este se vio sin medios con los que contener a sus hombres y, por tanto, se vio expuesto a las maniobras subversivas del cónsul. A diferencia de lo ocurrido el año anterior con la insurrección promovida por Sila, desde Roma no se hizo nada por evitar el levantamiento de las tropas. Ningún soldado fue castigado por abandonar a Pulcro y desertar al bando cinnano.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Mientras que las tropas abandonaron el mando de Apio Claudio Pulcro, así como el asedio de Nola, para situarse bajo el liderazgo de un comandante más ambicioso y que podía ofrecerles más y mejores recompensas; Cinna se hizo con un ejército con el que poder enfrentarse a sus rivales políticos y levantar a aquellas poblaciones italianas contrarias a la actual política del Senado¹⁵⁶⁴.

CONSECUENCIAS: La desertión del ejército de Nola le brindó a Cinna la fuerza militar necesaria con la que marchar sobre Roma y enfrentarse al Senado. Asimismo, la acción de Cinna atrajo a Cayo Mario¹⁵⁶⁵, que había abandonado Italia el año anterior tras la victoria de Sila, y a otros muchos apoyos civiles y militares con los que pronto el bando cinnano se hizo con el control absoluto del Estado romano¹⁵⁶⁶.

COMENTARIO: Como en el caso del motín promovido por Sila o del asesinato de Quinto Pompeyo Rufo, la insurrección de las tropas no tuvo su origen en el interior del ejército, sino que fue un estímulo externo, en concreto la actuación de Cinna, lo que sirvió de detonante del levantamiento de los soldados. A este respecto, observamos de nuevo cómo se vulnera la disciplina militar y se incita a la rebelión desde las más altas magistraturas, socavando los principios fundamentales de la tan aclamada disciplina tradicional romana. Asimismo, sobresale el nutrido abanico de medios con los que Cinna conquistó el favor de las tropas: desde el soborno hasta el discurso, pasando por la celebración de una *contio* y la súplica. Por otra parte, si bien la rebelión se inició desde fuera del ejército, la manera de proceder de Cinna, reuniendo y sobornando primero a tribunos y centuriones, antes de poner en marcha su puesta en escena, nos confirma su buen conocimiento de la estructura interna del ejército y la importancia de ganarse a estos oficiales si quería contar con un mayor número de opciones de hacerse con el control del resto de efectivos. Seguramente, además del soborno y de la teatralidad del cónsul, fue la actuación de tribunos y centuriones lo que allanó su camino, facilitó su intervención y contribuyó al cambio de bando¹⁵⁶⁷. Junto a la

¹⁵⁶⁴ Vell. 2.20.4; App. BC 1.66. Cf. Keaveney, 2007: 39; Brice, 2014: 29.

¹⁵⁶⁵ Liv. 79; Vell. 2.20.5; App. BC 1.67.

¹⁵⁶⁶ Liv. 79; Vell. 2.21-23; App. BC 1.67-71.

¹⁵⁶⁷ Así lo cree también De Blois (2007: 171-172), para quien el éxito de Cinna se debió a que se supo ganar el apoyo de los cuadros medios del ejército. Cf. Brice, 2020d: 258.

condescendencia y beligerancia que manifestó Sila, en 89 y 88 a. C., respectivamente, y a la conspiración de Estrabón, en 88 a. C., la presente insurrección supuso un punto de no retorno en la proliferación de desórdenes militares, en el aumento de desertiones, en la ruptura de la disciplina militar, y en el ascenso de poderes cada vez más independientes y autónomos con respecto de Roma. No obstante, encontramos varias diferencias significativas entre el levantamiento promovido por Cinna, el motín organizado por Sila, en 88 a. C., y el complot urdido por Estrabón. Si bien en los tres casos los soldados quisieron deshacerse del control de sus correspondientes mandos militares —y en el caso de Sila y Cinna, además, animaron a sus respectivos generales a que los llevaran a la guerra—, en el caso de Cinna los soldados ni atentaron contra la vida de Apio Claudio Pulcro ni se mostraron en ningún momento violentos. Igualmente, si bien los soldados de Sila apoyaron en masa la ambición de su comandante, todos los oficiales, a excepción de un cuestor, lo abandonaron; lo que no ocurrió, sin embargo, en el caso de Cinna, en donde soldados y oficiales secundaron por unanimidad el cambio de bando. En otro orden de ideas, destacamos, por un lado, el recurso de administrar un nuevo *sacramentum militiae* con el que sellar y “legitimar” el cambio de bando y fortalecer la lealtad entre el nuevo ejército y el nuevo comandante; y, por el otro, el valor simbólico de la puesta en escena de Cinna, renunciando a los símbolos que le identificaban como cónsul (silla curul y fasces), como representación del ultraje sufrido por el Senado, y aceptando de nuevo dichos elementos, una vez se había asegurado el favor del ejército y fueron los propios soldados quienes, simbólicamente, lo habían restituido como cónsul al devolverle a la silla curul y restaurarle los fasces¹⁵⁶⁸.

3.4.4. Roma¹⁵⁶⁹, Italia, 87 a. C.

«El odio que se sentía hacia el general [Cneo Pompeyo Estrabón] provocó una gran conmoción y un deseo de desertión por parte de los soldados, que levantaron las tiendas y se llevaron las armas. El general no dio la cara, atemorizado ante el tumulto, pero Pompeyo [Magno], lanzándose en medio de los soldados, les suplicó entre lágrimas [...]»¹⁵⁷⁰.

SITUACIÓN PREVIA: La siguiente insurrección fue una de las consecuencias de que Cinna fuera expulsado de Roma, lograra hacerse con el control de la legión de Nola y consiguiera el apoyo de la facción mariana, así como de una parte importante de la población italiana. Como ya hiciera Sila el año anterior, Cinna llevó la guerra a las puertas de Roma. En este caso, fue el procónsul Cneo Pompeyo Estrabón, el mismo que, supuestamente, instigó y conspiró para que las tropas asesinaran a Quinto Pompeyo Rufo, el encargado de defender a la *factio* silana¹⁵⁷¹.

¹⁵⁶⁸ Vell. 2.20.4; App. BC 1.66.

¹⁵⁶⁹ Probablemente, en el campamento que Estrabón situó junto a la puerta Colina (App. BC 1.66).

¹⁵⁷⁰ Plu. Pomp. 3.4-5.

¹⁵⁷¹ App. BC 1.66. Lamentablemente, no contamos con información acerca del número de tropas bajo su mando.

CAUSAS: De acuerdo con la mayoría de autores clásicos, los soldados odiaban a su general¹⁵⁷². Su supuesta avaricia y crueldad, pero, ante todo, la desidia con la que Estrabón estaba dirigiendo la guerra, pudo originar la aversión del ejército. En tal sentido, fueron las dudas y la falta de determinación que demostró Estrabón al inicio de las hostilidades lo que ocasionó que sus tropas recelaran de él y que, en última instancia, rechazaran su liderazgo, al considerarlo poco de fiar¹⁵⁷³. Por otro lado, sabemos que los soldados de Estrabón fueron sobornados por Cinna y que, por consiguiente, hubo una motivación económica, además de la puramente personal y militar, detrás del cambio de actitud del ejército¹⁵⁷⁴. Por último, a las razones ya expuestas debemos añadir el elemento físico. Parte del ejército se había visto sensiblemente afectado por la peste que, recientemente, había afectado a la ciudad de Roma, por lo que los soldados, hartos de su general, enfermos y corrompidos por el rival, pudieron considerar que asesinando a Estrabón pondrían fin a la guerra y podrían regresar a sus hogares antes de que la enfermedad acabara con ellos¹⁵⁷⁵.

OBJETIVOS: Debido a la pluralidad de causas descritas, las motivaciones de los soldados pudieron ser múltiples: deshacerse de su general, poner fin a la guerra y regresar a sus hogares, escapar de la peste, y/o cobrar las recompensas de Cinna¹⁵⁷⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Complot contra Cneo Pompeyo Estrabón y Cneo Pompeyo. Movidos por el odio y los sobornos de Cinna, las tropas urdieron un doble atentado contra la vida del procónsul y la de su hijo¹⁵⁷⁷. La insurrección fue violenta e impulsada desde el exterior del ejército.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Conforme a Plutarco, Lucio Cornelio Cinna, rival de la *factio optimate* y de Estrabón, habría sobornado a un tal Lucio Terencio, amigo íntimo y compañero de tienda del joven Cneo Pompeyo. El plan consistía en asesinar a Pompeyo y, al mismo tiempo, quemar vivo a Estrabón cuando se encontrara

¹⁵⁷² De acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 1.2), «los romanos nunca mostraron un odio ni una violencia y crueldad semejantes hacia otro general como hacia Estrabón, el padre de Pompeyo». Creemos que esa inquina se debió a su avaricia y crueldad, y, en última instancia, a su actitud durante la guerra civil, puesto que durante un tiempo apoyó a ambos bandos y, según Livio (79), «no ayudó a los *optimates* hasta que su posición se volvió desesperada». Esta ambivalencia pudo provocar el rechazo de sus hombres y que, una vez muerto, no sólo se celebrara su pérdida, sino que «el pueblo romano descargara sobre su cadáver la ira que había merecido cuando estaba vivo» (Vell. 2.21.4). Cf. Keaveney, 2007: 79.

¹⁵⁷³ Liv. 79. Cf. Keaveney, 2007: 79.

¹⁵⁷⁴ Liv. 80; Plu. *Pomp.* 3. Cf. Brice, 2020d: 253.

¹⁵⁷⁵ Liv. 80; Vell. 2.21.4; App. *BC* 1.68; Oros. 5.19.18. Cf. Keaveney, 2007: 79.

¹⁵⁷⁶ Liv. 79-80; Vell. 2.21.3-4; Plu. *Pomp.* 3; App. *BC* 1.68; Oros. 5.19.18.

¹⁵⁷⁷ Si bien el atentado contra Cneo Pompeyo Estrabón obedece a las motivaciones ya mencionadas, no creemos que los soldados tuvieran nada en contra de su hijo Cneo Pompeyo. Al respecto, de acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 1.2-3), si bien Estrabón, tal y como hemos dicho, fue aborrecido, «ningún otro romano gozó desde tan pronto de un afecto tan profundo ni más inmediato, ni fue más fuerte en la prosperidad ni se mantuvo más firme en la adversidad que Pompeyo [Magno]». De ahí que consideremos la conspiración contra Pompeyo un daño colateral de la conjura contra su padre. En este sentido, Cinna habría considerado eliminar también a Pompeyo para evitar que los soldados afines a Estrabón y/o las tropas simpatizantes del futuro Magno se congregaran en torno a este último, y buscaran vengar su muerte. Si se eliminaba a ambos Pompeyos se evitaba la movilización de sus partidarios —en especial los de la zona del Piceno (Plu. *Pomp.* 6.1; App. *BC* 1.80)—, y se allanaba la conquista de Roma. Para más información sobre la conspiración contra los dos Pompeyos, *vid.* Badian, 1958: 239-240; Jal, 1962: 15; Gruen, 1974: 373; Hillman, 1996: 81-89; Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020d: 253.

descansando en su tienda¹⁵⁷⁸. Con este fin, Terencio, a instancias de Cinna, habría contactado con otros soldados, en particular con aquellos que más inquina sentían por Estrabón, dada su predisposición para atentar contra su comandante. Estos, además de secundar el asesinato de Estrabón, debían incitar el motín en el resto del ejército, con el fin de desertar y pasarse al bando cinnano¹⁵⁷⁹. El principal aglutinante de los soldados fue el odio que sentían hacia su comandante y la esperanza de recompensas si ejecutaban bien el plan y se pasaban al lado de Cinna.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Sabemos que se puso a Pompeyo en conocimiento del complot, y que gracias a esta advertencia se salvaron tanto él como su padre, pero desconocemos quién le avisó y cómo se filtró el complot¹⁵⁸⁰. Descubierta la conjura, Pompeyo salió de su tienda antes de que Terencio lo asesinara en su lecho, y dispuso una guardia en torno a su padre¹⁵⁸¹, pero ni actuó contra Terencio ni alertó al resto de soldados y oficiales de la conspiración; seguramente porque desconocía el alcance de la misma y quiénes y cuántos estaban implicados. Aunque la rapidez de Pompeyo salvó su vida y la de su padre, no evitó el motín del ejército¹⁵⁸². Ante esta situación, Estrabón, atemorizado por el tumulto, no dio la cara; sin embargo, Pompeyo, «lanzándose en medio de los soldados, les suplicó entre lágrimas; finalmente, se dejó caer de bruces delante de la puerta del campamento y tumbado en el suelo obstaculizó la salida, llorando y ordenando a los que salían que lo pisasen, en vista de lo cual algunos, avergonzados, se retiraron, y todos, excepto ochocientos, cambiaron de parecer y se reconciliaron con el general»¹⁵⁸³.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. No sólo salvaron la vida Estrabón y Pompeyo, sino que, además, se consiguió evitar la desertión de la inmensa mayoría del ejército. Gracias a la intervención del futuro Magno el plan de Cinna y la conspiración de las tropas fue un rotundo fracaso. Sólo ochocientos soldados abandonaron el campamento y ningún soldado fue castigado.

CONSECUENCIAS: A pesar de que la conjura no tuvo éxito, el complot contra los dos Pompeyos ayudó a desestabilizar la defensa del Senado y dio ventaja táctica al bando cinnano, al alentar el odio, la desconfianza y el malestar entre los soldados de Estrabón y su comandante, y al proveer a la *factio* cinnana de nuevos efectivos con los que afrontar la guerra.

COMENTARIO: El intento de asesinato de Cneo Pompeyo Estrabón y Cneo Pompeyo Magno se puede contextualizar en la línea de lo ya analizado en episodios anteriores; como el intento de asesinato de Lucio Porcio Catón y la muerte de Aulo Postumio Albino, en 89 a. C.; la conspiración contra Quinto Pompeyo Rufo, en 88 a. C.; y el asesinato de Lucio Valerio Flaco, en 85 a. C.¹⁵⁸⁴ En todos estos ejemplos, el objetivo principal de las tropas fue eliminar al comandante al mando, ya sea por causas

¹⁵⁷⁸ Plu. *Pomp.* 3.1. Cf. Jal, 1962: 15; Gruen, 1974: 373; Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020d: 253.

¹⁵⁷⁹ Plu. *Pomp.* 3.4. Sobre el soborno de los soldados, *vid.* Liv. 80.

¹⁵⁸⁰ Plu. *Pomp.* 3.1-3.

¹⁵⁸¹ Plu. *Pomp.* 3.2. Cf. Keaveney, 2007: 79.

¹⁵⁸² Plu. *Pomp.* 4.

¹⁵⁸³ Plu. *Pomp.* 3.5. Cf. Jal, 1962: 15; Gruen, 1974: 373; Keaveney, 2007: 79.

¹⁵⁸⁴ Para más información sobre este último episodio, *vid. infra* la insurrección contra Lucio Valerio Flaco.

personales, militares y/o económicas. Sin embargo, en más de la mitad de los casos —salvo en las insurrecciones contra Lucio Porcio Catón y Aulo Postumio Albino—, el ejército requirió de un estímulo externo o de la implicación de un oficial de alto grado para dar el paso. Ya sea Cneo Pompeyo Estrabón, en el caso de la conspiración contra Rufo; de Cayo Flavio Fimbria, en el asesinato de Flaco; o de Lucio Cornelio Cinna, en la conjura contra los dos Pompeyos —por no hablar del cambio de bando que promovió él mismo contra Apio Claudio Pulcro, en 87 a. C.—, la irritación de los soldados no fue suficiente incentivo como para inducir a la desertión o al asesinato de un general romano. Este hecho nos indica que, o bien las causas subyacentes no eran tan graves como nos las describen las fuentes clásicas y el descontento de los soldados no era, por lo tanto, tan grande como para romper su juramento militar, o bien que las tropas no estaban lo suficientemente organizadas y/o carecían del arrojo necesario para intentar cambiar su situación. En otro orden de cosas, la puesta en escena de Cneo Pompeyo Magno nos recuerda a la actuación de Cinna frente al ejército de Claudio Pulcro. El patetismo de la escena buscó romper el espíritu subversivo del soldado romano, conmocionar a la audiencia y predisponer a las tropas en favor del general. A este respecto, Pompeyo no dudó en salir en defensa de su padre, comparecer ante el ejército, suplicar, llorar y postrarse ante sus hombres. La teatralidad de su intervención, lejos de provocar la burla y el desprecio de su público, despertó su admiración y su remordimiento, haciendo más fácil que la soldadesca se arrepintiera de sus actos y retornara a la disciplina militar¹⁵⁸⁵.

3.4.5. Roma, Italia, 87 a. C.

«Ya no subsistió en sus acciones ningún respeto hacia los dioses, ni miedo a la venganza de los hombres o temor a su odio, sino que se entregaron a actos salvajes y, tras de ellos, a espectáculos impíos, matando cruelmente, cercenando los cuellos de hombres ya muertos, y ofreciendo estos horrores a la vista de todos ya sea para causarles miedo o consternación, o como un espectáculo aborrecible a los dioses»¹⁵⁸⁶.

SITUACIÓN PREVIA: Con el propósito de hacer frente a la oposición silana en Roma, el bando cinnano, con Cayo Mario y Lucio Cornelio Cinna a la cabeza, se sirvió de un número indeterminado de esclavos, a los que se les prometió la libertad a cambio de que se incorporaran a su ejército¹⁵⁸⁷. Una vez vencida toda oposición y capturada la capital, Cinna empezó a tener problemas con sus nuevas tropas.

¹⁵⁸⁵ Para algunos autores modernos, como Badian (1958: 239-240) y Brice (2020d: 253), la conspiración contra Cneo Pompeyo Estrabón no debe tomarse muy en serio, dado que podría tratarse de un recurso con el que ensalzar la imagen de su hijo Cneo Pompeyo Magno.

¹⁵⁸⁶ App. *BC* 1.71.

¹⁵⁸⁷ App. *BC* 1.66, 67, 69, 74. Esta maniobra, que nos recuerda a la utilizada, en 214 a. C., por el procónsul Tiberio Sempronio Graco, debido a la extrema necesidad de efectivos militares durante la segunda guerra púnica (Liv. 24.14-16; Fron. *Str.* 4.7.24), ya fue empleada por Cayo Mario, en 88 a. C., cuando intentó detener el avance de Sila (Liv. 69; V. Max. 8.6.2; Plu. *Mar.* 35.7; *Sull.* 9.7; Flor. *Epit.* 2.4; App. *BC* 1.58; Oros. 5.19.5), y por el propio Cinna, en 87 a. C., cuando, antes de ser expulsado de Roma, recorrió las calles de la ciudad «concitando a los esclavos en su ayuda bajo la promesa de libertad» (App. *BC* 1.58). Sin embargo, mientras que en los dos últimos casos la proclama fue un rotundo fracaso, en este

CAUSAS: Identificamos dos posibles razones detrás de los actos de violencia protagonizados por los esclavos liberados que combatieron bajo el mando de Cinna: personales y económicas. Por un lado, los esclavos buscaron vengarse de sus antiguos amos; y, por el otro, aprovecharon el contexto de enfrentamiento interno y la toma de la capital para saquear las casas y hacerse con los objetos de mayor valor¹⁵⁸⁸.

OBJETIVOS: No encontramos ninguna reivindicación detrás de la acción de los soldados, más allá de su deseo de venganza y de su interés por obtener un beneficio económico del caos posterior a la guerra.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: De acuerdo con Apiano (*BC* 1.74), «aquellos esclavos que, según la proclama, se habían pasado a Cinna y habían obtenido la libertad, y que, a la sazón, militaban como soldados en el ejército de este, se lanzaron contra las casas y las saquearon, matando a cuantos se encontraban a su paso. Y algunos de ellos atacaron, incluso, a sus propios amos». La insurrección, tal y como se deduce de las palabras de nuestro autor, fue violenta y no estuvo organizada¹⁵⁸⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Los dos únicos elementos de unión que podemos advertir son, por un lado, el origen social de las tropas y, por el otro, los objetivos que estas pretendieron alcanzar. Es decir, más allá de que todos los soldados implicados fueron antiguos esclavos, y de que uno de sus principales objetivos, además del pillaje, fue la persecución de sus antiguos amos, no hubo ningún otro aglutinante detrás de su insurrección.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Sabemos que Cinna advirtió y reprendió el comportamiento errático de sus tropas en varias ocasiones y que les prohibió expresamente que continuaran con sus fechorías. Finalmente, «como no pudo hacerlos desistir a pesar de habérselo prohibido reiteradas veces, los rodeó mientras dormían, de noche aún, con su ejército de galos y los mató a todos»¹⁵⁹⁰.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. La reincidencia con la que los nuevos soldados de Cinna desobedecieron sus órdenes les condujo directamente a la muerte.

CONSECUENCIAS: La violencia de los esclavos contribuyó a enrarecer todavía más la atmósfera de brutalidad y barbarie en la que cayó la ciudad de Roma tras la victoria cinnana. Conforme a Apiano, la llegada de Mario y Cinna supuso la venganza de la facción cinnana, que se saquearon todos los bienes del bando contrario, que el cónsul Cneo Octavio fuera asesinado, que se produjeran destierros, confiscaciones de propiedades, privaciones de cargos públicos... «Todos los amigos del propio Sila fueron muertos, su casa fue demolida, sus propiedades confiscadas y él fue decretado enemigo público»¹⁵⁹¹.

COMENTARIO: En primer lugar, nos llama la atención la composición de las tropas cinnanas, la mayor parte, según las fuentes, esclavos que habían abandonado a sus

momento un elevado número de esclavos desertaron a él de inmediato, formando parte de su ejército (App. *BC* 1.74).

¹⁵⁸⁸ Plu. *Mar.* 44.10; *Sert.* 5.6; App. *BC* 1.74; Oros. 5.19.24.

¹⁵⁸⁹ Plu. *Mar.* 44.10; *Sert.* 5.6; App. *BC* 1.78; Oros. 5.19.24. Cf. Brice, 2020c: 118; 2020d: 260.

¹⁵⁹⁰ App. *BC* 1.74. Cf. Plu. *Mar.* 44.10; *Sert.* 5.6; Oros. 5.19.24.

¹⁵⁹¹ App. *BC* 1.71-73.

dueños por la promesa de libertad. La presencia de libertos en el ejército romano no es algo novedoso, siendo algo relativamente frecuente en momentos de extrema gravedad, como, por ejemplo, durante la guerra anibálica. Asimismo, fue algo común que, como contraprestación de sus servicios, se concediera la libertad a este colectivo, como ya sucedió, en 214 a. C., cuando el procónsul Tiberio Sempronio Graco liberó a aquellos esclavos que, voluntariamente, se habían enrolado en su ejército¹⁵⁹². Sin embargo, algo de lo que no estamos tan seguros es de la condición en la que prestaron servicio estos esclavos. Es decir, sabemos que formaron parte de las fuerzas marianas y cinnananas, pero desconocemos si prestaron algún tipo de juramento, o si se le administró el tradicional *sacramentum militiae*, como así ocurrió con los volones del primer ejemplo. Por otro lado, destacamos otro aspecto. Y es que, dada la ferocidad con la que fueron perseguidos y eliminados los rivales políticos de Cayo Mario y Lucio Cornelio Cinna¹⁵⁹³, resulta interesante, a la par que contradictorio, que Cinna se esforzara tanto por mantener la disciplina entre sus soldados, llegando a castigar con la muerte a aquellos que no acataron su autoridad. Esta respuesta sólo se puede comprender si la venganza cinnana se entiende como resultado de un programa de exterminio sistemático de toda oposición política a su facción, a imagen de lo que sucedería años después con las proscripciones de Sila, y no como un episodio más de violencia desenfrenada y espontánea fruto de la guerra. De esta manera, una vez eliminados sus adversarios políticos, a Cinna no le interesaría presentarse ante el pueblo romano como un tirano, castigando, por ello, toda acción violenta que se dirigiera contra el *populus*, y no contra sus rivales directos.

3.4.6. Ancona¹⁵⁹⁴, Italia, 84 a. C.

«[Lucio Cornelio] Cinna encolerizado los convocó [a los soldados] a una asamblea con la intención de amedrentarlos, y ellos acudieron con enojo para defenderse. Uno de los lictores que abría paso a Cinna golpeó a alguien que se puso delante y, a su vez, otro soldado golpeó al lictor. Cuando Cinna ordenó que detuvieran a aquel, se levantó un griterío por todas partes y le arrojaron piedras, y aquellos que estaban cerca tiraron de sus espadas y lo mataron. De este modo murió Cinna, cuando también era cónsul»¹⁵⁹⁵.

SITUACIÓN PREVIA: Para la contextualización de la siguiente insurrección debemos saltar en el tiempo hasta el año 84 a. C., cuando los rumores de la llegada de Sila arribaron a Italia. Concluida la primera guerra mitridática, Sila se dispuso a regresar a Roma, recuperar la posición de poder que había perdido durante su ausencia y vengarse de sus rivales políticos¹⁵⁹⁶, los cuales, como ya se pudo ver al final de la anterior

¹⁵⁹² Liv. 24.14-16; Fron. Str. 4.7.24.

¹⁵⁹³ App. BC 1.71-73.

¹⁵⁹⁴ Actual región de Las Marcas (centro de Italia).

¹⁵⁹⁵ App. BC 1.78.

¹⁵⁹⁶ Sila había enviado una carta al Senado, informándole de su intención de vengarse de todos los ataques y de todas las humillaciones recibidas por parte del bando cinnano (App. BC 1.77; cf. Lovano, 2002: 108). Finalizada la guerra, su amenaza de venganza se hizo real por medio de las proscripciones; de tal modo que, según Apiano (BC 1.95), «no libraría a ninguno de sus enemigos del peor castigo, antes bien,

insurrección, centraron todas sus iras sobre sus principales amigos, familiares y colaboradores. Para este fin, Sila contaba, según Apiano (*BC* 1.76), con «un ejército adicto, ejercitado, numeroso y con una moral muy alta por los triunfos obtenidos. Tenía abundancia de naves, dinero y equipamiento estimable para cualquier eventualidad; en resumen, resultaba temible para los enemigos»¹⁵⁹⁷. Frente a tal amenaza, el cónsul Lucio Cornelio Cinna sólo pudo reunir a un ejército de tropas bisoñas, recién reclutadas y con poca o ninguna experiencia y preparación previas¹⁵⁹⁸.

CAUSAS: Como era de esperar, la primera reacción de las tropas cinnanas fue su rechazo a enfrentarse a un enemigo tan admirable como temible. El ejército de veteranos de Sila provocó el miedo en el ejército cinnano, siendo el factor psicológico una de las principales razones detrás de la revuelta de las tropas¹⁵⁹⁹. Asimismo, a la hipotética inferioridad del ejército cinnano en relación con la supuesta superioridad del ejército rival¹⁶⁰⁰, debemos sumar el componente militar y disciplinario, y es que el ejército de Cinna había sufrido recientemente una significativa pérdida de efectivos a causa de una fuerte tormenta¹⁶⁰¹ y la mayoría de las unidades supervivientes habían desertado¹⁶⁰². Por otro lado, no podemos eludir las cuestiones políticas y socioeconómicas. Las noticias de la llegada de Sila, y sus deseos de venganza, provocaron la agitación en Roma y que una parte del Senado, temiendo un nuevo enfrentamiento armado, intentara la reconciliación de ambas partes. Al efecto, se ordenó a los partidarios de Cinna que dejaran de reclutar hombres para la guerra. Esta situación pudo ser interpretada por los soldados como un cambio de actitud por parte del Senado y la llegada de un nuevo régimen, lo que les situaba en una posición de extrema vulnerabilidad si seguían apoyando al bando cinnano, máxime ahora que parecía que el Senado buscaba la alianza con Sila y que, movido por el miedo, acercaba posturas con el futuro dictador¹⁶⁰³. Finalmente, encontramos razones de naturaleza personal. El rumor de que Cinna había asesinado a Cneo Pompeyo Magno pudo ser la razón, según Plutarco (*Pomp.* 5.1-2), de que la soldadesca se enemistara con su general y lo terminara asesinando.

se vengaría con toda su fuerza en los generales, cuestores, tribunos militares y en todos aquellos que habían cooperado de alguna forma con el resto de sus enemigos». Para más información sobre las proscripciones de Sila, *vid.* Plu. *Sull.* 31.1-6; Flor. *Epit.* 2.9.24-28; App. *BC* 1.82, 95-96; Oros. 5.21.1.

¹⁵⁹⁷ Para otras referencias acerca de la dimensión del ejército silano y de su adhesión para con su comandante, *vid.* Plu. *Sull.* 12.9; 27.3; App. *Mith.* 55, 76, 79.

¹⁵⁹⁸ Desconocemos el número de efectivos con los que marchó Cinna, pero, gracias a Apiano (*BC* 1.76), sabemos que la mayoría de los soldados habían sido reclutados recientemente de entre los nuevos ciudadanos romanos y que la leva, así como los preparativos bélicos, se había hecho «con miedo y precipitación». *Cf.* Brice, 2020d: 262, para quien la falta de experiencia de los soldados de Cinna pudo dificultar el desarrollo de una cohesión vertical lo suficientemente fuerte como para vincular a las tropas a su comandante.

¹⁵⁹⁹ Los numerosos éxitos militares con los que Sila había concluido la primera guerra mitridática sugestionaron al ejército cinnano y lo inclinaron a la insurrección (Vell. 2.23.3, 6; App. *BC* 1.76; *Mith.* 30-41, 41-45, 49-50, 54-58). *Cf.* De Blois, 1987: 20; Lovano, 2002: 109; Keaveney, 2007: 80; Brice, 2014: 53; 2020a: 48; 2020c: 116-117; 2020d: 261.

¹⁶⁰⁰ Vell. 2.24.3.

¹⁶⁰¹ El naufragio tuvo lugar en el Adriático, cuando Cinna intentaba trasladar al ejército a Liburnia (en la costa de la alta Dalmacia) y alejar la guerra de Italia (App. *BC* 1.77). *Cf.* Lovano, 2002: 109; Keaveney, 2007: 78.

¹⁶⁰² App. *BC* 1.78. *Cf.* Lovano, 2002: 109; Keaveney, 2007: 78.

¹⁶⁰³ App. *BC* 1.78. *Cf.* Lovano, 2002: 109.

OBJETIVOS: Ante todo, los soldados querían evitar por todos los medios el enfrentamiento armado¹⁶⁰⁴, y, en segundo lugar, dada la inestabilidad política que había provocado la noticia de la llegada de Sila y los nuevos movimientos políticos que se percibían en la capital, las tropas querían deshacerse del mando de Cinna, evitar la venganza de Sila y asegurarse su seguridad personal¹⁶⁰⁵.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: La insurrección del ejército cinnano se desarrolló en dos fases. Antes de nada, tuvieron lugar una serie de protestas y quejas por parte de los soldados, quienes ni querían embarcarse ni enfrentarse a Sila. Su malestar, al fin, dio lugar a su desertión, si bien esta no llegó hasta el naufragio de una parte del ejército que Cinna intentó trasladar a Grecia. Cuando llegaron a la península las noticias del desastre y de la desertión de la mayor parte de los supervivientes, el resto de tropas que quedaban en tierra se amotinaron cuando Cinna reprendió la acción de sus compañeros y, por último, asesinaron a su comandante¹⁶⁰⁶. Mientras que la desertión de las tropas supervivientes fue pacífica y no estuvo organizada, el amotinamiento de las restantes fue violento y, en principio, espontáneo.

MECANISMOS DE COHESIÓN: No se observan indicios de organización ni que los soldados pusieran en marcha ningún mecanismo de cohesión¹⁶⁰⁷. El principal aglutinante de los soldados fue el miedo y, a partir de ahí, la improvisación guio sus pasos. Así, mientras que la primera desertión se fraguó como consecuencia de la tormenta, los primeros movimientos de desobediencia e indisciplina sucedieron

¹⁶⁰⁴ Según Apiano (*BC* 1.78), los soldados habrían querido evitar la contienda, no sólo porque consideraran al ejército silano superior y temieran, por consiguiente, batirse con ellos, sino porque, además, «no querían combatir contra sus conciudadanos» (*cf.* De Blois, 1987: 21; Keaveney, 2007: 80). Nos encontramos con la misma justificación que la utilizada por los soldados que abandonaron a Cayo Flavio Fimbria y se pasaron a Sila, en 85 a. C. (*vid. infra* para más información).

¹⁶⁰⁵ Aunque la mayoría de las fuerzas cinnanicas estaban compuestas por nuevos ciudadanos romanos y estos podrían ser los principales interesados en que Sila no se hiciera con el control de Roma, ya que, en 87 a. C., habían promovido y apoyado la llegada al poder de Cinna y Mario, la reciente promesa de Sila de que no atacaría a los nuevos ciudadanos, sino que actuaría sólo contra los responsables directos de su desgracia, en alusión a los principales simpatizantes de Cinna, los pudo predisponer a favor de Sila y en contra de su actual comandante (*App. BC* 1.76-77).

¹⁶⁰⁶ Conforme a Livio (83), «Cinna fue asesinado por su propio ejército, al que había tratado de obligar contra su voluntad, a embarcar en buques y marchar contra Sila». En cambio, Plutarco (*Pomp.* 5.2-3) sostiene que fue un centurión quien capturó y mató a Cinna. Para más información sobre la revuelta que derivó en el asesinato de Lucio Cornelio Cinna, *vid.* Vell. 2.24.5; *Plu. Pomp.* 5.1-3; *App. BC* 1.78; Oros. 5.19.24; Bouquie, 1884: 254; Gruen, 1974: 373, 376; De Blois, 1987: 20-21, 44; 2007: 171; Chrissanthos, 1999: 58-59; 2004: 361-362; Alston, 2002: 32; Lovano, 2002: 108-110; Keaveney, 2007: 77-80; Brice, 2014: 27, 31, 53, 128; 2020a: 48-49; 2020c: 116-117; 2020d: 254, 261-262; Brand, 2019: 221.

¹⁶⁰⁷ Aunque esta es la versión oficial de lo sucedido y la gran mayoría de autores clásicos así lo confirman, no podemos pasar por alto la información que nos proporciona Plutarco (*Pomp.* 5.1-3). De acuerdo con este autor, como el motín de los soldados se habría originado a raíz del rumor de la muerte de Cneo Pompeyo Magno a manos de Cinna, se cree que el primero —a semejanza de lo que hizo su padre Cneo Pompeyo Estrabón, en 88 a. C., contra el cónsul Quinto Pompeyo Rufo, de lo que haría él mismo, en 77 a. C., contra Marco Junio Bruto (*vid. infra* para más información sobre este último suceso), y de lo que intentó el propio Cinna, en 87 a. C., cuando conspiró contra las vidas de Cneo Pompeyo Magno y su padre (*vid. supra*)— pudo haber estado detrás de la insurrección de las tropas de Cinna y de su posterior asesinato (*cf.* Lovano, 2002: 109; Keaveney, 2007: 79, quienes plantean la posibilidad de que Cneo Pompeyo Magno alentara el levantamiento de parte de las tropas de Cinna). De confirmarse este planteamiento, cambiaría por completo el análisis del episodio, puesto que incluiría la existencia de un agente externo, la presencia de un complot y la organización del asesinato. *Cf.* Keaveney, 2007: 79.

inmediatamente después cuando llegaron al campamento de Cinna las noticias de lo sucedido y los soldados se negaron a embarcar¹⁶⁰⁸. Finalmente, la intervención de Cinna y el enfrentamiento entre uno de los lictores del cónsul y un soldado, terminó por involucrar al resto del ejército, provocando el motín de las tropas y el asesinato de su comandante¹⁶⁰⁹.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Tras la noticia de la desertión de los restos del naufragio y la negativa subsiguiente del resto de sus tropas a embarcar y a enfrentarse a Sila, Lucio Cornelio Cinna decidió convocar al ejército a una *contio* y poner fin a la indisciplina de sus hombres¹⁶¹⁰. Su objetivo era amedrentarlos e infundirles miedo, pero, sin embargo, no fue capaz de controlar la situación ni de poner orden en el ejército durante el desarrollo de la asamblea. Los soldados se abalanzaron contra él y lo terminaron matando¹⁶¹¹. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito, en tanto que los soldados evitaron embarcar y enfrentarse a Sila, pero desconocemos cuál fue su participación en la posterior guerra. A este respecto, aunque sabemos que tras el asesinato de Cinna, Cneo Papirio Carbón, su colega en el consulado, hizo regresar desde Liburnia a los soldados que habían cruzado allí y que todavía no habían desertado¹⁶¹², desconocemos qué hizo con ellos, si los incorporó a su ejército o los puso bajo el mando de algún otro comandante, y, sobre todo, qué fue de las unidades que se negaron a embarcar y ejecutaron a su general.

CONSECUENCIAS: El asesinato de Cinna supuso un duro revés para la facción cinnana al dejarla huérfana de liderazgo. Asimismo, evidenció los problemas de disciplina de su ejército, compuesto, en su mayoría, por tropas bisoñas y sin experiencia, y dio ventaja a Sila en la guerra, al eliminar a un rival político-militar directo¹⁶¹³.

COMENTARIO: Al igual que en la defección de los hombres de Cayo Flavio Fimbria¹⁶¹⁴, fue el temor a enfrentarse a Sila y a su ejército de veteranos lo que provocó que el miedo se apoderara del ánimo y de la voluntad de los hombres de Cinna, que los soldados no fueran capaces de reprimir sus emociones y que las tropas vieran en la indisciplina y en la insurrección la única vía de escape a su desesperada situación. Sin embargo, y aunque el factor psicológico hiciera de catalizador de la revuelta, esta no tuvo lugar hasta que no llegó el primer contratiempo en forma de tormenta y de desertión. Por otra parte, y aunque, probablemente, la insurrección fue, tal y como se ha argumentado, espontánea y no gozó de una organización previa, nos resulta más difícil

¹⁶⁰⁸ App. BC 1.78. Cf. Gruen, 1974: 373; Lovano, 2002: 109.

¹⁶⁰⁹ De acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 5.2-3), Cinna fue asesinado por un centurión. Para otras versiones sobre el asesinato de Cinna, vid. Liv. 83; Vell. 2.24.5; App. BC 1.78; Oros. 5.19.24; Bouquie, 1884: 254; Gruen, 1974: 373, 376; De Blois, 1987: 20, 44; 2007: 171; Alston, 2002: 32; Lovano, 2002: 110; Chrissanthos, 2004: 361-362; Keaveney, 2007: 77; Brice, 2014: 27, 31, 53, 128; 2020a: 48; 2020c: 116; 2020d: 254; Brand, 2019: 221.

¹⁶¹⁰ App. BC 1.78. Cf. Lovano, 2002: 109; Chrissanthos, 2004: 361-362; Keaveney, 2007: 78; Brice, 2020c: 116; 2020d: 254.

¹⁶¹¹ App. BC 1.78.

¹⁶¹² App. BC 1.78.

¹⁶¹³ Cf. Brice, 2020a: 48-49.

¹⁶¹⁴ Vid. *infra*, para mayor detalle.

definir las motivaciones reales de los soldados, más allá de su miedo a enfrentarse con Sila. En este sentido, el hecho de que los soldados de Cinna rechazaran la idea de combatir a Sila por tratarse de una guerra contra ciudadanos romanos nos hace plantearnos en qué medida el componente sociopolítico intervino en la reacción de las tropas, y en qué grado el reclutamiento de estos efectivos fue a través de una leva obligatoria, y no de un alistamiento voluntario. Por último, la tipología de la insurrección y la condescendencia para con el delito de las tropas se puede insertar en la dinámica de los últimos episodios analizados¹⁶¹⁵. Al igual que en las revueltas promovidas contra Aulo Postumio Albino, Quinto Pompeyo Rufo y Lucio Valerio Flaco¹⁶¹⁶, la eliminación física del comandante al mando no fue ni castigada ni perseguida, bien por el clima de aparente indulgencia con el que se dirigía al ejército, bien por la emergencia de tropas para la futura guerra que se avecinaba.

3.4.7. Alrededores de Teano¹⁶¹⁷, Italia, 83 a. C.

«Finalmente un día Sila se acercó por allí con veinte cohortes. Sus soldados saludaron efusivamente a los de [Lucio Cornelio] Escipión y estos, después de devolver el saludo, se unieron a ellos. Escipión fue capturado solo en su tienda, pero se le dejó en libertad. Sila había utilizado sus veinte cohortes como señuelos para apresar en su red las cuarenta cohortes enemigas, después condujo todas a su campamento. Cuentan que [Cneo Papirio] Carbón dijo que, cuando peleaba contra el león y la zorra que habitaban en el alma de Sila, lo que más le molestaba era la zorra»¹⁶¹⁸.

SITUACIÓN PREVIA: Cuando Sila desembarcó en Brindisi en la primavera del 83 a. C., los cónsules Cayo Norbano Balbo y Lucio Cornelio Escipión Asiático, víctima este último de la insurrección que nos acontece, fueron los encargados de detener el avance silano y defender al actual gobierno cinnano¹⁶¹⁹. El número de efectivos totales varía en función de la fuente¹⁶²⁰, pero, sin embargo, nosotros seguiremos en este aspecto la información que nos aporta Plutarco (*Sull.* 28.3), para quien el ejército de Escipión estaba constituido por un total de cuarenta cohortes, la mayoría de las cuales, no obstante, reclutadas, nuevamente, a partir de un alistamiento precipitado de tropas bisoñas y sin experiencia previa¹⁶²¹.

¹⁶¹⁵ Para Brand (2019: 221), lejos de controlar a las legiones como “ejércitos clientelares”, los comandantes romanos estuvieron a merced de sus soldados. De lo contrario, no se entiende, en su opinión, los asesinatos de los últimos años y la tolerancia con la que se trató a las tropas.

¹⁶¹⁶ *Vid. infra*, para más información sobre este último suceso.

¹⁶¹⁷ Al norte de la actual región de Campania (sur de Italia).

¹⁶¹⁸ Plu. *Sull.* 28.3.

¹⁶¹⁹ Vell. 2.24.3.

¹⁶²⁰ Mientras que Floro (*Epit.* 2.9.19) nos dice que la suma de los efectivos de los cónsules Lucio Cornelio Escipión y Cayo Norbano Balbo era de «ocho legiones y quinientas cohortes», Apiano (*BC* 1.82) nos informa de un primer reclutamiento de «doscientas cohortes de quinientos hombres» y un reclutamiento posterior de un número no determinado de unidades, pero «muy superiores» a las primeras, para las fuerzas conjuntas de Escipión, Norbano y Cneo Papirio Carbón.

¹⁶²¹ App. *BC* 1.81-82; cf. De Blois, 2007: 167. El hecho de que, además de carecer de experiencia previa, el ejército de Escipión procediera, según Keaveney (2007: 80), del medio urbano, pudo contribuir, en su opinión, a que no fuera tan disciplinado. Para defender su teoría, Keaveney compara el origen urbano del

CAUSAS: Cuatro fueron las posibles razones por las que el ejército del cónsul Escipión se terminó pasando al bando silano. Militares: las últimas derrotas del bando cinnano¹⁶²², la falta de pericia militar de Escipión¹⁶²³ y la perspectiva de enfrentarse a un ejército que, a pesar de ser inferior en número, estaba bien entrenado y gozaba de una amplia experiencia militar¹⁶²⁴, provocaron la desconfianza en el ejército del cónsul, así como su rechazo a combatir a Sila, prefiriendo, por el contrario, servir bajo el mando de un comandante de reconocido prestigio militar¹⁶²⁵. Psicológicas: según Apiano (*BC* 1.85), las tropas se encontraban «muy bajas de moral», probablemente debido a la reciente derrota del cónsul Norbano y al miedo que les provocaba la idea de luchar contra el ejército silano¹⁶²⁶. Sociopolíticas: como ya ocurriera, en 85 y 84 a. C., con los hombres de Fimbria y Cinna, respectivamente, parece que los soldados de Escipión no querían participar en la guerra y combatir contra otros ciudadanos romanos¹⁶²⁷. Y, finalmente, económicas: de acuerdo con Plutarco (*Sull.* 28.2), las tropas fueron sobornadas por Sila, lo que ayudó a comprar su lealtad y a que terminaran conspirando contra su comandante¹⁶²⁸.

OBJETIVOS: El principal interés de los soldados fue evitar el enfrentamiento con Sila¹⁶²⁹. Igualmente, abandonando a su general, los soldados de Escipión, no sólo tenían garantizado el favor del futuro dictador y, por tanto, su seguridad personal, sino que, además, tenían asegurada una generosa recompensa¹⁶³⁰.

ejército de Lucio Cornelio Escipión con el de Lucio Porcio Catón, el cual también procedía de la ciudad y terminó volviéndose contra su comandante (*vid. supra*). En nuestra opinión, la percepción de Keaveney está fuertemente influenciada por el discurso tradicional que defiende la primacía física y moral del soldado rural con respecto del soldado urbano. Para más información sobre el particular, *vid. supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 2.1. El ejército cívico romano: la idealización del ciudadano-romano, y, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro, en donde se discute cómo debía ser y comportarse un “buen soldado” desde el punto de vista del pensamiento clásico romano.

¹⁶²² Antes de enfrentarse a Escipión, Sila había derrotado al cónsul Norbano (D.S. 38; Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 27.5-8; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.84; Eutr. 5.7.4; Oros. 5.20.2).

¹⁶²³ App. *BC* 1.85. Cf. Hinard, 1990: 153.

¹⁶²⁴ Según Apiano (*BC* 1.79), Sila había desembarcado en Brindisi con «cinco legiones de sus tropas italianas, seis mil jinetes y algunas otras tropas del Peloponeso y Macedonia, en total unos cuarenta mil hombres». Por otro lado, se le unieron Quinto Cecilio Metelo Pío, Cneo Pompeyo Magno y Publio Cornelio Cetego, haciendo del bando silano un rival terrible (App. *BC* 1.80).

¹⁶²⁵ Cf. Alston, 2002: 32; Keaveney, 2007: 80.

¹⁶²⁶ La llegada de Sila provocó el miedo en toda Italia (App. *BC* 1.79, 81-82), incluso parecía que los dioses habían dado la espalda a Roma, produciéndose a la llegada del futuro dictador todo tipo de fenómenos inexplicables, así como de prodigios de lo más desfavorables, presagio de «la gran cantidad de muertos, la conquista de Italia y de los propios romanos, la captura de la ciudad y el cambio de sistema político». Todo ello impresionó, acobardó y sacudió el ánimo de los romanos, influyendo, seguramente, en la moral del ejército (App. *BC* 1.83, 85).

¹⁶²⁷ Conforme a Apiano (*BC* 1.85), el ejército de Escipión «ansiaba la paz». Cf. Flor. *Epit.* 2.9.19; Keaveney, 2007: 80.

¹⁶²⁸ Cf. Keaveney, 2007: 40-41; Brice, 2020d: 258.

¹⁶²⁹ Dentro de los objetivos de las tropas, no consideramos su deseo de paz uno de los motivos reales de su insurrección, puesto que tras abandonar a Escipión no dudaron en ingresar en el ejército de Sila y servir bajo su mando durante todo el tiempo que duró el conflicto (Plu. *Sull.* 28.3; App. *BC* 1.85); hecho que nos invita a pensar en que su esperanza de paz no fue sino un pretexto con el que evitar el choque con Sila, y no una verdadera reivindicación.

¹⁶³⁰ Plu. *Sull.* 28.2.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción pacífica, organizada desde fuera y secundada en el interior del ejército de Lucio Cornelio Escipión Asiático¹⁶³¹. La insurrección se inició desde el exterior del ejército. Para tal propósito, Sila utilizó la táctica del *colloquium* para granjearse el favor de los soldados de Escipión y llevárselos a su bando. Permitió que sus hombres se mezclaran con los de su enemigo, que confraternizaran ambos ejércitos y que sus soldados se ganaran la confianza de las tropas del cónsul por medio de promesas y recompensas monetarias¹⁶³². En secreto, los soldados de Escipión acordaron el cambio de bando¹⁶³³, y, a la señal convenida, se pasaron en bloque al ejército de Sila¹⁶³⁴. Por último, se prevé la existencia de una deliberación simultánea por parte de las tropas de Escipión, y que estas se reunieran en secreto, no sólo con los soldados de Sila, tal y como se ha explicado, sino, también, entre sí y, muy probablemente, con los oficiales de su propio ejército. Sobre el particular, se discutiría en torno a las negociaciones habidas con los hombres de Sila, sobre sus opciones y acerca de qué decisión debían adoptar¹⁶³⁵.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Tal y como se ha adelantado, la organización de la insurrección se tuvo que dar paralelamente desde el exterior y desde el interior del ejército. Respecto a la planificación externa: inferior en número de tropas a su enemigo, Sila pergeñó un plan con el que salvar su inferioridad numérica y hacerse con el control del ejército rival. En primer lugar, propuso a Escipión un cese de las hostilidades, con el propósito de ganar tiempo y permitir la interacción de los dos ejércitos¹⁶³⁶. Seguidamente, «empezaron a sucederse reuniones y conversaciones», de tal modo que, sirviéndose de sus propios soldados, «tan hábiles ya como su general en toda clase de engaños y embaucamientos»¹⁶³⁷, consiguió sobornar a los hombres de Escipión, «ya que entraban en el campamento enemigo y se mezclaban unos con otros»¹⁶³⁸. Al poco tiempo, «bien la plata, bien las promesas, las adulaciones o las lisonjas, acabaron por atraérselos»¹⁶³⁹. Sila había utilizado a sus tropas como señuelos para apresar en su red al ejército enemigo. Mientras que Escipión fue capturado con vida, pero se le dejó marchar en libertad¹⁶⁴⁰; sus soldados fueron conducidos al campamento de Sila e incorporados a

¹⁶³¹ Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85; Eutr. 5.7.4. Para más información sobre la defección de las legiones de Lucio Cornelio Escipión Asiático, *vid.* Gruen, 1974: 372; Hinard, 1990: 153; Chrissanthos, 1999: 59; Alston, 2002: 32; Keaveney, 2007: 40, 41, 79-80, 95; Gueye, 2013a: 227; Brice, 2014: 31; 2020d: 258.

¹⁶³² Liv. 85; Plu. *Sull.* 28.1; App. *BC* 1.85. *Cf.* Keaveney, 2007: 40-41, 96.

¹⁶³³ De acuerdo con Apiano (*BC* 1.85), los soldados de Escipión «pactaron en secreto con Sila desertar a él, si se aproximaba». Por su parte, Livio (85) asegura que «todo el ejército consular, invitado por soldados enviados por Sila, transfirió su lealtad a Sila». *Cf.* Plu. *Sull.* 28.1-3.

¹⁶³⁴ Plu. *Sull.* 28.3. *Cf.* App. *BC* 1.85; Gruen, 1974: 372; Hinard, 1990: 153; Keaveney, 2007: 79; Gueye, 2013a: 227; Brice, 2014: 31.

¹⁶³⁵ En este sentido, se calcula un debate similar al que pudo darse entre las tropas de Cayo Flavio Fimbria, en 85 a. C., antes de pasarse al ejército de Sila (*vid. infra*).

¹⁶³⁶ Conforme a Apiano (*BC* 1.85), Sila quería «crear disensiones en su ejército [en el de Escipión]», aprovechándose del bajo estado anímico de los soldados, los cuales «estaban muy desanimados». *Cf.* Liv. 85; Plu. *Sull.* 28.1.

¹⁶³⁷ Plu. *Sull.* 28.3.

¹⁶³⁸ Plu. *Sull.* 28.3. *Cf.* Liv. 85; App. *BC* 1.85.

¹⁶³⁹ Plu. *Sull.* 28.1-3. *Cf.* Liv. 85; App. *BC* 1.85.

¹⁶⁴⁰ Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.3; App. *BC* 1.85-86. *Cf.* Gueye, 2013a: 227.

su ejército¹⁶⁴¹. En relación a la organización interna: aunque las fuentes no explicitan nada al respecto, lo más probable es que, una vez iniciado el contacto entre los soldados de Sila y los hombres de Escipión, estos últimos llevaran a cabo reuniones y debatieran en torno a la posibilidad de abandonar a su comandante y pasarse al bando rival. En esta línea, aunque las fuentes nos hablan de la interacción de soldados de ambos bandos, dada la elevada capacidad de cohesión que tuvieron centuriones y tribunos militares en el ejército romano, es muy probable que fueran estos colectivos los elegidos para transmitir al resto de la soldadesca romana las promesas de recompensa si hacían defección. De esta forma, tal y como pudimos advertir en la rebelión promovida por Lucio Cornelio Cinna frente a Apio Claudio Pulcro, en 87 a. C., y como veremos más adelante en el intento de Cayo Flavio Fimbria de conservar la lealtad de sus hombres, en 85 a. C., a Sila le bastaba con corromper a estos oficiales y algunos soldados principales para acceder a la totalidad del ejército, arrebatarle el mando a Escipión y asegurarse la lealtad de las nuevas tropas¹⁶⁴².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No se especifica la aplicación de ningún medio de detección, control y/o represión que pudiera haber advertido y suprimido la desertión del ejército. Es más, de acuerdo con Apiano, Escipión no se percató ni del estado anímico de sus hombres ni de las maniobras subversivas de Sila ni de los contactos entre ambos ejércitos hasta que sus soldados lo abandonaron y se pasaron al bando contrario¹⁶⁴³.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Los soldados de Escipión se pasaron sin peligro al ejército de Sila; probablemente, tal y como les prometieron, fueron recompensados; y, naturalmente, ningún soldado fue castigado.

CONSECUENCIAS: La indisciplina del ejército de Escipión perjudicó las opciones de victoria de la *factio* cinnana, favoreciendo el éxito de Sila, al eliminar, por un lado, la amenaza de un ejército enemigo, y al unírsele, por el otro, las tropas de su rival.

COMENTARIO: Junto a la práctica del *colloquium*, ya analizada más arriba, se destaca la aparente facilidad con la que se podía privar a un comandante romano rival de su ejército y vulnerar la disciplina militar. A tal efecto, nos llama la atención la falta de lealtad de las tropas, las cuales no parecen distinguir política o ideológicamente entre un bando y otro; que la indisciplina se siga promoviendo desde arriba del ejército sin ningún tipo de límite ni remordimiento; la capacidad del ejército de Escipión de saber leer su oportunidad de deshacerse del mando de un comandante mediocre y servir bajo el liderazgo de un general de reconocido prestigio y que podía asegurar su futuro material; y la influencia del contexto de enfrentamiento interno a la hora de trasgredir prácticamente cualquier límite sin que hubiera consecuencias. Por último, no podemos dejar de hablar de la composición del ejército de Escipión y de cómo esas tropas, la

¹⁶⁴¹ Liv. 85; Plu. *Sull.* 28.3; App. *BC* 1.85; Eutr. 5.7.4.

¹⁶⁴² Para una información más detallada sobre los ejemplos referidos, *vid. supra* e *infra*, respectivamente, las insurrecciones promovidas contra Apio Claudio Pulcro y Cayo Flavio Fimbria.

¹⁶⁴³ Apiano (*BC* 1.85) critica duramente la incompetencia de Escipión: «Y me parece que el hecho de que Escipión desconociera una conspiración tan grande de todo un ejército es impropio que le ocurra a un general». Cf. Hinard, 1990: 153, para quien Sila supo aprovecharse de la incompetencia de Escipión a la hora de atraerse a su ejército.

mayoría de ellas bisoñas y sin experiencia militar previa, pudieron ser más fáciles de sobornar y de corromper, tal y como vimos en el caso anterior de Lucio Cornelio Cinna.

3.4.8. Sacriporto¹⁶⁴⁴, Italia, abril del 82 a. C.

«Tan pronto como llegó [Cayo Mario el Joven] al lugar llamado Sacriporto, se desplegó para la batalla y luchó con ardor. Pero, cuando el ala izquierda comenzó a ceder, cinco cohortes de infantería y dos de caballería no aguardaron a que se produjera una clara huida y arrojaron a un tiempo sus enseñas y desertaron a Sila. Y este fue de inmediato el comienzo de una terrible derrota para Mario, pues su ejército quebrantado huyó todo él a Preneste, siguiéndole Sila a la carrera»¹⁶⁴⁵.

SITUACIÓN PREVIA: Un año después de la llegada de Sila y del anterior episodio de insurrección, tuvo lugar la batalla de Sacriporto entre las tropas silanas y el ejército del cónsul Cayo Mario el Joven¹⁶⁴⁶. Por parte del bando cinnano, en donde debemos situar el siguiente acto de indisciplina, el ejército estaba constituido por ochenta y cinco cohortes¹⁶⁴⁷.

CAUSAS: El largo historial de derrotas del bando cinnano, en contraste con la superioridad bélica del silano¹⁶⁴⁸, pudo suscitar la desconfianza de las tropas, tanto en la capacidad militar de sus comandantes como, en especial, en sus opciones de victoria, y servir, al mismo tiempo, de detonante de la deserción del ejército mariano una vez que este comenzó a perder en Sacriporto¹⁶⁴⁹. Al factor militar, debemos agregar el elemento físico y psicológico. Gracias al testimonio de las fuentes clásicas, sabemos que la dificultad de la campaña y la dureza del servicio militar influyeron negativamente en el estado físico y anímico de las tropas del joven Mario, provocando el desgaste de su ejército y la desesperación de sus miembros¹⁶⁵⁰.

OBJETIVOS: El principal objetivo de los soldados fue huir de la batalla y salvar sus vidas, de ahí que unos huyeran en medio del combate y otros, directamente, se pasaran al lado de Sila¹⁶⁵¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: En medio de la batalla, cinco cohortes de infantería y dos de caballería del ejército de Cayo

¹⁶⁴⁴ Cerca de Preneste (actual Palestrina, región del Lacio, centro de Italia).

¹⁶⁴⁵ App. BC 1.87.

¹⁶⁴⁶ App. BC 1.87.

¹⁶⁴⁷ Plu. Sull. 28.4. A diferencia de los dos últimos episodios analizados, no tenemos información ni de cómo se llevó a cabo la leva de los soldados ni de la composición de estos.

¹⁶⁴⁸ Poco antes del enfrentamiento entre Mario y Sila, Quinto Cecilio Metelo Pío había puesto en fuga y derrotado al ejército de Carrina, lugarteniente del cónsul Cneo Papirio Carbón. La victoria del bando silano permitió la anexión de numerosos territorios que habían permanecido hasta entonces favorables a la facción cinnana (App. BC 1.87).

¹⁶⁴⁹ App. BC 1.87.

¹⁶⁵⁰ Mientras que Apiano (BC 1.87) nos habla de un invierno «crudísimo» que mantuvo separado a los contendientes de uno y otro bando, Plutarco (Sull. 28.5) nos explica cómo una «lluvia torrencial» previa al combate empeoró todavía más el estado físico y anímico de cada ejército. Al respecto, si el ejército de Mario quedó «quebrantado» tras el esfuerzo bélico y la dureza de la campaña (App. BC 1.87), los soldados de Sila «fatigados de combatir», estaban «hundidos en el agotamiento e intentaban reposar en el suelo, apoyados sobre sus escudos» (Plu. Sull. 28.5).

¹⁶⁵¹ App. BC 1.87. Cf. Plu. Sull. 28.6-7.

Mario el Joven abandonaron el combate y se unieron al ejército de Sila¹⁶⁵². El cambio de bando fue espontáneo y no estuvo organizado.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La precipitación con la que se gestó la deserción no permitió el desarrollo de ningún elemento de cohesión por parte de los soldados de Mario. El miedo sirvió tanto de catalizador como de aglutinante de las tropas, mientras que la reacción de los soldados tuvo lugar en el momento en el que percibieron que la derrota era inevitable. Así, «cuando el ala izquierda del ejército comenzó a ceder, cinco cohortes de infantería y dos de caballería no aguardaron a que se produjera una clara huida y arrojaron a un tiempo sus enseñas y desertaron a Sila»¹⁶⁵³.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: La celeridad con la que los soldados abandonaron la batalla y se pasaron al ejército enemigo evitó la represión de la deserción e impidió la contención del desánimo del resto de unidades, las cuales, superadas por la situación y el empuje del ejército silano, fueron derrotadas y huyeron¹⁶⁵⁴.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Los soldados desertores salvaron su vida, no fueron castigados y acabaron sirviendo en el bando vencedor de la guerra¹⁶⁵⁵.

CONSECUENCIAS: El inesperado y repentino cambio de bando de una parte del ejército de Cayo Mario el Joven terminó por condenar las opciones de victoria del ejército cinnano, favoreciendo el triunfo del ejército rival. De acuerdo con Apiano, la deserción impidió que las tropas se retiraran ordenadamente y, en su lugar, el caos subsiguiente supuso el comienzo de una terrible derrota¹⁶⁵⁶. Sila venció con facilidad a Mario y, además, lo terminó sitiando en Preneste¹⁶⁵⁷.

COMENTARIO: Una vez más, la indisciplina del ejército cinnano aceleró la derrota de su bando y facilitó la victoria del silano. En este caso, el factor psicológico fue determinante. Los soldados de Mario, exhaustos por la dureza de la campaña militar, y desbordados por las constantes derrotas de su bando, se enfrentaron a las fuerzas de Sila en un estado anímico lamentable, lo que condicionó significativamente su actitud durante el combate y redujo drásticamente sus opciones de triunfo. En el momento en el que se vieron superados, lejos de resistir, su moral se rompió y con ella su disciplina, huyendo unos y desertando otros¹⁶⁵⁸. Aunque el ejército de Sila no se encontraba en un estado físico mejor, puesto que la campaña militar había afectado también a sus soldados¹⁶⁵⁹, estos, curtidos en la guerra y acostumbrados a la dureza del servicio militar

¹⁶⁵² App. BC 1.87. Cf. Gueye, 2013a: 227.

¹⁶⁵³ App. BC 1.87.

¹⁶⁵⁴ Plu. Sull. 28.7; App. BC 1.87.

¹⁶⁵⁵ El hecho de que las tropas de Mario continuaran la contienda en el bando silano nos demuestra que, aunque el desgaste físico de la guerra fue real y que el ejército mariano acusó el cansancio de la campaña, fue, por encima de todo, el componente militar y psicológico los principales causantes del cambio de bando. Las continuas derrotas de los cinnanos y el miedo que seguía despertando la figura de Sila fueron las principales razones del descontento de los soldados y de su posterior deserción.

¹⁶⁵⁶ App. BC 1.87. Cf. Plu. Sull. 28.7-8.

¹⁶⁵⁷ Plu. Sull. 28.7-8; App. BC 1.87.

¹⁶⁵⁸ Por las mismas fechas, entre abril y mayo del 82 a. C., nos encontramos con un ejemplo muy similar al analizado. Derrotado por Quinto Cecilio Metelo Pío, cinco cohortes del ejército consular de Cneo Papirio Carbón huyeron y se pasaron al bando rival (App. BC 1.88).

¹⁶⁵⁹ Plu. Sull. 28.5.

desde sus campañas en Oriente, resistieron mejor el cansancio y el agotamiento físico y moral que las tropas del bando contrario, la mayoría de ellas, probablemente, carentes de experiencia, y, por tanto, no acostumbradas ni a las dificultades del servicio ni al rigor de la campaña.

3.4.9. Cerca de Preneste, Italia, junio del 82 a. C.

«Sin embargo, [Cneo] Pompeyo cayó sobre ellos, en emboscada, en un lugar estrecho los puso en fuga y, después de matar a muchos, copó a los restantes en una colina. Desde allí, [Cayo] Marcio [Censorino] huyó sin apagar los fuegos y el ejército, culpándole de la emboscada, se amotinó violentamente. Una legión entera, bajo sus enseñas y sin previa orden, marchó hacia Arimino, y el resto se disgregó en grupos de vuelta a sus lugares de origen, de modo que sólo siete cohortes permanecieron junto a su general»¹⁶⁶⁰.

SITUACIÓN PREVIA: Meses después de la anterior deserción, la situación militar, lejos de mejorar, seguía empeorando para la *factio* cinnana, que continuaba acumulando entre sus filas tantas derrotas como episodios de indisciplina e insurrección. El siguiente incidente tuvo lugar como resultado de la emboscada que el ejército de Cayo Marcio Censorino¹⁶⁶¹, lugarteniente del cónsul Cneo Papirio Carbón, sufrió a manos de Cneo Pompeyo¹⁶⁶².

CAUSAS: La debilidad que el bando cinnano estaba demostrado en la guerra¹⁶⁶³, así como la reciente derrota que el ejército de Censorino había sufrido a manos de Cneo Pompeyo Magno, provocó que la apatía y el desaliento se apoderaran de los hombres de Censorino; que las tropas desconfiaran de su comandante, a quien culpaban tanto de la emboscada como de la derrota; y que, finalmente, renegaran de su estrategia y liderazgo¹⁶⁶⁴.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue abandonar la lucha y escapar de una causa en la que ya no confiaban¹⁶⁶⁵.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción del ejército de Cayo Marcio Censorino. A pesar de que Apiano (BC 1.90) afirma que el ejército «se amotinó violentamente», no tenemos indicios de que las tropas utilizaran en ningún momento la fuerza ni que la vida de su general se viera comprometida o amenazada. Por el contrario, a excepción de siete cohortes que permanecieron fieles a Censorino, todo el ejército abandonó a su comandante de manera pacífica y ordenada¹⁶⁶⁶. Por último, creemos que la insurrección no fue previamente organizada, sino que la última derrota hizo las veces de detonante y de pretexto para que los soldados decidieran abandonar la campaña.

¹⁶⁶⁰ App. BC 1.90.

¹⁶⁶¹ Según Apiano (BC 1.90), tenía bajo su mando ocho legiones.

¹⁶⁶² App. BC 1.90.

¹⁶⁶³ App. BC 1.87-90.

¹⁶⁶⁴ «El ejército, culpándole de la emboscada [a Censorino], se amotinó violentamente» (App. BC 1.90).

Cf. Brice, 2020d: 257

¹⁶⁶⁵ App. BC 1.90.

¹⁶⁶⁶ App. BC 1.90. Cf. Gruen, 1974: 372; Chrissanthos, 1999: 59-60; Brice, 2020d: 257.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El hastío y la desafección fueron los principales sentimientos detrás de la deserción del ejército. Por otro lado, el único indicio de cohesión lo encontramos en aquella legión que se levantó en bloque, «bajo sus enseñas y sin previa orden», habida cuenta de que fue la única unidad de las ocho legiones que componían el ejército de Censorino que ni se dividió ni se disolvió como el resto¹⁶⁶⁷. A este respecto, es probable, aunque no seguro, que, a diferencia de las restantes unidades, hubiera previsto con anterioridad la deserción y que, por consiguiente, hubiera planeado su partida. El resto de efectivos, aprovechando su defección, respaldarían la deserción de manera espontánea; de ahí que se disgregaran en pequeños grupos y de manera independiente¹⁶⁶⁸.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Aunque Censorino conocía el descontento de sus hombres, y estos ya se habían quejado de su estrategia con anterioridad a su deserción¹⁶⁶⁹, la rapidez con la que se disolvió el ejército impidió al lugarteniente de Carbón aplicar cualquier medio de disuasión, control y/o represión de la insurrección. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Censorino fue incapaz de controlar la situación y todo el ejército, salvo las siete cohortes que permanecieron a su lado, lo abandonaron. Salvo la legión que desertó en bloque y se dirigió a Arimino (actual Rímini), todas las demás unidades regresaron a sus hogares¹⁶⁷⁰.

CONSECUENCIAS: La defección de los hombres de Censorino supuso un nuevo contratiempo para las aspiraciones del bando cinnano, facilitando, al igual que en los ejemplos anteriores, el triunfo de Sila en la guerra. Asimismo, no podemos descartar que la legión de Arimino terminara desertando al bando silano, puesto que la ciudad, junto a «otras muchas plazas fuertes de las cercanías», se pasó poco después a Sila¹⁶⁷¹.

COMENTARIO: Por desgracia, la información disponible no nos permite obtener más conclusiones de las ya expuestas. No obstante, sí que podemos destacar el valor del elemento psicológico, y cómo la falta de moral, la desconfianza, la desazón y la pérdida de fe hacia un determinado comandante, *factio* o empresa podían servir de caldo de cultivo para la insubordinación del ejército, predisponiendo a las tropas a la indisciplina y a la rebelión, tal y como se ha demostrado en la presente insurrección y ya hemos podido apreciar en otros ejemplos precedentes. En esta línea, el haber experimentado una derrota reciente, como la emboscada sufrida a manos de Cneo Pompeyo Magno, pudo servir de catalizador, induciendo a los soldados a la deserción.

¹⁶⁶⁷ App. BC 1.90.

¹⁶⁶⁸ App. BC 1.90. La disolución del ejército de Cayo Marcio Censorino nos recuerda a la que tuvo lugar meses después en Clusio, cuando las tropas abandonadas por el cónsul Cneo Papirio Carbón se disgregaron «en grupos de regreso a sus lugares de origen» tras haber sido derrotado y aniquilado el grueso del ejército por Cneo Pompeyo Magno (App. BC 1.92). Vid. *infra* para más información.

¹⁶⁶⁹ App. BC 1.90.

¹⁶⁷⁰ App. BC 1.90.

¹⁶⁷¹ App. BC 1.91.

3.4.10. Faventia¹⁶⁷², Italia, agosto-septiembre del 82 a. C.

«A causa de su profunda cólera se desplegaron [Cneo Papirio Carbón y Cayo Norbano Balbo] de manera insensata, para la batalla, esperando que [Quinto Cecilio] Metelo [Pío] quedaría sobrecogido de terror por lo inesperado del ataque. Pero fueron derrotados, debido a lo impropio del lugar y de la hora, y cayendo entre las viñas, perecieron en gran número. Unos diez mil hombres perdieron la vida, seis mil desertaron y el resto fueron dispersados, únicamente mil regresaron en formación a Arretio»¹⁶⁷³.

SITUACIÓN PREVIA: A finales del verano del 82 a. C., la situación militar del bando cinnano empeoró notablemente a partir de la derrota de los ejércitos del cónsul Cneo Papirio Carbón y el procónsul Cayo Norbano Balbo, y de la consiguiente deserción de la mayor parte de su ejército. Al respecto, desconocemos el número de efectivos que tenían bajo su mando, pero, de acuerdo con Apiano (*BC* 1.91), principal fuente del siguiente incidente, seis mil soldados desertaron tras la derrota y otros diez mil perdieron la vida en el campo de batalla. Salvo mil soldados que regresaron en formación a Arretio, el resto fue dispersado.

CAUSAS: Como en el ejemplo anterior, el elemento militar y psicológico fueron los causantes de la deserción de los restos del ejército cinnano. La reciente derrota frente a Quinto Cecilio Metelo Pío y el elevado número de bajas sufridas durante la misma despertaron el desánimo y la desconfianza en el ejército cinnano; sobre todo, debido a que, aunque el combate se podría haber evitado, este tuvo lugar a causa de la precipitación de los generales cinnanos y de su mala gestión de la guerra¹⁶⁷⁴.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue abandonar el mando de unos generales que habían demostrado que no eran aptos para dirigir al ejército y a los que creían incompetentes.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción de una parte del ejército de Carbón y Norbano¹⁶⁷⁵. La insurrección fue pacífica y espontánea.

MECANISMOS DE COHESIÓN: No se identifica la existencia de ningún medio de cohesión que aglutinara a los hombres en su decisión de desertar, más allá de la desconfianza hacia sus mandos militares y su rechazo a continuar la guerra bajo su liderazgo. La insurrección no parece que fuera organizada, sino que la reciente derrota sirvió tanto de estímulo como de detonante del descontento de las tropas, precipitando su defección¹⁶⁷⁶.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: La rapidez con la que se dismanteló el ejército tras la derrota impidió la ejecución de cualquier medio de detección, control y/o represión por parte de las autoridades militares presentes.

¹⁶⁷² Actual Faenza (región de Emilia-Romaña, norte de Italia).

¹⁶⁷³ App. *BC* 1.91.

¹⁶⁷⁴ De acuerdo con Apiano (*BC* 1.91), poco antes del anochecer, cuando quedaba sola una hora de luz y estaban rodeados de densos viñedos, Carbón y Norbano, «a causa de su profunda cólera se desplegaron, de manera insensata, para la batalla [...]. Pero fueron derrotados, debido a lo impropio del lugar y de la hora, y cayendo entre las viñas, perecieron en gran número». Cf. Gueye, 2013a: 227.

¹⁶⁷⁵ App. *BC* 1.91. Cf. Gruen, 1974: 372; Gueye, 2013a: 227.

¹⁶⁷⁶ App. *BC* 1.91.

Probablemente, Carbón y Norbano se vieron, asimismo, desprovistos de los apoyos necesarios para calmar y contener a sus hombres y retenerlos bajo su control, pues sólo mil soldados se mantuvieron leales por los seis mil que desertaron¹⁶⁷⁷. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito, en la medida en que los soldados, al menos en principio, lograron desertar del ejército cinnano y no fueron por ello castigados¹⁶⁷⁸. Sin embargo, desconocemos el paradero de los seis mil desertores, si, al igual que las tropas que abandonaron a Cayo Marcio Censorino, regresaron a sus hogares, o si, por el contrario, continuaron la lucha en el bando silano, como las cohortes que meses antes abandonaron a Cayo Mario el Joven y se pasaron al ejército de Sila¹⁶⁷⁹.

CONSECUENCIAS: La deserción debilitó la moral y el número de efectivos del ejército cinnano, provocando, como veremos seguidamente¹⁶⁸⁰, una nueva insurrección cuando se extendieron tanto las noticias de la derrota como de la deserción del ejército de Carbón y Norbano¹⁶⁸¹.

COMENTARIO: De igual modo que en la insurrección anterior, cuando la derrota sacudió los ánimos del ejército de Cayo Marcio Censorino y las tropas le culparon de la emboscada de Cneo Pompeyo Magno, en este caso la imprudencia y la temeridad de Carbón y Norbano provocaron un nuevo descalabro para la facción cinnana y el rechazo de la mayoría de los soldados hacia el liderazgo de sus comandantes. Por otro lado, consideramos que, tal y como se verá a continuación, las noticias de las derrotas y de las desercciones de sus compañeros de armas pudieron provocar una suerte de efecto dominó entre los soldados cinnanos, quienes hartos de la guerra y de las constantes derrotas, pudieron ver en la deserción una vía de escape fácil y segura a su desesperada situación; especialmente, desde el momento en el que ningún caso de deserción fue castigado.

3.4.11. Arimino¹⁶⁸², Italia, agosto-septiembre del 82 a. C.

«Otra legión de lucanos, conducida por [Publio] Albinovano, al enterarse de la derrota, desertó a [Quinto Cecilio] Metelo [Pío], a pesar de la oposición de su general. Y como Albinovano no pudo contener en esta ocasión el impulso de sus hombres, regresó junto a [Cayo] Norbano [Balbo]. No obstante, pocos días más tarde, tuvo una conversación secreta con Sila y, tras recibir la promesa de seguridad personal, si realizaba algún hecho notable, invitó a un banquete a Norbano y a sus lugartenientes [...]. Una vez que llegaron, excepto Norbano —pues este fue el único que no acudió—, Albinovano los mató a todos en el transcurso del banquete y escapó al lado de Sila»¹⁶⁸³.

¹⁶⁷⁷ App. BC 1.91.

¹⁶⁷⁸ App. BC 1.91.

¹⁶⁷⁹ Tal y como podemos deducir de los episodios hasta ahora analizados, la deserción de un ejército no tenía por qué conllevar un cambio de bando, pudiendo preferir los soldados disolverse y retornar a sus hogares de origen.

¹⁶⁸⁰ Para más información, *vid. infra* la insurrección que afectó a Publio Albinovano.

¹⁶⁸¹ App. BC 1.91.

¹⁶⁸² Actual Rímini (región de Emilia-Romaña, norte de Italia).

¹⁶⁸³ App. BC 1.91.

SITUACIÓN PREVIA: La siguiente insurrección fue consecuencia directa del episodio anterior, teniendo lugar inmediatamente después de la desertión de los seis mil soldados romanos del ejército de Carbón y Norbano. En esta ocasión, tenemos que hablar de un doble episodio de sedición. De la desertión de una legión de lucanos al mando de Publio Albinovano¹⁶⁸⁴, y de la posterior traición de este último¹⁶⁸⁵.

CAUSAS: Al tratarse de dos insurrecciones diferentes, debemos distinguir entre las razones que movieron a los soldados a desertar de las motivaciones que tuvo Albinovano de atentar contra una parte de los principales líderes cinnanos. La reciente derrota del ejército de Cneo Papirio Carbón y Cayo Norbano Balbo, la desertión de seis mil de sus soldados y la muerte de otros diez mil hombres, generaron el miedo, el desánimo y la desconfianza en los lucanos, así como su rechazo a seguir sirviendo en la *factio* cinnana, debido a las numerosas y frecuentes derrotas que habían cosechado¹⁶⁸⁶. De este modo, el elemento militar y el componente psicológico fueron los dos principales catalizadores de su cambio de bando. Por otra parte, la desertión de la única legión a su mando, dejó a Albinovano en una situación de gran debilidad, tanto en lo militar como en lo personal, al presentarse ante el resto de oficiales cinnanos como un comandante incapaz de controlar a sus hombres y, por consiguiente, indigno de ocupar un puesto de responsabilidad en el ejército. Esta situación de vulnerabilidad sería explotada por Sila, quien no tardó en comprar tanto su lealtad como su confianza por medio de promesas de seguridad personal y, probablemente, de reconocimiento público¹⁶⁸⁷. Así pues, al sustrato militar y psicológico resultado de verse privado de su fuerza militar y de sentirse señalado, hay que sumar la ambición personal de Albinovano.

OBJETIVOS: Mientras que la principal motivación de los lucanos fue abandonar la causa silana, en la que ya no confiaban, y pasarse al bando silano, en donde creían encontrar tanto su salvación personal como, muy probablemente, su bienestar material, al juzgar que era el bando con más probabilidades de imponerse en la contienda y que, por lo tanto, mayores recompensas podría ofrecerle en el futuro¹⁶⁸⁸; el interés de Albinovano fue, ante todo, personal. Pasándose al lado de Sila, además de asegurar su seguridad personal podía optar a un puesto de mayor responsabilidad y/o de mayor prestigio, bien en su ejército, bien en el próximo gobierno, que le devolviera a su anterior posición de preeminencia¹⁶⁸⁹.

¹⁶⁸⁴ No nos consta el cargo de Publio Albinovano. Tan sólo sabemos que, junto a Cayo Mario y Publio Sulpicio Rufo, fue uno de los doce proscritos de 88 a. C. (App. BC 1.60, 62), y que, en 82 a. C., fue oficial en el ejército del procónsul Cayo Norbano Balbo (App. BC 1.91).

¹⁶⁸⁵ App. BC 1.91. Cf. Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020c: 116; 2020d: 253.

¹⁶⁸⁶ App. BC 1.91; cf. Gueye, 2013a: 227. Sobre las últimas derrotas del bando cinnano, *vid.* App. BC 1.84-86, 87-91.

¹⁶⁸⁷ App. BC 1.91.

¹⁶⁸⁸ Respecto a esto último, el hecho de que en el pasado otras unidades cinnanas cambiaran de bando y que, en lugar de ser castigadas por su desertión, fueran gratificadas económicamente —como, por ejemplo, en el caso de los efectivos de Lucio Cornelio Escipión Asiático—, pudo ayudar a los lucanos a decidirse a desertar a la facción silana, al estimar que podrían correr la misma suerte que sus antiguas compañeras de armas.

¹⁶⁸⁹ Tras la desertión de los lucanos, Albinovano regresó junto al procónsul Norbano. En este punto, se pierde durante un breve periodo de tiempo su rastro y desconocemos qué ocurrió entre su llegada y su contacto con Sila. A tal efecto, Apiano (BC 1.91), única fuente que recoge el incidente, no nos explica

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando de la legión de lucanos de Publio Albinovano, y posterior traición de este último¹⁶⁹⁰. Mientras que la defección de los lucanos fue pacífica y, presumiblemente, espontánea, la traición de Albinovano fue violenta y estuvo organizada¹⁶⁹¹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Pese a la integridad que manifestó la legión de Albinovano, en tanto que, a diferencia de lo que habían hecho otras unidades cinnanas en el pasado, mantuvo su unidad y no se terminó fragmentando, pasándose, por el contrario, en bloque al bando silano, no tenemos evidencia de la existencia de ningún elemento que pudiera haber servido a las tropas de aglutinante, más allá de su desconfianza hacia las opciones de victoria de la facción cinnana y de su consecuente deseo de cambiar de bando. En consecuencia, creemos que las tropas aprovecharon el impacto que la noticia de la derrota de Carbón y Norbano provocó en el bando cinnano para desertar, a continuación, al ejército de Quinto Cecilio Metelo Pío¹⁶⁹². Sobre el particular, aunque defendemos la espontaneidad de la acción, y no tenemos constancia de que existiera un contacto previo entre Metelo y los lucanos que facilitara el paso de los segundos al ejército del primero y garantizara, asimismo, su seguridad personal, no podemos tampoco desechar esta posibilidad. Sin embargo, no creemos que la insurrección se orquestara desde fuera y que Metelo fuera el instigador de la misma —a semejanza de lo que hiciera, por ejemplo, Sila, en 83 a. C., con las tropas de Escipión—, sino que, más bien, el contacto habría tenido lugar *a posteriori*, y sólo una vez que las tropas hubieran abandonado a su comandante. Por otro lado, sabemos que la traición de Albinovano se fraguó tras su encuentro con Sila. A tal efecto, desconocemos, no obstante, los detalles de la conversación, ya que, según Apiano, la entrevista fue secreta; qué le prometieron, más allá de garantizar su seguridad personal; y si Albinovano contó con ayuda adicional, dada la magnitud y el alcance de su conspiración¹⁶⁹³. De cualquier modo, la entrevista provocó un cambio súbito en el comportamiento de Albinovano, así como un punto de no retorno en su lealtad para con la *factio* cinnana, al pasar de intentar

nada del encuentro entre Norbano y Albinovano, cómo logró entrevistarse este último con Sila, ni los detalles de los acuerdos que alcanzó con el futuro dictador. De este modo, no podemos descartar ninguna hipótesis. Tal vez, Norbano pudo culpar a Albinovano de la deserción de sus hombres, lo que pudo enemistarlo con el procónsul y predisponerlo a pactar con Sila; o, quizá, como ya hiciera Sila con las legiones de Nola, en 88 a. C., con los hombres de Fimbria, en 85 a. C., y con el ejército de Escipión, en 83 a. C., no existió ningún desacuerdo entre Norbano y Albinovano y, simplemente, supo ganarse su confianza con la misma facilidad que se ganó en el pasado a los soldados de los tres ejemplos arriba señalados. En este sentido, creemos que lo pudo sobornar con promesas y recompensas futuras. Un puesto de responsabilidad o una importante suma de dinero colocaría de nuevo a Albinovano en la posición de prestigio que había perdido durante la guerra.

¹⁶⁹⁰ App. BC 1.91. Para más información sobre ambos sucesos, *vid.* Keaveney, 2007: 79; Gueye, 2013a: 227; Brice, 2020c: 116; 2020d: 253.

¹⁶⁹¹ App. BC 1.91.

¹⁶⁹² App. BC 1.91. *Cf.* Gueye, 2013a: 227.

¹⁶⁹³ De acuerdo con Brice (2020d: 253), Albinovano tuvo que contar, al menos, con el respaldo de sus principales hombres de confianza, ya que ninguno de ellos fue víctima de su complot, y, al igual que él, también se habían quedado huérfanos tras la deserción de los lucanos.

controlar la defección de sus hombres a planificar un complot con el que liquidar a la mayoría de los lugartenientes de Carbón y Norbano¹⁶⁹⁴.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Según Apiano (*BC* 1.91), Albinovano se opuso al cambio de bando de sus hombres e intentó contener sin éxito su desertión; sin embargo, desconocemos qué medios pudo establecer para contener la insurrección y retenerlos bajo su mando¹⁶⁹⁵. En todo caso, creemos que Albinovano no contó en ningún momento con los apoyos suficientes para controlar la situación; puesto que, junto a las tropas, también desertaron sus oficiales, quedando completamente sólo ante la desertión del ejército. En cuanto a su traición, parece que nadie sospechó de él y que, por tanto, pudo ejecutar su plan sin miedo a ser descubierto¹⁶⁹⁶. Nadie fue castigado ni por la desertión del ejército ni por los crímenes de Albinovano.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Tanto la insurrección de los lucanos como la conjura de Albinovano fueron un rotundo éxito. Aunque desconocemos el destino de las tropas y no volvemos a saber nada más de Albinovano, a corto plazo podemos asegurar que todos satisficieron sus principales objetivos. Las tropas pudieron cambiar de bando y pasarse sin riesgo a Metelo, mientras que Albinovano se aseguró la confianza de Sila después de ejecutar su conspiración¹⁶⁹⁷.

CONSECUENCIAS: Mientras que la desertión de los lucanos engrosó las filas del ejército de Quinto Cecilio Metelo Pío, y debilitó los efectivos cinnanos, el complot de Albinovano terminó con la vida de los principales lugartenientes y generales de Carbón y Norbano¹⁶⁹⁸. Igualmente, Albinovano rindió la ciudad de Arimino, la cual se pasó al bando silano, junto con otras muchas plazas fuertes, y, de manera indirecta, provocó el suicidio de Norbano¹⁶⁹⁹.

COMENTARIO: Ante todo, nos llama la atención el cambio de actitud de Albinovano y su posterior traición, no porque sea algo inédito, teniendo en Cayo Flavio Fimbria un caso muy similar¹⁷⁰⁰, sino porque no deja de sorprendernos cómo un oficial capaz de condenar e intentar reprimir la indisciplina de sus hombres pasó a organizar de la noche a la mañana un complot en el que asesinó a sangre fría a sus propios compañeros de armas. La acción de Albinovano, por su atrevimiento y su falta de escrúpulos y remordimientos, supuso un claro antecedente de la conjura que años más

¹⁶⁹⁴ El hecho de que, según Apiano (*BC* 1.91), Sila exigiera a Albinovano «un hecho notable» antes de aceptarlo, nos sugiere que Sila no confiaba plenamente en el cinnano, que buscaba, por tanto, una prueba de su lealtad, y que, asimismo, quería probar hasta dónde era capaz de llegar si en un futuro lo pudiera necesitar. Cf. Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020c: 116; 2020d: 253.

¹⁶⁹⁵ App. *BC* 1.91.

¹⁶⁹⁶ App. *BC* 1.91.

¹⁶⁹⁷ App. *BC* 1.91. Cf. Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020c: 116; 2020d: 253.

¹⁶⁹⁸ Conforme a Apiano (*BC* 1.91), Norbano escapó del complot porque «fue el único que no acudió» a la invitación de Albinovano.

¹⁶⁹⁹ De acuerdo con Apiano (*BC* 1.91), la traición de Albinovano sumió a Norbano en la adversidad y lo apartó de la guerra; como ya no confiaba en nadie, decidió abandonar Italia y refugiarse en Rodas, en donde se quitó la vida.

¹⁷⁰⁰ Si, en primer lugar, Fimbria apaciguó a una parte de los soldados de Lucio Valerio Flaco cuando pretendían unirse a los desertores de Tesalia, poco tiempo después no vaciló en asesinar con sus propias manos a su comandante (*vid. infra*). Si bien este cambio de comportamiento fue resultado de la enemistad entre Flaco y Fimbria, no podemos ignorar la posibilidad de que, tal y como se ha sugerido más arriba, pasara algo parecido entre Norbano y Albinovano que llevara al segundo a traicionarlo y a pactar con Sila.

tarde urdió Marco Perpenna Ventón contra su colega Quinto Sertorio¹⁷⁰¹. Por otro lado, se pone de relieve la permisividad con la que se desarrolló la guerra civil, ya sea para hacerse con el control de las unidades y oficiales contrarios, ya sea para abandonar el propio bando y unirse al rival.

3.4.12. Útica¹⁷⁰², provincia de África, 80 a. C.

«Pero sus soldados mostraron abiertamente su irritación; rogando a [Cneo] Pompeyo que se dejara ver, insultaron a Sila y dijeron que ni le abandonarían ni le permitirían confiar en el tirano. En principio Pompeyo intentaba calmarlos y apaciguarlos; mas, como no los convenció, bajó de la tribuna y se alejó llorando a su tienda»¹⁷⁰³.

SITUACIÓN PREVIA: Aunque de manera oficial este primer enfrentamiento civil concluyó con la llegada de Sila al poder, en 82 a. C., en los años siguientes continuaron en Sicilia y en África los enfrentamientos entre silanos y cinnanos. Es en este último territorio en donde debemos situar la siguiente insurrección, en concreto al final de la campaña de Cneo Pompeyo Magno¹⁷⁰⁴, a quien el Senado le encargó acabar con la última resistencia cinnana¹⁷⁰⁵. De acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 12), en un total de cuarenta días Pompeyo derrotó al cinnano Cneo Domicio Ahenobarbo y a su aliado el rey Hiarbas; devolvió el trono de Numidia a Hiempsal II; y se apoderó de la provincia romana de África¹⁷⁰⁶. Una vez concluido su encargo, Sila le ordenó que licenciase a una parte de su ejército y que permaneciese en Útica al frente de una sola legión hasta que otro general lo revelara. Es entonces cuando se amotinaron sus hombres¹⁷⁰⁷.

CAUSAS: Identificamos tres posibles razones detrás del descontento del ejército romano: militares y personales, y económicas. Dado el brillante historial militar que había acumulado Cneo Pompeyo en los últimos años, las tropas no estaban dispuestas a renunciar al liderazgo de un general al que respetaban, que había demostrado poseer una gran habilidad militar, y que, además, las había dirigido con gran éxito y diligencia durante su campaña en África¹⁷⁰⁸. Igualmente, las tropas temían perder todo aquello que habían logrado, y, sobre todo, dejar de ganar todo lo que se les había prometido, si perdían la protección de Pompeyo y eran transferidas a otro comandante¹⁷⁰⁹.

OBJETIVOS: Las tropas querían que Pompeyo retuviera el control del ejército, pues sospechaban que sólo de esa manera podrían garantizar su futuro económico¹⁷¹⁰. Para

¹⁷⁰¹ Vid. *infra* para más información.

¹⁷⁰² Al noroeste de Cartago (actual Túnez, norte de África).

¹⁷⁰³ Plu. *Pomp.* 13.2-3.

¹⁷⁰⁴ Por aquel entonces un simple *privatus* (Plu. *Pomp.* 14.1-2, 10), Cneo Pompeyo contó con un total de seis legiones bajo su mando (Plu. *Pomp.* 11.3).

¹⁷⁰⁵ Última resistencia con permiso de la protagonizada por Quinto Sertorio, de la cual hablaremos más adelante.

¹⁷⁰⁶ Por todo ello, Pompeyo fue aclamado *imperator* por sus tropas (Plu. *Pomp.* 12.4).

¹⁷⁰⁷ Plu. *Pomp.* 13.1-2. Cf. Seager, 2002: 28-29; Brice, 2020d: 254.

¹⁷⁰⁸ Liv. 89; V. Max. 6.2.8; App. BC 1.80; Eutr. 5.9.1; Oros. 5.21.13-14; 24.16.

¹⁷⁰⁹ Plu. *Pomp.* 14.7.

¹⁷¹⁰ Aunque, tal y como hemos expuesto más arriba, los soldados de Pompeyo podían tener razones militares y personales en que su general mantuviera el mando del ejército, el fervor con el que las tropas

tal fin, debían impedir que Pompeyo secundara las órdenes de Sila y que renunciara al mando de las legiones.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Levantamiento del ejército de Cneo Pompeyo Magno ante la tentativa de Sila de que licenciase a la mayoría de sus legiones¹⁷¹¹. La insurrección fue espontánea y violenta¹⁷¹².

MECANISMOS DE COHESIÓN: Mientras que, por un lado, el principal aglutinante de las tropas fue el miedo a no percibir las bonificaciones prometidas si se apartaba a Pompeyo del mando y eran transferidas a otro comandante¹⁷¹³; por el otro, se aprecia cierta cohesión entre las unidades de Pompeyo, tanto en el momento de movilizarse como en su determinación de luchar a favor de su general¹⁷¹⁴. No obstante lo anterior, y aunque todo parece indicar que tanto soldados como oficiales compartían los mismos objetivos, no tenemos información suficiente como para valorar el grado de organización de las tropas. En este sentido, creemos que su reacción fue espontánea y paralela al momento en el que se hizo pública la carta de Sila¹⁷¹⁵.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: De acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 13.3-4), Pompeyo se esforzó por calmar y apaciguar a su ejército, interviniendo varias veces ante las tropas, llorando, amenazando con quitarse la vida, rogándoles que le obedeciesen, que abandonaran sus demandas y que no se rebelasen. Para lograr este fin, creemos que convocó a los soldados a una *contio*, tal y como se infiere del texto de dicho autor. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Aunque Plutarco da a entender que, finalmente, Pompeyo consiguió tranquilizar a sus hombres¹⁷¹⁶, en verdad, no se licenció a ninguna unidad y, tal y como quería el ejército —y, muy probablemente, el propio Pompeyo¹⁷¹⁷—, los mantuvo bajo su mando hasta la celebración de su triunfo¹⁷¹⁸.

CONSECUENCIAS: El motín de los soldados fue interpretado desde Roma como una prueba del creciente poder que había conseguido Pompeyo entre la soldadesca romana¹⁷¹⁹. Desde este momento, tanto Sila como los principales detractores de

se levantaron en contra de los deseos de Sila no se debió a motivaciones de naturaleza privada, fundamentadas en una suerte de vínculo personal para con el futuro Magno, sino que, en realidad, el principal estímulo que movió a las tropas a levantarse fue su miedo a que el cambio de mando les hiciera perder todas las recompensas prometidas por su actual general. Este sentimiento se advierte con gran nitidez cuando, tiempo después, en 79 a. C., las tropas amenazaron a Pompeyo con sabotear su primer triunfo si no les hacía entrega de lo acordado (*Fron. Str.* 4.5.1; *Plu. Pomp.* 14.7).

¹⁷¹¹ *Plu. Pomp.* 13.2. Cf. Seager, 2002: 28-29; Brice, 2020d: 254.

¹⁷¹² *Plu. Pomp.* 13.2-4.

¹⁷¹³ *Plu. Pomp.* 14.7.

¹⁷¹⁴ *Plu. Pomp.* 13.2-4.

¹⁷¹⁵ *Plu. Pomp.* 13.1-2.

¹⁷¹⁶ *Plu. Pomp.* 13.4.

¹⁷¹⁷ A pesar de la puesta en escena que nos describe Plutarco (*Pomp.* 13.3-4) y de la aparente indignación con la que Pompeyo recibió las súplicas de sus hombres para que retuviese el mando, al primero que le interesaba mantener el control del ejército era al propio Pompeyo, pues era la única manera de regresar a Italia con la suficiente fuerza con la que exigir a Sila la celebración de su tan ansiado primer triunfo (cf. *Plu. Pomp.* 14).

¹⁷¹⁸ *Fron. Str.* 4.5.1; *Plu. Pomp.* 14.7.

¹⁷¹⁹ *Plu. Pomp.* 13.5.

Pompeyo en la capital vieron con recelo y preocupación su ascenso político e intentaron obstaculizar su promoción; tal y como hizo el propio Sila cuando, en un principio, se opuso a que celebrara su primer triunfo¹⁷²⁰.

COMENTARIO: Aunque la información que nos proporciona Plutarco favorece la imagen de Pompeyo y busca ensalzar su intervención ante las tropas y su aparente capacidad para evitar su levantamiento, desconfiamos de la implicación real que pudo tener el general en el desarrollo del motín de su ejército y si de alguna manera lo llegó, incluso, a instigar. A pesar de que seguimos creyendo que la reacción de la soldadesca fue impulsiva y motivada, fundamentalmente, por sus intereses económicos, no descartamos que Pompeyo —de un modo que, no obstante, desconocemos— impulsara en secreto el descontento de los soldados; habida cuenta de que era el primer interesado en mantener bajo su mando el control de las tropas si quería utilizarlas más adelante como medio de presión para conseguir su triunfo y para hacer valer en Roma su nueva posición de prestigio. En tal sentido, creemos que jugó a dos bandas y que, si bien tuvo la habilidad de presentarse ante sus hombres como un comandante íntegro y honorable, dispuesto a rechazar el poder y a cumplir con los preceptos de la capital, por otra parte, tuvo la destreza de granjearse el apoyo del ejército y de utilizarlo a su favor.

3.4.13. Otras insurrecciones

«Cuando los soldados de Cneo Pompeyo amenazaron con saquear el dinero que se llevaba para el triunfo, Servilio y Glaucia le instaron a distribuirlo entre las tropas, a fin de evitar el estallido de un motín. Pompeyo declaró inmediatamente que renunciaría a un triunfo, y moriría antes que ceder a la insubordinación de sus soldados; y después de censurarlos en un lenguaje vehemente, arrojó en sus rostros las fasces coronadas con laurel, dando a entender que podían comenzar su saqueo capturando estas. Por medio del rencor así demostrado, redujo a sus hombres a la obediencia»¹⁷²¹.

Junto a los ejemplos ya analizados, la guerra civil entre silanos y cinnanos nos dejó otros casos de indisciplina que pasaremos a analizar a continuación.

La gran mayoría de los incidentes identificados tuvieron lugar, en 87 a. C., durante la marcha de Lucio Cornelio Cinna y Cayo Mario sobre Roma. La ausencia de Sila, principal líder de la facción, dejó a los silanos sin un líder capaz de organizar la defensa y hacer frente a la reacción cinnana. Como ya vimos anteriormente, la tibieza con la que Cneo Pompeyo Estrabón defendió la causa *optimata* colaboró, asimismo, a que los problemas de disciplina proliferaran y a que las deserciones y los cambios de bando se sucedieran entre los silanos, los cuales ni confiaban en la capacidad de sus líderes militares ni tenían fe en las opciones de victoria de su *factio*.

Ejemplo de todo ello nos lo proporciona Plutarco. Conforme a este autor, cuando Quinto Cecilio Metelo Pío llegó a Roma y dio muestras de poseer unas dotes de mando

¹⁷²⁰ «A Sila le fastidiaba ver hasta qué punto ascendía la gloria y el poder de Pompeyo, aunque por escrúpulos no impedía su ascenso y se mantenía en silencio» (Plu. *Pomp.* 15.1).

¹⁷²¹ Fron. *Str.* 4.5.1.

muy superiores a las del cónsul Cneo Octavio, las tropas abandonaron a este último y acudieron al encuentro del primero, rogándole que tomara el control de la situación y salvara la ciudad de Roma del ataque enemigo; «no en vano, combatirían con denuedo y saldrían victoriosos si conseguían un general experimentado y audaz». Sin embargo, Metelo rechazó la propuesta de los soldados y les pidió que se mantuvieran leales al cónsul; lo que provocó su desertión al preferir pasarse al bando cinnano antes que luchar bajo la autoridad de quien no respetaban como militar¹⁷²².

A los problemas de falta de liderazgo y de capacidad militar, se sumó la molicie que, de acuerdo con Livio, estaba presente en el ejército silano. Así, según este autor, debido a «la lentitud y a la perfidia» tanto de los jefes militares como de los soldados, los cuales, agrega, «fueron sobornados y no querían combatir», «los *optimates* perdieron toda esperanza de aguantar» y acabaron entregando la capital a Cinna y Mario¹⁷²³.

A las causas militares ya expuestas, debemos sumar el factor económico y la supuesta corrupción en la que habían incurrido los silanos, quienes no dudaron en pasarse al bando rival e, incluso, rendir sus ciudades a cambio de dinero y/o seguridad personal¹⁷²⁴. De este modo, tenemos constancia de que varias de las guarniciones y ciudades bajo el control directo de la *factio* silana fueron entregadas a traición durante los ataques de Cayo Mario¹⁷²⁵. A este respecto, creemos que las causas de su defección fueron, principalmente, militares y económicas. La llegada de Mario provocó que muchos de sus seguidores se unieran al gran general y que este formara un ejército capaz tanto de intimidar a dichas poblaciones como de cortar sus suministros y dejarlas «oprimidas por el hambre»¹⁷²⁶. Esto último provocó graves conflictos internos y que muchas de ellas prefirieran rendirse y/o cambiar de bando como consecuencia de las necesidades que estaban sufriendo¹⁷²⁷.

En 83 a. C., año en el que regresó Sila de Oriente, identificamos el siguiente disturbio en el ejército romano. En esta ocasión, Plutarco nos ofrece un ejemplo dudoso de cambio de bando. Según él, antes de que las tropas de Lucio Cornelio Escipión Asiático y Cneo Pompeyo entablaran combate, «los soldados de Lucio saludaron a los de Pompeyo y se pasaron a su bando, ante lo cual Escipión huyó»¹⁷²⁸. La similitud del episodio que nos describe Plutarco con respecto al que tuvo lugar entre Sila y Escipión, y el hecho de que sea el único autor que menciona este pasaje, nos hace desconfiar de su palabra¹⁷²⁹. No porque no pudiera tener lugar, sino, más bien, porque parece que Plutarco, o bien quiso conceder a Pompeyo el mérito de la derrota de Escipión, o bien se confundió de nombre en el momento de transmitir el incidente.

¹⁷²² Plu. *Mar.* 42.5-6. Cf. Jal, 1962: 23.

¹⁷²³ Liv. 80.

¹⁷²⁴ De acuerdo con Apiano (*BC* 1.68), «el tribuno militar Apio Claudio, que tenía a su cargo la defensa de Roma en la colina del Janículo y que en cierta ocasión había recibido un favor de [Cayo] Mario, cuando este le recordó el beneficio le permitió entrar en la ciudad abriéndole una puerta al amanecer».

¹⁷²⁵ App. *BC* 1.69. Para otros ejemplos de desertión equivalentes, *vid.* App. *BC* 1.70.

¹⁷²⁶ App. *BC* 1.88.

¹⁷²⁷ App. *BC* 1.69, 89, 92; Plu. *Mar.* 42.2-3.

¹⁷²⁸ Plu. *Pomp.* 7.5.

¹⁷²⁹ Cf. Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85-86.

Poco después de la batalla de Sacriporto, entre abril y mayo del 82 a. C. tuvo lugar un cambio de bando muy parecido al que se dio en la referida batalla cuando siete cohortes de Cayo Mario el Joven se unieron a Sila en el momento en el que percibieron que iban a salir derrotadas del enfrentamiento¹⁷³⁰. En este sentido, Apiano (*BC* 1.88) nos informa de que cinco cohortes del ejército del cónsul Cneo Papirio Carbón desertaron al lado de Quinto Cecilio Metelo Pío tras la derrota del primero frente al segundo. Como en el caso de Sacriporto, la derrota militar fue el detonante de la insurrección del ejército de Carbón.

Para las mismas fechas, en el mismo ejército y bajo las mismas circunstancias, tuvo lugar una nueva defección. Tras un combate de caballería a orillas del río Glanis¹⁷³¹, doscientos setenta jinetes celtíberos del bando cinnano se pasaron al lado de Sila. A diferencia de la desertión anterior, en la que Carbón ni pudo hacer nada para evitar la sedición de sus hombres ni tampoco aplicó ningún castigo, al resto de jinetes celtíberos bajo su mando los mató, «bien porque estuviera irritado por causa de la desertión de sus compatriotas, o porque temiera una acción similar»¹⁷³².

El siguiente ejemplo lo situamos en Sicilia, cuando Pompeyo se dirigió a la isla para combatir la resistencia cinnana. A tal efecto, desconocemos los detalles, pero, según Plutarco (*Pomp.* 10.14), los soldados pompeyanos «incurrieron en desorden durante sus marchas»¹⁷³³. No sabemos a qué se está refiriendo y en qué consistieron esos desórdenes; sin embargo, conocemos la medida que aplicó Pompeyo para evitar la relajación de la disciplina y enderezar a sus hombres: «puso un sello en sus espadas y castigó a aquel que no lo conservase»¹⁷³⁴.

En 81 a. C., durante la campaña de Pompeyo en África, situamos los dos siguientes ejemplos de insurrección. Nada más desembarcar en el continente africano, siete mil soldados del ejército de Cneo Domicio Ahenobarbo desertaron y se sumaron a su bando¹⁷³⁵. Sobre el particular, no contamos con más información, pero suponemos que el cambio de bando se debió a la fama que había obtenido Pompeyo durante la guerra civil y al enorme contingente de hombres y barcos que traía consigo (seis legiones, ciento veinte naves de guerra y ochocientas de carga). Los hombres de Ahenobarbo, probablemente, no confiaban en la victoria y menos en que su comandante se impusiera a Pompeyo, que había dado sobradas muestras de su capacidad militar a pesar de su temprana edad.

A continuación, Plutarco (*Pomp.* 11.4-5) nos ofrece un nuevo ejemplo de relajación de la disciplina. Poco tiempo después de la desertión anterior, los soldados de Pompeyo, movidos por la falsa creencia de que un posible tesoro cartaginés estaba enterrado, «se pasaron muchos días excavando y recorriendo la llanura». Aunque nuestro autor nos hace ver que Pompeyo se lo tomó con buen humor y no dio

¹⁷³⁰ *Vid. supra.*

¹⁷³¹ Actual Chiani (región de la Toscana, centro de Italia).

¹⁷³² App. *BC* 1.89. Cf. Keaveney, 2007: 82.

¹⁷³³ Cf. Keaveney, 2007: 78; Brice, 2020c: 118.

¹⁷³⁴ Cf. Keaveney, 2007: 78.

¹⁷³⁵ Plu. *Pomp.* 11.2-3. Cf. Brice, 2020d: 258, 260.

importancia a lo sucedido, lo cierto es que la desobediencia de sus hombres le hizo perder momentáneamente el control del ejército y lo dejó expuesto durante ese tiempo al enemigo, pues «no pudo hacer nada con sus soldados, tan ocupados como estaban buscando tesoros»¹⁷³⁶.

Este interés por lo estrictamente monetario se relaciona, sin embargo, tanto con el levantamiento que protagonizaron las legiones de Pompeyo cuando se enteraron de la intención de Sila de retirarle el control del ejército¹⁷³⁷ como con las presiones y amenazas que dirigieron a su general poco antes de celebrar su primer triunfo, en 79 a. C. Respecto a este último episodio, los soldados de Pompeyo le amenazaron con boicotear la ceremonia si no les abonaba las recompensas prometidas. No obstante, parece que en esta ocasión Pompeyo no cedió al chantaje de sus hombres y se enfrentó a ellos, evitando su amotinamiento¹⁷³⁸.

Finalmente, el periodo nos deja un último acto de indisciplina, esta vez relacionado con un joven Cayo Julio César. Según Plutarco (*Caes.* 1.6-7), gracias a la corrupción del ejército silano, César pudo escapar de la persecución de Sila, pese haber caído en manos de sus hombres, ya que compró con dos talentos a Cornelio, comandante del grupo de soldados que lo perseguía¹⁷³⁹.

3.5. Guerras mitridáticas

«Entretanto, Mitrídates [...] escribió en secreto a todos los sátrapas y gobernadores de las ciudades, para que, al cabo de treinta días, atacaran todos a la vez a los romanos e italianos que hubiera entre ellos, así como a sus esposas, hijos y libertos de origen itálico, y tras darles muerte, los arrojaran insepultos y se repartieran sus bienes con él»¹⁷⁴⁰.

Simultáneamente al primer enfrentamiento civil, tuvieron lugar las dos primeras fases de las tres en las que se dividió la guerra contra el rey Mitrídates VI del Ponto. A efectos disciplinarios, nuestro foco de atención se centrará en la primera y tercera guerras mitridáticas, habida cuenta de que durante el desarrollo de las mismas se concentraron todos los actos de indisciplina y episodios de insurrección localizados para el periodo.

¹⁷³⁶ Cf. Gruen, 1974: 371; Roth, 1999: 141; Keaveney, 2007: 78.

¹⁷³⁷ Vid. *supra* la insurrección de Útica de 80 a. C.

¹⁷³⁸ «Como sus soldados no recibieron la recompensa que esperaban, declararon su propósito de causarle problemas y provocar un tumulto, ante lo cual Pompeyo dijo que no le importaba, y que antes que adularlos renunciaría a su triunfo» (Plu. *Pomp.* 14.7). Cf. Fron. *Str.* 4.5.1; Keaveney, 2007: 78.

¹⁷³⁹ Creemos que este episodio tuvo lugar entre noviembre del 82 y junio del 81 a. C., periodo en el que se produjeron las proscripciones de Sila (Sal. *Hist.* 1.55; 77; Plu. *Sull.* 31.1, 3-6; Flor. *Epit.* 2.9.24-28; App. *BC* 1.95-96; Oros. 5.21.1).

¹⁷⁴⁰ App. *Mith.* 22.

3.5.1. Tesalia¹⁷⁴¹, Macedonia; Nicomedia¹⁷⁴², Bitinia, 86-85 a. C.

«[Cayo Flavio] Fimbria lo siguió y lo mató [a Lucio Valerio Flaco], aunque era un cónsul romano y el general de esta guerra, en tanto que él era tan sólo un privado que le había acompañado como amigo a requerimiento suyo. Le cortó la cabeza y la arrojó al mar, dejando insepulto el resto de su cuerpo y se designó a sí mismo como general en jefe del ejército»¹⁷⁴³.

SITUACIÓN PREVIA: Tras la muerte de Cayo Mario a comienzos del año 86 a. C., Lucio Valerio Flaco fue elegido *consul suffectus* por Lucio Cornelio Cinna, colega de Mario en el consulado. Tras su nombramiento, fue enviado a Asia con dos legiones para hacerse con el mando de las operaciones contra Mitrídates, en sustitución de Lucio Cornelio Sila, a quien habían retirado el mando de la guerra con anterioridad, y a quien, además, habían decretado enemigo de la República¹⁷⁴⁴.

CAUSAS: Identificamos tres posibles razones detrás del descontento de los hombres de Flaco: militares, personales y económicas. En este mismo orden serán analizadas a continuación. La falta de experiencia militar de Flaco pudo despertar la desconfianza de sus tropas, al no considerarlo apto para una empresa tan importante como era la guerra contra Mitrídates¹⁷⁴⁵; asimismo, el ejército había sufrido una serie de contratiempos que, sumados a la ausencia de éxitos militares, hicieron que los soldados dudaran cada vez más del éxito de la campaña¹⁷⁴⁶. Junto a la desconfianza hacia las aptitudes castrenses de su general, las tropas aborrecían a Flaco a causa de su vileza, su parcialidad en los castigos, su afán de lucro y su avaricia, lo que le hizo tremendamente impopular entre la soldadesca romana¹⁷⁴⁷. Por último, tal y como vimos cuando las legiones de Nola se levantaron a favor de Sila, en 88 a. C.¹⁷⁴⁸, el principal aliciente de la guerra en Oriente era la esperanza de obtener grandes riquezas de los enfrentamientos contra Mitrídates —expectativa, por otro lado, que estimulaba sobremanera la participación de los soldados en expediciones de esta índole¹⁷⁴⁹—; sin embargo, la avaricia de Flaco y su gusto por el lujo pudieron suponer un grave contratiempo para los

¹⁷⁴¹ Antigua provincia romana de Macedonia; comprendería, aproximadamente, parte de los actuales países de Grecia, Albania, Bulgaria y Macedonia del Norte.

¹⁷⁴² Antigua capital del reino de Bitinia y actual Izmit (noroeste de la actual Turquía).

¹⁷⁴³ App. *Mith.* 52.

¹⁷⁴⁴ App. *BC* 1.75; *Mith.* 51. Cf. Lintott, 1971: 696; Gruen, 1974: 372; Keppie, 1998: 49; De Blois, 2007: 172; Lovano, 2002: 98; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37; Brice, 2014: 30; Brand, 2019: 221.

¹⁷⁴⁵ App. *Mith.* 51. Cf. De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 78; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37; Brice, 2020d: 254.

¹⁷⁴⁶ Al comienzo de la expedición, una tempestad destruyó a la mayor parte de las naves de Flaco, mientras que, poco tiempo después, las que habían logrado salir ilesas de la tormenta fueron quemadas por una avanzadilla del ejército de Mitrídates (App. *Mith.* 51).

¹⁷⁴⁷ De acuerdo con Livio (82), fue, ante todo, la avaricia del cónsul lo que le hizo tan impopular y que acabara siendo asesinado por su legado Cayo Flavio Fimbria (cf. Keaveney, 2007: 40, 78; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37). Para otras críticas, *vid.* Lovano (2002: 98) y Brice (2020d: 254), quienes destacan su severidad, y Keaveney (2007: 78), quien nos habla de su arbitrariedad.

¹⁷⁴⁸ Para más información, *vid. supra* la insurrección que llevó a Lucio Cornelio Sila a marchar sobre Roma.

¹⁷⁴⁹ No en vano, tal y como explicamos al comienzo de nuestro trabajo, es en Oriente, de acuerdo con el pensamiento clásico, de donde se importó a Roma la molición, el lujo, la ociosidad y, en última instancia, la indisciplina militar (Liv. 38.37-41, 44-50; 39.1.3-4, 6.3-9; 45.37.11; Plb. 22.24-27; Sal. *Cat.* 11.5-7, 12.2; App. *Syr.* 42-43).

intereses del ejército, puesto que si su general no compartía y distribuía el botín de guerra, y, en cambio, lo acaparaba para sí mismo, los soldados no obtendrían sus tan anheladas recompensas¹⁷⁵⁰.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue deshacerse del mando de su general, para ponerse, acto seguido, en manos de un comandante más experimentado; que tuviera mejores dotes de mando; con el que las tropas se sintieran más a gusto; que les transmitiera más confianza; y que, finalmente, les asegurara su parte del botín¹⁷⁵¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: El malestar de la soldadesca derivó, primero, en la desertión de una parte del ejército, en 86 a. C., y, seguidamente, en el asesinato de su comandante a comienzos del 85 a. C. Mientras que la primera insurrección fue pacífica y, aparentemente, no disfrutó de una cuidada planificación, sino que las tropas, aprovechando que Flaco las había enviado a Tesalia, desertaron al lado de Sila¹⁷⁵²; la segunda contó con el respaldo de todo el ejército y se planeó en torno a la figura de Cayo Flavio Fimbria, legado de Flaco¹⁷⁵³.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La supuesta espontaneidad con la que una parte del ejército cambió de bando en Tesalia, nos lleva a comentar directamente la organización de la conspiración urdida por Fimbria. Como resultado de la falta de confianza que suscitaba el liderazgo de Flaco y la irritación que había provocado su forma de dirigir la guerra, los soldados eligieron a Fimbria en lugar de su comandante, debido a que les inspiraba mayor confianza y a que se había ganado el respeto y el favor del ejército, y se reunieron en torno a él¹⁷⁵⁴. Fimbria que, por otra parte, también había tenido un desencuentro reciente con Flaco¹⁷⁵⁵, supo capitalizar y liderar el descontento del

¹⁷⁵⁰ D.C. 30-35, fr. 104.1-5.

¹⁷⁵¹ Según Dion Casio (30-35, fr. 104.1), Flaco «era insaciable para las riquezas y no se contentaba con apropiarse del dinero que sobraba, sino que incluso se enriquecía a costa de la intendencia de los soldados y del botín, que en cada caso consideraba que era suyo». Cf. Liv. 82; App. *Mith.* 51-52.

¹⁷⁵² Conforme a Plutarco (*Sull.* 20.1), tras vencer en Queronea, en 86 a. C., Sila «supo que Flaco, que pertenecía a la facción contraria y había sido elegido cónsul, atravesaba el mar Jonio con una fuerza militar, en teoría para ir contra Mitridates, pero en realidad contra él, por lo que se dirigió a Tesalia para salirle al encuentro». Más allá de la defección de las tropas, no contamos con información del papel que pudo desempeñar Sila y si pudo incentivar de algún modo la acción de los soldados —hecho que, por otra parte, tampoco nos sorprendería dado el historia levantisco que protagonizó el futuro dictador tanto en Oriente como en Italia (vid. las insurrecciones que alentó contra Cayo Flavio Fimbria y Lucio Cornelio Escipión Asiático, en 85 y 83 a. C., respectivamente). Igualmente, tampoco podemos valorar si el cambio de bando respondió al deseo de las tropas de servir bajo el mando de un comandante con demostrada capacidad militar, tal y como se ha argumentado anteriormente, o si, más bien, obedeció a razones de naturaleza político-institucional y los soldados se sentían más cercanos ideológicamente al pensamiento político de Sila que a la propuesta política defendida por la facción cinnana (cf. De Blois, 2007: 172, quien sostiene la idea de que, en el ejército de Lucio Valerio Flaco, había soldados adeptos a la causa silana). Cf. App. *Mith.* 51.

¹⁷⁵³ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.24.1; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9. Para más información sobre ambos episodios, vid. Jal, 1962: 15, 17; Lintott, 1971: 696-701; Gruen, 1974: 372-373; Hinard, 1990: 153; Keppie, 1998: 49; Chrissanthos, 1999: 53-56; Lovano, 2002: 98-100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 39-40, 64, 78-79; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37; Wolff, 2013: 338-349; Brice, 2014: 30; 2020a: 52; 2020c: 116, 118; 2020d: 254; Brand, 2019: 221.

¹⁷⁵⁴ Conforme con Dion Casio (30-35, fr. 104.1), «después de haber simulado austeridad ante el dinero y esfuerzo con los soldados, se ganó la simpatía de estos y los enfrentó a Flaco». Cf. App. *Mith.* 51-52; Lintott, 1971: 699; Gruen, 1974: 372; De Blois, 2007: 172; Lovano, 2002: 99.

¹⁷⁵⁵ Según Apiano (*Mith.* 52), Fimbria estaba convencido de que Flaco no lo trataba con la consideración que él merecía. Las discrepancias entre Flaco y Fimbria hicieron que el segundo perdiera parte de sus

ejército. De este modo, al tanto de los problemas de las tropas y de la hostilidad que representaba la figura de Flaco¹⁷⁵⁶, utilizó su posición para ganarse a los oficiales y soldados más subversivos y, a través de ellos, granjearse el apoyo del resto de unidades¹⁷⁵⁷. Con este propósito, aprovechando la ausencia del cónsul, que en ese momento se hallaba en Calcedonia, arrebató, en primer lugar, el mando a Quinto Minucio Termo, a quien Flaco había conferido el control del ejército como propretor en sustitución de Fimbria, y, a continuación, se hizo con el gobierno de las tropas sobre la base de que el ejército le había confiado el mando a él¹⁷⁵⁸.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Tanto a la hora de contener la desertión de sus tropas como en el momento de poner fin a la amenaza de Fimbria, Flaco demostró carecer de aptitud y capacidad de reacción. Respecto a la primera situación, fue el propio Fimbria, que por aquel entonces todavía no se había enemistado con Flaco y, por consiguiente, no tenía motivos reales para actuar contra él, quien evitó que el resto del ejército desertara¹⁷⁵⁹. A tal efecto, no conocemos ni los términos ni los medios empleados para retener a los soldados, pero, sin duda, su intervención le situó como el mejor candidato para sustituir a Flaco, ganándose el respeto de la tropa. En relación al segundo episodio, creemos que, a raíz de su discusión con Fimbria, Flaco comenzó a recelar de su legado y a desconfiar de su lealtad, de ahí que lo sustituyera por Termo y lo relegara de sus funciones¹⁷⁶⁰. Este gesto, en lugar de apaciguar los ánimos, alentó todavía más la ambición de Fimbria y lo predispuso contra Flaco. A su regreso de Calcedonia, sabemos que Flaco intentó sin éxito reprender la actitud levantisca de su antiguo legado, y que, finalmente, tuvo que abandonar el ejército y huir, dada la falta de apoyos con los que contó. A este respecto, Fimbria ya se había ganado al ejército, y posiblemente también a centuriones y tribunos militares, pues ningún oficial se le opuso y defendió a su comandante¹⁷⁶¹. Sin apoyos, Flaco no tuvo la capacidad de controlar la situación, huyó a Nicomedia y allí fue asesinado por Fimbria¹⁷⁶².

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Tanto la desertión de Tesalia como el complot de Fimbria fueron un éxito. Mientras que los primeros lograron unirse a Sila sin dificultades y el resto del ejército no fue expedientado por la defección de sus

competencias y que Flaco comenzara a recelar de él. Cf. D.C. 30-35, fr. 104.4; Lintott, 1971: 699; Lovano, 2002: 99; Keaveney, 2007: 79; Brice, 2020a: 52; 2020c: 116, 118; 2020d: 254.

¹⁷⁵⁶ Como veremos más adelante, fue el encargado de evitar que el resto del ejército secundara la desertión de Tesalia y abandonara en bloque a Flaco (App. *Mith.* 51).

¹⁷⁵⁷ Para tal fin, utilizó la avaricia de Flaco, así como la codicia de los soldados, como arma de doble filo con la que desprestigiar al cónsul y ganarse a las tropas: «Fimbria lo acusó de que se había apoderado de las riquezas y lo denunció diciendo que vivía [...] lujosamente, mientras ellos pasaban fatigas bajo las tiendas durante el invierno» (D.C. 30-35, fr. 104.1-5). Cf. Brice, 2020c: 116, 118, quien apoya la teoría de que Cayo Flavio Fimbria conspiró con otros oficiales para hacerse con el control del ejército y eliminar a Lucio Valerio Flaco.

¹⁷⁵⁸ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; App. *Mith.* 52; D.C. 30-35, fr. 104.4-5. Cf. Lintott, 1971: 699; Keaveney, 2007: 79; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37; Brice, 2020a: 52; 2020c: 116.

¹⁷⁵⁹ App. *Mith.* 51. Cf. Jal, 1962: 15; Lintott, 1971: 699; Lovano, 2002: 99; Keaveney, 2007: 78-79.

¹⁷⁶⁰ App. *Mith.* 52; D.C. 30-35, fr. 104.4.

¹⁷⁶¹ Str. 13.27; D.C. 30-35, fr. 104.4-5. Cf. Lovano, 2002: 99.

¹⁷⁶² D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2, 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 52; Oros. 6.2.9. Cf. Lintott, 1971: 699; Gruen, 1974: 373; Hinard, 1990: 153; Keppie, 1998: 49; Lovano, 2002: 99; Keaveney, 2007: 39, 64, 79; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37; Brice, 2014: 30; 2020a: 52; 2020c: 116, 118; 2020d: 254; Brand, 2019: 221.

compañeros; con el asesinato de Flaco, los soldados se deshicieron de un comandante del que desconfiaban y al que no tenían ninguna estima, y Cayo Flavio Fimbria satisfizo su ambición personal con el mando de un ejército que, aunque no le pertenecía, había apoyado con entusiasmo su traición¹⁷⁶³.

CONSECUENCIAS: Aunque la muerte de Flaco y la llegada de Fimbria imprimieron celeridad a la guerra y supusieron a corto plazo que Roma ganara terreno a Mitrídates y que este fuera incluso derrotado por Fimbria¹⁷⁶⁴, la insurrección inauguró un trágico ciclo de disturbios, motines y fuertes problemas de indisciplina que no se cerraría hasta la llegada de Cneo Pompeyo Magno, en 66 a. C., y que coadyuvó a que la situación en Oriente fuera cada vez más frágil e inestable para los intereses de Roma. A partir de este episodio, las tristemente celeberrimas legiones “valerianas” o “fimbrianas” —como así se conoce popularmente a las tropas que, primero, traicionaron a Valerio Flaco y, seguidamente, vendieron a Flavio Fimbria— pasaron a la historia como resultado de su infame historial de insurrecciones y de su capacidad para controlar la voluntad de los próximos generales romanos destinados a la guerra contra Mitrídates¹⁷⁶⁵.

COMENTARIO: Al igual que las insurrecciones organizadas contra Quinto Pompeyo Rufo y Apio Claudio Pulcro, o la propiciada por Lucio Cornelio Sila contra Roma —entre otros muchos ejemplos que hemos visto y analizado más arriba—, la revuelta impulsada contra Lucio Valerio Flaco no fue promovida por la soldadesca romana, sino que fue orquestada por un oficial del ejército romano, en este caso por el legado Cayo Flavio Fimbria. En todos estos ejemplos, aunque las tropas estaban descontentas y tenían motivos suficientes para suscitar el amotinamiento de sus correligionarios romanos, las causas subyacentes no fueron lo suficientemente importantes como para precipitar la sublevación de los soldados y que fueran estos, sin ayuda de intermediarios, los que coordinaran y ejecutaran la insurrección. Por el contrario, necesitaron de una figura de autoridad que los organizara y que los dirigiera. Esto nos hace pensar que los soldados, o bien no estaban debidamente organizados y coordinados como para iniciar ellos mismos el levantamiento, o bien no se sentían con la voluntad y los apoyos suficientes como para decidirse a actuar. De cualquier modo, todo parece indicar que, al menos al principio del siglo I a. C., esa capacidad de decisión y libertad de acción y de pensamiento que se le presupone al ejército tardorrepblicano no estaba demasiado desarrollada por aquel entonces. En otro orden de ideas, se destaca la falta de interés y/o de medios por parte de las autoridades políticas y militares romanas para condenar y perseguir este tipo de acciones, ya que, una vez más, como ya pasara con las muertes de Aulo Postumio Albino y Quinto Pompeyo Rufo, se pasó por alto el asesinato de un magistrado romano.

¹⁷⁶³ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

¹⁷⁶⁴ Str. 13.27; Vell. 2.24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 52; Oros. 6.2.9. Cf. Lovano, 2002: 99-100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 39; Sage, 2008: 240; Brice, 2020c: 118.

¹⁷⁶⁵ Vid. *infra* las insurrecciones contra Cayo Flavio Fimbria y Lucio Licinio Lúculo para más información.

3.5.2. Campamento de Tiara¹⁷⁶⁶, provincia de Asia, 85 a. C.

«Sila, por tanto, lo rodeó [a Fimbria] con un foso y, como muchos de los soldados de Fimbria desertaran a las claras, este, convocando a los restantes a una asamblea, les exhortó a que se quedaran, y al negarse ellos a combatir contra conciudadanos, desgarrándose la túnica se arrojó a los pies de cada uno»¹⁷⁶⁷.

SITUACIÓN PREVIA: Tras el asesinato de Lucio Valerio Flaco, Cayo Flavio Fimbria se hizo ilegalmente con el control de las dos legiones de Flaco y continuó por su cuenta y riesgo la guerra contra Mitrídates¹⁷⁶⁸. A pesar de que durante un tiempo su iniciativa contó con el respaldo de las tropas y llegó, incluso, a imponerse al rey del Ponto¹⁷⁶⁹, su ambición no fue suficiente para vencer al ingenio de Sila. Rodeado por el ejército del futuro dictador, fue testigo de cómo sus soldados cambiaban de bando y lo abandonaban¹⁷⁷⁰.

CAUSAS: Aunque, aparentemente, los soldados no tenían ninguna queja con respecto al liderazgo de Fimbria¹⁷⁷¹, las tropas temían enfrentarse a Lucio Cornelio Sila, un comandante con un largo historial militar, que recientemente había salido vencedor de dos grandes batallas —en Queronea y Orcómeno, en 86 y 85 a. C., respectivamente¹⁷⁷²—, y que, ante todo, contaba con un ejército adiestrado en la guerra, bien entrenado, bastante más numeroso que el fimbriano, y muy leal a su comandante¹⁷⁷³. Junto al elemento castrense, y al miedo a enfrentarse a un ejército superior y a un comandante de gran prestigio, debemos añadir el componente psicológico. Los soldados de Fimbria, que se habían congregado bajo su mando por considerarlo mejor comandante que Flaco y porque consideraban que con él iban a hallar las riquezas propias de una campaña en Oriente, se vieron por sorpresa cercadas, dominadas y humilladas, no por un ejército enemigo, sino por otros soldados romanos, lo que provocó la confusión y el desánimo entre sus filas¹⁷⁷⁴. Por otro lado, Apiano (*Mith.* 59) nos da la clave de las posibles razones de carácter sociopolítico detrás de la

¹⁷⁶⁶ Moderna Akhisar (al oeste de la actual Turquía).

¹⁷⁶⁷ App. *Mith.* 59.

¹⁷⁶⁸ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

¹⁷⁶⁹ Str. 13.27; Vell. 2.24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 52; Oros. 6.2.9. Cf. Lovano, 2002: 99-100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 39; Sage, 2008: 240; Brice, 2020c: 118.

¹⁷⁷⁰ Al margen de las razones políticas que podría tener Sila para eliminar a Fimbria, fue la toma y el posterior saqueo de la ciudad de Ilión por parte de Fimbria lo que originó la rivalidad directa entre ambos personajes, ya que la ciudad, que se había declarado simpatizante del bando silano, estaba esperando su llegada para rendirse cuando Fimbria la devastó (Str. 13.27; Liv. 83; App. *Mith.* 53, 56; D.C. 30-35, fr. 104.7; Oros. 6.2.11).

¹⁷⁷¹ Según Orosio (6.2.10), si no hubiera sido porque Lucio Licinio Lúculo se negó a ayudarle, Fimbria podría haber derrotado a Mitrídates cuando lo tuvo asediado en Pitane. Cf. Liv. 83; Vell. 2.24.; Plu. *Luc.* 3.6-8.

¹⁷⁷² Vell. 2.23.3, 6; App. *BC* 1.76; *Mith.* 30-41, 41-45, 49-50, 54-58.

¹⁷⁷³ Plu. *Sull.* 12.9; 27.3; App. *BC* 1.76; *Mith.* 55, 76, 79. Cf. Chrissanthos, 2004: 360; Keaveney, 2007: 40, 80; Brice, 2020c: 118.

¹⁷⁷⁴ De acuerdo con Apiano (*Mith.* 59), el ejército de Sila, «rodeando con ira y desprecio el campamento de Fimbria, lo insultaba». Cf. Plu. *Sull.* 25.1; App. *Mith.* 59; Oros. 6.2.11. Igualmente, Brice (2020d: 264) insinúa la posibilidad de que las constantes marchas y los continuos combates hicieran mella en la resistencia física de los soldados de Fimbria y les predispusieran a la desertión.

deserción de los hombres de Fimbria. Según este autor, una vez que advirtieron las tropas la posibilidad de entrar en combate con Sila, empezaron a abandonar a su comandante, escudándose en que no querían combatir contra sus conciudadanos¹⁷⁷⁵. Finalmente, debemos hablar del posible carácter económico de la revuelta. Siguiendo el mismo razonamiento expuesto en la insurrección anterior, los soldados de Fimbria, ante la posibilidad de servir bajo el mando de un comandante más capacitado que su actual general, pudieron hacer defección al creer que de esa forma obtendrían mejores garantías económicas y mayores recompensas monetarias¹⁷⁷⁶.

OBJETIVOS: La principal motivación de las tropas fue eludir el enfrentamiento armado y garantizar su seguridad personal y económica. Para ello, era necesario abandonar a su actual comandante y pasarse al lado de Sila.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción del ejército de Cayo Flavio Fimbria. Conforme a Apiano (*Mith.* 59), tras haber sido rodeado por un foso el ejército fimbriano, fueron muchos los soldados que empezaron a pasarse al bando contrario, siendo cada vez más numerosas y constantes las deserciones conforme pasaba el tiempo. La insurrección fue pacífica, organizada desde el exterior del ejército y secundada desde el interior¹⁷⁷⁷.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Aunque fue, principalmente, la presión de Sila lo que dobló la voluntad del ejército de Fimbria¹⁷⁷⁸, y el principal aglutinante de los soldados fue el miedo a enfrentarse al futuro dictador, creemos que tuvo que existir algún tipo de organización y movilización paralela desde el interior del ejército que secundara y respondiera positivamente al estímulo externo. Así, consideramos la presencia de un debate interno entre oficiales y soldados en torno a la posibilidad o no de prescindir del mando de su actual comandante y de pasarse al bando silano¹⁷⁷⁹. En tal sentido, creemos que pudo haber un contacto previo que asegurara el paso de las tropas, y que, en consecuencia, pudo darse una suerte de *colloquium* entre ambos ejércitos que facilitara la insurrección de los segundos en favor de los primeros¹⁷⁸⁰.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: En ningún momento se le pasó por alto a Fimbria ni la actitud levantisca de su ejército ni las maniobras subversivas de Sila. De ahí que se esforzara desde el principio en contener a sus hombres y retenerlos bajo

¹⁷⁷⁵ Aunque nuestro cometido no es cuestionar el patriotismo del ejército de Fimbria, nos resulta sospechoso que esos mismos soldados que no dudaron en instigar y respaldar el asesinato de su comandante Lucio Valerio Flaco, ciudadano romano y *consul suffectus* de Roma, de repente tuvieran remordimientos de defenderse del asedio de Sila. Asimismo, *vid.* Lovano, 2002: 100; Keaveney, 2007: 40-41, sobre la “legitimidad” de cada uno de los contendientes.

¹⁷⁷⁶ Sobre el posible carácter corrupto de los “fimbrianos”, *vid.* Keaveney, 2007: 40.

¹⁷⁷⁷ Liv. 83; Vell. 2.24.1; Plu. *Sull.* 25.1; App. *Mith.* 59-60; Oros. 6.2.11. Para más información sobre lo ocurrido, *vid.* Jal, 1962: 17; Gruen, 1974: 372-373, 376; Keppie, 1998: 49; Chrissanthos, 1999: 56-58; 2004: 360, 362; Lovano, 2002: 100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 40-41, 64, 73, 79-80; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37, 39; Gueye, 2013a: 227; Wolff, 2013: 338-349; Brand, 2019: 221; Brice, 2020c: 118; 2020d: 258-259, 262, 264.

¹⁷⁷⁸ App. *Mith.* 59; Plu. *Sull.* 25.1; Oros. 6.2.11. *Cf.* Lovano, 2002: 100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 40; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37-39.

¹⁷⁷⁹ *Cf.* App. *Mith.* 59.

¹⁷⁸⁰ «Los soldados de Fimbria salieron del campamento vestidos sólo con sus túnicas, saludaron afectuosamente a los de Sila y con gran ánimo se pusieron a ayudarles en sus trabajos» (Plu. *Sull.* 25.1). *Cf.* Keaveney, 2007: 40-41, 80, para quien los hombres de Sila jugaron un papel clave a la hora de convencer a los “fimbrianos” de que abandonaran a su general y se pasaran a su lado.

su autoridad, utilizando todos los medios a su disposición¹⁷⁸¹. Ante las primeras deserciones, Fimbria convocó a sus soldados a una *contio* y les exhortó a que se quedaran a su lado¹⁷⁸². Seguidamente, «desgarrándose la túnica se arrojó a los pies de cada uno» y, tras percibir que su intervención no lograba conmover a sus hombres, extendiéndose todavía más las deserciones, «recorrió las tiendas de los oficiales y, después de sobornar a algunos de ellos con dinero, convocó de nuevo una asamblea y ordenó que se unieran a él en *iusiurandum*»¹⁷⁸³. Con este fin, citó primero a los soldados que le debían algún favor, creyendo que le ayudarían a combatir la rebelión del resto¹⁷⁸⁴. Sin embargo, como también encontró resistencia por su parte, Fimbria, viendo que había fracasado su intento de negociación y que la situación se había descontrolado, «desenvainó su espada y amenazó» a los presentes¹⁷⁸⁵. Perdida toda esperanza, sobornó a un esclavo con dinero y con la esperanza de libertad, y lo envió, como si fuera un desertor, para asesinar a Sila. Pero también fracasó. El esclavo fue detenido y obligado a confesar¹⁷⁸⁶. Abandonado por todos, Fimbria solicitó una reunión, se disculpó por todos sus actos, y, por último, negoció su salida. Sila accedió y dejó marchar a Fimbria, quien se retiró a Pérgamo y se suicidó en el interior del templo de Esculapio¹⁷⁸⁷. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Los soldados de Fimbria, no sólo evitaron el castigo y enfrentarse a Sila, sino que, además, aseguraron su permanencia en Oriente y por ende la posibilidad de enriquecerse¹⁷⁸⁸. Con Fimbria eliminado de la ecuación, Sila confirmaba su posición en Asia y se erigía como el único y absoluto vencedor de la primera guerra contra Mitrídates¹⁷⁸⁹.

CONSECUENCIAS: La primera consecuencia fue un nuevo asesinato y una nueva mancha en el cuestionable currículum militar de las legiones valerianas y fimbrianas, lo que no hizo sino espolear todavía más su fama de tropas pérfidas e indisciplinadas, y desestabilizar la región. En segundo término, se destaca el dominio militar de Sila, quien, además de imponerse a Mitrídates y de suprimir la amenaza de Fimbria, reforzaba su ejército con la incorporación de las tropas del segundo¹⁷⁹⁰.

¹⁷⁸¹ Lovano, 2002: 100; De Blois, 2007: 172.

¹⁷⁸² App. *Mith.* 59. Cf. Chrissanthos, 2004: 360, 362; Keaveney, 2007: 40.

¹⁷⁸³ App. *Mith.* 59. Cf. Gruen, 1974: 376; Chrissanthos, 2004: 360; Keaveney, 2007: 40, 64.

¹⁷⁸⁴ App. *Mith.* 59.

¹⁷⁸⁵ App. *Mith.* 59.

¹⁷⁸⁶ App. *Mith.* 59. Cf. Keaveney, 2007: 40.

¹⁷⁸⁷ Según Plutarco (*Sull.* 25.1), se suicidó en su campamento de Tiatira en Lidia, debido a que sus soldados le habían abandonado y por temor a lo que le podría hacer Sila. En cambio, Apiano (*Mith.* 60) y Orosio (6.2.11) mantienen que se suicidó en Pérgamo, en el templo de Esculapio. Tito Livio (83) prefiere creer que se hizo matar por su esclavo, a la manera de otros grandes personajes, y Veleyo Patérculo (2.24.1) sólo menciona el suicidio, sin especificar el lugar. Sobre el debate de si Cayo Flavio Fimbria se suicidió o fue, en realidad, asesinado por orden de Sila, *vid.* Jal, 1962: 17; Gruen, 1974: 373; Lovano, 2002: 100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 40; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 39; Gueye, 2013a: 227; Brand, 2019: 221; Brice, 2020d: 258.

¹⁷⁸⁸ Por el contrario, Brice (2020d: 262) sugiere que el haberlos dejado en Oriente y no haberlos llevado consigo de vuelta a Italia pudo ser la forma escogida por Sila para castigar a los “fimbrianos”.

¹⁷⁸⁹ App. *BC* 1.76; *Mith.* 60.

¹⁷⁹⁰ Aunque Apiano (*Mith.* 60) nos informa de que Sila «acogió con alegría al ejército de Fimbria cuando se acercó a él y lo unió con el suyo» (cf. Gruen, 1974: 372; Keppie, 1998: 49; Lovano, 2002: 100; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 64; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 39; Gueye, 2013a: 227; Brice, 2020c: 118; 2020d: 258), de acuerdo con Orosio (6.2.12) varios soldados prófugos se unieron a

COMENTARIO: Una vez más, es el contexto de enfrentamiento interno lo que terminó condicionando el comportamiento subversivo de los soldados de Fimbria, trasladando al campamento militar la lucha política de la capital. La presencia de un ejército romano superior, así como la figura de Lucio Cornelio Sila, desencadenó, primero, la desertión del ejército y, después, el suicidio de su comandante. Es Sila, junto con sus tropas, el que promovió la insurrección, y es Sila el que, sumándose a la traición de los soldados de Fimbria, exoneró al ejército de toda culpa y lo liberó de toda responsabilidad, justificando tanto su indisciplina como la muerte de su general. Aunque los hombres de Fimbria disfrutaron de una mayor autonomía a la observada en otras insurrecciones, siguieron necesitando de una figura poderosa que los congregara y los animara a actuar. Pero, sobre todo, necesitaron de una figura de autoridad que los exculpara de su falta, los admitiera a pesar de su defección y les garantizara su supervivencia física y material. A pesar de que se advierte un grado de organización y de asociación más avanzado que en ejemplos anteriores, todavía nos encontramos ante un ejército dependiente de estímulos externos y sin capacidad de movilización propia.

3.5.3. Cízico¹⁷⁹¹, 74 a. C.; Amisos¹⁷⁹², 72 a. C.; Gordiene¹⁷⁹³, 69 a. C.; río Arsánias¹⁷⁹⁴, 68 a. C.; Nísibis¹⁷⁹⁵, 67 a. C.; *Locus incertus*¹⁷⁹⁶, 66 a. C.

«Y allí tomó [Lucio Licinio Lúculo] el mando de todas las otras tropas que estaban desde hacía tiempo arruinadas por el lujo y los excesos, los llamados “fimbrianos” [también llamados “valerianos”], que por estar acostumbrados al desorden se habían vuelto ingobernables. Pues eran estos quienes habían destruido junto a Fimbria al cónsul Flaco, su general, y luego entregaron al propio Fimbria a Sila. Hombres osados y sin ley, pero combativos y sufridos, con la experiencia de la guerra»¹⁷⁹⁷.

SITUACIÓN PREVIA: Si bien la intervención de Lucio Cornelio Sila ayudó a Roma a derrotar a Mitrídates, a recuperar territorios perdidos y a restablecer el *statu quo ante bellum*, la emergencia de la guerra civil impidió resolver definitivamente el problema y permitió que Mitrídates ganara tiempo y se recuperara, reanudándose el conflicto poco después. En lo que concierne a nuestro estudio, debemos pasar directamente a la tercera fase del conflicto¹⁷⁹⁸, momento en el cual se encargó al procónsul Lucio Licinio Lúculo

Mitrídates. A este respecto, por consejo de dos de ellos, Fannio y Magio, Mitrídates firmó más tarde un pacto con Quinto Sertorio por medio de legados enviados a Hispania. Para más información sobre las relaciones entre Mitrídates y Sertorio, *vid.* Liv. 93; Plu. *Luc.* 8.5, 12.5; *Sert.* 23-24; App. *Mith.* 68, 70, 72, 76-77.

¹⁷⁹¹ Noroeste de la actual Turquía.

¹⁷⁹² Actual Samsun (al norte de la actual Turquía).

¹⁷⁹³ En la actual Armenia.

¹⁷⁹⁴ Actual río Murat (al este de la actual Turquía).

¹⁷⁹⁵ Actual Nusaybin (al sureste de la actual Turquía).

¹⁷⁹⁶ En algún lugar del Ponto (norte de la actual Turquía).

¹⁷⁹⁷ Plu. *Luc.* 7.1-2.

¹⁷⁹⁸ En la segunda fase de la guerra no hemos detectado ningún episodio de indisciplina.

la dirección de la guerra¹⁷⁹⁹. Seguidamente, analizaremos todos los actos de indisciplina y episodios de insurrección que sufrió Lúculo durante su campaña en Oriente¹⁸⁰⁰.

CAUSAS¹⁸⁰¹: Identificamos cinco posibles razones detrás del malestar de los soldados. Militares: las tropas estaban molestas con Lúculo por su manera de gestionar la guerra, no porque su estrategia no les hubiera servido para obtener importantes victorias e imponerse en numerosas ocasiones a los reyes Mitrídates VI del Ponto y Tigranes II de Armenia¹⁸⁰², sino porque consideraban que estaba dilatando deliberadamente la campaña¹⁸⁰³. En la misma línea, los soldados estaban irritados por la extensión del servicio militar, de ahí que se negaran, finalmente, a continuar la lucha y a embarcarse en nuevas expediciones¹⁸⁰⁴. Por último, las tropas, esencialmente las legiones “valerianas” y/o “fimbrianas”¹⁸⁰⁵, las cuales contaban con un peligroso historial subversivo¹⁸⁰⁶, estaban disgustadas por la supuesta severidad con la que Lúculo ejercía el mando¹⁸⁰⁷. Personales: a pesar de que las tropas estaban enfadadas con su comandante a causa de la disciplina con la que las dirigía y de que no les permitía el saqueo, lo que más aborrecían de Lúculo era su arrogancia¹⁸⁰⁸. En otro orden de cosas,

¹⁷⁹⁹ Para tal fin, contó con cinco legiones bajo su mando. Según Apiano (*Mith.* 72), las fuerzas de Lúculo sumaban un total de treinta mil soldados de infantería y mil seiscientos jinetes al comienzo de su campaña contra Mitrídates, en 74 a. C. A este respecto, Lúculo trajo de Roma una legión (Plu. *Luc.* 7.1; App. *Mith.* 72), se hizo con el mando de las legiones “valerianas” o “fimbrianas”, que anteriormente habían servido bajo el mando de Lucio Valerio Flaco, Cayo Flavio Fimbria y Lucio Licinio Murena (Plu. *Luc.* 7.1-2; App. *Mith.* 64, 72), y se habían visto implicadas en dos insurrecciones (*vid. supra*), y, por último, tenía consigo otras dos legiones de origen desconocido (App. *Mith.* 72).

¹⁸⁰⁰ La razón por la que hemos decidido agrupar todos los casos de indisciplina en un único análisis colectivo, en lugar de examinar cada suceso por separado, es facilitar la comprensión del “fenómeno de la insurrección” a partir de la exposición y puesta en común de todos los ejemplos identificados; muchos de ellos insurrecciones “menores” que no hubieran permitido una interpretación más exhaustiva si no se hubieran puesto en relación con el resto de incidentes. Asimismo, el hecho de que todos estos episodios de indisciplina fueran protagonizados por las mismas unidades militares y afectaran al mismo comandante, favorece un análisis holístico y la posibilidad de trazar una evolución diacrónica y sincrónica tanto del comportamiento de las tropas como de la respuesta de su general.

¹⁸⁰¹ Pese a que a lo largo del análisis se diferenciara entre una y otra insurrección, con el fin de resaltar las singularidades de cada una, en lo concerniente a las causas y objetivos, salvo excepciones, trataremos la información en conjunto, puesto que estamos ante dos apartados que presentan más similitudes que diferencias.

¹⁸⁰² A partir de 69 a. C., Tigranes II de Armenia, yerno de Mitrídates VI, intervino a favor de este último contra Roma.

¹⁸⁰³ Vell. 2.33.1; Plu. *Luc.* 14.1, 5-8; 24.1; App. *Mith.* 90; D.C. 36.2.2; 16.1. Cf. Gabba, 1975: 23; Chrissanthos, 2004: 362, 364; Gauthier, 2015: 109.

¹⁸⁰⁴ Plu. *Luc.* 14.4; 24.1; 30.4-5; 32.1-3; 35.3-4, 7-8; App. *Mith.* 90. Cf. Chrissanthos, 2004: 362-364; Fields, 2008: 29; Brice, 2020d: 264.

¹⁸⁰⁵ De aquí en adelante, utilizaremos indistintamente cualquiera de estos dos sobrenombres para referirnos a las legiones que, primero, apoyaron a Cayo Flavio Fimbria en el asesinato de Lucio Valerio Flaco, y, más tarde, abandonaron a aquel para pasarse al lado de Sila.

¹⁸⁰⁶ Plu. *Luc.* 7.1-2; D.C. 36.14.3. Sobre la naturaleza voluble y levantisca de los “fimbrianos”, *vid.* Gruen, 1974: 372; Chrissanthos, 2004: 362; Harris, 2006: 300; De Blois, 2007: 172-173; Keaveney, 2007: 64; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 37, 39; Brice, 2020c: 118-119.

¹⁸⁰⁷ De acuerdo con Dion Casio (36.16.2), Lúculo «los abrumaba con órdenes, era riguroso al exigirles su cometido, inflexible en los castigos y no conocía manera alguna ni de atraérselos con palabras, ni de ganar su adhesión mediante benevolencia, ni de hacerlos suyos con honores o repartos de dinero, cosas todas necesarias cuando se trata con una masa de hombres y especialmente cuando se la conduce a la guerra». Cf. Plu. *Luc.* 7.3; 15.7; Jal, 1962: 23-24; Gabba, 1975: 23; Chrissanthos, 2004: 356, 363-364; Kiesling, 2006: 240-241; Fields, 2008: 29; Rosenstein, 2011: 143.

¹⁸⁰⁸ Según Plutarco (*Luc.* 33.2-5), pese a sus notables habilidades castrenses, Lúculo fue incapaz de preocuparse por sus soldados, de empatizar con ellos y de ganarse su afecto: «no se cuidaba de la mayoría

Publio Clodio Pulcro, principal instigador de los incidentes del invierno del 68-67 a. C., cuñado de Lúculo y, probablemente, miembro de su *consilium*¹⁸⁰⁹, decidió conspirar contra el general romano a causa de la envidia y del resentimiento que le tenía¹⁸¹⁰. Económicas: los soldados estaban enfadados porque su general les impedía el saqueo y el pillaje¹⁸¹¹, y porque la estrategia de Lúculo no les proporcionaba el botín que ellos esperaban obtener de una campaña en Oriente¹⁸¹². Las críticas de las tropas dieron lugar a que se acusara a Lúculo de avaricia, de codiciar las riquezas de los monarcas orientales, y de alargar la guerra sólo con objetivo de enriquecerse¹⁸¹³. Físicas: la dureza de la campaña y del servicio militar hizo que las tropas, la mayoría de ellas no acostumbradas a las exigencias de la guerra ni a la rigurosidad del clima¹⁸¹⁴, vieran en Lúculo el principal promotor de sus desgracias¹⁸¹⁵. Asimismo, se le acusó de dejar a sus

de los soldados y consideraba que todo lo que se hacía para complacer al que obedecía era una deshonra y un desgaste. Y lo más grave, que ni siquiera era oportuno por naturaleza con los poderosos y sus iguales en rango, sino que los despreciaba a todos y no consideraba digno a ninguno ante él». Cf. D.C. 36.16.2; Gabba, 1975: 23; Kiesling, 2006: 240; Keaveney, 2007: 10; Fields, 2008: 29. Por otro lado, y en un plano más personal, Lúculo se había ganado la antipatía de las tropas al no enterrar a los combatientes romanos muertos en la batalla de Zela de 67 a. C. Así, cuando, en 64 a. C., Cneo Pompeyo Magno «encontró en su camino los cuerpos aún no sepultados de aquellos que, bajo las órdenes de [Cayo Valerio] Triario, habían caído muertos en un desgraciado combate contra Mitrídates, les dio a todos un entierro espléndido y digno, cosa que Lúculo había desatendido y que fue al parecer la causa principal del odio que en torno a él se suscitó» (Plu. *Pomp.* 39.2).

¹⁸⁰⁹ Broughton, 1952: 140; Fields, 2008: 29.

¹⁸¹⁰ «Publio Clodio, un hombre soberbio y lleno de toda la arrogancia y audacia posibles [...] marchaba en campaña junto con Lúculo, pero no había obtenido las hazañas gloriosas que creía merecer. Pues creía que se le debía un lugar principal y como fuera dejado de lado por muchos debido a su carácter, servía secretamente al ejército de Fimbria y lo incitaba contra Lúculo, propagando palabras útiles para los soldados que no estaban mal dispuestos o no acostumbrados a la demagogia» (Plu. *Luc.* 34.1-2). Cf. Cic. *Har.* 42; De Blois, 2007: 172-173; Fields, 2008: 29.

¹⁸¹¹ App. *Mith.* 82, 85. Cf. Gabba, 1975: 23; Warry, 1995: 152; Chrissanthos, 2004: 364; Keaveney, 2007: 10, 85; Gauthier, 2015: 108, 110.

¹⁸¹² En 72 a. C., las tropas acusaron a Lúculo de que se ganara a todas las ciudades sin luchar y de que no tomara ninguna por la fuerza, pues de esa manera se veían privadas del saqueo y del botín de guerra. Al respecto, le propusieron asediar Amisos, «ciudad feliz y rica» (Plu. *Luc.* 14.2-3). Cf. Gabba, 1975: 23; De Blois, 1987: 20; 2007: 172-173; Warry, 1995: 152; Chrissanthos, 2004: 363-364; Keaveney, 2007: 10, 60, 62, 85; Fields, 2008: 29; Gauthier, 2015: 108, 110.

¹⁸¹³ Vell. 2.33.1-2. En este sentido, también se le acusó de corromper al ejército y de introducir el lujo en Roma: «fue quien introdujo en edificios, en los banquetes y en los enseres, el lujo desmedido que se ha difundido ampliamente, a quien Pompeyo Magno solía llamar no sin gracia Jerjes togado» (Vell. 2.33.4). No obstante lo anterior, más que lujo, como tal, parece que, durante un momento de la campaña, en torno al 72 a. C., cuando Lúculo marchó contra Mitrídates a través de Bitinia y Galacia, en su campamento se pasó de la escasez a la abundancia, lo que a la postre derivó en indolencia y perversión, y, por consiguiente, en indisciplina: «Y según avanzaba se apoderó de todo el terreno, llegando a tal abundancia de medios que un buey costaba en su campamento una dracma, y un esclavo, cuatro, en tanto que otro tipo de botín no se pagaba en absoluto, por lo que unas cosas las dejaban y otras las destruían. Así que no había intercambio de nada entre nadie al hallarse todos en semejante abundancia» (Plu. *Luc.* 14.1). Cf. Chrissanthos, 2004: 364; De Blois, 2007: 172-173; Keaveney, 2007: 85; Gauthier, 2015: 112.

¹⁸¹⁴ De acuerdo con Cicerón (*Man.* 23-24), el ejército «estaba inquieto a causa de la excesiva lejanía de aquellos lugares y por el recuerdo de los suyos». De tal modo que, «nuestros soldados prefirieron regresar oportunamente de aquellos lugares a penetrar más adentro en tierra enemiga». Cf. Gruen, 1974: 372; Chrissanthos, 2004: 356, 362, 364; Fields, 2008: 29; Rosenstein, 2011: 143.

¹⁸¹⁵ En 68 a. C., tras derrotar a Mitrídates y Tigranes en la batalla de Artaxata, «justo en el equinoccio del otoño cayeron intensas tormentas, contra lo que cabría esperar. Cayó nieve en la mayor parte del terreno, lo que trajo escarcha y heladas [...]. La mayor parte del país, que era boscosa, de angostos desfiladeros y llena de húmedos pantanos, los mantenía siempre helados y empapados por la nieve durante las marchas y

hombres abandonados al frío y a la intemperie, mientras él pasaba el invierno al calor de las ciudades aliadas¹⁸¹⁶. Y, finalmente, políticas: en primer lugar, no debemos ignorar que las legiones “valerianas” habían sido reclutadas en tiempos de Cinna para combatir a Sila, y puestas en manos de Lucio Valerio Flaco y Cayo Flavio Fimbria, ambos cinnanos; de tal modo que los soldados podrían estar molestos de servir bajo el mando de un aristócrata y amigo personal del pasado dictador, y que, además, los había sometido a una disciplina mucho más férrea de la acostumbrada¹⁸¹⁷. Por último, el hecho de que a Lúculo se le retirara la dirección de la guerra en Oriente y que desde Roma ya se hubiera designado y enviado en su lugar a un nuevo magistrado *cum imperio*, pudo servir de pretexto a los soldados para desobedecer las órdenes de su comandante¹⁸¹⁸.

OBJETIVOS: Los soldados deseaban deshacerse de Lúculo, al que no soportaban por los motivos arriba expuestos¹⁸¹⁹, y, o bien abandonar el servicio militar, habida cuenta de que unos no soportaban la dureza de la campaña¹⁸²⁰, y otros, como los “valerianos” y/o “fimbrianos”, consideraban que su tiempo en la milicia ya había concluido¹⁸²¹; o bien servir bajo el mando de otro comandante del que pudieran obtener más y mejores beneficios. A tal efecto, esperaban servir bajo un mando más indulgente que el de su actual general, y con el que se pudieran enriquecer a base del botín, de los saqueos y de la rapiña de la guerra¹⁸²². Respecto a esto último, fue el factor económico una de las principales razones de la indisciplina de las tropas, de ahí que fueran

en malas condiciones cuando pernoctaban en lugares húmedos» (Plu. *Luc.* 32.1-2). Cf. Gabba, 1975: 23; De Blois, 2007: 172; Chrissanthos, 2004: 363.

¹⁸¹⁶ Conforme a Plutarco (*Luc.* 33.2-4), «los soldados tenían mala disposición hacia él [...] al haber sido obligados a pasar dos inviernos seguidos en sus tiendas de campaña. Y también el resto de los inviernos les trajeron fatigas. Pues acamparon a cielo raso en la fría estación tanto durante la expedición militar como cuando se hallaban junto a sus aliados. Ni una sola vez entró Lúculo junto con su guarnición en una ciudad griega y amigable». Cf. Sal. *Hist.* 5.10; Gabba, 1975: 23.

¹⁸¹⁷ A esto hay que añadirle que en el pasado Lúculo se había opuesto enérgicamente, por un lado, a que se restaurara a los tribunos de la plebe las prerrogativas de las que se habían visto privados por Sila, y, por el otro, a la derogación de las leyes silanas (Plu. *Pomp.* 5).

¹⁸¹⁸ Esta situación se daría entre el 67 y el 66 a. C. cuando, por medio de decretos en los que se eximía a las tropas del servicio militar y se las licenciaba de sus obligaciones para con Lúculo, se incitó desde la capital a que el ejército abandonara a su comandante (Plu. *Luc.* 33.5-6; 35.3-8; App. *Mith.* 90; D.C. 14.4-15.3, 16.3). Conforme a Chrissanthos (2004: 363), fueron los mismos oficiales de Lúculo quienes, conscientes de la oposición que su comandante estaba sufriendo en la capital, habrían introducido en el campamento los rumores de que el mando de Lúculo estaba llegando a su fin y de que desde Roma se estaba barajando la idea de transferir la dirección del ejército a otro general, probablemente Pompeyo: «The officers knew popular leaders in Rome were attacking Lucullus' continued, extended command. They knew that these popular leaders were trying to strip Lucullus of his provinces and army, and possibly hand them over to Pompeius. These activities in Rome made Lucullus' command less secure. This would encourage them to undermine Lucullus' control over his army by passing this information on to the soldiers». Cf. Gruen, 1974: 373; Warry, 1995: 152; Keppie, 1998: 52, 55; De Blois, 2007: 172; Fields, 2008: 29; Sage, 2008: 240; Brice, 2014: 112, 126; Gauthier, 2015: 109.

¹⁸¹⁹ Plu. *Luc.* 33.2-5; *Pomp.* 39.2.

¹⁸²⁰ Plu. *Luc.* 34.6. Cf. Chrissanthos, 2004: 363; Rosenstein, 2011: 143.

¹⁸²¹ Plu. *Luc.* 14.4; 24.1; 30.4-5; 32.1-3; 34.6; 35.3-4, 7-8; App. *Mith.* 90; D.C. 14.4-15.3. Sobre lo extraordinario de la duración del servicio militar por parte de los “fimbrianos”, *vid.* Gruen, 1974: 379-380; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 39.

¹⁸²² De ahí que, según Plutarco (*Luc.* 34.4), recibieran con buena disposición a Clodio, al que llamaban «benefactor de los soldados»; y que, de acuerdo con Dion Casio (36.16.3), incluso los “valerianos” se enrolaran de nuevo en el ejército tras la llegada de Cneo Pompeyo Magno. Cf. Chrissanthos, 2004: 363; De Blois, 2007: 172-173; Keaveney, 2007: 60, 62, 64.

acusadas de avaricia¹⁸²³. En relación a los posibles intereses políticos y/o ideológicos de las tropas, creemos que este factor sólo fue una excusa de la soldadesca romana para dar rienda suelta a su indisciplina; pues, de lo contrario, no se entiende que los desórdenes en el ejército tuvieran lugar desde el inicio de la campaña de Lúculo, cuando ni su *auctoritas* ni su *imperium* se cuestionaban en Roma, y que, por otro lado, se pasaran, en 85 a. C., al bando de Sila si se consideraban verdaderos *cinnanos*¹⁸²⁴.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Las tropas buscaron, por encima de todo, socavar la autoridad de su comandante y entorpecer el desempeño de su mando. Para ello, entre los años 74 y 66 a. C., los soldados bajo el mando de Lucio Licinio Lúculo protagonizaron todo tipo de actos de indisciplina y episodios de insurrección¹⁸²⁵. En 74 a. C., aunque no conocemos con exactitud los detalles, sí que sabemos que las tropas «tuvieron mala disposición hacia Lúculo ya desde el comienzo de la campaña de Cízico»¹⁸²⁶. En 72 a. C., en primer lugar, los soldados protestaron y se quejaron airadamente porque Lúculo se demoraba en ciudades y aldeas sin valor, y porque su estrategia les impedía enriquecerse con la guerra¹⁸²⁷; en segundo lugar, en el transcurso de un combate, mientras que una parte de las unidades se dejó llevar por el ardor de la batalla y presionaron a Lúculo para que les permitiera enfrentarse a su enemigo, otras abandonaron la lucha y huyeron¹⁸²⁸; en tercer lugar, desobedecieron las órdenes de su general y se lanzaron al pillaje, dejando escapar al rey del Ponto¹⁸²⁹; y, por último, el ejército se aprestó a la rapiña, desobedeció la orden de Lúculo de asistir a la ciudad de Amisos y de detener la propagación del fuego, y, en su lugar, extendieron las llamas, destruyendo la mayor parte de las viviendas¹⁸³⁰. En 69 a. C., los soldados se rebelaron cuando Lúculo les expuso su decisión de invadir Armenia¹⁸³¹; y, más adelante, tras imponerse en Tigranocerta, se volvieron a amotinar cuando Lúculo pretendió llevar la guerra a los partos¹⁸³². En 68 a. C., las tropas se

¹⁸²³ Para Plutarco (*Luc.* 30.4-5), los soldados de Lúculo «se habían vuelto una carga a causa de la riqueza y la molicie, contrarias siempre a la milicia». Cf. *Plu. Luc.* 17.6-8, en donde se critica la avaricia y la miseria de la soldadesca romana, capaz de preferir que el fuego destruyera la ciudad de Amisos a perder su botín de guerra: «los soldados se aprestaron para la rapiña, [...] nadie obedeció sus órdenes [las de Lúculo, que había ordenado a sus hombres que lo ayudaran a extinguir el fuego de la ciudad], sino que exigían riquezas, a gritos, haciendo chocar las armas [...]. Pero aquellos hicieron todo lo contrario, pues saquearon todo lo que encontraron bajo la luz de las antorchas y, extendiendo por todas partes las llamas, destruyeron la mayor parte de las casas» (*Plu. Luc.* 19.4). Cf. D.C. 36.16.3; Gruen, 1974: 371, 374; Gauthier, 2015: 108, 110-113.

¹⁸²⁴ Igualmente, si tenemos en cuenta la motivación política, estas mismas tropas tampoco se deberían haber levantado contra sus anteriores comandantes, ambos *cinnanos* y legitimados por Roma (*vid. supra* las insurrecciones contra Flaco y Fimbria).

¹⁸²⁵ Para más información sobre los problemas de disciplina a los que se tuvo que enfrentar Lucio Licinio Lúculo durante el ejercicio de su mando en Oriente, *vid.* Jal, 1962: 23-24; Gruen, 1974: 370-375, 377; Gabba, 1975: 22-23; De Blois, 1987: 20; 2007: 172-173; Warry, 1995: 151-152; Keppie, 1998: 52, 55; Chrissanthos, 1999: 65-66, 110-126; 2004: 356, 359, 362-365; Harris, 2006: 300; Kiesling, 2006: 240-241; Keaveney, 2007: 10, 60, 62, 64, 85; Fields, 2008: 29; Sage, 2008: 240, 251; 2015-2016: 39; Rosenstein, 2011: 143; Brice, 2014: 112, 126; 2020d: 257, 264-265; Gauthier, 2015: 108-113.

¹⁸²⁶ *Plu. Luc.* 33.3. Cf. *Sal. Hist.* 5.10.

¹⁸²⁷ *Plu. Luc.* 14.2, 4.

¹⁸²⁸ *Liv.* 94; *Plu. Luc.* 15.6.

¹⁸²⁹ *App. Mith.* 82. Cf. Gruen, 1974: 371; Gauthier, 2015: 110-111.

¹⁸³⁰ *Plu. Luc.* 19.4. Cf. Gruen, 1974: 371; Gauthier, 2015: 111.

¹⁸³¹ *Plu. Luc.* 24.1.

¹⁸³² *Plu. Luc.* 30.4-5. Cf. Gruen, 1974: 371; Warry, 1995: 151.

sublevaron de nuevo y se negaron a seguir a su general hasta Artaxata, escudándose en las malas condiciones del trayecto¹⁸³³. En 67 a. C., Clodio conjuró e incitó al ejército a la rebelión¹⁸³⁴; y, en 66 a. C., las tropas se amotinaron por última vez y la mayoría de ellas abandonaron definitivamente a Lúculo al calor de los decretos de la capital y de los cambios de mando impulsados desde Roma¹⁸³⁵. Cada una de las insurrecciones fue diferente, siendo el motín el principal recurso utilizado por los soldados. Por otro lado, la organización de las revueltas fue de menos a más, pasando de la improvisación y la espontaneidad, fruto del combate, a la manipulación, la conjura y la orquestación más avanzada, consecuencia de las intrigas de Clodio, de las novedades provenientes de la *Vrbs* y de las maniobras de los “fimbrianos”. Respecto al nivel de violencia, aunque muchos de estos episodios comportaron presiones, protestas y quejas, los soldados no fueron especialmente violentos y en ningún momento la integridad física de Lúculo corrió peligro.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El principal aglutinante de los soldados fue, por un lado, el rencor que sentían hacia su comandante, y, por el otro, la esperanza de enriquecerse con la guerra y de abandonar después el servicio militar. Igualmente, el principal mecanismo de cohesión fue, por un lado, la veteranía y experiencia de las legiones “valerianas”, ya que les permitió atraerse al resto de unidades y liderar al mismo tiempo los principales episodios de insurrección al tener un mayor expediente subversivo y saber cuándo y cómo actuar frente a Lúculo¹⁸³⁶; y, por el otro, la actuación de Clodio, quien supo ganarse el favor de las tropas, capitalizar su descontento y enemistarlas con su general¹⁸³⁷. Por último, las noticias provenientes de Roma sirvieron como justificante de la indisciplina de las tropas y como medio con el que legitimar sus actos de insumisión. Respecto a la organización de las mismas, no tenemos información de cómo pudo ser la asociación inicial del ejército y qué medios utilizaron los soldados para coordinarse. Sin embargo, creemos que lo más probable es que el descontento se transmitiera a lo largo y ancho del campamento, aprovechando la distribución de los soldados en el mismo y la reiterada ausencia de Lúculo, y que el grado de complejidad de su organización fue en progresivo aumento conforme creció la influencia de los

¹⁸³³ Plu. *Luc.* 32.1-3. Cf. Chrissanthos, 2004: 364; Sage, 2008: 240; Brice, 2014: 112, 126; 2020d: 257, 264-265.

¹⁸³⁴ Cic. *Har.* 42; Liv. 98; Plu. *Luc.* 34.1-6; D.C. 36.14.3-4, 17.2. Cf. Chrissanthos, 2004: 364; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 60, 62; Fields, 2008: 29; Sage, 2008: 240; Gauthier, 2015: 108; Brice, 2020d: 257, 265.

¹⁸³⁵ Plu. *Luc.* 35.3-4; App. *Mith.* 90; D.C. 14.4-15.3, 17.2. Cf. Gruen, 1974: 372; Keppie, 1998: 55; Harris, 2006: 300; De Blois, 2007: 172; Keaveney, 2007: 64; Sage, 2008: 240.

¹⁸³⁶ El hecho de haber compartido un largo y único servicio de doce años (desde el 86 al 74 a. C.), habría dotado a estas unidades de un fuerte sentido de unidad. Igualmente, eran plenamente conscientes de sus intereses, conocían sus derechos y no temían defender sus reivindicaciones. Por último, la experiencia previa en las insurrecciones contra Flaco y Fimbria las había ayudado a organizarse y a saber cuándo era el mejor momento para presionar a su comandante y provocar disturbios en el ejército sin ser castigadas. Cf. Plu. *Luc.* 7.2; De Blois, 2007: 172; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 39.

¹⁸³⁷ «The Fimbrians developed a group identity and enriched themselves shamelessly. Such a military group, welded together by a common past of this type, could be a great nuisance to even a greatly successful and lawful commander such as Lucullus had been; as soon as they had the impression that they received too little and their commander too much, this commander seemed to lose his formal position, and a demagogic officer like Clodius stirred their discontent» (De Blois, 2007: 172-173). Cf. Chrissanthos, 2004: 364.

soldados y disminuyó la autoridad de su comandante, primero a causa de la traición de Clodio y, seguidamente, debido a la intrusión de Roma. En 72 a. C., la acción de los soldados fue espontánea y careció de planificación previa; en 69 a. C., apreciamos un mayor grado de coordinación, puesto que fue el motín de las tropas acantonadas en el Ponto lo que hizo que las unidades que estaban con Lúculo se rebelaran también, provocando con su gesto un efecto dominó que arrastró al amotinamiento a todos los efectivos bajo el mando del general romano¹⁸³⁸. En 68 a. C., el nivel de coordinación aumenta y las tropas, primero, muestran resistencia formulando sus peticiones a través del envío de tribunos; y, después, se reúnen con gran tumulto y griterío por las noches en asambleas secretas¹⁸³⁹. En 67 a. C., fue Clodio el principal protagonista del episodio. Primero, intrigó, confabuló e indujo a las tropas al motín, ganándose, en particular, el apoyo de los “fimbrianos”, al conocer su corrupción y su historial subversivo¹⁸⁴⁰. Finalmente, en 66 a. C., la rebelión se incitó desde Roma, y, por tanto, desde el exterior del ejército, y se secundó desde el interior, provocando el último acto de sedición de las tropas romanas¹⁸⁴¹. A este respecto, creemos que, al igual que, en 68 y 67 a. C., las

¹⁸³⁸ En 69 a. C., Lúculo planeó emprender una campaña contra los partos y dejar para más adelante su guerra contra Mitrídates y Tigranes, ya que estos habían sido recientemente derrotados en Tigranocerta y no suponían un peligro inminente. Sin embargo, cuando pidió a su legado Sornacio que le mandara el ejército de seis mil soldados que había dejado en el Ponto (Plu. *Luc.* 24.1), los soldados de allí se rebelaron y se negaron a marchar: «Estos [los oficiales de Lúculo que se encontraban junto a Sornacio], ya antes, habían encontrado difíciles y desobedientes a los soldados, pero en ese momento descubrieron su completa insubordinación. Así, hallaron que no podían hacerles obedecer de ninguna manera, ni siquiera obligándolos por la fuerza, pues se quejaban y clamaban que no se quedarían allí, sino que se marcharían dejando el Ponto desguarnecido». A continuación, «cuando Lúculo fue informado de estas noticias, estas también corrompieron a sus soldados de allí [de Gordiene], que ya se habían vuelto una carga a causa de la riqueza y la molicie, contrarias siempre a la milicia. O acaso estando deseosos de tiempo libre, desde que supieron de la insolencia de los primeros, los llamaron valientes y dijeron que había que imitarlos, pues creían que las muchas hazañas dignas les habían hecho merecer salvación y descanso» (Plu. *Luc.* 30.4-5).

¹⁸³⁹ Plu. *Luc.* 32.3. Cf. Chrissanthos, 2004: 359, 362-364.

¹⁸⁴⁰ De esta manera nos lo explica Plutarco (*Luc.* 34.2-3): «[Clodio] servía secretamente al ejército de Fimbria y lo incitaba contra Lúculo, propagando palabras útiles para los soldados que no estaban mal dispuestos o no acostumbrados a la demagogia. Pues estos hombres eran los mismos a los que anteriormente había persuadido Fimbria para que, tras matar al cónsul Flaco, lo eligieran a él como general»; y nos lo confirma Dion Casio (36.14.3-4): «y el ejército se rebeló. Efectivamente, entre los “valerianos”, —inicialmente excluidos de la expedición pero después incorporados a ella— reinaba ya en Nísibis la inquietud a causa de la victoria obtenida y de la falta de movimiento, de que disponían de todo en abundancia y de que, por estar Lúculo ausente con mucha frecuencia pasaban la mayor parte del tiempo sin él; y, sobre todo, en razón de que los incitaba a la sedición un tal Publio Clodio [...], a quien [...], movía un ingénito afán de subversión». Cf. Cic. *Har.* 42; Liv. 98; D.C. 36.17.2; De Blois, 2007: 172-173; Keaveney, 2007: 60, 62; Fields, 2008: 29; Gauthier, 2015: 108.

¹⁸⁴¹ De acuerdo con Plutarco (*Luc.* 33.5-6), Lucio Quinto, tribuno de la plebe, en 74 a. C., fue uno de los que acusaron a Lúculo de llevar la guerra por ambición de poder y riqueza. Como consecuencia de estas críticas, «se resolvió enviar sustitutos de Lúculo en el gobierno de la provincia. Y se decretó además que muchos que servían en el ejército bajo su mando fueran licenciados de la milicia». De esta forma, tal y como nos informa Apiano (*Mith.* 90), cuando, en 66 a. C., Lúculo estaba a punto de enfrentarse a Mitrídates, Marco Acilio Glabrión, procónsul de Asia (mientras que el mando de Bitinia y el Ponto pasó al procónsul Glabrión, Cilicia fue traspasada al procónsul Quinto Marcio Rex), «envió heraldos, por distintas partes de la provincia, para proclamar que los romanos acusaban a Lúculo de haber prolongado la guerra más allá del tiempo necesario y que los soldados de su ejército quedaban licenciados y se confiscarían los bienes de los que no obedecieran. Una vez publicadas estas noticias, el ejército se disolvió de inmediato, a excepción de unos pocos, que, por ser muy pobres y no temer al castigo, permanecieron junto a Lúculo». En la misma línea que Apiano, Plutarco (*Luc.* 35.3-4) nos explica que cuando Lúculo marchaba contra Tigranes «los soldados de Fimbria se rebelaron y abandonaron la

novedades de la capital pudieron promover la participación de oficiales, la celebración de reuniones clandestinas y la deliberación de los soldados.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Al margen de las medidas utilizadas por Lúculo para calmar, contener y reprimir a sus hombres en cada uno de sus actos de insubordinación, sabemos que, como medida de prevención, Lúculo tomo una serie de medidas nada más tomar posesión del mando de las legiones “valerianas”, con el fin de que no le dieran problemas en el futuro¹⁸⁴². No obstante lo anterior, estas medidas fueron del todo ineficaces, de tal manera que, cuando empezaron a dar problemas, Lúculo decidió prescindir de estas tropas y utilizarlas como guarnición¹⁸⁴³; hecho que, sin embargo, ni dio resultado ni evitó su corrupción¹⁸⁴⁴. En lo relativo a la represión de cada uno de los episodios arriba analizados, sabemos que, en 72 a. C., a pesar de conocer el descontento de sus hombres, Lúculo tardó en reaccionar y no hizo nada en contra¹⁸⁴⁵; pero que, poco tiempo después, supo contener con éxito el ímpetu de sus hombres y que, acto seguido, se enfrentó a las tropas que huían del enfrentamiento contra Mitrídates y las castigó por su cobardía¹⁸⁴⁶. Por desgracia, también en 72 a. C.,

formación, como si estuvieran licenciados de la milicia por decreto, y el mando ya no perteneciera a Lúculo, puesto que el gobierno de la provincia lo habían recibido otros». Finalmente, Dion Casio (14.4-15.3), confiesa que «la turbulencia se desencadenó ante la noticia de que llegaba el cónsul Acilio, quien había sido designado [...] sucesor de Lúculo. Ello hacía, en efecto, que considerasen desdeñosamente a Lúculo como relegado ya a la condición de particular. Lúculo, en vista de ello [...], se veía sumido en la incertidumbre, pues no se decidía a levantar la marcha sin motivo, pero también temía permanecer allí; se dirigió entonces contra Tigranes para ver si podía [...] hacerlo retroceder, gracias a lo cual pondría fin, de la manera que fuese, a la rebelión de los soldados. Mas ninguna de las dos cosas alcanzó a cumplir. Efectivamente, las tropas lo acompañaron hasta un punto desde donde era posible girar en dirección a Capadocia, hacia la cual todas, de manera unánime y sin decir palabra, se desviaron. Y por lo que respecta a los “valerianos”, al conocer que las autoridades de Roma los habían eximido de la expedición, desertaron en masa». Cf. D.C. 36.17.2; Chrissanthos, 2004: 363; Sage, 2008: 240.

¹⁸⁴² Conforme a Plutarco (*Luc.* 7.3): «En poco tiempo Lúculo puso fin al atrevimiento de estos [de los “fimbrianos”] y reeducó a los demás; entonces por primera vez, según parece, probaron un caudillo verdadero, a un capitán, pues en otro tiempo se les había tratado según su gusto y mediante lisonjas para que se acostumbraran a la milicia». Cf. Kiesling, 2006: 240; De Blois, 2007: 172.

¹⁸⁴³ D.C. 36.14.3.

¹⁸⁴⁴ D.C. 36.14.4. Probablemente, la relativa frecuencia con la que Lúculo se ausentaba del campamento pudo contribuir a que fallaran los mecanismos de detección del descontento de los soldados y que estos tuvieran vía libre para orquestar su rebelión (Sal. *Hist.* 5.10; Plu. *Luc.* 33.2-4; D.C. 36.14.3-4).

¹⁸⁴⁵ «Pero Lúculo, que no esperaba que los soldados incurrieran en tales locuras como las que después habrían de llegar, no prestaba atención ni se detuvo siquiera a pensarlo» (Plu. *Luc.* 14.4). Si bien, en 72 a. C., Lúculo no pudo impedir que sus tropas se lanzaran al pillaje y dejaran escapar a Mitrídates (App. *Mith.* 82; Gruen, 1974: 371), en 69 a. C., durante la batalla de Tigranocerta, ningún soldado se detuvo a saquear, «pues Lúculo lo había prohibido bajo amenazas, hasta el punto de que, a pesar de que pasaron junto a brazaletes y collares en su camino, continuaron matando a lo largo de ciento veinte estadios hasta que les cogió la noche» (App. *Mith.* 85). Una posible explicación del cambio de actitud de las tropas se puede encontrar en la composición del ejército. En este momento, Lúculo combatía con «dos legiones escogidas y quinientos jinetes» (App. *Mith.* 84), y, por tanto, había dejado fuera a los soldados más sediciosos, entre ellos a los “fimbrianos”. Sea como fuere, Lúculo, de acuerdo con Apiano (*Mith.* 85), y en contra de la tesis defendida por Gruen (1974: 370) —para quien el general romano no contó con la iniciativa suficiente para evitar el pillaje de sus tropas y, en su opinión, se mantuvo al margen mientras sus hombres se beneficiaron del botín de guerra (cf. Kiesling, 2006: 240)—, se esforzó por contener el espíritu subversivo de sus soldados y reprimir su avaricia.

¹⁸⁴⁶ Conforme a Plutarco (*Luc.* 15.7), «Lúculo impuso el castigo establecido para los que habían huido, ordenándoles cavar una zanja de doce pies llevando túnicas sin ceñir, mientras que el resto de los soldados se quedaban en pie alrededor y les observaban» (cf. Liv. 94; Kiesling, 2006: 241). El castigo nos recuerda al aplicado, en 75 a. C., por el procónsul Cayo Escribonio Curión (vid. *infra* para más detalle).

fue incapaz de impedir que sus tropas saquearan y arrasaran la ciudad de Amisos¹⁸⁴⁷. En 69 a. C., no tenemos constancia de que Lúculo hiciera algo por contener y acallar tanto el malestar como las protestas de sus hombres¹⁸⁴⁸, e, igualmente, tampoco pudo hacer nada para contener el amotinamiento ni del ejército bajo el mando de su legado Sornacio en el Ponto ni el que él mismo sufrió en Gordiene, pues, según Plutarco, «hallaron que no podían hacerles obedecer de ninguna manera, ni siquiera obligándolos por la fuerza»¹⁸⁴⁹. En 68 a. C., aunque Lúculo intentó aplacar y convencer a sus hombres para que lo siguieran, finalmente, los dejó atrás y cruzó el Tauro hacia Nísibis¹⁸⁵⁰. En 67 a. C., ante la rebelión promovida por Clodio, sólo las noticias de las derrotas de los legados Marco Fabio Adriano y Cayo Valerio Triario fueron capaces de conmover a los soldados y hacerles cambiar de opinión¹⁸⁵¹. Por último, en 66 a. C., a pesar de que Lúculo sobornó y «recorrió una a una las tiendas de campaña humildemente y entre lágrimas, llegando a tomar de la mano a algunos hombres en señal de súplica», fue incapaz de controlar a sus hombres¹⁸⁵². Sólo la intervención de parte de sus tropas le permitió aplazar brevemente la insurrección y conservar durante un corto periodo de tiempo a sus soldados¹⁸⁵³. Sin embargo, ya era demasiado tarde, pues, en palabras de Plutarco, «Lúculo no era ni siquiera dueño de sí mismo, sino que se le injuriaba y sus hombres se burlaban de él»¹⁸⁵⁴. Al terminar el verano del 66 a. C., «vistiéndose las armas los hombres y desenvainando las espadas [...] se alejaron de su campamento, testimoniando que el tiempo que habían acordado con Lúculo se había cumplido»¹⁸⁵⁵.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito¹⁸⁵⁶. A pesar del interés que puso Lúculo en contener la indisciplina de su ejército, las tropas acabaron

¹⁸⁴⁷ Plu. *Luc.* 19.4. Cf. Gruen, 1974: 371.

¹⁸⁴⁸ Plu. *Luc.* 24.1.

¹⁸⁴⁹ Plu. *Luc.* 30.4.

¹⁸⁵⁰ Plu. *Luc.* 32.4. Cf. Chrissanthos, 2004: 364; Keaveney, 2007: 85.

¹⁸⁵¹ Plu. *Luc.* 35.1. Cf. Warry, 1995: 151.

¹⁸⁵² «Pero aquellos lo rechazaban a él y a sus tretas, y arrojaban a sus pies sus monederos vacíos. Le instaban a que luchara él solo contra los enemigos, ya que sólo él sabía cómo enriquecerse» (Plu. *Luc.* 35.4-5). Cf. Kiesling, 2006: 241.

¹⁸⁵³ De este modo lo recoge Plutarco (*Luc.* 35.5-6): «como el resto de la tropa se lo pidiera, los soldados de Fimbria se vieron obligados a llegar a un acuerdo y quedarse durante el verano. Y si nadie en aquel tiempo llegara ante ellos para combatir, serían licenciados. A Lúculo le convenía, por necesidad, contentarse con estas condiciones, o bien se vería abandonado y obligado a ceder terreno a los bárbaros. Conque ya no les forzó más, ni siquiera a marchar al combate, sino que se contentó con que permanecieran junto a él». Respecto a los últimos apoyos que pudo encontrar Lúculo en su ejército, *vid.* Gruen, 1974: 375; Sage, 2008: 252; Gauthier, 2015: 109.

¹⁸⁵⁴ Plu. *Luc.* 35.7.

¹⁸⁵⁵ Plu. *Luc.* 35.7-8. Sobre la incapacidad de Lúculo para hacer frente a la indisciplina de sus hombres, *vid.* Gruen, 1974: 370; y, en relación a la falta de apoyos con los que contó Lúculo, *vid.* Chrissanthos, 2004: 363.

¹⁸⁵⁶ «On the point of total victory Lucullus was thus starved of troops and resources, while his command was gradually dismantled around him. In the end Lucullus could only watch in impotent fury as Mithridates and Tigranes recovered most of their home kingdoms» (Fields, 2008: 29). En tal sentido, tenemos en cuenta el resultado final de la relación entre Lúculo y sus hombres, y no el resultado de cada uno de los incidentes analizados. Aunque Lúculo fue capaz de corregir en varias ocasiones el carácter subversivo de sus soldados, finalmente, fue incapaz de controlar la situación y se vio obligado a ceder ante su ejército.

escapando a su control, ningún soldado fue castigado por abandonar a su comandante, y el ejército acabó sirviendo bajo el mando de Cneo Pompeyo Magno¹⁸⁵⁷.

CONSECUENCIAS: Los problemas de disciplina del ejército de Lúculo afectaron significativamente a su estrategia e impidieron al general romano derrotar definitivamente a Mitrídates VI y a Tigranes II, permitiendo a ambos monarcas recuperar parte de sus territorios perdidos y consolidar su posición¹⁸⁵⁸. Asimismo, trajo a Oriente a Cneo Pompeyo Magno, a quien se le dotó de un *imperium* extraordinario, convirtiéndolo en la figura más importante de la Roma de su tiempo¹⁸⁵⁹. Por último, la lucha política de la capital resultó ser decisiva para que la indisciplina de las tropas, no sólo se viera incrementada, sino que, además, se viera respaldada e, incluso, legitimada. Desde el momento en el que el mando de Lúculo se convirtió en una cuestión política, se instrumentalizó tanto la indisciplina como la insurrección de su ejército, promoviendo la sedición de los soldados e incitando a que las tropas abandonaran a su comandante.

COMENTARIO: A pesar de que Lúculo demostró ser un comandante competente y se impuso con relativa facilidad a Mitrídates y Tigranes¹⁸⁶⁰, sus soldados, tal y como hemos podido demostrar, no dejaron de provocar todo tipo de alborotos, disturbios e insurrecciones durante el tiempo que duró su mandato. De hecho, Lúculo nunca llegó a controlar por completo a su ejército, a pesar de sus esfuerzos por contener y reprimir la indisciplina de sus hombres¹⁸⁶¹. Y es que, tal y como reconoció Dion Casio, «las tropas le prestaron obediencia mientras se vieron en buena situación y obtenían el botín que les compensaba por los peligros, pero tan pronto sufrieron golpes adversos y el miedo sustituyó a la esperanza, dejaron de reconocer su liderazgo»¹⁸⁶². Si bien Lúculo demostró carecer de la empatía necesaria para ganarse el favor de las tropas y granjearse su lealtad, fue la lucha política, junto a los problemas de disciplina que arrastraba el ejército oriental, lo que terminó por condenar al general romano. La oposición que se generó en Roma en torno a Lúculo ayudó a que las tropas se pervirtieran todavía más, que Lúculo perdiera el respeto de sus hombres, que estos no reconocieran ni su autoridad ni su mando, y que, finalmente, el ejército desertara bajo el amparo del

¹⁸⁵⁷ Cf. Gruen, 1974: 372-373, 375, 380; Keppie, 1998: 52, 55; Keaveney, 2007: 64; Fields, 2008: 29; Sage, 2008: 240; 2015-2016: 39; Brice, 2014: 112, 126; 2020d: 257.

¹⁸⁵⁸ En 72 a. C., los soldados dejaron escapar con vida a Mitrídates y permitieron que este se reuniera con Tigranes (App. *Mith.* 82; Gruen, 1974: 371); en 69 a. C., la rebelión de los ejércitos del Ponto y de Gordiene impidieron a Lúculo emprender su campaña contra los partos (Plu. *Luc.* 31.1); en 68 y 67 a. C., el amotinamiento de sus tropas impidió a Lúculo continuar con su campaña de hostigamiento y le obligó a cambiar de estrategia (Plu. *Luc.* 32.4; 34.6); y, por último, en 66 a. C., la revuelta de sus tropas le privó del ejército y le forzó a abandonar la lucha (Plu. *Luc.* 35.6). Cf. Chrissanthos, 2004: 364-365.

¹⁸⁵⁹ En Roma se habían puesto mal las cosas para Lúculo, a quien se consideraba sucesor de Sila; pero su sucesor inmediato no fue Pompeyo, sino Manio Acilio Glabrión, cónsul del 67 a. C. En 66 a. C., Pompeyo fue investido con plenos poderes en virtud de la *lex Manilia* (Liv. 100; Vell. 2.33.1-2; Plu. *Pomp.* 30; Oros. 6.4.6). Cf. Chrissanthos, 2004: 365.

¹⁸⁶⁰ Respecto a los éxitos militares de Lucio Licinio Lúculo, *vid.* Liv. 94-95, 97-98; Vell. 2.33.1; Plu. *Luc.* 28.8; D.C. 36.16.1; Gabba, 1975: 22; Warry, 1995: 151; Keppie, 1998: 52; Chrissanthos, 2004: 362; Kiesling, 2006: 240; Fields, 2008: 29; Brice, 2014: 112, 126.

¹⁸⁶¹ Según Dion Casio (36.16.1): «nadie se extraña de que Lúculo [...] no pudiese imponer su autoridad a los soldados que combatían a sus órdenes, los cuales, por el contrario, se rebelaron una y otra vez para acabar desertando de su lado».

¹⁸⁶² D.C. 36.16.3. Cf. Gruen, 1974: 371.

Senado¹⁸⁶³. Las tropas supieron leer su oportunidad y encontraron en la política la excusa perfecta para no reconocer en su general a un representante del Senado y el Pueblo romanos, sintiéndose libres para desobedecer sus órdenes sin miedo a sufrir ninguna represalia. En otro orden de ideas, se aprecia cómo la soldadesca romana actuó cada vez de manera más organizada y cómo dejaron a un lado la espontaneidad de los primeros años para actuar de forma planificada y coordinada. Esta evolución se aprecia cuando, en 69 a. C., los efectivos de Gordiense apoyaron la iniciativa de las unidades del Ponto y secundaron su levantamiento; cuando, en 68 a. C., las tropas informaron de su descontento a Lúculo a través de los tribunos, y, además, se reunieron en asambleas nocturnas; cuando, en 67 a. C., los soldados escogieron seguir a Clodio por considerar que podía ser más indulgente que su comandante y porque, ante todo, creían que les podía proporcionar mayores recompensas; y cuando, en 66 a. C., son los propios soldados quienes convencieron a los “fimbrianos” de que no abandonaran a Lúculo y de que negociaran con él una salida antes de desertar. Por último, debemos señalar que la historia de Lúculo está corrompida por la tradición antisilana y que esto nos impide analizar los pormenores tanto de la personalidad del general como del comportamiento de sus hombres. Y es que, para bien o para mal, se ha proyectado una imagen de Lúculo que, por encima de todo, se ha diseñado con el objetivo de, por un lado, excusar la rebelión de sus tropas y, por el otro, justificar la necesidad de conceder a Pompeyo un nuevo mando extraordinario. De este modo, se entiende, por ejemplo, que Lúculo fuera acusado de cruel¹⁸⁶⁴ y codicioso cuando luego sus actos como procónsul no justifican tales imputaciones¹⁸⁶⁵.

¹⁸⁶³ De acuerdo con Plutarco (*Sull.* 25.2, 4; *Luc.* 20.1-4), parece que la oposición a Lúculo en Roma, si no la originaron, la animaron los publicanos romanos de Asia, quienes, tras la multa impuesta por Sila de dos mil talentos, habían exprimido a la provincia y a sus habitantes, hasta el punto de que tanto aquella como estos habían sido esclavizados por prestamistas, acreedores y cobradores de impuestos. Al respecto, Lúculo decidió intervenir y aplicar justicia, despertando con ello el recelo y el odio de los prestamistas, quienes, «considerando que habían sido muy perjudicados, clamaron contra Lúculo en Roma y sobornaron con dinero contra él a algunos tribunos de la plebe, pues eran muy poderosos y les eran debidos muchos favores entre la clase política» (Plu. *Luc.* 20.5). Así, en 71 a. C., los tribunos empezaron a hacer campaña contra Lúculo: «Y en Roma crearon un clamor de queja los tribunos de la plebe, argumentando que Lúculo perseguía una guerra tras otra, no resultando provechoso para la ciudad, sino para que nunca tuviera que deponer las armas de general ni dejar de hacer dinero con los riesgos del Estado» (Plu. *Luc.* 24.1). Esta ofensiva, finalmente, condujo a estimular todavía más la indisciplina de unas tropas que, al margen de la oposición política contra Lúculo, ya habían dado con anterioridad sobradas muestras de su desobediencia: «Y estando así dispuestos sus hombres, los demagogos [en alusión a los tribunos de la plebe contrarios a Lúculo, cf. Plu. *Luc.* 20.5; 35.9] les procuraron los mayores pretextos desde Roma, acusando por envidia a Lúculo de dejarse llevar a la guerra por ambiciones de poder y riqueza» (Plu. *Luc.* 33.5). Finalmente, la injerencia de Pompeyo fue el último capítulo de la campaña iniciada desde Roma para arrebatar el mando de la guerra a Lúculo. Según Plutarco, las desavenencias con Pompeyo venían de más atrás, cuando Sila dejó fuera a Pompeyo de su testamento y nombró a Lúculo como tutor de su hijo Fausto Cornelio Sila (Plu. *Luc.* 4.5). Para otras referencias, vid. Vell. 2.33; Plu. *Pomp.* 31.8; Fields, 2008: 29.

¹⁸⁶⁴ Contrasta con la supuesta afabilidad y dulzura de carácter que le reconocía Sila durante su juventud y que, de acuerdo con Plutarco (*Luc.* 2.1), le valió para que el futuro dictador lo tomara en su confianza y lo utilizara en puestos de gran responsabilidad. En este sentido, Plutarco (*Luc.* 36.5) destacó, por encima de todo, el valor, la diligencia, la prudencia y la justicia de Lúculo. Para otras referencias, vid. Plu. *Luc.* 18.9; 29.6; Warry, 1995: 151-152; Kiesling, 2006: 240; Gauthier, 2015: 109-110.

¹⁸⁶⁵ Esta crítica no coincide ni con la imagen que dio Lúculo cuando sirvió como cuestor en el ejército de Sila (Plu. *Luc.* 2.8-9) ni cuando se encargó de recaudar los dos mil talentos que Sila había impuesto a la provincia de Asia: «no sólo era honesto y justo, sino que también se mostraba moderado en una tarea tan

3.5.4. Gaciura¹⁸⁶⁶, reino del Ponto, 67 a. C.

«Pero cuando llegaron noticias del cerco de Dádasa y los soldados, llenos de ansiedad en lo concerniente a sus personas y por tal motivo revueltos, comenzaron a amenazar con socorrerse a sí mismos bajo la iniciativa propia en caso de que nadie quisiera acaudillar la empresa, [Cayo Valerio] Triario hubo de abandonar, aun sin quererlo, sus posiciones»¹⁸⁶⁷.

SITUACIÓN PREVIA: Mientras que Lúculo intentaba sofocar la conspiración que Clodio había impulsado durante su estancia en Nísibis, su legado Cayo Valerio Triario sufría en el Ponto la revuelta de sus hombres como consecuencia de la presión y el hostigamiento de Mitrídates¹⁸⁶⁸.

CAUSAS: Identificamos tres razones detrás del descontento de los soldados de Triario: militares, psicológicas y económicas. Pese a que la superioridad militar de Mitrídates VI y la reciente derrota de Marco Fabio Adriano, legado de Lúculo en la región, pudieron influir negativamente en la moral de las tropas de Triario¹⁸⁶⁹, y las artimañas con las que Mitrídates intentó forzar al ejército romano al combate despertaron la indignación y el enfado de la soldadesca¹⁸⁷⁰, fue el miedo de los soldados a perder sus pertenencias y a verse privados de las provisiones lo que terminó por condicionar su comportamiento¹⁸⁷¹, predisponiéndolos a la insubordinación¹⁸⁷².

ardua y desagradable para él mismo» (Plu. *Luc.* 4.1). Asimismo, al comienzo de su campaña en Oriente, Lúculo prefirió socorrer al cónsul Marco Aurelio Cota que devastar el reino de Mitrídates que por aquel entonces estaba desguarnecido: «Lúculo pronunció entonces un discurso ante los soldados [los cuales preferían saquear el reino de Mitrídates durante la ausencia del rey] diciendo que él preferiría salvar a un solo romano de manos de los enemigos que hacerse con todas las riquezas de estos» (Plu. *Luc.* 8.3). Por último, dos ejemplos más. Por un lado, cuando Lúculo interviene en Siria contra los abusos de los publicanos: «Pero Lúculo no sólo era querido por los pueblos a los que había beneficiado, sino también era amado en las otras provincias que consideraban dichosos a los que tenían semejante gobernador» (Plu. *Luc.* 20.3-6). A este respecto, las ciudades le correspondieron con la celebración en su honor de los denominados festivales “luculeyos” y le procuraron su devoción (Plu. *Luc.* 23.2). Y, por el otro, cuando, tras capturar Tigranocerta, en 69 a. C., y liberar a los griegos y bárbaros que habían sido forzados a residir en ella, Lúculo fue reconocido como «benefactor y fundador» (Plu. *Luc.* 29.5). Para otras referencias que anulan las acusaciones de avaricia, *vid.* Plu. *Luc.* 29.10; Warry, 1995: 151. En consecuencia, la avidez se reconoce, ante todo, en sus soldados, y no en su mando (Plu. *Luc.* 7.1-3; 14.4; 17.6-8; 19.4; 24.6; App. *Mith.* 82; *cf.* Gruen, 1974: 370-371).

¹⁸⁶⁶ Al oeste de Comana, a orillas del Iris (actual Turkhal, norte de Turquía).

¹⁸⁶⁷ D.C. 36.12.3.

¹⁸⁶⁸ Desconocemos el número de unidades bajo la dirección de Triario, pero sí que sabemos que parte de su ejército había servido recientemente bajo el mando de Marco Fabio Adriano, legado de Lucio Licinio Lúculo al igual que el primero (App. *Mith.* 88). *Cf.* D.C. 36.12.1-3.

¹⁸⁶⁹ Respecto a la superioridad numérica de Mitrídates, *vid.* D.C. 36.12.3-4; y, en relación a la derrota de Fabio Adriano, *vid.* Plu. *Luc.* 35.1; App. *Mith.* 88, 112; D.C. 36.9-10.1.

¹⁸⁷⁰ Según Dion Casio (36.12.1-2), Mitrídates «se empleó en incitar a Triario al combate al tiempo que llevaba a cabo maniobras tendentes a despertar su cólera (concretamente se ejercitaba él mismo y e instruía al ejército a la vista de los romanos)».

¹⁸⁷¹ Debido a que Triario no quería presentar batalla hasta la llegada de Lucio Licinio Lúculo, Mitrídates decidió atacar el fuerte de Dádasa (en las proximidades de la Comana Póntica), en donde los romanos habían depositado sus bagajes, con la intención de forzarles al combate y aprovechar su superioridad numérica antes de que llegara Lúculo con refuerzos (D.C. 36.12.2).

¹⁸⁷² D.C. 36.12.3.

OBJETIVOS: El principal interés del ejército fue garantizar la seguridad de sus pertenencias, de ahí que exigieran trabar combate a pesar de la oposición de su general¹⁸⁷³.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín de las tropas de Cayo Valerio Triario¹⁸⁷⁴. La insurrección fue espontánea y se desarrolló entre presiones, protestas y amenazas¹⁸⁷⁵.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El miedo a perder los bagajes fue el principal estímulo y el único aglutinante de las tropas¹⁸⁷⁶. La noticia del cerco de Dádasa, fuerte en el que Triario había depositado la impedimenta del ejército, preocupó y revolvió a partes iguales a la soldadesca romana. Esta amenazó con partir a Dádasa con o sin la aprobación de su comandante, lo que lo acabó forzando a combatir contra Mitrídates a pesar de su estrategia inicial de evitar el enfrentamiento y esperar la llegada de Lúculo¹⁸⁷⁷.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No se aplicó ningún medio de detección, control y/o represión. No tenemos constancia de que Triario hubiera tenido anteriormente problemas con sus tropas, incluso logró retenerlas sin incidentes durante los intentos previos de Mitrídates de provocar la cólera en el ejército¹⁸⁷⁸, por lo que no hubo necesidad en ese sentido de poner en marcha ningún medio de represión. Sin embargo, el inesperado ataque a Dádasa y la súbita reacción de las tropas hicieron que Triario perdiera el control de la situación y que, presionado y amenazado por los soldados, se viera sin apoyos para calmar a sus hombres¹⁸⁷⁹.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Fracaso de la insurrección. Aunque los soldados lograron doblegar la voluntad de su general, no consiguieron su objetivo de defender Dádasa y su ímpetu causó su derrota¹⁸⁸⁰.

CONSECUENCIAS: La insurrección provocó la ruptura de la disciplina, que las tropas presionaran a su comandante, que este se viera forzado a cambiar su estrategia, que el ejército romano se viera envuelto en una batalla en la que estaba en clara inferioridad numérica, y que, finalmente, fuera masacrado el ejército de Triario¹⁸⁸¹. La derrota permitió a Mitrídates consolidar su posición y hacerse fuerte en la zona¹⁸⁸².

COMENTARIO: El episodio nos demuestra cómo un cambio de estrategia puede ser tan nefasto como la peor de las insurrecciones. En este caso, las presiones de la soldadesca romana forzaron a Triario a cambiar sus planes y a abandonar su posición, convirtiéndose en un blanco fácil para Mitrídates. Por otro lado, se destaca la determinación de las tropas, las cuales, a pesar de su inferioridad numérica y de la

¹⁸⁷³ D.C. 36.12.3.

¹⁸⁷⁴ D.C. 36.12.3. Cf. Augier, 2016: 99.

¹⁸⁷⁵ D.C. 36.12.3.

¹⁸⁷⁶ D.C. 36.12.3.

¹⁸⁷⁷ D.C. 36.12.3. Cf. Augier, 2016: 99.

¹⁸⁷⁸ D.C. 36.12.1-2.

¹⁸⁷⁹ D.C. 36.12.3.

¹⁸⁸⁰ Liv. 98; Plu. Luc. 35.1-2; App. Mith. 89, 112; D.C. 36.12.4-13.1.

¹⁸⁸¹ «Cuando fueron expoliados los cadáveres, aparecieron veinticuatro tribunos y ciento cincuenta centuriones, una cantidad tan grande de oficiales como difícilmente habían perdido los romanos en una sola derrota» (App. Mith. 89). Cf. Plu. Luc. 35.2; Augier, 2016: 99.

¹⁸⁸² Cic. Man. 25.

insistencia de su comandante de no entablar combate, forzaron a Triario a combatir y defendieron hasta las últimas consecuencias su deseo de salvar sus bienes del pillaje.

3.5.5. Otras insurrecciones

«Para hacer más leal a sí el ejército que había capitaneado en Asia, Lucio [Cornelio] Sila lo había tratado contra las normas ancestrales condescendentemente y con demasiadas consideraciones. Con la inactividad, lugares amenos y voluptuosos habían relajado fácilmente el bravo espíritu militar. Allí se acostumbró por primera vez el ejército del pueblo romano al burdel, a beber, a admirar estatuas, cuadros de pintura y vasos cincelados, a robarlos a particulares y a la propiedad del Estado, a saquear los templos, a mancillar todo lo sacro y lo profano. De modo que, una vez que lograron la victoria, estos soldados no dejaron ni rastro a los vencidos»¹⁸⁸³.

Como era de imaginar, un conflicto tan dilatado en el tiempo como el mitridático tuvo muchos más episodios de insurrección de los ya analizados. En tal sentido, identificamos problemas de indisciplina desde la intervención de Sila al comienzo de la guerra hasta la aparición de Pompeyo al final de la misma. Seguidamente, repasaremos en orden cronológico el resto de incidentes que protagonizó el ejército romano durante su lucha contra Mitridates VI.

Los dos ejemplos de indisciplina más recientes los encontramos en 86 y 85 a. C., durante las batallas de Queronea y Orcómeno, respectivamente. En ambos casos, fue la pereza, la desidia y «la falta de bríos» y de voluntad lo que se acusó a los hombres de Sila. Así, mientras que en Queronea fue Lucio Licinio Murena el encargado de censurar a las tropas su indolencia¹⁸⁸⁴, en Orcómeno fue el propio Sila el que tuvo que emplearse a fondo para animar a sus soldados e insuflarles valor en el combate. De este modo, como las arengas y las amenazas no habían surtido efecto y parte de su ejército huía de la batalla, decidió, de acuerdo con Plutarco (*Sull.* 21.2), intervenir personalmente a costa de poner en riesgo su vida: «se bajó del caballo, tomó una insignia y, pasando a través de los que huían, echó a correr en dirección a los enemigos gritando: “Vale, romanos, no me importa morir aquí. Vosotros, cuando os pregunten dónde abandonasteis a vuestro general, no olvidéis decirles que en Orcómeno”»¹⁸⁸⁵.

¹⁸⁸³ Sal. *Cat.* 11.5-7.

¹⁸⁸⁴ App. *Mith.* 43. Cf. Keaveney, 2007: 81.

¹⁸⁸⁵ Cf. Fron. *Str.* 2.8.12; App. *Mith.* 49; Polyæn. 8.9.2; Keaveney, 2007: 10, 81; Paniagua, 2007: 15. A pesar de lo novelesco del pasaje, ya vimos una intervención similar, en 102 a. C., cuando el cónsul Quinto Lutacio Cátulo empleó el estandarte del águila para contener la desbandada de sus hombres (*vid. supra*). Igualmente, el mismo Sila, en 88 a. C. utilizó el estandarte como medio con el que reprender la actitud cobarde de sus tropas, retener su voluntad y llamarlas al orden: «Puestos en fuga los soldados de Sila, este último arrebató un estandarte y arrojó el peligro en primera línea para hacerles cambiar de actitud por vergüenza hacia su general y por temor a la deshonra de perder la enseña, si la abandonaban» (App. *BC* 1.58). Lo cierto es que, tal y como vimos en el capítulo anterior (*vid. supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico) y veremos a lo largo de este mismo capítulo, el poder sugestivo de los *signa militaria*, en general, y del *aquila*, en particular, fue capaz de condicionar y moldear el comportamiento de las tropas a lo largo de toda la República.

Si bien en este caso Sila logró recuperar el control de las tropas e imponerse, finalmente, en la batalla, los problemas de disciplina no se redujeron a cuestiones de ociosidad y cobardía¹⁸⁸⁶, sino que, también, tenemos constancia de que los soldados se quejaron amargamente y protestaron airadamente por cómo su comandante había puesto fin a la guerra, pues «les parecía terrible que un rey que era el mayor enemigo de los romanos [...] se marchara de ese territorio con las riquezas y el botín que había extraído de los saqueos y los tributos que había impuesto durante cuatro años»¹⁸⁸⁷.

Sin embargo, fue la deserción el principal escollo en el mantenimiento del orden y de la disciplina. A tal efecto, localizamos deserciones y cambios de bando durante todo el conflicto, siendo, en la mayoría de los casos, no obstante, referencias indirectas que, lamentablemente, no nos aportan mucha información sobre las razones y las motivaciones que movieron a las tropas a abandonar la causa romana y pasarse al enemigo¹⁸⁸⁸. De esta forma, por ejemplo, tenemos constancia de desertores romanos en el ejército mitridático en virtud de las negociaciones de paz que hubo entre Sila y Arquelao, cuando el general romano, primero, exigió la devolución de los desertores¹⁸⁸⁹ y, una vez que estaban bajo su custodia, ordenó castigarlos¹⁸⁹⁰.

El miedo al castigo y a sufrir la ira de sus antiguos compañeros de armas provocó en más de una ocasión verdaderos disturbios dentro del ejército mitridático, una vez los desertores romanos, al tanto de las negociaciones y de la posibilidad de que fueran devueltos al ejército romano, se levantaron contra sus nuevos dueños para evitar convertirse en moneda de cambio. En este sentido, el hecho de haber traicionado su juramento militar y haber luchado durante años junto a Mitrídates¹⁸⁹¹ hacía que su devolución supusiera un problema tanto para los propios desertores, quienes sabían que

¹⁸⁸⁶ Brice, 2020c: 118; 2020d: 260.

¹⁸⁸⁷ Plu. *Sull.* 24.4.

¹⁸⁸⁸ Aunque consideramos el móvil económico el principal factor detrás de la mayoría de los cambios de bando —tal y como se infiere de Plutarco (*Luc.* 11.7), cuando se nos dice que Lúculo capturó, en 73 a. C., a Aristónico, almirante de Mitrídates, «junto con diez mil monedas de oro que llevaba para corromper a una parte del ejército romano»—, no podemos pasar por alto otros catalizadores como la falta de víveres y las cuestiones de carácter estrictamente militar; como, por ejemplo, cuando, en 66 a. C., como consecuencia de la escasez de alimento y de las incursiones de la caballería de Mitrídates, un elevado número de soldados pompeyanos se pasaron a campo del rey del Ponto (D.C. 36.47.2; cf. Gruen, 1974: 372).

¹⁸⁸⁹ App. *Mith.* 55.

¹⁸⁹⁰ Vell. 2.23.6. A diferencia de lo observado durante la primera guerra civil, durante las guerras mitridáticas las autoridades militares romanas mostraron interés por castigar y reprimir la deserción cuando se trataba del cambio de bando en favor de un ejército no romano (ya vimos cómo en el caso de los soldados de Fimbria no se castigó su deserción al lado de Sila).

¹⁸⁹¹ Gracias a Dion Casio (36.13.1), conocemos la existencia de un nutrido grupo de desertores romanos en el ejército de Mitrídates, en 67 a. C., «que combatían a su lado y ostentaban equipamiento idéntico al romano».

su vida corría peligro si eran entregados¹⁸⁹², como para los mismos soldados de Mitrídates, quienes no estaban por la labor de combatir sin su ayuda¹⁸⁹³.

Como hemos visto, la mayoría de los cambios de bando fueron protagonizados por soldados romanos, pero también encontramos entre las filas enemigas a proscritos de Sila que, huyendo de Italia, terminaron refugiándose en Oriente y poniéndose a disposición de Mitrídates¹⁸⁹⁴. De igual modo, los auxiliares romanos tampoco estuvieron exentos de traicionar la causa romana. Sobre el particular, sabemos que, en 68 a. C., fue la traición de los mercenarios tracios, así como de los esclavos del campamento romano, lo que provocó la derrota de Marco Fabio Adriano, lugarteniente de Lúculo, frente a Mitrídates¹⁸⁹⁵.

Por último, un ejemplo de las repercusiones que pudo tener el fenómeno de la desertión cuando a la guerra externa se añadió el conflicto civil lo hallamos en el “efecto dominó” que provocó, conforme a una parte de la historiografía clásica, el suicidio de Cayo Flavio Fimbria. De acuerdo con Orosio (6.2.12-13), Lucio Fannio y Lucio Magio, prófugos del ejército fimbriano, se unieron a Mitrídates, y, por consejo de ellos, el rey del Ponto firmó un pacto con Quinto Sertorio¹⁸⁹⁶. Fruto de este acuerdo, Sertorio envió a Marco Mario a Mitrídates, para confirmar el trato, y este último terminó nombrando a Mario general en sustitución de Arquelao. Si bien, Marco Mario se enfrentó a Publio Rutilio, lugarteniente de Marco Aurelio Cota, cónsul en 74 a. C., a quien derrotó junto a gran parte de su ejército¹⁸⁹⁷; Lucio Magio terminó traicionando a Mitrídates y ayudando a Lucio Licino Lúculo en el asedio de Cízico, en 74-73 a. C.¹⁸⁹⁸

¹⁸⁹² En 63 a. C., en el momento de la muerte de Mitrídates VI, todavía nos encontramos con desertores romanos en su ejército. Estos, tras la traición de su hijo Farnaces II, abandonaron a Mitrídates y se pasaron a su bando, ya que temían que el viejo rey cumpliera su amenaza de llevar la guerra a Italia, debido a que les exponía a la venganza de Roma si caían en su poder (App. *Mith.* 110).

¹⁸⁹³ De acuerdo con Dion Casio (36.45.4), cuando, en 66 a. C., Cneo Pompeyo Magno asumió el mando de la guerra, «le instó [a Mitrídates] a que depusiera las armas y le entregase a los desertores, lo que Mitrídates no tuvo ocasión de considerar. Pues al oír semejantes cosas se alzaron tumultuosamente los soldados de su campamento, temerosos los desertores (que eran muchos) de ser entregados, y los bárbaros de verse obligados a combatir sin ellos». Cf. App. *Mith.* 98.

¹⁸⁹⁴ Apiano (*Mith.* 89) nos informa de la existencia de un tal Atidio, antiguo senador romano, que desde «hacía ya mucho tiempo» servía a los intereses de Mitrídates. Cf. Oros. 6.2.21, para otras referencias.

¹⁸⁹⁵ De esta forma nos los cuenta Dion Casio (36.9.3-4): «A dicha victoria contribuyeron de manera importante los tracios que, mercenarios primero de Mitrídates, a la sazón militaban con Fabio [Adriano], así como los esclavos que había en el campamento romano. Fabio, en efecto, envió a los tracios para que reconociesen el terreno, pero las informaciones que estos remitieron no tenían validez alguna y, por añadidura, cuando Mitrídates cayó súbitamente sobre Fabio, que marchaba desprevenido, los tracios juntaron filas contra los romanos; en medio de lo cual, también los esclavos, al haberles prometido libertad el bárbaro, se unieron al ataque».

¹⁸⁹⁶ Liv. 93. Para otra versión de los hechos, vid. App. *Mith.* 68, 70, 76-77, para quien los dos Lucios, Magio y Fanio, formarían parte de la facción de Sertorio, y no del ejército de Fimbria, tal y como expone Orosio. Así, una vez que Sertorio y Mitrídates hubieran alcanzado un acuerdo de colaboración mutua, a instancia de la embajada enviada por el segundo al primero, Sertorio enviaría a Mitrídates como general a Marco Vario (Marco Mario para Orosio) y como consejeros a Magio y Fanio. Para más información sobre los acuerdos entre Sertorio y Mitrídates, vid. Plu. *Sert.* 23-24; Brice, 2014: 126.

¹⁸⁹⁷ Para Plutarco (*Luc.* 8.5; 12.5), Marco Mario, a quien Sertorio había enviado desde Hispania en ayuda de Mitrídates a la cabeza de un ejército, se enfrentó a Lúculo y fue capturado.

¹⁸⁹⁸ App. *Mith.* 72.

3.6. Campaña en Iliria

3.6.1. *Locus incertus*¹⁸⁹⁹, Ilírico, 78-76 a. C.

«“Pero también fue condenado [Marco Atilio] Bulbo”. Y añade que “por un delito de lesa majestad” [...]. Se puso en evidencia, por una carta del Cayo Cosconio y por el testimonio de muchos otros, que había intentado sublevar a una legión en Iliria; esa acusación correspondía propiamente a aquel tribunal y el asunto caía bajo la ley de traición»¹⁹⁰⁰.

SITUACIÓN PREVIA: No tenemos apenas información de esta campaña. Tan sólo sabemos que al procónsul Cayo Cosconio le correspondió en suerte el Ilírico; que, tras dos años de campaña, arrasó y sometió Dalmacia, tomó Salona y regresó a Roma¹⁹⁰¹; y que, en algún momento indeterminado de su mando, Marco Atilio Bulbo incitó la rebelión de una de sus legiones¹⁹⁰².

CAUSAS: Mientras que Eutropio y Orosio se limitan a informarnos de la presencia de Cosconio en el Ilírico y de sus éxitos militares¹⁹⁰³, Cicerón, única fuente que transmite la insurrección, sólo nos informa de quién fue el instigador de la revuelta y de la condena que se le imputó por su crimen¹⁹⁰⁴. En consecuencia, desconocemos las causas que pudieron llevar a Bulbo a provocar el motín del ejército y las razones que pudieron tener los soldados para apoyar su empresa y/o rechazarla.

OBJETIVOS: Al desconocer las causas de la revuelta, tampoco podemos determinar las motivaciones que pudieron tener Bulbo y los soldados.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: De acuerdo con Cicerón (*Clu.* 97), Marco Atilio Bulbo, probablemente un oficial del ejército de Cosconio, intentó amotinar a una de las legiones bajo el mando del procónsul¹⁹⁰⁵. Si bien la insurrección estuvo, presumiblemente, organizada, la falta de información nos impide determinar si fue pacífica o violenta.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La ausencia de información nos dificulta la identificación de los medios de cohesión empleados por Bulbo para hacerse con el favor del ejército. Sin embargo, creemos que, al igual que hicieron Cayo Ticio, en 89 a. C., y Cayo Flavio Fimbria, en 86-85 a. C.¹⁹⁰⁶, Bulbo pudo explotar las posibles diferencias y discrepancias que pudieran existir entre Cosconio y sus hombres para intentar hacerse con la lealtad de estos y promover su levantamiento¹⁹⁰⁷. No obstante lo anterior, si bien Bulbo tuvo una participación activa en el incidente, no podemos valorar el grado de participación del ejército; es más, no sabemos si las tropas llegaron a apoyar a Bulbo en

¹⁸⁹⁹ En algún punto indeterminado de la provincia romana de Ilírico.

¹⁹⁰⁰ Cic. *Clu.* 97.

¹⁹⁰¹ Eutr. 6.4; Oros. 5.23.23.

¹⁹⁰² Más allá de la referencia a dicha legión, no sabemos con cuantas tropas contaba el procónsul (Cic. *Clu.* 97). Cf. Brice, 2020d: 256, 261.

¹⁹⁰³ Eutr. 6.4; Oros. 5.23.23.

¹⁹⁰⁴ Cic. *Clu.* 97.

¹⁹⁰⁵ Cic. *Clu.* 97. Cf. Chrissanthos, 1999: 61-62; Brice, 2020d: 256, 261.

¹⁹⁰⁶ Vid. *supra* para más información.

¹⁹⁰⁷ Cic. *Clu.* 97.

algún momento o si, por el contrario, rechazaron sus provocaciones y, por consiguiente, fueron las primeras responsables de que fracasara su sedición.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Aunque, conforme a nuestra hipótesis, pudieron existir problemas previos en el ejército de Cosconio que precipitaran la decisión de Bulbo de actuar y alzar a una de las legiones del procónsul, no nos consta que Cosconio pusiera en marcha ningún mecanismo de detección, control y/o represión del descontento de sus hombres. Igualmente, tampoco nos consta que ningún miembro de la legión amotinada fuera castigado. La falta de información limita nuestro estudio, pero creemos que Cosconio, o bien contó con el apoyo de sus oficiales, o bien dispuso de la lealtad del resto de sus unidades, de lo contrario le hubiera resultado imposible evitar la sedición de Bulbo¹⁹⁰⁸. Finalmente, sabemos que Marco Atilio Bulbo fue condenado por un delito de lesa majestad¹⁹⁰⁹, probablemente entre el 74 y el 70 a. C.¹⁹¹⁰.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. No sólo fracasó Bulbo en su intento de alzar a una de las legiones de Cayo Cosconio, sino que, además, terminó siendo procesado y condenado años más tarde por un delito de traición en virtud de la *lex de maiestate*¹⁹¹¹.

CONSECUENCIAS: Por un lado, parece que el conato de motín ni entorpeció la labor de Cosconio ni perjudicó la posición de Roma en el territorio, y, por el otro, la represión de la insurrección evitó nuevos problemas en su ejército y estableció un precedente de cómo se debía actuar en el futuro si desde el interior del ejército se incitaba a la sedición¹⁹¹².

COMENTARIO: Aunque la escasísima información de la que disponemos nos impide obtener más conclusiones de las ya presentadas, no podemos cerrar este episodio sin subrayar el final que tuvo Atilio Bulbo. A diferencia de personajes como Cayo Ticio o Cayo Flavio Fimbria, los cuales también habían incurrido en el pasado en el mismo delito que Bulbo, este fue perseguido, procesado y condenado. La razón de su final se

¹⁹⁰⁸ A tal efecto, creemos deducir los posibles apoyos con los que contó Cosconio a partir de la observación de una insurrección de naturaleza muy similar que tuvo lugar por aquel entonces contra Mamerco Emilio Lépidio Liviano (cos. 77 a. C.). De acuerdo con Cicerón (*Clu.* 99), Mamerco fue víctima de una revuelta promovida por el cuestor Cayo Estayeno. Al respecto, la información disponible es muy limitada, y no conocemos ni las causas ni la motivación ni el nivel de violencia y de organización de la rebelión, tan sólo que Estayeno intentó, al igual que Bulbo, promover el motín del ejército de Mamerco y que, al igual que aquel, fue acusado y condenado de lesa majestad. Sin embargo, sí que disponemos de una información tremendamente reveladora, y es que Estayeno fue declarado culpable gracias al testimonio de los «lugartenientes, prefectos y tribunos militares» que habían servido a las órdenes de Mamerco y que, con toda probabilidad, además de testigos de la sedición, fueron los principales responsables de ayudar al cónsul a detener el intento de amotinamiento del cuestor. Cf. Chrissanthos, 1999: 62-63; Pérez Carrandi, 2017: 266-268; Brice, 2020d: 256, 261.

¹⁹⁰⁹ Cic. *Clu.* 97; Ver. 1.39. Cf. Pérez Carrandi, 2017: 268-271.

¹⁹¹⁰ Aunque Cicerón (*Clu.* 97; Ver. 1.39) no aclara cuándo pudo ser encausado Marco Atilio Bulbo, según algunos autores modernos, como Broughton (1952: 88) y Pérez Carrandi (2017: 268), pudo ser procesado en algún momento indeterminado entre el 74 y el 70 a. C.

¹⁹¹¹ Cic. *Clu.* 97; Pérez Carrandi, 2017: 268-271. De acuerdo con Tácito (*Ann.* 1.72.2), la *lex maiestatis* podía juzgar los siguientes casos: «si alguno había dañado al ejército con una traición, o con una sedición a la plebe o, en fin, a la majestad del pueblo romano con la mala gestión de un cargo público; eran los hechos los que se sometían a juicio, quedando impunes las palabras». Para una información más completa, vid. Bouquie, 1884: 185; Brecht, 1944: 354-359; Bauman, 1967; Pérez Carrandi, 2017.

¹⁹¹² Por desgracia, tal y como veremos más adelante, la condena de Bulbo no impidió que nuevos actos de indisciplina e insubordinación tuvieran lugar en el ejército tardorrepblicano.

puede deber a que, o bien no contó en la capital con tantos apoyos como los que se le presuponen a Cayo Ticio, y por ello no pudo defender su causa con garantías, o bien que el fracaso de su insurrección le privó del respaldo militar necesario para que, igual que Fimbria, pudiera salir indemne de su delito. Por último, el hecho de que la constitución silana hubiera creado un principio de estabilidad política pudo ser la razón de que Bulbo no pudiera escapar impunemente y que, igualmente, se persiguiera con mayor ahínco la indisciplina en el ejército.

3.7. Levantamiento de Marco Emilio Lépido

«Se presentó [Marco Emilio Lépido] con todo su ejército con la idea de introducirlo en Roma consigo. Sin embargo, al no lograr su propósito, ordenó empuñar las armas y [Quinto Lutacio] Cátulo, por su parte, hizo lo propio. Tuvo lugar una batalla a poca distancia del Campo de Marte, y Lépido, derrotado, no resistió por mucho tiempo y huyó a Cerdeña, en donde enfermó y murió por consunción. Su ejército, después de causar pequeñas molestias, se disolvió en grupos, pero a la mayor parte del mismo la condujo [Marco] Perpenna [Ventón] a Hispania al lado de [Quinto] Sertorio»¹⁹¹³.

Junto a la resistencia de Quinto Sertorio, el levantamiento del cónsul Marco Emilio Lépido se puede interpretar como un epílogo de la guerra civil que enfrentó a silanos contra cinnanos. Entre el 78 y el 77 a. C., Lépido, de acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 16.1), «tomó de nuevo las armas y reanimó y agrupó en torno a él los restos de la facción que había escapado a Sila y a la que el paso del tiempo había debilitado». Ya había movilizado a gran parte de Italia y tenía controlada la Galia Cisalpina bajo el mando de su legado Marco Junio Bruto, padre del futuro cesaricida, cuando Cneo Pompeyo Magno le salió al paso con un ejército¹⁹¹⁴.

3.7.1. Módena¹⁹¹⁵, Galia Cisalpina, 77 a. C.

«[Marco Junio] Bruto, ya fuera porque él mismo había entregado a su ejército, ya porque este lo había traicionado a él cambiándose de bando, puso su persona a disposición de [Cneo] Pompeyo y, tras tomar una guardia de caballeros, se retiró a una pequeña ciudad a orillas del Po, donde, un solo día más tarde, murió a manos de Geminio, que había sido enviado a tal efecto por Pompeyo»¹⁹¹⁶.

SITUACIÓN PREVIA: Conforme a Plutarco (*Pomp.* 16.4), Pompeyo se apoderó sin dificultad de casi todas las ciudades de la Galia Cisalpina, «pero en Módena estuvo acampado durante mucho tiempo frente a Bruto». Es en esta coyuntura, con Marco Junio Bruto y su ejército¹⁹¹⁷ cercado por las fuerzas de Pompeyo, y este último

¹⁹¹³ App. BC 1.107. Cf. Sal. Hist. 1.77; Plu. *Pomp.* 16.4, 9.

¹⁹¹⁴ Plu. *Pomp.* 16.3-4. Cf. Warry, 1995: 155; Brice, 2014: 143.

¹⁹¹⁵ En la actual región de Emilia-Romaña (norte de Italia).

¹⁹¹⁶ Plu. *Pomp.* 16.6.

¹⁹¹⁷ Desconocemos el número de tropas bajo el mando de Marco Junio Bruto.

conspirando a las espaldas del legado de Lépido, donde debemos situar la siguiente insurrección.

CAUSAS: Advertimos tres posibles razones detrás de la defección del ejército de Bruto: militares, psicológicas y personales. Aunque no tenemos constancia de que los soldados tuvieran quejas de Bruto o que estuvieran enfrentados a él, la desfavorable situación militar en la que se encontraban —estaban encerrados en Módena—, y la incompetencia que había demostrado su general —ni había gestionado bien la defensa de la Cisalpina ni había logrado frenar el avance de Pompeyo en la región—, pudieron contribuir a que su estado de ánimo mudara, a que rechazaran el liderazgo de su comandante y a que desconfiaran en sus opciones de victoria¹⁹¹⁸; más aún si se tenían que enfrentar a un rival tan formidable como Pompeyo, que había demostrado en numerosas ocasiones sus aptitudes militares y que recientemente acababa de celebrar su primer triunfo¹⁹¹⁹. Asimismo, las tropas pudieron temer una posible represalia de Pompeyo si, finalmente, tomaba la ciudad por las armas y no la rendían antes.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue rehuir el enfrentamiento con Pompeyo y garantizar su seguridad personal. Para ello, era necesario abandonar y/o entregar, primero, a su comandante y, seguidamente, desertar al bando rival¹⁹²⁰.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción del ejército de Marco Junio Bruto¹⁹²¹. Aunque el episodio terminó con el asesinato a sangre fría de Bruto, la deserción de su ejército fue pacífica y, en principio, los soldados no tuvieron nada que ver con la muerte de su general¹⁹²². Por lo demás, desconocemos el grado de organización que tuvo la insurrección¹⁹²³.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La información disponible no nos permite advertir los posibles mecanismos de cohesión detrás de la insurrección del ejército. En cualquier caso, fue el miedo a Pompeyo y su deseo de escapar con vida del asedio de Módena lo que llevó a los hombres de Bruto a abandonarlo. Con respecto a la organización de la deserción, la información que nos proporciona Plutarco es tan escasa como contradictoria, puesto que tan pronto nos llega a sugerir que fue el mismo Bruto el encargado de entregar a su ejército y de alcanzar después un acuerdo con Pompeyo¹⁹²⁴, como nos informa de que fue el ejército quien lo había traicionado primero, cambiándose de bando, y que, a raíz de su defección, Bruto contactó con Pompeyo y se entregó a él por propia voluntad¹⁹²⁵.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No tenemos constancia de que Marco Junio Bruto aplicara ningún medio de detección, control y/o represión. Probablemente, o bien Bruto no se enteró de las intenciones de su ejército hasta que fue

¹⁹¹⁸ Plu. *Pomp.* 16.4.

¹⁹¹⁹ La celebración de su primer triunfo tuvo lugar en marzo del 79 a. C. (Plu. *Pomp.* 14).

¹⁹²⁰ Plu. *Pomp.* 16.6-7.

¹⁹²¹ Plu. *Sull.* 16.6. Cf. Brice, 2020d: 254, 261.

¹⁹²² Si bien existen dudas de si fue Bruto quien rindió a su ejército primero o si fueron los soldados quienes desertaron en primer lugar, de lo que no hay duda es de que Bruto «puso su persona a disposición de Pompeyo», y que fue este quien orquestó su posterior asesinato sin la implicación de las tropas de aquel (Plu. *Pomp.* 16.6-7). Cf. Brice, 2014: 104.

¹⁹²³ Plu. *Pomp.* 16.6-7.

¹⁹²⁴ Plu. *Sull.* 16.6.

¹⁹²⁵ Plu. *Pomp.* 16.6-7. Cf. Brice, 2020d: 254, 261.

demasiado tarde, o bien no contó con los apoyos suficientes para detener la desertión. Ningún soldado fue castigado ni por Bruto ni por Pompeyo, quien asumió el control del ejército de su rival¹⁹²⁶.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Las tropas de Bruto lograron pasarse sin problema al lado de Pompeyo y ningún soldado fue castigado por su falta de disciplina.

CONSECUENCIAS: Gracias a la defección del ejército de Bruto, Cneo Pompeyo aumentó el número de sus efectivos a expensas de la incorporación de las tropas de su rival¹⁹²⁷; Lépido perdió a su principal apoyo militar, lo que a la postre le valió la derrota¹⁹²⁸; y Bruto fue asesinado por orden de Pompeyo¹⁹²⁹.

COMENTARIO: La falta de información sobre la organización de los soldados de Bruto, el papel de este último antes y después de su rendición, y la implicación de Pompeyo en el asesinato de su rival, hacen que el episodio sea tan poco claro como tremendamente oscuro, sobre todo en lo concerniente a la muerte de Marco Junio Bruto. De acuerdo con Plutarco, Pompeyo había dirigido una carta al Senado anunciando que «había puesto fin a la guerra sin combatir» y que «Bruto, en cuanto comenzó la desertión de su ejército, se había entregado a él por propia voluntad»¹⁹³⁰. Esta versión de los hechos, nos habla, por un lado, de un ejército que abandona a su comandante y se pasa al bando rival, algo, por otra parte, muy frecuente en un contexto de enfrentamiento interno, como ya hemos visto con anterioridad; y, por el otro, de la clemencia de Pompeyo para con Bruto al dejarlo escapar con vida¹⁹³¹. Sin embargo, y aunque esta versión podría encajar perfectamente con lo sucedido, pues tenemos precedentes de acciones similares en el pasado¹⁹³², la posterior muerte de Bruto nos resulta sospechosa. A este respecto, barajamos dos hipótesis: que Bruto aprovechara su libertad para reunir un segundo ejército con el que reavivar la lucha y/o unirse a Lépido, y que por ello Pompeyo decidiera matarle, puesto que habría contravenido el acuerdo de su rendición¹⁹³³; o que Pompeyo hubiera estado detrás de la insurrección de los hombres de Bruto y que ahora quisiera eliminarlo para evitar ser descubierta su conspiración. Cualquiera de las dos hipótesis es plausible, máxime con el historial levantisco que se le presupone a Pompeyo¹⁹³⁴.

¹⁹²⁶ Plu. *Pomp.* 16.6.

¹⁹²⁷ Plu. *Pomp.* 16.6. Cf. Plu. *Pomp.* 64.5; Brut. 4.1, 3.

¹⁹²⁸ Plu. *Pomp.* 16.9; App. BC 1.107. Cf. Warry, 1995: 155; Brice, 2014: 143.

¹⁹²⁹ Plu. *Pomp.* 16.6. Cf. Brice, 2014: 104.

¹⁹³⁰ Plu. *Pomp.* 16.6-7.

¹⁹³¹ Plu. *Pomp.* 16.6.

¹⁹³² Como, por ejemplo, en las insurrecciones contra Cayo Flavio Fimbria y Lucio Cornelio Escipión Asiático de 85 y 83 a. C., respectivamente. En ambos casos, Sila se hizo con el ejército de sus rivales, tras el cambio de bando de sus soldados, y, a continuación, dejó marchar con vida a ambos comandantes. Vid. *supra*. para más información.

¹⁹³³ A semejanza de lo que pasaría años más tarde entre Cayo Antonio y Marco Junio Bruto, hijo del protagonista de la presente insurrección. Vid. *infra* para más información.

¹⁹³⁴ Para mayor detalle de lo referido, vid. *supra* la posible participación de Cneo Pompeyo Magno en el asesinato de Lucio Cornelio Cinna, en 84 a. C.

3.8. Guerra contra Quinto Sertorio

«Con el ejército que trajo [Quinto Sertorio] de Italia y algunas otras tropas que reunió entre los celtíberos, expulsó de Hispania a los gobernadores que le habían precedido y que, por congraciarse con Sila, no le entregaron el mando [...]. Habiéndose hecho famoso por su audacia, eligió a trescientos de los amigos que le acompañaban como su Consejo, y dijo que este era el Consejo romano y lo llamó Senado para ultraje de aquel otro de Roma»¹⁹³⁵.

La guerra contra Quinto Sertorio supuso el último capítulo del enfrentamiento entre silanos y cinnanos, y la última resistencia cinnana al gobierno silano de la capital¹⁹³⁶. Gracias a su audacia y habilidad¹⁹³⁷, Sertorio fue capaz de derrotar a numerosos ejércitos romanos, más numerosos y, supuestamente, mejor liderados¹⁹³⁸, haciendo del personaje y de su lucha una leyenda viva tanto para la historiografía clásica como moderna¹⁹³⁹. A continuación, analizaremos los principales actos de insurrección que tuvieron lugar durante este periodo de lucha interna.

3.8.1. *Locus incertus*¹⁹⁴⁰, 77 a. C.

«Cuando se anunció que [Cneo] Pompeyo estaba atravesando el Pirineo, los soldados, después de tomar las armas y coger precipitadamente las enseñas de las formaciones, injuriaron a gritos a [Marco] Perpenna, pidiendo que los llevara a [Quinto] Sertorio; porque si no, amenazaban con abandonarlo y marchar ellos junto a un hombre capaz de salvarse y de salvarlos»¹⁹⁴¹.

SITUACIÓN PREVIA: Tras la derrota de Marco Emilio Lépido (cos. 78 a. C.)¹⁹⁴², Marco Perpenna Ventón¹⁹⁴³ se dirigió a Hispania «con mucho dinero y un gran ejército»¹⁹⁴⁴ y la intención de combatir por su cuenta y riesgo a Quinto Cecilio Metelo

¹⁹³⁵ App. BC 1.108.

¹⁹³⁶ App. Hisp. 101. Cf. Keppie, 1998: 50.

¹⁹³⁷ De acuerdo con Plutarco (Sert. 12.6), Sertorio dotó a su ejército de una flexibilidad táctica mucho mayor de la que disfrutaban las legiones romanas. Así, frente a los combates tradicionales de la infantería pesada romana —«perfectamente ejercitada para rechazar a los enemigos que llegaban a las manos y destruirlos», pero inoperante a la hora de adaptarse a los montes, persecuciones y huidas, a la sed, al hambre y a acampar a la intemperie—, Sertorio «evitaba todo combate abierto y cambiaba toda disposición táctica por la agilidad y ligereza del ejército ibérico». De ese modo, combatió a Roma «con prácticas propias de bandidos», mediante emboscadas y movimientos circulares, por medio de una guerra de guerrillas, impidiendo los aprovisionamientos de agua, estorbando la búsqueda de víveres y obstaculizando la marcha de los ejércitos romanos (Plu. Pomp. 17.2; 19.7, 10; Sert. 13.4-5).

¹⁹³⁸ Plu. Sert. 18.4-10; 19.2-11; 21. Cf. Keppie, 1998: 50.

¹⁹³⁹ Sobre la figura de Quinto Sertorio, vid. García Domínguez, 2018: 55-70.

¹⁹⁴⁰ En algún lugar indeterminado de la Hispania Citerior entre los Pirineos y el valle del Ebro (Plu. Sert. 15.2; 16.1).

¹⁹⁴¹ Plu. Sert. 15.3-4.

¹⁹⁴² Para más información sobre la revuelta de Marco Emilio Lépido, vid. *supra* el episodio anterior.

¹⁹⁴³ Partidario de la facción cinnana, Marco Perpenna, en aquel tiempo un simple *privatus*, se desplazó a Hispania con cincuenta y tres cohortes y la intención de combatir a los ejércitos silanos de Metelo y Pompeyo (Plu. Sert. 15.5).

¹⁹⁴⁴ Plu. Sert. 15.2.

Pío y Cneo Pompeyo Magno, representantes de la facción silana y por aquel entonces en guerra con Quinto Sertorio, último reducto del bando cinnano¹⁹⁴⁵.

CAUSAS: Advertimos dos posibles razones detrás del levantamiento del ejército de Marco Perpenna: militares y psicológicas. Los soldados de Perpenna estaban molestos con la idea de que su general se enfrentara sólo a Quinto Cecilio Metelo Pío y Cneo Pompeyo Magno sin contar con la inestimable ayuda de Quinto Sertorio, a quien consideraban mucho mejor comandante y más apto para la empresa. El empecinamiento de Perpenna provocó la indignación de sus hombres y que recelaran tanto de su liderazgo como de su estrategia¹⁹⁴⁶. Igualmente, las tropas temían enfrentarse a Pompeyo bajo el mando de su actual comandante, del que desconfiaban y al que consideraban que no estaba a la altura de su rival¹⁹⁴⁷.

OBJETIVOS: Las tropas de Perpenna ansiaban luchar bajo el liderazgo de Sertorio, un comandante que había obtenido importantísimos éxitos en Hispania, y al único que, según su opinión, podían confiarle su vida¹⁹⁴⁸. Para tal fin, necesitaban deshacerse del mando de su general y forzar la unión de ambos comandantes.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín en el ejército de Marco Perpenna Ventón. La insurrección fue violenta y espontánea. Aunque a las tropas de Perpenna no les gustaba la idea de enfrentarse solas a Metelo, su enfado no fue a mayores y mantuvieron su disciplina, así como su lealtad. Sin embargo, su actitud cambió radicalmente cuando se anunció la llegada de Pompeyo. En este momento, la situación se desbordó y los soldados actuaron de manera precipitada y desordenada, injuriando a Perpenna y exigiéndole que les llevara con Sertorio. Finalmente, los soldados le amenazaron con abandonarlo si no accedía a su petición¹⁹⁴⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La desconfianza y el miedo hicieron, respectivamente, de aglutinante de las tropas y de detonante de su descontento. Aunque la insurrección no fue planificada y los soldados actuaron de manera precipitada y errática, fruto del pánico y de la situación de vulnerabilidad en la que creían encontrarse, actuaron unidos y no hubo fisuras en sus reivindicaciones¹⁹⁵⁰. Ningún soldado ni oficial se posicionó a favor de Perpenna, lo que nos indica que el ejército en bloque rechazó a su general y anheló unirse a Sertorio¹⁹⁵¹.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Pese a que la irritación de los soldados con su comandante no era nueva¹⁹⁵², estos no mostraron su verdadero descontento hasta que fueron avisados de la llegada de Pompeyo. A partir de este momento, su reacción fue súbita y precipitada, cogiendo por sorpresa a Perpenna, el

¹⁹⁴⁵ App. BC 1.107-108; Oros. 5.23.12; 24.16.

¹⁹⁴⁶ Plu. Sert. 15.2-4.

¹⁹⁴⁷ Plu. Sert. 15.3-4.

¹⁹⁴⁸ Plu. Sert. 15.2-4.

¹⁹⁴⁹ Plu. Sert. 15.2-4.

¹⁹⁵⁰ Al respecto, Plutarco (Sert. 15.3) nos informa de que los soldados de Perpenna, en primer lugar, tomaron las armas y se reunieron en torno a las enseñas, precipitándose hacia ellas. Las enseñas se convirtieron en época republicana en un elemento de cohesión de enorme simbolismo capaz de unir a las tropas tanto a la hora de obedecer a sus generales y congregarse para la batalla como en el momento de provocar una insurrección y un cambio de bando.

¹⁹⁵¹ Plu. Sert. 15.3-4.

¹⁹⁵² Plu. Sert. 15.2.

cual fue incapaz de controlar la situación y calmar a sus tropas, viéndose obligado a ceder ante sus quejas¹⁹⁵³. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Desbordado por las presiones y las protestas de sus soldados, Marco Perpenna cedió ante sus reivindicaciones y unió su ejército al de Sertorio¹⁹⁵⁴.

CONSECUENCIAS: La insurrección del ejército de Perpenna colocó a su comandante en una situación de clara inferioridad con respecto a Sertorio, líder absoluto de la resistencia en Hispania. A raíz de este incidente, de acuerdo con Plutarco (*Sert.* 15.2), el odio y la envidia que Perpenna sentía por Sertorio fue en aumento, pues no era capaz de asimilar que alguien de su posición acabara obedeciendo a un hombre como Sertorio, al que consideraba inferior en linaje. Este rencor, según nuestro autor, fue la principal razón por la que Perpenna decidió más tarde acabar con la vida de Sertorio¹⁹⁵⁵.

COMENTARIO: La desconfianza hacia las habilidades y aptitudes castrenses de un determinado comandante romano, en relación a las destrezas demostradas por otro, fueron, una vez más, la causa detrás de la indisciplina del ejército. Las dudas de que Perpenna estuviera a la altura de las circunstancias y el miedo a enfrentarse a Cneo Pompeyo llevaron al ejército a presionar y a amenazar a su comandante con abandonarlo si no los conducía con Sertorio, de quien confiaban y al que creían el único capaz de derrotar a sus enemigos. El episodio ha sido utilizado por Plutarco para confirmar y justificar que el odio que Perpenna sentía por Sertorio existió desde siempre y que, por tanto, no fue consecuencia del cambio de comportamiento que experimentó Sertorio al final de su vida¹⁹⁵⁶. A este respecto, aunque consideramos el episodio cierto¹⁹⁵⁷, creemos que, en parte, fue deliberadamente exagerado por Plutarco con el fin de reforzar la inquina de Perpenna y demostrar que su complot fue algo premeditado y calculado de antemano¹⁹⁵⁸. Por último, destacamos el cambio de actitud experimentado por las tropas en el momento de reivindicar y exigir el cambio de mando. Por muy enfadados que estuvieran con su general y sospecharan de su liderazgo, los soldados ni atentaron contra su vida ni buscaron unirse a Pompeyo. A diferencia de las insurrecciones de la década anterior, cuando ante una situación militar análoga las tropas actuaron, o bien asesinando a su general, o bien desertando y/o cambiando de bando, en esta ocasión conservaron tanto la vida de Perpenna como su lealtad al bando cinnano. Esta transformación se puede interpretar de varias formas diferentes: que los soldados estuvieran verdaderamente comprometidos con la causa cinnana, lo que hacía impensable la desertión; que no confiaran en que un cambio de bando fuera suficiente para conservar su vida y temieran la represalia de sus enemigos, lo que hacía de la

¹⁹⁵³ Plu. *Sert.* 15.3-5.

¹⁹⁵⁴ Plu. *Sert.* 15.5.

¹⁹⁵⁵ Liv. 96; Vell. 2.30.1; Plu. *Pomp.* 20.3; *Sert.* 26.10-11; Flor. *Epit.* 2.10.6, 9; App. *BC* 1.113; Eutr. 6.1.3; Oros. 5.23.13.

¹⁹⁵⁶ Para más información sobre esto último, *vid. infra* el complot que Marco Perpenna ejecutó contra Quinto Sertorio.

¹⁹⁵⁷ Para otra versión, *vid.* App. *BC* 1.107-108 y, en particular, App. *BC* 1.113, en donde se nos explica que Perpenna había venido de manera voluntaria junto a Sertorio procedente de la facción de Emilio Lépido. Apiano, por tanto, no sólo no recoge la insurrección, sino que, además, considera que la unión de ambos cinnanos fue voluntaria y de mutuo acuerdo.

¹⁹⁵⁸ Plu. *Sert.* 15.2; 25.2.

deserción una salida no viable; que creyeran que si mataban a su general serían rechazados por Sertorio, lo que explicaría que lo mantuvieran con vida, para de esa forma garantizar la unión de ambos ejércitos; o que ningún ejército silano estuviera lo suficientemente cercano como para considerar la deserción desde el interior del ejército y/o promover el cambio de bando desde el exterior del mismo.

3.8.2. **Lauro**¹⁹⁵⁹, 76 a. C.; **Locus incertus**¹⁹⁶⁰, 74 a. C.; **Locus incertus**¹⁹⁶¹, 74-72 a. C.; **Osca**¹⁹⁶², 72 a. C.

«Entretanto, Sertorio, ofuscado ya por la divinidad, relajó su esfuerzo en la acción y pasaba la mayor parte del tiempo entregado a la molicie, a las mujeres, a las francachelas y a la bebida. Por este motivo sufría continuas derrotas y se hizo en extremo irascible a causa de sus sospechas de todo tipo, cruelísimo en los castigos y lleno de recelo hacia todos [...]»¹⁹⁶³.

SITUACIÓN PREVIA: Tras años de resistencia y duros combates, las tropas de Sertorio empezaron a acusar la fatiga de la guerra, y su disciplina y lealtad empezaron a ser cuestionadas por su comandante¹⁹⁶⁴. Seguidamente, analizaremos todos los actos de insurrección en los que incurrieron los hombres de Sertorio desde el año 76 a. C., fecha en la que localizamos el primer incidente, hasta el 72 a. C., año en el que fue asesinado¹⁹⁶⁵.

CAUSAS: Identificamos las siguientes razones detrás del malestar del ejército: militares, personales y económicas, por parte de las tropas; y personales y económicas, por parte de los oficiales. Si bien en el pasado Sertorio había demostrado ser un comandante competente y se había impuesto con soltura a ejércitos más numerosos y a generales, supuestamente, más capacitados¹⁹⁶⁶, al final de sus días, de acuerdo con la

¹⁹⁵⁹ Probablemente, al sur de Sagunto (Comunidad Valenciana, España).

¹⁹⁶⁰ En la Hispania Citerior, en algún punto próximo al valle del Ebro.

¹⁹⁶¹ Desconocido, pero en la Hispania Citerior.

¹⁹⁶² Actual Huesca (Comunidad Autónoma de Aragón, norte de España).

¹⁹⁶³ App. BC 1.113.

¹⁹⁶⁴ No tenemos conocimiento del número de unidades bajo el mando de Sertorio, pero sí que conocemos la composición de su ejército. A tal efecto, las fuentes nos hablan de un ejército heterogéneo formado a partir de unidades de distinta nacionalidad: romanos, itálicos e hispanos (celtíberos y lusitanos), fundamentalmente (Plu. *Sert.* 12-22; App. BC 1.107-108, 112, 114; *Hisp.* 101). Cf. Brice, 2020d: 264.

¹⁹⁶⁵ En lo sucesivo, diferenciaremos, siempre y cuando nos lo permitan las fuentes clásicas, entre el comportamiento de los soldados y la actitud de los oficiales, puesto que los unos y los otros se guiaron por distintos intereses y reivindicaciones. Igualmente, siempre y cuando contemos con la información necesaria, diferenciaremos entre una y otra insurrección, con el fin de singularizar a cada incidente con respecto a los demás. En este sentido, habrá apartados, como las causas y los objetivos, que serán tratados en común, ya que nos permitirán valorar mejor el posible origen de los problemas de disciplina que hubo en el ejército de Sertorio; y apartados, como el relativo a los mecanismos de cohesión que, debido a la falta de información, sólo podrán hacer referencia a un episodio en particular (en este caso en concreto al complot de Perpenna).

¹⁹⁶⁶ En relación a sus enfrentamientos contra Quinto Cecilio Metelo Pío y Cneo Pompeyo Magno, vid. App. BC 1.97, 108-115 y App. BC 1.80, 108-115, respectivamente; y, en cuanto a sus habilidades castrenses, vid. App. BC 1.112 y, especialmente, Plu. *Pomp.* 17.2; 19.7, 10; *Sert.* 10; 12.6; 13.1-2, 4-5; 14.1. Cf. Keppie, 1998: 50.

mayoría de autores clásicos¹⁹⁶⁷, la personalidad de Sertorio mutó, convirtiéndose en un hombre impulsivo y violento, degeneró su forma de vida, y sus facultades militares se vieron sensiblemente afectadas¹⁹⁶⁸. Todo ello pudo generar el malestar, la desconfianza, el miedo y el odio entre sus soldados¹⁹⁶⁹, dada la dureza de su mando, la violencia de sus castigos y la decadencia de su liderazgo¹⁹⁷⁰. Por otro lado, fue la envidia lo que provocó el descontento de sus oficiales y que conspiraran contra la vida de su general¹⁹⁷¹. Asimismo, tanto soldados como oficiales pudieron ser tentados económicamente para que hicieran defección y/o atentaran contra Sertorio¹⁹⁷².

OBJETIVOS: La motivación de los soldados romanos pudo ser doble. Por un lado, librarse de Sertorio, primero porque su mando había degenerado en arbitrariedad y violencia, y segundo porque habían sido desplazados por los auxiliares locales¹⁹⁷³; y, por el otro, cobrar la recompensa de Metelo¹⁹⁷⁴. Por otra parte, la principal motivación de los oficiales fue, sobre todo, personal; reemplazar a Sertorio en el mando del ejército y de la guerra, y ocupar su posición de preeminencia¹⁹⁷⁵.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Entre el 76 y el 72 a. C., fueron varios los ejemplos de indisciplina y los episodios de insurrección que protagonizaron los soldados de Quinto Sertorio¹⁹⁷⁶. En 76 a. C., un

¹⁹⁶⁷ Mientras que para Livio (96), Sertorio «había sido un gran jefe [...], pero al final se transformó en un hombre salvaje y pródigo»; y para Plutarco (*Sert.* 10.5-7), Sertorio se «volvió duro contra los que le agraviaban debido a que sus empresas iban mal»; para Apiano (*BC* 1.113) fue la desconfianza lo que hizo a Sertorio ser extremadamente cruel.

¹⁹⁶⁸ App. *BC* 1.113. Cf. Brice, 2014: 181.

¹⁹⁶⁹ Conforme a Apiano (*BC* 1.112), «el ejército le culpaba, en particular, porque se hacía rodear en todas partes de lanceros celtíberos, en vez de romanos, y porque, postergando a los romanos, había confiado su custodia personal a aquellos en lugar de a estos». Asimismo, tampoco «les parecía justo que, por causa de los desertores, fueran condenados los que habían permanecido fieles», en alusión a los castigos que recibieron los soldados romanos por culpa de las tropas que se pasaron a Metelo, en 74 a. C. Cf. Brice, 2014: 181.

¹⁹⁷⁰ Con respecto a la severidad de Sertorio, *vid.* Liv. 92, 96; Plu. *Sert.* 10.5-7; 25.6; App. *BC* 1.109, 112-113.

¹⁹⁷¹ De entre todos los oficiales, senadores y amigos de Sertorio, fue Marco Perpenna Ventón el principal promotor e instigador de la conjura que terminó con su asesinato (Plu. *Sert.* 25.1; 26). De acuerdo con Plutarco (*Sert.* 25.2-3), Perpenna, ensoberbecido por la nobleza de su nacimiento, ansiaba el mando supremo, criticaba a Sertorio y confabulada con sus allegados. El hecho de haber perdido, en 77 a. C., el control de su ejército en beneficio de Sertorio, debido a que sus soldados desconfiaban de su liderazgo y no querían enfrentarse bajo su mando a Cneo Pompeyo Magno, pudo ser el origen de su animosidad y la razón por la que conspiró contra su colega. Para más información, *vid. supra* la insurrección anterior.

¹⁹⁷² En concreto, nos referimos a la oferta que hizo Quinto Cecilio Metelo Pío y recoge Plutarco (*Sert.* 22.1): «anunció por heraldo que si algún romano lo quitaba de en medio [a Sertorio], le daría cien talentos de plata y veinte mil fanegas de tierra; y si un desterrado, el regreso a Roma, como si por desesperación de una defensa abierta comprase al hombre a través de una traición».

¹⁹⁷³ Fue la deserción de parte de su ejército, en 74 a. C., lo que originó que Sertorio desconfiara de sus soldados romanos; que prefiriera a sus auxiliares celtíberos a sus compatriotas; que estos últimos sintieran envidia y celos, y se acabaran enemistando con su comandante y con los «bárbaros»; y que Sertorio cambiara su semblante y se hiciera cada vez más cruel (Liv. 92; Plu. *Sert.* 25.6; App. *BC* 1.112).

¹⁹⁷⁴ Plu. *Sert.* 22.1.

¹⁹⁷⁵ Plu. *Sert.* 25.1; 26.

¹⁹⁷⁶ Para más información sobre los problemas de disciplina a los que se tuvo que enfrentar Quinto Sertorio, *vid.* Gruen, 1974: 372; Chrissanthos, 1999: 64-65; Brice, 2014: 181; 2020c: 118; 2020d: 258, 260, 264; García Riaza, 2014-2015: 71 Goldberg, 2016: 151, 155; Gendron, 2020: 56-76.

soldado romano trató de violar a una mujer natural de Lauro¹⁹⁷⁷; en 74 a. C., un número indeterminado de soldados del ejército de Sertorio se pasaron a Metelo¹⁹⁷⁸; y, entre 74 y 72 a. C., se sabotearon varios de los proyectos y de las operaciones ordenadas por Sertorio con la finalidad de enemistarlo con sus aliados hispanos¹⁹⁷⁹. Finalmente, en 72 a. C., tuvo lugar la conspiración de Perpenna¹⁹⁸⁰, insurrección que prioriza nuestro análisis. Mientras que la agresión de Lauro fue espontánea y violenta, y la desertión a favor de Metelo fue espontánea y pacífica, los sabotajes fueron organizados y violentos, y el complot de Perpenna fue organizado y violento. Sobre la organización de este último incidente hablaremos a continuación, ya que del resto de acontecimientos no contamos con apenas información.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El odio, el miedo, la envidia y la ambición fueron los principales aglutinantes de los conjurados. Apiano nos cuenta que Perpenna planeó la conspiración con otros diez hombres, todos ellos cercanos a Sertorio; que el complot fue revelado y que parte de los conspiradores fueron castigados, pero que Perpenna no fue descubierto; y que, finalmente, Sertorio fue asesinado en medio de la celebración de un banquete¹⁹⁸¹. Hasta aquí, dada la complejidad del atentado y de la irritación de las tropas, podríamos pensar que los soldados también participaron del complot y que, por tanto, fueron cómplices del asesinato de su comandante. Sin embargo, la reacción que tuvieron las tropas al enterarse de la noticia de la muerte de Sertorio descarta automáticamente su implicación. En este sentido, Apiano nos dice que los soldados se enfrentaron a Perpenna, que rechazaron su mando y que estuvieron al borde del amotinamiento¹⁹⁸².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Del mismo modo que las tropas bajo el mando de Sertorio manifestaron una actitud levantisca desde temprano, a su comandante tampoco le tembló el pulso a la hora de reprimir la indisciplina de sus hombres. En 76 a. C., la violación de Lauro fue castigada con la ejecución de la cohorte implicada en la agresión¹⁹⁸³; en 74 a. C., Sertorio respondió a la desertión de sus hombres ultrajando «de modo bárbaro y salvaje a muchos»¹⁹⁸⁴; y, por último, en 72 a. C., castigó a una parte de los conspiradores que logró identificar¹⁹⁸⁵. No obstante lo anterior, y a pesar de la determinación de Sertorio y de su carácter expeditivo, el hecho

¹⁹⁷⁷ App. BC 1.109. Para un análisis del episodio y una revisión sobre el significado de la violación en la Roma antigua y, en particular, en un contexto militar, *vid.* Gendron, 2020: 56-76. Cf. García Riaza, 2014-2015: 71; Goldberg, 2016: 155; Brice, 2020c: 118; 2020d: 260.

¹⁹⁷⁸ App. BC 1.112. Cf. Gruen, 1974: 372; Brice, 2020d: 258.

¹⁹⁷⁹ Plu. *Sert.* 25.4-6.

¹⁹⁸⁰ Liv. 96; Vell. 2.30.1; Plu. *Pomp.* 20.3; *Sert.* 25-26; Flor. *Epit.* 2.10.6, 9; App. BC 1.113; *Hisp.* 101; Eutr. 6.1.3; Oros. 5.23.13. Para más información sobre el complot de Marco Perpenna Ventón, *vid.* Keppie, 1998: 50; Brice, 2014: 181; 2020d: 253.

¹⁹⁸¹ App. BC 1.113; cf. Keppie, 1998: 50; Brice, 2014: 181; 2020d: 253. Junto a Perpenna, Plutarco (*Sert.* 26) nos habla de la participación de un tal Manlio, uno de los generales de Sertorio, de Aufidio y de Grecino.

¹⁹⁸² App. BC 1.114.

¹⁹⁸³ App. BC 1.109. Cf. García Riaza, 2014-2015: 71; Goldberg, 2016: 151, 155; Gendron, 2020: 56-76.

¹⁹⁸⁴ App. BC 1.112.

¹⁹⁸⁵ App. BC 1.113.

de que la mayoría de los conspiradores formaran parte de su círculo de confianza dificultó tanto la detección de todos los conjurados como su posterior represión¹⁹⁸⁶.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Al menos a corto plazo, la muerte de Sertorio supuso un relativo éxito para los conjurados. Perpenna se hizo con el ejército y recuperó el lugar de excepción que había reivindicado desde su llegada.

CONSECUENCIAS: El asesinato de Sertorio acabó por condenar los esfuerzos por presentar una alternativa al régimen silano¹⁹⁸⁷. Aunque la muerte de Sertorio situó a Perpenna al frente del ejército¹⁹⁸⁸, los soldados romanos rechazaron desde el principio su liderazgo, le recriminaron su crimen y se amotinaron¹⁹⁸⁹. Esta situación debilitó gravemente la posición de Perpenna, quien, tras caer derrotado ante Pompeyo, fue ejecutado¹⁹⁹⁰.

COMENTARIO: Al margen de la planificación del asesinato de Sertorio, nos llama la atención la lealtad de sus tropas. Y es que, a pesar de su malestar, de sus críticas, de haber sufrido la violencia de su comandante, de caer en desgracia, y de tener la oportunidad de vengarse y de unirse a un nuevo general, los soldados siguieron siendo fieles a Sertorio. De hecho, por encima de todas las vejaciones sufridas, lo que más les molestó no fue ni la violencia de su comandante ni su arbitrariedad para con los castigos, sino que no se les reconociera su lealtad, «que habiendo llegado a ser infieles a su patria por causa de Sertorio, no fueran considerados fieles por este» y que «se les censurase de infidelidad, a pesar de que militaban bajo un enemigo de Roma»¹⁹⁹¹. Este comportamiento nos hace pensar que las tropas no sólo estaban con Sertorio por su liderazgo o por la posibilidad de obtener un importante botín de guerra, sino que pudo haber existido una razón de naturaleza política y/o ideológica detrás de su adhesión¹⁹⁹². Finalmente, el hecho de que nadie reclamara la recompensa económica de Metelo nos confirma que el asesinato de Sertorio no estuvo motivado por cuestiones materiales, sino de ambición personal.

3.8.3. Osca, Hispania Citerior, 72 a. C.

«Los soldados, al considerar su actual situación, despreciaban a Perpenna como a un privado y [...] cuando fue abierto el testamento de Sertorio, en el que Perpenna estaba incluido como heredero, a todos les invadió una cólera y un odio mayor hacia este último, porque no sólo

¹⁹⁸⁶ Plu. *Pomp.* 20.3; *Sert.* 26.10-11.

¹⁹⁸⁷ De acuerdo con Apiano (*BC* 1.115), si Perpenna no hubiera asesinado a Sertorio, la guerra no hubiera acabado «tan rápida ni fácilmente».

¹⁹⁸⁸ Liv. 96; App. *Hisp.* 101.

¹⁹⁸⁹ App. *BC* 1.114-115. Por otro lado, «la mayoría de los íberos se fueron enseguida y, tras enviar embajadores, se entregaron a Pompeyo y Metelo» (Plu. *Sert.* 27.1).

¹⁹⁹⁰ Liv. 96; Plu. *Pomp.* 20.4-6; *Sert.* 27; App. *BC* 1.115; *Hisp.* 101. De los conjurados, unos murieron durante el combate, otros fueron llevados a Pompeyo y perecieron, y otros huyeron (Plu. *Pomp.* 20.5-6; *Sert.* 27.6-7).

¹⁹⁹¹ App. *BC* 1.112.

¹⁹⁹² Según Apiano (*BC* 1.112), los soldados «no abandonaron totalmente a Sertorio, por conveniencia, pues no había entonces otro general más hábil en la guerra ni afortunado que este».

había cometido un crimen tan abominable contra su jefe o general, sino además contra su amigo y benefactor»¹⁹⁹³.

SITUACIÓN PREVIA: Consecuencia directa del asesinato de Sertorio fue el motín de las tropas que heredó Perpenna, las cuales no perdonaron a su nuevo comandante la traición a su antiguo general.

CAUSAS: A pesar de los problemas que tenían las tropas con Sertorio, y aunque los soldados estaban molestos por su trato, tal y como vimos en la insurrección anterior, el ejército seguía respetando a su general, lo consideraban un buen comandante y, ante todo, creían que era el único con opciones de derrotar a sus enemigos¹⁹⁹⁴; de ahí que su asesinato fuera condenado, que su asesino fuera vilipendiado y que las tropas se sintieran abandonadas y desahuciadas, ya que ni confiaban en las habilidades de Perpenna ni tenían fe en sus opciones de victoria¹⁹⁹⁵. Por todo ello, consideramos que el motín de las tropas obedeció a razones de naturaleza militar, personal y psicológica.

OBJETIVOS: El principal interés de los soldados fue deshacerse de Perpenna y desquitarse de la muerte de Sertorio.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín del ejército de Marco Perpenna Ventón. La insurrección fue violenta y espontánea¹⁹⁹⁶.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El odio hacia Perpenna y la estima hacia Sertorio fueron los principales aglutinantes de las tropas. Respecto a su organización, aunque la reacción del ejército fue instantánea y desde el primer momento manifestaron abiertamente su repulsa hacia Perpenna, las tropas no se levantaron abiertamente hasta que tuvo lugar la lectura del testamento de Sertorio¹⁹⁹⁷. En ese momento, al figurar su verdugo como uno de los beneficiarios de las últimas voluntades del finado, los soldados no pudieron reprimir por más tiempo su enfado¹⁹⁹⁸. Sin embargo, la rápida reacción de Perpenna evitó que el ejército se descontrolara y que los soldados atentaran contra su vida, calmando el ánimo de las tropas y reteniéndolas bajo su mando¹⁹⁹⁹. Finalmente, fue la derrota ante Pompeyo lo que devolvió el coraje a las tropas y que se levantaran por segunda y última vez, insultando a Perpenna, acusándole de haber asesinado a Sertorio y abandonándole ante Pompeyo²⁰⁰⁰.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Durante un tiempo, Perpenna pudo contener con relativa facilidad la irritación de sus hombres y su intento de amotinamiento. Para ello, en primer lugar, «se atrajo a los unos con regalos, a los otros con promesas, atemorizó a otros con amenazas y a algunos los mató para aterrorizar a

¹⁹⁹³ App. BC 1.114.

¹⁹⁹⁴ App. BC 1.112.

¹⁹⁹⁵ App. BC 1.114.

¹⁹⁹⁶ App. BC 1.114-115. Cf. Brice, 2020d: 254, 261.

¹⁹⁹⁷ Conforme a Apiano (BC 1.114), «el ejército se alzó de inmediato con gran tumulto contra Perpenna, y, con ira, trocando al punto su odio en favor hacia Sertorio».

App. BC 1.114.

¹⁹⁹⁹ «Tras llevarlos bajo sumisión, le obedecieron como a un general —pues ocupaba la dignidad inmediata a Sertorio—, pero, ni aun así entonces, depusieron su animadversión hacia él» (App. BC 1.114).

²⁰⁰⁰ Este segundo “levantamiento” no se puede considerar, sin embargo, una nueva insurrección. El ejército había sido derrotado, los soldados estaban a merced de Pompeyo, y a las tropas sólo les quedaba su voz para desahogarse de su general. Cf. App. BC 1.115.

los demás», y, seguidamente, «pronunció un discurso demagógico a la tropa, liberó a aquellos que Sertorio había puesto en prisión y devolvió los rehenes a los íberos»²⁰⁰¹. Por último, «tras tomar nuevos ánimos, se mostró al punto el más cruel en los castigos y dio muerte a tres de los nobles que habían huido a su lado desde Roma, e incluso a su propio cuñado»²⁰⁰².

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. A pesar de la irritación de las tropas y de los ataques recibidos, Perpenna, aunque nunca llegó a contar con la adhesión del ejército y su liderazgo no gozó del apoyo y de la popularidad que a él le hubiera gustado, logró controlar la situación y enfrentarse a Cneo Pompeyo²⁰⁰³.

CONSECUENCIAS: La precariedad con la que Perpenna logró mantener el control del ejército no le permitió ni consolidar su autoridad ni borrar el recuerdo de Sertorio, de tal manera que Pompeyo no tuvo ningún problema en derrotarle en combate²⁰⁰⁴. El ejército terminó abandonando a Perpenna y este acabó siendo ejecutado por orden de Pompeyo²⁰⁰⁵.

COMENTARIO: El episodio nos demuestra que ni un mando ni una magistratura eran suficientes para dirigir al ejército con autoridad si el comandante de turno no contaba ni con la simpatía ni con la fidelidad de las tropas. Perpenna no disfrutó en ningún momento ni de la lealtad de la soldadesca ni de su apoyo. El rechazo del ejército fue unánime desde que pisó Hispania, en 77 a. C., y con el asesinato de Sertorio, a quien los soldados habían confiado su salvación, a pesar de las circunstancias, y en quien confiaban por encima de todo, lejos de mejorar su situación la empeoró notablemente, habida cuenta de que, además de mal general, se descubría ante el ejército como un traidor, alentando todavía más el odio de las tropas y su repulsa. Con Perpenna, pero sin Sertorio, la causa por la que habían luchado durante los últimos años estaba totalmente condenada, y los soldados lo sabían; de ahí que no temieran abandonar a su general en medio de la derrota, pues la batalla ya la habían perdido antes de comenzarla.

3.8.4. Otras insurrecciones

«Y se cuenta que [Quinto Cecilio Metelo Pío] aceptaba imposiciones de coronas y acogidas de banquetes grandiosos en los que bebía con vestidura triunfal, y unas Victorias construidas mediante mecanismos de poleas, llevando trofeos áureos y coronas, descendían, y coros de niños y mujeres cantaban en su honor himnos triunfales»²⁰⁰⁶.

²⁰⁰¹ App. *BC* 1.114.

²⁰⁰² App. *BC* 1.114.

²⁰⁰³ App. *BC* 1.114.

²⁰⁰⁴ Según Apiano (*BC* 1.115), «Pompeyo se impuso con rapidez ante un general inferior en categoría y un ejército que estaba desanimado».

²⁰⁰⁵ Liv. 96; Plu. *Pomp.* 20.4-6; *Sert.* 27; App. *BC* 1.115; *Hisp.* 101. Gracias a Dion Casio (39.46.3), sabemos que un número indeterminado de sertorianos lograron refugiarse en la Galia y que, años más tarde, en el verano del 56 a. C., terminaron combatiendo junto a los pueblos galos de la región de Aquitania y en contra de Publio Licinio Craso, hijo de Marco Licinio Craso, y, a la sazón, en el ejército de César. Estas tropas permitieron a los galos afrontar la guerra «con más táctica y menos precipitación», ya que combatían según los usos militares romanos (*Caes. Gal.* 3.23). Cf. Oros. 6.8.21, para quien los sertorianos, además de adiestrar a los galos, llegaron a liderar las operaciones militares.

²⁰⁰⁶ Plu. *Sert.* 22.3.

Junto a las insurrecciones arriba analizadas, hemos localizado otros ejemplos de indisciplina e insubordinación. Mientras que el primer incidente tuvo lugar, nuevamente, en el ejército de Sertorio, los dos siguientes afectaron al bando del Senado.

Pese a que los auxiliares locales, celtíberos y lusitanos, principalmente, gozaron del favor y de la simpatía de Sertorio, su comportamiento en el campo de batalla no siempre fue todo lo ejemplar que le hubiera gustado a su comandante. En 77 a. C., poco después de unírsele Perpenna, Plutarco nos desvela la preocupación que sintió Sertorio a causa de la «indisciplina y osadía de los bárbaros, que pedían a gritos atacar a los enemigos y no podían soportar el retraso». En ese momento, el general romano fue incapaz de «apaciguarlos con palabras», dado el estado de irritación en el que se encontraban y a que se «mostraban intempestivamente violentos», lo que le llevó a perder el control de sus tropas y a «ceder y a permitir que llegaran a las manos con los enemigos»²⁰⁰⁷.

El segundo incidente, esta vez en el lado del Senado, lo sufrió Lucio Afranio, legado de Cneo Pompeyo. Durante la batalla de Sucro de 75 a. C., Afranio, que se había impuesto a ala derecha del ejército sertoriano y la había puesto en fuga, persiguiéndola hasta su campamento, se vio incapaz de retener a sus hombres y apartarlos del pillaje. La codicia y desobediencia de sus tropas permitió a Sertorio recuperar el control de su campamento y acabar con la vida de muchos de los pompeyanos que, dispersos por el desorden, habían abandonado la formación²⁰⁰⁸.

El último ejemplo de relajación de la disciplina no nos lo proporciona el ejército, sino uno de sus comandantes. Hablamos de la conducta “poco romana” que parece ser que tuvo Quinto Cecilio Metelo Pío durante su estancia en la Hispania Ulterior, en 74 a. C. De acuerdo con Plutarco (*Pomp.* 18.2), «llevaba una vida disoluta, completamente entregado a los placeres; de repente se había producido en él un gran viraje hacia el fasto y el lujo»²⁰⁰⁹. En la celebración de los banquetes, en el momento de recibir honores y a la hora de vestir, Metelo, conforme a la opinión de Salustio (*Hist.* 2.70), parecía más un monarca helenístico que un comandante romano²⁰¹⁰. Aunque esta forma de vida no se trasladó al ejército y se circunscribió a su tiempo de ocio, le costó su popularidad; el rechazo «entre los señores ancianos y honorables que consideraban

²⁰⁰⁷ Plu. *Sert.* 16.2-3.

²⁰⁰⁸ Plu. *Sert.* 19.9-10.

²⁰⁰⁹ Cf. Sal. *Hist.* 2.70; V. Max. 9.1.5; Plu. *Sert.* 22.2-3; Phang, 2008: 257-258. Este tipo de acusaciones nos recuerdan a los ataques que sufrió Publio Cornelio Escipión Africano, especialmente entre 205 y 204 a. C., a raíz de los disturbios provocados por la guarnición romana de Locros y como consecuencia, sobre todo, de su estilo de vida (Liv. 29.19.11-12; V. Max. 3.6.1; Plu. *Cat. Ma.* 3.5-7; Tac. *Ann.* 2.59; D.C. 57.62); y a las críticas que recibió más tarde Marco Antonio, una vez que Cleopatra entró en su vida y sus hábitos y costumbres cambiaron (Liv. 130-132; Vell. 2.82.4; Plu. *Ant.* 25.1; 28.1-2; 29; 33.4, 7; 36; 37.5-6; 51.3; 53.8-11; 60.1; 62.1; 66.7-8; Flor. *Epit.* 2.19.2; 21.1-4; App. *BC* 5.8-11; 76; D.C. 48.24.2; 27.1-2; 30.1; 39.1-2; 50.5; 25.1-4; 26.5; 27.1-4, 6-7).

²⁰¹⁰ Cf. V. Max. 9.1.5; Plu. *Pomp.* 18.2; *Sert.* 22.2-3; Phang, 2008: 257-258.

aquellas maneras arrogantes, impertinentes e indignas de la autoridad romana»²⁰¹¹; y la burla del ejército²⁰¹², «hecho que proporcionó a Pompeyo una sorprendente popularidad y gloria al aumentar por contraste la simplicidad de su modo de vida, que no le requería mucha dedicación, pues era por naturaleza austero y moderado en sus deseos»²⁰¹³.

3.9. Campaña contra los dardanios

3.9.1. Dirraquio²⁰¹⁴, provincia de Macedonia, 75 a. C.

«Cuando el cónsul Cayo [Escribonio] Curión hacía una campaña cerca de Dirraquio en la guerra contra los dardanios, y una de las cinco legiones, habiéndose amotinado, había rechazado prestar servicio y había declarado que no seguiría bajo su mando imprudente en una empresa difícil y peligrosa, él condujo cuatro legiones en armas y les ordenó que tomaran su lugar en las filas con sus armas desenvainadas, como si estuvieran en batalla. Entonces mandó que la legión amotinada avanzara sin armas, y obligó a sus miembros a desnudarse para trabajar y que cortaran paja bajo la vigilancia de guardias armados. Al día siguiente, del mismo modo, los obligó a desnudarse y excavar zanjas, y por ningún ruego de la legión pudo ser inducido a renunciar a su objetivo de retirar sus estandartes, aboliendo su nombre, y distribuyendo a sus miembros para llenar otras legiones»²⁰¹⁵.

SITUACIÓN PREVIA: En plena campaña contra los dardanios²⁰¹⁶, una de las cinco legiones romanas al mando del procónsul Cayo Escríbonio Curión se amotinó y se negó a secundar las órdenes de su comandante.

CAUSAS: Identificamos hasta cuatro posibles razones detrás del motín del ejército de Curión. Militares: las tropas desconfiaban de la estrategia y de las habilidades de su comandante, y consideraban, igualmente, que no estaba capacitado para liderarlas en una empresa tan difícil como peligrosa²⁰¹⁷. Personales: los soldados estaban descontentos por la forma «imprudente» con la que Curión los dirigía²⁰¹⁸. Psicológicas: la legión amotinada temía enfrentarse a los dardanios²⁰¹⁹. Políticas: el hecho de que Curión fuera un declarado silano pudo despertar el recelo de una parte del ejército²⁰²⁰.

OBJETIVOS: La principal finalidad de la revuelta de las tropas fue esquivar el enfrentamiento contra los dardanios. Para tal propósito, debían, o bien prescindir del

²⁰¹¹ Sal. Hist. 2.70.

²⁰¹² Plu. Sert. 22.4.

²⁰¹³ Plu. Pomp. 18.2.

²⁰¹⁴ Actual Durrës (oeste de Albania).

²⁰¹⁵ Fron. Str. 4.1.43.

²⁰¹⁶ Liv. 92, 95; Fron. Str. 4.1.43.

²⁰¹⁷ Fron. Str. 4.1.43. Cf. Escorihuela, 2020-2021: 91.

²⁰¹⁸ Fron. Str. 4.1.43. Cf. Escorihuela, 2020-2021: 91.

²⁰¹⁹ Fron. Str. 4.1.43. Para otras circunstancias análogas en las que las tropas romanas se amotinaron, en parte, debido a su miedo a enfrentarse a determinados enemigos externos, *vid. infra* las insurrecciones que sufrieron Cayo Julio César y Marco Licinio Craso, en 58 y 53 a. C., respectivamente.

²⁰²⁰ Cayo Escríbonio Curión había sido legado de Lucio Cornelio Sila durante la primera guerra mitridática (Plu. Sull. 14.7; App. Mith. 60; cf. Escorihuela, 2020-2021: 91). Para una respuesta similar, *vid. supra* el caso de Lucio Licinio Lúculo.

liderazgo de Curión, si consideraban que no estaba capacitado para tal empresa y/o desconfiaban de sus capacidades militares, o bien rechazar el servicio militar²⁰²¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Amotinamiento de una de las cinco legiones del procónsul Cayo Escribonio Curión²⁰²². La insurrección fue pacífica y, previsiblemente, estuvo organizada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El principal aglutinante de las tropas fue su rechazo a seguir sirviendo bajo el *imperium* de Curión. Por lo demás, aunque Frontino, única fuente para el episodio, no nos aporta suficiente información para la reconstrucción de la organización de los soldados, el hecho de que todos los miembros de una legión se negaran a obedecer las órdenes de su comandante y secundaran en masa la sedición, nos hace pensar que, al menos en principio, la insurrección tuvo que estar planificada. Sobre el particular, creemos que la legión contó con la colaboración y/o condescendencia de sus oficiales, y que gracias a ello la insurrección se extendió con éxito a toda la unidad. De la misma forma, sospechamos que la oposición del resto de oficiales del ejército impidió que el motín prosperara y que la situación se descontrolara. En tal sentido, somos de la opinión de que las otras unidades no se sumaron a la insurrección de su compañera, no tanto porque no tuvieran las mismas quejas o reivindicaciones, sino porque, ante todo, sus oficiales permanecieron fieles al procónsul y fueron capaces de detener y/o reprimir su descontento a tiempo²⁰²³.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: A pesar de que la soldadesca romana había manifestado su malestar con anterioridad, no tenemos referencia de que Curión hubiera puesto en marcha algún medio de contención y/o disuasión del descontento de las tropas. Sólo tenemos información de la represión de la insurrección. A tal efecto, «condujo cuatro legiones en armas y les ordenó que tomaran su lugar en las filas con sus armas desenvainadas, como si estuvieran en batalla. Entonces mandó que la legión amotinada avanzara sin armas, y obligó a sus miembros a desnudarse para trabajar y que cortaran paja bajo la vigilancia de guardias armados. Al día siguiente, del mismo modo, los obligó a desnudarse y excavar zanjas, y por ningún ruego de la legión pudo ser inducido a renunciar a su objetivo de retirar sus estandartes, aboliendo su nombre, y distribuyendo a sus miembros para llenar otras legiones»²⁰²⁴. Así pues, el procónsul se sirvió del resto de su ejército para llevar a cabo su castigo; privó a las tropas rebeldes de su condición de militares; impuso a los soldados una serie de trabajos humillantes; y, finalmente, expulsó del ejército a la legión amotinada, eliminando todo vestigio de su existencia²⁰²⁵.

²⁰²¹ Fron. Str. 4.1.43.

²⁰²² Fron. Str. 4.1.43. Para más información sobre el motín que sufrió Cayo Escribonio Curión, *vid.* Chrissanthos, 1999: 63-64; Brice, 2020d: 256-257; Pérez Carrandi, 2020a: 253; Escorihuela, 2020-2021: 91-93.

²⁰²³ El episodio nos recuerda a la insurrección que sufrió Cayo Julio César, en *Placentia*, en 49 a. C., cuando sólo una de las siete legiones bajo su mando se amotinó y, gracias al apoyo del resto de unidades, pudo contener sin problema la sedición de su ejército. *Vid. infra* para más información.

²⁰²⁴ Fron. Str. 4.1.43. *Cf.* Brice, 2020d: 257; Pérez Carrandi, 2020a: 253; Escorihuela, 2020-2021: 91-92.

²⁰²⁵ Fron. Str. 4.1.43; *cf.* Pérez Carrandi, 2020a: 253; Escorihuela, 2020-2021: 91-92. De esta forma, a la vez que se acentuaba su traición, se purgaba su mancha y se protegía al ejército de su ignominia (Escorihuela, 2020-2021: 92-93). Para otros ejemplos de castigos similares, *vid.* V. Max. 2.7.9; Plu. Luc. 15.7; Suet. Aug. 24.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Las tropas rebeldes, no sólo no lograron sacar adelante su iniciativa y materializar con éxito su revuelta, sino que, además, fueron castigadas y humilladas por el procónsul²⁰²⁶.

CONSECUENCIAS: A pesar del amotinamiento de una de sus legiones, Curión logró reprimir con éxito la rebelión y controló la situación con aparente facilidad. El ejército no acusó el incidente y las tropas no volvieron a dar problemas al procónsul. Por último, Curión consiguió subyugar a los dardanios²⁰²⁷, y, gracias a su éxito militar, pudo celebrar un triunfo, en 71 a. C.

COMENTARIO: Tal y como se ha podido apreciar, la clave del éxito de la represión fue el respaldo mayoritario que obtuvo Curión del resto de sus legiones²⁰²⁸. No obstante, la brevedad del pasaje nos impide conocer los detalles de la insurrección y, por consiguiente, valorar el grado de implicación del resto del ejército y determinar cuáles fueron, realmente, los apoyos del procónsul. De este modo, no podemos saber con certeza si el resto de tropas secundaron las críticas de la legión amotinada e intentaron en algún momento respaldar la iniciativa de sus correligionarios, o si, por el contrario, confiaron desde un principio en su comandante y siempre le fueron fieles; si en verdad fue la intervención de los oficiales, tal y como hemos defendido, la causa de que las demás legiones no se unieran al levantamiento, o si, simplemente, fue un episodio aislado y no llegó a existir conexión con el resto de unidades; si los oficiales de la legión rebelde confraternizaron con sus tropas y apoyaron el motín, o si, en cambio, lo intentaron sofocar sin éxito; si el origen y la composición de la legión amotinada eran distintos al de las demás unidades y eso pudo condicionar su comportamiento y predisponerla a la insurrección; o si, como hemos adelantado al inicio, el elemento político tuvo alguna influencia sobre la determinación de las tropas. En definitiva, es más lo que desconocemos que lo que sabemos con certeza. Aunque, lamentablemente, esto no es exclusivo de este ejemplo, sino que es una constante en la mayoría de los ejemplos analizados, sirva este episodio de prueba de la multiplicidad de posibilidades que nos ofrece cada insurrección con arreglo al número de variantes e incógnitas que se nos presenta. En segundo lugar, destacamos el carácter simbólico de los castigos. Los soldados son privados de sus elementos castrenses, humillados, exhibidos ante sus compañeros de armas, apartados del ejército y despojados de sus principales símbolos y atributos. Sin enseñas ni numerales ni apelativos, se refuerza el castigo y su exclusión del ejército²⁰²⁹. Por último, la determinación de disolver a la legión rebelde y repartir a sus miembros entre el resto de unidades fue una solución muy inteligente por parte del procónsul, habida cuenta de que impidió la concentración de los soldados más indisciplinados y suprimió su fuerza militar²⁰³⁰. Con su decisión, Curión cortó de raíz el

²⁰²⁶ Fron. Str. 4.1.43. Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 253.

²⁰²⁷ Liv. 95.

²⁰²⁸ Cf. Pérez Carrandi, 2020a: 253; Escorihuela, 2020-2021: 91.

²⁰²⁹ Para más información sobre el carácter simbólico-religioso del castigo administrado por Cayo Escríbonio Curión, *vid.* Escorihuela, 2020-2021: 92-93. Cf. Perea, 2003: 128; 2006a: 16-22.

²⁰³⁰ La resolución de Curión nos recuerda a la decisión adoptada por las autoridades políticas y militares romanas durante la segunda guerra púnica con respecto a aquellas unidades que no presentaron una respuesta favorable en sus enfrentamientos contra Aníbal (Liv. 23.25.7-8; 24.18.7, 9; 25.5.10-11, 6-7.4; 26.1.8-10, 2.14, 21.16-17; V. Max. 2.7.15; Fron. Str. 4.1.25, 44; Plu. Marc. 13). Igualmente, una determinación similar será la que adopten César y Octaviano durante sus respectivos mandos militares,

problema, evitando que se reprodujesen los disturbios y que tuvieran lugar nuevos levantamientos en el futuro.

3.10. Tercera guerra servil

«Cayeron muchos hombres y muchos otros lograron salvarse huyendo sin sus armas. [Marco Licinio] Craso recibió con dureza al propio Mummio y, en el momento de armar de nuevo a sus soldados, les exigió una garantía de que protegerían sus armas: dividió en cincuenta grupos de diez a los quinientos que habían sido los primeros y [los que] habían sentido más pánico, y, echándolo a suertes, mató a un hombre de cada grupo. Después de mucho tiempo, recuperaba así para sus soldados este castigo tradicional. A este tipo de muerte se añade la vergüenza, pues en torno al castigo se realizan actos siniestros y terribles a la vista de todos los hombres»²⁰³¹.

Simultáneamente a la fase final de la guerra contra Sertorio, a la tercera guerra mitridática, al problema de la piratería en el Mediterráneo y a la guerra en Creta, en Italia tuvo lugar un importantísimo levantamiento de esclavos y gladiadores liderados por el tracio Espartaco²⁰³². La revuelta, «que había sido ridiculizada en sus comienzos y menospreciada como cosa de unos gladiadores»²⁰³³, terminó provocando el pánico en Roma.

3.10.1. Otras insurrecciones

En los primeros años del conflicto, Espartaco se impuso sucesivamente al propretor Cayo Claudio Glabro, al pretor Publio Varinio y a los cónsules del año 72 a. Cayo Lucio Gelio Públicola y Cneo Cornetio Léntulo Clodiano²⁰³⁴. Tal cúmulo de derrotas provocó que muchos soldados se negaran a servir en el ejército, que rechazaran el servicio militar y que, en consecuencia, hicieran desertión del bando romano. Así, en 73 a. C., «ningún hombre de la última desertión se incorporó a las banderas pese a haberseles ordenado con un severo edicto, y los que quedaban rechazaron la disciplina militar con las mayores infamias»²⁰³⁵. Aunque Apiano nos explica que Espartaco rechazó en más de una ocasión incorporar a desertores romanos a su ejército, el mismo autor nos revela que una parte de los efectivos del tracio estaba formada por tránsfugas del ejército romano²⁰³⁶.

Dadas las circunstancias, no nos ha de sorprender que las tropas desconfiaran de sus mandos militares y que temieran enfrentarse a Espartaco. Esta mezcla de sospecha y

bien cuando asuman el control de ejércitos enemigos recién derrotados, bien cuando tengan que enfrentarse a alguna sedición militar (*vid. infra*).

²⁰³¹ Plu. *Crass.* 10.3-5.

²⁰³² App. *BC* 1.111.

²⁰³³ App. *BC* 1.118.

²⁰³⁴ Liv. 95-96; Plu. *Crass.* 9.3, 5-7, 9-10; 10.3; 11.6; Flor. *Epit.* 2.8.4-5, 10; Eutr. 6.7.2.

²⁰³⁵ Sal. *Hist.* 3.96.1.

²⁰³⁶ App. *BC* 1.117.

miedo provocó numerosas fugas en el ejército romano y que los soldados mostraran abiertamente su cobardía en el campo de batalla. Un ejemplo de ello nos lo presenta Plutarco en relación a la derrota sufrida por Mummio, lugarteniente de Marco Licinio Craso.

En 71 a. C., Mummio se enfrentó a Espartaco, a pesar de que Craso le ordenó expresamente que evitara entablar batalla, y resultó derrotado²⁰³⁷. Para Craso, a quien el Senado le había encomendado la dirección de la guerra, no le importó tanto que su lugarteniente desobedeciera sus órdenes como que sus hombres prefirieran salvarse y huir sin sus armas a enfrentarse a los esclavos de Espartaco²⁰³⁸. Este suceso, que ni representó una novedad en la guerra ni fue ajeno a otros enfrentamientos contra esclavos²⁰³⁹, fue el detonante de que Craso reprimiera a sus hombres con la *decimatio*, uno de los castigos más duros del ejército romano, tal y como ya explicamos en su momento²⁰⁴⁰.

De acuerdo con Plutarco (*Crass.* 10.4), tras reprochar a Mummio su temeridad, Craso exigió a sus tropas una garantía de que en el futuro protegerían sus armas con su vida. A continuación, dividió en cincuenta grupos de diez a los quinientos soldados que más pánico habían sentido durante la batalla y a los primeros que, por tanto, habían abandonado el combate, «y, echándolo a suertes, mató a un hombre de cada grupo»²⁰⁴¹.

²⁰³⁷ Plu. *Crass.* 10.2.

²⁰³⁸ Plu. *Crass.* 10.3.

²⁰³⁹ Sobre el particular, tenemos noticia de que, en 133 a. C., durante la primera guerra servil, el prefecto de caballería Cayo Ticio, al verse rodeado de enemigos, abandonó las armas y huyó del campo de batalla (V. Max. 2.7.9; Fron. *Str.* 4.1.26).

²⁰⁴⁰ Para más información, *vid. supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

²⁰⁴¹ Para Apiano (*BC* 1.118), la exposición de Plutarco no es más que una de las dos posibles versiones de la *decimatio* de Craso. Conforme a dicho autor, existirían dos posibles explicaciones de lo sucedido. En primer lugar, aquella según la cual Craso, nada más tomar el mando de la guerra, hizo diez lotes con las dos legiones que dejaron los cónsules del 72 a. C. y dio muerte a una décima parte, «porque habían sido derrotadas muchas veces». Y, en segundo lugar, estaría la versión de Plutarco, pero actualizada. De este modo, no habría sido Mummio el responsable de la derrota, sino Craso; no habrían sido dos legiones las implicadas, sino ocho (las seis legiones con las que Craso entró en la guerra más las dos que heredó a su llegada); Craso no habría “echado las suertes” entre los quinientos más cobardes, sino entre todo el ejército; y no habrían sido cincuenta los soldados ejecutados, sino cuatro mil (cifra esta última tan extraordinariamente alta como exagerada). Para más información sobre la *decimatio* de Marco Licinio Craso, *vid.* Bouquie, 1884: 129; Andrieux, 1927: 55; Warry, 1995: 147; Keppie, 1998: 50; Fields, 2008: 70; Phang, 2008: 125; Salvo, 2013: 20-21; Brice, 2014: 189; Aguado, 2015: 267; Goldberg, 2016: 144-145, 147, 152, 154, 160; Henaut, 2016: 167, 170, 178; Faszczka, 2018: 85-98; Sage, 2018: 268; James, 2019: 125. Igualmente, para un debate acerca de la legalidad de la *decimatio* de Craso, *vid.* Faszczka, 2018: 85-98, quien defiende la ilegalidad del castigo en virtud de las *leges Porciae*. Aprobadas a lo largo del siglo II a. C., dos de las tres leyes garantizaban a todos los ciudadanos romanos el *ius provocationis* si eran condenados a muerte o a ser azotados fuera del *pomerium* (Cic. *Ver.* 2.5.163; *Rab. Perd.* 8.12; *Sest.* 30.65, 34.73; *Rep.* 2.31.54; *Leg.* 3.4.11, 19.44; *Sal. Cat.* 51.20; *Liv.* 10.9.4; *Gel.* 13.25.14). Según Faszczka (2018: 87-94), estas leyes también debieron proteger a los soldados romanos de la ira de Craso. Sin embargo, y aunque son varios los autores que defienden este planteamiento (Mommsen, 1899: 31-32, 478; Reid, 1911: 85-86, 89-90; Rotondi, 1912: 268-269; McDonald, 1944: 11-33; Brand, 1968: 67; De Martino, 1973: 427-429; Wolff, 2009: 129; Crawford, 2015: 92), son muchos otros también los que sostienen todo lo contrario, que las leyes nunca se llegaron a aplicar en el ejército (Bouquie, 1884: 110; Andrieux, 1927: 21; Kromayer, Veith y Köster, 1928: 281-282; Lintott, 1972: 249-253; Jung, 1982: 963-973; Cordente, 1991: 178; Chrissanthos, 1999: 9-10; Drogula, 2007: 440; Phang, 2008: 115-117; Sage, 2008: 225; Goldsworthy, 2011: 101; Hölkeskamp, 2011: 175; Subirats, 2013: 16; James, 2019: 125, 165).

La severidad del castigo consiguió su objetivo y Craso «apareció más terrible para los soldados que una derrota ante los enemigos»²⁰⁴², de tal modo que, según Apiano (*BC* 1.119), no sólo corrigió la falta de sus hombres, sino que, también, revitalizó su moral²⁰⁴³.

3.11. Conjuración de Catilina

«¿Hasta cuándo ya, Catilina, seguirás abusando de nuestra paciencia? ¿Por cuánto tiempo aún estará burlándonos esa locura tuya? ¿Hasta qué límite llegará, en su jactancia, tu desenfrenada audacia? ¿Es que no te han impresionado nada, ni la guardia nocturna del Palatino ni las patrullas vigilantes de la ciudad ni el temor del pueblo ni la afluencia de todos los buenos ciudadanos ni este bien defendido lugar —donde se reúne el Senado— ni las miradas expresivas de los presentes? ¿No te das cuenta de que tus maquinaciones están descubiertas? ¿No adviertes que tu conjuración, controlada ya por el conocimiento de todos estos, no tiene salida? [...]»²⁰⁴⁴.

Durante su conspiración, además de contar con el apoyo de senadores, caballeros, miembros de la plebe, extranjeros e, incluso, esclavos²⁰⁴⁵, Lucio Sergio Catilina reunió a una parte de los veteranos de los ejércitos de Lucio Cornelio Sila²⁰⁴⁶. Catilina envió emisarios por toda Italia y, como antiguo silano que era, supo granjearse con relativa facilidad su confianza e incorporarlos a su ejército²⁰⁴⁷. Aunque se trató de un ejército privado y, por consiguiente, ni reclutado a través de los cauces ordinarios establecidos por el Senado y el Pueblo romanos ni dirigido por un magistrado *cum imperio* —lo que

El desconocimiento acerca de estas leyes ha provocado numerosas discusiones entre los estudiosos de la Antigua Roma sin por ello llegar a una conclusión al respecto (Giuffrè, 1980b; Nicolet, 1980: 108-109, 406; Lovisi, 1999: 208-217; Cosme, 2003a: 159-166; 2003b: 303-305; Kiesling, 2006: 235; Goldberg, 2016: 147-155; Henaut, 2016: 172-179). En nuestra opinión, dado que, en un contexto de indisciplina militar, las fuentes clásicas no hacen alusión a ellas para el siglo I a. C. (salvo, según Faszczka (2018: 87-88, 90), en la insurrección que a punto estuvo de costarle la vida a Lucio Porcio Catón, en 89 a. C. (*vid. supra*)), creemos que no tuvieron vigencia dentro del ejército romano tardorrepblicano, y que, si la tuvieron, esta fue muy limitada, tal y como se desprende de los testimonios de Cicerón (*Ver.* 5.133), Dionisio de Halicarnaso (11.43.1-4) y Apiano (*BC* 3.56), en donde se reconoce, no sólo la potestad que tenía el comandante en jefe de castigar —e, incluso, de matar— a cualquier soldado —sea aliado o ciudadano romano— sin la necesidad de justificación o de juicio previo, sino, también, la relativa frecuencia con que, según la opinión de estos autores, se aplicaron en el ejército romano los más duros y severos castigos.

²⁰⁴² App. *BC* 1.118.

²⁰⁴³ Como veremos más adelante, el empleo de la *decimatio* no siempre fue la mejor opción para reconducir a las tropas y castigar su indisciplina, provocando, en su lugar, la animadversión del ejército y la inquina de los soldados hacia su general. Para un ejemplo de lo referido, *vid. infra* la decimación atenuada que Marco Antonio aplicó, en 44 a. C.

²⁰⁴⁴ Cic. *Catil.* 1.1.

²⁰⁴⁵ Sal. *Cat.* 33, 37; App. *BC* 2.2-7; D.C. 37.33.2-3. Cf. Bouquie, 1884: 254-255.

²⁰⁴⁶ En particular, nos referimos a los colonos procedentes de las ciudades de Arretio (Arezzo) y Fésulas (Fiesole), en Etruria, los cuales fueron reunidos por Cayo Manlio (Liv. 102; Sal. *Cat.* 2.24.2, 27.1, 4, 28.4, 29.1, 30.1, 32.1, 36.1, 59.3), antiguo oficial del ejército de Sila (un centurión, según Dion Casio (37.30.4-5)); y los del territorio del Piceno y Apulia, reclutados por un tal Septimio Severo y Cayo Julio, respectivamente (Sal. *Cat.* 27.1). El número total de efectivos que logró reunir Catilina osciló entre los veinte mil hombres (App. *BC* 2.7) y las dos legiones (Sal. *Cat.* 56). Cf. Cic. *Catil.* 2.20; Mur. 24; Warry, 1995: 154; Alston, 2002: 33.

²⁰⁴⁷ Cic. *Catil.* 2.20; Sal. *Cat.* 59.3; App. *BC* 2.2.

lo deja, en principio, fuera de nuestra investigación—, hemos querido incorporar su estudio a nuestro trabajo por tratarse de antiguos soldados romanos, por el trato despectivo que sufrieron por parte de la historiografía clásica, y por representar un ejemplo inequívoco de los problemas que pudieron padecer los veteranos romanos una vez concluida su etapa militar.

3.11.1. Otras insurrecciones

El retrato que hacen las fuentes de este colectivo es tremendamente desfavorable, algo, por otra parte, esperado y que no nos debe sorprender, habida cuenta de que se inserta en el discurso de degradación y decadencia en el que, según una parte importante de los autores clásicos²⁰⁴⁸, debemos ubicar al soldado romano tardorrepblicano, tal y como ya explicamos al principio de nuestro trabajo²⁰⁴⁹. Así, los veteranos de Sila, que «habían gastado ya las ganancias de su anterior vida de pillaje y estaban ansiosos de nuevos hechos de armas»²⁰⁵⁰ y «habían sido demasiado generosos con lo propio»²⁰⁵¹, habrían apoyado a Catilina porque «se acordaban de los saqueos y de la vieja victoria y anhelaban vehementemente la guerra civil»²⁰⁵².

En las descripciones que Cicerón, Salustio y Apiano hacen del soldado veterano se desprende que el antiguo soldado de Sila se movió, única y exclusivamente, por motivos materiales, a causa de su exacerbada codicia, de su infinita avaricia y de su insaciable sed de rapiña²⁰⁵³. Su descontento no se debió a otra cosa, sino a su incapacidad de adaptarse a la vida civil. No se plantean cuestiones ni políticas ni socioeconómicas. No explican si su malestar pudo deberse a que las condiciones de retiro —quizá— no podían garantizar su sustento económico; si la vulnerabilidad en la que se pudieron encontrar tras su licenciamiento los predispuso a apoyar iniciativas populistas como las de Catilina²⁰⁵⁴; si su empobrecimiento se debió a otras circunstancias independientes a su forma de administrar su peculio, etc. En su lugar, se empeñan en presentarnos a un soldado incapaz de gestionar su patrimonio, derrochador, indisciplinado y dedicado al pillaje²⁰⁵⁵. Toda una suerte de estereotipos que, además de

²⁰⁴⁸ Cic. *Phil. passim*; Nep. *Eum.* 8.2-3; Sal. *Jug.* 86.2-3; App. *BC* 2.120, 141-142; 3.42; 5.13, 15-18, 25; D.C. 43.18.1-2; 47.17.5.

²⁰⁴⁹ Vid. *supra* el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación; especialmente, el apartado 3.3. ¿Un ejército mercenario y/o clientelar?: la formación de un ejército “revolucionario”.

²⁰⁵⁰ App. *BC* 2.2. Cf. Warry, 1995: 154.

²⁰⁵¹ Sal. *Cat.* 16.4. Cf. Warry, 1995: 154.

²⁰⁵² Sal. *Cat.* 16.4. Cf. Sal. *Cat.* 28.4; Bouquie, 1884: 254-255.

²⁰⁵³ Cic. *Catil.* 2.20; Sal. *Cat.* 16.4, 28.4; App. *BC* 2.2. Cf. Bouquie, 1884: 254-255; Warry, 1995: 154; Sage, 2008: 245-246.

²⁰⁵⁴ Sobre el particular, *vid. infra* la fragilidad y susceptibilidad en la que se encontraron, de acuerdo con las fuentes clásicas, los soldados de César tras el asesinato de su comandante, en 44 a. C., y cómo cesarianos y cesaricidas se sirvieron de su delicada situación para ganarse su voluntad y enfrentarlos contra sus respectivos rivales políticos.

²⁰⁵⁵ Con estas palabras los describió Cicerón (*Catil.* 2.20): «Colonos que, al verse inesperada y repentinamente entre riquezas, dieron rienda suelta a la suntuosidad y a la inmoderación. Tales sujetos [...], contrajeron tan grandes deudas que, para poderse librar de ellas, deberían llamar a Sila de los infiernos. E, incluso, han inspirado esa misma esperanza de las rapiñas a algunas gentes del campo, pobres y necesitadas. A unos y a otros los pongo en el mismo grupo, el de ladrones y salteadores».

contribuir a perpetuar la negativa imagen del soldado romano de finales de la República, ayudaron a legitimar la intervención militar contra Catilina y a reforzar la idea de que sólo la peor calaña de la sociedad podía defender su conspiración.

En un plano más disciplinario, hemos identificado, en 62 a. C., una insurrección en el ejército catilinario. Destapada y desarticulada la conspiración en Roma, Publio Léntulo Sura, Cayo Cetego, Lucio Estatilio y Cepario de Terracina, principales colaboradores de Catilina en la capital, fueron ejecutados por iniciativa del cónsul Marco Tulio Cicerón, quien contó con la autorización expresa del Senado²⁰⁵⁶. Cuando llegaron al campamento de Catilina las noticias de lo sucedido, «la mayoría, atraída a la guerra por la esperanza de botín y el interés en la revolución, se dispersó», mientras que otros acabaron desertando al ejército de Quinto Cecilio Metelo Céler, el cual había sido enviado al Piceno con el encargo de bloquear el paso de Catilina hacia la Galia²⁰⁵⁷.

Pese a que autores como Salustio llegaron a reconocer el valor que Catilina y los veteranos demostraron durante la batalla final que les enfrentó a las fuerzas de Marco Petreio²⁰⁵⁸, su discurso nunca dejó de estar supeditado a su prejuicio personal y, una vez más, fue el elemento económico y, sobre todo, la imposibilidad de continuar con su esperanza de pillaje y revolución lo que provocó, según su opinión, el último acto de insumisión de aquellas veteranas e inadaptadas tropas de Sila²⁰⁵⁹.

3.12. Guerra de las Galias

«En efecto, durante los escasos diez años que duró la guerra de las Galias, [Cayo Julio César] tomó por la fuerza más de ochocientas ciudades, sometió a trescientas naciones y se enfrentó en diferentes batallas a tres millones de enemigos, acabando con la vida de un millón y capturando el mismo número de prisioneros»²⁰⁶⁰.

Más allá del éxito militar de su campaña, el principal logro de Cayo Julio César fue ganarse el favor y la lealtad de su ejército²⁰⁶¹, del mismo modo que hicieran Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila antes que él²⁰⁶². Así, bien por medio de sus disposiciones, de su liderazgo y de su ejemplo, bien a través de recompensas y de promesas, «fue tal la devoción y el celo que inspiraba su persona a sus soldados que incluso aquellos que no

²⁰⁵⁶ Sal. *Cat.* 55.5-6. Para más información sobre cómo se fraguó y cómo se desarticuló la conspiración de Lucio Sergio Catilina en la capital *vid.* Warry, 1995: 153-155; Brand, 2019: 223.

²⁰⁵⁷ Sal. *Cat.* 57.1-3. *Cf.* Cic. *Catil.* 3.7; *Mur.* 79.

²⁰⁵⁸ «Los veteranos, que se acordaban de su viejo valor, apretaban con fuerza en el cuerpo a cuerpo; aquellos resisten sin cobardía; se pelea con extrema violencia» (Sal. *Cat.* 60.3). *Cf.* Sal. *Cat.* 60.3-4, 61.1-6; Flor. *Epit.* 2.12.12; D.C. 37.40.1.

²⁰⁵⁹ Sal. *Cat.* 57.1-3.

²⁰⁶⁰ Plu. *Caes.* 15.5.

²⁰⁶¹ Suet. *Jul.* 68.

²⁰⁶² En lo relativo a la adhesión del ejército con respecto a Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila, *vid.* Sal. *Jug.* 84.5-85; 85.33-35, 47; 86.2; 87.1; 92.2; 100.3-5; Plu. *Mar.* 6.4; 7.3-6; 9.1-2; 14.1-3 y Sal. *Jug.* 96.2-4; App. *BC* 1.76, 79, 96, 100, 104, respectivamente.

se habían destacado en absoluto en anteriores campañas se mostraban invencibles e irresistibles, dispuestos a afrontar cualquier peligro por la gloria de César»²⁰⁶³.

Si aceptamos las palabras de Plutarco, sería tan fuerte el fervor del ejército hacia su comandante que no habría lugar ni a las dudas ni al temor, que no existiría la desobediencia ni la indisciplina, que no habría rastro de insubordinación. Sin embargo, el liderazgo de César — al igual que cualquier otro mando militar anterior y posterior al suyo—, fue cuestionado y criticado, tuvo problemas de disciplina y no estuvo exento de la insurrección.

3.12.1. *Vesantio*²⁰⁶⁴, *Galia Comata*, 58 a. C.

«De repente cayó tal pavor sobre todo el ejército, que consternó no poco los espíritus y corazones de todos [...]. Algunos, picados de pundonor, por evitar la nota de medrosos, quedábanse, sí, mas no acertaban a serenar bien el semblante ni a veces a reprimir las lágrimas; cerrados en sus tiendas o maldecían su suerte, o con sus confidentes se lamentaban de la común desgracia, y entre ellos no se pensaba sino en otorgar testamentos»²⁰⁶⁵.

SITUACIÓN PREVIA: Un año después de dar comienzo a la guerra, localizamos el primer episodio de insurrección. La perspectiva de enfrentarse a la tribu germánica de los suevos y a su líder Ariovisto fue una de las razones por las que los soldados del procónsul Cayo Julio César cuestionaron su juicio y su estrategia²⁰⁶⁶.

CAUSAS: Junto al factor psicológico, recientemente adelantado, fueron muchas más las causas que movieron a los hombres de César al motín. Al respecto, identificamos razones de carácter militar, físico, político y económico. Psicológicas: los rumores en torno a las facultades físicas y militares de los germanos²⁰⁶⁷, provocaron que el pánico se apoderara de las tropas, que desapareciese el espíritu combativo del ejército cesariano y que los soldados se negaran a enfrentarse a Ariovisto²⁰⁶⁸. Militares: la falta de experiencia de algunas unidades y, en particular, de algunos oficiales de César, pudo contribuir a que el miedo se apoderara con mayor facilidad de sus mentes y que se sintieran más vulnerables ante la idea de enfrentarse a un rival desconocido y del que habían oído todo tipo de leyendas²⁰⁶⁹. Asimismo, los soldados pudieron desconfiar de las habilidades de César, tal y como les recriminó él mismo en su discurso, y, ante todo,

²⁰⁶³ Plu. *Caes.* 16.1.

²⁰⁶⁴ Actual Besanzón (región de Borgoña-Franco Condado, este de Francia).

²⁰⁶⁵ *Caes. Gal.* 1.39.

²⁰⁶⁶ Las fuerzas de César estaban compuestas por un total de seis legiones romanas y un número indeterminado de tropas auxiliares. Entre las unidades romanas, identificamos a las legiones VII, VIII, VIII, X, XI y XII (las dos últimas levantadas recientemente por el propio César en la Galia Transalpina). Cf. D.C. 38.41.4, con respecto a las cuatro legiones con las que contó inicialmente César, y *Caes. Gal.* 1.10, en referencia a las dos unidades adicionales que reclutó él mismo.

²⁰⁶⁷ Se alude, en primer lugar, a la invencibilidad de los germanos y a su destreza con las armas (*Caes. Gal.* 1.36), y, a continuación, se exagera la desmedida corpulencia del enemigo y su increíble valor (*Caes. Gal.* 1.39). Cf. D.C. 38.49.3.

²⁰⁶⁸ *Caes. Gal.* 1.39; *Fron. Str.* 1.11.3, 4.5.1; *Flor. Epit.* 1.45.12; D.C. 38.35.1-2; *Oros.* 6.7.6.

²⁰⁶⁹ Conforme a Plutarco (*Caes.* 19.3), no fueron los soldados, sino los oficiales más jóvenes provenientes de familias nobles, quienes se acobardaron. Cf. *Caes. Gal.* 1.39.

podieron cuestionar su estrategia de enfrentarse a los germanos²⁰⁷⁰. Físicas: mientras que una parte del ejército se quejó del terreno y de la espesura de los bosques²⁰⁷¹, otra transmitió su preocupación de que la dificultad del camino afectara al transporte de la impedimenta y, por lo tanto, al aprovisionamiento del ejército²⁰⁷². Políticas: debido a la consideración que tenía Ariovisto de amigo del Pueblo romano, y que el germano, aparentemente, no había hecho nada para granjearse la animosidad de Roma²⁰⁷³, el ejército temía iniciar una guerra en contra de la voluntad del Senado y, ante todo, desconfiaba de las verdaderas razones por las que César quería enfrentarse a los suevos²⁰⁷⁴. Económicas: siendo que algunos de los allí presentes sólo estaban por la posibilidad de enriquecerse, una guerra contra los germanos, además de poner en riesgo su integridad física, hacía peligrar su bienestar material, ya que, aunque saliesen vencedores, no creían obtener suficientes riquezas como para jugarse la vida²⁰⁷⁵.

OBJETIVOS: Pese a que cada una de las razones arriba expuestas podría dar lugar a un objetivo o interés distinto, siendo que el elemento psicológico fue, por encima de todo, el principal detonante del malestar del ejército, podemos resumir los objetivos de soldados y oficiales en una única y principal justificación: evitar el combate y salvar la vida²⁰⁷⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Amotinamiento del ejército de Cayo Julio César²⁰⁷⁷. Los soldados manifestaron su desacuerdo por medio de protestas, presiones y amenazas. La insurrección fue violenta²⁰⁷⁸ y estuvo organizada²⁰⁷⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El principal aglutinante de las tropas fue el pánico a enfrentarse a los germanos de Ariovisto. En cuanto a su organización, barajamos dos opciones. De acuerdo con César y Plutarco, los rumores sobre los germanos provocaron el miedo y el malestar en el ejército cesariano, afectando, esencialmente, a los oficiales

²⁰⁷⁰ Caes. *Gal.* 1.40.

²⁰⁷¹ Caes. *Gal.* 1.39-40.

²⁰⁷² Caes. *Gal.* 1.39-40.

²⁰⁷³ Caes. *Gal.* 1.35-37, 43-45; Plu. *Caes.* 19.1; D.C. 38.34.3, 42-45.1, en donde se desarrolla la relación entre Ariovisto y Roma, y se mencionan las causas que llevaron a César a enfrentarse a los germanos.

²⁰⁷⁴ «Y murmuraban que emprendían una guerra no dictada por la conveniencia ni decidida por voto, sino obediente tan sólo a la ambición de César» (D.C. 38.35.2).

²⁰⁷⁵ Según Plutarco (*Caes.* 19.3), algunos de los oficiales del ejército de César —concretamente los más jóvenes y, por ende, aquellos que estaban en desacuerdo con él— habían aceptado acompañarle en la guerra sólo porque «querían aprovechar la campaña para llevar una vida de molicie y enriquecerse».

²⁰⁷⁶ «Pretextando unos una causa, otros, otra de la necesidad de su vuelta, le pedían [a César] licencia de retirarse» (Caes. *Gal.* 1.39).

²⁰⁷⁷ «Ni faltaba quien diese a entender a César que cuando mandase alzar el campo y las banderas, no querrían obedecer los soldados ni llevar los estandartes de puro miedo» (Caes. *Gal.* 1.39). Cf. D.C. 38.35.2.

²⁰⁷⁸ Aunque la vida de César no corrió peligro, sabemos que fue amenazado (Caes. *Gal.* 1.39; D.C. 38.35.2). De hecho, si decidió tratar los problemas del ejército ante su *consilium*, y no ante sus soldados en una *contio*, fue, en parte, porque tenía miedo de que, reunido el ejército, se descontrolara la situación y se atentara contra su vida (D.C. 38.35.3).

²⁰⁷⁹ Para más información sobre lo sucedido, *vid.* Elmore, 1924: 430-432; Hagendahl, 1944: 1-40; Gruen, 1974: 372; Gabba, 1975: 57-63; 2002, 160-161; Hinard, 1990: 151; Keppie, 1998: 61; Chrissanthos, 1999: 66-68; 2004: 352, 358; De Blois, 2007: 174; Fields, 2008: 31; Brice, 2014: 82, 128; 2020c: 120; 2020d: 251, 257; Augier, 2016: 93; Kemezis, 2016: 238-257; Machado, 2017: 20; Pérez Carrandi, 2020a: 252-253.

romanos, y, en particular, a los más jóvenes y bisoños²⁰⁸⁰. A partir de este grupo, y, por tanto desde lo más alto del ejército, el pánico y el descontento se fueron extendiendo paulatinamente al resto de la tropa, contaminando, finalmente, a todas las unidades del ejército. Así, tras los tribunos militares, los centuriones fueron los siguientes en caer en la desesperación, y después de ellos todos los demás soldados²⁰⁸¹. En cambio, Dion Casio nos proporciona una versión diferente. A diferencia de César y Plutarco, es la única fuente que sitúa el origen del problema en la soldadesca y no en los oficiales romanos²⁰⁸². De acuerdo con este autor, movidas por el miedo y la desesperación, las tropas habrían sembrado el descontento y el caos en el ejército, extendiendo el miedo y la indisciplina desde abajo hacia arriba, y no de arriba abajo, tal y como expresaron en sus escritos César y Plutarco²⁰⁸³. Asimismo, y aunque Dion Casio centra esencialmente el problema en la tropa romana, también reconoce la existencia de oficiales descontentos con César²⁰⁸⁴. A este respecto, si César y Plutarco consideraron que los oficiales fueron los encargados de transmitir a sus subalternos sus miedos y preocupaciones, Dion Casio plantea la posibilidad de que los soldados se comunicaran con el grupo de oficiales descontentos y que, a través de ellos, se extendieran los disturbios al resto del ejército²⁰⁸⁵. Nos resulta imposible determinar qué versión se ajusta más con la realidad de los hechos y cuál está más corrompida. Respecto a Plutarco, creemos que su versión bebe directamente de los *Comentarios* de César y que, por lo tanto, este autor elaboró su historia copiando acríticamente la versión del general romano, lo que la hace menos objetiva. En relación a César, creemos que, al margen de lo sucedido, su narración tuvo una doble finalidad: por un lado, reforzar el vínculo con sus soldados y, por consiguiente, consolidar la lealtad de sus hombres; y, por el otro, atacar a sus principales detractores, la mayoría de ellos hombres próximos al futuro dictador y, probablemente, miembros de su *consilium*; de ahí que desplazara el descontento de la tropa a sus oficiales y que se desahogara en sus principales colaboradores. De esta manera, en lugar de alentar todavía más el enfado de sus soldados, César prefirió ignorar su participación en la revuelta, ganándose al ejército con su indulgencia, y centrarse en los oficiales más críticos con su liderazgo, por considerar que en el futuro podrían suponer un problema si no actuaba decididamente contra ellos. De ahí que convocara un *consilium* y tratara directamente el problema con ellos. Al reunir a sus oficiales y no al ejército, César desviaba la atención de las tropas y, ante todo, evitaba exponerse públicamente a su descontento, protegiendo de esta

²⁰⁸⁰ De acuerdo con el propio César (*Gal.* 1.39), los primeros en mostrar miedo «fueron los tribunos y prefectos de la milicia, con otros que, siguiendo desde Roma por amistad a César, abultaban con voces lastimeras el peligro a medida de su corta experiencia en los lances de la guerra». Cf. *Plu. Caes.* 19.3, 5.

²⁰⁸¹ «Con los quejidos y clamores de estos, insensiblemente iba apoderándose el terror de los soldados más aguerridos, los centuriones y los capitanes de caballería» (*Caes. Gal.* 1.39).

²⁰⁸² D.C. 38.35.1-2. Cf. *Caes. Gal.* 1.39; *Plu. Caes.* 19.5.

²⁰⁸³ «Pienso en algunos soldados, cuyos murmullos referentes a que hemos emprendido una inoportuna guerra y cuyos intentos de suscitar la sedición entre los demás conozco» (D.C. 38.37.1).

²⁰⁸⁴ D.C. 38.47.1.

²⁰⁸⁵ D.C. 38.35.2.

forma su vida y evitando que, reunidos todos los soldados, «la multitud incurriese en desórdenes y cometiesen alguna falta»²⁰⁸⁶.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: En primer lugar, identificamos un primer mecanismo de detección cuando se informa a César de la situación de temor y descontento de su ejército y, al mismo tiempo, se le advierte de que sus hombres no le obedecerían si ordenaba emprender la marcha²⁰⁸⁷. En segundo lugar, se reconoce el único mecanismo de control utilizado por César para contener el descontento y calmar los ánimos de sus hombres: la reunión de su *consilium*. Al respecto, la versión más extendida sostiene que César congregó a sus principales colaboradores con el objetivo de que se encargaran de revertir la situación, mantuvieran la lealtad del ejército, y reconfortaran y apaciguaran el ánimo de sus hombres²⁰⁸⁸. Para tal fin, se sirvió principalmente de tribunos militares y centuriones, puesto que sabía que eran los que más influencia y poder tenían sobre los soldados²⁰⁸⁹. Paralelamente, «reprendió ásperamente» a los asistentes, recriminándoles, por un lado, que cuestionaran sus órdenes, así como el objetivo de la campaña; y censurándoles, por el otro, que se dejaran dominar por un miedo irracional cuando en el pasado esos mismos enemigos, bajo el nombre de cimbrios y teutones, ya habían sido derrotados por sus antepasados²⁰⁹⁰. Igualmente, les reprochó que desconfiaran de su mando y que aquellos que debían obedecerle se atrevieran a darle órdenes²⁰⁹¹. Seguidamente, César especuló sobre las posibles causas de la desobediencia de su ejército —la falta de fortuna y/o la codicia—, para después defenderse de ambas sospechas²⁰⁹²; y, a continuación, recordó a los presentes sus obligaciones como ciudadanos y soldados de Roma²⁰⁹³, y amenazó con ir a la guerra, a pesar de su resistencia y aunque fuera sin ellos²⁰⁹⁴. Por último, despertó el orgullo del ejército apelando a la competencia entre legiones. A este respecto, expresó pública y abiertamente su resolución de marchar únicamente con la X legión, la única de cuya lealtad no dudaba²⁰⁹⁵. El discurso, tal y como esperaba César, removió el

²⁰⁸⁶ D.C. 38.35.3. César, probablemente, conocía el historial subversivo del ejército romano de las últimas décadas y, por consiguiente, sabía que muchos de los levantamientos y de los atentados de las tropas habían tenido lugar durante la celebración de una *contio* —como, por ejemplo, el atentado contra el cónsul Lucio Porcio Catón, en 89 a. C.; el asesinato del legado Aulo Postumio Albino, también en 89 a. C.; y la muerte del cónsul Lucio Cornelio Cinna, en 84 a. C.—, de ahí que temiera convocar al ejército y optase por reunir a su *consilium*.

²⁰⁸⁷ Caes. *Gal.* 1.39.

²⁰⁸⁸ D.C. 38.37.2. Cf. Caes. *Gal.* 1.40; Liv. 104; Fron. *Str.* 1.11.3, 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.3.

²⁰⁸⁹ Caes. *Gal.* 1.40.

²⁰⁹⁰ Caes. *Gal.* 1.40; D.C. 38.45.1.

²⁰⁹¹ Caes. *Gal.* 1.40.

²⁰⁹² Caes. *Gal.* 1.40.

²⁰⁹³ Caes. *Gal.* 1.40; D.C. 38.37.3-4. En última instancia, el discurso de César, además de servir para contener el malestar del ejército y reprimir su miedo, sirvió de arenga para que los soldados lucharan con valor y coraje, y no se dejaran amedrentar por el enemigo (D.C. 38.38-39).

²⁰⁹⁴ A tal efecto, conforme a Plutarco (*Caes.* 19.3), pidió a los oficiales más jóvenes, a los que tacha de «cobardes y blandos», que se marcharan si no querían afrontar el peligro contra su voluntad. Cf. D.C. 38.46.3-4.

²⁰⁹⁵ «Me bastará con la décima legión. Porque tengo la seguridad de que, si fuese necesario, avanzarían incluso a través del fuego y desnudos. En cuanto a los demás, emprended cuanto antes el camino de vuelta y no me hagáis ver cómo os consumís aquí vanamente mientras gastáis de forma insensata los recursos públicos, os apropiáis de los esfuerzos ajenos y hacéis vuestro el botín que ganaron otros» (D.C. 38.46.3-4). Al situar César a la X legión por encima del resto de unidades militares que le acompañaban,

espíritu de su audiencia, dismanteló su oposición, evitó la insurrección del ejército y consolidó su lealtad²⁰⁹⁶. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Gracias a su intervención, César templó a sus hombres y evitó su amotinamiento²⁰⁹⁷.

CONSECUENCIAS: La forma con la que César gestionó los problemas de su ejército y la indulgencia con la que trató tanto a oficiales como a soldados, le permitió consolidar su liderazgo, ganarse el favor de sus hombres y fortalecer su posición. Igualmente, con su discurso disipó todas las dudas que había sobre su mando, sus intenciones y sobre la legalidad de la empresa²⁰⁹⁸. Finalmente, dirigió con éxito al ejército a la batalla y se impuso a Ariovisto²⁰⁹⁹.

COMENTARIO: Una vez más, se pone de manifiesto cómo el elemento psicológico pudo condicionar, predisponer y empujar al ejército a la indisciplina e insurrección. A tal efecto, el episodio nos muestra un ejemplo inequívoco de cómo el miedo fue capaz de someter a todos los integrantes del ejército cesariano, desde la soldadesca hasta el *consilium* de César, apoderándose, incluso, de tribunos y centuriones. Por otro lado, el hecho de que César sólo confiara en la *legio X*, nos hace pensar que era la única unidad cuyos oficiales no habían sido corrompidos por la situación y que, por tanto, era la única que podría responder favorablemente ante su llamada. Tal y como hemos visto, el grado de participación de oficiales y soldados es dudoso y varía en función de la fuente consultada. Mientras que César y Plutarco sostienen que la insurrección se gestó desde arriba y que fueron los oficiales quienes extendieron los rumores, el miedo y el descontento entre la tropa, Dion Casio, fiel a su estilo de culpabilizar a la soldadesca²¹⁰⁰, prefiere situar en la tropa el origen de los problemas. Sea como fuere, parece que tribunos y centuriones tuvieron un papel destacado en el conflicto. Bien para difundir el descontento desde los oficiales hasta los soldados²¹⁰¹; bien para, por el contrario, vincular a las tropas con los oficiales descontentos con César²¹⁰²; bien para informar a César del descontento de sus hombres²¹⁰³; bien para apaciguar los ánimos de la

invocó implícitamente a las restantes legiones a que dieran un paso al frente y demostraran ser dignas de servir en su ejército. Acto seguido, «las demás, por medio de sus tribunos militares y centuriones de primer orden, dieron satisfacción a César, protestando que jamás tuvieron ni recelo, ni temor, ni pensaron sujetar a su juicio, sino al del general, la dirección de la campaña» (Caes. *Gal.* 1.41). Cf. Caes. *Gal.* 1.40; Fron. *Str.* 1.11.3; 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.4-5; D.C. 38.47.1-2.

²⁰⁹⁶ Conforme a César (*Gal.* 1.41), «en virtud de este discurso se trocaron maravillosamente los corazones de todos, y concibieron gran denuedo con vivos deseos de continuar la guerra». Cf. Liv. 104; Fron. *Str.* 1.11.3, 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.3-4; D.C. 38.36-46.

²⁰⁹⁷ De acuerdo con Livio (104), «con una arenga, César ahuyentó el pánico de sus soldados, causado por el miedo a los nuevos enemigos». Cf. Caes. *Gal.* 1.41; Fron. *Str.* 1.11.3, 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.3-4.

²⁰⁹⁸ Caes. *Gal.* 1.40-41.

²⁰⁹⁹ Caes. *Gal.* 1.53; Liv. 104; Plu. *Caes.* 19.6-12; D.C. 38.47-50; Oros. 6.7.6.

²¹⁰⁰ Esta actitud se aprecia bien cuando documenta las guerras civiles posteriores y, sobre todo, cuando narra los acontecimientos del Triunvirato. Mientras que Apiano tiene un punto de vista más próximo al de los soldados y les reconoce un mayor grado de coordinación, así como una comprensión más amplia de su tiempo, Dion Casio minimiza la importancia del ejército como sujeto con autonomía propia y prefiere detenerse en los aspectos más negativos del colectivo. Para una información más detallada, *vid. infra* las insurrecciones que tuvieron lugar durante el Triunvirato y el distinto punto de vista que tomaron ambos autores.

²¹⁰¹ Caes. *Gal.* 1.39; Plu. *Caes.* 19.3, 5.

²¹⁰² D.C. 38.35.2.

²¹⁰³ Caes. *Gal.* 1.39.

soldadesca después de la intervención de su comandante²¹⁰⁴; bien para notificar a César el agradecimiento de la X legión e informar de que las restantes estaban dispuestas a seguirle allá donde las mandara²¹⁰⁵. Por último, el hecho de que parte del ejército se escudara en razones de naturaleza político-constitucional para evitar el enfrentamiento con Ariovisto, al margen de poder ser una mera excusa con la que ocultar su miedo, creemos que es un indicador de que la tropa era cada vez más consciente del funcionamiento de la política romana y de su posible papel político.

3.12.2. Cerca del río Sambre²¹⁰⁶, Galia Comata, 57 a. C.

«César, después de haber animado a la décima legión, viniendo al costado derecho, como vio el aprieto de los suyos, apiñadas las banderas, los soldados de la duodécima legión tan pegados que no podían manejar las armas, muertos todos los centuriones y el signífero de la cuarta cohorte, perdido el estandarte; los de las otras cohortes o muertos o heridos, y el primípilo Publio Sextio Báculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas sin poderse tener en pie; que los demás caían en desaliento, y aun algunos, desamparados de los que les hacían espaldas, abandonaban su puesto hurtando el cuerpo a los golpes [...]»²¹⁰⁷.

SITUACIÓN PREVIA: En guerra con la tribu belga de los nervios, la cual, asimismo, estaba aliada con atrebatas, viromanduos y aduáticos²¹⁰⁸, la siguiente insurrección tuvo lugar como consecuencia de la emboscada de los nervios y del ataque simultáneo a las obras de castrametación del ejército de César²¹⁰⁹.

CAUSAS: La estrategia de los nervios de emboscar a las legiones que protegían el bagaje romano²¹¹⁰ y de atacar simultáneamente por sorpresa al resto de unidades romanas²¹¹¹ provocó que el miedo, la confusión y el desorden se adueñaran del ejército cesariano, dificultando la reacción de los soldados y entorpeciendo su defensa²¹¹². Igualmente, al efecto psicológico de ambos ataques debemos añadir el impacto de la batalla de después y las consecuencias que esta trajo, no sólo en el ánimo de las tropas, sino, sobre todo, en el estado físico de los soldados²¹¹³. Por ende, reconocemos tres

²¹⁰⁴ Caes. *Gal.* 1.40; Liv. 104; Plu. *Caes.* 19.3; D.C. 38.37.2.

²¹⁰⁵ Caes. *Gal.* 1.41; Plu. *Caes.* 19.4-5; D.C. 38.47.2.

²¹⁰⁶ Entre los actuales países de Bélgica y Francia.

²¹⁰⁷ Caes. *Gal.* 2.25.

²¹⁰⁸ Caes. *Gal.* 2.16; Plu. *Caes.* 20.4-7. Los aduáticos fueron el único de los tres pueblos aliados a los nervios que no llegó a participar en el incidente que se analiza a continuación y que dio lugar a la batalla del río Sambre (Caes. *Gal.* 2.29).

²¹⁰⁹ César tenía bajo su mando un total de ocho legiones, seis veteranas y dos recién reclutadas: «seis legiones [la VIII y la X, en el ala izquierda; la VIII y la XI, en el ala derecha; y la XII y la VII, próximas al campamento cesariano (Caes. *Gal.* 2.23)] sin más tren que las armas; después iban los equipajes de todo el ejército, escoltados de las dos legiones recién alistadas [a comienzos de 57 a. C., César había reclutado dos nuevas legiones en la Galia Cisalpina y las había puesto bajo el mando de su legado Quinto Pedio (Caes. *Gal.* 2.2)], que cerraban la marcha (Caes. *Gal.* 2.19)».

²¹¹⁰ Caes. *Gal.* 2.18.

²¹¹¹ Caes. *Gal.* 2.21.

²¹¹² Caes. *Gal.* 2.19-21; V. Max. 3.2.19; Plu. *Caes.* 20.7.

²¹¹³ César (*Gal.* 2.25-26) nos habla de la muerte de centuriones, de estandartes perdidos durante la batalla, de cohortes aniquiladas, de soldados muertos y heridos, de hombres de gran valor que no conseguían ponerse en pie a causa de sus heridas, de tropas desamparadas, de unidades reducidas al extremo y sin

posibles causas detrás de la decisión de una parte del ejército de abandonar el combate y huir: militares, psicológicas y físicas.

OBJETIVOS: El principal objetivo de los soldados de la *XII* legión fue huir del combate y ponerse a salvo²¹¹⁴.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Durante la batalla que enfrentó al ejército de César contra los nervios y sus aliados en las proximidades del río Sambre, un elevado número de soldados romanos de la *XII* legión abandonaron la batalla y huyeron del combate²¹¹⁵. La insurrección fue pacífica, espontánea y desorganizada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El repentino ataque de los nervios impidió a las tropas romanas, por un lado, establecer una defensa coordinada durante las primeras fases del combate, obligando a las legiones a combatir por separado y dificultando, igualmente, que los soldados se pudieran reunir con sus respectivas unidades²¹¹⁶; y, por el otro, intentar cualquier tipo de organización; de tal modo que no se identifica la existencia de ningún medio de cohesión ni a la hora de defenderse del enemigo ni en el momento de abandonar el combate²¹¹⁷. En otro orden de cosas, el principal aglutinante de las tropas fue el miedo que suscitó el inesperado ataque enemigo.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: La presteza con la que César gestionó la situación, trasladándose de un lugar a otro de la batalla, organizando la defensa, tranquilizando a sus hombres y reagrupando a sus legiones, fue clave para que la situación no se descontrolara y el ejército cesariano lograra sobreponerse²¹¹⁸. Para tal fin, César se apoyó, fundamentalmente, en sus veteranos y oficiales²¹¹⁹. En los primeros, porque, de acuerdo con el mismo César, la experiencia que habían obtenido en el pasado les permitía por sí mismos dirigir cualquier acción con tanta pericia como sus oficiales²¹²⁰; y, en los segundos, porque confiaba en que fueran capaces de dirigir las tareas de atrincheramiento y, por tanto, de supervisar la defensa del campamento en su ausencia²¹²¹. Por otra parte, él mismo se desplazó de un lugar a otro del campo de batalla, dirigiendo, animando y arengando a sus hombres, e, incluso, poniendo en riesgo su integridad física cuando se vio obligado a intervenir en persona y detener la

esperanza de ser ayudadas, de soldados exhaustos por el combate... En definitiva, de un ejército roto física y moralmente.

²¹¹⁴ Caes. *Gal.* 2.24-27.

²¹¹⁵ Caes. *Gal.* 2.25. Aunque la *VII* legión se encontraba en una situación igualmente desesperada, la actuación de César evitó que hiciera también defección (Caes. *Gal.* 2.26; Plu. *Caes.* 20.7-8). Cf. V. Max. 3.2.19; Lendon, 2005: 217; Harris, 2006: 311; Keaveney, 2007: 10; Lee, 2009: 210; Brice, 2014: 81, 82; Sage, 2018: 249-251; James, 2019: 65-66, 76, 93-94, 119-120.

²¹¹⁶ Caes. *Gal.* 2.21. Asimismo, *vid.* Caes. *Gal.* 2.22, para más información sobre el estado de desconcierto en el que se vieron inmersas las fuerzas romanas.

²¹¹⁷ Según César (*Gal.* 2.24), los soldados romanos «corrían despavoridos unos acá, otros acullá sin orden ni concierto». Cf. Caes. *Gal.* 2.25-26; Plu. *Caes.* 20.7-8.

²¹¹⁸ Caes. *Gal.* 2.20.

²¹¹⁹ Al respecto, César destaca el valor del centurión primípilo Publio Sextio Báculo, quien, a diferencia de otros soldados de la *XII* legión, luchó hasta la extenuación (Caes. *Gal.* 2.25), y la actuación de su legado Tito Labieno, el cual, al frente de la *X*, socorrió al resto de unidades romanas y ayudó a impedir que otras unidades secundaran la huida de la *XII* (Caes. *Gal.* 2.26).

²¹²⁰ Caes. *Gal.* 2.21; Plu. *Caes.* 20.7.

²¹²¹ Caes. *Gal.* 2.20.

defección de la *XII* legión²¹²². Por último, se sirvió de los tribunos militares para restaurar el orden de la *VII* legión, la cual se encontraba en una situación muy similar a la *XII* y requería también ser intervenida²¹²³; y de Tito Labieno, quien, al mando de la *X* legión, terminó por salvar la situación²¹²⁴.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. La dirección de César y su implicación personal hicieron que sus unidades comenzaran «a resistir con más brío y a pelear con más coraje»²¹²⁵.

CONSECUENCIAS: La intervención de César permitió que las legiones se agruparan, que los soldados recobraran el ánimo²¹²⁶, que ninguna unidad abandonara la lucha y provocara la desbandada de todo el ejército, y que, finalmente, las legiones romanas se impusieran al enemigo²¹²⁷. Tras la batalla, la autoridad de César salió reforzada y se ganó con su contribución el respeto y la adhesión de la soldadesca romana. Por otro lado, la victoria frente a los nervios reforzó la posición romana en el territorio.

COMENTARIO: Por encima de todo, destacamos la capacidad que tuvo César de controlar la situación, restaurar el orden en el ejército y evitar que el miedo y la confusión del combate terminaran afectando al resto de unidades romanas. Tal y como hemos explicado, César se sirvió tanto de sus veteranos como de sus oficiales, lo que nos indica, por un lado, que contó con el respaldo de sus principales subalternos y que, por el otro, confiaba en las habilidades adquiridas por sus tropas más experimentadas. Asimismo, debemos remarcar el amplio conocimiento que tenía César de sus hombres y de cómo garantizar tanto su colaboración como su implicación, a pesar de las circunstancias desfavorables en las que se vieron rodeados durante buena parte del conflicto. A este respecto, se dirigió personalmente a los centuriones de la *XII* legión, nombrando a cada uno por su nombre, y exhortándoles al combate²¹²⁸; y, por otra parte, no dudó en arriesgar su vida y exponerse a las armas enemigas con el propósito de alentar a sus soldados a que imitaran su determinación. En este sentido, César sabía que apelando a su orgullo, a su dignidad y a su sentimiento de unidad podría hacerse con el control de la *XII* y evitar su huida, más aun siendo que contaba, en particular, con el respaldo de los centuriones de dicha unidad²¹²⁹.

²¹²² «Reducidos al extremo sin esperanza de ser ayudados; arrebatando el escudo a un soldado de las últimas filas [César] se puso al frente; y nombrando a los centuriones por su nombre, exhortando a los demás, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudiesen servirse mejor de las espadas» (Caes. *Gal.* 2.25). Cf. V. Max. 3.2.19; Plu. *Caes.* 20.7-8.

²¹²³ «Advirtiéndole César que la legión séptima se hallaba también en grande aprieto, insinuó a los tribunos que fuesen poco a poco reuniendo las legiones, y todas a una cerrasen a banderas desplegadas con el enemigo» (Caes. *Gal.* 2.26). Cf. Plu. *Caes.* 20.7.

²¹²⁴ Caes. *Gal.* 2.26-27; Plu. *Caes.* 20.8.

²¹²⁵ Caes. *Gal.* 2.26.

²¹²⁶ Caes. *Gal.* 2.25; V. Max. 3.2.19.

²¹²⁷ Caes. *Gal.* 2.27-28; Plu. *Caes.* 20.9-10.

²¹²⁸ Caes. *Gal.* 2.25.

²¹²⁹ Caes. *Gal.* 2.25.

3.12.3. Gergovia²¹³⁰, Galia Comata, 52 a. C.

«Los soldados de César, ansiosos de botín, sólo pensaban en el asalto a Gergovia, a pesar de que César trató en vano de disuadirles alegando las dificultades del terreno. La consecuencia fue que César, atacado violentamente por los enemigos que venían de lugares más elevados, huyó derrotado tras perder gran parte de su ejército»²¹³¹.

SITUACIÓN PREVIA: El siguiente incidente tuvo lugar en la fase final de la guerra, durante el sitio de Gergovia, en el contexto de la lucha entre César y Vercingétorix. Para esta batalla César contó con la ayuda de las legiones VI, VIII, VIII, X, XIII y XIII. De todas ellas, salvo la X legión, todas estuvieron implicadas en la siguiente insurrección²¹³².

CAUSAS: La ambición personal y económica fueron las razones por las que los soldados de César desobedecieron sus órdenes y atacaron al enemigo sin consentimiento expreso de su comandante. De esta forma, a la búsqueda de reconocimiento y gloria por imponerse a los galos²¹³³, debemos agregar la posibilidad de saquear la ciudad si esta era tomada²¹³⁴.

OBJETIVOS: La principal motivación detrás de la indisciplina de los soldados fue la conquista de la ciudad de Gergovia, puesto que consideraban que su captura les proporcionaría prestigio y un importante botín de guerra²¹³⁵.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Mientras que una parte de los oficiales desobedecieron la orden de César de contener el ímpetu de sus hombres²¹³⁶, los soldados, alentados por sus propios oficiales²¹³⁷, se dejaron llevar por la situación y desoyeron los sonidos de las trompetas de César que anunciaban la retirada²¹³⁸. La insurrección fue pacífica y no estuvo organizada²¹³⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Si bien la esperanza de enriquecerse con la toma de Gergovia fue el principal aglutinante de oficiales y soldados, no se advierte ningún otro mecanismo de cohesión en el relato de Julio César. Sólo la esperanza de obtener una pronta victoria y disfrutar de los premios del triunfo es lo que espoleó a los soldados a desafiar las órdenes de su general²¹⁴⁰.

²¹³⁰ Cerca de la actual Clermont-Ferrand (región de Auvernia-Ródano-Alpes, centro-sur de Francia).

²¹³¹ Oros. 6.11.6.

²¹³² Es posible, aunque no seguro, que la XIII legión, o al menos una parte de la misma, tampoco estuviera involucrada; aunque no tenemos referencia explícita de ello, más allá de una referencia del propio César en la que afirma que las cohortes de la XIII socorrieron a la X legión cuando esta detuvo el contrataque de los galos (Caes. Gal. 7.51).

²¹³³ Caes. Gal. 7.45, 47. Cf. Horsmann, 1991: 192.

²¹³⁴ Oros. 6.11.6.

²¹³⁵ Oros. 6.11.6.

²¹³⁶ «[César] les encarga [a los legados comandantes de las legiones] que repriman a los soldados, no sea que por la gana de pelear o codicia del pillaje se adelanten demasiado» (Caes. Gal. 7.45).

²¹³⁷ «Lucio Fabio, centurión de la legión octava, a quien se oyó decir que se sentía estimulado de los premios que se dieron en Avarico [...], tomando a tres de sus soldados, y ayudado de ellos, montó la muralla, y dándoles después la mano, los fue subiendo uno a uno» (Caes. Gal. 7.47).

²¹³⁸ Caes. Gal. 7.47. Cf. Horsmann, 1991: 192; Brice, 2020d: 260.

²¹³⁹ Para más información, *vid.* Horsmann, 1991: 192-193; Keppie, 1998: 64-65; Lendon, 2005: 216-217, 220-221; Brice, 2014: 84, 87.

²¹⁴⁰ Caes. Gal. 7.47; Oros. 6.11.6.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Conforme a César (*Gal.* 7.47), durante el transcurso de la batalla, en primer lugar, se tocó a retirada, lo que sirvió sólo para retener a la X legión, habida cuenta de que era la única unidad próxima al general romano y, por lo tanto, la única legión que pudo escuchar el aviso; y, en segundo lugar, como el sonido de la trompeta no llegó al resto de legiones, fueron los tribunos militares y los legados los encargados de, durante un tiempo, contener el ánimo de los soldados y mantener el control del ejército. No obstante lo anterior, «inflamados con la esperanza de pronta victoria, con la fuga de los enemigos y con los buenos sucesos de las batallas anteriores», los oficiales de César no pudieron retener durante mucho tiempo a las tropas y estas continuaron la carga, desoyendo tanto las órdenes de su general como las indicaciones de sus oficiales. Por último, una parte de los oficiales, en lugar de asistir a su general, se volcaron en el ataque y fomentaron la indisciplina de sus hombres²¹⁴¹. Rechazados los soldados romanos por el enemigo y reorganizadas las legiones, al día siguiente César reunió al ejército y celebró una *contio* en la que reprendió a sus tropas y criticó su temeridad y desenfreno²¹⁴². Salvo esta amonestación verbal, ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Aunque los soldados consiguieron esquivar el control de parte de los oficiales de César, su rebeldía no les permitió alcanzar ninguno de sus objetivos, muriendo muchos de ellos a causa de su desobediencia²¹⁴³.

CONSECUENCIAS: La indisciplina y temeridad de oficiales y soldados supusieron un revés en el sitio de Gergovia, y la muerte de cuarenta y seis centuriones y algo menos de setecientos hombres²¹⁴⁴.

COMENTARIO: Lamentablemente, la escasa información de la que disponemos no nos permite obtener ninguna otra reflexión adicional a las ya expuestas. Igualmente, el hecho de que César sea nuestra principal fuente de información, tampoco nos ayuda a reconstruir el episodio, dada la subjetividad de sus *Comentarios*. Sin embargo, destacamos la apatía con la que el general romano reprendió la indisciplina de sus hombres y, sobre todo, la desobediencia de parte de sus oficiales; muchos de ellos centuriones, que, además de no obedecer la orden de retirada, instigaron a sus hombres a que les siguieran, poniendo en riesgo tanto su vida como la integridad del resto del ejército.

3.12.4. Otras insurrecciones

«Reducido el ejército a suma escasez de víveres [...], en tanto grado que por varios días carecieron de pan los soldados, y para no morir de hambre tuvieron que traer de muy lejos carnes para alimentarse; con todo no se les escapó ni una palabra menos digna de la majestad del Pueblo romano y de las pasadas victorias. Antes bien, hablando César a las legiones en

²¹⁴¹ Caes. *Gal.* 7.47.

²¹⁴² Caes. *Gal.* 7.52. Cf. Horsmann, 1991: 192-193.

²¹⁴³ Caes. *Gal.* 7.50-51.

²¹⁴⁴ Caes. *Gal.* 7.51. Cf. Oros. 6.11.6.

medio de sus fatigas, y ofreciéndose a levantar el cerco si les parecía intolerable aquel trabajo, todos a una voz le conjuraban que no lo hiciese»²¹⁴⁵.

Pese al empeño de Cesar, el ejército romano bajo su *imperium* demostró ser mucho menos sumiso de lo que las palabras del futuro dictador parecen reflejar. Como ya vimos al principio de nuestro relato, y hemos comprobado con las últimas insurrecciones, la adhesión y lealtad con la que los soldados sirvieron al general romano en la mayor parte de su campaña en la Galia no implicó ni que las tropas obedecieran ciegamente las órdenes de su comandante ni que mostraran siempre un comportamiento ejemplar, dándose, en cambio, nuevos ejemplos de indisciplina que ponen de manifiesto un comportamiento más levantisco e independiente del que César dejó constancia en sus escritos.

Por desgracia, el hecho de que nuestra principal fuente de información sea el propio César y que el resto de autores clásicos hayan bebido directamente de sus palabras ha obstaculizado notablemente la transmisión e identificación de la mayoría de actos de indisciplina y episodios de insurrección del periodo. Las referencias son vagas, indirectas y sesgadas, y, en la mayoría de los casos, están disfrazadas de artificio y revestidas de engaño; ya que, en última instancia, deben ceñirse al discurso oficial del autor. De ahí que, salvo en contadas ocasiones, no se aluda en los escritos de César a los problemas del ejército y que, cuando se haga, se resuelva siempre, bien con una intervención salomónica del general romano, bien con el arrepentimiento de las tropas, bien con una manifestación del valor y del coraje de los soldados cesarianos.

Un ejemplo de esto último nos lo proporciona el pasaje con el que hemos abierto este último apartado. Si aceptamos el testimonio de César, las tropas romanas, al borde de la inanición y del agotamiento, ni se quejaron ni se rebelaron, es más, apoyaron a César en su estrategia y no dudaron en seguirlo a costa «de sufrir todas las miserias del mundo»²¹⁴⁶. Sin embargo, la realidad fue muy distinta. Durante el asedio de Avárico de 52 a. C., las dificultades por las que atravesó el ejército romano llevaron a los soldados al borde del amotinamiento. Tenemos constancia de grupos de soldados que abandonaron su posición en busca de alimento²¹⁴⁷; de tropas que presionaron a César para entablar combate, tomar la ciudad y escapar de la situación de extrema necesidad en la que se encontraban²¹⁴⁸; y, finalmente, de desertores romanos que se pasaron al lado de Vercingétorix a causa de todas las penalidades que estaban padeciendo²¹⁴⁹. Lo que César nos vende como un éxito de su carisma y de la nobleza de las armas romanas, no fue sino un intento desesperado por contener el malestar de sus hombres, garantizar su participación en la contienda, arengar a las tropas, evitar el abandono del ejército y el cambio de bando, y consolar a los soldados²¹⁵⁰.

²¹⁴⁵ Caes. *Gal.* 7.17.

²¹⁴⁶ Caes. *Gal.* 7.17. Cf. Chrissanthos, 2004: 357.

²¹⁴⁷ Caes. *Gal.* 7.16.

²¹⁴⁸ Caes. *Gal.* 7.19.

²¹⁴⁹ Caes. *Gal.* 7.20.

²¹⁵⁰ Caes. *Gal.* 7.17.

Esta actitud se aprecia, ante todo, cuando César trata el tema de las deserciones y los cambios de bando. Al respecto, las referencias son tremendamente escasas y la mayoría, o bien son indirectas, como, por ejemplo, cuando, en 58 a. C., César nos cuenta que exigió a los helvecios que entregaran a los «rehenes, armas y desertores» romanos²¹⁵¹; o bien buscan disimular la deserción tratando a los desertores como prisioneros de guerra que colaboraron con el enemigo más por miedo que por voluntad propia, como, por ejemplo, cuando, en 53 a. C., encontramos a desertores romanos instruyendo a los nervios en el arte de la poliorcética y César insiste en que son soldados romanos cautivos²¹⁵².

Por lo demás, identificamos otros incidentes aislados que, en principio, tuvieron un menor impacto. Así, en 57 a. C., tras imponerse César a los aduáticos, sabemos que los soldados romanos bajaron la guardia, relajaron la disciplina, abandonaron las máquinas de asedio, y «se entregaron a la alegría de los vencedores», lo que permitió al enemigo rehacerse y contraatacar²¹⁵³. En 56 y 53 a. C., las tropas protestaron y se quejaron abiertamente a sus oficiales, entorpeciendo la dirección de la campaña. De esta manera, si, en 56 a. C., los cesarianos recriminaron al legado Quinto Titurio Sabino su falta de valor por no querer enfrentarse a Virídovix, líder de los unelos, y presionaron para entrar en combate a pesar de la reticencias de su comandante²¹⁵⁴; en 53 a. C., las tropas se quejaron abiertamente de que Quinto Tulio Cicerón no les permitiera salir del campamento, cuestionando tanto las órdenes del legado como la estrategia del propio César, quien había ordenado que los soldados permanecieran dentro del *castrum*²¹⁵⁵.

Si en los dos ejemplos anteriores el impulso y/o el descontento del ejército fue contenido, no sucedió lo mismo en los dos últimos episodios. Mientras que, en 54 a. C., durante la batalla de Aduatua, los soldados, movidos por el miedo y la desesperación, se desentendieron de la batalla e intentaron salvar en vano sus pertenencias más preciadas, incrementando con ello el número de bajas romanas y favoreciendo la derrota de Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota²¹⁵⁶; un año después, en 53 a. C., «por la codicia del pillaje» fueron muchos los soldados de César que rompieron la formación durante sus marchas y se alejaron del ejército por «senderos desconocidos que les impedían el marchar juntos»²¹⁵⁷.

²¹⁵¹ Caes. *Gal.* 1.28.

²¹⁵² Caes. *Gal.* 5.42.

²¹⁵³ D.C. 39.4.4.

²¹⁵⁴ Caes. *Gal.* 3.17.

²¹⁵⁵ Caes. *Gal.* 6.36.

²¹⁵⁶ «Los soldados de tropel, como era regular, desamparaban sus banderas, y cada cual iba corriendo a su lío a sacar y recoger las alhajas y preseas más estimadas, y no se oían sino alaridos y lamentos» (Caes. *Gal.* 5.33).

²¹⁵⁷ Caes. *Gal.* 6.34.

3.13. Campaña contra los tracios

3.13.1. Dirraquio, provincia de Macedonia, 55 a. C.

«Cuando regresaba de Macedonia [Lucio Calpurnio Pisón Censorino], fue cercado por los mismos soldados que [...] licenció en recompensa de su valor. Después de prometerles bajo juramento pagarles al día siguiente cuanto se les debía, se encerró en su casa, y a media noche, silenciosamente, con sandalias, vestido de esclavo, se embarcó [...]. Mientras tanto los soldados en Dirraquio empezaron a atacar la casa donde creían que aún estaba y permanecía oculto, y quisieron incendiarla»²¹⁵⁸.

SITUACIÓN PREVIA: Entre el 57 y el 56 a. C., el procónsul Lucio Calpurnio Pisón Censorino estuvo como gobernador de Macedonia y, según Cicerón (*Pis.* 38), dirigió sin éxito la guerra contra los tracios²¹⁵⁹. En este contexto de fracaso militar debemos situar la siguiente insurrección²¹⁶⁰.

CAUSAS: Tres fueron las razones detrás del malestar del ejército: militares, económicas y personales. El reciente fracaso de la guerra contra los tracios y el hecho de que Pisón no hubiera pagado a sus tropas, provocaron la indignación y el enfado del ejército, y que el odio se apodera de este, al considerar que, además de haber servido bajo el mando de un general militarmente incompetente, estaban bajo el *imperium* de un comandante que antepone su avaricia al bienestar material de sus hombres²¹⁶¹.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue económica. Exigieron que se les pagara todo lo adeudado y prometido por Pisón²¹⁶².

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín de las tropas de Lucio Calpurnio Pisón Censorino. Los soldados increparon a su comandante y amenazaron su integridad física²¹⁶³. La insurrección fue violenta y espontánea²¹⁶⁴.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Pese a que no descartamos la existencia de una suerte de coordinación previa en la que los soldados pudieron reunirse y debatir en torno a la decisión que debían adoptar con respecto a la reclamación económica que mantenían

²¹⁵⁸ Cic. *Pis.* 38.

²¹⁵⁹ Cicerón (*Pis.* 38) nos habla de «ciudades perdidas, legiones aniquiladas, de una provincia privada de defensa y hasta de los restos de su ejército».

²¹⁶⁰ No tenemos información del número de efectivos con los que contó Pisón durante el desempeño de su cargo, pero, de acuerdo con Cicerón (*Pis.* 38), los soldados habían sido recientemente licenciados cuando tuvo lugar el incidente.

²¹⁶¹ Cic. *Pis.* 38. Cf. Gruen, 1974: 369, 372; Keaveney, 2007: 85.

²¹⁶² Cic. *Pis.* 38. Cf. Gruen, 1974: 369, 372; Keaveney, 2007: 85.

²¹⁶³ De hecho, según se desprende del texto de Cicerón (*Pis.* 38), si no hubiera escapado Pisón, probablemente, hubiera acabado muerto a causa de la violencia en la que incurrieron sus hombres: atacaron la casa en la que creían que estaba oculto, y la quisieron incendiar; y, cuando se enteraron de su huida, volcaron toda su rabia y frustración sobre la estatua que había hecho colocar en Dirraquio con su imagen. Así, «arrancándola de su base, la derribaron, destrozaron y dispersaron los pedazos; de este modo el odio que la persona les inspiraba lo saciaron en la estatua». Para más información sobre lo sucedido, *vid.* Gruen, 1974: 369, 372; Chrissanthos, 1999: 68; Keaveney, 2007: 85.

²¹⁶⁴ Cic. *Pis.* 38.

con su comandante, la actuación de las tropas fue, fundamentalmente, desorganizada e impulsiva. El odio hacia Pisón fue el principal aglutinante del ejército²¹⁶⁵.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No hay rastro de la aplicación de ningún medio de contención del descontento de las tropas, a pesar de que el enfado de los soldados, conforme a Cicerón (*Pis.* 38), venía de lejos. Sólo cuando Pisón se vio rodeado y amenazado por sus hombres, «prometió bajo juramento pagarles al día siguiente cuanto se les debía»²¹⁶⁶. Por su puesto, el procónsul incumplió su palabra y, en lugar de intentar recuperar el control de la situación, decidió abandonar a su ejército y escapar de la provincia²¹⁶⁷.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Aunque las tropas forzaron la salida de Pisón, no recibieron las gratificaciones exigidas.

CONSECUENCIAS: El episodio nos deja a unas tropas furiosas y abandonadas a su suerte, y a un magistrado romano incumpliendo con su deber, tanto para con sus hombres como para con la provincia²¹⁶⁸.

COMENTARIO: Lamentablemente, nos encontramos ante un episodio contaminado por la fuente que lo recoge. El hecho de que Cicerón, enemigo político de Pisón²¹⁶⁹, sea el único autor que narra el incidente nos obliga a tomar su testimonio con extrema precaución, dada la subjetividad del Arpinate. Esta prudencia, no obstante, no significa que el episodio haya que desecharlo y que el conflicto entre Pisón y sus hombres no existiera, sino que, seguramente, fue deliberadamente exagerado por Cicerón con objetivo de atacar políticamente a un rival directo. Asimismo, debemos mantener la misma cautela con las insurrecciones que afectaron a Cayo Cosconio y Mamercio Emilio Lépido Liviano, pues tanto Marco Atilio Bulbo como Cayo Estayeno, promotores, respectivamente, de ambas sediciones²¹⁷⁰, también estuvieron en la agenda de personajes no gratos del senador. Finalmente, tal y como ocurriera más adelante, el problema se repite con la insurrección que afectó, en 51 a. C., a Apio Claudio Pulcro²¹⁷¹, y se multiplica cuando se trata del análisis de los desórdenes que rodearon a

²¹⁶⁵ Cic. *Pis.* 38.

²¹⁶⁶ Cic. *Pis.* 38.

²¹⁶⁷ Cic. *Pis.* 38.

²¹⁶⁸ Cic. *Pis.* 38.

²¹⁶⁹ Para más información sobre la rivalidad entre Cicerón y Lucio Calpurnio Pisón, *vid.* las acusaciones que el primero lanzó sobre el segundo en *De Provinciis Consularibus* y *In Pisonem*.

²¹⁷⁰ *Vid. supra* para más información.

²¹⁷¹ Antes de la llegada de Cicerón a Cilicia, en el verano del 51 a. C., Apio Claudio Pulcro, procónsul de dicha provincia, había sufrido, en palabras del orador, «una especie de sedición que había dispersado el ejército estableciéndose cinco cohortes en las cercanías de Filomelio sin legado, sin tribuno militar y sin siquiera centurión alguno mientras que el resto de las tropas permanecía en la región de Licaonia» (Cic. *Fam.* 110.15.4.2). Al respecto, la información con la que contamos es tan confusa como escasa, y, al igual que ocurre con el relato de Pisón, está viciada por la animosidad de Cicerón. De acuerdo con él, el incidente habría afectado a las dos legiones que tenía Pulcro como guarnición en el territorio (Cic. *Att.* 5.15.1) y, supuestamente, la razón de su descontento habría sido esencialmente económica, habida cuenta de que el pago de la soldada fue lo único que permitió al procónsul calmar el ánimo de sus hombres y apaciguar la revuelta (Cic. *Att.* 5.14.1). Por lo demás, no sabemos nada ni de la organización del motín ni si el ejército utilizó la violencia. Tan sólo sabemos que, presuntamente, la acción de las tropas tuvo éxito, puesto que consiguieron que su comandante les abonara todo lo adeudado antes de que abandonara la provincia. En cualquier caso, la insurrección sirvió a Cicerón para acusar a su predecesor de avaricia, motivo por el cual habría dejado de pagar a los soldados, y, ante todo, para reforzar la idea de que, a diferencia de Pulcro, que había esquilado la provincia y había arruinado a sus gentes (Cic. *Att.* 5.15.2;

Marco Antonio²¹⁷². En este último caso, el odio de Cicerón hacia el triunviro desacredita el valor de su palabra y hace que su punto de vista, como en el ejemplo de Pisón, esté profundamente corrompido por su juicio personal.

3.14. Campaña contra los partos

«Sin embargo, cuando [Marco Licinio Craso] abandonaba la ciudad, se produjeron muchos presagios desfavorables y los tribunos prohibieron que hiciera la guerra a los partos, porque estos no habían cometido ninguna ofensa. Como no les obedeció, invocaron maldiciones públicas contra él a las que Craso no prestó atención, y pereció en Partia con un hijo homónimo y con su ejército, pues de cien mil hombres apenas diez mil escaparon a Siria»²¹⁷³.

La alianza política entre Cayo Julio César, Cneo Pompeyo Magno y Marco Licinio Craso derivó, en lo político, en el primer consulado de César y en el segundo de Pompeyo y Craso, y, en lo militar, en la conquista de la Galia por César, y en la concesión de un mando militar para Pompeyo y Craso, respectivamente²¹⁷⁴. Mientras que Pompeyo no tuvo intención de rememorar sus años de conquistas y prefirió no alejarse de la *Vrbs* para así no perder su influencia política²¹⁷⁵, Craso proyectó una campaña contra los partos, pues «pensaba que iba a ser fácil, gloriosa y lucrativa»²¹⁷⁶.

3.14.1. Cerca de Carras²¹⁷⁷, Imperio parto, 53 a. C.

«Grandes fueron los prodigios, pero tanto mayores los desastres: los exterminios de las más brillantes legiones, tan numerosas enseñas capturadas por manos enemigas, la flor y nata del ejército romano aniquilada por la caballería de los bárbaros, los ojos de los padres salpicados con la sangre de los hijos de las más nobles familias, el cuerpo del general en jefe entre montones de cadáveres hacinados sirviendo de pasto a las aves de rapiña y a las alimañas [...]. Así de clara es la cólera de los dioses cuando no se tienen en cuenta sus presagios; así se castigan las decisiones de los hombres cuando se ponen ellos mismos por delante»²¹⁷⁸.

SITUACIÓN PREVIA: Desde el inicio de la campaña hasta la derrota final, la expedición contra los partos estuvo predestinada al fracaso. Maldiciones, malos augurios, traiciones²¹⁷⁹... Craso pagó su desmedida ambición con una de las derrotas más famosas de la Historia de Roma. Es en este escenario de presagios desfavorables,

16.2; 17.6; *Fam.* 110.15.4.2), él tenía la intención de ejercer su gobierno con «equidad, desinterés y clemencia» (*Cic. Att.* 5.16.3). Cf. Gruen, 1974: 369; Chrissanthos, 1999: 70; Pérez Carrandi, 2017: 312-318; Brice, 2020d: 257, 265.

²¹⁷² En concreto, *vid. infra* las insurrecciones del año 44 a. C.

²¹⁷³ App. *BC* 2.18.

²¹⁷⁴ *Cic. Prov.* 36; *Att.* 8.3.3; *Vell.* 2.46.2; *Plu. Crass.* 14.6-7; 15.7; *Caes.* 14.10; 21.5-6; *Pomp.* 48.4; 51.4-5; 52.3-4; App. *BC* 2.13, 17-18; *Suet. Jul.* 22.1; 24.1; D.C. 38.8.5, 41.4; 39.33.2-37.1; *Oros.* 6.7.1.

²¹⁷⁵ *Plu. Crass.* 16.1; *Pomp.* 53.1; App. *BC* 2.18; D.C. 39.39.4.

²¹⁷⁶ App. *BC* 2.18. Cf. *Plu. Crass.* 16.1-3; *Pomp.* 52.5.

²¹⁷⁷ Actual Harrán (sudeste de la actual Turquía).

²¹⁷⁸ *V. Max.* 1.6.11.

²¹⁷⁹ *Vell.* 2.46.3; *Plu. Crass.* 17.10; 18.5; 19.4-8; 23.1; App. *BC* 2.18; D.C. 39.39.5-6; 40.1.

derrota y muerte en donde se gestó la insurrección del ejército del procónsul Marco Licinio Craso²¹⁸⁰.

CAUSAS: Identificamos cinco posibles razones detrás del descontento de las tropas psicológicas, militares, personales, físicas y políticas. Psicológicas: la campaña de Craso transcurrió entre señales, prodigios y augurios de lo más desfavorables, lo que pudo contribuir a que el miedo y la desconfianza se apoderaran paulatinamente del ánimo de los soldados²¹⁸¹. A la maldición lanzada contra el general romano cuando se disponía a salir de Roma²¹⁸², debemos añadir los prodigios que tuvieron lugar en la capital cuando el procónsul ya se encontraba en Siria²¹⁸³ y, sobre todo, los malos augurios que rodearon al ejército romano tanto al comienzo de la expedición²¹⁸⁴ como durante el desarrollo de la misma²¹⁸⁵. Por lo demás, al efecto psicológico de lo sobrenatural, debemos sumar el impacto psíquico de lo militar. Al respecto, sabemos que los rumores acerca de la destreza bélica de los partos infundió miedo a las tropas romanas²¹⁸⁶; que la manera en que combatía el enemigo provocó la desesperación de los romanos a causa del elevadísimo número de bajas que ocasionaba cada uno de sus ataques²¹⁸⁷; que la confusión del combate desquició a los hombres de Craso²¹⁸⁸; y, por último, que el procónsul cayó en el desánimo más absoluto como consecuencia de la

²¹⁸⁰ De acuerdo con Plutarco (*Crass.* 20.1), «siete legiones de infantería pesada, casi cuatro mil caballeros y otros tantos soldados de infantería ligera» participaron en la batalla de Carras (cf. Fields, 2008: 70; Sage, 2008: 260; 2018: 253). Algunas de estas fuerzas habían servido en el pasado con Cneo Pompeyo Magno (*Plu. Crass.* 21.2).

²¹⁸¹ V. Max. 1.6.11; D.C. 40.18.5; 19.4. Cf. Gruen, 1974: 372; Chrissanthos, 2004: 356.

²¹⁸² Conforme a Plutarco (*Crass.* 16.4, 7), el tribuno de la plebe Cayo Ateyo Capito, al ver que no podía detener a Craso, «profirió unas imprecaciones terribles y espantosas por sí mismas, invocando y nombrando en ellas, además, a unos dioses terribles y extraños». Cf. Cic. *Div.* 1.29-30; 2.84; Vell. 2.46.3; Flor. *Epit.* 1.46.2-3; D.C. 39.39-40.1; Eutr. 6.18.1.

²¹⁸³ D.C. 40.17.1-2.

²¹⁸⁴ Tras hacer cruzar al ejército en Zeugma (en la orilla occidental del Éufrates, entre Antioquía y Edesa), se desencadenaron una serie de prodigios de lo más desfavorables, preludio del futuro desastre de Craso: estallaron muchos truenos de extraordinaria fuerza; una tormenta con rayos y nubes se abatió sobre el puente y lo rompió; el lugar en el que iban a acampar resultó golpeado por dos rayos y uno de los caballos del general desapareció ahogado en la corriente; la primera de las águilas fue alzada y se dio la vuelta por sí misma; la primera ración de comida que se repartió a los soldados consistió en lentejas y pan de cebada, alimentos que los romanos consideraban fúnebres y que ofrecían a los muertos; y, finalmente, durante el sacrificio ritual de purificación, se le cayeron a Craso las entrañas de las víctimas cuando el adivino se las entregó. Por todo ello, los soldados se asustaron (*Plu. Crass.* 19.4-8). Para otras referencias, vid. Cf. V. Max. 1.6.11; *Plu. Crass.* 23.1; Flor. *Epit.* 1.46.4; D.C. 40.18.1-4; Chrissanthos, 2004: 356; Keaveney, 2007: 11-12.

²¹⁸⁵ D.C. 40.18.5. Cf. V. Max. 1.6.11; Plin. *Nat.* 2.147; *Plu. Crass.* 18.5; D.C. 40.19.3; Chrissanthos, 2004: 356; Keaveney, 2007: 11-12.

²¹⁸⁶ Según Plutarco (*Crass.* 18.4), la moral de los soldados de Craso se desvaneció tras escuchar los relatos extraordinarios sobre la capacidad militar de los partos. Cf. Gruen, 1974: 372.

²¹⁸⁷ «Muchos morían bajo el espanto producido por el avance mismo de los lanceros, muchos también perecían atrapados por la caballería [...]. Y las flechas, que caían sobre ellos en abundancia, desde todas partes y a un mismo tiempo, con frecuencia infligían heridas mortales, en numerosos casos inhabilitaban para seguir combatiendo y siempre producían desasosiego. Pues como volaban hacia los ojos y se cernían sobre las manos y el resto todo del cuerpo, a través incluso de la armadura, hacían inútiles sus intentos por resguardarse [...]; así, en el momento en que uno se ponía cubierto de un proyectil o se sacaba el que tenía clavado, recibía, una tras otra, muchas más heridas» (D.C. 40.22.4-5). Cf. *Plu. Crass.* 23.9-24.1; D.C. 40.25.1-2; Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70; Sage, 2008: 259-261; 2018: 252, 254-256; Brice, 2014: 112.

²¹⁸⁸ *Plu. Crass.* 24.3-5; 25.11; D.C. 40.23.2, 4.

muerte de su hijo Publio Licinio Craso y de la derrota de Carras²¹⁸⁹. Militares: los soldados romanos esperaban una empresa fácil, creían que los partos no iban a ofrecer resistencia y que la principal dificultad que iban a tener era el largo viaje y la persecución del enemigo²¹⁹⁰; sin embargo, se encontraron con todo lo contrario²¹⁹¹. Por si fuera poco, el desastre de Carras terminó por hundir las esperanzas romanas y condenar al ejército de Craso²¹⁹². Personales: los soldados desconfiaban tanto de las habilidades de su comandante, el cual desde la guerra contra Espartaco no había dirigido al ejército, como de sus intenciones, puesto que la campaña había sido iniciada más por la ambición de Craso que por el interés de Roma²¹⁹³. Igualmente, a la falta de confianza que desprendía Craso, debemos agregar la desconfianza que generaron los informadores utilizados por el general durante toda la campaña, la mayoría de ellos naturales de la región y partidarios de los partos²¹⁹⁴. Finalmente, los soldados, y, en particular, sus oficiales, estaban molestos por la manera en la que Craso dirigía la guerra²¹⁹⁵; por la facilidad con la que se había dejado engañar por los extranjeros, los cuales, sean guías, sean partos, le traicionaron en repetidas ocasiones²¹⁹⁶; y, sobre todo, porque parecía que confiaba más en la palabra de esas gentes que en la de sus propios hombres. Físicas: la dificultad del trayecto²¹⁹⁷, la dureza de la campaña militar²¹⁹⁸, la severidad del combate²¹⁹⁹, el rigor del tiempo²²⁰⁰, y, en particular, la batalla de Carras y la posterior huida a Armenia, produjeron todo tipo de desgracias a los hombres de Craso²²⁰¹.

²¹⁸⁹ Cic. *Div.* 2.22; Plu. *Crass.* 25.1; 27.4-6; D.C. 40.25.3; cf. Chrissanthos, 2004: 356; Keaveney, 2007: 11; Fields, 2008: 70; Sage, 2018: 256. Respecto a la muerte de Publio Licinio Craso, *vid.* Plu. *Crass.* 25.13-14; D.C. 40.21.2-3; Warry, 1995: 157; Keaveney, 2007: 11; Fields, 2008: 70; Sage, 2018: 255-256; Brice, 2014: 112.

²¹⁹⁰ Plu. *Crass.* 18.4. Cf. Sage, 2008: 258.

²¹⁹¹ A pesar de los éxitos iniciales (D.C. 40.12.2-13.4), la campaña contra los partos fue un rotundo desastre (D.C. 40.19.5). Cf. Gruen, 1974: 372.

²¹⁹² Vell. 2.46.4; Plu. *Crass.* 23-31; Flor. *Epit.* 1.46.8-9; D.C. 40.22-23; Eutr. 6.18.1; Oros. 6.13.3-4. Cf. Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70; Sage, 2008: 261; 2018: 256.

²¹⁹³ De acuerdo con Dion Casio (40.12.1), «Craso, deseoso de llevar a cabo también él algo que le reportara renombre y ganancias [...], condujo una expedición militar contra los partos, aunque ni portaba reclamación alguna contra ellos ni había sido decretado que emprendiese la guerra». Cf. Plu. *Crass.* 17.9; Warry, 1995: 156-157; Fields, 2008: 70; Sage, 2008: 258; 2018: 251-252; Brice, 2014: 112.

²¹⁹⁴ Plu. *Crass.* 21.1-4, 9; 22.1, 3; 29.2-3; D.C. 40.20.1-2, 4; 21.1.

²¹⁹⁵ Plu. *Crass.* 18.4; 20.4; 21.1-4, 9; 22.1, 3; 23.2-3, 6-7. Cf. Sage, 2008: 259; 2018: 253.

²¹⁹⁶ De acuerdo con Plutarco (*Crass.* 21.9), «Craso llegó a ser muy vulnerable a los engaños; al principio, por su temeridad y arrogancia; y, luego, por su miedo y sus desgracias». Para una relación de todas las veces en las que Craso fue engañado durante el desarrollo de la campaña, *vid.* Liv. 106; Plu. *Crass.* 21.1-4, 9; 22.1, 3; 28.4-7; 29.1-3; 30.1-5; D.C. 40.20.1-2, 4; 21.1; 26-27. Cf. Sage, 2018: 256.

²¹⁹⁷ Plu. *Crass.* 29.7; D.C. 40.18.4-5. Cf. Fields, 2008: 70; Sage, 2018: 254; Brice, 2014: 112.

²¹⁹⁸ Sobre el particular, Plutarco (*Crass.* 22.1-2) nos describe unas tropas totalmente desmoralizadas. Además de la influencia que podían tener los malos augurios, ahora se enfrentaban a la escasez de agua, a la dificultad de la marcha y a lo desolado del lugar. Todo ello los desanimaba profundamente, «pues no veían ni una planta, ni un riachuelo, ni la ladera de un monte, ni un brote de hierba, sino que se encontraban [...] rodeados de dunas desérticas». Cf. D.C. 40.22-23; Sage, 2018: 254.

²¹⁹⁹ Plu. *Crass.* 27.7-8; Flor. *Epit.* 1.46.10; Eutr. 6.18.2. Cf. Warry, 1995: 157.

²²⁰⁰ «El calor y la sed (pues todo ello ocurría en pleno verano y a mediodía), así como el polvo [...], pesaban de forma agobiante sobre los supervivientes, y bajo tales circunstancias muchos caían sin haber sido alcanzados» (D.C. 40.23.4).

²²⁰¹ Con respecto a la batalla de Carras, *vid.* Vell. 2.46.4; Plu. *Crass.* 23-31; Flor. *Epit.* 1.46.8-9; D.C. 40.22-23; Eutr. 6.18.1; Oros. 6.13.3-4; Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70; Sage, 2008: 260-261; 2018: 254-256. Si la batalla golpeó con dureza el cuerpo y la mente de los soldados romanos, las heridas del enfrentamiento generaron nuevos y peores problemas a los supervivientes. Según Dion Casio (40.25.1-2),

Políticas: el hecho de que la expedición fuera fruto de la ambición de Craso y que se llevara la guerra a un pueblo con el que Roma no estaba enemistada y con el que había acuerdos de paz, pudieron provocar el recelo entre la soldadesca romana al considerar que combatían en una guerra que no era justa²²⁰².

OBJETIVOS: El principal interés tanto de soldados como de oficiales fue abandonar la campaña y alejarse de una guerra condenada al fracaso²²⁰³.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Advertimos, al menos, tres insurrecciones distintas: en primer lugar, la desertión de un tal Egnatio, posiblemente un prefecto de caballería, que, junto con trescientos jinetes, abandonó a Craso²²⁰⁴; en segundo lugar, la huida del cuestor Cayo Casio Longino, el cual, junto con quinientos jinetes, cuatro cohortes de infantería armada con escudos y cinco lictores, abandonó a Craso y se dirigió a Siria²²⁰⁵; y, en tercer y último lugar, el motín de los últimos soldados de Craso, quienes presionaron e increparon a su comandante para que llegara a un acuerdo con el general parto Surena y pusiera fin a la guerra²²⁰⁶. Mientras que la insurrección de los soldados fue espontánea y violenta²²⁰⁷, las sediciones de ambos oficiales fueron, tal y como defenderemos a continuación, organizadas y pacíficas²²⁰⁸.

MECANISMOS DE COHESIÓN: A pesar de todas las desgracias que tuvieron que vivir y soportar los soldados: prodigios desfavorables, malos augurios, la dificultad del camino, la severidad de la campaña, la falta de habilidad con la que Craso había

«muchos de los que habían sido heridos no eran capaces de andar ni disponían de vehículo o de quien los transportase (pues los supervivientes se daban por satisfechos con llevarse a sí mismos) y quedaron en el campo. De estos unos perecieron a causa de las heridas o porque se dieron muerte con propia mano y otros fueron hechos prisioneros. Y de los que habían escapado muchos sucumbieron exhaustos en el camino, muchos otros poco después, al no poder alcanzar el auxilio que necesitaban de inmediato» (cf. Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70; Sage, 2018: 256).

²²⁰² De acuerdo con Floro (*Epit.* 1.46.4) y Orosio (6.13.2), la declaración de guerra contravenía los tratados firmados con los partos en tiempos de Sila, Lúculo y Pompeyo. Cf. Plu. *Crass.* 16.4, y, especialmente, *Luc.* 30 y *Pomp.* 33.6, 38.2, para los acuerdos establecidos entre Roma y los partos, en 69 y 66 a. C., respectivamente. Para otras referencias, vid. D.C. 40.12.1; Warry, 1995: 157; Brice, 2014: 112. La situación nos recuerda a la analizada, en 58 a. C., cuando una parte del ejército acusó a Cayo Julio César de haber promovido una guerra innecesaria contra un amigo y aliado del Pueblo romano sólo para satisfacer su ambición personal (vid. *supra*).

²²⁰³ Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4. Cf. Gruen, 1974: 372.

²²⁰⁴ Plu. *Crass.* 27.8-9. Cf. Sage, 2018: 256.

²²⁰⁵ Plu. *Crass.* 29.2-4, 6. Para otra versión de los hechos, vid. D.C. 40.25.4-5. Cf. Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70.

²²⁰⁶ De acuerdo con Plutarco (*Crass.* 30.4-5), «los soldados se pusieron a gritar y a exigirle; luego lo insultaron y le echaron en cara la cobardía de lanzarlos a ellos a luchar contra unos hombres con los que él no se atrevía ni siquiera a reunirse para negociar, aunque estuvieran desarmados». Cf. Warry, 1995: 157; Chrissanthos, 2004: 361; Brice, 2020d: 257, 261.

²²⁰⁷ «Como los soldados se mostraban airados con él y lo amenazaban golpeando las armas, lleno de temor, Craso se puso en marcha», no sin antes advertir a sus oficiales Octavio y Petronio (legado y tribuno militar, respectivamente) que estaba recibiendo un trato «vergonzoso y violento», pero que, aun así, debían decir si se salvaban que había muerto «engañado por los enemigos, no traicionado por sus conciudadanos», en clara referencia a la presión con la que había sido obligado por sus tropas a entrevistarse con los partos (Plu. *Crass.* 30.5).

²²⁰⁸ Para más información sobre los problemas de disciplina a los que se tuvo que enfrentar Marco Licinio Craso, vid. Gruen, 1974: 372; Warry, 1995: 156-157; Chrissanthos, 1999: 69-70; 2004: 356, 361; Keaveney, 2007: 11-12; Fields, 2008: 70; Sage, 2008: 258-263; 2018: 251-257; Coulston, 2013: 26-27; Brice, 2014: 112, 133, 202; 2020d: 257, 261.

planificado la expedición... No fue hasta la derrota de Carras cuando las tropas empezaron a cuestionar abiertamente a su comandante²²⁰⁹. Hasta entonces, la principal resistencia procedió de los oficiales y de los miembros de su *consilium*, siendo el cuestor Cayo Casio Longino el mayor detractor de Craso. La primera discrepancia entre los oficiales y Craso tuvo lugar a raíz de la estrategia del general romano. Los oficiales consideraban que se estaba equivocando y que estaba planificando mal la campaña. Sin embargo, en ningún momento se mostraron violentos ni intentaron incitar a las tropas a la rebelión, sino que, por el contrario, agotaron la vía diplomática e intentaron persuadir a su comandante de que reconsiderara su estrategia. Al respecto, sabemos que se reunieron con Craso en, al menos, tres ocasiones: durante su estancia en Sira y, por tanto, antes de empezar la expedición, cuando le plantearon que cambiara por completo su estrategia²²¹⁰; al inicio de la campaña, cuando le rogaron que reuniera más información del enemigo antes de seguir avanzando y que tomase una ruta más segura, que garantizara el transporte de víveres y, por consiguiente, el abastecimiento del ejército²²¹¹; y antes de la batalla de Carras, cuando sus oficiales le instaron a que acampara cerca de un arroyo, hiciera noche allí y que, después de haberse informado debidamente del número de enemigos, marchara contra ellos²²¹². Nada surtió efecto, y Craso, bien por ambición, bien por exceso de confianza, siguió su instinto a pesar de las súplicas de sus oficiales. Es con la derrota de Carras cuando apreciamos un punto de inflexión. De acuerdo con Plutarco, Cayo Casio Longino y el legado Octavio trataron de levantar el ánimo de Craso, pero, al verlo roto por el dolor y totalmente abatido, decidieron convocar a los centuriones y jefes de cohorte y deliberar acerca de cuál debería ser el siguiente paso²²¹³. Es decir, ante la incapacidad de Craso de reaccionar y reconducir la campaña, fueron los oficiales quienes asumieron el control de la situación y tomaron la dirección del ejército. Aunque no se aprecia en el texto de Plutarco que su maniobra fuera malintencionada y que buscaran suplantar la autoridad de su general, del cual, no obstante, no se habían fiado en ningún momento, si leemos a Dion Casio nuestro punto de vista cambia radicalmente. Conforme a este autor, «en Carras [Cayo Casio Longino] había sido proclamado comandante supremo, título que le dieron los soldados mismos por aversión a Craso y al que además había asentido el mismo Craso movido por la magnitud del desastre»²²¹⁴. Es decir, fueron los soldados los que, según Dion Casio, dieron el primer paso y desplazaron a su general²²¹⁵. Desconocemos cómo se gestó este súbito cambio de mando, pero creemos que los centuriones y tribunos militares pudieron ser la clave. Al respecto, consideramos que esos mismos hombres sobre los que se habían apoyado Cayo Casio Longino y Octavio para, de acuerdo con Plutarco, hacerse con las riendas del ejército en lo que Craso se reponía de la pérdida de su hijo y de la debacle de Carras, pudieron hacer de nexo entre soldados y oficiales. No

²²⁰⁹ D.C. 40.24.3. Cf. Fields, 2008: 70.

²²¹⁰ Plu. *Crass.* 18.4.

²²¹¹ Plu. *Crass.* 20.4.

²²¹² Plu. *Crass.* 23.6-7.

²²¹³ Plu. *Crass.* 27.7. Cf. Sage, 2018: 256.

²²¹⁴ D.C. 40.28.2.

²²¹⁵ Según Plutarco (*Crass.* 27.4-6), los soldados se lamentaban de su suerte y consideraban a Craso responsable de todas sus desgracias. Cf. D.C. 40.26.2; 27.1.

obstante lo anterior, parece que “el cambio de mando” fue temporal y que, además, duró poco, retomando el control del ejército Craso poco después. Sobre el particular, desconocemos qué pasó entre la decisión de Cayo Casio Longino y Octavio de hacerse con la dirección del ejército y la recuperación del mismo por parte de Craso, pero creemos que el traspaso de poder fue incruento, ya que ninguna fuente habla de violencia ni del amotinamiento de las tropas. Sin embargo, esta situación de inestabilidad pudo servir de pretexto para que algunos miembros del ejército, como Egnatio, aprovecharan la oportunidad para abandonar la campaña²²¹⁶. Asimismo, creemos que este fue también el contexto en el que Cayo Casio Longino decidió huir a Siria²²¹⁷. Por último, tuvo lugar el levantamiento de las tropas. Hartos de huir, cansados y desmoralizados por la larga marcha, la reciente derrota y las últimas deserciones, las tropas presionaron y amenazaron a Craso para que llegara a un acuerdo favorable con los partos. Su motín no guarda relación con ninguna de las acciones antes descritas y su actuación fue impulsiva y fruto de la desesperación en la que se encontraban²²¹⁸.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Como consecuencia del pánico que los prodigios despertaron entre la soldadesca romana y de las primeras dificultades de la campaña, Craso reunió a sus hombres en una *contio* con el propósito de tranquilizar y animar a sus hombres²²¹⁹. A continuación, como sus palabras en lugar de calmarlos les provocó todavía mayor nerviosismo, repartió dinero entre las tropas y prometió a los soldados futuras distinciones²²²⁰. Aunque nada de eso surtió efecto y el ejército continuó abatido, nadie abandonó por el momento al general²²²¹. El segundo intento de contención tuvo lugar en medio de la batalla de Carras. A tal efecto, Craso arengó a sus hombres y los intentó animar sin éxito²²²². Finalmente, la última intervención tuvo lugar poco antes de su muerte, cuando intentó, de nuevo sin éxito, calmar el descontento de sus hombres y evitar que le forzaran a verse con los partos²²²³. El hecho de que Craso no contara con el apoyo de sus oficiales, los cuales, o bien le fueron abiertamente hostiles, o bien permanecieron neutrales, ayudó a que todos sus intentos por contener y sosegar a sus hombres fracasaran.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Mientras que las defecciones de Egnatio y Cayo Casio Longino fueron exitosas, pues ambos lograron salvar tanto sus vidas como las de

²²¹⁶ Plu. *Crass.* 27.8-9.

²²¹⁷ No obstante, existe una diferencia reveladora entre ambas defecciones. A diferencia de Egnatio, del que ya no se vuelve a saber nada de él, Cayo Casio Longino abandonó a Craso porque consideraba que, una vez más, se estaba equivocando de estrategia y porque creía que en Siria podría defender mejor los intereses de Roma (Plu. *Crass.* 29.2-4, 6). Asimismo, huelga decir que Egnatio actuó libre e independientemente del resto de oficiales romanos y que su sedición no tuvo conexión con la de Casio (Plu. *Crass.* 27.8-9).

²²¹⁸ Plu. *Crass.* 30.4-5.

²²¹⁹ D.C. 40.19.1-2. Cf. Chrissanthos, 2004: 361.

²²²⁰ D.C. 40.19.3.

²²²¹ De acuerdo con Dion Casio (40.19.3-4), «los soldados [...] cayeron en la mayor desazón, de suerte que ya no prestaron atención alguna a nada [...] de lo que Craso aducía para exhortarlos. Pero incluso así le siguieron y nadie le replicó ni se le opuso, quizás por obediencia a la ley, pero también porque ya estaban atemorizados y no tenían capacidad para decidir ni emprender nada que les fuese a salvar».

²²²² Plu. *Crass.* 26.6-9; 27.1.

²²²³ Plu. *Crass.* 30.4-5.

sus hombres, el motín de las tropas fue un rotundo fracaso al precipitar la muerte de Craso y las suyas propias.

CONSECUENCIAS: La presión de los soldados acabó con la muerte de su comandante a manos de los partos²²²⁴ y con la destrucción del ejército romano²²²⁵. Igualmente, el final de Craso y de su ejército debilitó la posición de Roma en la región, supuso un duro golpe a las aspiraciones romanas de continuar su expansión en Oriente, animó a los partos a que atacaran Siria, y reavivó la guerra en las décadas siguientes²²²⁶. Finalmente, la muerte de Craso supuso el principio del fin de la estabilidad política en la capital. Cayo Julio César y Cneo Pompeyo Magno se disputaron el gobierno de la República, y una nueva guerra civil se cernió sobre Roma²²²⁷.

COMENTARIO: Por encima de todo, destacamos el elemento psicológico y cómo este último llegó a sugestionar y condicionar la actitud y el comportamiento de la soldadesca romana²²²⁸. A lo ya analizado con anterioridad, la crudeza de la batalla²²²⁹ y las penalidades de la huida²²³⁰, debemos subrayar los prodigios que rodearon a los *signa militaria*, en general, y al *aquila*, en particular²²³¹. A este respecto, que los principales símbolos de la legión se vieran afectados por signos de lo más desfavorables pudo contribuir, por un lado, a que el miedo y el desánimo se apoderaran del espíritu combativo de los soldados y, por el otro, a que las tropas albergaran la certeza de que la campaña estaba maldita y que, por tanto, los dioses los habían abandonado²²³².

²²²⁴ A pesar del fatal desenlace, los soldados en ningún momento desearon la muerte de su general y mucho menos tenían la intención de venderlo al enemigo. Cf. Cic. *Div.* 2.22; Liv. 106; Plu. *Crass.* 31.2; Flor. *Epit.* 1.46.2, 9, 11; D.C. 40.27.2; Eutr. 6.18.1; Oros. 6.13.3-4; Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70; Coulston, 2013: 26; Sage, 2018: 257; Brice, 2014: 112, 133, 202; 2020d: 257.

²²²⁵ La mayoría de los soldados murieron o fueron hechos prisioneros, algunos se entregaron al enemigo, y sólo unos pocos lograron escapar con vida. Cf. Cic. *Div.* 2.22; Plu. *Crass.* 31.2; Flor. *Epit.* 1.46.10; D.C. 40.27.3; Warry, 1995: 157; Fields, 2008: 70; Coulston, 2013: 26; Sage, 2018: 257; Brice, 2014: 112.

²²²⁶ D.C. 40.28-29. Cf. Warry, 1995: 157.

²²²⁷ Cf. Fields, 2008: 70; Sage, 2018: 257; Brice, 2014: 112, 202.

²²²⁸ De acuerdo con Valerio Máximo (1.6.11), «los soldados, tristes y en silencio se reunieron en el frente; quienes según costumbre inveterada deberían correr al salto con gran griterío, comenzaron el combate tristes y en silencio».

²²²⁹ «Caían heridos [los soldados romanos] unos sobre otros y morían; pero no con una muerte rápida ni fácil, sino soportando espasmos y dolores, porque al rodar sobre las flechas, estas se rompían dentro de las heridas, y cuando ellos trataban de arrancar por la fuerza las puntas curvadas que habían atravesado las venas y los músculos, se desgarraban y torturaban a sí mismos. Muchos murieron de esta forma. Además, los que sobrevivían eran incapaces de luchar [...], mostraban sus manos pegadas a los escudos y los pies clavados al suelo, atravesados de parte a parte, de tal modo que eran incapaces tanto de huir como de defenderse» (Plu. *Crass.* 25.5).

²²³⁰ Plu. *Crass.* 27.7-8.

²²³¹ Conforme a Dion Casio (40.18.1-4), «la llamada “águila” [...] no consintió entonces en atravesar el Éufrates junto a Craso, sino que se hincó en la tierra como si hubiera echado raíces, hasta que muchos juntaron fuerzas alrededor y la sacaron. Si bien obligada aquella lo siguió, pero una de las grandes insignias, de las que se asemejan a una vela que porta letras en púrpura para indicar la legión y el comandante al cargo, cayó desde el puente al río boca abajo. Esta caída fue obra del viento, que soplaba con violencia; entonces Craso ordenó recortar las restantes insignias del mismo tamaño, a fin de reducirlas y poder así trasportarlas con más seguridad, pero con ello acrecentó los prodigios. Pues en el momento mismo de cruzar el río envolvió a los soldados tal niebla que caían unos sobre otros y no divisaban un solo punto de la tierra enemiga hasta poner pie en ella». Cf. V. Max. 1.6.11; Plu. *Crass.* 19.5; 23.1; Flor. *Epit.* 1.46.4; Keaveney, 2007: 12; D’Amato y Dennis, 2018: 5, 13-14.

²²³² V. Max. 1.6.11.

3.15. Guerra civil entre César y Pompeyo

«Y a todos les sobrevino el temor de que [...] César y Pompeyo entraran en litigio entre ellos de inmediato con sus grandes ejércitos, tanto más cuanto que el gobierno hacía ya mucho tiempo que se hallaba en un estado de desorden y de difícil control. Las magistraturas se establecían por medio de la lucha civil o el soborno y con afán deshonesto, e incluso con piedras y espadas. Y la corrupción y venalidad, sobre todo entonces, se habían impuesto de la forma más desvergonzada, y el mismo pueblo acudía sobornado a las elecciones»²²³³.

Durante la década previa al inicio de la segunda guerra civil, nos encontramos con un escenario muy similar al vivido a comienzos de siglo. «Todas las magistraturas se veían envueltas en abundantes luchas de partidos y conspiraciones»²²³⁴; unos y otros promovían disturbios y enfrentamientos²²³⁵; «los asesinatos se producían prácticamente a diario y las elecciones, pese al interés que despertaban las magistraturas y a que para conseguirlas se recurriese al soborno y a la muerte, no alcanzaban a realizarse»²²³⁶. En pocas palabras, «cuantos perturbaron el Estado con hermosos conceptos, los unos como defendiendo los derechos del pueblo, los otros, para robustecer al máximo la autoridad del Senado, cada cual peleaba por su propio poder, fingiendo el bien público»²²³⁷.

Ante esta tesitura, Cayo Julio César y Cneo Pompeyo Magno, quienes «habían cobrado una dimensión que superaba las previsiones constitucionales»²²³⁸, se esforzaron por atraerse a todos los apoyos políticos, militares y populares que pudieron²²³⁹. De este modo, bien por medio de la presión, bien por medio del soborno²²⁴⁰, uno y otro contendiente se apoyó en soldados, veteranos y renganchados para medrar en la política romana; ganar influencia entre el Senado y la plebe; y, o bien retener su mando militar, en el caso de César²²⁴¹, o bien consolidar su posición de preeminencia, en el caso de Pompeyo²²⁴².

²²³³ App. BC 2.19. Cf. Plu. Caes. 21.4.

²²³⁴ D.C. 36.38.2.

²²³⁵ D.C. 39.6-8, 21.3.

²²³⁶ D.C.40.48.1. Cf. D.C. 36.39.1, 40.3, 62.1; 40.45-46, 48.3, 49.2, 50.1.

²²³⁷ Sal. Cat. 38.3.

²²³⁸ D.C. 40.58.1.

²²³⁹ Plu. Caes. 28.4.

²²⁴⁰ De acuerdo con Plutarco (Pomp. 58.1), César, que, en 50 a. C., permanecía no muy lejos de Italia, «mandaba continuamente a sus soldados a la ciudad para que votaran en las elecciones y a base de dinero se ganó a muchos ciudadanos y corrompió a los magistrados». Para otras referencias análogas, vid. Plu. Caes. 29.7; Pomp. 58.3.

²²⁴¹ Aunque, en 50 a. C., César debía abandonar la Galia y regresar a Roma, habida cuenta de que su mandato había concluido, la guerra había finalizado y «ningún motivo lo autorizaba a seguir con el ejército en vez de volver a la vida privada», escogió no licenciar a sus soldados, debido a que temía verse a merced de Pompeyo y del resto de sus adversarios políticos si despedía a sus tropas y quedaba como un simple *privatus* (D.C. 40.44.1-3, 60.1). Para más información sobre el debate en el Senado en torno a la conclusión del mando de César, vid. App. BC 2.26-33; Plu. Caes. 29.1, 4; 30-31; Pomp. 56, 58.4-10, 59.3-6; Ant. 5.5-10; Flor. Epit. 2.13.15-17; Sert. Jul. 26.1-2, 28.2-3, 29-30; Eutr. 6.19.2.

²²⁴² En enero del 49 a. C., «se reengancharon por doquier muchos soldados de los antiguos ejércitos de Pompeyo, con la esperanza de conseguir premios y ascensos; fueron llamados muchos de las dos legiones que fueron entregadas por César [cf. App. BC 2.29]. La ciudad, la rampa del Capitolio y el comicio se llenaron de tribunos, de centuriones, de reenganchados. Todos los amigos de los cónsules, los familiares de Pompeyo y todos los que tenían arraigada enemistad contra César se reunieron en el Senado; con su

Parecía que no hubiera límites, que todo fuera lícito y que nada fuera lo suficiente con tal de captar el mayor número de apoyos y, al mismo tiempo, despojar al contrario de los suyos propios. Ante tales circunstancias, toda ocasión se explotaba y toda información se aprovechaba si se podía obtener una ventaja sobre el rival. A este respecto, debemos situarnos justo antes del comienzo de las hostilidades, entre finales del 50 y comienzos del 49 a. C., cuando los rumores sobre la falta de unidad del ejército de César y del deseo de sus tropas de prescindir de su comandante le llegaron a Pompeyo.

Tras la reciente resolución del Senado de privar a César de su ejército e *imperium*, Pompeyo actuó para que se designase el sucesor de César y para que este devolviera los soldados bajo su mando. En particular, nos referimos a las dos legiones de las que tuvo que prescindir César en virtud del decreto del Senado por el que se ordenaba que aquel y Pompeyo enviaran cada uno una legión de soldados a Siria con la finalidad de asegurar la provincia tras la debacle de Carras²²⁴³. César obedeció y, tras gratificar a cada hombre con doscientas cincuenta dracmas, envió a las dos legiones de regreso a Italia²²⁴⁴. Es entonces, a la vuelta de los oficiales enviados por Pompeyo a César para hacerse cargo de sus tropas, cuando los rumores se extendieron. Tanto Plutarco como Apiano coinciden en apuntar que fueron estos agentes los encargados de sembrar entre la plebe «rumores malévolos y falsos acerca de César»²²⁴⁵ y de propalar «muchas noticias capciosas contra este»²²⁴⁶, de tal modo que «consiguieron corromper al propio Pompeyo con vanas esperanzas»²²⁴⁷, haciéndole creer que el ejército cesariano ansiaba tenerlo por jefe y que, «exhausto por el tiempo de milicia y el esfuerzo, y nostálgico de sus hogares, se pasaría a él»²²⁴⁸, puesto que «el ejército de allí [de la Galia] estaba a su completa disposición y bastaba con que cruzasen a Italia para ponerse inmediatamente de su lado, hasta tal punto César se les había hecho insoportable con sus innumerables campañas y el miedo a la monarquía lo convertía en blanco de las sospechas»²²⁴⁹.

Si bien Cicerón nos dice que Pompeyo nunca se llegó a fiar de los antiguos cesarianos²²⁵⁰, lo cierto es que, si tenemos en cuenta el testimonio de Plutarco y Apiano, se creyó todos los rumores y, como resultado de su orgullo, «no reunió ningún ejército ni hizo preparativo alguno»²²⁵¹. En lugar de promover el cambio de bando y la adhesión de las tropas cesarianas a la causa pompeyana, ocurrió todo lo contrario, Pompeyo se

aglomeración y gritos se atemorizaron los débiles, se animaron los indecisos y se privaron a muchos de la facultad de decidir libremente» (Caes. Civ. 1.3.2-5).

²²⁴³ Como para hacer frente a la petición del Senado Pompeyo reclamó la legión que, recientemente, había prestado a César para su lucha en la Galia (la *legio I*), este se vio obligado a renunciar a dos legiones, a la prestada por Pompeyo y a una de las suyas, en concreto, la XV, con base en Rávena (Plu. Caes. 29.4; App. BC 2.29; Rodríguez, 2015-2016: 29).

²²⁴⁴ Plu. Caes. 29.4; App. BC 2.29.

²²⁴⁵ Plu. Caes. 29.5.

²²⁴⁶ App. BC 2.30.

²²⁴⁷ Plu. Caes. 29.5.

²²⁴⁸ App. BC 2.30.

²²⁴⁹ Plu. Caes. 29.5. Cf. Caes. Civ. 1.6.2; Plu. Pomp. 57.7.

²²⁵⁰ Cit. Att. 1.149.1; 2.162A.2; 2.162C.2, 4; 2.162D.1.

²²⁵¹ App. BC 2.30. Cf. Plu. Caes. 29.6.

confió en exceso, despreció a las fuerzas de su rival y no se preparó para la inminente guerra²²⁵².

Desconocemos la razón por la cual los enviados de Pompeyo se forjaron esta idea sobre los hombres de César. Una primera hipótesis es que los pompeyanos estuvieran mal informados y que, como consecuencia de su error, se hicieran una idea equivocada del estado de ánimo de las tropas cesarianas; y, una segunda opción, más plausible desde nuestro punto de vista, es que fueran sobornados por el propio César con la intención de hacer creer a Pompeyo que había problemas en el ejército cesariano, que sus soldados eran proclives al cambio de bando, y que, por lo tanto, podría hacerse fácilmente con su voluntad. En tal caso, sería una maniobra de distracción, gracias a la cual César tomaría ventaja en la guerra.

Sin embargo, y aunque para Apiano la lealtad de los cesarianos era incuestionable²²⁵³, en realidad los rumores sobre el estado anímico de los hombres de César son de todo menos inverosímiles, más aún cuando coinciden con parte de los problemas que vimos en los incidentes analizados durante la guerra de las Galias y, sobre todo, con las quejas y las reivindicaciones que mantuvieron las legiones de César durante toda la guerra civil²²⁵⁴. En nuestra opinión, creemos que las críticas que recogieron los pompeyanos fueron, en su mayoría, ciertas, y que, al menos una parte de las tropas cesarianas, pudieron estar molestas, ya no tanto con César, quien había demostrado ser un general excepcional tanto en lo militar como en lo personal, imponiéndose a enemigos numéricamente muy superiores y recompensando generosamente a sus hombres, sino con la guerra y con la duración de la campaña.

Este descontento lo intentaron explotar sin mucho éxito los agentes pompeyanos, difundiendo y exagerando los problemas del ejército cesariano, sin embargo, en lugar de incentivar el cambio de bando, consiguieron todo lo contrario, que Pompeyo se confiara y descuidara los preparativos bélicos.

No obstante lo anterior, que el bando pompeyano no saliera beneficiado de los rumores y que las tropas de César no acabaran desertando no significa que los problemas terminaran allí y que una parte del ejército no siguiera descontento. César, que desde que tomó el control de las legiones, en 58 a. C., se esforzó por ganarse el favor de sus hombres y congraciarse con ellos, sabía lo importante que era contar con el respaldo de su ejército y que no hubiera fisuras entre sus filas, máxime si tenía que enfrentarse a Pompeyo. En este contexto, la famosa arenga que César pronunció ante la *legio XIII* antes de cruzar el Rubicón cobra un nuevo significado.

Además de servir de pretexto para justificar y legitimar sus derechos, así como su concurso en la guerra, con su exhortación César buscó consolidar la fidelidad de sus hombres; desterrar todas las dudas, desconfianzas y rencores que pudiera haber; y, en

²²⁵² Plu. *Caes.* 29.6; *Pomp.* 57.8; App. *BC* 2.30.

²²⁵³ «La realidad era que cada hombre estaba ligado a César con todas sus fuerzas por su celo en el trabajo, a causa del hábito de la milicia y de las ganancias que la guerra procura a los vencedores y de aquellas que recibía de César: pues este las daba con prodigalidad, tratando de tenerlos adictos a sus planes» (App. *BC* 2.30).

²²⁵⁴ Respecto a esto último, *vid. infra* las insurrecciones que sufrió César en *Placentia* y *Campania*, en 49 y 47 a. C., respectivamente.

última instancia, confirmar el control de su ejército²²⁵⁵. Para tal fin, César intervino ante las tropas de una manera muy similar a la que hiciera Lucio Cornelio Cinna cuando, en 87 a. C., se hizo con el favor del ejército del propretor Apio Claudio Pulcro²²⁵⁶. Calentó el ánimo de los soldados, diciéndoles que, «después de haber realizado gestas tan importantes, eran tenidos por enemigos»²²⁵⁷, y, seguidamente, «excitó sus ánimos, diciéndoles cuanto la ocasión requería»²²⁵⁸. Igualmente, apeló y se sirvió del juramento militar, como principal elemento de cohesión entre sus tropas y él²²⁵⁹, y, finalmente, «invocó la lealtad de sus soldados llorando y desgarrándose las vestiduras sobre el pecho»²²⁶⁰.

Con su puesta en escena, César consiguió —al menos durante un tiempo— reforzar su vínculo para con sus hombres y evitar cualquier tentativa de sedición. Sin embargo, sirva este ejemplo de preámbulo de lo que veremos a continuación y, ante todo, de anticipo de todos los problemas que cesarianos y pompeyanos encontraron para mantener la confianza de sus ejércitos y para evitar que el comandante rival aprovechara cualquier indicio de debilidad para ganarse la lealtad de sus tropas.

3.15.1. *Corfinium*²²⁶¹, Italia, mediados de febrero del 49 a. C.

«Los soldados que estaban en Corfinio se amotinaron al atardecer y por boca de los tribunos, centuriones y soldados más distinguidos hablan de este modo: que estaban cercados por César, que las obras de fortificación estaban casi terminadas, que su jefe [Lucio] Domicio [Ahenobarbo], en quien tenían puesta su esperanza y confianza, traicionando a todos, tenía el propósito de huir, también ellos debían pensar en salvarse»²²⁶².

SITUACIÓN PREVIA: En el primer mes de guerra, César se hizo sin problemas con todos los municipios que encontró a su paso en su camino hacia Roma. Iguvium²²⁶³, Áuximo²²⁶⁴, Ásculo Piceno²²⁶⁵ y Firmo²²⁶⁶, junto con la mayoría de sus guarniciones, las cuales, o bien abandonaron a sus líderes pompeyanos y se pasaron al lado de César, o bien regresaron a sus hogares, se pasaron al bando cesariano²²⁶⁷. A mediados de

²²⁵⁵ Así, primero relató las injurias que había sufrido de manos de sus enemigos, en especial de Pompeyo; después, denunció cómo los tribunos de la plebe habían sido silenciados, perseguidos y expulsados de Roma, así como el uso indiscriminado de la fórmula del *senatus consultum ultimum* por parte del Senado; y, por último, se esforzó por atraerse la fidelidad de sus hombres y la promesa de que defenderían tanto la dignidad de su persona como la de los tribunos de la plebe, en honor a sus años de servicio y de las victorias que habían conseguido en la Galia y en Germania gracias a su liderazgo (Caes. Civ. 1.7; Plu. Caes. 31.2-3; Ant. 5.9-10, 6.2; Suet. Jul. 30.1-4, 31.1, 33; Eutr. 6.19.2; Oros. 6.15.3).

²²⁵⁶ Vid. *supra*.

²²⁵⁷ App. BC 2.33.

²²⁵⁸ D.C. 41.1-2.

²²⁵⁹ App. BC 2.140.

²²⁶⁰ Suet. Jul. 33.

²²⁶¹ Actual región de los Abruzzos (centro de Italia).

²²⁶² Caes. Civ. 1.20.1-2.

²²⁶³ Actual Gubbio, al nordeste de Perugia (región de Umbría, centro de Italia).

²²⁶⁴ Actual Osimo, al sureste de Ancona (región de Las Marcas, centro de Italia).

²²⁶⁵ Actual Ascoli Piceno (región de Las Marcas).

²²⁶⁶ Actual Fermo (al norte de Ascoli).

²²⁶⁷ Caes. Civ. 1.12.2; 13.4; 15.3; 16.1.

febrero, César llegó a *Corfinium*, lugar en el que se encontraba el procónsul Lucio Domicio Ahenobarbo al frente de treinta y nueve cohortes²²⁶⁸.

CAUSAS: Las principales razones detrás de la defección del ejército de Domicio fueron de naturaleza militar y psicológica. El imparable avance de César, la incapacidad del bando pompeyano de hacerle frente y el hecho de que la ciudad se encontrara bajo asedio generaron las dudas y la desconfianza entre los soldados de Domicio, máxime cuando ni estaban seguros de contar con el respaldo de su comandante, a quien se le acusó de querer abandonar la ciudad²²⁶⁹ —e, incluso de intentar suicidarse²²⁷⁰—, ni tenían la certeza de que Pompeyo los fuera ayudar, más aún cuando se filtró su intención de dejar Italia²²⁷¹. Esta situación provocó el miedo entre los pompeyanos²²⁷², los cuales, además, ni querían enfrentarse a César ni querían medirse a su ejército de soldados veteranos²²⁷³, y menos aún bajo el mando de un general del que no se fiaban.

²²⁶⁸ Si sumamos las diecinueve cohortes de Vibulio Rufo (Caes. *Civ.* 1.15.5) y las veinte cohortes reclutadas por Domicio entre albanos, marsos y pelignos, entre otras áreas (Caes. *Civ.* 1.15.7). Cf. De Blois, 2007: 167, para quien la mayoría de los hombres de Lucio Domicio Ahenobarbo fueron reclutados por medio de levas de emergencia constituidas por soldados sin experiencia.

²²⁶⁹ Caes. *Civ.* 1.19.2-3; 20.2, 4.

²²⁷⁰ Según Plutarco (Caes. 34.6), «desesperando de sus posibilidades, pidió a su médico que le diera un veneno, y tomando lo que aquel le daba se lo bebió, dispuesto a morir». Finalmente, resultó ser sólo un somnífero (Plu. Caes. 34.7).

²²⁷¹ A pesar de que, finalmente, la estrategia de Cneo Pompeyo Magno pasó por abandonar Italia (Caes. *Civ.* 1.19.4; Cic. *Att.* 1.155.1-2; 1.156.4; 2.162C.2; App. *BC* 2.38; D.C. 41.10.3), en un principio su plan fue reunir a todas las fuerzas pompeyanas con el objetivo de congregarse a un número suficiente de tropas con las que hacer frente al ejército cesariano (Cit. *Att.* 2.162A.1, 4; 2.162B.2; 2.162C.2, 3; D.C. 41.11.1). No obstante, la decisión de Domicio de hacer frente a César en *Corfinium*, y su posterior derrota, precipitaron los acontecimientos y, ante la falta de efectivos con los que combatir a César, la marcha de Italia se convirtió en su primera opción. Igualmente, a la pérdida del ejército de Domicio, le debemos sumar los problemas de reclutamiento que tuvo Pompeyo (Cit. *Att.* 2.162D.2) y la desconfianza hacia las antiguas legiones cesarianas que tenía bajo su mando (Cit. *Att.* 1.149.1; 2.162A.2; 2.162C.2, 4; 2.162D.1). La suma de estos factores hicieron que Pompeyo no se viera con fuerzas suficientes ni con la necesaria confianza como para enfrentarse a César en campo abierto (Cit. *Att.* 2.162C.3; 2.162D.1).

²²⁷² «Algunos estaban tan atemorizados que se sentían impulsados a atentar contra su propia vida» (Caes. *Civ.* 22.6).

²²⁷³ En 50 a. C., justo antes de comenzar su enfrentamiento contra Pompeyo, César tenía bajo su mando a un total de diez legiones (Caes. *Gal.* 8.54; *B.Afr.* 1; Suet. *Jul.* 24). Estas legiones incluían las seis que César tenía, en 58 a. C. (*VII*, *VIII*, *VIII*, *X*, *XI*, *XII* [Caes. *Gal.* 1.52]). De las cuales, las legiones *VII*, *VIII*, *VIII* (Caes. *Gal.* 8.8) y *X* (Caes. *Gal.* 1.40) habían estado en la provincia antes de que él llegara; y las legiones *XI* (Caes. *Gal.* 2.23; 8.8) y *XII* (Caes. *Gal.* 2.23) fueron reclutadas por César en la Galia Transalpina, en 58 a. C. (Caes. *Gal.* 1.7). En 57 a. C., César levantó dos legiones más en Italia, al norte del Po (Caes. *Gal.* 2.2; 5.24): la legión *XIII* (Caes. *Gal.* 7.51) y la legión *XIII*, que fue destruida en Aduatuca, en 54 a. C. (Caes. *Gal.* 5.24-27); y reclutó, en 55 a. C., otra legión más (Suet. *Jul.* 24), compuesta por provinciales galos de la Galia Transalpina: la *V Alaudae* (Caes. *B.Afr.* 1). En 53 a. C., César levantó dos legiones en el norte de Italia (Caes. *Gal.* 6.1), a las cuales llamó *XIII* (que reemplazó a la que fue destruida, en 54 a. C.) (Caes. *Gal.* 6.32) y *VI* (Caes. *Gal.* 8.4). Asimismo, recibió de Pompeyo la legión *I* (Caes. *Gal.* 6.1; 8.54), y, en 52 a. C., reclutó en la Galia Cisalpina a la legión *XV* (Caes. *Gal.* 7.1; 8.24). Sin embargo, en 50 a. C., tuvo que deshacerse de estas dos últimas legiones (*I*, *XV*), quedándose en vísperas de la guerra civil con un total de diez legiones de veteranos (Caes. *Gal.* 8.54; *B.Afr.* 1; Suet. *Jul.* 24). Una vez comenzada la guerra, en 49 a. C., César tomó tres legiones (*XIII* [Caes. *Civ.* 1.7], *XII* [Caes. *Civ.* 1.15] y *VIII* [Caes. *Civ.* 1.18]) y marchó sobre Italia. Estas legiones fueron con César hasta *Brundisium*, en su intento de detener la huida de Pompeyo a Grecia (Caes. *Civ.* 1.25), y fueron, finalmente, las que utilizó en *Corfinium* contra Lucio Domicio Ahenobarbo. Para una información más detallada, vid. Rodríguez, 2001: 185-186; 207-209; 230-233; 255-257; 270-272; 291-294; 306-308; 320-322; 331-333; 345-347.

OBJETIVOS: El principal interés de los soldados fue evitar el enfrentamiento con César y garantizar su seguridad personal.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín del ejército de Lucio Domicio Ahenobarbo. Las tropas se hicieron con el control de la situación y entregaron a su comandante a César. La insurrección fue pacífica y gozó de un elevado grado de organización²²⁷⁴.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Mientras que el principal aglutinante de las tropas fue el miedo y la desconfianza, quienes lideraron y organizaron el levantamiento del ejército fueron, esencialmente, los oficiales de Domicio. Una vez que se desvelaron las intenciones de Pompeyo y que su comandante amenazaba con abandonarlos, los soldados se reunieron en grupos dirigidos por «los tribunos, centuriones y soldados más distinguidos» y discutieron sobre su situación²²⁷⁵. Pese a que, en un principio, las tropas no mostraron unidad e, incluso, hubo disensión entre ellas²²⁷⁶, finalmente salvaron sus diferencias y se coordinaron para capturar a Domicio y entregárselo a César²²⁷⁷.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Aunque Domicio acabó perdiendo el favor de sus hombres, desde el primer momento manifestó resolución por controlar y contener la desazón de sus soldados, animándolos y arengándolos en la lucha contra César²²⁷⁸. Fruto de su actividad, preparó enérgicamente las defensas de la ciudad, convocó a sus hombres a una *contio* y les ofreció grandes recompensas de tierra de su propia hacienda²²⁷⁹. Asimismo, alentó a Pompeyo, pidiéndole ayuda y su intervención personal en el sitio de *Corfinium*²²⁸⁰. Pese a todo, acabó perdiendo la lealtad de su ejército y el control de la situación.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Gracias a su determinación, las tropas pompeyanas satisficieron todos sus objetivos. Evitaron enfrentarse a César y, en su lugar, fueron acogidos por este en su ejército²²⁸¹. Ningún soldado fue castigado ni por Domicio ni por César.

²²⁷⁴ Caes. Civ. 1.20. Para más información sobre lo sucedido en *Corfinium*, vid. Hammond, 1993: 120-125; Keppie, 1998: 75; Chrissanthos, 1999: 70-72; Keaveney, 2007: 43, 73, 74, 82, 83; Gueye, 2013a: 227-229, 231; Brice, 2020d: 254, 261-262.

²²⁷⁵ Caes. Civ. 1.20.1-2; D.C. 41.11.2.

²²⁷⁶ No todos los soldados de Domicio estuvieron de acuerdo con abandonar la lucha y a su general. Los marsos, al menos durante un tiempo, se atrincheraron en la zona mejor fortificada de la ciudad, con objeto de mantener su defensa. Su actitud provocó tal disensión que «a punto estuvieron de llegar a las manos y acudir a las armas» (Caes. Civ. 1.20.3).

²²⁷⁷ «Así pues, todos de común acuerdo, sacan a Domicio, le rodean y custodian, y de ente ellos mismos envían legados a César y le dicen que están dispuestos a abrir las puertas, a cumplir sus órdenes y a entregarle vivo a Domicio» (Caes. Civ. 1.20.5). Cf. D.C. 41.11.2.

²²⁷⁸ Caes. Civ. 1.17.3; 19.1.

²²⁷⁹ De acuerdo con César (Civ. 1.17.3), Domicio reunió a los soldados y les prometió «tierras de sus propiedades, quince yugadas a cada uno y en proporción a los centuriones y reenganchados». Cf. D.C. 41.11.1-2.

²²⁸⁰ Caes. Civ. 1.17.1-2.

²²⁸¹ Sabemos que estas tropas fueron enviadas al norte de África al mando de Cayo Escríbonio Curión, propretor de César, pero que, sin embargo, fueron derrotadas y Curión asesinado. Al respecto, desconocemos el papel que desempeñaron dichas tropas, si ayudaron al fracaso de la expedición, y si se volvieron a pasar de bando tras la derrota. Para más información, vid. *infra* la insurrección que sufrió Curión en agosto del 49 a. C.

CONSECUENCIAS: La primera consecuencia que podemos identificar es la pérdida de territorios y hombres a favor de César²²⁸², y el desprestigio que sufrió Pompeyo por abandonar a sus fuerzas. Por otra parte, la indulgencia con la que César trató a Domicio y a sus hombres le permitió, por un lado, distanciarse de la *crudelitas* que, tradicionalmente, se le reconocía al bando oligárquico del Senado —representado, primero, por Sila y, ahora, por Pompeyo—, y, por el otro, establecer los principios de lo que más tarde se conocería por *clementia Caesaris*, base de la política de consenso de César y uno de los pilares fundamentales de su ideología del poder.

COMENTARIO: La presencia de soldados reenganchados en el ejército de Lucio Domicio Ahenobarbo²²⁸³, nos sugiere la posibilidad de que, tal vez, parte de sus hombres pudieron haber sido incorporados a su ejército por medio de una *euocatio*, y no mediante un *dilectus*²²⁸⁴. Esta circunstancia, algo habitual, por otra parte, al final de la República, tal y como vimos en el primer capítulo²²⁸⁵, puede revestir cierta importancia si, de acuerdo con Rivero (2006: 99-100), aceptamos el supuesto de que, a diferencia de los soldados reclutados mediante el *dilectus* tradicional, los *euocati* no servían bajo el *sacramentum militiae*²²⁸⁶. Y es que, si este colectivo no tenía la necesidad de prestar ningún tipo de juramento militar, no nos serviría, en principio, la relación de la que hablamos al comienzo del presente capítulo cuando explicamos en qué nos debíamos fijar a la hora de determinar lo qué considerábamos indisciplina militar²²⁸⁷. Si, tradicionalmente, todo acto de indisciplina suponía la violación del *sacramentum militiae*, en este caso, al no tener la obligación de prestar dicho juramento, esta asociación no nos serviría para identificar cuándo un *euocati* habría cometido un acto contrario a la disciplina militar. Así las cosas, los actos de insurrección protagonizados por este grupo de soldados deberían ser valorados en otros términos. En este sentido, creemos que, aunque no sirvieran, como tal, bajo la fórmula del *sacramentum militiae*, tuvieron que comprometerse de algún modo con el *imperator* bajo cuyo mando iban a luchar —¿tal vez mediante *iusiruumdum*?—, de tal forma que, independientemente de si su vínculo se establecía o no mediante juramento, tenían la obligación de, al igual que

²²⁸² Caes. Civ. 1.21.1; Vell. 2.50.1; Plu. Caes. 35.1; Oros. 6.15.4.

²²⁸³ Caes. Civ. 1.17.3.

²²⁸⁴ Para más información sobre el *dilectus*, vid. *supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 2.1. El ejército cívico romano: la idealización del ciudadano-romano.

²²⁸⁵ Sobre la *euocatio*, vid. *supra*, en el Capítulo I – El ejército romano tardorrepblicano: una aproximación, el apartado 3.2. ¿Un ejército permanente, homogéneo y uniformado?: la “profesionalización” del ejército romano.

²²⁸⁶ «La *euocatio* consiste en el alistamiento de tropas compuestas generalmente por veteranos ya licenciados, que tiene lugar fuera de Roma y con un objetivo preciso. Estas tropas no son necesariamente reclutadas por el *imperator*, ni tienen el estatus religioso del *exercitus imperatus*, ni siguen al general hasta su licenciamiento al regresar a Roma: son particulares voluntarios que se alistan para ayudar en una campaña bien por amistad con el *imperator* o motivados por una recompensa económica. No se trata de mercenarios, puesto que son ciudadanos romanos, pero tampoco son realmente *milites* [...]. Fueron un elemento fundamental en los ejércitos de las guerras civiles del final de la República tanto en el bando pompeyano como en el cesariano. Sin embargo, al no haber sido incluidos en el ejército mediante el llamamiento sagrado del *imperator* y no haberse unido a él mediante el *sacramentum* militar, no contaban con el valor religioso de los verdaderos *milites* y no podían ser considerados como tales».

²²⁸⁷ Vid. *supra*, en este mismo capítulo, el apartado 2. *Seditio, tumultus, defectio*... ¿Qué entendemos por indisciplina militar? ¿A qué llamamos insurrección?, en donde se discute la relación entre ruptura de la disciplina militar y violación del *sacramentum militiae*.

todos los demás soldados, obedecer las órdenes de su general, acatar las normas del ejército y respetar los principios fundamentales de la *disciplina militaris*, lo que en la práctica significaba que ni podían abandonar el ejército sin la autorización expresa de su comandante ni mucho menos cometer traición y cambiarse al bando rival, tal y como hicieron las tropas de *Corfinium* cuando se pasaron al lado de César. En otro orden de ideas, destacamos la resolución que demostraron poseer los hombres de Domicio, los cuales supieron leer perfectamente su delicada situación y escoger la mejor opción para satisfacer sus intereses. En esta línea, debemos resaltar su capacidad de coordinación, no sólo a través de la jerarquía militar, sino, también, de los soldados de mayor prestigio, lo que nos hace pensar que, junto a tribunos y centuriones, hubo otros líderes detrás de la cohesión de la soldadesca. A tal efecto, es posible que los veteranos, como soldados «más distinguidos», tuvieran un papel activo en la revuelta. Por otro lado, como ya hiciera Lucio Cornelio Cinna cuando levantó a los hombres de Apio Claudio Pulcro, en 87 a. C., lo primero que hizo César fue administrar un nuevo *sacramentum militiae* con el que sellar el traspaso de unidades y reforzar el vínculo con sus nuevos soldados²²⁸⁸. Sin embargo, y a diferencia de lo que hiciera Cayo Escibonio Curión, en 75 a. C., con sus tropas rebeldes, o Pompeyo, en 66 a. C., con los soldados de Lucio Licinio Lúculo (en particular con los “fimbrianos”), César evitó disolver las cohortes de Domicio y/o repartir a sus hombres entre sus legiones. En cambio, prefirió mantener intacta la organización del ejército y poner al frente de cada unidad a un centurión de su confianza²²⁸⁹. Con este gesto César evitaba que las tropas de Domicio pudieran pervertir a las suyas si se mezclaban y, al mismo tiempo, las tenía bajo su control bajo la tutela de sus centuriones. Finalmente, el hecho de que nuestra principal fuente sea César, enemigo político y personal de Domicio, hace que el episodio esté viciado por la enemistad que hubo entre ambos personajes y que, por consiguiente, debamos tener precaución a la hora de realizar nuestro análisis, más aún cuando el futuro dictador se esforzó en desacreditar a su rival, reforzando la idea de que iba a traicionar a sus hombres y a abandonar la ciudad sin ellos²²⁹⁰.

3.15.2. Cerca de Ilerda²²⁹¹, Hispania Citerior, 26 y 28 de julio del 49 a. C.

«En el campamento de César los soldados hacían grupos en todas partes y se dolían de que el enemigo se les escapara de las manos y de que la guerra se prolongara sin necesidad; van al encuentro de los centuriones y tribunos militares y les suplican que informen a César de que no trate de evitarles trabajo ni peligro alguno; que estaban dispuestos, podían y tenían ánimo para pasar el río por donde lo había pasado la caballería»²²⁹².

²²⁸⁸ Caes. Civ. 1.23.5.

²²⁸⁹ Vell. 2.50.1.

²²⁹⁰ Caes. Civ. 1.19.2; 20.2, 4; 2.32.7-9. Cf. App. BC 2.38; D.C. 41.11.2.

²²⁹¹ Para el primer incidente (26 de julio de 49 a. C.), probablemente, en las colinas del Malpás, y, para el segundo incidente (28 de julio de 49 a. C.), en la llanura que se extiende al sudoeste de Maials. Para ambos casos, cerca de la actual Lérida (Cataluña, nordeste de España).

²²⁹² Caes. Civ. 1.64.2.

SITUACIÓN PREVIA: Con Pompeyo fuera de Italia y con la península itálica bajo control político y militar, César decidió llevar la guerra a Hispania y combatir a las fuerzas pompeyanas allí reunidas, las cuales, bajo el mando de los legados pompeyanos Lucio Afranio y Marco Petreyo, podían representar una seria amenaza si decidían marchar sobre Italia y/o coordinar un ataque conjunto con Pompeyo. En esta ocasión, fue César quien tuvo que lidiar con el malestar de su ejército.

CAUSAS: Advertimos tres posibles razones detrás del origen del descontento de los cesarianos: militares, psicológicas y económicas. A pesar de que la guerra acababa de comenzar y que tan sólo llevaban unos meses de campaña, la mayor parte de los efectivos de César eran tropas veteranas de su guerra de la Galia y, por lo tanto, soldados que sólo habían conocido la guerra en los últimos años²²⁹³. Cansados de la guerra, los cesarianos querían terminar cuanto antes con la campaña, enfrentarse directamente al enemigo y evitar que el conflicto se postergara más de lo necesario, de ahí que no entendieran que César retrasara el combate con Afranio y Petreyo y que prefiriera rendir al ejército pompeyano por el hambre, la sed y/o la falta de provisiones²²⁹⁴. Consideraban que esa estrategia, si bien reducía el número de bajas, alargaba en exceso la guerra y con ello su servicio militar²²⁹⁵. Por todo ello, las tropas estaban descontentas con la estrategia de su general, hartas de la guerra, y preocupadas por su bienestar económico, pues cuanto más tiempo se dilatará la campaña, más se retrasaría su licenciamiento y más tardarían en cobrar todas las recompensas prometidas²²⁹⁶.

OBJETIVOS: La principal reclamación de las tropas fue entrar en combate cuanto antes, pues creían que con ello concluirían la campaña en Hispania, y, por extensión, pondrían fin a la guerra y a su servicio, y podrían regresar a sus hogares y cobrar todas las promesas de César²²⁹⁷.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín del ejército cesariano. Los soldados presionaron a su comandante para que cambiara su estrategia y atacara directamente al enemigo²²⁹⁸. Aunque no podemos descartar que los soldados amenazaran a César en algún momento de la campaña, la insurrección fue relativamente pacífica y estuvo organizada.

²²⁹³ Respecto a la composición del ejército cesariano, «César había enviado a Hispania seis legiones, tropas auxiliares de infantería en número de seis mil, tres mil jinetes —estas tropas habían servido con él en todas las guerras anteriores— e igual número de jinetes procedentes de la Galia, que él había pacificado; hizo esta recluta escogiendo individualmente a los más nobles y valerosos de todas las ciudades; además, dos mil hombres del valiente pueblo de Aquitania y montañeses que limitan con la provincia de la Galia» (Caes. Civ. 1.39.2).

²²⁹⁴ Caes. Civ. 1.61.2; 72.1-3; 78.1.

²²⁹⁵ De acuerdo con el propio César (Civ. 1.64.2), «[los soldados] se dolían de que el enemigo se les escapara de las manos y de que la guerra se prolongara sin necesidad».

²²⁹⁶ Igualmente, los soldados podían presuponer que si el enemigo se rendía por el hambre y/o la sed el botín de guerra sería mucho menor, ya que, probablemente, César tendría una actitud de clemencia hacia ellos, como ya hiciera, por ejemplo, en *Corfinium*. De aquí su interés por el combate abierto, porque un enfrentamiento directo les daría la oportunidad de saquear el campamento pompeyano y de hacerse con las riquezas de sus rivales.

²²⁹⁷ Fron. Str. 2.1.11.

²²⁹⁸ Fron. Str. 2.1.11. Cf. Chrissanthos, 2004: 357, 361.

MECANISMOS DE COHESIÓN: En todo momento se aprecia un importante grado de organización por parte de los cesarianos. El 26 de julio, tras percibir que podían poner fin rápidamente a la campaña si lanzaban un ataque sobre el ejército de Afranio y Petreyo, el cual no hacía más que retirarse hacia la Celtiberia, las tropas se reunieron en grupos y, a través de sus centuriones y tribunos militares, suplicaron a César cruzar el río Segre y atacar a sus rivales²²⁹⁹. El 28 de julio, rodeado el ejército de Afranio y Petreyo por los hombres de César, soldados, legados, centuriones y tribunos militares pidieron a César que lanzara el ataque final²³⁰⁰. En esta ocasión, no sabemos si los soldados emplearon a sus oficiales como sus representantes e intermediarios, como ocurriera dos días antes, o si, motivados por la idea de una rápida victoria, se saltaron la cadena de mando y se dirigieron directamente a su general. En cualquier caso, el hecho de que César no aceptara su invitación de combate hizo que esta segunda intervención se desarrollara en un clima de mayor tensión que la vez anterior, lo que pudo dar lugar a amenazas y a un conato de insubordinación, como así se deduce de las conversaciones de la soldadesca romana, la cual parece que empezó a conspirar tras la negativa de su comandante²³⁰¹.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Pese a las quejas, a las protestas y a las presiones de sus hombres, César no aplicó en ningún momento ningún mecanismo de control y/o represión con el que contener y calmar el espíritu belicoso —y casi subversivo— de sus tropas²³⁰². Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Si bien la primera intervención del ejército surtió efecto y César cruzó el río Segre, en la segunda ocasión, cuando las tropas más presionaron y la situación se puso más tensa, César se mantuvo impasible y fiel a su plan inicial de evitar riesgos innecesarios²³⁰³.

CONSECUENCIAS: Afortunadamente para los intereses de César, la acción de sus hombres no trajo mayores inconvenientes y no afectó ni al desarrollo de los acontecimientos ni a la dirección de la guerra. Se cruzó sin bajas el Segre y, aunque descontentos por la decisión de su comandante, las tropas se mantuvieron fieles a su general²³⁰⁴.

COMENTARIO: Hasta en dos ocasiones, las súplicas, la presión o las amenazas de los soldados hicieron cambiar la estrategia de César hacia una postura más

²²⁹⁹ Caes. Civ. 1.64.2.

²³⁰⁰ «Por todas partes los soldados le pedían [a César] que atacara. Iban a él los legados, centuriones, tribunos militares a pedirle que no dudara en entablar combate; que el ánimo de todos los soldados estaba muy dispuesto [...]» (Caes. Civ. 1.71.2).

²³⁰¹ «La mayoría desaprobaba esta decisión de César; incluso los soldados hablaban abiertamente entre ellos diciendo que, puesto que se dejaba escapar tal ocasión de conseguir la victoria, ellos no lucharían cuando César lo ordenase» (Caes. Civ. 1.72.4).

²³⁰² Fron. Str. 2.1.11.

²³⁰³ Caes. Civ. 1.72.5. Esta estrategia, tan impopular, por otro lado, en la tradición militar romana, nos recuerda a la utilizada, en 217 a. C., por el dictador Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator en su enfrentamiento contra Aníbal, y que también le valió la insurrección de sus tropas (Plb. 3.87-94, 100-105; Liv. 22.8-18, 23-30; V. Max. 5.2.4; Fron. Str. 2.5.22; Plu. Fab. 4-13; App. Hann. 11-13; D.C. 14.57.8-20; Zonar. 8.25.12-13, 8.26.6-11).

²³⁰⁴ Caes. Civ. 1.39.2; 64; 71-72; 82.2; 84-87; Fron. Str. 2.1.11.

beligerante²³⁰⁵. Aunque las presiones del día 28 de julio no hicieron mella en la determinación de César de rendir a su rival por inanición, tenemos constancia de que unos días después, el 1 de agosto, César decidió «reunir toda la caballería y formar la línea de combate; pues le causaba gran desprestigio parecer que había evitado el combate contra la opinión de sus soldados y de todos»²³⁰⁶. Finalmente, el combate no tuvo lugar y «asediados por todas partes, sin haber sacado a forrajear durante tres días a los animales, sin agua, sin leña, sin trigo, [Afranio y Petreyo] pidieron una entrevista»²³⁰⁷. La campaña se resolvió felizmente para César, pero el hecho de que hasta el último momento este recibiera la presión de sus hombres nos hace ver la tensión que se vivió en su ejército y la desconfianza de los soldados hacia una estrategia que les alejaba de su codiciado licenciamiento. Al respecto, se aprecia claramente una escalada de presión, y, probablemente, de agresividad, entre el 26 de julio, cuando los soldados acataron la cadena de mando y utilizaron a sus oficiales como intermediarios, y el 28 de julio, cuando las tropas confabularon, amenazaron y, muy posiblemente, actuaron libremente. Por último, el hecho de que «todos» estuvieran en contra de la estrategia de César, nos hace pensar que, quizá, este perdiera progresivamente el apoyo de sus oficiales, a quienes ya hemos visto del lado de los soldados exigiéndole una mayor resolución. Este hecho pudo desequilibrar la balanza y obligar a César a adoptar una postura más agresiva para con sus enemigos.

3.15.3. Cerca de Ilerda²³⁰⁸, Hispania Citerior, 29 de julio del 49 a. C.

«Aprovechan los soldados [pompeyanos] la posibilidad de hablar libremente, salen en masa y cada uno busca y llama al conocido o paisano que se encontraba en el campamento de César [...]. Se informan del respeto de su general a la palabra empeñada y si harían bien entregándose a él; se lamentan de no haberlo hecho al principio y de haber combatido con amigos y parientes. Animados con estas conversaciones [...], aseguran que pasarán al momento sus enseñas y envían a César, como legados para tratar de la paz, a los centuriones de más categoría. Entre tanto, unos llevan a sus amigos al campamento para invitarlos y otros son llevados al campamento de César por sus amigos, de manera que ya parecía que de los dos campamentos se había hecho uno solo [...]»²³⁰⁹.

SITUACIÓN PREVIA: La siguiente insurrección tuvo lugar en los mismos días en los que César se enfrentó al descontento de sus hombres. En esta ocasión, sin embargo, los

²³⁰⁵ El 26 de julio, cuando, tras la intercesión de centuriones y tribunos militares, César juzgó preciso cruzar el río Segre (Caes. Civ. 1.64.3); y, el 1 de agosto, cuando César, por miedo al desprestigio y presionado por sus hombres, ordenó formar para el combate (Caes. Civ. 1.82.2). A presiones similares se vio expuesto Cneo Pompeyo Magno justo antes de la batalla de Farsalia, en 48 a. C. En contra de su opinión, se vio obligado a presentar batalla a César, presionado por sus hombres y censurado por sus compañeros de rango, a pesar de que la mejor opción era forzar a su rival a una larga campaña y posponer el combate, pues, a diferencia del ejército pompeyano, al ejército cesariano le faltaban recursos y estaba apremiado por la necesidad (App. BC 2.67-69). Para más información, *vid. infra*.

²³⁰⁶ Caes. Civ. 1.82.2.

²³⁰⁷ Caes. Civ. 1.84.1.

²³⁰⁸ Actual Lérida (Cataluña, nordeste de España).

²³⁰⁹ Caes. Civ. 1.74.1-4.

problemas de disciplina aparecieron en el ejército de Lucio Afranio y Marco Petreyo, ambos legados de Pompeyo²³¹⁰.

CAUSAS: Identificamos hasta cinco razones diferentes detrás del malestar de los pompeyanos: militares, físicas, psicológicas, personales y políticas. Aunque Afranio y Petreyo eran comandantes experimentados²³¹¹ y contaban con el favor del ejército — hasta el punto de que los soldados llegaron a interceder ante César en favor de ambos generales²³¹²—, la proximidad del ejército cesariano y los graves problemas de abastecimiento que padecieron los pompeyanos condicionaron el comportamiento de las tropas, predisponiéndolas a la desertión²³¹³. Así, hostigados por César y privados de alimento y agua, Afranio y Petreyo comenzaron a perder el control de unos soldados que, desanimados por su precariedad y desalentados por la superioridad del rival²³¹⁴, buscaron una salida a su desesperada situación por medio del contacto con César²³¹⁵. El desgaste físico y psicológico de los pompeyanos fue utilizado por César, quien, aprovechando la ausencia de Afranio y Petreyo, los cuales habían salido a buscar agua²³¹⁶, favoreció el contacto entre ambos ejércitos, ganándose la simpatía de las tropas de sus rivales²³¹⁷. No obstante, la acción de César no pasó desapercibida para Petreyo, quien, a su regreso, intervino con dureza, proporcionándonos con su reacción un nuevo pretexto para la defección de su ejército²³¹⁸. A las causas militares, físicas y psicológicas argüidas con anterioridad, debemos añadir ahora el elemento personal, y es que la severidad con la que reprimió Petreyo el contacto entre ambos ejércitos lo enemistó con una parte importante de sus hombres, favoreciendo, en cambio, las aspiraciones de su rival²³¹⁹. Por último, no debemos ignorar el factor político y/o ideológico que pudo haber detrás de la insurrección de los pompeyanos. A este respecto, sabemos que en el ejército cesariano había «conocidos y paisanos» de los hombres de Afranio y Petreyo y que, en un momento determinado de su negociación con César, además de buscar a estos individuos como garantía personal de que no iban a sufrir ningún daño y que César les garantizaría su integridad, los pompeyanos se lamentaron de haber combatido frente a «amigos y parientes»²³²⁰. De este modo, es probable que, al margen de las dificultades militares, físicas y psicológicas propias de la campaña, y de su reciente enfrentamiento con Petreyo, las tropas no se sintieran cómodas con la idea de enfrentarse a familiares y amigos.

²³¹⁰ Conforme a César (*Civ.* 1.39.1), «Afranio tenía tres legiones, Petreyo, dos; disponían, además, de unas cuarenta cohortes, armadas con escudo las procedentes de la provincia citerior y armadas con rodela las procedentes de la Hispania Ulterior, y de, aproximadamente, cinco mil jinetes de ambas provincias».

²³¹¹ *Caes. Civ.* 1.85.6.

²³¹² *Caes. Civ.* 1.74.3; 85.2.

²³¹³ *Caes. Civ.* 1.61.2; 73.1, 4; 78.1-2, 4; 79-83; 84.1, 4; D.C. 41.22.4.

²³¹⁴ El hecho de que César, tal y como vimos en el episodio anterior, evitara el enfrentamiento directo y contuviera el impulso de sus hombres, a pesar de encontrarse en una situación de clara superioridad, creó en los pompeyanos un sentimiento de deuda para con César al creer que gracias a él seguían con vida (*Caes. Civ.* 1.74.2, 7; *App. BC* 2.42).

²³¹⁵ *Caes. Civ.* 1.74; 85.2.

²³¹⁶ *Caes. Civ.* 1.73.4.

²³¹⁷ *Caes. Civ.* 1.74; *App. BC* 2.42.

²³¹⁸ *Polyaen.* 8.23.28.

²³¹⁹ «A partir de estos sucesos, irritados aún más por la severidad de Petreyo, se mostraron proclives a la clemencia de César» (*App. BC* 2.43).

²³²⁰ *Caes. Civ.* 1.74.1-2.

OBJETIVOS: Dada la situación de extrema precariedad en la que se encontraban, la principal motivación (y preocupación) de los soldados fue salir con vida de la campaña. Para tal propósito, tenían dos opciones: o bien se pasaban al lado de César, o bien forzaban que sus comandantes se rindieran y abandonaran la lucha armada²³²¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando del ejército de Lucio Afranio y Marco Petreyo²³²². La insurrección fue pacífica (al menos en lo que respecta a las tropas pompeyanas y de César, no así por parte de Petreyo, quien empleó la violencia para evitar la deserción) y estuvo organizada tanto desde el interior como desde el exterior del ejército pompeyano²³²³.

MECANISMOS DE COHESIÓN: A imitación de lo que hiciera Sila, en 83 a. C., frente a Lucio Cornelio Escipión, y, muy probablemente, en 85 a. C., ante Cayo Flavio Fimbria, César empleó la táctica del *colloquium* para asegurarse la lealtad del ejército pompeyano²³²⁴. Aprovechando la ausencia de ambos legados, César permitió a sus soldados mezclarse con los del enemigo²³²⁵. Hasta cuatro grupos diferentes negociaron por separado una rendición²³²⁶. En tal sentido, se observa una alta organización por parte de los hombres de Afranio y Petreyo, quienes, no obstante, respetaron la cadena de mando y se agruparon, por lo general, en torno a sus principales oficiales, centuriones y tribunos militares, esencialmente²³²⁷. Sobre el particular, nos resulta difícil determinar con certeza si fueron los oficiales quienes organizaron desde arriba el cambio de bando —como en las insurrecciones promovidas contra Lucio Valerio Flaco, Quinto Sertorio y, más recientemente, Lucio Domicio Ahenobarbo—, o si, por el contrario, fueron los soldados quienes dirigieron su desconcierto a sus superiores y eligieron de entre ellos a sus representantes —como en el caso de las revueltas instigadas contra Lucio Licinio Lúculo—. Sea como fuere, lo más probable es que, al igual que hiciera Sila cuando se enfrentó con Escipión, César desempeñara un papel más activo del registrado en las fuentes y que comenzara sobornando y convenciendo, primero, a los oficiales pompeyanos de mayor categoría para, a través de ellos y de la acción conjunta de sus hombres, ganarse después la confianza del resto del ejército rival.

²³²¹ Caes. Civ. 1.84.1, 5; Liv. 110; App. BC 2.43; D.C. 41.22.4. Igualmente, con cualquiera de estas dos soluciones evitaban, por otro lado, enfrentarse a parientes y conocidos, otra de las posibles motivaciones que se desprenden de las negociaciones y de las causas arriba expuestas.

²³²² Caes. Civ. 1.74. Sobre el particular, *vid.* Campbell, 1984: 20-21; Hammond, 1993: 125-133; Keppie, 1998: 77; Chrissanthos, 1999: 72-73; Potter, 2004: 84-85; De Blois, 2007: 174; Keaveney, 2007: 73, 74, 82-83.

²³²³ Caes. Civ. 1.74.1-4; 85.2.

²³²⁴ No obstante, hay una diferencia significativa con los otros dos ejemplos, y es que la iniciativa no provino de César, sino de las tropas pompeyanas. Así, una vez que vio cómo los pompeyanos se acercaban a sus líneas y buscaban a sus soldados para que intercedieran ante él, César aprovechó la ocasión y permitió que sus hombres se mezclaran con los del enemigo para acabar de convencerlos del cambio de bando (Caes. Civ. 1.74).

²³²⁵ Caes. Civ. 1.74.4. Cf. Polyæn. 8.23.28.

²³²⁶ Además de grupos individuales de soldados, «muchos tribunos militares y centuriones vinieron a César y se encomendaron a él; lo mismo hicieron los príncipes hispanos a quienes Petreyo y Afranio habían llamado y tenían consigo en el campamento como rehenes. Incluso el hijo adolescente de Afranio trató con César sobre su vida y la de su padre por medio del legado [Publio] Sulpicio [Rufo]» (Caes. Civ. 1.74.1-6). Cf. Caes. Civ. 1.85.2; Polyæn. 8.23.28.

²³²⁷ Caes. Civ. 1.74.3; App. BC 2.42.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No tenemos constancia de que los oficiales a cargo del campamento pompeyano aplicaran ninguna medida de control durante la ausencia de sus comandantes²³²⁸, pero sí que está bien documentada la reacción que tuvo Petreyo cuando se enteró de los planes de César y de la actividad subversiva de sus hombres. En primer lugar, expulsó a la fuerza a todos los cesarianos que se habían filtrado en su campamento (e incluso mato allí mismo a los que pudo capturar²³²⁹), y, a continuación, recorrió el campamento y, con lágrimas en los ojos²³³⁰, como ya hicieran Cinna, Fimbria y Lúculo antes que él, suplicó a sus hombres que se mantuvieran leales. Finalmente, convocó una *contio* y llamó al pretorio a sus tropas²³³¹, exigiendo un *iusiurandum* a tribunos militares y centuriones, así como al resto de soldados por centurias²³³². El juramento consistió en no abandonar el ejército ni a sus líderes ni a Pompeyo, y no actuar individualmente en su propio beneficio²³³³. La celeridad con la que Petreyo cortó las negociaciones y reprimió la tentativa de sus soldados de hacer desertión y de César de promover el cambio de bando, permitió al líder pompeyano retener, aunque de manera temporal, el control de su ejército²³³⁴. Por lo demás, ningún soldado pompeyano fue castigado ni por Petreyo, durante la represión de la insurrección, ni por César, tras la rendición del ejército pompeyano²³³⁵.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. A pesar del alto grado de organización que experimentó la revuelta, del apoyo de César y de la interacción de ambos ejércitos, la intervención de Petreyo impidió que se confirmara el cambio de bando.

CONSECUENCIAS: Pese al fracaso de la insurrección, la situación del ejército pompeyano siguió siendo insostenible y, si bien la acción de los soldados no fue suficiente para que sus líderes se rindieran ante César, contribuyó a que su liderazgo se

²³²⁸ El hecho de que la mayoría de los oficiales colaboraran junto con los soldados e intervinieran en las negociaciones con César los apartó de sus obligaciones militares (Caes. Civ. 1.74.3-4). Por otro lado, desconocemos el papel que representó Lucio Afranio. Si bien Petreyo demostró diligencia a la hora de contener la revuelta de sus hombres, de Afranio no sabemos nada, más allá de que Petreyo le obligó, junto al resto de soldados y oficiales de su ejército, a que jurara un nuevo *iusiurandum* (Caes. Civ. 1.76.2-3). Probablemente, Petreyo desconfiara de su compañero, más aún cuando sus hombres habían sido los más activos en las conversaciones (Caes. Civ. 1.85.2) y cuando su hijo había tratado con César «sobre su vida y la de su padre» (Caes. Civ. 1.74.6).

²³²⁹ «Pero Petreyo no se desanima [...] se presenta de improviso, corta las conversaciones de los soldados, expulsa a los nuestros del campamento y mata a los que coge» (Caes. Civ. 1.75.2). Cf. Caes. Civ. 1.76.4; 85.3; App. BC 2.43; Polyaen. 8.23.28; D.C. 41.23.1.

²³³⁰ Caes. Civ. 1.76.1.

²³³¹ Caes. Civ. 1.76.2.

²³³² Caes. Civ. 1.76.2-3.

²³³³ Caes. Civ. 1.76.2-3.

²³³⁴ «Así, el terror suscitado por los jefes, la crueldad del castigo y la renovación del juramento, disiparon por el momento la esperanza de entrega, cambiaron el pensamiento de los soldados y restablecieron la anterior situación de la guerra» (Caes. Civ. 1.76.5).

²³³⁵ A pesar de la iniciativa de las tropas pompeyanas de pasarse a lado de César y de la represión que sufrieron los cesarianos que fueron capturados en el campamento pompeyano, ni Petreyo castigó a sus hombres ni César hizo lo propio con las tropas de Petreyo. Es más, además de dejar en libertad a los soldados enemigos que habían ido a su campamento durante las conversaciones, César permitió que se quedaran con él voluntariamente algunos de los tribunos militares y centuriones que habían participado de las negociaciones. Devolvió a los centuriones sus antiguos grados y a los caballeros romanos la dignidad de tribunos (Caes. Civ. 1.77.1-2). Cf. Caes. Civ. 1.85.2; 86.1.

fragmentara todavía más²³³⁶. Finalmente, «asediados por todas partes, sin haber sacado a forrajear durante tres días a los animales, sin agua, sin leña, sin trigo», Afranio y Petreyo solicitaron a César una entrevista y rindieron su ejército²³³⁷. Con la capitulación del ejército pompeyano, César reforzó su posición al tiempo que redujo las opciones de victoria de Pompeyo²³³⁸.

COMENTARIO: Al igual que lo observado en la insurrección contra Lucio Domicio Ahenobarbo, las tropas a cargo de Afranio y Petreyo demostraron poseer una capacidad de coordinación muy superior a lo estimado. Entendieron perfectamente cuál era su situación e hicieron, en consecuencia, lo mejor para sí mismas a expensas de romper su disciplina y violar su *sacramentum militiae*. Para tal fin, contaron y se sirvieron del apoyo de sus oficiales, los cuales, en lugar de contener y reprimir la defección de sus hombres, respaldaron sus proyectos y colaboraron en las negociaciones con César. Privado de apoyos, a Petreyo sólo le quedaba hacer uso de la fuerza e intimidar a sus tropas con la amenaza de un castigo ejemplar, a imagen de lo que hizo con los cesarianos que capturó conspirando en su ausencia, si quería retener el control de su ejército. No tenemos noticia de que los soldados romanos volvieran a ocasionar problemas, ni de que César retomara su intención de levantar a los pompeyanos, pero sí que tenemos constancia de nuevas desertiones, esta vez de auxiliares, fundamentalmente²³³⁹. En todo caso, aunque la determinación de Petreyo salvó la situación durante un tiempo, la restauración de la disciplina fue insuficiente frente a la falta de aprovisionamiento. César, tal y como hizo ver a sus hombres en la insurrección anterior, sólo necesitaba que pasara el tiempo, pues si no era la turbación de los soldados sería el hambre y la sed quienes rindieran a los pompeyanos.

²³³⁶ De hecho, las desertiones se reanudaron a pesar de la represión de Petreyo, si bien por parte de «soldados armados de rodela y de tropas auxiliares», pues sus recursos eran más escasos y estaban más expuestos a «la falta de forraje y de agua» (Caes. Civ. 1.78.1-2). Cf. Polyaen. 8.23.28.

²³³⁷ Caes. Civ. 1.84. Cf. Liv. 110; Fron. Str. 2.1.11; D.C. 41.22.4.

²³³⁸ Aunque no descartamos que una parte del ejército pompeyano se pasara al bando cesariano de manera indefinida (D.C. 41.23.1), como así sucedió durante toda la guerra civil con el goteo incesante de pompeyanos que se pasaron a las filas de César, parece que la mayoría de las tropas fueron licenciadas (Caes. Civ. 1.85.5, 12, 86-87; Liv. 110; App. BC 2.43; D.C. 41.23.1). El interés de César por licenciar al ejército de Afranio y Petreyo era doble. Mientras que un número tan grande de efectivos (hasta siete legiones, según Liv. 110) hubiera sido muy difícil de absorber y de gestionar sin que se convirtiera con el tiempo en un futuro foco de problemas e insurrecciones —como así ocurrió con dos de las legiones pompeyanas de Marco Terencio Varrón (la *Vernacula* y la *II*), las cuales terminaron en la Ulterior bajo el mando del pretor Quinto Casio Longino, o con una parte de las tropas de Lucio Domicio Ahenobarbo que, bajo el mando de Cayo Escribonio Curión, pasaron a África (vid. *infra* las insurrecciones que protagonizaron estas tropas contra ambos comandantes cesarianos)—, si se licenciaban, César lograba su principal objetivo: privar a Pompeyo de sus legiones de Hispania y, por lo tanto, reducir el número de efectivos militares del bando pompeyano (Caes. Civ. 1.85.5, 12). Igualmente, César esperaba que, perdonando a los pompeyanos, su política de clemencia se difundiera y que, en el futuro, le sirviera para que otros ejércitos enemigos, o bien se pasaran a su lado, o bien, en su defecto, abandonaran el combate (App. BC 2.43; D.C. 41.23.1). Cf. Vell. 2.50.4; Plu. Pomp. 65.3.

²³³⁹ Caes. Civ. 1.78.2.

3.15.4. *Locus incertus*²³⁴⁰, Hispania Ulterior, agosto del 49 a. C.

«Tan pronto como se había tenido conocimiento del edicto de César, los jefes gaditanos se habían puesto de acuerdo con los tribunos [militares] de las cohortes que estaban allí de guarnición para expulsar a [Cayo] Galonio de la ciudad y custodiar la ciudad y la isla para César [...]. Al conocer esta noticia, una de las dos legiones, la llamada vernácula, abandonó el campamento de [Marco Terencio] Varrón en su presencia y a su vista, se retiró a Híspalis y se instaló en el foro y los pórticos sin dañar a nadie»²³⁴¹.

SITUACIÓN PREVIA: Tras la derrota de Afranio y Petreyo, Marco Terencio Varrón, legado de Pompeyo en la Hispania Ulterior, se preparó ante la inminente llegada de César. Para su defensa, Varrón había reunido a un total de dos legiones (la *Vernacula*²³⁴² y la *II*²³⁴³) y, aproximadamente, una treintena de cohortes auxiliares²³⁴⁴.

CAUSAS: Tres fueron las razones por las que Varrón perdió la confianza de sus hombres: militares, económicas y personales. La superioridad militar de César pudo provocar el rechazo a luchar de los pompeyanos, quienes, al corriente de la reciente derrota de los ejércitos de la Citerior y de la clemencia de César para con los vencidos, habrían preferido evitar el enfrentamiento y pasarse al bando cesariano. Por otra parte, las últimas disposiciones e imposiciones militares y económicas aplicadas por Varrón en la provincia²³⁴⁵, generaron el rechazo unánime de los soldados de la *Vernacula*, quienes, descontentos con su gobierno, mostraron su desacuerdo y desafección.

OBJETIVOS: Dado que la *Vernacula* fue la única unidad militar que secundó la revuelta, creemos que, por encima de todo, las tropas buscaron deshacerse de Varrón, ya que consideraban que su gobierno estaba perjudicando a la Ulterior y, por extensión, a sus intereses. Frente a los abusos de Varrón, la llegada de César podría ser vista como una oportunidad de enriquecerse o promocionar socialmente si lo ayudaban a derrotar al actual gobernador²³⁴⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción de la *legio Vernacula* de Marco Terencio Varrón. La insurrección fue pacífica y, presumiblemente, estuvo organizada²³⁴⁷.

²³⁴⁰ Con toda probabilidad, cerca de Gades, actual Cádiz (Andalucía, suroeste de España).

²³⁴¹ Caes. Civ. 2.20.2, 4.

²³⁴² También llamada “indígena”, fue una legión formada, bien por ciudadanos romanos nacidos en la provincia, bien por provinciales que pretendían alcanzar la ciudadanía romana a través del servicio militar (cf. Brunt, 1971: 473, 698; Roldán, 1974: 457-471; Cosme, 2007: 55; Keppie, 1998: 121; Rodríguez, 2001: 443-445; 2015-2016: 30).

²³⁴³ Estas mismas legiones fueron las protagonistas de las insurrecciones contra Quinto Casio Longino y Cayo Trebonio, encabezando un total de cuatro insurrecciones, la *Vernacula*, y tres insurrecciones, la *II* (vid. *infra*). En este caso, sólo la *legio Vernacula* se rebeló.

²³⁴⁴ Caes. Civ. 2.18.1.

²³⁴⁵ Además de las obligaciones militares, en hombres y barcos, la principal exigencia que impuso Varrón a los ciudadanos romanos de la provincia fue la de contribuir con «dieciocho millones de sesteracios, veinte mil libras de plata y ciento veinte mil modios de trigo». Asimismo, exigió mayores contribuciones a las ciudades partidarias de César, colocó en ellas guarniciones, autorizó juicios contra los particulares, confiscó los bienes de los que hubieran pronunciado discursos contra la República y obligó a toda la provincia a jurarle fidelidad a él y a Pompeyo (Caes. Civ. 2.18.1-6).

²³⁴⁶ Caes. Civ. 2.18.7; 19.1; 20.4.

²³⁴⁷ Caes. Civ. 2.20.4. Cf. Gueye, 2013a: 229.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Habida cuenta de que todos los soldados de la *Vernacula*, o bien eran ciudadanos romanos nacidos en la provincia, o bien eran provinciales que pretendían alcanzar la ciudadanía romana a través del servicio militar, sospechamos que el principal aglutinante de las tropas fue su origen y, por tanto, su malestar con Varrón. Por lo demás, no tenemos mucha información de la organización de los soldados. Tan sólo sabemos que, una vez que la legión *Vernacula* supo que en Cádiz se había expulsado a Cayo Galonio²³⁴⁸, a cuyo frente había dejado Varrón la ciudad²³⁴⁹, la legión «abandonó el campamento de Varrón en su presencia y a su vista, se retiró a Híspalis y se instaló en el foro y los pórticos sin dañar a nadie»²³⁵⁰. Aunque no está de más señalar que la desertión de la *Vernacula* fue precedida de la defección de las seis cohortes que había dejado Varrón en Cádiz²³⁵¹, y que, tal vez, dicha defección sirvió de catalizador para que los hombres de Varrón ejecutaran su proyecto, no creemos, sin embargo, que hubiera relación entre ambas insurrecciones.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: A pesar de que la legión «abandonó el campamento de Varrón en su presencia y a su vista» no se aplicó ningún medio de detección, control y/o represión ni por parte del líder pompeyano ni de sus oficiales. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Gracias a su determinación, la legión *Vernacula*, no sólo se salvó del castigo, sino que forzó a Varrón a abandonar la lucha armada.

CONSECUENCIAS: El descontento de la provincia, la desafección de la mitad de sus tropas y la llegada del ejército cesariano, obligaron a Varrón a capitular y a ceder a César el mando de la *legio II*, la única legión que quedaba bajo su control²³⁵². Toda la Hispania Ulterior se rindió a César.

COMENTARIO: El episodio nos deja un par de reflexiones más, una de carácter militar y otra de índole socioeconómica. El hecho de que la desertión de la *Vernacula* tuviera lugar sólo después de la defección de Cádiz nos invita a pensar que, si no había relación entre una y otra sedición, tal y como hemos propuesto, los hombres de Varrón necesitaron de un estímulo externo que confirmara el cambio de tendencia en la provincia y la desafección de la misma hacia su gobernador. Una vez que las tropas pudieron comprobar que el descontento era mayoritario y que los cambios de bando se generalizaron fue cuando dieron el paso. Probablemente, este contexto de rebelión facilitó que su insurrección no fuera contestada y que pudieran abandonar sin riesgo el campamento, pues, seguramente, Varrón ya había perdido por aquel entonces el favor de la mayoría de sus oficiales. Por último, se ha podido comprobar cómo, por encima de su vínculo con Pompeyo, las legiones compuestas por provinciales — independientemente de que estos fueran ciudadanos romanos nacidos en la provincia o provinciales que aspiraban a obtener la ciudadanía romana— llegaron a desarrollar un vínculo mayor y más fuerte para con su lugar de origen que por una determinada

²³⁴⁸ Caes. *Civ.* 2.20.2.

²³⁴⁹ Caes. *Civ.* 2.18.2.

²³⁵⁰ Caes. *Civ.* 2.20.4.

²³⁵¹ Caes. *Civ.* 2.20.2.

²³⁵² César envió a Sexto Julio César, su sobrino segundo, a recoger la legión de Varrón (Caes. *Civ.* 2.20.7-8). Cf. Liv. 110; D.C. 43.36.3; Oros. 6.15.7.

facción. Este supuesto se confirmará más adelante con el análisis de las revueltas que estas mismas tropas protagonizaron contra el propretor Quinto Casio Longino, entre 48 y 47 a. C.²³⁵³ Si ponemos en relación todas las insurrecciones en las que la *Vernacula* participó, advertimos que, por encima de todo, sus miembros se guiaron por cuestiones de naturaleza socioeconómica, y que fue la perspectiva de que la provincia fuera esquilma por el gobernador de turno, y que, por consiguiente, su influencia política y/o su bienestar material fueran cuestionados y/o amenazados, respectivamente, lo que determinó su lealtad.

3.15.5. Cerca de Útica, provincia de África, agosto del 49 a. C.

«[Sexto] Quintilio [Varo] empezó a recorrer la formación de [Cayo Escribonio] Curión y a suplicar a los [antiguos] soldados [pompeyanos] que no abandonaran el recuerdo de su primer juramento que habían prestado ante [Lucio] Domicio [Ahenobarbo] y ante él mismo como cuestor y que no llevaran las armas contra los que habían sufrido la misma suerte y habían padecido lo mismo durante el cerco [de *Corfinium*], ni lucharan por aquellos que por afrenta les llamaban desertores. Añadió a estas palabras otras pocas para excitar su esperanza en las recompensas que debían alcanzar de su liberalidad si le seguían a él y a [Publio] Atio [Varo]»²³⁵⁴.

SITUACIÓN PREVIA: Paralelamente a la campaña de César en Hispania, el pretor Cayo Escribonio Curión había sido enviado a África, junto con dos legiones y quinientos jinetes, para combatir a las fuerzas de Pompeyo allí reunidas²³⁵⁵.

CAUSAS: No creemos que los soldados tuvieran problemas personales con su comandante, pues, en el breve periodo de tiempo que llevaban en África, Curión había destacado por su liderazgo y, en consecuencia, sus hombres lo habían proclamado *imperator*²³⁵⁶. Descartado el móvil militar, creemos que la principal razón de la insurrección de una parte del ejército de Curión fue su anterior vinculación para con la facción pompeyana²³⁵⁷; de modo que la deserción de las tropas se reduciría a una cuestión de carácter político-ideológico.

OBJETIVOS: La principal motivación de las tropas fue de naturaleza política y personal. Arrepentidos de su comportamiento en *Corfinium*, es probable que los antiguos pompeyanos quisieran reparar su acto y limpiar su ignominia abandonado a Curión y retornando a las filas pompeyanas.

²³⁵³ *Vid. infra.*

²³⁵⁴ Caes. Civ. 2.28.2-3.

²³⁵⁵ Caes. Civ. 2.23.1. Al margen del número de efectivos, lo que, realmente, nos interesa saber es que el grueso del ejército de Curión había servido, recientemente, bajo el mando del pompeyano Lucio Domicio Ahenobarbo (Caes. Civ. 2.28).

²³⁵⁶ En poco tiempo, había derrotado a la caballería del pompeyano Publio Atio Varo, así como a los refuerzos de infantería y caballería enviados por el rey Juba; y había persuadido a las naves mercantes de Útica de que se pasaran a su lado, procurando al ejército gran abundancia de suministros (Caes. Civ. 2.25.3-7; 26.1-4; 32.14).

²³⁵⁷ «Curión había llevado las legiones que en tiempo anterior César había incorporado en *Corfinium*, de modo que las formaban las mismas centurias y manípulos, cambiados solamente unos pocos centuriones» (Caes. Civ. 2.28.1).

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción de una parte de los pompeyanos del ejército de Curión e intento posterior del cuestor pompeyano Sexto Quintilio Varo de levantar al resto de los cesarianos. Tanto el cambio de bando de los pompeyanos como el intento de amotinamiento de Quintilio Varo fueron pacíficos y estuvieron organizados²³⁵⁸.

MECANISMOS DE COHESIÓN: De acuerdo con César (Civ. 2.27.1), durante la noche «dos centuriones marsos se pasaron con veintidós soldados de su manípulo del campamento de Curión al de [Publio] Atio Varo»²³⁵⁹. Más allá de esta referencia y de lo que le dijeron después al líder pompeyano no sabemos nada más acerca de su organización. No obstante, descartamos que su fuga fuera espontánea. Al corriente del turno de las guardias y de las contraseñas del campamento, los centuriones, probablemente, fueron los encargados de coordinar la salida del *castrum* sin levantar sospechas. Asimismo, no descartamos que pudieran contar con ayuda del interior, más aún cuando, de acuerdo con su testimonio, «todo el ejército era hostil a Curión»²³⁶⁰. Una vez confirmado el cambio de bando, los desertores informaron a Varo del presunto descontento de los soldados de Curión. En este sentido, le aseguraron que todo el ejército era hostil al líder cesariano y que era preciso «colocar el ejército frente a frente y dar posibilidad de comunicarse»²³⁶¹. Es decir, indujeron a Varo a que pusiera en práctica la táctica del *colloquium*, para que los indecisos y los descontentos se alzaran y cambiaran de bando²³⁶². Al día siguiente, Sexto Quintilio Varo fue el encargado de conmover a los viejos pompeyanos y de instigar su deserción. Para tal fin, suplicó a sus antiguos hombres, pues había sido su anterior cuestor y también había combatido en *Corfinium*²³⁶³, que no olvidaran el juramento que habían prestado a Domicio, que no alzaran las armas contra sus anteriores compañeros, y que no combatieran junto al enemigo. Finalmente, los intentó comprar con promesas de futuras recompensas²³⁶⁴.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No parece que Curión desconfiara de los pompeyanos de su ejército ni que se viera en la necesidad de implementar ninguna medida especial con la que detectar y/o controlar su descontento, lo que nos hace pensar que, o bien los rumores sobre el supuesto malestar de sus hombres era infundado y que el cambio de bando respondió a un hecho puntual y no a un sentimiento de rechazo colectivo, o bien que dicho descontento no estaba tan generalizado como le hicieron creer a Atio Varo los pompeyanos desertores. No obstante lo anterior, una vez advertida la deserción de sus hombres y los intentos de

²³⁵⁸ Caes. Civ. 2.23-33. Para más información, *vid.* Jal, 1962a: 14, 21; Campbell, 1984: 21, 23; Chrissanthos, 2004: 358; Keaveney, 2007: 73, 83; Gueye, 2013a: 228, 231-233; Brice, 2020b: 48.

²³⁵⁹ El hecho de que los centuriones fueran marsos es extraordinariamente significativo, ya que, si recordamos los acontecimientos de *Corfinium*, fueron los marsos los únicos que se negaron al principio a secundar la insurrección contra Domicio y los primeros en tomar posiciones defensivas para repeler el avance de César sobre la ciudad (Caes. Civ. 1.20.3). Como, probablemente, entonces se vieron obligados a ceder ante las presiones de sus compañeros, ahora buscaron resarcirse regresando a su antiguo bando.

²³⁶⁰ Caes. Civ. 2.27.2.

²³⁶¹ Caes. Civ. 2.27.2.

²³⁶² Caes. Civ. 2.29.

²³⁶³ Caes. Civ. 2.28.1.

²³⁶⁴ Caes. Civ. 2.28.2-3.

Quintilio Varo de amotinar al resto de su ejército²³⁶⁵, Curión respondió con celeridad, convocando a sus hombres de confianza a un *consilium*²³⁶⁶ y reuniendo al resto del ejército en una *contio*²³⁶⁷. A estos últimos les recordó su adhesión a César y los éxitos que habían cosechado en Italia bajo su mando²³⁶⁸, las recompensas que dejarían de ganar si elegían al bando perdedor²³⁶⁹, y que fue Domicio quien les había abandonado en *Corfinium*, por lo que ellos quedaban automáticamente exentos de su primer juramento²³⁷⁰. Finalmente, les recordó que bajo su mando no habían conocido la derrota y que hasta la fecha la campaña en África se había desenvuelto a favor de su causa²³⁷¹. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: A pesar del éxito de la deserción inicial, el intento de *colloquium* del lado pompeyano fue un fracaso.

CONSECUENCIAS: La intervención de Curión conmovió a los soldados, desterró todas las dudas y los temores que pudiera haber en el interior del ejército cesariano, y, finalmente, confirmó la lealtad de las tropas, las cuales le exhortaron a que confiara en ellas y a que entablara combate para probar su palabra. Devuelta la cohesión al ejército, Curión se enfrentó a Varo²³⁷².

COMENTARIO: No sabemos hasta qué punto Atio Varo estuvo implicado en la primera deserción y si desde fuera se promovió este primer cambio de bando. Sin embargo, la manera en la que César describe los hechos nos hace pensar que Varo no estaba al tanto del descontento de los antiguos pompeyanos y que, más que incentivar su insurrección, se sirvió de la situación para intentar hacerse con las tropas de su rival una vez que fue informado del hipotético malestar del ejército cesariano. De este modo, no fue hasta la deserción de los dos centuriones marsos y de los veintidós soldados de su manipulo cuando el general pompeyano concibió la idea de hacerse con el ejército de su rival. A tal efecto, empleó, tal y como hemos visto, la táctica del *colloquium*, ya utilizada anteriormente por Sila, en 85 y 83 a. C., y por César, más recientemente. La reiteración con la que fue utilizada esta estrategia nos da una idea de la importancia que tuvo en contextos de enfrentamiento interno y de la vulnerabilidad en la que se hallaron todos los mandos militares romanos que se tuvieron que enfrentar a ella, debido a la conveniente susceptibilidad con la que las tropas percibieron los sobornos materiales e ideológicos de los comandantes rivales.

²³⁶⁵ «Pero en el campamento de Curión un gran temor se apoderó de todos los ánimos. Este temor aumentó rápidamente por los diferentes rumores; pues cada uno se forjaba sus opiniones y a lo que había oído otro añadía algo de su propio temor» (Caes. Civ. 2.29.1).

²³⁶⁶ Caes. Civ. 2.30-31.

²³⁶⁷ Caes. Civ. 2.32.

²³⁶⁸ Caes. Civ. 2.32.1.

²³⁶⁹ Caes. Civ. 2.32.7.

²³⁷⁰ «“¿Cómo hubiera podido obligaros a mantener el juramento cuando, abandonadas las fasces y perdido el *imperium*, él mismo [Lucio Domicio Ahenobarbo], ya un simple particular y, más aún, prisionero, había caído en poder de otro [de Cayo Julio César]?”» (Caes. Civ. 2.32.9). En este caso, el crimen nefando, es decir, la traición, no existiría, pues, según el derecho de guerra vigente en la antigüedad, los soldados no tenían obligación de obediencia para con un general vencido.

²³⁷¹ Caes. Civ. 2.32.11-14.

²³⁷² Caes. Civ. 2.33.

3.15.6. Campamento Cornelio²³⁷³, provincia de África, 49 a. C.

«Pero fue tanto el terror de todos, que unos decían que estaban llegando las tropas de Juba; otros, que se aproximaba Varo con las legiones y que ya veían el polvo levantado por los que caminaban (no sucedía absolutamente nada de esto); otros, sospechaban que la escuadra enemiga llegaría rápidamente. Así pues, atemorizados todos, cada uno miraba por su propia salvación»²³⁷⁴.

SITUACIÓN PREVIA: Entre el anterior episodio de insurrección y el presente tuvo lugar la muerte en combate de Cayo Escribonio Curión y la aniquilación de la mayor parte de su ejército durante la batalla del río Bagradas²³⁷⁵. El cuestor Quinto Marcio Rufo se hizo con el control de los supervivientes y con la misión de garantizar la defensa de las posiciones cesarianas. Para este propósito, dispuso de cinco cohortes que había dejado Curión como guarnición en el campamento cesariano y un número indeterminado de supervivientes de la batalla²³⁷⁶.

CAUSAS: Masacrado el ejército cesariano y muerto Curión, los supervivientes se tuvieron que enfrentar a las fuerzas combinadas del pompeyano Publio Atio Varo y del rey númida Juba I, muy superiores en número a los cesarianos. Presas del pánico, las tropas perdieron los ánimos y se dejaron llevar por el miedo²³⁷⁷.

OBJETIVOS: La única motivación de las tropas fue salvar su vida, independientemente de la forma en la que lo consiguieran, ya sea huyendo, ya sea entregándose al enemigo²³⁷⁸.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Cobardía, desobediencia, desbandada y fuga generalizada en el ejército romano a cargo del cuestor Quinto Marcio Rufo. Aterrorizados por la inminente llegada del enemigo, los soldados desobedecieron las órdenes del cuestor Marcio Rufo, presionaron por reembarcar a Sicilia y, de manera desorganizada, se apresuraron a tomar los barcos y a huir²³⁷⁹. La insurrección fue desorganizada²³⁸⁰ y, en parte, violenta²³⁸¹.

²³⁷³ Cerca de Útica.

²³⁷⁴ Caes. Civ. 2.43.2-3.

²³⁷⁵ Caes. Civ. 2.42.4-5; App. BC 2.45-46.

²³⁷⁶ Caes. Civ. 2.39.1; 42.5.

²³⁷⁷ Caes. Civ. 2.43; App. BC 2.46.

²³⁷⁸ La primera opción de los soldados fue poner rumbo a Sicilia y unirse allí con las otras legiones de César, de ahí que su primer impulso fuera tomar los barcos y escapar por mar. Sin embargo, una vez que esta opción resultó impracticable —debido al escaso número de barcos, a que muchos partieron vacíos, a que sólo unas pocas y mal equipadas embarcaciones secundaron la orden del cuestor de apoyar al ejército, a que algunos navíos se hundieron a consecuencia del peso y de la urgencia de las tropas por embarcar, a que otros ni siquiera se aproximaron a la costa por miedo a ser hundidos, y a que sólo unos pocos lograron ponerse a salvo—, los soldados que quedaron en tierra decidieron entregarse a Atio Varo (Caes. Civ. 2.43.3-4; 44.1; App. BC 2.46). El episodio nos recuerda a lo ocurrido, en 178 a. C., cuando los soldados a cargo del cónsul Aulo Manlio Vulsón abandonaron sus puestos, perdieron la mayoría de ellos sus armas y monturas, dejaron el campamento desprotegido y buscaron en el mar una salida desesperada ante el ataque inesperado de los histros (Liv. 41.2-4).

²³⁷⁹ De acuerdo con Apiano (BC 2.46), «cuando se conoció con claridad la desgracia en el campamento de Útica, Flamma, el almirante, huyó de inmediato con su flota antes de embarcar a uno solo de los de tierra». Cf. Caes. Civ. 2.43; D.C. 41.42.5.

²³⁸⁰ En la mayor parte del episodio los soldados actuaron de manera precipitada, desordenada y sin organización aparente; sólo al final, cuando vieron que la única opción de salvarse era la de pasarse al

MECANISMOS DE COHESIÓN: El hecho de que la acción de los soldados se desarrollara, en su mayor parte, de forma caótica y desorganizada, nos lleva a pensar que, más allá del sentimiento de miedo y del instinto de supervivencia que manifestaron las tropas, no se dio ningún otro elemento de cohesión entre los supervivientes. No obstante, al final del episodio observamos cómo los últimos cesarianos se organizaron en torno a sus oficiales y enviaron a sus centuriones como embajadores a Varo²³⁸².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Desde el primer momento, el cuestor Marcio Rufo perdió el control de la situación, y ni soldados ni marineros obedecieron sus órdenes²³⁸³. Más allá de una primera exhortación a las tropas a que no perdieran los ánimos, Rufo, o bien no pudo, o bien no supo, hacer más para controlar y calmar a sus hombres²³⁸⁴.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Si Rufo no llegó a controlar la situación, mucho menos lo lograron sus soldados, los cuales se vieron totalmente abrumados y superados por el miedo. La desobediencia de unos y la desorganización de otros provocó que muchas tropas no pudieran embarcar y que muchos soldados perecieran en el intento, una vez que los barcos cedieron por el peso del ejército²³⁸⁵. Asimismo, el último intento por salvar sus vidas les condenó igualmente. Tras entregarse a Varo, Juba tomó a los cesarianos como botín personal, ordenó matar a gran parte de ellos y envió a su reino a unos pocos escogidos como prisioneros²³⁸⁶.

CONSECUENCIAS: El episodio supuso el epílogo de la derrota de Curión, un importante revés en la estrategia africana de César y un alivio para el bando pompeyano, que tras las derrotas en Italia e Hispania conocía por primera vez el triunfo en la guerra.

COMENTARIO: Aunque el escaso número de tropas hubiera dificultado la defensa del campamento Cornelio, el lugar, en palabras de César (*Civ.* 2.37.4-6), «era muy apropiado para hacer una guerra defensiva, por la naturaleza del lugar, las fortificaciones, la proximidad del mar y la abundancia de agua y sal, de la que había allí gran cantidad llevada de las salinas próximas». Del mismo modo, «no podía faltar madera por la gran cantidad de árboles, ni trigo, del que estaban llenos los campos», y, por si fuera poco, Curión había ordenado recientemente fortificar el campamento y transportar madera. Este hecho, sumado a que Curión, antes de marchar contra Juba, había ordenado a las dos legiones acantonadas en Sicilia, así como al resto de la

bando pompeyano, fue cuando parece que se llegaron a coordinar en torno a los centuriones supervivientes (*Caes. Civ.* 2.43-44.1; D.C. 41.42.5).

²³⁸¹ Las fuentes nos informan de luchas y empujones entre los soldados romanos que intentaron embarcar en los pocos «barquichuelos» que cumplieron la orden del cuestor de socorrer al ejército (*Caes. Civ.* 2.43.3-4; D.C. 41.42.5).

²³⁸² *Caes. Civ.* 2.44.1. Cf. D.C. 41.42.6.

²³⁸³ *Caes. Civ.* 2.43.

²³⁸⁴ *Caes. Civ.* 2.43.1.

²³⁸⁵ *Caes. Civ.* 2.43.3-4; App. *BC* 2.46.

²³⁸⁶ De esta forma, conforme a Apiano (*BC* 2.46), «perecieron en su totalidad las dos legiones romanas que navegaron con Curión hasta África, y cuantos iban con ellas, jinetes, tropas ligeras y servidores del ejército». Cf. *Caes. Civ.* 2.44.1-2.

caballería, que se desplazaran a África²³⁸⁷, hace menos comprensible la determinación de las tropas y la falta de iniciativa del cuestor. Si Rufo hubiera hecho más por apaciguar a sus hombres y estos se hubieran coordinado desde el principio, y no sólo para entregarse a Varo, el ejército cesariano hubiera multiplicado sus opciones de salvación, habida cuenta de lo bien preparado que estaba el campamento y la cercanía de las legiones de refuerzo.

3.15.7. *Placentia*²³⁸⁸, Galia Cisalpina, 49 a. C.

«“Porque ningún grupo humano puede permanecer unido y mantenerse a salvo, si no se castiga lo dañino, pues si la parte que está enferma no recibe el adecuado tratamiento, hace compartir la enfermedad también a todo el resto, como pasa en los cuerpos; especialmente en los ejércitos, porque cuando los que actúan mal tienen fuerza se vuelven más atrevidos y corrompen a los buenos desanimándolos, pues piensan que no obtendrán ningún beneficio por actuar rectamente”»²³⁸⁹.

SITUACIÓN PREVIA: Concluida la campaña en Hispania, César se dirigió a Massilia²³⁹⁰, ciudad que se encontraba bajo asedio y que había dado serios problemas al ejército cesariano desde el comienzo de la guerra²³⁹¹. Es entonces cuando a César le llegó la noticia de que una de sus legiones, la *VIII*, se había amotinado en *Placentia*²³⁹².

CAUSAS: Identificamos hasta cuatro posibles razones del descontento de las tropas: militares, físicas, psicológicas y económicas. De acuerdo con Apiano (*BC* 2.47), los soldados acusaron a sus oficiales de prolongar deliberadamente la campaña militar. Una vieja denuncia que mantenían desde antes de empezar la guerra civil y que volvieron a reivindicar en Hispania, tal y como se vio en el episodio contra Afranio y Petreyo. A las tropas, que venían de servir en la Galia, les preocupaba que la guerra contra Pompeyo se dilatara más de lo esperado. La extensión del servicio por encima del tiempo ordinario, provocó tanto la indignación como el hastío entre la soldadesca, la cual, exhausta por la campaña, empezaba a sufrir el impacto físico y psicológico de la guerra²³⁹³. Finalmente, a la dureza de la guerra y a la fatiga de la campaña, se sumó el condicionante económico. Los soldados no habían percibido, últimamente, ni la paga ni las recompensas prometidas por César²³⁹⁴.

²³⁸⁷ Caes. Civ. 2.37.4.

²³⁸⁸ Actual Piacenza (región de Emilia-Romaña, norte de Italia).

²³⁸⁹ D.C. 41.29.1-2.

²³⁹⁰ Actual Marsella (región de Provenza-Alpes-Costa Azul, sureste de Francia).

²³⁹¹ Caes. Civ. 2.13-16, 22; App. *BC* 2.47; D.C. 41.25.

²³⁹² De las siete legiones galas veteranas (*V*, *VI*, *VII*, *VIII*, *X*, *XI* y *XIV*), sólo la *VIII* estuvo implicada en la insurrección (Suet. *Jul.* 69; App. *BC* 2.47; D.C. 41.26.1).

²³⁹³ D.C. 41.26.1.

²³⁹⁴ Conforme a Apiano (*BC* 2.47), las tropas reclamaron las «cinco minas que, como donativo, les había prometido César cuando estaban aún en Brindisi». Sin embargo, según Dion Casio (41.26.1), el detonante económico de la revuelta no deberíamos buscarlo en el retraso en el cobro de las pagas, sino en la prohibición de saquear el territorio; principal causa, según su opinión, del descontento de la tropa.

OBJETIVOS: La *legio VIII*, única unidad involucrada en el incidente²³⁹⁵, exigió su licenciamiento y cobrar todo aquello a lo que César se había comprometido²³⁹⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín de la *VIII* legión²³⁹⁷. No sabemos ni en qué términos exigieron los soldados sus reivindicaciones ni si hubo organización previa, por lo que no contamos con suficiente información como para determinar el grado de coordinación del ejército ni el nivel de violencia de sus actos²³⁹⁸. Sin embargo, sabemos que las tropas aprovecharon la ausencia de César para amotinarse²³⁹⁹, lo que nos hace pensar que, igual que supieron escoger el mejor momento para levantarse y presentar sus reivindicaciones²⁴⁰⁰, también se pudieron haber coordinado durante su rebelión.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Aunque nos falta información en este punto, es bastante probable que los soldados actuaran por su cuenta y sin la mediación de sus oficiales, los cuales, si aceptamos la versión de Apiano (*BC* 2.47), fueron el blanco de las críticas y de las protestas de sus hombres, al reprocharles, primero, que hubieran alargado intencionadamente la campaña y al sublevarse, después, contra ellos. Igualmente, el hecho de que algunos centuriones de la legión rebelde ayudaran a César a identificar a parte de los responsables del motín²⁴⁰¹, confirma nuestra sospecha de que, a diferencia de insurrecciones pasadas en las que los soldados, o bien se agruparon en torno a sus oficiales, o bien eligieron de entre ellos a sus representantes e interlocutores,

²³⁹⁵ Había servido, ininterrumpidamente, desde el 58 a. C., y, recientemente, había sufrido un elevado número de bajas en Hispania (*Caes. Civ.* 1.45).

²³⁹⁶ Para Dion Casio, la principal motivación de los soldados sería muy distinta. Aunque, al igual que Apiano (*BC* 2.47), recoge las demandas de licenciamiento y abono de los pagos atrasados (*D.C.* 41.26.1), para este autor las tropas sólo pretendían aprovecharse de la dependencia que César tenía con respecto a su ejército. De este modo, el presunto cansancio físico del ejército sería sólo una excusa con la que justificar su rebelión (*D.C.* 41.35.1-2), y sería falso también que las tropas no hubieran recibido puntualmente sus honorarios (*D.C.* 41.28.21). Lo que realmente ocurría, de acuerdo con su opinión, era que el ejército, consciente de que César lo necesitaba para imponerse a Pompeyo en la guerra, quería presionar a su comandante y obtener de él todo tipo de ventajas y privilegios futuros.

²³⁹⁷ *Fron. Str.* 4.5.2; *Suet. Jul.* 69; *App. BC* 2.47; *D.C.* 41.33.2. Para más información, *vid.* Marín y Peña, 1956: 67; Gruen, 1974: 372; Campbell, 1984: 22; Hinard, 1990: 151; Chrissanthos, 1999: 73-74; 2001, 67-69; Harris, 2006: 312; Kiesling, 2006: 241; De Blois, 2007: 174-175; Keaveney, 2007: 44, 45, 63, 83; Phang, 2008: 126; Salvo, 2013: 21; Brice, 2015b: 108-110; 2020a: 50, 52, 53-54, 58-60; 2020c: 117; 2020d: 255, 261-262, 264-265; Kavanagh, 2015-2016: 32; Goldberg, 2016: 145; Henaut, 2016: 167, 169, 176, 179; Machado, 2017: 19; Faszczka, 2018: 95.

²³⁹⁸ De acuerdo con Dion Casio (41.35.1), los soldados rebeldes llegaron a amenazar con desertar y pasarse al bando de Pompeyo si no obtenían lo que demandaban.

²³⁹⁹ *App. BC* 2.47.

²⁴⁰⁰ Para otros ejemplos en los que la ausencia del comandante romano provocó la relajación de la disciplina y/o la defección del ejército, *vid. supra* las insurrecciones contra Lucio Calpurnio Bestia, Espurio Postumio Albino, Lucio Valerio Flaco, Lucio Licinio Lúculo, y, más recientemente, Lucio Afranio y Marco Petreyo.

²⁴⁰¹ En nuestra opinión, al margen de que fuera su cometido informar y ayudar al comandante en jefe a mantener la disciplina en el ejército, creemos que con su colaboración los centuriones buscaron, ante todo, distanciarse del motín de las tropas y evitar que cayera sobre ellos la responsabilidad de la revuelta. Si bien César no tenía por qué desconfiar de su implicación, sí que podía acusarles de no haber sido capaces de controlar el descontento de sus hombres y de evitar que estos se amotinaran. De hecho, la primera intención de César fue diezmar a toda la legión, sin hacer distinción entre soldados y oficiales, lo que hizo que unos y otros se lamentaran de su suerte y que sus oficiales, «postrándose en tierra» le suplicaran (*App. BC* 2.47). Finalmente, César cedió y aplicó una *decimatio* atenuada, mientras que los oficiales de la *VIII* le ayudaron a identificar a los culpables (*App. BC* 2.47).

en esta ocasión las tropas actuaron con plena independencia con respecto a sus principales mandos militares.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No tenemos constancia de que se aplicara ningún medio de detección, control y/o represión durante la ausencia de César, a pesar de que las demandas de las tropas eran una vieja reivindicación y de que el motín de la *VIII* fuera mucho más grave de lo que César llegó a reconocer²⁴⁰². Sin embargo, sí que nos ha llegado la relación de las medidas llevadas a cabo por César a su regreso de Massilia. En primer lugar, reunió a su ejército en una *contio*²⁴⁰³; y, seguidamente, recriminó a sus hombres su falta de lealtad, recordándoles, asimismo, su *sacramentum militiae*²⁴⁰⁴; amenazó con diezmar a la *VIII* legión, para, después, ejecutar sólo a doce cabecillas elegidos por sorteo de un grupo de ciento veinte soldados²⁴⁰⁵; y, por último, licenció con ignominia a la *VIII* en su totalidad²⁴⁰⁶.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Gracias a su intervención, César retuvo a la *VIII* legión y no llegó a perder el control de la situación.

CONSECUENCIAS: Pese a que César logró apaciguar la insurrección de su ejército, no actuó ni sobre el origen de los problemas ni sobre las causas de su descontento, de forma que ni las reivindicaciones ni las demandas de las tropas quedaron resueltas. La habilidad que demostró César a la hora de restituir la disciplina en su ejército fue la misma que le faltó para corregir el malestar de sus hombres y satisfacer sus reclamaciones; hecho que a punto estuvo de costarle la victoria en la guerra²⁴⁰⁷.

COMENTARIO: Al margen de lo ya analizado, uno de los principales atractivos del episodio es el discurso que, de acuerdo con Dion Casio (41.27-35.4), pronunció César ante sus tropas durante el transcurso de la *contio*. Además de reprender a sus hombres y reprocharles su indisciplina, con su intervención César quiso defenderse de sus acusaciones y, ante todo, justificar la necesidad de castigar a los soldados. Para tal fin, César se presentó ante sus tropas, no como su general, sino como un padre que había sido traicionado por sus hijos²⁴⁰⁸. Nos describe el afecto que sentía por sus hombres, a los que consideraba sus hijos²⁴⁰⁹, y la responsabilidad que tenía para con ellos,

²⁴⁰² En este sentido, César llegó a admitir, por un lado, que conocía la existencia de unos pocos soldados que le eran desleales, pero que prefería fingir ignorarlo, porque creía que ellos mismos se volverían mejores con el tiempo por miedo a ser castigados si abusaban de sus errores; y, por el otro, que la indisciplina de dichos hombres no había sido reprimida a tiempo (D.C. 41.28.3).

²⁴⁰³ D.C. 41.26.2. A diferencia de lo que hiciera en *Vesantio*, en 58 a. C., César decidió que lo mejor en ese momento era reunir a sus tropas en una *contio*, y no convocar a su *consilium*. La razón de este cambio se debió a que ahora contaba con el respaldo de todo su ejército, a excepción de la legión amotinada, y entonces sólo dispuso del apoyo de la *X*. Ahora no temía que la situación se descontrolara y su vida corriera peligro, puesto que las demás unidades le eran fieles y cerraron filas en torno a él. César, en esta ocasión, quería mostrarse fuerte ante sus hombres y dirigir un mensaje a todos ellos, independientemente de que no hubieran participado o apoyado a la *VIII*, pues tenía constancia de que no era la única legión que compartía su opinión.

²⁴⁰⁴ App. BC 2.47.

²⁴⁰⁵ Fron. Str. 4.5.2; App. BC 2.47; D.C. 41.35.5. Es la primera *decimatio* desde la ordenada por Marco Licinio Craso, en 71 a. C. (*vid. supra*).

²⁴⁰⁶ Conforme a Suetonio (*Jul.* 69), «sólo después de muchos ruegos y súplicas la volvió a admitir de mala gana, y no sin haber castigado a los culpables». Cf. Fron. Str. 4.5.2; D.C. 41.35.4-5; 36.1.

²⁴⁰⁷ Para más información, *vid. infra* la insurrección de Campania de 47 a. C.

²⁴⁰⁸ D.C. 41.28; 33.2.

²⁴⁰⁹ De acuerdo con Suetonio (*Jul.* 67.2), «en la asamblea no los llamaba “soldados”, sino “conmilitones”, dándoles un apelativo más afectuoso». Cf. Polyæn. 8.23.22; Jal, 1962: 19-20.

«aconsejándolos y reprendiéndolos»²⁴¹⁰. En este punto, desarrolla todo lo que había hecho por sus tropas —nos habla de su generosidad²⁴¹¹, de su tolerancia con la indisciplina²⁴¹² y de todas las recompensas y privilegios que los soldados habían recibido bajo su mando²⁴¹³—, y, a continuación, denuncia el comportamiento sedicioso de una parte del ejército y anuncia la necesidad de reprimir su actitud²⁴¹⁴. A este respecto, debemos señalar que César no buscó la mera eliminación física de los soldados más revoltosos, sino que pretendió ir mucho más allá al utilizar el castigo de su ejército como un medio con el que presentar, una vez más, sus credenciales²⁴¹⁵. Así, a la vez que evitaba que la indisciplina se extendiera al resto de las legiones como si de una «enfermedad» se tratara²⁴¹⁶, e impedía que se invirtieran los roles en el ejército, y el que tenía la obligación de obedecer acabara mandando sobre el que tenía el derecho de dar órdenes²⁴¹⁷, prevenía que el mal comportamiento de sus hombres dañara su imagen pública²⁴¹⁸ —de ahí su interés en hacer ver que actuaba conforme a la ley y en favor de la República²⁴¹⁹—, y convertía la represión de la *VIII* en una advertencia y en un ejemplo de cara al futuro²⁴²⁰.

²⁴¹⁰ D.C. 41.27.1-2.

²⁴¹¹ D.C. 41.28.1.

²⁴¹² D.C. 41.28.1; 33.2. De esta hipotética indulgencia también nos habla Suetonio (*Jul.* 67.1): «En cuanto a las faltas, ni las tenía todas en consideración, ni las sancionaba en proporción a su magnitud, sino que, si bien perseguía y castigaba con mayor severidad a los desertores y sediciosos, hacía la vista gorda con los demás». Cf. Dion Casio (42.55.3), cuando nos dice que «[César] se mostraba afectuoso con todos, especialmente con los soldados, odiaba profundamente a los que se amotinaban y les imponía castigos severísimos».

²⁴¹³ D.C. 41.28.1. Cf. Suet. *Jul.* 67.1.

²⁴¹⁴ D.C. 41.28.2-29.1.

²⁴¹⁵ «No creáis que porque prestáis servicio en el ejército sois superiores a los ciudadanos que están en sus casas; porque unos y otros sois romanos y aquellos, como vosotros, también han participado y participarán en campañas [...]; las leyes están por encima de vosotros y, sin duda, alguna vez dejaréis estas armas [...]; nosotros venimos ahora aquí para socorrer a nuestra patria ultrajada y defenderla de quienes la ofenden [...]» (D.C. 41.31.1; 32.1). Antes que militar, el soldado de Roma era ciudadano romano, y eso César lo sabía muy bien, por esa razón en sus discursos y arengas incluía parte de su ideario político (véase, por ejemplo, el famoso discurso previo a pasar el Rubicón (Plu. *Caes.* 31.2-3; Suet. *Jul.* 33; Oros. 6.15.3)), porque sabía que, más tarde o más temprano, sus tropas acabarían retornando a la vida civil y necesitaría de su posterior apoyo una vez el conflicto hubiera acabado. De ahí que César necesitara presentarse ante su audiencia como un estratega moderado, prudente y justo, tanto en lo militar como en lo político, y se viera en la obligación de justificar todos sus actos, ya sea a la hora de iniciar la guerra, ya sea en el momento de castigar a sus soldados.

²⁴¹⁶ D.C. 41.29.1-2. La comparación entre un cuerpo enfermo o demente y un ejército sedicioso ya se planteó muchos años atrás, en 206 a. C., durante la intervención de Publio Cornelio Escipión Africano con motivo del motín de Sucro (Liv. 28.29.3). Asimismo, dicha reflexión se encuentra en la línea de lo expuesto por Aulo Gelio (10.8.1), para quien el soldado infractor era un «enfermo», un maldito, un *sacer*. Cf. App. *BC* 5.16; Bouquie, 1884: 122-123; Andrieux, 1927: 10; Helgeland, 1978: 1478; Nicolet, 1980: 102-103; Carcani, 1981: 42; Campbell, 1984: 23; McPhail 1991; Perea, 2003: 123, 128; 2006a: 13-14; Woodman 2006; Keaveney, 2007: 90; Phang, 2008: 117; Palao, 2010: 35; Connal 2012; Chrissanthos, 2013: 321; Billing, 2015: 42; Brice 2015b: 109, 119; 2020a: 59, 62; 2020b: 48; 2020c: 119; Pérez Carrandi, 2020a: 239; Escorihuela, 2020-2021: 90-91.

²⁴¹⁷ «Pues es mucho mayor el riesgo que corre una ciudad si sus soldados se acostumbran a dar órdenes a sus generales y a administrar la justicia por su cuenta, que el hecho de que un hombre muera injustamente» (D.C. 41.34.5). Cf. D.C. 41.33.3-4; 35.2.

²⁴¹⁸ «Porque por culpa de estos [de los sediciosos], todos nosotros necesariamente tenemos mala fama incluso sin haber hecho nada malo [...], aunque no participemos de sus excesos, cargamos por igual con los reproches» (D.C. 41.30.1). Cf. D.C. 41.30; 34.1.

²⁴¹⁹ D.C. 41.31.1; 32.1-3. De acuerdo con Apiano (*BC* 2.47), César se amparó en la «ley patria» para justificar el castigo de sus hombres. En tal sentido, Dion Casio (41.28.2) nos informa de que sólo los

3.15.8. Epiro²⁴²¹, provincia de Macedonia, 48 a. C.

«Al mismo tiempo se decía que César se aproximaba, y se apoderó tanto terror del ejército [...], que casi todos los del Epiro y regiones próximas abandonaron la formación, muchos arrojaron las armas y la marcha del ejército parecía una huida [...]. Estando aún el ejército aterrorizado, [Tito] Labieno se adelantó el primero y juró que él no le abandonaría y que experimentaría la misma suerte que la fortuna diese a Pompeyo»²⁴²².

SITUACIÓN PREVIA: Un año después de empezar la guerra, las operaciones militares se desplazaron al otro lado del Adriático, en donde se habían refugiado Cneo Pompeyo Magno y su ejército después de abandonar Italia²⁴²³. Es entonces cuando debemos situar la siguiente insurrección.

CAUSAS: Dos fueron las razones detrás de la indisciplina de los pompeyanos: militares y psicológicas. La llegada de César provocó que muchas poblaciones del Epiro, como Órico y Apolonia, abandonaran el bando pompeyano²⁴²⁴ —del mismo modo que había ocurrido al principio de la guerra con otras muchas poblaciones italianas que se pasaron al lado de César junto con sus guarniciones²⁴²⁵—, y que el terror se apoderara del ejército de Pompeyo, como consecuencia de la cercanía de César y de las recientes defecciones²⁴²⁶.

OBJETIVOS: La principal motivación de las tropas fue salvar la vida y evitar el enfrentamiento con César.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Aunque, de acuerdo con César (Civ. 13.2-3), la totalidad del ejército pompeyano fue presa del pánico, parece que la indisciplina afectó, sobre todo, a las unidades procedentes «del Epiro y regiones próximas». Al respecto, abandonaron la formación y sus armas y, muy probablemente, parte de esas tropas huyeron. La insurrección fue espontánea y no violenta.

soldados de César que obedecían «escrupulosa y satisfactoriamente» sus órdenes eran los únicos que permanecían «fieles a las costumbres de los antepasados».

²⁴²⁰ D.C. 41.34.1.

²⁴²¹ Cerca de Dirraquio (actual Durrës, oeste de Albania).

²⁴²² Caes. Civ. 13.2-3.

²⁴²³ «Había logrado nueve legiones de ciudadanos romanos: cinco que pasó de Italia; una veterana procedente de Sicilia, a la que, por estar compuesta de dos, llamaba gemela; una reclutada en Creta y Macedonia, compuesta de soldados veteranos, que, licenciados por sus anteriores generales, se habían establecido en estas provincias; dos de Asia que había alistado el cónsul [Lucio Cornelio] Léntulo [Crus] [...]. Además de estas tropas, estaba esperando dos legiones de Siria con su general [Quinto Cecilio Metelo] Escipión [y contaba con el apoyo de un numerosísimo contingente de tropas auxiliares y aliadas]». Aunque, tal y como se puede apreciar, César (Civ. 3.4) nos ofrece una extensa relación de las fuerzas con las que contó Pompeyo a la altura de 48 a. C., desconocemos el número real de efectivos que se vieron implicados en el incidente, pues, según iremos viendo en el análisis, estimamos un impacto mucho mayor al referido por el dictador.

²⁴²⁴ Caes. Civ. 3.11-12; App. BC 2.54.

²⁴²⁵ Caes. Civ. 1.12.2; 13.4; 15.3; 16.1.

²⁴²⁶ Caes. Civ. 3.13.2-3.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Mientras que el miedo fue el principal aglutinante de las tropas, no podemos garantizar que la acción de los epirotas fuera impulsada por ningún otro medio de cohesión complementario²⁴²⁷.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Si bien Pompeyo no hizo nada por apaciguar a sus hombres, no podemos decir lo mismo de Tito Labieno. Fue el primero en distinguirse y en jurar lealtad a Pompeyo. Acto seguido, «los restantes legados hicieron el mismo juramento; a estos siguieron los tribunos militares y centuriones y todo el ejército juró lo mismo»²⁴²⁸. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Gracias a la rapidez de Labieno y al recurso del *iusiurandum*²⁴²⁹, Pompeyo fue capaz de retener a su ejército y retomar el control de la situación.

CONSECUENCIAS: Por fortuna para Pompeyo, la intervención de Labieno evitó la desertión en masa de su ejército, y los problemas de indisciplina no se extendieron al resto de unidades.

COMENTARIO: El episodio nos plantea dos hipótesis que, sin embargo, no podemos corroborar a causa de la falta de información disponible. En primer lugar, debemos comentar que, aunque el miedo fuera, tal y como hemos señalado más arriba, el principal aglutinante de las tropas, no podemos descartar que, más allá del móvil militar comentado anteriormente, no existiera una conexión adicional entre la defección de las poblaciones epirotas y la indisciplina de sus soldados. El hecho de que fueran las tropas epirotas las principales promotoras de los desórdenes en el ejército de Pompeyo y que la presencia de César fuera el detonante de la desertión de muchas de las comunidades locales²⁴³⁰, nos sugiere que, tal vez, pudo existir una relación entre ambos hechos de naturaleza política y/o socioeconómica muy similar a la analizada en el episodio entre Marco Terencio Varrón y los soldados de la Ulterior²⁴³¹. En este sentido, localidades como Órico y Apolonia habrían aprovechado la llegada de César para abandonar un bando con el que, o bien no se sentían identificadas, o bien no estaban satisfechas, habida cuenta de las imposiciones de dinero y tropas que había hecho Pompeyo a su llegada el año anterior. En este caso, las tropas habrían materializado en lo militar el descontento que la población civil epirota sentía en lo político y/o económico. En segundo lugar, que legados, tribunos militares, centuriones y, finalmente, la totalidad del ejército pompeyano tuviera que jurar el *iusiurandum* propuesto por Tito Labieno nos hace pensar que los problemas de disciplina no se circunscribieron a los epirotas —ya que, probablemente, se hubiera aplicado una medida más limitada y que no implicara a todo el ejército²⁴³²—, y que, muy

²⁴²⁷ Para otra versión, *vid. infra*.

²⁴²⁸ Caes. Civ. 3.13.3-4.

²⁴²⁹ A diferencia de lo que le ocurrió a Fimbria, en 85 a. C., pero del mismo modo que le sucedió a Petreyo, en 49 a. C., Tito Labieno fue capaz de contener el problema con la administración de un nuevo juramento.

²⁴³⁰ Caes. Civ. 3.13.1-2.

²⁴³¹ *Vid. supra*.

²⁴³² En lo que llevamos de siglo, siempre que se ha aplicado un nuevo *sacramentum* o *iusiurandum* ha sido porque los problemas de disciplina han afectado a todo el ejército (con un nuevo *sacramentum militiae* confirmaron Lucio Cornelio Cinna y Cayo Julio César la incorporación de las tropas de Apio Claudio Pulcro y Lucio Domicio Ahenobarbo, en 87 y 49 a. C., respectivamente; y con un *iusiurandum*

posiblemente, los desórdenes y los intentos de huida y de desertión se extendieron a lo largo y ancho del ejército pompeyano, ganando la insurrección una dimensión mucho mayor y más peligrosa de lo que César llegó a atestiguar.

3.15.9. Dirraquio, provincia de Macedonia, julio del 48 a. C.

«César hizo venir desde otro lugar a un nuevo ejército, y hasta tal punto se aterrorizó este también que [...] no hicieron alto cuando se encontraban a las puertas del campamento, ni penetraron en orden, ni obedecieron los mandatos, sino que cada uno huyó por donde se encontraba sin volverse atrás, sin pundonor, sin una orden y sin razón. César corrió en torno a ellos [...]; sin embargo, arrojaban las enseñas ante sus ojos y huían, y otros, por vergüenza, clavaban la mirada en tierra, inactivos; tan grande era la consternación que se había abatido sobre ellos»²⁴³³.

SITUACIÓN PREVIA: El siguiente episodio comprende dos partes, ambas favorables a Pompeyo: el ataque pompeyano a las obras de fortificación de César, en Dirraquio²⁴³⁴, y el posterior enfrentamiento entre ambos ejércitos²⁴³⁵. Mientras que en la primera parte fue la *VIII* legión la principal afectada²⁴³⁶, en la segunda se vio involucrado todo el ejército cesariano²⁴³⁷.

CAUSAS: Si, en el primer incidente, fue la superioridad militar de Pompeyo, quien movilizó a todas sus fuerzas contra la *VIII* de César —la única unidad que había sido destacada para las obras de fortificación—, así como la diferencia numérica entre ambos ejércitos, lo que provocó que los cesarianos terminaran huyendo y que todo intento de refuerzo fracasara a causa del caos y del desorden producido por la desbandada de las tropas²⁴³⁸; en el segundo caso, fue la huida de la caballería cesariana, la cual temió verse atrapada entre dos frentes, lo que produjo la fuga de todo el ejército²⁴³⁹. Al igual que en el primer incidente, fue el pánico de las tropas lo que favoreció su derrota e impidió por segunda vez consecutiva una retirada organizada²⁴⁴⁰.

intentaron retener Cayo Flavio Fimbria y Marco Petreyo a sus soldados, en 85 y 49 a. C., respectivamente), y no sólo a una unidad en particular, en cuyo caso se ha actuado de manera local (véase, por ejemplo, los castigos impuestos por Cayo Escrubonio Curión a la legión amotinada, en 75 a. C., y la reciente *decimatio* atenuada aplicada por César, en 49 a. C.; por no hablar de los castigos singularizados que aplicaron Lucio Licinio Lúculo y Quinto Sertorio, *vid. supra*).

²⁴³³ App. *BC* 2.62.

²⁴³⁴ Caes. *Civ.* 3.61.3-65; App. *BC* 2.61.

²⁴³⁵ Caes. *Civ.* 3.67-74; App. *BC* 2.62-64.

²⁴³⁶ Al frente de la cual se encontraban el cuestor Léntulo Marcelino y, como adjunto de este, Fulvio Póstumo (Caes. *Civ.* 3.62.4).

²⁴³⁷ En total, treinta y tres cohortes, entre las que estaba la *VIII* legión, que había perdido muchos centuriones y había visto reducido el número de sus soldados en el enfrentamiento anterior, y un número indeterminado de jinetes (Caes. *Civ.* 3.67.3; 69.2).

²⁴³⁸ De acuerdo con César (*Civ.* 3.64.2), «cualquier refuerzo que se enviaba, contagiado por el miedo de los que huían, aumentaba el terror y el peligro, pues el gran número de hombres impedía la retirada». Cf. Caes. *Civ.* 3.63.5-65.1; App. *BC* 2.61.

²⁴³⁹ Conforme a César (*Civ.* 3.69.4), «todo era confusión, temor, huida, hasta el punto de que, al ordenarles César detenerse tomando por su propia mano las insignias de los fugitivos, unos, dejando los caballos, prosiguieron la carrera; otros, por miedo, incluso perdieron las insignias, y absolutamente ninguno se detuvo». Cf. Caes. *Civ.* 3.69.2-4; App. *BC* 2.62.

²⁴⁴⁰ Plu. *Caes.* 39.4-5; Oros. 6.15.21.

OBJETIVOS: En ambos casos, la principal motivación de las tropas fue escapar del combate y salvar la vida²⁴⁴¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Durante los enfrentamientos en Dirraquio, los soldados cesarianos rompieron en dos ocasiones la disciplina del combate y huyeron de la lucha de forma caótica y desordenada. La insurrección fue espontánea, desorganizada e incruenta²⁴⁴².

MECANISMOS DE COHESIÓN: Mientras que el miedo hizo tanto de aglutinante de las tropas como de detonante de su indisciplina, sólo advertimos una suerte de cohesión en torno a los esfuerzos que una parte de los soldados de la *VIII* hicieron por evitar que el *aquila* de la legión cayera en manos pompeyanas²⁴⁴³. Sin embargo, no gozaron de la misma consideración el resto de enseñas, las cuales fueron tiradas, abandonadas y despreciadas por las tropas²⁴⁴⁴, a pesar de que, según Dionisio de Halicarnaso (11.43.1-2), «el juramento militar, que los romanos sancionan más especialmente que todos los demás, ordena que los soldados sigan a sus mandos a donde los lleven y la ley da poder a los generales para matar sin juicio a quienes desobedezcan o abandonen los estandartes».

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: durante el primer enfrentamiento, junto al valor emocional que se le dio al águila legionaria en el momento de alentar a las tropas y reactivar su *esprit de corps*²⁴⁴⁵, destacamos el intento del cuestor Léntulo Marcelino de enviar refuerzos de la *VIII* para que ayudaran a sus compañeros de armas²⁴⁴⁶, y la providencial intervención de Marco Antonio, quien, al frente de doce cohortes, logró rechazar a los pompeyanos²⁴⁴⁷. En cambio, durante el segundo combate, salvo un intento infructuoso de César por contener a sus hombres²⁴⁴⁸, el desconcierto y la confusión de la huida hicieron inútil todo intento por controlar y disciplinar la desbandada de los soldados²⁴⁴⁹. Finalizada la batalla, una vez que el peligro ya había pasado y el orden había vuelto por sí mismo al ejército, César tuvo la oportunidad de intervenir ante sus hombres. Reunió a sus tropas en una *contio* y, tras exhortar a los soldados²⁴⁵⁰, «notó de infamia a algunos portaestandartes, y los degradó»²⁴⁵¹ por haber

²⁴⁴¹ Caes. Civ. 3.63.8; 64.2; 69.2-4; App. BC 2.62; Oros. 6.15.21.

²⁴⁴² Pese a que, conforme a la mayoría de autores clásicos, la desbandada del ejército cesariano fue, en su mayor parte, pacífica y las tropas, hasta donde sabemos, no usaron la violencia, de acuerdo con Plutarco (Caes. 39.6-7), César estuvo a punto de sufrir la agresión de uno de sus hombres cuando, en vano, intentó detener la fuga de sus soldados. Cf. App. BC 2.62, para quien no hubo agresión. Para más información de lo sucedido, vid. Kiesling, 2006: 241; Keaveney, 2007: 10; Phang, 2008: 126; McNab, 2010: 127; Goldberg, 2016: 145; Faszczka, 2018: 96; James, 2019: 77-78; Brice, 2020c: 118; 2020d: 260.

²⁴⁴³ «Siendo herido gravemente en este combate el portador del águila y sintiéndose sin fuerzas [...] dijo: “No permitáis que se sufra un deshonor militar [...], llevádsela incólume [a César]”. Por este hecho se salvó el águila, habiendo encontrado la muerte todos los centuriones de la primera cohorte, excepto el de la primera centuria de los príncipes» (Caes. Civ. 3.64.3-4). Cf. Plu. Caes. 39.6; App. BC 2.61.

²⁴⁴⁴ Caes. Civ. 3.69.4; App. BC 2.62. Según César (Civ. 3.71.2) y Plutarco (Caes. 39.6), quien copia al primero, se perdieron entre las dos batallas treinta y dos estandartes militares; Apiano (BC 2.62) reduce la pérdida a veintiocho.

²⁴⁴⁵ Caes. Civ. 3.64.3-4.

²⁴⁴⁶ Caes. Civ. 3.64.1.

²⁴⁴⁷ Caes. Civ. 3.65.1-2.

²⁴⁴⁸ Plu. Caes. 39.6-7; Oros. 6.15.21.

²⁴⁴⁹ Plu. Caes. 39.4-5; App. BC 2.62.

²⁴⁵⁰ Caes. Civ. 3.73.2-6. Cf. App. BC 2.63; Polyæn. 8.23.26.

²⁴⁵¹ Caes. Civ. 3.74.1. Cf. App. BC 2.63.

abandonado sus respectivas enseñas durante el combate y haber ayudado a que el caos y el desorden se apoderan de todo el ejército²⁴⁵².

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. De poco les sirvió a las tropas abandonar el combate, pues, conforme a César, fueron más los muertos provocados por la huida general que los que mataron las armas pompeyanas²⁴⁵³. «Aplastados en el terror de la huida», gran parte de los soldados murió sin herida alguna²⁴⁵⁴.

CONSECUENCIAS: Junto a la derrota cesariana²⁴⁵⁵, destacamos, por un lado, la pérdida de confianza de César con respecto a sus hombres, pues no sabía hasta qué punto el terror de la batalla y la derrota habían podido afectar a su valor²⁴⁵⁶; y, por el otro, el refuerzo anímico que encontró el bando pompeyano tras derrotar a César con tanta superioridad²⁴⁵⁷.

COMENTARIO: Si el elemento psicológico fue determinante durante los enfrentamientos al romper la disciplina militar, provocar la estampida del ejército y evitar todo intento de controlar a las tropas, no menos importante fue tras la batalla en el momento de gestionar cada bando, cesarianos y pompeyanos, la derrota y la victoria, respectivamente. Concluido el enfrentamiento, César se encontró con un ejército roto y hundido por la derrota, desmoralizado y abatido, y, lo que es peor, con unas tropas de las que desconfiaba, puesto que no sabía en qué medida la derrota había afectado a su espíritu combativo. Ante tales circunstancias, de poco servía reprimir con violencia la cobardía de sus soldados, pues, lejos de ayudar a reparar su ánimo, todavía lo dañaría más, y, por otro lado, temía que si actuaba con demasiada severidad pudiera provocar su amotinamiento o desertión, tal era el estado de consternación en el que se hallaban²⁴⁵⁸. En su lugar, César «les hizo suaves reproches y les concedió el perdón»²⁴⁵⁹, arengó a sus hombres y esperó a que la culpa y el remordimiento hicieran el resto²⁴⁶⁰. Conforme a Apiano (BC 2.63), los oficiales de César le pidieron, primero, que «echara la suerte

²⁴⁵² De acuerdo con Apiano (BC 2.63), los oficiales de César «pidieron a gritos que diera muerte a los que portaban las insignias, argumentando que ellos no hubieran huido jamás de no ser porque las enseñas, previamente, se habían vuelto en fuga».

²⁴⁵³ Caes. Civ. 3.72.3. Pese a que no le falta razón a César, y una retirada o fuga desorganizada y caótica podía ocasionar tantas bajas como la peor de las derrotas, no debemos ignorar que, ante todo, César buscó justificar su derrota y restar mérito a la victoria de Pompeyo, quien había sido muy superior en ambos combates.

²⁴⁵⁴ Caes. Civ. 3.71.2. Por no hablar de los cesarianos que fueron capturados y ejecutados por orden de Tito Labieno, antiguo lugarteniente de César en las Galias (Caes. Civ. 3.71.4).

²⁴⁵⁵ En el primer choque, además del *aquilifer* de la VIII legión y de un número indeterminado de soldados, encontraron la muerte todos los centuriones de la primera cohorte, excepto el de la primera centuria de los *principes* (Caes. Civ. 3.64.4; 67.3). En total, de acuerdo con César (Civ. 3.71.1), novecientos sesenta soldados, cinco tribunos militares, treinta y dos centuriones y varios notables caballeros romanos perdieron la vida. Para Plutarco (*Pomp.* 65.8), murieron dos mil cesarianos, y, según Orosio (6.15.21), fueron «cuatro mil soldados, veintidós centuriones y muchos caballeros romanos».

²⁴⁵⁶ Caes. Civ. 3.74.3; App. BC 2.64.

²⁴⁵⁷ Caes. Civ. 3.72.1; App. BC 2.63. Pompeyo incluso fue aclamado *imperator* por sus tropas (Caes. Civ. 3.71.3).

²⁴⁵⁸ Según Apiano (BC 2.63), «[Pompeyo] confió en que el ejército de César se pasaría a él de inmediato, pues estaba oprimido por el hambre y aterrado por la derrota, y, en especial, los oficiales, temerosos de su comportamiento vergonzoso».

²⁴⁵⁹ App. BC 2.63.

²⁴⁶⁰ Polyæn. 8.23.26.

entre ellos y diera muerte a la décima parte», y, después, que hiciera lo propio con los portaestandartes, a quienes culpabilizaban de que el ejército se hubiera dado a la fuga. César no hizo ni lo uno ni lo otro. La moderación con la que el general romano gestionó el mal comportamiento de su ejército hizo que su ánimo cambiara²⁴⁶¹ y que todos sus hombres le pidieran combatir de nuevo²⁴⁶², hasta el punto de que, avergonzados por su cobardía, «se tomaban los unos a los otros juramentos, por compañías, [...] de que no retornarían del combate a no ser con la victoria»²⁴⁶³. Por su parte, Pompeyo se encontró con una situación radicalmente distinta. La facilidad con la que se impuso a César en Dirraquio hizo que, tanto soldados como oficiales, dieran por concluida la campaña, pues no esperaban que César fuera capaz de reponerse de la derrota y, mucho menos, que lograra recomponer a un ejército tan debilitado por la batalla como por el hambre²⁴⁶⁴. Sin embargo, la alegría pronto se tornó en regodeo, y la satisfacción en prepotencia. La excesiva confianza de los pompeyanos, en particular de sus oficiales, hizo que Pompeyo no fuera capaz de explotar la victoria y que no terminara la guerra en Dirraquio. Como veremos en la siguiente insurrección, las dudas de Pompeyo, la soberbia de los principales líderes pompeyanos y las presiones del ejército, hicieron que lo que pudo haber sido la victoria definitiva diera lugar a una derrota sin paliativos.

3.15.10. Farsalia²⁴⁶⁵, Tesalia, agosto del 48 a. C.

«Con estas y con muchas otras opiniones semejantes doblegaron a Pompeyo, que era un hombre dominado por la opinión pública y por el respeto hacia sus amigos, y lo arrastraron a seguir sus propias esperanzas e impulsos apartándole de sus mejores planes [...]. Pompeyo [...] cedía a la facción malsana del ejército por miedo a resultarles odioso en su afán de salvarlos»²⁴⁶⁶.

SITUACIÓN PREVIA: El episodio anterior nos dejó a un ejército herido en su orgullo y en plena recomposición, y a otro ensobrecido por la victoria. Si los cesarianos buscaron en un nuevo enfrentamiento escapar de su actual situación, limpiar su ignominia y resarcirse de la última derrota²⁴⁶⁷; los pompeyanos²⁴⁶⁸ exigieron el combate

²⁴⁶¹ «Fue tanto el dolor de todo el ejército y tanto el deseo de resarcir el desdoro que nadie necesitaba órdenes de tribuno o centurión, y cada uno se imponía como castigo mayores trabajos» (Caes. Civ. 3.74.2). Cf. Polyaen. 8.23.26.

²⁴⁶² Caes. Civ. 3.74.2; App. BC 2.63; Polyaen. 8.23.26. Salvando las distancias, el precedente inmediato a un cambio de actitud similar lo encontramos, en 49 a. C., cuando las tropas del cesariano Cayo Escrubonio Curión le exhortaron enfrentarse a Publio Atio Varo con el fin de demostrarle que eran de fiar y que le seguían siendo leales a pesar de haber sufrido recientemente una desertión (*vid. supra*).

²⁴⁶³ App. BC 2.63.

²⁴⁶⁴ Caes. Civ. 3.72; App. BC 2.63.

²⁴⁶⁵ En la actual Grecia.

²⁴⁶⁶ Plu. Pomp. 67.7-8.

²⁴⁶⁷ Según Apiano (BC 2.66), los soldados de César «ardían en deseos de ser llevados a combatir con los enemigos, y creían que ellos, que habían sido ejercitados durante diez años, eran muy superiores a las tropas recién reclutadas de Pompeyo [...]. Y aunque estaban totalmente exhaustos, les parecía mejor llevar a cabo algún hecho (con valor) [***] que perecer de hambre en la inactividad».

²⁴⁶⁸ Se estima que Pompeyo reunió en Farsalia un total de once legiones romanas, así como un elevado número de contingentes aliados. Aproximadamente, unos treinta y ocho mil infantes y siete mil jinetes (Caes. Civ. 3.88; App. BC 2.70-71; D.C. 41.55.2-4).

y repartirse las mieles del éxito a costa de un ejército al que daban ya por desahuciado²⁴⁶⁹.

CAUSAS: Identificamos tres posibles razones por las cuales los pompeyanos forzaron a su comandante a presentar batalla: militares, económicas y personales. Para la inmensa mayoría de los pompeyanos, el fin de la guerra pasaba por derrotar a César en la próxima batalla. Así, conscientes de las dificultades de su rival y envalentonados por la reciente victoria de Dirraquio, desde senadores hasta reyes aliados, pasando por caballeros y soldados, todo el ejército pompeyano presionó a su comandante para que, renunciando a su estrategia²⁴⁷⁰, entrara en combate, derrotara a César y les librara de una vez del servicio y de la guerra²⁴⁷¹. Con César fuera de combate y la guerra ganada, los soldados esperaban hacerse con un lucrativo botín, así como cobrar las recompensas prometidas y retornar a sus hogares²⁴⁷²; los oficiales —en donde incluimos a senadores y caballeros— satisfacer sus ambiciones políticas y personales (que no eran pocas²⁴⁷³); y los reyes aliados obtener alguna ventaja territorial de su apoyo militar²⁴⁷⁴.

OBJETIVOS: Tal y como se desprende del párrafo anterior, la principal motivación del ejército pompeyano fue ver cumplidas y satisfechas todas sus expectativas y ambiciones, ya fuera en lo personal o en lo económico.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Tanto los oficiales como los soldados del ejército pompeyano criticaron y rechazaron la estrategia de Pompeyo, desobedecieron sus órdenes, declinaron su voluntad de rendir a César por el hambre y la enfermedad, y presionaron y protestaron hasta que lograron

²⁴⁶⁹ De acuerdo con Apiano (*BC* 2.71), «el ejército de Pompeyo se había excitado con un orgullo absolutamente insano, se había impuesto a su propio general y habían emprendido la acción de la forma más inexperta desde el punto de vista bélico».

²⁴⁷⁰ «César tenía sólo lo que encontraba con dificultad y aquello que podía coger con grandes penalidades», de ahí que Pompeyo considerase «que era peligroso arriesgar todo en una sola batalla [...], y, en cambio, que era más eficaz y menos expuesto agotarlos por la falta de recursos». Así, pretendía «demorar la guerra y llevar al enemigo desde una situación de hambre a otra de epidemia» (*App. BC* 2.66). La situación de César era más dramática que la que provocó el año anterior la insurrección del ejército de Afranio y Petreyo (*vid. supra*).

²⁴⁷¹ *App. BC* 2.67. *Cf. Luc.* 45-150; *Plu. Caes.* 40.1, 4; 41.2-5; 42.1-3; *Pomp.* 66.1-2; *Flor. Epit.* 2.13.43; *Polyaen.* 8.23.14.

²⁴⁷² Del mismo modo que los soldados de César presionaron, en 49 a. C., para presentar batalla a los legados Lucio Afranio y Marco Petreyo, porque consideraban que era la forma más rápida de enriquecerse con el botín de guerra capturado, en esta ocasión los hombres de Pompeyo pensaron lo mismo de los cesarianos. La derrota de un ejército rival en combate solía traer más beneficios económicos al ejército vencedor que si las tropas enemigas se rendían, pues en ese caso no siempre estaba garantizado el pillaje. Para otro ejemplo similar, *vid. supra* las quejas que los “fimbrianos” mantuvieron con Lúculo por dirigir la campaña con menor agresividad de lo esperado. Si se tomaban todas las ciudades sin luchar y ninguna caía por la fuerza de las armas, los “fimbrianos” eran privados del saqueo y del botín de guerra consiguiente.

²⁴⁷³ Conforme a Plutarco (*Caes.* 42.2), «sus altos mandos estaban tan confiados y habían concebido por adelantado tales esperanzas en la victoria, que [Lucio] Domicio [Ahenobarbo], [Publio Cornelio Léntulo] Espínter y [Quinto Cecilio Metelo] Escipión se disputaban y contendían entre sí por el cargo de pontífice máximo que desempeñaba César; y muchos mandaban enviados a Roma para alquilar y reservar por adelantado mansiones apropiadas para un cónsul o un pretor, en la idea de que nada más terminar la guerra ocuparían esas magistraturas».

²⁴⁷⁴ *Caes. Civ.* 3.82.3-4; 83; *Plu. Pomp.* 66.2; 67.9; 72.6; *Flor. Epit.* 2.13.43.

que su general cambiara de opinión y aceptara llevarlos al combate²⁴⁷⁵. En parte, las acciones de unos y otros gozaron de cierta organización, tal y como se defenderá a continuación; y, si bien las presiones y protestas no derivaron en violencia física, la acción del ejército tampoco fue pacífica²⁴⁷⁶.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Creemos que no hubo coordinación entre la soldadesca y sus mandos militares, que fue el clima de desgobierno e indisciplina lo que ayudó a que se extendiera el malestar en todo el ejército, y que fueron la ambición y el exceso de confianza los principales aglutinantes de soldados y oficiales²⁴⁷⁷. Más allá de la pugna que los más próximos a Pompeyo protagonizaron en torno a los hipotéticos mandos y magistraturas que desempeñarían una vez César fuera derrotado²⁴⁷⁸, no contamos con más información acerca de su posible organización. Y, en lo que respecta a las tropas, creemos que fue la disputa que mantuvo Pompeyo con sus oficiales lo que permitió a la soldadesca moverse con total libertad y seguridad, así como presionar a su comandante, sin miedo a ser castigada.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Aunque las protestas se extendieron durante días, Pompeyo no tuvo ni los medios ni la capacidad de aplicar ningún mecanismo de control y/o represión que le devolviera el control de la situación. Sin el apoyo de su *consilium* ni de sus oficiales, y con todo el ejército en su contra, Pompeyo no pudo ni siquiera apoyarse en sus aliados, quienes también se posicionaron en contra de su estrategia²⁴⁷⁹. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Si bien las presiones a las que se vio expuesto Pompeyo lograron doblegar su voluntad y hacerle cambiar de estrategia²⁴⁸⁰ —hasta el punto de que, según Apiano (BC 2.69), llegó a perder el control total del ejército y de la situación, «como si ya no fuera el general, sino un mandado, e hiciera todo bajo presión y en contra de su parecer»—, la posterior derrota de Farsalia impidió que se vieran satisfechos los deseos y los intereses que habían originado la desobediencia e indisciplina del ejército²⁴⁸¹.

CONSECUENCIAS: La lucha interna en la que cayó el ejército pompeyano arruinó sus opciones de victoria y precipitó los acontecimientos al enfrentarse a unas tropas, las cesarianas, que, aunque menores en número, estaban mejor preparadas y tenían mucha

²⁴⁷⁵ Luc. 45-150; Plu. *Caes.* 41.2; 42.2-3; *Pomp.* 66.2; 67.4-7; App. *BC* 2.66-69, 71-72, 74; Polyæn. 8.23.14; D.C. 42.1.3. Cf. Marín y Peña, 1956: 66; Harris, 2006: 311-312; Keaveney, 2007: 11; Brice, 2014: 35, 136; 2020d: 260.

²⁴⁷⁶ Aunque la vida de Pompeyo no corrió peligro, de acuerdo con Apiano (BC 2.67), fue criticado y censurado; y, según Plutarco (*Caes.* 41.2; *Pomp.* 67.4-7), fue ridiculizado (le llamaron “Rey de reyes” y “Agamenón”) y amenazado. Cf. Luc. 45-150.

²⁴⁷⁷ «“No es difícil que unos luchadores curtidos en exceso venzan a unas tropas recién reclutadas y todavía inexpertas en la guerra, máxime cuando, como unos jovencuelos, caigan en el desorden y la desobediencia a su general. Del cual he oído que está temeroso y que marcha al combate contra su voluntad, y que su estrella está en declive y se ha vuelto lento y vacilante en todo, y ni siquiera manda más que recibe órdenes”» (App. *BC* 2.74). Cf. App. *BC* 2.71; Polyæn. 8.23.14.

²⁴⁷⁸ Plu. *Caes.* 42.2.

²⁴⁷⁹ Luc. 45-150; Plu. *Pomp.* 66.1-2; 67.2-9.

²⁴⁸⁰ Según Apiano (BC 2.67), «se preparó contra su voluntad para combatir en perjuicio suyo y de los que le habían persuadido a él». Cf. Luc. 45-150; Plu. *Caes.* 40.2; 41.1, 5; 42.1-3; *Pomp.* 66.1, 6; 67.1-2, 7-8; Flor. *Epit.* 2.13.43; Polyæn. 8.23.14.

²⁴⁸¹ *Caes. Civ.* 3.93-99.

más experiencia²⁴⁸². Pompeyo sufrió una derrota sin paliativos²⁴⁸³, que le obligó a huir y a refugiarse en Alejandría, en donde fue asesinado²⁴⁸⁴. Por último, en cuanto a los supervivientes pompeyanos, «César integró a la mayoría en sus propias legiones, y concedió el perdón a muchos de los personajes de alto rango, entre ellos a [Marco Junio] Bruto, quien había de matarlo más tarde»²⁴⁸⁵.

COMENTARIO: La torpeza con la que Pompeyo gestionó la victoria de Dirraquio coadyuvó a que perdiera irremediablemente el control de su ejército. En lugar de reforzar su liderazgo y de fortalecer su posición, la victoria contribuyó a que su figura palidciera y a que muchos de sus principales colaboradores cuestionaran, no sólo su estrategia, sino la necesidad de su mando²⁴⁸⁶. Es en este punto donde debemos situar nuestra atención, y es que, entre la batalla de Dirraquio y la de Farsalia, Pompeyo fue deslegitimado por sus propios hombres. El problema no vino de las protestas y de las quejas de sus oficiales y soldados. Sin ir más lejos, el año anterior, en Hispania, César sufrió un episodio muy similar²⁴⁸⁷. Tanto sus oficiales como sus soldados le presionaron para que cambiara de estrategia y atacara a Afranio y Petreyo, y, al igual que Pompeyo, también sufrió las quejas y las protestas de sus subalternos. Pero, sin embargo, la figura de César, a diferencia de la de Pompeyo, jamás fue cuestionada, ni mucho menos deslegitimada. Aunque molestas, sus tropas siguieron confiando en él y lo siguieron viendo como su *imperator*. No fue así para Pompeyo. Una vez que sus hombres creyeron a César fuera de juego y que el fin de la guerra era cuestión de días, Pompeyo fue relegado a un segundo plano y ni su mando ni su autoridad fueron tenidos en cuenta²⁴⁸⁸. En estas circunstancias, le fue imposible retener el control, y mucho menos imponer su estrategia. La indisciplina se había apoderado de todo el ejército y Pompeyo había dejado de ser su general²⁴⁸⁹.

3.15.11. Isla de Faro²⁴⁹⁰, reino de Egipto, 48-47 a. C.

«[Un gran número de remeros y marineros], que se habían precipitado sin estandartes, sin formación y sin ningún objetivo, empezaron a replegarse también desordenadamente hacia las

²⁴⁸² App. BC 2.66-67, 74. Cf. Flor. Epit. 2.13.43.

²⁴⁸³ Caes. Civ. 3.93-99; 107.1; Plu. Caes. 45; Pomp. 71-72; App. BC 2.77-83.

²⁴⁸⁴ Caes. Civ. 3.102-104; App. BC 2.84-86; D.C. 42.1-5.

²⁴⁸⁵ Plu. Caes. 46.4. Cf. Caes. Civ. 3.99.4; 107.1; B.Alex. 9.3.

²⁴⁸⁶ Plu. Pomp. 67.

²⁴⁸⁷ Vid. supra.

²⁴⁸⁸ Pompeyo era útil sólo si César seguía siendo una amenaza, pero si César caía, Pompeyo pasaba a ser prescindible, ya que sin César se corría el riesgo de que Pompeyo asumiera el espacio y el poder que dejaba el primero. A esta conclusión debió de llegar una parte importante de los oficiales y colaboradores pompeyanos, quienes, de acuerdo con Plutarco (Pomp. 67.2), conspiraron con acabar con la vida de su comandante en cuanto se hubiera confirmado la derrota de César.

²⁴⁸⁹ En una situación similar se vieron Lucio Licinio Lúculo y Marco Licinio Craso, cuando los soldados del primero dejaron de reconocer su mando como consecuencia de la actividad política promovida desde la Vrbs, y cuando las tropas del segundo, desesperadas por la gravedad de su situación, desafiaron su estrategia y cuestionaron su autoridad (vid. supra); y en una situación equivalente se verá Marco Junio Bruto justo antes de la segunda y definitiva batalla de Filipos (vid. infra).

²⁴⁹⁰ Alejandría (norte del actual Egipto).

naves. Espoleados por esta fuga, muchos de los alejandrinos saltaban de sus naves y perseguían a los nuestros azuzándolos duramente»²⁴⁹¹.

SITUACIÓN PREVIA: Tras perder a todo su ejército en Farsalia, Pompeyo se vio obligado a huir a Egipto con la esperanza de recabar nuevos apoyos con los que continuar la lucha con César. Perseguido por este, Pompeyo halló la muerte a manos de quienes solicitó ayuda. La posterior intervención de César en Egipto a favor de Cleopatra y en contra de Ptolomeo XIII, dio lugar al sitio de Alejandría y al episodio que nos acontece.

CAUSAS: Advertimos cuatro posibles razones detrás de la desobediencia de remeros y marineros, y de la huida de estos y de tres de las cohortes de legionarios de César²⁴⁹²: militares, personales y/o económicas, y psicológicas. El anhelo de gloria, el deseo de luchar, y, posiblemente, la posibilidad de obtener alguna recompensa monetaria o alguna distinción por parte de César, fueron las causas de que marineros y remeros saltaran de las naves y se enzarzaran con los alejandrinos de forma caótica y desorganizada, y sin habérselo ordenado previamente su general²⁴⁹³. Superados por los egipcios, los cesarianos se replegaron anárquicamente, convirtiendo su intervención en una fuga descontrolada²⁴⁹⁴. Desconcertados por la huida de los suyos, los soldados de las tres cohortes, «temiendo ser rodeados por la espalda y verse privados así de toda posibilidad de retirada», abandonaron su posición y huyeron a las naves, incrementando todavía más el desorden y la confusión²⁴⁹⁵.

OBJETIVOS: De la motivación inicial de prestigio y reputación, y, muy probablemente, de riqueza²⁴⁹⁶, se pasó a la prioridad de salvar la vida²⁴⁹⁷.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: En plena batalla por controlar el Heptaestadio, un gran número de remeros y marineros entraron en combate sin organización y sin contar con el permiso de César, dando lugar, primero, a su propia fuga y, después, al abandono del combate de las cohortes desplegadas por el comandante romano²⁴⁹⁸. La acción de unos y otros fue espontánea y, en principio, no violenta²⁴⁹⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Más allá del coraje inicial y, sobre todo, del miedo que marineros y soldados sintieron en algún momento de su caótica huida, no se

²⁴⁹¹ Caes. *B.Alex.* 20.3-4.

²⁴⁹² Las fuerzas cesarianas se estiman en diez cohortes (de las cuales, salvo tres, el resto se encontraban apostadas en las naves [Caes. *B.Alex.* 19.3]), tropa ligera y jinetes galos, así como naves de carga y de guerra en número indeterminado (Caes. *B.Alex.* 17.3).

²⁴⁹³ Caes. *B.Alex.* 20.1-2.

²⁴⁹⁴ Caes. *B.Alex.* 20.3-4.

²⁴⁹⁵ Caes. *B.Alex.* 20.5-6.

²⁴⁹⁶ Caes. *B.Alex.* 20.1-2.

²⁴⁹⁷ Caes. *B.Alex.* 20.3-6.

²⁴⁹⁸ Caes. *B.Alex.* 20.1-6.

²⁴⁹⁹ Dado que una parte de la flota cesariana se alejó de la costa para evitar que el enemigo la alcanzara, y que un número indeterminado de navíos se hundieron debido al excesivo peso de la tropa embarcada, es fácil pensar que hubiera algún conato de lucha entre marineros y soldados por zafarse del enemigo y alcanzar los barcos que todavía seguían en la costa. Así, se daría una situación muy parecida a la que sufrieron los supervivientes de Bagradas cuando pelearon por subirse en los pocos barcos que todavía no habían zarpado (*vid. supra*).

advierde la existencia de ningún mecanismo de cohesión detrás de la acción de los cesarianos. La espontaneidad reemplazó a la coordinación.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Sabemos que, durante la batalla, César exhortó a sus hombres, y que, durante la huida, intentó en vano retener su fuga y coordinar la retirada²⁵⁰⁰. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Aunque los soldados no fueron castigados por su indisciplina y César perdió el control de la situación, los soldados, lejos de ver cumplidas sus esperanzas de gloria militar, tuvieron que huir del combate y muchos de ellos no lograron escapar con vida²⁵⁰¹.

CONSECUENCIAS: El ímpetu y la desobediencia de las tropas, además de costarle a César la derrota²⁵⁰², así como un importante número de bajas²⁵⁰³, a punto estuvieron de costarle la vida²⁵⁰⁴.

COMENTARIO: Como ya ocurriera en Gergovia —y volverá a suceder en Tapso²⁵⁰⁵—, la temeridad y la indisciplina de los cesarianos impidieron a su comandante contener el ímpetu de sus hombres y guardar la disciplina del ejército. Si en Tapso, tal y como veremos más abajo, la desobediencia de las tropas le granjeó a César una gran victoria, en Alejandría, al igual que en Gergovia, la falta de autocontrol de los soldados acabó en derrota. Creemos que si César no castigó a sus hombres fue porque se encontraba en ese momento falto de efectivos militares²⁵⁰⁶, y porque una respuesta severa por su parte le podría haber valido la desafección del ejército y, presumiblemente, nuevos y peores altercados.

3.15.12. *Corduba*²⁵⁰⁷, Hispania Ulterior, finales del 48 – comienzos del 47 a. C.

«[Lucio Laterense] acude alegre al campamento y felicita a los soldados indígenas y a los de la segunda legión, pues sabía que tenían una especial animadversión contra [Quinto] Casio [Longino]; la multitud lo hace subir al tribunal y lo aclama como pretor. Pues no había nadie, ni entre los nacidos en la provincia, caso de los soldados de la legión “indígena” [es decir, de la legión *Vernacula*], ni entre los que se habían convertido en provincianos por su larga permanencia en ella, caso de los integrantes de la segunda legión, que no estuviese de acuerdo con toda la provincia en su odio contra Casio»²⁵⁰⁸.

SITUACIÓN PREVIA: Para el análisis de los dos próximos incidentes debemos abandonar, momentáneamente, a César y regresar a la península ibérica, en concreto a la

²⁵⁰⁰ Caes. *B.Alex.* 20.1; 21.1.

²⁵⁰¹ Caes. *B.Alex.* 20.6; 21.3-5.

²⁵⁰² Caes. *B.Alex.* 22.1.

²⁵⁰³ Las bajas de este combate se cifraron en unos cuatrocientos legionarios y un número algo mayor de marineros y remeros (Caes. *B.Alex.* 21.4).

²⁵⁰⁴ Caes. *B.Alex.* 21.2. Cf. Suet. *Jul.* 64; D.C. 42.40.4; Plu. *Caes.* 49.

²⁵⁰⁵ *Vid. infra.*

²⁵⁰⁶ Al inicio del sitio de Alejandría, César contaba con, aproximadamente, dos legiones (Caes. *Civ.* 3.106).

²⁵⁰⁷ Actual Córdoba (Andalucía, sur de España).

²⁵⁰⁸ Caes. *B.Alex.* 53.4-5.

provincia romana de la Hispania Ulterior, en donde dos viejas conocidas, las legiones *Vernacula* y *II*, ambas heredadas del bando pompeyano²⁵⁰⁹, se vieron involucradas en las dos insurrecciones que sufrió el propretor Quinto Casio Longino, encargado de defender los intereses cesarianos en la región²⁵¹⁰.

CAUSAS: Sobre el particular, debemos diferenciar entre las razones que llevaron a una parte de los notables de la provincia a conspirar contra la vida de Longino, y las causas que llevaron a las legiones *Vernacula* y *II* a apoyar el complot contra su comandante. Respecto a los provinciales, identificamos tres posibles causas: socioeconómicas, personales y políticas. El carácter cruel, egoísta y mezquino del que hizo gala Quinto Casio Longino durante el gobierno de la Ulterior suscitó el odio de toda la provincia²⁵¹¹ y la desafección de los principales provinciales, los cuales, hartos de los chantajes, la corruptela y los gravosos impuestos del propretor²⁵¹², «comenzaron a urdir de nuevo planes para matarle»²⁵¹³. Igualmente, se plantea la posibilidad de que los continuos abusos de Longino crearan el caldo de cultivo necesario para que dichos provinciales, no sólo se conjuraran contra su gobernador, sino que, además, vieran en el cambio de bando la solución a todos sus problemas, habida cuenta de que, durante el periodo pompeyano (salvo durante la etapa final del gobierno de Varrón²⁵¹⁴) habían disfrutado de mayores ventajas políticas y de una menor presión fiscal²⁵¹⁵. Y, en relación a las tropas, advertimos cuatro posibles razones de su indisciplina: militares, socioeconómicas, personales y políticas. Aunque en términos estrictamente castrenses las tropas no tenían por qué estar molestas con su comandante —recientemente se habían impuesto a los lusitanos en Medóbriga²⁵¹⁶, y Longino acababa de ser proclamado *imperator* por sus tropas²⁵¹⁷—, a nivel disciplinario parece que el propretor no cuidó lo suficiente al ejército. Las generosas recompensas con las que Longino quiso comprar el

²⁵⁰⁹ Vid. *supra* la insurrección que la *legio Vernacula* protagonizó contra Marco Terencio Varrón, en agosto del 49 a. C.

²⁵¹⁰ Quinto Casio Longino contaba con cinco legiones —la *XXI* y la *XXX*, que el mismo propretor había traído a Hispania desde Italia, en 49 a. C.; las legiones *Vernacula* y *II*, formadas a partir de las tropas pompeyanas que habían servido bajo el mando del antiguo legado Marco Terencio Varrón; y la *V* legión, recién reclutada en la provincia—, tres mil jinetes y un número indeterminado de tropas auxiliares (Caes. *B.Alex.* 50.3; 51.3). No obstante, se cree que sólo la *Vernacula* y la *II*, es decir, las antiguas tropas pompeyanas, estuvieron implicadas en la conjura. De hecho, sabemos que las legiones *V*, *XXI* y *XXX* acudieron en auxilio de Longino en cuanto conocieron las noticias del atentado (Caes. *B.Alex.* 54.2). Cf. D.C. 43.36.3.

²⁵¹¹ Caes. *B.Alex.* 48.1; 53.5. Cf. Liv. 111.

²⁵¹² Caes. *B.Alex.* 49-50. Fue el reclutamiento de la *V* legión y el equipamiento de tres mil jinetes lo que colmó la paciencia de los provinciales e incrementó su odio hacia el propretor, «por el propio hecho de la recluta y por el gasto que supone una nueva legión» (Caes. *B.Alex.* 50.3).

²⁵¹³ Caes. *B.Alex.* 50.1. Parece que, años atrás, durante su cuestura en la Hispania Ulterior, Longino había sufrido un primer atentado en forma de emboscada (Caes. *B.Alex.* 48.1).

²⁵¹⁴ Vid. *supra*.

²⁵¹⁵ Caes. *B.Alex.* 49.

²⁵¹⁶ Caes. *B.Alex.* 48.2.

²⁵¹⁷ Caes. *B.Alex.* 48.2. Sin embargo, tal y como se ha podido comprobar, la aclamación imperatoria no eximía al *imperator* de sufrir la sedición de sus tropas. Mientras que una parte del ejército de Cayo Escribonio Curión desertó al lado de Publio Atio Varo poco después de haberle reconocido como su *imperator*; todo el ejército pompeyano (oficiales incluidos) despreció el liderazgo de Cneo Pompeyo Magno, se opuso a él y le forzó a cambiar de estrategia después de haberlo proclamado *imperator* tras la derrota de César en Dirraquio (*vid. supra*).

favor del ejército²⁵¹⁸, «paulatinamente y de forma solapada, rebajaron la severa disciplina»²⁵¹⁹. Al mantenimiento del orden tampoco contribuyó que Longino dejara a las tropas en sus campamentos de invierno mientras él se retiraba a Córdoba²⁵²⁰, puesto que, tal y como vimos con Lúculo²⁵²¹, la ausencia prolongada del comandante pudo contribuir a que la ociosidad se adueñara del ejército y a que este se organizara en pro de la insurrección. Finalmente, aunque el propretor aseguró la soldada de sus hombres²⁵²², así como otras promesas y recompensas²⁵²³, y sólo la V legión pudo tener alguna queja material de su comandante²⁵²⁴, los pesadísimos gravámenes que impuso Longino en la provincia pudieron afectar directamente tanto a los soldados como a las familias de la *Vernacula* y de la *II*, dado el estrecho vínculo que ambas tenían con la *Ulterior*²⁵²⁵. Esta situación, junto con su pasado pompeyano, pudo hacer, finalmente, que despertara su deseo de retornar a su antiguo bando al considerar que el cambio político podría revitalizar la provincia y favorecer a sus intereses²⁵²⁶.

OBJETIVOS: Todos los anhelos y esperanzas de provinciales y soldados pasaban por la eliminación física de Longino. Con el propretor muerto, los provinciales podrían confirmar su posición política y económica²⁵²⁷, y los soldados garantizar su bienestar socioeconómico²⁵²⁸.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Conspiración de los provinciales²⁵²⁹, intento de asesinato del propretor Quinto Casio Longino, e intento de amotinamiento (y de cambio de bando) de las legiones *Vernacula*

²⁵¹⁸ Caes. *B.Alex.* 48.1-3; 52.1.

²⁵¹⁹ Caes. *B.Alex.* 48.3.

²⁵²⁰ Caes. *B.Alex.* 49.1.

²⁵²¹ *Vid. supra.*

²⁵²² Caes. *B.Alex.* 48.2.

²⁵²³ Caes. *B.Alex.* 48.3; 52.1.

²⁵²⁴ En la primavera del 48 a. C., Longino recibió de César la orden de trasladar a su ejército a África para preparar la ofensiva sobre los pompeyanos allí instalados y contra el rey Juba, principal aliado de Pompeyo en la región (Caes. *B.Alex.* 52.1). Mientras que Longino prometió cien sestercios a cada soldado de las legiones que le iban a acompañar a Mauritania, la V recibió la orden de quedarse en Hispania, perdiendo con ello, no sólo la recompensa monetaria del propretor, sino, también, el posible botín de la campaña de África (Caes. *B.Alex.* 52.1). Pese a que la suma que iba a dejar de ganar era muy elevada (considerando que, tras doblar César las soldadas al comienzo de la guerra civil, estas alcanzaban los diez ases diarios, el montante del donativo de Longino suponía aproximadamente el sueldo de un mes), la V no participó en la conspiración (Caes. *B.Alex.* 54.3).

²⁵²⁵ Mientras que la llamada “indígena” se había formado a partir de ciudadanos provinciales, la II llevaba mucho tiempo operando en la *Ulterior* y se sentía muy ligada al territorio (Caes. *B.Alex.* 53.5).

²⁵²⁶ De acuerdo con Dion Casio (42.56.4; 43.29.8), las legiones implicadas llegaron a mantener negociaciones secretas con Quinto Cecilio Metelo Escipión, lo que nos revela su intención de pasarse al bando pompeyano.

²⁵²⁷ Caes. *B.Alex.* 49; 50.3.

²⁵²⁸ Caes. *B.Alex.* 53.5.

²⁵²⁹ La mayoría de los provinciales eran de Itálica (Minucio Silón, Lucio Racilio, Munacio Flaco, Tito Vasio y Lucio Mercelón); del resto (Lucio Licinio Esquilo, Calpurnio Salviano, Manilio Túsculo, Lucio Laterense y Anio Escápula), sin embargo, no tenemos información, más allá de que también eran de la *Ulterior* (Caes. *B.Alex.* 52.2-4; 53.2; 53.4; 55.2).

y *II*²⁵³⁰. La insurrección fue violenta²⁵³¹ y, tal y como veremos a continuación, estuvo organizada²⁵³².

MECANISMOS DE COHESIÓN: El odio a Longino fue el principal aglutinante de provinciales y soldados y, seguramente, lo que ayudó a que unos y otros confraternizaran y conspiraran contra aquel. Por otra parte, junto con el elemento provincial, fue su antigua adhesión al bando pompeyano lo que sirvió a las tropas de cohesión, y lo que, asimismo, evitó la participación del resto de legiones, la cuales, o bien tenían un origen itálico y acababan de llegar a Hispania (como era el caso de la *XXI* y de la *XXX*), o bien, si tenían un origen provincial, no tenían ese pasado pompeyano (como era el caso de la *V*)²⁵³³. Por lo demás, el plan de los conjurados era relativamente sencillo. Mientras que los notables provinciales se debían encargar de asesinar a Longino, las legiones involucradas debían amotinarse, respaldar militarmente el golpe, y, finalmente, granjearse el apoyo de sus compañeras. Muerto el representante cesariano en la provincia y levantado su ejército, el último paso era rendir la *Ulterior* al bando pompeyano. Nada salió bien.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Consciente de la animadversión que su persona despertaba en la provincia, Longino intentó compensar su desprecio con el afecto de su ejército²⁵³⁴. En consecuencia, fue especialmente generoso para con sus tropas, y a base de dinero y recompensas compró su lealtad²⁵³⁵. Sin embargo, no supo valorar el efecto que sus imposiciones podía provocar entre los provinciales y los soldados más arraigados al territorio. Esta falta de previsión hizo que no tomara las medidas de seguridad necesarias, que se confiara y que se expusiera a la ira de sus principales detractores. No obstante, el fracaso de la conspiración le permitió retomar el control de la situación y reprimir a los conjurados, para lo cual se sirvió, principalmente, del apoyo de las legiones *V*, *XXI* y *XXX*²⁵³⁶. La inmensa mayoría de los implicados fueron torturados y ejecutados²⁵³⁷. En lo que respecta a las tropas, ningún soldado fue castigado, a pesar de que en ningún momento se dudó de la implicación de las legiones *Vernacula* y *II*²⁵³⁸.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Los conjurados acabaron muertos o torturados, las tropas no secundaron la revuelta con su motín, y, por último, Longino esquivó a la muerte y logró conservar el gobierno de la *Ulterior*.

CONSECUENCIAS: Pese al fracaso de la insurrección, la posición de Longino no mejoró y continuó siendo tremendamente delicada. El odio hacia su persona siguió creciendo en la provincia y, paulatinamente, fue perdiendo el control del ejército; hasta

²⁵³⁰ Caes. *B.Alex.* 48-55. Cf. D.C. 43.36.3; Gabba, 1975: 63-73; Brice, 2020d: 255, 261.

²⁵³¹ Además de apuñalar a Longino, los conjurados mataron a uno de los lictores del propretor e hirieron al legado Quinto Casio (Caes. *B.Alex.* 52.2-4).

²⁵³² Caes. *B.Alex.* 52-55.

²⁵³³ Caes. *B.Alex.* 53.5.

²⁵³⁴ Caes. *B.Alex.* 48.1.

²⁵³⁵ Caes. *B.Alex.* 48.2-3; 52.1.

²⁵³⁶ Caes. *B.Alex.* 54.2.

²⁵³⁷ Caes. *B.Alex.* 53.3; 55. Unos pocos, no obstante, se redimieron, delatando primero a sus compañeros y, después, pagando una multa económica (Caes. *B.Alex.* 55.2-5).

²⁵³⁸ Hasta el punto de aclamar como pretor a Lucio Laterense, uno de los principales conjurados (Caes. *B.Alex.* 53.4). Cf. Caes. *B.Alex.* 53.4-5; 54.3.

el punto de que, como veremos en la siguiente insurrección, una nueva conspiración trajo su derrota y su posterior muerte.

COMENTARIO: La corrupción con la que Quinto Casio Longino gobernó la Ulterior ocasionó que provinciales y soldados se levantaran contra su despótico gobierno, y que su insurrección a punto estuviera de costarle la provincia al bando cesariano. La conspiración fracasó, no tanto por la habilidad con la que el propretor gestionó la situación, sino por la torpeza de los conjurados, la falta de resolución de las tropas y la ausencia de coordinación entre notables y soldados²⁵³⁹. Mientras que los primeros fallaron en su atentado, los segundos ni se levantaron ni tomaron las armas. Es más, viendo que las legiones V, XXI y XXX se desplegaron y acudieron en auxilio de su comandante, la legión II se distanció de la conjura y la *Vernacula*, si bien las fuentes apuntan a que se mantuvo firme en su resolución, no hizo nada por mantener viva la conspiración²⁵⁴⁰. Sin lugar a dudas, fue esta falta de entendimiento lo que condenó el atentado, así como el hecho de que los conjurados no fueran capaces de terminar con la vida del propretor. Muerto este, la participación de las legiones implicadas hubiera sido mucho más activa; aunque, no obstante, hubiera seguido estando condicionada a la actitud de las restantes legiones, pues, no en vano, suponían el grueso del ejército cesariano.

3.15.13. Ilipa²⁵⁴¹, Hispania Ulterior, finales del 48 – comienzos del 47 a. C.

«Entretanto, Lucio Ticio, quien a la sazón era tribuno militar en la legión “indígena” [o *Vernacula*], anuncia que esta legión, mientras se encontraba acampada junto a la ciudadela de Ilipa, tras amotinarse y matar a algunos centuriones que se negaban a dar la orden de marcha, se ha separado de la legión XXX, que también comandaba el legado Quinto Casio, y se ha dirigido al encuentro de la II, que era conducida por otro itinerario hacia el estrecho»²⁵⁴².

SITUACIÓN PREVIA: Recuperado de sus heridas, el propretor Quinto Casio Longino reanudó los preparativos de su expedición a África. Para tal fin, además de pasar revista al ejército, retomó su política fiscal y esquilmo, en consecuencia, tanto a la provincia como a sus habitantes, hasta el punto de que, si bien «la recaudación fue grande, aún mayor fue el odio que suscitó»²⁵⁴³. Para este episodio, a la ya tradicional implicación de las legiones *Vernacula* y II, hay que sumar la participación de seis cohortes de la V²⁵⁴⁴.

CAUSAS: Identificamos las mismas causas que en la insurrección anterior: militares, socioeconómicas, personales y políticas. Si la generosidad de Longino y su

²⁵³⁹ Caes. *B.Alex.* 53.4.

²⁵⁴⁰ Caes. *B.Alex.* 54.3.

²⁵⁴¹ Actual Alcalá del Río (provincia de Sevilla, Andalucía, sur de España).

²⁵⁴² Caes. *B.Alex.* 57.1.

²⁵⁴³ Su último agravio fue realizar una leva de caballeros romanos, alistados de todas las poblaciones y colonias de la Ulterior, para luego, sabiendo de su recelo y temor a servir en ultramar, chantajearles y extorsionarles, incitándoles a redimirse de sus obligaciones y evitar el servicio militar a cambio de una onerosa suma de dinero (Caes. *B.Alex.* 56.4).

²⁵⁴⁴ Caes. *B.Alex.* 57.1, 3, 5. Cf. D.C. 43.36.3.

prolongada ausencia habían afectado negativamente al mantenimiento de la disciplina y habían ayudado a la organización de la primera sedición²⁵⁴⁵, la condescendencia con la que trató el propretor la implicación de la *Vernacula* y la *II*, a la cuales ni castigó ni reprendió por su conspiración, permitió que estas salieran indemnes y que emprendieran un nuevo complot²⁵⁴⁶. Como ya hemos adelantado, lejos de redimirse, la mezquindad y la codicia de Longino aumentaron, continuó explotando a la *Ulterior* y molestando a los provinciales²⁵⁴⁷. En este sentido, los sentimientos de la *Vernacula* y de la *II* eran los mismos que en pasado. Su vínculo con la *Ulterior* les impedía mantenerse neutrales y era más fuerte el odio que sentían que el respeto hacia su comandante. Así las cosas, ni podían consentir que siguiera maltratando la provincia ni que siguiera gobernando. A esta misma conclusión no tardó en llegar una parte de la *V*, también formada por provinciales²⁵⁴⁸. La única diferencia que había entre las tres legiones era que, a diferencia de la *Vernacula* y la *II*, la *legio V* no contaba con un pasado pompeyano en el que excusarse y, en última instancia, legitimarse. Así, el componente político e ideológico, ausente en la *V*, se manifestó de manera puntual e interesada, y siempre condicionada, en las otras dos legiones rebeldes²⁵⁴⁹.

OBJETIVOS: De nuevo, la principal motivación de las tropas fue apartar a Longino del gobierno de la *Ulterior*. Para este propósito, se apoyaron, indistintamente, tanto en cesarianos como en pompeyanos²⁵⁵⁰.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Levantamiento de las legiones *Vernacula* y *II*, primero; de cuatro cohortes de la *V*, después; y defección de Córdoba y de otras dos cohortes de la *V*, finalmente²⁵⁵¹. La insurrección fue violenta, tanto en sus orígenes como en las consecuencias que trajo después²⁵⁵², y estuvo organizada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: El levantamiento se originó cerca de Ilipa, durante el trayecto de las tropas hacia el punto en el que debían ser embarcadas a África. Aprovechando la ausencia de Longino, el cual se encontraba en Híspalis inspeccionando a la flota, la *legio Vernacula* se amotinó, se separó de la *XXX*, fiel al propretor, y salió al encuentro de la *II*, la cual había tomado otra ruta²⁵⁵³. Entre el encuentro de una y otra legión, cuatro cohortes de la *V* se unieron a la *Vernacula* y, juntas, marcharon junto a la

²⁵⁴⁵ Caes. *B.Alex.* 48.3; 49.1.

²⁵⁴⁶ Caes. *B.Alex.* 57.1.

²⁵⁴⁷ Caes. *B.Alex.* 56.3-4, 6; Liv. 111.

²⁵⁴⁸ Recientemente reclutada en la Hispania *Ulterior*, muchos de sus miembros y/o de sus familiares pudieron haber sufrido en sus propias carnes las consecuencias del despótico gobierno de Longino, por lo que, al igual que las otras dos legiones, la *V* tendría una causa personal y directa para levantarse contra su comandante (Caes. *B.Alex.* 50.3). Igualmente, no debemos olvidar que fue la única legión excluida de la campaña africana, por lo que, privada de la recompensa monetaria del propretor y de la posibilidad de nuevas riquezas, esta unidad pudo tener un incentivo económico extra para amotinarsen (Caes. *B.Alex.* 52.2).

²⁵⁴⁹ Caes. *B.Alex.* 57.1, 3.

²⁵⁵⁰ Caes. *B.Alex.* 57.3; 58.1-3; 59.1.

²⁵⁵¹ Caes. *B.Alex.* 57.1, 3, 5; Liv. 111. Cf. D.C. 43.36.3; Brice, 2020d: 255, 261.

²⁵⁵² El motín comenzó con el asesinato de algunos de los centuriones que se negaron a secundar el levantamiento (Caes. *B.Alex.* 57.1), continuó con la devastación del campo cordobés por parte de Longino como represalia por la sedición de sus tropas y la defección de Córdoba (Caes. *B.Alex.* 59.2), y concluyó con varios enfrentamientos campales (Caes. *B.Alex.* 60-63).

²⁵⁵³ Caes. *B.Alex.* 56.5-6; 57.1.

*II*²⁵⁵⁴. La unión de todas las unidades rebeldes se selló con la elección de Tito Torio, ciudadano de Itálica y antiguo pompeyano²⁵⁵⁵, como nuevo comandante²⁵⁵⁶. A los pocos días, el cuestor Marco Marcelo, que había sido enviado por Longino a Córdoba con el fin de que evitara su posible defección, se sublevó junto a las dos cohortes de la *V* que servían en la ciudad como guarnición²⁵⁵⁷. Al igual que en el episodio anterior, el odio hacia Longino fue el principal aglutinante de la soldadesca y el principal estímulo de su insurrección. No tenemos dudas acerca de la determinación de la *Vernacula* por unirse a la *II*, y de la voluntad de esta última en secundar la revuelta de la primera. Con respecto a su organización, creemos que tuvo lugar en algún momento entre el final de la anterior insurrección y la orden de Longino de embarcar. Más dudas nos presenta la participación de la *V*. No creemos que estuviera, en origen, implicada en la insurrección; posiblemente porque no se fiaban de su lealtad, puesto que en la primera insurrección había apoyado a la *XXI* y a la *XXX* a reprimir la conspiración contra Longino. Sin embargo, la reincidencia del propretor, presumiblemente, fue lo que le hizo cambiar de actitud y unirse, finalmente, a las dos legiones rebeldes. En cuanto a la motivación de Marcelo, las fuentes no aclaran por qué razón decidió traicionar a Longino. Por último, en lo relativo al factor ideológico, aunque importante en determinados momentos, estuvo condicionado a la situación y, más que como mecanismo de cohesión, fue utilizado, tal y como veremos a continuación, como elemento legitimador. Pese a que las legiones rebeldes eligieron a un pompeyano como general y a que el nombre de Pompeyo seguía gozando de gran predicamento entre dichas unidades, hasta el punto de que «llevaban escrito en sus escudos el nombre de Cneo Pompeyo»²⁵⁵⁸, la vinculación con la causa pompeyana sólo fue un pretexto con el que legitimar el levantamiento y «evitar que pareciera que la revuelta se había iniciado por la naturaleza sediciosa de los soldados»²⁵⁵⁹. Nuestras sospechas se confirman cuando esas mismas tropas, una vez que percibieron que la mayoría de la provincia, independientemente de si apoyaba la causa pompeyana o cesariana, estaba enemistada con Longino y todos tenían en común el mismo sentimiento de repulsa hacia el propretor, abandonaron tanto a Torio como al bando pompeyano y se volvieron a pasar al cesariano, eligiendo esta vez como comandante a Marco Marcelo, quien se había opuesto taxativamente a traicionar a César²⁵⁶⁰.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: El primer mecanismo de control lo hallamos en el momento del amotinamiento de la *Vernacula*. A este respecto, sabemos que los soldados rebeldes asesinaron «a algunos centuriones que se negaron a dar la

²⁵⁵⁴ Caes. *B.Alex.* 57.3.

²⁵⁵⁵ En 48 a. C., había estado a las órdenes de Maro Terencio Varrón y, seguramente, conocía personalmente a los soldados de la *Vernacula* y de la *II*; hecho que, probablemente, le valió para que ambas unidades depositaran su confianza en él.

²⁵⁵⁶ Caes. *B.Alex.* 57.3. Desconocemos cómo se desarrollaron los acontecimientos, pero en algún momento previo al levantamiento las legiones tuvieron que contactar con Tito Torio y confirmar su participación. En tal sentido, sospechamos que tuvo que haber un acuerdo previo similar al que hubo en la insurrección anterior entre esas mismas legiones y Lucio Laterense (*vid. supra*).

²⁵⁵⁷ Caes. *B.Alex.* 57.4-5.

²⁵⁵⁸ Caes. *B.Alex.* 57.3; 58.2-3.

²⁵⁵⁹ Caes. *B.Alex.* 58.1-3.

²⁵⁶⁰ Caes. *B.Alex.* 58.4; 59.1.

orden de marcha»²⁵⁶¹. Desconocemos si eran centuriones de la *legio Vernacula* o de la XXX, ya que ambas marchaban juntas y, de hecho, lo primero que hizo la *Vernacula* después de rebelarse fue separarse de dicha legión, pues le seguía siendo fiel a Longino²⁵⁶²; pero, es posible, que fueran centuriones de la confianza del propretor y que este los hubiera destinado a la *Vernacula* para estrechar su vigilancia tras su implicación en la pasada conspiración²⁵⁶³. Tras enterarse de su sedición, Longino se rodeó del resto de sus fuerzas, la XXI, la XXX y cuatro cohortes de la V²⁵⁶⁴, y envió al cuestor Marco Marcelo a Córdoba y al legado Quinto Casio a Híspalis²⁵⁶⁵. A continuación, cuando se hizo pública la defección de Córdoba reunió a sus tropas en una *contio* y las arengó; fue en este momento cuando se percató de que si seguían a su lado no era por sus méritos, sino por la memoria de César²⁵⁶⁶. Finalmente, decidió intervenir por medio de las armas, movilizando tanto a sus tropas como a las de sus aliados. De este modo, solicitó la intervención del rey Bogud de Mauritania y la de Marco Emilio Lépido, procónsul de la Citerior²⁵⁶⁷.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. El levantamiento de las legiones rebeldes debilitó política y militarmente la posición de Longino en la Ulterior, provocó la defección de Córdoba, la mediación del procónsul Lépido²⁵⁶⁸ y la llegada de Cayo Trebonio, quien, finalmente, sustituyó al propretor²⁵⁶⁹.

CONSECUENCIAS: El motín de las tropas, la resistencia de Longino, y la entrada de nuevos ejércitos, como el de Lépido y, especialmente, el del rey Bogud, hicieron que la insurrección acabara degenerando en una suerte de guerra civil menor dentro de la guerra civil que se estaba librando en el Mediterráneo. La consecuencia fue la muerte de soldados romanos, la devastación del campo cordobés y la fractura política y social de la provincia en detrimento del bando cesariano²⁵⁷⁰.

COMENTARIO: Tal y como se ha podido comprobar, en esta segunda insurrección concurrieron, prácticamente, los mismos elementos y detonantes que originaron el primer complot contra Longino. La principal diferencia que observamos es que, a diferencia del primer episodio, en esta ocasión el ejército tuvo un mayor protagonismo y una mayor implicación, lo que coadyuvó, no obstante, a la intervención exterior y al derramamiento de sangre. El elemento provincial siguió siendo fundamental tanto a la hora de sostener la lucha como en el momento de proveer de líderes a las tropas, como fue el caso del ciudadano de Itálica Tito Torio. Por último, si se llegó a esta situación fue debido, en buena parte, a dos factores: en primer lugar, a que Longino no cambió su actitud y continuó abusando de la paciencia de los provinciales, y, en segundo lugar, a la

²⁵⁶¹ Caes. *B.Alex.* 57.1.

²⁵⁶² Caes. *B.Alex.* 57.1.

²⁵⁶³ Un precedente inmediato lo tenemos en César, cuando colocó a centuriones de su confianza al frente de las tropas de Lucio Domicio Ahenobarbo que incorporó a su ejército tras *Corfinium* (vid. *supra*).

²⁵⁶⁴ Caes. *B.Alex.* 57.3.

²⁵⁶⁵ Caes. *B.Alex.* 57.4.

²⁵⁶⁶ Caes. *B.Alex.* 57.6.

²⁵⁶⁷ Caes. *B.Alex.* 59.2.

²⁵⁶⁸ Caes. *B.Alex.* 63-64.

²⁵⁶⁹ Caes. *B.Alex.* 64.2. Por otra parte, Cayo Casio Longino murió durante su precipitada fuga de Hispania (Caes. *B.Alex.* 64.2-3).

²⁵⁷⁰ Caes. *B.Alex.* 59.2; 60.4; 63.5.

falta de determinación del propretor durante la represión de las legiones implicadas en la primera conspiración. En lugar de intervenir sobre ambas unidades, la urgencia de efectivos y la falta de apoyos con los que contaba en la Ulterior le llevaron a confiarse de nuevo y a depositar su seguridad en unas tropas que le odiaban. Este mismo fallo lo volverá a tener Cayo Trebonio, sustituto de Longino. Del mismo modo que Lucio Licinio Lúculo recibió en Oriente a unas tropas indisciplinadas y rebeldes, Trebonio heredó en Hispania a los nuevos “fimbrianos”²⁵⁷¹.

3.15.14. Mesina²⁵⁷², provincia de Sicilia; *Locus incertus*²⁵⁷³, Italia, verano del 47 a. C.

«Y con ellos estaba Tito Salieno, centurión de la misma legión [de la *V Alaudae*], quien en Mesina había asediado la residencia del legado Marco [Valerio] Mesala [Rufo] y había mantenido ante él propuestas muy sediciosas [...]»²⁵⁷⁴.

«Se dice también que la legión *XII*, la primera a la que acudió [Publio Cornelio] Sila, lo echó a pedradas. Piensan que ninguna se moverá»²⁵⁷⁵.

SITUACIÓN PREVIA: Apaciguada la situación en Hispania, el siguiente episodio nos lleva a Sicilia y a Italia, territorios en los que se estaba organizando la siguiente fase de la guerra, la campaña de África. A cargo de los preparativos bélicos había dejado César a sus legados Marco Valerio Mesala Rufo y Publio Cornelio Sila²⁵⁷⁶, quienes debían encargarse de preparar y embarcar a las legiones²⁵⁷⁷.

CAUSAS: Cuatro fueron las posibles razones del descontento de las tropas: militares, físicas, psicológicas y económicas. Ambas legiones habían servido de manera ininterrumpida desde la guerra de las Galias (la *XII* legión, en particular, desde el 58 a. C.²⁵⁷⁸), estaban cansadas de la guerra y de la dureza del servicio militar. Asimismo, el impacto físico de la guerra —el cansancio, las heridas y las enfermedades— había

²⁵⁷¹ Entre 46 y 45 a. C., tuvo lugar el último amotinamiento de las legiones *Vernacula* y *II*. Lamentablemente, no tenemos mucha información de cómo se desarrolló dicho incidente, salvo que, finalmente, ambas legiones acabaron abandonando el bando cesariano y uniéndose a Cneo Pompeyo el Joven. Tiempo después, en 45 a. C., mientras que dos soldados de la *legio Vernacula* fueron capturados por tropas de César cuando se hacían pasar por esclavos, y, tras ser identificados como antiguos soldados del procónsul Cayo Trebonio, fueron ejecutados por desertores, y a otro soldado de la *Vernacula*, tras ser capturado cuando hacía de explorador, se le cortó el cuello; un soldado de la misma legión y otros ocho centuriones más, «de los pertrechados con armamento pesado», se pasaron voluntariamente a César y, esta vez, fueron perdonados (Caes. *B.Hisp.* 7.4; 12.1-2; 33.3; 20.2, 4-5; D.C. 43.29.3; 36.3). Cf. Brice, 2020d: 255.

²⁵⁷² Al noreste de la actual Sicilia (Italia).

²⁵⁷³ Probablemente, en los alrededores de Campania, según se desprende de la localización de la mayoría de las legiones veteranas que César mandó reunir en Italia (D.C. 42.52.1).

²⁵⁷⁴ Caes. *B.Afr.* 28.2.

²⁵⁷⁵ Cic. *Att.* 2.236.11.21.2.

²⁵⁷⁶ Junto a ambos legados, otros personajes que ayudaron en dicho cometido fueron Marco Galio, hijo de Quinto (Cic. *Att.* 2.235.11.20.2), y Salustio Crispo (App. *BC* 2.92; D.C. 42.52.2).

²⁵⁷⁷ Detectamos la presencia de dos unidades, la *V Alaudae* (Caes. *B.Afr.* 28.2) y la *XII* (Cic. *Att.* 2.236.11.21.2; 237.11.22.2).

²⁵⁷⁸ Caes. *Gal.* 1.10, 25.

afectado negativamente tanto a su ánimo como a su espíritu combativo²⁵⁷⁹. Por último, los soldados se sentían maltratados, pues, a pesar de haber servido a César durante tantos años, no habían visto todavía cumplidas las expectativas económicas de dinero y tierra que su comandante les había hecho al inicio de la contienda²⁵⁸⁰.

OBJETIVOS: La motivación de las tropas fue doble. Por un lado, esperaban obtener su licenciamiento, pues su tiempo de servicio se había dilatado más de lo habitual²⁵⁸¹; y, por el otro, exigían el cobro de todo lo que se les debía²⁵⁸².

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Levantamiento de las legiones *V Alaudae* y *XII*. Si bien ambas insurrecciones fueron violentas²⁵⁸³, y el motín de la *V* estuvo, presumiblemente, organizado, creemos que la revuelta de la *XII* no estuvo planificada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La escasa información disponible nos impide precisar la capacidad organizativa de las tropas. Respecto a la insurrección de la *V Alaudae*, creemos que no fue un simple estallido de violencia espontáneo y desorganizado, y que el amotinamiento de los soldados pudo ser planificado. La participación del centurión Tito Salieno nos hace pensar que, probablemente, los soldados de la *V* se organizaron en torno a sus oficiales —como ya ocurrió, por ejemplo, en la insurrección contra Lucio Domicio Ahenobarbo²⁵⁸⁴—, y que Salieno pudo ser uno de los encargados en interceder ante su comandante. Más dificultades nos plantea la *XII*. No tenemos información de lo que ocurrió en el interior de la legión, si también participaron los oficiales o si, por el contrario, fueron las tropas quienes lideraron las protestas —tal y como ocurrió en *Placentia*, en 49 a. C., o, más recientemente, en Hispania²⁵⁸⁵—; sin embargo, no creemos que la agresión de los soldados fuera orquestada, sino que, más bien, fue una reacción impulsiva e improvisada. Finalmente, descartamos que ambas revueltas estuvieran conectadas (por mucho que ambas legiones mantuvieran las mismas reivindicaciones y que ambos incidentes fueran prácticamente simultáneos), y creemos que el único nexo de unión entre ambas unidades fue su negativa a seguir luchando sin antes haber percibido todo lo acordado.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: A pesar de que las quejas acerca de la prolongación del servicio militar y del retraso en las pagas se retrotraían a tiempos previos al inicio de la guerra civil, no tenemos constancia de que César o sus legados hicieran algo por evitar que el descontento del ejército se reactivara años después de haber combatido en *Placentia* estos mismos problemas. Por lo demás, desconocemos

²⁵⁷⁹ Caes. Civ. 3.2; 87; 101; B.Alex. 44.

²⁵⁸⁰ Cic. Att. 2.237.11.22.2. Las exigencias materiales de los soldados fueron las mismas que las ya comentadas en la insurrección de *Placentia* de 49 a. C. (vid. *supra*), y que las que veremos, seguidamente, en el motín de Campania de 47 a. C. (vid. *infra*).

²⁵⁸¹ Esta primera petición se advierte con especial nitidez en la posterior insurrección de Campania, convirtiéndose en una de las principales aspiraciones de las tropas (vid. *infra* para más información).

²⁵⁸² «Corren a César [los legados Mesala y Sila] expulsados por los soldados, que se niegan a ir a ningún sitio si no cobran» (Cic. Att. 2.237.11.22.2).

²⁵⁸³ Mientras que la legión *XII* recibió a pedradas a Sila (Cic. Att. 2.236.11.21.2; Caes. B.Afr. 28.2), Tito Salieno, centurión de la *V* legión, asedió en Mesina la residencia de Mesala, y mantuvo ante él «propuestas muy sediciosas» (Caes. B.Afr. 28.2; Cic. Att. 2.237.11.22.2).

²⁵⁸⁴ Vid. *supra*.

²⁵⁸⁵ Aunque en el caso de las legiones de Hispania también participaron oficiales y notables locales (vid. *supra*).

los medios que se emplearon para reprimir ambas insurrecciones. En todo caso, ningún soldado fue castigado²⁵⁸⁶.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Si bien no tenemos información directa de cómo se resolvieron ambos incidentes, podemos averiguar tanto el destino de las legiones como el éxito de sus reclamaciones a partir de los sucesos de Campania y de la posterior guerra de África. Aunque los soldados de la *legio V Alaudae* evitaron, provisionalmente, embarcar, finalmente marcharon junto a César a África²⁵⁸⁷. En cuanto a la *XII*, su participación en el motín de Campania nos confirma que sus demandas tampoco fueron atendidas de manera inmediata y que tuvo que levantarse una segunda vez para, por fin, ser licenciada²⁵⁸⁸.

CONSECUENCIAS: Por fortuna para los cesarianos, las revueltas no trajeron graves consecuencias, y ambas legiones continuaron militando bajo el mando de César; la *XII* hasta el motín de Campania²⁵⁸⁹, y la *V Alaudae* hasta el final de la guerra²⁵⁹⁰.

COMENTARIO: La indiferencia con la que César trató los problemas en su ejército le valió su malestar y casi le costó la guerra. Si no hubiera sido porque a la postre fue capaz de retener a la mayoría de las legiones —las cuales, motivadas por la esperanza de cobrar al término de la contienda todas sus peticiones, consintieron seguir a su lado a pesar de la reiteración con la que su general había rechazado sus reclamaciones—, César se hubiera quedado sin efectivos con los que continuar la campaña. La delicada relación que mantuvo con sus hombres, como consecuencia de su incapacidad por satisfacer sus aspiraciones, supuso un precedente de lo que años más tarde vivió Octaviano, cuando sus legiones veteranas se levantaron hasta en tres ocasiones a causa de las mismas reivindicaciones²⁵⁹¹.

3.15.15. Campania²⁵⁹², Italia, octubre del 47 a. C.

«Cuando llegó [César], ya había cesado la revuelta civil, pero brotó otra contra él en el seno de su ejército, porque no habían visto materializadas las promesas que les había hecho después de la batalla de Farsalia y porque se les había prolongado el servicio militar más allá de lo fijado por la ley. Exigían que todos fueran licenciados y enviados de vuelta a sus hogares»²⁵⁹³.

SITUACIÓN PREVIA: Lejos de concluir los problemas en el ejército cesariano, poco después de los levantamientos promovidos por la *V Alaudae* y la *XII*, tuvo lugar un

²⁵⁸⁶ Tan sólo sería castigado el centurión Tito Salieno, pero su castigo no llegaría hasta más tarde, ya en África, cuando César tuvo la oportunidad de contestar a la indisciplina que varios de sus oficiales habían demostrado en el pasado, en particular durante el motín de Campania (Caes. *B.Afr.* 54.5). Cf. Brice, 2020d: 263.

²⁵⁸⁷ Caes. *B.Afr.* 1.5. Cf. Rodríguez, 2001: 185-186.

²⁵⁸⁸ D.C. 43.14.1. Cf. Rodríguez, 2001: 320-322.

²⁵⁸⁹ D.C. 43.14.1. Cf. Rodríguez, 2001: 320-322.

²⁵⁹⁰ Caes. *B.Afr.* 1.5. Cf. Rodríguez, 2001: 185-186.

²⁵⁹¹ Para más información, *vid. infra* las insurrecciones que, en 36, 35 y 31-30 a. C., sufrió Octaviano.

²⁵⁹² Dion Casio (42.52.1), única fuente que menciona la localización del motín, no detalla en qué lugar del territorio de Campania tuvo lugar el incidente.

²⁵⁹³ App. *BC* 2.92.

grave motín en Campania liderado por la *legio X*²⁵⁹⁴. En este caso, César pudo intervenir en persona, pues acababa de regresar de su lucha contra el rey Farnaces II del Ponto²⁵⁹⁵.

CAUSAS: Advertimos las mismas causas que en el episodio anterior, a saber, militares, físicas, psicológicas y económicas, y una última razón más, la de naturaleza personal. A finales del 47 a. C., la extensión del servicio militar «más allá de lo fijado por la ley»²⁵⁹⁶ se había convertido en un problema para las tropas. Hartos de la guerra, cansados del combate y desanimados por la dureza de la contienda, los soldados se quejaron a César de «las fatigas que habían padecido y de los peligros que habían afrontado»²⁵⁹⁷. Lo consideraban el principal culpable de su desesperada situación, no tanto por haberlos retenido por encima de lo ordinario, sino porque consideraban que era el primer responsable de que la guerra todavía no hubiera terminado. La tendencia de César a perdonar a sus enemigos derrotados fue, de acuerdo con sus hombres, la causa de que la guerra se hubiera prolongado²⁵⁹⁸. Finalmente, su comportamiento para con el vencido lo acabó distanciando de sus soldados, quienes, además de sentirse perjudicados por la extensión del servicio y de creerse engañados por las promesas incumplidas por su general²⁵⁹⁹, se vieron privados de obtener las tradicionales ganancias de la guerra²⁶⁰⁰.

²⁵⁹⁴ Sabemos que César mandó reunir en Campania a sus legiones veteranas, las cuales habían sido enviadas a Italia por él tras la batalla de Farsalia (D.C. 42.30.1). Sin embargo, desconocemos con exactitud qué legiones participaron en la insurrección, más allá de la X legión, que, de acuerdo con Suetonio (*Jul.* 70) y Apiano (*BC* 2.94), lideró al resto de sus compañeras. Por lo demás, el resto de fuentes no especifica la relación de las unidades implicadas y se limita a decir que la revuelta fue instigada por las legiones veteranas de César (Caes. *B.Afr.* 19.3, 54; Liv. 113; Fron. *Str.* 1.9.4; Plu. *Caes.* 51.2; D.C. 42.52-55). No obstante lo anterior, podemos deducir lo siguiente: que participó la XIII, la cual se encontraba también en la región, acababa de levantarse contra Publio Cornelio Sila, y seguía manteniendo las mismas reivindicaciones (Cic. *Att.* 2.236.11.21.2; 237.11.22.2; D.C. 43.14.1; cf. Rodríguez, 2001: 185-186); que no intervino la V *Alaudae*, ya que se encontraba en Sicilia, lugar en el que se había levantado semanas antes, y desde donde partió a África (Caes. *B.Afr.* 1.5; 28.2; cf. Rodríguez, 2001: 322); y que tampoco participaron ni la VI, que no se había separado de César desde Farsalia (Caes. *B.Alex.* 77.2; cf. Rodríguez, 2001: 208-209), ni la legión con la que Marco Antonio reprimió la revuelta civil de Roma —de la cual, por cierto, no tenemos más información (App. *BC* 2.92)—. Para otra interpretación, vid. Chrissanthos, 1999: 74-75, 126-136; 2001: 63-75; Fulkerson, 2013: 175-180.

²⁵⁹⁵ Caes. *B.Alex.* 77-78; App. *BC* 2.92; D.C. 42.45-50.1.

²⁵⁹⁶ App. *BC* 2.92.

²⁵⁹⁷ D.C. 42.53.1, 3.

²⁵⁹⁸ Caes. *Civ.* 1.70; App. *BC* 2.47.

²⁵⁹⁹ App. *BC* 2.92-93; D.C. 42.52.1, 53.1. La falta de fondos de César fue notoria; la paga de los soldados no se realizaba de manera regular y el mismo comandante romano llegó a admitir que, a menudo, no podía pagar a sus hombres (Caes. *Gal.* 1.40, *Civ.* 1.39; Suet. *Jul.* 68). Los problemas financieros que atravesó César nos recuerdan a los problemas que los hermanos Escipión —y el propio Publio Cornelio Escipión Africano— sufrieron durante su campaña en Hispania (Plb. 11.26; Liv. 23.4, 48; 28.25, 32), y a la situación de desamparo en la que se vieron Cneo Pompeyo Magno y Quinto Cecilio Metelo Pío durante la guerra contra Sertorio (Sal. *Hist.* 2.47.6; 98; Plu. *Luc.* 5.3; *Pomp.* 19.11; 20.1-2; *Sert.* 21.8). En ambos casos, la dificultad de alimentar, aprovisionar y pagar al ejército provocó graves dificultades. Si a Escipión Africano le costó el motín de Sucro (Plb. 11.25-30; Liv. 28.24-29; App. *Hisp.* 34-36; Zonar. 9.10.4-8), a Pompeyo y a Metelo le valieron las protestas de sus hombres (Sal. *Hist.* 2.47.6; 98).

²⁶⁰⁰ La *clementia Caesaris*, adoptada por César en la mayor parte del conflicto, impidió a sus hombres vivir del pillaje y de la rapiña, y, por tanto, satisfacer sus necesidades materiales, saqueando o asaltando poblaciones locales (Caes. *Civ.* 1.8, 11-12, 16, 21, 23, 28, 86-87; 2.22; 3.80). Para otro ejemplo en el que la estrategia no belicista de un general romano para con aliados y/o locales provocó el malestar del

OBJETIVOS: De nuevo, el interés de las tropas fue doble. Por un lado, exigieron su licenciamiento, y, por el otro, el cobro de los pagos atrasados²⁶⁰¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín de la mayor parte de las legiones veteranas de César²⁶⁰². El levantamiento de las tropas fue violento²⁶⁰³, y, en principio, estuvo organizado por un grupo de oficiales²⁶⁰⁴.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La información disponible en torno a los medios empleados por las tropas para organizarse es tan confusa como parcial. Mientras que la mayoría de las fuentes nos hacen ver que fueron los soldados los únicos responsables de la insurrección y que fueron ellos quienes encabezaron y dirigieron el motín, más bien de forma desorganizada que coordinada, y, ante todo, violenta²⁶⁰⁵; la información que nos proporciona el *Corpus Caesarianum* sobre los castigos que, posteriormente, tuvieron lugar en África nos sugiere que, en realidad, fue un grupo de oficiales quienes estuvieron detrás del levantamiento de Campania²⁶⁰⁶. De este modo, si aceptamos esta última versión, un grupo de tribunos militares y centuriones habría recogido el malestar

ejército, *vid. supra* la insurrección contra Lucio Licinio Lúculo. Igualmente, otro ejemplo más temprano lo hallamos en Escipión Africano. Su política de atracción de las élites hispanas, basada en costosos regalos (Plb. 10.18, 34-35; Liv. 26.49-50; 27.17, 19; Fron. *Str.* 2.11.5), restringió el saqueo y alejó a sus hombres del pillaje, lo que provocó severas restricciones en su ejército (Plb. 11.28; Liv. 23.4, 48; 28.25; App. *Hisp.* 34; Zonar. 9.10).

²⁶⁰¹ Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.92-93; D.C. 42.52.1; 53.1). Mientras que una parte de los soldados exigió su licenciamiento inmediato, así como todas las recompensas de dinero y tierra prometidas, otros, sin embargo, buscaron aprovecharse de la precaria situación de César y de su necesidad de efectivos militares, para negociar nuevas promesas y recompensas futuras (App. *BC* 2.93; D.C. 42.53.1-2).

²⁶⁰² Mientras César se encontraba en Oriente —y, por lo tanto, ausente, igual que cuando estalló el motín de *Placentia*—, las legiones veteranas, que tras la batalla de Farsalia habían sido llevadas a Italia por Marco Antonio, se rebelaron y se negaron a embarcar a África (Caes. *B.Alex.* 77-78; *B.Afr.* 19.3; Liv. 113; Fron. *Str.* 1.9.4; Luc. 5.237-373; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.92; Polyaen. 8.23.15; D.C. 42.52). La insurrección fue precedida de una revuelta civil en Roma, que, no obstante, ni tuvo la participación del ejército ni estuvo relacionada con las reclamaciones de las tropas (Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.92; D.C. 42.29-33, 50.1). De hecho, una parte del ejército, al frente del *magister equitum* Marco Antonio, participó en la represión de los disturbios (App. *BC* 2.92).

²⁶⁰³ De acuerdo con Plutarco (*Caes.* 51.2), al comienzo del levantamiento los soldados dieron muerte a dos antiguos pretores, Cosconio y Galba; según Apiano (*BC* 2.92), Salustio Crispo, pretor, en 46 a. C., estuvo a punto de morir a manos de las tropas cuando fue enviado por César para negociar con ellas; y, conforme a Dion Casio (42.52.2), un grupo numeroso de soldados persiguió a Salustio hasta Roma sin perdonar la vida a nadie y matando en el camino, entre otros, a dos senadores romanos. Asimismo, el hecho de que las legiones optaran por marchar sobre Roma nos sugiere que, si César no hubiera cedido ante sus demandas, es muy probable que las tropas hubieran llevado más allá su presión y que hubieran atacado a la ciudad, habida cuenta de lo mal defendida que estaba y de su enorme superioridad numérica (App. *BC* 2.92; D.C. 42.52.2-4). Cf. Fron. *Str.* 1.9.4; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.92, D.C. 42.52.2.

²⁶⁰⁴ A esta información hemos accedido de manera indirecta, a partir de los supuestos castigos que, durante la campaña de África, en 46 a. C., César impuso a los principales líderes de la revuelta (Caes. *B.Afr.* 54). Para más información sobre el motín de Campania, *vid.* Bouquie, 1884: 138-139; Marín y Peña, 1956: 67; Jal, 1962a; 10; Hinard, 1990: 151; Keppie, 1998: 80; Chrissanthos, 1999: 74-75, 126-136; 2001: 63-75; 2004: 358-359; Alston, 2002: 32; Perea, 2003: 125; De Blois, 2007: 175; Keaveney, 2007: 44, 63, 67, 83-84; Fields, 2008: 50; Phang, 2008: 126, 143; Sage, 2008: 242; 2018: 266; Brice, 2014: 40, 124, 128; 2015b: 110; 2020a: 50, 59-60; 2020b: 48; 2020c: 117, 120; 2020d: 251, 255, 261, 263-265; Augier, 2016: 93-94; Goldberg, 2016: 145; Machado, 2017: 19; Faszczka, 2018: 96; Sage, 2018: 266; Pérez Carrandi, 2020a: 252.

²⁶⁰⁵ Liv. 113; Fron. *Str.* 1.9.4; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.92-94; D.C. 42.52-55.

²⁶⁰⁶ En particular, dos tribunos militares, Cayo Avieno y Aulo Fonteyo, y dos centuriones, Marco Tiro y Cayo Clusinas (Caes. *B.Afr.* 54). En este mismo pasaje se habla también de Tito Salieno, el centurión de la *legio V Alaudae* que se levantó, en Mesina, contra Marco Valerio Mesala Rufo, y que no pudo ser castigado por su falta hasta ya entrada la campaña de África.

del ejército, habría organizado desde arriba la revuelta, y se habría levantado contra su comandante. No obstante, desconocemos si esos personajes fueron, efectivamente, quienes capitalizaron el descontento de las tropas y quienes alentaron los desórdenes en el ejército, o si, por el contrario, fueron, simplemente, los oficiales seleccionados por los soldados como sus representantes ante César. En cualquier caso, independientemente del grado de implicación de los oficiales, su mera presencia nos indica que la acción del ejército contó con la aprobación y/o condescendencia de sus principales jefes militares, lo que seguramente dificultó a César la represión de la insurrección.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: César, que conocía perfectamente el sentir del ejército²⁶⁰⁷, así como su descontento y sus reivindicaciones²⁶⁰⁸, no tomó ninguna medida —o, al menos, ninguna medida efectiva— capaz de, o bien evitar, o bien controlar y apaciguar el malestar de sus hombres. Su exceso de confianza facilitó la organización y comunicación de las tropas, y que estas protagonizaran una nueva y definitiva insurrección que, a diferencia del motín de *Placentia* y de los últimos levantamientos, ni supo controlar ni pudo reprimir a tiempo²⁶⁰⁹. Sin el apoyo de sus legiones y sin el respaldo de sus oficiales²⁶¹⁰, y tras haber fracasado todo intento de negociación²⁶¹¹, César tuvo que echar mano de su ingenio para intentar reconducir la situación. En primer lugar, apeló al espíritu de cuerpo de sus hombres al llamar a sus soldados *Quirites* en lugar de *milites*²⁶¹². Por medio de este juego de palabras, César liberaba automáticamente a sus hombres del servicio militar y de su condición de soldados, para convertirlos *de facto* en ciudadanos privados. Así, no sólo despojaba a las tropas de su naturaleza castrense, sino que, por encima de todo, las humillaba y las privaba de la posibilidad de obtener cualquier recompensa futura²⁶¹³. Seguidamente, recuperó una vieja estrategia empleada tiempo atrás en *Vesantio*. Como ya hiciera en aquel entonces con la X legión, cuando la destacó por encima de sus compañeras con el propósito de obligar al resto de unidades a que dieran un paso al frente si no querían

²⁶⁰⁷ Aunque César había sido informado sobre el estado de ánimo de sus veteranos, no supo valorar la gravedad de la situación y mantuvo su intención de utilizar a sus tropas en la futura campaña de África (Caes. *Gal.* 1.39; *Civ.* 1.72, 78-79; Suet. *Jul.* 69; App. *BC* 2.47-48; D.C. 41.26-36).

²⁶⁰⁸ Caes. *Gal.* 1.39; *Civ.* 1.72, 78-79; Suet. *Jul.* 69; App. *BC* 2.47-48; D.C. 41.26-36.

²⁶⁰⁹ Fron. *Str.* 1.9.4; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.92-94; D.C. 42.52-55.

²⁶¹⁰ Si en *Vesantio* César contó con el favor de la *legio* X, así como de parte de su *consilium* y de sus centuriones, y en *Placentia* dispuso del respaldo de todo el ejército, a excepción de la *VIII* (*vid. supra* para ambas insurrecciones), en esta ocasión la mayoría de sus efectivos se habían amotinado y las pocas fuerzas que tenía no eran suficientes para controlar la situación (App. *BC* 2.92; Caes. *B.Alex.* 77).

²⁶¹¹ App. *BC* 2.92; D.C. 42.52.2-4.

²⁶¹² Luc. 5.350-360; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.93; Polyæn. 8.23.15; D.C. 42.53.3-4. Cf. Kavanagh, 2015-2016: 32.

²⁶¹³ D.C. 42.53.4. Las palabras de César tenían el objetivo de provocar en sus hombres un impacto psicológico muy próximo al que experimentó la legión rebelde de Cayo Escríbonio Curión, cuando, en 75 a. C., se le privó de sus principales distintivos castrenses (las enseñas y el nombre). Sin atributos militares en los que identificarse, la legión fue desmilitarizada mucho antes de que, finalmente, fuera licenciada por el procónsul (Fron. *Str.* 4.1.43). En nuestro caso, al considerar César a sus soldados como simples ciudadanos, directamente los licenciaba y los degradaba, privándoles, de igual modo, de su identidad militar. Un uso muy parecido lo encontramos en el hipotético discurso que, de acuerdo con Livio (28.27.3-4), Publio Cornelio Escipión Africano pronunció ante sus tropas justo antes de castigarlas por haberse amotinado en Sucro, en 206 a. C.: «Ni siquiera sé con qué nombre debo llamarlos. ¿Ciudadanos, vosotros que os rebalsasteis contra vuestra patria? ¿Soldados acaso, vosotros que rechazasteis la autoridad más alta y los auspicios y quebrantasteis la inviolabilidad del juramento? ¿Enemigos?».

verse superadas en honores y méritos por ella, en este caso amenazó con licenciar a las tropas rebeldes y confiar la guerra a otros soldados, de mayor confianza y más leales, y a los que, naturalmente, colmaría de todos los beneficios que dejarían de ganar las primeras²⁶¹⁴. Ninguna de sus maniobras surtió efecto. Es entonces, una vez que César había perdido por completo el control de la situación y se había visto obligado a ceder ante la presión de sus hombres, cuando el general romano demostró mayor audacia. A la hora de asignar los lotes de tierra, ubicó a los soldados «en diferentes sitios, muy alejados unos de otros, de modo que no fueran motivo de temor para sus vecinos, ni fueran aptos para provocar revueltas por el hecho de vivir juntos en un mismo sitio»²⁶¹⁵. Igualmente, «tras dejar al margen a los revoltosos, empleó a los demás; e hizo lo mismo con el resto de los soldados. A los muy atrevidos y capaces de provocar grandes revueltas los condujo, en efecto, fuera de Italia para que no encabezaran una insurrección si se quedaban atrás; y en África, utilizó encantado a cada uno de ellos con diferentes pretextos; así que reprimía con esto a sus enemigos, al mismo tiempo que se libraba de ellos»²⁶¹⁶. De esta forma, aunque había sido derrotado por sus tropas y estas últimas medidas no bastaron para que retomara el control, evitó que los soldados más sediciosos siguieran juntos y que volvieran a levantarse en el futuro²⁶¹⁷.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Pese a la imagen de fortaleza y determinación que la mayoría de las fuentes clásicas han dado de César²⁶¹⁸, en ningún momento llegó a controlar al ejército, y, de una forma u otra, cedió ante todas las reclamaciones de sus hombres²⁶¹⁹. Es más, tuvo que esperar varios meses para poder resarcirse y castigar a una parte de los cabecillas de las revueltas del 47 a. C.²⁶²⁰ Es en África, en plena campaña contra los pompeyanos, cuando César licenció con deshonor a los tribunos militares Cayo Avieno y Aulo Fonteyo, y a los centuriones Tito Salieno, Marco Tiro y Cayo Clusinas²⁶²¹.

CONSECUENCIAS: A pesar de que el motín de Campania fue, probablemente, la peor insurrección a la que se enfrentó César durante toda la guerra civil, el levantamiento de su ejército no mermó la autoridad del general romano ni tampoco afectó a su estrategia militar; en buena medida debido a la incapacidad del bando

²⁶¹⁴ App. BC 2.93. Más allá del incentivo económico, César buscó, ante todo, conmovier a su audiencia, despertar su orgullo y envalentonar a su público. A este respecto, el efecto psicológico que esperaba desatar sería muy similar al que el soldado romano experimentaba cuando su general realizaba una puesta en escena (*vid. supra* las intervenciones de Cinna, Pompeyo, Fimbria, Lúculo o Petreyo, entre otros). Sin embargo, en lugar de rasgarse las vestiduras, arrodillarse y suplicar, postrarse y llorar, tal y como hicieron otros antes que él, César apeló directamente al honor de cada unidad.

²⁶¹⁵ D.C. 42.54.1.

²⁶¹⁶ D.C. 42.55.1-2.

²⁶¹⁷ La estrategia de César tiene su precedente en Cayo Escibonio Curión, cuando, en 75 a. C., disolvió a la legión rebelde y repartió entre sus otras unidades a sus soldados; y en Cneo Pompeyo Magno, cuando, en 66 a. C., hizo lo propio con las tropas que heredó de Lucio Licinio Lúculo (*vid. supra*). Finalmente, el ejemplo de César lo seguirá Octaviano cuando se enfrentó durante el Triunvirato al motín de sus legiones (*vid. infra*).

²⁶¹⁸ Caes. B.Afr. 54; Fron. Str. 1.9.4; Plu. Caes. 51.2; Suet. Jul. 70; App. BC 2.93-94; D.C. 42.53.3-4.

²⁶¹⁹ Liv. 113; Plu. Caes. 51.2; App. BC 2.92; D.C. 42.53.3, 6; 54.1-2.

²⁶²⁰ Esto nos da un ejemplo de cómo la autoridad y el liderazgo de César se debilitó entre el motín de Placentia y el de Campania.

²⁶²¹ Caes. B.Afr. 54.4-5. Cf. Brice, 2020d: 263.

pompeyano de explotar los problemas del ejército cesariano²⁶²². Atendidas las quejas de sus hombres, estos no volvieron a protagonizar ningún otro disturbio de naturaleza similar, y César pudo contar con efectivos suficientes para reanudar la guerra.

COMENTARIO: Junto a lo ya señalado, destacamos la evolución que experimentó el ejército cesariano entre el motín de *Placentia* y el levantamiento de Campania. A diferencia de lo que ocurrió en 49 a. C. y en las revueltas del verano del 47, en Campania las tropas formaron un frente común y no presentaron fisuras. Si en *Placentia* sólo se levantó la *VIII*, y en verano los disturbios sólo afectaron de manera independiente a la *V Alaudae* y a la *XII*, en esta ocasión todas las legiones veteranas reunidas en Campania se amotinaron. Es cierto que necesitaron del liderazgo de la *X*²⁶²³ y de la intervención de tribunos y centuriones²⁶²⁴, y que, posiblemente, no todas compartían las mismas reivindicaciones, pero, sin embargo, eso no impidió que los soldados se mostraran unidos y que llevaran hasta el final su resolución. En tal sentido, demostraron iniciativa y no dudaron en hacer todo lo necesario con tal de cumplir con sus expectativas. Contra todo pronóstico, marcharon sobre Roma como último recurso con el que doblegar a su general²⁶²⁵. Si bien no era la primera vez que un ejército romano marchaba sobre la *Vrbs*, sí que era la primera vez que lo hacía en solitario, sin un líder militar que lo guiara²⁶²⁶. Con su determinación, el soldado cesariano daba un paso al frente y le recordaba a su general la dependencia que tenía del ejército, la vulnerabilidad de su posición, y que, en última instancia, todos sus logros políticos y militares dependían de su participación²⁶²⁷.

3.15.16. Tiro²⁶²⁸, provincia de Siria, primavera – verano del 46 a. C.

«Se produjo un tumulto e intercambio de golpes, y el ejército no soportó la vejación y dio muerte a [Sexto] Julio [César]. Y, al punto, se arrepintieron y tuvieron miedo de [Cayo Julio] César. Por consiguiente se tomaron mutuo juramento de que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte, y obligaron a [Quinto Cecilio] Baso a este mismo juramento»²⁶²⁹.

²⁶²² El hecho de que el ejército pompeyano más cercano estuviera en África y que su principal líder hubiera muerto, dio a César cierto margen y la seguridad de que la desertión y/o el cambio de bando eran dos opciones que difícilmente los soldados podrían llevar a la práctica sin apoyo militar enemigo. Si en el pasado figuras como Lucio Cornelio Sila, Lucio Cornelio Cinna o el propio César, entre otros comandantes romanos, pudieron promover el cambio de bando fue, en buena medida, a que se sirvieron de su ejército para instigar la defección de las tropas rivales. Véase, a tal efecto, la actuación de Sila frente a Fimbria y Escipión, en 85 y 83 a. C., respectivamente; la de Cinna ante Claudio Pulcro, en 87 a. C.; o el intento de César ante las tropas de Afranio y Petreyo, en 49 a. C. Asimismo, para otros ejemplos posteriores, *vid. infra* el comportamiento sedicioso que Marco Antonio y Octaviano mantuvieron con las tropas de sus rivales.

²⁶²³ Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 2.94.

²⁶²⁴ Caes. *B.Afr.* 54.4-5.

²⁶²⁵ App. *BC* 2.92; D.C. 42.52.2-4.

²⁶²⁶ En 88 a. C., Sila fue el encargado de inaugurar esta peligrosa práctica; en 87 a. C., el testigo lo recogieron Mario y Cinna; en 77 a. C., el turno le tocó a Lépido; y, en 49 a. C., fue el propio César el encargado de llevar el miedo a la capital.

²⁶²⁷ App. *BC* 2.92-93; D.C. 42.52.2-4; 53.2.

²⁶²⁸ Sur del actual Líbano.

²⁶²⁹ App. *BC* 3.77.

SITUACIÓN PREVIA: Paralelamente a la campaña de África, el cuestor Sexto Julio César, al que Cayo Julio César había dejado, en 47 a. C., al frente del gobierno de Siria²⁶³⁰, fue asesinado a manos de sus propias tropas²⁶³¹, como consecuencia del apoyo del ejército a Quinto Cecilio Baso²⁶³².

CAUSAS: Identificamos cuatro posibles razones detrás del malestar de los soldados: militares, personales, económicas y políticas. Conforme a Apiano (BC 3.77), Sexto Julio César, «entregado a una vida de molicie, llevaba a la legión de forma indecorosa por todas partes». Según su opinión, los soldados ni confiaban en su comandante ni aprobaban su comportamiento. De esta manera, para Apiano, la principal causa de su descontento fue, por un lado, la manera en la que Sexto dirigió al ejército, y, por el otro, su forma de ser «disoluta» y violenta; en particular si admitimos la versión en la que Quinto Cecilio Baso, un oficial del ejército de Sexto, fue ultrajado y agredido por orden de este último después de haberle reprochado al cuestor su mala actitud²⁶³³. Sin embargo, Dion Casio (47.26.4-7) nos ofrece un punto de vista distinto. Para este autor, Cecilio Baso, un antiguo pompeyano, por un lado, habría corrompido a los soldados de Sexto a base de sobornos, y, por el otro, habría deslegitimado la autoridad del cuestor. Para tal fin, Cecilio Baso habría falsificado una serie de cartas, que supuestamente le habrían sido enviadas por el pompeyano Quinto Cecilio Metelo Escipión, en las que se anunciaba la muerte de César en África y la asignación de Cecilio Baso como nuevo gobernador de Siria²⁶³⁴. La estrategia de Cecilio Baso, a pesar de contar con la oposición del cesariano²⁶³⁵, debilitó la posición de Sexto y socavó su

²⁶³⁰ Sexto Julio César era pariente de Cayo Julio César, tal vez su primo segundo (J. AJ 14.170), razón por la cual se cree que fue nombrado gobernador de Siria y se le confirió todos los asuntos de esa provincia, una vez que, en 47 a. C., César partió de Egipto contra Farnaces II del Ponto (D.C. 47.26.3).

²⁶³¹ Según la mayoría de las fuentes, su ejército estaba constituido por una sola legión (Cic. Att. 12.11.1, 12.3; Liv. 114; App. BC 3.77; 4.58). Dion Casio, por el contrario, habla de legiones, en plural, sin especificar su número (D.C. 47.26.7).

²⁶³² De acuerdo con Apiano (BC 3.77; 4.58), Quinto Cecilio Baso fue, con toda probabilidad, un oficial del ejército de Sexto Julio César. Sin embargo, para otros autores, como Livio (114) y Dion Casio (47.26.3), Baso nunca habría formado parte del ejército de Sexto, sino que, en realidad, habría sido un pompeyano —posiblemente alguien perteneciente al *ordo equester*, pero, en cualquier caso, un particular (Cic. Fam. 12.12.3)— que, tras la derrota de Cneo Pompeyo Magno en Farsalia, en 48 a. C., se habría refugiado en Tiro (D.C. 47.26.3). Esta versión también la incluye Apiano (BC 3.77), recogida de un tal Libo, de autoría desconocida, y que se ha querido identificar, o bien con Lucio Escribonio Libón, o bien con Tito Livio. Cf. Str. 16.2.10; J. AJ 14.268; BJ 1.216.

²⁶³³ App. BC 3.77; 4.58.

²⁶³⁴ D.C. 47.26.6. La artimaña de Quinto Cecilio Baso resultó creíble en buena medida porque se aprovechó de que, recientemente, habían llegado a Siria «muchas y malas noticias» sobre la situación de César en África (D.C. 47.26.5). El efecto que la falsa muerte de César provocó en el ejército de Sexto Julio César tuvo que ser muy similar al que experimentaron los soldados de Publio Cornelio Escipión Africano cuando, en 206 a. C., se filtró en el campamento de Sucro la falsa noticia de la muerte de su general (Plb. 11.25-30; Liv. 28.24-29; App. Hisp. 34-36; Zonar. 9.10.4-8). En ambos casos, los rumores sirvieron de estímulo para que las tropas se amotinaran.

²⁶³⁵ Según Dion Casio (47.26.7), Quinto Cecilio Baso «fue herido y derrotado en la batalla» que le opuso Sexto Julio César.

autoridad, permitiendo al primero hacerse tanto con el control de la ciudad de Tiro como con la confianza del ejército de su rival²⁶³⁶.

OBJETIVOS: La motivación de las tropas varía en función de la fuente consultada. Si seguimos la versión de Apiano, el principal interés de la soldadesca romana fue deshacerse de su comandante, al que despreciaban y del que desconfiaban²⁶³⁷. En cambio, si aceptamos el punto de vista de Dion Casio, fue la motivación económica el principal estímulo de los soldados²⁶³⁸.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Si aceptamos la versión de Apiano, la revuelta se habría desarrollado en una única fase y se habría limitado a la intervención de las tropas de Sexto Julio César; cuando, consternadas por la vejación de Quinto Cecilio Baso, se levantaron y acabaron con la vida de su comandante²⁶³⁹. Sin embargo, si seguimos la versión de Dion Casio, la insurrección habría tenido dos fases: en primer lugar, estaría la desertión de «algunos de los soldados de Sexto que de tanto en tanto pasaban patrullando por la ciudad [de Tiro]»; y, en segundo lugar, estaría el cambio de bando de la mayor parte del ejército de Sexto, una vez Cecilio Baso se hizo con su lealtad por medio de «recados»²⁶⁴⁰. Las mismas dudas se nos plantean cuando tratamos el grado de organización del ejército. Mientras que, para Apiano, el episodio fue un acto desorganizado y fruto de la violencia y espontaneidad de las tropas²⁶⁴¹; para Dion Casio, la insurrección estuvo organizada, no por los soldados, sino por Quinto Cecilio Baso, quien, pacientemente, se habría ocultado en la ciudad de Tiro a la espera de su oportunidad²⁶⁴². En lo que no difiere ningún autor es en que la insurrección fue violenta, pues en todas las versiones Sexto Julio César acabó asesinado por sus hombres²⁶⁴³.

²⁶³⁶ Muerto su comandante en jefe, los soldados pudieron considerar que Sexto Julio César había perdido su autoridad, pues había sido César quien le había colocado al frente de Siria (App. BC 3.77; 4.58; D.C. 47.26.3, 6-7).

²⁶³⁷ App. BC 3.77; 4.58.

²⁶³⁸ D.C. 47.26.4-7. Para Dion Casio (47.26.6-7), la motivación política sería secundaria y, más bien, un pretexto con el que justificar el cambio de bando. Esta situación nos recuerda a la volatilidad con la que las legiones *Vernacula* y *II* cambiaron de bando en la segunda insurrección contra Quinto Casio Longinio (vid. supra).

²⁶³⁹ App. BC 3.77; 4.58. El choque entre Sexto Julio César y Quinto Cecilio Baso nos recuerda al enfrentamiento que, en 205 a. C., protagonizaron el propretor Quinto Plemio, legado de Publio Cornelio Escipión Africano, y los tribunos militares Marco Sergio y Publio Macieno. El conflicto terminó con el propretor herido y los dos tribunos militares muertos (Liv. 29.6, 8, 9, 16-22; D.S. 27.4; V. Max. 1.1.21; App. Hann. 55; D.C. 57.62; Zonar. 9.11.8-9).

²⁶⁴⁰ D.C. 47.26. 4, 7. Dion Casio no concreta en qué consistieron dichos «recados», pero, seguramente, fueron algún tipo de soborno, bien en metálico, bien en forma de promesas de beneficios y/o recompensas futuras que podrían recibir los soldados de Sexto si se pasaban a su lado.

²⁶⁴¹ App. BC 3.77; 4.58.

²⁶⁴² Conforme a Dion Casio (47.26.3-7), Quinto Cecilio Baso habría contactado, en Tiro, con antiguos pompeyanos y se habría hecho con el favor de los primeros soldados de Sexto Julio César. A continuación, al calor de las últimas noticias sobre el ejército cesariano en África, empezó a conspirar con sus antiguos correligionarios. Por último, tras ser descubierto por Sexto, falsificó la correspondencia, se apoderó de Tiro y se hizo con un ejército con el que enfrentarse al general cesariano. Derrotado por este último, retomó su vieja táctica de sobornar a los soldados de su rival, hasta que, finalmente, estos se acabaron amotinando y matando a su comandante.

²⁶⁴³ Liv. 114; J. AJ 14.268, BJ 1.216; App. BC 3.77; 4.58; D.C. 47.26.7; cf. Botermann, 1968, 99-101; Hinard, 1990: 151; Keaveney, 2007: 76, 84; Brice, 2020d: 257, 261. El asesinato de Sexto Julio César se suma a la lista de comandantes romanos que murieron a manos de sus hombres (Aulo Postumio Albino,

MECANISMOS DE COHESIÓN: Para determinar el grado de cohesión del ejército de Sexto, nos tenemos que centrar, fundamentalmente, en la versión de Apiano; es decir, en aquella en la que los soldados, de manera impulsiva, se alzaron contra el cuestor, vengando a Quinto Cecilio Baso y matando a su general²⁶⁴⁴. Dada la espontaneidad de su primer acto, debemos saltar al momento en el que las tropas, temiendo la reacción de Sexto Julio César, «se tomaron mutuo juramento de que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte»²⁶⁴⁵. Si el odio hizo de aglutinante en su insurrección, el miedo hizo de posterior elemento de cohesión. El temor a una futura represión fue lo que llevó a los soldados a comprometerse mediante juramento a que se mantendrían en armas si no se les garantizaba su seguridad²⁶⁴⁶. En lo que respecta a la versión de Dion Casio, debemos fijarnos en el comportamiento de la guarnición de Apamea si queremos encontrar un aglutinante distinto del económico. Conforme a este autor, los soldados de Apamea fueron los únicos que no se pusieron a las órdenes de Cecilio Baso, los únicos a los que no ganó para su causa y los únicos que permanecieron fieles a César²⁶⁴⁷. En su caso, el elemento político-ideológico primó por encima del material.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: De nuevo, el análisis de este apartado depende de la fuente consultada. En cuanto a la versión de Apiano, Sexto Julio César, al menos al principio, tuvo la autoridad suficiente para intervenir en su ejército y reprimir su descontento, como así se desprende del choque que tuvo con Quinto Cecilio Baso, cuando consiguió que «lo trajeran a rastras» para ser castigado²⁶⁴⁸. En lo concerniente a Dion Casio, aunque una parte de la conspiración de Cecilio Baso se logró detectar a tiempo²⁶⁴⁹, Sexto Julio no pudo hacer nada ni por evitar las primeras desertiones de su ejército ni por evitar su traición y muerte. Al respecto, sabemos que Baso fue detenido e interrogado, pero que, finalmente, fue liberado al no encontrar pruebas de su complot. Más tarde, cuando logró reunir a un ejército con el que enfrentarse a Sexto, este le derrotó en combate, pero no fue suficiente para detener la determinación del pompeyano. En todo caso, el asesinato de Sexto impidió que los soldados implicados, ya sea en el levantamiento, si seguimos la versión de Apiano, ya sea en el cambio de bando, si aceptamos la versión de Dion Casio, fueran castigados.

Quinto Pompeyo Rufo, Lucio Valerio Flaco, Lucio Cornelio Cinna, Marco Junio Bruto y Quinto Sertorio).

²⁶⁴⁴ App. BC 3.77; 4.58.

²⁶⁴⁵ App. BC 3.77; 4.58.

²⁶⁴⁶ Salvando las distancias, el juramento de los hombres de Sexto Julio César nos recuerda al que hicieron, en 48 a. C., los soldados de César tras la derrota de Dirraquio. En ambos casos, a diferencia de otros ejemplos en los que la iniciativa partió de los comandantes y oficiales romanos (*vid. supra* los juramentos promovidos por Lucio Domicio Ahenobarbo, Marco Petreyo y Tito Labieno, por citar los más recientes), fueron las tropas quienes dieron un paso al frente y se comprometieron entre sí a actuar unidas bajo una misma consigna (App. BC 2.63).

²⁶⁴⁷ D.C. 47.27.1.

²⁶⁴⁸ App. BC 3.77; 4.58.

²⁶⁴⁹ D.C. 47.26.5.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. En cualquiera de las dos versiones principales, Quinto Cecilio Baso, no sólo terminó con la vida de Sexto Julio César, sino que, además, se hizo con su ejército y con el control de Siria²⁶⁵⁰.

CONSECUENCIAS: Además del asesinato de uno de los potenciales herederos de Cayo Julio César²⁶⁵¹, la principal consecuencia de la insurrección fue la pérdida, por parte del bando cesariano, de la provincia de Siria, un área estratégica clave entre el Egipto ptolemaico y el Imperio parto²⁶⁵².

COMENTARIO: La principal característica —y el mayor problema— del episodio es la doble versión de los hechos que presentan las fuentes clásicas. En función de la versión consultada, nuestro análisis cambia por completo, desde el origen de Quinto Cecilio Baso hasta la motivación de los soldados, pasando por la organización de la insurrección. Así, por ejemplo, si Apiano nos presenta a unas tropas molestas con la manera errante y negligente con la que su comandante las dirigía, Dion Casio nos muestra a unos soldados a los que sólo les importaba el dinero. Si en la versión de Apiano, la acción de las tropas estuvo justificada por el mal comportamiento de su general, en la de Dion Casio fue la avidez de los soldados el principal estímulo y justificante de sus actos. Si bien el relato de Apiano es el más interesante desde el punto de vista de nuestra investigación, pues es el que más información nos aporta sobre el funcionamiento interno del ejército y su organización, la versión de Dion Casio nos parece más plausible, máxime si tenemos en cuenta que el incidente tuvo lugar en un contexto de enfrentamiento interno, en donde la desertión y el cambio de bando fueron tan populares como frecuentes. Sin embargo, creemos que las lagunas y las discrepancias de uno y otro autor se podrían resolver por medio de una versión alternativa que hiciera de nexo entre ambos relatos. En este sentido, nuestra revisión parte del análisis de la legión de Sexto Julio César. Lamentablemente, las fuentes no nos aportan mucha más información de la ya presentada con anterioridad; es decir, que era una unidad que César dejó en Siria bajo la dignidad de su pariente Sexto. No conocemos, por tanto, ni su origen ni su composición, lo que dificulta nuestro estudio. No obstante, podemos teorizar al respecto. No sería extraño pensar que la legión de Sexto hubiera estado formada por antiguas tropas pompeyanas, habida cuenta de que, tras Farsalia, César incorporó a su ejército los efectivos supervivientes del ejército de Cneo Pompeyo Magno²⁶⁵³, y de que, además, tenemos noticia de la presencia de pompeyanos en Oriente²⁶⁵⁴. En este caso, Cecilio Baso sería un pompeyano, tal y como afirman algunas fuentes²⁶⁵⁵, que, bien como particular, bien como miembro del ejército,

²⁶⁵⁰ Tras el asesinato de Sexto Julio César, Quinto Cecilio Baso reclutó a una segunda legión (App. BC 3.77; D.C. 47.27.1) y, poco después, se hizo con los servicios de tropas auxiliares (Cic. *Deiot.* 23; Str. 16.2.10; D.C. 47.27.3-5), lo que nos confirma su intención de hacerse fuerte en la región.

²⁶⁵¹ De acuerdo con Canfora (2000: 264-266) y Amela (2019: 40), Sexto Julio habría sido designado por César como su heredero, dado que era el pariente varón más cercano a él, además de miembro de la *gens Julia*; a diferencia de Octaviano, quien, finalmente, fue el elegido para sucederle.

²⁶⁵² La recuperación de Siria era de vital importancia, debido a su relevancia geoestratégica y a que era la base de operaciones para la futura campaña contra los partos (App. BC 3.77; 4.58).

²⁶⁵³ Caes. *Civ.* 3.99.4; 107.1; *B.Alex.* 9.3; Plu. *Caes.* 46.4.

²⁶⁵⁴ Caes. *Civ.* 3.103.2-3; 104.3; 110; Plu. *Crass.* 21.2; *Pomp.* 78.1; 79.1; Flor. *Epit.* 2.13.52; D.C. 47.26.5.

²⁶⁵⁵ Cic. *Fam.* 12.12.3; Str. 16.2.10; Liv. 114; J. AJ 14.268, BJ 1.216; App. BC 3.77; D.C. 47.26.3.

se pudo ganar el favor de sus antiguos compañeros de armas, quienes, como pompeyanos, no querían seguir sirviendo bajo el mando de un cesariano, independientemente de que fueran ciertos los rumores de su molicie y mal gobierno. Así, una vez que se extendieron los falsos rumores de la derrota y muerte de César, Baso tuvo la oportunidad para reclamar la lealtad de los antiguos pompeyanos, y estos la excusa para amotinarse y acabar con la vida de su general.

3.15.17. Tapso²⁶⁵⁶, provincia de África, abril del 46 a. C.

«Los legados y los soldados reenganchados le pidieron de improviso a César que no dudara en dar la señal de ataque [...]. Pero mientras César dudaba y se resistía a atender el afán y las ansias de sus hombres [...], al tiempo que trataba de retener una y otra vez a sus tropas, de repente, en el ala derecha y sin que César lo ordenara, un corneta, obligado por los soldados, inició el toque de carga. Al oír la señal, todas las cohortes empezaron a marchar contra el enemigo y, aunque los centuriones se oponían plantándoles cara y trataban de impedir por la fuerza que lanzaran el ataque sin la orden de su general, todo fue en vano»²⁶⁵⁷.

SITUACIÓN PREVIA: Tras ceder en Campania y atender a las reclamaciones de sus hombres, César pudo retomar su estrategia y marchar una vez más a la guerra. El episodio que nos ocupa tuvo lugar en África, en concreto durante el transcurso de batalla de Tapso de 46 a. C., momento en el que las legiones cesarianas se lanzaron al combate sin la orden previa de su comandante²⁶⁵⁸.

CAUSAS: Cinco fueron las posibles causas detrás de la desobediencia de las tropas: militares, físicas, psicológicas, económicas y personales. Tras meses sin combates, más allá de pequeñas escaramuzas y operaciones de hostigamiento, los cesarianos, hartos de la guerra y agotados por la contienda²⁶⁵⁹, deseaban terminar cuanto antes con una campaña que se había alargado más de lo esperado y en la que se habían visto expuestos a todo tipo de dificultades —al hambre y a la sed²⁶⁶⁰, así como a las inclemencias del tiempo²⁶⁶¹—, y a temibles contrincantes —en particular, nos referimos a los elefantes del rey Juba I, los cuales provocaron en más de una ocasión el pánico entre los soldados de César²⁶⁶²—. Asimismo, conscientes de que cuanto más se dilatarla la guerra y más se extendiera el servicio militar, más tardarían en cobrar las últimas promesas que César les había hecho en Campania²⁶⁶³, las tropas concibieron la esperanza de recibir todas sus recompensas al final de la batalla²⁶⁶⁴. Por último, no podemos ignorar el elemento

²⁶⁵⁶ Cerca de la actual Ras Dimas (este de Túnez).

²⁶⁵⁷ Caes. *B.Afr.* 82.2-4.

²⁶⁵⁸ Para esta batalla, César contó con las legiones V, VII, VIII, VIII y X, así como con el apoyo de auxiliares arqueros y honderos, e infantería ligera y jinetes (Caes. *B.Afr.* 81.1). Fueron las legiones VII y X, ubicadas en el ala derecha, las que primero se precipitaron (Caes. *B.Afr.* 82.3).

²⁶⁵⁹ Caes. *B.Afr.* 26.6; 31.1, 32.2; 61.6.; 71.1; 72.4-5; 75.2.

²⁶⁶⁰ Caes. *B.Afr.* 8.1; 20.3-4; 24.2-4; 25.1.

²⁶⁶¹ Caes. *B.Afr.* 47.

²⁶⁶² Caes. *B.Afr.* 34.6; 48.3; 72.3; Suet. *Jul.* 66; App. *BC* 2.96; D.C. 43.3.5.

²⁶⁶³ *Vid. infra.*

²⁶⁶⁴ De hecho, salvo la V, todas las legiones que participaron en la batalla fueron licenciadas después de Tapso (Rodríguez, 2001: 233, 257; 272; 294). Sólo la X volvería a reengancharse para la campaña de

personal. Sabemos que los veteranos de César atacaron a sus enemigos «presos de la ira y del rencor», lo que nos hace pensar que, tal vez, buscaron vengar la matanza del 49 a. C. con una masacre igual²⁶⁶⁵.

OBJETIVOS: Dado que la principal resistencia pompeyana se había concentrado en África, los cesarianos juzgaron que si se imponían en el combate la guerra terminaría en esa misma batalla y en ese mismo día; de ahí su ímpetu y su temeridad, pues consideraban que ya nada les separaba del final de la guerra, del final del servicio militar y de cobrar todos los pagos y recompensas prometidos. Igualmente, si aceptamos la motivación personal, las tropas buscaron, además, vengar a sus camaradas muertos²⁶⁶⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Desobediencia e indisciplina en el ejército cesariano. Viendo que el enemigo «andaba asustado y que corría amedrentado», y que salía «falto de decisión y en completo desorden»²⁶⁶⁷, las tropas cesarianas rompieron la disciplina de la formación y, contra los deseos de su comandante, se lanzaron de forma imprudente, temeraria e improvisada²⁶⁶⁸. La insurrección fue espontánea, caótica y violenta²⁶⁶⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La veteranía de los cesarianos fue el principal aglutinante del ejército. Tanto el ataque como la posterior represión fueron llevados a cabo por las tropas veteranas de César, y no por los soldados bisoños del comandante romano²⁶⁷⁰. Durante la batalla, fueron los soldados reenganchados, es decir, los veteranos, quienes llevaron la iniciativa y quienes lideraron la ofensiva²⁶⁷¹. Asimismo, fueron estas mismas tropas las que, sedientas de sangre, se tomaron la justicia por su mano y masacraron a los prisioneros rivales²⁶⁷².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Identificamos tres intentos por parte de César de controlar a sus hombres. Dos al comienzo de la batalla y otro al final del combate. En primer lugar, cuando los soldados le presionaron para que diera la señal de ataque, César se resistió a cambiar su estrategia e intentó «retener una y otra vez a

Hispania, puesto que sus miembros no lograron adaptarse a la vida civil (Caes. *B.Hisp.* 30.7; Plin. *Nat.* 3.32; App. *BC* 3.83; *CIL* XII 4.344; cf. Rodríguez, 2001: 294).

²⁶⁶⁵ En 49 a. C., el rey Juba I ordenó ejecutar tanto a los prisioneros de la batalla de Bagradas como a los cesarianos que no pudieron huir de África tras la captura del campamento Cornelio (Caes. *Civ.* 2.44.1-2; App. *BC* 2.46). Para más información, *vid. supra*.

²⁶⁶⁶ Caes. *B.Afr.* 85.5-9.

²⁶⁶⁷ Caes. *B.Afr.* 82.1.

²⁶⁶⁸ Conforme a Floro (*Epit.* 2.13.66), los soldados «dieron la señal de la batalla por decisión propia, sin esperar la orden de su jefe». Cf. Caes. *B.Afr.* 82.2-4; 83.1; Chrissanthos, 2004: 361; Keaveney, 2007: 84.

²⁶⁶⁹ Los hombres de César, no sólo mataron a los soldados enemigos que habían arrojado sus armas y se habían rendido (Caes. *B.Afr.* 85.5-6), sino que, además, hicieron lo propio con caballeros y senadores romanos, quienes, a pesar de retirarse del combate e implorar la protección de César, fueron también ejecutados sin excepción (Caes. *B.Afr.* 85.8-9). Cf. Caes. *B.Afr.* 82.2-4; 83.1; Flor. *Epit.* 2.13.66.

²⁶⁷⁰ Respecto a los nuevos reclutas, *vid.* Caes. *B.Afr.* 81.1-2.

²⁶⁷¹ Caes. *B.Afr.* 82.2-3; 84; 85.5-9. Junto con los veteranos, los legados también incitaron a César a que atacara al enemigo (Caes. *B.Afr.* 82.2). El hecho de que los legados se posicionaran a favor de las tropas pudo dificultar a César la tarea de contener al ejército.

²⁶⁷² «Era imposible conseguir que los soldados veteranos, presos de la ira y del rencor, perdonaran al enemigo [...]. Ante estos hechos, muchos caballeros y senadores romanos se retiraron del combate por miedo de que también a ellos los mataran los soldados; pues estos, de resultados de tan gran victoria, se habían atribuido el derecho de actuar al margen de toda disciplina, confiando en que la gran gesta realizada les valdría la impunidad» (Caes. *B.Afr.* 85.5-9).

sus tropas»²⁶⁷³. Seguidamente, cuando todas las cohortes empezaron a machar contra su voluntad, fueron los centuriones los responsables de intentar parar su avance, «plantándoles cara y tratando de impedir por la fuerza que lanzaran el ataque sin la orden de su general»²⁶⁷⁴. Finalmente, cuando los pompeyanos imploraron la protección de César y que este intercediera ante sus soldados, el general romano intentó sin éxito apaciguar a sus hombres²⁶⁷⁵. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. A pesar de que los soldados desobedecieron las órdenes de César, de que este último no controló en ningún momento la situación, ni siquiera al término del combate, y de que sus tropas se mostraron tremendamente indisciplinadas y crueles, ningún soldado fue castigado. Es más, al día siguiente de la batalla, «tras sacrificar a los dioses, [César] convocó una asamblea [una *contio*] y, a la vista de los habitantes de Tapso y desde la tribuna del campamento, felicitó a los soldados, concedió recompensas a todos los veteranos y otorgó premios a los que se lo habían merecido por su valor y sus acciones»²⁶⁷⁶.

CONSECUENCIAS: Por fortuna para César, la indisciplina de sus hombres no le trajo consecuencias militares graves y se pudo alzar con la victoria²⁶⁷⁷.

COMENTARIO: A pesar de su experiencia, las legiones veteranas de César demostraron una falta de disciplina que a punto estuvo de costarle al general romano una severa derrota si las tropas de Escipión y Juba hubieran sido capaces de rechazar la primera cometida de los cesarianos. No era la primera vez que los soldados se comportaban de esa manera —ya lo vimos en Gergovia, durante la guerra de las Galias, cuando soldados y oficiales desobedecieron la orden de retirada de César y se lanzaron hacia su propia muerte²⁶⁷⁸; y, más recientemente, en los alrededores de Uzita, durante esta misma campaña²⁶⁷⁹—, pero, sin embargo, hasta la fecha su desobediencia se había limitado a cuestiones de naturaleza táctica. Es cierto que habían roto la formación y habían atacado sin orden previa, pero su obstinación no había llegado tan lejos como en Tapso, ni mucho menos había derivado en el estallido de violencia indiscriminada que protagonizaron al final de la batalla, en donde persiguieron y mataron a sangre fría a sus rivales, muchos de ellos también ciudadanos romanos²⁶⁸⁰. A este respecto, lo que más nos llama la atención, por encima de la recalcitrante actitud de las tropas, fue la tolerancia con la que César trató la indisciplina de sus hombres. Si bien le habían brindado una gran victoria, no es menos cierto que lo habían hecho a expensas de

²⁶⁷³ Caes. *B.Afr.* 82.3.

²⁶⁷⁴ Caes. *B.Afr.* 82.4.

²⁶⁷⁵ Caes. *B.Afr.* 85.9.

²⁶⁷⁶ Caes. *B.Afr.* 86.3.

²⁶⁷⁷ «César, dueño de tres campamentos, dejando diez mil enemigos muertos y puestos en fuga muchos más, se retiró a su campamento sin registrar más que la pérdida de cincuenta soldados y unos pocos heridos» (Caes. *B.Afr.* 86.1). Nótese, no obstante, cómo la fuente procesariana exagera deliberadamente la diferencia entre las bajas habidas en un bando y en otro.

²⁶⁷⁸ *Vid. supra*.

²⁶⁷⁹ En un choque en las inmediaciones de Uzita (actual Henchir el-Makrceba, Túnez), «de improviso, un sector de la caballería de César junto con la infantería ligera, temerariamente y sin que nadie se lo ordenara, avanza demasiado lejos al encuentro de los gétulos» (Caes. *B.Afr.* 61.3). Al igual que ocurrió en Gergovia, las tropas cesarianas «no pudieron resistir el inmenso tropel enemigo y, abandonada la infantería ligera, se retiraron hacia sus posiciones desbaratados y castigados» (Caes. *B.Afr.* 61.3).

²⁶⁸⁰ Caes. *B.Afr.* 85.5-9.

romper su juramento y de poner en riesgo la campaña. La condescendencia con la que César trató la desobediencia de las tropas, no sólo se aleja de los tradicionales principios ideológicos sobre los que se forjaron las bases de la atávica disciplina militar romana²⁶⁸¹, sino que se distancia también de la manera en la que pueblos no romanos como los númidas entendían la dirección de la guerra²⁶⁸². Sin duda, la actitud de César para con sus hombres no la podemos entender al margen del contexto de guerra interna, en donde las necesidades bélicas y la falta de efectivos militares condicionaron la relación con su ejército.

3.15.18. Munda²⁶⁸³, Hispania Ulterior, 17 de marzo del 45 a. C.

«Por fin, algo inusitado para los ojos de César —¡infamante!—, tras catorce años la experimentada tropa de sus veteranos —que, aun cuando todavía no habían huido, resistían más por vergüenza que por valor—, retrocedió. Por ello, él personalmente, tras alejar su caballo, se abalanzó a primera línea, como un demente. Allí retenía a los que huían, infundía valor a los portaestandartes, suplicaba, exhortaba, increpaba, en definitiva, recorría toda la formación con su mirada, su gesto y su voz»²⁶⁸⁴.

SITUACIÓN PREVIA: Vencido el ejército pompeyano en África, los hijos de Cneo Pompeyo Magno, Cneo Pompeyo el Joven y Sexto Pompeyo, lograron huir de Tapso y refugiarse en Hispania, lugar en el que lideraron sin éxito la última resistencia contra César. Si en el episodio anterior los soldados cesarianos combatieron con atrevimiento y bravura, en Munda fue el miedo lo que gobernó su espíritu²⁶⁸⁵.

CAUSAS: Advertimos dos razones detrás de la indisciplina de las tropas: militares y psicológicas. De acuerdo con Veleio Patérculo y Orosio, en el momento más «crítico» de la batalla de Munda²⁶⁸⁶, el ejército cesariano fue «acorralado» por el ejército pompeyano²⁶⁸⁷. Como consecuencia de esta situación militar desfavorable, las tropas comenzaron a ceder terreno y a retroceder frente al ataque enemigo²⁶⁸⁸, lo que

²⁶⁸¹ Vid. *supra*.

²⁶⁸² Caes. *B.Afr.* 66.4, cuando el rey Juba I, en un combate anterior a Tapso, «hizo crucificar a todos los númidas que tras perder la posición habían huido para refugiarse en el campamento».

²⁶⁸³ En algún lugar de la Bética, probablemente, o bien en los Llanos de Vanda, cerca de la actual Montilla (provincia de Córdoba, Andalucía, sur de España), o bien en los Llanos del Águila, cerca del Cerro de las Balas, en las proximidades de Osuna (provincia de Sevilla, Andalucía, sur de España). Sobre la localización, vid. Segura, 2003: 179-183; Rodríguez, 2005a: 479.

²⁶⁸⁴ Flor. *Epit.* 2.13.81-84.

²⁶⁸⁵ Vell. 2.55.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.81-84; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7. Para la batalla, César pudo reunir ocho legiones (no completas), ocho mil jinetes galos y un número indeterminado de jinetes mauritanos bajo el mando del rey Bogud de Mauritania (Caes. *B.Hisp.* 30.1; D.C. 43.36.1; cf. Rodríguez, 2005a: 479-480). Respecto a las unidades romanas, identificamos la presencia de las legiones III, V y X (Caes. *B.Hisp.* 30.7). Cf. Rodríguez, 2001: 209, 294.

²⁶⁸⁶ Vell. 2.55.3.

²⁶⁸⁷ Oros. 6.16.7.

²⁶⁸⁸ Vell. 2.55.3; Flor. *Epit.* 2.13.81.

provocó, finalmente, que una parte de los soldados abandonaran su puesto y huyeran a causa del miedo²⁶⁸⁹.

OBJETIVOS: El principal interés de las tropas fue escapar con vida de un combate que se les había puesto en contra²⁶⁹⁰. Igualmente, no podemos descartar el componente económico. Tras años de lucha y después de haber conseguido de César la promesa de importantes recompensas futuras, los soldados pudieron tener miedo de perder todos sus privilegios si caían en la última batalla de la guerra justo antes de ser licenciados²⁶⁹¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: En un momento indeterminado de la batalla, cuando las tropas pompeyanas más empujaban, una parte de los soldados de César, viéndose superados, abandonaron la disciplina de la formación y huyeron del combate²⁶⁹². Si bien la insurrección fue espontánea, no tenemos información suficiente para determinar si los soldados emplearon la fuerza para escapar de la lucha.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Sabemos que fueron tropas veteranas las que huyeron²⁶⁹³, pero, sin embargo, desconocemos a qué legión o legiones pertenecieron. Aunque la defección terminó afectando a una parte considerable del ejército cesariano, hasta el punto de que el propio César temió por su vida²⁶⁹⁴, conforme a Veleio Patérculo (2.55.3), la fuga se originó entre los miembros de una misma unidad, probablemente, de una centuria o cohorte. En cualquier caso, fue el miedo lo que hizo de aglutinante de las tropas²⁶⁹⁵.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Según la mayoría de autores clásicos, fue la intervención de César en medio de la refriega lo que impidió que el ejército cesariano cediera y abandonara el combate²⁶⁹⁶. De acuerdo con Veleio Patérculo (2.55.3), César reprochó a sus hombres su cobardía y su falta de determinación, y les recordó su condición de soldados²⁶⁹⁷. Tras esta primera intervención, que, no obstante, no sirvió para atemperar su ánimo, César, según Lucio Anneo Floro (2.13.82), retuvo a los soldados que huían; infundió valor a los portaestandartes; suplicó, exhortó e increpó al resto de sus tropas; y, en definitiva, contuvo «toda la formación con su mirada, su gesto y su voz»²⁶⁹⁸. Ningún soldado fue castigado.

²⁶⁸⁹ De acuerdo con Apiano (BC 2.104), «una vez trabado el combate, el miedo seguía atenazando al ejército de César y al miedo se añadió la duda». Cf. Vell. 2.55.3; Flor. *Epit.* 2.13.81; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7.

²⁶⁹⁰ Vell. 2.55.3; Flor. *Epit.* 2.13.81; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7.

²⁶⁹¹ De las tres legiones identificadas (III, V y X), la V todavía estaba a la espera de recibir todo lo que César le había prometido, y la X, que había sido licenciada tras la batalla de Tapso y sus veteranos asentados, se había reenganchado *ad hoc* para la campaña de Hispania (Rodríguez, 2001: 186, 294).

²⁶⁹² Vell. 2.55.3; Flor. *Epit.* 2.13.81; Polyaen. 8.23.16; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7. Cf. Brice, 2020c: 118; 2020d: 260.

²⁶⁹³ Flor. *Epit.* 2.13.81; Oros. 6.16.7.

²⁶⁹⁴ Flor. *Epit.* 2.13.83; App. BC 2.104; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7.

²⁶⁹⁵ Vell. 2.55.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.81; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7.

²⁶⁹⁶ Vell. 2.55.3; Flor. *Epit.* 2.13.81; Polyaen. 8.23.16; Eutr. 6.24.1.

²⁶⁹⁷ Cf. Polyaen. 8.23.16.

²⁶⁹⁸ Flor. *Epit.* 2.13.82. Cf. App. BC 2.104; Eutr. 6.24.1.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Gracias a su intervención, César fue capaz de controlar la situación y reconducir a las tropas²⁶⁹⁹.

CONSECUENCIAS: Pese a las gravísimas consecuencias que pudo traer la falta de disciplina de los soldados, la fortuna sonrió a César una vez más y el ejército cesariano se impuso al pompeyano; el cual, además de sufrir un elevado número de bajas, de perder sus trece águilas y todas sus enseñas, perdió a la mayoría de sus líderes, los cuales, o bien acabaron muertos, o bien huyeron²⁷⁰⁰. Cneo Pompeyo el Joven murió días después y sólo Sexto Pompeyo logró salir de Hispania con vida²⁷⁰¹.

COMENTARIO: La batalla de Munda trajo la victoria del bando cesariano y el último episodio de indisciplina del ejército de César. Desde que comenzamos el análisis del comportamiento de las tropas cesarianas en *Vesantio*, en 58 a. C., César sufrió un total de once insurrecciones²⁷⁰², de las cuales, salvo tres, aquellas relacionadas con la extensión del servicio militar y con el retraso en las pagas y/o el cobro de recompensas²⁷⁰³, todas estuvieron fuertemente condicionadas por el elemento psicológico. Si no fue el miedo, como en *Vesantio* y Munda, fue la temeridad de los soldados, como en Gergovia y Tapso, pero, en cualquier caso, fue el impacto psicológico de la guerra, o de una determinada situación bélica desfavorable, lo que determinó el comportamiento de las tropas. En ambas circunstancias, ya sea porque se negaran a luchar y/o abandonaran el combate, ya sea porque se lanzaran a la batalla con precipitación y desenfreno, los soldados rompieron la disciplina y pusieron en juego, no sólo la vida del resto de sus compañeros, sino, también, la estrategia de su comandante. Tanto en la Galia como durante la guerra civil, César estuvo a punto de perderlo todo por la actitud de su ejército. Si en la mayoría de las ocasiones, las repercusiones no fueron graves, como en el caso de Tapso, en otros casos las consecuencias pudieron haber sido terribles, como en Gergovia, Dirraquio, Alejandría o Munda. Sin embargo, la respuesta de César fue siempre la misma. Salvo la *decimatio* atenuada de *Placentia* y cuando degradó a algunos de los portaestandartes que se dieron a la fuga en Dirraquio²⁷⁰⁴, en todos los demás incidentes no hizo nada. La determinación que demostró en batalla, arengando y exhortando a sus tropas, tranquilizando y organizando a su ejército, e interviniendo personalmente allá en donde sus hombres más lo necesitaban, como en las batallas del río Sambre, de Dirraquio, Alejandría y Munda, no la halló ni antes ni después de que sus soldados desobedecieran sus órdenes o rompieran su disciplina. Si, en más de una ocasión, fue consciente de lo que pasaba en el interior

²⁶⁹⁹ Vell. 2.55.4; Flor. *Epit.* 2.13.82, 84; Polyæn. 8.23.16; Eutr. 6.24.1.

²⁷⁰⁰ Caes. *B.Hisp.* 31.8-11; Liv. 115; Vell. 2.55.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.84-85; App. *BC* 2.105; D.C. 43.38-39.1; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7-9.

²⁷⁰¹ Caes. *B.Hisp.* 32.4-8; 37-39; Liv. 115; Vell. 2.55.4; Flor. *Epit.* 2.13.86-87; App. *BC* 2.105-106; D.C. 43.39-40; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.8-9.

²⁷⁰² Tres durante la guerra de las Galias y ocho en la presente guerra civil (*vid. supra*). Nótese que no hemos incluido todos los demás episodios de indisciplina y/o insurrección identificados como “Otras insurrecciones”, ya que la cifra sería muchísimo más elevada.

²⁷⁰³ Nos referimos a los motines de *Placentia* y Campania de 49 y 47 a. C., respectivamente, y a las revueltas del verano del 47 (*vid. supra*).

²⁷⁰⁴ No contamos los castigos que César aplicó, en 46 a. C., a algunos de los cabecillas de las revueltas del año anterior, porque tuvieron lugar a destiempo y después de que César cediera primero ante las reclamaciones de su ejército.

de su ejército y capaz de detectar su descontento, pocas veces aprovechó esa información para prevenir que la situación se descontrolara de nuevo. Si bien esta condescendencia, de la que ya hemos hablado en más de una ocasión, y de la que hace gala Suetonio²⁷⁰⁵, le valió a César para lidiar con la frustración de sus tropas y sortear los problemas de su ejército, ni le ayudó a mantener su control ni a prevenir su descontento²⁷⁰⁶.

3.15.19. Otras insurrecciones

«A lo largo del camino estos hombres [los veteranos de César], cuya época de esplendor físico había ya pasado y que estaban desanimados al cabo de tal cantidad de guerras, hacían reproches a César: “¿Adónde, pues, y con qué fin nos conduce este hombre, que nos lleva de un lado para otro y se sirve de nosotros como si fuéramos objetos inanimados e inmunes al desgaste? Incluso el hierro se embota a fuerza de golpes, y el escudo y la coraza necesitan cuidados cuando han de servir por tan largo tiempo. ¿Es que César no se da cuenta, al ver nuestras heridas, de que está al mando de mortales y que nosotros hemos nacido para tolerar y padecer penalidades propias de mortales? [...]”»²⁷⁰⁷.

Como era de esperar, dado el alto número de insurrecciones “principales” que nos ha dejado el enfrentamiento entre cesarianos y pompeyanos, el periodo contó, además, con un elevadísimo número de actos de indisciplina y episodios de insurrección “menores” que, seguidamente, pasaremos a comentar. A tal efecto, hemos identificado cinco tipos de incidentes distintos: defecciones (de ciudades y guarniciones, fundamentalmente); desertiones y cambios de bando; protestas, quejas y presiones de los soldados; relajación de la disciplina; y conspiraciones.

De acuerdo con Dion Casio (41.4.2), a comienzos de la guerra civil fueron muchas las ciudades italianas que se pasaron al lado de César, «porque las guarniciones las abandonaban, unas por inferioridad numérica y otras porque preferían su causa». Desde el principio de la guerra, el control sobre la población local fue de enorme importancia para uno y otro bando, puesto que, además de asegurar la retaguardia y garantizar el aprovisionamiento del ejército, permitía que la facción que contara con el respaldo de la población civil tuviera una ventaja táctica sobre su adversario al proveerle de efectivos militares y al ayudarlo a afianzar el territorio.

En Italia, todas las defecciones tuvieron lugar al inicio de la guerra, en 49 a. C., cuando César declaró su intención de marchar sobre Roma. La superioridad militar del ejército cesariano, la desconfianza hacia las opciones de victoria del bando pompeyano y el recelo hacia las habilidades militares de muchos de los jefes de guarnición

²⁷⁰⁵ De acuerdo con Suetonio (*Jul.* 67), «en cuanto a las faltas, [César] ni las tenía todas en consideración, ni las sancionaba en proporción a su magnitud, sino que, si bien perseguía y castigaba con la mayor severidad a los desertores y sediciosos, hacía la vista gorda con los demás. Algunas veces, después de una gran batalla y de una gran victoria, eximía a sus hombres de los deberes del servicio y les daba entera libertad para abandonarse a todo tipo de excesos [...]». Cf. Polyaen. 8.23.21.

²⁷⁰⁶ App. *BC* 2.151.

²⁷⁰⁷ Plu. *Caes.* 37.5-7.

pompeyanos, quienes, por lo general, prefirieron huir antes que plantar cara a César, fueron las causas más frecuentes detrás de la defección de la mayoría de las guarniciones italianas, las cuales, o bien regresaron a sus hogares, o bien se pasaron a César.

En Iguvium, el pretor Quinto Minucio Termo, «sabiendo que no contaba con la confianza del municipio, sacó las [cinco] cohortes de la ciudad y huyó. Los soldados le abandonaron en el camino y se fueron a sus casas»²⁷⁰⁸. En Áuximo, una vez que los decuriones informaron a Publio Atio Varo de la llegada de César y de que no podían impedirle la entrada, «sacó de la ciudad la guarnición que había establecido y huyó. Entablado combate, Varo fue abandonado por los suyos; una parte de los soldados se marchó a sus casas; el resto se unió a César y junto con ellos fue llevado prisionero Lucio Pupio, centurión primípilo [...]. César alabó a los soldados de Atio y dejó en libertad a Pupio»²⁷⁰⁹. Poco después, ocupada la ciudad de Ásculo Piceno con diez cohortes, Publio Cornelio Léntulo Espínter huyó de la ciudad al conocer la llegada de César y, al intentar llevarse consigo a sus hombres, «fue abandonado por gran parte de los soldados»²⁷¹⁰. César ordenó recoger a las tropas que habían abandonado a Léntulo²⁷¹¹. En Sulmona²⁷¹², tan pronto como sus habitantes vieron acercarse a los hombres de César, «abrieron las puertas, y todos, ciudadanos y soldados, salieron al encuentro de [Marco] Antonio, manifestándole su alegría. César incorporó aquellas cohortes a sus ejércitos»²⁷¹³. Finalmente, César se hizo con las seis cohortes del pretor Lucio Manlio y con las tres del pretor Rutilio Lupo, quienes acababan de abandonar Alba²⁷¹⁴ y Tarracina²⁷¹⁵, respectivamente, y cuyos soldados, al ver de lejos a la caballería de César, mandada por Vibio Curio, abandonaron a sus jefes, transfirieron sus enseñas a Curio y se pasaron a él²⁷¹⁶.

En el Epiro, tras desembarcar César, en 48 a. C., fueron las ciudades de Órico y Apolonia las primeras en pasarse al bando cesariano. Lucio Torcuato, quien por orden de Pompeyo mandaba en la ciudad de Órico y tenía allí una guarnición de partinos, tuvo que rendir la ciudad a César, debido a que sus habitantes «se negaron a luchar contra el pueblo romano»²⁷¹⁷. Inmediatamente después, Lucio Estaberio, que estaba al frente de Apolonia, huyó de la ciudad al conocer que sus habitantes «no tomarían ninguna decisión contra lo que toda Italia y el pueblo romano habían decidido»²⁷¹⁸. Tras la defección de ambas ciudades, «la misma decisión tomaron los bulidenses²⁷¹⁹, amancianos²⁷²⁰, las restantes ciudades limítrofes y todo el Epiro»²⁷²¹. En este caso, las

²⁷⁰⁸ Caes. Civ. 1.12.2. Cf. Keaveney, 2007: 43, 82.

²⁷⁰⁹ Caes. Civ. 1.13.4. Cf. Keaveney, 2007: 43, 82.

²⁷¹⁰ Caes. Civ. 1.15.3. Cf. Keaveney, 2007: 43, 82.

²⁷¹¹ Caes. Civ. 1.16.1.

²⁷¹² En la actual región de los Abruzzos (centro de Italia).

²⁷¹³ Caes. Civ. 1.18.2-4.

²⁷¹⁴ Actual Massa d'Albe (región de los Abruzzos).

²⁷¹⁵ Actual Terracina (al sur de Roma, en la actual región del Lacio).

²⁷¹⁶ Caes. Civ. 1.24.3.

²⁷¹⁷ Caes. Civ. 3.11.3-4. Cf. App. BC 2.54.

²⁷¹⁸ Caes. Civ. 3.12.1-3. Cf. App. BC 2.54.

²⁷¹⁹ Los habitantes de la ciudad de Búlce (región de Epiro).

²⁷²⁰ Los habitantes de la ciudad de Amantia (región de Epiro).

²⁷²¹ Caes. Civ. 3.12.4.

defecciones fueron promovidas por la presencia militar de César y por la creencia de que enfrentarse a él era lo mismo que declarar la guerra a Roma, al considerarlo un representante legítimo del Estado romano.

Por último, el resto de defecciones se concentraron en Hispania, en 49 y 45 a. C. Si, en 49 a. C., fue la derrota de Lucio Afranio y Marco Petreyo, la llegada de César y las imposiciones de Marco Terencio Varrón lo que provocaron que los jefes gaditanos se pusieran de acuerdo con los tribunos de las cohortes romanas que estaban de guarnición en Cádiz para que expulsaran al pompeyano Cayo Galonio y entregaran la ciudad a César²⁷²²; en 45 a. C., fue el regreso de César lo que hizo que muchas ciudades y grupos de población abandonaran a Cneo Pompeyo el Joven y se pasaran al bando cesariano. Al respecto, tenemos información de civiles procedentes de Ategua²⁷²³ y Ucubis²⁷²⁴ que se pasaron a título individual al lado de César²⁷²⁵. Mientras que, en 49 a. C., las razones de la defección de la Hispania Ulterior fueron, sobre todo, socioeconómicas, tal y como se desprende del análisis de la insurrección que sufrió Varrón²⁷²⁶; en 45 a. C., fueron, fundamentalmente, militares.

Como ya vimos durante el enfrentamiento entre silanos y cinnanos, la desertión fue, de nuevo, el tipo de insurrección más recurrente durante el conflicto entre cesarianos y pompeyanos. Por desgracia, al propio sesgo de las fuentes procesarianas — las cuales nos informan, especialmente bien, de los cambios de bando a favor de César, pero minimizan, por el contrario, el impacto que tuvo la desertión en el bando cesariano²⁷²⁷ —, debemos añadir la falta de información con la que se documentó el problema, pues, en muchas ocasiones, tan sólo nos han llegado referencias aisladas, indirectas y descontextualizadas acerca de la presencia de desertores en uno y otro ejército²⁷²⁸. En todo caso, gracias al elevado número de ejemplos que hemos logrado identificar, podemos establecer las siguientes conclusiones.

En primer lugar, que la desertión afectó a todos los niveles del ejército —desde soldados rasos²⁷²⁹ a portaestandartes²⁷³⁰, desde esclavos²⁷³¹ a hijos de senadores²⁷³², desde tropas auxiliares²⁷³³ a oficiales²⁷³⁴—, y a todo tipo de unidades, ya sean grandes o pequeñas²⁷³⁵.

²⁷²² Caes. Civ. 2.20.2.

²⁷²³ Próxima a la pedanía de Santa Cruz, junto al río Guadajoz (provincia de Córdoba, Andalucía, sur de España).

²⁷²⁴ Actual Espejo (provincia de Córdoba).

²⁷²⁵ Caes. B.Hisp. 19.3; 21.3.

²⁷²⁶ Vid. *supra*.

²⁷²⁷ «Pues hasta entonces ningún soldado ni jinete se había pasado de César a Pompeyo, a pesar de que casi diariamente había desertiones del bando de Pompeyo al de César; incluso continuamente se pasaban en masa los soldados alistados en Epiro y Etolia y los de las regiones que estaban en poder de César» (Caes. Civ. 3.61.2; cf. Keaveney, 2007: 43; Gueye, 2013a: 224).

²⁷²⁸ Caes. Civ. 2.38.1, 39.2; B.Afr. 8.5; B.Hisp. 16.4; 18.9.

²⁷²⁹ Caes. B.Hisp. 21.1.

²⁷³⁰ Caes. B.Hisp. 18.3.

²⁷³¹ Caes. B.Hisp. 18.4.

²⁷³² Caes. B.Hisp. 13.2.

²⁷³³ Una de las desertiones más célebres fue la de los dos hermanos alóbroges que se pasaron del bando de César al de Pompeyo (Caes. Civ. 3.60.3-5, 61.1, 63.5, 79.6, 84.5; cf. Keaveney, 2007: 43; Gueye, 2013a: 229, 232). Gracias a su cambio de bando, Pompeyo tuvo conocimiento de los puntos débiles de las

En segundo lugar, que las causas detrás de la desertión fueron de hasta seis tipos: militares, físicas, psicológicas, políticas, económicas y personales. La mayor parte de los ejemplos detectados tuvieron lugar como consecuencia de una situación militar adversa²⁷³⁶, y, ante todo, tras una grave derrota. Así, los principales movimientos de tropas tuvieron lugar tras Dirraquio²⁷³⁷ y Farsalia²⁷³⁸, tras Ruspina²⁷³⁹ y Tapso²⁷⁴⁰, y, finalmente, tras la batalla de Munda²⁷⁴¹. El impacto psicológico de la derrota empeoró, asimismo, las duras condiciones de servicio y las lamentables circunstancias físicas e higiénico-sanitarias por las que tuvieron que pasar muchos de los ejércitos cesarianos y pompeyanos²⁷⁴². Esto provocó, como era de suponer, nuevas deserciones²⁷⁴³, debido a la desesperada situación a la que se vieron expuestos los soldados²⁷⁴⁴.

En el plano político, sabemos de tropas que se negaron a luchar contra sus conciudadanos²⁷⁴⁵, de soldados que permanecieron fieles a su bando pese a las circunstancias²⁷⁴⁶, de efectivos que regresaron a su antiguo ejército en cuanto tuvieron la oportunidad²⁷⁴⁷, de individuos que lamentaron hallarse en el bando equivocado²⁷⁴⁸, y de unidades que se sentían más próximas al bando contrario que al suyo propio²⁷⁴⁹.

defensas cesarianas en Dirraquio e información de por dónde debía atacar si quería ocasionar más daño a su rival (Caes. *Civ.* 3.59-61; cf. Gueye, 2013a: 232). Asimismo, Pompeyo utilizó la desertión de los alóbroges con fines propagandísticos, exhibiéndolos delante de su ejército como referencia de la extrema fragilidad en la que se hallaba César (Caes. *Civ.* 3.61.1; cf. Gueye, 2013a: 229, 232). Junto a los alóbroges de César, gétulos (Caes. *B.Afr.* 32.3, 35.2-5, 55, 56.2-3; cf. Gueye, 2013a: 224, 229, 231, 233), nómadas (D.C. 43.9.1; cf. Gueye, 2013a: 224, 228-229, 331-333) y lusitanos (Caes. *B.Hisp.* 18.6) fueron algunas de las tropas auxiliares y/o aliadas que más cambios de bando protagonizaron.

²⁷³⁴ A este respecto, destacamos el cambio de bando a favor de César de los siguientes pompeyanos: Quinto Marcio y Cayo Fundanio, tribuno militar y caballero romano, respectivamente (Caes. *B.Hisp.* 11.2); y Lucio Munacio Flaco, uno de los partícipes de la conjura contra Quinto Casio Longino (Caes. *B.Hisp.* 19.4). Para otros ejemplos, *vid.* Caes. *B.Hisp.* 18.2.

²⁷³⁵ «Entretanto, un número increíble de soldados de las legiones *III* y *VI* de [Quinto Cecilio Metelo] Escipión desertaron, unos refugiándose en el campamento de César, otros llegando hasta donde podían. Del mismo modo, los jinetes del ejército de [Cayo Escibonio] Curión, desconfiando de Escipión y de sus tropas, seguían en gran número los pasos de aquellos» (Caes. *B.Afr.* 52.5; cf. Caes. *B.Afr.* 35.6; Gueye, 2013a: 229). Igualmente, *vid.* Caes. *Civ.* 2.18.3; *B.Afr.* 19.1; *B.Hisp.* 34.2, 4, para otros ejemplos de cambios de bando.

²⁷³⁶ Caes. *Civ.* 2.18.3.

²⁷³⁷ App. *BC* 2.63.

²⁷³⁸ D.C. 42.6.2; 11.5.

²⁷³⁹ Caes. *B.Afr.* 19.1.

²⁷⁴⁰ D.C. 43.9.1.

²⁷⁴¹ D.C. 43.40.1.

²⁷⁴² «Incluso las personas tenían mala salud, no solo por la naturaleza del lugar, el olor fétido de la multitud de cadáveres y los trabajos diarios a los que no estaban acostumbrados, sino también por la gran escasez de agua» (Caes. *Civ.* 3.49.2).

²⁷⁴³ Caes. *Civ.* 2.18.3.

²⁷⁴⁴ Según Apiano (*BC* 2.61), la situación de César antes de Dirraquio fue extraordinariamente delicada: «César no podía recibir ningún aprovisionamiento por mar a causa de la superioridad naval de Pompeyo; por consiguiente, su ejército empezó a sufrir de hambre, y comenzaron a fabricar una especie de pan con yerbas. Algunos desertores llevaron tales panes a Pompeyo, pensando que este se alegraría de verlos. Pero no se alegró, sino que dijo: “¡Con qué clase de bestias salvajes estamos luchando!”». Cf. Polyaen. 8.23.24; D.C. 41.51.1.

²⁷⁴⁵ Caes. *Civ.* 3.31.4; Plu. *Pomp.* 59.2.

²⁷⁴⁶ Caes. *B.Afr.* 63-64; D.C. 47.27.1.

²⁷⁴⁷ Caes. *Civ.* 2.28.1.

²⁷⁴⁸ Caes. *B.Hisp.* 18.2.

²⁷⁴⁹ Caes. *Civ.* 1.74.1-2.

Pero, sin embargo, nos resulta tremendamente complicado hablar en términos ideológicos. Aunque, la presencia del elemento ideológico se advierte en insurrecciones como las que protagonizaron en la Ulterior las legiones *Vernacula* y *II*, en la mayoría de los casos el componente ideológico fue, en realidad, un pretexto con el que justificar y legitimar una acción subversiva más que un posicionamiento político. De ahí que nos cueste hablar de ideología; al menos, en los términos en los que se utiliza hoy en día el término. No obstante lo anterior, sí que se advierte cierta finalidad política en determinados cambios de bando. El mejor ejemplo nos llega de los auxiliares gétulos.

El principal argumento que dieron los gétulos para pasarse a César fue su parentesco con Cayo Mario. En el pasado, Mario se había servido de los gétulos como tropas auxiliares y, como recompensa a sus servicios, les había otorgado la ciudadanía romana y la propiedad de algunas tierras en Numidia. Sin embargo, tras la victoria de Sila, en 82 a. C., Cneo Pompeyo Magno, que participó en la represión de los elementos antisilanos en África, desposeyó a los gétulos del derecho de ciudadanía y los puso bajo la autoridad del rey númida Hiémpsal II, padre de Juba I, enemigo de César. Con su cambio de bando, los gétulos buscaron congraciarse con César, como pariente de Mario, y, esencialmente, recuperar su antigua posición política y socioeconómica²⁷⁵⁰.

En el terreno económico, además de ejemplos como el anterior y de los constantes cambios de lealtad de las legiones *Vernacula* y *II*, tenemos las maniobras subversivas de César. Conforme a Dion Casio (43.5.1-3), César «hizo promesas amistosas a los soldados de [Quinto Cecilio Metelo] Escipión y difundió escritos en los que prometía [...] a los romanos que les concedería el perdón y la misma recompensa que debía a los que estaban con él. Por eso se atrajo a un gran número». Los sobornos, las recompensas y las promesas materiales fueron un poderoso incentivo con el que promover la desertión del ejército enemigo²⁷⁵¹.

Finalmente, en lo que respecta al elemento personal, junto a las posibles manifestaciones ideológicas que pudo haber en determinados episodios de desertión, destacamos el aspecto “sentimental” y “familiar” de la insurrección. En tal sentido, tenemos constancia de individuos que cambiaron de bando al enterarse de que un familiar cercano militaba en el ejército contrario —como el caso de Aulo Valgio, hijo de un senador y cuyo hermano había estado en el campamento de Pompeyo, que, «abandonando todas sus pertenencias, montó en su caballo y emprendió la huida», pasándose del campo de César al de Cneo Pompeyo el Joven²⁷⁵²—; y de grupos de soldados que, reconociendo entre las tropas rivales a amigos, parientes, conocidos y/o paisanos, prefirieron pasarse al enemigo que combatir a sus familiares²⁷⁵³.

²⁷⁵⁰ Caes. *B.Afr.* 32.3, 35.2-5, 55, 56.2-3.

²⁷⁵¹ Por encima del componente político, según se desprende del mismo pasaje de Dion Casio (43.5.3-4), en el que se informa de que Escipión «intentó también hacer ofertas por escrito y de palabra a sus contrarios con la idea de atraerse a algunos; pero no fue capaz de hacerles cambiar de bando, no porque algunos no hubieran elegido el suyo si les hubiera hecho alguna oferta semejante a la de César, más bien porque no les prometió ninguna recompensa, sino que les exhortaba simplemente a liberar al Pueblo y al Senado romanos. Y así, puesto que elegía un discurso más digno que útil en aquella situación, no se ganó a ninguno para su causa». Cf. Keaveney, 2007: 84.

²⁷⁵² Caes. *B.Hisp.* 13.2.

²⁷⁵³ Caes. *Civ.* 1.74.1-2.

En tercer lugar, debemos señalar que, si bien muchos cambios de bando fueron impulsivos y desorganizados, en particular aquellos que tuvieron lugar tras la derrota de uno de los dos bandos en liza, muchos otros fueron coordinados²⁷⁵⁴ y otros tantos fueron organizados desde el exterior, como el que acabamos de ver entre César y las tropas de Escipión²⁷⁵⁵, y como el que el mismo general romano instigó cuando utilizó a los gétulos que se acababan de pasar a su ejército para incitar la desertión del resto de compatriotas que seguían sirviendo a las órdenes del rey nómada Juba I²⁷⁵⁶.

En cuarto lugar, se deducen las consecuencias que tuvieron las deserciones y los cambios de bando. La primera es el impacto moral y militar que tuvo el fenómeno, pues, al tiempo que mermaba el ánimo del bando que sufría la desertión, aumentaba la confianza y los efectivos del lado que incorporaba las nuevas tropas²⁷⁵⁷. Y es que, la desertión se contempló como un indicador de qué facción se estaba imponiendo en la guerra; de ahí se entiende, por ejemplo, el esfuerzo de César por minimizar las deserciones que sufrió entre Dirraquio y Farsalia²⁷⁵⁸, y el interés de Pompeyo en destacar a los alóbroges que se acababan de pasar a su lado²⁷⁵⁹. En segundo lugar, se destaca el valor que tuvieron los desertores como informadores y delatores de su antiguo ejército²⁷⁶⁰. A este respecto, proporcionaron información acerca de la estrategia del bando rival²⁷⁶¹, de movimientos de tropas²⁷⁶², de la toma de ciudades y enclaves estratégicos²⁷⁶³, de los puntos débiles del enemigo²⁷⁶⁴, y de la localización de los lugares en donde se almacenaba el alimento, entre otras cosas²⁷⁶⁵.

Por último, debemos recordar que si la desertión fue tan popular y su uso se extendió con tanta facilidad durante el periodo fue, esencialmente, porque rara vez se castigó²⁷⁶⁶.

Continuando con nuestro repaso, nos encontramos con otro tipo de insurrección, la relacionada con las protestas y presiones de la tropa. El primer incidente lo localizamos a comienzos de la guerra civil, cuando Cneo Pompeyo Magno empezó a reclutar soldados, y, mientras que «unos se negaban a obedecer, otros, una minoría, se

²⁷⁵⁴ Caes. *B.Hisp.* 26.2.

²⁷⁵⁵ D.C. 43.5.

²⁷⁵⁶ App. *B.Afr.* 55.

²⁷⁵⁷ Caes. *B.Hisp.* 34.2, 4.

²⁷⁵⁸ Caes. *Civ.* 3.61.2. Cf. Keaveney, 2007: 43; Gueye, 2013a: 224.

²⁷⁵⁹ Caes. *Civ.* 3.61.1. Cf. Keaveney, 2007: 43; Gueye, 2013a: 229, 232.

²⁷⁶⁰ No obstante, la desertión también implicó un aspecto negativo, y es que el soldado que cambiaba de bando era, ante todo, un traidor y, como tal, debía ser vigilado y puesto a prueba por si su cambio de bando hubiera sido convenido y, en realidad, albergara intenciones maliciosas.

²⁷⁶¹ Caes. *B.Afr.* 19.1; 68.2; *B.Hisp.* 6.2; 18.6.

²⁷⁶² Caes. *B.Afr.* 62.1.

²⁷⁶³ Caes. *B.Afr.* 74.2; *B.Hisp.* 20.1.

²⁷⁶⁴ Caes. *Civ.* 3.59-61; Caes. *B.Afr.* 62.5; 66.1.

²⁷⁶⁵ Caes. *B.Afr.* 65.2.

²⁷⁶⁶ El castigo solía llegar cuando un desertor era capturado sin que este previamente hubiera manifestado su intención de regresar a su antiguo bando (Caes. *B.Hisp.* 12.1-2; 20.5). Por lo demás, si un desertor declaraba su intención de retornar a su destino original se solía perdonar, habida cuenta de que se convertía en una valiosísima fuente de información (Caes. *B.Hisp.* 19.4).

reunían a duras penas y de mala gana, y la mayoría pedía a gritos la reconciliación»²⁷⁶⁷. Un comportamiento similar manifestaron las tropas bajo el mando del procónsul de Siria Quinto Cecilio Metelo Escipión, cuando, en 48 a. C., le avisaron de que «si les llevaba contra el enemigo irían, pero que no tomarían las armas contra un ciudadano y cónsul»²⁷⁶⁸. En esta ocasión, Escipión, ante el temor de perder la lealtad de su ejército y de que este se rebelara contra su liderazgo, «llevó las tropas a los cuarteles de invierno en Pérgamo y otras ciudades riquísimas; hizo grandes dádivas a su ejército, y para asegurarse la adhesión de los soldados les entregó ciudades para que las saquearan»²⁷⁶⁹. Fue el propio comandante romano el que —siempre y cuando aceptemos la versión que nos da César, quien, por otra parte, fue enemigo político de Escipión y pudo buscar, por consiguiente, desprestigiar y denostar la imagen de su rival—, pervirtió a su propio ejército, sobornándolo e incitándolo al saqueo.

Al margen de la intencionalidad de César, la cual ni confirmamos ni desmentimos, simplemente presentamos, no deja de ser cierto que muchas de las protestas de las tropas fueron consecuencia de demandas de carácter monetario. Así, mientras que, en 49 a. C., los cesarianos declararon su malestar al no permitírseles saquear la ciudad de Massilia²⁷⁷⁰; en 46 a. C., poco después de la celebración de los cuatro primeros triunfos militares de César, «los soldados se rebelaron, no porque les importaran los gastos a la ligera, sino porque ellos no habían recibido lo mismo que aquellos [que la población civil de Roma]»²⁷⁷¹. Mientras que el primer incidente fue sofocado por Cayo Trebonio «con dificultad», pero sin violencia²⁷⁷²; en el segundo caso los soldados «no cesaron de crear problemas hasta que César se presentó ante ellos de repente y tras coger a uno con sus propias manos lo castigó. Así fue ejecutado ese y otros dos fueron asesinados con una especie de ritual»²⁷⁷³.

Finalmente, una vieja reivindicación, el cese del servicio militar, nos deja la última protesta de los soldados. Fueron los veteranos del ejército cesariano, quienes amargamente se quejaron, cuando, en pleno invierno del 49 al 48 a. C., César les hizo cruzar el Adriático para medirse a Pompeyo. Como ya ocurriera en *Placentia* y en Campania, en 49 y 47 a. C., respectivamente, los veteranos se quejaron del largo periodo de servicio militar, de las heridas sufridas durante la campaña y de tener que ponerse en marcha durante la peor estación del año, cuando lo habitual era permanecer en los campamentos²⁷⁷⁴. De nada sirvieron sus lamentos.

²⁷⁶⁷ Plu. *Pomp.* 59.2; cf. Gruen, 1974: 375. El episodio nos recuerda a la determinación que mostraron los soldados y veteranos de Octaviano y Marco Antonio, en 41-40 a. C., entre la guerra de Perusia y el pacto de *Brundisium* (vid. *infra* para más detalle).

²⁷⁶⁸ Caes. *Civ.* 3.31.4.

²⁷⁶⁹ Caes. *Civ.* 3.31.4.

²⁷⁷⁰ Caes. *Civ.* 2.13.3-4.

²⁷⁷¹ D.C. 43.24.3. Cf. Brice, 2020d: 255.

²⁷⁷² Caes. *Civ.* 2.13.4.

²⁷⁷³ D.C. 43.24.3-4. Dion Casio no nos proporciona más detalles sobre el tipo de castigo que se aplicó a los soldados, sólo que «fueron sacrificados en el campo de Marte por el sacerdote de Ares y sus cabezas fueron expuestas junto a la sede real». Cf. Hinard, 1990: 151; Brice, 2020d: 255, 262.

²⁷⁷⁴ Plu. *Caes.* 37.5-7.

Junto a las protestas y presiones de las tropas, la relajación de la disciplina fue uno de los principales focos de disturbios y de inestabilidad en el ejército. Identificamos tres formas diferentes en las que se concretó la falta de disciplina de los soldados: negligencia, molicie y cobardía. Si los actos de negligencia y cobardía se caracterizaron por ser puntuales y resultado de situaciones concretas, un exceso de confianza o un descuido, en el caso de los primeros, y una situación militar crítica, en el caso de los segundos; la molicie, por lo general, solió ser la manifestación de problemas crónicos o de raíz más profunda, muchas veces endémicos, y siempre dilatados en el tiempo, que no obedecían, por tanto, a circunstancias puntuales, sino, más bien, a la reiteración de una mala praxis por parte de soldados y/u oficiales.

Según César (*Civ.* 2.14.1), si los massiliotas dieron tantos problemas al ejército cesariano encargado de sitiar la ciudad de Massilia fue, en gran medida, debido al descuido y a la falta de celo con el que las tropas dirigieron las obras de asedio. De esta forma, cuando los cesarianos «estaban descuidados y con menos tensión de ánimo, y unos se habían alejado, otros, en las mismas obras, se entregaban al descanso [...], incluso todas las armas estaban guardadas y enfundadas, de repente [...] se lanzan [los massiliotas] fuera de las puertas y [...] prenden fuego a las obras». En este caso, fue el cansancio y la desgana lo que hizo que los soldados bajaran la guardia, descuidaran sus obligaciones y dieran a los ciudadanos de Massilia una oportunidad para atacar.

En una situación similar se halló el pompeyano Marco Octavio, comandante de la flota de Acaya. Cuando, en 48 a. C., se encontraba asediando Salona, ciudad favorable a César, y «la prolongación del ataque había hecho más negligentes a sus soldados», la guarnición de la ciudad encontró una oportunidad para contraatacar a Octavio. El descuido de los pompeyanos durante los turnos de vigilancia, así como su exceso de confianza, permitió que el bando cesariano se hiciera uno a uno con los cinco campamentos que Octavio había dispuesto en torno a Salona. Superado por el enemigo, el comandante pompeyano tuvo que levantar el cerco y retirarse a Dirraquio²⁷⁷⁵.

Por último, dos ejemplos más de negligencia. El primero tuvo lugar inmediatamente después de la batalla de Dirraquio, en 48 a. C., durante el saqueo de la ciudad de Gonfo²⁷⁷⁶. Como consecuencia del hambre sufrida, los cesarianos, y en particular los auxiliares germanos, quienes «resultaron los más ridículos», olvidaron la disciplina, «se hartaron de golpe de todo y bebieron vino sin moderación»²⁷⁷⁷, prosiguiendo el camino «entre festejos y excesos báquicos»²⁷⁷⁸. Aunque por fortuna para César el episodio se quedó en una simple anécdota, el abandono de las tropas expuso al ejército cesariano al enemigo al colocarlo en una situación de gran vulnerabilidad frente a cualquier ataque rápido o emboscada. El segundo y último incidente afectó a los encargados de controlar el sector marítimo situado enfrente de Tapso. Por culpa de su negligencia, dos naves cesarianas fueron interceptadas por Cayo Vergilio y llevadas a Quinto Cecilio Metelo Escipión, quien ordenó el asesinato de uno de los centuriones de la *XIII* legión, así como la ejecución entre crueles tormentos de

²⁷⁷⁵ *Caes. Civ.* 3.9.

²⁷⁷⁶ Actual Palaeo-Apiskopi (al oeste de Tesalia, Grecia).

²⁷⁷⁷ *App. BC* 2.64.

²⁷⁷⁸ *Plu. Caes.* 41.7-8.

un grupo de veteranos²⁷⁷⁹. César reaccionó expulsando del ejército, «con una anotación de ignominia a causa de su negligencia», a los responsables de haber permitido la captura de los barcos, y «dictó un gravísimo edicto contra ellos»²⁷⁸⁰.

Otra forma de relajamiento de la disciplina fue la molicie. Esta podía manifestarse de formas muy diversas, desde la ociosidad a la corrupción, pasando por el abandono y la desobediencia. A medio camino entre la relajación de la disciplina y el abandono de sus obligaciones militares estuvieron los veteranos de César. Si bien la élite del ejército cesariano «tenía experiencia y una audacia irresistible en los combates, en cambio, para las marchas o los trabajos del campamento, cuando había que vigilar los muros o hacer guardias nocturnas, la vejez los hacía flaquear; el cuerpo les pesaba para los trabajos duros y su debilidad les hacía perder el entusiasmo»²⁷⁸¹. Si la experiencia adquirida durante tantos años de combate hizo que los veteranos de César fueran guerreros temibles, esa misma veteranía tuvo su contrapartida en el desgaste físico y moral de las tropas, las cuales, cansadas de servir durante tantos años seguidos, ni tenían la disposición ni las ganas para afrontar determinadas tareas y trabajos.

De la apatía de los veteranos pasamos a la ociosidad de la caballería cesariana. En un momento indeterminado de la campaña de África, Plutarco (*Caes.* 53.7) nos informa de cómo la caballería de César «se entregó al ocio», y cómo, por culpa del abandono de la disciplina, fueron sorprendidos por las tropas de Juba I y derrotados.

Tradicionalmente, tal y como explicamos al comienzo de nuestro trabajo, tanto la relajación de la disciplina como la molicie de las tropas se ha interpretado como una consecuencia del contacto de Roma con Oriente. En este sentido, hablamos de «orientalización» del ejército cuando el contacto entre una unidad militar romana y un pueblo oriental es lo suficientemente intenso y sostenido como para que los valores romanos sean reemplazados por las costumbres locales. Algo parecido les debió suceder, de acuerdo con César (*Civ.* 3.110), a las tropas romanas que Aulo Gabinio dejó en Egipto, en 55 a. C., como protección de Ptolomeo XIII²⁷⁸². Tras años sirviendo a los reyes egipcios, a finales del 48 a. C. —momento en el cual Cneo Pompeyo Magno, primero, y César, después, alcanzaron el país de los faraones—, los antiguos soldados romanos se habían corrompido por las costumbres del país: «se habían acostumbrado al libertinaje de la vida alejandrina, habían olvidado el nombre y disciplina del pueblo romano, se habían casado con mujeres de Alejandría y muchos tenían hijos»²⁷⁸³. Alejados de su hogar y de sus tradiciones, la disciplina y los hábitos de las tropas romanas se habían pervertido, y ahora no se les asumía más dignidad que las bandas de «piratas y ladrones», «desterrados y condenados a muerte», y «esclavos fugitivos» que componían el grueso del ejército alejandrino²⁷⁸⁴.

²⁷⁷⁹ *Caes. B.Afr.* 46.1-3.

²⁷⁸⁰ *Caes. B.Afr.* 46.4.

²⁷⁸¹ *Plu. Caes.* 40.3. *Cf. Plu. Pomp.* 66.1.

²⁷⁸² *Cf. Keppie*, 1998: 122.

²⁷⁸³ *Caes. Civ.* 3.110.2. *Cf. Luc.* 10.402-410.

²⁷⁸⁴ *Caes. Civ.* 3.110; *Luc.* 10.402-410. Algunos de estos hombres participaron en el complot que acabó con la vida de Cneo Pompeyo Magno, en 48 a. C. (*Caes. Civ.* 3.103-104; *Plu. Pomp.* 78-79; *Flor. Epit.* 2.13.52; *App. BC* 2.84-85; *D.C.* 42.3.3, 4.1, 4, 5.4; *Oros.* 6.15.33).

Si hablamos de molicie, abandono, relajamiento de la disciplina y “orientalización” de las costumbres romanas, debemos hablar de Marco Antonio, quien, para muchos autores clásicos —en gran medida contaminados por la propaganda augustea—, fue el que mejor encarnó todos estos vicios²⁷⁸⁵. Aunque el estilo de vida disoluto de Marco Antonio, así como su sencillez y cercanía con los soldados, le permitió granjearse su confianza y fortalecer su lealtad, también pudo provocar, conforme a Plutarco (*Ant.* 10.1), un relajamiento de la disciplina y que se «avivaran los ánimos entre la soldadesca para cometer violentos actos de rapiña». En 47 a. C., estando Marco Antonio al frente de Italia, le llegaron a César, a la sazón en Siria, noticias «de que en Roma la administración funcionaba mal y de forma gravosa y de que no había sector alguno del Estado que funcionara de manera adecuada, puesto que de las disputas de los tribunos [de la plebe] surgían sediciones perniciosas y de la codicia e inactividad de los tribunos militares y de los comandantes de las legiones se originaban muchos comportamientos contrarios a los hábitos y costumbres del ejército, lo cual era causa del relajamiento de la disciplina y de la severidad»²⁷⁸⁶. Nos referimos a los disturbios civiles que padeció Roma en aquel año y, como no, a las revueltas que promovieron los veteranos y que obligaron a César a retornar a Italia²⁷⁸⁷.

La cobardía fue, finalmente, la última forma en la que el relajamiento de la disciplina podía hacer acto de presencia. En todos los casos analizados, fue una situación militar desfavorable lo que hizo de detonante de que las tropas huyeran. Si en Dirraquio fue Marco Antonio el que tuvo que salir al paso de los cesarianos, «obligando a los que huían a darse la vuelta y resistir»²⁷⁸⁸; en África, fue César quien, «cogiendo del cuello a un portador de insignias que huía, lo hizo volverse y le dijo: “Por allí es por donde están los enemigos”»²⁷⁸⁹. Menos fortuna tuvo el bando pompeyano, el cual, tras ser derrotado en Farsalia, fue incapaz de rehacerse después de la batalla y terminó huyendo. Según César (*Civ.* 3.95.4), «los soldados que habían huido del combate, aterrorizados y agotados por el cansancio, abandonando muchos las armas y las enseñas militares, pensaban más en seguir huyendo que en defender el campamento». Poco después, cercados por César, los supervivientes pompeyanos se rindieron incondicionalmente²⁷⁹⁰.

Para concluir con nuestro repaso a las insurrecciones “menores”, finalmente comentaremos tres ejemplos de conspiración. Todas ellas tuvieron lugar en el campo pompeyano y en Hispania, en 45 a. C. La primera hace alusión a la organización que varios caballeros romanos dirigieron para pasarse al bando de César²⁷⁹¹. Desconocemos tanto el número de caballeros implicados, ya que sólo tenemos constancia de los tres

²⁷⁸⁵ Liv. 130-132; Vell. 2.82.4; Plu. *Ant.* 25.1; 28.1-2; 29; 33.4, 7; 36; 37.5-6; 51.3; 53.8-11; 60.1; 62.1; 66.7-8; Flor. *Epit.* 2.19.2; 21.1-4; App. *BC* 5.8-11; 76; D.C. 48.24.2; 27.1-2; 30.1; 39.1-2; 50.5; 25.1-4; 26.5; 27.1-4, 6-7.

²⁷⁸⁶ Caes. *B.Alex.* 65.1.

²⁷⁸⁷ *Vid. supra.*

²⁷⁸⁸ Plu. *Ant.* 8.1.

²⁷⁸⁹ Plu. *Caes.* 52.9. Cf. V. Max. 3.2.19; Suet. *Jul.* 62; App. *BC* 2.95; Keaveney, 2007: 10.

²⁷⁹⁰ Caes. *Civ.* 3.99.4; 107.1.

²⁷⁹¹ Caes. *B.Hisp.* 26.2.

que lograron desertar (Aulo Bebio, Cayo Flavio y Aulo Trebelio), como las razones que les llevaron a abandonar la causa pompeyana. Por lo demás, sabemos que la conjura gozó de cierta planificación, que tuvo lugar en la ciudad de Hasta Regia²⁷⁹² y que, sólo en parte, tuvo éxito, pues, salvo los tres caballeros antes mencionados, el resto de los conspiradores fueron descubiertos por la delación de un esclavo y puestos bajo vigilancia. Hasta donde sabemos, ningún caballero fue castigado por su traición.

En el segundo caso, la información disponible es, por desgracia, todavía más escasa que en el ejemplo anterior, lo que nos dificulta su interpretación. Un tal Publio Curcio, probablemente un oficial del ejército, aunque no tenemos datos que lo confirmen, fue ejecutado por orden de Cneo Pompeyo el Joven «ante la mirada de todo el ejército, porque había conspirado con algunos hispanos que, en el caso de que Pompeyo llegase a cualquier ciudad para negociar el abastecimiento de trigo, lo apresarian y lo conducirían ante César»²⁷⁹³.

En último lugar, tenemos la conjura de los supervivientes de la batalla de Munda. Tras el combate, los últimos combatientes pompeyanos se refugiaron en dicha ciudad, dando lugar a un largo asedio que se prolongó más de lo esperado. Al ver que sus opciones de victoria disminuían a cada día que pasaba, pues, mientras César mantenía a la ciudad sitiada, el resto de ciudades y enclaves pompeyanos, o bien iban cayendo, o bien iban rindiéndose ante el ejército cesariano, decidieron entregarse a César²⁷⁹⁴. Este decidió distribuirlos entre sus legiones, con el fin de evitar que siguieran juntos y estrechar así su vigilancia. Sin embargo, los de Munda «se conjuraron entre sí para que, dada la señal, los que quedaban en la ciudad hicieran una salida de noche, mientras ellos se ocupaban de realizar una matanza en el campamento»²⁷⁹⁵. Su rendición había sido sólo una estratagema para llevar a cabo su plan, que no era otro que infiltrarse entre las filas cesarianas, ganarse su confianza y, desde dentro, acabar con el ejército rival. No obstante, los conspiradores no previeron la acción de César y que, divididos y repartidos entre sus hombres, no sólo mermaba su fuerza, sino que, ante todo, no dejaban de estar controlados. «Descubierto el plan, a la noche siguiente, durante la tercera vigilia, una vez que se repartió la consigna, se les dio muerte a todos fuera de la empalizada»²⁷⁹⁶. César aplicó la misma medida de detección y control que empleó con los hombres de Lucio Domicio Ahenobarbo cuando absorbió a su ejército. Separados de sus antiguos compañeros de armas, los pompeyanos fueron colocados bajo la estricta observancia de oficiales de la confianza de César, lo que permitió advertir sus intenciones y debilitar tanto su fuerza como sus vínculos, dificultando sus opciones de organizarse y de secundar cualquier revuelta. Si César no los hubiera separado y puesto bajo la vigilancia de sus centuriones y tribunos militares, probablemente el plan de los conjurados hubiera tenido otro final²⁷⁹⁷.

²⁷⁹² Actual Mesas de Asta (Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, Andalucía, sur de España).

²⁷⁹³ Cic. *Fam.* 218.6.18.2.

²⁷⁹⁴ Caes. *B.Hisp.* 36.4.

²⁷⁹⁵ Caes. *B.Hisp.* 36.4.

²⁷⁹⁶ Caes. *B.Hisp.* 36.5.

²⁷⁹⁷ Un ejemplo similar nos lo proporciona Cayo Escribonio Curión. Si el cesariano fue capaz de retener a su ejército, en 49 a. C., cuando varios antiguos pompeyanos empezaron a desertar y a alentar la insurrección del resto de sus viejos compañeros de bando, se debió, fundamentalmente, a que los

3.16. Guerra civil entre cesarianos y cesaricidas

«De nuevo cesaron en su totalidad las luchas intestinas hasta que [Marco Junio] Bruto y [Cayo] Casio [Longino], por envidia de la magnitud de su poder y por nostalgia del gobierno patrio, lo asesinaron [a Cayo Julio César]. A su muerte, de nuevo retornaron las luchas civiles y adquiriendo un incremento desmesurado, llegaron a un grado máximo. Matanzas, destierros, proscripciones a muerte de senadores y de los llamados caballeros en masa y de forma indiscriminada, de uno y otro bando, se sucedieron, puesto que los sediciosos se intercambiaban mutuamente sus enemigos sin hacer salvedad, para ello, de sus amigos y hermanos»²⁷⁹⁸.

De acuerdo con Apiano, eran muchos los soldados que a la muerte de César se encontraban en Roma, «algunos recién licenciados del servicio, a los que se les habían adjudicado sus lotes de tierras, y otros que ya habían sido asentados en colonias con anterioridad»²⁷⁹⁹, pero que habían acudido a la capital para dar escolta a su viejo comandante. Los primeros, conforme al mismo autor, «ya no eran enviados a sus casas, como antaño, de uno en uno, por temor a que se enzarzaran en guerras injustas, sino que partían en masa hacia lotes injustos de tierra y casas confiscadas»²⁸⁰⁰. Permanecían acampados todos juntos en templos y recintos sagrados «bajo una sola enseña y bajo una sola persona destinada a conducirles a la colonia», y como ellos habían vendido ya sus pertenencias como preparativo previo a su partida, «eran fáciles de comprar para cualquier objetivo»²⁸⁰¹. Esta situación de vulnerabilidad no pasó desapercibida ni por cesarianos (Marco Antonio y Marco Emilio Lépido, primero, y Octaviano, después²⁸⁰²) ni por cesaricidas (Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, entre otros), quienes se volcaron de inmediato sobre este colectivo con la intención de ganarse su voluntad y granjearse su apoyo²⁸⁰³.

pompeyanos fueron puestos bajo la vigilancia de hombres de su confianza, los mismos que puso César cuando integró a esas mismas tropas en su ejército tras la caída de *Corfinium* (*vid. supra*).

²⁷⁹⁸ App. BC 1.4-5. Cf. Liv. 116.

²⁷⁹⁹ App. BC 2.119.

²⁸⁰⁰ App. BC 2.120.

²⁸⁰¹ App. BC 2.120. Cf. Keaveney, 2007: 63.

²⁸⁰² De acuerdo con Apiano (BC 3.28), «Octaviano en persona, merodeaba entre la plebe, entre aquellos que habían servido a las órdenes de su padre en la guerra, para despertar su enojo y les suplicaba que no repararan en él, a pesar de que sufría tales y tan grandes vejaciones [de parte de Marco Antonio], y que lo ignoraran, por propio deseo, pero que defendieran, en cambio, a su comandante en jefe y benefactor [es decir, a Cayo Julio César], deshonorado por [Marco] Antonio; y que se defendieran también a sí mismos, porque no iban a tener en seguridad nada de lo que habían recibido de César, a no ser que los decretos dados en su honor permanecieran con plena vigencia». Si en un principio fue Marco Antonio el principal exponente del bando cesariano, una vez que se hizo público el contenido del testamento de César, Octaviano, quien había sido nombrado su hijo adoptivo, se encargó de liderar el descontento de los veteranos, desplazando a Marco Antonio a un segundo plano y enemistándose con él. De hecho, según Apiano (BC 3.31), previendo un pronto enfrentamiento con Marco Antonio, Octaviano decidió enviar emisarios a las colonias de soldados veteranos de César para hacerse con su lealtad: «Entonces, Octaviano, al sentirse ya claramente atacado, envió muchos emisarios a las ciudades colonizadas por su padre para que les comunicaran lo que ocurría y se informaran del estado de opinión de cada una de ellas». Cf. Brand, 2019: 247.

²⁸⁰³ Cf. Keaveney, 2007: 63.

Contar con el favor de los antiguos soldados de César era, no en vano, de gran utilidad para cualquiera de las dos facciones, habida cuenta de que les permitiría consolidar su posición y vencer a toda oposición política y/o militar que se les presentase. Como veteranos habían participado en numerosas guerras, desde la conquista de la Galia hasta el final de la guerra civil, lo que suponía contar con un elevado número de tropas con sobrada experiencia e instrucción militar²⁸⁰⁴. Asimismo, el hecho de que no se hubieran dispersado, sino que siguieran formando parte de unidades enteras, «bajo una sola enseña y bajo una sola persona»²⁸⁰⁵, les hacía tan útiles como peligrosos, pues, a pesar de estar licenciados, esperaban su turno «bajo la antigua organización [militar], en masa y con sus armas como cuando prestaban servicio»²⁸⁰⁶, lo que facilitaba su organización y movilización, siempre y cuando fuera necesaria su intervención. Por último, si tras su licenciamiento se mantenían organizados bajo la antigua estructura militar, no cambiaba mucho su situación cuando eran establecidos en sus respectivas colonias, ya que sus antiguos comandantes se guardaban de que fueran repartidos «colectivamente, bajo emblemas y organización militar»²⁸⁰⁷, de manera que pudieran ser reincorporados rápidamente si la guerra volvía a reanudarse²⁸⁰⁸.

Así las cosas, cesarianos y cesaricidas no tardaron en implicar a los veteranos de César en uno y otro bando. En sus reproches e intervenciones públicas advirtieron deliberadamente del peligro que podía suponer este colectivo, no con objeto de que se actuara contra ellos, sino, más bien, con la finalidad de hacerles partícipes de la lucha política de la ciudad y de ganarse su respaldo. De este modo, Marco Antonio y Marco Junio Bruto, haciéndose eco del desconcierto, las dudas y el malestar de los veteranos²⁸⁰⁹, quienes desconfiaban de que senadores y magistrados les pagaran lo adeudado una vez había sido asesinado su antiguo comandante y benefactor, no vacilaron en comparecer ante ellos y en usar a su favor todos los argumentos posibles si así conseguían doblegar su lealtad y ganarse su confianza. Si Marco Antonio les recordó que habían sido los cesaricidas los que habían terminado con la vida de la persona que les había prometido un lote de tierra tras su licenciamiento, y que, por tanto, corrían el riesgo de perderlo todo si los asesinos de César acababan venciendo²⁸¹⁰; los cesaricidas se afanaron en calmar los ánimos de los veteranos, aprobando precipitadamente todas

²⁸⁰⁴ Según Apiano (BC 2.133), «muchas decenas de miles» de soldados seguían todavía en Roma. Cf. App. BC 2.119.

²⁸⁰⁵ App. BC 2.120.

²⁸⁰⁶ App. BC 2.133.

²⁸⁰⁷ App. BC 2.141.

²⁸⁰⁸ Esta circunstancia ayudó a que los veteranos reforzaran su *esprit de corps*, ya de por sí fuerte después de años de campañas ininterrumpidas, y a que tuvieran una importancia destacada, tanto en contextos de guerra civil, cuando sirvieron para engrosar los ejércitos de uno y otro bando, como en tiempos de paz, al ser instalados en colonias de alto valor geoestratégico desde donde los principales líderes políticos y militares romanos podían controlar sus intereses.

²⁸⁰⁹ A estas alturas, el soldado veterano se encontraba en una situación de enorme precariedad. Recién licenciados, y a la espera de que se les asignara un lote de tierra a la que marchar, muchos de ellos se habían deshecho de todas sus pertenencias y se encontraban desamparados. En este estado, el soldado era voluble, fácilmente manipulable y corruptible si se le sobornaba adecuadamente. Así, se entiende que uno y otro bando se esforzara tanto en comprar su voluntad (App. BC 2.120, 125, 135).

²⁸¹⁰ App. BC 2.133-134.

las disposiciones que había hecho César en vida y confirmando todos los lotes que habían sido prometidos²⁸¹¹.

Con su actuación, unos y otros convirtieron el asesinato de César en una cuestión eminentemente socioeconómica²⁸¹². Así, forzando a los soldados a intervenir en favor de una u otra facción si no querían perder todo lo que habían conseguido y se les había prometido, buscaron la politización del ejército y su ideologización²⁸¹³.

3.16.1. *Brundisium*²⁸¹⁴, Italia, noviembre del 44 a. C.

«Entonces [Marco] Antonio se levantó y dijo solemnemente: “Aprenderéis a obedecer”. Y ordenó a los tribunos militares que trajeran a los soldados de espíritu sedicioso —pues es costumbre en el ejército romano tener anotado el carácter de cada hombre— y echó las suertes entre ellos de acuerdo con la ley de la milicia, pero no castigó con la muerte a la décima parte en total, sino una fracción de ella, pensando que con un pequeño castigo los aterrorizaría»²⁸¹⁵.

SITUACIÓN PREVIA: Bajo este paraguas de inestabilidad interna y compra de voluntades, tuvo lugar la primera insurrección del periodo. El incidente se originó en el ejército del cónsul Marco Antonio²⁸¹⁶, cuando este tenía la intención de movilizarlo para hacerse con el control de la provincia de la Galia Cisalpina, que por su proximidad a Roma era un enclave con un valor geoestratégico inestimable²⁸¹⁷.

²⁸¹¹ De acuerdo con Dion Casio (44.34.1-2), «los asesinos [de César] prometieron [a los soldados] que no revocarían ninguna de las decisiones de César. Pues en cuanto se dieron cuenta de que estos estaban terriblemente irritados porque temían que se les privase de lo que César les había concedido, se apresuraron a atraerlos a su bando». Cf. App. BC 2.141; 3.2, 7; Keaveney, 2007: 63.

²⁸¹² Una vez que los cesaricidas garantizaron a los veteranos que nadie sería privado de su lote de tierra y que, además, recompensarían a aquellos ciudadanos que habían perdido sus tierras para que así los soldados pudieran disfrutar de sus nuevas posesiones sin temor a futuras represalias, los cesarianos «desviaron hacia ellos sus simpatías y se mostraron dispuestos a cooperar con ellos al día siguiente» (App. BC 2.142). Cf. App. BC 2.141; 3.42; D.C. 43.18.1-2; 44.34.4.

²⁸¹³ App. BC 2.119-120, 125, 133-135, 141-142; 3.12, 28, 31, 39-40; D.C. 44.34.1-2, 4, 51.4.

²⁸¹⁴ Actual Brindisi (región de Apulia, sureste de Italia).

²⁸¹⁵ App. BC 3.43.

²⁸¹⁶ El ejército de Marco Antonio estaba formado por cuatro legiones (la *Martia*, la *II*, la *III* y la *XXXV*), de las cuales, salvo una (la *III*), que estaba bajo el mando de su hermano Lucio y todavía no había llegado a Brindisi, todas las demás participaron en la revuelta (Cic. Att. 2.418.16.8.2; Fam. 347.12.23.2; App. BC 3.43). En origen, todas estas unidades formaban parte del ejército que Cayo Julio César había reunido en Macedonia. Dicho ejército, junto con el desplegado en Siria, formaba parte de los efectivos levados por César para su guerra contra los partos (App. BC 3.7-8, 24), por lo que estamos hablando de un contingente muy numeroso de tropas, a saber: «seis legiones amén de un gran número de arqueros, de tropas ligeras o sin armamento y gran cantidad de caballería y material de guerra en una proporción cabal» (App. BC 3.24). Cf. Rodríguez, 2001: 72-73, 438, 442-443.

²⁸¹⁷ Marco Antonio había solicitado al Senado el ejército de Macedonia para castigar a los getas, aduciendo, según Apiano (BC 3.25), que él había sido preparado por César para atacar a este pueblo antes que a los partos y que estos últimos estaban tranquilos por el momento. Sin embargo, su verdadero propósito era trasladar el ejército macedonio a Italia, para lo cual solicitó al Senado que le cambiara la provincia de Macedonia por la de la Galia Cisalpina, que estaba bajo el mando de Décimo Junio Bruto Albino, uno de los cesaricidas (App. BC 3.27, 43). Aunque la propuesta de Marco Antonio no fue bien acogida en Roma, finalmente, se aprobó la *Lex de permutazione provinciarum*, por la que se proponía el cambio de la Galia Cisalpina y la Galia Comata por la provincia de Macedonia (App. BC 3.30; D.C. 45.12.1).

CAUSAS: Dos fueron las causas detrás de la indisciplina de los soldados: personales y económicas. Las tropas de Marco Antonio le reprobaron que no hubiera vengado todavía la muerte de su antiguo general. Así, a su llegada a Brindisi, los soldados «le reprocharon que no hubiera procedido contra los asesinos de César y le hicieron comparecer en la tribuna para que les diera explicaciones»²⁸¹⁸. Por si fuera poco, a las quejas del ejército se sumaron las críticas de los veteranos, que habían sido distribuidos en colonias, quienes «afluían desde sus asentamientos [...], se lamentaban por César y maldecían a [Marco] Antonio por haber dejado impune tamaño crimen, al tiempo que exclamaban que si alguien los guiaba, ellos serían sus vengadores»²⁸¹⁹. Su descontento lo recogió Octaviano²⁸²⁰, quien supo instrumentalizar a su favor la preocupación de los veteranos y el rencor de las tropas. La intervención del heredero de César precipitó los acontecimientos, obligando a Marco Antonio a desplazarse a Brindisi si quería evitar que su inesperado rival se hiciera con el favor de sus hombres²⁸²¹. Paralelamente, Octaviano había infiltrado a varios agentes en el campamento de Marco Antonio con la finalidad de sobornar al ejército y comprar su lealtad²⁸²².

OBJETIVOS: Por encima del estímulo económico (que vino después, con la aparición de Octaviano)²⁸²³, la principal motivación de los soldados fue vengar la muerte de César²⁸²⁴.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Las legiones de Macedonia se enfrentaron a Marco Antonio²⁸²⁵, le recriminaron que todavía no hubiera vengado a César, protestaron y se quejaron por su inacción, y rechazaron sus donativos al considerarlos muy inferiores a lo que Octaviano les había prometido²⁸²⁶. Aunque el choque entre Marco Antonio y el ejército dio lugar a momentos de gran agitación, no parece que las tropas utilizaran en ningún momento la violencia para reivindicarse²⁸²⁷. Por lo demás, tal y como se verá a continuación, la insurrección fue organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército²⁸²⁸.

²⁸¹⁸ App. BC 3.43.

²⁸¹⁹ App. BC 3.12.

²⁸²⁰ En total, según Apiano (BC 3.40), Octaviano logró reunir, sólo de la región de Campania, unos diez mil veteranos, «no totalmente armados ni equipados por cohortes, sino como un cuerpo único de guardia personal».

²⁸²¹ App. BC 3.31, 40.

²⁸²² Debido a la acción de los agentes de Octaviano, las tropas de Marco Antonio estaban al tanto de las promesas económicas y de las bonificaciones monetarias que había realizado y pagado, respectivamente, Octaviano a los veteranos de César, y de las remuneraciones que ellos podían recibir si se pasaban a su lado, por lo que esperaban que, siendo que Marco Antonio estaba enterado de las maquinaciones de su rival (App. BC 3.31, 39, 43), les ofrecería una mayor cantidad de dinero (D.C. 45.13.1). Cf. Vell. 2.61.2; Plu. Ant. 16.6; Brut. 22.3; Flor. Epit. 2.15.4; Suet. Aug. 10.3.

²⁸²³ D.C. 45.13.1.

²⁸²⁴ App. BC 3.43.

²⁸²⁵ Cic. Att. 2.418.16.8.2; Fam. 364.10.28.3.

²⁸²⁶ D.C. 45.13.2.

²⁸²⁷ De hecho, los soldados no tenían la intención de prescindir de su comandante, sino que lo que buscaban era incitar a Marco Antonio a que tomara las armas y a que dirigiera al ejército contra los cesaricidas. Es más, una vez que Octaviano desveló su intención de hacerle la guerra a Marco Antonio, «el ejército consideró que se encontraba allí para lo contrario, es decir, para sustentar la reconciliación entre Antonio y Octaviano, o bien para servir simplemente de guardia personal a este último y para tomar venganza sobre los asesinos, por lo cual se indignó por la declaración pública de guerra contra Antonio,

MECANISMOS DE COHESIÓN: Consciente del malestar de los antiguos soldados de César, Octaviano infiltró en el campamento de Marco Antonio a agentes disfrazados de comerciantes, para que repartieran folletos de propaganda y promesas. Su objetivo era hacerse ver como el único y legítimo heredero de Cayo Julio César y promover desde fuera la desertión del ejército de Marco Antonio²⁸²⁹. De esta forma, el recuerdo de César y las promesas económicas fueron el principal aglutinante del ejército²⁸³⁰. Más dudas se nos plantean con el análisis de la organización interna. Las fuentes no nos aportan gran información sobre la coordinación de los hombres de Marco Antonio, lo que dificulta nuestro trabajo; pero, sin embargo, el hecho de que entre los soldados represaliados hubiera centuriones²⁸³¹ nos invita a pensar que, posiblemente, las tropas se organizaron en torno a ellos y que estos fueron los encargados de llevar a su comandante las quejas y reclamaciones de la soldadesca²⁸³². Una vez los centuriones se hubieran destacado como representantes de las tropas, los agentes de Octaviano habrían contactado con ellos, por considerarlos la manera más rápida de llegar a todo el

que había sido su general y era entonces cónsul» (App. BC 3.42). Ante la negativa de los veteranos de Campania de combatir contra Marco Antonio, Octaviano hubo de emprender otra gira por Etruria y la Cispadana hasta Rávena para recolectar nuevas tropas (App. BC 3.42). Esta reacción es de gran importancia, no sólo para entender lo que pensaban los veteranos, sino para comprender la mentalidad de los soldados de Marco Antonio, pues tanto los unos como los otros presentaron los mismos argumentos: no estaban allí para hacer guerras privadas que pudieran afectar a su futuro, sino para vengar la memoria de su viejo comandante (Cic. Att. 2.418.16.8.1, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; Fam. 364.10.28.3; Phil. 13.33; Liv. 117; Vell. 2.61.2; Plu. Ant. 16.6; Brut. 22.3; Flor. Epit. 2.15.4; Suet. Aug. 10.3; App. BC 3.43, 58; cf. Alston, 2002: 32-33; Keaveney, 2007: 47-48, 85-86; Brand, 2019: 247-248; Brice, 2020d: 257).

²⁸²⁸ Para más información sobre los dos episodios de insurrección que sufrió Marco Antonio, en 44 a. C., vid. Bouquie, 1884: 129-130; Jal, 1962a: 13; Keppie, 1998: 101-102; Chrissanthos, 1999: 75-78; Alston, 2002: 33; De Blois, 2007: 175-176; Keaveney, 2007: 47, 48, 64, 74, 85-86; Phang, 2008: 125-126; Gueye, 2013a: 227-228, 230-231, 234-236; Brice 2014: 41-42, 44, 62, 128, 129; 2015b: 110-111; 2020a: 54-55, 60-61, 63; 2020b: 53-54; 2020c: 118; 2020d: 255, 258, 263, 265; Goldberg, 2016: 146; Henaut, 2016: 167, 169-171, 179; Faszczka, 2018: 96-97, en donde se habla tanto de la presente insurrección como de la que analizaremos a continuación.

²⁸²⁹ Cic. Att. 2.418.16.8.2; Fam. 364.10.28.3; App. BC 3.31, 40, 43-44; D.C. 45.12.1.

²⁸³⁰ De la misma forma actuó Octaviano cuando se granjeó el apoyo de muchos de los veteranos de César que se habían establecido en Campania (en Calatia y Casilino, dos ciudades situadas a uno y otro lado de Capua, vid. Vell. 2.61.2; Plu. Ant. 16.6; Brut. 22.3; Flor. Epit. 2.15.4; Suet. Aug. 10.3; App. BC 3.40). Octaviano se presentó ante ellos como el heredero oficial de su anterior comandante y el único con voluntad real de vengar su asesinato. Los soldados, que habían recibido su lote de tierra gracias a los decretos de César, y a que este se había impuesto en la guerra, viéndose obligados a devolverle el favor a su heredero, en nombre de la memoria de su padre adoptivo, y deseosos de limpiar su memoria y de vengar su muerte, se unieron al futuro Augusto, quien, asimismo, no dudó en hacerles numerosas promesas y de entregarles quinientas dracmas (unos dos mil sestercios) por sus servicios. Con este acto, Octaviano se hizo con un numeroso ejército de *euocati* (en concreto, con las legiones VII y VIII, reclutadas de entre los veteranos que se habían asentado en Campania), pero, sobre todo, con una nutrida fuerza con la que enfrentarse a Marco Antonio y a los cesaricidas (App. BC 3.31, 40, 42; D.C. 45.12.2-3). Tras actuar en las colonias de Campania, el siguiente destino de Octaviano fue Tirrenia (Etruria), en donde aplicó la misma estrategia y levantó un nuevo ejército de veteranos (App. BC 3.42; D.C. 45.12.6). Cf. Cic. Att. 2.418.16.8.1, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; Fam. 364.10.28.3; Liv. 117.

²⁸³¹ D.C. 45.13.2. Tampoco podemos descartar la colaboración de alguno de los tribunos militares, puesto que, tras reprimir la revuelta, Marco Antonio, «ya fuera porque seguía aún irritado con la sedición o porque tuviera alguna otra sospecha, cambió a los tribunos militares» (App. BC 3.44).

²⁸³² App. BC 3.43. De esta manera, actuaron también, en 49 a. C., en Ilerda, cuando recogieron el malestar del ejército y se lo comunicaron a César; y tras la derrota de Bagradas y la caída del campamento Cornelio, cuando contactaron con Publio Atio Varo para concertar la rendición de los últimos supervivientes (vid. *supra*).

ejército²⁸³³. Si lograban hacerse con su confianza, la colaboración de las restantes unidades sería cuestión de tiempo²⁸³⁴.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Antes de que el enfado del ejército se hiciera público y de que las tropas se quejaran directamente a su general, Marco Antonio fue capaz de detectar un principio de conspiración en su ejército²⁸³⁵. Más tarde, una vez que las tropas expresaron abiertamente su desconformidad, debido a la aparente indulgencia con la que Marco Antonio estaba gestionando el asesinato de César²⁸³⁶, pudo comprobar por sí mismo cómo los rumores que le habían llegado eran ciertos. Con el propósito de atajar el problema, Marco Antonio convocó una *contio*²⁸³⁷, intervino ante sus hombres y les intentó sobornar, ofreciéndoles cien dracmas²⁸³⁸. El rechazo y las burlas de los soldados, llevó a Marco Antonio a convocar una segunda *contio*, en donde castigó a su ejército con una *decimatio* atenuada²⁸³⁹, a imitación de lo que había hecho César con la *VIII* legión, en 49 a. C.²⁸⁴⁰

²⁸³³ App. BC 3.31, 40, 43-44; D.C. 45.12.1. La maniobra de los agentes de Octaviano habría sido la misma que la que llevaron a cabo Jugurta y Lucio Cornelio Cinna, en 109 y 87 a. C., respectivamente; y la que ejecutaron, con toda probabilidad, Cayo Flavio Fimbria, en 86-85 a. C., y Lucio Cornelio Sila, en 83 a. C. En todos estos casos, o bien centuriones, o bien tribunos militares, o bien ambos colectivos fueron sobornados con el propósito de levantar al ejército (*vid. supra*).

²⁸³⁴ Si la figura del centurión fue de gran utilidad a la hora de prevenir y/o controlar una situación de insurrección, tal y como hemos visto en lo que llevamos de capítulo, su intervención también fue providencial en el momento de instigar desórdenes y revueltas. Así, si César los utilizó en la Galia para apaciguar el miedo de su ejército, en *Vesantio*, y para reorganizar a las legiones en la batalla del río Sambre, y durante la guerra civil para reprimir el motín de *Placentia* e intentar frenar el ímpetu de las tropas en Tapso; en *Corfinium*, en Ilerda y en Campania estuvieron detrás de las insurrecciones de los ejércitos de Lucio Domicio Ahenobarbo, Lucio Afranio y Marco Petreyo, y César, respectivamente (*vid. supra*). Para otros ejemplos en los que los centuriones colaboraron en la contención del malestar del ejército, *vid. supra* la participación que tuvieron tras la debacle de Carras, cuando Marco Licinio Craso se derrumbó como consecuencia de la muerte de su hijo y de la derrota; y cuando intentaron detener el segundo motín de la *legio Vernacula*, en 48-47 a. C.

²⁸³⁵ Fueron los tribunos militares que formaban parte de la guardia personal de Marco Antonio los que le pidieron, hasta en dos ocasiones, que contuviera su actitud violenta en beneficio de ellos y del suyo propio, y que, en lugar de iniciar una guerra contra Octaviano, colaborara con él y unieran fuerzas contra los cesaricidas (App. BC 3.29, 30, 32, 39). Poco tiempo después, le llegaron a Marco Antonio los primeros rumores de complot (App. BC 3.39). El suceso tuvo lugar en Suesa Aurunca (actual Sessa Aurunca, región de Campania), cuando Marco Antonio iba en busca de las legiones que llegaban de Macedonia. Como precaución, encarceló a alguno de los soldados que lo acompañaban, bajo la acusación de haber atentado contra él. Finalmente, los ordenó matar a su regreso de Brindisi (Cic. *Phil.* 3.10, 4.4).

²⁸³⁶ App. BC 3.43.

²⁸³⁷ App. BC 3.43.

²⁸³⁸ App. BC 3.43; D.C. 45.13.2.

²⁸³⁹ Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Liv. 117; App. BC 3.43; D.C. 45.13.2. Por encima del castigo, lo que más nos interesa es que Marco Antonio eligió a sus víctimas gracias a la colaboración de sus tribunos militares, quienes elaboraron una lista con los nombres de los soldados más sediciosos (App. BC 3.43). La intervención de los tribunos en favor de Marco Antonio nos recuerda a la participación que, en 49 a. C., hicieron los centuriones de César, cuando le ayudaron a identificar a los principales líderes del motín de *Placentia* (*vid. supra*).

²⁸⁴⁰ Fron. *Str.* 4.5.2; App. BC 2.47; D.C. 41.35.5. La diferencia entre una y otra *decimatio* es la posición en la que se encontraba uno y otro *imperator*. Mientras que César castigó a la *VIII* desde una posición de fuerza, pues contaba con el apoyo del resto de legiones y no tenía a ningún general o ejército enemigo cercano que pudiera sacar provecho del motín de sus hombres; Marco Antonio se encontraba en una posición de debilidad, al estar cuestionado por sus tropas y al sufrir las maniobras subversivas de Octaviano. Si la *decimatio* fortaleció a César y le ayudó a controlar la situación, a Marco Antonio le perjudicó gravemente.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Aunque de manera momentánea, Marco Antonio evitó la defección del ejército y se hizo con el control de la situación.

CONSECUENCIAS: La violencia con la que Marco Antonio reprimió las protestas de los soldados²⁸⁴¹, lejos de calmar los ánimos, los agitó todavía más. En lugar de apaciguar el descontento de las tropas y garantizar su cohesión, la torpeza con la que el cónsul gestionó la indisciplina de su ejército le valió su rechazo y una nueva insurrección²⁸⁴². Por si fuera poco, fortaleció la candidatura de Octaviano, quien, semanas después, se hizo con dos de las legiones de su rival²⁸⁴³, lo que a la postre le valió para asegurar su posición en Roma²⁸⁴⁴.

COMENTARIO: Sin lugar a dudas, el rasgo más característico del episodio fue la intervención de Octaviano. Si desde que llegó a Roma no hubo un solo día en el que no demostrara que no era el joven inexperto y frágil que todos creían que era, y que tenía la intención de luchar hasta las últimas consecuencias por hacerse un hueco en la política romana, con la adhesión de los veteranos de César y con las maniobras subversivas de Brindisi demostró que su ambición era mucho mayor de lo imaginado. En tal sentido, hizo todo lo posible por hacer valer sus derechos y hacerse con el capital material y simbólico de su tío-abuelo César. Como su heredero universal, Octaviano reclamó toda la herencia de César, incluido el ejército. Y es que, al creerse con derecho a la totalidad del legado de su padre adoptivo, Octaviano manifestó una concepción patrimonial de las legiones. De ahí que se esforzara en hacerse con el control de todos los efectivos cesarianos, tanto los que habían servido bajo el mando de César en el pasado, como era el caso de los veteranos, como los que se encontraban bajo su *imperium* en el momento de su muerte, como era el caso de las legiones de Macedonia, ahora bajo el control de Marco Antonio. De este modo, todas sus acciones, por muy sediciosas que fueran, quedaban justificadas y legitimadas, al menos desde su punto de vista. En lo que al episodio se refiere, Octaviano hizo con los soldados de Marco Antonio lo mismo que había hecho recientemente con los veteranos de César; es decir, se presentó ante el ejército, no sólo como el heredero de su antiguo comandante en jefe, sino como el único con la voluntad, la capacidad y los medios suficientes para vengar su muerte. Así, bajo la promesa de sangre y dinero, su popularidad fue creciendo entre la soldadesca cesariana, al tiempo que, paralelamente, disminuía la de un Marco Antonio incapaz de asegurarse la lealtad de sus propias tropas. Sobre el particular, debemos reconocer que el futuro Augusto partía con cierta ventaja. Octaviano, que en el pasado había coincidido con esas mismas tropas —se había formado militarmente en Macedonia²⁸⁴⁵,

²⁸⁴¹ Cicerón (*Phil.* 3.10) cifra en trescientos los hombres ejecutados por orden de Marco Antonio.

²⁸⁴² «[Marco Antonio] echó las suertes entre ellos de acuerdo con la ley de la milicia [...], pensando que con un pequeño castigo los aterrorizaría; ellos, sin embargo, en vez de un temor mayor, sintieron hacia él, a causa de este hecho, más ira y odio» (App. *BC* 3.43). Respecto a la segunda insurrección, *vid.* Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.3; App. *BC* 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

²⁸⁴³ Para más información, *vid. infra* el análisis del siguiente incidente.

²⁸⁴⁴ Liv. 117; App. *BC* 3.44-47; D.C. 45.13.3-5.

²⁸⁴⁵ De acuerdo con Apiano (*BC* 3.9), «cuando era todavía un jovencuelo [Octaviano] había sido enviado por César a la ciudad de Apolonia para recibir educación y ser ejercitado en el arte de la guerra. Mientras estaba en Apolonia, compañías de caballería procedentes de Macedonia le acompañaron, por turnos, en

lugar en el que habían estado estacionadas antes de la llamada de Marco Antonio—, y que, además, había tenido relación con una parte de sus oficiales —muchos de los cuales habían sido sus compañeros de armas y amigos²⁸⁴⁶—, tenía un conocimiento de las legiones de Brindisi mucho mayor que su rival. Conocía el vínculo que tenían con César y, mejor aún, sabía cómo aprovecharlo a su favor. Para tal fin, hizo uso de la propaganda y, sobre todo, hizo uso de sus recursos financieros. Si, en el pasado, el factor económico había sido una de las principales causas detrás del comportamiento levantisco de las tropas, en este momento el elemento material adquirió una nueva dimensión. Si, durante la guerra civil entre cesarianos y pompeyanos, las principales reivindicaciones del ejército giraron en torno a pagos atrasados y/o recompensas no abonadas —es decir, en torno a demandas legítimas y a las que las tropas tenían derecho por sus años de servicio—, con Octaviano se rompió esa dinámica y se cambiaron las reglas del juego. A raíz de su intervención, las legiones de Brindisi pusieron precio a su fidelidad, y exigieron a su general unas recompensas monetarias muy por encima de las que les correspondían. Aunque otros generales romanos, como Lucio Cornelio Cinna, Lucio Cornelio Sila, Quinto Cecilio Metelo Pío y el propio César, ya habían utilizado el soborno, entre otras medidas, para hacerse con la voluntad del ejército de su rivales (Apio Claudio Pulcro, Lucio Cornelio Escipión Asiático, Quinto Sertorio y Quinto Cecilio Metelo Escipión, respectivamente), en ninguno de los casos las tropas se levantaron ante sus respectivos comandantes para exigirles una suma mayor que la que les ofrecía su rival²⁸⁴⁷. Simplemente, desertaron o se cambiaron de bando. En cambio, las tropas de Marco Antonio, corrompidas por Octaviano, subastaron su lealtad y permitieron que ambos líderes pujaran para ver quién de los dos era capaz de pagar más dinero y comprar su voluntad²⁸⁴⁸. Para concluir, debemos señalar que la maniobra subversiva de Octaviano supuso, además, una novedad en sí misma (al menos que tengamos constancia documentada); pues era la primera vez que un comandante romano introducía agentes infiltrados en un campamento romano rival con la intención de promover la insurrección y el cambio de bando²⁸⁴⁹. Anteriormente, habíamos visto a comandantes romanos sobornar a soldados rivales con la finalidad de que instigaran desde dentro una insurrección o perpetraran un determinado crimen²⁸⁵⁰, o a personajes como Sila y César utilizar la táctica del *colloquium*, y, por lo tanto, a sus propios soldados, como cebo con el que ganarse la confianza de las tropas enemigas y promover

sus ejercicios, y algunos oficiales del ejército le visitaron con asiduidad en su calidad de familiar de César. Surgió así un conocimiento profundo entre aquellos y este, y un sentimiento de buena voluntad hacia su persona de parte del ejército, pues acogió a todos con amabilidad». Cf. D.C. 45.3.1.

²⁸⁴⁶ Entre ellos se encontraban Quinto Salvidieno Rufo y su compañero de estudios Marco Vipsanio Agripa (App. BC 3.9).

²⁸⁴⁷ Vid. *supra* para más información.

²⁸⁴⁸ Ejemplos como este sirvieron para que autores como Apiano (BC 3.42) y Dion Casio (43.18.1-2) hablaran del soldado romano tardorrepblicano en términos de avaricia y deslealtad.

²⁸⁴⁹ El único precedente que tenemos es extranjero, cuando Jugurta, en 109 a. C., infiltró a «tipos astutos» en el campamento del propretor Aulo Postumio Albino (Sal. Jug. 38.3).

²⁸⁵⁰ Como, por ejemplo, cuando, en 87 a. C., Lucio Cornelio Cinna sobornó a Lucio Terencio para que asesinara a Cneo Pompeyo Estrabón y Cneo Pompeyo Magno (vid. *supra*).

su desertión²⁸⁵¹, pero en ningún caso se habían infiltrado a agentes y/o espías. Una vez más, Octaviano volvía a romper las reglas del juego.

3.16.2. Alba²⁸⁵², Italia, noviembre del 44 a. C.

«[Marco Antonio] convocó al Senado para quejarse por la actuación de Octaviano, y, cuando estaba entrando a la cámara, se enteró de que una de las cuatro legiones, la llamada *Martia*, se había pasado a Octaviano durante el viaje. Mientras se hallaba detenido a la entrada, presa del desconcierto, se le comunicó que también la llamada Cuarta se había pasado a Octaviano a semejanza de la *Martia*»²⁸⁵³.

SITUACIÓN PREVIA: Tras sofocar la revuelta de Brindisi, Marco Antonio movilizó a las legiones y ordenó que se desplazaran a Arimino, para desde allí llevarlas a la Cisalpina²⁸⁵⁴. Mientras tanto, él se encaminó hacia Roma, para dar cuenta al Senado de las artimañas de Octaviano e informar acerca del motín que este había financiado en su ejército²⁸⁵⁵. Desde la capital, marcharía al encuentro de sus tropas. Sin embargo, estando en Roma le llegó la noticia de que la *Martia*, primero, y la *III*, después, habían desertado y se habían pasado al lado de su rival²⁸⁵⁶.

CAUSAS: Advertimos tres posibles razones detrás de la defección de las legiones de Marco Antonio: militares, personales y económicas. Aunque las tropas seguían molestas porque su comandante no había hecho nada por vengar la muerte de César²⁸⁵⁷, y los agentes de Octaviano todavía seguían dentro del ejército de Marco Antonio, instigando a los soldados a que desertaran a cambio de una generosa cantidad de dinero²⁸⁵⁸, fue, ante todo, la dureza con la que Marco Antonio restituyó la disciplina militar lo que avivó el odio de la soldadesca y la enfrentó a su general²⁸⁵⁹.

OBJETIVOS: La *decimatio* de Marco Antonio cambió por completo las prioridades de las legiones de Brindisi. Si, en un primer momento, su principal interés fue terminar con los asesinos de César y vengar a su antiguo general, ahora sólo buscaban deshacerse de su actual comandante, al que odiaban por su severidad y del que desconfiaban por su condescendencia para con los cesaricidas. Asimismo, las tropas querían aprovechar la situación y enriquecerse a costa de las recompensas de Octaviano²⁸⁶⁰.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Desertión y cambio de bando de las legiones *Martia* y *III*²⁸⁶¹. Al igual que la anterior

²⁸⁵¹ *Vid. supra*.

²⁸⁵² Actual Massa d'Albe (región de los Abruzzos, centro de Italia), en el camino entre *Brundisium* (Brindisi) y *Ariminum* (actual Rímini, región de Emilia-Romaña).

²⁸⁵³ App. BC 3.45.

²⁸⁵⁴ App. BC 3.44.

²⁸⁵⁵ App. BC 3.45.

²⁸⁵⁶ Cic. *Fam.* 354.11.7.2, 364.10.28.3; Liv. 117; Vell. 2.61.3; App. BC 3.45; D.C. 45.13.3-4. Cf. Rodríguez, 2001: 167-168, 442-443.

²⁸⁵⁷ App. BC 3.44.

²⁸⁵⁸ App. BC 3.44; D.C. 45.13.1, 4.

²⁸⁵⁹ App. BC 3.43-44; D.C. 45.13.3.

²⁸⁶⁰ Cic. *Phil.* 13.33; App. BC 3.45; D.C. 45.13.3-4.

²⁸⁶¹ Cic. *Fam.* 354.11.7.2, 364.10.28.3; Liv. 117; Vell. 2.61.3; App. BC 3.45; D.C. 45.13.3-4.

insurrección, la defección de las legiones de Marco Antonio estuvo organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército. De nuevo, la intervención de Octaviano y la acción de sus agentes infiltrados fueron determinantes para hacerse con la confianza de los soldados²⁸⁶². La insurrección fue predominantemente pacífica, a pesar de que las tropas utilizaran la violencia para alejar a Marco Antonio de su intento de recuperar a la *legio Martia*²⁸⁶³.

MECANISMOS DE COHESIÓN: En esta ocasión, el rencor hacia Marco Antonio y la esperanza de obtener grandes recompensas fueron los dos principales aglutinantes de las tropas. Por lo demás, la insurrección fue dirigida una vez más por Octaviano, quien, por medio de sus agentes, caldeó los ánimos en el interior del ejército de su rival, sobornó a las tropas y preparó el cambio de bando²⁸⁶⁴. Si en el episodio anterior los agentes de Octaviano contactaron con centuriones y, muy probablemente, con tribunos militares para hacerse con el favor de todo el ejército, en esta ocasión hicieron lo propio con el cuestor Lucio Egnatuleyo, quien se terminó convirtiendo en el encargado de dirigir el cambio de bando de la *legio IIII*²⁸⁶⁵. Octaviano sólo necesitaba, o bien ganarse la confianza de los principales cabecillas de los soldados, o bien granjearse el apoyo de los principales miembros del ejército para que el resto de los soldados desertaran junto a ellos. La principal diferencia entre una y otra insurrección fue que, en esta ocasión, Marco Antonio estaba ausente, y eso permitió a los agentes infiltrados moverse con total libertad, contactar con los soldados más sediciosos, y coordinar sin riesgo a ser descubiertos la defección del ejército²⁸⁶⁶.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Tras castigar a sus hombres por haberse amotinado, Marco Antonio «trató de encontrar a los agentes de Octaviano, ofreciendo grandes recompensas a los delatores y amenazas para quien los ocultara»²⁸⁶⁷; celebró una *contio*, en la que se disculpó ante sus hombres por la medida adoptada y por haber castigado, en consecuencia, a unos pocos «por causa del imperativo de la disciplina militar»²⁸⁶⁸; y, «ya fuera porque seguía aún irritado con la sedición o porque tuviera alguna otra sospecha, cambió a los tribunos militares, pero trató bien al resto

²⁸⁶² App. BC 3.44; D.C. 45.13.4.

²⁸⁶³ De acuerdo con Apiano (BC 3.45), tras su desertión, la *Martia* se hizo fuerte en la ciudad de Alba, desde donde rechazó los intentos de Marco Antonio de acercarse a la ciudad y recuperar el control de sus hombres.

²⁸⁶⁴ «Aquellos a los que Octaviano había enviado para corromper a los soldados de Antonio, inundaron el campamento con muchos panfletos invitándoles a cambiar la mezquindad y crueldad de Antonio por el recuerdo de César, la ayuda a Octaviano y la participación de sus pródigos regalos» (App. BC 3.44). Cf. D.C. 45.13.4.

²⁸⁶⁵ Cic. Phil. 3.7, 39; 4.6; 5.52. Respecto a la desertión de la *legio Martia*, no tenemos constancia de quiénes pudieron dirigir su levantamiento; aunque, previsiblemente, tuvieron que contar con la aquiescencia de sus oficiales, ya que no tenemos noticia de que ninguno de ellos se opusiera al cambio de bando. Igualmente, tampoco sabemos nada de la actuación que pudieron tener las unidades que permanecieron fieles a Marco Antonio; si los intentos de rebelión fueron detectados y reprimidos a tiempo, si los agentes de Octaviano no intervinieron en ellas, si nunca dieron muestras de descontento, o si no les dio tiempo a unirse al resto de sus compañeras.

²⁸⁶⁶ App. BC 3.45.

²⁸⁶⁷ App. BC 3.44.

²⁸⁶⁸ App. BC 3.44. Su arrepentimiento se debió a la necesidad de contar con el respaldo del resto de su ejército, más aún cuando sabía que la *decimatio*, en lugar de afianzar su autoridad la había debilitado al ponerse en contra a la mayoría de los soldados, y al conocer la estrategia de Octaviano de ganarse el apoyo de los veteranos de la colonias de César.

porque necesitaba de sus servicios»²⁸⁶⁹. Hasta aquí, los soldados, «sea por arrepentimiento o por miedo, lo aceptaron»²⁸⁷⁰. Sin embargo, todo cambió cuando abandonó el ejército para dirigirse a Roma. Su ausencia suprimió toda esperanza de contener el malestar de las tropas y precipitó su desertión²⁸⁷¹. Igualmente, todo parece indicar que a esas alturas Marco Antonio había perdido muchos de los apoyos que en la insurrección anterior le permitieron hacerse con el control del ejército²⁸⁷². Tras el cambio de bando de la *Martia* y la *III*, Marco Antonio intentó sin éxito recuperar el control de las legiones rebeldes y, seguidamente, se esforzó por retener lo que le quedaba de ejército²⁸⁷³. En lugar de emplear la violencia, utilizó la misma táctica que su rival. Repartió quinientas dracmas a cada hombre, igualando con ello los sobornos de Octaviano, y, a continuación, tomó juramento a los soldados bajo su mando y a los veteranos que habían acudido a él, «que no faltarían a su amistad y fidelidad»²⁸⁷⁴.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. De nada sirvieron todas las medidas de prevención y contención que Marco Antonio aplicó tras la rebelión de Brindisi. En cuanto dejó a las legiones y se marchó a Roma, los agentes de Octaviano tuvieron vía libre para hacerse con la confianza de las unidades más revoltosas y promover su desertión.

CONSECUENCIAS: Pese a la pérdida de dos de sus legiones, Marco Antonio fue capaz de reunir un importante ejército, formado, «aparte de las tropas recién reclutadas, por las tres legiones trasladadas desde Macedonia, pues el resto de ellas había llegado ya, y una de veteranos que, a pesar de su edad, parecía, no obstante, que valían dos veces más que los recién reclutados»²⁸⁷⁵. Sin embargo, de poco le sirvieron estos refuerzos. A finales del 44 a. C., estalló la guerra entre Marco Antonio y Octaviano. Este último, además de contar con el apoyo del Senado, contó con el respaldo militar de las dos legiones que se habían levantado contra Marco Antonio²⁸⁷⁶. Gracias a su colaboración, Octaviano se impuso en Módena.

²⁸⁶⁹ App. BC 3.44. Esta medida pone de manifiesto que, o bien una parte de los tribunos militares colaboraron en la insurrección anterior, o bien que Marco Antonio culpabilizó de la rebelión del ejército a una parte de los tribunos, quienes, ya sea por negligencia o por desconocimiento, fueron incapaces de detectar y reprimir a tiempo la acción de los agentes de Octaviano.

²⁸⁷⁰ App. BC 3.44.

²⁸⁷¹ App. BC 3.45.

²⁸⁷² Cic. Phil. 3.7, 39; 4.6; 5.52; App. BC 3.44.

²⁸⁷³ App. BC 3.45-46.

²⁸⁷⁴ App. BC 3.45-46.

²⁸⁷⁵ App. BC 3.46. Por otro lado, contaba, al menos en principio, con el apoyo de Marco Emilio Lépido, Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco, quienes tenían bajo su mando cuatro, dos y tres legiones, respectivamente (App. BC 3.46).

²⁸⁷⁶ Según Apiano (BC 3.47), «Octaviano, por su parte, tenía dos legiones igualmente eficaces, las que habían desertado de [Marco] Antonio a sus filas, una sola de nuevos reclutas y otras dos de veteranos, no completas ni en número ni en armamento, aunque suplía esta falta con tropas recién levadas». Nótese que las legiones de Marco Antonio se pasaron al bando de Octaviano, y no del Senado, lo que suscitó el malestar de ciertos senadores (App. BC 3.47). Por aquél entonces, el Senado ni contaba con ejército propio, más allá de las tres legiones que Décimo Junio Bruto Albino tenía en la Cisalpina (App. BC 3.49, 59), ni tenía la posibilidad de reclutarlo, por lo que el único medio de enfrentarse a Marco Antonio era a través del futuro Augusto. Esta circunstancia le llevó al Senado a legitimar las acciones de Octaviano, hasta entonces tan sólo un privado; a justificar la desertión de las legiones de Marco Antonio; y a dar cobertura legal a Décimo Junio Bruto Albino, quien, en virtud de la *Lex de permutatione provinciarum*,

COMENTARIO: Por encima de lo ya analizado en los dos últimos episodios, la peor consecuencia que trajeron ambas rebeliones fue la instrumentalización de la insurrección y la institucionalización de la indisciplina que se hizo desde el Senado a partir de los desórdenes en el ejército de Marco Antonio. Al respecto, debemos comentar la agresiva campaña con la que Marco Tulio Cicerón quiso legitimar tanto la sedición de los soldados de Marco Antonio como las acciones ilegales de Octaviano y Décimo Junio Bruto Albino²⁸⁷⁷; es decir, que el primero se hubiera hecho, a base de sobornos, con un ejército de antiguos veteranos y con dos de las legiones de un cónsul de Roma²⁸⁷⁸, y que el segundo se negara a entregar la Galia Cisalpina a Marco Antonio, pese a que se le había concedido por plebiscito²⁸⁷⁹. Por medio de sus celeberrimas *Filípicas*, Cicerón, en primer lugar, atacó, denigró y condenó pública y abiertamente la imagen de su mayor enemigo, Marco Antonio. A tal efecto, vertió sobre su persona todo tipo de insultos y ofensas²⁸⁸⁰. Lo llamó gladiador; lo tachó de loco, cruel, criminal, inmoral, desvergonzado, afeminado y borracho; y lo acusó de ser un bandido, una bestia monstruosa y horrible, y un asesino, el nuevo Espartaco, un nuevo Catilina²⁸⁸¹. A través de estas gravísimas acusaciones, pretendió que el Senado declarase a Marco Antonio enemigo de la patria (*hostis publicus*), para, de este modo, legitimar las decisiones privadas de Octaviano y Décimo Junio Bruto Albino, y conseguir, finalmente, que el Senado apoyara explícitamente la lucha armada contra Marco Antonio²⁸⁸². Los ataques al futuro triunviro se recrudecieron a partir de la Tercera *Filípica*²⁸⁸³, cuando Octaviano ya había aprestado por iniciativa propia un ejército contra Marco Antonio, y Décimo Junio Bruto Albino estaba dispuesto a no ceder a Marco Antonio el gobierno de la Cisalpina, dos actuaciones, en principio, ilegales. En este contexto, Cicerón se presentó ante el Senado y el Pueblo de Roma como la cabeza visible de la reacción contra Marco Antonio y como el principal valedor y defensor de la integridad política y moral de la República romana²⁸⁸⁴. Con su intervención, buscó ratificar y legitimar la situación de irregularidad en la que se hallaban Octaviano y Decimo Junio Bruto Albino²⁸⁸⁵. Para tal fin, intentó convencer al Senado de que sin la intervención privada de ambos hombres y

estaba obligado a abandonar su provincia y entregársela a Marco Antonio. Para todo ello, el Senado encontró en Marco Tulio Cicerón a su principal paladín (Cic. *Phil. passim*). Cf. Liv. 117.

²⁸⁷⁷ Liv. 118; Vell. 2.61.3, 62.1; App. *BC* 3.51; D.C. 45.38, 39.1, 42.4; 46.26.3-6.

²⁸⁷⁸ *Vid. supra*.

²⁸⁷⁹ Cic. *Fam.* 353.11.5; 354.11.7; App. *BC* 3.51.

²⁸⁸⁰ D.C. 45.26, 28, 39.3, 42.1; 46.26.3-6.

²⁸⁸¹ Cic. *Phil. passim*.

²⁸⁸² «Por lo cual apoyaré con mi parecer —y, según entiendo, no en contra de vuestra voluntad— todas las medidas para que no sólo concedamos autoridad a los más destacados generales, sino que demos esperanza de recompensas a los más valientes soldados, y para que se considere —no de palabra sino de hecho— que [Marco] Antonio no sólo no es cónsul, sino que incluso es enemigo de la patria. En efecto, si aquel es cónsul, las legiones que abandonaron a un cónsul han merecido ser azotadas, César [Octaviano] es un criminal, [Décimo Junio] Bruto [Albino] despreciable, pues aprestaron por su propia cuenta un ejército contra un cónsul. Pero si hemos de crear honores nuevos para los soldados por su divino e inmortal servicio, y si ni siquiera nos es posible mostrar el agradecimiento debido a sus jefes, ¿quién no considerará a Antonio como enemigo de la patria, cuando los que le persiguen espada en mano son considerados salvadores de la República?» (Cic. *Phil.* 3.14). Cf. Liv. 119; App. *BC* 3.56, 63.

²⁸⁸³ Pronunciada ante el Senado el 20 de diciembre del 43 a. C.

²⁸⁸⁴ Cic. *Fam.* 354.11.7.

²⁸⁸⁵ D.C. 45.42.4.

la desertión de las tropas de Marco Antonio, este último habría causado una masacre en Roma con las legiones que había ordenado traer desde Macedonia²⁸⁸⁶. De esta forma, manipuló los hechos en pro de sus intereses y atribuyó a Marco Antonio una serie de acciones que no está claro que hubiese llevado a la práctica²⁸⁸⁷. Por otra parte, con el propósito de hacerse con el apoyo de la mayoría del Senado, alabó indistintamente tanto la figura del joven César²⁸⁸⁸ como la del cesaricida²⁸⁸⁹. Para Cicerón, ambos personajes eran lo único que separaba a Marco Antonio de la destrucción de la patria²⁸⁹⁰. Por último, respaldó la decisión de las legiones *Martia* y *III* de desertar del lado de Marco Antonio y pasarse al de Octaviano. En consecuencia, hizo ver al Senado que si los soldados habían abandonado a su comandante era, sencillamente, porque no lo consideraban su cónsul, sino un enemigo del Estado romano²⁸⁹¹. Desde el punto de vista del Arpinate, gracias a su insurrección, las legiones rebeldes salvaron a la República²⁸⁹². De esta forma, en lugar de condenar sus actos y reprobar su actitud, justificó su indisciplina y les ofreció cobertura política y legal, defendiendo, no sólo a los soldados que se enfrentaron a Marco Antonio en Brindisi²⁸⁹³ y a las legiones desertoras²⁸⁹⁴, sino, también, a todos los veteranos que se enrolaron en el ejército privado de Octaviano²⁸⁹⁵. A este respecto, Cicerón condenó la violencia y la represión que sufrieron los soldados rebeldes de Brindisi, cuando Marco Antonio los castigó con la *decimatio*²⁸⁹⁶, y elogió, ensalzó y celebró tanto la determinación de las tropas desertoras²⁸⁹⁷ como la iniciativa de los antiguos veteranos de César²⁸⁹⁸. Para todos ellos, solicitó del Senado gratificaciones²⁸⁹⁹, honores²⁹⁰⁰ y recompensas²⁹⁰¹. De esta manera, buscó implicar más a quienes recibían los honores en la defensa de la República²⁹⁰², al tiempo que señalaba

²⁸⁸⁶ Cic. *Phil.* 3.4; 4.4; 14.8.

²⁸⁸⁷ De acuerdo con Cicerón (*Phil.* 3.11), «Antonio guiaba un ejército contra el pueblo romano en el momento en que, abandonado por las legiones, sintió miedo del nombre de César [Octaviano] y de su ejército». Cf. D.C. 45.20.3-4, 23.2, 25.2, 31.2, 34.5-6.

²⁸⁸⁸ Cic. *Phil.* 3.3, 7, 14, 39; 5.28, 45-46; 10.21; 11.20; Liv. 118; Vell. 2.61.3, 62.1; App. *BC* 3.51; D.C. 45.15.2, 38, 39.1; 46.26.3-6, 29.2-6.

²⁸⁸⁹ Cic. *Phil.* 3.8-12, 14; 5.28. Cf. App. *BC* 3.51; D.C. 45.38, 39.1; 46.26.3-6.

²⁸⁹⁰ En palabras de Cicerón (*Phil.* 5.6): «Se trata o de dar a Marco Antonio la posibilidad de subyugar a la República, de matar a los buenos ciudadanos, de adjudicar la ciudad y los campos a sus bandidos, de oprimir con la esclavitud al pueblo romano, o de no permitirle hacer nada de esto». Cf. D.C. 45.15.2.

²⁸⁹¹ D.C. 45.42.1.

²⁸⁹² Cic. *Phil.* 3.6. Cf. App. *BC* 3.56, 62; D.C. 45.38.5, 42.1.

²⁸⁹³ Para Cicerón (*Phil.* 3.4, 10), eran hombres valerosísimos, así como ciudadanos excelentes y extraordinarios. Cf. App. *BC* 3.56; D.C. 45.35.3.

²⁸⁹⁴ Cic. *Phil.* 3.6-7, 39; 4.6; 5.2-4, 28, 46; 10.21; 11.20; 12.8, 29; 13.19. Así, a la *legio Martia* se la reconoce como «la más valiente y la más amiga de la República», y, asimismo, a esta y a la *III* se las define como legiones «celestiales y divinas». Igualmente, se defendió la actuación del cuestor Lucio Egnatuleyo, responsable de la desertión de la *III*, a quien se le identificó como un cuestor inmejorable, un ciudadano ilustre, excelente y valerosísimo, y un decidido e inquebrantable partidario de la República; y, además, se le promocionó (Cic. *Phil.* 3.7, 39; 4.6; 5.28, 52). Cf. App. *BC* 3.53, 56, 62, 74; D.C. 45.15.2, 38.5, 42.1; 46.26.3-6.

²⁸⁹⁵ Cic. *Phil.* 3.3, 39; 5.2-4, 28, 46; 10.21; 11.20.

²⁸⁹⁶ Cic. *Phil.* 3.4; 4.4; App. *BC* 3.56; D.C. 45.35.3.

²⁸⁹⁷ Cic. *Phil.* 3.7, 14, 39; 5.2-4, 28; App. *BC* 3.56, 62; D.C. 45.15.2, 38.5, 42.1; 46.26.3-6.

²⁸⁹⁸ Cic. *Phil.* 3.7, 14, 39; 5.2-4, 28.

²⁸⁹⁹ Cic. *Phil.* 3.39. Cf. Cic. *Phil.* 5.28; Liv. 119; App. *BC* 3.51, 53, 56, 62, 74; D.C. 46.29.2-6, 38.2.

²⁹⁰⁰ Cic. *Phil.* 5.53. Cf. Cic. *Phil.* 7.10; Liv. 119; App. *BC* 3.51, 53, 56, 62, 74; D.C. 46.29.2-6, 38.2.

²⁹⁰¹ Cic. *Phil.* 3.7; 5.53; 14.31-32, 38. Cf. Liv. 119; App. *BC* 3.51, 53, 56, 62, 74; D.C. 46.29.2-6, 38.2.

²⁹⁰² Cic. *Phil.* 5.49.

directamente a aquellos que no eran dignos de considerarse buenos ciudadanos romanos, como era el caso de las legiones que se habían mantenido fieles a Marco Antonio; las cuales sufrieron, al igual que su general, todo tipo de ataques y agravios²⁹⁰³. Al respaldar la traición de los soldados rebeldes, el Arpinate sentó las bases de un peligrosísimo precedente. En lugar de combatir la desertión y de castigar la indisciplina del ejército, Cicerón, no sólo promovió, gratificó y legitimó la sedición²⁹⁰⁴, sino que, además, condenó y persiguió la obediencia y la lealtad de los soldados que habían permanecido fieles a Marco Antonio²⁹⁰⁵.

3.16.3. Dirraquio, provincia de Macedonia, enero del 43 a. C.

«[Publio Vatinio] atacó Dirraquio y la tomó adelantándose a [Marco Junio] Bruto, pues en la lucha ente las distintas facciones estaba enfrentado a él; pero no le pudo causar ningún daño, pues lo soldados de Vatinio, que estaban disgustados con él y lo despreciaban a causa de cierta enfermedad, se cambiaron de bando. Así pues, Bruto, incorporando también a estos, marchó contra (Cayo) Antonio que estaba en Apolonia»²⁹⁰⁶.

SITUACIÓN PREVIA: En las mismas fechas en las que Marco Antonio se enfrentaba, en Módena, a Décimo Junio Bruto Albino, el conflicto entre cesarianos y cesaricidas se extendía a otros territorios de la República, como Macedonia. Allí, el cesariano Publio Vatinio, procónsul de Iliria, era testigo de cómo sus tres legiones desertaban y se pasaban al lado de Marco Junio Bruto, uno de los principales responsables del asesinato de César, junto con Cayo Casio Longino²⁹⁰⁷.

CAUSAS: Fueron varias las razones que pudieron originar la desertión del ejército de Vatinio: personales, militares, económicas y políticas. De acuerdo con Dion Casio (47.21.6), «los soldados de Vatinio estaban disgustados con él y lo despreciaban a causa de cierta enfermedad». Desconocemos el origen de la animadversión de la tropa y el tipo de enfermedad que pudo tener Vatinio, aunque, según Veleyo Patérculo (2.69.4), esta le pudo haber causado cierta «deformidad física» que, o bien pudo ser blanco de las burlas de sus hombres, o bien pudo ayudar a que el procónsul desarrollara cierto complejo físico que le hiciera más irascible, pues, conforme a este último autor, Vatinio se caracterizó, también, por su «vileza moral». Sea como fuere, parece que los soldados no estaban a gusto con su comandante y que despreciaban su liderazgo. Este

²⁹⁰³ Si a las tropas fieles a Marco Antonio se les descalificó y se les acusó reiteradamente de malgastar el dinero en vicio y de desear las riquezas del Estado romano, aunque de ello dependiera su destrucción; a los veteranos y a las legiones desertoras que se unieron a Octaviano se les calificó positivamente, al reconocérseles que habían conservado las recompensas de César, y que por ello no querían el mal público (Cic. *Phil.* 13.3; 14.27). De esta forma, Cicerón discriminó entre buenos y malos soldados, en función de si se pasaron al bando de Octaviano o de si siguieron a Marco Antonio, respectivamente (Cic. *Phil.* 11.37). Cf. Liv. 119; App. *BC* 3.53, 56, 62-63; D.C. 45.42.1; 46.29.2-6, 31.2, 39.3.

²⁹⁰⁴ Liv. 119; App. *BC* 3.56, 62-63; D.C. 45.15.2, 35.3, 38.5, 42.1; 46.26.3-6.

²⁹⁰⁵ «Y a los soldados desertores de las legiones que me fueron votadas les otorga recompensas, en tanto que no se las da a los que permanecen fieles, corrompiendo así las leyes de la milicia, no más en perjuicio mío que en el de la ciudad» (App. *BC* 3.62). Cf. Cic. *Phil.* 5.28-29; Liv. 119; App. *BC* 3.56, 63; D.C. 45.42.1; 46.29.2-6, 31.2, 39.3.

²⁹⁰⁶ D.C. 47.21.6-7.

²⁹⁰⁷ Cic. *Phil.* 10.11, 13; Liv. 118; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 24-26; App. *BC* 4.75; D.C. 47.21.6-7.

sentimiento de repulsa pudo contribuir, asimismo, a que las tropas desconfiaran en las habilidades castrenses de su general y que prefirieran evitar el enfrentamiento con Marco Junio Bruto, quien, recientemente, había logrado reunir un importante número de tropas y de recursos, y contaba, además, con el apoyo de la población y de los líderes locales²⁹⁰⁸. La seguridad con la que Bruto se presentó ante Vatinio, junto con la aparente liquidez con la que afrontaba esta primera fase de la guerra, pudo servir para atraerse a los soldados de Vatinio, los cuales pudieron considerar que, pasándose a Bruto, tendrían más opciones de enriquecerse que bajo el mando de su actual comandante. Por último, advertimos un último escenario. A diferencia de Vatinio, Bruto contaba con el beneplácito del Senado, y, por si fuera poco, se le había concedido el gobierno de las provincias de Macedonia e Iliria, lo que hacía que el cesaricida tomara ventaja sobre su rival, al poseer *de iure* el derecho sobre ambas provincias, incluida la que actualmente controlaba Vatinio²⁹⁰⁹. En tales circunstancias, los soldados pudieron temer enfrentarse a uno de los favoritos del Senado, más aún si tenían constancia de los últimos decretos y de la campaña de desprestigio que habían sufrido las legiones que habían permanecido fieles a Marco Antonio²⁹¹⁰.

OBJETIVOS: Aunque, para Velejo Patérculo (2.69.3), «Bruto parecía preferible a cualquiera de los jefes militares [en alusión a Vatinio y Cayo Antonio] y no había quien contara con menos simpatías que Vatinio», ninguna de las fuentes que registra el incidente es capaz de aclararnos los motivos por los que las legiones abandonaron a su general. No obstante, a raíz de las causas arriba expuestas, creemos que el detonante de la desertión pudo ser el decreto del Senado. El miedo a contradecir a la principal

²⁹⁰⁸ Dion Casio (47.21.2-5) nos dice que los griegos estaban de su lado; que contaba con numerosos soldados, los que habían sobrevivido a la batalla de Farsalia y aún andaban por allí, y los que, bien por enfermedad o por indisciplina, habían sido apartados de las tropas que partieron con Publio Cornelio Dolabela (*cos.* 44 a. C.); que contaba con muchas riquezas de Asia enviadas por Cayo Trebonio; y que Quinto Hortensio, el anterior gobernador de la provincia, se le había unido de inmediato (*cf.* Plu. *Brut.* 25.1, 3). Apiano (*BC* 4.75), por otro lado, nos informa de cómo Bruto recibió de Apuleyo «un cierto número de tropas que este tenía bajo su mando y dieciséis mil talentos, producto de los tributos recogidos en Asia» (*cf.* Plu. *Brut.* 24.4-5). Finalmente, Plutarco (*Brut.* 24.2-3, 25.3) nos avisa, por un lado, de que Bruto, durante su estancia en Atenas, «preparaba la guerra sin que nadie lo sospechara; pues envió a Macedonia a Heróstrato, intentando ganarse a los ejércitos que estaban allí, y se atrajo y unió a él a los jóvenes de Roma que estudiaban en la ciudad (entre ellos, al hijo de Cicerón); y, por el otro, de que «los reyes y poderosos del entorno se reunían con él y se sumaban a su causa».

²⁹⁰⁹ Aunque Cayo Julio César había designado antes de su muerte las provincias de Siria y Macedonia para Casio y Bruto, respectivamente, su asesinato lo cambió todo. Ambos cesaricidas tuvieron que abandonar la ciudad por seguridad y, tras su partida, Siria y Macedonia fueron transferidas a los cónsules Publio Cornelio Dolabela y Marco Antonio, respectivamente. Para guardar las apariencias, a Bruto y a Casio se le asignaron las provincias de Cirene y Creta, destinos, no obstante, menores y que consideraron, por lo tanto, insignificantes. Ante este hecho, ambos cesaricidas reunieron tropas y dinero para invadir Siria y Macedonia, con el objetivo de reclamar las provincias que se les había adjudicado en un principio. Sin embargo, necesitaban el visto bueno del Senado para legitimar sus reivindicaciones. Con la muerte de Cayo Trebonio a manos de Dolabela y el asedio, en Módena, de Décimo Junio Bruto Albino, a cargo de Marco Antonio, el Senado, por fin, tuvo la excusa para dar la espalda a los cónsules, declararlos enemigos públicos y reintegrar a Bruto y a Casio a sus anteriores destinos, añadiendo, además, el gobierno de Iliria para Bruto (*Cic. Phil.* 10.25 y ss.; App. *BC* 3.63; 4.57-58). Por último, conforme a Apiano (*BC* 4.58), «ordenaron a todos cuantos estaban al mando de provincias o ejércitos romanos, desde el Adriático hasta Siria, que obedeciesen lo que les ordenasen Casio o Bruto», lo que en la práctica significaba que todo aquel comandante o ejército que no estuviera bajo las órdenes de uno de los dos cesaricidas podría ser declarado enemigo público. Así, el Senado llamaba a la desobediencia y a la rebelión de las legiones.

²⁹¹⁰ *Cic. Phil.* 11.37; 13.3; 14.27; Liv. 119; App. *BC* 3.53, 56, 62-63; D.C. 45.42.1; 46.29.2-6, 31.2, 39.3.

institución del Estado romano pudo llevar a los hombres de Vatinio a abandonarlo. De esta forma, bajo la apariencia de aceptar el orden constitucional, los soldados de Vatinio, no sólo evitaban enfrentarse a una de las principales figuras del momento, así como de ponerse en contra a buena parte de la población local, sino que, sobre todo, dejaban de servir bajo el mando de un comandante al que no respetaban y con el que habían tenido problemas. Finalmente, no podemos descartar el incentivo económico. Los hombres de Vatinio pudieron esperar una recompensa económica por parte de Bruto o del Senado, similar a la que recibieron las legiones desertoras de Marco Antonio, si abandonaban al procónsul.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando de las tres legiones bajo el mando del procónsul Publio Vatinio. En principio, la insurrección fue pacífica y, presumiblemente, estuvo organizada²⁹¹¹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La falta de detalle con la que las fuentes trataron la deserción de las legiones del procónsul nos dificulta el análisis de la organización de las tropas. Sin embargo, el hecho de que la totalidad del ejército de Vatinio se levantara y desertara en bloque, sin fisuras y sin obstáculos, nos sugiere que el cambio de bando gozó de un mínimo de organización y que las legiones tuvieron que coordinarse para buscar el momento idóneo en el que pasarse al lado de Bruto. Por lo demás, desconocemos quiénes lideraron la sedición, si fueron los soldados o los oficiales, y los medios empleados para movilizarse. No obstante, las tropas tuvieron que contar con el respaldo de sus oficiales, pues ninguno de ellos ayudó a Vatinio a reprimir la deserción. Por último, creemos que fue el deseo de congraciarse con el Senado, y evitar el enfrentamiento con Bruto, lo que pudo hacer de aglutinante del ejército²⁹¹².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Pese a que, de acuerdo con Velejo Patérculo y Dion Casio, el descontento de las tropas venía de lejos y los soldados sentían cierta ojeriza y repulsión hacia su comandante²⁹¹³, este no llegó a aplicar ninguna medida de detección, control y/o represión que le permitiera combatir las críticas de sus hombres y confirmar su adhesión. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. La deserción permitió a las legiones deshacerse de Vatinio; asegurar su situación personal y económica, al pasarse al lado de un comandante con mayores recursos y apoyos; y congraciarse con el Senado.

CONSECUENCIAS: La defección del ejército de Vatinio debilitó las aspiraciones de los cesarianos en la región al tiempo que consolidó la de los cesaricidas. Marco Junio Bruto fortaleció su presencia en la provincia; aumentó significativamente sus fuerzas, al incorporar a tres nuevas legiones a su mando; y, poco después, pudo derrotar sin problemas a Cayo Antonio, hermano del futuro triunviro, quien había sido designado procónsul de Macedonia antes de que los decretos del Senado anularan su asignación a finales de 44 a. C.²⁹¹⁴

²⁹¹¹ Cic. *Phil.* 10.13; App. *BC* 4.75; D.C. 47.21.6.

²⁹¹² App. *BC* 3.63; 4.58.

²⁹¹³ Vell. 2.69.3-4; D.C. 47.21.6.

²⁹¹⁴ Liv. 118, 121; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 25-26; App. *BC* 3.79; 4.75; D.C. 47.21-25.

COMENTARIO: Un ejemplo de la importancia que pudo llegar a tener el elemento político nos lo da el intento de defección que poco antes había impulsado Cayo Antonio en el ejército de Vatinio. Conforme a Plutarco (*Brut.* 25.3), cuando Cayo Antonio percibió el peligro que podía ocasionar Bruto una vez que el pretor Hortensio le había hecho entrega de la provincia de Macedonia y «los reyes y poderosos del entorno se reunían con él y se sumaban a su causa», intentó hacerse (no sabemos cómo) con las fuerzas que Vatinio tenía en Epidamno y Apolonia, con el propósito de unir las a las suyas propias y hacer frente a Bruto con todas las tropas cesarianas de la región. Pero no lo consiguió. A diferencia de lo que ocurrió después, las tropas del procónsul Vatinio se mantuvieron fieles a su comandante, pese a que por aquel entonces ya estaban molestas con él. Desconocemos por qué en ese momento los soldados no cambiaron de bando, pero, sin embargo, podemos presentar varios supuestos al respecto: Que Cayo Antonio ya hubiera sido relevado de su cargo por el Senado, y que, por tanto, ya no fuera el procónsul de Macedonia, lo que le restaba dignidad frente a Vatinio, que era procónsul de Iliria; que el escaso número de tropas con las que contaba Cayo Antonio (una sola legión) hicieran de él un personaje de escasa relevancia militar en la región, y que, por consiguiente, pasarse a su lado no fuera la mejor opción desde un punto de vista militar; o que los soldados de Vatinio tuvieran ya conocimiento de los decretos del Senado por los que se declaraba a su hermano Marco Antonio enemigo público, y que, en consecuencia, no quisieran tratar con ningún miembro de su familia por miedo a posibles represalias. Finalmente, una de las razones por las que, no sólo las tropas de Vatinio, sino las de otros muchos líderes cesarianos, decidieron desertar y cambiar de bando fue el miedo a perderlo todo si seguían a alguno de los generales condenados por el Senado y no cumplían con sus decretos. Sobre el particular, debemos recordar que el Senado había decretado que «todos los restantes jefes que tuvieran el mando de alguna provincia o ejército romanos, desde el Adriático hasta el Oriente, obedecieran cualquier orden de Casio o Bruto»²⁹¹⁵. En virtud de este decreto, el Senado llamaba a la insurrección de todo ejército que no militara bajo el mando de uno de los dos cesaricidas, y condenaba, por lo tanto, a todos los generales y soldados que no se plegaran a sus órdenes. Por esta razón, no nos ha de extrañar que los soldados de Vatinio prefirieran a Bruto antes que a Cayo Antonio.

3.16.4. Apolonia²⁹¹⁶, provincia de Macedonia, febrero-marzo del 43 a. C.

«Al dar [Marco Junio Bruto] con Cayo [Antonio] y su ejército totalmente disperso en unos terrenos pantanosos, no permitió [a sus soldados] que cayeran sobre él, sino que lo rodeó con la caballería dando instrucciones de que le perdonaran la vida, en la idea de que esos soldados en breve se unirían a él. Así sucedió, efectivamente, pues se entregaron ellos mismos con su general, de manera que ya había congregada en torno a Bruto una gran fuerza militar»²⁹¹⁷.

²⁹¹⁵ App. *BC* 3.63; 4.58.

²⁹¹⁶ En la actual región de Fier, cerca de la ciudad de Pojan (oeste de Albania).

²⁹¹⁷ Plu. *Brut.* 26.5.

SITUACIÓN PREVIA: Tras la defección del ejército de Vatinio, a Marco Junio Bruto sólo le quedaba vencer la oposición del pretor Cayo Antonio para hacerse con el control absoluto de Macedonia²⁹¹⁸. Hasta allí se había desplazado este último para defender los derechos de su hermano y hacerse con la provincia en su nombre²⁹¹⁹. Para tal fin, sólo contaba con una legión²⁹²⁰.

CAUSAS: Identificamos cuatro posibles razones detrás del cambio de bando del ejército de Cayo Antonio: militares, psicológicas, políticas y económicas. Cayo Antonio tuvo que defender los derechos de su hermano Marco Antonio desde una posición de clara inferioridad, no sólo militar, sino, también, política y económica. Frente a las exiguas tropas con las que contaba el pretor, Bruto había conseguido reclutar a un elevado número de soldados²⁹²¹, disponía de un importante capital económico²⁹²², y, además, contaba con las tres legiones de Publio Vatinio²⁹²³. Esta superioridad militar se tradujo en dos derrotas²⁹²⁴, y en dos emboscadas que, si no hubiera sido porque el mismo Bruto había ordenado a sus hombres que no atacaran a las tropas enemigas, habrían supuesto la completa aniquilación del ejército de Cayo Antonio²⁹²⁵. Hasta aquí, nos encontramos con un ejército mermado física y moralmente por las recientes derrotas, y con un comandante rival capaz de explotar la fragilidad de su enemigo sin la necesidad de poner en riesgo a sus propios efectivos. Sin embargo, es en el elemento político y económico en donde nos debemos fijar con especial atención si queremos comprender por qué a los hombres de Cayo Antonio les pudo interesar más pasarse de bando que permanecer junto a su actual comandante. Tal y como explicamos en la insurrección anterior, el Senado había decretado recientemente que todos los jefes militares que tuvieran a su cargo alguna provincia o ejército romano, desde el Adriático hasta el Oriente, debían obedecer a Casio o a Bruto²⁹²⁶. En la práctica, se le reconocía a Bruto, el único, junto con Cayo Casio Longino, que poseía un *imperium maius*²⁹²⁷, el derecho a hacerse, no sólo con el gobierno de Macedonia e Iliria, sino, también, con el mando de todas las fuerzas romanas que quedaran en ambas provincias, incluida la legión de Cayo. Así las cosas, toda acción contra Bruto significaba contravenir los

²⁹¹⁸ D.C. 47.21.7. Cf. App. BC 3.63; 4.58.

²⁹¹⁹ Plu. Brut. 25.3; App. BC 3.79; D.C. 45.9.3; 47.21.4.

²⁹²⁰ App. BC 3.79; 4.75.

²⁹²¹ Plu. Brut. 24.2-3; 25.1, 3; App. BC 4.75; D.C. 47.21.2-5.

²⁹²² Plu. Brut. 24.4-5; 25.3; App. BC 4.75.

²⁹²³ Cic. Phil. 10.11, 13; Liv. 118; Vell. 2.69.3-4; Plu. Brut. 24-26; App. BC 4.75; D.C. 47.21.6-7.

²⁹²⁴ Según Plutarco (Brut. 26.3), Cayo Antonio había perdido tres cohortes en el camino, masacradas por Bruto, y, poco después, había sido derrotado por Marco Tulio Cicerón, hijo del famoso orador.

²⁹²⁵ Apiano (BC 3.79) nos informa de cómo Marco Junio Bruto emboscó al ejército de Cayo Antonio y de cómo, a pesar de encontrarse en una situación de superioridad y de haber podido derrotar a su enemigo con aparente facilidad, «ordenó a su propio ejército que saludara a sus adversarios», dejándoles marchar indemnes: «Entonces ellos, al considerar que los perdonaba como a compatriotas y que era digno de la fama que tenía por su sabiduría y moderación, le saludaron y se pasaron a él». Esta versión también la recoge Plutarco (Brut. 26.5): «Al dar con Cayo [Antonio] y su ejército totalmente disperso en unos terrenos pantanosos, no permitió que cayeran sobre él, sino que lo rodeó con la caballería dando instrucciones de que le perdonaran la vida, en la idea de que esos soldados en breve se unirían a él». La estrategia utilizada por Bruto nos recuerda a la empleada por César durante su enfrentamiento con Afranio y Petreyo, en 49 a. C. (vid. supra). En los dos casos, ambos comandantes se sirvieron del efecto psicológico y de la clemencia para hacerse con la voluntad de las tropas rivales.

²⁹²⁶ App. BC 3.63; 4.58.

²⁹²⁷ Broughton, 1952: 343, 346; Hurlet, 2016: 590.

deseos del Senado, desobedecer las disposiciones de la principal institución política de Roma, y, en última instancia, comprometer el futuro personal y económico de las tropas; habida cuenta de la debilidad en la que se hallaba el bando cesariano y de las promesas y recompensas que el Senado había hecho a todo aquel que siguiera a cualquiera de los dos cesaricidas²⁹²⁸.

OBJETIVOS: Con el cambio de bando, además de salvar una situación militar desfavorable, los soldados de Cayo se aseguraban el favor del Senado, evitaban la persecución que otros ejércitos cesarianos estaban sufriendo, y confirmaban sus emolumentos.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando de la legión al mando del pretor Cayo Antonio. La insurrección fue pacífica y, muy probablemente, estuvo instigada desde el exterior²⁹²⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Aunque la información disponible no nos permite reconstruir los detalles de cómo se pudo fraguar el cambio de bando, todo parece indicar que Bruto se ganó la simpatía de los soldados de Cayo al haberles perdonado la vida en dos ocasiones consecutivas²⁹³⁰. En lugar de acabar con ellos, Bruto los cercó y los saludó, incitando con su gesto el cambio de bando, tal y como hiciera Sila, en 85 y 83 a. C., con las unidades de Fimbria y Escipión, respectivamente²⁹³¹. Ante el estímulo de Bruto, los hombres de Cayo Antonio hicieron defección de manera espontánea al considerar que podían contar con su protección. En este punto, creemos que el protagonismo recayó, fundamentalmente, en la soldadesca, y no tanto en los oficiales²⁹³². Por último, fue la esperanza de contar con el respaldo constitucional del Senado, y, en consecuencia, el miedo a enfrentarse a Bruto y a perder todo lo ganado, lo que pudo hacer de aglutinante de las tropas.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Pese a que, conforme a Plutarco (*Brut.* 26.3), Cayo Antonio fue capaz de percibir mucho antes de que su ejército desertara que la presencia de Bruto podría acarrearle serios problemas, puesto que eran muchos los que se estaban pasando a su lado y cada vez eran menos los apoyos con los que contaba en la región, no hizo nada ni por prevenir la influencia del cesaricida ni por asegurarse la lealtad de su ejército.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Gracias al cambio de bando, las tropas salvaron su vida y garantizaron su bienestar material. Además, ningún soldado fue castigado.

²⁹²⁸ Mientras que Marco Antonio y Publio Cornelio Dolabela fueron declarados enemigos públicos, así como todos los soldados que permanecieron bajo su mando, otras unidades militares, como las legiones *Cuarta* y *III*, fueron honradas y generosamente recompensadas por su traición (*vid. supra*).

²⁹²⁹ Vell. 2.69.3; Plu. *Brut.* 26.5; App. *BC* 3.79; D.C. 47.21.7. Cf. Warry, 1995: 178; Keaveney, 2007: 86; Brice, 2014: 44; 2020d: 258.

²⁹³⁰ Plu. *Brut.* 26.5; App. *BC* 3.79; D.C. 47.21.7.

²⁹³¹ Plu. *Sull.* 25.1; 28.3; *Pomp.* 7.5.

²⁹³² Para llegar a esta conclusión, hemos tenido en cuenta los sucesos que tuvieron lugar meses después durante el intento de insurrección que Cayo Antonio incitó desde su cautiverio (*vid. infra* para más información). A tal efecto, sabemos que el cuestor y los lugartenientes de Cayo Antonio estuvieron al frente de los movimientos de sedición que estallaron en el ejército de Bruto y de la operación de rescate del hermano del futuro triunviro (D.C. 47.23.4). Lo que nos hace pensar que estos mismos personajes no secundaron el cambio de bando del ejército.

CONSECUENCIAS: La desertión de las tropas de Cayo Antonio facilitó la captura de su comandante y fortaleció todavía más la posición de Marco Junio Bruto en la provincia de Macedonia²⁹³³. Según Apiano (BC 3.79; 4.75), tras apoderarse de las tropas de Publio Vatinio y Cayo Antonio, Bruto reunió a otras cuatro legiones más, sumando un total de ocho²⁹³⁴. Con este ejército se hizo fuerte en Macedonia y en Epiro, y se ganó, todavía más, la gratitud del Senado, quien lo confirmó en el mando²⁹³⁵. Gracias a ello, Bruto reforzó su popularidad y, de acuerdo con Dion Casio (47.22.2), consolidó la lealtad de su ejército.

COMENTARIO: El episodio nos ofrece un ejemplo más de la capacidad que tuvieron los decretos del Senado de influir en el comportamiento de generales y soldados. En este caso fueron las tropas de Cayo Antonio las que decidieron seguir el ejemplo de las legiones de Vatinio y abandonar a su comandante²⁹³⁶. Las causas de su desertión fueron múltiples, habiendo motivos de naturaleza militar y psicológica. Sin embargo, fue la lucha política de la capital y el miedo a sufrir la condena del Senado y a perderlo todo lo que más influyó en la actitud de las tropas. Por lo demás, el episodio nos deja una nueva insurrección sin reprimir; algo que, no obstante, tampoco nos debe extrañar dada la delicada situación en la que se encontraba Cayo Antonio. Con un ejército muy inferior al de Bruto, el pretor no contaba ni con el respaldo del Senado ni con el apoyo de la población local. Dadas las circunstancias, Cayo Antonio se vio sin autoridad para castigar a unas tropas que, aunque desleales, era lo único que le quedaba. De este modo, si aplicaba la violencia corría el riesgo de ponerse en contra a la mayoría de sus hombres, tal y como le pasó a su hermano, en 44 a. C., cuando diezmó a una parte de su ejército en Brindisi²⁹³⁷. En tal sentido, sólo podía contrarrestar la acción de Bruto mediante la palabra o el soborno, y, no obstante, no hizo ninguna de las dos cosas, dejando su suerte en manos de su enemigo. En último lugar, hemos dicho que, tras la desertión del ejército de Cayo Antonio, Bruto acabó reuniendo bajo su mando un total de ocho legiones; pero, sin embargo, no hemos comentado un dato de gran interés. Y es que, según Apiano (BC 4.75), la mayoría de las legiones habían servido en el pasado bajo el *imperium* de Cayo Julio César. Seguramente, Apiano se refiere a las cuatro legiones que componían la suma de los ejércitos de Vatinio y Cayo Antonio, habida cuenta de que las otras cuatro legiones habían sido reclutadas recientemente, y no descartamos que parte de sus miembros hubieran sido antiguos pompeyanos, tal y como sugieren Plutarco y Dion Casio²⁹³⁸. En cualquier caso, esta amalgama de tropas pudo servir de detonante de la insurrección que meses después sufrió Marco Junio Bruto²⁹³⁹. Aunque esto se analizará más adelante, es muy probable que Cayo Antonio, principal instigador de la revuelta, se sirviera de los antiguos soldados cesarianos y de sus oficiales de mayor confianza para tramar la conspiración²⁹⁴⁰.

²⁹³³ Liv. 121; D.C. 47.21.7.

²⁹³⁴ Siete legiones, según la opinión de Velejo Patérculo (2.69.4).

²⁹³⁵ D.C. 47.22.1-2.

²⁹³⁶ *Vid. supra.*

²⁹³⁷ *Vid. supra.*

²⁹³⁸ Plu. Brut. 25.1; D.C. 47.21.3.

²⁹³⁹ *Vid. infra.*

²⁹⁴⁰ Plu. Brut. 26.7-8; D.C. 47.23.

3.16.5. Apamea²⁹⁴¹, provincia de Siria; *Locus incertus*²⁹⁴², Palestina, marzo del 43 a. C.

«[Cayo] Casio [Longino] intervino con rapidez en este asedio y, al punto, tomó el mando del ejército de [Quinto Cecilio] Baso con su asentimiento, y, después, el de las legiones de [Lucio Estayo] Murco y [Quinto] Marcio [Crispo], que se entregaron a él de forma amigable y le obedecieron en todo de acuerdo con el decreto del Senado»²⁹⁴³.

SITUACIÓN PREVIA: Mientras que Marco Junio Bruto se hacía con las fuerzas de Publio Vatinio y Cayo Antonio, al otro lado del Mediterráneo proseguía la guerra entre cesarianos y cesaricidas. Para este episodio recuperamos la pista de Quinto Cecilio Baso, quien, en 46 a. C., había estado detrás del asesinato de Sexto Julio César, y quien, desde entonces, controlaba Siria *de facto* en nombre de la facción pompeyana. Desde que Baso se hizo con el control de Siria, fueron varios los intentos cesarianos por recuperar la posesión de la provincia. A comienzos del 43 a. C., Lucio Estayo Murco y Quinto Marcio Crispo, procónsules de Siria y Bitinia, respectivamente, tenían sitiado a Baso en la ciudad de Apamea cuando Cayo Casio Longino llegó. Este último, que había recibido el encargo de perseguir a Publio Cornelio Dolabela, que venía de Asia con dos legiones, se hizo, primero, con las dos legiones de Baso, y, después, con las seis legiones de los dos procónsules. Finalmente, se hizo también con las cuatro legiones de Aulo Alieno, otro general cesariano y legado de Dolabela, que, procedente de Egipto, fue interceptado por Casio a la altura de Palestina²⁹⁴⁴.

CAUSAS: Identificamos tres posibles razones detrás del cambio de bando de los ejércitos de Baso, Murco, Crispo y Alieno: políticas, económicas y militares. Como en el caso de las dos últimas insurrecciones, las que afectaron a los ejércitos de Vatinio y Cayo Antonio, el elemento político volvió a ser determinante. De acuerdo con Apiano, fueron los decretos del Senado lo que le permitieron a Casio hacerse con las legiones de Murco y Crispo²⁹⁴⁵. Al igual que Marco Junio Bruto, Casio gozaba del favor del Senado; se le había hecho entrega de la provincia de Siria y se había ordenado a todos los líderes y ejércitos romanos que le obedecieran²⁹⁴⁶. Es decir, tenía la autoridad para actuar en nombre de la República y para hacerse con el control de la provincia y de todos los ejércitos allí reunidos²⁹⁴⁷, lo que en la práctica lo convertía en la principal figura de la región y en el único capaz de garantizar la seguridad física y material de

²⁹⁴¹ Al suroeste de Antioquía. Actual Qal`at al-Madhīq, cerca de la actual Hama, junto al río Orontes (noroeste de Siria).

²⁹⁴² En algún lugar indeterminado de la región de Palestina (futura provincia romana de Judea).

²⁹⁴³ App. BC 4.59.

²⁹⁴⁴ Cic. *ad. Brut.* 2.2.3.3; *Brut.* 1.5.2; *Fam.* 366.12.11.1; 387.12.12.1-4; Str. 16.2.10; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. AJ 14.170, 268-270, BJ 1.216-219, 225; App. BC 3.77-78; 4.58-59; D.C. 47.27-28.

²⁹⁴⁵ «Se entregaron a él [a Cayo Casio Longino] de forma amigable y le obedecieron en todo de acuerdo con el decreto del Senado» (App. BC 4.59). Cf. Cic. *Fam.* 366.12.11.1; Liv. 121; App. BC 3.78.

²⁹⁴⁶ App. BC 3.63; 4.58.

²⁹⁴⁷ Liv. 121. Cf. Cic. *Fam.* 366.12.11.1; 387.12.12.2; App. BC 3.78; 4.59.

todo aquel que se pasara a su lado²⁹⁴⁸. En este sentido, si los decretos del Senado legitimaban a Casio a actuar en nombre de Roma y lo situaban en una posición de clara ventaja con respecto a Murco y Crispo, dos cesarianos que podían caer en desgracia si seguían los pasos de Marco Antonio y Dolabela, ambos declarados recientemente enemigos públicos, no cambiaba mucho su situación con respecto a Baso, un advenedizo que, a pesar de haber simpatizado con el bando pompeyano y de defender la misma causa que Casio, se había hecho fuerte de manera irregular al haber sido el promotor del asesinato de Sexto Julio César²⁹⁴⁹. En este caso, Casio se presentó ante Baso y sus hombres, no como su rival, sino como su superior; es decir, como el elegido por el Senado para reemplazarle en nombre de la República romana, tomar las riendas de Siria, legalizar el cambio político que se había iniciado en la provincia, en 46 a. C., con la muerte de Sexto, y liderar la lucha contra la oposición cesariana²⁹⁵⁰. La llegada de Casio supuso, en consecuencia, el apoyo político que no tuvo la insurrección de Baso y el respaldo económico y constitucional que las tropas habían demandado tras el asesinato de su anterior comandante²⁹⁵¹. Analizadas las posibles causas políticas y económicas del episodio, debemos considerar ahora la influencia del elemento militar. A este respecto, nos fijaremos, en particular, en la situación bélica de los ejércitos liderados por Murco, Crispo y Alieno. A su llegada a Siria, Casio se encontró con Baso asediado en Apamea por las tropas de Murco y Crispo. Estos, con una fuerza de tres legiones cada uno, estaban teniendo, sin embargo, serios problemas para doblegar a Baso, que con sólo dos legiones resistía el cerco cesariano²⁹⁵². Lo que, en principio, debería haber sido una operación militar relativamente fácil, dada la enorme superioridad numérica de los cesarianos, se había convertido en un largo asedio que día a día mermaba la confianza que las tropas cesarianas tenían en las habilidades castrenses de sus respectivos líderes militares²⁹⁵³. Así las cosas, los soldados, que se habían desplazado a Siria con la creencia de que iban a protagonizar una campaña rápida, pudieron ver en la llegada de Casio una salida a su frustrante situación, máxime cuando era un general más experimentado, que contaba con el respaldo de la población local y que en el pasado había demostrado poseer una amplia capacidad militar²⁹⁵⁴. Finalmente, también debemos considerar el elemento bélico en el caso de Alieno; pues fue la superioridad militar de Casio, que contaba con ocho legiones (las dos de Baso y las seis de Murco y Crispo), y el hecho de haber interceptado a Alieno de improviso,

²⁹⁴⁸ Cic. *Fam.* 387.12.12.1.

²⁹⁴⁹ *Vid. supra.*

²⁹⁵⁰ Cic. *Fam.* 366.12.11.1; 387.12.12.2, 4; Liv. 121; App. *BC* 3.78; 4.59.

²⁹⁵¹ App. *BC* 3.77; 4.58.

²⁹⁵² App. *BC* 3.77-78; 4.58-59; D.C. 47.27.1.

²⁹⁵³ A pesar de haber sido proclamados *imperatores* por sus tropas (Cic. *Fam.* 366.12.11.1), la manera en la que dirigieron el asedio de Apamea hizo que sus hombres recelaran de sus habilidades militares. Cf. Cic. *Fam.* 366.12.11.1; 387.12.12.2-3; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. *BJ* 1.218-219; App. *BC* 3.78; 4.59; D.C. 47.28.1.

²⁹⁵⁴ En concreto, nos referimos a la defensa que hizo de la provincia de Siria, en 53 a. C., cuando el ejército de Marco Licinio Craso fue aniquilado en Carras. Cayo Casio Longino, cuestor de Craso, abandonó a su comandante en el camino de vuelta y prefirió dirigirse a Siria por considerar que este se había equivocado de estrategia y que desde dicha provincia defendería mejor los intereses de Roma (*vid. supra*). Su determinación le valió el apoyo popular y que, diez años después, todavía se recordara su gesta (D.C. 47.28.1).

rodeándole con su ejército, lo que hizo que este último no se atreviera a combatir²⁹⁵⁵, y lo que permitió al cesaricida hacerse con el ejército de su rival²⁹⁵⁶.

OBJETIVOS: Con arreglo a las causas arriba expuestas, podemos deducir las siguientes motivaciones. Con respecto a las tropas, estas, fuertemente condicionadas por los decretos del Senado (al menos en cuanto a los efectivos de Murco y Crispo se refiere), buscaron congraciarse con el Senado, evitar la persecución que estaban sufriendo las legiones fieles a Marco Antonio, y asegurar todas las promesas y recompensas recibidas²⁹⁵⁷. A todo ello, debemos añadir el probable deseo, por parte de las unidades de Murco y Crispo, de unirse a Casio y militar bajo el mando de un general más capacitado que sus actuales comandantes²⁹⁵⁸; y, en el caso de las legiones de Alieno, asegurar su integridad física y escapar de una situación militar desfavorable²⁹⁵⁹. En lo que respecta a los efectivos de Baso, su motivación giró en torno a dos principios: contar con el apoyo del Senado, lo que les exculparía automáticamente del asesinato de Sexto y les proveería de recompensas futuras²⁹⁶⁰, y unirse a Casio, uno de los principales líderes anticesarianos²⁹⁶¹. Finalmente, en cuanto a los posibles intereses de los generales, mientras que Murco fue el único que siguió a Casio y colaboró con él²⁹⁶², Baso y Crispo se negaron a sumarse a sus efectivos²⁹⁶³, y de Alieno no volvemos a saber nada más. Esto nos hace suponer que Murco buscó en Casio, como representante del Senado, la confirmación de su actual cargo como procónsul de Siria; que Crispo, a diferencia de su colega, pudo haberse negado a entregar sus tropas a Casio, dada su negativa a seguirle; que Baso no estaba conforme con la llegada de Casio (y de hecho, tal y como veremos a continuación, se le opuso), ya que le reemplazaba y le apartaba del poder; y que Alieno no persiguió nada más allá de seguir con vida tras haber sido sorprendido en una situación de clara inferioridad numérica²⁹⁶⁴.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Cambio de bando de los ejércitos de Quinto Cecilio Baso, Lucio Estayo Murco, Quinto Marcio Crispo y Aulo Alieno²⁹⁶⁵. Si bien las cuatro insurrecciones fueron pacíficas, no todas fueron ni tan amistosas ni tan espontáneas como nos han hecho ver las fuentes. Así, mientras que el cambio de bando de las tres legiones de Murco fue, seguramente, amistoso²⁹⁶⁶, y la incorporación de las cuatro legiones de Alieno fue consecuencia de una rendición incondicional²⁹⁶⁷, tenemos razones para pensar que Crispo pudo ejercer

²⁹⁵⁵ App. BC 3.78; 4.59.

²⁹⁵⁶ D.C. 47.28.3. Cf. Cic. Fam. 366.12.11.1; 387.12.12.1; App. BC 3.78; 4.59.

²⁹⁵⁷ Cic. Fam. 366.12.11.1; Liv. 121; App. BC 3.78; 4.59.

²⁹⁵⁸ Cic. ad. Brut. 2.2.3.3; Fam. 366.12.11.1; 387.12.12.2-3; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. BJ 1.218-219; App. BC 3.78; 4.59; D.C. 47.28.1.

²⁹⁵⁹ Cic. Fam. 366.12.11.1; 387.12.12.1; App. BC 3.78; 4.59; D.C. 47.28.3.

²⁹⁶⁰ App. BC 3.77; 4.58.

²⁹⁶¹ Cic. Fam. 366.12.11.1; 387.12.12.2, 4; Liv. 121; App. BC 3.78; 4.59.

²⁹⁶² J. BJ 1.219, 225; D.C. 47.28.4.

²⁹⁶³ Cic. Fam. 387.12.12.3; D.C. 47.28.4.

²⁹⁶⁴ De todo ello hablaremos más adelante.

²⁹⁶⁵ Cic. ad. Brut. 2.2.3.3; Brut. 1.5.2; Fam. 366.12.11.1, 387.12.12.1-4; Str. 16.2.10; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. AJ 14.170, 268-270, BJ 1.216-219, 225; App. BC 3.77-78, 4.58-59; D.C. 47.27-28. Cf. Keaveney, 2007: 87, 90; Brice, 2014: 21-22; 2020d: 258.

²⁹⁶⁶ Cic. Fam. 366.12.11.1; 387.12.12.3; J. BJ 1.219, 225; App. BC 3.78; 4.59; D.C. 47.28.4.

²⁹⁶⁷ Cic. Fam. 366.12.11.1; 387.12.12.1; App. BC 3.78; 4.59; D.C. 47.28.3.

cierta oposición, puesto que se negó a unirse a Casio²⁹⁶⁸, y que Baso intentó hasta el final evitar que sus hombres le abandonaran y se pasaran al lado de Casio²⁹⁶⁹. Por este motivo, tal y como defenderemos seguidamente, creemos que estos dos últimos cambios de bando fueron organizados por las tropas.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Pese a que la mayoría de las fuentes clásicas nos hablan, para cualquiera de los cuatro casos analizados, de un traspaso de unidades dulce, amistoso y consentido²⁹⁷⁰, creemos que esto no fue así en los casos de Baso y Crispo. Respecto al cesariano, el hecho de que, tal y como nos desvela Dion Casio (47.28.4), no se quisiera sumar al cesaricida nos hace pensar que, por un lado, pudo oponerse al cambio de bando de su ejército, pues, de confirmarse, lo dejaría en una situación de gran vulnerabilidad al perder sus tres legiones; y que, por el otro, el traspaso de unidades se tuvo que hacer sin su consentimiento. Al respecto, creemos que, junto a la participación de sus propias tropas, las cuales pudieron desistir ante la influencia del Senado y las noticias de lo que estaba ocurriendo en Italia con las legiones que se oponían a los decretos de este²⁹⁷¹, fue Murco el que pudo liderar el cambio de bando, aprovechándose de la vulnerabilidad de su colega. Para Murco la decisión era más fácil que para su compañero. Procónsul de Siria, si quería mantener su actual dignidad sólo le quedaba plegarse a los designios del Senado y ceder ante Casio, pues de lo contrario habría sido depuesto por Roma y condenado como Marco Antonio y Dolabela²⁹⁷². En cambio, en una situación radicalmente opuesta se encontraba Baso. La llegada de Casio significaba su destitución y su reemplazo inmediato. Todo por lo que había luchado desde 46 a. C., cuando se hizo con la legión de Sexto Julio César y provocó su asesinato, lo iba a perder de la noche a la mañana con la irrupción del cesaricida. En tales circunstancias, es lógico pensar que su llegada molestara a Baso y que este se opusiera decididamente a la cesión de sus dos legiones²⁹⁷³. Sin embargo, la negativa de Baso no sentó bien a sus hombres, los cuales ya habían decidido por él que lo mejor para sus intereses era pasarse al lado de uno de los favoritos de Senado. Fueron los soldados, y no Baso, quienes concertaron el cambio de bando. Para lo cual, enviaron una embajada a Casio en la que acordaron los términos por los que estaban dispuestos a abandonar a su comandante²⁹⁷⁴.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: La supuesta satisfacción con la que los soldados cesarianos aceptaron el cambio de bando que sus líderes pactaron con Casio (especialmente, en lo relativo a Murco y Alieno), hizo que no fuera necesario

²⁹⁶⁸ D.C. 47.28.4.

²⁹⁶⁹ Cic. *Fam.* 387.12.12.3; D.C. 47.28.4.

²⁹⁷⁰ «[Lucio Estayo Murco y Quinto Marcio Crispo] después de haber oído qué asuntos acontecían en Roma, han puesto sus ejércitos a mi disposición y colaboran conmigo estrechamente en la administración del gobierno con una esforzada disposición. Te informo también que la[s] [dos] legi[ones] que comandaba Quinto Cecilio Baso se ha[n] puesto a mis órdenes, y las cuatro legiones que Aulo Alieno sacó de Egipto me han sido entregadas por él mismo» (Cic. *Fam.* 366.12.11.1). Cf. Cic. *Fam.* 387.12.12.1; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. *BJ* 1.219; App. *BC* 3.78; 4.59; D.C. 47.27-28.

²⁹⁷¹ Cic. *Fam.* 366.12.11.1; App. *BC* 3.78; 4.59.

²⁹⁷² Conforme a Dion Casio (47.28.4), a Murco «[Casio] le conservó el mismo rango con el que había llegado y, más aún, le confió la escuadra». Cf. J. *BJ* 1.219, 225.

²⁹⁷³ «Baso rehusó desgraciadamente enviarme una legión; y si no hubiese sido porque los soldados de Baso me enviaron una delegación aun en contra de la voluntad de su general, este habría mantenido Apamea cercada hasta que hubiese sido liberada por la fuerza» (Cic. *Fam.* 387.12.12.3). Cf. D.C. 47.28.4.

²⁹⁷⁴ Cic. *Fam.* 387.12.12.3.

establecer ningún mecanismo de detección, control y/o represión. Por otro lado, a pesar de que Crispo, según nuestro punto de vista, se opuso al cambio de bando, este no contó con los suficientes apoyos para impedir el traspaso de unidades. De igual modo, aunque Baso ejerció mayor resistencia y rehusó entregarle a Casio sus tropas, no dispuso tampoco de apoyos suficientes ni para evitar la delegación de sus hombres ni para castigar su desobediencia. Ningún soldado fue castigado.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Todos los cambios de bando se realizaron satisfactoriamente. A pesar de las quejas de Baso y de la más que probable objeción de Crispo, ningún soldado fue castigado y el traspaso de unidades se realizó de manera pacífica y ordenada.

CONSECUENCIAS: Tras este cuádruple cambio de bando, Cayo Casio Longino se hizo con un total de doce legiones²⁹⁷⁵. Una enorme fuerza militar con la que tomó Laodicea, en 43 a. C., y derrotó sin problema a Publio Cornelio Dolabela²⁹⁷⁶.

COMENTARIO: A lo largo del episodio, hemos visto cómo Cayo Casio Longino supo explotar a su favor tanto el apoyo institucional del Senado como las desavenencias internas de los líderes militares reunidos en la provincia de Siria para hacerse con todas las tropas congregadas en la región. Así, pasó de estar en clara inferioridad numérica — sobre todo en cuanto a los ejércitos cesarianos se refiere, los cuales llegaron a sumar diez legiones entre los efectivos de Murco, Crispo y Alieno—, a hacerse con un gran ejército. No obstante lo anterior, la situación pudo haber sido muy diferente si Casio no hubiera tenido la suerte de su lado. Y es que, fueron las discrepancias internas de sus rivales lo que le permitió hacerse una a una con todas sus legiones. Si Murco y Crispo hubieran permanecido unidos y se hubieran enfrentado juntos contra Casio, probablemente este no hubiera podido hacerles frente, más aún cuando Baso también había rechazado cederle su ejército. A tal efecto, fue el antiguo pompeyano quien pudo haber provocado la ruina de Casio si antes no hubieran intervenido sus hombres en favor del cesaricida. La negativa de Baso provocó, por un momento, la fractura del bando del Senado, y la oportunidad de que los cesarianos acabaran por fin con la amenaza que suponía la presencia de Casio. Sin embargo, la embajada de los soldados de Baso y la complicidad con la que Murco recibió la llegada de Casio permitieron a este último salvar la situación y hacerse con el control de la provincia. Con el apoyo de las legiones de Baso y Murco, Casio ya no era rival para Crispo, lo que le llevó a renunciar a su ejército. Por lo demás, Alieno, emboscado y rodeado, nunca fue una amenaza para un Casio que, por aquel entonces, ya disponía de ocho legiones bajo su mando por las cuatro de aquel. Por último, no podemos dejar pasar la oportunidad de comentar un último detalle relacionado con el ejército de Alieno. Aunque la versión oficial es que el general cesariano se vio rodeado por las ocho legiones de Casio y, por ello, tuvo que transferir su ejército a su rival²⁹⁷⁷, si analizamos la composición de las legiones del cesariano podemos advertir que, junto al móvil militar, pudieron intervenir otros factores adicionales. Según Apiano (*BC* 3.78; 4.59), Alieno trajo de Egipto «cuatro legiones integradas por restos de las tropas dispersadas a raíz de la derrota de

²⁹⁷⁵ App. *BC* 3.78; 4.59. Cf. Cic. *ad. Brut.* 2.2.3.3.

²⁹⁷⁶ Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. *BJ* 1.231; App. *BC* 4.60-62.

²⁹⁷⁷ Cic. *Fam.* 366.12.11.1; 387.12.12.1; App. *BC* 3.78; 4.59; D.C. 47.28.3.

[Cneo] Pompeyo [Magno] y [Marco Licinio] Craso, o por aquellas otras que habían sido dejadas por César a Cleopatra». Es decir, el ejército de Alieno estaba compuesto por viejos pompeyanos y, por tanto, rivales del bando cesariano; por antiguas tropas del ejército que fue derrotado en Carras y, por consiguiente, por soldados que, además de conocer bien a Casio, pues había sido su cuestor, probablemente le debían también la vida, bien por haberlos conducido de vuelta a Siria tras la derrota de Craso, bien por su posterior defensa de la provincia; y, en última instancia, por cesarianos que, desde el 47 a. C., habían residido en Egipto, lo que pudo haber afectado —siempre y cuando aceptemos la teoría clásica de la “orientalización” y degeneración de las costumbres romanas²⁹⁷⁸— a su disciplina. Frente a una situación militar extrema, como la que experimentó el ejército de Alieno cuando fue rodeado de improviso por las ocho legiones de Casio, la heterogeneidad del ejército “cesariano” pudo jugar en contra del mantenimiento del orden y de la disciplina, haciendo que cada unidad, en función de su origen y de sus inclinaciones políticas y/o sus simpatías personales, presionara para que su general rindiera al ejército²⁹⁷⁹.

3.16.6. Cerca de *Forum Iulii*²⁹⁸⁰, Galia Narbonense, mayo del 43 a. C.

«Los soldados de [Marco Emilio] Lépido, sintiendo respeto por la dignidad de [Marco] Antonio, percatándose del intercambio de mensajeros y satisfechos por la naturalidad de su acampada, entablaron relaciones con los soldados de Antonio, primero en secreto, y después de manera abierta, por considerarlos conciudadanos y compañeros de armas; desobedecieron las prohibiciones de los tribunos y construyeron un puente de barcas sobre el río para facilitar la comunicación. Y la décima legión, que había sido reclutada por Antonio en un principio, arregló los asuntos para él en el interior del campamento de Lépido»²⁹⁸¹.

SITUACIÓN PREVIA: Derrotado en Módena, Marco Antonio decidió dirigirse al encuentro de Marco Emilio Lépido²⁹⁸², procónsul de la Galia Narbonense y de la Hispania Citerior, además de antiguo cesariano, con el objetivo de unir sus tropas a las de este²⁹⁸³. Su ejército, compuesto de diez legiones —tres de las cuales, las legiones VI,

²⁹⁷⁸ *Vid. supra.*

²⁹⁷⁹ Para otra versión de los hechos, se recomienda la lectura de Amela, 2019: 20-46.

²⁹⁸⁰ Hoy Fréjus (en la actual región de Provenza-Alpes-Costa Azul, sureste de Francia). Para otra localización, *vid. Cic. Fam.* 396.10.34.1, para quien el incidente tuvo lugar en *Forum Voconi*.

²⁹⁸¹ *App. BC.* 3.83.

²⁹⁸² *Cic. Fam.* 409.10.33.4; 396.10.34.1; *Liv.* 119; *Vell.* 2.63.1; *Plu. Ant.* 17-18.1; *App. BC.* 3.83; *D.C.* 46.50.1-2.

²⁹⁸³ Conforme a Cicerón (*Fam.* 396.10.34.1), Marco Antonio «contaba con la quinta legión y un gran número de soldados provenientes de otras legiones [en particular, se refiere a la II y a la XXXV, *cf. Cic. Fam.* 378.10.30.1], pero sin armas; dispone de una gran caballería, pues ha salido toda indemne del combate [de Módena], de modo que tiene más de cinco mil jinetes, [así como un número indeterminado de tropas recogidas durante el trayecto]». A este ejército debemos sumarle las unidades de Publio Ventidio Baso, que hacía poco se había unido a Marco Antonio con sus tres legiones, la VII, la VIII y la VIII (Cic. *Fam.* 396.10.34.1). *Cf. Cic. Fam.* 409.10.33.4.

VII y X, estaban formadas por antiguos veteranos de César²⁹⁸⁴—, acabó abandonando a su general y pasándose al lado del futuro triunviro²⁹⁸⁵.

CAUSAS: Advertimos la presencia de, al menos, cuatro posibles razones detrás de la defección de los hombres de Lépido: personales, políticas, militares y económicas. Una parte importante del ejército de Lépido había combatido durante muchos años a las órdenes de César y, por ende, junto a Marco Antonio. Habían sido compañeros de armas, lo conocían bien y lo apreciaban²⁹⁸⁶, por lo que ni tenían la intención de enfrentarse al antiguo *magister equitum* de César ni deseaban luchar contra sus hombres, a quienes reconocían como «conciudadanos y compañeros de armas»²⁹⁸⁷. Para muchos de los soldados de Lépido, Marco Antonio seguía siendo la única persona capaz de vengar la muerte de su antiguo comandante y de asegurar al mismo tiempo todas las recompensas que habían recibido de César y que temían perder si la facción del Senado se acababa imponiendo en la guerra; más aún después de la última ofensiva del Senado y de la controvertida actitud que Octaviano había mostrado desde su llegada a Italia. Por si fuera poco, veían en Marco Antonio a un líder nato y a un comandante de fiar²⁹⁸⁸, lo que contrastaba con la falta de personalidad de Lépido y con la tibieza con la que su actual general estaba gestionando la situación, pues nadie sabía su parecer, si iba a apoyar al Senado o si ayudaría al futuro triunviro²⁹⁸⁹. La ambigüedad de Lépido pudo contribuir a que sus hombres desconfiaran de él y a que no lo vieran capaz de defender sus intereses, sobre todo si, al final, abrazaba la causa del Senado²⁹⁹⁰. Finalmente, no podemos descartar que, en algún momento de los múltiples contactos que tuvieron los soldados de Marco Antonio y las tropas de Lépido, estas fueran sobornadas con la promesa de futuras recompensas monetarias si se pasaban a su lado, como así sucedió poco después con los efectivos de Cayo Asinio Polión²⁹⁹¹ y Lucio Munacio Planco²⁹⁹².

OBJETIVOS: Los soldados de Lépido exigieron a su comandante la paz y la reconciliación con Marco Antonio²⁹⁹³. El ejército sabía que una guerra entre ambos líderes sólo beneficiaría al Senado. Aunque Marco Antonio contaba con un número menor de tropas y presentaba un aspecto lamentable²⁹⁹⁴, consecuencia de la huida que

²⁹⁸⁴ App. BC 3.83.

²⁹⁸⁵ Cic. Fam. 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 368.10.31, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; Liv. 119; Vell. 2.63; Plu. Ant. 17-18; App. BC 3.83-84; D.C. 46.50-51.

²⁹⁸⁶ Plu. Ant. 18.4-6; D.C. 46.51.2. Esta relación de afecto y respeto se observa especialmente bien en la X legión, una unidad que, según Apiano (BC 3.83), «había sido reclutada por [Marco] Antonio en un principio», y que, desde la aparición de este, hizo todo lo necesario por facilitarle su entrada en el campamento de Lépido.

²⁹⁸⁷ App. BC 3.83. Cf. Cic. Fam. 391.10.21.4; App. BC 3.84.

²⁹⁸⁸ Vell. 2.63.1.

²⁹⁸⁹ Conforme a Dion Casio (46.51.2), «ni se acercaba a [Marco] Antonio ni lo rechazaba, pero le permitía estar cerca y tratar con sus compañeros de armas».

²⁹⁹⁰ Cic. Fam. 404.10.16; 398.10.17; 407.10.20; App. BC 3.83-84; D.C. 46.38.6; 51.1.

²⁹⁹¹ Cic. Fam. 415.10.32.4.

²⁹⁹² Cic. Fam. 371.10.8.3; 428.10.24.2.

²⁹⁹³ Cic. Fam. 391.10.21.4; App. BC 3.84.

²⁹⁹⁴ Según Plutarco (Brut. 18.2), «sus cabellos estaban enmarañados y se había dejado crecer una barba hirsuta después de la derrota». Cf. Cic. Fam. 394.11.12.1.

acababa de protagonizar tras su derrota en Módena²⁹⁹⁵, seguía siendo un rival temible, dada su experiencia militar y, ante todo, dada la poca confianza que despertaba Lépido²⁹⁹⁶. Por esta razón, el entendimiento entre ambos cesarianos era de vital importancia para las tropas si no querían poner inútilmente en riesgo su vida y si querían consolidar todo lo que habían ganado.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín y cambio de bando del ejército de Marco Emilio Lépido²⁹⁹⁷. Conforme a Apiano (*BC* 3.83-84), los soldados se amotinaron, se hicieron con el control de su propio campamento y facilitaron la entrada tanto de Marco Antonio como de su ejército²⁹⁹⁸. La insurrección fue pacífica y estuvo orquestada tanto desde el exterior como desde el interior del ejército de Lépido. A este respecto, «los soldados de Lépido, sintiendo respeto por la dignidad de [Marco] Antonio, percatándose del intercambio de mensajeros y satisfechos por la naturalidad de su acampada, entablaron relaciones con los soldados de este, primero en secreto, y después de manera abierta, por considerarlos conciudadanos y compañeros de armas»²⁹⁹⁹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Pese a que, finalmente, tanto los hombres de Marco Antonio como las tropas de Marco Emilio Lépido se movilizaron en favor de la unión de ambos ejércitos y en pro de la avenencia entre ambos generales, la insurrección la comenzó Marco Antonio, quien, desde un principio, tuvo la voluntad de hacerse con las legiones de Lépido³⁰⁰⁰. Para tal fin, se esforzó en presentarse, por un lado, como un viejo amigo, y, por el otro, como una víctima del Senado. De este modo, ubicó a su ejército próximo al campamento de Lépido y, en lugar de levantar una empalizada y cavar un foso, como era habitual, decidió no fortificar el lugar³⁰⁰¹. Su objetivo era hacer creer a Lépido que su presencia no suponía una amenaza y que se encontraba lo suficientemente debilitado como para no temerle³⁰⁰². No obstante, fracasó. Lépido no cayó en la trampa y no acudió a donde estaba Marco Antonio³⁰⁰³. Este primer contratiempo le llevó a tomar la iniciativa. Por medio del «intercambio de mensajeros»,

²⁹⁹⁵ Conforme a Plutarco (*Brut.* 17.4-6), «[Marco] Antonio sufrió todo tipo de penurias, pero especialmente el hambre [...]. Así Antonio ofreció un incomparable ejemplo a sus soldados, cuando acostumbrado a tanto lujo y dispendio, sin embargo era capaz de beber en aguas corruptas sin problemas y alimentarse de frutos silvestres y de raíces [...]. Tuvieron que alimentarse de animales que no se habían probado antes y de cortezas de árboles, mientras iban cruzando los Alpes».

²⁹⁹⁶ Según la opinión de Velejo Patérculo (2.63.1), «en tanto que Lépido era el peor de todos los generales, [Marco] Antonio era mejor que muchos, cuando estaba sobrio». Cf. App. *BC* 3.83-84; D.C. 46.51.2.

²⁹⁹⁷ Antes de la revuelta del ejército de Lépido, durante la huida de Marco Antonio, sabemos que Quinto Terencio Culeón había permitido al futuro triunviro cruzar los Alpes, a pesar de la orden emitida por el Senado (App. *BC* 3.83), y que Marco Junio Silano, lugarteniente de Lépido, se había pasado al bando de Marco Antonio (D.C. 46.38.6, 50.3, 51.1). Es probable, aunque no seguro, que ambos desempeñaran el papel de intermediarios clandestinos o agentes dobles entre los ejércitos de Marco Antonio y Marco Emilio Lépido (Cic. *Fam.* 396.10.34.2).

²⁹⁹⁸ App. *BC* 3.83-84. Cf. Jal, 1962a: 14; Keppie, 1998: 104; Chrissanthos, 1999: 78-81; Alston, 2002: 33; Keaveney, 2007: 86; Brice, 2014: 4, 9, 42, 203; 2020d: 256.

²⁹⁹⁹ App. *BC* 3.83. Cf. Vell. 2.63.1; Plu. *Ant.* 18.

³⁰⁰⁰ Cic. *Fam.* 390.10.15; 404.10.16; 398.10.17; 395.10.18; 407.10.20; 391.10.21; 414.10.23; 368.10.31; 409.10.33; 396.10.34; 408.10.35; 416.12.8.

³⁰⁰¹ Plu. *Brut.* 18.2; App. *BC* 3.83.

³⁰⁰² Plu. *Brut.* 18.2-3; App. *BC* 3.83.

³⁰⁰³ Vell. 2.63.1; Plu. *Brut.* 18.2; App. *BC* 3.83; D.C. 46.51.1.

Marco Antonio apeló a su antigua amistad con Lépido y a los favores que le había hecho en el pasado³⁰⁰⁴. Igualmente, le previno del Senado, y le advirtió que, «tras de sí, iban a sufrir una suerte semejante, uno a uno, todos los que habían gozado de la amistad de César»³⁰⁰⁵. Sin embargo, también fracasó. Es en este punto cuando decidió emplear a su ejército para hacerse con el control de las tropas de Lépido. Tal y como habían hecho Lucio Cornelio Sila y Cayo Julio César antes que él³⁰⁰⁶, utilizó para ello la vieja táctica del *colloquium*³⁰⁰⁷. Asimismo, a la vez que favorecía el contacto entre los soldados y se aprovechaba de los vínculos que tenía con una parte de las unidades de Lépido, en particular con la *legio X*³⁰⁰⁸, se presentó directamente ante las tropas de Marco Emilio Lépido con el propósito de reforzar su estrategia. Así, del mismo modo que hicieron en el pasado otros generales romanos como Lucio Cornelio Cinna, Cayo Flavio Fimbria, Lucio Licinio Lúculo o Marco Petreyo³⁰⁰⁹, Marco Antonio apeló a la compasión de las tropas, mostrándose ante ellas en un estado físico deplorable. A diferencia de los ejemplos expuestos, no necesitó rasgarse las vestiduras, llorar, arrodillarse y/o implorar a los soldados de Lépido, pues su pobre apariencia hablaba por sí sola³⁰¹⁰. La puesta en escena de Marco Antonio, junto a la inestimable colaboración de los soldados de uno y otro ejército³⁰¹¹, permitió, finalmente, que el futuro triunviro se hiciera con la totalidad del ejército de Lépido.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: A lo largo del episodio, fueron varios los intentos por parte de Lépido y/o de sus oficiales por evitar el contacto entre ambos ejércitos. Mientras que los tribunos militares trataron de impedir la confraternización de las tropas³⁰¹², Lépido intentó sin éxito silenciar las palabras de Marco Antonio y que su mensaje llegara a sus hombres³⁰¹³. Sin embargo, como ni una ni otra acción surtieron efecto y el desconcierto de la soldadesca iba en aumento, Marco Juvencio Laterense, lugarteniente de Lépido³⁰¹⁴, percatándose de las intenciones de Marco Antonio y de la connivencia de las tropas, pidió a su comandante «que dividiera el ejército en varias partes y las enviara a fuera so pretexto de algunas necesidades

³⁰⁰⁴ App. BC 3.83. Cf. Plu. Ant. 18.1.

³⁰⁰⁵ App. BC 3.83.

³⁰⁰⁶ Vid. supra.

³⁰⁰⁷ App. BC 3.83; D.C. 46.51.2.

³⁰⁰⁸ App. BC 3.83.

³⁰⁰⁹ Vid. supra.

³⁰¹⁰ Plu. Ant. 18.2-3.

³⁰¹¹ De acuerdo con Plutarco (Ant. 18.4): «Los soldados [de Lépido] sintieron una compasión mayor por [Marco] Antonio y hablaron secretamente con él, por mediación de Lelio y Clodio [ambos personajes no vuelven a aparecer nunca más, por lo que, tal vez, Plutarco se confundió con Silano y Culeón, dos individuos que, tal y como hemos comentado más arriba, ayudaron a Marco Antonio y cuya intervención aparece atestiguada en varios autores, como Cicerón, Apiano y Dion Casio], disfrazados de cortesanas, para pedirle a Antonio que cobrara ánimos y que se atreviera a atacar la empalizada. Aseguraban que serían muchos los que le recibirían en el campamento y que incluso matarían a Lépido si era del gusto de Antonio». Cf. Vell. 2.63.1; App. BC 3.83; D.C. 46.51.1-2.

³⁰¹² App. BC 3.83.

³⁰¹³ De acuerdo con Plutarco (Ant. 18.3-4), «Lépido temía que, ante este espectáculo que ofrecía el estado de [Marco] Antonio, muchos se sintieran conmovidos y se emocionaran ante sus palabras, con lo que mandó hacer resonar todas las trompetas a la vez, para impedir que se escuchara su discurso».

³⁰¹⁴ D.C. 46.51.3. Cf. Cic. Fam. 39.1.10.21.3.

urgentes con vistas a probar su traición o fidelidad»³⁰¹⁵. Lejos de solucionar el problema, la salida del ejército brindó la oportunidad a los soldados de apoderarse de las partes fortificadas del campamento y de abrir las puertas a Marco Antonio³⁰¹⁶. Por último, Lépido intentó revertir la situación por medio de la celebración de una *contio*³⁰¹⁷. Pero ya era demasiado tarde.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. A pesar de los intentos por evitar la unión entre ambos ejércitos y por controlar la injerencia de Marco Antonio, ni Lépido ni sus oficiales de mayor confianza fueron capaces de conservar la lealtad de las legiones. Las tropas, en lugar de ser castigadas por su indisciplina, fueron incorporadas al ejército de Marco Antonio³⁰¹⁸.

CONSECUENCIAS: Tras la defección del ejército de Lépido la posición de Marco Antonio experimentó un giro inesperado, convirtiéndose, no sólo en el comandante principal de ambos ejércitos combinados, sino, también, en el principal líder cesariano al contar con una fuerza militar muy superior al resto de sus adversarios, incluido Octaviano. La superioridad de Marco Antonio hizo que otros generales cesarianos, como Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco³⁰¹⁹, que hasta entonces habían tenido una actitud tan ambigua como la de Lépido, decidieran unirse al futuro triunviro³⁰²⁰. Mucho peor le fueron las cosas a su futuro colega en el Triunvirato. Con la unión de los dos ejércitos, Lépido, no sólo perdió el favor de sus hombres, sino que, además, terminó asumiendo un papel secundario al verse reemplazado por Marco Antonio³⁰²¹. Por si fuera poco, el Senado lo declaró enemigo público³⁰²². Por último, pero no menos importante, la rebelión de los hombres de Lépido tuvo una última consecuencia, el cambio de estrategia de Octaviano. El hecho de que Marco Antonio, no sólo hubiera recuperado su posición de fuerza, sino que hubiera ampliado su poder, hizo que el futuro Augusto reconsiderase sus opciones y que se reconciliase con él, especialmente una vez que vio que el Senado no le iba a recompensar su intervención en

³⁰¹⁵ Con toda probabilidad, el objetivo de esta acción era alejar del campamento a las unidades más afines a Marco Antonio (App. BC 3.84). Dion Casio (46.51.3) no menciona este hecho, sino que Marco Juvencio Laterense, tras disuadir en vano a Lépido de que no se uniera a Marco Antonio, «se dio muerte ante los ojos de los soldados». Finalmente, el Senado honró la fidelidad de Laterense, aprobando en su honor «elogios fúnebres, una estatua y un funeral de Estado» (D.C. 46.51.4). Cf. Vell. 2.63.2.

³⁰¹⁶ Vell. 2.63.1; Plu. Ant. 18.5-6.

³⁰¹⁷ Cic. Fam. 391.10.21.4; 368.10.31.4; 409.10.33.2.

³⁰¹⁸ Liv. 119; Vell. 2.63.1; Plu. Ant. 18.6; App. BC 3.84; D.C. 46.51.2.

³⁰¹⁹ Cic. Fam. 371.10.8.3; 428.10.24.2; 368.10.31.4-5; 415.10.32.4-5; Vell. 2.63.3, 64.1; Plu. Ant. 18.7; App. BC 3.97.

³⁰²⁰ En el verano del 43 a. C., Marco Antonio contaba con el apoyo y la lealtad de los ejércitos de Marco Emilio Lépido, Publio Ventidio Baso, Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco. En palabras de Apiano (BC 3.84), Marco Antonio «alcanzó de nuevo un gran poder y se convirtió en el hombre más temible para sus enemigos». Así, «volvió a cruzar los Alpes y llevó a Italia diecisiete legiones de soldados a su cargo y diez mil caballeros» (Plu. Ant. 18.8).

³⁰²¹ Conforme a Plutarco (Ant. 18.6-7), «[Marco] Antonio entró en el campamento y se apoderó de todo, pero se comportó de la manera más clemente posible con Lépido [...], y, aunque se hizo cargo de todo de hecho en el campamento, de manera nominal dejó el título y los honores propios del comandante supremo al otro». Cf. Vell. 2.63.2; App. BC 3.84.

³⁰²² Según Dion Casio (46.51.4), «le quitaron la estatua que tenía erigida en la tribuna de oradores y lo declararon enemigo. Y fijaron cierto día para sus compañeros de armas: los amenazaron con la guerra si no lo abandonaban antes de ese día». Cf. Liv. 119.

Módena con la posición de prestigio y preeminencia que él exigía. La alianza entre Octaviano, Marco Antonio y Lépido dio lugar meses después al Triunvirato³⁰²³.

COMENTARIO: La actitud con la que Marco Emilio Lépido se enfrentó a la sedición de su ejército nos recuerda al comportamiento que tuvieron otros comandantes romanos, como Apio Claudio Pulcro y Lucio Cornelio Escipión Asiático, en 87 y 83 a. C., respectivamente. Frente a la intrusión de Lucio Cornelio Cinna y Lucio Cornelio Sila, ambos generales fueron incapaces de coordinar una respuesta que hiciera frente a los intentos externos por hacerse con la lealtad de sus tropas. Lépido, aunque demostró tener algo más de iniciativa, no hizo nada más allá de ordenar que todas las trompetas sonaran a la vez para que las palabras de Marco Antonio no se escucharan en el interior de su campamento. Los principales intentos por reprimir la desobediencia de sus hombres vinieron por parte de sus tribunos militares y de su lugarteniente Marco Juvencio Laterense. Tradicionalmente, su falta de iniciativa se ha interpretado como un síntoma de su complicidad con Marco Antonio³⁰²⁴. De esta forma, Lépido habría jugado con el Senado, haciéndole creer que interceptaría a Marco Antonio y se enfrentaría a él, cuando, en realidad, desde un principio sólo buscó pasarse a su lado. Sin embargo, una vez analizada la insurrección y, sobre todo, una vez descubierto el final que tuvo Lépido tras la combinación de ambos ejércitos, no creemos que ese fuera su plan inicial. Por aquel entonces, Lépido se encontraba en una posición de superioridad con respecto a Marco Antonio, tanto en el plano político como militar, por lo que no creemos que Lépido estuviera dispuesto a perder su ventaja por Marco Antonio, por muchos favores que hubiera recibido de él y de César en el pasado³⁰²⁵. No obstante, tampoco podemos confirmar que tuviera la intención de atacarlo, ya que, si hubiera querido, lo hubiera hecho; habida cuenta del estado en el que se hallaba tanto Marco Antonio como su ejército como consecuencia de las dificultades que habían padecido durante su reciente huida³⁰²⁶. Seguramente, fue el lamentable aspecto de Marco Antonio lo que hizo que Lépido se confiara, más aún si tenemos en cuenta que contaba con la supuesta lealtad de diez legiones y que tanto Marco Antonio como sus soldados habían sido condenados por el Senado. Así las cosas, Lépido no se podía imaginar que sus hombres estuvieran dispuestos a arriesgarlo todo con tal de pasarse al lado de un general venido a menos³⁰²⁷. Sin embargo, eso fue lo que ocurrió. Lépido no supo medir ni la influencia que podía tener la memoria de César, representada en la figura de Marco Antonio, ni los vínculos que una parte de sus hombres, en tanto que antiguos veteranos de César, tenían con aquel. La falta de entendimiento de Lépido lo terminó condenando. Y es que, tal y como hemos podido advertir, una de las características del episodio, junto a la puesta en escena de Marco Antonio y el empleo del *colloquium*, fue el papel que desempeñaron los antiguos veteranos de César. Sin llegar a ser mayoría en el ejército de Lépido, fueron capaces de aglutinar el descontento, la inquietud, el recelo y la desconfianza del resto de

³⁰²³ Liv. 120; Vell. 2.65.1-2; Plu. Ant. 19.1-2; Brut. 27.6; Suet. Aug. 13.1; App. BC 4.2-3; D.C. 46.54-56.

³⁰²⁴ Cic. Fam. 390.10.15; 404.10.16; 398.10.17; 395.10.18; 407.10.20; 391.10.21; 414.10.23; 368.10.31; 409.10.33; 396.10.34; 408.10.35; 416.12.8.

³⁰²⁵ Plu. Ant. 18.1; App. BC 3.83.

³⁰²⁶ Plu. Ant. 17.4-6, 18.2-3.

³⁰²⁷ Acababa de ser derrotado en Módena y, meses antes, dos de sus legiones, la *Martia* y la *IIII*, se habían pasado al lado de Octaviano (*vid. supra*).

sus compañeros, contactar con los hombres de Marco Antonio y favorecer la llegada de este³⁰²⁸. Estas tropas, que habían servido en el ejército durante muchos años y tenían, asimismo, un amplio historial levantisco, en la medida en que ya habían participado en el pasado en otras insurrecciones³⁰²⁹, poseían una visión más amplia de la realidad política de su tiempo y sabían cómo y cuándo presionar a sus líderes, lo que las convertía en unas unidades tan útiles como difíciles de controlar.

3.16.7. Roma, Italia, agosto del 43 a. C.

«Y las tres legiones, sin obedecer a sus generales, le enviaron embajadores y desertaron a él [a Octaviano]. [Marco Cecilio] Cornuto, uno de los generales de estas, se suicidó y los otros lograron una alianza y garantías personales»³⁰³⁰.

SITUACIÓN PREVIA: Tras la guerra de Módena y las muertes de los cónsules Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa³⁰³¹, Octaviano, el principal responsable de la derrota de Marco Antonio, esperaba que el Senado recompensara su éxito en la contienda con el consulado³⁰³². Sin embargo, la mayoría de los elogios y honores recayeron sobre Décimo Junio Bruto Albino, quien, asediado en la ciudad de Módena por Marco Antonio, no había participado en los principales combates³⁰³³. Desplazado por el Senado, Octaviano, no sólo vio como uno de los responsables de la muerte de César disfrutaba en su lugar de su triunfo, sino que, además, estuvo a punto de perder a su ejército como resultado de las maniobras subversivas del Senado, el cual intentó manipular y sobornar a sus hombres para que abandonaran su mando y se pasaran al lado de Décimo Junio³⁰³⁴. Frente a semejante desplante, Octaviano se presentó ante sus soldados, confirmó su lealtad y, emulando a otros generales romanos, como Lucio Cornelio Sila, Lucio Cornelio Cinna o su padre adoptivo Cayo Julio César³⁰³⁵, marchó sobre la capital³⁰³⁶. Allí, tres legiones esperaban su llegada³⁰³⁷.

³⁰²⁸ Vell. 2.63.1; Plu. *Brut.* 18.4-6; App. *BC* 3.83-84; D.C. 46.51.2.

³⁰²⁹ Vid. *supra* el historial levantisco de los soldados veteranos de César.

³⁰³⁰ App. *BC* 3.92.

³⁰³¹ Mientras que el cónsul Cayo Vibio Pansa fue herido de muerte en la batalla de *Forum Gallorum*, el cónsul Aulo Hircio murió en la posterior batalla de Mutina. Ambos enfrentamientos tuvieron lugar en abril del 43 a. C., en el contexto de la guerra de Módena. Cf. Liv. 119; Vell. 2.61.3-4; Plu. *Brut.* 17.1-3; App. *BC* 3.71-72, 76; D.C. 46.39.1.

³⁰³² Plu. *Brut.* 27.1; D.C. 46.42.2, 43.1, 4.

³⁰³³ Liv. 119.

³⁰³⁴ Liv. 119; App. *BC* 3.86; D.C. 46.42.3.

³⁰³⁵ Vid. *supra*.

³⁰³⁶ Liv. 119; Plu. *Brut.* 27.3; App. *BC* 3.86-88, 92; D.C. 46.43.6-44, 45.1-2; Eutr. 7.2.1. Cf. Keppie, 1998: 104; Keaveney, 2007: 48, 74, 86, 98; Fields, 2008: 54; Brice, 2014: 42, 101, 128, 203; 2020d: 256, 265.

³⁰³⁷ Nos referimos a la guarnición de Roma, a cuyo frente estaba el pretor urbano Marco Cecilio Cornuto (Cic. *Fam.* 10.12.3, 16.1; *Brut.* 2.5.3; *Phil.* 14.37; V. Max. 5.2.10; App. *BC* 3.92). Con respecto a la composición de la guarnición de Roma, dos de las tres legiones las había reunido el Senado de África. Habían servido bajo el mando de Tito Sextio, gobernador de Numidia (*Africa Nova*), y, conforme a Apiano (*BC* 3.85), en el pasado habían servido a César. Mientras, la tercera y última legión la había dejado anteriormente el cónsul Cayo Vibio Pansa Cetroniano para la defensa de la ciudad (Cic. *Fam.* 197.9.26; 361.12.24.4, 8; 373.12.25.1-2; App. *BC* 3.85, 91). Asimismo, fue llamado a las armas todo el

CAUSAS: Cuatro fueron las posibles razones detrás de la desertión de la guarnición de Roma: militares, psicológicas, políticas y económicas. Frente a las tres legiones que guardaban la capital, Octaviano movilizó un enorme ejército compuesto por «ocho legiones, un número suficiente de caballería y cuantas tropas auxiliares servían con las legiones»³⁰³⁸. Dicho ejército, además de ser muy numeroso, era fiel a Octaviano, tenía una amplia experiencia militar y, recientemente, había demostrado su fuerza en la guerra de Módena, lo que lo convertía en un rival temible. Como era de esperar, la noticia del avance de Octaviano produjo el pánico en Roma, y, durante unos días, todo fue confusión y caos³⁰³⁹. Por otro lado, una parte significativa de los soldados de las legiones que había llamado el Senado para proteger la ciudad había combatido bajo el mando de Cayo Julio César en el pasado³⁰⁴⁰, por lo que su lealtad se pudo ver comprometida al tener que enfrentarse a Octaviano, hijo adoptivo de su antiguo general. Asimismo, al igual que otros muchos soldados y veteranos de César, pudieron estar enemistados con el Senado por haber apoyado explícitamente a los asesinos de su viejo comandante. En tal sentido, la llegada de Octaviano pudo significar la oportunidad de vengar la muerte de César y de asegurar, al mismo tiempo, todas las promesas y recompensas que en vida les había hecho y que todavía no habían recibido. Por último, con Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino lejos de Italia; con Marco Antonio recuperado y reforzado con la incorporación de los ejércitos de Ventidio, Lépido, Polión y Planco³⁰⁴¹; y con Décimo Junio Bruto Albino sin efectivos suficientes con los que combatir a los cesarianos, la llegada de Octaviano pudo ser interpretada por el pueblo romano como el comienzo de una nueva etapa política para Roma y, sobre todo, como la llegada de un nuevo gobernante³⁰⁴², lo que, de acuerdo con Apiano y Dion Casio, pudo precipitar la desertión del ejército³⁰⁴³.

OBJETIVOS: No tenemos ninguna referencia directa sobre los posibles intereses y/o motivaciones que llevaron a la guarnición de Roma a desertar y a unirse a Octaviano. Sin embargo, creemos que la inferioridad en la que se encontraban pudo ser determinante. Muy inferiores en número a las fuerzas del futuro Augusto, las legiones de la capital habrían buscado con su cambio de bando conservar su vida y evitar, o bien la muerte en combate, o bien la represión del vencedor. Igualmente, junto al rechazo a la

que estaba en edad militar (App. BC 3.91), y se envió, por último, al pretor Marco Aquilio Craso a la región del Piceno para que reclutara un ejército (App. BC 3.93-94). Cf. D.C. 46.44.4-5.

³⁰³⁸ App. BC 3.88. Cf. D.C. 46.43.6.

³⁰³⁹ Según Apiano (BC 3.89), «cuando la noticia llegó a la ciudad se produjeron un tumulto y un temor incontenibles, y algunos corrían por todas partes, presa del desconcierto [...]. Pues en modo alguno se sabía que sólo aspiraba al consulado, y al haber oído que se acercaba un ejército con intención hostil tenían miedo de todo. El Senado quedó sobrecogido por un pasmo sin límites [...]».

³⁰⁴⁰ App. BC 3.85.

³⁰⁴¹ Mientras que la unión con Marco Emilio Lépido tuvo lugar en mayo del 43 a. C., la alianza entre Cayo Asinio Polión, Lucio Munacio Planco y Marco Antonio tuvo lugar entre junio y agosto del 43 a. C. (App. BC 3.97).

³⁰⁴² «Y de nuevo tuvo lugar otro cambio repentino y sorprendente, y los patricios corrieron hacia él y le saludaron; también acudió presuroso el pueblo llano y recibieron la buena formación de los soldados como un signo de paz» (App. BC 3.92). Cf. D.C. 46.45.2.

³⁰⁴³ Conforme a Dion Casio (46.45.2-3), «primero algunos de los senadores, y después el pueblo en masa, se cambiaron a su bando. Y a partir de ahí los pretores bajaron del Janículo y se entregaron a él con los soldados. Así, César (Octavio) se apoderó de la ciudad sin lucha y fue designado cónsul también por el pueblo». Cf. App. BC 3.92.

estrategia del Senado de resistir y defender Roma hasta las últimas consecuencias³⁰⁴⁴, lo que, dada la diferencia militar, no era ni lo más atractivo ni lo más razonable, no podemos desdeñar la influencia que pudo tener sobre las dos legiones que trajo el Senado de África el parentesco entre César y Octaviano. Siendo que habían militado bajo el mando de su padre adoptivo³⁰⁴⁵, pudieron ver en aquel a su legítimo general y, en particular, a la persona que podría garantizar su bienestar material.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando de las tres legiones que defendían Roma ante la amenaza de Octaviano³⁰⁴⁶. La insurrección fue pacífica y, si aceptamos el relato de Apiano, estuvo organizada³⁰⁴⁷.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Conforme a Apiano (BC 3.92), «las tres legiones, sin obedecer a sus generales, le enviaron embajadores y desertaron a él». La deserción tuvo lugar a la llegada de Octaviano, cuando se había perdido la esperanza de defender la ciudad y se estaban produciendo los primeros cambios de bando entre la población civil romana y el mismísimo Senado³⁰⁴⁸. Fue entonces, y no antes, cuando la guarnición de Roma se reunió, escogió a sus portavoces y, de acuerdo con Apiano, concertó el cambio de bando. Sólo este autor menciona la existencia de tal delegación. Dion Casio, la otra fuente que habla de la deserción, nos dice que fueron los pretores, y no las tropas, quienes lideraron la deserción. Según su testimonio, «los pretores bajaron del Janículo y se entregaron a él con los soldados»³⁰⁴⁹. No tenemos forma de saber cuál de las dos versiones es la correcta, o si ambas lo son, y una parte de las legiones se pasó a Octaviano a partir de la acción de los pretores y la otra lo hizo a través de la embajada de los soldados. En cualquier caso, tenemos numerosos ejemplos de embajadas que podrían confirmar la versión de Apiano, puesto que, tal y como hemos visto recientemente y pudimos observar también durante el enfrentamiento entre César y Pompeyo, fue una práctica muy común en el ejército romano tardorrepblicano, especialmente en conflictos internos³⁰⁵⁰. Por otro lado, el hecho de que Marco Cecilio Cornuto, *praetor urbanus* y uno de los principales responsables militares de las legiones, decidiera quitarse la vida tras la deserción de las tropas³⁰⁵¹, nos acerca más al relato de Apiano, para quien los soldados actuaron por iniciativa propia y sin contar con la voluntad de sus jefes, que a la versión de Dion Casio, para quien fueron los pretores los responsables del cambio de bando. Sea como fuere, creemos que fue el miedo a Octaviano y el recuerdo de César lo que pudo servir de aglutinante de las tropas.

³⁰⁴⁴ «Antes bien, deberían armarse a partir de los recursos existentes y oponer la fuerza de la ley a los agresores [...]. Resistir el asedio [...] y defenderse hasta la muerte antes que entregarse voluntariamente a una esclavitud que, con tales orígenes, sería irremediable» (App. BC 3.90). Cf. D.C. 46.44.4-5.

³⁰⁴⁵ App. BC 3.85.

³⁰⁴⁶ App. BC 3.92; D.C. 46.45.2.

³⁰⁴⁷ App. BC 3.92.

³⁰⁴⁸ App. BC 3.92; D.C. 46.45.2.

³⁰⁴⁹ D.C. 46.45.2.

³⁰⁵⁰ Tenemos ejemplos de embajadas y/o delegaciones en las insurrecciones que afectaron a Lucio Domicio Ahenobarbo, Lucio Afranio y Marco Petreyo, y Quinto Marcio Rufo, en 49 a. C.; y en las insurrecciones que afectaron a Quinto Cecilio Baso y Marco Emilio Lépido, en 43 a. C. *Vid. supra* para más información sobre estos y otros ejemplos.

³⁰⁵¹ App. BC 3.92.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Las autoridades políticas y militares romanas estuvieron más preocupadas en alejar a Octaviano de Roma y en organizar la posible defensa de la ciudad que en asegurarse el control y la lealtad de las tropas. Ni Apiano ni Dion Casio, las dos fuentes principales que mencionan el incidente, nos hablan de la puesta en marcha de ningún medio de detección, control y/o represión. Sin embargo, el hecho de que Cornuto acabara suicidándose a imitación de Marco Juvencio Laterense³⁰⁵², nos puede indicar que, quizá, intentó sin éxito evitar la desertión de las unidades bajo su mando y que, tras fracasar en su intento, no soportó la traición de sus hombres y prefirió morir antes de que Octaviano acabara con su vida por habersele opuesto.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Gracias a su desertión, las legiones salvaron una situación militar desfavorable. Además, ningún soldado fue castigado.

CONSECUENCIAS: La desertión de la guarnición de Roma facilitó la entrada de Octaviano y evitó que la ciudad fuera un baño de sangre³⁰⁵³. Sin oposición militar a la que temer, Octaviano fue nombrado cónsul, en agosto del 43 a. C., a la temprana edad de diecinueve años³⁰⁵⁴.

COMENTARIO: Más allá de la propia insurrección, lo más relevante del episodio son las razones que llevaron a Octaviano a marchar sobre Roma. La derrota de Marco Antonio en Módena desveló las verdaderas intenciones que había perseguido el Senado apoyando al joven César. Ante la falta de efectivos militares —Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino estaban fuera de Italia y Décimo Junio Bruto Albino no poseía la suficiente fuerza militar para enfrentarse a Marco Antonio y Octaviano—, el Senado decidió favorecer a Octaviano con el propósito de acabar con Marco Antonio, su principal amenaza. Por esta razón, no sólo se respaldó su posición, sino que, también, se justificaron todos sus actos, desde el reclutamiento ilegal de un ejército compuesto, fundamentalmente, por los veteranos de César hasta las maquinaciones que llevaron a que Marco Antonio, un cónsul de Roma, perdiera dos de sus legiones³⁰⁵⁵. No obstante, en ningún momento se pretendió elevar a Octaviano a la máxima magistratura, tal y como él esperaba y exigió tras su intervención en Módena. Una vez derrotado Marco Antonio, le dieron la espalda y volcaron todo su apoyo en Décimo Junio Bruto Albino, al que honraron y premiaron por encima de Octaviano, a pesar de que fueron las legiones de este último, junto a las de los cónsules Aulo Hircio y Cayo Vibio Pansa, las que llevaron el peso de la guerra. De este modo, el Senado decretó una serie de honores en favor de Décimo Junio Bruto Albino y de sus hombres³⁰⁵⁶, y, al mismo tiempo,

³⁰⁵² Lugarteniente de Marco Emilio Lépido, avisó a su comandante de las intenciones subversivas de Marco Antonio y le previno de la presencia de tropas en su mismo ejército que estaban planeando el cambio de bando a favor del futuro triunviro. Pese a que intentó deshacerse de los efectivos más sediciosos mandándolos fuera del campamento (App. *BC* 3.84), tal y como pudimos apreciar en la insurrección anterior, el cambio de bando fue un éxito y Laterense terminó quitándose la vida (Vell. 2.63.2; D.C. 46.51.3).

³⁰⁵³ Aunque no evitó las proscripciones que inmediatamente después impulsó Octaviano desde su consulado (Liv. 120; App. *BC* 3.94-95; D.C. 46.48-49; Eutr. 7.2.2).

³⁰⁵⁴ Liv. 119; Plu. *Brut.* 27.3; App. *BC* 3.94; D.C. 46.45.3-5, 46.1-2; Eutr. 7.2.1.

³⁰⁵⁵ *Vid. supra.*

³⁰⁵⁶ Liv. 119; D.C. 46.40.1-2.

reforzó la posición de Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino y Sexto Pompeyo³⁰⁵⁷. El objetivo era alejar a Octaviano del poder y favorecer a sus enemigos. En último lugar, intentaron levantarle el ejército del mismo modo que él hizo con Marco Antonio. «Y ciertamente le habrían quitado todas las legiones que tenía si no hubieran temido votar esa resolución abiertamente, porque sabían que los soldados le eran adictos»³⁰⁵⁸. Tal y como nos explica Dion Casio, el Senado lo hubiera tenido muy complicado si hubiera actuado directamente sobre el ejército de Octaviano, ya que, desde que llegó a Italia, en 44 a. C., supo granjearse el favor de los hombres y tuvo una especial habilidad en explotar la memoria del difunto César. El Senado necesitaba debilitar el vínculo entre Octaviano y sus tropas si quería que estas se levantaran y lo abandonaran. Para ello, utilizó el factor económico³⁰⁵⁹. El Senado envió una embajada a los soldados de Octaviano con la orden de dirigirse a las tropas sólo cuando su general no estuviera presente y ganarse así su lealtad³⁰⁶⁰. En particular, se acercaron a las dos legiones que el año anterior habían desertado de Marco Antonio, la *Martia* y la *III*, por considerarlas las más sediciosas y a las que más fácilmente podrían corromper³⁰⁶¹. No obstante, fracasaron. Es en este punto de la historia cuando Octaviano dio la vuelta a la situación y utilizó las maniobras subversivas del Senado para ganarse todavía más la confianza de su ejército y utilizarlo en su favor. Reunió a sus hombres; les enumeró todos los ultrajes que, en su opinión, había sufrido por parte del Senado³⁰⁶²; les previno de este; y les invitó a que le ayudaran a conseguir el consulado si querían la garantía de que recibirían todo lo que habían reivindicado desde la muerte de César³⁰⁶³. Para tal fin, conforme a Apiano y Dion Casio, Octaviano envió una embajada para que sus hombres solicitaran el consulado en su nombre³⁰⁶⁴. Sin embargo, no surtió efecto. La negativa del Senado soliviantó el ánimo de las tropas y brindó la oportunidad a Octaviano de aprovecharse de su descontento para conducir al ejército sobre la capital. Si la presencia de un puñado de soldados no había intimidado al Senado, el avance de sus legiones lo haría. Los

³⁰⁵⁷ D.C. 46.40.3.

³⁰⁵⁸ D.C. 46.40.4.

³⁰⁵⁹ «Pero intentaron, en efecto, que se sublevaran tanto entre ellos mismos como también contra él» (D.C. 46.40.4). Cf. App. BC 3.86.

³⁰⁶⁰ Vell. 2.62.5; D.C. 46.41.1.

³⁰⁶¹ «Y enviaron a unos a los que instruyeron para que se dirigieran a las dos legiones que habían desertado de [Marco] Antonio, cuando no estuviera presente Octaviano, y les aconsejaron que no pusieran sus esperanzas en un solo hombre, sino en el Senado, que era el único que tenía un poder imperecedero, y que se encaminaran al campamento de Décimo [Junio Bruto Albino], en el que encontrarían el dinero prometido» (App. BC 3.86).

³⁰⁶² En suma, utilizó el mismo *modus operandi* que Lucio Cornelio Sila, Lucio Cornelio Cinna y Cayo Julio César emplearon antes que él cuando intervinieron ante sus hombres para convencerlos de que la mejor opción era que apoyaran sus reclamaciones y les acompañaran en sus respectivas marchas sobre Roma (vid. *supra*).

³⁰⁶³ «Pero ahora sólo veo un único medio de seguridad para vosotros y para mí, conseguir el consulado con vuestra ayuda. Pues todo lo que mi padre os dio, os será confirmado y se añadirán las colonias que todavía se os deben, así como se os pagarán cabalmente todas las recompensas; yo castigaré a los asesinos y os eximiré de nuevas guerras» (App. BC 3.87). Cf. App. BC 3.86-87.

³⁰⁶⁴ Con respecto al testimonio de ambos autores, hemos encontrado varias diferencias. Mientras que Apiano (BC 3.88) nos habla de una embajada formada por centuriones, Dion Casio (46.42.4-43.1) nos informa de una embajada compuesta por cuatrocientos soldados; y, mientras que Apiano (BC 3.88) no menciona ningún acto violento, Dion Casio (46.43.3-4, 44.1, 3) nos dice que los soldados amenazaron a los allí presentes y que, poco después, protagonizaron varios actos violentos.

acontecimientos siguientes desembocaron en la insurrección arriba examinada. Un episodio de indisciplina que, en sí mismo, no supuso una novedad con respecto a otras desertiones y cambios de bando ya analizados. La principal característica del incidente fue, tal y como ya hemos señalado, el intento por parte del Senado de instrumentalizar, una vez más, la indisciplina y la insurrección de un ejército romano rival, y la posterior utilización que Octaviano hizo de sus soldados. Unas tropas —todo hay que decirlo— que se dejaron manipular por su comandante, pues sabían que si este se hacía con el control de Roma tendrían más opciones de confirmar todo por lo que habían luchado.

3.16.8. Entre Rávena y Aquilea³⁰⁶⁵, Galia Cisalpina, agosto del 43 a. C.

«A causa de la necesidad y del cansancio, los nuevos reclutas lo abandonaron [a Décimo Junio Bruto Albino] y se unieron a Octaviano; tras de aquellos, las cuatro legiones de veteranos desertaron a [Marco] Antonio y lo mismo hicieron las tropas auxiliares, excepción hecha de una guardia personal integrada por jinetes galos»³⁰⁶⁶.

SITUACIÓN PREVIA: Tras alcanzar el consulado, una de las primeras medidas que tomó Octaviano fue promulgar una ley con la que perseguir a quienes habían participado, directa o indirectamente, en el asesinato de Cayo Julio César³⁰⁶⁷. Bajo esta ley fueron condenados en ausencia Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino y Décimo Junio Bruto Albino³⁰⁶⁸. Este último, cuya posición se había visto seriamente comprometida, pasando de ser uno de los favoritos del Senado a ser perseguido por el nuevo dueño de Roma, decidió, en un principio, enfrentarse a sus enemigos³⁰⁶⁹. Sin embargo, la traición de Lucio Munacio Planco³⁰⁷⁰, que hasta hacía poco había sido su aliado e, incluso, había sido elegido su colega para compartir el consulado del año siguiente, le hizo cambiar de estrategia. Consciente de su delicadísima situación, decidió huir a Macedonia y unirse a Marco Junio Bruto³⁰⁷¹.

CAUSAS: Identificamos cinco posibles causas detrás de la desertión del ejército de Décimo Junio Bruto Albino: militares, físicas, psicológicas, políticas y económicas. A la altura de agosto del 43 a. C., Décimo Junio estaba completamente rodeado de enemigos. La llegada al poder de Octaviano y la coalición militar que se había formado en torno a Marco Antonio, una vez que Lépido, Polión y Planco se le unieron con sus respectivos ejércitos, pusieron a Décimo Junio en una situación crítica. Este, si bien

³⁰⁶⁵ Es decir, en algún punto indeterminado entre las actuales regiones italianas de Emilia-Romaña y Friul-Venecia Julia (noreste de Italia).

³⁰⁶⁶ App. BC 3.97.

³⁰⁶⁷ En virtud de la *lex Pedia*, propuesta por el cónsul *suffectus* Quinto Pedio, colega en el consulado de Octaviano, se celebraron una serie de juicios en Roma contra todos aquellos sospechosos de haber colaborado, participado y/o instigado la muerte de César (Liv. 120; App. BC 3.95; D.C. 46.48-49). Asimismo, «fueron anulados los decretos por los que se declaraban enemigos a [Marco] Antonio y [Marco Emilio] Lépido y a los soldados que estaban bajo su mando» (App. BC 3.96).

³⁰⁶⁸ Liv. 120.

³⁰⁶⁹ D.C. 46.53.1-2.

³⁰⁷⁰ Lucio Munacio Planco se había aliado con Marco Antonio, Cayo Asinio Polión y Marco Emilio Lépido (Liv. 120; Vell. 2.63.3, 64.1; App. BC 3.97; D.C. 46.53.2).

³⁰⁷¹ App. BC 3.97; D.C. 46.53.2.

disponía de un nutrido ejército de diez legiones³⁰⁷², sabía que sus fuerzas no eran rivales para sus enemigos. Cuatro de sus legiones, las más experimentadas, «habían sido mermadas por el hambre y todavía estaban debilitadas³⁰⁷³, y las otras seis eran de levases recientes, faltas aún de entrenamiento y sin experiencia en los trabajos de la milicia»³⁰⁷⁴. De este modo, ya sea por la falta de pericia, práctica y/o habilidad, ya sea porque el ejército estaba agotado física y mentalmente como resultado de las dificultades por las que había atravesado durante el sitio de Módena y por los impedimentos que estaban teniendo en el camino, Décimo Junio no confiaba en el resultado que podría tener si usaba a sus tropas en el estado actual en el que se encontraban³⁰⁷⁵. No obstante, si Décimo Junio no tenía confianza en sus hombres, estos tampoco tenían una mejor impresión de su líder. Con el Senado en manos de Octaviano, Décimo Junio perdió automáticamente la protección de la principal institución de la República, lo que significaba que sus tropas también perdían la seguridad de la que habían disfrutado hasta la fecha. A partir de ahora, si se enfrentaban a Octaviano o a cualquier otro líder cesariano, podrían sufrir la misma condena que meses antes habían padecido las legiones de Marco Antonio y Lépido³⁰⁷⁶. En consecuencia, corrían el riesgo de perder también sus privilegios económicos³⁰⁷⁷.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue congraciarse con el bando cesariano, pues de esa manera contarían de nuevo con el respaldo del Senado, ahora representado por Octaviano. Si abandonaban a Décimo Junio Bruto Albino, evitaban, al menos durante un tiempo, el enfrentamiento armado, lo que les ayudaría a recuperarse del desgaste de la última guerra, y, ante todo, evitaban perderlo todo si desde Roma se decretaban contra los cesaricidas las mismas sanciones que antes se habían promulgado contra Marco Antonio, Publio Cornelio Dolabela y Marco Emilio Lépido.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando de las diez legiones de Décimo Junio Bruto Albino³⁰⁷⁸. La insurrección fue pacífica y, probablemente, tal y como explicaremos a continuación, estuvo organizada desde el exterior.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Si bien el miedo a perder todos los honores, recompensas y privilegios que acababan de recibir por parte del Senado tras la guerra de Módena pudo ser el principal estímulo detrás del cambio de bando y el aglutinante detrás de la deserción de los hombres de Décimo Junio Bruto Albino³⁰⁷⁹, no contamos con información suficiente para reconstruir los medios que pudieron emplear los

³⁰⁷² App. BC 3.74, 76, 81, 97.

³⁰⁷³ Durante la guerra de Módena, Décimo Junio Bruto Albino y su ejército fueron sitiados en esta ciudad por las tropas de Marco Antonio, lo que hizo que sufrieran de graves problemas de abastecimiento y de hambre (App. BC 3.65, 71). Levantado el asedio, «los soldados veteranos de Décimo cayeron enfermos por comer en exceso después del hambre sufrida y padecieron de disentería», lo que mermó sus filas y debilitó a sus hombres (App. BC 3.81).

³⁰⁷⁴ App. BC 3.97.

³⁰⁷⁵ Cic. Fam. 388.11.13.2; App. BC 3.97.

³⁰⁷⁶ Liv. 120; App. BC 3.95-96; D.C. 46.48-49.

³⁰⁷⁷ D.C. 46.40.2.

³⁰⁷⁸ Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. BC 3.97; D.C. 46.53.3. Para más información, *vid.* Jal, 1962a: 15; Keaveney, 2007: 49, 86; Brice, 2020d: 258-259.

³⁰⁷⁹ D.C. 46.40.2.

soldados para organizarse. No obstante, sabemos que, en primer lugar, fueron las legiones compuestas por nuevos reclutas las que abandonaron a su general «a causa de la necesidad y del cansancio», y que, tras ellas, fueron las cuatro legiones de veteranos las que desertaron³⁰⁸⁰. Mientras que las primeras se pasaron a Octaviano, las segundas lo hicieron a Marco Antonio. Apiano no nos ofrece más información al respecto, pero, sin embargo, Dion Casio nos da la clave del episodio. Según su opinión, fue la intromisión de Octaviano y Marco Antonio lo que precipitó la desertión del ejército³⁰⁸¹. Es decir, los soldados de Décimo Junio necesitaron de un estímulo externo que sirviera de detonante para que abandonaran, finalmente, a su comandante. Así, parece que el primero en intervenir fue Octaviano, para, inmediatamente después, hacerlo Marco Antonio y Lépido. Aunque Dion Casio no aporta mucha información de cómo se hizo Octaviano con el favor de las legiones más bisoñas, creemos que pudo sobornarlas tal y como hizo en el pasado con las de Marco Antonio³⁰⁸². En cuanto a las legiones veteranas, sí que disponemos de más información. Estas, según Dion Casio (46.53.3), fueron «acosadas» por Marco Antonio y Lépido y, además, fueron «alentadas» por sus compañeras³⁰⁸³. Por último, desertaron las tropas auxiliares³⁰⁸⁴.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: O bien no pudo, o bien no supo, pero, en ningún momento del incidente, Décimo Junio Bruto Albino aplicó ningún medio de detección, control y/o represión capaz de evitar la desertión de sus hombres y de mantener su lealtad. Seguramente, dadas las dificultades en las que él y su ejército se encontraban, ni Octaviano ni Marco Antonio tuvieron serios problemas en ganarse la confianza de las tropas de su rival. Igualmente, creemos que Décimo Junio tampoco contó con el respaldo de sus principales oficiales, pues no tenemos constancia de que ninguno de ellos intentara hacer algo por retener a las legiones ni que permanecieran a su lado tras la desertión del ejército. Esto, sin lugar a dudas, condenó a Décimo Junio y evitó cualquier tipo de intervención. Tras la desertión de la mayoría del ejército, sólo un cuerpo escogido de trescientos jinetes galos permaneció a su lado³⁰⁸⁵.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Los soldados de Décimo Junio Bruto Albino no encontraron inconvenientes para desertar de su lado y pasarse al bando rival. Octaviano y Marco Antonio los incorporaron a sus correspondientes ejércitos y ningún soldado fue castigado por abandonar a su anterior general³⁰⁸⁶.

CONSECUENCIAS: Privado de su ejército, Décimo Junio Bruto Albino encontró la muerte durante su desesperada huida³⁰⁸⁷. La muerte de Décimo Junio, reforzó la posición de los cesarianos en Italia y permitió que sus principales líderes se reunieran en

³⁰⁸⁰ App. BC 3.97.

³⁰⁸¹ D.C. 46.53.3.

³⁰⁸² *Vid. supra*.

³⁰⁸³ Probablemente, más allá de las presiones de uno y otro comandante, los soldados veteranos pudieron preferir pasarse al lado de un comandante más experimentado como Marco Antonio. Cf. App. BC 3.97.

³⁰⁸⁴ App. BC 3.97.

³⁰⁸⁵ Poco después, el número se redujo a diez (App. BC 3.97).

³⁰⁸⁶ App. BC 3.97; D.C. 46.53.3.

³⁰⁸⁷ Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. BC 3.98; D.C. 46.53.3.

Bolonia. El resultado de esta entrevista fue la instauración del Triunvirato, en noviembre del 43 a. C.³⁰⁸⁸

COMENTARIO: Si en virtud de los antiguos decretos del Senado Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino lograron hacerse con el control de todas las provincias y de todos los ejércitos desde el Adriático hasta el Oriente³⁰⁸⁹, así como con el favor de las legiones de otros comandantes rivales, como Publio Vatinio, Cayo Antonio, Quinto Cecilio Baso, Lucio Estayo Murco y Quinto Marcio Crispo³⁰⁹⁰; en esta ocasión fue el consulado de Octaviano lo que aceleró la caída de Décimo Junio Bruto Albino. Una vez más, lo que ocurría en Roma tenía su eco en el ejército, siendo el elemento político determinante en el análisis de la presente insurrección. Sin embargo, no debemos pasar por alto un detalle de enorme importancia. Y es que, pese a que la situación de Décimo Junio empeoró considerablemente desde la marcha del futuro Augusto sobre la *Vrbs*, y que su autoridad pasó a ser cuestionada, los problemas en el interior de su ejército no vieron la luz hasta que Octaviano y Marco Antonio intervinieron. Es cierto que las tropas no pasaban por su mejor momento y que la relación con su comandante, probablemente, se vio afectada por los nuevos acontecimientos; pero, sin embargo, no es menos cierto que, a pesar de que la coyuntura política les favorecía, no se atrevieron a desertar hasta que desde fuera se les confirmó la posibilidad de hacerlo. Dicho con otras palabras, hasta que no tuvieron el respaldo de Octaviano y Marco Antonio y la seguridad de que podrían abandonar sin riesgo a su comandante ninguna de las diez legiones se arriesgó a cambiar de bando. Esta circunstancia nos desvela que las tropas no estaban lo suficientemente organizadas como para aventurarse a dar el paso en solitario y que necesitaron, por consiguiente, de un estímulo externo que hiciera de detonante de su insurrección.

3.16.9. Apolonia, provincia de Macedonia, marzo del 43 – principios del 42 a. C.

«[Cayo Antonio] incitaba a los soldados de [Marco Junio] Bruto a cambiarse de bando. Al ser descubierto en esta labor antes de causar un gran daño, fue despojado de las insignias de pretor y puesto en libertad vigilada, sin estar encerrado, para que no revolucionara al ejército; pero ni aun así se entregó a la inactividad, sino que soliviantó al ejército más que antes, hasta el punto de que algunos soldados llegaron a las manos entre ellos y otros marcharon a Apolonia con la idea de rescatar a (Gayo) Antonio»³⁰⁹¹.

SITUACIÓN PREVIA: Para la siguiente insurrección, recuperamos la pista de Cayo Antonio, hermano del ahora triunviro. Como ya explicamos en su momento, a

³⁰⁸⁸ Sancionado por la *lex Titia*, el mal llamado “Segundo Triunvirato” se estableció para cinco años, desde el 23 de noviembre del 43 al 31 de diciembre del 38 a. C. Más adelante, fue renovado por otros cinco años más (App. *BC* 4.7; D.C. 48.54.6). Cf. Para más información sobre la constitución del Triunvirato, *vid.* Liv. 120; Vell. 2.65.1-2; Plu. *Ant.* 19.1-2; *Brut.* 27.6; Suet. *Aug.* 13.1; App. *BC* 4.2-3; D.C. 46.54-56.

³⁰⁸⁹ App. *BC* 3.63; 4.58.

³⁰⁹⁰ *Vid. supra.*

³⁰⁹¹ D.C. 47.23.1-2.

comienzos del 43 a. C., el ejército de Cayo Antonio desertó de su mando y se pasó al lado de Marco Junio Bruto³⁰⁹², quien, por aquel entonces, disfrutaba de la protección del Senado y quien, junto a Cayo Casio Longino, tenía derecho, según decreto senatorial, a reivindicar el control de todas las provincias y de todos los ejércitos romanos desde el Adriático hasta el Oriente³⁰⁹³. Tras ser abandonado por su ejército, Cayo Antonio fue capturado por el cesaricida, quien lo mantuvo prisionero en Apolonia hasta comienzos del 42 a. C., momento en el cual fue asesinado, presuntamente, por orden de su captor³⁰⁹⁴. A lo largo de su cautiverio³⁰⁹⁵, Cayo Antonio conspiró e incitó a una parte indeterminada de los soldados de la guarnición de Apolonia para que traicionaran a su comandante, se cambiaran de bando y lo sacaran de prisión³⁰⁹⁶.

CAUSAS: Tres fueron las posibles causas detrás del intento de amotinamiento de una parte del ejército de Marco Junio Bruto³⁰⁹⁷: políticas, personales y económicas. Aunque Bruto disfrutaba de una fuerte posición, tenía el control de la provincia de Macedonia, contaba con el apoyo de la población local y tenía bajo su mando a, por lo menos, ocho legiones³⁰⁹⁸, los últimos acontecimientos políticos crearon el pretexto para que una parte indeterminada de su ejército intentara congratularse con los nuevos líderes de Roma por medio de la liberación de Cayo Antonio. Con el consulado de Octaviano y, especialmente, con la constitución del Triunvirato, la situación de Bruto empeoró y, junto con Cayo Casio Longino, pasó a ser uno de los objetivos de los triunviros³⁰⁹⁹. Ante tal situación, los soldados, conscientes de que Bruto ya no contaba con el respaldo del Senado, y de que, por lo tanto, corrían el riesgo de caer en desgracia al igual que su general, pudieron ver en Cayo Antonio una salida a su actual situación³¹⁰⁰. Si, además de abandonar a uno de los responsables de la muerte de César, liberaban al hermano de uno de los triunviros, los soldados de Bruto tendrían garantizado su perdón y los

³⁰⁹² Liv. 118, 121; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 25-26; App. *BC* 3.79; 4.75; D.C. 47.21-25.

³⁰⁹³ App. *BC* 3.63; 4.58.

³⁰⁹⁴ Liv. 121; Plu. *Brut.* 26.6-7, 28.1; App. *BC* 3.79; D.C. 47.21.7, 23.2, 24.2, 4.

³⁰⁹⁵ Entre marzo del 43, momento en el cual Marco Junio Bruto se hizo con la legión de Cayo Antonio e hizo prisionero a este último (*vid. supra*), e inicios del 42 a. C., momento en el que Cayo Antonio fue, finalmente, asesinado, hubo varios intentos de sedición en el ejército del cesaricida. Gracias a Cicerón (*ad. Brut.* 14.1.2.3), sabemos que el primer intento de amotinamiento tuvo lugar en algún momento indeterminado entre marzo y mayo del 43 a. C. (probablemente, entre finales de abril y comienzos de mayo), ya que, en una carta fechada a finales de mayo, el Arpinate ya estaba al corriente de las maniobras subversivas de Cayo Antonio. Sin embargo, cuando más se intensificaron los problemas en el ejército de Marco Junio Bruto fue en los últimos meses, una vez que el control de Roma ya había cambiado de manos (Plu. *Brut.* 27-28.1; D.C. 47.23-25).

³⁰⁹⁶ Cic. *ad. Brut.* 14.1.2.3; Liv. 121; Plut. *Brut.* 26.6-8, 28.1; App. *BC* 3.79; D.C. 47.22.4-25.

³⁰⁹⁷ De acuerdo con Cicerón (*ad. Brut.* 14.1.2.3), la insurrección se habría originado en la legión *XIII*: «En cuanto a lo que me escribes sobre la sedición que ha tenido lugar en tu legión decimocuarta por un engaño de Cayo Antonio [...]». Dicho esto, desconocemos cuántas unidades más (si es que hubo alguna otra) se acabaron sumando, a lo largo de los meses, a la conspiración.

³⁰⁹⁸ App. *BC* 3.79; 4.75. Estas unidades, no obstante, tenían una composición muy heterogénea. Según Apiano (*BC* 4.75), la mayoría habían servido en el pasado a Cayo Julio César, en particular las cuatro legiones que Bruto había incorporado de los ejércitos de Publio Vatinio y Cayo Antonio. Otras dos legiones estaban formadas, esencialmente, por antiguos pompeyanos (Plu. *Brut.* 25.1; D.C. 47.21.3); y las dos últimas habían sido reclutadas de entre los macedonios, a las cuales «entrenó a la usanza italiana» (App. *BC* 3.79; 4.75).

³⁰⁹⁹ App. *BC* 4.3; D.C. 47.1-19.

³¹⁰⁰ D.C. 47.24.1-2.

antiguos hombres de Cayo Antonio podrían expiar su traición³¹⁰¹. Finalmente, la liberación de Cayo Antonio les permitiría confirmar todas las recompensas y privilegios que habían obtenido hasta la fecha, y cobrar, asimismo, todos los sobornos y las promesas que aquel les había hecho durante su cautiverio³¹⁰².

OBJETIVOS: Si bien la liberación de Cayo Antonio pudo ser uno de los propósitos de los soldados, este no fue, ni mucho menos, el principal. A las tropas sólo les importaba el bienestar de Cayo Antonio, en tanto que era el hermano de Marco Antonio y les interesaba llevarse bien con él, por lo que su intento de rescate no debe ser interpretado como un fin en sí mismo, sino como un medio con el que alcanzar su principal objetivo, que no era otro que congraciarse con el triunviro, habida cuenta de que era la forma más rápida de garantizar su seguridad personal y de confirmar todas sus bonificaciones materiales.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Intentos de amotinamiento y de rescate de Cayo Antonio por parte de un número desconocido de soldados del ejército de Marco Junio Bruto³¹⁰³. La insurrección fue violenta, hasta el punto de que, conforme a Dion Casio (47.23.2), «algunos soldados llegaron a las manos entre ellos y otros marcharon a Apolonia con la idea de rescatar a (Cayo) Antonio»; y, tal y como explicaremos a continuación, estuvo organizada.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La insurrección fue orquestada y dirigida por Cayo Antonio, quien, desde su cautiverio, instigó, en repetidas ocasiones, el amotinamiento del ejército de Marco Junio Bruto e intentó liberarse de su encarcelamiento³¹⁰⁴. Para tal fin, se comunicó, de acuerdo con Dion Casio (47.23.3), por cartas, y, según Plutarco (*Brut.* 26.7), a través de «conversaciones secretas». En todo caso, se sirvió de sobornos³¹⁰⁵ y se apoyó, fundamentalmente, en sus antiguos oficiales y hombres de confianza, en concreto, en su cuestor y sus lugartenientes³¹⁰⁶. A través de estos personajes, Cayo Antonio incitó «a los soldados de Bruto a que cambiasen de bando» y «soliviantó al ejército»³¹⁰⁷. Sobre el particular, creemos que buscó, ante todo, hacerse con los servicios de las legiones de Vatinius y recuperar, por otro lado, el apoyo de sus antiguos hombres, pues, como antiguos cesarianos y miembros de su ejército, respectivamente, tendría más facilidades de ganarse su lealtad. Igualmente, no descartamos la participación de otros colectivos no cesarianos, e, incluso, anticesarianos, que, tras el cambio político de la capital, quisieran pasarse al lado de los triunviros por mediación de Cayo Antonio.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Tras descubrir las maquinaciones de Cayo Antonio, Marco Junio Bruto despojó a su prisionero de las insignias de pretor y

³¹⁰¹ Plu. *Brut.* 26.7; D.C. 47.23.2-4.

³¹⁰² App. *BC* 3.79; D.C. 47.23.1-2.

³¹⁰³ Cic. *ad. Brut.* 14.1.2.3; Plu. *Brut.* 26.6-8; App. *BC* 3.79; D.C. 47.22.4-24. Paralelamente a la acción de los hombres de Marco Junio Bruto, hubo otras tentativas de liberar a Cayo Antonio. En concreto, destacamos la conspiración promovida por Lucio Gelio Publícola (cos. 36 a. C.) y los intentos de Marco Antonio (D.C. 47.24.3). Todas fracasaron. Para más información sobre el episodio, *vid.* Brice, 2020d: 255.

³¹⁰⁴ Cic. *ad. Brut.* 14.1.2.3; Plu. *Brut.* 26.7; App. *BC* 3.79; D.C. 47.22.4-23.2. *Cf.* Brice, 2020d: 255.

³¹⁰⁵ App. *BC* 3.79.

³¹⁰⁶ D.C. 47.23.4.

³¹⁰⁷ D.C. 47.23.1-2.

lo puso en libertad vigilada³¹⁰⁸. El objetivo de esta decisión era, por un lado, degradarle y arrebatárle la dignidad de su antiguo cargo³¹⁰⁹, y que así los soldados no lo vieran como un prisionero político y como una alternativa a su mando, sino como un cautivo de guerra más; y, por el otro, estrechar su vigilancia y controlar sus movimientos, para detectar así cuáles eran sus contactos y actuar sobre ellos. A continuación, como la actividad subversiva de Cayo Antonio, lejos de cesar, se incrementó, Bruto decidió sacarlo fuera de la ciudad, para impedir que los soldados marcharan sobre ella y que la terminaran tomando con el pretexto de salvarle³¹¹⁰. Posteriormente, intervino contra las tropas. Según Dion Casio (47.23.4), «de entre los que eran más audaces ejecutó a unos pocos y a los otros los apartó del ejército, y maniobró de tal modo con el resto de amotinados que consiguió que ellos mismos detuvieran y mataran a los que habían sido enviados [a rescatar a Cayo Antonio], como si fueran los responsables de la sedición»³¹¹¹. Más tarde, temiendo que los soldados se amotinaran y cambiaran de bando al calor de las nuevas llegadas desde Roma, decidió dejar a Cayo Antonio en Apolonia a cargo de un tal Cayo Clodio, y marchar al interior de Macedonia con el grueso del ejército, navegar hasta Asia y alejar a las tropas lo máximo posible de Italia, «para así tener al ejército sumiso»³¹¹². Sin embargo, como el peligro no cesó y continuaron las conspiraciones, así como los intentos de rescate³¹¹³, finalmente, ordenó matar a su prisionero³¹¹⁴. Acto seguido, temiendo que en Macedonia se produjera otra revuelta, aprovechando su ausencia y la reciente muerte de Cayo Antonio, regresó de inmediato y, con el propósito de afianzar su mando, consolidar la lealtad del ejército, y justificar y legitimar su posición, atacó a los besos, «con la intención de otorgarse el nombre y el título de *imperator*, en la idea de que así le iba a ser más fácil combatir contra César [Octaviano] y [Marco] Antonio»³¹¹⁵; e «imprimió en las monedas que acuñaba su propia imagen y también un gorro frigio y dos puñales»³¹¹⁶, poniendo así de manifiesto, además de por la leyenda, que, junto con [Cayo] Casio [Longino], liberaría a la patria»³¹¹⁷.

³¹⁰⁸ D.C. 47.23.2.

³¹⁰⁹ Tanto Plutarco (*Brut.* 26.6) como Apiano (*BC* 3.79) coinciden con Dion Casio (47.23.1) en afirmar que, hasta que Cayo Antonio no empezó a conspirar y a instigar el amotinamiento del ejército de Marco Junio Bruto, fue objeto de un trato honroso por parte de este último. Con total seguridad, Bruto mantuvo deliberadamente con vida a Cayo Antonio con el propósito de utilizarlo como moneda de cambio si en el futuro necesitaba negociar con su hermano Marco. Lamentablemente, el giro político de la capital, los intentos subversivos del prisionero, los asesinatos de Décimo Junio Bruto Albino y Marco Tulio Cicerón, y las conspiraciones y los intentos de rescatar a Cayo Antonio, hicieron que Bruto cambiara de decisión y ordenara matarlo (*Liv.* 121; *Plu. Brut.* 28.1; *App. BC* 3.79; D.C. 47.24.3-4).

³¹¹⁰ *Plu. Brut.* 26.7; D.C. 47.23.3. Cf. Brice, 2020d: 255.

³¹¹¹ Plutarco (*Brut.* 26.8) omite este pasaje y soluciona el episodio de manera pacífica. Cf. Brice, 2020d: 255, 263.

³¹¹² D.C. 47.24.1-2.

³¹¹³ D.C. 47.24.3.

³¹¹⁴ *Liv.* 121; *Plu. Brut.* 28.1; *App. BC* 3.79; D.C. 47.24.4.

³¹¹⁵ D.C. 47.25.2.

³¹¹⁶ El gorro frigio lo llevaban los esclavos manumitidos y simbolizada, por tanto, la libertad. Los dos puñales aluden a las armas que Bruto y Casio utilizaron para asesinar a César (*RRC* 508/3; *BMCR* East 68-70).

³¹¹⁷ D.C. 47.25.3. Cf. *RRC* 508/3; *BMCR* East 68-70.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Pese a que las maniobras de Cayo Antonio a punto estuvieron de arrebatarse a Bruto el control del ejército, este no llegó a perder nunca el control de la situación. En todo momento estuvo un paso por delante de su rival, llegando, incluso, a interceptar su correspondencia³¹¹⁸.

CONSECUENCIAS: Lejos de debilitar su posición, las medidas adoptadas por Marco Junio Bruto para contener, controlar y reprimir la insurrección, y, sobre todo, para justificar su posición frente a la facción cesariana, fortaleció su imagen y lo consagró como una alternativa real frente al Triunvirato³¹¹⁹.

COMENTARIO: Hasta el momento, la influencia del elemento político se ha visto, principalmente, en las causas detrás de la insurrección de las tropas, en la motivación de los soldados, o en la relación entre dos o más ejércitos romanos; no obstante, en este ejemplo se observa perfectamente bien en los medios empleados por Marco Junio Bruto para, por un lado, evitar el amotinamiento de las tropas, y, por el otro, garantizar la lealtad del ejército. Con el consulado de Octaviano y la constitución del Triunvirato, la posición de Bruto en Macedonia se vio seriamente comprometida, hasta el punto de que si no hubiera actuado con urgencia lo hubiera perdido todo como consecuencia de las artimañas de Cayo Antonio. A este respecto, Bruto tuvo que enfrentarse a dos frentes: a los intentos de sedición de su cautivo y a las noticias que llegaban desde Roma. Sin embargo, demostró poseer una gran capacidad de reacción. Consciente de su posición y de sus necesidades, Marco Junio Bruto comprendió que, lo primero de todo, necesitaba garantizar la lealtad de su ejército, así como de las poblaciones que seguían bajo su control, si quería tener alguna posibilidad frente a los triunviros. De esta forma, atacó a los besos, un pueblo muy belicoso de Tracia, para fortalecer su posición en la región, mantener a sus tropas activas y evitar su defección; y, en última instancia, acuñó su propia moneda, reivindicando su participación en el asesinato de César y su papel como salvador de la patria. Bajo este paraguas ideológico, Bruto se erigía como un *imperator* para sus tropas y como un libertador para el pueblo.

3.16.10. Filipos³¹²⁰, provincia de Macedonia, octubre del 42 a. C.³¹²¹

«Lo incordiaban también sus oficiales y lo exhortaban a aprovechar la codicia presente del ejército, que habría de llevar a cabo una acción brillante con rapidez [...]. [Marco Junio] Bruto se irritó, sobre todo, con estos, porque se trataba de sus oficiales, y se dolía de que, estando expuestos al mismo peligro que él, tomaran partido por la soldadesca con ligereza, la cual prefería una aventura dudosa y rápida a una victoria sin riesgo. No obstante, cedió para su propia perdición y la de aquellos»³¹²².

SITUACIÓN PREVIA: El enfrentamiento final entre cesarianos y cesaricidas tuvo lugar, en octubre del 42 a. C., en la llanura de Filipos. Necesitó dos combates el bando

³¹¹⁸ D.C. 47.23.3.

³¹¹⁹ D.C. 47.25.2-3.

³¹²⁰ Actual Xanthi (al noreste de Grecia).

³¹²¹ El episodio tuvo lugar entre el 3 y el 23 de octubre del 42 a. C.; es decir, entre la primera y la segunda batalla de Filipos.

³¹²² App. BC 4.124.

liderado por Octaviano y Marco Antonio para imponerse a los asesinos de César. En la primera batalla, Marco Junio Bruto se impuso con facilidad a las tropas de Octaviano, pero, sin embargo, Cayo Casio Longino fue derrotado por Marco Antonio³¹²³. Tras su derrota, Casio, convencido de que Bruto había corrido la misma suerte que él y también había sido derrotado por sus enemigos, decidió suicidarse, dejando a su compañero solo al frente de ambos ejércitos³¹²⁴. En los siguientes días, mientras que el bando cesariano rehacía sus filas, Bruto tuvo que hacer frente a los problemas de disciplina de su ejército³¹²⁵.

CAUSAS: Identificamos tres posibles razones detrás de la indisciplina de los efectivos de Marco Junio Bruto: militares, psicológicas y económicas. Militares: la muerte de Cayo Casio Longino dejó a Bruto como único comandante en jefe del ejército, hecho que, sin embargo, disgustó enormemente tanto a los hombres de Casio como a los soldados y oficiales de Bruto; los primeros por no adaptarse al cambio de general³¹²⁶, y los segundos por estar en contra de la estrategia de su comandante³¹²⁷. La supuesta falta de liderazgo que las fuentes clásicas atribuyen a Bruto³¹²⁸, suscitó la desconfianza del ejército³¹²⁹, los primeros episodios de indisciplina³¹³⁰ y las primeras desertiones³¹³¹. Esta situación originó que el cesaricida perdiera paulatinamente el control del ejército y que, además, no tuviera una buena relación con sus hombres³¹³², los cuales pudieron estar molestos por el trato de favor que su general tenía tanto con las tropas de Casio³¹³³ como con los antiguos soldados de César³¹³⁴. En consecuencia, la

³¹²³ Plu. *Brut.* 38-43; App. *BC* 4.108-114; D.C. 47.36-46.

³¹²⁴ Liv. 124; V. Max. 9.9.2; Vell. 2.70.2-3; Plu. *Ant.* 22.3; *Brut.* 43.4-8; *Caes.* 69.3; Flor. *Epit.* 2.17.12-13; App. *BC* 4.113, 119; D.C. 47.46.3-5; Oros. 6.18.16.

³¹²⁵ Sabemos que, antes de la primera batalla de Filipos, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino lograron reunir entre diecinueve y veinte legiones de infantería, además de un elevado número de tropas auxiliares (App. *BC* 4.88, 90, 99, 133). Sin embargo, desconocemos el número de efectivos con los que pudo contar Bruto antes de la segunda batalla, pues no disponemos de una relación de las bajas que tuvieron los cesaricidas durante el primer choque (cf. App. *BC* 4.112). Para más información, *vid.* Rodríguez, 2005a: 525-526.

³¹²⁶ Plu. *Brut.* 44.3-4; 45.3; 46.5.

³¹²⁷ App. *BC* 4.123-124.

³¹²⁸ Pese a la buena consideración que tenía Plutarco (*Brut.* 38.6) sobre Bruto, para otros autores, como Frontino (*Str.* 4.2.1) y Apiano (*BC* 4.123), el verdadero líder militar de los cesaricidas fue Casio. Según su opinión, su repentina muerte dejó a su ejército huérfano de un referente militar sólido justo antes de la batalla definitiva.

³¹²⁹ Plu. *Brut.* 46.5; App. *BC* 4.124.

³¹³⁰ Plu. *Brut.* 43.1; 44.6; 46.1; App. *BC* 4.123-124.

³¹³¹ Plu. *Brut.* 49.3; D.C. 47.48.2. Para otros ejemplos de desertión, *vid.* Plu. *Brut.* 39.9.

³¹³² App. *BC* 4.124.

³¹³³ Plu. *Brut.* 44.3-4; 45.3; D.C. 47.47.2.

³¹³⁴ Conforme a Apiano (*BC* 4.124), Bruto temía, sobre todo, «que el ejército, que había servido en otro tiempo bajo César, se irritara y desertara al enemigo Precisamente, por abrigar desde un principio esta sospecha, tanto él como Casio no les habían dado en ninguna ocasión a ellos un motivo de enojo contra sus personas». Para entender la cautela con la que los cesaricidas trataron a los antiguos soldados de César debemos recordar que, al menos, cuatro legiones de Bruto, las que habían pertenecido a Publio Vatinio y Cayo Antonio, habían servido en el pasado a César; y que Casio contaba con, por lo menos, otras seis, las que habían pertenecido a los procónsules Lucio Estayo Murco y Quinto Marcio Crispo. Asimismo, un porcentaje significativo de los soldados de las legiones que Casio arrebató a Quinto Cecilio Baso y Aulo Alieno también habían formado parte del ejército cesariano (*vid. supra*). En suma, una parte muy significativa del ejército cesaricida estaba compuesta por antiguos cesarianos, de ahí la deferencia que Casio y Bruto mostraron hacia ellos.

indisciplina se extendió a lo largo y ancho de todo el ejército, afectando, en último lugar, a las tropas auxiliares, las cuales también se acabaron enfrentando a Bruto³¹³⁵. Psicológicas: a pesar de que el ejército de Bruto partía con ventaja, pues «estaba provisto de todo lo necesario para una larga temporada e instalado en una buena posición, de manera que su campamento no sufriera el invierno y fuese difícil de atacar para los enemigos»³¹³⁶, y que los condicionantes físicos no supusieron un problema, ni mucho menos un motivo de malestar y descontento entre la soldadesca, la muerte de Casio provocó que una parte del ejército de Bruto —en particular la que había servido bajo el mando de su difunto compañero de armas³¹³⁷—, se encontrara totalmente desmoralizada y abatida³¹³⁸. La desconfianza hacia las habilidades de Bruto, las últimas deserciones y los rumores de nuevas defecciones³¹³⁹ provocaron que el desánimo y la frustración se apoderaran progresivamente del ánimo de los soldados³¹⁴⁰, y que estos, sugestionados, asimismo, por los prodigios y presagios desfavorables que rodearon a la campaña³¹⁴¹, empezaran a creer que los dioses los habían abandonado³¹⁴². Por si fuera poco, los soldados tuvieron que soportar los insultos y las provocaciones que, a modo de guerra psicológica, los cesarianos les proferían con objeto de desquiciarles y empujarles al combate³¹⁴³. Económicas: aunque las tropas de Casio y Bruto habían sido generosa y frecuentemente recompensadas en el pasado³¹⁴⁴, acababan de recibir una nueva bonificación económica³¹⁴⁵, y habían recibido numerosas promesas de gratificaciones futuras³¹⁴⁶, todas sus ganancias dependían, en última instancia, de su victoria final en la guerra. Por este motivo, los soldados presionaron y exigieron a su

³¹³⁵ Según Dion Casio (47.38.4-5), los auxiliares, disgustados por la espera, amenazaron a Bruto con abandonar el campamento si no les llevaba al combate.

³¹³⁶ Plu. *Brut.* 47.6.

³¹³⁷ Tras enterarse de la muerte de Casio, Bruto decidió enviar su cuerpo a Tasos, «para que las honras fúnebres no causaran un desorden entre sus tropas» (Plu. *Brut.* 44.2), y para evitar que el ejército «cayera en el duelo y en el desánimo si quedaba a la vista lo que había sucedido» (D.C. 47.47.1). No obstante, no consiguió evitar ni lo uno ni lo otro.

³¹³⁸ El sentimiento de derrota, no sólo hizo mella en el espíritu combativo de los hombres de Casio, sino que, de acuerdo con Plutarco (*Brut.* 45.3), los llegó a enfrentar a los soldados de Bruto.

³¹³⁹ Plu. *Brut.* 39.9; D.C. 47.38.4-5, 48.2.

³¹⁴⁰ Conforme a Plutarco (*Brut.* 49.8), los hombres de Casio, «temerosos por la anterior derrota, llenaron de desánimo y confusión a la mayor parte del ejército».

³¹⁴¹ Plu. *Brut.* 39.3-6; Flor. *Epit.* 2.17.6-9; App. *BC* 4.134; D.C. 47.40. En concreto, se destacan los prodigios relacionados con los *signa militaria*, y, en particular, los relacionados con el *aquila*, al considerar que pronosticaron la destrucción de los ejércitos de Casio y Bruto (Plu. *Brut.* 48.3-4; Flor. *Epit.* 2.17.6-7; App. *BC* 4.101, 128; D.C. 47.48.4).

³¹⁴² De acuerdo con Apiano (*Brut.* 39.3-6), los soldados de Casio y Bruto, como consecuencia de los presagios funestos que envolvieron al ejército, estaban «completamente acobardados». Cf. App. *BC* 4.131, 134. En este sentido, el impacto psicológico que los malos augurios tuvieron sobre las tropas de Marco Junio Bruto fue muy similar al que experimentaron los soldados de Marco Licinio Craso, en 53 a. C. (*vid. supra*).

³¹⁴³ App. *BC* 4.118, 122; D.C. 47.48.1.

³¹⁴⁴ Era tal la riqueza de los soldados de Bruto que, según Plutarco (*Brut.* 38.6), «de oro y plata gastados despreocupadamente eran la mayor parte de sus armas». Cf. Plu. *Brut.* 39.2.

³¹⁴⁵ Justo antes de la segunda batalla de Filipos, Bruto prometió a todo aquel que se comportara en el combate «dos ciudades para que las saquearan y tomaran botín: Tesalónica y Lacedemón» (Plu. *Brut.* 46.1). Cf. Plu. *Brut.* 44.3-4; App. *BC* 4.99-101, 118; D.C. 47.47.2.

³¹⁴⁶ Plu. *Brut.* 44.3-4. Cf. App. *BC* 4.90, 94, 96, 99, 100, 118.

comandante que atacara al ejército rival, al que, sin recursos y hambriento³¹⁴⁷, consideraban una presa fácil³¹⁴⁸.

OBJETIVOS: Para comprender qué objetivos persiguió el ejército de Bruto, debemos distinguir entre las motivaciones de los hombres de Casio, las reivindicaciones de los soldados de Bruto y los intereses de las tropas auxiliares, en vista de que estos tres grupos, en origen, tuvieron distintas reclamaciones. Desanimados por su reciente derrota y desalentados por el inesperado suicidio de su comandante, los hombres de Casio no tenían ni la moral ni la confianza necesarias para entrar de nuevo en combate, por lo que, en un principio, rechazaron la idea de enfrentarse de nuevo³¹⁴⁹. Sin embargo, este sentimiento cambió tras los esfuerzos de Bruto por mejorar su autoestima y comprar su lealtad³¹⁵⁰. Tras un breve periodo de duelo, en el que Bruto reforzó el ánimo de las tropas de Casio, estas cambiaron de motivación. En lugar de rehuir la batalla, buscaron el enfrentamiento directo, para de esta manera limpiar su nombre y vengar la muerte de su antiguo general³¹⁵¹; superar en honores a los soldados de Bruto, hacia quienes se había generado cierta envidia y recelo, por ser los únicos que habían vencido en el primer enfrentamiento³¹⁵²; y cobrar las recompensas prometidas por su actual general³¹⁵³. La posición de las tropas de Bruto fue mucho más estable a lo largo de todo el episodio, pues, al contrario que los soldados de Casio, mantuvieron el mismo objetivo hasta el final de la contienda, cuando, derrotadas por los triunviros, buscaron cambiarse de bando para salvar su vida y sus posesiones³¹⁵⁴. Hasta entonces, su principal motivación fue terminar con la campaña cuanto antes, confirmar todos los honores y recompensas recibidos, y enriquecerse con el botín de guerra³¹⁵⁵. La misma postura defendieron las tropas auxiliares. Conscientes de la delicada situación en la que se encontraba el ejército rival, rechazaron la estrategia de Bruto de rendir a los triunviros por el hambre, y exigieron entrar en combate. La oportunidad de enriquecerse y de saquear el campamento enemigo fueron sus principales motivaciones³¹⁵⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Indisciplina generalizada en el ejército de Marco Junio Bruto³¹⁵⁷. A lo largo del episodio, fueron varios los actos de indisciplina y los ejemplos de insurrección que protagonizaron las tropas bajo el mando de Bruto. Sabemos que hubo varios cambios de bando y que los rumores de desertión y las noticias de nuevas defecciones fueron una constante³¹⁵⁸. Sin embargo, ni las desertiones ni las defecciones fueron el mayor de los

³¹⁴⁷ Además de encontrarse en un terreno poco favorable en el que afrontar el invierno, el ejército de Marco Antonio y Octaviano sufría de hambre y carecía de un suministro constante y fluido de provisiones (Plu. Brut. 47.1-2; App. BC 4.86, 88, 108, 117-118, 122-123, 125-126, 129; D.C. 47.37.6, 47.4), así como de falta de liquidez (App. BC 4.96, 99; D.C. 47.47.4).

³¹⁴⁸ App. BC 4.124.

³¹⁴⁹ Plu. Brut. 46.5; 49.8; D.C. 47.47.1.

³¹⁵⁰ Plu. Brut. 44.3-4; 44.4; D.C. 47.47.2.

³¹⁵¹ Plu. Brut. 44.4.

³¹⁵² Plu. Brut. 45.3.

³¹⁵³ Plu. Brut. 45.3; App. BC 4.90, 94, 96, 99, 100, 118.

³¹⁵⁴ App. BC 4.131-135.

³¹⁵⁵ App. BC 4.123.

³¹⁵⁶ D.C. 47.38.4-5.

³¹⁵⁷ Sobre el particular, *vid.* Warry, 1995: 180-181; Keaveney, 2007: 50, 87; Brice, 2020d: 255, 261.

³¹⁵⁸ Plu. Brut. 39.9; 49.1-4; D.C. 47.38.4-5, 48.2.

problemas para Bruto, aunque sí un importante motivo de inestabilidad³¹⁵⁹. El principal desafío vino del ambiente de anarquía y malestar en el que se movieron las tropas. Si, desde el comienzo de la campaña, Bruto había tenido problemas para contener el espíritu sedicioso de sus hombres³¹⁶⁰, la muerte de Casio hizo que la indisciplina poco a poco se fuera extendiendo a todo el ejército³¹⁶¹. Con el paso del tiempo, la desobediencia fue a más³¹⁶², lo que provocó que tanto soldados como oficiales se terminaran enfrentando a su comandante, rechazaran sus órdenes y presionaran para que modificara su estrategia³¹⁶³. Pese a todo, las tropas no actuaron en ningún momento con violencia, y las quejas y las protestas se desarrollaron de manera incruenta³¹⁶⁴. De igual modo, tampoco actuaron de manera improvisada, demostrando poseer un nivel de organización que fue más allá de la propia batalla³¹⁶⁵. Finalmente, a la organización interna debemos añadir la injerencia externa, pues, tal y como explicaremos a continuación, los triunviros conspiraron para desestabilizar todavía más la autoridad de un Bruto cada vez más cuestionado.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Entre el final de la primera batalla de Filipos y la muerte de Casio, y el final de la segunda batalla y la derrota de Bruto, podemos identificar varios mecanismos de cohesión. En primer lugar, los soldados de Casio se cohesionaron en torno a la memoria de su comandante. Les unía su desconfianza en Bruto, se caracterizaron por su miedo a enfrentarse en una nueva batalla, y se distinguieron de las unidades de su nuevo comandante, a las que envidiaban y de las que recelaban³¹⁶⁶. Más tarde, una vez que Bruto se ganó su confianza, compró su lealtad y trabajó su autoestima, el sentimiento que aglutinó a estas tropas fue su deseo de vengar a Casio, demostrar su valía y enriquecerse en la guerra —aspecto, este último, que las niveló, al menos en cuanto a objetivos se refiere, a los hombres de Bruto y a las tropas auxiliares—. En segundo lugar, los soldados de Bruto se cohesionaron, por un lado, en torno al rechazo que la estrategia de su comandante les producía; y, por el otro, en torno a la creencia de que la derrota de Marco Antonio y Octaviano era inminente. En la misma línea, podemos situar a las tropas auxiliares, cuyo principal aglutinante fue el beneficio económico que esperaban obtener de la contienda. Más difícil lo tenemos a la hora de valorar el grado de participación que tuvieron los antiguos veteranos de César.

³¹⁵⁹ «Temiendo Bruto que, a causa de estas deserciones, la insubordinación fuera a más, decidió combatir contra ellos» (D.C. 47.48.2). Cf. Plu. Brut. 49.4.

³¹⁶⁰ A este respecto, parece que las tropas de Bruto, no sólo cuestionaron su estrategia de alargar la guerra hasta rendir por hambre al enemigo (App. BC 4.123), sino que, conforme a Plutarco (Brut. 43.1, 44.6, 46.1), protagonizaron varios episodios de indisciplina y desobediencia, como el que tuvo lugar durante la primera batalla de Filipos, cuando las tropas del cesaricida cargaron contra el enemigo «sin esperar la señal convenida y sin dirección», y cuando, más adelante, en lugar de acabar con los soldados de Octaviano, decidieron abandonar su persecución y «lanzarse al saqueo y al pillaje».

³¹⁶¹ De acuerdo con Plutarco (Brut. 46.5), los soldados de Casio «eran difíciles de manejar, envalentonados en el campamento por la anarquía y acobardados frente a los enemigos por la derrota». Cf. Plu. Brut. 44.2; 45.3; 49.8; App. BC 4.123-124; D.C. 47.38.4-5.

³¹⁶² Plu. Brut. 43.1; 44.6; 46.1.

³¹⁶³ Plu. Brut. 49.4; App. BC 4.123-125.

³¹⁶⁴ ««Vosotros quisisteis luchar, vosotros me obligasteis a luchar, cuando podía haber obtenido la victoria de otro modo»» (App. BC 4.125). Cf. App. BC 4.128.

³¹⁶⁵ A la muerte de Bruto, fueron capaces de coordinarse y enviar emisarios a Marco Antonio y Octaviano, de solicitar su perdón y planear el cambio de bando (App. BC 4.131, 135).

³¹⁶⁶ Plu. Brut. 44.3-4; 45.3; 46.5; 49.8.

Repartidos entre las legiones de Casio y Bruto, representaban un porcentaje muy alto del total de las fuerzas anticesarianas, por lo que contar con su respaldo y lealtad era de enorme importancia si se querían imponer en la guerra. Por esta razón, debido a su elevado número y a su veteranía, y a que eran un colectivo tan útil como peligroso, Casio y Bruto se esforzaron desde el principio por atraérselos a su lado, tal y como pudimos ver en las insurrecciones anteriores, y por no disgustarlos, ya que temían que terminaran desertando a su antiguo bando³¹⁶⁷. Sin embargo, ¿de qué modo pudieron los veteranos de César favorecer la insubordinación de los hombres de Bruto? Para contestar a esta pregunta, debemos hablar primero de los prisioneros cesarianos que, tras la primera batalla de Filipos, acabaron bajo la vigilancia de Bruto³¹⁶⁸. De acuerdo con Plutarco (*Brut.* 45.3-5) y Dion Casio (47.48.3), un número indeterminado, pero bastante numeroso, de soldados y esclavos cesarianos fueron capturados en el transcurso del primer enfrentamiento y puestos bajo la custodia de Bruto. Todo parece indicar que este grupo logró salvar de algún modo la vigilancia de sus captores y jugó un papel determinante en favor de los triunviros, ya sea mezclándose de «manera sospechosa» entre las tropas rivales³¹⁶⁹, ya sea ayudando a introducir en el campamento de Bruto «hojas de papiro en las que se incitaba a los soldados a pasarse a su bando y en las que se les hacía promesas en ese sentido»³¹⁷⁰. Sobre el particular, creemos que los prisioneros pudieron aprovechar la atmósfera de malestar y de descontento generalizado que se vivía en el campamento de Bruto, para contactar y mezclarse entre sus antiguos compañeros de armas y difundir la propaganda procesariana procedente del exterior del ejército³¹⁷¹. El objetivo de esta maniobra sería hacerse con la confianza de una parte de las tropas enemigas, para que, o bien presionaran a su comandante y le obligaran a cambiar de estrategia, o bien, directamente, desertaran y se cambiaran de bando³¹⁷².

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Pese a que los rumores de defección, los episodios de insurrección y las manifestaciones de protesta fueron, tal y como estamos viendo, una constante, no siempre se logró detectar y reprimir a tiempo la indisciplina del ejército. Y es que, aunque Bruto llegó a estar bien informado de lo que ocurría en el interior de su ejército, no siempre contó con los medios y los apoyos necesarios para enfrentarse a todos los problemas que le rodearon. Así, por ejemplo, tuvo serias dificultades para evitar los cambios de bando y enfrentarse a la deserción de sus tropas³¹⁷³. En tal sentido, aplicó, no obstante, una serie de medidas con las que logró —al menos en parte y durante un tiempo— contener el espíritu subversivo de sus hombres y retener la fidelidad de su ejército. La primera de ellas tuvo como objetivo comprar el afecto de los soldados de Casio. Al corriente de su estado de ánimo y de su falta de voluntad, Bruto «les prometió dos mil dracmas a cada uno en recompensa»³¹⁷⁴.

³¹⁶⁷ «Trataban de propiciarse a los soldados, en especial, a aquellos que habían servido bajo Cayo [Julio] César, no fuera a ser que alguno, ante la visión o el nombre homónimo del joven César [Octaviano], que estaba avanzando, cambiara de actitud» (App. *BC* 4.89). Cf. App. *BC* 4.98, 124.

³¹⁶⁸ Plu. *Brut.* 45.3-5; D.C. 47.48.3.

³¹⁶⁹ Plu. *Brut.* 45.4.

³¹⁷⁰ D.C. 47.48.1.

³¹⁷¹ Plu. *Brut.* 45.4; D.C. 47.48.1.

³¹⁷² Plu. *Brut.* 45.3-5; 46.5; 49.1-4; App. *BC* 4.122-125; D.C. 47.48.1-3, 49.1.

³¹⁷³ Plu. *Brut.* 39.9; 49.1-4; D.C. 47.38.4-5, 48.2.

³¹⁷⁴ Plu. *Brut.* 44.3; D.C. 47.47.2.

Del mismo modo actuó con sus hombres, a los que hizo nuevas promesas con tal de mantener alto su espíritu y evitar su cambio de bando³¹⁷⁵. En segundo lugar, actuó contra los prisioneros cesarianos. Conforme a Plutarco (*Brut.* 45.4-5) y Dion Casio (47.48.3), Bruto ejecutó a la mayoría de ellos, puesto que ni estaba en condiciones de controlar todos sus movimientos ni podía confiar en que no siguieran perturbando el orden y la estabilidad del ejército. En tercer lugar, sabemos que Bruto utilizó a su favor las delaciones, sospechas y denuncias que se filtraron, para afianzar la lealtad de determinados miembros de su ejército, como fue el caso de los hombres de Casio, de los veteranos de César y de los auxiliares³¹⁷⁶. Por último, se enfrentó, aunque sin éxito, a sus soldados, a quienes reprochó su comportamiento durante la primera batalla de Filipos, cuando atacaron «sin esperar a la señal convenida, de forma caótica y sin orden»³¹⁷⁷; y a quienes criticó su actual comportamiento, por haberse enfrentado a él y haberle obligado a cambiar de estrategia sólo para satisfacer sus ambiciones personales³¹⁷⁸. Sin embargo, el hecho de que la mayor parte del ejército estuviera en su contra, que parte del mismo no estuviera bajo su control, y que los oficiales le dieran la espalda y se posicionaran en favor de las tropas³¹⁷⁹, impidieron que Bruto contara con los suficientes apoyos con los que apaciguar el malestar del ejército, mantener la disciplina de sus tropas y reprimir las protestas de sus soldados.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Pese a que las tropas lograron vencer la resistencia de su comandante, cambiar su estrategia y forzar el enfrentamiento³¹⁸⁰, la batalla final fue un absoluto desastre. La derrota de Filipos significó el fracaso de las aspiraciones de los soldados de Bruto, pues muchos de ellos murieron durante el combate y el resto terminó solicitando el cambio de bando para salvar su vida³¹⁸¹.

CONSECUENCIAS: Forzado a entablar combate a pesar de sus reticencias, Marco Junio Bruto terminó siendo derrotado «más bien por causa de sus propias tropas, que por las de sus enemigos»³¹⁸². La indisciplina de sus hombres, no sólo ayudó a los triunviros a imponerse en el campo de batalla y a acabar con uno de los principales

³¹⁷⁵ Plu. *Brut.* 46.1; App. *BC* 4. 90, 94, 96, 99-101, 118.

³¹⁷⁶ Plu. *Brut.* 44.3-4; 46.5; 49.1; App. *BC* 4.124; D.C. 47.38.4-5, 47.2.

³¹⁷⁷ Plu. *Brut.* 46.1; App. *BC* 4.117.

³¹⁷⁸ App. *BC* 4.124-125, 128.

³¹⁷⁹ App. *BC* 4.124.

³¹⁸⁰ «Bruto fue forzado a abandonar su prudente política de demora para entablar combate con unos hombres agobiados por el hambre, a pesar de tener abundancia de provisiones y dominar el mar, así que sufrió la derrota más bien por causa de sus propias tropas, que por las de sus enemigos» (App. *BC* 4.134).

³¹⁸¹ Conforme a Apiano (*BC* 4.135), «el ejército de Bruto, al enterarse de su muerte, envió emisarios a Octaviano y a [Marco] Antonio, y alcanzaron el perdón y fueron repartidos entre los ejércitos de ambos». Nótese, en primer lugar, el grado de coordinación del ejército de Bruto, capaz de reunirse tras la derrota, formar una comisión y concertar con los triunviros su cambio de bando; y, en segundo lugar, cómo los triunviros decidieron dividir y repartir a las tropas recién incorporadas con el fin de debilitar su vínculo y evitar que en el futuro protagonizaran nuevas revueltas. Cf. Plu. *Brut.* 49-53; App. *BC* 4.128-138; D.C. 47.48-49.

³¹⁸² App. *BC* 4.134. La derrota de Filipos supuso, además, su posterior suicidio (Liv. 124; Vell. 2.70.4; Plu. *Ant.* 22.5; *Brut.* 52.6-8; *Caes.* 69.13-14; Flor. *Epit.* 2.17.14; App. *BC* 4.131; D.C. 47.49.1-2; Oros. 6.18.16).

responsables de la muerte de César³¹⁸³, sino que, además, permitió a los cesarianos hacerse con el favor de un nuevo ejército con el que aumentar sus efectivos³¹⁸⁴.

COMENTARIO: Tal y como hemos podido apreciar, nos encontramos ante una insurrección de gran complejidad, dada la multiplicidad de causas, la heterogeneidad de motivaciones y la variedad de grupos implicados. A pesar de su victoria sobre Octaviano, la muerte de Casio impidió a Bruto sacar ventaja de su éxito militar, dado que desde el inicio se vio superado ante el reto de incorporar a su ejército a los hombres de su difunto compañero de armas. Desmoralizados por la derrota y desanimados por la muerte de su comandante, las tropas de Casio no llegaron a reconocer a Bruto como su nuevo general³¹⁸⁵. Así, privados de un referente militar válido con el que identificarse, su estado de ánimo fluctuó entre el duelo y la autocompasión y la rebeldía³¹⁸⁶. Esta situación obligó a Bruto a actuar y a esforzarse por recuperar la moral de estas tropas, ya que de lo contrario temía que terminaran desertando o que contagiaran su apatía al resto del ejército³¹⁸⁷. Si bien las recompensas monetarias lo ayudaron a conseguir su objetivo³¹⁸⁸, lejos de resolverse sus problemas, estos acabaron multiplicándose. Dentro de su propio ejército la indisciplina se extendió a todas sus unidades, e incluso los auxiliares le amenazaron con abandonar la campaña e irse. Contrarios a su estrategia de rendir a los triunviros por el hambre, sus tropas le exigieron una mayor determinación y entrar en combate. En este punto de la historia, Bruto tuvo que hacer frente a una nueva amenaza: los antiguos veteranos de César. La llegada al campamento de Bruto de los prisioneros de la primera batalla de Filipos hizo saltar todas las armas, puesto que pronto se reconoció a este colectivo un carácter sedicioso. Se les acusó de conspirar y de mezclarse entre los soldados de Bruto y de difundir la propaganda subversiva que, procedente del exterior, se había filtrado en el interior del campamento³¹⁸⁹. Pese a que el descontento y la indisciplina estaban tan extendidos como para que cualquier unidad pudiera ser sospechosa de querer conspirar contra Bruto, fueron los antiguos veteranos de César los principales señalados, habida cuenta de que su pasado los hacía más susceptibles de confraternizar con los prisioneros y de extender las promesas de los triunviros entre las filas de Bruto³¹⁹⁰. Esta situación, sumado al incesante goteo de desertiones y a los rumores de nuevas defecciones, hizo que Bruto cambiara de estrategia y que cediera ante las presiones y las protestas de sus oficiales y soldados. Abandonado por los suyos, Bruto se enfrentó a una situación muy similar a la que vivió

³¹⁸³ App. BC 4.128-130.

³¹⁸⁴ «Se promulgó una amnistía para los vencidos, y los soldados en masa se pasaron al bando del vencedor» (D.C. 47.49.3). Según Apiano (BC 4.135), los triunviros pudieron incorporar a su ejército «alrededor de catorce mil hombres».

³¹⁸⁵ En palabras de Veleio Patérculo (2.72.2), «Casio fue mejor general mientras que Bruto era mejor como hombre, se prefería tener por amigo a Bruto y se temía más a Casio como enemigo; en uno era mayor la fuerza, en el otro, la virtud».

³¹⁸⁶ Plu. Brut. 44.3; 46.5.

³¹⁸⁷ Plu. Brut. 49.8.

³¹⁸⁸ Plu. Brut. 44.3-4.

³¹⁸⁹ Plu. Brut. 45.4; D.C. 47.48.1.

³¹⁹⁰ App. BC 4.89, 98, 124; D.C. 47.48.1.

Cneo Pompeyo Magno justo antes de la batalla de Farsalia³¹⁹¹. Al igual que él, se vio empujado a trabar combate contra un enemigo que, hambriento y debilitado, se encontraba en clara inferioridad. Así las cosas, las motivaciones y los intereses de los soldados fueron tan diversos como cambiantes. En función del estado de ánimo de las tropas, de las promesas de Bruto, de la impaciencia de los soldados y de la intrusión de los triunviros, la actitud, el comportamiento y las reivindicaciones de las tropas evolucionaron y se adaptaron a las circunstancias de cada momento. Mientras que los hombres de Casio pasaron del abatimiento a la desconfianza y del recelo a la venganza; los soldados de Bruto adoptaron progresivamente una postura cada vez más desafiante e indisciplinada. No obstante, ni los unos ni los otros perdieron de vista en ningún momento qué era lo mejor para sus intereses. Mientras que Bruto fue capaz de ofrecer a sus hombres cierta garantía de que podría velar por sus intereses y que cumpliría con todas sus promesas, la gran mayoría de los soldados —a excepción de los que desertaron y/o cambiaron de bando— se mantuvieron fieles a su comandante, pese a las protestas, las quejas y la presión que ejercieron; pero, sin embargo, una vez que fueron derrotados en combate, y que las tropas advirtieron que su general ya no podría asegurarles todas las recompensas prometidas, lo abandonaron a su suerte³¹⁹². Al tanto de los últimos movimientos políticos de la capital, las tropas sabían que los triunviros eran los actuales representantes del Estado romano, y que, por consiguiente, eran los únicos capaces de garantizarles todo aquello por lo que habían luchado. A partir de esta reflexión, el cambio de bando, sobre todo una vez que habían sido derrotados en la segunda batalla de Filipos, era la única opción válida si querían, además de conservar su vida, percibir todo aquello que se les debía.

3.16.11. Otras insurrecciones

«Y, viendo a la infantería entregada, intentaba retenerlos y llamarlos con él. Tras arrebatarse la enseña de uno de los abanderados que huía, [Cayo Casio Longino] la clavó a sus pies, pero ya no resistían con ánimo ni los que estaban formados a su lado. Así, obligado, se retiró con unos pocos a una colina desde donde se vigilaba la llanura»³¹⁹³.

Uno de los rasgos más característicos que tuvo el enfrentamiento entre cesarianos y cesaricidas fueron las maniobras subversivas que se dieron a lo largo del periodo. En lo que llevamos de análisis, hemos destacado los ardides utilizados por Octaviano para arrebatarse a Marco Antonio dos de sus legiones, la *Martia* y la *IIII*, y los esfuerzos del

³¹⁹¹ «[Bruto] cedió para su propia perdición y la de aquellos, y tan sólo les hizo el siguiente reproche: “Nos asemejamos a Pompeyo el Grande en la forma de llevar la guerra, no ejerciendo el mando, sino siendo más bien mandados”» (App. *BC* 4.124).

³¹⁹² Así nos explica Apiano (*BC* 4.131) la mutación que experimentó la lealtad de los hombres de Bruto cuando comprendieron que todo estaba perdido: «[Bruto] envió emisarios a sus oficiales [...], para tantear si estaban dispuestos a forzar el paso [...] y recuperar su propio campamento, que todavía se encontraba bajo la custodia de los suyos [...]. Estos [...], respondieron de modo indigno a su propio general que se preocupara por su seguridad personal, pues ellos habían tentado ya en numerosas ocasiones a la suerte y no iban a arrojar por la borda la última esperanza de reconciliación».

³¹⁹³ Plu. *Brut.* 43.2-4.

Senado por, no sólo justificar y legalizar los cambios de bando a favor de Octaviano y en contra de Marco Antonio, sino, también, por promover la indisciplina y fomentar la insurrección del ejército.

En la medida en que muchos líderes cesarianos se vieron deslegitimados y sin autoridad con la que sujetar a sus hombres, las intervenciones de Marco Tulio Cicerón y los decretos del Senado fueron determinantes para que los cesaricidas Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino consolidaran su posición y se hicieran cada vez con un ejército más grande.

Sin embargo, la situación no era muy diferente si eran los cesarianos los que tomaban ventaja en la guerra, o, directamente, se hacían con el gobierno de Roma, tal y como ocurrió, primero, con el consulado de Octaviano, y, después, con la constitución del Triunvirato. Del mismo modo que sus enemigos, alentaron, propiciaron y recompensaron la defección de las tropas rivales. Lo vimos con Décimo Junio Bruto Albino y lo volvimos a ver con Marco Junio Bruto. En ambos casos, a los problemas que uno y otro cesaricida tenía en el interior de su ejército, se sumó la intervención de Marco Antonio y Octaviano, quienes, por medio de sobornos y presiones, extendieron, todavía más, los desórdenes de cada ejército.

A este respecto, Cicerón nos ofrece dos nuevos ejemplos. Y es que, de acuerdo con el Arpinate, tanto Cayo Asinio Polión como Lucio Munacio Planco fueron víctimas de las mismas artimañas.

Según una carta de Cayo Asinio Polión, procónsul de la Hispania Ulterior, en marzo del 43 a. C. Marco Emilio Lépido lo presionó para que le traspasara la XXX legión³¹⁹⁴, una de las tres legiones que estaban bajo su mando³¹⁹⁵. En este caso, no se menciona que Marco Antonio, por aquel entonces en Módena sitiando a Décimo Junio Bruto Albino, hiciera nada en contra del procónsul; sin embargo, gracias a otra carta, fechada en junio del 43 a. C., sabemos que, de las tres legiones con la que seguía contando Polión, la XXVIII quedó «tan excitada» por las promesas de Marco Antonio que a duras penas la pudo retener bajo su *imperium*. De acuerdo con Polión, «Marco Antonio se había acercado a ella al comienzo de la guerra bajo la promesa de que el día que llegase al campamento le entregaría a cada soldado quinientos denarios, y en caso de victoria, las mismas recompensas que a sus propias legiones»³¹⁹⁶.

Frente a los intentos de insurrección de Marco Antonio y Lépido, Polión optó por implementar una serie de medidas con las que supervisar a sus hombres y evitar su amotinamiento. En primer lugar, con objeto de estrechar la vigilancia de sus soldados, controlar sus movimientos y reducir la probabilidad de que, si estallaba cualquier levantamiento, este se acabara extendiendo al resto del ejército, dividió a sus fuerzas, para evitar de este modo que todas las unidades de su ejército permanecieran unidas y

³¹⁹⁴ Cic. *Fam.* 368.10.31.4-5.

³¹⁹⁵ Junto a las dos legiones de veteranos de Cayo Julio César, la XXVIII y la XXX, Polión había reunido en Hispania una legión más, bien de reclutas, bien de veteranos allí establecidos (Cic. *Fam.* 368.10.31.4-5).

³¹⁹⁶ Cic. *Fam.* 415.10.32.4. Cf. Keppie, 1998: 104; Keaveney, 2007: 49, 86.

en un mismo emplazamiento³¹⁹⁷. En segundo lugar, controló la correspondencia de sus soldados, con la finalidad de que Marco Antonio no «incitara a las restantes legiones con cartas y promesas infinitas»; y rechazó las presiones de Lépido para que le traspasara sus unidades, evitando con ello toda injerencia externa. Por último, no dudo en aplicar la disciplina y castigó todo intento de desertión de sus soldados³¹⁹⁸.

Durante un tiempo, Cayo Asinio Polión consiguió superar las maquinaciones de los dos futuros triunviros, no «vendió» a su ejército, y logró mantener a sus tropas bajo su mando³¹⁹⁹. No obstante, una vez que en Roma la situación política cambió y Octaviano asumió el consulado, decidió pasarse, aparentemente por propia voluntad³²⁰⁰, al lado de Marco Antonio y Lépido³²⁰¹.

En marzo del 43 a. C., en las mismas fechas en las que Polión sufría las presiones de Marco Emilio Lépido, Lucio Munacio Planco, procónsul de la Galia Transalpina, se quejaba a Marco Tulio Cicerón de tener que «consolidar un ejército, a menudo inquieto por grandes recompensas, para que esperase pagos moderados de la República más que infinitos de una sola persona»³²⁰². Lejos de resolverse el problema, meses después, en junio del mismo año, Planco le confesó a Cicerón su deseo de que el Senado otorgara honores a sus soldados, no sólo porque creía que los merecían, sino porque consideraba que, frente a los constantes intentos de soborno que padecía, era la única forma de asegurar que sus tropas continuaran siendo fieles a la República, y de que él tuviera la capacidad y los medios necesarios con los que contener a sus hombres y evitar los «intentos de seducción» de Marco Antonio³²⁰³.

Ante los repetidos intentos de este último por comprar la voluntad de sus tropas y provocar el cambio de bando de su ejército, Lucio Munacio Planco prefirió resolver el problema a base de dinero. En lugar de seguir el ejemplo de Cayo Asinio Polión y reforzar la disciplina militar, prefirió demandar a Roma más recursos. Para el procónsul,

³¹⁹⁷ Gracias a esta maniobra, según le reconoció a Cicerón, Polión logró contener a sus tropas, a pesar de los levantamientos que protagonizaron algunas cohortes (Cic. *Fam.* 415.10.32.4).

³¹⁹⁸ Cic. *Fam.* 415.10.32.4-5.

³¹⁹⁹ Cic. *Fam.* 415.10.32.5.

³²⁰⁰ Pese al relato oficial, no sabemos hasta qué punto las presiones y los intentos de soborno hicieron mella en la voluntad de las tropas de Polión, y si estas terminaron presionando a su comandante para que se cambiara de bando, tal y como le sucedió a Marco Emilio Lépido cuando Marco Antonio intervino ante su ejército. De haber ocurrido de esta manera, la historia habría sido muy diferente, puesto que habrían sido los soldados, y no Polión, los que habrían organizado la unión entre ambos cesarianos.

³²⁰¹ Vell. 2.63.3; App. *BC* 3.97. Cf. Keaveney, 2007: 86.

³²⁰² Cic. *Fam.* 371.10.8.3. Entre marzo y julio del 43 a. C., Planco logró hacerse con un nutrido ejército formado por tres legiones de veteranos y una de reclutas (Cic. *Fam.* 390.10.15.3; 428.10.24.3), además de numerosas tropas auxiliares y un importante contingente de caballería (Cic. 371.10.8.6), y una quinta legión que, probablemente, la dejó de retén en la Galia Transalpina (Cic. *Fam.* 371.10.8.6). Este enorme volumen de efectivos hizo que los soldados de Planco, así como él mismo, fueran objeto de todo tipo de presiones e intentos de soborno. En particular, el episodio nos habla de los intentos llevados a cabo por Marco Antonio.

³²⁰³ Cic. *Fam.* 428.10.24.2; cf. Keppie, 1998: 104; Keaveney, 2007: 49, 86. En marzo, Planco ya había puesto de manifiesto lo difícil que le resultaba retener a sus hombres ante las cuantiosas promesas con las que Marco Antonio tentaba a sus soldados. Frente a los moderados pagos con los que la República premiaba su fidelidad, Planco demandó nuevos honores al Senado si quería seguir contando con su lealtad. De lo contrario, no podría asegurar que su ejército no se pasara al lado de Marco Antonio (Cic. *Fam.* 371.10.8.3).

era tal la corrupción a la que había llegado el ejército, que la única manera de neutralizar la amenaza de Marco Antonio y confirmar la lealtad de sus soldados era superando las promesas monetarias del futuro triunviro.

Al igual que ocurrió con Cayo Asinio Polión, una vez que Octaviano accedió al consulado y se produjo el viraje político del Senado, Planco, a instancias de Polión, se reconcilió con Marco Antonio y se pasó a su lado³²⁰⁴. Hasta ese momento, el procónsul fue capaz de conservar el favor de sus hombres³²⁰⁵.

No obstante, las presiones, los sobornos y los intentos de subversión no se redujeron a estos dos episodios, siendo varios los ejemplos que, repartidos por todo el orbe romano, nos brindó el periodo. Lamentablemente, en la mayoría de los casos la información disponible es muy limitada y tan sólo contamos con referencias indirectas, lo que nos impide realizar un análisis más serio. Así, por ejemplo, tenemos referencia de cómo Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino se hicieron a base de sobornos con un importante contingente de caballería que había sido enviado a Publio Cornelio Dolabela³²⁰⁶; del intento de Cayo Antonio por ganarse a las legiones de Publio Vatinio antes de que Bruto se hiciera con ellas y así enfrentarse al cesaricida con un ejército más grande³²⁰⁷; de cómo Marco Antonio intentó ganarse la voluntad de Publio, cuestor de Marco Junio Bruto, para que lo traicionara y se pasara a su lado³²⁰⁸; y del conflicto que se produjo en África entre Tito Sextio, gobernador del *Africa Nova*, y Quinto Cornificio, gobernador del *Africa Vetus*, y de cómo el primero causó la defección de parte de las tropas del segundo, como consecuencia de haberse negado a reconocer la autoridad de los triunviros y a entregar su provincia³²⁰⁹.

Algo parecido nos ocurre con el resto de ejemplos de desertión y cambios de bando que nos dejó el enfrentamiento entre los “herederos” de César y sus asesinos. Una vez más, la información con la que contamos es tremendamente escasa. De ahí que no podamos sacar muchas conclusiones de los casos identificados, pues, en la mayoría de las ocasiones, no contamos con los datos necesarios para reconstruir cada incidente, valorar las causas y las motivaciones que los provocaron, y determinar el grado de implicación del ejército.

La mayoría de los ejemplos detectados se concentraron en torno a los dos principales conflictos que tuvo el periodo: la guerra de Módena y la doble batalla de

³²⁰⁴ Vell. 2.63.3, 64.1; Plu. *Ant.* 18.7; App. *BC* 3.97.

³²⁰⁵ Como en el episodio anterior, no podemos valorar en qué medida las presiones y los intentos de soborno que padecieron las tropas de Planco pudieron propiciar el cambio de bando a favor de Marco Antonio, y si, por tanto, los soldados de aquel tuvieron un protagonismo más destacado del que se les ha reconocido en un principio. No obstante, y al igual que pasó con Polión, fue el giro político de la capital y la anulación de los decretos por los que se declaraban enemigos a Marco Antonio y Lépido lo que favoreció el entendimiento y que, finalmente, Planco acabara uniéndose a Marco Antonio.

³²⁰⁶ Plu. *Brut.* 25.1; D.C. 47.26.1.

³²⁰⁷ Plu. *Brut.* 25.3.

³²⁰⁸ App. *BC* 4.51.

³²⁰⁹ App. *BC* 4.53.

Filipos³²¹⁰. Durante el enfrentamiento entre Marco Antonio y Décimo Junio Bruto Albino, la participación de Octaviano y la implicación del Senado provocaron que muchos de los hombres del primero se pasaran al bando del Senado, como resultado, especialmente, de los decretos que se aprobaron contra su comandante. Sin embargo, también tenemos mención de tropas que, tras haber desertado del ejército de Marco Antonio al comienzo de la guerra, poco después, abandonaron a Octaviano para retornar a su antiguo bando³²¹¹. Por desgracia para Marco Antonio, esto no fue lo más frecuente, siendo lo habitual que sus tropas le abandonaran, como así pasó, sobre todo, tras su derrota, cuando las deserciones se multiplicaron³²¹².

Pero, sin lugar a dudas, fue en la campaña de Filipos donde más cambios de bando se produjeron. Salvo una referencia previa a la primera batalla, en la que Plutarco nos informa de la existencia de deserciones a favor de los triunviros y de acusaciones y sospechas de que podría haber más³²¹³, todos los demás ejemplos tuvieron lugar, o bien antes del segundo combate³²¹⁴, o bien al término del mismo, cuando la victoria de los triunviros precipitaron los cambios de bando tanto de soldados como de oficiales³²¹⁵.

Pero no todos los episodios de insurrección se redujeron a cambios de bando, deserciones, presiones y sobornos, habiendo también otros actos de indisciplina. De todos ellos, los más frecuentes fueron las quejas y las protestas de los soldados.

Tras la derrota de Módena, Marco Antonio se tuvo que aplicar a fondo para conservar a los soldados que le quedaban y que estos no le abandonaran como habían hecho otras unidades. Con este propósito, además de ofrecerles nuevas recompensas, reunió a sus tropas y las arengó. No obstante, lejos de reconfortarlas y animarlas, sabemos, según carta de Décimo Junio Bruto Albino a Cicerón, que una parte de su ejército, en concreto la que se había unido a él procedente del ejército de Publio Ventidio Baso, se enfrentó al futuro triunviro, exigiéndole a gritos permanecer en Italia y luchar allí, en lugar de atravesar los Alpes en busca de Lépido³²¹⁶.

³²¹⁰ Para otros ejemplos de deserción, *vid.* D.C. 47.21.4, en donde se comenta cómo Quinto Hortensio, antiguo gobernador de Macedonia, se pasó al lado de Marco Junio Bruto a comienzos del 43 a. C.; y *Cic. Fam.* 406.12.15.7; *App. BC* 5.4; D.C. 47.30.5; Keaveney, 2007: 73, 87, en donde se habla, por un lado, de la deserción que sufrió Publio Cornelio Dolabela, entre mayo y junio del 43 a. C., cuando se dirigía hacia Laodicea (actual Latakia, Siria), y, por el otro, del cambio de bando que se produjo tras el suicidio de Dolabela y la captura de Laodicea por parte de Cayo Casio Longino.

³²¹¹ Según Dion Casio (46.37.2), «los jinetes germanos, de los que César (Octavio) se había adueñado junto con los elefantes, se volvieron de nuevo con [Marco] Antonio».

³²¹² *App. BC* 3.80; D.C. 46.38.4, 41.5.

³²¹³ *Plu. Brut.* 39.9.

³²¹⁴ Si un tal Clodio, tráfuga del ejército cesariano, se pasó al bando de Bruto entre el primer y el segundo enfrentamiento (*Plu. Brut.* 47.8), poco después, un tal Camulato, «un gran soldado que había recibido muchos honores por su valor», abandonó a Bruto justo antes del enfrentamiento final (*Plu. Brut.* 49.3). Las deserciones tampoco pasaron desapercibidas para los auxiliares de uno y otro bando. Conforme a Dion Casio (47.48.2), «en el transcurso de esos días, algunos germanos desertaron para irse con Bruto y, a su vez, Amintas, el general del rey Deyótaro, y Rascipóride desertaron de Bruto para irse con ellos [con los triunviros]».

³²¹⁵ *App. BC* 5.3. Uno de los cambios de bando más sonados fue el de Marco Valerio Mesala Corvino. Según Apiano (*BC* 5.113), «este Mesala era el mismo al que los triunviros proscribieron en Roma y por cuya muerte se habían ofrecido públicamente dinero y libertad como recompensa. Más él huyó junto a Casio y Bruto, y después de la muerte de estos, entregó su flota a Marco Antonio en virtud de un pacto».

³²¹⁶ *Cic. Fam.* 388.11.13.3.

Este ejemplo nos podría hacer pensar que las tropas sólo exhibían su descaro y se mostraban insolentes con sus líderes militares si estos se encontraban en una situación de vulnerabilidad, como la que vivió Marco Antonio tras su derrota en Módena; pero, sin embargo, tenemos ejemplos de todo lo contrario. Pese a imponerse con gran facilidad a Publio Cornelio Dolabela, Cayo Casio Longino se tuvo que enfrentar inmediatamente después a la codicia de sus soldados. De acuerdo con Apiano (BC 4.64), se vio en la obligación de imponer a la ciudad de Tarso un tributo de mil quinientos talentos, para poder reunir los recursos necesarios con los que pagar a sus hombres³²¹⁷. En este caso, no le importó al ejército que su general llevara la delantera en la guerra, que acabara de provocar el suicidio de Dolabela y que, poco antes, se hubiera hecho con un enorme ejército a expensas de varios generales cesarianos. Las promesas con las que Casio compró a buena parte de estas legiones, ahora le fueron reclamadas por medio de la violencia.

Casio aprendió una valiosa lección, y es que, con la misma facilidad con la que se había hecho con los soldados de sus enemigos, los podría perder si no era capaz de cumplir con su palabra. Esto nos lleva a hablar de cómo se gestionó el mando de las legiones *Martia* y *III*. Si Octaviano no halló muchos problemas para ganarse su confianza y que desertaran a su lado, más dificultades encontró el bando del Senado cuando reclamó que ambas unidades fueran transferidas a Décimo Junio Bruto Albino. Terminada la guerra de Módena, al Senado, tal y como explicamos más arriba, no le interesó reforzar por mucho más tiempo la posición de Octaviano, de ahí que rechazara recompensarle con el consulado y que se le negara tanto a él como a sus hombres muchos de los honores que sí que recibieron Décimo Junio y sus soldados. Pues bien, otro de los planes del Senado, como ya explicamos en los acontecimientos previos a la marcha de Octaviano sobre Roma, fue arrebatarle las legiones *Martia* y *III*. Al corriente de su carácter sedicioso, el Senado creía que podría comprar su lealtad y transferir sin dificultad ambas legiones a Décimo Junio. Sin embargo, ambas unidades se negaron categóricamente a servir bajo las órdenes de cualquiera que hubiera sido responsable de la muerte de César, llegando a protagonizar varias protestas³²¹⁸.

Finalmente, hemos identificado dos últimos episodios de desobediencia. Ambos ejemplos tuvieron lugar durante la primera batalla de Filipos y afectaron al bando cesaricida. El primero de ellos sucedió al comienzo del combate y se produjo en las filas de Bruto. Conforme a Plutarco (*Brut.* 41.4), la mayoría de sus hombres «sin esperar, de un impulso y con un grito de guerra, se lanzó contra el enemigo». Las tropas se dejaron llevar por su ímpetu, desobedecieron a su comandante y cargaron contra las filas enemigas de manera improvisada y caótica³²¹⁹. Por suerte para Bruto, sus hombres se

³²¹⁷ «Ante la falta de recursos y la exigencia violenta del dinero por los soldados, [los ciudadanos de Tarso] vendieron el tesoro público en su totalidad y, después, acuñaron en moneda todos los objetos sagrados destinados a las procesiones y las ofrendas».

³²¹⁸ Cic. *Fam.* 399.11.19.1; 401.11.20; 413.11.14.2. Cf. Jal, 1962: 18; Keaveney, 2007: 49.

³²¹⁹ App. BC 4.110, 117. La temeridad de los hombres de Bruto nos recuerda a la imprudencia con la que los soldados de Cayo Julio César se batieron en Tapso, en 46 a. C. En ambos ejemplos, las tropas de uno y otro comandante desobedecieron a sus respectivos líderes y se lanzaron al combate sin su consentimiento (*vid. supra*).

impusieron a Octaviano y batieron sin problema a sus adversarios, pero el resultado podría haber sido muy diferente si el ejército del futuro Augusto hubiera sido capaz de rechazar su acometida.

No obstante, la indisciplina del ejército de Bruto fue más allá, y, en lugar de terminar definitivamente con las fuerzas de Octaviano, a las que acababan de derrotar, «pasando de largo, de lanzaron contra el campamento»³²²⁰. Olvidándose de rodear y envolver al enemigo, según Plutarco (*Brut.* 43.1), «se lanzaron rápidamente al saqueo y pillaje»³²²¹. Concluido el enfrentamiento, Bruto reunió a su ejército en una *contio*, recompensó a los soldados por haberse impuesto a Octaviano en la batalla y, «tras un pequeño reproche porque se habían lanzado sobre los enemigos sin esperar a la señal convenida, de forma caótica y sin orden, les prometió a los que se portaran bien en el combate dos ciudades para que las saquearan y tomaran botín, Tesalónica y Lacedemon»³²²². En este caso, la urgencia del siguiente combate, la necesidad de mantener la lealtad de su ejército y el miedo a perder la confianza de sus hombres, debido a los recientes rumores de nuevas defecciones, impidieron que Bruto restaurara la disciplina militar y castigara a sus soldados por su desobediencia.

Sin embargo, mucho peor le fueron las cosas a Cayo Casio Longino, víctima de nuestro último ejemplo de indisciplina. Si el ímpetu y la precipitación a punto estuvieron de costarle a Bruto la victoria, la cobardía fue lo que condenó a Casio a la derrota. En cuanto sus soldados se vieron rodeados por el ejército enemigo, tanto la caballería como la infantería huyeron del combate. Ni unos ni otros intentaron, según Plutarco, hacer frente a Marco Antonio. Mientras que la caballería huyó hacia el mar, la infantería se dio a la fuga³²²³. Desesperado, arrebató una enseña a uno de los portaestandartes que huía y, clavándola a sus pies, intentó en vano llamar a sus hombres y aguantar el ataque enemigo³²²⁴. De nada le sirvió a Casio, pues nadie obedeció a sus órdenes. Abandonado por los suyos, se vio, finalmente, obligado a retirarse. Poco después, creyendo que Bruto había corrido la misma suerte, se acabó suicidando.

³²²⁰ Plu. *Brut.* 41.6.

³²²¹ Según la opinión de Plutarco (*Brut.* 44.6), «si [Bruto] se hubiera servido de todas sus fuerzas para el combate y la mayoría de los soldados no hubiera descuidado a los enemigos por lanzarse contra las posesiones de esos mismos enemigos, se podría pensar que no hubiera quedado sin ser derrotada ni una parte de ellos». En este caso, la acción de los hombres de Bruto nos recuerda a lo que hicieron las tropas de Lucio Licinio Lúculo durante sus enfrentamientos contra Mitrídates VI. En lugar de terminar con sus enemigos, prefirieron abandonar la lucha y lanzarse a la rapiña de lo que los soldados iban abandonando en su huida (*vid. supra*).

³²²² Plu. *Brut.* 46.1. Cf. App. *BC* 4.117-118.

³²²³ Plu. *Brut.* 43.2-3.

³²²⁴ Plu. *Brut.* 43.3. Una vez más, observamos cómo los *signa militaria* fueron utilizados (aunque esta vez sin éxito) para imprimir valor en las tropas, cohesionar al ejército y devolver la disciplina a los soldados. La acción de Casio tiene varios precedentes en Sila y César. Mientras que el primero utilizó un estandarte para reprender la cobardía de sus hombres y llamarlos al orden durante su marcha sobre Roma, en 88 a. C. (App. *BC* 1.58), y para exhortar a sus soldados en Orcómeno, en 85 a. C. (Fron. *Str.* 2.8.12; Plu. *Sull.* 21.2; App. *Mith.* 49; Polyaen. 8.9.2); César hizo lo propio con el *aquila*, así como con otras enseñas, en Britania, en 55 a. C., en la Galia, en 54 a. C., y en Dirraquio, en 48 a. C. (Caes. *Gal.* 4.25; 5.37; Plu. *Caes.* 39.6; cf. Warry, 1995: 136; Keppie, 1998: 62; Fields, 2008: 35; McNab, 2010: 95). Para otros usos similares, *vid.* Plu. *Mar.* 23.5-6, cuando Quinto Lutacio Cátulo empleó el estandarte del águila para reconvertir la huida de su ejército en una retirada ordenada.

3.17. Guerra de Perugia

«Acudieron en oleadas sucesivas a Roma, jóvenes y ancianos, mujeres con sus hijos, al foro y a los templos, y se lamentaron diciendo que no habían cometido ninguna falta y que, sin embargo, a pesar de ser italianos, eran expulsados de sus tierras y de sus hogares como si hubieran sido conquistados en la guerra. Ante este espectáculo, los romanos se sumaron a la irritación de ellos y a sus lágrimas, en especial cuando reflexionaron sobre el hecho de que la guerra se había emprendido y las recompensas por la victoria habían sido otorgadas no en defensa del Estado, sino contra ellos mismos y para cambiar la forma de gobierno; y que las colonias fueron establecidas para que la democracia no levantara de nuevo la cabeza, pues se trataba de colonos establecidos por los gobernantes como mercenarios dispuestos a ejecutar lo que estos les mandasen»³²²⁵.

En 41 a. C., nos encontramos con una Roma sometida al bandidaje, y con una Italia arruinada, exhausta y hambrienta por las continuas guerras civiles³²²⁶; con una población civil fragmentada y dividida, y en pie de guerra contra las medidas impulsadas desde el Triunvirato³²²⁷; y con unos triunviros superados por los acontecimientos, rodeados de enemigos y sometidos a una situación de gran vulnerabilidad³²²⁸.

La victoria en la batalla de Filipos trajo como consecuencia la difícil tarea de premiar al ejército vencedor³²²⁹. Desde la formación del Triunvirato, Marco Antonio y Octaviano se habían encargado de arengar y motivar a sus tropas a base de futuras recompensas de dinero y tierra³²³⁰, y, justo antes de la batalla definitiva, les volvieron a prometer una elevada suma si se imponían a sus enemigos en el combate³²³¹. Para cumplir con su palabra, Octaviano y Marco Antonio se dividieron la tarea de hacerse con las tierras y los recursos monetarios necesarios y repartirlos entre sus hombres. Mientras que Octaviano marchó a Italia con la intención de distribuir a los veteranos

³²²⁵ App. BC 5.12.

³²²⁶ App. BC 5.18, 25. En buena medida, esto se debió a causa del bloqueo que ejercieron Sexto Pompeyo y Cneo Domicio Ahenobarbo sobre los mares Tirreno y Jónico, respectivamente (D.C. 48.7.4). Cf. App. BC 5.15.

³²²⁷ App. BC 5.12, 27; D.C. 48.6.2; 8.1-3.

³²²⁸ App. BC 5.15, 25-26; D.C. 48.7.4-5; 8.1-3.

³²²⁹ Conforme a Apiano (BC 5.5), el total de efectivos que debían ser recompensados era de «veintiocho legiones de infantería, que, junto con las tropas auxiliares, arrojan una cifra de más de ciento setenta mil hombres, además de la caballería y de otros diversos cuerpos de tropas». Una cifra sensiblemente inferior que la que arrojó el encuentro de Bolonia (noviembre del 43 a. C.), cuando, de acuerdo con el mismo autor, el número de legiones ascendía a cuarenta y tres (App. BC 4.3; 5.6). Cf. App. BC 5.3, para otras referencias sobre el número de tropas licenciadas.

³²³⁰ La principal de todas las promesas fue el colonato de dieciocho ciudades. Así, en opinión de Apiano (BC 4.3), «seleccionaron las ciudades más hermosas de Italia para el ejército». Cf. Plu. Brut. 46.2; Flor. Epit. 2.16.1; D.C. 47.14.4. Esta decisión, no obstante, contrarió a los habitantes de dichas poblaciones, por haber sido sus ciudades ofrecidas como premio a los soldados (App. BC 4.25). De este modo, no dudaron en colaborar con Sexto Pompeyo, proporcionándole hombres con los que combatir a los triunviros (App. BC 4.85). Este acercamiento tuvo lugar, en 43 a. C., y se mantuvo a la altura del 41-40 a. C., cuando, además, se unieron a Lucio Antonio y Fulvia (vid. infra).

³²³¹ Según Apiano (BC 4.120), prometieron «una recompensa adicional de cinco mil dracmas para cada soldado, cinco veces esa suma para cada centurión y a los tribunos militares el doble de los centuriones».

entre las colonias que previamente habían sido seleccionadas, Marco Antonio se dirigió a Oriente con el objetivo de recaudar los tributos con los que pagar a las tropas el dinero adeudado³²³².

No obstante, la misión no resultó nada fácil, sobre todo para Octaviano. En Italia, la tarea de asignar los soldados a las colonias y repartir entre ellos la tierra se topó con la férrea oposición de los habitantes de dichas ciudades. Mientras que los soldados exigieron las ciudades que les habían prometido como recompensas por su valor, los propietarios de esas tierras demandaron que la carga se repartiera entre toda Italia, que se hicieran lotes entre unas y otras ciudades, o que, en su defecto, se pagara el importe de la tierra a quienes la entregaran³²³³. Sin embargo, no había dinero ni con el que pagar el precio de la tierra a los campesinos ni con el que indemnizar a los propietarios de las mismas³²³⁴. Igualmente, tampoco se podía dilatar por mucho más tiempo el reparto de las tierras, pues se corría el riesgo de perder la lealtad del ejército³²³⁵.

Esta situación provocó todo tipo de disturbios³²³⁶. Conforme a Apiano (BC 5.13), «el ejército se lanzó con violencia sobre las tierras de la gente que estaba próxima a ellos, arrebatándoles más de las que les habían sido dadas y eligiendo las mejores. Y ni siquiera pusieron término a sus atropellos, a pesar de las amenazas de Octaviano y de los otros muchos presentes que les hizo»³²³⁷. La incapacidad del futuro Augusto para satisfacer a unos y a otros pronto fue aprovechada por sus enemigos.

Frente a Octaviano se posicionaron el cónsul Lucio Antonio, hermano del triunviro, y Fulvia, la mujer de Marco Antonio. Ambos bandos sabían que el reparto de tierras tenía un significado mucho mayor del de recompensar a las tropas por los servicios prestados. Quien asentara al ejército contaría con su total adhesión. De ahí que Lucio Antonio y Fulvia trataran de diferir el asentamiento de las colonias hasta el regreso de Marco Antonio, «con objeto de que no pareciera que todo era obra de Octaviano, y de que no se llevara él solo el agradecimiento, ni Antonio se viera privado del favor de los soldados»³²³⁸.

Desde el principio, ambos personajes se esforzaron por demostrar que actuaban en favor de los intereses de Marco Antonio y que este, además, aprobaba su comportamiento³²³⁹. Su objetivo era ganarse a toda costa el respaldo de los soldados del triunviro, pues era la única forma de poder enfrentarse con garantías a Octaviano. Por esta razón, hicieron todo lo posible por reforzar su vínculo con Marco Antonio y hacer

³²³² Liv. 125; Vell. 2.74.1; Brut. *Ant.* 23.1; App. BC 5.3-6; D.C. 48.2.2-3. Cf. Brice, 2014: 42, 50.

³²³³ App. BC 5.12. Cf. Warry, 1995: 181; Keppie, 1998: 107; Keaveney, 2007: 68; Brice, 2014: 102, 204.

³²³⁴ App. BC 5.12, 15. Cf. Keaveney, 2007: 68.

³²³⁵ App. BC 5.15. Cf. Chrissanthos, 1999: 138-141.

³²³⁶ Según Dion Casio (48.6.2-3), «hubo grandes tumultos y la situación se acercaba a un estado de guerra. Pues al comienzo, César [Octaviano] quitaba las tierras a los legítimos dueños, junto con los esclavos y los demás aparejos de labranza, y se las entregaba a los veteranos, por lo que aquellos que habían sido desposeídos de sus haciendas estaban terriblemente indignados con él». Para más información sobre los desórdenes provocados por las tropas, *vid.* Jal, 1962: 16-20; Gabba, 1975: 26, 75-76; Warry, 1995: 181; Keppie, 1998: 107; Keaveney, 2007: 50, 64, 67-68, 87, 90; Fields, 2008: 56; Brice, 2014: 42, 50, 102, 204; 2020d: 255-256, 265. Asimismo, para un análisis de lo ocurrido, *vid. infra* el apartado «Otras insurrecciones».

³²³⁷ Cf. Liv. 125; D.C. 48.8.1-2; Keaveney, 2007: 68.

³²³⁸ App. BC 5.14. Cf. Liv. 125; D.C. 48.6.1-2.

³²³⁹ D.C. 48.5.4, 6.5, 11.4.

ver a sus veteranos que actuaban en su representación. Para tal fin, Fulvia envió a las colonias de Marco Antonio a sus propios hijos para que los soldados reconocieran en ellos a su comandante y para limitar la ascendencia de Octaviano en el ejército; Lucio acusó a Octaviano ante el ejército de su hermano de traicionar a Marco Antonio, y reunió a partir de sus veteranos una guardia personal; y tanto Fulvia como Lucio exhortaron a las tropas a que lucharan por el legado de Marco Antonio y a que no permitieran que fuera desposeído por Octaviano de la gloria que merecía³²⁴⁰.

Con el propósito de contrarrestar todas estas medidas, Octaviano, además de comparecer ante los hombres de Marco Antonio y desmentir las palabras de Lucio y Fulvia, y de culpar a ambos personajes de promover la guerra y de poner en riesgo el reparto de tierras³²⁴¹, obsequió a las tropas «con muchas otras dádivas, tomándolas en préstamo de los templos» y toleró sus actos de violencia³²⁴².

Sin embargo, esto último sentó un gravísimo precedente al hacer creer a las tropas que todo les sería perdonado con tal de contar con su apoyo y lealtad. Así, el bando liderado por Lucio y Fulvia hizo lo propio y, «a fin de parecer que eran más favorables de lo que había sido Octaviano, permitieron a los soldados que cometieran atropellos todavía mayores»³²⁴³. La violencia escaló hasta límites insospechados y la guerra parecía cuestión de tiempo.

A esta realidad contribuyó decididamente el giro que Lucio Antonio dio a su estrategia. Creyendo que tendría más opciones de vencer si se apoyaba en los desposeídos, se puso de su parte, convirtiéndose en su líder. Junto a Lucio se posicionó, no sólo las ciudades que habían sido registradas para ser repartidas entre los soldados, sino la mayor parte de Italia³²⁴⁴. Por su parte, Octaviano consolidó el apoyo de la mayoría del ejército, el cual, preocupado por el cambio de actitud de Lucio, se acercó en masa al futuro Augusto³²⁴⁵. Con los bandos ya definidos, cada parte se afanó en los preparativos bélicos. Una vez más, la guerra se hizo realidad.

3.17.1. Alba, Italia, 41 a. C.

«Se produjo una sedición en dos de las legiones de Lucio [Antonio], en Alba, las cuales expulsaron a sus oficiales y se declararon en rebeldía. Octaviano y Lucio se apresuraron hacia ellas, pero Lucio se anticipó y logró retenerlas por medio de una fuerte suma de dinero y de grandes promesas»³²⁴⁶.

³²⁴⁰ Vell. 2.74.2-3; App. BC 5.14, 19.

³²⁴¹ App. BC 5.19.

³²⁴² «Por esta razón, el ejército polarizó hacia él sus sentimientos y se granjeó la mayor gratitud de los soldados, porque le atribuían la donación de tierras, ciudades, dinero y casas, y, de otro lado, porque se hizo acreedor de la condena por parte de aquellos que eran despojados, y porque pensaban que mantenía esta actitud violenta por complacer al ejército» (App. BC 5.13). Cf. App. BC 5.22; Keaveney, 2007: 68.

³²⁴³ App. BC 5.14.

³²⁴⁴ Liv. 125; Vell. 2.74.2; Flor. Epit. 2.16.2; App. BC 5.19, 27; D.C. 48.6.4. Cf. Warry, 1995: 181-182; Keppie, 1998: 107; Fields, 2008: 56.

³²⁴⁵ App. BC 5.19, 27; D.C. 48.12.3.

³²⁴⁶ App. BC 5.30.

SITUACIÓN PREVIA: Pese a los intentos del ejército por reconciliar a Octaviano y Lucio Antonio, y evitar la guerra³²⁴⁷, el enfrentamiento no se hizo esperar³²⁴⁸. Es entonces, justo al inicio de las hostilidades, cuando todavía no habían tenido la oportunidad de medir sus fuerzas, cuando el cónsul Lucio Antonio sufrió, en la localidad de Alba, la defección de dos de sus legiones³²⁴⁹.

CAUSAS: Identificamos cuatro posibles razones detrás de la insurrección de las unidades de Lucio Antonio: económicas, militares, psicológicas y políticas. Tradicionalmente, se ha dado una explicación de naturaleza económica para aclarar por qué las tropas intentaron abandonar a su general justo al comienzo de la guerra. La razón de este argumento se debe a que fue precisamente el dinero y la promesa de nuevas recompensas lo único que permitió al cónsul recuperar el control de sus soldados³²⁵⁰. Sin embargo, si algo hemos aprendido en lo que llevamos de análisis es que nada es lo que parece y que rara vez una insurrección fue motivada por una única causa. Por este motivo, debemos fijarnos en otros elementos si queremos hallar una explicación más completa de lo que pudo ocurrir. A este respecto, examinaremos, en primer lugar, la composición de las tropas, para, finalmente, comentar el contexto en el que tuvo lugar el incidente. De acuerdo con Apiano (*BC* 5.29), las legiones rebeldes, junto con el resto de efectivos bajo el mando de Lucio Antonio, habían sido recientemente reclutadas tras su acceso al consulado. Es decir, estamos ante tropas bisoñas y, probablemente, sin experiencia militar previa. Como ya vimos en el enfrentamiento entre silanos y cinnanos, a su regreso a Italia, en 83 a. C., Sila se enfrentó contra un ejército muy numeroso, pero compuesto en su mayoría por tropas recientemente reclutadas. Estas tropas, en el momento en el que se difundieron los rumores de la llegada del futuro dictador y de su intención de vengar todas las ofensas que había recibido de Cinna y Mario, expresaron sus dudas y temieron enfrentarse a un comandante que, además de gozar de una amplia experiencia militar, contaba con un poderoso ejército de soldados veteranos. El resultado fue la desertión y el cambio de bando de muchas de estas unidades, las cuales, ante la idea de enfrentarse a Sila,

³²⁴⁷ Nos referimos a los encuentros de Teano y Gabios. Según Apiano (*BC* 5.20-21, 23), tanto oficiales como soldados y veteranos de los ejércitos de Octaviano y Marco Antonio colaboraron y se pusieron de acuerdo con el objetivo de evitar el enfrentamiento entre el futuro Augusto y el hermano del triunviro. Sin embargo, para Dion Casio (48.10.2, 11.1-4, 12.1-3) la iniciativa no salió de los soldados, sino de Octaviano. Para más información sobre la iniciativa y la capacidad de movilización y coordinación que demostraron poseer las tropas en ambos encuentros, *vid.* Jal, 1962a: 19; Chrissanthos, 1999: 81-82; Keaveney, 2007: 50; Brice, 2020d: 259, 266.

³²⁴⁸ App. *BC* 5.29; D.C. 48.12.4.

³²⁴⁹ De acuerdo con Apiano (*BC* 5.24), «el ejército de Lucio estaba integrado por seis legiones de infantería, a las cuales había enrolado al acceder al consulado» (*cf.* Keppie, 1998: 107). Igualmente, tenía a su alcance las once legiones de Quinto Fufio Caleno, las cuales pertenecían a su hermano Marco Antonio (App. *BC* 5.24), en ese momento en Egipto junto a Cleopatra (App. *BC* 5.20; D.C. 48.28.1-2); intentó hacerse, tal y como hemos explicado más arriba, con la voluntad de los veteranos de su hermano (App. *BC* 5.14, 19, 21-22, 29; D.C. 48.6.1-2; 7.1-2); contaba con el favor de los italianos desposeídos y de los campesinos despojados de sus tierras (App. *BC* 5.19, 27; D.C. 48.8.1-3), así como con el apoyo de la mayor parte de la aristocracia romana (App. *BC* 5.29); y tenía de su lado a las ciudades que habían sido seleccionadas para ser entregadas a los soldados veteranos como recompensa por su victoria en Filipos (App. *BC* 5.3, 12, 22, 27; D.C. 48.2.2-3; 6.2).

³²⁵⁰ App. *BC* 5.30. *Cf.* Keaveney, 2007: 87.

preferieron abandonar a sus correspondientes mandos militares³²⁵¹. Del mismo modo, hemos visto cómo, en *Vesantio*, los oficiales más jóvenes y bisoños fueron los que más miedo y dudas tuvieron antes del enfrentamiento con Ariovisto, y los que más contribuyeron a aumentar el malestar del ejército; y cómo las legiones bisoñas de Décimo Junio Bruto Albino fueron las primeras en desertar de su lado cuando Marco Antonio y Octaviano las presionaron³²⁵². Por consiguiente, no podemos descartar la posibilidad de que las legiones de Lucio Antonio consideraran que se encontraban en una situación militar desfavorable, que tuvieran miedo de enfrentarse a Octaviano — dado que disponía de un ejército bien adiestrado³²⁵³ y que contaba con el apoyo de la mayoría de los veteranos³²⁵⁴—, y que quisieran evitar el enfrentamiento armado. A la misma conclusión llegamos si tenemos en cuenta el marco político en el que se desarrolló la insurrección. Desde la muerte de César, en 44 a. C., un porcentaje muy alto de las defecciones del ejército romano habían sido resultado de la influencia política de la capital. En función de quién gobernaba en Roma y del grado de implicación del Senado, las legiones de uno y otro bando se movilizaban a favor de una u otra facción. Pues bien, siendo que Octaviano, junto con Marco Antonio, eran los principales líderes políticos y militares de su tiempo, y que este último no se llegó a pronunciar en ningún momento a favor de su hermano Lucio, las legiones de este pudieron temer emprender una guerra contra una de las personalidades más fuertes e influyentes de su época. En tal caso, evitar el combate o cambiarse de bando eran las mejores opciones para los soldados del cónsul.

OBJETIVOS: Conforme a nuestro razonamiento, debemos superar la tradicional explicación económica y evitar, por tanto, reducir el interés de las tropas a una mera motivación material. De este modo, si bien es cierto que la defección se resolvió después de que Lucio sobornara a sus hombres, y que, por lo tanto, las legiones rebeldes pudieron buscar un beneficio material, la insurrección pudo ser utilizada, además de como un medio con el que presionar a su comandante y mejorar, no sólo su peculio, sino también sus condiciones de servicio, como una forma con la que salvar una situación militar adversa, evitar el enfrentamiento armado y/o cambiarse de bando.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Defección temporal de dos de las legiones del cónsul Lucio Antonio³²⁵⁵. La insurrección fue, probablemente, pacífica, pues no tenemos noticia de que los soldados utilizaran la violencia para salvar el control de sus oficiales³²⁵⁶, y, con toda seguridad, estuvo organizada.

³²⁵¹ *Vid. supra* las insurrecciones que tuvieron lugar en Ancona y Teano, en 84 y 83 a. C., respectivamente.

³²⁵² Para más información sobre ambos sucesos, *vid. supra*.

³²⁵³ Según Apiano (*BC* 5.20), Octaviano tenía «cuatro legiones en Capua, las cohortes pretorianas con él, y otras seis legiones que [Quinto] Salvidieno [Rufo] conducía desde Hispania».

³²⁵⁴ D.C. 48.12.3.

³²⁵⁵ App. *BC* 5.30. Para más información sobre el episodio, *vid.* Chrissanthos, 1999: 82-83; Keaveney, 2007: 87; Brice, 2020d: 256.

³²⁵⁶ De igual modo que se documentaron todos los actos de insumisión y violencia que protagonizaron los veteranos de Marco Antonio y Octaviano (Liv. 125; Suet. *Aug.* 14; App. *BC* 5.13-18; D.C. 48.9.1-5, 10.1), creemos que hubiera quedado constancia si los hombres de Lucio hubieran ejercido la violencia para zafarse de la vigilancia de sus oficiales.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Debido a que los soldados de ambas legiones se levantaron al unísono y expulsaron a la vez a sus respectivos oficiales, intuimos que la insurrección tuvo que estar previamente planificada y que los soldados, de un modo que, no obstante, desconocemos, se tuvieron que movilizar y coordinar a espaldas de sus principales cuadros de mando, quienes, con toda probabilidad, fueron leales a Lucio Antonio³²⁵⁷. Por lo demás, creemos que el principal aglutinante de los soldados pudo ser, o bien su deseo de presionar a su general para mejorar su actual situación económica y/o de servicio, o bien su deseo de evitar el enfrentamiento con Octaviano y/o a cambiarse de bando.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: No tenemos constancia de que los soldados hubieran expresado con anterioridad su descontento, por lo que, seguramente, tanto el malestar como la organización de las tropas pasaron desapercibidas tanto para Lucio como para sus oficiales. El desconocimiento de lo que ocurría en el interior del ejército, además de facilitar la comunicación de los soldados, pudo dificultar su represión; de ahí que los oficiales de Lucio fueran expulsados por las legiones rebeldes con aparente facilidad³²⁵⁸. Fuera de su control, la única medida que permitió a Lucio recuperar el mando del ejército y evitar su desertión fue comprar la fidelidad de sus hombres «por medio de una fuerte suma de dinero y de grandes promesas»³²⁵⁹.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Pese a que la sedición de las legiones de Lucio Antonio fue puntual y no tardaron mucho en retornar a su lado, durante el breve periodo de tiempo que duró su desobediencia, las tropas lograron expulsar satisfactoriamente a sus oficiales, escapar de los medios de control y/o represión del ejército, hacerse con el control de la situación, y mejorar su situación económica³²⁶⁰.

CONSECUENCIAS: Si bien Lucio Antonio no empezó de la mejor forma posible la guerra, ya que la insurrección de su ejército al comienzo de la campaña pudo haber afectado a sus opciones de victoria, la rapidez con la que contuvo la sedición de las tropas y evitó que su indisciplina se extendiera al resto del ejército, le permitió asegurar tanto su posición como su mando al presentarse como un general resolutivo y capaz de responder satisfactoriamente ante una situación desfavorable. De esta forma, lo que en un principio pudo haber dado ventaja a Octaviano, sobre todo si se hubiera hecho con el favor de las legiones rebeldes³²⁶¹, finalmente ayudó a Lucio a reforzar su autoridad. Inmediatamente después, fue capaz de dirigir a esas mismas tropas sobre Roma, expulsar a Marco Emilio Lépido de la capital y hacerse con el control de la ciudad³²⁶².

COMENTARIO: Del relato de Apiano se deduce que las tropas fueron las principales protagonistas, que se organizaron de manera independiente, y que, a diferencia de otros ejemplos, no contaron con la complicidad ni de centuriones ni de tribunos militares, los cuales, por el contrario, se posicionaron del lado de su general.

³²⁵⁷ App. BC 5.30.

³²⁵⁸ App. BC 5.30.

³²⁵⁹ App. BC 5.30. Cf. Keaveney, 2007: 87; Brice, 2020d: 256.

³²⁶⁰ App. BC 5.30.

³²⁶¹ Según Apiano (BC 5.30), Octaviano se apresuró hacia las dos legiones rebeldes tan pronto como se enteró de su sedición; pero, sin embargo, Lucio se adelantó al triunviro. Cf. Keaveney, 2007: 87.

³²⁶² Liv. 125; App. BC 5.30; D.C. 48.13.3-4.

Sin embargo, no podemos descartar una segunda interpretación. Junto a la versión oficial de Apiano, planteamos la posibilidad de que Octaviano estuviera detrás de la sedición de las dos legiones de Lucio Antonio. Aunque en el pasado ya hemos visto varios ejemplos en donde los soldados, sin necesidad de ayuda externa, se organizaron y levantaron al margen de sus mandos militares³²⁶³, no debemos olvidar que la mayor parte de las insurrecciones que tuvieron lugar bajo un contexto de guerra civil sufrieron algún tipo de injerencia externa. Pues bien, este porcentaje, no sólo aumentó en los últimos años, sino que, además, se hizo mucho más recurrente desde que apareció Octaviano. Y es que, el futuro Augusto tiene el cuestionable mérito de haber instigado, al menos, tres insurrecciones desde que llegó a Italia tras el asesinato de César. Si, en 44 a. C., infiltró a un número indeterminado de agentes de su confianza en el campamento de Marco Antonio para incentivar la desertión de sus legiones³²⁶⁴; en 43 a. C., sobornó a las legiones bisoñas de Décimo Junio Bruto Albino para que abandonaran a su comandante³²⁶⁵; y, en 42 a. C., introdujo propaganda subversiva en el campamento de Marco Junio Bruto para incitar a sus tropas a que, o bien presionaran a su general para que cambiara de estrategia y entrara en combate, o bien se pasaran a su bando³²⁶⁶. Y esto sólo es una pequeña muestra de lo que hizo más adelante³²⁶⁷. Con semejante historial levantisco, no es extraño que nos cuestionemos si la defección de las dos legiones de Lucio gozó de la autonomía que Apiano le reconoce. Sin embargo, el hecho de que Apiano, única fuente que recoge el incidente, no mencione su implicación, y que, por aquel entonces, Octaviano se encontrara cerca de Sentino³²⁶⁸, a más de doscientos kilómetros al norte de Alba, población en la que tuvo lugar el incidente, pone en duda nuestra hipótesis; por mucho que la distancia no fuera ningún inconveniente cuando Octaviano promovió los desórdenes en los ejércitos de Marco Antonio y Décimo Junio Bruto Albino. En cualquier caso, si bien no podemos atestiguar su participación en la revuelta, sí que podemos confirmar su influencia. Si reconocemos la versión de Apiano y aceptamos que Octaviano no llegó a contactar previamente con las legiones rebeldes de Lucio, que su levantamiento fue ajeno a su voluntad y que sólo intervino cuando, nada más enterarse de lo sucedido, intentó sin éxito hacerse con el control de ambas unidades³²⁶⁹, su presencia se dejó notar, no obstante, en la celeridad con la que Lucio Antonio intervino para sofocar el incidente. Al corriente de los subterfugios de su rival,

³²⁶³ Aunque son muchos los ejemplos en los que las tropas se organizaron y levantaron sin la necesidad de ayuda externa, son muchos menos los casos en los que la planificación de la insurrección recayó en exclusiva en los soldados, y no en centuriones, tribunos u otros oficiales. Algunos ejemplos son el motín contra Cayo Escibonio Curión de 75 a. C., y el levantamiento de la *VIII*, en 49 a. C. (*vid. supra*).

³²⁶⁴ App. *BC* 3.44; D.C. 45.12.1.

³²⁶⁵ D.C. 46.53.3.

³²⁶⁶ D.C. 47.48.1.

³²⁶⁷ En 36 a. C., consciente de los problemas que estaba teniendo Marco Emilio Lépido, se presentó en su campamento, sobornó a sus tropas y se sirvió de agentes infiltrados para alentar la desertión de su ejército (App. *BC* 5.124; D.C. 49.12.1-2); en el mismo año, no dudó en sobornar a sus propios soldados y de atraerse a sus líderes «de las formas más diversas», para asegurar su lealtad y combatir su desobediencia (App. *BC* 5.128-129); en 32 a. C., logró ganarse a todos los colonos que había asentado previamente Marco Antonio, «asustando a unos y sobornando a otros» (D.C. 50.6.3); y, en 31 a. C., poco antes de la batalla de Accio, intentó atraerse a la flota de Marco Antonio, «ya por propia voluntad, ya por la fuerza» (D.C. 50.12.1). Para más información sobre todos estos sucesos, *vid. infra*.

³²⁶⁸ Actual Sassoferrato (región de Las Marcas, centro de Italia).

³²⁶⁹ App. *BC* 5.30.

no se arriesgó a que este se aprovechara de los problemas de disciplina de su ejército y se hiciera, tal y como le pasó a su hermano Marco Antonio, en 44 a. C., con la lealtad de sus hombres. Así, en lugar de hacer uso de la fuerza y ejercer la violencia —lo que le hubiera hecho perder automáticamente el favor de su ejército en beneficio de Octaviano—, Lucio prefirió recuperar la confianza de sus hombres a base de dinero y promesas. En este caso, no cometió el mismo error que su hermano cuando intentó apaciguar a las legiones de Brindisi con una pequeña suma de dinero³²⁷⁰, sino que, tomando el consejo que Lucio Munacio Planco le dio a Cicerón, en 43 a. C., cuando le advirtió que la única manera de retener a su ejército era entregar a cada uno de sus soldados una suma mayor que la que estaban dispuestos a ofrecer sus contrarios, en clara referencia a las presiones que estaba sufriendo por parte de Marco Antonio y Lépido³²⁷¹, Lucio desembolsó una suma de dinero tan alta que ni siquiera Octaviano fue capaz de contrarrestar. De este modo, ya sea de forma directa, instigando desde fuera la insurrección, ya sea compitiendo con Lucio, intentando comprar el favor de su ejército, podemos afirmar que la sombra de Octaviano estuvo presente en la defección de Alba.

3.17.2. Perusia³²⁷², Italia, finales de febrero – principios de marzo del 40 a. C.

«El desánimo hizo presa en los hombres de Lucio [Antonio] y, como suele ocurrir en ocasiones tales, los guardianes relajaron la vigilancia y, en consecuencia, se produjeron las desertiones de muchos. Y no desertaban únicamente los soldados rasos, sino incluso algunos de los oficiales»³²⁷³.

SITUACIÓN PREVIA: La ventaja con la que Lucio Antonio había comenzado la guerra, una vez se sobrepuso de la defección de Alba y se hizo con el control de Roma, la perdió poco después cuando Quinto Salvidieno Rufo y Marco Vipsanio Agripa le cerraron el paso y le impidieron unirse a Cayo Asinio Polión y Publio Ventidio Baso³²⁷⁴. Rodeado por uno y otro flaco, Lucio decidió refugiarse en Perusia a la espera de la llegada de los ejércitos de Ventidio, Polión y Lucio Munacio Planco³²⁷⁵. Cercado por Octaviano, fue víctima de un durísimo asedio y del malestar de sus soldados³²⁷⁶.

CAUSAS: Advertimos cuatro posibles razones detrás del descontento y de la desertión de una parte del ejército del cónsul Lucio Antonio: militares, personales, psicológicas y económicas. Sitiados por un ejército más numeroso y mejor preparado³²⁷⁷, los soldados de Lucio fracasaron reiteradamente en todos sus intentos por

³²⁷⁰ Mientras que Octaviano había prometido quinientas dracmas (App. *BC* 3.31, 40, 42; D.C. 45.12.2-3), Marco Antonio sólo ofreció cien a sus soldados (App. *BC* 3.43; D.C. 45.13.2).

³²⁷¹ Cic. *Fam.* 371.10.8.3; 428.10.24.2.

³²⁷² Actual Perugia (región de Umbría, centro de Italia).

³²⁷³ Liv. 125; App. *BC* 5.38; D.C. 48.13.3-4.

³²⁷⁴ App. *BC* 5.30-31; D.C. 48.14.1.

³²⁷⁵ Vell. 2.74.3; App. *BC* 5.32-33; D.C. 48.14.1. Cf. Keppie, 1998: 107.

³²⁷⁶ Liv. 126; Vell. 2.74.3-4; Flor. *Epit.* 2.16.3; App. *BC* 5.32-49; D.C. 48.14; Eutr. 7.3.4.

³²⁷⁷ Conforme a Apiano (*BC* 5.32), «Lucio no presentó batalla a sus sitiadores, dado que eran mejores, más numerosos y perfectamente entrenados, mientras que la mayor parte de su ejército estaba compuesta

romper el cerco al que les había sometido Octaviano³²⁷⁸. Sin la posibilidad de derribar las defensas enemigas y forzar una salida, confiaron su salvación a sus aliados, quienes, sin embargo, incapaces de superar a las fuerzas de Salvidieno y Agripa, o bien se retiraron y huyeron, o bien fueron derrotados³²⁷⁹. Abandonados por Asinio, Ventidio y Planco, y frustrados por sus últimos fracasos, la desconfianza pronto se apoderó tanto de Lucio como de sus soldados. Pese al valor que habían demostrado en combate³²⁸⁰, Lucio desconfiaba de la capacidad militar de sus hombres, los cuales, recientemente reclutados, no poseían apenas experiencia militar previa³²⁸¹. Por su parte, las tropas rechazaban tanto la tibieza con la que su general estaba organizando la defensa de Perusia como la falta de iniciativa con la que había dirigido las salidas contra Octaviano³²⁸². Pero, sin embargo, si algo destacó por encima de las derrotas, de la sensación de abandono, de la fatiga del combate y de la falta de confianza, fue el hambre³²⁸³. Al borde de la inanición³²⁸⁴, la falta de provisiones lo determinó todo, desde la estrategia de Lucio hasta el comportamiento de los soldados, quienes, desesperados por su situación, no dudaron en presionar a su general para que ordenara atacar a Octaviano³²⁸⁵, y en enfrentarse a él ante su decisión de retirarse del combate³²⁸⁶. En último lugar, no debemos ignorar que, detrás de la deserción del ejército de Lucio Antonio, pudo haber una razón de naturaleza económica. Si bien la mayoría de sus

por tropas recién reclutadas». Cf. Brice, 2014: 204, para quien la veteranía de los soldados de Octaviano fue determinante en la victoria final.

³²⁷⁸ App. BC 5.34-37; D.C. 48.14.1-3.

³²⁷⁹ Según Apiano (BC 5.32-33), por encima de la superioridad militar que demostraron los generales de Octaviano, fueron las dudas en torno a la connivencia de Marco Antonio para con los planes de su hermano y el rechazo a la guerra lo que más perturbó el espíritu combativo de Asinio, Ventidio y Planco (cf. Keppie, 1998: 108).

³²⁸⁰ De acuerdo con Apiano (BC 5.36), los soldados de Lucio Antonio hicieron gala de un «ardor» inquebrantable, «atacaron con ímpetu violento» y demostraron «un desprecio total hacia la muerte».

³²⁸¹ Al principio de la guerra, Lucio Antonio tenía el mando directo de seis legiones de infantería, todas ellas recientemente reclutadas y, probablemente, carentes de experiencia militar previa (App. BC 5.24). A este primer contingente, se sumó un número indeterminado de soldados veteranos que habían servido bajo el mando de su hermano Marco Antonio, y que Lucio había reclutado personalmente de las colonias en las que hacía poco habían sido repartidos (App. BC 5.31). Otros apoyos militares que, no obstante, no podemos incluir entre las tropas del cónsul, bien porque no se llegaron a unir a Lucio, debido al bloqueo que Octaviano, Agripa y Salvidieno ejercieron sobre Perusia, bien porque no tenemos constancia de que llegaran a integrar, finalmente, el ejército de aquel, fueron Cayo Furnio, asediado por Octaviano en Sentia (App. BC 5.30); Ventidio, Asinio y Planco, quienes no lograron romper el cerco de Perusia (App. BC 5.31, 33); y un ejército que había logrado reunir Fulvia y que había sido cedido a Planco para que se lo entregara a Lucio, pero que, sin embargo, nunca llegó a unirse a las tropas del cónsul, debido al bloqueo de Perusia (App. BC 5.33). En suma, salvo los veteranos que había reunido recientemente, la inmensa mayoría de sus hombres eran bisonños.

³²⁸² App. BC 5.36-37.

³²⁸³ «Cuando Octaviano tuvo totalmente acabados todos sus trabajos de asedio, el hambre acuciaba a Lucio [Antonio], y este mal tuvo una virulencia más feroz, puesto que ni él ni la ciudad habían tomado previamente ningún tipo de precauciones» (App. BC 5.34). Cf. Warry, 1995: 182; Keppie, 1998: 108; Fields, 2008: 56.

³²⁸⁴ Para Lucio Antonio fue el hambre, y no su rival, lo único capaz de derrotar a su ejército (Liv. 126; Flor. Epit. 2.16.3; App. BC 5.34-40, 43; D.C. 48.14.3).

³²⁸⁵ «Como no se vislumbraba ningún final para el hambre y las muertes, los soldados, irritados con la situación, instaron a Lucio [Antonio] para que realizara un nuevo ataque contra las fortificaciones enemigas con objeto de demolerlas por completo» (App. BC 5.36).

³²⁸⁶ Tras fracasar en cada una de sus salidas, «Lucio [Antonio] corrió entre ellos [los soldados] pidiéndoles que no sacrificaran por más tiempo sus vidas y los condujo, entre quejas y contra su voluntad, en retirada» (App. BC 5.37).

fuerzas habían sido reclutadas tras su acceso al consulado³²⁸⁷, una parte de las mismas fueron reclutadas a partir de los asentamientos de veteranos de su hermano Marco Antonio³²⁸⁸. Estos, que se habían unido a Lucio poco después de que este hubiera tomado Roma y hubiera expulsado a Marco Emilio Lépido de la capital, habían seguido al cónsul convencidos de que su antiguo general apoyaba las aspiraciones de su hermano³²⁸⁹. No obstante, una vez que sus opciones de victoria fracasaron y que se extendieron los rumores de que Lucio Antonio ni contaba con el beneplácito de su hermano ni mucho menos estaba dispuesto a defender sus derechos y reclamaciones³²⁹⁰, pudieron cambiar de parecer y preferir a Octaviano antes que continuar bajo su mando³²⁹¹.

OBJETIVOS: La principal motivación de los soldados fue salvar su vida. Por esta razón, presionaron a su comandante y lo convencieron para que continuara atacando a Octaviano³²⁹²; se quejaron cuando Lucio Antonio ordenó retirarse y poner fin a todos los ataques³²⁹³; decidieron desertar y cambiar de bando, una vez que comprendieron que todo estaba perdido³²⁹⁴; y, finalmente, indujeron a su general a que negociara una salida³²⁹⁵. Igualmente, si contemplamos el móvil económico como una de las posibles causas detrás de la insurrección de los veteranos, para este colectivo su principal interés fue, además de conservar su vida, retener todos los privilegios que habían obtenido tras su licenciamiento y que ahora temían perder por haberse enfrentado a Octaviano³²⁹⁶.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Antes de que se produjera la desertión y el cambio de bando de un número indeterminado de soldados y oficiales del ejército de Lucio Antonio³²⁹⁷, los soldados presionaron, protestaron y se enfrentaron en, al menos, dos ocasiones a su comandante³²⁹⁸. Pese a que las tropas expresaron en más de una ocasión su descontento, en ningún momento se mostraron violentas, y tanto las protestas como la desertión del ejército fueron

³²⁸⁷ App. BC 5.24.

³²⁸⁸ App. BC 5.31, 39-40, 46-47.

³²⁸⁹ App. BC 5.31.

³²⁹⁰ App. BC 5.39, 43.

³²⁹¹ App. BC 5.38. De hecho, antes de refugiarse en Perugia, Lucio Antonio sufrió por el mismo motivo la desertión de una parte de los veteranos. Según Apiano (BC 5.31), cuando Marco Barbatio Polión, cuestor de Marco Antonio, confesó que el triunviro estaba disgustado con quienes luchaban contra Octaviano, muchos de los veteranos que acababan de unirse a Lucio lo abandonaron y se pasaron al lado del futuro Augusto. Este episodio nos revela dos cosas: por un lado, que, efectivamente, una parte de los veteranos desconfiaba de los planes de Lucio Antonio y de que este contara con el apoyo de su hermano, y que no estaban dispuestos a seguir a su actual comandante si este no contaba con el respaldo de Marco Antonio; y, por el otro, que Lucio ya tuvo problemas con los veteranos mucho antes de los sucesos de Perugia, lo que convierte a este colectivo en el principal sospechoso de haber protagonizado tanto las presiones por entrar en combate como las primeras defecciones.

³²⁹² App. BC 5.36.

³²⁹³ App. BC 5.37.

³²⁹⁴ App. BC 5.38.

³²⁹⁵ App. BC 5.39-49.

³²⁹⁶ App. BC 5.39, 43.

³²⁹⁷ App. BC 5.38.

³²⁹⁸ App. BC 5.36-37. Para más información sobre el sitio de Perugia y los problemas de disciplina a los que se tuvo que enfrentar Lucio Antonio, *vid.* Warry, 1995: 181-182; Keppie, 1998: 107-108; Keaveney, 2007: 87-88; Fields, 2008: 56-57; Brice, 2014: 9, 42, 45, 102, 204, 207.

incruentas³²⁹⁹. Por otra parte, no creemos que los soldados actuaran organizados, sino que, más bien, su reacción fue espontánea y estuvo determinada por la difícil situación en la que se encontraron.

MECANISMOS DE COHESIÓN: La hipotética espontaneidad con la que se movieron los soldados nos dificulta la tarea de identificar los posibles mecanismos empleados por las tropas para organizarse tanto en su interacción con Lucio Antonio como durante su cambio de bando. Según Apiano, fueron los soldados los que, irritados y desanimados por el hambre, dirigieron su preocupación a su comandante. En este sentido, las presiones y las protestas se originaron entre la soldadesca, y no entre los oficiales, los cuales parece que no tomaron partida a favor de las tropas³³⁰⁰. Lo que no significa, no obstante, que no estuvieran de acuerdo con ellas, sino que, simplemente, no tenemos constancia de su implicación. La cosa cambia en el momento de la desertión. Es entonces cuando, por primera vez, Apiano nos habla de la participación de los oficiales³³⁰¹. Sin embargo, no aclara en qué grado se involucraron y si los soldados se organizaron en torno a ellos. El mismo problema lo tenemos con los veteranos. Aunque podemos suponer que, dada su experiencia en la guerra, así como en otras insurrecciones, contaban con mayor autoridad que el resto de tropas bisoñas y tenían la habilidad y las aptitudes necesarias para encabezar los combates, enfrentarse a su comandante e, incluso, organizar el cambio de bando, no hay ninguna referencia en el relato de Apiano que corrobore su participación. Más fácil lo tenemos para identificar los principales aglutinantes del ejército. Si el hambre fue lo que empujó a los soldados a pedirle a Lucio que ordenara atacar a Octaviano, y la desesperación fue lo que llevó a las tropas a resistirse a abandonar el combate³³⁰², fue el desánimo lo que llevó a soldados y oficiales a abandonar la ciudad y cambiarse de bando³³⁰³.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: La indolencia de Lucio Antonio no se circunscribió, únicamente, a la forma de dirigir a su ejército durante la guerra, sino que, también, mostró cierta apatía e indiferencia a la hora de contener y reprimir la indisciplina de sus hombres. Al respecto, fueron varios los episodios de desobediencia que dejó sin castigar antes de la defección de las tropas³³⁰⁴: la sedición de dos de sus legiones, en Alba Longa, al inicio de la guerra³³⁰⁵; la desertión de un número desconocido de veteranos poco después³³⁰⁶; y, ya durante el sitio de Perugia, las

³²⁹⁹ Sobre el particular, debemos señalar que, a pesar de sus sospechas y de la delicadísima situación en la que se encontraban, las tropas se mantuvieron leales a Lucio Antonio hasta el final; mantuvieron una actitud combativa, no cejaron en su empeño de romper el cerco de Perugia tantas veces como pudieron, y, al final, llegaron a reconocer el esfuerzo de su general tanto durante el sitio de la ciudad como, especialmente, durante las negociaciones con Octaviano (App. BC 5.33-40).

³³⁰⁰ App. BC 5.36-37.

³³⁰¹ App. BC 5.38.

³³⁰² App. BC 5.36-37.

³³⁰³ App. BC 5.38.

³³⁰⁴ En parte, el hecho de que Lucio Antonio no contara con el apoyo y la lealtad de todos sus oficiales pudo dificultar la labor de detección, control y represión de los diferentes episodios de indisciplina e insurrección que protagonizó su ejército desde el comienzo de la guerra contra Octaviano. Cf. App. BC 5.38, en donde se señala la desertión de un número indeterminado de sus oficiales.

³³⁰⁵ App. BC 5.30. *Vid. supra* la insurrección anterior.

³³⁰⁶ App. BC 5.31. Nos referimos a la desertión que provocaron las declaraciones de Barbatio (*vid. infra* para más información).

continuas presiones y protestas que recibió por parte de las tropas en contra de su estrategia y a favor de la lucha³³⁰⁷. Esta mezcla de condescendencia y desidia impidió a Lucio Antonio detectar el descontento de sus hombres a tiempo y entender el estado de ánimo de su ejército, lo que a la postre facilitó que la indisciplina se extendiera entre sus tropas y que estas, bajo un contexto militar adverso, acabaran rechazando el liderazgo de su comandante, no porque cuestionaran su causa³³⁰⁸, sino porque consideraban que bajo su mando no podrían imponerse nunca a sus rivales³³⁰⁹. De este modo, «cuando se vio la acogida humana y amigable que Octaviano dispensaba a los desertores», no dudaron en exigir la paz y en forzar a su general a que rindiera la ciudad y al ejército³³¹⁰.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Gracias a su desertión, las tropas consiguieron salir de una situación de extrema gravedad y salvar sus vidas. Asimismo, ningún soldado fue castigado y los veteranos de Marco Antonio fueron perdonados³³¹¹.

CONSECUENCIAS: Como resultado de la sedición del ejército, Lucio Antonio se vio privado de apoyos con los que continuar la defensa de Perugia, y se vio obligado a rendir tanto la ciudad como a su ejército³³¹². Octaviano se alzó con la victoria, consolidó su posición en Roma y en Italia, y se hizo con las tropas de su rival³³¹³. La ciudad de Perugia (excepto el templo de Vulcano y la estatua de Juno) fue arrasada por el fuego³³¹⁴ y sus habitantes corrieron una suerte desigual, dependiendo de la fuente consultada. Mientras que Apiano nos dice que sólo fueron ejecutados los miembros del Consejo de la ciudad³³¹⁵, Dion Casio asegura que la mayoría de los perusinos hechos prisioneros encontraron la muerte³³¹⁶. Por último, Octaviano perdonó a Lucio Antonio y le concedió un mando en Hispania³³¹⁷, y ordenó matar al resto de rivales políticos que se encontraban en Perugia³³¹⁸.

COMENTARIO: Junto a la rigurosidad del asedio al que se vio sometido el ejército de Lucio Antonio³³¹⁹, el episodio destaca por la presencia de los veteranos de su

³³⁰⁷ App. BC 5.36-37. Asimismo, no podemos pasar por alto que la desertión se pudo concretar gracias a un relajamiento de la disciplina, y es que fueron los guardias de la ciudad quienes descuidaron la vigilancia y favorecieron la salida de las tropas y su cambio de bando (App. BC 5.38).

³³⁰⁸ App. BC 5.40.

³³⁰⁹ App. BC 5.38.

³³¹⁰ App. BC 5.38.

³³¹¹ App. BC 5.40, 46-47. Cf. Keaveney, 2007: 87-88.

³³¹² Liv. 126; Vell. 2.74.3-4; Flor. Epit. 2.16.3; App. BC 5.39-49; D.C. 48.14.3-5; Eutr. 7.3.4.

³³¹³ Según Apiano (BC 5.46), los soldados de Lucio Antonio aclamaron a Octaviano como general en jefe. Cf. Liv. 126; Keaveney, 2007: 87-88.

³³¹⁴ Liv. 126; Vell. 2.74.4; App. BC 5.49; D.C. 48.13.5. Cf. Warry, 1995: 182; Keppie, 1998: 108; Fields, 2008: 57; Brice, 2014: 102.

³³¹⁵ App. BC 5.48. Cf. Keppie, 1998: 108.

³³¹⁶ D.C. 48.14.5. Cf. Vell. 2.74.4.

³³¹⁷ La amabilidad con la que Octaviano trató a Lucio Antonio se debe a su esfuerzo por evitar un nuevo enfrentamiento con su hermano, cuando todavía no se habían sofocado los disturbios en Italia y seguía activa la amenaza de Sexto Pompeyo (Liv. 126; Vell. 2.74.4; App. BC 5.15; D.C. 48.14.3; Eutr. 7.3.4). Cf. Warry, 1995: 182; Keppie, 1998: 108; Fields, 2008: 56; Brice, 2014: 204.

³³¹⁸ App. BC 5.49; D.C. 48.14.3-4. Cf. Fields, 2008: 57.

³³¹⁹ Con estas palabras nos describe Apiano (BC 5.37) un momento del asedio: «Aunque sus armas y sus cuerpos todos estaban hechos pedazos, e incluso les faltaban los gritos de guerra, no obstante resistieron con coraje. Pero, cuando los cadáveres de los muertos sobre las murallas fueron arrojados abajo, entre

hermano Marco. Aunque, tal y como ya hemos explicado, desconocemos en qué grado participaron de los actos de indisciplina cometidos durante el sitio de Perugia, su concurso se dejó notar durante todo el episodio, ya sea durante la entrevista entre Lucio y Octaviano, cuando el primero acusó al segundo de haberle difamado y haber puesto a los veteranos en su contra³³²⁰; ya sea durante las negociaciones de paz, cuando los delegados de Lucio Antonio, con el propósito de apaciguar a Octaviano y ganarse su confianza, utilizaron a los veteranos, para recordarle que «era una sola la estirpe de los soldados de uno y otro ejército, y que en otro tiempo habían sido compañeros de armas»³³²¹. Pero, sin embargo, fue en el momento en el que Octaviano se hizo con el control del ejército de Lucio Antonio cuando los veteranos adquirieron un mayor protagonismo. Consciente de que entre las tropas enemigas una parte estaba integrada por soldados inexpertos y la otra estaba formada por colonos veteranos y bien entrenados³³²², Octaviano tomó una serie de precauciones para que, en el momento de absorber al ejército de Lucio, este no le diera problemas. En primer lugar, situó de pie a cada legión por separado, prestando especial atención de que los soldados veteranos y los recién reclutados no compartieran el mismo espacio³³²³. Con esta acción, diferenciaba a unos de otros y evitaba que, al mezclarse, el espíritu subversivo de los primeros contagiara a los segundos³³²⁴. Seguidamente, ordenó que todas las tropas depusieran sus armas y que se adelantaran los veteranos³³²⁵. Es en este punto, justo cuando Octaviano tenía la intención de reprocharles su ingratitud, infundirles temor y, probablemente, castigarlos³³²⁶, cuando en torno a los veteranos de uno y otro bando se produjo un inesperado sentimiento de camaradería. De acuerdo con Apiano (BC 5.46), su propio ejército, por afecto hacia unos hombres a quienes consideraban sus iguales y con quienes habían luchado en el pasado, rompieron la formación, se acercaron a los soldados de Lucio y, arremolinándose en torno a ellos, se abrazaron y lloraron, intercediendo en su favor ante Octaviano. Como antiguos camaradas, pero, también, como conciudadanos y familiares suyos³³²⁷, suplicaron sin descanso hasta que su general cedió a sus deseos y dejó marchar a los antiguos soldados de Marco Antonio sin sufrir ningún tipo de daño³³²⁸. Con su complicidad, los soldados de uno y otro ejército demostraron que, más allá de la guerra y de intereses personales, fueron capaces de desarrollar un espíritu de cuerpo que podía superar el vínculo que tenían con sus respectivos mandos militares³³²⁹.

ellos, expoliados, no resistieron por más tiempo el ultraje, sino que se apartaron a un lado horrorizados por el espectáculo y se quedaron de pie por un momento sin saber qué hacer».

³³²⁰ App. BC 5.39, 43.

³³²¹ App. BC 5.40. No debemos olvidar que un año antes habían combatido codo con codo, en Filipos, contra los asesinos de César.

³³²² App. BC 5.40.

³³²³ App. BC 5.46. Cf. App. BC 5.47.

³³²⁴ Como veteranos de Marco Antonio, es muy probable que pudieran haber participado y/o instigado alguna de las insurrecciones que tuvieron lugar entre el 44 y el 42 a. C. *Vid. supra.* para más detalle.

³³²⁵ App. BC 5.46.

³³²⁶ App. BC 5.46.

³³²⁷ App. BC 5.39-40, 46-47.

³³²⁸ App. BC 5.47. Cf. Keaveney, 2007: 87-88.

³³²⁹ Dicha cohesión ya la pudimos ver en el pasado, en 49 a. C., cuando las tropas de Afranio y Petreyo, por un lado, y los hombres de César, por el otro, demostraron tener una relación personal que iba más allá

3.17.3. Otras insurrecciones

«La desertión, que desde antaño había sido imperdonable para los romanos, entonces se hizo acreedora incluso de recompensas. La practicaban los ejércitos en masa, así como algunos hombres ilustres, pues pensaban que no era desertión el cambio a una causa semejante. Pues todas las causas eran similares, ya que ninguna de ellas era reconocida como opuesta a un enemigo común de Roma»³³³⁰.

A diferencia de otros periodos analizados, el conflicto entre Octaviano y Lucio Antonio no destacó tanto por sus insurrecciones como por el ambiente de indisciplina generalizada que rodeó al ejército romano. Entre el final de la batalla de Filipos y el inicio de la guerra de Perusia, el ejército exhibió un comportamiento radicalmente contradictorio al demostrar, por un lado, una gran capacidad de movilización, coordinación y organización; y al protagonizar, por el otro, algunos de los actos de violencia más abominables de lo que llevamos de siglo. De este modo, tan pronto expresaron las tropas poseer un elevado entendimiento de la situación política de su tiempo, así como la iniciativa y el compromiso necesarios para interceder y mediar entre los principales líderes políticos y militares del momento —tal y como ocurrió en los encuentros de Teano y Gabios, y en Brindisi—, como se dejaron llevar por una ambición y crueldad desmedidas. Aunque se ha discutido mucho acerca de por qué la soldadesca romana actuó de esta manera³³³¹, fue, sin lugar a dudas, Apiano el que más se acercó a la base del problema.

De acuerdo con Apiano (BC 5.17), la causa de la insubordinación de las tropas se debió a que la mayoría de los generales eran elegidos de manera irregular; a que los soldados no eran reclutados según la tradición; y a que el ejército no respondía ante la ley, sino ante las promesas de sus comandantes³³³². Aunque su apreciación no supuso ninguna novedad, ya que, tal y como vimos al principio de nuestro trabajo, fueron muchos los autores clásicos que se expresaron en los mismos términos que el alejandrino³³³³, hubo algo en lo que Apiano prestó algo más de atención que sus coetáneos. Junto a lo ya mencionado, fue el contexto de guerra civil y la fragilidad del

del vínculo castrense; en 43 a. C., durante el contacto que mantuvieron los soldados de Marco Antonio y Marco Emilio Lépido; y, en 41-40 a. C., durante las movilizaciones que los veteranos de Marco Antonio y Octaviano protagonizaron en los encuentros de Teano y Gabios, y en la mediación de Brindisi.

³³³⁰ App. BC 5.17.

³³³¹ Messer, 1920: 158-175; Elmore, 1924: 430-432; Currie, 1928; Jal, 1962: 7-27; Gabba, 1975; Hinard, 1990: 149-154; Chrissanthos, 1999; 2004: 341-368; Keaveney, 2007; Wolff, 2009; 2012; Brice, 2015b: 103-121; 2020a: 44-67; 2020b: 44-71; 2020c: 113-126; 2020d: 247-266; Escorihuela, 2021: 107-121; 2022b: 117-135.

³³³² Cf. Jal, 1962: 17.

³³³³ Sobre el origen de la decadencia romana y la falta de disciplina de sus legiones, *vid.* Cic. *ad. Brut.* 17.1.10.3; Nep. *Eum.* 8.2-3; Sal. *Cat.* 2.6, 10.1-4, 6, 11.5-7, 12.2, 13.3, 53.4-5; *Jug.* 3.4, 4.5-7, 8.1, 41.2-4, 7-10; *Hist.* 1.11, 12, 16; V. Max. 9.4.1; Plu. *Sull.* 1.3, 12.8; Flor. *Epit.* 1.47; App. BC 2.120, 141-142, 3.42, 5.25; D.C. 43.18.1-2, 47.17.5; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 1.28, 2.3. Asimismo, *vid. supra*, en el capítulo introductorio, el estado de la cuestión de nuestra investigación, en donde se desarrollan ambos supuestos.

Triunvirato lo que, para nuestro autor, acabó por condenar a la disciplina militar romana.

El hecho de que las tropas fueran reclutadas y movilizadas, no contra enemigos comunes, ni contra extranjeros, sino contra enemigos personales y contra ciudadanos e iguales en rango, y que sus líderes militares no prestaran servicio al común, sino a intereses personales, hizo que, conforme a Apiano (BC 5.17), los soldados se sustrajeran de la disciplina militar al considerar que «no prestaban un servicio regular en el ejército, sino que ayudaban con su propio favor y juicio a unos jefes que los necesitaban para sus objetivos personales»³³³⁴.

Esta circunstancia provocó, asimismo, que delitos tan graves como la desertión fueran cada vez más populares, y que se extendiera la idea de que «no era desertión el cambio a una causa semejante»³³³⁵. A esta resolución se llegó, especialmente, como resultado de los mensajes con los que cada *imperator* exhortaba a sus hombres a combatir y justificaba su derecho a gobernar Roma³³³⁶. Pues, en palabras de Apiano (BC 5.17), «todas las causas eran similares, ya que ninguna de ellas era reconocida como opuesta a un enemigo de Roma. Y la exclusiva pretensión de los generales, de que todos ayudaban a su patria para su beneficio, los predisponía con más facilidad al cambio [de bando] bajo la idea de que en cualquier parte podían prestar ayuda a su país»³³³⁷.

Esta situación se complicó, todavía más, con la constitución del Triunvirato. Las dudas sobre la legalidad de la institución, el carácter temporal de la misma y los fortísimos problemas de naturaleza interna que padecía el régimen republicano, ayudaron a que las tropas tomaran conciencia de la debilidad de sus líderes y que, incluso, llegaran a desdeñar su liderazgo. Según Apiano (BC 5.13), los soldados «despreciaban a sus jefes porque sabían que estos los necesitaban a ellos para la consolidación de su poder»³³³⁸. A esta deducción ya había llegado el ejército muchas décadas antes, pues, tal y como hemos comprobado, al tanto de la fragilidad de sus generales, las tropas no dudaron desde temprano en levantarse y presionar si con ello podían mejorar su situación personal³³³⁹. Pero, sin embargo, fue, sobre todo, a partir de la guerra entre César y Pompeyo, y, durante el choque entre cesarianos y cesaricidas, cuando pudimos apreciar con mayor nitidez cómo el ejército se aprovechó de la precariedad de sus mandos militares para mejorar sus condiciones de servicio, recibir mejores bonificaciones económicas y obtener mayores promesas y recompensas futuras³³⁴⁰.

Los principales líderes del momento necesitaban de la solicitud del ejército y eso, de acuerdo con Apiano (BC 5.15, 17), provocó que se toleraran de manera voluntaria la

³³³⁴ Cf. Jal, 1962: 20.

³³³⁵ App. BC 5.17.

³³³⁶ Vid. *supra*, las intervenciones de Sila, Cinna, César y Octaviano, en 88, 87, 49 y 43 a. C., respectivamente. Todos estos comandantes romanos justificaron sus respectivas marchas sobre Roma alegando que, ante todo, buscaban salvar a la República de aquellos que la querían destruir.

³³³⁷ Cf. Jal, 1962: 20.

³³³⁸ Cf. Jal, 1962: 17-18; Keaveney, 2007: 67.

³³³⁹ Vid. *supra*.

³³⁴⁰ Véase, por ejemplo, los levantamientos que sufrió César, en 49 y 47 a. C., o los numerosos cambios de bando que se produjeron entre cesarianos y cesaricidas al calor de los movimientos políticos de la capital, de los sobornos y de las promesas de nuevas recompensas.

arrogancia y el desprecio de los soldados, que la indisciplina de las tropas se generalizase y que fuera cada más difícil controlar el carácter subversivo del ejército³³⁴¹. No obstante, si los jefes militares dependían de sus hombres si querían continuar en el poder, no es menos cierto que los soldados dependían, al mismo tiempo, de sus jefes militares si querían recibir y conservar todo lo que se les había prometido.

En este punto, la relación entre general y soldado superaba los límites castrenses para posicionarse en lo personal³³⁴². Si las tropas querían disfrutar de los privilegios obtenidos durante sus años de servicio, no tenían otra salida que luchar para que sus *imperatores* acabaran gobernando Roma. De esta manera se entiende, por un lado, la adhesión de las tropas, así como la condescendencia de sus jefes³³⁴³, y, por el otro, por qué, para muchos autores, los enfrentamientos civiles de la época se redujeron a una simple lucha de facciones³³⁴⁴.

Sin embargo, este delicado equilibrio de fuerzas se rompió en más ocasiones de lo deseado, demostrando que la necesidad mutua que se tenían unos y otros no era suficiente para asegurar el control del ejército. Desde el momento en el que el mando de las tropas dependió más de los regalos que de la ley, y desde el instante en el que el mantenimiento de la disciplina se basó en la arbitrariedad de quienes debían impartir justicia y corregir la desobediencia de sus hombres, el ejército, tal y como hemos visto y veremos a continuación, incurrió con excesiva asiduidad en la más absoluta rebeldía³³⁴⁵.

Tal y como adelantamos al comienzo del apartado, la mayoría de los episodios de indisciplina tuvieron lugar durante los repartos de tierra de Octaviano, cuando este, Lucio Antonio y Fulvia se disputaron el favor de los veteranos³³⁴⁶. La indulgencia con la que unos y otros trataron los abusos del ejército provocó que los soldados se hicieran con el control de la situación y que Italia fuera víctima de su depravación³³⁴⁷.

No obstante, no era la primera vez que los triunviros perdían el control de sus hombres y eran incapaces de calmar sus impulsos y de frenar sus presiones³³⁴⁸. En 43 a. C., durante las proscripciones que siguieron a la constitución del Triunvirato, los soldados cometieron todo tipo de desmanes³³⁴⁹. De acuerdo con Apiano (BC 4.35), cuando las tropas se dieron cuenta de que la seguridad de los triunviros dependía, en última instancia, de su apoyo, aprovecharon su posición de preeminencia y, mientras que unos exigieron las casas, los campos, las villas de recreo y/o la herencia de los que habían sido proscritos; otros cometieron todo tipo de tropelías, matando a personas no proscritas y saqueando las casas de la gente que no había sido acusada de nada.

³³⁴¹ Cf. Jal, 1962: 17-18; Keaveney, 2007: 67.

³³⁴² Cf. Jal, 1962: 19-20; Gabba, 1975: 26.

³³⁴³ App. BC 5.13, 17.

³³⁴⁴ App. BC 5.18.

³³⁴⁵ App. BC 5.17-18; D.C. 48.29.3. Cf. Jal, 1962: 17.

³³⁴⁶ Liv. 125; App. BC 5.13-14.

³³⁴⁷ «Y así, otro grupo considerable de ciudades, vecinas de las desposeídas, sufrieron muchas injurias a manos de la soldadesca y gritaban contra Octaviano, diciendo que la colonización era más injusta que las proscripciones, pues estas se habían realizado contra enemigos, pero aquella otra contra quienes no habían cometido ofensa alguna» (App. BC 5.14).

³³⁴⁸ Vell. 2.65.2.

³³⁴⁹ D.C. 47.6.5, 14.2-5, 16.2, 17.3-5; Oros. 6.18.9.

Fue tal la corrupción del ejército que hubo varios soldados que, a cambio de una generosa cantidad de dinero, desobedecieron las órdenes de los triunviros, simpatizaron con los proscritos y les dejaron escapar con vida³³⁵⁰. Y es que, se llegó a tal grado de avaricia y desvergüenza que, en palabras de Dion Casio (47.17.5), «a los soldados no les parecía bastante ni la paga, aunque la recibían en su totalidad; ni los complementos extraordinarios, aunque fueron cuantiosos; ni las recompensas por los asesinatos, aunque habían sido enormes; ni tampoco las compras de terrenos, aunque en cierto modo les salieron gratuitos. Pero es que, además, unos solicitaban y obtenían las haciendas íntegras de los fallecidos, y otros entraban por la violencia en el linaje de aquellos que sobrevivieron pero eran ya ancianos y sin hijos».

Así las cosas, no nos debe extrañar que, dos años después, en 41 a. C., las tropas se creyeran con el derecho a repetir su viejo comportamiento³³⁵¹. Además de sembrar el miedo en Italia al ocupar por la fuerza tierras que ni les correspondían ni formaban parte del lote de ciudades que debían ser repartidas entre los soldados³³⁵², el descaro de la tropa se dejó notar también en la misma capital. Según Apiano (BC 5.18), los robos y los altercados provocados por las tropas fueron frecuentes en Roma, pues «la mayoría robaba por la noche en la ciudad, y se producían altercados más violentos aún que los robos que quedaban impunes y cuya autoría se atribuía a los propios soldados».

Esta situación pronto derivó en el enfrentamiento entre el ejército y la población civil. Conforme a Dion Casio (48.9.4-5), «llegaban a las manos y había continuas batallas, hasta el punto de que muchos de ellos, de uno y otro bando, resultaron heridos o muertos. Unos se imponían por su armamento militar y su experiencia en las batallas y otros, por su mayor número y por arrojarles objetos desde los tejados, motivo por el cual ardían muchas casas [...]».

Descontrolada, la soldadesca romana extorsionó, amenazó y asesinó, sin importarle a quién o quiénes se llevaban por delante³³⁵³. Así, por ejemplo, Dion Casio (48.10.1) nos revela que, tras alcanzar *Placentia*³³⁵⁴, no dejaron de provocar tumultos en la ciudad hasta que, desesperados, los habitantes compraron su tranquilidad pagando a los soldados³³⁵⁵. Del mismo modo, ni siquiera Octaviano se salvó de sufrir la ira del ejército. Tras reprocharle a un soldado que se hubiera sentado en el teatro en el lugar que debían ocupar los caballeros, y no en el que le correspondía por su condición social, el resto de sus correligionarios, creyendo que su compañero había sido ejecutado por orden de Octaviano, lo rodearon a la salida y a punto estuvieron de matar al triunviro si

³³⁵⁰ App. BC 4.39-40, 48.

³³⁵¹ «La toute-puissance des vétérans et, d'une manière générale, du “gregarius miles”, atteint, dans la période qui va de la bataille de Philippi à la paix de Brindes, un degré incroyable, auquel elle ne parviendra peut-être jamais dans la suite de l'histoire romaine. A lire le récit d'Appien et de Dion Cassius, on a l'impression que ce ne sont ni Octave ni L. Antonius ni même Antoine, mais leurs propres soldats, qui règlent en dernier ressort le déroulement des événements et s'érigent en arbitres des querelles de leurs chefs» (Jal, 1962: 19). Cf. Gabba, 1975: 75-76; Keaveney, 2007: 67.

³³⁵² App. BC 5.13-14. Cf. Gabba, 1975: 26; Keaveney, 2007: 64, 68

³³⁵³ Cf. Jal, 1962: 17.

³³⁵⁴ Actual Piacenza (región de Emilia-Romaña, norte de Italia).

³³⁵⁵ Cf. Keaveney, 2007: 87; Brice, 2020d: 256.

no hubiera sido porque, en el último momento, dicho soldado apareció con vida y sin haber sufrido ningún daño³³⁵⁶.

«Y no cesaron en sus actos de violencia hasta asegurarse de que todas las tierras que algunos de ellos ya se habían adjudicado por su cuenta iban a ser repartidas entre los parientes, los padres y los hijos de aquellos que habían caído en las batallas»³³⁵⁷. Todo era lícito y todo era válido con tal de salirse con la suya, incluso matar a sus propios compañeros de armas, pues, conforme a Dion Casio (48.9.2), «cualquier pretexto para la cólera estaba justificado».

Hasta entonces, la violencia del ejército se había dirigido hacia aquellos que consideraban sus enemigos, mostrándose, por el contrario, unidos cuando se trataba de defender sus derechos y de proteger a sus iguales. Sin embargo, tampoco les tembló la mano cuando creyeron que uno de los suyos les había traicionado. Mientras que Dion Casio (48.9.2) nos dice que los soldados «mataron a muchos centuriones y demás soldados que mostraban simpatía hacia Octaviano o que trataban de impedir los tumultos» que ellos mismos habían provocado, Apiano nos expone un ejemplo específico de violencia.

Molestos con Octaviano porque lo había citado en el Campo de Marte para el reparto de tierras y no se había presentado, los soldados volcaron su enojo sobre Nonio, uno de los centuriones que había defendido la demora de Octaviano y que les había recriminado su comportamiento y su falta de respeto. Si en un principio sólo se burlaron de él y lo acusaron de adulador, poco después lo insultaron, le arrojaron piedras y, finalmente, lo mataron, arrojando su cadáver al Tíber³³⁵⁸. Pese a que las tropas habían asesinado a uno de sus centuriones por el simple hecho de haberles reprochado su indisciplina, Octaviano se vio incapaz de castigar a los culpables. En su lugar, «presumiendo que el crimen había sido obra de unos pocos, los censuró y les aconsejó que en el futuro se guardaran mutuo respeto. Acto seguido, procedió a repartir la tierra. Encargó a los merecedores de recompensas que las pidieran y concedió otras a algunos que no las merecían [...]»³³⁵⁹.

La espiral de violencia tocó a su fin cuando Octaviano y Lucio Antonio se declararon la guerra. A partir de ese momento, la desobediencia del ejército se manifestó a través de los tradicionales actos de indisciplina a los que nos tienen acostumbradas las tropas. A continuación, comentaremos el resto de episodios de insurrección que protagonizó el ejército romano entre el 41 y el 40 a. C.

Una vez iniciadas las hostilidades entre Octaviano y Lucio Antonio, el segundo, tras retener el control de las dos legiones que se habían levantado en Alba³³⁶⁰, puso rumbo sobre Roma. Al frente de la capital se encontraba Marco Emilio Lépido, al que Octaviano había dejado al frente de dos legiones³³⁶¹. No obstante, Lucio, no sólo fue capaz de infiltrar en la ciudad a tres de sus cohortes, las cuales, de acuerdo con Apiano,

³³⁵⁶ Suet. *Aug.* 14; App. *BC* 5.15. Cf. D.C. 48.9.2; Jal, 1962: 20; Keaveney, 2007: 50, 90.

³³⁵⁷ D.C. 48.9.3.

³³⁵⁸ App. *BC* 5.16. Cf. Jal, 1962: 16; Keaveney, 2007: 87; Brice, 2020d: 255-256.

³³⁵⁹ App. *BC* 5.16. Cf. Jal, 1962: 17; Keaveney, 2007: 87.

³³⁶⁰ *Vid. supra.*

³³⁶¹ App. *BC* 5.29.

penetraron en secreto por la noche, sino que, además, consiguió, no sabemos cómo, que Nonio³³⁶², a cuyo cargo Lépido había dejado la vigilancia de las puertas, traicionara a Octaviano y admitiera a Lucio y a su ejército en el interior de la *Vrbs*. Una vez dentro, le confirió a Lucio Antonio el mando de las tropas que tenía bajo su cargo³³⁶³. Su traición le costó a Octaviano el control de Roma y obligó a Lépido a huir de la ciudad³³⁶⁴.

El siguiente episodio ya lo comentamos cuando hablamos de la posible implicación de los veteranos en la defección de Perusia. Nos referimos al cambio de bando que provocaron las palabras de Marco Barbatio Polión, cuestor de Marco Antonio. Como ya explicamos en su momento, tras exponer públicamente que el triunviro estaba molesto con aquellos que se habían alzado contra Octaviano, muchos de sus veteranos abandonaron a Lucio Antonio y se pasaron al bando del futuro Augusto³³⁶⁵.

Tenemos que esperar a la caída de Perusia para encontrarnos con los tres últimos ejemplos de insurrección de la guerra. Tras la capitulación de Lucio Antonio, sabemos por Apiano que el ejército de Octaviano «no cesó de armar alboroto» hasta que los enemigos personales de su general fueron ejecutados³³⁶⁶. Desconocemos por qué las tropas actuaron de esta manera y, a decir verdad, desconfiamos de la autenticidad del episodio, ya que parece más bien una táctica de la propaganda de Octaviano con la que justificar la muerte de algunos de sus principales detractores, que una maniobra voluntaria de los soldados.

Mientras que el ejército que había pertenecido a Lucio Antonio fue incorporado a las filas de Octaviano³³⁶⁷, el resto de fuerzas favorables al hermano del triunviro, hasta un total de trece legiones y seis mil jinetes, se dispersaron bajo las órdenes de Cayo Asinio Polión, Lucio Munacio Planco, Publio Ventidio Baso, Publio Canidio Craso y Ateyo. Pues bien, tenemos constancia de que, durante su retirada, los «amigos de Octaviano» los siguieron y les ofrecieron propuestas de paz, y, cuando rehusaron, acosaron a la infantería³³⁶⁸. Finalmente, Marco Vipsanio Agripa logró interceptar, en Cameria³³⁶⁹, a dos de estas legiones y convencerlas de que desertaran a él³³⁷⁰.

Por último, sabemos que Planco huyó junto con Fulvia, «después de haber abandonado por cobardía al resto de su ejército», y que los soldados de este «eligieron a Ventidio como su comandante en jefe»³³⁷¹. Desconocemos las razones por las que

³³⁶² Naturalmente, no nos estamos refiriendo al centurión que había sido asesinado por los veteranos (App. BC 5.16), sino a otra persona con el mismo nombre.

³³⁶³ App. BC 5.30.

³³⁶⁴ Para otra versión de lo sucedido, *vid.* D.C. 48.13.3-4, para quien la toma de Roma no fue consecuencia de la traición de Nonio, sino de la astucia de Lucio Antonio. *Cf.* Liv. 125.

³³⁶⁵ App. BC 5.31. *Cf.* Keaveney, 2007: 87.

³³⁶⁶ App. BC 5.49.

³³⁶⁷ App. BC 5.46-47.

³³⁶⁸ Este *modus operandi* nos recuerda a lo que Octaviano y Marco Antonio hicieron con las legiones de Décimo Junio Bruto Albino, en 43 a. C. Mientras que, a cierta distancia, perseguían al cesaricida, a la vez presionaron y sobornaron a sus tropas hasta que lograron que abandonaran a su comandante y se cambiaran de bando (*vid. supra*).

³³⁶⁹ Actual Camerino (región de Las Marcas, centro de Italia).

³³⁷⁰ App. BC 5.50. *Cf.* Keaveney, 2007: 88.

³³⁷¹ App. BC 5.50.

Planco renunció a su ejército, si las tropas tuvieron algo que ver en la decisión del general romano, o si Ventidio intervino en favor del ejército de Planco y del cambio de mando.

Las siguientes tres insurrecciones se produjeron durante la disputa que Marco Antonio y Octaviano protagonizaron, en 40 a. C. Poco después de la derrota de Lucio Antonio, la rivalidad entre ambos triunviros a punto estuvo de desembocar en un nuevo enfrentamiento armado. Durante semanas, ambos contendientes devolvieron el miedo y la incertidumbre a Italia. Se movilizó al ejército, se solicitó ayuda a las ciudades, se sellaron nuevos pactos y se convocó a los veteranos. Sin embargo, gracias, en buena medida, a la intervención de sus respectivos ejércitos, y a la oportuna muerte de Fulvia, se aplazó la guerra durante un tiempo³³⁷². A pesar del feliz desenlace y de la brevedad del incidente, el episodio nos dejó la defección de una parte de los veteranos, la teórica traición de Salvidieno y la presión del ejército.

Tal y como se puede imaginar, desde el inicio de las hostilidades tanto Octaviano como Marco Antonio se afanaron por hacerse con el apoyo de los veteranos. Debido a su número y a su valor, su intervención era clave para la victoria, y eso lo sabían bien ambos triunviros, quienes no tardaron en enviar emisarios a las colonias y de servirse de sus principales colaboradores con tal de ganarse la confianza y la participación de este colectivo. Uno de los enviados fue Agripa, quien, en nombre de Octaviano, se hizo, cerca del territorio de Ausonia³³⁷³, con el favor de un grupo de veteranos. Estos, que le siguieron en la creencia de que marchaba contra Sexto Pompeyo, cuando se enteraron de que la disputa era contra Marco Antonio, lo abandonaron de inmediato³³⁷⁴. Apiano, única fuente que recoge el incidente, no da más explicaciones sobre la defección de los veteranos ni especifica si estos habían sido antiguos soldados de Octaviano o de Marco Antonio, ya que unos y otros se esforzaron por levantar a todos los veteranos, independientemente de a quién habían servido en el pasado. No obstante, en función del comportamiento que tuvieron antes del enfrentamiento entre Lucio Antonio y Octaviano y de la reacción que tuvieron durante el choque entre ambos triunviros, podemos deducir que los veteranos dejaron a Agripa porque, ante todo, querían evitar un conflicto armado que, de llevarse a cabo, hubiera puesto en riesgo las recompensas de su licenciamiento. Igualmente, los veteranos también pudieron rechazar la idea de batirse contra Marco Antonio, debido a que lo seguían considerando el principal artífice de la victoria de Filipos, y, por tanto, su principal benefactor, puesto que, gracias a su triunfo, ahora podían disfrutar de un lote de tierra³³⁷⁵.

³³⁷² App. *BC* 5.51-66; D.C. 48.27.4-30.3. Sobre la participación del ejército a favor del pacto de Brindisi, *vid.* Jal, 1962a: 19; Warry, 1995: 178, 182, 184-185; Chrissanthos, 1999: 83-84, 136-159; Alston, 2002: 33; 2007: 185; Keaveney, 2007: 50, 52, 88; Rankov, 2007: 34; Fields, 2008: 57; Brice, 2014: 42, 45, 102, 204; 2020c: 117; 2020d: 259, 266.

³³⁷³ En la actual región del Lacio (centro de Italia).

³³⁷⁴ App. *BC* 5.57. *Cf.* Brice, 2020d: 257, 259.

³³⁷⁵ «Pero, aunque el factor de discordia era convincente, ni aun así los veteranos asentados como colonos empuñaron con ardor sus armas en contra de [Marco] Antonio; tan grande era el fervor popular que le había deparado a este la gloria de la batalla de Filipos» (App. *BC* 5.53). *Cf.* App. *BC* 5.59.

No obstante, la admiración que sentían hacia el triunviro no era tan grande como para hacerles olvidar que, dos años después de Filipos, todavía no habían cobrado las tropas el dinero que se les había prometido y que, supuestamente, Marco Antonio debía haber recaudado en ese tiempo. Así, tras la reconciliación de ambos triunviros, «los soldados que combatían junto a Octaviano», rodearon a Marco Antonio y le exigieron el dinero que todavía se les debía. Según Dion Casio (48.30.2-3), los soldados estaban tan enfadados que, a pesar de haber promovido el acercamiento entre ambos generales y de haber sido testigos de los acuerdos de Brindisi, «le habrían causado algún daño a [Marco] Antonio» si no hubiera sido por la intercesión de Octaviano, quienes los logró calmar «dándoles nuevas esperanzas». Después del incidente, enviaron a los soldados de mayor edad a las colonias como medida de prevención para evitar nuevos levantamientos.

Inmediatamente después de la paz de Brindisi, tenemos noticia de la ejecución de Quinto Salvidieno Rufo. Conforme a Apiano (*BC* 5.66), Marco Antonio reveló a Octaviano que Salvidieno, uno de sus hombres de confianza, «había tenido la idea de desertar a él y le había enviado un mensaje sobre este asunto mientras se encontraba sitiando Brindisi». El episodio es extraordinariamente oscuro y, aunque son varios los autores que lo recogen, ninguno aporta más información al respecto³³⁷⁶. La supuesta conspiración de Salvidieno terminó con su muerte. Octaviano, por otro lado, concedió a Marco Antonio su ejército por considerarlo sospechoso y no fiarse de él. Aunque, dada la multitud de cambios de bando que se dieron en el periodo, la acusación de Marco Antonio pudo ser cierta, creemos que este pudo incriminar a Salvidieno, bien porque lo consideraba peligroso para sus intereses, bien porque quería privar a Octaviano de un general competente, bien porque pretendía hacerse con su ejército. En cualquier caso, el incidente sigue suscitando a día de hoy más dudas que certezas.

Finalmente, tenemos dos ejemplos de insurrección que, sin embargo, no guardan relación con ninguno de los conflictos arriba comentados. El primero de ellos tuvo lugar, en 41 a. C., durante el enfrentamiento entre Cayo Fuficio Fangón —soldado de Cayo Julio César que había sido elevado al rango senatorial en recompensa por los servicios prestados, y que, antes del nuevo reparto territorial habido tras la batalla de Filipos, ocupó bajo Octaviano el cargo de gobernador de África y Numidia— y Tito Sextio —legado de Cayo Julio César en las Galias, que había obtenido el mando de Numidia en el pasado, y ahora, tras el nuevo reparto, estaba a cargo de la provincia de África— por el control de las provincias de África y Numidia. Según, Dion Casio (48.22.5-6), Sextio «derrotó [a Fangón] en breves pero numerosos combates», pero, sin embargo, cuando asesinó a traición a Arabión, uno de los jefes locales, los jinetes de este, «disgustados con su muerte, abandonaron a Sextio, y la mayoría de ellos eligieron el bando de Fangón»³³⁷⁷. La desertión de este cuerpo de auxiliares obligó a Sextio a firmar con Fangón un tratado de amistad³³⁷⁸.

³³⁷⁶ Vell. 2.76.4; D.C. 48.33.1. Cf. Keaveney, 2007: 88; Brice, 2020d: 253.

³³⁷⁷ Salvando las distancias, la reacción de los jinetes de Arabión nos recuerda al comportamiento que tuvieron los auxiliares númidas cuando, en la guerra de los aliados, abandonaron al cónsul Lucio Julio César tras percatarse de que Oxynta, hijo del rey Jugurta, estaba del lado de Cayo Papio Mutilo (*vid.*

Para el último ejemplo debemos desplazarnos hasta el otro lado del Mediterráneo. Durante el enfrentamiento entre Octaviano y Marco Antonio y los asesinos de César, Quinto Labieno, hijo de Tito, fue enviado a Orodes II con la misión de obtener su respaldo³³⁷⁹. No obstante, cuando supo el resultado de la batalla de Filipos, y que su bando había sido derrotado, decidió quedarse con los partos antes de poner en juego su vida y enfrentarse a Marco Antonio y Octaviano³³⁸⁰. Junto a ellos se hizo fuerte y lideró varios ataques sobre las posesiones que Roma tenía en el territorio. Fue entonces, cuando, en 40 a. C., invadió Fenicia y «se atrajo a las guarniciones de la región», las cuales abandonaron el bando romano y «se le unieron voluntariamente»³³⁸¹. Conforme a Dion Casio (48.25.2), si Labieno se ganó tan fácilmente la confianza de estos soldados fue porque en el pasado habían luchado, al igual que él, junto a Casio y Bruto. Es decir, eran antiguos cesaricidas que, tras Filipos, Marco Antonio los había incorporado a su ejército y que, más tarde, los había colocado en Siria, porque «eran conocedores de la región»³³⁸². Para contactar con sus antiguos compañeros de armas, y atraérselos a su lado, Labieno utilizó «ciertos escritos que introducía con flechas en el campamento» de Lucio Decidio Saxa³³⁸³. No sabemos que contenían esos escritos, pero, es probable, que, además de recordarles su antiguo vínculo, Labieno les hiciera la promesa de entregarles grandes recompensas monetarias si cambiaban de bando y desertaban³³⁸⁴. En todo caso, le permitieron reforzar su ejército; derrotar a Lucio Decidio Saxa; tomar Apamea y Antioquía; y hacerse, con la ayuda de Pacoro, con el control de Siria (excepto Tiro), Palestina y Cilicia, entre otros enclaves. Por último, se hizo llamar a sí mismo «*Imperator y Pártico*», convirtiéndose en un peligro para los intereses de Roma³³⁸⁵.

3.18. Guerra contra Sexto Pompeyo

«Llegaban a él [a Sexto Pompeyo] proscritos que huían del campamento de [Marco Junio] Bruto, de Italia y de todas partes de la tierra a quienes la fortuna había conducido a aquella situación desesperada —porque cualquier jefe militar era bueno para quienes no tenían nada que perder, ya que la fortuna no daba elección, sino mostraba una retirada, y a los que huían de una tempestad mortífera, aquel asilo les parecía un puerto—»³³⁸⁶.

supra). En ambos casos, prefirieron cambiar de bando que traicionar a uno de los suyos. Si los númidas de Lucio César demostraron su lealtad hacia Jugurta pasándose al bando en el que se encontraba su hijo, los jinetes de Arabión vengaron la muerte de su líder traicionando al general romano responsable de su asesinato.

³³⁷⁸ D.C. 48.23.1. Cf. App. BC 5.26.

³³⁷⁹ D.C. 48.24.4-5. Cf. Warry, 1995: 184.

³³⁸⁰ D.C. 48.24.6.

³³⁸¹ D.C. 48.25.1. Dichas guarniciones estaban bajo las órdenes de Lucio Decidio Saxa (D.C. 48.24.3, 25.2-4). Cf. Warry, 1995: 184; Keaveney, 2007: 88.

³³⁸² Puesto que conocían la región, seguramente, estas tropas habían pertenecido a alguno de los ejércitos que Cayo Casio Longino absorbió durante las defecciones de 42 a. C. (*vid. supra*).

³³⁸³ D.C. 48.25.3.

³³⁸⁴ Algo similar a lo que hizo César, en 46 a. C., frente a Quinto Cecilio Metelo Escipión, y lo que hicieron Octaviano y Marco Antonio, en 42 a. C., frente a Marco Junio Bruto (*vid. supra*).

³³⁸⁵ D.C. 48.25-26. Cf. Liv. 127; Vell. 2.78.1; Flor. Epit. 2.19.3-5; App. BC 5.65.

³³⁸⁶ Vell. 2.72.5.

Tras la batalla de Munda, en 45 a. C., Sexto Pompeyo, el hijo menor de Cneo Pompeyo Magno, se refugió en Sicilia dispuesto a ofrecer la última resistencia a Cayo Julio César. Con todo en contra, dada la enorme disparidad de fuerzas, el asesinato del dictador y el viraje político del Senado le procuraron a Sexto los apoyos necesarios para hacerse fuerte en la isla. Al calor de los enfrentamientos entre cesarianos y cesaricidas, en 43 a. C., Sexto Pompeyo se enriqueció a costa de la piratería, se hizo con muchas naves, así como con dotaciones completas, y, además, fue investido por el Senado como *praefectus classis et orae maritimae*. La derrota de Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, lejos de debilitarle, reforzó su posición, pues, «como consecuencia de las proscripciones, de las colonizaciones del ejército y de las divergencias entre Lucio [Antonio] y Octaviano, había acrecentado grandemente su prestigio y su poderío»³³⁸⁷. A Sexto se le unieron, entre otros muchos, Cneo Domicio Ahenobarbo, antiguo oficial de Bruto, y Lucio Estayo Murco, quien había estado al frente de la armada de los cesaricidas³³⁸⁸. El resto de la juventud, «ansiosa de la milicia por afán de ganancias, considerando que no había diferencia bajo quién se militara, pues en cualquier caso siempre servirían bajo romanos, preferían unirse a [Sexto] Pompeyo, ya que representaba la causa más justa»³³⁸⁹. En poco tiempo, logró hacerse con el control de los mares Tirreno, Jónico y Adriático, provocando gravísimos problemas a los triunviros.

El control de los mares redujo a Roma y a Italia a un estado de extrema precariedad³³⁹⁰. La situación fue catastrófica, «todo se encareció y echaron la culpa de ello a la discordia entre los jefes»³³⁹¹. La tensión en Roma fue en aumento, debido al hambre y a la enorme escasez que padecía el pueblo³³⁹², lo que originó que los más violentos se unieran en bandas, y que «el pueblo en su totalidad se sublevara»³³⁹³. Para resolver el problema, Octaviano intentó acelerar la guerra, cosa que, sin embargo, no pudo concretar debido a la falta de fondos y a la resistencia del pueblo a seguir financiando guerras, no contra enemigos extranjeros ni para extender el imperio, «sino contra enemigos personales y en defensa del poder particular de cada uno»³³⁹⁴. Tanto el enfado como la violencia fueron en aumento, lo que a punto estuvieron de causar las muertes de Octaviano y Marco Antonio, quienes sufrieron el ataque y la ira del pueblo³³⁹⁵.

³³⁸⁷ App. BC 5.25; D.C. 47.49.4; Eutr. 7.4. Cf. Warry, 1995: 182; Keaveney, 2007: 68.

³³⁸⁸ Vell. 2.72.3-4. Mientras que Murco se le unió con «dos legiones de soldados, quinientos arqueros, gran cantidad de dinero y ochenta naves, y mandó venir a otro ejército de Cefalonia», Ahenobarbo se sumó con «setenta barcos, dos legiones de soldados, arqueros, un cierto número de honderos, tropas ligeras y gladiadores» (App. BC 5.25-26). Respecto a Lucio Estayo Murco, *vid.* Keaveney, 2007: 88.

³³⁸⁹ App. BC 5.25.

³³⁹⁰ Oros. 6.18.19. Cf. Warry, 1995: 182; Brice, 2014: 42, 77, 102, 146, 204.

³³⁹¹ App. BC 5.67, 74; D.C. 48.18.1.

³³⁹² «Los habitantes de Roma [...] estaban privados del suministro de alimentos y, además, el hambre, el gran número de tasas, los impuestos de todo tipo y el gravamen que pesaba sobre los que tenían esclavos los hacía sufrir terriblemente. Ya no se quedaban tranquilos, sino que [...] se indignaron con la guerra que ambos [Octaviano y Marco Antonio] emprendían contra Sexto [Pompeyo]» (D.C. 48.31.1-2).

³³⁹³ App. BC 5.68. Cf. App. BC 5.132, cuando nos dice que «tanto la misma Roma como Italia estaban sometidas, de manera abierta, a las depredaciones de bandas de salteadores, y sus acciones se asemejaban más a un saqueo descarado que a un latrocinio encubierto».

³³⁹⁴ App. BC 5.67.

³³⁹⁵ Según Dion Casio (48.31.5-6), «echaron a pedradas del foro a los magistrados, derribaron las estatuas de César [Octaviano] y [Marco] Antonio y, finalmente, puesto que no conseguían nada, se lanzaron

Finalmente, vituperados y presionados por la población de Roma e Italia, Octaviano y Marco Antonio consintieron en pactar un alto el fuego con Sexto Pompeyo³³⁹⁶. No obstante, poco duró la paz de Miseno de 39 a. C., y, sólo un año después, volvieron los problemas, «los desórdenes y el malestar»³³⁹⁷. Fue entonces, entre el 38 y el 35 a. C., cuando se concentraron la mayor parte de las insurrecciones que trajo el conflicto contra Sexto Pompeyo.

3.18.1. Otras insurrecciones

«Tan sorprendente es todo lo que ocurre en las luchas entre facciones y en las guerras, porque los que dirigen la contienda no creen nada en la justicia, sino que ellos deciden quién es amigo o enemigo según la necesidad y sus intereses; y por eso a las mismas personas, según el momento, unas veces las consideran enemigas y otras amigas»³³⁹⁸.

Junto con algún episodio de desobediencia y algún otro acto de indisciplina espontáneo y mal documentado³³⁹⁹, la desertión y los cambios de bando fueron los tipos de insurrección que más se repitieron durante la lucha entre Sexto Pompeyo y Octaviano. De acuerdo con Dion Casio (48.19.4), fueron tantas las defecciones y los cambios de bando, «que las vírgenes Vestales pedían en los sacrificios que se pusiera fin a las deserciones». A tal efecto, Sexto Pompeyo supo explotar en su beneficio tanto las guerras civiles del periodo como el ambiente de inestabilidad y represión que se vivió en Roma y en Italia para hacerse con el favor de todo aquel que, huyendo del Triunvirato, acudió en su ayuda³⁴⁰⁰. De esta manera, las fuerzas de Pompeyo crecieron exponencialmente³⁴⁰¹, lo que coadyuvó a que se produjeran nuevos cambios de bando, sobre todo en Sicilia³⁴⁰²; y a que un elevado número de soldados desertores acabaran integrando el ejército del menor de los Pompeyo³⁴⁰³.

Sin embargo, del mismo modo que se benefició de determinados cambios de bando, también se vio perjudicado por la desertión de sus hombres, los cuales, en cuanto se complicaron las cosas para su comandante, lo abandonaron en masa. A continuación, distinguimos entre los actos de insurrección que tuvieron lugar en la fase final de la guerra contra Sexto Pompeyo y los que tuvieron lugar durante su huida en Asia.

impetuosamente sobre ambos con la intención de matarlos. La gente estaba muy enfadada con ellos y parecía decidida a hacer algo terrible en respuesta, por lo que Antonio y César, en contra de su voluntad, se vieron forzados a abrir negociaciones de paz con Sexto». Cf. App. BC 5.68, 112.

³³⁹⁶ Liv. 127; Vell. 2.77.1; Plu. Ant. 32.1-3; Flor. Epit. 2.18.3; Suet. Aug. 16.1; D.C. 48.37. Cf. Warry, 1995: 182; Brice, 2014: 42, 45, 77, 102, 146, 204.

³³⁹⁷ D.C. 48.43.1.

³³⁹⁸ D.C. 48.29.3.

³³⁹⁹ App. BC 5.111, 115.

³⁴⁰⁰ D.C. 49.3.2. Cf. Keaveney, 2007: 68.

³⁴⁰¹ D.C. 48.19.4.

³⁴⁰² D.C. 48.17.5.

³⁴⁰³ D.C. 48.17.3.

Si hablamos de desertiones, cambios de bando y traiciones, no podemos dejar de hablar de Menodoro (o Menas). Liberto de su padre Cneo Pompeyo Magno, Menodoro se convirtió durante la guerra de Sicilia en uno de los mejores almirantes de Sexto Pompeyo. No obstante, si famosa fue su habilidad en el mar, más célebres fueron sus continuos cambios de bando³⁴⁰⁴. En la primavera del 38 a. C., tuvo lugar el primero de ellos. Como consecuencia de la interacción entre los libertos de Octaviano y Menodoro, se fraguó la desertión de este último en favor del primero. Con su defección, Octaviano no sólo privó a Sexto de su principal almirante, sino que, también, se hizo con un importante botín de guerra, pues Menodoro le «prometió entregar Cerdeña y Córcega, tres legiones y otro gran número de tropas ligeras»³⁴⁰⁵. La siguiente insurrección llegó, probablemente, en el invierno del 37 y 36 a. C., esta vez para retornar al lado de Sexto³⁴⁰⁶. Enemistado con Calvisio, uno de los principales almirantes de Octaviano, Menodoro consideró que no se le valoraba lo suficiente y que si regresaba junto a Sexto Pompeyo, ahora que había muerto Menécates, su liberto de mayor confianza, obtendría el respeto y el reconocimiento que, según su opinión, merecía³⁴⁰⁷. Aunque Sexto acogió a su antiguo almirante, no volvió a confiar más en él, hecho que le hizo desertar de nuevo³⁴⁰⁸. En 36 a. C., poco antes del final de la guerra, Menodoro cambió de bando por tercera y última vez. En esta ocasión para regresar junto a Octaviano³⁴⁰⁹. Pese a que el triunviro le perdonó su traición, fue vigilado en secreto³⁴¹⁰ y, de igual modo que le ocurrió cuando regresó junto a Sexto, ya no se le confió ninguna otra misión³⁴¹¹.

Aunque, seguramente, fueron muchos más los que imitaron a Menodoro cambiando de uno a otro bando³⁴¹², lamentablemente, la información disponible es mucho más abundante en relación a las desertiones que tuvieron lugar después de la guerra que las que se originaron durante el desarrollo de esta.

Tras la derrota de Nauloco, en 36 a. C., fueron muchos los «amigos, guarniciones y soldados» de Sexto Pompeyo que, o bien desertaron, o bien cambiaron de bando, pero que, de cualquier modo, abandonaron a su comandante y no lo acompañaron en su huida³⁴¹³. Entre sus oficiales, destacamos la defección de Lucio Plinio Rufo, que, al cargo de su infantería, envió emisarios para tratar de las condiciones de paz y permitió que su ejército se uniera al de Marco Emilio Lépido³⁴¹⁴. Su ejemplo lo secundaron otros

³⁴⁰⁴ Sobre el particular, *vid.* Keaveney, 2007: 88; Gueye, 2013a: 230.

³⁴⁰⁵ App. BC 5.78. Cf. App. BC 5.81, 102; D.C. 48.45.6; Oros. 6.19.21.

³⁴⁰⁶ App. BC 5.96; D.C. 48.54.7; Oros. 6.19.25.

³⁴⁰⁷ App. BC 5.96, 102.

³⁴⁰⁸ App. BC 5.100; D.C. 49.1.4.

³⁴⁰⁹ App. BC 5.100, 102; D.C. 49.1.4-5; Oros. 6.19.25.

³⁴¹⁰ App. BC 5.102.

³⁴¹¹ D.C. 49.1.5.

³⁴¹² Para otros rumores de desertión y/o cambios de bando, *vid.* D.C. 49.8.3-4, 18.2, en donde se insinúa, por un lado, la posibilidad de que Marco Emilio Lépido hubiera mantenido conversaciones en secreto con Sexto Pompeyo para cambiarse de bando, y en donde se comenta, por el otro lado, la defección de Marco Ticio, quien se pasó del bando de Sexto al de Marco Antonio.

³⁴¹³ App. BC 5.122.

³⁴¹⁴ App. BC 5.122-123.

personajes destacados como Apolófanes y Tisieno Galo, quienes, respectivamente, se pasaron al lado de Octaviano junto con sus naves y sus hombres³⁴¹⁵.

Durante su huida en Asia, aunque Sexto obtuvo varios éxitos militares, fue paulatinamente perdiendo todos sus apoyos. En 35 a. C. desesperado, contactó con Curio, uno de los oficiales de Cneo Domicio Ahenobarbo³⁴¹⁶, para que traicionara a este último y así, en caso de ser capturado, poder cambiar su vida por la de Ahenobarbo. Sin embargo, su conspiración fue descubierta y Curio murió ajusticiado³⁴¹⁷. De acuerdo con Apiano, cuantos miembros de la nobleza estaban presentes todavía con Sexto, «perdieron sus esperanzas y, tras procurarse garantías personales, desertaron a [Marco] Antonio»³⁴¹⁸. Rodeado de enemigos, Sexto se retiró al interior de Bitinia. Allí fue traicionado por Marco Emilio Escauro, quien poco antes había desertado de su lado³⁴¹⁹. Acto seguido, los soldados de Sexto Pompeyo se pasaron a Amintas, «algunos de forma soterrada y otros a las claras»³⁴²⁰. Finalmente, abandonado por su ejército y sus principales allegados, Sexto, «que estaba solo y temía ya incluso por los suyos», se entregó sin condiciones³⁴²¹.

Si en el pasado fueron las desertiones y los cambios de bando lo que dieron fuerza a Sexto Pompeyo y lo convirtieron en un rival temible, al final de sus días fueron las defecciones y las traiciones lo que terminaron por condenarlo a la muerte³⁴²². Cercado por sus enemigos, tanto sus colaboradores de confianza como sus hombres entendieron que la única forma de salir con vida de una situación tan desesperada era abandonar a su general y negociar una salida con el enemigo³⁴²³.

3.19. Guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano

«Al poco tiempo de este reparto, entraron en conflicto entre sí, como era natural, y César Octaviano, que les aventajaba por su inteligencia y experiencia, despojó, en primer lugar, a [Marco Emilio] Lépido de África, la cual le había tocado en suerte, y tras de a este también le arrebató a [Marco] Antonio, como consecuencia de la batalla de Accio, su imperio desde Siria hasta el mar Adriático. Después de estos sucesos, que se antojaban de enormes proporciones y sumieron a todos en la estupefacción, navegando contra Egipto se apoderó también de este país, que era el imperio más duradero hasta entonces y el más poderoso entre los posteriores a

³⁴¹⁵ D.C. 49.10.4.

³⁴¹⁶ Aunque en el pasado Cneo Domicio Ahenobarbo se había unido a Sexto Pompeyo, en 40 a. C. Cayo Asinio Polión había reconciliado a Ahenobarbo con Marco Antonio. En el mismo año, fue designado por el triunviro gobernador de Bitinia (App. BC 5.50, 63).

³⁴¹⁷ App. BC 5.137.

³⁴¹⁸ App. BC 5.139.

³⁴¹⁹ App. BC 5.142.

³⁴²⁰ App. BC 5.142.

³⁴²¹ App. BC 5.142.

³⁴²² Según Apiano (BC 5.144), tras ser hecho prisionero, Marco Ticio transfirió el ejército de Sexto Pompeyo a Marco Antonio y al propio Sexto le dio muerte en Mileto. Cf. Warry, 1995: 183; Brice, 2014: 146.

³⁴²³ Para más información sobre Sexto Pompeyo, vid. Liv. 127-128; Vell. 2.73, 77-79; Flor. Epit. 2.18; App. BC 5.25-26, 69-74, 77-122, 133-144; D.C. 47.49.4; 48.16-20, 27-31, 36-38, 45-49; 49.1-11.1; Eutr. 7.4, 6.1; Oros. 6.18.19-22, 25-29; 19.2.

Alejandro [Magno] y el único que les faltaba a los romanos en relación con su extensión actual»³⁴²⁴.

Tras ser derrotado en Nauloco, en 36 a. C., Sexto Pompeyo dejó de representar una amenaza para el Triunvirato y, aunque todavía ofreció cierta resistencia durante su huida, su caída en desgracia no se hizo esperar. Eliminado el último de los Pompeyo y muertos todos los cesaricidas, los triunviros no tardaron en demostrar lo eventual y circunstancial de su pacto. El primer enfrentamiento lo lideraron Marco Emilio Lépido y Octaviano, una vez que el primero, cansado de ser menospreciado, intentó aprovecharse de su posición de ventaja en Sicilia y reclamó un mayor protagonismo en el Triunvirato. Derrotado Lépido, la lucha se polarizó entre Marco Antonio y Octaviano, dos viejos rivales que, desde el 44 a. C., tan pronto se habían enfrentado como se habían aliado en función de sus necesidades e intereses, pero que a la altura del 32 a. C., sin más enemigos que ellos mismos, decidieron poner fin a sus diferencias.

A continuación, se recogen las principales insurrecciones que trajeron los enfrentamientos entre Octaviano y Lépido, por un lado, y entre Marco Antonio y Octaviano, por el otro. Entremedio, se analizarán los desórdenes que provocaron los soldados de Octaviano cuando le reclamaron todas las recompensas que les había prometido y que todavía no les había entregado.

3.19.1. Cerca de Mesana³⁴²⁵, Sicilia, septiembre del 36 a. C.

«Mas, cuando estos mismos refuerzos desertaron, el resto del ejército de [Marco Emilio] Lépido, incluyendo a aquella parte que todavía se encontraba bien dispuesta hacia él, cambió de opinión. Y, de nuevo, fueron los primeros en desertar los pompeyanos, que todavía estaban junto a él, haciéndolo sucesivamente por destacamentos»³⁴²⁶.

SITUACIÓN PREVIA: Tras la batalla de Nauloco y la huida de Sexto Pompeyo, Lucio Plinio Rufo, legado de Sexto, ocupó la ciudad de Mesana. Allí fue asediado por Marco Vipsanio Agripa y Marco Emilio Lépido, quienes le forzaron a rendirse. Mientras que Agripa prefirió esperar la llegada de Octaviano, Lépido aceptó la capitulación de Plinio y permitió que su ejército se uniera a sus tropas en el saqueo de Mesana³⁴²⁷. Con este gesto, las legiones de Plinio se pusieron a las órdenes del triunviro³⁴²⁸. Envalentonado por el gran número de soldados que tenía bajo su

³⁴²⁴ App. BC 1.5.

³⁴²⁵ Actual Mesina (noreste de Sicilia, Italia).

³⁴²⁶ App. BC 5.125.

³⁴²⁷ App. BC 5.122.

³⁴²⁸ App. BC 5.123. Cf. Brice, 2020b: 57.

mando³⁴²⁹, Lépido planeo apoderarse de Sicilia, y mejorar, por fin, su posición en el Triunvirato³⁴³⁰.

CAUSAS: Cuatro fueron las posibles razones por las que el ejército de Marco Emilio Lépido desertó y se cambió de bando: sociopolíticas, económicas, personales y militares. Tras años de ininterrumpida guerra, el ejército de Lépido estaba, según Apiano (BC 5.124), «irritado ante la idea de que fueran a entrar nuevamente en otra guerra civil y de que jamás les abandonaran las luchas internas». Un nuevo conflicto armado, supondría la prorrogación inmediata del servicio militar, la pérdida de todo lo que hasta ese momento habían ganado, y la devastación de Roma y/o de Italia, las cuales, desde la muerte de César, habían sido asoladas y esquiladas por el hambre, el bandidaje y la guerra. A este respecto, tanto las tropas triunvirales como los soldados pompeyanos que Lépido acaba de incorporar a su mando temían las consecuencias materiales que se podrían derivar de un hipotético enfrentamiento contra Octaviano. Si los primeros corrían el riesgo de perder todas las promesas y recompensas a las que se habían comprometido Octaviano y Marco Antonio en los últimos años, los segundos tenían miedo de que las garantías que les había dado Lépido no tuvieran validez si antes no las ratificaba Octaviano³⁴³¹. Por si fuera poco, tanto unos como otros desconfiaban de que Lépido estuviera a la altura y de que pudiera imponerse a Octaviano, pues, mientras que de este último admiraban su carácter emprendedor, del primero aborrecían su indolencia y su falta de acción³⁴³². Asimismo, sus hombres estaban furiosos porque Lépido había cedido a los pompeyanos una parte equitativa del reciente saqueo de Mesana³⁴³³, lo que, además, de predisponerlos contra su general pudo enemistarlos con sus nuevos compañeros de armas. Dadas las circunstancias, aunque Lépido contaba con un ejército más grande que el de su rival, este se encontraba desunido y enfrentado, pues ni había buena relación entre sus miembros ni estos confiaban en la capacidad militar de su comandante.

OBJETIVOS: Dadas las terribles consecuencias que, tanto a nivel general como a título personal, podría traer un nuevo conflicto civil, la principal motivación de los soldados fue evitar el enfrentamiento con Octaviano. Si lograban impedir la guerra, las tropas triunvirales podrían confirmar todo lo conseguido hasta la fecha, en cuanto a promesas, privilegios y recompensas, y los pompeyanos podrían ver aprobados los acuerdos alcanzados con Lépido, lo que significaba que tendrían asegurados tanto su bienestar personal como material³⁴³⁴.

³⁴²⁹ Según Apiano (BC 5.123), el ejército de Lépido estaba formado por un total de «veintidós legiones de infantería y un gran número de jinetes». De las cuales, ocho habían sido recientemente incorporadas del ejército de Lucio Plinio Rufo (App. BC 5.122), y, al menos doce legiones, estaban «medianamente completas» (Vell. 2.80.1). Para otras referencias, *vid.* Vell. 2.80.2; Suet. Aug. 16.4; Oros. 6.18.30; Brice, 2020b: 57.

³⁴³⁰ Liv. 129; Vell. 2.80; Plu. Ant. 55.3; Suet. Aug. 16.4; App. BC 5.122-127; D.C. 49.11.2-4, 12.1-4; Oros. 6.18.30-32. Cf. Brice, 2014: 4, 4; 2020b: 56-57.

³⁴³¹ App. BC 5.124.

³⁴³² Vell. 2.80.4; App. BC 5.124; D.C. 49.12.1.

³⁴³³ App. BC 5.124.

³⁴³⁴ App. BC 5.124. Cf. Keaveney, 2007: 88.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Deserción y cambio de bando del ejército de Marco Emilio Lépido³⁴³⁵. Tras la deserción de los primeros pompeyanos³⁴³⁶, algunos oficiales de las guarniciones que había desplegado Lépido en Sicilia, junto con sus respectivos destacamentos, fueron cambiando de bando paulatinamente³⁴³⁷. Poco después, tanto los refuerzos enviados por Lépido para sofocar la deserción de estas guarniciones³⁴³⁸ como el resto de unidades del interior de su campamento³⁴³⁹, fueron abandonado su mando, hasta el punto de que todo el ejército, incluso los que hasta entonces se habían mantenido fieles a su comandante³⁴⁴⁰ y la caballería, la última en desertar³⁴⁴¹, «de modo particular o en pequeños grupos, uno a uno lo fueron abandonado y pasándose al lado de César [Octaviano]»³⁴⁴². Mientras que Octaviano fue el encargado de promover desde el exterior del ejército los primeros levantamientos de los hombres de Lépido³⁴⁴³, las deserciones de las guarniciones y de los destacamentos del exterior, así como del resto del ejército, no fueron organizadas ni por las tropas de Lépido ni por Octaviano, sino que tuvieron lugar de manera espontánea como consecuencia de las noticias que llegaban del interior del campamento de Lépido y de la situación de cada momento³⁴⁴⁴. Aunque, en su mayor parte, las deserciones fueron pacíficas³⁴⁴⁵, también hubo momentos de violencia, en concreto cuando Lépido intentó sofocar mediante la fuerza los intentos de Octaviano por amotinar a su ejército y cuando envió refuerzos al exterior para reprimir la deserción de sus guarniciones³⁴⁴⁶.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Consciente del estado de ánimo del ejército de Lépido, Octaviano hizo todo lo que estaba en sus manos por atraerse a sus soldados y ganarse su lealtad. A tal efecto, introdujo mensajeros en el campamento de Lépido con la misión de que «le aconsejaran, en secreto, a cada uno de sus propios intereses»³⁴⁴⁷. Una vez que «tuvo sobornado a muchos»³⁴⁴⁸, centró sus esfuerzos en granjearse el favor de los antiguos pompeyanos, ya que sabía que eran los más vulnerables y, dado que habían sido los últimos en sumarse a las fuerzas de Lépido, los que menos lealtad le

³⁴³⁵ Liv. 129; Vell. 2.80; Plu. *Ant.* 55.3; Suet. *Aug.* 16.4; App. *BC* 5.122-127; D.C. 49.11.2-4, 12.1-4; Oros. 6.18.30-32. Para más información sobre las maniobras subversivas de Octaviano y los problemas de disciplina a los que tuvo que hacer frente Marco Emilio Lépido, *vid.* Jal, 1962a: 15; Keppie, 1998: 110; Alston, 2002: 33; Keaveney, 2007: 51, 88, 89, 90; Gueye, 2013a: 234; Brice, 2014: 4, 42-43, 102, 204; 2020b: 56-57, 59-60; 2020c: 118; 2020d: 256, 258.

³⁴³⁶ App. *BC* 5.124.

³⁴³⁷ App. *BC* 5.125.

³⁴³⁸ App. *BC* 5.125.

³⁴³⁹ App. *BC* 5.125.

³⁴⁴⁰ App. *BC* 5.125.

³⁴⁴¹ App. *BC* 5.126.

³⁴⁴² D.C. 49.12.3. *Cf.* Liv. 129; Suet. *Aug.* 16.4; Oros. 6.18.31.

³⁴⁴³ En particular, los del interior del campamento (App. *BC* 5.124). *Cf.* Keaveney, 2007: 51, 88, 89; Gueye, 2013a: 234; Brice, 2014: 4, 43; 2020b: 57, 59-60; 2020c: 118; 2020d: 258.

³⁴⁴⁴ App. *BC* 5.125-126.

³⁴⁴⁵ App. *BC* 5.124.

³⁴⁴⁶ App. *BC* 5.125-126. De hecho, mientras que las últimas tropas en abandonar el campamento de Lépido amenazaron con matarlo si no les dejaba marchar (App. *BC* 5.125), antes de desertar la caballería se puso en contacto con Octaviano para preguntarle si debían matar a Lépido, puesto que ya no lo reconocían como su general (App. *BC* 5.126).

³⁴⁴⁷ App. *BC* 5.124. *Cf.* Brice, 2020b: 57.

³⁴⁴⁸ App. *BC* 5.124. *Cf.* Brice, 2020b: 59.

profesaban³⁴⁴⁹. Creyendo tener bajo control la situación, a continuación se presentó en el campamento enemigo con un grupo de soldados para terminar de fraguar su defección³⁴⁵⁰. En su intervención puso de manifiesto que era Lépido el único responsable de llevarlos a la guerra y que él estaba siendo empujado a las armas en contra de su voluntad³⁴⁵¹. Tras su alocución, fueron varios los soldados que le saludaron como a su general, y muchos los pompeyanos que, tras haber sido previamente sobornados, le solicitaron su perdón³⁴⁵². En este momento, Octaviano exigió una mayor implicación y que se amotinaran contra su comandante, hecho que, no obstante, no tuvo lugar gracias a la intervención de Lépido³⁴⁵³. A partir de aquí, la organización de la defección corrió a cuenta de los hombres de Lépido, puesto que Octaviano fue expulsado y a punto estuvo de morir en la refriega³⁴⁵⁴. De todos ellos, fueron los pompeyanos quienes mejor organizados estuvieron y los que desempeñaron un papel más relevante, ya que, comprados por Octaviano, provocaron el levantamiento de las demás unidades y su sedición³⁴⁵⁵. Por el contrario, salvo la caballería, que antes de dar el paso y cambiar de bando se puso en contacto con Octaviano mediante un emisario³⁴⁵⁶, y parte de los pompeyanos³⁴⁵⁷, así como algún otro grupo aislado³⁴⁵⁸, el resto del ejército de Lépido no demostró estar coordinado, sino que se fue contagiando de la revuelta conforme más tropas iban cambiando de bando y las noticias de más desertiones se fueron confirmando³⁴⁵⁹.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Aunque Lépido, finalmente, demostró poseer un carácter más expeditivo de lo esperado, durante mucho tiempo estuvo al margen de las maniobras subversivas de Octaviano³⁴⁶⁰. Este desconocimiento le impidió actuar a tiempo, ya que su colega en el Triunvirato ya había infiltrado a mensajeros de su confianza y había sobornado a muchos de sus hombres, especialmente a los pompeyanos³⁴⁶¹. Cuando Lépido reaccionó, Octaviano ya se había presentado en el campamento, había hablado a los soldados de aquel, había pronunciado su discurso y

³⁴⁴⁹ App. BC 5.124. Cf. Keaveney, 2007: 88; Brice, 2020b: 57.

³⁴⁵⁰ Vell. 2.80.3; App. BC 5.124; D.C. 49.12.1-2. Cf. Keaveney, 2007: 88; Gueye, 2013a: 234; Brice, 2020b: 57.

³⁴⁵¹ App. BC 5.124.

³⁴⁵² App. BC 5.124.

³⁴⁵³ App. BC 5.125.

³⁴⁵⁴ Según Apiano (BC 5.125), «hubo intercambio de proyectiles y uno de los portadores de las armas de Octaviano cayó abatido, y el mismo Octaviano fue alcanzado en la coraza por un dardo». Cf. Vell. 2.80.3; D.C. 49.12.2. Conforme a Dion Casio (49.12.3), tras ser expulsado por la fuerza del campamento de Lépido, Octaviano regresó con su ejército y cercó a Lépido y a sus fuerzas en su propio campamento, lo que ayudó a la movilización de sus tropas y a que poco a poco desertaran a su lado (cf. Brice, 2020b: 57).

³⁴⁵⁵ «Y, de nuevo, fueron los primeros en desertar los pompeyanos, que todavía estaban junto a él [Lépido], haciéndolo sucesivamente por destacamentos» (App. BC 5.125).

³⁴⁵⁶ App. BC 5.126.

³⁴⁵⁷ App. BC 5.125.

³⁴⁵⁸ D.C. 49.12.3.

³⁴⁵⁹ «Mas, cuando estos mismos refuerzos desertaron, el resto del ejército de Lépido, incluyendo a aquella parte que todavía se encontraba bien dispuesta hacia él, cambio de opinión» (App. BC 5.125). Cf. Vell. 2.80.4.

³⁴⁶⁰ De acuerdo con Apiano (BC 5.124), «mientras Lépido ignoraba aún estas maniobras a causa de su inoperancia, Octavio se presentó en su campamento».

³⁴⁶¹ App. BC 5.124.

había alentado a las tropas a la rebelión³⁴⁶². Ante tales circunstancias, a Lépido sólo le quedó reprimir por la fuerza la rebelión, ya que los mecanismos de detección y control habían resultado ineficaces³⁴⁶³. Durante un tiempo, su reacción le sirvió para contener y retrasar la desertión de sus hombres, y, lo que es más importante, para asegurarse la lealtad de una parte de su ejército³⁴⁶⁴. De este modo, pudo expulsar a Octaviano y a sus soldados de su campamento³⁴⁶⁵, y, durante un breve periodo de tiempo, mantener el control de parte de las guarniciones y de sus destacamentos³⁴⁶⁶. Sin embargo, la reacción llegó tarde y conforme aumentaron los casos de desertión más difícil fue para Lépido conservar la voluntad de su ejército. Por último, Lépido dio la orden de armar a nuevas tropas con las que enfrentarse a los desertores, y él mismo amenazó y suplicó a las que estaban partiendo, hasta el punto de apoderarse de las enseñas con el fin de influir emocionalmente en sus hombres³⁴⁶⁷. Todos sus esfuerzos fracasaron y con ellos sus opciones de retener a sus soldados.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Los soldados de Lépido lograron hacerse con el control de la situación y desertar al lado de Octaviano, quien les garantizó tanto su integridad física como las recompensas prometidas³⁴⁶⁸. Por lo demás, ningún soldado fue castigado.

CONSECUENCIAS: La principal consecuencia del amotinamiento del ejército de Lépido fue la eliminación de este del tablero político del momento. Tras fracasar en su intento de apoderarse de Sicilia y tras perder a su ejército, Lépido fue reducido a la condición de simple *privatus* y despojado de todo su poder³⁴⁶⁹. Expulsado Lépido del Triunvirato y derrotado Sexto Pompeyo, sólo quedaba Marco Antonio como último rival en la carrera por el poder. Octaviano confirmó su preponderancia en la parte occidental del Imperio y absorbió a la totalidad de las tropas de Lépido, haciéndose así con un enorme ejército³⁴⁷⁰. Por último, «recompensó a los soldados con premios por la victoria, a algunos en efectivo y a otros bajo promesa; distribuyó coronas y honores para todos, y concedió el perdón a los oficiales de [Sexto] Pompeyo»³⁴⁷¹.

COMENTARIO: Del análisis anterior destacamos, en primer lugar, el descaro con el que, una vez más, Octaviano se aprovechó del desconcierto y del malestar de un ejército rival para promover la indisciplina y el cambio de bando. Tal y como hemos podido

³⁴⁶² App. BC 5.124.

³⁴⁶³ A este respecto, el hecho de que parte de los oficiales hubieran desertado, en particular los que habían sido colocados al frente de las guarniciones, pudo dificultar la labor de detección, control y represión de la insurrección (App. BC 5.125).

³⁴⁶⁴ App. BC 5.125.

³⁴⁶⁵ Vell. 2.80.3; App. BC 5.125; D.C. 49.12.2; Oros. 6.18.30.

³⁴⁶⁶ App. BC 5.125.

³⁴⁶⁷ App. BC 5.125.

³⁴⁶⁸ App. BC 5.126-127; Oros. 6.18.31.

³⁴⁶⁹ Liv. 129; Vell. 2.80.4; Suet. Aug. 16.4; Plu. Ant. 55.3; App. BC 5.126; D.C. 49.12.3-4; Oros. 6.18.32. Cf. Keaveney, 2007: 51, 88; Keppie, 1998: 110; Brice, 2014: 4, 43, 102, 204; 2020b: 57; 2020d: 256.

³⁴⁷⁰ Derrotado Lépido, Octaviano «reunió a su ejército, que estaba compuesto por veinticinco legiones de infantería pesada, veinticinco mil jinetes y unos cuarenta mil soldados armados a la ligera, además de seiscientos barcos» (App. BC 5.126). Cf. Brice, 2020b: 58.

³⁴⁷¹ App. BC 5.126. De acuerdo con Dion Casio (49.12.4), mientras que los caballeros y senadores que habían apoyado a Sexto Pompeyo fueron castigados, excepto unos pocos, los soldados pompeyanos que eran libres fueron incorporados al ejército de Octaviano, y los que eran esclavos fueron, o bien entregados a sus antiguos amos para ser castigados, o bien empalados o crucificados.

comprobar, el futuro Augusto desplegó todo su ingenio y ejecutó todo tipo de artificios y artimañas para incentivar la desertión y promover la desobediencia en el ejército de Marco Emilio Lépido. Frente al atrevimiento de Octaviano, Lépido tardó en reaccionar y cuando lo hizo sólo supo emplear la violencia, la amenaza y la represión para contener a su ejército, lo que provocó que el resto de soldados, incluso los más leales, le dieran la espalda y que reconocieran a Octaviano como la mejor alternativa si querían conservar todos sus beneficios. En segundo lugar, destacamos la inestimable colaboración de los pompeyanos, el eslabón más débil del ejército de Lépido. Octaviano sabía que su vínculo con Lépido era eventual y que se pasarían a su bando con tan sólo mejorar las condiciones que su colega en el Triunvirato les había dado. Tras haber sido sobornados, la defección de los pompeyanos provocó una reacción en cadena en el interior del campamento de Lépido. Conforme fue aumentando el número de sediciones cada vez fueron más los soldados, e, incluso, oficiales, que cambiaron de bando. Así las cosas, fue cuestión de tiempo que el resto de unidades se pasaran al bando de Octaviano. Por último, destacamos el valor simbólico que tuvieron los *signa militaria* a lo largo del episodio. Hasta en tres ocasiones los estandartes estuvieron relacionados con alguno de los ejemplos de desertión que protagonizaron los hombres de Lépido. En primer lugar, cuando los primeros pompeyanos se pasaron a Octaviano³⁴⁷²; en segundo lugar, cuando las tropas que habían sido provistas de armas para impedir el cambio de bando de sus compañeros se volvieron contra Lépido y desertaron³⁴⁷³; y, en tercer lugar, cuando Lépido, empujado por la rabia, la frustración y la desesperación, arrebató las enseñas de los soldados que estaban huyendo e intentó con su presencia influir sobre ellos y evitar su defección³⁴⁷⁴. En todos los casos las enseñas preludieron la traición y el cambio de bando, sirviendo de antesala a la desertión. Este hecho, aunque pueda parecer anecdótico, es de suma relevancia, ya que, tradicionalmente, los *signa militaria*, junto con el *sacramentum militiae*, habían servido para confirmar y conservar la lealtad del ejército, así como para recordar a las tropas sus obligaciones y deberes como militares. Sin embargo, en todos estos casos las enseñas perdieron su valor primigenio³⁴⁷⁵, dejaron de servir como mecanismos de control, y se convirtieron en objetos con los que sellar y materializar la traición de las tropas³⁴⁷⁶.

³⁴⁷² App. BC 5.124.

³⁴⁷³ App. BC 5.125.

³⁴⁷⁴ App. BC 5.125.

³⁴⁷⁵ No obstante, aunque perdieron su valor disciplinario, no perdieron su valor simbólico como elementos de cohesión. De hecho, cuando Lépido amenazó con no entregar las enseñas que previamente había arrebatado a los soldados, «uno de los signíferos le dijo que las dejara o era hombre muerto», lo que pone de manifiesto el alto valor que para las tropas seguían teniendo a pesar de todo (App. BC 5.125).

³⁴⁷⁶ En este sentido, creemos que Veleyo Patérculo (2.80.3) utilizó el *aquila* como recurso literario con el que aludir al cambio de bando de una de las legiones de Lépido. Al respecto, nos dice que Octaviano, cuando se introdujo en el campamento de Lépido, «se atrevió a arrebatarles el águila de una legión», sin embargo, ningún otro autor menciona nada parecido, algo que, por otro lado, nos resulta raro, debido a la relevancia que tuvo el águila en el ejército romano y a la importancia que tenía perder o ganar una de ellas. Por ello, consideramos que es una metáfora de la desertión de una de las legiones de Lépido durante el primer intento de Octaviano por levantar al ejército de su colega en el Triunvirato, y no una referencia literal al robo de una de las águilas de la legión. Para otros pasajes en donde las enseñas y el águila se utilizaron como alegoría de la desertión del ejército y/o de un cambio de bando del mismo, *vid.* Caes. Civ. 1.24.3; 74.3; Vell. 2.61.3; Plu. Sert. 15.2-5; App. BC 1.87; 5.124; 125.

3.19.2. Cerca de Mesana, Sicilia, finales del 36 a. C.

«Más tarde se produjo una rebelión repentina del ejército —que consciente de su gran número se resiste a la disciplina y no soporta suplicar por aquello a lo que cree que él puede forzar— a la que puso fin el general supremo [Octaviano] en parte con severidad, en parte con medidas de gracia»³⁴⁷⁷.

SITUACIÓN PREVIA: Concluida la guerra contra Sexto Pompeyo y sofocado el levantamiento de Marco Emilio Lépido, las tropas bajo el mando de Octaviano, enardecidas por su gran número³⁴⁷⁸, al corriente de que su general pronto las iba a necesitar y hartas de falsas promesas, se amotinaron y reivindicaron todo aquello que se les había prometido durante los últimos años y que todavía no se les había dado³⁴⁷⁹.

CAUSAS: Identificamos tres posibles razones detrás del malestar de los soldados de Octaviano: económicas, físicas y militares. Desde su llegada a Italia, en 44 a. C., Octaviano se había hecho con el favor de un gran ejército a base de dinero y de la promesa de grandes bonificaciones. De este modo, se ganó el apoyo de las legiones *Martia* y *III*, en 44 a. C., así como el favor de muchos de los veteranos de su padre adoptivo Cayo Julio César³⁴⁸⁰; consiguió los efectivos necesarios para hacer la guerra a Marco Antonio, en 43 a. C.³⁴⁸¹, y para hacerse con el consulado en agosto del mismo año³⁴⁸²; reunió a un gran número de soldados con los que enfrentarse a Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, en 42 a. C.³⁴⁸³; y se hizo, finalmente, con un nutrido ejército con el que combatir a Sexto Pompeyo³⁴⁸⁴. Sin embargo, a finales del 36 a. C., muchas de sus promesas aún no se habían cumplido³⁴⁸⁵, y los soldados todavía no habían recibido todos los honores prometidos³⁴⁸⁶. A la decepción económica se sumó el

³⁴⁷⁷ Vell. 2.81.1.

³⁴⁷⁸ Mientras que Orosio (6.18.33) nos dice que «cuarenta y cuatro legiones había en aquel momento bajo el mando único de César [Octaviano]», Apiano (*BC* 5.127) nos informa de que, tras las derrotas de Sexto Pompeyo y de Marco Emilio Lépido, Octaviano reunió a un ejército compuesto por «veinticinco legiones de infantería pesada, veinticinco mil jinetes y unos cuarenta mil soldados armados a la ligera». Independientemente del número total de efectivos, y de cuántos de esos soldados se levantaron, de lo que no hay duda es de que el motín fue secundado por un porcentaje muy alto del total de las fuerzas reunidas en Sicilia; que, precisamente, fue su tamaño lo que dio fuerza a las tropas en sus reclamaciones (*D.C.* 49.13.1; *Oros.* 6.18.33); y que, de todos los soldados implicados en la insurrección, fue, en particular, el ejército que había militado desde el principio bajo el *imperium* de Octaviano el que más protagonismo tuvo en la revuelta (*App.* *BC* 5.128). Con respecto a esto último, debemos recordar que, por aquel entonces, el ejército de Octaviano era tremendamente heterogéneo, pues, junto a sus hombres, había soldados de Sexto Pompeyo, tropas de Marco Emilio Lépido, y efectivos de Marco Antonio.

³⁴⁷⁹ Vell. 2.81; *App.* *BC* 5.128-129; *D.C.* 49.13-14; *Oros.* 6.18.33.

³⁴⁸⁰ *App.* *BC* 3.40, 42.

³⁴⁸¹ *App.* *BC* 3.48, 65.

³⁴⁸² *App.* *BC* 3.74-76, 80, 86-87.

³⁴⁸³ *App.* *BC* 4.3; *D.C.* 47.42.5.

³⁴⁸⁴ *App.* *BC* 5.3-5, 12-13, 19, 22; *D.C.* 48.2.2-3.

³⁴⁸⁵ *App.* *BC* 5.128; *D.C.* 49.13.2; *Oros.* 6.18.33. *Cf.* Gabba, 1975: 29; Keaveney, 2007: 64, 88; Brice, 2020b: 58; 2020d: 256.

³⁴⁸⁶ En relación a los honores con los que se premió la lealtad de las tropas, *vid.* *D.C.* 47.14.4, 52.42.1, en donde se especifica que algunos soldados fueron recompensados con magistraturas y sacerdocios, y otros fueron añadidos a las listas del Senado.

cansancio físico y el desinterés por la guerra³⁴⁸⁷. Tras años de enfrentamientos y duros combates, mientras que una parte significativa del ejército de Octaviano seguía en activo a pesar de haberse cumplido el tiempo ordinario de servicio³⁴⁸⁸, otra no estaba dispuesta a embarcarse en ninguna otra empresa militar³⁴⁸⁹.

OBJETIVOS: Las principales demandas de los soldados fueron dos: que Octaviano cumpliera con todas sus promesas³⁴⁹⁰, y que se les eximiera del servicio militar³⁴⁹¹.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín en el ejército de Cayo Julio César Octaviano³⁴⁹². Durante su levantamiento, las tropas presionaron, protestaron e, incluso, amenazaron con no ir a ninguna otra guerra y abandonar a Octaviano si no percibían antes todas las recompensas y honores prometidos y eran liberadas del servicio militar³⁴⁹³. La insurrección fue violenta, las tropas emplearon la fuerza durante sus protestas³⁴⁹⁴, protagonizaron varios alborotos y altercados³⁴⁹⁵, y se mostraron insaciables y violentas³⁴⁹⁶ tanto durante las negociaciones con Octaviano como en la relación con aquellos soldados que, o bien no secundaron las protestas, o bien censuraron el comportamiento de sus compañeros de armas³⁴⁹⁷. Por otro lado, pese a que autores como Velejo Patérculo, Apiano, Dion Casio y Orosio no reconocen una organización detrás de la acción de los soldados, y apuestan, por el contrario, por la espontaneidad de sus actos³⁴⁹⁸, podemos asegurar que su insurrección disfrutó de un nivel de coordinación mucho mayor de lo que oficialmente se ha reconocido. Así, por ejemplo, se sirvieron de oficiales del ejército para defender sus exigencias³⁴⁹⁹, se organizaron en grupos con el propósito de aumentar su presión y su

³⁴⁸⁷ D.C. 49.13.1-3.

³⁴⁸⁸ En particular, las fuentes destacan la situación de los veteranos de la guerra de Módena (43 a. C.). Pese a que a estos soldados se les había eximido de participar en nuevas contiendas militares (App. BC 3.87; D.C. 46.29.2-6), y se les había prometido entregarles cinco mil dracmas por sus servicios (App. BC 3.48, 74, 86) y tierra (D.C. 46.29.2-6), a la altura del 36 a. C., muchos de ellos, no sólo no habían visto cumplidas tales promesas, sino que, además, seguían en activo (App. BC 5.129; D.C. 49.14.1-2).

³⁴⁸⁹ App. BC 5.128-129; D.C. 48.13.3. Cf. Gabba, 1975: 29; Keaveney, 2007: 64, 88; Brice, 2020b: 58-59; 2020d: 256.

³⁴⁹⁰ App. BC 5.128; D.C. 49.13.1-2; Oros. 6.18.33. Cf. Gabba, 1975: 29; Keaveney, 2007: 64, 88; Brice, 2020b: 58; 2020d: 256.

³⁴⁹¹ App. BC 5.128-129; cf. Gabba, 1975: 29; Keaveney, 2007: 64, 88; Brice, 2020b: 58-59; 2020d: 256. Para Dion Casio (49.13.3), los soldados no exigieron su licenciamiento «porque quisieran de verdad retirarse del ejército (pues la mayoría de ellos estaba en la flor de la edad), sino porque sospechaban que César [Octaviano] iba a enfrentarse con [Marco] Antonio y por ese motivo se hacían vender caros. Suponían que todo lo que no iban a conseguir con ruegos lo iban a obtener con la amenaza de abandonarlo». Cf. Vell. 2.81.1, para un planteamiento similar al de Dion Casio.

³⁴⁹² Vell. 2.81; App. BC 5.128-129; D.C. 49.13-14; Oros. 6.18.33. Para más información sobre el levantamiento que protagonizaron las tropas de Octaviano, *vid.* Gabba, 1975: 29; Keaveney, 2007: 64, 67, 88-89; Brice, 2014: 43, 102, 128; 2015b: 113; 2020b: 57-61; 2020d: 256, 261, 265.

³⁴⁹³ App. BC 5.128-129; D.C. 49.13.2-4.

³⁴⁹⁴ Vell. 2.81.1.

³⁴⁹⁵ D.C. 49.13.2; Oros. 6.18.33.

³⁴⁹⁶ Vell. 2.81.1; App. BC 5.128-129; D.C. 49.13.1; Oros. 6.18.33.

³⁴⁹⁷ App. BC 5.128.

³⁴⁹⁸ Vell. 2.81; App. BC 5.128-129; D.C. 49.13-14; Oros. 6.18.33.

³⁴⁹⁹ App. BC 5.128.

presencia³⁵⁰⁰, y, por último, se reunieron en torno a una serie de líderes destacados a partir de los cuales reforzaron su influencia³⁵⁰¹.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Aunque no tenemos constancia de cómo se inició el levantamiento de los soldados, lejos de ser un acto impulsivo y espontáneo de un puñado de tropas descontentas con su comandante, creemos que la insurrección estuvo previamente organizada. En primer lugar, los soldados supieron escoger el momento exacto en el que sublevarse: justo después de derrotar a Sexto Pompeyo y de aplastar el levantamiento de Marco Emilio Lépido, y antes de un nuevo enfrentamiento con Marco Antonio; es decir, en un momento en el que seguían movilizados y, por consiguiente, unidos y próximos a su comandante, y en un contexto de relativa calma en el que poder presionar y comprometer a su general con retirarle su apoyo sin riesgo a ser atacados por ningún enemigo cercano. En segundo lugar, los soldados actuaron en bloque y, conforme a Dion Casio (49.13.1), pidieron «para todos los demás lo que cada uno deseaba para sí», evitando con ello que la fuerza de su número se debilitara con reclamaciones aisladas e independientes del conjunto de demandas del ejército³⁵⁰². De esta forma, se arremolinaron en torno a líderes y oficiales destacados, como el tribuno militar Ofilio, lo que permitió al ejército mantener el pulso con Octaviano, persistir en sus reclamaciones y no ceder ni ante sus amenazas de represión ni ante las primeras ofertas y promesas con las que intentó desmovilizar la reacción del ejército³⁵⁰³. Finalmente, dicha organización fue a más conforme creció el malestar de las tropas y los soldados percibieron que Octaviano cedía ante sus presiones y protestas³⁵⁰⁴, y se mantuvo constante a pesar de las artimañas con las que el triunviro buscó desestabilizar al ejército³⁵⁰⁵. Por otra parte, su gran número³⁵⁰⁶, la seguridad en la legitimidad de sus reivindicaciones³⁵⁰⁷ y la creencia en que Octaviano les necesitaba para sus futuras campañas militares³⁵⁰⁸, fueron los pilares sobre los que se apoyaron los soldados durante el tiempo que duraron sus reclamaciones.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Durante el tiempo que se mantuvo movilizado el ejército, Octaviano puso en marcha todo tipo de subterfugios con los que tranquilizar a las tropas, desmovilizar a los soldados y recuperar la confianza del ejército. En un primer momento, el objetivo de Octaviano fue ganar tiempo, con la finalidad de que la revuelta se extinguiera por sí misma, y que los soldados se cansaran y cesaran en sus reclamaciones. Así, les recordó sus obligaciones militares y su deber de cumplir con el juramento militar, les amenazó con «las leyes de la patria» y con aplicar la disciplina militar, y les apercibió con usar la violencia y aplastar su desobediencia por

³⁵⁰⁰ App. BC 5.129.

³⁵⁰¹ App. BC 5.129.

³⁵⁰² No obstante, eso no impidió que las tropas pudieran manifestar su opinión de manera individual. El caso más famoso es el del tribuno militar Ofilio, quien se enfrentó en persona a Octaviano y le exigió que las recompensas fueran en tierra y dinero, y no en forma de coronas y púrpuras (App. BC 5.128).

³⁵⁰³ App. BC 5.128. Cf. Brice, 2020b: 58.

³⁵⁰⁴ D.C. 49.13.1.

³⁵⁰⁵ App. BC 5.128-129; D.C. 49.13-14.

³⁵⁰⁶ Vell. 2.81.1; D.C. 49.13.1.

³⁵⁰⁷ Según Dion Casio (49.14.1), el propio Octaviano llegó a reconocer que «reclamaban cosas razonables y que sus peticiones estaban dentro de lo humano». Cf. App. BC 5.128.

³⁵⁰⁸ D.C. 49.13.1-3.

la fuerza³⁵⁰⁹. Sin embargo, tras percibir que la insurrección iba a más y que, en vez de ceder en sus demandas, los soldados presionaban con mayor determinación y denuedo, Octaviano decidió hacer las primeras concesiones por miedo a que se produjeran «nuevos tumultos entre las tropas recién incorporadas»³⁵¹⁰. De este modo, se comprometió a entregar a las tropas una recompensa digna, a liberar a los soldados del servicio militar, y a no utilizar de nuevo al ejército en luchas civiles³⁵¹¹. Por último, prometió coronas para las legiones³⁵¹², y «túnicas festoneadas de púrpura y el rango de decurión en sus ciudades de origen» para los centuriones y tribunos militares³⁵¹³. No obstante lo anterior, Octaviano siguió con su vieja costumbre de prometer y no dar, de tal forma que de nada sirvieron todos sus esfuerzos. Lejos de apaciguar a sus hombres, continuaron las protestas de las tropas y su descontento fue en aumento, pues todavía no había cedido ante ninguna de sus principales reivindicaciones: dinero, tierra y exención del servicio militar. Fue entonces cuando, con el propósito de despojar a los soldados de sus principales cabecillas, Octaviano actuó contra los líderes de la soldadesca. El primero (y, según las fuentes, el único) en ser eliminado fue Ofilio, quien desapareció misteriosamente tras haberse enfrentado pública y abiertamente a Octaviano³⁵¹⁴. No obstante, parece que las tropas no se amedrentaron y que los soldados continuaron con sus protestas³⁵¹⁵. En consecuencia, Octaviano se atrajo al resto de sus líderes, de tal modo que, paulatinamente, los soldados se vieron privados de sus principales interlocutores³⁵¹⁶. Sin embargo, ni aun así consiguió frenar la movilización del ejército, lo que llevó al triunviro a licenciar a una parte del mismo y a enfrentar a los soldados entre sí³⁵¹⁷. Nada surtió efecto, o al menos no en la medida en que le hubiera gustado a Octaviano, de ahí que, finalmente, se viera obligado a realizar nuevas concesiones³⁵¹⁸.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. Gracias a su resolución, las tropas vieron mejoradas sus condiciones de servicio y lograron arrancar a Octaviano varias de sus antiguas reivindicaciones en forma de licenciamientos, dinero,

³⁵⁰⁹ App. BC 5.128. Cf. Vell. 2.81.1; Keaveney, 2007: 88; Brice, 2020b: 60.

³⁵¹⁰ En referencia a los antiguos soldados de Sexto Pompeyo y a las fuerzas de Marco Emilio Lépido, ya que ambos ejércitos habían sido recientemente asimilados por el futuro Augusto (App. BC 5.127).

³⁵¹¹ Sobre el particular, les invitó a cambiar los enfrentamientos civiles por la lucha contra los ilirios y otros pueblos bárbaros —como salasos, tauriscos, liburnios y yápidos (D.C. 49.35, 38), panonios (D.C. 49.36-38) y dálmatas (D.C. 49.38)—, ya que de esa forma obtendrían mayores beneficios (App. BC 5.128). Cf. Keaveney, 2007: 89; Brice, 2020b: 61.

³⁵¹² De olivo a los que habían combatido en Nauloco (D.C. 49.14.2). Cf. Keaveney, 2007: 89; Brice, 2020b: 60.

³⁵¹³ App. BC 5.128. Cf. D.C. 49.14.3; Keaveney, 2007: 89; Brice, 2020b: 60.

³⁵¹⁴ Según Apiano (BC 5.129), al día siguiente de intervenir públicamente contra Octaviano, el tribuno Ofilio «desapareció y no se supo qué fue de él». Cf. Keaveney, 2007: 89; Brice, 2020b: 61.

³⁵¹⁵ Conforme a Apiano (BC 5.129), «los soldados, por miedo, ya no se atrevieron a levantar la voz singularmente, pero en común pedían a gritos, reunidos en grupos, que se les dispensara de las labores de la milicia».

³⁵¹⁶ App. BC 5.129. Cf. Brice, 2014: 128; 2020b: 60.

³⁵¹⁷ Según Apiano (BC 5.129), Octaviano «avanzó ante el resto de la soldadesca y los puso como testigos del perjurio de aquellos que habían abandonado el servicio, pues lo habían hecho sin el consentimiento de su general, y alabó a los que se habían quedado y les hizo concebir esperanzas en un pronto licenciamiento [...]». Cf. Oros. 6.18.33.

³⁵¹⁸ Vell. 2.81.1-3; App. BC 5.129; D.C. 49.14.1-5.

tierras, recompensas, honores y nuevas promesas futuras³⁵¹⁹. De esta manera, concedió la dispensa a todos aquellos que así lo desearan de entre los que habían luchado en Módena y Filipos³⁵²⁰; entregó quinientas dracmas a los que se quedaron bajo su mando³⁵²¹; y, por último, prometió nuevos honores y recompensas según el rango: a los soldados les hizo concebir esperanzas de un pronto licenciamiento y futuras riquezas³⁵²²; a los centuriones que los iba a inscribir en la curia de sus ciudades de origen³⁵²³; y a cada uno de sus lugartenientes una cosa diferente, distinguiendo entre todos ellos a Marco Vipsanio Agripa, a quien le regaló una corona de oro labrada con espolones de naves, como premio por su victoria en Nauloco³⁵²⁴.

CONSECUENCIAS: Aunque al final Octaviano pudo recuperar el control de la situación, no sin esfuerzo y sin ceder a gran parte de las demandas de sus hombres, su posición se vio fuertemente comprometida. Por lo demás, los soldados aprendieron una valiosa lección, y es que si colaboraban juntos y presionaban a su comandante con la suficiente insistencia y determinación, podrían obtener en el futuro nuevas concesiones, así como mejorar sus condiciones de servicio, si, de nuevo, se les presentaba una oportunidad similar³⁵²⁵.

COMENTARIO: Por mucho que la propaganda augustea se esforzara en minimizar el impacto y la dimensión del amotinamiento del ejército del futuro Augusto, y se aplicara en presentar a un Octaviano seguro de sí mismo, decidido y expeditivo durante todo el incidente³⁵²⁶, lo cierto es que el triunviro se vio superado por la situación y acabó cediendo frente a las protestas y las amenazas de sus hombres³⁵²⁷. El hecho de que la mayoría del ejército secundara el motín, y que, incluso, una parte de los oficiales apoyaran las reivindicaciones de las tropas y colaboraran con los soldados, impidió a Octaviano detectar a tiempo el malestar de sus hombres y enfrentarse con garantías a su

³⁵¹⁹ App. BC 5.129; cf. Keaveney, 2007: 67, 89; Brice, 2014: 102. Conforme a Dion Casio (49.14.2), estas concesiones no fueron extensibles a todo el ejército por igual, diferenciando entre los soldados con más méritos y los que más tiempo llevaban sirviendo en el ejército y el resto de efectivos: «anunció que no a todos los licenciados les iba a dar todo cuanto les había prometido y a repartirles tierras, sino sólo a los primeros [a los veteranos de Módena] y, de los restantes, únicamente a los que más méritos habían hecho». Cf. Vell. 2.81.1-3.

³⁵²⁰ Con los veteranos de Módena, Octaviano tuvo, además, un trato de favor con respecto al resto de unidades, probablemente obligado por la promesa que les hizo, en 43 a. C. y que, en 36 a. C., todavía no había cumplido de entregarles cinco mil dracmas y tierra, y eximirles de participar en nuevas campañas militares (App. BC 3.48, 74, 86-87; D.C. 46.29.2-6). Así, conforme a Apiano (BC 5.129), les confirmó que «les satisfaría la totalidad de lo que entonces les prometió, aunque estuvieran dispensados del servicio». Según Dion Casio (49.14.1), licenció a los que habían combatido a su lado en Módena contra Marco Antonio y a los que llevaban diez años en el ejército. Igualmente, añadió que ya no volvería a emplear en el futuro a ninguno de los soldados licenciados; sin embargo, esta promesa la incumplió más adelante, en 35 a. C. (D.C. 49.34.3-5). Cf. Brice, 2014: 43; 2015b: 113; 2020b: 61.

³⁵²¹ App. BC 5.129. Alrededor de dos mil sestercios, según Dion Casio (49.14.2). Cf. Brice, 2020b: 61.

³⁵²² App. BC 5.129. De este modo, aplacó a los soldados y les entregó cumplidamente el dinero y, no mucho después, las tierras, para lo cual tuvo que comprar terrenos, muchos de ellos en Campania, debido a que el terreno estatal no era suficiente (Vell. 2.81.2; D.C. 49.14.4-5).

³⁵²³ D.C. 49.14.3.

³⁵²⁴ Vell. 2.81.3; D.C. 49.14.3.

³⁵²⁵ Como así sucedió, en 35 a. C. (Liv. 131; D.C. 49.34), y, años después, en 31-30 a. C. (Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.3-4).

³⁵²⁶ D.C. 49.13.2-4.

³⁵²⁷ App. BC 5.129; D.C. 49.14.1-5.

descontento³⁵²⁸. De este modo, aunque, en un principio, amenazó con restaurar la disciplina militar y reprimir la insubordinación de sus hombres, no tardó en darse cuenta de que, dada la falta de apoyos y de que cada vez eran más las unidades implicadas en las protestas, el uso de la fuerza no era la mejor forma de resolver el problema. Necesitaba al ejército para su próximo enfrentamiento contra Marco Antonio y si ejercía la violencia indiscriminada corría el riesgo de perder para siempre su confianza, de que rechazaran continuar bajo su mando y de que desertaran junto a su colega en el Triunvirato. En su lugar, se vio obligado a ceder ante las presiones del ejército. Ahora bien, por mucho que la situación se descontrolara, Octaviano, al final de las negociaciones, fue capaz de combatir el malestar de los soldados desde una posición de relativa igualdad. Gracias a sus maquinaciones, al final del episodio logró debilitar el espíritu sedicioso de sus soldados y, si bien las presiones y las protestas no cesaron, fue capaz de resolver la situación sin la necesidad de ceder a todas las demandas del ejército³⁵²⁹. En tal sentido, supo identificar a las unidades más sediciosas, y utilizar sus reivindicaciones para deshacerse de ellas. De acuerdo con Dion Casio (49.14.1), «aparentando estar de acuerdo con ellos en que reclamaban cosas razonables y que sus peticiones estaban dentro de lo humano, licenció primero a los que habían combatido a su lado en Módena contra [Marco] Antonio; y después, como también los demás seguían con sus demandas, licenció, de entre estos, a los que llevaban diez años en el ejército; y para contener a los demás, añadió que ya no volvería a emplear a ninguno de los soldados licenciados». Según Apiano (BC 5.129), Octaviano licenció a veinte mil de las tropas que habían luchado en Módena y Filipos, «y los hizo salir de la isla para que no contagiaran a otros compañeros». Al resto del ejército, salvo una parte que se quedó con él, la dispersó entre África, Sicilia e Italia³⁵³⁰, con el fin de que las unidades más subversivas no continuaran juntas y de que no promovieran nuevas insurrecciones en el futuro³⁵³¹.

3.19.3. *Locus incertus*³⁵³², Italia, 35 a. C.

«Y, puesto que algunos legionarios, los que habían sido despedidos cuando se amotinaron y no habían recibido ningún dinero, ahora querían enrolarse de nuevo en las legiones, [Octaviano] los agrupó a todos en una misma legión para que, estando en un lugar apartado y manteniendo relaciones solo entre ellos, no pudieran corromper a otras legiones; y si intentaban provocar alteraciones, fueran detectados de inmediato».

SITUACIÓN PREVIA: Un año después de la última insurrección, en 35 a. C., cuando Octaviano tenía planeado intervenir en el norte de África, un grupo de pueblos bárbaros,

³⁵²⁸ App. BC 5.128.

³⁵²⁹ App. BC 5.128-129; D.C. 49.13-14.

³⁵³⁰ App. BC 5.129. Cf. Brice, 2020b: 61.

³⁵³¹ No obstante, la medida no surtió efecto y, tal y como veremos a continuación, dos nuevas revueltas estallaron alentadas por los mismos soldados.

³⁵³² En algún punto indeterminado de Italia.

entre los que se encontraban los salasos, los tauriscos, los liburnios y los yápides³⁵³³, se sublevaron abiertamente contra Roma³⁵³⁴. Al tanto de lo sucedido, Octaviano se detuvo en Sicilia y regresó a Italia con la intención de marchar contra ellos. Fue entonces cuando un número indeterminado de veteranos que, como consecuencia del motín anterior, habían sido licenciados, le abordaron y le pidieron enrolarse de nuevo³⁵³⁵.

CAUSAS: Advertimos una única razón detrás del descontento de los soldados reenganchados. Aunque en el relato de Dion Casio, principal fuente para el análisis del episodio, no se especifican las causas por las cuales los soldados se levantaron de nuevo, estas las podemos deducir a partir del examen de su comportamiento y de la respuesta de Octaviano. Apartados del ejército como consecuencia de su implicación en el levantamiento del año anterior, los soldados reenganchados habían sido exonerados del servicio militar, pero, sin embargo, no habían percibido a cambio ningún tipo de retribución material y/o económica. Un año después de lo sucedido, sin recursos con los que adaptarse a su nueva vida, consideraron que la mejor opción era regresar al ejército y demandar la remuneración económica que entonces se les había negado. En este sentido, creemos que el móvil fue, fundamentalmente, material, ya que, más allá de la reflexión anterior, fue la promesa de tierras en la Galia lo que permitió a Octaviano librarse de los soldados de mayor edad, y contener durante un tiempo el descontento del resto del ejército³⁵³⁶.

OBJETIVOS: De acuerdo con el razonamiento anterior, creemos que la principal motivación de los soldados fue económica, y que, por tanto, o bien demandaron tierras, o bien reclamaron dinero³⁵³⁷.

³⁵³³ Los salasos eran un pueblo de los Alpes, en torno al valle de Aosta; los tauriscos, a veces identificados con los nóricos, ocupaban la zona norte del Adriático, en lo que hoy es Eslovenia; los liburnios eran un pueblo situado más al sur, en la costa norte de la actual Croacia; y los yápides, mezcla de celtas e ilirios, eran un pueblo situado en el interior, al este de tauriscos y liburnios. A la altura del 35 a. C., todos estos pueblos habían dejado de pagar tributos, habían llegado, incluso, a saquear parte del territorio romano colindante, y, en este preciso momento, se habían sublevado abiertamente contra Roma (D.C. 49.34.2).

³⁵³⁴ D.C. 49.34.1-2.

³⁵³⁵ Según Dion Casio (49.34.3), «algunos legionarios, los que habían sido despedidos cuando se amotinaron y no habían recibido ningún dinero [*vid. supra* insurrección anterior], ahora querían enrolarse de nuevo en las legiones». De acuerdo con Apiano (BC 5.129), al menos veinte mil veteranos de las guerras de Módena y Filipos fueron licenciados durante el motín del año anterior y enviados de inmediato fuera de Sicilia para evitar que otros soldados se contagiaran de sus actos; del total de licenciados, tan sólo a los que habían servido en Módena se les cubrió la totalidad de lo que entonces se les había prometido, aunque hubieran sido dispensados del servicio por este procedimiento (*cf.* Oros. 6.18.33). Por su parte, Dion Casio (49.14.1-2), que no aporta un número concreto de soldados licenciados, nos informa de que, en primer lugar, Octaviano liberó del servicio a los que habían combatido en Módena, y que, después, licenció a los que llevaban diez años en el ejército, comprometiéndose, asimismo, a no volver a emplear a ninguno de los soldados licenciados en el futuro. Sin embargo, sólo a los de Módena les otorgó todo cuanto les había prometido, y les repartió tierras, mientras que a los restantes únicamente a los que más méritos habían hecho. Esto nos hace pensar que, en principio, no habría ningún veterano de Módena entre los reenganchados, y que, por tanto, estos soldados serían, o bien veteranos de Filipos, o bien parte de ese segundo grupo de veteranos con méritos insuficientes como para verse recompensados materialmente por sus años de servicio. Igualmente, dado que Octaviano pudo agrupar a todos los soldados reenganchados en una misma legión (D.C. 49.34.3), su número no debió de exceder al total de efectivos de una legión ordinaria. *Cf.* Brice, 2015b: 113.

³⁵³⁶ D.C. 49.34.4. *Cf.* Brice, 2015b: 113.

³⁵³⁷ D.C. 49.34.4.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Ni Livio ni Dion Casio, las únicas dos fuentes que recogen el incidente, especifican el tipo de insurrección que llevaron a cabo los soldados. Tan sólo nos dicen que «no fueron capaces de contenerse por más tiempo»³⁵³⁸, a pesar de las medidas adoptadas por Octaviano³⁵³⁹, y que encabezaron una «muy peligrosa rebelión»³⁵⁴⁰; lo que nos hace pensar que volvieron a protagonizar algún tipo de motín o levantamiento semejante al del año anterior³⁵⁴¹. De igual modo, tenemos serias dificultades tanto a la hora de determinar el nivel de organización de la revuelta como el grado de violencia de la misma, ya que no contamos con suficiente información al respecto. No obstante, respecto al segundo punto, sí que sabemos que la insurrección se desarrolló en medio de una atmósfera de gran tensión y agitación, que los ánimos de los soldados se inflamaron y que estos se soliviantaron cuando Octaviano ordenó castigar a un número impreciso de ellos³⁵⁴², por lo que no podemos descartar que en algún momento del episodio la violencia fuera utilizada por el ejército como forma de protesta y reivindicación.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Aunque la falta de información disponible nos impide reconstruir tanto la organización como los medios de cohesión utilizados por los soldados, es probable que, siendo que las tropas se conocían con anterioridad, que habían servido juntas y que habían sido testigos de cómo Octaviano había cedido a una parte de sus demandas en el motín del año anterior³⁵⁴³, actuaran siguiendo un plan preestablecido de antemano y que decidieran unirse y solicitar a Octaviano su incorporación en el ejército como paso previo para más tarde exigirle las bonificaciones económicas que se les había negado en el pasado. A tal efecto, pudieron creer que, del mismo modo que había ocurrido en la insurrección anterior, el resto del ejército secundaría su revuelta, y que la fuerza de su número acabaría doblegando la voluntad de su comandante. No obstante, su predicción fracasó.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Consciente del peligro de readmitir en el ejército a un grupo de soldados que en el pasado ya se habían levantado contra su autoridad, Octaviano optó por tomar las medidas necesarias para, en caso de indisciplina, mitigar el impacto de la revuelta. Así, decidió agrupar a todos los soldados reenganchados en una misma legión con el propósito de que sólo se pudieran relacionar entre sí y que no pudieran pervertir al resto del ejército. En última instancia, si se volvían a levantar, podría detectar su desafección a tiempo e intervenir antes de que se extendiera su descontento³⁵⁴⁴. Pese a su maniobra, los soldados volvieron a dar problemas, y Octaviano se vio obligado a deshacerse de los más mayores, a los que envió a la Galia con la promesa de recibir tierras³⁵⁴⁵. Sin embargo, la situación no se calmó y tuvo que intervenir sobre el resto. En primer lugar, «entregó a algunos de ellos

³⁵³⁸ D.C. 49.34.4.

³⁵³⁹ Conforme a Dion Casio (49.34.3), Octaviano había agrupado a todos estos soldados en una misma legión para que, «estando en un lugar apartado y manteniendo relaciones solo entre ellos, no pudieran corromper a otras legiones».

³⁵⁴⁰ Liv. 131.

³⁵⁴¹ Para más información sobre lo sucedido, *vid.* Brice, 2015b: 113-114; 2020a: 52, 61; 2020d: 256, 263.

³⁵⁴² D.C. 49.34.4.

³⁵⁴³ *Vid. supra.*

³⁵⁴⁴ D.C. 49.34.3.

³⁵⁴⁵ D.C. 49.34.4. *Cf.* Brice, 2015b: 113.

para que fueran castigados»³⁵⁴⁶, y, a continuación, rodeó al resto con el ejército, les quitó las armas y los licenció³⁵⁴⁷.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un fracaso. Aunque un número muy reducido de soldados, los más veteranos, fueron enviados a la Galia con la promesa de recibir un lote de tierras³⁵⁴⁸, todos los demás, «conscientes de su debilidad y conociendo la determinación de César [Octaviano], cambiaron de actitud y suplicándose mucho, volvieron al ejército»³⁵⁴⁹. De esta manera, no sólo no vieron satisfechas sus demandas y exigencias, sino que varios de ellos fueron, además, castigados, tal y como ya se ha explicado.

CONSECUENCIAS: Pese a que las primeras medidas de Octaviano fracasaron, finalmente, supo controlar la situación y contener la rebelión de los soldados reenganchados³⁵⁵⁰. Gracias a su intervención, confirmó su autoridad y no se excedió en el momento de restaurar la disciplina militar, reforzando con ello su liderazgo frente al resto del ejército³⁵⁵¹. Solucionado el problema, Octaviano dirigió a esas mismas tropas a la guerra, imponiéndose a los pueblos bárbaros que, antes de la insurrección, tenía la intención de atacar³⁵⁵².

COMENTARIO: A diferencia del motín anterior, en esta ocasión Octaviano contó con el apoyo de la mayoría de su ejército y oficiales, lo que le permitió actuar desde una posición de superioridad con respecto a las tropas sublevadas, e imponer su autoridad con mayor firmeza³⁵⁵³. De esta forma, pudo aplicar la disciplina militar, castigar a parte de los sublevados y reprimir al resto, y utilizar a su ejército para contener y desmovilizar lo que restaba de levantamiento. Si Octaviano no fue más duro con las tropas sublevadas se debió a que necesitaba a los soldados en su inminente guerra contra Marco Antonio, y a que sabía que si los alejaba de su lado se acabarían cambiando de bando³⁵⁵⁴. Finalmente, la existencia de esta segunda insurrección pone de manifiesto que los problemas que propiciaron el motín del 36 a. C. todavía no se habían resuelto; que Octaviano no había sido capaz de hallar una solución satisfactoria al problema de los veteranos³⁵⁵⁵; y que una de las principales preocupaciones de los soldados era cómo podían ganarse la vida tras su licenciamiento sin antes haber recibido las recompensas de dinero y tierra prometidas durante su servicio³⁵⁵⁶.

³⁵⁴⁶ Dion Casio (49.34.4) no especifica el tipo de castigo utilizado. Cf. Brice, 2015b: 113-114.

³⁵⁴⁷ D.C. 49.34.4. Cf. Brice, 2015b: 113-114; 2020a: 52; 2020d: 256, 263.

³⁵⁴⁸ D.C. 49.34.4.

³⁵⁴⁹ D.C. 49.34.5. Cf. Brice, 2015b: 113.

³⁵⁵⁰ Liv. 131.

³⁵⁵¹ Pues, en palabras de Dion Casio (49.34.5), «César [Octaviano], necesitado de soldados y temiendo que [Marco] Antonio se los quitara, dijo que los perdonaba, y le fueron muy útiles en todo tipo de circunstancias».

³⁵⁵² Yápides, salasos, tauriscos, liburnios, panonios y dálmatas (Liv. 131; D.C. 49.35-38).

³⁵⁵³ D.C. 49.34.4.

³⁵⁵⁴ D.C. 49.34.5.

³⁵⁵⁵ Un problema que se remontaba al 42 a. C. (*vid. supra* los disturbios que protagonizaron los veteranos de Octaviano y Marco Antonio tras la batalla de Filipos).

³⁵⁵⁶ A este respecto, podemos deducir que el dinero procedente de la soldada era insuficiente y que la única forma de garantizar su futuro era por medio de recompensas, del reparto del botín de guerra y del saqueo.

3.19.4. *Brundisium*, Italia, finales del 31 – comienzos del 30 a. C.³⁵⁵⁷

«Los soldados que todavía entonces permanecieron en filas no intentaron provocar ningún disturbio porque estaban sometidos a la autoridad de sus oficiales y porque, sobre todo, tenían la esperanza puesta en las riquezas egipcias. Por el contrario, quienes habían colaborado en su victoria y habían sido apartados del ejército estaban resentidos porque no habían conseguido botín alguno. Y no mucho después comenzaron las revueltas»³⁵⁵⁸.

SITUACIÓN PREVIA: En guerra con Marco Antonio y Cleopatra desde el 32 a. C.³⁵⁵⁹, en septiembre del 31 a. C., Octaviano había conseguido una importantísima victoria en la batalla de Accio. Sin embargo, no había sido suficiente para poner fin al conflicto y sus dos principales enemigos habían logrado escapar con vida y refugiarse en Egipto. Con Marco Antonio reorganizando sus fuerzas, Octaviano tuvo que enfrentarse entre finales del 31 y comienzos del 30 a. C. a varios frentes. Por si fuera poco peligro que Marco Antonio siguiera con vida, la situación en Italia era realmente complicada³⁵⁶⁰, y, además, volvía a tener el mismo dilema que, en 36 a. C.: qué hacer con un ejército cada vez más grande y problemático³⁵⁶¹.

³⁵⁵⁷ En 31 a. C., poco después de concluir la batalla de Accio, y, en 30 a. C., al inicio del consulado de Octaviano y Marco Licinio Craso, nieto de Marco Licinio Craso (cos. 70 y 55 a. C.).

³⁵⁵⁸ D.C. 51.3.4.

³⁵⁵⁹ Aunque su lucha con Marco Antonio no dejó de ser un nuevo enfrentamiento civil, como la mayoría de los habidos desde que se enfrentaran César y Pompeyo, en 49 a. C., la propaganda augustea lo vendió como una guerra exterior, ya que, oficialmente, las guerras civiles habían concluido tras la victoria de Nauloco (App. BC 5.130). Para llevar a cabo esta pantomima y no herir la sensibilidad romana, declararon públicamente la guerra a Cleopatra y privaron a Marco Antonio del consulado para el que previamente había sido designado, así como de todos sus poderes (D.C. 50.4.3-4). No obstante, se guardaron de no declararlo formalmente enemigo «por temor a sus partidarios, dado que también hubiese sido necesario declararlos enemigos si no lo abandonaban» (D.C. 50.4.3). Finalmente, a comienzos del 31 a. C., Marco Antonio fue declarado enemigo público (Suet. Aug. 17.2). Cf. Fields, 2008: 76; Brice, 2014: 50, 102, 205.

³⁵⁶⁰ La situación en Roma y en Italia no era favorable para el futuro Augusto, debido a las constantes imposiciones con las que había sometido a parte de la población local para costear sus elevados gastos militares. En particular, fueron los libertos el colectivo más molesto con Octaviano. Según Dion Casio (50.10.4), «a todos los libertos que vivían en Italia y poseían una fortuna superior a cincuenta mil dracmas se les había ordenado que pagaran, en calidad de tributo, la octava parte. A raíz de aquella disposición provocaron numerosos disturbios, crímenes e incendios y no se restableció el orden hasta que fueron dominados por las armas». Terminada la campaña de Accio, Octaviano decidió suprimir esa tasa y eliminar, al mismo tiempo, una nueva amenaza en Italia. Conforme a Dion Casio (51.3.3), «dado que todavía, por aquel entonces, se mostraba receloso con los libertos, les perdonó el cuarto pago que todavía debían de la suma que se les había exigido. Y ya no le guardaron ningún rencor por cuanto les había robado, sino que se mostraron agradecidos».

³⁵⁶¹ No podemos precisar el número de unidades implicadas en las revueltas que tuvieron lugar entre finales del 31 y principios del 30 a. C.; sin embargo, sabemos que, tras la batalla de Accio, del conjunto de efectivos bajo el mando de Octaviano, un número indeterminado de soldados se mantuvo en activo y participó en la conquista de Egipto (D.C. 51.3.4), y el resto fue, o bien licenciado, o bien dispersado (D.C. 51.3.1-2, 4). Este último grupo, compuesto en su mayoría de veteranos, estaba integrado tanto por soldados de Octaviano como por las tropas de Marco Antonio que habían sido agregadas a las filas del ejército del futuro Augusto tras la batalla (D.C. 51.3.1; cf. Keppie, 1998: 112; Brice, 2020b: 64). Puesto que Octaviano había enviado a Italia, y sin percibir ninguna recompensa, a los legionarios de ambos bandos que habían superado la edad de servicio (D.C. 51.3.1), creemos que fue este colectivo el principal responsable de los disturbios (D.C. 51.3.4; 4.2). Cf. Suet. Aug. 17.3.

CAUSAS: Como en las dos últimas insurrecciones, el componente económico fue el principal motivo detrás del malestar del ejército. A pesar de que, antes de la decisiva batalla de Accio, Octaviano había prometido a sus hombres una generosa recompensa si se imponían a las naves de Marco Antonio³⁵⁶², finalizada la contienda las tropas ni habían visto cumplidas sus expectativas ni su general se mostraba dispuesto a hacerlo a corto plazo. Así, por ejemplo, envió a Italia, sin recompensa alguna, a los legionarios de ambos bandos (de su propio ejército y de las unidades que había admitido del bando de Marco Antonio) que habían superado la edad de servicio; mientras que, a los demás, para evitar posibles revueltas, a unos los apartó completamente del servicio y a otros los dispersó, naturalmente, sin recibir ninguna bonificación a cambio³⁵⁶³.

OBJETIVOS: La principal reivindicación de los soldados fue cobrar todas las recompensas que se les había negado³⁵⁶⁴. La falta de compromiso de Octaviano, su incapacidad para cumplir con su palabra, así como sus reiterados retrasos, llevaron a una parte de los soldados a levantarse y a exigir todo lo que se les había prometido durante los últimos años y que su comandante todavía no les había entregado³⁵⁶⁵.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Motín de una parte del ejército de Cayo Julio César Octaviano³⁵⁶⁶. Aunque, de acuerdo con Dion Casio (51.3.4), los veteranos se empezaron a movilizar a finales del 31 a. C., no fue hasta comienzos del año siguiente cuando manifestaron su malestar públicamente³⁵⁶⁷. A este respecto, desconocemos las formas en las que expresaron su descontento, si su enfado desembocó en violencia y el nivel de organización de sus protestas. Ahora bien, con toda probabilidad podemos asegurar que los incidentes del 31 a. C. tuvieron un impacto menor que los del año siguiente, y que Marco Vipsanio Agripa y Cayo Mecenat, a cuyo cargo Octaviano había dejado el control de Roma e Italia³⁵⁶⁸, no tuvieron problemas en sofocarlos³⁵⁶⁹. Sin embargo, no podemos decir lo mismo de los alborotos del 30 a. C., los cuales obligaron a Octaviano a regresar a Italia y a ceder ante las demandas de sus hombres³⁵⁷⁰; lo que nos hace pensar que, o bien los soldados estaban por aquel entonces lo suficientemente bien organizados como para desarticular los mismos medios de control y represión que el año anterior los habían frenado, o bien que sus protestas fueron lo bastante graves como para requerir la intervención de Octaviano.

³⁵⁶² D.C. 50.6.3; 7.3; 28.2.

³⁵⁶³ D.C. 51.3.1-2, 4; cf. Keppie, 1998: 112; Sage, 2018: 272; Brice, 2020a: 51; 2020b: 64; 2020d: 256. Incluso a los que conservaba bajo su mando los retenía sólo gracias a la autoridad de sus oficiales y a la esperanza de futuras riquezas (D.C. 51.3.4). Cf. Suet. Aug. 17.3.

³⁵⁶⁴ Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.3.4, 4.5-6.

³⁵⁶⁵ Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.3-4. Cf. Sage, 2018: 272; Brice, 2020a: 51; 2020b: 64; 2020d: 256.

³⁵⁶⁶ Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.3-4. Para más información sobre los disturbios que protagonizaron las tropas de Octaviano tras la batalla de Accio, vid. Keppie, 1998: 112; Erdkamp, 2006a: 293; Keaveney, 2007: 90; Sage, 2018: 272; Brice, 2014: 102-103, 128; 2020a: 51; 2020b: 64; 2020d: 256, 265.

³⁵⁶⁷ Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.4.2.

³⁵⁶⁸ Conforme a Dion Casio (51.3.5), Octaviano había dejado a Mecenat al cargo del gobierno de Roma y del resto de Italia, pero, como recelaba de los soldados que habían sido recientemente apartados del ejército, y temía que despreciaran a Mecenat por ser un caballero, envió a Agripa a Italia, para que le ayudara en las tareas de gobierno. Ambos fueron los encargados de lidiar con las primeras revueltas del ejército.

³⁵⁶⁹ D.C. 51.3.5.

³⁵⁷⁰ Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.4.3, 5-6.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Al igual que en las insurrecciones de 36 y 35 a. C., en este momento nos encontramos con un grupo numeroso de soldados que habían servido durante muchos años juntos, que se conocían muy bien, y que compartían un objetivo en común³⁵⁷¹. Este vínculo pudo hacer de aglutinante de las tropas y ayudarles, en consecuencia, a organizarse. No obstante, parece que, o bien actuaron sin liderazgo, o bien tardaron en elegir a un líder que los dirigiera y coordinara, pues, en 30 a. C., todavía se organizaban entre sí y carecían de un jefe que los cohesionara³⁵⁷². No obstante lo anterior, esto no les impidió escoger el mejor momento en el que levantarse y mostrar su verdadera fuerza. Aprovechando la ausencia de Octaviano, que en aquel momento se encontraba fuera de Italia, organizando los asuntos de Grecia y Asia³⁵⁷³, los veteranos decidieron amotinarse y expresar abiertamente su descontento³⁵⁷⁴.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Finalizada la campaña de Accio, Dion Casio (51.3.1) nos informa de que Octaviano incorporó a sus filas al grueso de las tropas de Marco Antonio y que, seguidamente, envió a Italia a los legionarios de ambos bandos que habían superado la edad de servicio, y dispersó a los demás. Esta decisión la tomó para prevenir que se repitiera lo mismo que le sucedió en Sicilia, en 36 a. C., cuando, derrotado Marco Emilio Lépido, el ejército se alzó contra él. Por esta razón, conforme a Dion Casio (51.3.2), «se apresuró, antes de que intentaran una rebelión, a apartar a unos completamente del servicio de armas y a dispersar a la mayoría»³⁵⁷⁵. Así, disolvió, dividió y/o licenció a aquellos soldados que, según su opinión, podrían provocar desórdenes si continuaban unidos y bajo una misma enseña. Paralelamente, a los que permanecieron en filas los sometió «a la autoridad de sus oficiales»³⁵⁷⁶, lo que nos indica que contó con la confianza de sus principales mandos y lugartenientes, y que, por tanto, pudo aplicar la disciplina militar sin obstáculos; y los contuvo, asimismo, con «la esperanza puesta en las riquezas egipcias»³⁵⁷⁷, lo que nos confirma que, una vez más, utilizó su vieja estrategia de prometer lucrativas recompensas para conservar la lealtad de sus hombres. Estas medidas le permitieron controlar la situación durante un tiempo, hasta que los veteranos, «quienes habían colaborado en su victoria y habían sido apartados del ejército»³⁵⁷⁸, lograron coordinarse e iniciar una serie de revueltas y desórdenes que se extendieron entre finales del 31 y principios del 30 a. C.³⁵⁷⁹ Mientras que los primeros disturbios fueron desbaratados gracias a la mediación de Mecenas y

³⁵⁷¹ Conforme a la descripción que Dion Casio (51.3.1-2; 4, 4.2, 5-6) nos ofrece de estos hombres, no podemos descartar que el núcleo de los veteranos fuera el mismo que se amotinó en Sicilia, en 36 a. C., y que fue licenciado sin percibir ninguna bonificación a cambio (App. BC 5.129; D.C. 49.14.1-2), y que, un año después, en 35 a. C., se volvió a sublevar tras haber conseguido su reinserción en el ejército (D.C. 34.3-5).

³⁵⁷² De hecho, según Dion Casio (51.4.2-3), una de las razones por las que Octaviano se presentó con tanta celeridad en Italia fue, precisamente, para evitar que las tropas cayeran bajo algún tipo de influencia o dirección que les llevara a cometer «alguna tropelía».

³⁵⁷³ Suet. Aug. 17.3; D.C. 51.4.1-2.

³⁵⁷⁴ D.C. 51.4.2.

³⁵⁷⁵ Cf. Brice, 2014: 102-103, 128; 2020b: 64.

³⁵⁷⁶ D.C. 51.3.4.

³⁵⁷⁷ D.C. 51.3.4. Cf. Brice, 2014: 49, 51, 103; Sage, 2018: 272.

³⁵⁷⁸ D.C. 51.3.4.

³⁵⁷⁹ D.C. 51.3.4-5; 4.2-5.

Agripa³⁵⁸⁰, los segundos obligaron a intervenir a Octaviano, quien, finalmente, cedió ante las demandas de los veteranos, haciendo inútil todas sus anteriores maniobras de control y contención³⁵⁸¹.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: La insurrección fue un éxito. La persistencia de los veteranos dio su fruto y, ante el temor de que sus hombres acabaran abrazando la causa de Marco Antonio, Octaviano cumplió con sus reclamaciones³⁵⁸². Según Dion Casio (51.4.5-6), «a algunos de ellos César [Octaviano] les dio dinero³⁵⁸³, pero a aquellos que habían prestado servicio con él durante todo el tiempo les repartió, además, tierras³⁵⁸⁴. Tras expulsar a las comunidades italianas vinculadas con [Marco] Antonio, regaló aquellas ciudades y tierras a los soldados³⁵⁸⁵».

CONSECUENCIAS: Aunque al final tuvo que ceder ante la presión de los veteranos, Octaviano supo vender su “derrota” como una victoria personal, y hacerse ver como un buen general que atendía a los problemas de sus soldados y cumplía con su palabra³⁵⁸⁶. De esta manera, logró retener la lealtad de su ejército y evitar que Marco Antonio se aprovechara de los problemas que estaba sufriendo en Italia.

COMENTARIO: La reiteración con la que los veteranos de Octaviano protestaron y exigieron a su comandante el cumplimiento íntegro de todas sus promesas, nos indica que, por un lado, existía entre los soldados el convencimiento de que si se organizaban y presionaban lo suficiente podrían ver satisfechas todas sus reclamaciones, y, por el otro, que los medios aplicados por Octaviano hasta la fecha, aunque útiles en parte, resultaron finalmente ineficaces. En ninguno de los tres ejemplos analizados recientemente (insurrecciones de 36, 35 y 31-30 a. C.), Octaviano fue capaz de controlar la situación sin hacer antes alguna concesión. Incluso, en 35 a. C., cuando se enfrentó a su ejército desde una posición de clara superioridad, no pudo evitar entregar tierras en la Galia a los veteranos de mayor edad³⁵⁸⁷. Esto nos alerta de la posición de vulnerabilidad en la que se encontraba Octaviano y de la gran dependencia que tenía con respecto de sus hombres. Mientras que, en 36 y 35 a. C., la inminente guerra contra Marco Antonio impidió a Octaviano ejercer su autoridad sin fisuras y castigar la desobediencia de sus tropas; en 31-30 a. C., el hecho de que Marco Antonio lograra escapar con vida y que todavía supusiera una grave amenaza, minimizó el impacto de su victoria en Accio y le impidió, nuevamente, responder a la indisciplina de sus soldados con mayor

³⁵⁸⁰ D.C. 51.3.4-5.

³⁵⁸¹ Suet. *Aug.* 17.3; D.C. 51.4.2-6.

³⁵⁸² Suet. *Aug.* 17.3.

³⁵⁸³ Conforme a Dion Casio (51.17.7), fue después de la victoria de Octaviano en Egipto, en 30 a. C., cuando se terminó de abonar los pagos y recompensas atrasados: «Gracias a aquellos recursos todos los soldados recibieron cuanto se les debía. Los soldados que seguían militando bajo los estandartes de César [Octaviano] recibieron, además, doscientas cincuenta dracmas, a condición de no saquear la ciudad [de Alejandría]».

³⁵⁸⁴ Se estima que entre ochenta y noventa mil veteranos fueron desmovilizados tras Accio. De ellos, unos cincuenta mil recibieron tierras en Italia (Brunt, 1971: 335-342; Keppie, 1983:75-82; Brice, 2014: 43; Sage, 2018: 272).

³⁵⁸⁵ Con este gesto, Octaviano lograba, por un lado, satisfacer las reclamaciones de sus soldados y, por el otro, alejar de Italia a los colonos leales a Marco Antonio; una vieja aspiración que, en 32 a. C., ya intentó llevar a cabo, «a unos tras asustarlos en razón a su escaso número, y a otros con favores» (D.C. 50.6.3). Cf. Erdkamp, 2006a: 293.

³⁵⁸⁶ D.C. 51.4.3-8.

³⁵⁸⁷ D.C. 49.34.4.

contundencia. Por último, en 31 a. C., Octaviano temía, además, que los soldados pudieran verse favorecidos por los disturbios civiles que asolaban Italia a causa de su política tributaria. Como consecuencia de la guerra contra Marco Antonio, los últimos impuestos y tasas le habían enfrentado a un porcentaje muy importante de la sociedad civil romana e italiana del momento, siendo los libertos sus principales detractores³⁵⁸⁸. De ahí que, finalizada la campaña de Accio, decidiera reconciliarse con este colectivo y ganarse su favor, evitando de esta forma que las tropas encontraran en este grupo un respaldo que les permitiera hacerse fuertes entre los miembros de la sociedad civil de Italia³⁵⁸⁹. En esta línea, se entiende, igualmente, el recelo que pudo sentir Octaviano con respecto a los antiguos soldados de Marco Antonio, ya que, llegado el caso, podrían servirle a su rival para facilitarle la adhesión de sus tropas más rebeldes. Por este motivo, tras enterarse de que los veteranos se habían levantado abiertamente, en 30 a. C., decidió abandonar sus asuntos en Oriente y regresar precipitadamente a Italia, pues temía que Marco Antonio se aprovechara de su ausencia, contactara con sus antiguas tropas, se sirviera de ellas y se convirtiera en el líder de los veteranos descontentos³⁵⁹⁰.

3.19.5. Paretonio³⁵⁹¹, Egipto, entre mediados y finales de julio del 30 a. C.

«Avanzó [Marco Antonio] contra [Cayo Cornelio] Galo con la esperanza de granjearse el favor de sus soldados sin necesidad de luchar. Entre aquellas unidades había quienes le tenían aprecio por haber prestado servicio juntos en otras campañas. Y si de este modo no hubiera podido conseguirlo, los habría sometido por la fuerza pues llevaba consigo un gran ejército, tanto naval como terrestre»³⁵⁹².

SITUACIÓN PREVIA: Tras la derrota de Accio, Marco Antonio se esforzó por congrega a un nuevo ejército con el que hacer frente a Octaviano y defender Egipto. Tanto él como Cleopatra reunieron dinero, reorganizaron sus fuerzas, revisaron sus alianzas e intentaron retener a sus hombres. Marco Antonio procuró reunir a las tropas que había dejado a cargo de Lucio Pinario Escarpo para la defensa de Egipto, pero, sin embargo, este último rechazó al antiguo triunviro y se quedó con sus cuatro legiones³⁵⁹³. Poco después, Marco Antonio se enteró de que Cayo Cornelio Galo se había apoderado de este mismo ejército y que había capturado Paretonio³⁵⁹⁴. Es entonces cuando

³⁵⁸⁸ D.C. 50.10.4, 20.3. Cf. Plu. *Ant.* 58.1-4.

³⁵⁸⁹ D.C. 51.3.3.

³⁵⁹⁰ Algo similar intentó Marco Antonio, en 32 a. C., cuando, de acuerdo con Dion Casio (50.7.3), «trató de debilitar a sus adversarios por medio de la corrupción. Enviando dinero a todas partes, y especialmente a Roma y a todo el resto de Italia, causaba inquietud e intentaba usurpar fidelidades individualmente». Cf. D.C. 50.9.1.

³⁵⁹¹ Actual Marsa Matruh (al noroeste de Egipto). En la Antigüedad, fue un puerto fortificado situado en los ramales occidentales de la desembocadura del Nilo.

³⁵⁹² D.C. 51.9.2.

³⁵⁹³ Plu. *Ant.* 69.3; D.C. 51.5.6, 9.1; Oros. 6.19.15. Cf. Keppie, 1998: 112; Brice: 2020d: 259.

³⁵⁹⁴ D.C. 51.9.1; Oros. 6.19.15.

debemos situar el presente episodio, en el momento en el que Marco Antonio intentó recuperar el control de sus antiguos soldados³⁵⁹⁵.

CAUSAS: Dos fueron las razones por las que las tropas de Galo pudieron haber secundado el intento de amotinamiento de Marco Antonio: personales y económicas. Antes de nada, debemos tener en cuenta que estas unidades habían pertenecido a Marco Antonio y que habían militado anteriormente bajo su *imperium*, por lo que pudieron haber tenido un vínculo especial con el antiguo triunviro. De hecho, cuando Escarpo se levantó contra Marco Antonio y le arrebató el ejército, parte de los soldados mostraron su descontento y Escarpo los ordenó matar como aviso al resto y como forma con la que evitar que su malestar acabara provocando una insurrección³⁵⁹⁶. Con la irrupción de Galo, la situación no cambió y las tropas no olvidaron a su viejo comandante. Según Dion Casio (51.9.2), «entre aquellas unidades había quienes le tenían aprecio por haber prestado servicio juntos en otras campañas». Dicho esto, creemos que las legiones, no sólo tenían estima por Marco Antonio, sino que, además, pudieron preferirle antes que a su actual general. Por otra parte, no podemos descartar el componente económico. La desesperación en la que se hallaba Marco Antonio pudo ser interpretada por los soldados como una oportunidad para enriquecerse, ya que aquel les podría ofrecer mayores y mejores recompensas que Galo con tal que regresaran a su lado. No en vano, ya había utilizado esta estrategia entre 44 y 42 a. C. tanto para evitar la injerencia de Octaviano como para hacerse con el favor de otros ejércitos cesarianos y anticesarianos³⁵⁹⁷, y, más recientemente, la volvió a emplear, en 32 a. C., antes de la campaña de Accio³⁵⁹⁸, y, en 30 a. C., frente a Octaviano³⁵⁹⁹.

OBJETIVOS: Aunque, debido a la falta de información, no lo podemos corroborar, es bastante probable que los soldados buscaran en Marco Antonio a un general de reconocido prestigio, a alguien en que pudieran confiar y con quien ya habían militado en el pasado, y, ante todo, a un general con recursos suficientes como para mejorar sus condiciones de servicio y ofrecerles mejores recompensas que su actual comandante³⁶⁰⁰.

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Intento fallido de Marco Antonio de hacerse con el control de las legiones de Cayo Cornelio Galo. Marco Antonio intentó hacerse con las tropas de su rival en dos fases. En primer lugar, buscó explotar a su favor su antiguo vínculo con las legiones de Galo. Para tal fin, «avanzó contra Galo con la esperanza de granjearse el favor de sus soldados sin necesidad de luchar»³⁶⁰¹. Su objetivo era hacerse con su lealtad de manera pacífica, sólo con su presencia y por medio de promesas, por lo que la insurrección de las tropas, al menos en un principio, debía ser pacífica e incruenta³⁶⁰². Sin embargo, «no pudo hablar con los soldados aunque se acercó a la muralla y gritó»³⁶⁰³. Al no poder llevar a cabo su

³⁵⁹⁵ Para más información sobre el cambio de bando de Lucio Pinaro Escarpo y la intervención de Cayo Cornelio Galo, *vid. infra*.

³⁵⁹⁶ D.C. 51.5.6.

³⁵⁹⁷ *Vid. supra*, por ejemplo, los casos de Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco.

³⁵⁹⁸ D.C. 50.7.3, 9.1.

³⁵⁹⁹ Para más información, *vid. infra* la siguiente insurrección.

³⁶⁰⁰ D.C. 51.9.2-3.

³⁶⁰¹ D.C. 51.9.2.

³⁶⁰² D.C. 51.9.2.

³⁶⁰³ D.C. 51.9.3.

estrategia, a causa de la intervención de Galo, hizo uso de la fuerza, atacando Paretonio por tierra y por mar³⁶⁰⁴. La insurrección se incitó desde el exterior del ejército. Lamentablemente, la información disponible no nos permite saber cómo respondieron los soldados a los intentos de amotinamiento de Marco Antonio.

MECANISMOS DE COHESIÓN: Tal y como ya se ha comentado, fue Marco Antonio el que intentó en vano contactar con los soldados de Galo y forzar su levantamiento. Desconocemos, la reacción de las tropas y si, en algún momento, se movilizaron en favor de su antiguo general, tal y como ocurrió cuando Escarpo se hizo con su control³⁶⁰⁵. No obstante, de haberse producido una respuesta por parte del ejército, creemos que el principal aglutinante de los soldados pudo haber sido su antiguo vínculo para con Marco Antonio, así como la esperanza de obtener nuevas riquezas. No obstante, todo parece indicar que la intervención de Cayo Cornelio Galo frustró cualquier intento por parte de las tropas de secundar los intentos de subversión de Marco Antonio, y que, si se llegaron a movilizar, su organización pronto fue desmantelada³⁶⁰⁶.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Desde el primer momento, Galo percibió la amenaza de Marco Antonio e hizo todo lo posible por aislar a sus soldados y evitar que su rival contactara con ellos, lo que nos da una imagen del peligro que podía acarrear la presencia de Marco Antonio y de la falta de confianza que Galo tenía en sus hombres. Así, se encerró dentro de las murallas de Paretonio y «dio la orden de que se hiciera sonar las trompetas», para impedir que se oyera una sola palabra y que el mensaje de Marco Antonio se filtrara al interior de la ciudad³⁶⁰⁷. Aunque rudimentaria, su estrategia de contención fue un acierto y Marco Antonio se vio forzado a ejercer la violencia sin éxito³⁶⁰⁸.

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: El intento de insurrección de Marco Antonio fue un estrepitoso fracaso. No sólo no consiguió hacerse con el control del ejército de Galo, sino que, además, fue derrotado por esas mismas tropas en dos ocasiones consecutivas³⁶⁰⁹.

CONSECUENCIAS: Con su derrota, Marco Antonio fracasó por segunda vez en su intento de recuperar el control de sus antiguos soldados. Si, a finales del 31 a. C., había sido traicionado por Escarpo, quien le arrebató el mando de las cuatro legiones que había dejado a su cargo³⁶¹⁰; ahora, en el verano del 30 a. C., a las puertas de su enfrentamiento con Octaviano, fue de nuevo privado de unos refuerzos con los que

³⁶⁰⁴ D.C. 51.9.3.

³⁶⁰⁵ D.C. 51.5.6.

³⁶⁰⁶ D.C. 51.9.3.

³⁶⁰⁷ D.C. 51.9.3. El hecho de que intentara por todos los medios silenciar a Marco Antonio nos da una idea del miedo que tenía Galo de que sus palabras pudieran provocar el amotinamiento del ejército. Este mismo recurso ya lo había empleado Marco Emilio Lépido, en 43 a. C., cuando «mandó hacer resonar todas las trompetas a la vez», para impedir que el discurso de Marco Antonio penetrara en el interior de su campamento (Plu. *Ant.* 18.3-4).

³⁶⁰⁸ D.C. 51.9.3; Oros. 6.19.15.

³⁶⁰⁹ D.C. 51.9.3-4; Oros. 6.19.15.

³⁶¹⁰ Plu. *Ant.* 69.3; D.C. 51.5.6, 9.1; Oros. 6.19.15. Cf. Brice: 2020d: 259.

sostener la defensa de Egipto³⁶¹¹. Con cada fracaso, tanto las opciones como los apoyos de Marco Antonio se reducían cada vez más.

COMENTARIO: El hecho de que la insurrección fuera orquestada desde el exterior del ejército y que Dion Casio, principal fuente para la reconstrucción del episodio, sólo nos proporcione el punto de vista de Marco Antonio y Galo, nos dificulta el análisis de lo ocurrido y nos impide conocer la respuesta del ejército. En el pasado, hemos sido testigos de muchas otras insurrecciones promovidas desde fuera del ejército, de cómo otros comandantes romanos conspiraron para hacerse con el control de las tropas de su rival, y de cómo esos mismos soldados respondieron ante esos estímulos y encabezaron su propia revuelta. Sin embargo, en este caso la información disponible se reduce a lo que Marco Antonio y Galo hicieron. No sabemos nada de las tropas, y sólo podemos deducir una parte de su comportamiento a partir de referencias indirectas extraídas de las acciones que llevaron a cabo Marco Antonio y Galo. De este modo, hemos podido colegir que, dado el vínculo que tenían con su antiguo comandante y la reacción que los soldados tuvieron cuando Escarpo traicionó a Marco Antonio, las tropas pudieron sentir un aprecio especial por el antiguo triunviro; que, dado el historial levantisco de Marco Antonio, este pudo emplear todos sus recursos, incluido el soborno y la violencia, para recuperar el control de las legiones; y que, dada las precauciones que tomó Galo, las tropas pudieron estar inquietas ante la presencia de su viejo general y que, incluso, pudieron movilizarse, pero que, finalmente, no llegaron a hacer nada gracias a la rapidez con la que Galo dejó fuera de juego a su rival, primero aislando a las tropas y, segundo, derrotando militarmente a Marco Antonio.

3.19.6. Alejandría³⁶¹², Egipto, finales de julio del 30 a. C.

«[Marco Antonio] recobró el ánimo gracias a esta escaramuza y a que, por medio de flechas, había conseguido lanzar unas octavillas al campamento de César [Octaviano] en las que prometía mil quinientas dracmas a cada soldado. Y lanzó un nuevo ataque con la infantería, pero fue derrotado. El propio César había leído gustoso aquellas octavillas a sus soldados. Lo hizo para denigrar a Antonio y para colocar a sus soldados entre la vergüenza de la traición y el entusiasmo por su jefe»³⁶¹³.

SITUACIÓN PREVIA: Días antes de la definitiva batalla de Alejandría, Marco Antonio recibió la noticia de que Octaviano había capturado Pelusio³⁶¹⁴. Consciente de la necesidad de detener el avance del futuro Augusto, Marco Antonio se enfrentó a su antiguo compañero en el Triunvirato delante de Alejandría y lo consiguió vencer³⁶¹⁵. Sin embargo, el choque no fue, ni mucho menos, decisivo, y tan sólo supuso un retraso

³⁶¹¹ D.C. 51.9.3-4.

³⁶¹² Norte de Egipto.

³⁶¹³ D.C. 51.10.2-3.

³⁶¹⁴ En el extremo nordeste del delta del Nilo, era un puerto fortificado situado en los ramales orientales de la desembocadura de dicho río. Según Dion Casio (51.9.5-6), la ciudad fue traicionada por Cleopatra, quien favoreció a Octaviano su captura.

³⁶¹⁵ D.C. 51.10.1.

para Octaviano. Sin margen de reacción, Marco Antonio maniobró para que las tropas de su rival se levantaran y cambiaran de bando³⁶¹⁶.

CAUSAS: Identificamos cuatro posibles razones por las cuales los soldados de Octaviano pudieron haber apoyado los intentos de subversión de Marco Antonio: físicas, psicológicas, económicas y personales. Conforme a Dion Casio (51.10.1), el ejército de Octaviano estaba agotado, razón por la cual, según su opinión, había sido recientemente derrotado; y, probablemente, estaba desanimado, ya que acababa de ser vencido por la caballería de Marco Antonio³⁶¹⁷. Al desgaste físico de la guerra y al impacto psicológico de la última derrota, debemos añadir el incentivo económico. Al tanto de las dificultades económicas de Octaviano y de las revueltas que había protagonizado su ejército desde el 36 a. C. como consecuencia de su impuntualidad a la hora de gratificar a sus hombres³⁶¹⁸, Marco Antonio prometió mil quinientas dracmas a cada soldado que se pasara a su lado³⁶¹⁹. Finalmente, no podemos descartar la posibilidad de que parte de las tropas de Octaviano hubieran servido en el pasado bajo el mando de Marco Antonio. Tras la batalla de Accio, sabemos, gracias a Dion Casio (51.3.1), que «el grueso de las tropas de [Marco] Antonio se incorporó en las filas del ejército de César [Octaviano]», y que, salvo a los legionarios que habían superado la edad de servicio, a los cuales los mando, junto a los de su propio ejército, a Italia, al resto de soldados los utilizó más tarde. Dado su pasado con Marco Antonio, es probable que las tropas estuvieran dispuestas a regresar a su antiguo bando³⁶²⁰.

OBJETIVOS: Tras años de revueltas, protestas y reivindicaciones, parte de las tropas todavía seguían esperando cobrar las recompensas que Octaviano les había prometido. Por esta razón, Marco Antonio intentó sobornar a los soldados de su rival³⁶²¹, porque conocía las motivaciones por las que se habían amotinado en los últimos años y porque sabía que el móvil económico podría ayudarle a hacerse con su voluntad. No obstante, si mantenemos la hipótesis de que una parte del ejército de Octaviano estaba integrada por antiguos soldados de Marco Antonio, no podemos pasar por alto la posibilidad de que, al margen del factor material, esos hombres pudieran haber querido retornar al lado de su antiguo general como forma con la que reparar su deslealtad³⁶²².

TIPO DE INSURRECCIÓN, GRADO DE ORGANIZACIÓN Y NIVEL DE VIOLENCIA: Intento fallido de Marco Antonio de hacerse con la confianza del ejército de Octaviano³⁶²³. Como en el episodio anterior, la organización de la insurrección corrió a cargo de Marco Antonio, siendo él el único responsable detrás del intento de amotinamiento del

³⁶¹⁶ D.C. 51.10.1-4.

³⁶¹⁷ D.C. 51.10.1; Plu. Ant. 74.4.

³⁶¹⁸ Para mayor información, *vid. supra* las insurrecciones de los años 36, 35 y 31-30 a. C.

³⁶¹⁹ D.C. 51.10.2.

³⁶²⁰ Salvo esta sospecha, no tenemos ninguna otra referencia ni del número ni de la composición del ejército de Octaviano.

³⁶²¹ D.C. 51.10.2.

³⁶²² D.C. 51.3.1. A este respecto, planteamos una reacción similar a la que tuvieron aquellos soldados de Lucio Domicio Ahenobarbo que, en 49 a. C., desertaron del ejército de Cayo Escribonio Curión y se pasaron al lado de Publio Atio Varo, debido, en parte, a los remordimientos por haber traicionado meses antes a su general y a su deseo de limpiar su ignominia (*vid. supra*).

³⁶²³ D.C. 51.10.1-4. Sobre los intentos de insurrección de Marco Antonio, *vid. Brice, 2020b: 64*.

ejército del futuro Augusto. Con la finalidad de soliviantar los ánimos del ejército rival y de granjearse el favor de las tropas. Marco Antonio se las ingenió para infiltrar propaganda subversiva en el interior del campamento de Octaviano con promesas de lucrosas recompensas para todo aquel que decidiera desertar³⁶²⁴. Concluida esta primera fase, como Marco Antonio no logró satisfacer sus objetivos, dio paso a la violencia y, al igual que hiciera contra Cayo Cornelio Galo, lanzó un ataque con el que intentó forzar el levantamiento del ejército de Octaviano³⁶²⁵.

MECANISMOS DE COHESIÓN: En su relato, Dion Casio, única fuente para la reconstrucción del episodio, se centra en las artimañas de Marco Antonio y en la reacción de Octaviano, y evita hablar de los soldados, de los cuales prácticamente no menciona nada. Marco Antonio reprodujo el mismo *modus operandi* que poco antes había intentado con Galo. La principal diferencia fue que, en lugar de intentar contactar con los soldados a viva voz y de forma directa, lo hizo a través de unas octavillas que, por medio de flechas, había conseguido lanzar al campamento de Octaviano³⁶²⁶. Aunque de esta manera pudo sortear el bloqueo del futuro Augusto, según Dion Casio, ni las palabras de Marco Antonio ni su oferta de entregar mil quinientas dracmas a cada soldado que se pasara a su lado fueron suficientes para que las tropas se atrevieran a cambiar de bando. Si en el ejemplo anterior, presentamos la posibilidad de que los soldados se pudieran haber movilizado ante la llegada de su antiguo comandante, en este caso creemos que, a pesar de los esfuerzos de Marco Antonio y de la posibilidad de que en el ejército de Octaviano hubiera antiguos soldados suyos que le hubieran podido ayudar a incitar el amotinamiento del resto del ejército, las tropas no se llegaron a organizar en ningún momento a favor de su antiguo general y que, si hubo algún tipo de mecanismo de cohesión, este no se activó para apoyar al viejo triunviro, sino para ratificar el apoyo a Octaviano³⁶²⁷. A esta conclusión hemos llegado a partir del análisis de la reacción que tuvieron las tropas tras la intervención de Octaviano y al hecho de que los soldados de Marco Antonio que había en el ejército de Octaviano tenían un vínculo con aquel mucho más débil del que pudo haber existido en los hombres de Galo. Pues, mientras que estos últimos habían sido fieles a Marco Antonio y habían cambiado de bando obligados por la traición de Lucio Pinaro Escarpo³⁶²⁸, la mayor parte de los primeros habían desertado y cambiado de bando tras la batalla de Accio una vez que Marco Antonio los había abandonado previamente para huir junto con Cleopatra³⁶²⁹.

MEDIOS DE DETECCIÓN, CONTROL Y REPRESIÓN: Al corriente de las tretas de Marco Antonio, Octaviano, en lugar de destruir las octavillas que había logrado infiltrar en su campamento o de prohibir que sus soldados las leyeran, prefirió leerlas directamente a sus hombres con el objetivo de neutralizar pública y abiertamente a su antiguo colega en

³⁶²⁴ D.C. 51.10.2.

³⁶²⁵ D.C. 51.10.2.

³⁶²⁶ D.C. 51.10.2; cf. Brice, 2020b: 64. Esta práctica ya la había utilizado Quinto Labieno, en 40 a. C., cuando se atrajo a las guarniciones de la región de Fenicia «mediante ciertos escritos que introducía con flechas en el campamento» (D.C. 48.25.3).

³⁶²⁷ D.C. 51.10.3.

³⁶²⁸ Plu. Ant. 69.3; D.C. 51.5.6, 9.1; Oros. 6.19.15. Cf. Brice: 2020d: 259.

³⁶²⁹ Vell. 2.85.3-6; Plu. Ant. 66.5-8, 68.3-5; Flor. Epit. 2.21.8. Para más información, *vid. infra*.

el Triunvirato³⁶³⁰. Seguidamente, por si hubiera entre sus soldados alguno que dudara a qué bando debía apoyar, denigró a Marco Antonio y colocó a sus hombres «entre la vergüenza de la traición y el entusiasmo por su jefe»³⁶³¹. De esta forma, se adelantó a cualquier reacción del ejército, anuló las artimañas de su rival, y, lo que es más importante, reforzó la lealtad de sus tropas, las cuales, temiendo que se les acusara de traición, lucharon con mayor ímpetu y valor con el fin de desterrar de ellas las sospechas de cobardía y deslealtad³⁶³².

ÍNDICE DE ÉXITO Y/O FRACASO: Fracaso de Marco Antonio en su intento de amotinar y atraerse a los soldados de Octaviano. Como en el episodio anterior, no sólo no se hizo con el favor del ejército rival, sino que, además, fue derrotado por esas mismas tropas en la batalla de después³⁶³³.

CONSECUENCIAS: Tras su fracaso, Marco Antonio vio mermada tanto su autoridad como su prestigio. En adelante, el viejo triunviro dejó de ser una amenaza para Octaviano, las desertiones se sucedieron en su campo³⁶³⁴, y su poder terminó desapareciendo³⁶³⁵.

COMENTARIO: Junto a lo ya analizado, destacamos la habilidad con la que Octaviano anuló las maniobras subversivas de Marco Antonio. Lejos de verse perjudicado por las artimañas de su rival, Octaviano salió reforzado, demostró conocer a su ejército y fue capaz de adelantarse a cualquier intento de motín por parte de sus soldados. Sin embargo, si Octaviano fue capaz de actuar con tal determinación y de, incluso, atreverse a leer abiertamente a sus hombres la propaganda subversiva de Marco Antonio sin importarle las consecuencias, fue porque a esas alturas su antiguo colega en el Triunvirato ya no representaba un peligro para él, y porque el ejército del verano del 30 a. C. ya no era el mismo ejército que se había levantado hasta en tres ocasiones en los últimos años. A lo largo de las últimas insurrecciones, si bien Octaviano tuvo que ceder ante las presiones y las reivindicaciones de sus hombres, también fue lo suficientemente inteligente como para, progresivamente, ir purgando de sus filas a los elementos más problemáticos y levantiscos. Ya sea licenciando, dividiendo o dispersando a las legiones, Octaviano logró deshacerse de los soldados más conflictivos de su ejército. Igualmente, el hecho de que en los últimos meses hubiera entregado a las tropas una parte del total de las recompensas que le reclamaban, también le ayudó a reconciliarse con ellas. No obstante, si todo esto fue decisivo para su éxito, su triunfo se debió a un último factor. A diferencia de Marco Antonio, Octaviano fue capaz de presentarse ante sus legiones como el único representante legítimo del Estado romano. Mientras que la imagen de Marco Antonio se había corrompido en los últimos años³⁶³⁶, y poco o nada quedaba de la fama que había obtenido en Filipos, cuando las tropas lo

³⁶³⁰ D.C. 51.10.3.

³⁶³¹ D.C. 51.10.3.

³⁶³² D.C. 51.10.3.

³⁶³³ Plu. Ant. 76.1-3; D.C. 51.10.3-4.

³⁶³⁴ Plu. Ant. 74.6, 76.1-2. Cf. Warry, 1995: 187.

³⁶³⁵ Liv. 133; Plu. Ant. 76.7-11; D.C. 51.10.7.

³⁶³⁶ De acuerdo con Dion Casio (48.27.1-2), a causa del amor y de sus borracheras, Marco Antonio «no se ocupó de ningún asunto con diligencia, sino que vivía en la voluptuosidad con Cleopatra y los demás egipcios, hasta que quedó totalmente consumido».

reconocieron como el principal vencedor de la batalla³⁶³⁷; la figura de Octaviano había crecido en una relación inversamente proporcional, y, en el verano del 30 a. C., no sólo era la figura más importante y poderosa de Roma, sino que era la única opción válida para las tropas. En vista de las circunstancias, Marco Antonio ya no representaba nada para los soldados, pues, además de ser el enemigo público número uno del Estado romano³⁶³⁸, era el último obstáculo entre ellos y las innumerables riquezas de Egipto³⁶³⁹.

3.19.7. Otras insurrecciones

«Los soldados se lamentaban y esperaban verlo [a Marco Antonio] aparecer de algún lado de un momento a otro, y tal era la fe y el valor que tenían, que incluso cuando su huida se hizo evidente, estuvieron unidos hasta el séptimo día, rechazando las propuestas de paz de César [Octaviano]. Al final cuando el general [Publio] Canidio [Craso] también los abandonó, precipitadamente en la noche, se sintieron faltos de todo y traicionados por sus generales, así que se pasaron al bando vencedor»³⁶⁴⁰.

Como era de imaginar, el enfrentamiento entre Marco Antonio y Octaviano trajo muchos más actos de indisciplina de los ya analizados, siendo, en su mayoría, desertiones, cambios de bando y traiciones³⁶⁴¹. A continuación, comentaremos todos los ejemplos de insurrección que nos dejó el conflicto. Para ello, seguiremos un registro cronológico, diferenciando entre los episodios relacionados con la batalla de Accio y los sucesos que tuvieron lugar durante la campaña de Egipto de Octaviano.

Una de las razones por las que se produjeron tantas desertiones y cambios de bando durante el breve periodo de tiempo que duró el enfrentamiento entre Marco Antonio y Octaviano (32-30 a. C.) la encontramos en los intentos de uno y otro comandante romano por hacerse con los apoyos de su rival. En 32 a. C., durante los preparativos para la guerra, Dion Casio (50.6.3) nos informa de que Octaviano «había conseguido ganarse la voluntad de todos a los que [Marco] Antonio asentó como colonos, a unos tras asustarlos en razón a su escaso número, y a otros con favores». El objetivo del futuro Augusto fue arrebatar a Marco Antonio los apoyos que le quedaban en Italia, algo que terminó consiguiendo un año después cuando expulsó a las comunidades italianas vinculadas a él y regaló las ciudades y las tierras a sus soldados³⁶⁴². Con esta decisión, además de granjearse la lealtad del ejército y de aumentar su base social, se aseguró la retaguardia para lo que restaba de campaña.

³⁶³⁷ Según Apiano (*BC* 5.14), a la altura del 41-40 a. C., «la fama de [Marco] Antonio se hallaba en su punto más álgido, no sólo entre los soldados, sino también entre todos los demás, pues se consideraba que la victoria de Filipos se debía en su totalidad a Antonio a causa de la enfermedad de Octaviano en aquella ocasión».

³⁶³⁸ Suet. *Aug.* 17.2.

³⁶³⁹ D.C. 51.8.5, 11.1, 3, 17.6-8. Cf. Brice, 2020b: 64.

³⁶⁴⁰ Plu. *Ant.* 68.4-5.

³⁶⁴¹ D.C. 50.9.4.

³⁶⁴² D.C. 51.4.6.

La importancia de conservar los apoyos sociales y privar al contrario de los suyos propios la conocía bien Marco Antonio, quien, a imitación de Octaviano, intentó hacerse con la voluntad de todos los que pudo. Según Dion Casio (50.7.2-3), «esperaba debilitar a sus adversarios por medio de la corrupción. Enviando dinero a todas partes, y especialmente a Roma y a todo el resto de Italia, causaba inquietud e intentaba usurpar fidelidades individualmente». De hecho, fue tan intensa la intromisión de Marco Antonio que Octaviano, «informado del dinero que llegaba de manos de Antonio», no pudo salirle al encuentro hasta que no terminó de organizar los asuntos de Italia y se cercioró de haber acabado con todas sus artimañas³⁶⁴³.

Sin embargo, fue Octaviano el que, en esta primera fase de la guerra, manifestó una actitud más sediciosa. Ya sea a título individual como colectivo, fueron varios los intentos que llevó a cabo para hacerse con el favor tanto de colaboradores como de soldados de Marco Antonio. Mientras que Apiano (BC 4.43), nos revela cómo intentó sin éxito que un tal Metelo, oficial de Marco Antonio, desertara y se pasara a su lado; Dion Casio (50.12.1) nos explica cómo Octaviano condujo la flota sobre Accio, donde se encontraba anclada la armada de su rival, «con la intención de atraérselos a su bando, ya por propia voluntad, ya por la fuerza».

De este modo, no nos sorprende cuando Veleyo Páterculo (2.84.1) nos confiesa que, mientras que del bando de Octaviano no desertaba nadie al de Marco Antonio, de este último al primero «no había día que no se pasara alguien». Al margen de si Veleyo exageraba o no con su comentario, lo cierto es que el goteo de tropas en favor del futuro Augusto fue una constante durante todo el conflicto. Si bien Marco Antonio intentó combatir el problema, arengando a sus tropas y obligando a sus hombres a que permanecieran en sus puestos³⁶⁴⁴, los cambios de bando siguieron sucediéndose antes de la batalla de Accio.

A este respecto, Dion Casio (50.11.2, 15.4) nos habla de las desertiones que hubo entre los remeros y los marineros de Marco Antonio. Si, tal y como hemos adelantado más arriba, Octaviano pudo haber sido parte del problema³⁶⁴⁵, creemos que hubo otras razones detrás de su defección. La heterogeneidad de las dotaciones, la ausencia de Marco Antonio, la molicie en la que los soldados habían pasado el invierno del 32 al 31 a. C., el desánimo producido por los últimos prodigios, y, sobre todo, las numerosísimas bajas que provocó la peste que por aquellas fechas se extendió entre el ejército y la flota de Marco Antonio y Cleopatra, pudieron ser las causas detrás de la mayor parte de las desertiones del momento³⁶⁴⁶.

³⁶⁴³ D.C. 50.9.1.

³⁶⁴⁴ Plu. *Ant.* 64.4.

³⁶⁴⁵ D.C. 50.12.1.

³⁶⁴⁶ Según Dion Casio (50.11.2), «sus remeros, que eran una mezcla de todas las naciones y habían pasado el invierno lejos de su comandante, no habían hecho ningún ejercicio y además habían sido diezmados por la enfermedad y las desertiones». Para más información sobre el episodio, *vid.* D.C. 50.12.8, en donde se nos explica que fue el lugar escogido por los soldados para estacionar su campamento lo que provocó que la enfermedad apareciera y que atacara con especial virulencia en invierno y en verano del 31 a. C. (*cf.* Fields, 2008: 77; Brice, 2014: 1); D.C. 50.15.3, en donde se nos dice que el ejército estaba desmoralizado a causa de los últimos prodigios; y D.C. 50.15.4, en donde se mencionan las bajas habidas por los fallecimientos y las desertiones (*cf.* Fields, 2008: 77; Brice, 2014: 1). Igualmente, para una información más detallada sobre los malos augurios que rodearon el enfrentamiento

Sea como fuere, no tardaron en extenderse los rumores de que Marco Antonio estaba teniendo dificultades para controlar los problemas de disciplina de su ejército. Según Dion Casio (50.27.8), justo antes de la batalla de Accio, en su discurso de exhortación, Octaviano reconoció a sus tropas que todos los días muchos de los soldados de Marco Antonio se pasaban a su bando³⁶⁴⁷. Y es que, si numerosos fueron los casos de soldados y marineros que desertaron y se cambiaron de bando, no menos frecuentes fueron los ejemplos de oficiales y colaboradores de Marco Antonio que lo abandonaron para pasarse al lado de Octaviano³⁶⁴⁸.

En el verano del 32 a. C., Marco Ticio y Lucio Munacio Planco «desertaron, ya fuera porque estaban en desacuerdo con [Marco] Antonio, ya fuera porque estaban enfrentados con Cleopatra»³⁶⁴⁹; en 31 a. C., Cneo Domicio Ahenobarbo (*cos.* 32 a. C.), «enfadado con Cleopatra, cambió de bando»³⁶⁵⁰; y, justo antes de la batalla de Accio, Quinto Delio, uno de los miembros más destacados del ámbito de Marco Antonio y quien había facilitado el primer encuentro entre este y Cleopatra, terminó desertando y simpatizando con Octaviano, a quien desveló parte de los planes de huida de sus rivales³⁶⁵¹. Todas estas traiciones, además de desestabilizar al ejército y provocar nuevas defecciones³⁶⁵², hicieron que Marco Antonio recelara de sus compañeros de armas y que se volviera tremendamente desconfiado³⁶⁵³.

Así las cosas, podríamos desconfiar del grado de compromiso de las tropas de Marco Antonio y de su implicación durante la contienda, y suponer que ni estarían dispuestas a luchar por su general ni mucho menos a dar la vida por su causa. Sin embargo, no fue esto lo que ocurrió. Aunque, si bien es cierto que, con el propósito de acentuar la traición de Marco Antonio para con sus hombres³⁶⁵⁴, de recalcar su falta de escrúpulos y de virtud, de reforzar la idea de que era un títere en manos de Cleopatra, y de responsabilizarle, en suma, de todo lo sucedido, las fuentes clásicas, así como la propaganda augustea, exageraron, con toda probabilidad, la determinación y la valentía con la que el ejército de Marco Antonio resistió a pesar de haber sido derrotada la flota y de que su comandante hubiera huido de la batalla, todo parece indicar que los

entre Octaviano y Marco Antonio, y, especialmente, al ejército de este último y Cleopatra, y de cómo el ejército se sugestionó ante tales señales, *vid.* Plu. *Ant.* 60.2-7; D.C. 50.8, 9.1, 10.2-3.

³⁶⁴⁷ Cf. Vell. 2.84.1.

³⁶⁴⁸ Cf. Fields, 2008: 77.

³⁶⁴⁹ D.C. 50.3.1-2. Según Plutarco (*Ant.* 58.4), el desacuerdo sobre la posición de Cleopatra fue lo que los llevó a la desertión; sin embargo, para Velejo Patérculo (2.83), fue el descubrimiento de sus abusos financieros (ambos personajes habían sido gobernadores, Ticio, en Siria, y Planco, en Asia) lo que los obligó a huir. Cf. Jal, 1962: 14.

³⁶⁵⁰ D.C. 50.13.6. Cf. Vell. 2.84.2; Plu. *Ant.* 63.3-4; Warry, 1995: 187.

³⁶⁵¹ Plu. *Ant.* 59.6-7; D.C. 50.23.1.

³⁶⁵² D.C. 50.13.6.

³⁶⁵³ D.C. 50.13.7-8.

³⁶⁵⁴ En medio de la batalla de Accio, abandonó el combate y huyó junto con Cleopatra (Vell. 2.85.3-5; Plu. *Ant.* 66.5-8; 68.3-5; Flor. *Epit.* 2.21.8; D.C. 51.1.4). Según Plutarco (*Ant.* 68.3), Marco Antonio «se había retirado por las buenas, abandonando diecinueve legiones de soldados imbatibles y unos doce mil caballeros, como si no conocieran los reveses de la fortuna, ni se hubieran curtido en miles de batallas y guerras». Cf. Warry, 1995: 187.

soldados fueron mucho más leales y disciplinarios de lo que se podía esperar después de todas las deserciones que hubo en los meses previos al combate³⁶⁵⁵.

Veleyo Patérculo fue uno de los más críticos con Marco Antonio. Según su opinión, «el general que debía haber sido duro con los desertores, desertó de su propio ejército»³⁶⁵⁶. En su declaración se aprecia bien la intención del autor: denigrar la imagen del antiguo triunviro. Así, no sólo le acusó de haber sido indulgente para con los desertores, de haber consentido los cambios de bando y de no haber castigado la indisciplina de su ejército, sino que, además, lo tachó de mal general al haber abandonado a sus hombres en el momento más crítico del combate. Finalmente, se volcó en elogios con las tropas con el fin de subrayar la traición de Marco Antonio: «Y quedó patente que los soldados habían cumplido como el mejor de los generales, mientras que su general se había comportado como un soldado desertor»³⁶⁵⁷.

Poco después, Publio Canidio Craso, a cuyo cargo había dejado Marco Antonio al ejército de tierra, siguió los pasos de su comandante en jefe y abandonó a las legiones³⁶⁵⁸. Plutarco (*Ant.* 68.4-5) nos dice que, incluso cuando la huida de Marco Antonio se hizo evidente, los soldados «estuvieron unidos hasta el séptimo día, rechazando las propuestas de paz de Cesar [Octaviano]», pero que, cuando se confirmó que Canidio también los había abandonado, fue cuando, «faltos de todo y traicionados por sus generales, se pasaron al bando vencedor»³⁶⁵⁹.

La derrota de Accio provocó nuevas deserciones y cambios de bando tanto por el lado de Cleopatra como por el de Marco Antonio³⁶⁶⁰, y la necesidad de reformular la estrategia y preparar la defensa de Egipto.

Tal y como adelantamos más arriba, una de las defecciones más importantes de la fase final de la guerra fue la que protagonizó Lucio Pinarío Escarpo. Al mando de cuatro legiones, Marco Antonio lo había dejado como gobernador de Cirene y a cargo de la defensa de Egipto cuando, tras la batalla de Accio, reclamó su ejército para hacer frente a Octaviano. Sin embargo, Escarpo se negó a recibirlo y mató a quienes Marco Antonio había enviado por delante. La inesperada reacción de Escarpo provocó el enfado del ejército y que parte de las tropas mostraran públicamente su descontento. Ante la amenaza de que el malestar de la soldadesca se extendiera y que la proximidad de Marco Antonio alentara a los hombres a amotinarse, Escarpo empleó la fuerza e hizo

³⁶⁵⁵ Según Veleyo Patérculo (2.85.4-5), «después de perder a su general tuvieron constancia para continuar luchando con gran valentía, y se luchaba hasta la muerte habiendo perdido la esperanza de la victoria [...]. Sin embargo, como habían luchado largo tiempo a favor de un general desaparecido, cedieron la victoria abandonando las armas a duras penas [...]».

³⁶⁵⁶ Vell. 2.85.3.

³⁶⁵⁷ Vell. 2.85.5. En la misma línea argumental podemos situar la narración de Plutarco (*Ant.* 66.6-8), con la excepción de que, además de culpar a Marco Antonio, responsabilizó a Cleopatra de lo sucedido, ya que, según su apreciación, fue ella la causante de que el general romano lo abandonara todo: «Allí quedó totalmente claro que [Marco] Antonio se ocupaba de los asuntos no como general, ni como hombre que estuviera en su sano juicio, sino como si estuviera abducido y atrapado por una mujer [...]. Él, en cuanto que la nave de aquella se alejaba, lo olvidó todo, traicionando y abandonando a los que luchaban y morían por él [...]». Cf. Flor. *Epit.* 2.21.8; Harris, 2006: 313.

³⁶⁵⁸ Vell. 2.85.6; Plu. *Ant.* 68.5.

³⁶⁵⁹ Cf. Vell. 2.85.4-6; D.C. 51.1.4; Keppie, 1998: 111-112; Fields, 2008: 79; Brice, 2014: 3, 9, 43, 102.

³⁶⁶⁰ D.C. 51.5.3.

ejecutar a algunos de los soldados que se habían quejado³⁶⁶¹. Desconocemos por qué Escarpo traicionó la confianza de su comandante en jefe, pues, aunque no era el primero que lo hacía, su defección sorprendió incluso al propio Marco Antonio, quien, según Plutarco (*Ant.* 69.3), intentó suicidarse cuando se enteró de lo ocurrido.

Poco después de lo sucedido, Dion Casio (51.9.1) nos informa de que Cayo Cornelio Galo «se apoderó del ejército de Escarpo». Según Orosio (6.19.15), Octaviano había enviado a Galo para que se hiciera con el mando de las legiones de Escarpo; no obstante, desconocemos cómo tuvo lugar el traspaso del ejército. Se ha especulado que, como Escarpo era pariente de Cayo Julio César, y Octaviano era su hijo adoptivo, pudo haberle entregado su ejército a Galo como deferencia hacia Octaviano³⁶⁶². Sin embargo, creemos que la relación entre Escarpo y Galo fue igual de “cordial” que la que tuvieron, en 43 a. C., Quinto Cecilio Baso y Cayo Casio Longino.

Del mismo modo que Baso se vio obligado a ceder su ejército a Casio, en tanto que, como principal representante de la facción del Senado, era su superior; Escarpo tuvo que hacer lo propio con Galo. Dado el poder que había conseguido Escarpo al hacerse con las cuatro legiones de Marco Antonio y las molestias que se tomó para evitar que su ejército se levantara, dudamos que quisiera desprenderse tan fácil de la posición de preeminencia que había logrado obtener, y que, por tanto, quisiera ceder el ejército a un recién llegado como era Galo. En tal sentido, le sucedió lo mismo a Baso. Después de haber maniobrado, en 46 a. C., para hacerse con el ejército de Sexto Julio César y de defender durante años su posición frente a otros ejércitos cesarianos, tuvo que ceder a regañadientes y entregar su ejército a otro recién llegado como era Casio³⁶⁶³. De esta forma, creemos que Escarpo actuó contra Marco Antonio igual que Baso lo hizo contra Sexto Julio, para satisfacer su ambición personal, y que, si bien no tenía inconveniente en apoyar a Octaviano, ya que eso le ayudaría a asegurar su posición y a justificar su traición, no contó ni con la llegada de Galo ni con que Octaviano iba a enviar tan pronto a alguien de su confianza que lo reemplazara.

Las dos últimas defecciones se llevaron a cabo durante la defensa de Alejandría. La primera de ellas tuvo lugar, en julio del 30 a. C., tras imponerse Marco Antonio a la caballería de Octaviano³⁶⁶⁴, e inmediatamente después de haber celebrado la victoria. Según Plutarco (*Ant.* 74.5-6), el soldado que había mostrado más coraje durante la lucha y que había sido recompensado con una coraza y un caso de oro por su valentía, «tras haber tomado estas cosas, desertó y, durante la noche, se pasó al campamento de César [Octaviano]».

Para comprender por qué actuó de esa manera aquel soldado, tenemos que señalar, por un lado, que la victoria de Marco Antonio no fue más que una pequeña escaramuza y, por el otro, que Marco Antonio acababa, tal y como vimos más arriba, de fracasar en

³⁶⁶¹ D.C. 51.5.6.

³⁶⁶² Broughton, 1952: 422.

³⁶⁶³ *Vid. supra.*

³⁶⁶⁴ *Plu. Ant.* 74.4; D.C. 51.10.1.

su intento de atraerse al ejército de su rival³⁶⁶⁵. El viejo triunviro había perdido su última oportunidad de derrotar a Octaviano y sus hombres lo sabían.

Desesperado, Marco Antonio jugó su última carta y se echó al mar, creyendo que allí podría resarcirse de Accio. Es entonces cuando tuvo lugar la última insurrección.

«Al alba, [Marco] Antonio colocó sus tropas sobre las colinas que hay enfrente de la ciudad [de Alejandría] y se quedó observando las naves que zarpaban al mar y que iban al encuentro de sus enemigos. Allí esperó a ver qué acción emprendían por su parte, atento y tranquilo. Cuando ellos se encontraron cerca, saludaron a las tropas de César [Octaviano] con sus remos, y ante el saludo a su vez de los otros, se cambiaron de bando. Tras formar una sola escuadra, el conjunto de las naves siguió navegando, poniendo rumbo a la ciudad»³⁶⁶⁶.

Lo que podría haber sido el último intento de derrotar a Octaviano supuso la última humillación de Marco Antonio. El primero de agosto, al rayar el alba, «todas las naves se pasaron de pronto a César [Octaviano]»³⁶⁶⁷. Tras conocerse la noticia de la defección de la armada, Marco Antonio fue «abandonado por sus caballeros»³⁶⁶⁸. El resto es historia. Sin apoyos y convencido de la muerte de Cleopatra, Marco Antonio se suicidó³⁶⁶⁹.

3.20. Otros conflictos durante el Triunvirato

Aunque las luchas internas fueron la principal característica del Triunvirato, junto a los enfrentamientos civiles encontramos otros conflictos externos en los que el ejército romano protagonizó varios actos de indisciplina e insubordinación que, seguidamente, pasaremos a analizar. Para este fin, hemos dividido el apartado en virtud de los escenarios militares en los que tuvieron lugar dichas insurrecciones, a saber: revuelta de los cerretanos, campaña contra los partos, campaña contra los yápides y campaña contra los dálmatas.

3.20.1. Revuelta de los cerretanos (39 a. C.)

«[Cneo] Domicio Calvino, como le habían asignado Hispania después de su consulado, dio un ejemplo de gran severidad, comparable a los antiguos, porque golpeó con un látigo al centurión de la primera sección, llamado Vibilio, que había abandonado la formación huyendo vergonzosamente»³⁶⁷⁰.

Aunque la mayoría de las referencias que tenemos sobre Hispania en el siglo I a. C. están vinculadas a alguno de los numerosos enfrentamientos civiles que protagonizó el pueblo romano al final de la República, la actividad bélica en la península ibérica no

³⁶⁶⁵ *Vid. supra.*

³⁶⁶⁶ Plu. *Ant.* 76.1-2.

³⁶⁶⁷ Oros. 6.19.16. Cf. Eutr. 7.7.1. De acuerdo con Dion Casio (51.10.4), la traición fue orquestada por Cleopatra. Cf. Plu. *Ant.* 76.3; Brice: 2020d: 259.

³⁶⁶⁸ Plu. *Ant.* 76.3.

³⁶⁶⁹ Plu. *Ant.* 76.7-8; D.C. 51.10.7. Cf. Warry, 1995: 187; Brice, 2014: 9, 43, 51, 103.

³⁶⁷⁰ Vell. 2.78.3.

se limitó a las luchas entre romanos, existiendo otros conflictos bélicos, bien de pacificación de la región, bien de conquista de nuevos territorios. Uno de ellos fue la revuelta de los cerretanos —un pueblo íbero al sur de los Pirineos, que ocupaba la zona del Segre, lo que hoy es la Cerdeña, y cuya capital era Libia—³⁶⁷¹.

El encargado de enfrentarse a los cerretanos fue el procónsul Cneo Domicio Calvino, quien, según Dion Casio (48.42.1), «los sometió, pero previamente tuvo algunos éxitos, y también fracasos a causa de su lugarteniente, que fue emboscado por los bárbaros y abandonado por sus soldados». Desconocemos el nombre del legado de Calvino y las razones por las que sus hombres lo abandonaron —aunque, previsiblemente, fue como consecuencia de la emboscada y de verse, o bien numéricamente superados, o bien obligados a luchar en un terreno desfavorable—, pero de lo que no hay duda es de la decisión que tomó el procónsul.

Antes de reanudar la lucha y devolver el golpe recibido, Calvino no hizo nada hasta haber restituido primero la disciplina en su ejército. Conforme a Dion Casio (48.42.2), reunió a los soldados culpables y los rodeó con el resto del ejército. A continuación, «apartó dos centurias y ejecutó por sorteo a uno de cada diez, y aplicó este castigo a muchos centuriones, entre ellos al que combates con la llamada “primera lanza”». Sólo entonces, después de haber reprimido la desobediencia de sus hombres, «marchó contra los enemigos y los sometió sin grandes dificultades»³⁶⁷².

Tanto Veleyo Patérculo como Dion Casio, las únicas dos fuentes que hablan del incidente, destacan, por encima de todo, la determinación y la firmeza con la que actuó el procónsul y erradicó la indisciplina de su ejército. Mientras que el primero compara a Calvino con los antiguos romanos³⁶⁷³, el segundo lo compara con Marco Licinio Craso³⁶⁷⁴, puesto que, al igual que él, había recurrido a la *decimatio* para castigar la cobardía de sus hombres³⁶⁷⁵.

La razón por la que ambos autores se esforzaron tanto en ensalzar la figura de Calvino y de convertirlo en un *exemplum* para las generaciones presentes y venideras es muy simple. Frente a la condescendencia del periodo y la tolerancia con la que los mandos militares trataron la indisciplina del ejército, tal y como vimos cuando analizamos el contexto de violencia generalizada en el que incurrió el ejército romano después de la batalla de Filipos³⁶⁷⁶, Calvino demostró una agresividad impropia de su tiempo y que, más bien, recordaba a los antiguos romanos que con tanta satisfacción se encargó de rememorar Valerio Máximo en su *Factorum ac dictorum memorabilium*.

Con toda seguridad, si Calvino actuó con tanta confianza se debió a dos motivos: a que contaba con el respaldo de la mayoría del ejército y a que se trataba de una guerra contra un enemigo no romano. Del relato de Dion Casio se desprende que Calvino tenía

³⁶⁷¹ D.C. 48.42.1.

³⁶⁷² D.C. 48.42.3. Respecto a las medidas disciplinarias llevadas a cabo por Cneo Domicio Calvino, *vid.* Bouquie, 1884: 126; Perea, 2003: 124; 2006a: 11; Salvo, 2013: 21; Henaut, 2016: 167, 169, 176, 178; Faszczka, 2018: 97; Brice, 2020c: 118; 2020d: 260.

³⁶⁷³ Vell. 2.78.3.

³⁶⁷⁴ D.C. 48.42.3.

³⁶⁷⁵ Recordemos que, en 71 a. C., Marco Licinio Craso utilizó este medio para castigar a los soldados que huyeron de Espartaco (Plu. *Crass.* 10.4; App. *BC* 1.118-119).

³⁶⁷⁶ App. *BC* 5.13, 15, 17-18.

el apoyo del ejército, ya que se sirvió del resto de sus tropas para rodear a los soldados que habían abandonado a su lugarteniente durante la batalla y para llevar a cabo el castigo³⁶⁷⁷. No podemos decir lo mismo de sus oficiales, o, al menos, de sus centuriones, puesto que, según Dion Casio (48.42.2), muchos centuriones, entre ellos el *primus pilus*, sufrieron el mismo castigo que las tropas rebeldes³⁶⁷⁸. Aunque Dion Casio no menciona que los centuriones hubieran abandonado el combate, lo que nos llevaría a pensar que fueron castigados por no haber sido capaces de guardar el orden en sus filas y evitar la defección de sus hombres; Veleyo Patérculo sí que nos habla de un tal Vibilio, centurión primípilo, que fue castigado por su cobardía³⁶⁷⁹.

En segundo lugar, el hecho de que Calvino se estuviera enfrentando a un enemigo externo fue determinante para que se atreviera a aplicar un castigo tan severo como era la *decimatio* sin miedo a sufrir la reacción de su ejército. Si revisamos las palabras con las que Apiano reflexionó acerca de por qué la desertión se había popularizado en los últimos años y se había convertido en un delito que rara vez era castigado, recordaremos que, según su opinión, a las tropas no les preocupaba desertar y cambiarse de bando porque, como no combatían contra enemigos extranjeros, sino contra ciudadanos e iguales en rango, y bajo el mando de generales cuyas causas eran semejantes, en tanto que ninguna de ellas era opuesta a los intereses de Roma, no consideraban que estuvieran haciendo algo malo, dado que, ya sea en un bando o en otro, en cualquier parte podrían prestar ayuda a su país, independientemente de la facción a la que estuvieran apoyando³⁶⁸⁰.

La cosa era diferente si, en lugar de enfrentarse a otro ejército romano, lo hacían contra un enemigo externo. A nivel psicológico, a los soldados romanos les resultaba mucho más difícil justificar su sedición, pues no se estaban pasando a un ejército con el que podían compartir parte de su discurso ideológico y en el que podían simpatizar con la causa de su comandante, sino que lo hacían a un ejército enemigo del Pueblo romano. Aunque esto no impidió, tal y como se ha visto en los conflictos analizados a lo largo de nuestro trabajo³⁶⁸¹, que las tropas desertaran y cambiaran de bando durante las múltiples guerras en las que Roma se enfrentó a otros pueblos extranjeros, la frecuencia con la que lo hicieron fue extraordinariamente inferior a cuando se enfrentaron en conflictos internos.

Esto se debió, sobre todo, a la injerencia de otros ejércitos y generales romanos. En lo que llevamos de estudio, hemos sido testigos de cómo desde el exterior del ejército se incitó a los soldados a la desertión, de cómo se respaldaron los cambios de bando, y de cómo se recompensó la traición y se perdonó la indisciplina del ejército. Todo ello hizo que los comandantes romanos tuvieran especial cuidado en mostrarse severos con sus tropas y que evitaran castigar a sus soldados, habida cuenta del riesgo que corrían de que cambiaran de bando; tal y como le ocurrió, por ejemplo, a Marco

³⁶⁷⁷ D.C. 48.42.2.

³⁶⁷⁸ Conforme a Veleyo Patérculo (2.78.3), Calvino «golpeó con un látigo al centurión de la primera sección, llamado Vibilio, que había abandonado la formación huyendo vergonzosamente».

³⁶⁷⁹ Vell. 2.78.3; D.C. 48.42.2.

³⁶⁸⁰ App. BC 5.17.

³⁶⁸¹ Vid. *supra*, por ejemplo, las desertiones que hubo durante los enfrentamientos contra Jugurta y Mitrídates VI.

Antonio, en 44 a. C., cuando castigó la desobediencia de su ejército con una *decimatio* atenuada. La dependencia que los principales líderes del periodo tenían con relación a sus tropas hizo que los castigos fueran sustituidos por promesas y recompensas, y que fuera preferible tener a un ejército corrupto, pero contento, que a un ejército disciplinado, pero molesto³⁶⁸². Pues, mientras que el primero sería leal, siempre y cuando recibiera lo prometido, el segundo buscaría cambiar de general llegado el momento.

Sin embargo, Calvino no tenía ese problema. En guerra contra un enemigo exterior y sin la amenaza de un ejército romano que pudiera tentar a sus tropas y comprar la lealtad de su ejército, el procónsul podía reprimir la indisciplina de sus hombres sin miedo a que estos lo abandonaran. Asimismo, el hecho de que contara, además, con el respaldo de la mayoría de su ejército, reforzaba todavía más su posición y le protegía del levantamiento de los soldados rebeldes, quienes, inferiores en número, no tendrían la opción de atentar contra su comandante, a diferencia de otros episodios en los que las tropas, si bien no contemplaron la opción de desertar, no dudaron en amenazar la integridad física de su general³⁶⁸³.

Gracias a su carácter expeditivo, Cneo Domicio Calvino obtuvo el respeto y el reconocimiento de sus contemporáneos «por la forma en la que mantuvo la disciplina militar»³⁶⁸⁴, y se ganó el derecho a celebrar un triunfo a su regreso a Roma por haberse impuesto a sus enemigos³⁶⁸⁵.

3.20.2. Campaña contra los partos (36 a. C.)

«Agobiado por todas partes con todo tipo de desgracias, a duras penas pudo regresar [Marco Antonio] a Antioquía con unos pocos. Y es que, tras haber tenido que huir a causa de la enorme cantidad de jinetes y lanceros enemigos, siempre derrotado de todos los combates que entabló, fue sobre todo ahora cuando, incapacitado por la inseguridad y desconocimiento de los lugares de aquella región, se vio obligado, a causa del hambre acuciante, a comer alimentos nefandos. Muchos de sus soldados se entregaron al enemigo»³⁶⁸⁶.

Como ya explicamos más arriba, en 40 a. C., Quinto Labieno, aliado con los partos, se hizo, gracias a la ayuda de Pacoro y al apoyo de las guarniciones romanas de la región, las cuales se habían pasado a su lado, con la mayor parte de Siria, Palestina y Cilicia y había derrotado a Lucio Decidio Saxa³⁶⁸⁷. Pues bien, un año después, en 39 a. C., Marco Antonio envió a Publio Ventidio Baso a Asia para enfrentarse a Labieno y recuperar los territorios perdidos³⁶⁸⁸.

³⁶⁸² App. BC 5.13, 15, 17-18.

³⁶⁸³ Vid. *supra* los numerosos intentos de asesinato que llevaron a cabo las tropas romanas como consecuencia de su descontento. A tal efecto, destacamos los atentados que sufrieron Lucio Porcio Catón, en 89 a. C.; Cneo Pompeyo Estrabón, en 87 a. C.; y Quinto Casio Longino, en 48-47 a. C.

³⁶⁸⁴ D.C. 48.42.3. Cf. Vell. 2.78.3.

³⁶⁸⁵ D.C. 48.42.4.

³⁶⁸⁶ Oros. 6.19.1.

³⁶⁸⁷ Liv. 127; Vell. 2.78.1; Flor. Epit. 2.19.3-5; App. BC 5.65; D.C. 48.25-26.

³⁶⁸⁸ Gel. 15.4.4; D.C. 48.39.2. Cf. Fields, 2008: 57; Brice, 2014: 46.

Expulsado de Asia por Ventidio, Labieno se retiró a Siria a la espera de que los partos le auxiliaran y le ayudaran a combatir al general romano³⁶⁸⁹. A la altura de Cilicia, Ventidio le cortó el paso, y, tras unos días de espera, tuvo lugar el combate entre los partos y el comandante romano³⁶⁹⁰. La derrota y posterior fuga de los primeros provocó, según Dion Casio (48.40.4-5), el abatimiento de los soldados romanos de Labieno y las primeras deserciones. Superado por Ventidio, Labieno intentó huir, abandonando a parte de sus hombres, los cuales acabaron uniéndose al ejército del primero³⁶⁹¹.

Con Quinto Labieno fuera de juego, Ventidio recuperó Cilicia y se enfrentó a los partos en Siria, en donde los derrotó³⁶⁹². Tras apoderarse de Siria hizo lo propio con Palestina, restituyendo de esta forma los territorios que Roma había perdido, en 40 a. C.³⁶⁹³

Una vez situados, tenemos que saltar al año 36 a. C. para ocuparnos de la expedición que Marco Antonio dirigió contra los partos. Para su empresa, el triunviro reunió un enorme ejército que, en función de la fuente consultada, osciló entre las trece y las dieciocho legiones³⁶⁹⁴. Según Plutarco (*Ant.* 43.3) fue tan grande el despliegue militar que rodeó a la campaña que «en esos tiempos no pudo reunir ningún otro general un ejército más maravilloso como aquel ni en arrojo, ni en resistencia, ni en vigor, en absoluto». No obstante, de poco sirvió. La guerra contra los partos terminó siendo un estrepitoso fracaso y, al igual que le ocurriera a Marco Licinio Craso, en 53 a. C., el ejército romano sufrió todo tipo de infortunios, bien de manos de los partos, bien por culpa de los condicionantes físicos y de la dureza de la campaña³⁶⁹⁵. Como resultado de todas las desdichas que sufrieron las tropas, estas protagonizaron varios episodios de indisciplina e insurrección que, a continuación, pasaremos a comentar.

La campaña del 36 a. C., la podemos dividir en dos fases: la expedición contra Praaspa³⁶⁹⁶, capital de invierno de la Media Atropatene, y el viaje de vuelta a Armenia. Conforme a Plutarco (*Ant.* 37.6), Marco Antonio «inició la guerra apresuradamente antes de hora y llevó todas las operaciones de manera desordenada, como si no estuviera bien de la cabeza». Si bien el de Queronea culpó a Cleopatra de todas las desgracias de Marco Antonio, lo cierto es que el general romano tomó una serie de malas decisiones al comienzo de la expedición que afectaron directamente a la conducta del ejército. En primer lugar, emprendió la marcha con un ejército agotado y que no había descansado³⁶⁹⁷; seguidamente, dejó atrás a la maquinaria de asedio necesaria para capturar Praaspa³⁶⁹⁸, y dejó expuesto a los ataques enemigos a su lugarteniente Opio

³⁶⁸⁹ D.C. 48.39.3-4.

³⁶⁹⁰ D.C. 48.39.4, 40.1-3. Cf. Warry, 1995: 184; Fields, 2008: 57; Brice, 2014: 46.

³⁶⁹¹ D.C. 48.40.5.

³⁶⁹² Liv. 127; Plu. *Ant.* 33.6; Gel. 15.4.4; D.C. 48.41.1, 4. Cf. Fields, 2008: 57; Brice, 2014: 46.

³⁶⁹³ Gel. 15.4.4; D.C. 48.41.4-5. Cf. Fields, 2008: 57; Brice, 2014: 46, 133.

³⁶⁹⁴ Mientras que Velejo Patérculo (2.82.1) habla de trece legiones, Lucio Anneo Floro (*Epit.* 2.20.10) menciona dieciséis, y Tito Livio (130) nos informa de dieciocho legiones y dieciséis mil jinetes.

³⁶⁹⁵ Cf. Warry, 1995: 184.

³⁶⁹⁶ Al norte del actual Irán.

³⁶⁹⁷ Plu. *Ant.* 38.1.

³⁶⁹⁸ Plu. *Ant.* 38.3-4; D.C. 49.25.2.

Estaciano³⁶⁹⁹; y, por último, confió en exceso en la palabra del rey de Armenia Artavasdes II³⁷⁰⁰. Pronto se percató de su error, pues, nada más comenzar la campaña, las máquinas fueron destruidas, Estaciano cayó muerto en combate y Artavasdes le traicionó³⁷⁰¹. Todo ello provocó el desánimo en los soldados de Marco Antonio³⁷⁰².

Sin embargo, lo peor fue el hambre. Durante el asedio de la ciudad, Marco Antonio tuvo graves inconvenientes para aprovisionarse del alimento necesario para abastecer a todo el ejército. Según Dion Casio (49.26.3, 27.1), «perdió a muchos de los suyos mientras buscaban o acarreaban provisiones», hasta el punto de que, «aunque supuestamente era Antonio el que sitiaba, era él quien sufría las penalidades de los sitiados». En consecuencia, con la intención de evitar que, «si se quedaban allí y permanecían inactivos, cundiera el pánico en el ejército»³⁷⁰³, el triunviro tomó la decisión de sacar a una parte de los soldados y enviarlos en busca de alimento. Pese a que su plan le permitió derrotar por primera vez al enemigo, fue peor el desgaste que sufrieron sus hombres que la ventaja que logró obtener de sus salidas.

«El desánimo y la desesperación» del ejército no tardó en llegar al campamento romano, provocando el miedo y el relajamiento de la disciplina³⁷⁰⁴. Según Plutarco (*Ant.* 39.8), como los defensores del campamento se habían dejado atemorizar por el enemigo, Marco Antonio, «lleno de furia, se sirvió del llamado diezmo con aquellos que se habían portado cobardemente. En efecto, tras organizar a la multitud en grupos de diez, mató a uno en suerte de cada uno de esos grupos y al resto ordenó que se les distribuyera cebada en vez de trigo»³⁷⁰⁵. Era la segunda vez desde la insurrección de Brindisi de 44 a. C. que Marco Antonio empleaba la *decimatio* para reprimir la indisciplina de sus hombres. En esta ocasión, su castigo no provocó su amotinamiento, a pesar de que ahora se encontraban en una situación mucho peor que la de entonces. Una vez más, como vimos en el ejemplo anterior, el contexto de guerra externa fue determinante para que las tropas no se alzaran contra su comandante.

El sitio de Praaspa no benefició a ninguna de las dos partes. Si los romanos temían el hambre, el rey parto Fraates IV temía la llegada del invierno y que la persistencia de Marco Antonio hiciera mella en la lealtad de su ejército³⁷⁰⁶. Finalmente, se llegó a un acuerdo: Marco Antonio levantaría el asedio y Fraates le concedería la paz³⁷⁰⁷. Es entonces, en el camino de vuelta a Armenia, cuando los romanos sufrieron lo inimaginable.

Como era de suponer, los partos no enviaron ninguna propuesta de paz a Marco Antonio, sino que, por el contrario, cayeron en numerosas ocasiones sobre los romanos,

³⁶⁹⁹ Plu. *Ant.* 38.3; D.C. 49.25.2.

³⁷⁰⁰ Quien le había prometido ayudarlo en su empresa (Plu. *Ant.* 37.3; D.C. 49.25.1, 5).

³⁷⁰¹ Vell. 2.82.2; Plu. *Ant.* 38.5, 39.1; D.C. 49.25.4-5.

³⁷⁰² Plu. *Ant.* 39.1.

³⁷⁰³ Plu. *Ant.* 39.2.

³⁷⁰⁴ Plu. *Ant.* 39.7-8.

³⁷⁰⁵ De acuerdo con Frontino (*Str.* 4.1.37), la *decimatio* se aplicó a las dos cohortes que abandonaron su puesto y permitieron que el enemigo incendiara la línea de obras. Asimismo, castigó a los centuriones de cada cohorte, despidió al oficial al mando y ordenó que el resto de la legión fuera alimentada con raciones de cebada Cf. D.C. 49.26.3, 27.1.

³⁷⁰⁶ Plu. *Ant.* 40.1-2.

³⁷⁰⁷ Plu. *Ant.* 40.7; D.C. 49.27.4.

causándoles terribles daños³⁷⁰⁸. En uno de esos lances, un tal Flavio Galo, probablemente un oficial del ejército romano, se dejó llevar por la situación y, tras lanzarse contra el enemigo, desobedeció la orden de retirarse. De acuerdo con Plutarco (*Ant.* 42.4-5), el primero en reprocharle su actitud fue Marco Ticio, cuestor de Marco Antonio, quien, a imitación de otros ejemplos del pasado³⁷⁰⁹, llegó a tomar las enseñas para hacerle volver a su puesto³⁷¹⁰. Por culpa de su indisciplina, muchos soldados romanos cayeron muertos, bien por seguir a Galo, bien por intentar ayudarlo³⁷¹¹. Así, «sin que se dieran cuenta, faltó poco para que cayera todo el ejército con la derrota o la huida»³⁷¹². Plutarco (*Ant.* 43.1) nos habla de tres mil soldados muertos y cinco mil heridos. Un elevadísimo número de bajas que hundió todavía más el ánimo de la soldadesca romana.

Dadas las circunstancias, Marco Antonio se esforzó por levantar la moral de sus hombres. Visitó a los soldados heridos, los animó y los cuidó, dejándose ver sensiblemente afectado como consecuencia de la última derrota. La empatía con la que se acercó a sus hombres le valió su respeto y admiración y que muchos le reconocieran como su *imperator*³⁷¹³. Pese a que a Marco Antonio no le tembló el pulso a la hora de castigar a sus tropas, y estas se mostraron más de una vez rebeldes con él, a lo largo de su vida el triunviro supo ganarse el favor de aquellos que combatieron bajo su mando. Conforme a Plutarco (*Ant.* 43.5-6), la causa de esto fueron «su prodigalidad y su exuberancia, su nobleza de casta, la fuerza de convicción de su discurso, su sencillez, la afabilidad que mostraba en sus bromas y en sus conversaciones; compartía el dolor y los sufrimientos de los afligidos y se trasladaba allí donde alguien lo necesitase, reconfortando en grado sumo a los que estaban enfermos y tullidos en comparación a los sanos»³⁷¹⁴. Con todo, también tuvo unas palabras con los que salieron huyendo del último combate, a los que mostró su más absoluto desprecio³⁷¹⁵.

No fue esta la única situación militar desfavorable para el ejército romano, pero sí la última que terminó provocando la indisciplina de los soldados. Durante la huida a Armenia los combates se sucedieron, repartiéndose la suerte uno y otro bando. Sin embargo, parece que, finalmente, las tropas de Marco Antonio lograron adaptarse al constante hostigamiento de los partos y que, aunque siguieron sufriendo importantes bajas, su presencia dejó de ser su principal problema³⁷¹⁶. En adelante, fueron las

³⁷⁰⁸ Plu. *Ant.* 41.6-8; Flor. *Epit.* 2.20.3; D.C. 49.28.1.

³⁷⁰⁹ Como, por ejemplo, cuando Quinto Lutacio Cátulo logró reconvertir la huida de su ejército en una retirada ordenada gracias al estandarte del águila (Plu. *Mar.* 23.5-6).

³⁷¹⁰ A diferencia de otros ejemplos, en donde los estandartes fueron empleados para arengar a las tropas, exhortarlas a combatir y/o alentarlas frente al miedo a enfrentarse al enemigo (Caes. *Gal.* 4.25; Plu. *Caes.* 39.6; 52.9; *Brut.* 43.3; App. *BC* 1.58; 2.95; 5.125; *Mith.* 49), en este caso se buscó reprender la temeridad de Flavio Galo.

³⁷¹¹ Plu. *Ant.* 42.5-7.

³⁷¹² Plu. *Ant.* 42.7.

³⁷¹³ Plu. *Ant.* 43.1-2.

³⁷¹⁴ Para otras referencias sobre la semblanza de Marco Antonio *vid.* Plu. *Ant.* 4.4-6, 6.6, 8.2-3.

³⁷¹⁵ Plu. *Ant.* 44.3.

³⁷¹⁶ Plu. *Ant.* 46.1; Flor. *Epit.* 2.20.7; D.C. 49.31.1. De hecho, también hubo importantes victorias que, lejos de ser definitivas, ayudaron a reforzar el ánimo de las tropas. En una de ellas, utilizaron la formación *testudo*, algo inédito para los partos y que le valió al ejército romano salir con vida de varias situaciones críticas (Plu. *Ant.* 45.3-7; Flor. *Epit.* 2.20.6-7; D.C. 49.28.3-4).

durísimas condiciones del viaje lo que terminó por desquiciar a la soldadesca romana. De acuerdo con Floro (*Epit.* 2.20.8-9), «la derrota sufrida después en el camino no fue menor que la recibida del enemigo. Primero, el lugar era peligroso por la falta de agua; segundo, las aguas, más peligrosas por su carácter salado y ácido; y, por fin, incluso las dulces fueron dañinas, al ser bebidas por gente agotada y con avidez. Más tarde, el calor ardiente en Armenia y las nieves en Capadocia y el brusco cambio de un clima a otro originaron la peste».

A la dificultad del camino y a las trabas que los partos pusieron a los romanos, bloqueando los pasos, dificultando el abastecimiento de agua, destruyendo los pastos y emboscando a los soldados³⁷¹⁷, se sumó el hambre³⁷¹⁸. Según Orosio (6.19.1), el ejército se vio obligado, a causa del hambre acuciante, a comer «alimentos nefandos». Se racionaron los víveres y los soldados «recurrieron a las raíces y a las hierbas», viéndose forzados, incluso, «a alimentarse de aquellas que no habían probado antes»³⁷¹⁹. Por este motivo, muchos soldados se entregaron al enemigo y hubo también alguna desertión³⁷²⁰.

Por si fuera poco, al hambre le siguió la sed. La falta de agua condicionó el camino de vuelta y puso en serios aprietos a las tropas³⁷²¹, provocando, cómo no, nuevos desórdenes en el ejército³⁷²². Y es que, fue tan intensa la sed que sufrieron los soldados romanos que, cuando «llegaron a un río cuya agua era fresca y limpia, pero salada y venenosa», desoyeron las órdenes de sus oficiales, «se zafaron de aquellos que deseaban impedirselo», y bebieron de esas aguas a pesar de que, enseguida, «les provocaba unos terribles dolores en el vientre y acrecentaba la sed como si quemara»³⁷²³. La desobediencia de las tropas causó la baja de muchos soldados que, o bien murieron a causa de su ingesta, o bien padecieron una gran agonía³⁷²⁴.

Cansadas, enfermas, heridas y desesperadas, las tropas se dejaron llevar por sus instintos más primarios y, movidas por la creencia de que algo bueno tenían que sacar de todas sus desgracias, se atacaron entre sí en busca de las riquezas de sus compañeros de armas. De acuerdo con Plutarco (*Ant.* 48.4), «algunos soldados mataron a sus compañeros que tenían plata y oro, y todas las riquezas, que venían siendo transportadas por las bestias de carga, las saquearon; y, al final, hasta incluso metieron mano dentro

³⁷¹⁷ D.C. 49.28.3-4.

³⁷¹⁸ Plu. *Ant.* 45.7-11; D.C. 49.28.4; Oros. 6.19.1. Cf. Eutr. 7.6.2, quien, además, señala el problema de la peste.

³⁷¹⁹ Plu. *Ant.* 45.9. Según Plutarco (*Ant.* 45.10-11), una de ellas les provocaba la muerte después de haberlos antes enloquecido. Primero les impedía reconocer a sus propios compañeros de armas y acordarse de nada, después les hacía tener un comportamiento errático y trastornado, y, finalmente, les mataba.

³⁷²⁰ Oros. 6.19.1. «Y todos se habrían pasado al enemigo si los bárbaros no les hubieran clavado flechas en los ojos a los que se atrevieron a hacer eso. Así pues, se abstuvieron de desertar» (D.C. 49.29.1-2).

³⁷²¹ Plu. *Ant.* 47.2-3.

³⁷²² Plu. *Ant.* 47.6-7.

³⁷²³ Plu. *Ant.* 47.6-7.

³⁷²⁴ El incidente nos recuerda al episodio de 102 a. C., cuando en plena guerra cimbria, Cayo Mario tuvo que contener el ímpetu de sus hombres a causa de la sed que padecían (Plu. *Mar.* 18.6-7; Flor. *Epit.* 1.38.8-9; Oros. 5.16.10); y al episodio de 36 a. C., cuando, tras estar a punto de morir de sed, calor y fatiga los hombres de Lucio Cornificio, «los jefes impidieron que bebieran de golpe [una vez habían recuperado la única fuente de agua], y aquellos que les desobedecieron murieron al tiempo que bebían» (App. *BC* 5.115).

del propio equipaje de [Marco] Antonio y se repartieron a trozos las copas y mesas de gran valor que él tenía»³⁷²⁵. Fue tal el desorden que la mayor parte del ejército se dedicó al pillaje convencido de que los partos habían caído sobre ellos y que se había producido la derrota final.

Pese al vergonzoso comportamiento que había tenido el ejército, y a que «la confusión había sido causada por la ambición y la maldad de algunos soldados contra sus compañeros»³⁷²⁶, Marco Antonio no hizo nada. No porque no quisiera, sino porque no podía. Era tal el malestar de sus hombres y las penalidades que habían soportado, que era preferible tolerar este tipo de desmanes antes de que todo el ejército se acabara levantando. Por otro lado, dudamos de que estuviera en posición de castigar a sus soldados, pues, a diferencia del principio, cuando todavía contaba con el respeto y la confianza de la mayoría de sus hombres, y se podía permitir el lujo de castigarlos, ahora le faltaban los apoyos y su autoridad cada vez estaba más cuestionada.

Finalmente, llegaron a Armenia. Pero, sin embargo, no acabaron allí sus problemas. Según Apiano (*Ant.* 49.6), «cayeron enfermos de hidropesía y disentería». Asimismo, fueron víctimas del frío, «pues era invierno y en Armenia, en las zonas de las montañas, siempre hay hielo»³⁷²⁷. A causa del frío, fueron muchos los que murieron y los que quedaron inválidos³⁷²⁸. No obstante, ya no volvieron a dar problemas los soldados, pues era tal su abatimiento que ya no hubo necesidad de disciplinarlos.

El resultado de la campaña fue catastrófico³⁷²⁹. Mientras que, para Veleio Patérculo (2.82.3), Marco Antonio perdió «no menos de la cuarta parte de los soldados y la tercera parte de los mozos de carga y de la servidumbre, así como la mayoría de los bagajes»; para Floro (*Epit.* 2.20.10) sólo una tercera parte de las legiones logró sobrevivir a la expedición. Por su parte, Plutarco (*Ant.* 50.1), nos dice que, cuando Marco Antonio hizo el recuento de sus tropas a su llegada a Armenia, calculó que habían muerto veinte mil soldados de infantería y cuatro mil soldados de caballería, más de la mitad por enfermedad y no por los combates³⁷³⁰.

3.20.3. Campaña contra los yápides (35 a. C.)

«Pero, tan pronto como se desplomó el tercero, sobrevino ya un miedo total a los romanos y nadie subió al cuarto puente, hasta que Augusto, que los observaba desde la torre, los cubrió de reproches. Sin embargo, como ni siquiera sus palabras sirvieron de acicate, tomando él en persona un escudo se lanzó a la carrera hacia el puente [...]»³⁷³¹.

³⁷²⁵ Cf. Flor. *Epit.* 2.20.10.

³⁷²⁶ Plu. *Ant.* 48.7.

³⁷²⁷ D.C. 49.31.1.

³⁷²⁸ D.C. 49.31.2. Plutarco (*Ant.* 51.1) nos habla de ocho mil soldados muertos a causa del invierno. Cf. Liv. 130.

³⁷²⁹ Para más información sobre la campaña y los problemas de disciplina a los que tuvo que hacer frente Marco Antonio, vid. Warry, 1995: 184; Vallejo, 1998: 176; Perea, 2006: 11; Keaveney, 2007: 51; Fields, 2008: 59, 61; Salvo, 2013: 22; Brice, 2014: 9, 43, 47, 133, 204; 2020c: 118; 2020d: 260, 265; Augier, 2016: 93; Henaut, 2016: 167, 169, 178; Faszczka, 2018: 97; Pérez Carrandi, 2020a: 249.

³⁷³⁰ A esta suma habría que añadir los ocho mil hombres que murieron después por el frío (Plu. *Ant.* 51.1).

³⁷³¹ App. *Ill.* 20.

En 35 a. C., inmediatamente después de haber sofocado la segunda revuelta de su ejército³⁷³², Octaviano se apresuró a combatir a una serie de pueblos bárbaros que, recientemente, se habían sublevado contra el poder de Roma. Entre ellos, se encontraba la tribu iliria de los yápides. Según Dion Casio (49.35.1), mientras que «a los que estaban a este lado de las montañas, que vivían no muy lejos del mar, los anexionó sin el mayor esfuerzo, a los que estaban en las zonas escarpadas y a los de la vertiente del otro lado los sometió con grandes penalidades». Nos referimos a los yápides transalpinos, una poderosa tribu montaraz que utilizó la naturaleza de su entorno para hacerse fuertes, tender emboscadas a los romanos y hacerles intransitable el paso³⁷³³. No sin dificultad, el ejército romano finalmente alcanzó la ciudad de Metulo, su capital; lugar en donde se produjo el siguiente episodio de insumisión.

La localización de la ciudad, «en una montaña muy boscosa sobre dos lomas a las que separa una estrecha torrentera», y lo bien defendida que estaba, con «alrededor de tres mil guerreros jóvenes y muy bien armados»³⁷³⁴, complicaron los trabajos de asedio y entorpecieron las maniobras de los soldados. Durante un tiempo no especificado por las fuentes, los defensores rechazaron con facilidad todos los ataques romanos, dificultaron las obras de construcción, destruyeron parte de las máquinas de guerra y acosaron «hasta la extenuación» a las tropas de Octaviano³⁷³⁵.

Tras fracasar en todos sus intentos de tomar la ciudad, las tropas lograron tender cuatro puentes hacia la muralla enemiga³⁷³⁶. En el transcurso de la batalla siguiente, tres de los puentes se desplomaron, y al cuarto nadie quiso subir, «tal era el miedo que sobrevino a los romanos»³⁷³⁷. A pesar de que Octaviano les ordenó cruzar el puente y los cubrió de reproches, los soldados desobedecieron a su general y se negaron a jugarse la vida por una empresa en la que habían perdido la esperanza³⁷³⁸. Ante la cobardía de sus hombres, el futuro Augusto les recriminó su falta de valor y, «como ni siquiera sus palabras sirvieron de acicate, tomando él en persona un escudo se lanzó a la carrera hacia el puente acompañado de dos generales, [Marco Vipsanio] Agripa e Hierón, de sus guardias de corps Luto y Volas, y de unos pocos escuderos»³⁷³⁹.

Al margen de si fue cierta o no la intervención de Octaviano, o si, más bien, fue un recurso literario con el que agrandar la leyenda del futuro Augusto³⁷⁴⁰, la presunta

³⁷³² Liv. 131; D.C. 49.34.

³⁷³³ App. III. 18.

³⁷³⁴ App. III. 19.

³⁷³⁵ App. III. 19; D.C. 49.35.2.

³⁷³⁶ Flor. Epit. 2.23.7; App. III. 19. Cf. James, 2019: 64.

³⁷³⁷ App. III. 20. Cf. James, 2019: 64.

³⁷³⁸ App. III. 20.

³⁷³⁹ Flor. Epit. 2.23.7; App. III. 20. Cf. James, 2019: 64.

³⁷⁴⁰ A favor de la intervención de Octaviano, tenemos que, hasta tres autores diferentes, Floro (Epit. 2.23.7), Apiano (III. 20) y Dion Casio (49.35.2), recogieron el episodio, señalando, incluso, que el general romano resultó herido tras el derrumbamiento del cuarto puente. Por el contrario, es una gesta que encaja muy mal con la personalidad de Octaviano. Si el futuro Augusto despuntó en muchos campos, no lo hizo en el terreno militar, en donde delegó siempre en sus generales, especialmente en Agripa; ni mucho menos destacó por su valentía. El episodio nos recuerda, no obstante, a la intervención que tuvo Cayo Julio César en medio de la batalla del río Sambre, en 57 a. C., cuando tomó el escudo de un soldado y lideró la reacción de sus hombres (Caes. Gal. 2.25; V. Max. 3.2.19; Plu. Caes. 20.7-8). Tal vez, se tomó

determinación del general romano sirvió de muy poco, al menos desde un punto de vista táctico, ya que el cuarto puente cayó también, sepultando a muchos de los atacantes romanos³⁷⁴¹, y su acción no afectó al resultado final de la contienda³⁷⁴². La cosa cambia, no obstante, si analizamos de qué manera la participación de Octaviano pudo influir en la moral de las tropas.

Suponiendo que el episodio fue real y que Octaviano arriesgó su vida para exhortar a sus hombres y liderarlos en el combate, la aparición *in extremis* del general romano pudo tener un impacto muy próximo al que hemos visto en los *signa militaria* cuando fueron usados en situaciones análogas para restaurar la disciplina de las tropas, reprochar a los soldados su cobardía y/o arengar al ejército al combate. Desmoralizados por los últimos contratiempos, los soldados estaban más próximos al motín que de continuar con las tareas de asedio. Así las cosas, las autoridades militares presentes tenían dos opciones, o bien castigar la cobardía de las tropas con una *decimatio* (o con cualquier otro castigo), tal y como hemos visto en los dos últimos episodios y veremos en el siguiente, o bien trabajar la moral de los hombres y restituir su valor.

Mientras que el primer supuesto podría haber provocado el levantamiento del ejército, debido al estado de frustración en el que se hallaba, la segunda opción era la mejor solución si se quería reparar la autoestima de las tropas sin correr el riesgo de provocarlas. En tal sentido, Octaviano tenía tres alternativas: reunir a sus hombres y pronunciar un discurso que les recordara sus obligaciones militares y que les moviera a tomar las armas por el bien de Roma; prometer nuevas recompensas; o intervenir en persona. Si la primera opción requería de un tiempo que, seguramente, no tenía el general romano; la segunda opción, dados los recientes problemas que estaba teniendo para cumplir con sus promesas de tierra y dinero, no era tampoco una solución viable. Así, la alternativa más rápida, y, probablemente, la que mayor efecto podría tener en el espíritu combativo de las tropas, era una intervención directa que, por otro lado, los soldados no esperaban³⁷⁴³.

De este modo, se explica por qué Octaviano no castigó la cobardía de sus hombres y, en su lugar, pudo tomar la decisión de intervenir en la batalla a costa de su integridad física; y cómo, frente al uso indiscriminado de la violencia, existieron otras respuestas por parte de las autoridades militares romanas con las que enmendar el comportamiento del ejército, serenar su ánimo e incitar a las tropas al combate.

esta referencia como inspiración para reforzar el parentesco entre Octaviano y su padre adoptivo, y hacer ver que heredó de este último tanto su valor como sus aptitudes castrenses.

³⁷⁴¹ Flor. *Epit.* 2.23.7; App. *Ill.* 20. Cf. James, 2019: 64.

³⁷⁴² Conforme a Apiano (*Ill.* 21) y Dion Casio (49.35.3-4), la caída de Metulo llegó tras una falsa tregua promovida por sus propios habitantes. Tras abrir negociaciones y aceptar la presencia de un destacamento romano en el interior de la ciudad, los de Metulo atacaron a la guarnición romana y, posteriormente, unos prendieron fuego a la ciudad y otros se dieron muerte a sí mismos. Con estas duras palabras nos lo describe Apiano (*Ill.* 21): «Muchas mujeres se dieron muerte a sí mismas y a sus propios hijos; otras, llevándolos en brazos, vivos aún, se arrojaron al fuego, de tal forma que pereció en el combate la totalidad de los metulos jóvenes, y, en el fuego, la mayoría de los no combatientes. Su ciudad fue consumida totalmente por las llamas, y no quedó huella alguna de ella, aunque había sido la mayor de aquellos lugares».

³⁷⁴³ App. *Ill.* 20.

3.20.4. Campaña contra los dálmatas (34 a. C.)

«La mayoría de los dálmatas fueron sometidos, pero a cambio los romanos sufrieron muchas y terribles penalidades, hasta el punto de que César [Octaviano] fue herido y de que a algunos soldados se les dio cebada en vez de trigo, y, más aún, otros soldados que habían abandonado la formación, elegidos por sorteo uno de cada diez, fueron ejecutados»³⁷⁴⁴.

En 34 a. C., Dion Casio (49.38.2) nos informa de que «algunos de los pueblos recién conquistados, y los dálmatas con ellos, se sublevaron». Contra estos últimos, marchó primero Marco Vipsanio Agripa y, después, Octaviano dirigió una expedición. Según Apiano (*Ill.* 25-26), el incidente que nos ocupa tuvo lugar durante los combates que romanos y dálmatas protagonizaron por el control de Promona³⁷⁴⁵.

Gracias a Dion Casio (49.38.4), sabemos que «los romanos sufrieron muchas y terribles penalidades», pero, sin embargo, no tenemos mucha más información acerca de los peligros que tuvieron que afrontar. Seguramente, la geografía del lugar —Promona gozaba de unas excelentes defensas naturales, ya que se trataba, en efecto, «de un lugar montañoso rodeado por todas partes de colinas picudas como dientes de sierra»³⁷⁴⁶— y la fortaleza del ejército enemigo —habían logrado reunir a más de doce mil hombres³⁷⁴⁷— fueron los principales obstáculos a los que se enfrentó el ejército romano, y lo que hizo que la campaña contra los dálmatas fuera tan peligrosa.

De todos modos, no parece que ninguna de las dos cosas fueran las causas de la indisciplina de las tropas. De acuerdo con Apiano (*Ill.* 26), fue el miedo lo que llevó a la cohorte romana que montaba guardia enfrente de las puertas de la ciudadela de Promona a salir huyendo y a abandonar su puesto. Por suerte para los romanos, la llegada de Octaviano y la intervención del resto del ejército romano impidieron que los dálmatas sacaran ventaja de la indisciplina de las tropas. Poco después, se acabaron rindiendo ante el futuro Augusto.

Tras la rendición de los dálmatas, cuando la situación estaba ya bajo control, Octaviano diezmó a la cohorte que había abandonado su puesto, castigó con la muerte a dos centuriones, y ordenó que al resto de los soldados implicados se les diese durante todo el verano cebada en lugar de trigo³⁷⁴⁸. Era la tercera vez que, en apenas cinco años, se castigaba al ejército con la *decimatio*³⁷⁴⁹; las mismas veces que se había aplicado con

³⁷⁴⁴ D.C. 49.38.4.

³⁷⁴⁵ La antigua capital de los liburnios, otra tribu iliria como los yápides y los dálmatas, que, en tiempos de Cayo Julio César, habían perdido la ciudad frente a estos últimos (App. *Ill.* 12).

³⁷⁴⁶ App. *Ill.* 25.

³⁷⁴⁷ App. *Ill.* 25.

³⁷⁴⁸ App. *Ill.* 25; D.C. 49.38.4. Sobre la *decimatio* de Octaviano, *vid.* Lee, 2009: 204; Perea, 2003: 125; Salvo, 2013: 21; Brice, 2020b: 62; 2020c: 118; 2020d: 260; Henaut, 2016: 167; Faszczka, 2018: 97.

³⁷⁴⁹ En 39 a. C., durante la revuelta de los cerretanos (D.C. 48.42.1-3); en 36 a. C., durante la campaña de Marco Antonio contra los partos (Fron. *Str.* 4.1.37; Plu. *Ant.* 39.8; D.C. 49.26.3, 27.1); y ahora, en 34 a. C., en la expedición de Octaviano contra los dálmatas (App. *Ill.* 26; D.C. 49.38.4).

anterioridad en todo el siglo I a. C.³⁷⁵⁰ De nuevo, fue el contexto de lucha externa lo que facilitó que Octaviano impusiera un castigo tan severo a sus hombres.

4. Conclusiones

Nuestro deseo por comprender las razones que movieron al soldado romano tardorrepblicano a levantarse y a desafiar las órdenes de sus superiores, así como a romper la disciplina militar, nos ha llevado en esta tercera y última parte de nuestra investigación a analizar la conducta del ejército romano al final de la República y a examinar las diferentes formas en las que la indisciplina militar se terminó manifestando.

Si en el primer capítulo hablamos de un ejército rebelde, falto de principios morales y que sólo se movía por ambición y codicia, y en el segundo capítulo presentamos los fundamentos sobre los que se formuló la disciplina militar, así como los medios utilizados para que esta se pudiera introducir y conservar en el ejército romano, en este tercer y último capítulo hemos querido dar un paso más allá y comprobar hasta qué punto fueron ciertas las críticas que recibió el soldado romano tardorrepblicano y en qué medida el ejército romano del periodo y las autoridades políticas y militares de la época se desviaron de los valores defendidos por la tradición.

A lo largo del presente capítulo, hemos sido testigos de cómo en función del episodio de indisciplina analizado y del autor responsable de transmitir el comportamiento del ejército, el soldado tardorrepblicano ha sido definido con arreglo a los mismos estereotipos de los que hablamos al comienzo de nuestro trabajo. De esta manera, se ha recurrido a la molición de las tropas, a la ociosidad de los soldados o a la corrupción del ejército romano para explicar buena parte de los ejemplos identificados, y se ha hablado de la avaricia de las tropas, así como del espíritu sedicioso de los soldados para justificar tanto la naturaleza subversiva del ejército tardorrepblicano como los constantes cambios de bando y los continuos incidentes de indisciplina a los que tuvieron que hacer frente las autoridades políticas y militares romanas.

Un ejemplo de todo ello lo vimos cuando se nos presentó a los veteranos de Sila que asistieron a Catilina en su conspiración. En lugar de destapar los graves problemas socioeconómicos por los que pasaron la mayoría de los soldados recién licenciados o de advertir de las dificultades a las que se tuvieron que enfrentar las tropas que se retiraban del servicio militar, cuando ni la soldada recibida ni las bonificaciones percibidas eran suficientes para garantizar su supervivencia, se insistió, una vez más, en la vieja y manida idea de que si los veteranos del ejército romano se vieron empujados a apoyar iniciativas sediciosas como la de Catilina y a respaldar la ambición de *imperatores* como Sila, César u Octaviano, fue porque no habían sido capaces de gestionar su propio peculio, porque habían vivido una vida de vicio, despilfarro y descontrol, y porque era tal su codicia de riqueza y pillaje que estaban dispuestos a promover cualquier empresa

³⁷⁵⁰ Maro Licinio Craso, en 71 a. C. (Plu. *Crass.* 10.4; App. *BC* 1.118-119); Cayo Julio César, en 49 a. C. (Fron. *Str.* 4.5.2; App. *BC* 2.47; D.C. 41.35.5); y Marco Antonio, en 44 a. C. (Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Liv. 117; App. *BC* 3.43; D.C. 45.13.2). Aplicándose de manera atenuada en los dos últimos casos.

(aunque esta supusiera el enfrentamiento civil y la destrucción de la República) si así se les permitía el saqueo y se les devolvía a la guerra³⁷⁵¹.

El hecho de que las fuentes clásicas dieran por sentado que el grueso de las legiones romanas del periodo estaba formado por hombres extraídos de los sectores más desfavorecidos de la población, y que la guerra era concebida por estos como una suerte de salida profesional y una forma con la que ganarse la vida, y no como un deber inalienable de aquellos que, en tanto que ciudadanos romanos, debían dar su vida por el bienestar de Roma, ha favorecido el discurso de la hipotética pérdida de valores y de la decadencia moral de las legiones, y ha servido, tal y como se ha podido demostrar, para establecer toda una serie de clichés con los que justificar el comportamiento de las tropas y expresar los problemas de disciplina que experimentó el ejército romano de la época. Y es que, si la “proletarización” de las legiones ha sido la excusa empleada para hablar de la aparición de ejércitos “personales” y para responder a la pregunta de por qué las tropas secundaron determinadas iniciativas privadas, como la primera marcha de Sila sobre Roma³⁷⁵², el origen urbano de ciertas unidades, como los efectivos de Lucio Porcio Catón y las legiones de Lucio Cornelio Escipión Asiático, ha servido para exponer por qué los primeros intentaron asesinar a su comandante³⁷⁵³ y por qué las segundas se dejaron sobornar y corromper por Sila³⁷⁵⁴.

Igualmente, se nos ha hablado de tropas mercenarias, de soldados cuyo principal vínculo para con sus respectivos comandantes no fue el *sacramentum militiae* —único nexo al que se debía someter todo buen soldado romano, como ya sabemos—, sino su interés por, o bien militar bajo el *imperium* de un general con el que mantenían una relación cuasiclientelar, como los soldados de Cneo Pompeyo Estrabón³⁷⁵⁵, o bien por servir bajo el mando de quien podía mejorar su situación económica y saciar su sed de riquezas, como los tristemente conocidos “fimbrianos”³⁷⁵⁶.

La existencia de esta clase de soldados, capaces de matar a su general, venderse al mejor postor y presionar a su *imperator* con tal de ver cumplidas todas sus demandas y reivindicaciones, ha hecho que, lamentablemente, el soldado tardorrepblicano haya sido definido tomando a este tipo de tropas como referencia, y que la relación entre soldado y general se haya visto comprometida tanto por la idea de que entre uno y otro sólo existió una relación de reciprocidad basada en la conveniencia y en la necesidad mutuas como por la creencia de que, mientras que las tropas explotaron dicha correspondencia para chantajear a sus comandantes con mejores condiciones de servicio y mayores recompensas en forma de dinero y tierra, los principales líderes militares del periodo se sirvieron de sus hombres para construir en torno a ellos una red clientelar con la que imponerse a sus rivales en la guerra y satisfacer sus intereses personales³⁷⁵⁷.

³⁷⁵¹ Cic. *Catil.* 2.20; Sal. *Cat.* 16.4, 28.4; App. *BC* 2.2.

³⁷⁵² Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. *Mar.* 34.1; 35.5-8; Sull. 8.1-2, 4; 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. *BC* 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

³⁷⁵³ D.C. 30-35, fr. 100.

³⁷⁵⁴ Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85; Eutr. 5.7.4.

³⁷⁵⁵ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1; App. *BC* 1.63.

³⁷⁵⁶ Cic. *Har.* 42; D.S. 38.8.1; Sal. *Hist.* 5.10; Str. 13.27; Liv. 82-83, 94, 98; Vell. 2.23.2, 24.1; Plu. *Sull.* 23.6, 25.1; *Luc. passim*; App. *Mith.* 51-52, 59-60, 72, 82, 84-85, 90; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; 36.14-17; Oros. 6.2.9, 11.

³⁷⁵⁷ App. *BC* 5.13, 15, 17-18.

Ahora bien, ¿en qué medida podemos seguir admitiendo la visión heredada por la historiografía tradicional? ¿Qué imagen del soldado romano podemos deducir de nuestro estudio sobre la indisciplina militar?

Junto al tópico de la “proletarización” del ejército tardorrepublicano, la motivación económica de las tropas ha sido el otro gran caballo de batalla con el que se ha atacado, habitualmente, a los soldados. Aunque la acusación de avaricia no es nueva y no podemos circunscribirla, por tanto, al siglo I a. C., sino que, más bien, debemos remontarnos a mediados del siglo II a. C., cuando, al calor del contacto de Roma con Oriente, la cuestión económica ganó peso y se presentó como una de las principales razones de la indisciplina militar, es al final de la República cuando el factor económico se utilizó con más vehemencia para atacar a las tropas y acusarlas de codicia, así como de preferir servir en Oriente por la expectativa de botín y riqueza.

Ciertamente, no podemos negar que, en algunos casos, este tipo de imputaciones fueron reales, y que las tropas antepusieron su participación en Oriente por encima de todo lo demás. De este modo, mientras que las tropas que secundaron la marcha de Sila sobre Roma, en 88 a. C., ampararon al futuro dictador, en parte, por miedo a no ser llevadas a la guerra contra Mitrídates y a perder la posibilidad de enriquecerse con los tesoros del rey del Ponto; los “fimbrianos” respaldaron el asesinato de Lucio Valerio Flaco, abandonaron a Cayo Flavio Fimbria y se levantaron contra Lucio Licinio Lúculo, entre otras cosas, por creer que, o bien el liderazgo del primero³⁷⁵⁸, o bien la inferioridad del segundo con respecto a Sila³⁷⁵⁹, o bien la estrategia del tercero³⁷⁶⁰ podían poner en riesgo sus opciones de saquear el territorio y retornar a sus hogares cargados con un generoso botín de guerra.

De igual modo, podemos advertir un comportamiento negligente en los soldados de Lucio Calpurnio Bestia y Aulo Postumio Albino, cuando, en plena campaña contra Jugurta, se dejaron corromper por los sobornos de este, descuidando la disciplina militar y desertando a su lado por considerar que era quien mejor podría garantizar sus necesidades materiales³⁷⁶¹; en las tropas de Lucio Licinio Lúculo y Cayo Julio César, cuando, motivadas por su deseo de hacerse con las riquezas del enemigo recién derrotado, las primeras se lanzaron contra Amisos, en 72 a. C.³⁷⁶², y las segundas se quejaron abiertamente por negárseles la posibilidad de saquear Massilia, en 49 a. C.³⁷⁶³; cuando los soldados de este último *imperator* se dejaron llevar por su deseo de honores, premios y condecoraciones, y se lanzaron inconscientemente a la batalla en Gergovia, Alejandría y Tapso, en 52, 48 y 46 a. C., respectivamente³⁷⁶⁴; o cuando las tropas de Lúculo, en 72 a. C., y Marco Junio Bruto, en 42 a. C., se apartaron de la lucha y se lanzaron al pillaje en medio de la batalla, ya sea por hacerse con los tesoros de

³⁷⁵⁸ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

³⁷⁵⁹ Liv. 83; Vell. 2.24.1; Plu. *Sull.* 25.1; App. *Mith.* 59-60; Oros. 6.2.11.

³⁷⁶⁰ Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

³⁷⁶¹ Sal. *Jug.* 29, 32.2-4, 36.4, 37.3-4, 38-39.5, 40; Flor. *Epit.* 1.36.7, 9; Eutr. 4.26.1-2; Oros. 5.15.4, 6.

³⁷⁶² Plu. *Luc.* 19.4.

³⁷⁶³ Caes. *Civ.* 2.13.3-4.

³⁷⁶⁴ Caes. *Gal.* 7.45, 47, 51-53; *B.Alex.* 20-21; *B.Afr.* 80-86; Flor. *Epit.* 2.13.66; Oros. 6.11.6.

Mitrídates³⁷⁶⁵, ya sea para apropiarse de los objetos de valor que los soldados de Octaviano habían dejado en su campamento³⁷⁶⁶.

No obstante, y por mucho que esta clase de ejemplos existieran y que los soldados manifestaran, en ciertas ocasiones, una especial predilección por lo estrictamente material, hasta el punto de llevarles a amenazar a sus respectivos generales —como cuando las tropas de Cneo Pompeyo Magno abordaron a su general justo antes de celebrar su primer triunfo, en 79 a. C.³⁷⁶⁷; cuando una parte del ejército de Cayo Julio César se levantó tras la celebración de sus primeros cuatro triunfos, en 45 a. C.³⁷⁶⁸; o cuando los veteranos de Marco Antonio y Octaviano se rebelaron, en 41 y 40 a. C.³⁷⁶⁹—, lo cierto es que no podemos reducir la cuestión económica a la simple codicia de las tropas.

De hecho, una vez que examinamos el problema nos damos cuenta de que, en realidad, los soldados se movilizaron, principalmente, para reivindicar todo aquello que se les había ofrecido y todavía no se les había otorgado. Lo que para los autores clásicos fue ambición, para las tropas fue luchar por lo que ellas consideraban que era justo y merecían después de años de servicio ininterrumpido sin haber percibido buena parte de los emolumentos prometidos. Esta actitud reivindicativa la apreciamos en los veteranos de César, quienes, cansados de la guerra y de la prolongación del servicio militar, se amotinaron, en 49 y 47 a. C., para reclamar a su comandante que cumpliera con su palabra y les hiciera entrega de todas las bonificaciones retrasadas y les liberara del servicio³⁷⁷⁰; y en los veteranos de Octaviano, quienes, movilizados desde la guerra de Módena, en 44 a. C., se tuvieron que levantar hasta en tres ocasiones, en 36, 35 y 31-30 a. C., porque su comandante, a pesar de prometerles mucho, no les concedía nada³⁷⁷¹.

La perseverancia con la que las tropas presionaron y protestaron como consecuencia de los retrasos en las pagas y de la falta de compromiso que sus generales habían demostrado en el momento de recompensar su servicio, nos advierte de la existencia de un grave problema estructural que, o bien por falta de recursos, o bien por incompetencia o mala fe, se hizo cada vez más evidente al final de la República, en un momento de emergencia militar en el que la presencia del ejército se hizo cada vez más visible, debido a la urgencia de efectivos militares con los que combatir en los enfrentamientos civiles del periodo.

La precariedad en la que, por lo general, se vieron los soldados recién licenciados llevó a las tropas a preocuparse por ver satisfechas sus demandas económicas durante sus años de servicio, y a exigir a sus comandantes una mayor implicación y la entrega de todo lo adeudado para, de esa manera, asegurarse un retiro digno. Este hecho les llevó, en ocasiones, a mostrarse desafiantes y a enfrentarse con aquellos comandantes que, en su opinión, o bien no estaban gestionando adecuadamente el reparto del botín de

³⁷⁶⁵ App. *Mith.* 82.

³⁷⁶⁶ Plu. *Brut.* 41.6, 43.1, 44.6.

³⁷⁶⁷ Fron. *Str.* 4.5.1; Plu. *Pomp.* 14.7.

³⁷⁶⁸ Caes. *Civ.* 2.13.4; D.C. 43.24.3-4.

³⁷⁶⁹ Liv. 125; Suet. *Aug.* 14; App. *BC* 5.12-18, 22; D.C. 48.6.2-3, 8.1-2, 9.2-5, 10.1, 29.3.

³⁷⁷⁰ Caes. *B.Afr.* 19.3, 54; Liv. 113; Fron. *Str.* 1.9.4; 4.5.2; Luc. 5.237-373; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 69-70; App. *BC* 2.47, 92-94; Polyaen. 8.23.15; D.C. 41.26-36; 42.52-55.

³⁷⁷¹ Liv. 131; Vell. 2.81; Suet. *Aug.* 17.3; App. *BC* 5.128-129; D.C. 49.13-14, 34; 51.3-4; Oros. 6.18.33.

guerra, o bien no habían planificado correctamente la guerra, o bien estaban dilatando las operaciones militares más de lo deseado. De esta forma, se entiende que los soldados estuvieran molestos con Lucio Valerio Flaco, a quien criticaban su avaricia y su afán de lucro, así como su intención de no repartir el botín de guerra³⁷⁷²; que las tropas se enfrentaran con Lúculo, a quien acusaban de privarles de las riquezas de Oriente por prohibirles el saqueo de las poblaciones recién conquistadas³⁷⁷³; y que el ejército reprobara la resolución de César de no entablar combate contra Lucio Afranio y Marco Petreyo, ya que con su decisión, no sólo alargaba la campaña más tiempo del esperado, lo que, en la práctica, significaba sufrir durante más tiempo el desgaste de la guerra, sino que, además, les alejaba del fin del servicio militar y de ver cumplidas todas sus expectativas económicas³⁷⁷⁴.

El hecho de que la proliferación de este tipo de reclamaciones coincidiera en el tiempo con las guerras civiles del siglo I a. C. y con la teórica transformación del ejército romano, ha hecho de la cuestión económica la prueba irrefutable de la degeneración cívica y moral del soldado romano tardorrepblicano, y el pretexto con el que explicar la mayoría de desertiones y cambios de bando de la época.

Esto ha provocado que, a la hora de analizar el comportamiento subversivo del ejército romano, no se tuviera en consideración aspectos tan relevantes como la percepción de legitimidad, el contexto bélico del momento, la predilección de las tropas por pelear bajo el mando de un determinado comandante o la influencia política de la capital, entre otros muchos supuestos. Y es que, en vez de calcular el impacto que pudo tener sobre la conciencia de los soldados la intervención que Lucio Cornelio Cinna protagonizó, en 87 a. C., cuando se presentó por sorpresa en el campamento de Apio Claudio Pulcro y solicitó a sus hombres su apoyo como cónsul de Roma³⁷⁷⁵; de valorar el estado de ánimo en el que se pudieron hallar los soldados de Lucio Cornelio Escipión Asiático, en 83 a. C., cuando vieron aproximarse a lo lejos a los veteranos de Sila³⁷⁷⁶; de percibir cómo las tropas pudieron preferir, en 43 a. C., enfrentarse a los asesinos de César bajo el mando de un general de reconocido prestigio como Marco Antonio antes que servir bajo el *imperium* de alguien como Marco Emilio Lépido, de cuya indolencia nos hablan bien las fuentes³⁷⁷⁷; y de advertir cómo los cambios políticos de la capital pudieron terminar afectando a la voluntad de cesarianos y cesaricidas, en 44 y 43 a. C., hasta el punto de no saber a qué bando auxiliar, habida cuenta de que, en función de a quien respaldaran podrían tener en contra al Senado y podrían perder absolutamente todo lo conseguido durante sus años de servicio³⁷⁷⁸, se prefirió resolver todos estos ejemplos de indisciplina escudándose en la ambición de las tropas, en la deslealtad de

³⁷⁷² Liv. 82; D.C. 30-35, fr. 104.1-5.

³⁷⁷³ Vell. 2.33.1-2; Plu. *Luc.* 14.2-3; App. *Mith.* 82, 85; D.C. 36.16.2.

³⁷⁷⁴ Caes. *Civ.* 1.39.2; 64; 71-72; 82.2; 84-87; Fron. *Str.* 2.1.11.

³⁷⁷⁵ Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. *BC* 1.64-66.

³⁷⁷⁶ Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85; Eutr. 5.7.4.

³⁷⁷⁷ Cic. *Fam.* 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 368.10.31, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; Liv. 119; Vell. 2.63; Plu. *Ant.* 17-18; App. *BC* 3.83-84; D.C. 46.50-51.

³⁷⁷⁸ *Vid. infra.*

los soldados y en la inclinación del ejército por apoyar la causa que mejor pagara sus servicios.

La miopía con la que, tradicionalmente, se ha estudiado la conducta del ejército romano, no sólo nos ha impedido apreciar cómo los soldados se llegaron, incluso, a mover motivados por su conexión con el territorio y por su deseo de que este fuera gobernado por una facción que, independientemente del bando que fuera, les garantizara una mínima seguridad personal y económica para ellos y sus familias —tal y como sucedió en la Hispania Ulterior cuando las legiones *Vernacula* y *II* se levantaron frente a Marco Terencio Varrón³⁷⁷⁹ y Quinto Casio Longino³⁷⁸⁰, una vez que sus disposiciones a punto estuvieron de esquilmar la provincia y de poner en riesgo su bienestar socioeconómico—, sino que, también, nos ha impedido tomar conciencia de todos los problemas y condicionantes que acabaron predisponiendo a las tropas a la insurrección.

Junto a las habituales razones de índole socioeconómico argüidas anteriormente, hubo otro factor a tener en cuenta a la hora de examinar la otra gran acusación que sufrió el ejército de la tardorrepública, el comportamiento “levantisco” de los soldados. Nos referimos a la cuestión política.

Como era de suponer, la inmensa mayoría de los problemas relacionados con el elemento político tuvieron lugar durante los enfrentamientos civiles, en un momento en el que cada una de las *factiones* en liza, no sólo se disputaron su derecho a gobernar el Estado romano, sino que, también, se preocuparon de justificar tal derecho ante sus propios soldados y los del enemigo. En tal caso, no nos ha de extrañar que las tropas tuvieran dudas de a qué *imperator* o bando debían apoyar, más aún si aceptamos la tesis defendida por Apiano (BC 5.17) de que «la mayoría de los generales no eran elegidos de forma regular» y de que los soldados se sustraían a la disciplina militar por considerar que «no era deserción el cambio a una causa semejante. Pues todas las causas eran similares, ya que ninguna de ellas era reconocida como opuesta a un enemigo común de Roma».

El que las tropas reconocieran el mando de su comandante era el primer paso para que este pudiera confirmar su autoridad sobre ellas y las pudiera someter a la disciplina militar. En un contexto de guerra externa, esta circunstancia era lo habitual y, siempre y cuando el magistrado *cum imperio* no tuviera ninguna desavenencia ni con el Senado ni con sus hombres, no tenía por qué temer que estos últimos no lo reconocieran como su general. La cosa cambia en un ambiente de enfrentamiento interno. Lo vimos, en 88 a. C., cuando las legiones de Nola admitieron a Sila como su comandante —pese a que este había perdido recientemente su *imperium* y su mando sobre la guerra contra Mitrídates—, y rechazaron la elección de Cayo Mario, quien había sido designado en su lugar para dirigir la campaña contra el rey del Ponto³⁷⁸¹.

Es cierto que, en este caso en concreto, a la cuestión política debemos sumar el componente económico de verse privados de la guerra en Oriente, pero, sin embargo, no es menos cierto que, en última instancia, los soldados pudieron argumentar un problema

³⁷⁷⁹ Caes. Civ. 2.17-21; Liv. 110; Oros. 6.15.7.

³⁷⁸⁰ Caes. B.Alex. 48-55, 56-64; Liv. 111; D.C. 42.15.1-2, 4, 16.2; 43.29.1, 3.

³⁷⁸¹ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. Mar. 34.1; 35.5-8; Sull. 8.1-2, 4; 9; Flor. Epit. 2.9.6-7; App. BC 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

de legitimidad para justificar su defección. Algo muy parecido ocurrió un año después, en 87 a. C., cuando las tropas de Apio Claudio Pulcro se pasaron al lado de Lucio Cornelio Cinna y lo reconocieron como cónsul de Roma, pese haber sido desposeído de su cargo y haber sido expulsado de la *Vrbs* por sus enemigos políticos³⁷⁸².

La situación se torna más compleja cuando hablamos de las razones por las que los “fimbrianos” dejaron de reconocer el mando de Lucio Licino Lúculo. Tal y como explicamos en su momento, Lúculo fue víctima de las artimañas de sus rivales políticos, quienes aprovecharon los problemas de disciplina de su ejército, así como los rumores de que estaba alargando deliberadamente la lucha contra Mitrídates, para retirarle la dirección de la guerra y eximir del servicio militar a todo aquel soldado que se encontrara sirviendo bajo su mando³⁷⁸³. Aunque las discrepancias entre Lúculo y los “fimbrianos” venían de lejos, y estos últimos ya habían demostrado en numerosas ocasiones que no necesitaban el visto bueno del Senado para levantarse y romper con la disciplina militar, el hecho de que desde Roma no se reconociera el mando de Lúculo, que se le hubiera buscado sustituto y que se hubiera dado carta blanca a las tropas para que abandonaran libremente a su general, fue el espaldarazo final que necesitaban los soldados para secundar su insurrección sin riesgo a ser castigados³⁷⁸⁴.

Si bien el elemento político fue el pretexto con el que las tropas justificaron su decisión de dejar a Lúculo, y no la principal causa de los problemas de disciplina de su ejército, no podemos infravalorar la importancia que pudo tener el componente político en el momento de mantener el control de los soldados. Si en un contexto de guerra civil uno de los bandos no disfrutaba del reconocimiento del Senado, lo cual era lo habitual, la facción que no tenía el respaldo de las instituciones debía esforzarse más por atraerse la confianza de sus hombres. Así, lo entendieron Sila, Cinna y César, quienes, antes de marchar sobre Roma, en 88, 87 y 49 a. C., respectivamente, se justificaron ante el ejército y defendieron ante sus hombres su derecho a contestar con las armas las ofensas que, en su opinión, habían recibido por parte de sus principales detractores políticos³⁷⁸⁵.

Por lo común, esta clase de intervenciones iban acompañadas de un encendido discurso y de una emotiva puesta en escena, en la que el *imperator* de turno podía llegar, incluso, a rasgarse sus vestiduras, suplicar y llorar con tal de conmover la conciencia cívica y el espíritu combativo de su audiencia. Un ejemplo de ello, tal vez el más característico, junto a la intervención de Cinna, en 87 a. C.³⁷⁸⁶, fue la famosa arenga que César realizó, en 49 a. C., ante la *legio XIII*, en donde, además de hacer todo lo anterior, apeló al juramento militar y prometió a sus hombres nuevas recompensas si le eran fieles el tiempo que durara la contienda³⁷⁸⁷.

³⁷⁸² Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. *BC* 1.64-66.

³⁷⁸³ Plu. *Luc.* 33.5-6; 35.3-8; App. *Mith.* 90; D.C. 14.4-15.3, 16.3, 17.2.

³⁷⁸⁴ Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

³⁷⁸⁵ Caes. *Civ.* 1.7; Vell. 2.20.4; Plu. *Caes.* 31.2-3; *Ant.* 5.9-10, 6.2; Suet. *Jul.* 30.1-4, 31.1, 33; App. *BC* 1.57, 65-66; 2.33, 140; D.C. 41.1-2; Eutr. 6.19.2; Oros. 6.15.3.

³⁷⁸⁶ App. *BC* 1.65-66. Cf. Vell. 2.20.4.

³⁷⁸⁷ Caes. *Civ.* 1.7; Plu. *Caes.* 31.2-3; *Ant.* 5.9-10, 6.2; Suet. *Jul.* 30.1-4, 31.1, 33; App. *BC* 2.33, 140; D.C. 41.1-2; Eutr. 6.19.2; Oros. 6.15.3.

A partir de este momento, se establece una complicada relación entre el elemento político y el económico, pues, si el componente constitucional pudo condicionar, en un primer instante, la decisión de las tropas de seguir a un determinado comandante, fue el aspecto económico el que acabó confirmando su adhesión. La precariedad de la que dimos cuenta antes, cuando comentamos las dificultades a las que se tuvo que enfrentar el soldado veterano, hizo que las tropas terminaran anteponiendo su bienestar material a su pensamiento ideológico (si es que podemos emplear este concepto para este momento de la historia), y que terminaran apoyando, desde un punto de vista político-militar, al bando que, o bien tenía más opciones de terminar representando al Estado romano, o bien contaba, directamente, con el beneplácito del Senado.

Si, en 84, 83 y 82 a. C., una parte del ejército cinnano se terminó pasando al lado de Sila, no fue, únicamente, porque este último poseyera un ejército más experimentado y mejor preparado, porque los cinnanos tuvieran miedo de enfrentarse a sus veteranos, o porque los silanos fueran ganando en la guerra (que también), sino porque las tropas cinnanas advirtieron un cambio de postura por parte del Senado, una vez que este cambió su estrategia, abogó por la reconciliación y pidió que los partidarios de Cinna dejaran de reclutar hombres para la guerra³⁷⁸⁸. El cambio de postura del Senado pudo ser interpretado por los soldados como la llegada de un nuevo régimen, y como la última oportunidad que tenían de acercarse a Sila si no querían hallarse en un futuro en una situación de extrema vulnerabilidad.

Mientras que en esta ocasión fue el cambio de actitud del Senado lo que llevó a las tropas a pensar que Sila podía ser el futuro representante del Estado romano, entre el 49 y el 45 a. C. fue el dominio militar de César y la huida de Pompeyo de Italia lo que ayudó a las tropas a decidirse por el bando cesariano. El hecho de que César comenzara imponiéndose en la guerra y que tuviera, prácticamente desde el inicio de las hostilidades, tanto la capital como las instituciones romanas bajo su control, y que se sirviera de ellas para nombrarse cónsul y dictador, hizo que, no sólo los soldados romanos vieran en César al principal representante de Roma, sino que muchas comunidades aliadas vieran en él al único y legítimo portavoz del Estado Romano —tal y como sucedió a su llegada a Grecia, en 48 a. C., cuando varias poblaciones del Épiro, como Órico y Apolonia, se pasaron a su lado por considerar que era el principal interlocutor de pueblo romano³⁷⁸⁹—.

Finalmente, es tras el asesinato de César, en 44 a. C., cuando el elemento político se magnifica y adquiere una nueva dimensión. La pugna por hacerse con la herencia material, política y simbólica de César, y por rellenar el vacío político que el general romano dejó a su muerte, dio lugar a que su recuerdo se explotara a voluntad y a que unos y otros, tanto cesarianos como cesaricidas, se volcaran por hacerse con el favor de sus preciados veteranos. Es entonces cuando el Senado, con Cicerón a la cabeza, dio un paso al frente y convirtió la lealtad de los soldados y la indisciplina del ejército en moneda de cambio y en razón de Estado.

³⁷⁸⁸ App. BC 1.78.

³⁷⁸⁹ Caes. Civ. 3.11-12; App. BC 2.54.

En lugar de fomentar un mejor ambiente político y respaldar a los cónsules del año Marco Antonio y Publio Cornelio Dolabela, el Senado legisló en su contra, promocionando a sus enemigos políticos y favoreciendo la ruptura de la disciplina militar. De esta manera, no sólo pasó por alto las maniobras subversivas de Octaviano y que Décimo Junio Bruto Albino se negara a entregar la Galia Cisalpina a Marco Antonio, sino que legalizó ambas acciones y confirmó que Octaviano se hiciera a base de sobornos tanto con la devoción de una parte de los antiguos veteranos de César como con la adhesión de las legiones *Martia* y *III* de Marco Antonio³⁷⁹⁰. El hecho de que la principal institución del Estado romano, no sólo no persiguiera la defección de las tropas, sino que recompensara su traición y amenazara, en cambio, a los soldados que permanecieron al lado de Marco Antonio, propició la politización del ejército y, lo que es peor, la instrumentalización de la indisciplina militar.

Lejos de acabar aquí, el Senado reforzó la posición de Sexto Pompeyo y de los dos principales cesaricidas, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, a quienes concedió mediante decreto el mando de todas las legiones desde el Adriático hasta el Oriente, obligando a todos los jefes militares a que cedieran sus respectivos efectivos a ambos personajes³⁷⁹¹. En la práctica, el Senado llamaba a la insurrección de cualquier ejército que no militara bajo el mando de uno de los dos cesaricidas. La respuesta no se hizo esperar y, en poco tiempo, Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino se hicieron con las legiones de Publio Vatinio, Cayo Antonio, Quinto Cecilio Baso, Lucio Estayo Murco, Quinto Marcio Crispo, Aulo Alieno y Publio Cornelio Dolabela, algunas con más esfuerzo que otras, pero de manera incruenta la mayoría, tal y como hemos podido corroborar³⁷⁹².

Naturalmente, no podemos reducir todos estos cambios de bando a los decretos del Senado, ya que hubo otros condicionantes detrás de cada una de estas insurrecciones, pero, sin lugar a dudas, la decisión de la principal institución romana de premiar a las tropas que se plegaran a su voluntad y de castigar a quienes no lo hicieran tuvo que ser determinante para los soldados, quienes, por miedo a perder todo lo que habían ganado durante sus años de servicio, y a la espera de recibir las últimas recompensas que todavía no les habían otorgado, pudieron pensar que la mejor opción era llevarse bien con el Senado.

De aquí en adelante, la fidelidad de las tropas se vio fuertemente condicionada por las decisiones políticas de la capital. Así, por ejemplo, en 43 a. C., el consulado de Octaviano, primero, y la constitución del Triunvirato, después, fueron determinantes para que se produjeran nuevos acercamientos y movimientos de tropas, como la unión de Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco con Marco Antonio y Marco Emilio Lépido³⁷⁹³, el intento de los hombres de Marco Junio Bruto de rescatar a Cayo

³⁷⁹⁰ Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. *BC* 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

³⁷⁹¹ App. *BC* 3.63; 4.58.

³⁷⁹² Cic. *ad. Brut.* 2.2.3.3; *Brut.* 1.5.2; *Fam.* 366.12.11.1, 387.12.12.1-4, 406.12.15.7; *Phil.* 10.11, 13; Str. 16.2.10; Liv. 118, 121; Vell. 2.69.2-4; J. *AJ* 14.170, 268-270, *BJ* 1.216-219, 225, 231; Plu. *Brut.* 24-26; App. *BC* 3.77-79, 4.58-62, 75; 5.4; D.C. 47.21-25, 27-28, 30.5.

³⁷⁹³ Vell. 2.63.3, 64.1; Plu. *Ant.* 18.7; App. *BC* 3.97.

Antonio³⁷⁹⁴, y la decisión de las legiones de Décimo Junio Bruto Albino de abandonar a su general³⁷⁹⁵.

Aunque todos estos ejemplos nos pueden hacer pensar que la lealtad de los soldados fue tan inestable y voluble como cambiante e incierto fue el marco histórico en el que se vieron forzados a luchar, el periodo nos ha dejado varios casos de tropas que, pese a las circunstancias, se mantuvieron fieles a sus comandantes, y no cedieron ni a los chantajes de sus rivales ni a los cambios políticos de la capital. De este modo, mientras que la mayoría de los soldados de Quinto Sertorio le fueron leales hasta el final, pese a los sobornos de Quinto Cecilio Metelo Pío y a la persecución que su comandante sufrió desde Roma³⁷⁹⁶; todas las legiones, salvo la *Martia* y la *III*, le fueron fieles a Marco Antonio, pese a las presiones y las amenazas que tanto ellas como su general sufrieron por parte del Senado³⁷⁹⁷.

Asimismo, nos encontramos, por una parte, con unidades que, pese a verse obligadas a cambiar de facción, buscaron regresar de nuevo a su antiguo bando, tal y como ocurrió, por ejemplo, cuando una parte de los soldados que se pasaron de Lucio Domicio Ahenobarbo a César, y que, posteriormente, sirvieron bajo el mando de Cayo Escribonio Curión, quisieron retornar a su antiguo bando y pasarse al lado de Publio Atio Varo³⁷⁹⁸; y, por la otra, con soldados que prefirieron abandonar a su actual comandante para servir bajo el liderazgo de un general bajo cuyo *imperium* ya habían militado antes, tal y como hicieron, por ejemplo, los antiguos veteranos de César que se encontraban en el ejército de Marco Emilio Lépido, quienes se terminaron pasando junto a Marco Antonio, en parte porque ya habían servido con él cuando era *magister equitum* de César³⁷⁹⁹.

La complejidad del periodo objeto de estudio y la multiplicidad de causas detrás de cada episodio de insurrección nos impiden valorar, no obstante, el grado de implicación que las tropas pudieron manifestar con respecto a las opciones de gobierno que cada una de las facciones decía representar. O dicho con otras palabras, nos resulta muy complicado evaluar, desde un punto de vista estrictamente disciplinario, el peso que pudo tener el elemento ideológico en el comportamiento final de los soldados. La razón por la que decimos esto es que, si bien hemos podido detectar ejemplos de efectivos que permanecieron fieles a su bando hasta el final³⁸⁰⁰; de unidades que, en cuanto tuvieron la oportunidad, regresaron a sus hogares o retornaron a su bando original³⁸⁰¹; de individuos que se lamentaron de estar en el bando equivocado³⁸⁰²; y de soldados que sentían más simpatía por la facción rival³⁸⁰³, no hemos sido capaces de

³⁷⁹⁴ Cic. *ad. Brut.* 14.1.2.3; Liv. 121; Plut. *Brut.* 26.6-8, 28.1; App. *BC* 3.79; D.C. 47.22.4-25.

³⁷⁹⁵ Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. *BC* 3.97-98; D.C. 46.53.

³⁷⁹⁶ Plu. *Sert.* 22.1; App. *BC* 1.112.

³⁷⁹⁷ App. *BC* 3.45-46.

³⁷⁹⁸ Caes. *Civ.* 2.23-33.

³⁷⁹⁹ Cic. *Fam.* 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 368.10.31, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; Liv. 119; Vell. 2.63; Plu. *Ant.* 17-18; App. *BC* 3.83-84; D.C. 46.50-51.

³⁸⁰⁰ Caes. *B.Afr.* 63-64; D.C. 47.27.1.

³⁸⁰¹ Caes. *Civ.* 2.28.1.

³⁸⁰² Caes. *B.Hisp.* 18.2.

³⁸⁰³ Caes. *Civ.* 1.74.1-2.

determinar, para cada uno de los ejemplos identificados en los que el componente ideológico ha aparecido vinculado a un caso concreto de insurrección, si la conciencia política de las tropas fue real o si, simplemente, los soldados utilizaron el elemento político, ideológico y/o constitucional como excusa con el que justificar su insumisión.

Para ilustrar mejor de lo que hablamos, tomaremos como ejemplo, por un lado, todas las veces en las que las tropas se negaron a enfrentarse a sus iguales, y, por el otro, todos los casos en los que los soldados cuestionaron la legitimidad de una determinada empresa militar.

En cuanto al primer supuesto, sabemos que los soldados de Cayo Flavio Fimbria³⁸⁰⁴, Lucio Cornelio Cinna³⁸⁰⁵ y Lucio Cornelio Escipión Asiático³⁸⁰⁶ se negaron a luchar contra las tropas de Sila, en 85, 84 y 83 a. C., respectivamente; que las legiones de Lucio Afranio y Marco Petreyo³⁸⁰⁷ rechazaron enfrentarse a los hombres de César, en 49 a. C.; y que los soldados de Marco Emilio Lépido³⁸⁰⁸ rehusaron combatir contra las tropas de Marco Antonio, en 43 a. C., y que, en cada uno de estos ejemplos, los soldados se escudaron en que no deseaban enfrentarse a otros ciudadanos romanos. Pero, sin embargo, ¿fue esa la verdadera razón de que las tropas se negaran a seguir a sus comandantes?

Lo que, en un principio, podría interpretarse como un rechazo a la guerra o un gesto patriota y solidario, en verdad pudo ser el medio escogido por las tropas para salvar una situación militar desfavorable y deshacerse del mando de sus respectivos comandantes. Y es que, si analizamos cada ejemplo por separado nos percatamos de que, en la mayoría de las ocasiones, la supuesta aversión que afirmaron sentir los soldados romanos por derramar la sangre de sus conciudadanos fue algo circunstancial y extraordinariamente puntual. Pues, mientras que a los “fimbrianos” no les importó ser cómplices del asesinato de su anterior comandante Lucio Valerio Flaco, *consul suffectus* y ciudadano romano³⁸⁰⁹; a los hombres de Cinna y Escipión no les preocupó pasarse en masa (sobre todo en lo que a las tropas de Escipión se refiere) al lado de Sila y continuar la guerra contra sus antiguos compañeros de armas³⁸¹⁰. En ambos casos, el elemento político fue un pretexto más con el que evitar el enfrentamiento contra Sila, su principal temor, y no la verdadera razón de su defección.

Más dudas nos suscitan los otros dos ejemplos propuestos. En el caso de las tropas de Lucio Afranio y Marco Petreyo, aunque su principal anhelo era salir de la delicadísima situación en la que se hallaban, hostigados por César y privados de alimento y agua, también tenían razones de naturaleza política y personal para eludir el choque con los cesarianos. Según hemos podido comprobar, mientras que muchos pompeyanos reconocieron en el ejército de César a «conocidos y paisanos», muchos

³⁸⁰⁴ App. *Mith.* 59.

³⁸⁰⁵ App. *BC* 1.78.

³⁸⁰⁶ Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85.

³⁸⁰⁷ Caes. *Civ.* 1.74.1-2.

³⁸⁰⁸ App. *BC* 3.83.

³⁸⁰⁹ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

³⁸¹⁰ Liv. 83, 85; Vell. 2.24.5, 25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; *Pomp.* 5.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.76-78, 85; Eutr. 5.7.4; Oros. 5.19.24.

otros se lamentaron de haber combatido frente a «amigos y parientes»³⁸¹¹. La “familiaridad” con la que se trataron ambos ejércitos, una vez que uno y otro bando se percató de que luchaban contra amigos y familiares, nos invita a pensar que pudo existir un sentimiento real de sortear la lucha armada, al margen de los problemas que pudiera tener el ejército pompeyano.

De la misma forma, aunque los hombres de Marco Emilio Lépido deseaban pelear junto a Marco Antonio, por considerarlo un general con más experiencia e iniciativa que su actual comandante, así como el único de los dos que podía vengar la muerte de César, no es menos cierto que, por un lado, muchos de ellos, en tanto que antiguos veteranos de César, ya habían combatido bajo su mando y no deseaban enfrentarse a un *imperator* al que conocían y respetaban, y que, por el otro, una parte del ejército de Marco Emilio Lépido, por la misma razón que la anterior, había luchado en el pasado codo con codo con los soldados de Marco Antonio, y no quería enfrentarse tampoco a ellos por considerarlos «conciudadanos y compañeros de armas»³⁸¹².

Aunque no dudamos de que las tropas llegaran a desarrollar durante la República una suerte de conciencia política, que los soldados tuvieran un conocimiento de la política de su tiempo muy superior al estimado, y que muchos de los efectivos movilizados ni estaban interesados en los enfrentamientos civiles —tal y como expresaron en más de una ocasión los veteranos de Marco Antonio y Octaviano, en 41 y 40 a. C., cuando ambos personajes amenazaron de nuevo con reanudar la lucha armada³⁸¹³— ni llegaron a identificarse, como tal, con ninguna facción en particular, no podemos negar que, al calor de lo examinado en este último capítulo, el elemento político e ideológico fue empleado, fundamentalmente, como argumento con el que defender su decisión de desertar y/o cambiar de bando, así como su comportamiento indisciplinado.

Así, por ejemplo, si bien es cierto que los soldados de César y las tropas de Marco Licinio Craso tenían motivos más que suficientes para dudar de la legalidad de las campañas de sus respectivos comandantes, cuando el primero se enfrentó a Ariovisto³⁸¹⁴, en 58 a. C., y el segundo se embarcó en su campaña contra el Imperio parto³⁸¹⁵, en 53 a. C., no podemos pasar por alto que, en cualquiera de los dos casos, el componente constitucional fue la menor de las preocupaciones de los soldados, y que, en realidad, fue el miedo a enfrentarse a los germanos lo que quebrantó el espíritu de los hombres de César³⁸¹⁶, y los malos augurios que rodearon a la expedición lo que perturbó el ánimo de las tropas de Craso³⁸¹⁷.

En vista de las circunstancias, ¿fue el soldado tardorrepblicano un soldado antipatriota, mercenario y/o traidor?

³⁸¹¹ Caes. *Civ.* 1.74.1-2.

³⁸¹² Cic. *Fam.* 391.10.21.4; Plu. *Ant.* 18.4-6; App. *BC* 3.83-84; D.C. 46.51.2.

³⁸¹³ App. *BC* 5.20-21, 23, 51-66; D.C. 48.10.2, 11.1-4, 12.1-3, 27.4-30.3.

³⁸¹⁴ Caes. *Gal.* 1.35-37, 43-45; Plu. *Caes.* 19.1; D.C. 38.34.3, 35.2, 42-45.1.

³⁸¹⁵ Plu. *Luc.* 30; *Crass.* 16.4; *Pomp.* 33.6, 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.4; D.C. 40.12.1; Oros. 6.13.2.

³⁸¹⁶ Caes. *Gal.* 1.39-41, 53; Liv. 104; Fron. *Srt.* 1.11.3, 4.5.11; Plu. *Caes.* 19; Flor. *Epit.* 1.45.12; D.C. 38.34-50; Oros. 6.7.6.

³⁸¹⁷ Cic. *Div.* 1.29-30; 2.22, 84; Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4.

Del mismo modo que no podemos hablar en términos de avaricia y corrupción cada vez que leemos en las fuentes clásicas cómo las tropas se levantaron, protestaron y presionaron a su comandante para que este cumpliera con su palabra, les abonara los pagos retrasados y les recompensara por sus servicios, no podemos hablar de tropas antipatriotas o mercenarias cada vez que observamos una desertión o un cambio de bando. Y es que, aun suponiendo que el soldado romano no hubiera sido capaz de desarrollar un mínimo de conciencia política y que todas las veces que argumentaron cuestiones de naturaleza constitucional fuera para justificar su indisciplina y desobediencia, esto no significa que no existiera ningún otro elemento detrás del comportamiento subversivo de los soldados capaz de anular su voluntad, así como su simpatía hacia un determinado bando o facción, y de predisponerlo a la insurrección.

Dicho esto, y antes de emitir un juicio de valor sobre el ejército romano, debemos recordar que, tal y como hemos visto a lo largo de nuestro trabajo, nada es lo que parece y que, por muy claras que puedan parecer tanto las causas detrás del malestar de los soldados como las motivaciones de estos, ni las primeras ni las segundas obedecieron, por lo general, a un único factor, siendo la suma de factores lo que condicionó la indisciplina de las tropas y lo que las dispuso a desafiar la autoridad de sus comandantes. De ahí que ni podamos aceptar el discurso clásico a favor de la decadencia cívica y moral del soldado romano tardorrepblicano, simplemente porque este sea retratado reivindicando una mejora en su actual situación socioeconómica y/o de servicio, ni podamos admitir la crítica a favor de que el soldado de finales de la República fue un soldado sedicioso y traidor, únicamente porque, al calor de los constantes cambios políticos del periodo, se vio empujado a cambiar de bando cada vez que vio peligrar todo lo que había logrado.

Ahora bien, de igual forma que no podemos aceptar acríticamente la versión dada por las fuentes clásicas acerca de los motivos que llevaron a las tropas a sublevarse, no nos podemos creer tampoco todas las excusas que dieron los soldados para justificar su desobediencia, pues, tal y como acabamos de ver, no siempre fueron completamente sinceros a la hora de explicar las verdaderas razones de su insurrección. Conscientes del problema, hemos querido incorporar a nuestro estudio todos los posibles condicionantes detrás del comportamiento subversivo de las tropas. Así, junto a las causas y motivaciones de orden político y económico, hemos advertido la importancia que el elemento militar, físico, psicológico e, incluso, personal tuvo en la conducta de los soldados.

Desde un punto de vista militar, fueron varias las causas detrás de la desafección de los soldados. Mientras que algunas de ellas las podemos relacionar con la dirección del ejército, otras fueron consecuencia directa de la campaña militar.

La desconfianza hacia las habilidades castrenses y el liderazgo de un determinado general, la falta de experiencia del *imperator* responsable de dirigir la contienda, o la percepción personal de que el comandante en jefe no estaba gestionando bien la campaña, fueron algunos de los motivos que llevaron a las tropas a desconfiar de las aptitudes de sus correspondientes mandos militares y a enfrentarse a ellos. Lo vimos, en 42 a. C., cuando el suicidio de Cayo Casio Longino dejó a Marco Junio Bruto al frente del ejército cesaricida y los soldados comenzaron a dudar de si su comandante sería

capaz de dirigir al ejército con la suficiente pericia como para imponerse a Marco Antonio y Octaviano en Filipos³⁸¹⁸; cuando, en 53 a. C., el ejército de Marco Licinio Craso dudó de que su viejo general, quien no había vuelto a luchar desde su campaña contra Espartaco, en 71 a. C., fuera capaz de liderar a sus hombres contra los partos³⁸¹⁹; y cuando, en 48 a. C., el ejército pompeyano se alzó y rechazó la estrategia de Cneo Pompeyo Magno de rendir al ejército cesariano por el hambre y la sed, y no por la fuerza de las armas³⁸²⁰.

Aunque este tipo de causas fueron insuficientes para incitar, por sí mismas, el levantamiento del ejército, sí que ayudaron a generar un mal ambiente y a que los soldados se posicionaran en contra de sus generales. No obstante, mientras que el ejército no se encontrara bajo la influencia de agentes externos desestabilizantes, la insurrección no tenía por qué estallar. El problema venía cuando, a esta situación de desagrado generalizado, se sumaba una derrota reciente, un enfrentamiento bélico inminente, una situación militar adversa, la desertión o el cambio de bando de una parte del ejército (ya sea del mismo ejército que sufría el descontento o de un ejército del mismo bando), el estallido cercano en el tiempo de alguna otra clase de insurrección, la proximidad de un ejército rival teóricamente superior, o la falta de éxito en la consecución de un determinado objetivo militar, entre otros supuestos. Si se daba cualquiera de estas circunstancias, la ruptura de la disciplina militar era cuestión de tiempo.

Posiblemente, es en el enfrentamiento entre silanos y cinnanos donde mejor podemos apreciar la importancia que tuvo el componente militar en el origen de la indisciplina del ejército. Si, en 84 a. C., fue el miedo a enfrentarse a los veteranos de Sila, la reciente pérdida de una parte importante del ejército cinnano a causa de una fuerte tormenta y la desertión de la mayoría de los supervivientes, entre otras razones, lo que llevó a las tropas a levantarse contra Cinna³⁸²¹; entre el 83 y el 82 a. C., fueron las constantes derrotas del bando cinnano, la amplia superioridad del ejército silano, la mala estrategia de los generales cinnanos y las constantes desertiones y cambios de bando del bloque cinnano, lo que hizo que el ejército abandonara a Lucio Cornelio Escipión Asiático, en 83 a. C.³⁸²², y lo que propició que parte de los efectivos de Cayo Mario el Joven³⁸²³, Cayo Marcio Censorino³⁸²⁴, Cneo Papirio Carbón y Cayo Norbano Balbo³⁸²⁵ desertaran, en 82 a. C.

Sin embargo, si el contexto bélico pudo desempeñar un papel clave en muchos de los ejemplos de indisciplina analizados, hubo otro elemento mucho más relevante. Nos referimos al impacto físico y psicológico de la guerra.

³⁸¹⁸ Fron. Str. 4.2.1; Plu. Brut. 39.9, 43.1, 44.3-4, 6, 45.3, 46.1, 5, 49.3; App. BC 4.123-124; D.C. 47.38.4-5, 48.2.

³⁸¹⁹ Plu. Crass. 17.9; D.C. 40.12.1.

³⁸²⁰ Caes. Civ. 3.94-95; 99.4; 107.1; B.Alex. 9.3; Luc. 45-150; Plu. Caes. 40-41.1-5, 42.1-3, 45, 46.4; Pomp. 66-72; Flor. Epit. 2.13.43; App. BC 2.66-69, 71-72, 74; Polyaen. 8.23.14.

³⁸²¹ Liv. 83; Vell. 2.24.5; Plu. Pomp. 5.1-3; App. BC 1.76-78; Oros. 5.19.24.

³⁸²² Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. Sull. 28.1-3; Flor. Epit. 2.9.19; App. BC 1.85; Eutr. 5.7.4.

³⁸²³ Plu. Sull. 28.4-8; App. BC 1.87.

³⁸²⁴ App. BC 1.90.

³⁸²⁵ App. BC 1.91.

La dificultad de la campaña, la severidad del servicio militar, la dureza de la marcha, la falta de recursos, la crudeza de la batalla, las desafortunadas condiciones higiénico-sanitarias, la extensión del tiempo de servicio por encima de lo ordinario... La experiencia bélica de la guerra tuvo, tal y como podemos inferir, un impacto muy negativo en el estado físico de los soldados. Sólo hace falta releer el relato de la trágica expedición que Marco Antonio dirigió, en 36 a. C., contra el Imperio parto para darse cuenta de que el principal enemigo al que se enfrentó el ejército romano no fueron los partos, sino el rigor de la campaña, el hambre y la sed, las enfermedades y el durísimo trayecto de vuelta³⁸²⁶.

Ejemplos como el anterior fueron frecuentes en el ejército romano y, aunque, por sí mismos, tampoco fueron suficientes para promover la insurrección del ejército, sí que llevaron a los soldados a una posición de gran vulnerabilidad, tal y como observamos, en 87 a. C., cuando las fuerzas de Cneo Pompeyo Estrabón fueron víctimas de la peste³⁸²⁷; en 82 a. C., cuando, justo antes de la batalla de Sacriporto, se nos describe a unas tropas rotas por la fatiga de la campaña y la rigurosidad del clima³⁸²⁸; en 53 a. C., cuando las tropas de Craso sufrieron toda clase de heridas y penalidades tanto en la batalla de Carras como en la posterior huida³⁸²⁹; en 52 a. C., durante el sitio de Avárico, cuando los hombres de César a punto estuvieron de morir de inanición³⁸³⁰; en 49 y 40 a. C., cuando las legiones de Lucio Afranio y Marco Petreyo³⁸³¹, por un lado, y los efectivos de Lucio Antonio³⁸³², por el otro, padecieron de hambre y sed como resultado del hostigamiento de César y del asedio de Octaviano, respectivamente; o, en 31 a. C., cuando buena parte de las dotaciones de Marco Antonio y Cleopatra fueron pasto de la enfermedad y la muerte³⁸³³.

Lejos de quedar aquí, hubo un mal aun peor que el desgaste físico originado por el servicio militar y la experiencia bélica del combate, el impacto psicológico de la guerra. Si, en 75 a. C., una de las legiones de Cayo Escibonio Curión se amotinó, en parte, por el miedo a enfrentarse a los dardarnios³⁸³⁴; y, en 58 a. C., la mayoría de las fuerzas de César se levantaron como consecuencia del pánico a enfrentarse a los germanos³⁸³⁵; en 53 a. C., los hombres de Craso se asustaron tras escuchar los rumores sobre la destreza bélica de los partos y su inusitada forma de luchar³⁸³⁶; y, en 46 a. C., los hombres de César se amedrentaron ante la amenazante visión de los elefantes del rey Juba I³⁸³⁷.

³⁸²⁶ Liv. 130; Vell. 2.82.1-3; Fron. Str. 4.1.37; Plu. Ant. 37.3, 6, 38.1, 3-5, 39.1-2, 7-8, 40.1-2, 6-8, 42.4-7, 43.1-3, 5-6, 44.3, 45.3-11, 46.1, 47.2-3, 6-7, 48.4, 7, 49.6, 50.1, 51.1; Flor. Epit. 2.20.3, 6-10; D.C. 49.25.1-2, 4-5, 26.3, 27.1, 4, 28.1, 3-4, 29.1-2, 31.1-2; Eutr. 7.6.2; Oros. 6.19.1.

³⁸²⁷ Liv. 80; Vell. 2.21.4; App. BC 1.68; Oros. 5.19.18.

³⁸²⁸ Plu. Sull. 28.5; App. BC 1.87.

³⁸²⁹ Vell. 2.46.4; Plu. Crass. 22.1-2, 23.9-24.1, 27.7-8, 29.7; Flor. Epit. 1.46.8-10; D.C. 40.18.4-5, 22-23, 25.1-3, 27.7-8; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.3-4.

³⁸³⁰ Caes. Gal. 7.16-17, 19-20.

³⁸³¹ Caes. Civ. 1.61.2, 73.1, 4, 74, 78.1-2, 4, 79-83, 84.1, 4, 85.2; App. BC 2.42; D.C. 41.22.4.

³⁸³² Liv. 126; Flor. Epit. 2.16.3; App. BC 5.34-40, 43; D.C. 48.14.3.

³⁸³³ D.C. 50.11.2, 12.8, 15.4.

³⁸³⁴ Fron. Str. 4.1.43.

³⁸³⁵ Caes. Gal. 1.39; Fron. Str. 1.11.3, 4.5.1; Flor. Epit. 1.45.12; D.C. 38.35.1-2; Oros. 6.7.6.

³⁸³⁶ Plu. Crass. 18.4, 23.9-24.1, 3-5, 25.11; D.C. 40.22.4-5, 23.2, 4, 25.1-2.

³⁸³⁷ Caes. B.Afr. 34.6; 48.3; 72.3; Suet. Jul. 66; App. BC 2.96; D.C. 43.3.5.

No obstante, el impacto psíquico de lo militar no se limitó, en absoluto, al sentimiento de miedo o de amenaza. La apatía hacia una determinada empresa militar, el hastío de continuar sirviendo en el ejército pese haber sobrepasado el tiempo habitual de servicio, o el trauma de haber sufrido una dolorosa y reciente derrota, fueron algunas de las situaciones que más mella hicieron en la moral del ejército. De esta forma, si, en 87 a. C., la falta de éxito con la que Apio Claudio Pulcro dirigió el asedio de Nola pudo contribuir a que sus hombres recelaran de su mando³⁸³⁸; y, en 43 a. C., el fracaso a la hora de tomar Apamea coadyuvó a que las legiones de Lucio Estayo Murco y Quinto Marcio Crispo, cansadas de la incompetencia de sus líderes, vieran en la llegada de Cayo Casio Longino la oportunidad de militar junto a un comandante más capaz³⁸³⁹; en 49 y 47 a. C., y, en 36, 35 y 31-30 a. C., fue la prolongación del servicio militar, junto a la falta de compromiso por recompensar a las tropas, lo que hizo que las legiones de César y Octaviano se amotinaran contra sus generales³⁸⁴⁰; y, en 53 a. C., fue la debacle de Carras lo que precipitó que los soldados, y el propio Craso, perdieran toda esperanza³⁸⁴¹.

Asimismo, la intrusión de otros elementos externos, como la presencia de malos augurios y las burlas de los soldados rivales, también afectó al ánimo de las tropas. Como cuando, en 102 a. C., Cayo Mario tuvo problemas para contener a sus hombres tras haber sido insultados por teutones y ambrones³⁸⁴²; cuando, en 53 a. C., los soldados de Marco Licino Craso se dejaron suggestionar por las maldiciones, los malos augurios y los prodigios desfavorables que acompañaron a la expedición³⁸⁴³; o, cuando, en 42 a. C., los soldados de Marco Junio Bruto fueron víctimas de los ataques verbales y las provocaciones de las tropas de Marco Antonio y Octaviano³⁸⁴⁴.

Finalmente, la *disciplina militaris* también se podía romper como resultado de una motivación personal.

Probablemente, este tipo de causas sean las más difíciles de aislar, ya que, en la mayoría de las ocasiones, se producían como consecuencia de la aparición de alguno de los elementos explicados con anterioridad. Así, por ejemplo, mientras que salvar la vida o regresar a casa se podrían considerar dos razones de naturaleza personal inducidas por una causa de carácter militar, o bien por el miedo a perder la vida en un enfrentamiento inminente, o bien por el deseo de abandonar el servicio militar, respectivamente; el cambio de bando de una a otra facción podría interpretarse como una cuestión militar, si la decisión había sido tomada con el propósito de salvar una situación adversa, política, si el cambio de bando había sido impulsado por los cambios políticos de la capital,

³⁸³⁸ Vell. 2.20.4; App. BC 1.65.

³⁸³⁹ Cic. Fam. 366.12.11.1, 387.12.12.2-3; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. BJ 1.218-219; App. BC 3.77-78; 4.58-59; D.C. 47.27.1, 28.1.

³⁸⁴⁰ Caes. B.Afr. 19.3, 54; Liv. 113, 131; Vell. 2.81; Fron. Str. 1.9.4; 4.5.2; Luc. 5.237-373; Plu. Caes. 51.2; Suet. Jul. 69-70; Aug. 17.3; App. BC 2.47, 92-94; 5.128-129; Polyaen. 8.23.15; D.C. 41.26-36; 42.52-55; 49.13-14, 34; 51.3-4; Oros. 6.18.33.

³⁸⁴¹ Cic. Div. 2.22; Vell. 2.46.4; Plu. Crass. 23-31; Flor. Epit. 1.46.8-9; D.C. 40.22-23, 24.3, 25.3, 5; Eutr. 6.18.1; Oros. 6.13.3-4.

³⁸⁴² Plu. Mar. 16.5, 18.3.

³⁸⁴³ Cic. Div. 1.29-30; 2.84; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3; Plin. Nat. 2.147; Plu. Crass. 16.4, 7, 18.5, 19.4-8, 23.1; Flor. Epit. 1.46.2-4; D.C. 39.39-40.1; 40.17.1-2, 18.1-5, 19.3-4; Eutr. 6.18.1.

³⁸⁴⁴ App. BC 4.118, 122; D.C. 47.48.1.

económica, si la defección de las tropas había llegado como resultado de un soborno, o personal, si la iniciativa de cambiar de bando había sido la manera escogida por los soldados de agradecer al comandante rival el haberles salvado la vida con anterioridad, tal y como pudo pasar, en 49 a. C., cuando César evitó enfrentarse a Afranio y Petreyo, aun estando sus tropas muy debilitadas por el hambre y la sed³⁸⁴⁵, y, en 43 a. C., cuando los hombres de Marco Junio Bruto saludaron amistosamente a los de Cayo Antonio en vez de terminar con ellos cuando se encontraban en una posición de clara superioridad³⁸⁴⁶.

Otros tres ejemplos de naturaleza personal fueron los siguientes: el deseo de venganza, el cual podemos identificar, por un lado, en los esclavos liberados que Lucio Cornelio Cinna admitió en su ejército, en 87 a. C., cuando, una vez tomada la ciudad de Roma, se lanzaron contra sus antiguos amos³⁸⁴⁷, y, por el otro, en los veteranos de César que se enfrentaron a Marco Antonio, en 44 a. C., por considerar que no estaba haciendo todo lo necesario por vengar la memoria de su antiguo general³⁸⁴⁸; el sentimiento de abandono, resentimiento e infravaloración que sintieron tanto los soldados de Sertorio, cuando su comandante brindó, durante su estancia en Hispania, un trato especial a los auxiliares celtíberos³⁸⁴⁹, como los soldados y oficiales de Craso, cuando este último prefirió confiar en la palabra de los informantes extranjeros en lugar de en los consejos de sus propios hombres³⁸⁵⁰; y el odio hacia un determinado comandante, tal y como sucedió en los casos de Lucio Porcio Catón, Aulo Postumio Albino, Lucio Valerio Flaco, Lucio Licinio Lúculo, Lucio Calpurnio Pisón Censorino, Sexto Julio César, Marco Terencio Varrón y Quinto Casio Longino, y Publio Vatinio, entre otros muchos, que, ya sea por su severidad, por su arrogancia, por su avaricia, por su falta de empatía, por su codicia, por su molice, por su forma de gobernar, o por su vileza, respectivamente, no sólo sufrieron el rechazo y la desaprobación de sus hombres, sino que, algunos de ellos acabaron siendo, incluso, asesinados por sus propios soldados³⁸⁵¹.

Sea como fuere, ni las críticas vertidas sobre el ejército romano tardorrepblicano se limitaron a las causas y a las motivaciones que empujaron a las tropas a romper su *sacramentum militiae* ni nuestro estudio se ha reducido al análisis de estos dos únicos factores. Si echamos la vista atrás, otra de las acusaciones que se dirigió sobre el soldado de la tardorrepública fue su carácter revolucionario y violento, y cómo este pudo ser uno de los motivos detrás de la caída de la República.

Sin embargo, una vez examinados tanto los objetivos como las reivindicaciones de los soldados nos percatamos de que, en ningún caso, las tropas ambicionaron ni hacerse con el control del Estado romano ni, mucho menos, socavar los cimientos del régimen republicano. Por lo común, las aspiraciones de los soldados fueron mucho menos elevadas y más terrenales: deshacerse del mando de un comandante del que no confiaban, cambiar la estrategia de un determinado general, regresar a sus hogares,

³⁸⁴⁵ Caes. Civ. 1.74.2, 7; App. BC 2.42.

³⁸⁴⁶ Plu. Brut. 26.5; App. BC 3.79.

³⁸⁴⁷ Plu. Mar. 44.10; Sert. 5.6; App. BC 1.71-74; Oros. 5.19.24.

³⁸⁴⁸ App. BC 3.12, 43.

³⁸⁴⁹ Plu. Sert. 25.4-6; App. BC 1.112.

³⁸⁵⁰ Liv. 106; Plu. Crass. 21.1-4, 9, 22.1, 3, 28.4-7, 29.1-3, 30.1-5; D.C. 40.20.1-2, 4, 21.1, 26-27.

³⁸⁵¹ Vid. supra.

escapar de una situación militar adversa, reclamar los pagos y las promesas retrasadas, eludir el servicio militar, saquear una ciudad recién conquistada, hacerse con el botín del ejército rival... Si tomamos como referencia la motivación de las tropas, ni podemos admitir la premisa de que los soldados del siglo I a. C. tuvieran un móvil muy diferente al que hayamos podido observar en otros soldados de periodos anteriores ni que el ejército de finales de la República hubiera desarrollado un carácter especialmente sedicioso y rebelde.

Pero entonces, ¿en qué nos debemos fijar para valorar si el ejército romano tardorrepblicano fue, realmente, un ejército “revolucionario”?

A continuación, centraremos nuestra atención en las distintas formas en las que las tropas expresaron su descontento, en el grado de violencia de sus actos, en el nivel de organización de los soldados, y en las consecuencias que trajo la ruptura de la disciplina militar.

La indisciplina se podía manifestar en forma de molicie, ociosidad y/o corrupción, tal y como vimos en las tropas romanas estacionadas en Numidia bajo los mandos de Lucio Calpurnio Bestia y Aulo Postumio Albino³⁸⁵², en los soldados romanos que se quedaron en Egipto tras la intervención de Aulo Gabino y se les acusó de haberse “orientalizado”³⁸⁵³, o en las dotaciones que Marco Antonio reunió con ocasión de la batalla de Accio³⁸⁵⁴; de relajación de la disciplina y/o pereza, como ocurrió durante el sitio de Massilia³⁸⁵⁵ o cuando los veteranos de César se tenían que encargar de ciertas tareas de baja cualificación³⁸⁵⁶; de avaricia y codicia, como observamos en la mayoría de las reivindicaciones de los “fimbrianos”³⁸⁵⁷, o cuando Cayo Casio Longino tuvo que imponer un tributo especial a la ciudad de Tarso para poder pagar a sus soldados³⁸⁵⁸; de cobardía, como apreciamos durante la batalla de Dirraquio cuando los cesarianos huyeron del combate³⁸⁵⁹, o cada vez que los soldados abandonaron la formación, sus armas y/o sus estandartes y se dieron a la fuga; de abuso de poder, cuando el tribuno militar Cayo Lusio intentó forzar a un joven soldado de su ejército³⁸⁶⁰, o cuando las tropas de Sertorio intentaron violar a una mujer durante la toma de Lauro³⁸⁶¹; de violencia sobre la población y/o el territorio recién conquistado, como cuando las tropas de Lúculo se lanzaron sobre la ciudad de Amisos³⁸⁶²; de quejas, protestas, presiones y/o amenazas, tal y como vimos en cada una de las ocasiones en las que los soldados se enfrentaron a sus comandantes, ya sea para reclamar el pago de todas sus promesas, ya sea para exigir su licenciamiento, ya sea para que se cambiara la estrategia, ya sea para forzar el combate; de traición, la cual podía venir en forma de deserción y/o cambio de

³⁸⁵² Sal. *Jug.* 29, 32.2-4, 36.4, 37.3-4, 38-39.5, 40; Flor. *Epit.* 1.36.7, 9; Eutr. 4.26.1-2; Oros. 5.15.4, 6.

³⁸⁵³ Caes. *Civ.* 3.110; Luc. 10.402-410.

³⁸⁵⁴ D.C. 50.11.2, 15.4.

³⁸⁵⁵ Caes. *Civ.* 2.14.1.

³⁸⁵⁶ Plu. *Caes.* 40.3; *Pomp.* 66.1.

³⁸⁵⁷ *Vid. supra.*

³⁸⁵⁸ App. *BC* 4.64.

³⁸⁵⁹ Caes. *Civ.* 3.63-74; Plu. *Caes.* 39.4-11, 40.1; Suet. *Jul.* 68.3; App. *BC* 2.60-63; Polyaen. 8.23.26; Oros. 6.15.21.

³⁸⁶⁰ Cic. *Mil.* 9; V. Max. 6.1.12; Plu. *Mar.* 14.4-8.

³⁸⁶¹ App. *BC* 1.109.

³⁸⁶² Plu. *Luc.* 19.4.

bando, o de conspiración, como las veces en las que soldados u oficiales se conjuraron contra sus generales; de desobediencia, cuando sin orden previa las tropas se lanzaron al ataque poniendo en riesgo la integridad de todo el ejército, como los veteranos de César en Tapso³⁸⁶³ o los hombres de Marco Junio Bruto en la primera batalla de Filipos³⁸⁶⁴; de motín, como los que sufrió César, en 49 y 47 a. C., en *Placentia* y *Campania*³⁸⁶⁵, respectivamente, o los que experimentó Octaviano, en 36, 35 y 31-30 a. C.³⁸⁶⁶; de asesinato (o de intento de asesinato), como los que se llevaron la vida de Aulo Postumio Albino, Quinto Pompeyo Rufo, Lucio Valerio Flaco, Lucio Cornelio Cinna, Cayo Papirio Carbón, Quinto Sertorio y Sexto Julio César, y los que casi acabaron con la vida de Lucio Porcio Catón, Cneo Pompeyo Estrabón, Cneo Pompeyo Magno y Quinto Casio Longino³⁸⁶⁷; de reacción violenta o violencia generalizada, la cual podía llegar en forma de asesinato o de agresión violenta, como cuando se atacaron a los tribunos militares y a los pretores enviados desde Roma para hacerse cargo de las legiones de Nola, en 88 a. C.³⁸⁶⁸, o de disturbios y revueltas, como los que protagonizaron los soldados veteranos de Marco Antonio y Octaviano mientras esperaban y reivindicaban que se les concediera un lote de tierra³⁸⁶⁹.

Aunque muchas de estas expresiones fueron genuinamente violentas, como los asesinatos, las agresiones físicas o los actos indiscriminados de violencia, otras muchas dependieron del grado de organización y/o de espontaneidad de los soldados, siendo, por lo general, menos violentas aquellas insurrecciones que gozaron de un mayor nivel de planificación que aquellas que fueron el resultado de un movimiento impulsivo y/o precipitado.

Si tomamos como referencia las insurrecciones “principales” por ser las que más información nos han aportado, observamos cómo la mayoría de los episodios analizados no fueron violentos³⁸⁷⁰, y que los que sí que lo fueron se concentraron, especialmente, durante los periodos de enfrentamiento interno³⁸⁷¹, y, en particular, durante la década de los años ochenta del siglo I a. C. —durante la guerra de los aliados y la guerra civil entre silanos y cinnanos³⁸⁷²—, y entre el 48 y el 42 a. C. —entre la fase final del enfrentamiento entre cesarianos y pompeyanos y la etapa final de la guerra civil entre cesarianos y cesaricidas³⁸⁷³—.

Que ambos periodos fueran testigos de los principales actos de violencia de las tropas no nos ha de extrañar, habida cuenta de que, además de concentrar el mayor

³⁸⁶³ Caes. *B.Afr.* 80-86; Flor. *Epit.* 2.13.66.

³⁸⁶⁴ Plu. *Brut.* 41.4, 46.1; App. *BC* 4.110, 117.

³⁸⁶⁵ Caes. *B.Afr.* 19.3, 54; Liv. 113; Fron. *Str.* 1.9.4; 4.5.2; Luc. 5.237-373; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 69-70; App. *BC* 2.47, 92-94; Polyæn. 8.23.15; D.C. 41.26-36; 42.52-55.

³⁸⁶⁶ Liv. 131; Vell. 2.81; Suet. *Aug.* 17.3; App. *BC* 5.128-129; D.C. 49.13-14, 34; 51.3-4; Oros. 6.18.33.

³⁸⁶⁷ *Vid. supra.*

³⁸⁶⁸ V. Max. 9.7, ext. 1; Plu. *Mar.* 35.5-6; Sull. 9.1-2.

³⁸⁶⁹ Liv. 125; Suet. *Aug.* 14; App. *BC* 5.12-18, 22; D.C. 48.6.2-3, 8.1-2, 9.2-5, 10.1, 29.3.

³⁸⁷⁰ De las sesenta y ocho insurrecciones “principales” examinadas, veinticuatro fueron violentas; treinta y una fueron pacíficas; once se desarrollaron, en parte, de manera violenta y, en parte, de forma pacífica; y de dos no tenemos información al respecto.

³⁸⁷¹ De las veinticuatro insurrecciones violentadas identificadas, sólo cuatro tuvieron lugar en un contexto de guerra externa.

³⁸⁷² Con un total de siete ejemplos.

³⁸⁷³ Con un total de ocho ejemplos.

número de episodios de indisciplina del final de la República³⁸⁷⁴, y de coincidir con los principales movimientos de tropas, así como con los principales enfrentamientos civiles de la época, fueron dos de los momentos en los que más se recrudeció la lucha política de la capital y hubo más problemas internos. Más sorprendente nos resulta, no obstante, que, justo cuando las tropas parecían inclinarse por la violencia como principal instrumento con el que exponer su descontento, sea el momento en el que registramos también el mayor número de actos de indisciplina pacíficos e incruentos³⁸⁷⁵, y en el que los soldados demostraron poseer un nivel de organización más sofisticado y complejo.

Para poder explicar por qué los dos periodos más violentos fueron, al mismo tiempo, los dos periodos que más insurrecciones pacíficas reunieron, nos debemos fijar en la influencia del contexto y en el grado de coordinación del ejército. Si, en la década de los ochenta, nos encontramos con un fuerte clima de violencia y con un bajo nivel de organización por parte de los soldados, entre el final de la guerra entre César y Pompeyo y el final del enfrentamiento entre cesarianos y cesaricidas nos encontramos con la misma atmósfera de violencia, pero con un grado de coordinación mucho mayor que el primero. Mientras que la falta de organización de las tropas hizo que estas se sirvieran, a comienzos de siglo, de soluciones más rápidas y que emplearan en sus protestas los mismos medios que por aquel entonces se estaban usando en la capital, llevando al ejército la violencia física presente en las instituciones y en las calles romanas; la inestabilidad del segundo periodo favoreció que los soldados se mostraran más violentos frente a sus comandantes y que, pese a estar mejor organizados, se sirvieran de la fuerza de su número para hacer valer sus reclamaciones.

El cambio de tendencia hacia un menor índice de violencia y un mayor nivel de coordinación se debió, respecto al primer periodo, a la ayuda que las tropas recibieron por parte de sus oficiales y de otros comandantes romanos rivales, y, en cuanto al segundo periodo, a que, además de seguir contando con la colaboración de oficiales y generales romanos rivales, los soldados estaban mucho más organizados que al principio, habían aprendido cómo debían movilizarse y qué momento era el más apropiado para levantarse, y se encontraban mucho más unidos que antes, sobre todo en lo que a los veteranos de César se refiere.

Mientras que la prueba de cómo el contexto político del momento pudo influir en la elección de los medios utilizados por los soldados para expresar su descontento la hallamos en el hecho de que todos los asesinatos e intentos de asesinato promovidos y/o ejecutados por el ejército —salvo los asesinatos de Marco Junio Bruto y Quinto Sertorio, que, por lo demás, no contaron con la participación de las tropas³⁸⁷⁶— tuvieron lugar, o bien en la década de los ochenta³⁸⁷⁷, o bien al final de la guerra civil entre César

³⁸⁷⁴ Treinta y siete, de un total de sesenta y ocho insurrecciones “principales”, teniendo lugar todas ellas, salvo una, durante las guerras civiles.

³⁸⁷⁵ Con un total de diecinueve ejemplos.

³⁸⁷⁶ Si el asesinato de Marco Junio Bruto (77 a. C.) fue, con toda probabilidad, orquestado por iniciativa de Cneo Pompeyo Magno, la muerte de Quinto Sertorio (72 a. C.) fue el resultado del complot urdido por Marco Perpenna Ventón, uno de sus principales colaboradores (*vid. supra*).

³⁸⁷⁷ Mientras que, en 89 y 87 a. C., se intentó acabar con las vidas de Lucio Porcio Catón, Cneo Pompeyo Estrabón y Cneo Pompeyo Magno, respectivamente; a Aulo Postumio Albino, Quinto Pompeyo Rufo, Lucio Valerio Flaco y Lucio Cornelio Cinna se les asesinó, en 89, 88, 85 y 84 a. C., respectivamente.

y Pompeyo³⁸⁷⁸; la prueba de cómo los soldados se beneficiaron de la intervención de otros “colaboradores” la encontramos en cada una de las insurrecciones en las que el ejército romano se apoyó, o bien en la mediación de sus oficiales, si la indisciplina se originó desde el interior del propio ejército, o bien en la participación de otros generales rivales, si la indisciplina se instigó desde el exterior.

Respecto a esto último, debemos reconocer que los soldados no ganaron autonomía y libertad de acción hasta muy tarde en el tiempo. Y es que, si revisamos todos los episodios en los que la insurrección de las tropas gozó de un mínimo de organización, advertimos cómo los soldados necesitaron, o bien la ayuda de sus oficiales, o bien un estímulo externo para levantarse contra sus generales.

De esta manera, se apoyaron en Cayo Ticio, en Lucio Terencio, en Cayo Flavio Fimbria, en Publio Clodio Pulcro, en Marco Atilio Bulbo, en Cayo Estayeno, en Cayo Casio Longino, Octavio y Egnatio, en Tito Salieno, en Cayo Avieno, Aulo Fonteyo, Marco Tiro y Cayo Clusinas, en Quinto Cecilio Baso³⁸⁷⁹, y en Lucio Egnatuleyo, entre otros, para enfrentarse a Lucio Porcio Catón³⁸⁸⁰, Cneo Pompeyo Estrabón y Cneo Pompeyo Magno³⁸⁸¹, Lucio Valerio Flaco³⁸⁸², Lucio Licinio Lúculo³⁸⁸³, Cayo Cosconio³⁸⁸⁴, Mamerco Emilio Lépidio Liviano³⁸⁸⁵, Marco Licinio Craso³⁸⁸⁶, Marco Valerio Mesala Rufo³⁸⁸⁷, Cayo Julio César³⁸⁸⁸, Sexto Julio César³⁸⁸⁹, y Marco Antonio³⁸⁹⁰, respectivamente.

Y, de igual modo, se sirvieron de Jugurta, de Lucio Cornelio Sila, de Cneo Pompeyo Estrabón, de Lucio Cornelio Cinna, de Cneo Pompeyo Magno, de Cayo Julio César, de Sexto Quintilio Varo, de Quinto Cecilio Baso³⁸⁹¹, de Octaviano, de Marco Junio Bruto, de Marco Antonio, de Marco Antonio y Marco Emilio Lépidio, de Marco Antonio, Octaviano y Marco Emilio Lépidio, de Cayo Antonio, de Marco Antonio y Octaviano, de Octaviano, y de Marco Antonio, para levantarse frente a Aulo Postumio Albino³⁸⁹², Cayo Flavio Fimbria y Lucio Cornelio Escipión Asiático³⁸⁹³, Quinto

³⁸⁷⁸ Si el atentado contra Quinto Casio Longino tuvo lugar entre 48 y 47 a. C., el asesinato de Sexto Julio César ocurrió, en 46 a. C.

³⁸⁷⁹ Si aceptamos la versión de Apiano (*BC* 3.77; 4.58) de que Quinto Cecilio Baso fue un oficial del ejército de Sexto Julio César, y no un pompeyano.

³⁸⁸⁰ D.C. 30-35, fr. 100.

³⁸⁸¹ Plu. *Pomp.* 3.1, 4.

³⁸⁸² D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.24.1; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

³⁸⁸³ Cic. *Har.* 42; Liv. 98; Plu. *Luc.* 34.1-6; D.C. 36.14.3-4, 17.2.

³⁸⁸⁴ Cic. *Clu.* 97.

³⁸⁸⁵ Cic. *Clu.* 99.

³⁸⁸⁶ Plu. *Crass.* 18.4, 20.4, 23.6-7, 27.4-9, 29.2-4, 6; D.C. 40.25.4-5, 26.2, 27.1, 28.2.

³⁸⁸⁷ Caes. *B.Afr.* 28.2, 54.5; Cic. *Att.* 2.237.11.22.2.

³⁸⁸⁸ Caes. *B.Afr.* 54.4-5.

³⁸⁸⁹ Cic. *Att.* 12.11.1, 12.3; *Deiot.* 23; *Fam.* 12.12.3; Str. 16.2.10; Liv. 114; J. *AJ* 14.170, 268, *BJ* 1.216; App. *BC* 3.77, 4.58; D.C. 47.26.3-7, 27.1.

³⁸⁹⁰ Cic. *Phil.* 3.7, 39; 4.6; 5.52.

³⁸⁹¹ Siempre y cuando aceptemos las versiones de Livio (114) y Dion Casio (47.26.3), para quienes Quinto Cecilio Baso fue un pompeyano, y nunca formó parte del ejército de Sexto Julio César. Cf. Cic. *Fam.* 12.12.3; Str. 16.2.10; J. *AJ* 14.268; *BJ* 1.216; App. *BC* 3.77.

³⁸⁹² Sal. *Jug.* 38.3, 6.

³⁸⁹³ Liv. 83, 85; Vell. 2.24.1, 25.2; Plu. *Sull.* 25.1, 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85; *Mith.* 59-60; Eutr. 5.7.4; Oros. 6.2.11.

Pompeyo Rufo³⁸⁹⁴, Apio Claudio Pulcro, Cneo Pompeyo Estrabón y Cneo Pompeyo Magno³⁸⁹⁵, Lucio Cornelio Cinna y Marco Junio Bruto³⁸⁹⁶, Lucio Afranio, Marco Petreyo y Quinto Cecilio Metelo Escipión³⁸⁹⁷, Cayo Escríbonio Curión³⁸⁹⁸, Sexto Julio César³⁸⁹⁹, Marco Antonio³⁹⁰⁰, Cayo Antonio³⁹⁰¹, Marco Emilio Lépido³⁹⁰², Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco³⁹⁰³, Décimo Junio Bruto Albino³⁹⁰⁴, Marco Junio Bruto³⁹⁰⁵, Marco Junio Bruto³⁹⁰⁶, Marco Emilio Lépido³⁹⁰⁷, Cayo Cornelio Galo y Octaviano³⁹⁰⁸, respectivamente.

Sin embargo, esto no significa que los soldados no fueran capaces de organizarse por sí mismos y secundar sus propias insurrecciones.

Aunque fueron numerosos los casos en los que las tropas necesitaron un estímulo externo y la intervención de una figura de autoridad que les respaldara desde fuera, les exculpara de sus actos, los admitiera a pesar de su defección y les garantizara tanto su seguridad física como su bienestar material —tal y como sucedió cuando los soldados de Cayo Flavio Fimbria y Lucio Cornelio Escipión Asiático abandonaron a sus correspondientes comandantes y se pasaron al lado de Sila³⁹⁰⁹; cuando los hombres de Lucio Domicio Ahenobarbo rindieron *Corfinium* a César y le entregaron a su general³⁹¹⁰; o cuando las legiones de Marco Antonio desertaron al lado de Octaviano³⁹¹¹—, con el tiempo los soldados fueron capaces de servirse de sus propios mecanismos y de movilizarse sin necesidad de ayuda externa.

En tal sentido, los soldados podían aprovechar su disposición en el campamento, agruparse en reuniones y asambleas secretas, conversar sobre su situación, elegir a sus líderes e interlocutores (la mayoría de ellos centuriones, tribunos militares y/o veteranos), contactar con sus oficiales más cercanos, y, finalmente, utilizar la cadena de

³⁸⁹⁴ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1; App. BC 1.63.

³⁸⁹⁵ Liv. 79-80; Vell. 2.20.3-4; Plu. *Pomp.* 3.1, 4; App. BC 1.64-66.

³⁸⁹⁶ Plu. *Pomp.* 5.1-3, 16.3-7, 64.5; *Brut.* 4.1, 3.

³⁸⁹⁷ Caes. Civ. 1.74-87; Liv. 110; Vell. 2.50.4; App. BC 42-43; Polyæn. 8.23.28; D.C. 41.20-23; 43.5.1-4.

³⁸⁹⁸ Caes. Civ. 2.23-33.

³⁸⁹⁹ Cic. Att. 12.11.1, 12.3; *Deiot.* 23; *Fam.* 12.12.3; Str. 16.2.10; Liv. 114; J. AJ 14.170, 268, BJ 1.216; App. BC 3.77, 4.58; D.C. 47.26.3-7, 27.1.

³⁹⁰⁰ Cic. Att. 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. BC 3.31-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

³⁹⁰¹ Liv. 118, 121; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 25-26; App. BC 3.79, 4.75; D.C. 47.21-25.

³⁹⁰² Cic. *Fam.* 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 368.10.31, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; Liv. 119; Vell. 2.63; Plu. *Ant.* 17-18; App. BC 3.83-84; D.C. 46.50-51.

³⁹⁰³ Cic. *Fam.* 371.10.8.3, 428.10.24.2, 368.10.31.4-5, 415.10.32.4-5; Vell. 2.63.3, 64.1; Plu. *Ant.* 18.7; App. BC 3.97.

³⁹⁰⁴ Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. BC 3.97-98; D.C. 46.53.

³⁹⁰⁵ Cic. *ad Brut.* 14.1.2.3; Liv. 121; Plut. *Brut.* 26.6-8, 28.1; App. BC 3.79; D.C. 47.22.4-25.

³⁹⁰⁶ Plu. *Brut.* 45.3-5, 46.5, 49.1-4; App. BC 4.122-125; D.C. 47.48.1-3, 49.1.

³⁹⁰⁷ Liv. 129; Vell. 2.80; Plu. *Ant.* 55.3; Suet. *Aug.* 16.4; App. BC 5.122-127; D.C. 49.11.2-4, 12.1-4; Oros. 6.18.30-32.

³⁹⁰⁸ D.C. 51.9.1-3, 10.1-4; Oros. 6.19.15.

³⁹⁰⁹ Liv. 83, 85; Vell. 2.24.1, 25.2; Plu. *Sull.* 25.1, 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. BC 1.85; *Mith.* 59-60; Eutr. 5.7.4; Oros. 6.2.11.

³⁹¹⁰ Caes. Civ. 1.16-23; Cic. Att. 1.149.1; 1.155.1-2; 1.156.4; 2.162A.1-2, 4; 2.162B.2; 2.162C.2-4; 2.162D.1-2; Liv. 109; Vell. 2.50.1; Plu. *Caes.* 34.6-35.1; App. BC 2.38; D.C. 41.10-11; Oros. 6.15.4.

³⁹¹¹ Cic. Att. 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. BC 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

mando para exponer sus quejas y reclamaciones. Este proceso lo vimos, por ejemplo, en 68 a. C., cuando las tropas hicieron lo propio con el fin de llamar la atención de Lucio Licinio Lúculo³⁹¹²; en 49 a. C., cuando los hombres de Lucio Domicio Ahenobarbo debatieron qué hacer ante la llegada de César³⁹¹³, cuando los soldados de César presionaron para que su comandante cambiara su estrategia en Hispania³⁹¹⁴, y cuando las tropas de Quinto Marcio Rufo contactaron con Publio Atio Varo tras la caída del campamento Cornelio³⁹¹⁵; y, en 36 a. C., cuando las legiones de Octaviano se amotinaron por primera vez contra su general³⁹¹⁶.

O también podían, directamente, actuar por su cuenta, tal y como ocurrió, en 49 a. C., cuando el ejército de Lucio Afranio y Marco Petreyo contactó por separado con los hombres de César para pedirles garantías de que su general les acogería³⁹¹⁷, cuando algunos de los antiguos soldados de Lucio Domicio Ahenobarbo desertaron del campamento de Cayo Escribonio Curión y solicitaron la intervención de Publio Atio Varo³⁹¹⁸, cuando los soldados de la *VIII* legión se amotinaron sin contar con el respaldo de sus oficiales; en 43 a. C., cuando los hombres de Quinto Cecilio Baso enviaron una embajada a Cayo Casio Longino para acordar los términos por los que estaban dispuestos a abandonar a su general³⁹¹⁹, cuando las tropas de Marco Antonio y Marco Emilio Lépido se intercambiaron mensajeros³⁹²⁰, y cuando la guarnición de Roma envió una delegación a Octaviano antes de cambiar de bando³⁹²¹; en 42 a. C., cuando los soldados de Marco Junio Bruto enviaron emisarios a Marco Antonio y Octaviano para acordar su rendición³⁹²²; en 41 y 40 a. C., cuando los veteranos de Marco Antonio y Octaviano se reunieron en Teano, Gabios y Brindisi para evitar un nuevo enfrentamiento³⁹²³; en 40 a. C., cuando las tropas de Lucio Antonio se manifestaron abiertamente contra la estrategia de su comandante³⁹²⁴; y, en 31-30 a. C., cuando la ausencia de liderazgo no impidió a los veteranos de Octaviano levantarse por tercera vez³⁹²⁵.

Si conforme nos acercamos al final de la República nos encontramos con un menor índice de violencia, un mayor grado de organización y un menor número de insurrecciones³⁹²⁶, ¿cómo es posible que se considerase al soldado romano tardorrepublicano un soldado “revolucionario”?

³⁹¹² Plu. *Luc.* 32.3.

³⁹¹³ Caes. *Civ.* 1.20.1-3, 5; D.C. 41.11.2.

³⁹¹⁴ Caes. *Civ.* 1.64.2, 71.2.

³⁹¹⁵ Caes. *Civ.* 2.44.1. Cf. D.C. 41.42.6.

³⁹¹⁶ App. *BC* 5.128-129; D.C. 49.13.1.

³⁹¹⁷ Caes. *Civ.* 1.74. Cf. Caes. *Civ.* 1.85.2; App. *BC* 2.42; Polyæn. 8.23.28.

³⁹¹⁸ Caes. *Civ.* 2.27.1-2, 28.1-3, 29.

³⁹¹⁹ Cic. *Fam.* 387.12.12.3.

³⁹²⁰ App. *BC* 3.83. Cf. Vell. 2.63.1; Plu. *Ant.* 18; D.C. 46.51.1-2.

³⁹²¹ App. *BC* 3.92. Cf. D.C. 46.45.2.

³⁹²² App. *BC* 4.131, 135.

³⁹²³ App. *BC* 5.20-21, 23, 51-66; D.C. 48.10.2, 11.1-4, 12.1-3, 27.4-30.3.

³⁹²⁴ App. *BC* 5.36-37.

³⁹²⁵ Suet. *Aug.* 17.3; D.C. 51.3-4.

³⁹²⁶ De las últimas veinte insurrecciones “principales” con las que se despidió la República, sólo cinco fueron, completamente, violentas. Once fueron pacíficas; tres fueron, en parte, pacíficas y, en parte, violentas; y de una no disponemos información.

Al final del capítulo anterior, nos planteamos las consecuencias que pudo traer en el mantenimiento de la disciplina militar el desarrollo de un *esprit de corps* fuerte. En un momento de la historia de Roma en el que la legitimidad de los mandos militares romanos estaba en entredicho y la capacidad de respuesta del Estado romano era más limitada, ¿fue la cohesión de las tropas y la creación de un espíritu de cuerpo propio y definido lo que convirtió al ejército romano en un elemento potencialmente peligroso, así como en un foco permanente de inseguridad y conflictos?

Antes de nada, debemos concretar si, realmente, el ejército romano llegó a desarrollar tal *esprit de corps*, y si lo hizo, en qué términos tuvo lugar.

A lo largo de nuestro análisis, hemos visto cómo las tropas manifestaron cierto sentimiento de camaradería y como este último se manifestó y explotó de muy diversa forma. Así, por ejemplo, mientras que, en 58 a. C., César destacó, deliberadamente, a la *legio X* por encima del resto de sus unidades con el propósito de apelar a la competencia entre legiones y despertar el espíritu combativo del ejército³⁹²⁷; y, en 46 a. C., un soldado del ejército de César le informó orgulloso a Tito Labieno de que no era un simple recluta, sino un veterano de la *X* legión³⁹²⁸; en 44 a. C., los veteranos de César buscaron el entendimiento entre Marco Antonio y Octaviano y rechazaron que los dos principales representantes del bando cesariano y los únicos capaces de vengar a su antiguo comandante se enfrentaran entre sí³⁹²⁹; en 43 a. C., los antiguos soldados de César que se encontraban repartidos entre los ejércitos de Marco Antonio y Lépido se movilizaron a favor de la unión de ambos ejércitos³⁹³⁰; en 41-40 a. C., los veteranos de Marco Antonio y Octaviano se esforzaron por impedir una nueva guerra civil³⁹³¹; y, en 40 a. C., los veteranos de Octaviano intervinieron en beneficio de los veteranos de Marco Antonio que habían combatido, en Perugia, junto a Lucio Antonio por considerarse miembros de «una sola stirpe»³⁹³².

Si bien en todos estos ejemplos la cohesión social del ejército, o bien favoreció el control de las tropas, o bien se utilizó en pro de la paz, en otros tantos ejemplos sucedió todo lo contrario. De este modo, mientras que los “fimbrianos” usaron en su provecho tanto sus años de servicio como su experiencia previa en otras insurrecciones anteriores, para movilizarse y dirigir la mayoría de los actos de indisciplina a los que tuvo que hacer frente Lucio Licinio Lúculo entre el 74 y el 66 a. C.³⁹³³; y, en 49 a. C., Sexto Quintilio Varo intentó atraerse a los antiguos soldados de Lucio Domicio Ahenobarbo que combatían en el ejército de Cayo Escribonio Curión, apelando a su antiguo vínculo y a su anterior *sacramentum militiae*³⁹³⁴; en 46 a. C., los veteranos de César se lanzaron imprudente y temerariamente a la batalla, en Tapso, con el fin de, entre otras cosas,

³⁹²⁷ Caes. *Gal.* 1.40-41; Fron. *Str.* 1.11.3; 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.4-5; D.C. 38.46.3-4, 47.1-2.

³⁹²⁸ Caes. *B.Afr.* 16.

³⁹²⁹ App. *BC* 3.42. Cf. Cic. *Att.* 2.418.16.8.1, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 364.10.28.3; *Phil.* 13.33; Liv. 117; Vell. 2.61.2; Plu. *Ant.* 16.6; *Brut.* 22.3; Flor. *Epit.* 2.15.4; Suet. *Aug.* 10.3; App. *BC* 3.29, 30, 32, 39, 43, 58.

³⁹³⁰ App. *BC* 3.83. Cf. Vell. 2.63.1; Plu. *Ant.* 18; D.C. 46.51.1-2.

³⁹³¹ App. *BC* 5.20-21, 23, 51-66; D.C. 48.10.2, 11.1-4, 12.1-3, 27.4-30.3.

³⁹³² App. *BC* 5.39-40, 46-47.

³⁹³³ Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

³⁹³⁴ Caes. *Civ.* 2.28.1-3.

vengar a sus compañeros de armas que, tres años antes, habían sido ejecutados a sangre fría por orden de Juba I³⁹³⁵; y, en 42 a. C., entre la primera y la segunda batalla de Filipos, las tropas de Cayo Casio Longino desarrollaron cierta envidia, recelo y sensación de inferioridad con respecto a los soldados de Marco Junio Bruto, pese a formar parte ambos colectivos del mismo ejército, como consecuencia de haber sido las únicas en salir derrotadas del primer enfrentamiento³⁹³⁶.

No obstante, fue la unión de los veteranos de César lo que más desconfianza e interés despertó. Muerto su viejo comandante y benefactor, y a la espera de recibir los lotes de tierra prometidos, los antiguos soldados de César se reunieron «bajo una sola enseña»³⁹³⁷ y «bajo la antigua organización militar, en masa y con sus armas como cuando prestaban servicio»³⁹³⁸. Su dilatada experiencia, su gran número y su cohesión, hicieron de ellos un colectivo tan útil como peligroso. Y es que, del mismo modo que podían ser de gran utilidad si se gozaba de su adhesión y confianza —tal y como le ocurrió a Octaviano cuando recurrió a ellos a su llegada a Italia³⁹³⁹—, podían resultar una amenaza si no se contaba con su entera predisposición —tal y como les sucedió a Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, quienes, tras haberse hecho con un gran número de ellos como resultado de haber absorbido a los ejércitos de Publio Vatinio, Cayo Antonio, Quinto Cecilio Baso, Lucio Estayo Murco, Quinto Marcio Crispo y Aulo Alieno, no se fiaban de su lealtad y temían que se pasaran de un momento a otro al lado de Octaviano³⁹⁴⁰—.

Dicho esto, ¿manifestaron todas las unidades del ejército romano el mismo grado de cohesión y camaradería que podemos observar en los veteranos de César? ¿Fue ese sentimiento de identidad lo que les llevó a coordinarse en sus insurrecciones?

De la misma forma que sería un error extrapolar el comportamiento subversivo de los “fimbrianos” a todo el ejército tardorrepblicano, no podemos extender el sentido de pertenencia y solidaridad de los veteranos de César a todas las unidades reclutadas al final de la República. De hecho, si nos fijamos en los principales elementos que sirvieron de aglutinante a las tropas durante el transcurso de sus insurrecciones, nos percatamos de que elementos como el *esprit de corps*, la veteranía de los soldados o la pertenencia a un determinado bando o facción, aunque presentes en varios de los episodios examinados, no fueron los principales estímulos detrás de la unión de los soldados. En su lugar, la esperanza de obtener un importante botín de guerra, el miedo a perder todas las recompensas y bonificaciones prometidas, el deseo de abandonar el servicio militar y de regresar al hogar, el miedo a morir durante la batalla, el resentimiento o el odio hacia un determinado comandante, el deseo de congraciarse con el Senado y esquivar así su persecución, el sentimiento de venganza, y el desánimo o el descontento hacia una determinada campaña o causa, entre otros, fueron algunos de los aglutinantes que más veces se repitieron.

³⁹³⁵ Caes. Civ. 2.44.1-2; B.Afr. 82.2-3, 84, 85.5-9; App. BC 2.46.

³⁹³⁶ Plu. Brut. 45.3.

³⁹³⁷ App. BC 2.120.

³⁹³⁸ App. BC 2.133.

³⁹³⁹ Cic. Att. 2.418.16.8.1, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; Fam. 364.10.28.3; Liv. 117; Vell. 2.61.2; Plu. Ant. 16.6; Brut. 22.3; Flor. Epit. 2.15.4; Suet. Aug. 10.3; App. BC 3.31, 40, 42; D.C. 45.12.2-3, 6.

³⁹⁴⁰ App. BC 4.89, 98, 124.

Esto no significa que el ejército romano no fuera capaz de construir un espíritu de cuerpo propio y definido, sino que dicho *esprit de corps* ni fue el responsable de su indisciplina ni hizo que los soldados operasen al margen de las instituciones romanas. Es más, si bien es cierto que el vínculo que establecieron algunas unidades facilitó su organización y cooperación, y las hizo más eficaces a la hora de expresar sus reivindicaciones, la lucha de cada unidad fue individual y, salvo en muy raras ocasiones —como, por ejemplo, cuando los veteranos de César expusieron su deseo de vengar la muerte de su general o cuando los veteranos de Marco Antonio y Octaviano se levantaron y exigieron su lote de tierras y se movilizaron para evitar el enfrentamiento entre los dos triunviros—, nunca se extendió al resto de unidades y legiones del ejército.

Es decir, la lucha del soldado tardorrepblicano fue una lucha personal, que rara vez sobrepasó los límites de su unidad y que no se puede ampliar al resto del ejército romano en su conjunto. Si una legión (o un conjunto de ellas) se amotinaba, por ejemplo, en Italia y exigía su licenciamiento, ni se rebelaba por todas las unidades que se encontraban en su misma situación ni peleaba para que el resto de legiones disfrutaran de su éxito, sino que se levantaba por y para ella. De ahí que, desde un punto de vista disciplinario, sea un error tratar al ejército romano como un colectivo aparte de la sociedad romana, ya que, aunque sus miembros pudieron compartir unos intereses y preocupaciones comunes, su lucha fue particular, y no colectiva.

Es, precisamente, esa falta de conexión entre sus miembros lo que hizo que, desde nuestro punto de vista, el ejército romano no fuera una verdadera amenaza para la integridad de las instituciones romanas, y lo que hizo que los soldados, pese a su capacidad para movilizarse, su gran número y su experiencia bélica, fueran incapaces de ofrecer (si es que alguna vez se lo propusieron) una alternativa política al régimen republicano.

Descartado el carácter revolucionario del ejército romano y el espíritu sedicioso y antipatriota de los soldados, ¿qué consecuencias trajo la indisciplina de las tropas en el mantenimiento del orden público? ¿Ayudó su desobediencia al desmantelamiento de la República?

Desde un punto de vista militar, y en un contexto de guerra externa, la indisciplina contribuyó, por un lado, a la derrota romana, a que la guerra se extendiera más allá de lo esperado y a que la posición de Roma se debilitara en la región —tal y como sucedió al inicio de la guerra de Jugurta, cuando la corrupción en la que cayó el ejército romano (comandantes y oficiales incluidos), durante los mandos de Lucio Calpurnio Bestia y Aulo Postumio Albino, dio ventaja a Jugurta en la guerra³⁹⁴¹; en la tercera guerra mitridática, cuando la falta de disciplina de las tropas (junto a la injerencia de Clodio y del propio Senado) impidió que Lucio Licinio Lúculo derrotara definitivamente a Mitrídates y Tigranes³⁹⁴²; y en la campaña contra los partos de Marco Licinio Craso, cuando las deserciones y las presiones de los soldados socavaron, todavía más, la frágil

³⁹⁴¹ Sal. *Jug.* 29, 32.2-4, 36.4, 37.3-4, 38-39.5, 40; Flor. *Epit.* 1.36.7, 9; Eutr. 4.26.1-2; Oros. 5.15.4, 6.

³⁹⁴² Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

autoridad del general romano y rompieron la cohesión táctica y social del ejército³⁹⁴³—; y, por el otro, a la creación y/o concesión de nuevos mandos militares (muchos de ellos extraordinarios), y a que nuevos y ambiciosos generales acabaran reuniendo un poder desmesurado —tal y como ocurrió, en 66 a. C., cuando se le concedió a Cneo Pompeyo Magno el mando de la guerra en Oriente³⁹⁴⁴—.

Por el contrario, en un contexto de enfrentamiento interno, la insurrección del ejército no tuvo consecuencias particularmente graves para el Estado romano, afectando, principalmente, a las opciones de victoria de la facción aquejada por la indisciplina del ejército. A tal efecto, identificamos dos tipos de reacciones distintas. Por una parte, una suerte de “efecto dominó”, especialmente visible en los casos de desertiones y cambios de bando; y, por la otra, la pérdida de la ventaja táctica de la facción afectada por la indisciplina de los soldados.

Mientras que el primer fenómeno lo podemos apreciar cada vez que las tropas se levantaron como consecuencia de una insurrección anterior, provocando con su respuesta una reacción en cadena y que nuevos efectivos se sublevaran ante la noticia de que parte del ejército se había amotinado recientemente —algo que tuvo lugar, por un lado, en el transcurso de la guerra de los aliados y a lo largo de las dos primeras guerras civiles, cuando muchas de las desertiones habidas en uno y otro bando fueron el resultado de una defección anterior, y cuando muchos de los cambios de bando fueron la causa de una defección posterior³⁹⁴⁵; y, por el otro, en torno a los grandes movimientos de tropas que se produjeron al finalizar las batallas de Farsalia, Tapso, Munda, Filipos y Accio, fundamentalmente, cuando soldados y oficiales del bando perdedor buscaron refugio en el bando ganador—; el segundo fenómeno lo observamos en cada una de las situaciones en las que la insurrección del ejército dejó en una posición de franca inferioridad táctica y/o numérica a la facción que, antes del levantamiento de sus hombres, gozaba de una clara ventaja —tal y como sucedió, por ejemplo, a raíz del asesinato de Lucio Cornelio Cinna, del cambio de bando del ejército de Lucio Cornelio Escipión Asiático, de las desertiones de parte de los efectivos de Cayo Mario el Joven, Cayo Marcio Censorino, Cneo Papirio Carbón y Cayo Norbano Balbo, y de la desertión de los lucanos de Publio Albinovano y de la posterior traición de este último, cuando el bando silano tomó la delantera en la guerra, pese haber empezado la campaña desde una posición de desventaja³⁹⁴⁶; o cuando Cneo Pompeyo Magno, en 48 a. C., y Marco Junio Bruto, en 42 a. C., cedieron a la presión de sus

³⁹⁴³ Cic. *Div.* 1.29-30; 2.22, 84; Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4.

³⁹⁴⁴ Liv. 100; Vell. 2.33.1-2; Plu. *Pomp.* 30; Oros. 6.4.6.

³⁹⁴⁵ Esta circunstancia, no sólo se dio en el ejército romano, sino que, también, afectó a muchas de las poblaciones locales situadas cerca de las zonas de conflicto, tal y como sucedió, en 49 a. C., cuando muchas ciudades italianas abandonaron el bando pompeyano y se pasaron al lado de César cuando este último avanzó sobre Roma (Caes. *Civ.* 1.12.2, 13.4, 15.3, 16.1, 18.2-4, 24.3).

³⁹⁴⁶ Liv. 83, 85; Vell. 2.24.5, 25.2; Plu. *Sull.* 28; *Pomp.* 5.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.76-78, 85, 87, 90-91; Eutr. 5.7.4; Oros. 5.19.24.

hombres y se vieron obligados a luchar, en Farsalia y Filipos, respectivamente, aunque eso significaba perder su ventaja táctica³⁹⁴⁷ —.

Desde un punto de vista socioeconómico, fueron más importantes las consecuencias derivadas de cumplir con la palabra dada y satisfacer las promesas de dinero y tierra hechas a los soldados, que la propia indisciplina del ejército. Pese a que, al final de la República, mejoró sustancialmente la paga de los soldados, e, incluso, se llegó a doblar el sueldo de las legiones³⁹⁴⁸, ni la soldada ni las condiciones económicas de las tropas fueron, especialmente, boyantes, tal y como se ha visto en el caso de los veteranos de Sila y César, quienes a la muerte de sus correspondientes comandantes se encontraron en una situación muy delicada. Esta circunstancia, junto a la necesidad de conservar la lealtad del ejército y de premiar la participación de las tropas en la guerra, llevó a los principales *imperatores* de la época a prometer a sus hombres toda clase de dádivas y bonificaciones económicas con tal de, por un lado, arengar y estimular el valor de los soldados, y, por el otro, mantener la fidelidad del ejército y evitar su defección³⁹⁴⁹.

Lo que, en un primer momento, no suponía ninguna novedad, habida cuenta de que, tal y como vimos en el capítulo anterior, la concesión de recompensas, honores y privilegios era una práctica común y perfectamente establecida en la tradición militar romana, así como una forma con la que controlar y cohesionar al ejército³⁹⁵⁰, en un contexto de guerra interna se acabó convirtiendo en una suerte de subasta pública en la que comprar tanto el afecto de los propios soldados como la lealtad de las tropas enemigas. Lo vimos, en 44 a. C., cuando los soldados de Marco Antonio, al corriente de lo que Octaviano había ofrecido a los veteranos de César y de lo que les estaba dispuesto a pagar a ellos mismos, no sólo despreciaron las cien dracmas con las que su general intentó calmar su enfado, sino que, además, se burlaron de él y esperaron a que mejorara su oferta. Aunque, en este caso, Marco Antonio respondió al descaro de sus hombres con la fuerza y aplicó una *decimatio* atenuada, meses después, una vez que perdió el favor de la *Martia* y la *III* y temió que el resto de sus fuerzas también le abandonaran, repartió quinientas dracmas a cada hombre, para de esa forma igual los sobornos de Octaviano³⁹⁵¹.

La frecuencia con la que se recurrió a sobornos y promesas de todo tipo con vistas a impedir la desertión del ejército y que el bando rival sacara ventaja en la guerra, hizo que, con el paso del tiempo, la mayoría de los generales del periodo se terminaran

³⁹⁴⁷ Caes. *Civ.* 3.94-95, 99.4, 107.1; *B.Alex.* 9.3; Luc. 45-150; Plu. *Caes.* 40-41.1-5, 42.1-3, 45, 46.4; *Pomp.* 66-72; *Brut.* 38-52; Flor. *Epit.* 2.13.43; App. *BC* 2.66-69, 71-72, 74; 4.108-114, 117-135; Polyæn. 8.23.14; D.C. 47.36-49.

³⁹⁴⁸ Suet. *Jul.* 26.3.

³⁹⁴⁹ Caes. *Gal.* 3.26; 5.40, 58; 7.27; Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Sal. *Jug.* 54.1, 6, 92.2; Liv. 120; Plu. *Luc.* 37.6; *Caes.* 55.4; *Pomp.* 45.4; *Ant.* 6.6, 23.1, 51.4, 74.6; *Brut.* 31.6, 39.1-2, 44.3-4; Suet. *Jul.* 38.1; *Aug.* 10.3, 25; App. *BC* 1.96, 100, 104; 2.29-30, 61, 102; 3.43-45, 48, 65, 94; 4.20, 89-90, 94, 96, 99-101, 118, 120, 126; 5.3-6, 108, 127; *Mith.* 32, 51, 116; Polyæn. 8.24.5; D.C. 40.19.1-2; 43.21.3; 46.46.5-6, 47.1; 47.11.1-2, 42.5; 48.2.2-3, 30.2; 49.7.6, 31.4; 50.28.2; 51.3.4, 17.7, 21.2-3.

³⁹⁵⁰ *Vid. supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 3.2. Mecanismos para controlar, cohesionar y reprimir a las tropas: del *sacramentum militiae* al castigo físico.

³⁹⁵¹ Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. *BC* 3.31-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

“hipotecando” con respecto a sus tropas y que no fueran capaces de hacer frente, en tiempo y forma, a todas las “deudas” que habían contraído con sus hombres. Esta situación originó nuevos conflictos, que los soldados se levantara en más de una ocasión y que los problemas del ejército acabaran afectando a la población civil de Italia, como así ocurrió, por ejemplo, con motivo de los repartos de tierra.

Aunque no todos los comandantes romanos tuvieron ni la oportunidad ni la capacidad ni los recursos ni los apoyos necesarios para premiar a sus tropas con un lote de tierra, al final de la República esta práctica se hizo cada vez más popular e *imperatores* como Sila, César, Octaviano y Marco Antonio, entre otros, se respaldaron en ella con el fin de, por un lado, recompensar a sus hombres, y, por el otro, establecer a sus veteranos en puntos clave de la península itálica desde los cuales controlar sus intereses. La manera en la que se llevaron a cabo la mayoría de estos asentamientos, a través de proscripciones, confiscaciones, colonizaciones y/o nuevas fundaciones, provocó tanto el malestar como el rechazo de las comunidades afectadas y de los propietarios de las tierras incluidas en los repartos, al considerar que, no sólo no se estaban respetando sus derechos, sino que, además, se les estaba tratando con desprecio y como moneda de cambio con la que contentar al ejército³⁹⁵².

Esta circunstancia, además de generar numerosos disturbios y de debilitar las bases socioeconómicas de Italia, fue el caldo de cultivo de un nuevo enfrentamiento civil, tal y como vimos, en 41-40 a. C., cuando media Italia se levantó contra el Triunvirato y Lucio Antonio se enfrentó a Octaviano, y el origen de muchos de los estereotipos con los que se caracterizó al soldado romano tardorrepblicano, quien, por lo demás, se mostró particularmente violento en aquellos años³⁹⁵³.

La existencia de episodios como el anterior, en el que la actitud de las tropas indujo a la lucha armada —por mucho que estas últimas se movilizaran en favor de la paz y se esforzaran por mediar entre sus respectivos líderes político-militares³⁹⁵⁴—, nos hace pensar que, desde un punto de vista político, el ejército pudo promover con su indisciplina algunos de los principales cambios políticos del periodo. A este respecto, hemos detectado ocho insurrecciones en las que, aparentemente, los soldados pudieron inducir y/o precipitar un cambio político en la capital.

Los dos primeros acontecimientos tuvieron lugar, en 88 y 87 a. C., cuando los soldados apoyaron a Lucio Cornelio Sila y a Lucio Cornelio Cinna en sus respectivas marchas sobre Roma. En vez de obedecer la voluntad del Senado, las legiones de Nola expulsaron violentamente a los tribunos militares enviados desde Roma con órdenes de hacerse cargo del ejército y se enfrentaron con los pretores enviados desde la capital para detener el avance de Sila, lo que permitió a este último hacerse con una enorme fuerza militar con la que conquistar la *Vrbs* sin apenas resistencia y hacerse con el

³⁹⁵² Cic. *Fam.* 401.11.20.3; 411.11.21.2, 5; 423.10.22; 428.10.24.2; Liv. 89, 125; Vell. 2.61.2; Plu. *Caes.* 51.2, 57.8; *Pomp.* 47.5; *Ant.* 16.6; *Brut.* 22.3, 46.1-2; Flor. *Epit.* 2.15.4, 16.1; Suet. *Aug.* 10.3, 13.3; App. *BC* 1.96, 100, 104; 2.119, 125, 133, 135, 140-141; 3.2, 7, 12, 28, 31, 39-40; 4.3, 25, 85, 118; 5.12-13, 16, 22; D.C. 36.50.3; 37.49.2, 50; 38.5.1-2; 45.12.2-4, 38.2-4; 47.14.4; 48.6.1-2; 49.34.3-4; 51.4.5-6.

³⁹⁵³ Liv. 125; Vell. 2.74.1-3; *Brut. Ant.* 23.1; Flor. *Epit.* 2.16.2; Suet. *Aug.* 14; App. *BC* 5.3-6, 12-19, 22, 25-27, 85; D.C. 48.2.2-3, 5.4, 6.1-5, 7.4-5, 8.1-3, 9.2-5, 10.1, 11.4, 12.3-4, 29.3.

³⁹⁵⁴ App. *BC* 5.20-21, 23; D.C. 48.10.2, 11.1-4, 12.1-3.

control del Estado romano³⁹⁵⁵. Un año después, Cinna copió el mismo *modus operandi* de su rival, se hizo con el favor de los hombres de Apio Claudio Pulcro y marchó sin oposición sobre Roma, haciéndose, igualmente, con el control de las instituciones romanas³⁹⁵⁶.

La siguiente insurrección (o conjunto de ellas) nos lleva, directamente, a Oriente y al ejército de Lucio Licinio Lúculo. La indisciplina de los “fimbrianos”, esencialmente, junto a la injerencia de la capital y la dilación con la que Lúculo estaba dirigiendo la campaña, llevaron a las autoridades políticas romanas pertinentes a destituir al general romano y a otorgar a Cneo Pompeyo Magno un mando extraordinario con el que acabar, de una vez por todas, con la guerra contra Mitrídates³⁹⁵⁷. El posterior éxito militar de Pompeyo y la resistencia de sus rivales políticos a aprobar su petición de que sus veteranos fueran recompensados debidamente, llevó al comandante romano a unirse a César y a Marco Licinio Craso; a que César fuera elegido cónsul, en 59 a. C., a que Pompeyo y Craso repitieran en el consulado, en 55 a. C., y a que, finalmente, Pompeyo fuera designado *consul sine collega*, en 52 a. C.; a la concesión y extensión de nuevos mandos militares; y a que, en los años siguientes, la política romana estuviera bajo la influencia de alguno de estos tres personajes³⁹⁵⁸.

Justo en la misma época, en 53 a. C., encontramos el siguiente punto de inflexión. El fracaso de la expedición de Marco Licinio Craso y la dolorosa derrota de Carras, hicieron que las tropas perdieran la fe en su comandante, que parte de su ejército (oficiales incluidos) desertara y abandonara la campaña, y que los últimos soldados presionaran a su general para que llegara a un entendimiento con los partos. Forzado por las circunstancias, Craso aceptó y se entrevistó con Surena. El resto es historia. Marco Licinio Craso fue asesinado; la mayoría de sus hombres, o bien murieron, o bien fueron esclavizados; y la muerte del líder romano, junto al reciente fallecimiento de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, hizo que la alianza entre estos dos últimos se debilitase y que la política romana se polarizase³⁹⁵⁹.

Para comentar los dos siguientes cambios políticos debemos situarnos esta vez, en 43 a. C. En plena guerra entre cesarianos y cesaricidas, dos insurrecciones favorecieron la creación del Triunvirato y otra la designación de Octaviano como cónsul de Roma. Mientras que el cambio de bando de las legiones de Marco Emilio Lépido permitió a Marco Antonio recuperar su antiguo poder y precipitó el acercamiento de Cayo Asinio Polión y Lucio Munacio Planco, así como un cambio de actitud en Octaviano³⁹⁶⁰; y la

³⁹⁵⁵ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. *Mar.* 34.1; 35.5-8; *Sull.* 8.1-2, 4; 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. *BC* 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

³⁹⁵⁶ Liv. 83; Vell. 2.24.5; Plu. *Pomp.* 5.1-3; App. *BC* 1.76-78; Oros. 5.19.24.

³⁹⁵⁷ Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

³⁹⁵⁸ Cic. *Att.* 8.3.3; *Prov.* 36; Liv. 105, 107; Vell. 2.46.2, 47.3, 48.1; Plu. *Caes.* 14.6-7, 10, 15.7, 21.4-6, 28.4, 7-8; *Pomp.* 47.5, 48.1-2, 4, 52.4, 53.3, 54.8; Suet. *Jul.* 22.1, 24.1, 26.1; App. *BC* 2.10-11, 13, 17-20, 23; D.C. 37.49.2, 50; 38.1-2, 5.1-2, 6.3-5, 8.5, 41.4; 39.32.2, 33.2-3, 35.5; 40.48.3-50, 58.1; Oros. 6.7.1.

³⁹⁵⁹ Cic. *Div.* 1.29-30; 2.22, 84; Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4.

³⁹⁶⁰ Cic. *Fam.* 371.10.8.3, 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 428.10.24.2, 368.10.31, 415.10.32.4-5, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; Liv. 119; Vell. 2.63, 64.1; Plu. *Ant.* 17-18; App. *BC* 3.83-84, 97; D.C. 46.50-51.

defección de la guarnición de Roma hizo posible que el futuro Augusto tomara la capital sin resistencia y que se hiciera con el consulado³⁹⁶¹; la deserción de las unidades de Décimo Junio Bruto Albino reforzó la posición del bando cesariano en Italia y benefició el encuentro de sus líderes en Bolonia, lo que a la postre dio lugar a la constitución del Triunvirato³⁹⁶².

Por último, el motín que sufrió Marco Emilio Lépido, en 36 a. C., y el posterior cambio de bando de sus tropas a favor de Octaviano, hizo que el primero fuera reducido a la condición de simple *privatus* y que el segundo se hiciera con un enorme ejército³⁹⁶³. Apartado Lépido del Triunvirato, la lucha política se polarizó, una vez más, en torno a Octaviano y Marco Antonio, precipitando el último enfrentamiento civil que presenció la República.

Ahora bien, ¿fueron, realmente, todos estos cambios políticos culpa de la indisciplina del ejército? Y, lo que es más importante, ¿son suficientes estos ejemplos para hablar de un ejército “revolucionario”?

La respuesta rápida y fácil a ambas cuestiones sería que sí. Que si no hubiera sido porque las tropas apoyaron a Sila y a Cinna, ninguno de ellos habría tenido capacidad militar suficiente para hacerse con el control de Roma; que si Lúculo no hubiera tenido que lidiar con el descontento de su ejército, no habría tenido ningún problema en derrotar a Mitrídates y a Tigranes, no habría hecho falta llamar a Pompeyo, y no habría tenido lugar, por tanto, el acercamiento entre este, César y Marco Licinio Craso; que si los soldados no hubieran presionado a Craso, este no se habría visto obligado a entrevistarse con Surena, no habría sido asesinado por los partos y no habría dejado en manos de César y Pompeyo el destino de Roma; que si Lépido no hubiera perdido el favor de sus hombres, Marco Antonio no se habría recuperado y no habría habido el encuentro entre ambos y Octaviano; que si la guarnición de Roma hubiera defendido la ciudad y se hubiera enfrentado a Octaviano, este, o bien habría sido derrotado, o bien habría sido retrasado hasta que algún otro ejército hubiera auxiliado a la capital; que si Décimo Junio Bruto Albino no hubiera sufrido la defección de sus legiones, se podría haber unido a Marco Junio Bruto y los cesaricidas no habrían perdido su influencia sobre Italia; y que si las tropas de Marco Emilio Lépido no se hubieran amotinado y no se hubieran pasado al lado de Octaviano, este no habría concentrado tanto poder como para desafiar a Marco Antonio.

Sin embargo, ni hemos buscado en ningún momento de nuestra investigación la respuesta más rápida ni nos hemos contentado nunca con la solución más simple. Pues, por mucho que las pruebas apunten a que la desobediencia de los soldados fue lo que precipitó los acontecimientos y lo que llevó a Roma al enfrentamiento interno, no estamos en disposición de negar la posibilidad de que todos estos hitos hubieran tenido lugar igualmente, aunque el ejército se hubiera comportado de una forma muy diferente.

³⁹⁶¹ Liv. 119-120; Plu. *Brut.* 27.1, 3; App. *BC* 3.88-95; D.C. 46.43.6-49; Eutr. 7.2.1.

³⁹⁶² Liv. 120; Vell. 2.64.1, 65.1-2; Plu. *Ant.* 19.1-2; *Brut.* 27.6; Suet. *Aug.* 13.1; App. *BC* 3.97-98; 4.2-3; D.C. 46.53-56.

³⁹⁶³ Liv. 129; Vell. 2.80; Plu. *Ant.* 55.3; Suet. *Aug.* 16.4; App. *BC* 5.122-127; D.C. 49.11.2-4, 12.1-4; Oros. 6.18.30-32.

Que la indisciplina de las tropas fuera el detonante de la reacción en cadena que dio lugar a todos estos cambios políticos no hace al ejército culpable de la fractura social y política en la que se hallaba la República, y no hace, por consiguiente, al ejército tardorrepblicano un ejército “revolucionario”. Y es que, si nos fijamos en cada uno de los episodios destacados, en todos ellos la cohesión interna ya se había roto con anterioridad a la insurrección de los soldados. Mientras que las acciones de Sila y Cinna tuvieron lugar en un ambiente de lucha interna y violencia en las calles; y la desobediencia del ejército de Lúculo contó, en su etapa final, con el apoyo de los enemigos políticos que el general romano tenía en la capital; el asesinato de Craso tuvo lugar en un momento en el que la lucha política había degenerado en violencia explícita; los cambios de bando de las legiones de Marco Emilio Lépido y Décimo Junio Bruto Albino, junto a la defección de la guarnición de Roma, tuvieron lugar en un marco de guerra civil, cuando las propias instituciones romanas llamaron a la indisciplina de las tropas cesarianas; y el motín de los soldados de Lépido tuvo lugar justo al final de la guerra contra Sexto Pompeyo, en un momento en el que, además, la relación entre Octaviano y Marco Antonio, aunque todavía no se había roto, era muy tensa.

Concluida nuestra reflexión acerca de si, desde un punto de vista disciplinario, podemos seguir dando por válidas las críticas con las que, tradicionalmente, se ha caracterizado al soldado romano tardorrepblicano, sólo nos quedaría examinar los medios con los que las autoridades políticas y militares romanas combatieron la indisciplina de las tropas, y valorar si su respuesta se ajustó o no a lo establecido por la tradición.

La ausencia de una obra legislativa con la que regular la vida en el ejército y resolver los problemas de disciplina de las tropas, llevó a los mandos militares romanos a servirse, tal y como adelantamos en el capítulo anterior y veremos a continuación, de todos los mecanismos implementados a lo largo de la República para garantizar el control y la cohesión de los soldados.

Antes de entrar en detalle, debemos señalar que, salvo excepciones en las que el comandante romano de turno no contó con ningún apoyo, la tarea de guardar la disciplina militar y combatir la indisciplina del ejército no recayó, en exclusiva, en los magistrados *cum imperio*, pudiendo contar estos, o bien con la asistencia de sus centuriones y tribunos militares, así como de otros oficiales del ejército y miembros de su *consilium* —tal y como ocurrió, por ejemplo, en 58 a. C., cuando César encargó a sus tribunos y centuriones que mantuvieran unido al ejército y refrenaran el miedo de los soldados³⁹⁶⁴; en 49 a. C., cuando, una vez más, César puso a los hombres de Lucio Domicio Ahenobarbo bajo la vigilancia de centuriones de su confianza³⁹⁶⁵, y, meses después, se apoyó en los oficiales de la *legio VIII*, la mayoría de ellos centuriones, para identificar a los principales responsables del motín que dicha legión había organizado en *Placentia*³⁹⁶⁶; en 44 a. C., cuando Marco Antonio fue, convenientemente, informado por

³⁹⁶⁴ Caes. *Gal.* 1.40.

³⁹⁶⁵ Vell. 2.50.1. Y como volvió a hacer, en 45 a. C., con los pompeyanos que sobrevivieron a la batalla de Munda y tiempo después se rindieron a César cuando este sitiaba la ciudad homónima (Caes. *B.Hisp.* 36.4-5).

³⁹⁶⁶ App. *BC* 2.47.

sus tribunos militares del carácter subversivo de sus hombres³⁹⁶⁷; en 43 a. C., cuando los oficiales de Lépido, entre los que destacamos sus tribunos militares y su lugarteniente Marco Juvencio Laterense, intentaron impedir por todos los medios que los soldados confraternizaran con las tropas de Marco Antonio, y que este último se hiciera con el favor del ejército³⁹⁶⁸; en 36 a. C., cuando el cuestor Marco Ticio reprochó a Flavio Galo su actitud temeraria y ayudó a Marco Antonio a devolverle a su puesto³⁹⁶⁹; y, en 31-30 a. C., cuando Octaviano contó con la ayuda de sus oficiales, así como de Marco Vipsanio Agripa y Cayo Mecenas, para calmar la revuelta de su ejército³⁹⁷⁰—; o bien con el respaldo de soldados y unidades de su confianza —tal y como sucedió, por ejemplo, en 75 a. C., cuando Cayo Escribonio Curión se sirvió del resto de su ejército para desbaratar y reprimir el motín de una de sus legiones³⁹⁷¹; en 66 a. C., cuando una parte de las tropas de Lúculo intercedió por él y logró calmar, durante un tiempo, la insurrección de los “fimbrianos”³⁹⁷²; en 39 a. C., cuando Cneo Domicio Calvino se apoyó en sus hombres para castigar a los soldados que habían huido del enemigo³⁹⁷³; y, en 35 a. C., cuando Octaviano hizo lo propio e, igualmente, buscó el respaldo de sus tropas para castigar a los soldados rebeldes³⁹⁷⁴—.

Una vez confirmada la lealtad de los oficiales y soldados de mayor confianza, se podía aplicar medidas de prevención, tal y como hizo Lucio Licinio Lúculo nada más hacerse cargo de los “fimbrianos”³⁹⁷⁵, o se podía ejercitar a las tropas en toda clase de tareas de entrenamiento y formación, así como eliminar del ejército todo lo que fuera superfluo e innecesario, tal y como hicieron Quinto Cecilio Metelo Numídico³⁹⁷⁶ y Cayo Mario³⁹⁷⁷, cuando el primero se hizo con el mando de la guerra de Jugurta y cuando el segundo sustituyó al primero en la misma guerra y, años después, intervino en la guerra contra cimbrios y teutones.

No obstante, no todos los generales del periodo entendieron la disciplina de la misma forma y, de igual modo que vimos en el capítulo anterior, cuando hablamos de los *exempla* del pasado y de cómo determinados *imperatores* se distinguieron por su agresividad a la hora de aplicar los castigos y cómo hubo quienes se destacaron por combatir la indisciplina desde la instrucción y la práctica³⁹⁷⁸, hubo al final de la República quienes se diferenciaron por su arrogancia y/o exceso de disciplina, tal y como les sucedió a Lucio Porcio Catón³⁹⁷⁹, Aulo Postumio Albino³⁹⁸⁰, Cayo Papirio

³⁹⁶⁷ App. BC 3.43.

³⁹⁶⁸ Cic. Fam. 391.10.21.3; Vell. 2.63.2; App. BC 3.83-84; D.C. 46.51.3-4.

³⁹⁶⁹ Plu. Ant. 42.4-5.

³⁹⁷⁰ D.C. 51.3.4-5.

³⁹⁷¹ Fron. Str. 4.1.43.

³⁹⁷² Plu. Luc. 35.5-6.

³⁹⁷³ D.C. 48.42.2.

³⁹⁷⁴ D.C. 49.34.4.

³⁹⁷⁵ Plu. Luc. 7.3.

³⁹⁷⁶ Sal. Jug. 43-45, 54.1, 6, 55.4, 68.3, 69.2; V. Max. 2.7.2; Fron. Str. 4.1.2; Flor. Epit. 1.36.10-12; Vegetius *Epitoma Rei Militaris* 3.10; Eutr. 4.27.1; Oros. 5.15.7.

³⁹⁷⁷ Sal. Jug. 84.5-85, 87.1, 92.2, 100.3-5; Plu. Mar. 7.3-6, 13.1, 14.1-3, 16.3; Polyaen. 8.10.1.

³⁹⁷⁸ Vid. *supra*, en el Capítulo II – *Disciplina militaris*: ¿en qué consistió la disciplina militar?, el apartado 2.3. *Exempla virtutis*: el pasado como referente y punto de encuentro.

³⁹⁷⁹ D.C. 30-35, fr. 100.

³⁹⁸⁰ Oros. 5.18.22.

Carbón³⁹⁸¹, Lucio Licinio Lúculo³⁹⁸², Quinto Sertorio³⁹⁸³, Marco Licinio Craso³⁹⁸⁴, Sexto Julio César³⁹⁸⁵, Marco Antonio³⁹⁸⁶ y Cneo Domicio Calvino³⁹⁸⁷.

Aunque, de acuerdo con el pensamiento clásico romano, la severidad no tenía por qué ser una cualidad necesariamente negativa en un general romano, siendo, incluso, bien ponderada, en la medida en que se creía que era la manera “natural” de ejercer la disciplina militar en el ejército, ni la arrogancia ni la rigurosidad fueron los dos rasgos mejor valorados por los soldados. El mejor ejemplo de esto último nos lo proporcionan Lucio Licinio Lúculo y Marco Antonio. Pese a que ambos comandantes fueron criticados por su dureza, Lúculo, a diferencia de Marco Antonio, quien supo adaptarse mucho mejor a las circunstancias que le rodearon, fue incapaz de corregir su actitud y granjearse el aprecio de sus hombres, mostrándose, por el contrario, inflexible y arrogante durante todo el tiempo que duró su mando³⁹⁸⁸. Así las cosas, mientras que Lúculo se ganó el rechazo de sus hombres y la animadversión del ejército, Marco Antonio logró hacerse con el respeto y la admiración de sus soldados, al mostrarse ante ellos como uno más y al empatizar con su situación y compadecerse de sus desgracias, tal y como vimos durante su expedición contra los partos³⁹⁸⁹.

Sea como fuere, ningún líder militar romano, independientemente de sus aptitudes o de la dignidad de su mando, estuvo exento de sufrir la indisciplina de su ejército; ni siquiera César, todo un dictador y cónsul de Roma, y uno de los generales que mejor comprendió que, para dirigir al ejército, era tan importante la disciplina militar como la generosidad y la condescendencia³⁹⁹⁰.

Rota la *disciplina militaris* era el momento de intervenir y recuperar el control del ejército. En este sentido, hemos visto cómo, si la insurrección estaba en su primera fase y la situación todavía no se había descontrolado del todo, se podía, o bien recordar a las tropas rebeldes su juramento militar y sus deberes como ciudadanos y soldados romanos, tal y como hicieron César, en 58 y 49 a. C.³⁹⁹¹, y Octaviano, en 36 a. C.³⁹⁹²; o bien amenazar a los soldados con aplicar la “ley militar”, que no era otra cosa que advertir a las tropas de que podían ser castigadas si no cesaban en sus protestas³⁹⁹³.

Si esta primera medida no surtía efecto, se podía reunir al *consilium*, tal y como hicieron César y Cayo Escribonio Curión, en 58 y 49 a. C., respectivamente³⁹⁹⁴, o se

³⁹⁸¹ V. Max. 9.7.3.

³⁹⁸² Plu. *Luc.* 7.3, 15.7, 33.2-5; D.C. 36.16.2.

³⁹⁸³ En cuanto a la etapa final de su vida (Liv. 92, 96; Plu. *Sert.* 10.5-7, 25.6; App. *BC* 1.109, 112-113).

³⁹⁸⁴ Con respecto a la *decimatio* que ordenó aplicar durante su lucha contra Espartaco, en 71 a. C. (Plu. *Crass.* 10.4; App. *BC* 1.118).

³⁹⁸⁵ Según la versión de Apiano (*BC* 3.77; 4.58).

³⁹⁸⁶ Como consecuencia de su *decimatio* atenuada, en 44 a. C. (Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Liv. 117; App. *BC* 3.43; D.C. 45.13.2).

³⁹⁸⁷ Quien, a diferencia de todos los ejemplos anteriores, fue el único que, gracias a su exceso de celo, recibió el reconocimiento de las fuentes clásicas, al considerarlo un *exemplum* de cómo se debía restituir en el ejército la antigua disciplina militar romana (Vell. 2.78.3; D.C. 48.42.2-3).

³⁹⁸⁸ Plu. *Luc.* 7.3, 15.7, 33.2-5; D.C. 36.16.2.

³⁹⁸⁹ Plu. *Ant.* 43.1-2, 5-6.

³⁹⁹⁰ Suet. *Jul.* 67; Polyaen. 8.23.22; D.C. 41.27.1-2, 28.1, 33.2. 55.3.

³⁹⁹¹ Caes. *Gal.* 1.40; App. *BC* 2.47; D.C. 38.37.3-4.

³⁹⁹² Vell. 2.81.1; App. *BC* 5.128.

³⁹⁹³ Vell. 2.81.1; App. *BC* 5.128.

³⁹⁹⁴ Caes. *Gal.* 1.40; *Civ.* 2.30-31; Liv. 104; Fron. *Str.* 1.11.3, 4.5.11; Plu. *Caes.* 19.3; D.C. 38.37.2.

podía convocar al ejército a una *contio*, tal y como hicieron Cayo Flavio Fimbria, en 85 a. C.³⁹⁹⁵, Lucio Cornelio Cinna, en 84 a. C.³⁹⁹⁶, Marco Licinio Craso, en 53 a. C.³⁹⁹⁷, Lucio Domicio Ahenobarbo, en 49 a. C.³⁹⁹⁸, Marco Petreyo, en 49 a. C.³⁹⁹⁹, Cayo Escribonio Curión, en 49 a. C.⁴⁰⁰⁰, César, en 49 a. C.⁴⁰⁰¹, Quinto Casio Longino, en 48/47 a. C.⁴⁰⁰², Marco Antonio, en 44 a. C.⁴⁰⁰³, y Marco Emilio Lépido, en 43 a. C.⁴⁰⁰⁴, y como, seguramente, hicieron Lucio Porcio Catón y Aulo Postumio Albino, en 89 a. C.⁴⁰⁰⁵, y Cneo Pompeyo Magno, en 80 a. C.⁴⁰⁰⁶

Convocada la *contio* —la cual, por otra parte, también se podía establecer *a posteriori*, una vez que la indisciplina ya había tenido lugar y sólo quedaba reprender la actitud levantisca del ejército, tal y como hicieron César, en 52 y 48 a. C.⁴⁰⁰⁷, y Marco Junio Bruto, en 42 a. C.⁴⁰⁰⁸, cuando reunieron a sus hombres después de la batalla y les recriminaron su mal comportamiento—, el *imperator* podía exhortar, amonestar, castigar o recompensar a sus tropas, dependiendo de la conducta que estas hubieran manifestado y del estado de ánimo del ejército.

Ante todo, se buscaba evitar que el malestar de los soldados fuera a más y terminara desembocando en una insurrección abierta⁴⁰⁰⁹, de ahí que muchos comandantes romanos, como César u Octaviano, prefirieran retener la lealtad de sus hombres a base de futuras recompensas, que hacer uso de la fuerza; sobre todo si los problemas de indisciplina tenían lugar en un contexto de enfrentamiento interno y corrían el riesgo de perder la voluntad del ejército, tal y como le ocurrió a Marco Antonio, en 44 a. C., cuando, poco después de haber aplicado una *decimatio* atenuada, perdió a dos de sus legiones⁴⁰¹⁰.

Junto a la promesa de honores y bonificaciones futuras, uno de los mecanismos más utilizados para restablecer la disciplina militar fue la administración de un *iusiurandum* con el que reforzar la adhesión del ejército y recordar a los soldados su antiguo *sacramentum militiae*. Este recurso lo usaron Cayo Flavio Fimbria, en 85 a. C.⁴⁰¹¹, Marco Petreyo, en 49 a. C.⁴⁰¹², Tito Labieno, en 48 a. C.⁴⁰¹³, y Marco Antonio,

³⁹⁹⁵ App. *Mith.* 59.

³⁹⁹⁶ App. *BC* 1.78.

³⁹⁹⁷ D.C. 40.19.1-2.

³⁹⁹⁸ Caes. *Civ.* 1.17.3; D.C. 41.11.1-2.

³⁹⁹⁹ Caes. *Civ.* 1.76.2.

⁴⁰⁰⁰ Caes. *Civ.* 2.32.

⁴⁰⁰¹ D.C. 41.26.2.

⁴⁰⁰² Caes. *B.Alex.* 57.6.

⁴⁰⁰³ App. *BC* 3.43-44. Cf. Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; Liv. 117; D.C. 45.13.2.

⁴⁰⁰⁴ Cic. *Fam.* 391.10.21.4; 368.10.31.4; 409.10.33.2.

⁴⁰⁰⁵ Liv. 75; V. Max. 9.8.3; Plu. *Sull.* 6.9; Polyæn. 8.9.1; D.C. 30-35, fr. 100; Oros. 5.18.22-23.

⁴⁰⁰⁶ Plu. *Pomp.* 13.3-4.

⁴⁰⁰⁷ Caes. *Gal.* 7.52; Caes. *Civ.* 3.73.2-6, 74.1. Cf. App. *BC* 2.63; Polyæn. 8.23.26.

⁴⁰⁰⁸ Plu. *Brut.* 46.1; App. *BC* 4.117-118.

⁴⁰⁰⁹ Tal y como les pasó a Lucio Porcio Catón, Aulo Postumio Albino y Lucio Cornelio Cinna, cuando el primero a punto estuvo de morir a manos de sus hombres y los otros dos fueron, directamente, asesinados por sus tropas (*vid. supra*).

⁴⁰¹⁰ Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. *BC* 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

⁴⁰¹¹ App. *Mith.* 59.

⁴⁰¹² Caes. *Civ.* 1.76.2-3.

⁴⁰¹³ Caes. *Civ.* 3.13.3-4.

en 44 a. C.⁴⁰¹⁴; e, incluso, lo emplearon también los propios soldados para limpiar su ignominia, tal y como sucedió tras la derrota de Dirraquio, en 48 a. C., cuando oficiales y soldados, «reuniéndose entre ellos, en orden militar, se tomaban los unos a los otros juramentos, por compañías, bajo la mirada de César, de que no retornarían del combate a no ser con la victoria»⁴⁰¹⁵.

Pese a todo, el alcance de este tipo de juramentos fue muy limitado, como lo fue también el efecto del propio *sacramentum militiae*, el cual, no sólo fue violado en numerosísimas ocasiones a lo largo del siglo I a. C., sino que, además, fue transgredido una y otra vez por las mismas tropas, tal y como se infiere de todos aquellos episodios de insurrección en los que participaron las mismas unidades.

La ineficacia del juramento militar obligó a poner en práctica toda clase de prevenciones y medidas con las que influir en la voluntad de los soldados y llamarlos al orden. Así, por ejemplo, mientras que, en 58 a. C., César distinguió a la X legión por encima del resto de unidades de su ejército y recurrió a la competencia entre legiones para alentar a sus tropas al combate⁴⁰¹⁶, y, en 47 a. C., apeló al espíritu de cuerpo de sus hombres y “licenció” simbólica y temporalmente a su ejército cuando llamó a sus soldados *Quirites* en lugar de *milites*⁴⁰¹⁷; en 43 a. C., Marco Emilio Lépido hizo sonar las trompetas en un intento desesperado por acallar a Marco Antonio y que su discurso no llegara a sus tropas⁴⁰¹⁸; en 43 a. C., Cayo Asinio Polión controló la correspondencia de sus soldados ante los intentos de Marco Antonio y Lépido de hacerse con sus hombres⁴⁰¹⁹; en 43 a. C., Marco Junio Bruto atacó a los besos, buscó la aclamación imperatoria de sus tropas, y acuñó moneda propia con el propósito de consolidar la lealtad de sus legiones y reivindicar su misión de «liberar a la patria»⁴⁰²⁰; y, en 30 a. C., Octaviano leyó, públicamente, la propaganda subversiva que Marco Antonio había logrado introducir en su campamento con el fin de desacreditar a su rival y poner a prueba la lealtad de sus hombres⁴⁰²¹.

Paralelamente a todas estas disposiciones, hubo una medida que, debido a su dramatismo y originalidad, destacó por encima de todas las demás. Nos referimos a la puesta en escena, una de las medidas más características y paradigmáticas del periodo, y que más información nos puede aportar sobre la necesidad de preservar el favor del ejército.

La emotividad con la que Cneo Pompeyo Magno intercedió primero, en 87 a. C., para salvar la vida de su padre y la suya propia y detener la desertión del ejército⁴⁰²², y actuó después, en 80 a. C., para calmar el desagrado de sus tropas, una vez que estas se

⁴⁰¹⁴ App. BC 3.45-46.

⁴⁰¹⁵ App. BC 2.63.

⁴⁰¹⁶ Caes. Gal. 1.40-41; Fron. Str. 1.11.3; 4.5.11; Plu. Caes. 19.4-5; D.C. 38.46.3-4, 47.1-2.

⁴⁰¹⁷ Luc. 5.350-360; Plu. Caes. 51.2; Suet. Jul. 70; App. BC 2.93; Polyaen. 8.23.15; D.C. 42.53.3-4.

⁴⁰¹⁸ Plu. Ant. 18.3-4. Este mismo *modus operandi* fue utilizado por Cayo Cornelio Galo, en 30 a. C., cuando Marco Antonio intentó recuperar el control de sus antiguos soldados (D.C. 51.9.3).

⁴⁰¹⁹ Cic. Fam. 415.10.32.4. Del mismo modo que hizo Marco Junio Bruto, en 43-42 a. C., cuando interceptó la correspondencia que Cayo Antonio se intercambió con sus simpatizantes (D.C. 47.23.3).

⁴⁰²⁰ D.C. 47.25.2-3; RRC 508/3; BMCRR East 68-70.

⁴⁰²¹ D.C. 51.10.3.

⁴⁰²² Plu. Pomp. 3.5.

enteraron de la decisión de Sila de retirarle el mando del ejército⁴⁰²³, junto a la teatralidad con la que Cayo Flavio Fimbria⁴⁰²⁴, Lucio Licinio Lúculo⁴⁰²⁵ y Marco Petreyo⁴⁰²⁶ intervinieron, en 85, 66 y 49 a. C., respectivamente, para, o bien impedir que sus tropas se pasaran al enemigo, o bien evitar que sus soldados les abandonaran a su suerte, nos indica, por un lado, hasta dónde fueron capaces de llegar los principales líderes militares de la época con tal de conservar el afecto de sus hombres y frenar la defección del ejército, y nos informa, por el otro, de la debilidad en la que todos estos generales se hallaron si para tener que salvar la situación y recuperar el control de sus hombres se vieron forzados a llorar, suplicar, postrarse, rasgarse las vestiduras, administrar nuevos juramentos, sobornar y/o amenazar.

Fue, precisamente, esta aparente fragilidad lo que, en determinadas circunstancias, impidió responder con mayor firmeza a la falta de disciplina del ejército. El hecho de que la mayoría de los episodios de indisciplina detectados tuvieran lugar en un contexto de enfrentamiento interno, cuando eran los propios generales romanos los que instigaban desde fuera la insurrección del ejército y cuando era de vital importancia contar con la simpatía de los soldados, obligó a los mandos militares romanos a prescindir de la violencia si no se quería que sus hombres se pasaran al bando contrario.

Esto no implicó, sin embargo, ni que las tropas no pudieran ser castigadas ni que se tolerara siempre la indisciplina del ejército; simplemente significó que, en vez de emplear indiscriminadamente la violencia, o bien se aplicaron métodos de castigo incruentos, o bien se hizo un uso más limitado y comedido de la fuerza. Así, por ejemplo, en 75 a. C., Cayo Escibonio Curión reprimió el intento de motín de una de sus legiones, privando a sus efectivos de todo atributo castrense y castigando a sus miembros con la realización de tareas de baja cualificación, retirando los estandartes y aboliendo el nombre de la unidad rebelde, y distribuyendo a los soldados culpables entre sus otras legiones⁴⁰²⁷; en 72 a. C., Lucio Licinio Lúculo castigó a aquellos que habían huido del enemigo de una manera muy similar a la anterior, ordenándoles cavar una zanja a la vista de todo el ejército y vistiendo una túnica sin ceñir⁴⁰²⁸; y, mientras que, en 48 a. C., César degradó a los portaestandartes que se dieron a la fuga, en Dirraquio⁴⁰²⁹, en 46 a. C., licenció con deshonor a los principales cabecillas de las revueltas habidas en Sicilia e Italia el año anterior⁴⁰³⁰, y castigó de la misma manera a los encargados de controlar el sector marítimo situado enfrente de Tapso, debido a que, por su culpa, varios barcos fueron capturados por el bando pompeyano y varios soldados veteranos, incluido un centurión de la *XIII* legión, fueron ejecutados por orden de Quinto Cecilio Metelo Escipión⁴⁰³¹.

⁴⁰²³ Plu. *Pomp.* 13.3-4.

⁴⁰²⁴ App. *Mith.* 59.

⁴⁰²⁵ Plu. *Luc.* 35.4-5.

⁴⁰²⁶ Caes. *Civ.* 1.76.1-3, 5.

⁴⁰²⁷ Fron. *Str.* 4.1.43.

⁴⁰²⁸ Plu. *Luc.* 15.7.

⁴⁰²⁹ Caes. *Civ.* 3.74.1. Cf. App. *BC* 2.63.

⁴⁰³⁰ Caes. *B.Afr.* 54.4-5.

⁴⁰³¹ Caes. *B.Afr.* 46.4.

Aun así, la violencia se utilizó en más ocasiones de lo deseado, encontrándonos con un elevado número de casos en los que la fuerza fue la principal medida con la que controlar y/o reprimir al ejército. De esta forma, en 109 a. C., Quinto Cecilio Metelo Numídico reprimió con gran severidad la desertión de un grupo de tracios y ligures⁴⁰³², y, un año después, en 108 a. C., ejecutó a Tito Turpilio Silano por traición⁴⁰³³; en 82 a. C., Cneo Papirio Carbón mandó matar al resto de sus jinetes celtíberos como represalia por la reciente desertión que había sufrido de una parte de estos⁴⁰³⁴; en 76 a. C., Sertorio ordenó ejecutar a una cohorte entera de soldados romanos por haber sido cómplices de la violación de Lauro⁴⁰³⁵, en 74 a. C., respondió a la desertión de parte de sus tropas, ultrajando «de modo bárbaro y salvaje a muchos»⁴⁰³⁶, y, en 72 a. C., castigó a una parte de los que habían intentado conspirar contra su persona⁴⁰³⁷; en 71 a. C., Marco Licinio Craso diezmó a su ejército tras salir derrotado de su primer enfrentamiento contra Espartaco⁴⁰³⁸; en 49 a. C. Marco Petreyo no dudó en matar a todos los soldados cesarianos que habían penetrado en su campamento con la intención de ganarse la confianza de sus tropas⁴⁰³⁹; en 49 a. C., César castigó el motín de la *legio VIII* con una *decimatio* atenuada⁴⁰⁴⁰, en 46 a. C., reprimió con la fuerza los disturbios que se produjeron con ocasión de la celebración de sus primeros cuatro triunfos⁴⁰⁴¹, y, en 45 a. C., ordenó ejecutar a las tropas supervivientes de Munda que, tras rendirse después de asediar dicha ciudad, conspiraron y se levantaron con la intención de matar al mayor número de soldados cesarianos posible⁴⁰⁴²; en 44 a. C., Marco Antonio aplicó una *decimatio* atenuada en su ejército⁴⁰⁴³ y ordenó matar a un grupo de posibles conspiradores que, previamente, había encarcelado⁴⁰⁴⁴; en 43-42 a. C., Marco Junio Bruto ejecutó a algunos de los soldados que más se habían destacado en su intento por rescatar a Cayo Antonio⁴⁰⁴⁵, y, tiempo después, ordenó matar a este último⁴⁰⁴⁶, y, en 42 a. C., mandó acabar con la vida de los cesarianos que habían sido hecho prisioneros durante la primera batalla de Filipos por considerar que estaban colaborando con Marco Antonio y Octaviano a subvertir la lealtad de su ejército⁴⁰⁴⁷; en 36 a. C., Octaviano “hizo desaparecer” al tribuno militar Ofilio, quien, poco antes, había apoyado las revueltas del ejército y se había enfrentado públicamente al futuro Augusto⁴⁰⁴⁸; y, en 39, 36 y 34 a. C., Cneo Domicio Calvino⁴⁰⁴⁹, Marco Antonio⁴⁰⁵⁰ y Octaviano⁴⁰⁵¹,

⁴⁰³² App. Num. frag. 3.

⁴⁰³³ Sal. Jug. 69.4.

⁴⁰³⁴ App. BC 1.89.

⁴⁰³⁵ App. BC 1.109.

⁴⁰³⁶ App. BC 1.112.

⁴⁰³⁷ App. BC 1.113.

⁴⁰³⁸ Plu. Crass. 10.4; App. BC 1.118.

⁴⁰³⁹ Caes. Civ. 1.75.2. Cf. Caes. Civ. 1.76.4; 85.3; App. BC 2.43; Polyaen. 8.23.28; D.C. 41.23.1.

⁴⁰⁴⁰ Fron. Str. 4.5.2; Suet. Jul. 69; App. BC 2.47; D.C. 41.35.5.

⁴⁰⁴¹ D.C. 43.24.3-4.

⁴⁰⁴² Caes. B.Hisp. 36.5.

⁴⁰⁴³ Cic. Att. 2.418.16.8.2; Liv. 117; App. BC 3.43; D.C. 45.13.2.

⁴⁰⁴⁴ Cic. Phil. 3.10, 4.4.

⁴⁰⁴⁵ D.C. 47.23.4.

⁴⁰⁴⁶ Liv. 121; Plu. Brut. 28.1; App. BC 3.79; D.C. 47.24.4.

⁴⁰⁴⁷ Plu. Brut. 45.4-5; D.C. 47.48.3.

⁴⁰⁴⁸ App. BC 5.129.

⁴⁰⁴⁹ D.C. 48.42.1-3.

respectivamente, aplicaron sendas *decimationes* en sus correspondientes ejércitos y, en el caso de los dos últimos ejemplos, repartieron cebada a los supervivientes.

Tal y como se puede observar, el empleo de la violencia estuvo fuertemente condicionado por el contexto bélico en el que la insurrección de las tropas tuvo lugar, por el tipo de delito cometido por los soldados y por la capacidad represiva del comandante romano.

A la hora de precisar si la indisciplina militar fue más o menos castigada a través del empleo de la fuerza, dependiendo de si la insurrección de las tropas tuvo lugar en una guerra externa o en una guerra interna, no nos debemos dejar engañar por los números, ya que, aunque tenemos más referencias de castigos aplicados durante las guerras civiles, estas gozaron de un registro documental mucho más amplio que la suma de todos los conflictos externos en los que participó Roma en el siglo I a. C. —a excepción, probablemente, de la guerra contra Jugurta, de las guerras mitridáticas y de la guerra de las Galias, en donde la información es mucho más abundante y detallada que la que nos ha llegado de cualquier otro conflicto externo, como, por ejemplo, la guerra contra cimbrios y teutones—. Por esta razón, consideramos que sería un grave error por nuestra parte basar nuestro estudio en datos estadísticos o cuantitativos, y concluir que, como nos han llegado más ejemplos de castigos violentos durante las guerras civiles, es entonces cuando más se utilizó la fuerza, dado que, de esta manera, nos estaríamos dejando llevar por una información que, en última instancia, se encuentra corrompida por el número y la calidad de las fuentes documentales existentes.

Dicho esto, lo que sí que podemos plantear es que, a tenor de la información que nos ha llegado, la violencia se aplicó, fundamentalmente, de manera grupal, siendo más numerosos los castigos colectivos que los individuales, y que castigos como la *decimatio*, que podían poner en riesgo la cohesión social del ejército, fueron más recurrentes en conflictos externos que internos; algo, por otra parte, fácil de comprender, habida cuenta de que era frente a un enemigo exterior cuando el general romano corría menos riesgo de que sus tropas reaccionaran negativamente a esta clase de castigos, puesto que, sin ayuda externa en la que apoyarse y en medio de un territorio desconocido y hostil, las probabilidades de que el ejército se amotinara como respuesta a la severidad de su comandante, o de que las tropas abandonaran el ejército y sobrevivieran, eran mucho más reducidas que si el castigo se hubiera aplicado en plena guerra civil, cuando las tropas podían desertar y cambiar de bando con mucha más facilidad y cuando, sobre todo, podían contar con el respaldo del general romano enemigo, el cual podía sacar ventaja del descontento provocado por la represión de su rival, tal y como hizo Octaviano, en 44 a. C., con ocasión de la *decimatio* atenuada de Marco Antonio⁴⁰⁵².

Justamente, uno de los motivos de que la violencia se aplicara colectivamente lo encontramos en el número de soldados implicados en las insurrecciones reprimidas por medio de la fuerza. Así, por ejemplo, mientras que las tres últimas *decimationes* que nos

⁴⁰⁵⁰ Fron. Str. 4.1.37; Plu. Ant. 39.8; D.C. 49.26.3, 27.1.

⁴⁰⁵¹ App. Ill. 26; D.C. 49.38.4.

⁴⁰⁵² Cic. Att. 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; Fam. 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; Phil. passim; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. BC 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

dejó el siglo I a. C. fueron ejercidas para castigar la cobardía de un grupo indeterminado de soldados, la mayoría de las revueltas y de los motines en los que se intervino coercitivamente implicaron la participación de un elevado número de tropas.

Por último, si la violencia se pudo aplicar con éxito en todos estos ejemplos fue, principalmente, porque el comandante romano encargado de combatir la indisciplina de su ejército se encontraba en una posición de clara superioridad con respecto de sus hombres, bien porque contaba con la asistencia de sus oficiales y eso le permitió controlar la situación desde el principio y reprimir a voluntad la insurrección del ejército⁴⁰⁵³, bien porque tenía a su favor el apoyo de la mayoría de sus tropas, lo que le brindó la posibilidad de servirse de sus propios hombres para castigar la indisciplina de sus soldados y evitar que estos últimos pudieran ser auxiliados por sus compañeros de armas⁴⁰⁵⁴.

No obstante, dicha superioridad no siempre se tradujo en forma de respuesta violenta, pudiéndose expresar a partir de otros medios mucho más pacíficos y prácticos. Uno de los más populares fue “deshacerse” de los soldados más problemáticos, para lo cual, o bien se podía aislar, apartar, dividir y/o alejar a dichas tropas del cuerpo principal del ejército —tal y como ocurrió, posiblemente, en 74 o 72 a. C., cuando Lúculo empleó a los “fimbrianos” como guarnición⁴⁰⁵⁵; en 47 a. C., cuando César despachó de Italia a una parte de las tropas que participaron en el motín de Campania y las utilizó en África «con diferentes pretextos»⁴⁰⁵⁶; en 43 a. C., cuando Marco Juvencio Laterense sacó fuera del campamento de Lépido a las unidades que habían manifestado su predilección por Marco Antonio⁴⁰⁵⁷; en 43 a. C., cuando Cayo Asinio Polión dividió a sus fuerzas con el propósito de dificultar a Marco Antonio la tarea de atraerse a la totalidad de su ejército⁴⁰⁵⁸; en 42 a. C., cuando Marco Junio Bruto sacó del ejército a los soldados que más se habían destacado a la hora de planear el rescate de Cayo Antonio⁴⁰⁵⁹, y alejó a sus legiones lo máximo posible de Italia para que las nuevas noticias que llegaban de la capital no incitaran su levantamiento⁴⁰⁶⁰; en 40 a. C., cuando, en el momento de absorber a los soldados de Lucio Antonio, Octaviano separó a los veteranos de los recién reclutados con el propósito de que los primeros no contagiaran su espíritu subversivo a los segundos⁴⁰⁶¹, y cuando, tras sellar el pacto de Brindisi, Marco Antonio y Octaviano enviaron a los veteranos de mayor edad a las colonias para que estos no volvieran a dar problemas⁴⁰⁶²; en 35 a. C., cuando Octaviano agrupó en una misma legión a los veteranos reenganchados para evitar que se mezclaran con el

⁴⁰⁵³ Tal y como ocurrió, en 49 a. C., con la represión del motín de *Placentia*, cuando los soldados de la *VIII* se quedaron sin apoyos y César contó, además, con el respaldo de los oficiales de esa misma legión (App. BC 2.47).

⁴⁰⁵⁴ Tal y como pasó, en 39 a. C., con la *decimatio* de Calvino, cuando se apoyó en el resto de su ejército para castigar a los culpables (D.C. 48.42.2).

⁴⁰⁵⁵ D.C. 36.14.3.

⁴⁰⁵⁶ D.C. 42.55.1-2.

⁴⁰⁵⁷ App. BC 3.84.

⁴⁰⁵⁸ Cic. *Fam.* 415.10.32.4.

⁴⁰⁵⁹ D.C. 47.23.4.

⁴⁰⁶⁰ D.C. 47.24.1-2.

⁴⁰⁶¹ App. BC 5.46. Cf. App. BC 5.47.

⁴⁰⁶² D.C. 48.30.2-3.

resto de su ejército⁴⁰⁶³; y, en 31 a. C., cuando, de nuevo, Octaviano dispersó a la mayoría de sus hombres para evitar nuevos disturbios en su ejército⁴⁰⁶⁴—; o bien se podía disolver y/o licenciar tanto a las unidades más conflictivas como a las tropas recién incorporadas de un ejército rival —tal y como pasó, en 75 a. C., cuando Cayo Escribonio Curión disolvió a la legión que, recientemente, se le había amotinado⁴⁰⁶⁵; en 49 a. C., cuando, tras derrotar a Lucio Afranio y Marco Petreyo, César prefirió licenciar a su ejército antes que absorberlo⁴⁰⁶⁶; en 47 a. C., cuando, una vez más, César desmovilizó a una parte de las tropas que se acababan de levantar en Campania⁴⁰⁶⁷; y, en 36, 35 y 31 a. C., cuando Octaviano hizo lo propio tras sufrir el amotinamiento de sus hombres⁴⁰⁶⁸—.

Junto a estas medidas de contención y/o disuasión de la insurrección, también se podía, o bien distribuir a los efectivos más rebeldes entre otras unidades, para así romper su cohesión y tenerlos mejor vigilados —tal y como hicieron Cayo Escribonio Curión⁴⁰⁶⁹, César⁴⁰⁷⁰, y Marco Antonio y Octaviano⁴⁰⁷¹, en 75, 49 y 42 a. C., respectivamente—; o bien se podía romper la cohesión interna desde dentro, atrayéndose a los líderes de los soldados y/o enfrentando a las tropas entre sí —tal y como hicieron Marco Junio Bruto y Octaviano, en 42 y 36 a. C., respectivamente, cuando el primero logró que una parte de los soldados que habían conspirado a favor de Cayo Antonio se enfrentaran entre sí⁴⁰⁷², y cuando el segundo logró debilitar el motín de sus hombres, ganándose a los principales cabecillas y enfrentando a las tropas⁴⁰⁷³—.

Para concluir con los mecanismos utilizados desde el ejército para controlar y cohesionar a las tropas, sólo nos quedaría hablar de los métodos empleados para llamar al orden durante la batalla. A diferencia de lo visto hasta ahora, los medios a disposición de los mandos militares romanos para contener al ejército en este tipo de situaciones fueron mucho más limitados, reduciéndose, por un lado, a la intervención personal del comandante romano de turno, el cual podía influir sobre el comportamiento de sus hombres animando, exhortando y/o reorganizando a las tropas —tal y como hicieron César, en 57, 48/47 y 45 a. C.⁴⁰⁷⁴, y Octaviano, en 34 a. C.⁴⁰⁷⁵—; y, por el otro, al empleo de los *signa militaria* —tal y como ocurrió, en 102 a. C., cuando Quinto Lutacio Cátulo reconvirtió la huida del ejército en una retirada ordenada gracias al uso del *aquila*⁴⁰⁷⁶; en 88 a. C., cuando Sila utilizó un estandarte para reprender la actitud

⁴⁰⁶³ D.C. 49.34.3.

⁴⁰⁶⁴ D.C. 51.3.1-2.

⁴⁰⁶⁵ Fron. Str. 4.1.43.

⁴⁰⁶⁶ Caes. Civ. 1.85.5, 12, 86-87; Liv. 110; App. BC 2.43; D.C. 41.23.1.

⁴⁰⁶⁷ D.C. 42.54.1.

⁴⁰⁶⁸ App. BC 5.129; D.C. 49.34.4; 51.3.1-2.

⁴⁰⁶⁹ Fron. Str. 4.1.43.

⁴⁰⁷⁰ Caes. B.Hisp. 36.4-5.

⁴⁰⁷¹ App. BC 4.135.

⁴⁰⁷² D.C. 47.23.4.

⁴⁰⁷³ App. BC 5.129.

⁴⁰⁷⁴ Caes. Gal. 2.20, 25; B.Alex. 20.1, 21.1; V. Max. 3.2.19; Vell. 2.55.3; Plu. Caes. 20.7-8; Flor. Epit. 2.13.81-82; App. BC 2.104; Polyæn. 8.23.16; Eutr. 6.24.1.

⁴⁰⁷⁵ Flor. Epit. 2.23.7; App. Ill. 20.

⁴⁰⁷⁶ Plu. Mar. 23.5-6.

cobarde de sus hombres⁴⁰⁷⁷; en 86 a. C., cuando, en medio de la batalla de Orcómeno, Sila tomó una de las insignias del ejército para animar a los soldados al combate⁴⁰⁷⁸; en 55 a. C., cuando el *aquilifer* de la X legión hizo uso de su propia enseña para arengar a sus compañeros de armas a que le siguieran contra el enemigo⁴⁰⁷⁹; en 48 a. C., cuando las mismas tropas se congregaron en torno al estandarte del águila para evitar que este se perdiera durante la batalla de Dirraquio y para alentar a los soldados a combatir contra los pompeyanos⁴⁰⁸⁰; en 42 a. C., cuando, al final de la primera batalla de Filipos, Cayo Casio Longino intentó sin éxito retener la huida de sus hombres utilizando para ello la enseña que poco antes había abandonado uno de sus portaestandartes⁴⁰⁸¹; en 36 a. C., cuando Marco Emilio Lépido, abrumado ante la visión de que todo su ejército le abandonaba, se apoderó de los estandartes para ver si así lograba evitar la desertión de sus hombres⁴⁰⁸²; y, en 36 a. C., cuando Marco Ticio tomó las enseñas para reprender la actitud temeraria de Flavio Galo y hacerle regresar a su puesto⁴⁰⁸³—.

Finalmente, si todas las medidas explicadas hasta el momento fallaban, se podía perseguir la indisciplina del ejército desde la capital. Aunque no fue lo más habitual, hemos sido testigos de cómo, en determinadas circunstancias, se intentó dar respuesta desde Roma a los problemas de disciplina de las tropas. De este modo, en 109 a. C., se constituyó una comisión encabezada por el tribuno de la plebe Cayo Mamilio Limetano, la denominada *quaestio Mamilia*, con el objetivo de investigar, entre otras cosas, hasta dónde había llegado la corrupción de las autoridades políticas y militares romanas del periodo y quiénes habían caído bajo el influjo de los sobornos de Jugurta⁴⁰⁸⁴; en 89 a. C., Cayo Ticio, principal responsable del intento de asesinato de Lucio Porcio Catón, fue apresado y enviado a Roma para ser juzgado⁴⁰⁸⁵; en 88 a. C., el Senado envió a los pretores Marco Junio Bruto y Servilio con órdenes expresas de detener el avance de Sila y recuperar el control de las legiones de Nola⁴⁰⁸⁶; y, a lo largo de la década de los setenta, Marco Atilio Bulbo y Cayo Estayeno fueron acusados y condenados en la capital por un delito de lesa majestad por haber incitado, respectivamente, las revueltas contra Cayo Cosconio y Mamerco Emilio Lépido Liviano⁴⁰⁸⁷.

Habida cuenta de la multiplicidad de recursos y herramientas con los que contaron las autoridades políticas y militares romanas para detectar, controlar y reprimir la indisciplina de las tropas, lo lógico sería pensar que la inmensa mayoría de las insurrecciones promovidas por el ejército romano tardorrepblicano fueron aplastadas y que, por tanto, los soldados fracasaron, reiteradamente, en sus pretensiones. Nada más lejos de la realidad.

⁴⁰⁷⁷ App. *BC* 1.58.

⁴⁰⁷⁸ Fron. *Str.* 2.8.12; Plu. *Sull.* 21.2; App. *Mith.* 49; Polyaen. 8.9.2.

⁴⁰⁷⁹ Caes. *Gal.* 4.25.

⁴⁰⁸⁰ Caes. *Civ.* 3.64.3-4. Cf. Plu. *Caes.* 39.6; App. *BC* 2.61.

⁴⁰⁸¹ Plu. *Brut.* 43.3.

⁴⁰⁸² App. *BC* 5.125.

⁴⁰⁸³ Plu. *Ant.* 42.4-5.

⁴⁰⁸⁴ Sal. *Jug.* 40.1-3.

⁴⁰⁸⁵ D.C. 30-35, fr. 100.

⁴⁰⁸⁶ Plu. *Sull.* 9.2. Cf. V. Max. 9.7, ext. 1, quien nos habla, en su lugar, del asesinato del legado Marco Gratidio.

⁴⁰⁸⁷ Cic. *Clu.* 97, 99; *Ver.* 1.39.

Si tomamos como muestra representativa los resultados obtenidos del análisis de las insurrecciones “principales” por ser estas las que más información nos han proporcionado de todas, advertimos que, aunque la respuesta romana fue alta, llegando a intervenir sobre la insurrección del ejército en cuarenta y ocho de las sesenta y ocho insurrecciones “principales” detectadas⁴⁰⁸⁸, la efectividad de los medios empleados fue muy baja, llegando a tener éxito los soldados en treinta y ocho de sus levantamientos⁴⁰⁸⁹. La baja capacidad represiva de los mandos militares romanos se hace todavía más evidente si nos fijamos en los momentos en los que la insurrección del ejército careció de respuesta. De los dieciséis casos registrados en los que se dejó sin reprimir la indisciplina de las tropas, quince de ellos tuvieron lugar en un contexto de guerra civil, y solamente uno de ellos se dio durante un conflicto externo. Pero, ¿cómo fue posible esto? ¿Qué pudo fallar para que los soldados se salvaran del castigo con tanta facilidad? ¿A qué se debió la falta de éxito a la hora de sancionar la indisciplina militar? ¿Por qué se dejaron sin castigar tantas insurrecciones?

En un primer momento, podríamos pensar que, tal vez, fue la organización de las tropas lo que pudo ayudar a que estas esquivaran las medidas de detección, control y represión implementadas por las autoridades políticas y militares romanas. Que fue la fuerza de su número y su experiencia, así como una comprensión más profunda de su tiempo y sus propias habilidades, lo que dificultó la tarea de intervenir a tiempo sobre el descontento de los soldados y lo que impidió la represión eficaz de la indisciplina. Sin embargo, esto no fue así, no al menos en la mayoría de los casos estudiados. Aunque las tropas mejoraron a lo largo de la República tanto su cohesión interna como su capacidad de movilización y coordinación, y aprendieron a utilizar su fuerza a su favor y cuándo era el mejor momento para levantarse y presionar a su general, el hecho de que su nivel de organización dependiera, especialmente, de la connivencia de sus oficiales y/o del apoyo externo de otros comandantes romanos, y que sólo de manera puntual fueran capaces de por sí mismas coordinarse y levantarse al unísono sin la necesidad de ningún tipo de respaldo, hizo que el ejército no fuera un verdadero obstáculo en el momento de aplicar la disciplina y castigar su desobediencia.

Entonces, ¿en qué nos debemos fijar? ¿Acaso fue la ausencia de una “ley” militar o la arbitrariedad de los mandos militares romanos lo que impidió el correcto funcionamiento de los medios represivos romanos?

Al final del capítulo anterior, nos preguntamos de qué forma pudo afectar, en un contexto de fuerte inestabilidad sociopolítica y graves conflictos internos, como fue el siglo I a. C., el hecho de que el Estado romano no contara con nada parecido a un código militar, y que fuera, en cambio, la arbitrariedad de los mandos militares romanos la principal fuente a la hora de resolver las cuestiones en materia disciplinaria. Si bien la suma de ambos factores pudo privar a las autoridades políticas y militares romanas de una respuesta común y formal con la que combatir la indisciplina del ejército de una manera homogénea y coordinada, y pudo favorecer, por consiguiente, el desarrollo de una actitud condescendiente que propiciara la indisciplina de los soldados, no creemos

⁴⁰⁸⁸ De las sesenta y ocho insurrecciones “principales” detectadas, en dieciséis de ellas no se intervino, en tres se actuó sólo en parte, y de una no tenemos información.

⁴⁰⁸⁹ En veintiocho ocasiones los soldados fracasaron y en dos el éxito fue parcial.

que la existencia de un reglamento militar hubiera cambiado, radicalmente, la situación que se vivió al final de la República.

En un momento de la historia de Roma en el que la capacidad de reacción de las instituciones romanas se vio, sensiblemente, afectada por la lucha interna, y en el que se transgredió la ley en tantas ocasiones, no creemos que la indisciplina se hubiera perseguido con mayor eficiencia y esmero si hubiera existido una legislación militar propia y específica, ya que esta, seguramente, se hubiera violado con la misma facilidad y recurrencia con la que, tristemente, se infringieron otras leyes en el periodo.

No obstante lo anterior, sí que aceptamos la posibilidad de que la ausencia de una obra legislativa pudiera contribuir a crear más problemas que soluciones y a generar más inseguridad e incertidumbre de las ya habidas. Desde el momento en el que la represión de la indisciplina dependió por completo de la decisión de los mandos militares romanos de castigar o no la insurrección de sus efectivos, la falta de una “ley” militar, no sólo privó a las instituciones romanas de las herramientas legales necesarias con las que reprimir sistemática y uniformemente los problemas de disciplina del ejército sin depender de la aprobación y el consentimiento del comandante romano de turno, sino que, además, normalizó una peligrosa práctica, que la disciplina militar dependiera, en última instancia, de la intencionalidad de una única persona.

Aunque esta circunstancia, en un contexto de guerra externa, no tuvo por qué originar más problemas de los ya habituales, en un marco dominado por el enfrentamiento interno pudo crear el caldo de cultivo para que la indisciplina militar fuera tolerada e, incluso, instigada, tal y como se ha visto y seguidamente explicaremos.

Antes de entrar en materia, debemos señalar que no siempre que la indisciplina se quedó sin castigo fue por la tolerancia, la condescendencia y/o la negligencia de quienes debían encargarse de restaurar la disciplina militar en el ejército, pudiéndose dar el caso de que, o bien por falta de apoyos y medios, o bien por simple incompetencia o falta de talante, la insurrección del ejército no fuera perseguida, tal y como sucedió, por ejemplo, en 87 a. C., cuando a Apio Claudio Pulcro le cogió por sorpresa la intervención de Cinna⁴⁰⁹⁰; en 85 a. C., cuando la lejanía de Oriente, la falta de recursos y la posterior muerte de Cayo Flavio Fimbria impidieron castigar el asesinato de Lucio Valerio Flaco⁴⁰⁹¹; en 83 a. C., cuando Lucio Cornelio Escipión Asiático fue incapaz de percibir la relación que sus soldados habían iniciado con los veteranos de Sila⁴⁰⁹²; en 49 a. C., cuando César se enfrentó al descontento de todo su ejército y no contó, ni siquiera, con el apoyo de sus oficiales⁴⁰⁹³, y cuando Marco Terencio Varrón sufrió la oposición de soldados y provinciales⁴⁰⁹⁴; en 48 a. C., cuando Pompeyo se quedó sólo ante las presiones de todo su ejército⁴⁰⁹⁵; en 43 a. C., cuando Publio Vatinio y Cayo Antonio fueron incapaces de abordar los problemas de sus respectivos ejércitos y la

⁴⁰⁹⁰ Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. BC 1.64-66.

⁴⁰⁹¹ D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. Sull. 23.6; App. Mith. 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

⁴⁰⁹² Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. Sull. 28.1-3; Flor. Epit. 2.9.19; App. BC 1.85; Eutr. 5.7.4.

⁴⁰⁹³ Caes. Civ. 1.39.2; 64; 71-72; 82.2; 84-87; Fron. Str. 2.1.11.

⁴⁰⁹⁴ Caes. Civ. 2.17-21; Liv. 110; Oros. 6.15.7.

⁴⁰⁹⁵ Caes. Civ. 3.94-95; 99.4; 107.1; B.Alex. 9.3; Luc. 45-150; Plu. Caes. 40-41.1-5, 42.1-3, 45, 46.4; Pomp. 66-72; Flor. Epit. 2.13.43; App. BC 2.66-69, 71-72, 74; Polyaen. 8.23.14.

influencia que Marco Junio Bruto ejerció sobre sus tropas⁴⁰⁹⁶, y cuando Décimo Junio Bruto Albino, más preocupado por salvar su delicada situación y reunirse con Marco Junio Bruto que en preocuparse por el estado de ánimo de sus hombres, o bien no pudo, o bien no supo retener el favor de su ejército⁴⁰⁹⁷.

Dicho esto, en lo que a efectos de nuestra investigación se refiere, lo que más nos interesa es determinar, por un lado, los posibles motivos por los que, pudiéndolo hacer, no se reprimió la indisciplina de las tropas, y, por el otro, las posibles razones por las que fallaron o no fueron suficientes los medios coercitivos romanos.

Para poder dar respuesta a ambas cuestiones debemos hablar, previamente, del tipo de relación que mantuvieron y buscaron establecer los principales líderes romanos del periodo con respecto a sus hombres, y, finalmente, comentar la deriva en la que instituciones y mandos militares cayeron una vez que se utilizó e instrumentalizó la indisciplina del ejército con fines militares y políticos.

Del primer aspecto ya hablamos con anterioridad cuando adelantamos cómo Lucio Cornelio Sila, Lucio Cornelio Cinna, Cayo Julio César y Octaviano usaron al ejército como instrumento de venganza personal y medio con el que hacerse con el poder. Así, mientras que, en 88 a. C., Sila empleó a las legiones de Nola para recuperar su posición y prestigio y acabar con sus rivales políticos⁴⁰⁹⁸; y, en 87 a. C., Cinna se apoderó de las tropas de Apio Claudio Pulcro y las utilizó para marchar sobre Roma y resarcirse de su reciente destitución⁴⁰⁹⁹; en 49 a. C., César se sirvió de su ejército para derrotar a la *factio* del Senado⁴¹⁰⁰; y, en 43 a. C., Octaviano marchó junto a sus tropas sobre la capital para hacerse con su primer consulado⁴¹⁰¹.

Aunque estos ejemplos son los más característicos y los que, normalmente, han servido para justificar la existencia de ejércitos “personales” y “clientelares” al final de la República, la utilización del ejército con fines partidistas no se limitó a estas cuatro intervenciones, siendo, relativamente, frecuente emplear a los soldados como plataforma con la que influir y presionar en la política romana, ya sea durante las elecciones, ya sea en la concesión y/o prolongación de algún mando. De esta forma, en 108 a. C., Cayo Mario animó a las tropas estacionadas en Útica a que escribieran a sus allegados en Roma en términos negativos contra Quinto Cecilio Metelo Numídico y a favor de su asignación como cónsul y comandante en jefe de la guerra contra Jugurta⁴¹⁰²; en 101 a. C., mientras que Lucio Apuleyo Saturnino propuso una ley para que parte del territorio obtenido tras la guerra contra los cimbrios fuera repartido entre los soldados veteranos de Cayo Mario, estos últimos presionaron, por petición de su general, para que Apuleyo fuera nombrado tribuno de la plebe por segunda vez

⁴⁰⁹⁶ Cic. *Phil.* 10.11, 13; Liv. 118, 121; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 24-26; App. *BC* 3.79; 4.75; D.C. 47.21-25.

⁴⁰⁹⁷ Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. *BC* 3.97-98; D.C. 46.53.

⁴⁰⁹⁸ Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. *Mar.* 34.1; 35.5-8; *Sull.* 8.1-2, 4; 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. *BC* 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

⁴⁰⁹⁹ Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. *BC* 1.64-66.

⁴¹⁰⁰ Caes. *Civ.* 1.7; Plu. *Caes.* 31.2-3; *Ant.* 5.9-10, 6.2; Suet. *Jul.* 30.1-4, 31.1, 33; App. *BC* 2.33, 140; 4.93; D.C. 41.1-2; Eutr. 6.19.2; Oros. 6.15.3.

⁴¹⁰¹ Liv. 119-120; Plu. *Brut.* 27.1, 3; App. *BC* 3.74-76, 80, 86-95; D.C. 46.42.3-4, 43.1, 3-4, 6-49; Eutr. 7.2.1.

⁴¹⁰² Sal. *Jug.* 65.4-5. Cf. Sal. *Jug.* 73.3, 7; 82.2; 84.1; 85.10; Plu. *Mar.* 28.7.

consecutiva y para que dicha ley fuera aprobada⁴¹⁰³; en 77 a. C., Marco Emilio Lépido (cos. 78 a. C.) se presentó ante las puertas de Roma con su ejército con la intención de introducirlo en la capital y derogar la obra de Sila⁴¹⁰⁴, y Cneo Pompeyo Magno, en lugar de licenciar a sus tropas, utilizó su presencia intimidatoria para que se le concediera un *imperium* proconsular con el que combatir, en Hispania, a Quinto Sertorio⁴¹⁰⁵; en 70 a. C., Pompeyo y Craso repitieron la acción anterior, pero esta vez para protegerse entre sí y conseguir el consulado⁴¹⁰⁶; en 60 a. C., Pompeyo se lamentó de haber licenciado a sus legiones tan pronto, puesto que sin ellas no tenía la fuerza suficiente con la que vencer la oposición que, a su regreso de Oriente, se encontró por parte de algunos miembros del Senado⁴¹⁰⁷; en 59 a. C., durante el consulado de César y con objeto de sacar adelante la ley sobre el reparto de tierras, Pompeyo «llenó la ciudad de soldados y resolvía todos los asuntos mediante la violencia»⁴¹⁰⁸; en 56 a. C., César utilizó tanto su influencia como a sus hombres para apoyar el consulado de Pompeyo y Craso del año siguiente⁴¹⁰⁹; en 50 a. C., César, no sólo renunció a quedarse sin la protección de su ejército⁴¹¹⁰, sino que, además, empleó a parte de sus tropas para que influyeran en las elecciones y se ganaran el favor de muchos magistrados⁴¹¹¹; y, en 32 a. C., Octaviano, tras su enfrenamiento con el cónsul Cayo Sosio, reunió al Senado y lo rodeó «con una guardia de soldados y amigos que llevaban sus armas escondidas»⁴¹¹².

Si bien la mayoría de estos ejemplos no provocaron ni la ruptura de la disciplina militar ni la insurrección del ejército, no podemos ignorar el hecho de que la utilización de las tropas para fines personalistas y para los que ni habían sido reclutadas ni habían sido formadas, pudo pervertir el vínculo entre soldado y general, e infundir en el primero una idea equivocada de cuál debía ser su papel en adelante y en qué términos se debían desarrollar en el futuro las relaciones con sus comandantes.

La situación se complica mucho más cuando es la indisciplina del ejército lo que empieza a instrumentalizarse. A lo largo de nuestro estudio, hemos visto cómo, durante las guerras civiles, los principales *imperatores* del periodo se sirvieron de todo tipo de subterfugios y artimañas con tal de hacerse con el favor de las tropas de sus rivales. Si, en 87, 85 y 83 a. C., Lucio Cornelio Cinna, Cayo Flavio Fimbria y Lucio Cornelio Sila, o bien compraron mediante soborno, o bien se ganaron mediante promesas a los principales oficiales y soldados para, a través de ellos, granjearse la confianza del resto del ejército de Apio Claudio Pulcro⁴¹¹³, Lucio Valerio Flaco⁴¹¹⁴ y Lucio Cornelio

⁴¹⁰³ App. *BC* 1.29-30.

⁴¹⁰⁴ App. *BC* 1.107.

⁴¹⁰⁵ Plu. *Pomp.* 17.3-4.

⁴¹⁰⁶ App. *BC* 1.121.

⁴¹⁰⁷ D.C. 37.50.5. Cf. Vell. 2.40.3, 5; Plu. *Pomp.* 43.3; App. *Mith.* 116; D.C. 37.20.6.

⁴¹⁰⁸ Plu. *Pomp.* 48.1-2.

⁴¹⁰⁹ Plu. *Crass.* 14.6-7; *Pomp.* 51.4-5. En concreto, sabemos, conforme a Dion Casio (39.31.2), que Publio Licinio Craso, hijo de Marco Licinio Craso, y a la sazón legado en el ejército de César, llevó tropas a Roma para presionar a favor de la elección de su padre y de Pompeyo.

⁴¹¹⁰ D.C. 40.44.1-3, 60.1.

⁴¹¹¹ Plu. *Pomp.* 58.1.

⁴¹¹² D.C. 50.2.5.

⁴¹¹³ Liv. 79; Vell. 2.20.4; App. *BC* 1.65.

⁴¹¹⁴ D.C. 30-35, fr. 104.1-5. Cf. App. *Mith.* 51-52.

Escipión Asiático⁴¹¹⁵, respectivamente; y, en 46, 44, 42, 40 y 30 a. C., Cayo Julio César, Octaviano, Octaviano y Marco Antonio, Quinto Labieno, y Marco Antonio introdujeron propaganda subversiva con la que levantar a las fuerzas de Quinto Cecilio Metelo Escipión⁴¹¹⁶, Marco Antonio⁴¹¹⁷, Marco Junio Bruto⁴¹¹⁸, Lucio Decidio Saxa⁴¹¹⁹, y Octaviano⁴¹²⁰, respectivamente; en 44 a. C., Octaviano fue capaz de introducir a agentes de su confianza en el campamento de Marco Antonio para inducir la desertión de su ejército⁴¹²¹.

Lejos de quedarse aquí, la sofisticación por captar a las tropas rivales llevó a ciertos comandantes romanos a aplicar la denominada táctica del *colloquium*, o, lo que es lo mismo, a utilizar a sus propios hombres para que confraternizaran y se mezclaran con los del enemigo y atraérselos de ese modo a su lado a cambio de asegurarles su integridad física y de prometerles futuras recompensas. De esta manera, Sila se hizo con las legiones de Cayo Flavio Fimbria⁴¹²² y Lucio Cornelio Escipión Asiático⁴¹²³, en 85 y 83 a. C., respectivamente; César se ganó la confianza de los hombres de Lucio Afranio y Marco Petreyo, en 49 a. C.⁴¹²⁴; Sexto Quintilio Varo intentó amotinar a las antiguas tropas de Lucio Domicio Ahenobarbo que, en 49 a. C., servían bajo el mando de Cayo Escribonio Curión⁴¹²⁵; Marco Antonio se ganó la adhesión de las unidades de Marco Emilio Lépido, en 44 a. C.⁴¹²⁶; y, muy probablemente, Marco Antonio y Marco Emilio Lépido consiguieron alentar el cambio de bando de los soldados veteranos de Décimo Junio Bruto Albino, en 43 a. C.⁴¹²⁷

Dado que la mayoría de las veces que se indujo la indisciplina en otro ejército romano esta se terminó manifestando en forma de desertión y/o cambio de bando, el empleo de todas estas estrategias permitió a la facción responsable de motivar la insurrección del ejército rival obtener en la guerra toda una serie de beneficios y ventajas clave, tales como ampliar los efectivos propios a costa de los del enemigo, utilizar a las tropas rivales como fuente de información, sacar al contrario una importante ventaja táctica, y emplear los problemas de disciplina del bando rival como muestra de debilidad y con fines propagandísticos, tal y como hicieron César⁴¹²⁸ y

⁴¹¹⁵ Plu. *Sull.* 28.1-3. Cf. Liv. 85; App. *BC* 1.85.

⁴¹¹⁶ D.C. 43.5.1-3. Según Dion Casio (43.5.3-4), Quinto Cecilio Metelo Escipión intentó devolverle la jugada a César, pero no tuvo éxito.

⁴¹¹⁷ Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; *Fam.* 364.10.28.3; App. *BC* 3.31, 40, 43-44; D.C. 45.12.1.

⁴¹¹⁸ D.C. 47.48.1.

⁴¹¹⁹ D.C. 48.25.3.

⁴¹²⁰ D.C. 51.10.2.

⁴¹²¹ Cic. *Att.* 2.418.16.8.2; *Fam.* 364.10.28.3; App. *BC* 3.31, 40, 43-44; D.C. 45.12.1, 13.4.

⁴¹²² App. *Mith.* 59; Plu. *Sull.* 25.1; Oros. 6.2.11.

⁴¹²³ Plu. *Sull.* 28.1-3; App. *BC* 1.85. Cf. Liv. 85.

⁴¹²⁴ Con la salvedad de que, en esta ocasión, aunque César, finalmente, se sirvió de la confraternización de las tropas, la iniciativa no provino del general romano, sino de los soldados pompeyanos (Caes. *Civ.* 1.74). Cf. Polyaen. 8.23.28.

⁴¹²⁵ Caes. *Civ.* 2.27.2, 29.

⁴¹²⁶ App. *BC* 3.83; D.C. 46.51.2. Aunque en este caso, al igual que sucediera con las tropas de Lucio Afranio y Marco Petreyo, los soldados de Marco Emilio Lépido, sobre todo aquellos que habían combatido en el pasado junto a Marco Antonio, fueron los primeros que se interesaron por la confraternización y por contactar con las tropas de este último.

⁴¹²⁷ D.C. 46.53.3.

⁴¹²⁸ Caes. *Civ.* 3.61.2.

Octaviano⁴¹²⁹, cuando destacaron el goteo ininterrumpido de soldados de Pompeyo y de Marco Antonio que se pasaban cada día a sus correspondientes ejércitos, y como hizo el propio Cneo Pompeyo Magno con ocasión de la desertión de los alóbroges de César, cuando los exhibió orgulloso ante sus hombres como referencia de la hipotética fragilidad en la que, por aquel entonces, se hallaba el ejército cesariano⁴¹³⁰.

Aunque el uso de todas estas maniobras subversivas pudo llegar a tener un aspecto positivo —siempre y cuando aceptemos la posibilidad de que ayudaran a que la guerra acabara antes, en la medida en que mermaron táctica, numérica y psicológicamente a la facción aquejada por la indisciplina de sus tropas y eso le pudo hacer perder su ventaja en la guerra—, lo cierto es que, en términos disciplinarios, la reiteración con la que se suscitó la insurrección acabó fragmentando las bases sobre las que se construyó la tradicional *disciplina militaris* romana. Y es que, no sólo se estimuló la indisciplina desde el interior del propio ejército romano, sino que, además, se promovió y certificó la insurrección de las tropas utilizando para ello algunos de los mecanismos desarrollados, precisamente, para retener y mantener controlado al ejército.

Nos referimos a las *contiones* que Sila⁴¹³¹ y Cinna⁴¹³² convocaron, en 88 y 87 a. C., respectivamente, para influir sobre las tropas y llevarlas contra Roma; a la puesta en escena que Cinna llevó a cabo, en 87 a. C., para ganarse el respaldo de los soldados de Apio Claudio Pulcro⁴¹³³, y que Marco Antonio protagonizó, en 43 a. C., para incitar el cambio de bando de las legiones de Marco Emilio Lépido⁴¹³⁴; y a la utilización partidista que Cinna⁴¹³⁵ y César⁴¹³⁶ hicieron del *sacramentum militiae* cuando, nada más hacerse, en 87 y 49 a. C., con las tropas de Apio Claudio Pulcro y Lucio Domicio Ahenobarbo, respectivamente, administraron un nuevo juramento con el que sellar el cambio de mando, pese a que el primero se había hecho con su nuevo ejército tras haber instigado previamente su levantamiento y a que el segundo se había hecho con las tropas de su rival después de que estas hubieran abandonado a su anterior comandante.

El hecho de que el *sacramentum militiae*, el principal elemento con el que atar a los soldados al ejército romano y recordar a las tropas sus deberes para con Roma, fuera utilizado indiscriminadamente, o bien para confirmar la traición del ejército, o bien como medio con el que soliviantar el levantamiento del mismo —tal y como hizo Sexto Quintilio Varo, en 49 a. C., cuando procuró hacerse con la voluntad de los antiguos soldados de Lucio Domicio Ahenobarbo recordándoles su antiguo juramento militar⁴¹³⁷—, ilustra a la perfección la manipulación que sufrieron algunos de los principales instrumentos de control y cohesión que vimos en el capítulo anterior y el descrédito que experimentó la disciplina militar al final de la República.

⁴¹²⁹ Vell. 2.84.1; D.C. 50.27.8.

⁴¹³⁰ Caes. Civ. 3.61.1.

⁴¹³¹ App. BC 1.57.

⁴¹³² App. BC 1.65.

⁴¹³³ App. BC 1.65-66. Cf. Vell. 2.20.4.

⁴¹³⁴ Plu. Ant. 18.2-4. Cf. Vell. 2.63.1; App. BC 3.83; D.C. 46.51.1-2.

⁴¹³⁵ Vell. 2.20.4; App. BC 1.66.

⁴¹³⁶ Caes. Civ. 1.23.5.

⁴¹³⁷ Caes. Civ. 2.28.2-3.

Dicho desprestigio, impulsado, en primer lugar, por los mismos mandos militares romanos, los cuales se vieron obligados, al mismo tiempo, a tolerar buena parte de los problemas de disciplina del ejército por miedo a que su represión aumentara todavía más su descontento o que implicara, directamente, su defección, fue, definitivamente, espoleado desde las propias instituciones romanas, una vez que hicieron de la indisciplina militar la herramienta perfecta con la que atacar a los rivales políticos de la capital.

El primer ejemplo de ello lo tenemos, en 109 a. C., cuando, al calor de la *quaestio Mamilia*, Cayo Memio y Cayo Mamilio Limetano aprovecharon su oportunidad e hicieron política a costa de las noticias que llegaban desde África sobre la molición de oficiales y soldados y la corrupción del ejército⁴¹³⁸. Para el segundo caso tenemos que esperar hasta el 67/66 a. C., cuando, en plena campaña contra Mitrídates VI, Lúculo tuvo que hacer frente tanto a los problemas de disciplina de su ejército como a la oposición de sus enemigos políticos, los cuales, no sólo consiguieron arrebatarle el mando de la guerra, sino que, además, decretaron el licenciamiento de su ejército y amenazaron con confiscar los bienes de quienes no obedecieran⁴¹³⁹. Finalmente, es, en 44-43 a. C., cuando las instituciones romanas tocaron fondo.

Si el asesinato de César trajo la politización de sus veteranos, una vez que cesarianos y cesaricidas se volcaron por hacerse con su favor, y los movimientos políticos de la capital precipitaron todo tipo de cambios de bando, o bien en beneficio de Marco Junio Bruto y Cayo Casio Longino, tan pronto como se hicieron públicos los decretos del Senado, o bien a favor de los futuros triunviros, después de que Octaviano se hiciera con el consulado, el momento más álgido y en el que se instrumentalizó en mayor medida la indisciplina del ejército vino de parte de Cicerón y del propio Senado.

Entre finales del 44 y principios del 43 a. C., el Arpinate atacó y deslegitimó a Marco Antonio, favoreció a sus rivales, celebró la desertión de sus legiones, animó la indisciplina del resto de su ejército, amenazó a las tropas que le eran leales, e hizo todo lo posible por socavar tanto su mando como su autoridad. De este modo, denostó la imagen pública del futuro triunviro con toda clase de insultos y provocaciones⁴¹⁴⁰; apoyó las intervenciones privadas e ilegales de Décimo Junio Bruto Albino y Octaviano⁴¹⁴¹, y solicitó al Senado que ambos personajes fueran recompensados por haber salvado a Roma de la destrucción a la que, en su opinión, Marco Antonio le hubiera llevado⁴¹⁴²; elogió abiertamente la defección de las legiones de este último e invitó al Senado a que las premiara por ello⁴¹⁴³, propuso el perdón para todos los soldados que en lo sucesivo hicieran lo propio y abandonaran a Marco Antonio, y

⁴¹³⁸ Sal. *Jug.* 27.2, 30-31, 32.1, 40.

⁴¹³⁹ Plu. *Luc.* 33.3-6; App. *Mith.* 90.

⁴¹⁴⁰ Cic. *Phil. passim*; D.C. 45.26, 28, 39.3, 42.1; 46.26.3-6.

⁴¹⁴¹ Cic. *Phil.* 3.3, 7-12, 14, 39; 5.28, 45-46; 10.21; 11.20; Liv. 118; Vell. 2.61.3, 62.1; App. *BC* 3.51; D.C. 45.15.2, 38, 39.1, 42.4; 46.26.3-6, 29.2-6.

⁴¹⁴² Cic. *Fam.* 354.11.7; *Phil.* 3.4, 11, 14; 4.4; 5.6; 14.8; Liv. 118; Vell. 2.61.3, 62.1; App. *BC* 3.51; D.C. 45.15.2, 38, 39.1, 42.4; 46.26.3-6, 29.2-6. Cf. Liv. 119; App. *BC* 3.56, 63; D.C. 45.20.3-4, 23.2, 25.2, 31.2, 34.5-6.

⁴¹⁴³ Cic. *Phil.* 3.6-7, 14, 39; 4.6; 5.2-4, 28, 46, 53; 10.21; 11.20; 12.8, 29; 13.19; 14.31-32, 38; App. *BC* 3.56, 62; D.C. 45.15.2, 38.5, 42.1; 46.26.3-6. Cf. Cic. *Phil.* 7.10; Liv. 119; App. *BC* 3.51, 53, 74; D.C. 46.29.2-6, 38.2.

amenazó a los que todavía le eran fieles con sufrir la persecución del Senado⁴¹⁴⁴; y, por último, condenó públicamente la *decimatio* que Marco Antonio aplicó en Brindisi⁴¹⁴⁵, pese a que, como cónsul y comandante en jefe, estaba en su derecho a responder con la fuerza a la indisciplina del ejército⁴¹⁴⁶, y a que fueron sus hombres los que se movilizaron primero como resultado de las intrigas de Octaviano⁴¹⁴⁷.

Derrotado Marco Antonio en Módena, se reanudó la persecución de todo aquel que siguiera apoyando al futuro triunviro y se recompensó a quienes se enfrentaran a él. Así, mientras que «a todos los que se les acreditó su colaboración con Marco Antonio los colocaron en el bando de los enemigos públicos y les confiscaron sus bienes»⁴¹⁴⁸, y a Marco Emilio Lépido le declararon enemigo público tan pronto como se supo que se había aliado con este último, y se fijó un día para que sus soldados lo abandonaran⁴¹⁴⁹, a Marco Juvencio Laterense se le honró con una estatua y un funeral de Estado por haberse opuesto a la unión de los ejércitos de estos dos últimos comandantes y haberse dado muerte al no haberlo logrado⁴¹⁵⁰.

Lejos de quedarse aquí, entre el final de la guerra de Módena y la marcha de Octaviano sobre Roma⁴¹⁵¹, el Senado reprodujo el mismo *modus operandi* de Cicerón y, tras utilizar al futuro Augusto en su provecho durante su lucha contra Marco Antonio, le apartó progresivamente del poder; actuó en su contra y a favor de Décimo Junio Bruto Albino, a quien honraron como el principal responsable de la derrota de Marco Antonio, pese haber estado asediado en Módena y haber recaído el peso de la contienda en las tropas de Octaviano; e intentó, finalmente, levantarle el ejército, maniobrando en su contra y buscando la defección de la *Martia* y la *III*, justamente las mismas legiones que, meses atrás, Octaviano le había arrebatado a Marco Antonio con sus intrigas⁴¹⁵².

Si la constitución del Triunvirato y la posterior derrota de los cesaricidas devolvió cierta calma a la República, y, salvo con ocasión de los problemas que se originaron, en 41-40 a. C., a raíz de los repartos de tierra, cuando se vivió un nuevo intento de politización del ejército, no se apeló desde las instituciones a la insubordinación de los soldados, la muerte de Sexto Pompeyo y la caída en desgracia de Marco Emilio Lépido hicieron que la antigua rivalidad entre Octaviano y Marco Antonio se reavivara, y que el primero, a instancias del Senado, empleara sobre el segundo el mismo procedimiento con el que ya le habían atacado en el pasado. Así, en 32 a. C., tras privar a Marco Antonio del consulado para el que había sido designado, se decretó la «inmunidad y elogios» para todos aquellos que, militando en sus filas, lo abandonaran⁴¹⁵³. Una vez

⁴¹⁴⁴ Cic. *Phil.* 11.37; 13.3; 14.27; App. *BC* 3.62-63; D.C. 45.42.1; 46.29.4, 31.2. Cf. Cic. *Phil.* 5.28-29; Liv. 119; App. *BC* 3.53, 56; D.C. 46.39.3.

⁴¹⁴⁵ Cic. *Phil.* 3.4, 10; 4.4; App. *BC* 3.56; D.C. 45.35.3.

⁴¹⁴⁶ App. *BC* 3.56.

⁴¹⁴⁷ Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; App. *BC* 3.31-43; D.C. 45.12-13.

⁴¹⁴⁸ D.C. 46.39.3.

⁴¹⁴⁹ Liv. 119; D.C. 46.51.4.

⁴¹⁵⁰ D.C. 46.51.3-4.

⁴¹⁵¹ Entre mayo y agosto del 43 a. C.

⁴¹⁵² Liv. 119; Vell. 2.62.5; App. *BC* 3.86; D.C. 46.40, 41.1, 42.3.

⁴¹⁵³ D.C. 50.4.4.

más, la historia se repetía de nuevo y, una vez más, la indisciplina se iniciaba desde fuera del ejército.

Más allá de los habituales problemas de disciplina del ejército, lo más destacado del final de la República fue el comportamiento impropio y desacertado que las autoridades políticas y militares romanas manifestaron. Si, tal y como hemos visto, la conducta de las tropas no fue muy diferente ni en objetivos ni en reivindicaciones a lo observado en épocas anteriores, y la insurrección del ejército se desarrolló en torno a una serie de causas y conforme a un nivel de organización y violencia que, en absoluto, se ajusta a las críticas con las que, convencionalmente, se ha retratado al ejército romano tardorrepblicano, no podemos decir lo mismo de la actitud de los mandos políticos y militares romanos. Mientras que los principales *imperatores* del periodo hicieron lo imposible con tal de confirmar la lealtad de sus legiones y hacerse con la voluntad de las del enemigo, hasta el punto de tolerar la indisciplina de las primeras y provocar la defección de las segundas, desde la capital la reacción no fue mucho mejor, aprovechándose, según la circunstancia, de los problemas de disciplina de las tropas, utilizando a su favor la indisciplina de los soldados y promoviendo en su beneficio la insurrección del ejército.

Que los responsables de guardar y proteger la disciplina militar fueran los primeros en socavar con su capricho los principios fundamentales sobre los que se levantó la célebre *disciplina militaris* romana originó, posiblemente, más problemas internos y más incertidumbre e inseguridad que la propia indisciplina del ejército, la cual, por otra parte, ni propició el cambio político ni precipitó el declive de la República, sino que, en la mayoría de los casos, sirvió a las tropas para, o bien mejorar su actual situación militar y/o económica, o bien escapar del servicio militar o de una situación particularmente adversa, o bien reivindicar el cumplimiento de la palabra dada y la entrega de todas las promesas.

Esto no significa, no en vano, que no se le pueda responsabilizar al ejército de sus actos, que no se sirviera en algunos casos de la violencia, que todas sus reclamaciones fueran legítimas, que no pudiera haber tenido un comportamiento más adecuado o que su actitud no hubiera alentado nuevos disturbios y problemas. Simplemente, significa que, en lugar de explicar la ruptura de la disciplina militar a través de la supuesta pérdida de valores en la que, teóricamente, incurrieron las legiones al final de la República, o de explicar la caída del régimen republicano por medio de la estereotipación del soldado romano tardorrepblicano, debemos analizar el problema en su conjunto, valorar en qué medida las tropas tuvieron una conducta diferente a lo acontecido en el pasado, contemplar de qué manera pudo influir el contexto de enfrentamiento interno en la extensión de la insurrección del ejército, y aceptar la realidad de que aquellos que alertaron sobre la desaparición de la antigua *militia* cívica romana y advirtieron del surgimiento de ejércitos antipatriotas y mercenarios fueron los primeros que, en cuanto pudieron, no dudaron en politizar al ejército e instrumentalizar a su favor la indisciplina de los soldados.

CONCLUSIONES FINALES

Con el objetivo de valorar el comportamiento que tuvo el soldado romano al final de la República y reinterpretar la imagen del ejército romano de la época, a lo largo de nuestro trabajo hemos presentado y rebatido todos aquellos mitos historiográficos sobre los que, tradicionalmente, se ha construido la crítica del soldado romano tardorrepublicano.

El primero de ellos ha sido la idealización de la antigua *militia* cívica romana. Formado por ciudadanos-soldados capaces de costearse su propia panoplia, el primitivo ejército romano ha sido ampliamente sobrestimado al considerar que sus miembros representaban el paradigma ideal de cómo debía ser todo buen soldado romano desde un punto de vista socioeconómico, cívico y moral. Y es que, de acuerdo con el pensamiento clásico romano, el ciudadano-soldado de los primeros siglos, además de poseer el nivel de riqueza requerido para servir en el ejército, disponía de las cualidades civiles y morales necesarias para ser digno de confianza⁴¹⁵⁴. Esta percepción, elaborada sobre la base de que tanto el poder adquisitivo como el origen social eran lo que conferían a los *adsidui* la superioridad moral de la que *proletarii* y *capite censi* carecían, se vio reforzada por la creencia de que, de todos los ciudadanos con recursos suficientes para entrar en las legiones, eran los naturales del medio rural los que mejor representaban los valores romanos.

La presunción de que este tipo de ejército (patriota, cívico y desinteresado) ayudó al éxito bélico romano, en la medida en que contaba con soldados que, por encima de todo, buscaron el bienestar de Roma y no su propio beneficio, se extendió hasta tal punto que, en lo sucesivo, la antigua milicia cívica romana se convirtió, para la mayoría de autores clásicos y modernos, en el modelo en el que comparar el grado de desviación de los ejércitos romanos posteriores.

Esta circunstancia se hizo cada vez más evidente a partir del siglo II a. C., una vez que se extendió la sospecha de que el binomio campesino-soldado había entrado en crisis. La extensión de las campañas militares, así como del tiempo de servicio más allá de lo ordinario, junto a la pérdida de la principal fuente de ingresos y el deterioro del campo, provocaron el supuesto empobrecimiento de los *adsidui* y que la composición del ejército se viera afectada como consecuencia del empeoramiento de las condiciones socioeconómicas del campesino-soldado y de la pérdida de capital humano fruto de la sobremortalidad de la guerra. A partir de este razonamiento, da comienzo el segundo mito historiográfico, la “proletarización” del ejército romano tardorrepublicano.

La hipotética reducción del número de ciudadanos con derecho a portar armas, sumada a la disminución gradual de la cualificación mínima de propiedad para participar en el ejército y al aumento del número de *proletarii*, originó, según la

⁴¹⁵⁴ Sal. *Cat.* 9-12; V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Gel. 16.10.10-11; Vegetio *Epitoma Rei Militaris* 1.7; Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Marín y Peña, 1956: 51; Gruen, 1974: 366, 371; Gabba, 1975: 19; Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 446; Walters, 1997: 38; McDonnell, 2006: 241-292; Cosme, 2007: 55-56; Phang, 2008: 6; Goldsworthy, 2011: 49; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Subirats, 2013: 28; Gracia, 2014-2015: 37; Goldberg, 2016: 158; Sage, 2018: 273.

historiografía tradicional, la degradación del sistema militar romano y la “proletarización” de su ejército al incluir entre sus miembros a elementos del cuerpo cívico cada vez más pobres⁴¹⁵⁵. La entrada en las legiones de individuos que, al no poseer nada, tampoco tenían nada que perder, hizo que, conforme al discurso clásico, cambiara tanto la mentalidad como las motivaciones de los nuevos soldados. Desde entonces, se atribuye al soldado romano una actitud mucho más materialista e interesada que en el pasado, al considerar que sólo se movía por la perspectiva de obtener un generoso botín de guerra⁴¹⁵⁶, y se empieza a cuestionar el patriotismo de las tropas, al plantear la posibilidad de que se hubiera producido una pérdida general de los antiguos valores cívicos romanos⁴¹⁵⁷.

Sin embargo, es a raíz del *dilectus* del 107 a. C. cuando la teoría a favor de la “proletarización” de las legiones ganó fuerza y se intensificaron los ataques contra el ejército de la tardorrepública. A partir de esta fecha, se responsabiliza a Cayo Mario de ser el culpable de prácticamente todos los males del ejército. De esta forma, se le acusa de acabar con el habitual sistema de conscripción y de favorecer en su lugar la incorporación de voluntarios, la mayoría de ellos *proletarii* y *capite censi*; de abolir los tradicionales requisitos de fortuna necesarios para ingresar en el ejército; y de suscitar tanto la pauperización como la profesionalización de las legiones, lo primero al prescindir de los antiguos criterios timocráticos que habían guiado hasta entonces la composición y la organización del ejército, y lo segundo al dar comienzo al definitivo proceso de uniformización y estandarización de las tropas.

Para una parte de la historiografía clásica y moderna, la entrada masiva en el ejército de individuos procedentes de los sectores más desfavorecidos de la sociedad propició la degeneración automática de las armas romanas⁴¹⁵⁸. La razón de ser de esta teoría se halla, tal y como explicamos en su momento, en la opinión de que el ejército romano se terminó transformando para sus nuevos miembros en una salida económica y en una forma de vida, perdiendo de esta manera el carácter cívico de antaño en beneficio de una suerte de “profesionalismo” militar en el que la mentalidad aparentemente desinteresada de la vieja milicia ciudadana se sustituyó por una conciencia mucho más mezquina y oportunista.

⁴¹⁵⁵ Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 366-367; Nicolet, 1980: 93; Roldán, 1996: 35; Pina Polo, 1999: 63; Potter, 2004: 81; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 210-211.

⁴¹⁵⁶ Plb. 10.17.1; Bouquie, 1884: 98; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Brand, 2019: 211; Ferrer, 2019: 89.

⁴¹⁵⁷ Cic. *Mur.* 19-21; Sal. *Cat.* 9-12; *Jug.* 84.3; 85.3, 10; Marín y Peña, 1956: 51-52; Harmand, 1969: 63; Brunt, 1971: 396-397; David, 1992: 157-171; Guillén, 1994: 447, 455; Roldán, 1996: 33; Keppie, 1998: 58; McCall, 2002: 118-123; Morstein-Marx, 2004; Lendon, 2005: 231; Erdkamp, 2006b: 50; McDonnell, 2006: 247; 2011: 35-36; De Blois, 2007a: 169; Johnston, 2008; Rosenstein, 2008: 1-26; 2016: 114-130; Blösel, 2011: 55-80; Sage, 2015-2016: 40; Gauthier, 2016: 113-114. Cf. McDonnell, 2006: 241-292; Gracia, 2014-2015: 37.

⁴¹⁵⁸ Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1951: 171-272; 1975: 21-22, 24, 28-29; 1990: 691-695; Marín y Peña, 1956: 52-54; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371; Nicolet, 1980: 92-93; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 50-51; Hildinger, 2002; Lendon, 2005: 230; Mackay, 2009: 84, 97; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 32; Cadiou, 2018: 410.

A partir de aquí, se empieza a hablar de la existencia de soldados “mercenarios”, de tropas que se venden al mejor postor, y de ejércitos “personales” y/o “privados”⁴¹⁵⁹. El soldado romano tardorrepblicano es caracterizado por su supuesta avaricia y su enorme ambición, se critica su carácter voluble y caprichoso, así como su falta de escrúpulos y su deslealtad, y se convierte al ejército de finales de la República en una turba inestable y traidora, en un ejército rebelde, sedicioso y revolucionario⁴¹⁶⁰.

Afortunadamente, son numerosas las voces que, en los últimos años, se han alzado en contra de todos estos supuestos y han criticado tanto la idea de que el primitivo ejército romano fuera el adalid cívico, moral y disciplinado que la historiografía tradicional nos ha hecho creer como que el ejército de la tardorrepública fuera un cuerpo militar compuesto, en exclusiva, por la peor calaña de la ciudadanía romana, voluntario, clientelar y, profundamente, indisciplinado.

Un cambio tan radical en el origen social de los soldados no está, en absoluto, demostrado, y tampoco se tienen evidencias de que se abolieran los requisitos de propiedad necesarios para entrar en las legiones, que se prescindiera del convencional sistema de conscripción y que el ejército romano se formara a partir de voluntarios y pobres. En la actualidad, se tiende a restar importancia al *dilectus* del 107 a. C. y a retrasar en el tiempo los cambios y las transformaciones que, por lo general, se han atribuido a Cayo Mario.

De este modo, cada vez son más los historiadores que apuestan por la continuidad, que descartan la idea de que a finales del siglo II a. C. se produjera un punto de inflexión irreversible e irreparable, y que defienden la creencia de que el reclutamiento obligatorio continuó hasta el final de la República y que ni la proletarianización ni el voluntariado definieron al ejército romano de la época⁴¹⁶¹. Igualmente, se ha rechazado la teoría de que la extensión de la ciudadanía romana y la posterior incorporación a las legiones de nuevos ciudadanos romanos hubiera ocasionado el distanciamiento entre las tropas y la capital, así como la aparición de tropas desleales y antipatriotas⁴¹⁶², y que los ejércitos romanos del momento fueran simples marionetas en manos de los principales *imperatores* de su tiempo⁴¹⁶³.

⁴¹⁵⁹ Cf. Bouquie, 1884: 254, 257, 259-260; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gabba, 1973a: 26, 61; 1975: 20, 22, 24-26; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; Erdkamp, 2006a: 291; 2006b: 50; Cagniat, 2007: 80-85; De Blois, 2007a: 164, 169; Phang, 2008: 3; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

⁴¹⁶⁰ Cf. *Sal. Cat.* 12.2; 53.4-5; *Jug.* 86.3; *App. BC* 2.2, 120, 141-142; 3.42, 48, 88; 5.13, 15, 17-18, 25; *D.C.* 43.18.1-2; 45.12.1-2; 46.26.5; 47.17.5; Bouquie, 1884: 257; Andrieux, 1927: 11-12; Gruen, 1974: 366, 369, 371; Roldán, 1996: 53, 57; Keppie, 1998: 42; Cosme, 2007: 55.

⁴¹⁶¹ Cf. Brunt, 1962: 75; 1971: 391-415; Gabba, 1975: 19; Keppie, 1998: 43, 55; Pina, 1999: 64; Cosme, 2007: 54; Keaveney, 2007: 94; Cadiou, 2018: 120, 267-268, 395; Sage, 2018: 272; Brand, 2019: 213-215.

⁴¹⁶² Cf. Smit, 1958: 69; Harmand, 1967: 286; 1969: 65; Gabba, 1975: 26; De Blois 1987: 12; Patterson 1993: 107; Roldán, 1996: 57; Keppie, 1998: 48; Erdkamp 2006a: 294; Alston 2007: 183; Machado, 2017: 17; Cadiou, 2018: 414-419; Brice, 2020c: 119-120.

⁴¹⁶³ Cf. Bouquie, 1884: 254, 256-258; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Gabba, 1975: 20, 22, 24-26, 28; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 56-57; Keppie, 1998: 43, 48-49; Pina Polo, 1999: 64-65; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230-231; De Blois, 2007a: 164; Phang, 2008: 3;

El ejército romano del siglo I a. C. siguió siendo, en su mayor parte, el mismo ejército heterogéneo del pasado, compuesto, fundamentalmente, por ciudadanos romanos, y respaldado por aliados y auxiliares. Lo más probable es que las tropas procedieran de localidades distintas (sobre todo, una vez que la ciudadanía romana se extendió a toda Italia y las legiones se abrieron a los habitantes de las provincias), que los soldados poseyeran orígenes socioeconómicos distintos y que estos fueran un reflejo de las diferencias sociales y económicas que había en la propia Roma, y que al final de la República aumentara la presencia de veteranos en las legiones como consecuencia de la extensión de las campañas militares y de las nuevas exigencias bélicas asociadas a los enfrentamientos internos del periodo.

Ahora bien, incluso aceptando la tesis acerca de la “proletarización” del ejército romano sería absurdo pensar que la llegada a las legiones de individuos procedentes de los estratos más bajos de la sociedad romana dio lugar a un ejército menos cívico e indisciplinado. El carácter levantisco de un colectivo nunca debería ser valorado ni por el origen social ni por el índice de renta de sus miembros. Es más, sería un grave error por nuestra parte creernos una explicación tan vaga, reducir el problema de la indisciplinada de las tropas a una cuestión socioeconómica, creer que si los soldados se acabaron levantando al final de la República fue porque ya no se sentían ligados a Roma y sólo se movían por la ambición de enriquecerse, y despreciar cualquier otro supuesto y escenario que nos pudiera aportar una explicación más plausible y coherente.

La complejidad del periodo objeto de estudio requiere por nuestra parte un esfuerzo de comprensión mucho mayor, abordar el problema desde presupuestos que no se limiten ni al ámbito de lo político ni al campo de lo socioeconómico, y examinar la conducta de las tropas precisamente desde aquello que más se le ha criticado, su falta de disciplina y su naturaleza rebelde.

Para tal fin, hemos revisado un tercer mito historiográfico más, el de la tradicional disciplina militar romana. A lo largo del segundo capítulo, hemos sido testigos de cómo en torno a la célebre *disciplina militaris* los romanos, no sólo construyeron parte de su identidad cultural, sino que, además, reivindicaron su superioridad política, militar e, incluso, moral, al considerarla un rasgo definitorio y definitivo del pueblo romano, así como la razón por la que el Estado romano logró imponerse a todos sus enemigos.

No obstante, que la disciplina militar fuera una parte tan relevante de la cultura romana y un elemento tan característico de ella no fueron motivos suficientes para que se estableciera durante la República una suerte de código o reglamento militar con el que regular el funcionamiento interno del ejército y proporcionar a las autoridades políticas y militares romanas los recursos legales necesarios con los que mantener el orden en el interior del ejército.

El hecho de que Roma no contara con una legislación militar propia y específica con la que combatir la falta de disciplina de las tropas, hizo que la tradición heredada y la experiencia acumulada adquirieran una especial importancia a la hora de establecer los referentes y principios “legales” en torno a los cuales los soldados y los

Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Cadiou, 2018: 55, 66; Ferrer, 2019: 86; Brand, 2019: 212; Brice, 2020b: 47.

comandantes romanos debían regirse si querían obrar y comportarse con respecto a lo que se esperaba de ellos. En este sentido, fue la transmisión de *exempla* el medio escogido para proyectar al resto de la *ciuitas Romana* los valores que todo soldado y general romanos debían poseer durante el tiempo que durara su permanencia en el ejército.

Gracias al estudio de varios de estos modelos de comportamiento, hemos podido conocer de primera mano cómo debía actuar todo buen *imperator* romano. A este respecto, hemos visto cómo la severidad de los primeros tiempos dio paso a un perfil menos agresivo, y cómo la relación entre soldado y comandante no se limitó, ni mucho menos, ni a la mera sumisión de los primeros ni al empleo sistemático de la violencia por parte de los segundos. Si bien todo general romano debía procurarse la confianza y el respeto de sus hombres, para llevar a cabo este propósito no era necesario el uso indiscriminado de la fuerza. Por el contrario, debía demostrar ser uno más y que también estaba sujeto a la dureza y a las restricciones del servicio militar; debía preocuparse por el estado físico de sus soldados, que sus tropas recibían el adiestramiento adecuado y que cada uno de los integrantes del ejército ocupaba su puesto y guardaba su lugar de combate; y debía, finalmente, estimular tanto el valor como la moral de sus hombres, y asegurar el bienestar material de su ejército.

La suma de todos estos “deberes” no tenía por qué implicar que los generales romanos tuvieran que plegarse ante la voluntad y los deseos de sus tropas, que tuvieran que ser condescendientes con sus soldados o que tuvieran que tolerar la indisciplina de sus hombres. Simplemente, significaba que, si el comandante romano de turno quería granjearse la simpatía de su ejército y mejorar la cohesión social del mismo, debía evitar mostrarse arrogante y debía esforzarse por buscar el equilibrio entre afecto y severidad.

En otro orden de ideas, el examen de los conceptos asociados al término romano *disciplina militaris* —junto al conocimiento de las características que todo buen general romano debía poseer, así como el análisis de las disposiciones que determinados comandantes romanos, como Marco Porcio Catón, Lucio Emilio Paulo y Publio Cornelio Escipión Emiliano, llevaron a cabo para restablecer el orden en el interior del ejército, y la existencia de *exempla* extraídos directamente de las propias filas del ejército— nos ha permitido conocer cómo debía ser el comportamiento ideal de todo buen soldado romano tanto dentro como fuera del campo de batalla.

Si, en el primer capítulo, vimos cómo la valía del soldado romano estaba determinada por su origen social y su nivel de riqueza, así como por su moral y su aspecto físico, en el segundo capítulo observamos cómo el soldado romano debía demostrar su *virtus*, luchar con coraje, no huir frente al enemigo, no temer al dolor o a la muerte, demostrar su hombría, y estar dispuesto a todo, incluso de morir, por el bien de Roma. Sin embargo, de poco o nada servía todo este alarde de valor si el soldado romano no era capaz de aplacar su *furor*, se dejaba llevar por su *temeritas*, no mejoraba su *temperantia* o no trabaja su *oboedientia*. Y es que, de igual modo que debía hacer gala de su valentía y honor, debía saber actuar con prudencia y autocontrol, debía refrenar sus instintos más primarios, ser obediente y disciplinado.

La necesidad de que las tropas asumieran todos estos rasgos y que, al mismo tiempo, se siguiera trabajando tanto la eficacia táctica como la cohesión interna de la

legión, llevó al desarrollo y puesta en marcha de un elaborado y complejo conjunto de instrumentos con los que reforzar el control operativo y social de las legiones, disciplinar a los soldados y alentar la adhesión del ejército. Nos referimos a la puesta en marcha de un amplio programa ideológico que, extraído de la tradición y cultura romanas, permitiera a las autoridades políticas y militares romanas servirse de los mecanismos necesarios con los que confirmar la inclusión del *civis Romanus* en el *exercitus imperatus*, proveer a la legión de un mínimo de uniformidad y coherencia interna, mejorar la formación de las tropas, mantener ocupados a los soldados, estimular la fidelidad del ejército y mantener a raya el carácter subversivo de los hombres. Hablamos, cómo no, del *sacramentum militiae*, de los *signa militaria*, de la instrucción y el entrenamiento, de la realización de trabajos y tareas cotidianas, y del sistema de castigos y recompensas.

La confirmación de todos estos elementos nos ha permitido refutar el tópico de que el sistema disciplinario romano se mantuviera, principalmente, a través del castigo y la represión, tal y como nos han hecho creer las fuentes clásicas con la proliferación de relatos como los de Aulo Postumio Tuberto y Tito Manlio Imperioso Torcuato, y percibir que, gracias a la existencia de todos estos mecanismos de control y cohesión, se pudo salvar, hasta cierto punto, el problema de la ausencia de una obra legislativa con la que regular la vida en el ejército.

No obstante, esto no significa ni que la indisciplina militar no se siguiera manifestando ni que el régimen disciplinario romano no tuviera ciertos “límites” y “fallos”.

Aunque, inicialmente, la implementación de todos estos estímulos e incentivos permitieron perfeccionar tanto la efectividad bélica del ejército romano como la capacidad de reacción de las autoridades políticas y militares romanas, el hecho de que la *disciplina militaris* reposara, fundamentalmente, sobre la tradición heredada y el conocimiento adquirido, y que los principales referentes políticos, militares, sociales y morales procedieran, especialmente, de determinados *exempla* del pasado, impidió una respuesta homogénea y coordinada, y que, en su lugar, fueran la arbitrariedad y el libre albedrío lo que acabaran determinando tanto las formas como los medios escogidos para combatir y refrenar la indisciplina del ejército.

Esta circunstancia, en un contexto de fuerte inestabilidad sociopolítica y graves problemas de orden interno, como el que se vivió al final de la República, coadyuvó, tal y como explicamos en nuestro tercer y último capítulo y seguidamente recordaremos, a que los medios utilizados para controlar y cohesionar a las tropas perdieran eficacia como resultado del deterioro de la cohesión táctica y el debilitamiento de la cohesión vertical que se produjo fruto de la conducta negligente y poco apropiada que tuvieron muchos de los principales líderes políticos y militares romanos del periodo al tolerar la indisciplina de sus hombres e incentivar la insurrección de los soldados rivales.

El hecho de que la legendaria *disciplina militaris* romana, no sólo tuviera sus límites y defectos, sino que, también, fuera continua y repetidamente violada durante toda la República, nos ha llevado a analizar las distintas formas en las que la indisciplina militar hizo acto de presencia en el ejército romano tardorrepublicano. El objetivo de esta última parte de nuestra investigación ha sido desmontar el último mito

historiográfico que nos faltaba, aquel que presentamos en el primer capítulo y que defendía la existencia de un ejército mercenario, antipatriota y revolucionario.

Desde el momento en el que a las tropas sólo se les ha reconocido su capacidad para satisfacer sus intereses materiales, todo levantamiento protagonizado por el ejército romano ha sido concebido como un acto egoísta y subversivo de los soldados y como un intento más por erosionar las bases del régimen republicano. Este tipo de razonamiento, no sólo nos ha impedido conocer las verdaderas causas detrás del descontento de los soldados, así como las razones por las que las tropas decidieron romper su *sacramentum militiae* y desafiar la autoridad de sus respectivos mandos militares, sino que, también, ha provocado que, con el paso del tiempo, se termine imponiendo una interpretación poco creíble y extraordinariamente sesgada de cómo fue el soldado romano tardorrepblicano.

Aunque la indisciplina militar acompañó desde siempre al ejército romano y el Estado romano no dejó de sufrirla durante toda su existencia, el inusual número de insurrecciones identificadas al final de la República ha servido de pretexto para confirmar que el ejército de la época tuvo un carácter mucho más rebelde y malicioso que en el pasado. De poco o nada ha servido señalar que tal proliferación de ejemplos se debió a lo excepcional del periodo y al ambiente de enfrentamiento interno que se vivió en el siglo I a. C., y que si hoy contamos con una información tan detallada de lo ocurrido, no se debe a lo novedoso de las formas en las que la indisciplina tuvo lugar, sino a la enorme cantidad de fuentes que han logrado sobrevivir hasta nuestros días⁴¹⁶⁴.

Así las cosas, sólo nos ha quedado desmentir el discurso clásico por medio del examen del “fenómeno de la insurrección”. A tal efecto, hemos analizado un total de doscientos ochenta y nueve episodios de indisciplina, entre insurrecciones “principales” (sesenta y ocho) y “secundarias” (doscientas veintiuna), siendo las primeras las que más información nos han proporcionado y las que, por tanto, hemos empleado como principal referencia a la hora de extraer nuestras conclusiones.

Si nos fijamos en las causas que originaron la indisciplina del ejército, nos percatamos de que la motivación económica, aunque importante, no se manifestó en los mismos términos que estamos acostumbrados a leer en las fuentes clásicas. Si bien no podemos negar el hecho de que, en determinadas ocasiones, ciertas unidades militares, como los “fimbrianos”, expresaron una especial debilidad por lo estrictamente material, y que dicha predilección les hizo comportarse inadecuadamente, anteponiendo la expectativa de enriquecerse a todo lo demás, ese no fue el comportamiento general que tuvo el ejército romano de la época.

Ni podemos reducir la cuestión económica a la avaricia de las tropas ni podemos dar por buena la teoría de que cada vez que los soldados se levantaron fue como consecuencia de su deseo de obtener un cuantioso botín de guerra. Al aceptar este planteamiento, no sólo estamos asumiendo implícitamente que las tropas no fueron capaces de generar por sí mismas otros intereses y anhelos, sino que, además, estamos perdiendo la oportunidad de desenmarañar los verdaderos problemas socioeconómicos que arrastró el ejército. Y es que, la mayoría de las veces que se alzó el ejército romano

⁴¹⁶⁴ Cf. Brice, 2014: 128; 2020d: 248, 260, 265.

por motivos económicos lo hizo para reclamar todo aquello que se le debía y no se le había proporcionado. Sus protestas, presiones y amenazas no buscaron desestabilizar a la República, sino recordar a sus mandos militares que todavía no habían cumplido con su palabra tras años de servicio ininterrumpido; tal y como vimos, por ejemplo, cuando las tropas se amotinaron frente a Cayo Julio César y Octaviano, en 49 y 47 a. C., y, en 36, 35 y 31-30 a. C., respectivamente.

La insistencia con la que los soldados presionaron y se amotinaron como resultado de la falta de determinación de sus comandantes a la hora de hacer efectivos los pagos retrasados y las bonificaciones prometidas, nos alerta de la existencia de un grave problema estructural y de la vulnerabilidad en la que se hallaban las tropas si no conseguían durante su tiempo de permanencia en el ejército cubrir todas sus necesidades materiales. La incompetencia del Senado en el momento de gestionar la cuestión de los veteranos y de ofrecer a las tropas una salida digna que les facilitara su reincorporación a la vida civil y les asegurara su futuro económico, no sólo ocasionó nuevos problemas —sobre todo durante los repartos de tierra, tal y como vimos, en 41-40 a. C., con los veteranos de Marco Antonio y Octaviano—, sino que, además, facilitó el acercamiento entre las tropas y sus generales.

Dicho encuentro, si bien no tuvo por qué dar lugar a ninguna clase de ejército “clientelar”, “privado” o “personal”, tal y como ha sostenido una parte importante de la historiografía moderna⁴¹⁶⁵, sí que provocó en los soldados una mayor preocupación por ver satisfechas sus demandas monetarias, y que esa inquietud se convirtiera en un mayor nivel de exigencia y en un mayor grado de movilización en favor de ver cumplidas todas sus reivindicaciones materiales.

Sin embargo, no podemos admitir que, por todo ello, el soldado de la tardorrepública fuera un soldado “mercenario”, carente de escrúpulos y capaz de venderse al mejor postor con tal de ver cumplidas todas sus peticiones pecuniarias. Desde un punto de vista socioeconómico, el soldado del siglo I a. C. no fue muy diferente al de periodos anteriores. Mantuvo las mismas preocupaciones e intereses que su predecesor y esperó, al igual que este, tanto el pago regular de sus emolumentos como una parte proporcional del botín de guerra. La principal diferencia con respecto a su antecesor está en que, a diferencia de este último, al soldado de finales de la República le tocó vivir un periodo marcado por la guerra civil, y que fue, precisamente, ese contexto de enfrentamiento interno lo que terminó marcando tanto su personalidad como su comportamiento.

No nos estamos refiriendo con esto a que el soldado romano buscara o estimulara con sus actos el conflicto interno, o que se regocijara con la situación de inestabilidad en la que se sumergió la República al final de sus días, sino que, al calor de los constantes cambios políticos de la capital, se vio obligado a adaptar su lealtad al devenir de los

⁴¹⁶⁵ Bouquie, 1884: 254; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Gabba, 1975: 20, 22, 24-26; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; De Blois, 2007a: 164; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

acontecimientos. El mejor ejemplo de ello lo hallamos al estudiar el elemento político detrás de la insurrección del ejército.

Si bien no negamos la posibilidad de que las tropas llegaran a desarrollar durante la República una suerte de conciencia política y que los soldados, no sólo tuvieran un conocimiento de la política de su tiempo muy superior al estimado, sino que, además, llegaran a identificarse política o ideológicamente con alguno de los bandos en liza, lo cierto es que, a tenor de lo analizado en el tercer capítulo, la adhesión del ejército no dependió tanto de la afinidad política o ideológica de sus miembros como del sentimiento de seguridad física y material que los soldados podían percibir si servían bajo un determinado general. Es decir, si examinamos los cambios de bando habidos durante el periodo, así como los distintos episodios de insurrección en los que el componente político y/o constitucional hizo acto de presencia, advertimos que no fue la conciencia política de las tropas lo que hizo que estas últimas desertaran, cambiaran de facción o se mantuvieran en su mismo bando, sino que fueron las expectativas de salvar una situación comprometida o asegurarse un retiro digno, así como la entrega de todo lo adeudado, lo que determinó, en última instancia, la lealtad del ejército.

De esta forma, ni podemos aislar el elemento político del resto de condicionantes endógenos y exógenos a los que se vio sometido el ejército ni creemos que las tropas discriminaran, por lo general, entre las distintas opciones de gobierno que cada una de las facciones decía representar. En la mayoría de los casos, se escogió bando por necesidad. Así, por ejemplo, fue la precariedad de la que dimos cuenta anteriormente cuando comentamos las dificultades a las que se vieron sometidos los soldados recién licenciados, y no su pensamiento político y/o ideológico, lo que determinó la mayoría de los cambios de bando que tuvieron lugar entre los años 44 y 43 a. C. En función de las noticias que llegaban desde la capital, las tropas optaron por asistir a uno u otro bando, no porque se sintieran especialmente identificadas con una facción en particular, sino porque, a raíz de los decretos del Senado, de la llegada de Octaviano al poder y de la posterior constitución del Triunvirato, fue cambiando tanto la percepción de legitimidad que los soldados tenían de cada bando como su sensación de inseguridad al considerar que, según a qué facción apoyaran, podría peligrar tanto su seguridad personal como su bienestar material.

Lejos de acabar aquí, el “fenómeno de la insurrección” no se limitó a cuestiones de orden político y económico, habiendo otras causas y motivaciones detrás de la indisciplina del ejército. Así, hemos sido testigos de la relevancia que el elemento militar, físico, psicológico y personal tuvo en la conducta de los soldados. Hablamos de factores que, aunque por sí mismos nos fueron capaces de originar la ruptura de la disciplina militar, sí que tuvieron la capacidad de provocar el malestar y la desafección del ejército, así como de crear el caldo de cultivo necesario para la irrupción de la indisciplina si varios de estos factores se combinaban entre sí, o si desde el exterior del ejército se incitaba la defección de las tropas.

Si, desde un punto de vista militar, la falta de éxito en la consecución de un determinado objetivo bélico, una derrota reciente, la amenaza directa de un ejército rival, el estallido cercano en el tiempo de algún tipo de insurrección o el recelo hacia las dotes de mando del *imperator* responsable de conducir la contienda, fueron algunos de

los motivos que llevaron a los soldados a desconfiar tanto de sus opciones de victoria como del liderazgo de sus respectivos mandos; y, desde un punto de vista físico, la severidad de la campaña, el rigor del clima y de las interminables marchas, la dureza del servicio militar, la falta de víveres y de toda clase de recursos, y la brutalidad de la batalla, fueron algunas de las causas detrás del desgaste físico de las tropas; desde un punto de vista psicológico, el miedo a morir en combate, la presencia de malos augurios, el dolor de haber padecido una reciente y angustiosa derrota, la indiferencia hacia una determinada empresa militar y el agotamiento de continuar en el ejército pese haber superado ampliamente el tiempo ordinario de servicio, fueron algunas de las situaciones que más afectaron al ánimo de los soldados; y, desde un punto de vista personal, el deseo de salir con vida de una situación desesperada, el anhelo de retornar a casa, el sentimiento de venganza, la sensación de abandono o el rencor hacia un determinado general, fueron algunos de los estímulos detrás de la insubordinación del ejército.

Tal y como se puede apreciar, ni podemos reducir la indisciplina del ejército a la ambición de las tropas ni podemos seguir manteniendo la falsa creencia de que siempre que se sublevaron los soldados lo hicieron con fines revolucionarios. Si tomamos como referencia las principales razones que motivaron el desagrado de los soldados y las reivindicaciones de las tropas, nos percatamos de que las aspiraciones de los soldados fueron mucho más terrenales de lo esperado, y que, en ningún momento, las tropas ambicionaron ni hacerse con el control del Estado romano ni socavar los cimientos del régimen republicano. Por el contrario, la indisciplina del ejército tardorrepblicano fue promovida por las mismas fuerzas que en el pasado impulsaron la mayoría de los episodios de desobediencia e insurrección de la idealizada milicia cívica romana: escapar de una situación militar particularmente adversa, evitar el enfrentamiento armado, deshacerse del mando de un determinado comandante romano, abandonar el servicio militar, regresar a sus hogares, reclamar la soldada y las promesas no abonadas, etc.

Ahora bien, dado que los ataques contra el soldado romano tardorrepblicano no se limitaron ni a las razones de su indisciplina ni a los objetivos de sus acciones, sino que, también, se cuestionaron sus métodos, se condenó su violencia y se alertó de las consecuencias que indujeron sus actos, a lo largo del tercer capítulo hemos estudiado tanto las formas en las que se materializó la indisciplina de las tropas como el grado de organización de los soldados y las posibles consecuencias que trajo la insurrección del ejército.

Frente a la creencia generalizada de que las tropas utilizaron la violencia como principal medio de expresión de su descontento, lo cierto es que la mayoría de los episodios analizados fueron incruentos. De las sesenta y ocho insurrecciones “principales” examinadas, veinticuatro fueron violentas; treinta y una fueron pacíficas; once se desarrollaron, en parte, de manera violenta y, en parte, de forma pacífica; y de dos no tenemos información al respecto. En su mayor parte, los principales actos de violencia registrados tuvieron lugar, por un lado, entre el comienzo de la guerra de los aliados y el final de la guerra civil entre silanos y cinnanos, y, por el otro, entre la fase final del enfrentamiento entre cesarianos y pompeyanos y la etapa final de la guerra

civil entre cesarianos y cesaricidas. Es decir, de las veinticuatro insurrecciones violentas identificadas, quince de ellas ocurrieron durante los conflictos civiles arriba indicados y sólo cuatro tuvieron lugar en un contexto de guerra externa.

Quedémonos con este último dato, ya que, no sólo se concentraron la mayoría de las insurrecciones violentas durante los principales periodos de enfrentamiento interno, sino que, también, tuvieron lugar para las mismas fechas la inmensa mayoría de los episodios de indisciplina detectados. Que la ruptura de la *disciplina militaris* coincidiera en el tiempo con las diferentes fases en las que se manifestó la guerra civil en el siglo I a. C. nos da una idea de la influencia que pudo tener el contexto histórico en el comportamiento del ejército. Y es que, la lucha política de la capital, junto a los graves problemas de orden interno y la fuerte inestabilidad del momento, no sólo favoreció la ruptura de la cohesión social y la pugna política y militar por el control del ejército, sino que, también, contribuyó a que creciera el número de insurrecciones, sobre todo en lo que a desertiones y cambios de bando se refiere, y a que las tropas expresaran su descontento por medio de métodos violentos.

A este respecto, si la inseguridad política coadyuvó a generar una atmósfera más caótica e inestable, y a que este ambiente de incertidumbre y desconcierto se acabara instalando en el ejército —lo que a la postre pudo promover un aumento de la indisciplina militar y que esta fuera más difícil de controlar, tal y como vimos, por ejemplo, en 41-40 a. C., durante los disturbios que protagonizaron los veteranos de Marco Antonio y Octaviano—, la violencia que por aquel entonces se encontraba presente en la *Vrbs* asistió al ejército de las mismas formas agresivas y violentas que desde hacía tiempo se estaban empleando en Roma, llevando al ejército la violencia típica de las instituciones y las calles romanas y haciendo que las tropas terminaran reproduciendo los mismos métodos violentos que se estaban usando en la capital. Un ejemplo de ello lo tenemos en los asesinatos que, en 89, 88, 85 y 84 a. C., acabaron con las vidas de Aulo Postumio Albino, Quinto Pompeyo Rufo, Lucio Valerio Flaco y Lucio Cornelio Cinna, respectivamente. En todos estos casos, el ejército replicó lo que en la capital era cada vez más frecuente, la eliminación física de toda oposición política.

No obstante lo anterior, la violencia no dependió, únicamente, de la influencia del contexto sociopolítico, siendo clave a tal efecto tanto el tipo de insurrección como la capacidad de organización del ejército.

En virtud de la forma en la que la indisciplina hiciera acto de presencia en el ejército y del grado de organización de las tropas, la insurrección pudo ser más o menos violenta. Así, por ejemplo, mientras que manifestaciones como la molicie, la ociosidad, la relajación de la disciplina, la pereza, la desertión y el cambio de bando, no implicaron, generalmente, violencia; y la avaricia, la corrupción, la cobardía, las quejas, protestas y presiones, y la desobediencia, tampoco fueron, salvo excepciones, necesariamente violentas; hubo otras formas de indisciplina, como el abuso de poder, la violencia sobre la población y/o el territorio recién conquistado, las amenazas, las conspiraciones, los asesinatos, las agresiones físicas, los disturbios y las revueltas, que fueron, genuinamente, violentas.

Pero, sin embargo, fue la capacidad de organización de las tropas lo que terminó definiendo el nivel de violencia del ejército. A mayor grado de movilización,

coordinación y planificación menor tasa de violencia. Y, por el contrario, conforme más impulsiva e improvisada fuera la reacción del ejército mayor índice de violencia entrañarían sus actos. Así, por ejemplo, expresiones como el motín, tan frecuentes al final de la República, tal y como hemos podido comprobar, fueron más o menos violentas en función de la organización de las tropas y de los apoyos con los que contara el ejército. Hecho que nos permite afirmar que, aunque hubo ciertas manifestaciones inequívocamente violentas, otras muchas, tradicionalmente etiquetadas también como violentas, en realidad, no lo fueron como tal, dependiendo, en último lugar, de la capacidad de movilización de los soldados y de los apoyos que estos últimos tuvieran tanto dentro como fuera del ejército.

Respecto a esto último, debemos señalar que las tropas no ganaron autonomía y libertad de acción hasta muy tarde en el tiempo y que, si bien los soldados fueron capaces de aprovechar su disposición en el campamento para congregarse y entablar reuniones y conversaciones secretas, debatir sobre su situación, escoger a sus líderes e interlocutores, contactar con sus oficiales más cercanos y aprovechar la cadena de mando para formular sus quejas y reivindicaciones —tal y como hicieron, por ejemplo, los hombres de Lucio Licinio Lúculo, en 68 a. C.—; y que, incluso, fueron capaces de actuar por su cuenta y riesgo, intercambiando mensajeros, organizando embajadas y delegaciones, y enviando emisarios —tal y como hicieron, entre el 43 y el 42 a. C., las tropas de Marco Antonio y Marco Emilio Lépido, los soldados de Quinto Cecilio Baso y la guarnición de Roma, y los hombres de Marco Junio Bruto, respectivamente—, en la mayoría de los casos dependieron, esencialmente, o bien del respaldo de centuriones y tribunos militares, si la insurrección se había originado desde el interior del ejército, o bien de la asistencia de otros generales romanos rivales, si la insurrección se había impulsado desde el exterior del mismo.

Esto no quiere decir que el ejército romano no fuera capaz de crear un espíritu de cuerpo propio y definido, sino que, tal y como ya explicamos, dicho *esprit de corps* ni fue el principal aglutinante detrás de la movilización de las tropas ni hizo que los soldados se comportaran como un grupo al margen del resto de la sociedad civil romana. Si bien no podemos negar el hecho de que, al final de la República, los soldados —y, más concretamente, los veteranos— perfeccionaron tanto su organización como su cohesión social, mejoraron la comprensión de su tiempo y aprendieron cuándo debían levantarse y cómo debían movilizarse —lo que, probablemente, les ayudó a mejorar su eficacia, a que sus insurrecciones fueran menos violentas e improvisadas, y a que sus objetivos fueran mucho más específicos y concretos—, no podemos aceptar, no obstante, que esta clase de “crecimiento personal” suscitara en el soldado romano tardorrepblicano un sentimiento sedicioso y/o revolucionario.

Aunque el poder político de las tropas fue, potencialmente, muy real, este no acabó de articularse como tal y nunca llegó a suponer una verdadera amenaza para la seguridad del Estado romano. Tal y como nos recuerda Gruen (1974: 384), «el ejército romano estaba formado por individuos interesados en el beneficio y la mejora social; no era una fuente de sentimiento revolucionario». Debemos romper, por consiguiente, con la presunción de que todo soldado indisciplinado fue un soldado antipatriota, porque no es para nada cierta.

Aunque, de acuerdo con Chrissanthos (1999: 208), «el motín proporcionó al soldado romano una poderosa herramienta para mejorar sus condiciones de servicio», debemos acotar tanto su alcance como su influencia, puesto que, en contra de lo que este mismo autor afirma, los motines ni permitieron a las tropas alterar dramáticamente el curso de los acontecimientos ni permitieron a los soldados convertirse en un poder *de facto* dentro del Estado romano⁴¹⁶⁶. Una vez analizados los principales episodios de indisciplina protagonizados por las tropas, nos cercioramos de que, tal y como nos sugiere Brice (2020a: 48-49), los motines ni se concibieron como revueltas contra el Estado romano ni buscaron el derrocamiento del régimen republicano, siendo, más bien, un fenómeno mucho más restringido. Y es que, debemos entender que los soldados se amotinaron contra sus generales, no contra la propia Roma⁴¹⁶⁷.

Pese a que, tal y como hemos comentado más arriba, no dudamos de que el soldado de la tardorrepública fuera capaz de desarrollar una suerte de conciencia política, esta no fue la causa de su indisciplina⁴¹⁶⁸. En contra de lo que sostiene Potter (2004: 83), la indisciplina del ejército no fue una consecuencia de la política romana o una manera con la que luchar contra la política conservadora del Senado. De igual modo, ni podemos considerar al ejército como una “fuerza política” al uso ni podemos admitir la idea de que el ejército comenzara a tomar verdaderas iniciativas políticas al final de las guerras civiles, tal y como afirman, por ejemplo, Gabba (1975: 28-29), Roldán (1996: 53), Cosme (2007: 66, 75) y Brand (2019: 214). En tal sentido, creemos que la tesis a favor de que, al final de la República, el soldado romano «se dio cuenta de su potencial latente» y pudo «iniciar y dictar la política» de su tiempo, tal y como defiende Keaveney (2007: 98), no se sostiene si tenemos en consideración el papel que desempeñó el elemento político e ideológico en la conducta del ejército.

El carácter rebelde e indisciplinado de los soldados no puede interpretarse, tal y como hace Brand (2019: 214), como una etapa más de la tendencia a la «acción independiente y violenta» que el ejército romano habría manifestado desde sus orígenes y que las guerras civiles del siglo I a. C. habrían potenciado todavía más «en la búsqueda de fines políticos internos y destructivos»⁴¹⁶⁹. Aun aceptando el supuesto de que las tropas sólo hubieran sido «leales a sí mismas», tal y como este mismo autor reconoce, esto no convertiría al ejército romano en un ejército revolucionario, habida cuenta de que, en ningún momento, demostró poseer una actitud propiamente revolucionaria.

En nuestra opinión, el ejército romano tardorrepblicano no fue, en sí mismo, un ejército revolucionario. Pudo ser revolucionario el comportamiento del comandante romano que utilizó al ejército para fines personalistas o pudo ser revolucionario el fin

⁴¹⁶⁶ En opinión de Chrissanthos (1999: 208): «It has long been acknowledged that the soldiers were a factor in the Roman Revolution. However, no one has recognized that it was mutiny which allowed the soldiers to become such an influential factor. As demonstrated by the events at Brundisium, mutinies permitted the soldiers to dramatically alter the course of Roman history and to become the predominant power in the Roman state». Cf. Roldán, 1996: 53; Lendon, 2005: 231; Cosme, 2007: 66; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 18.

⁴¹⁶⁷ Cf. Brice, 2014: 128.

⁴¹⁶⁸ Cf. Brice, 2020d: 248.

⁴¹⁶⁹ Cf. Gabba, 1975: 28-29; Lendon, 2005: 231; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 18.

que se persiguió alcanzar con el uso partidista del ejército —tal y como sucedió, por ejemplo, en 88 a. C., cuando Lucio Cornelio Sila tomó las legiones de Nola y marchó sobre la capital—, pero no el ejército como tal.

Sería más interesante por nuestra parte concebir la indisciplina como una respuesta natural, puntual y concreta de las tropas ante un determinado estímulo, problema o situación desfavorable, y no como un problema endémico de un ejército inestable, desobediente y malicioso. De esta manera, la insurrección serviría a los soldados de “válvula de escape”, de instrumento con el que liberarse de los problemas del ejército y buscar una solución eficaz con la que salvar una situación de gran inestabilidad y vulnerabilidad internas.

Asimismo, debemos precisar que dicha “válvula de escape” ni sirvió de base para la creación de una nueva ideología ni el ejército de la tardorrepública llegó a defender un planteamiento ideológico alternativo. Por mucho que, en los últimos años, se haya hablado en términos de “acción colectiva”, “solidaridad de grupo” y “conciencia colectiva”⁴¹⁷⁰, y que, incluso, se haya identificado en el ejército de finales de la República un “espíritu de acción independiente”⁴¹⁷¹, así como una “mentalidad y una libertad de pensamiento y de acción”, también independientes⁴¹⁷², lo cierto es que debemos matizar tanto la dimensión como el significado real de todos estos conceptos y no dejarnos llevar por la falsa creencia de que el ejército romano llegó a desarrollar algo parecido a una “conciencia de clase”.

La lucha del soldado romano fue una lucha individual y, salvo excepciones, nunca se extendió al resto de unidades y legiones del ejército. Aunque era habitual que los miembros de una misma unidad compartieran unos intereses y preocupaciones comunes, su lucha nunca fue colectiva, en el sentido de que rara vez traspasó los límites de la unidad de referencia y, mucho menos, se extendió al resto del ejército romano en su conjunto. Es, justamente, esta falta de vinculación lo que evitó que las tropas se convirtieran en una amenaza real para la República y lo que impidió que el ejército romano tardorrepblicano, pese a haber mejorado su cohesión social y haber desarrollado a lo largo de los años un *esprit de corps* cada vez más fuerte y estable, se transformara en el ejército sedicioso y revolucionario del que nos hablan las fuentes.

Descartado, desde un punto de vista político, el carácter antipatriota y subversivo del ejército, fijémonos ahora en las consecuencias militares y económicas que pudo traer la indisciplina de los soldados.

Desde un punto de vista militar, fueron más graves las consecuencias habidas durante las guerras externas que las producidas durante los enfrentamientos civiles. Mientras que, en un contexto de guerra externa, la indisciplina del ejército favoreció la derrota romana, que la guerra se estancara y se extendiera en el tiempo más allá de lo esperado, que la posición de Roma en la región se viera comprometida, y que se concedieran nuevos mandos militares, así como un poder desmesurado a nuevos y ambiciosos generales; en un contexto de guerra interna, la insurrección del ejército no tuvo consecuencias particularmente dañinas para la salvaguarda del Estado romano,

⁴¹⁷⁰ Machado, 2017; 2023.

⁴¹⁷¹ Messer, 1920: 171, 174.

⁴¹⁷² Chrissanthos, 1999: 33, 43, 88, 197, 206.

perjudicando, por el contrario, a las opciones de victoria del bando afectado por la indisciplina de sus hombres, bien al provocar una reacción en cadena y la proliferación de nuevos episodios de insurrección, bien al ocasionarle la pérdida de la ventaja táctica.

Por último, desde un punto de vista socioeconómico, fueron más relevantes las consecuencias derivadas de la necesidad de cumplir con la palabra dada y satisfacer las promesas de dinero y tierra hechas a los soldados, que la propia desobediencia del ejército. La necesidad de mantener intacta la lealtad de las tropas y evitar su defección, llevó a los principales *imperatores* del periodo a luchar entre sí por el favor del ejército y a recurrir para ello a la promesa de entregar a los soldados todo tipo de dádivas y bonificaciones económicas con tal de garantizar, no sólo la adhesión del propio ejército, sino, también, la voluntad del ejército rival. La regularidad con la que se recurrió a esta clase de sobornos y promesas, hizo que la pugna por granjearse la fidelidad del ejército se convirtiera en una auténtica subasta pública —tal y como ocurrió, en 44 a. C., cuando las tropas de Marco Antonio, al corriente de las promesas y de las gratificaciones económicas que había realizado y pagado Octaviano a los antiguos veteranos de César, esperaron que su comandante mejorara la oferta de lo que el futuro Augusto estaba dispuesto a pagar por ellas—, y a que la mayoría de los generales de la época fueran incapaces de hacer frente, en tiempo y forma, a todas las “deudas” que habían contraído con sus hombres. Esta situación, no sólo originó nuevos disturbios y enfrentamientos, y que los soldados se levantaran en más de una ocasión, sino que, también, acabó perjudicando a las bases socioeconómicas de Italia, sobre todo a raíz de los repartos de tierra.

Llegado a este punto, sólo nos quedaría presentar nuestras reflexiones en torno al comportamiento que las autoridades políticas y militares romanas tuvieron frente a la insurrección del ejército.

En lo que respecta a los medios utilizados para controlar y reprimir la indisciplina militar, observamos cómo los mandos militares romanos mantuvieron una actitud predominantemente conservadora y cómo, en la mayoría de los casos en los que tuvieron tanto la capacidad como los recursos para actuar, no sólo aplicaron todos los mecanismos con los que, tradicionalmente, se había actuado ante la falta de disciplina de las tropas, sino que, además, desplegaron algunos nuevos.

De este modo, tras asegurarse de que contaba, o bien con la asistencia de sus centuriones y tribunos militares, así como de otros oficiales del ejército y miembros de su *consilium*, o bien con el respaldo de soldados de su confianza, el comandante romano de turno, en función de las necesidades del momento y de la gravedad de la situación, podía corregir la desobediencia de sus hombres, actuando sobre la raíz del problema, ejercitando a los soldados en toda clase de tareas y trabajos, así como entrenando y formando a las tropas y eliminando del ejército todo tipo de distracciones; podía recordar a sus hombres su sagrado *sacramentum militiae* y sus obligaciones como ciudadanos y soldados de Roma, y amenazarles con aplicar la “ley militar”; podía reunir al ejército en una *contio* y exhortar, amonestar, castigar y/o recompensar a sus tropas con arreglo a cómo había sido su comportamiento; podía retener la voluntad del ejército a través de la concesión de honores y bonificaciones, así como de la promesa de recompensas futuras; podía reforzar el juramento militar a partir de la administración de

algún tipo de *iusiurandum*; podía apelar a la competencia entre legiones o al espíritu de cuerpo del ejército; podía aislar, alejar, dividir, disolver y/o licenciar a las tropas que considerase rebeldes o a las recién incorporadas de otros ejércitos rivales; podía poner en práctica una elaborada puesta en escena e influir emocionalmente sobre sus hombres a través de ella; podía aislar a su ejército de la influencia del enemigo, haciendo sonar las trompetas o controlando la correspondencia de los soldados; podía reforzar su posición y liderazgo, luchando en guerras externas y acuñando su propia moneda; podía degradar a sus soldados, licenciarlos con deshonor u obligarles a que realizasen trabajos humillantes y de baja condición; podía intervenir en medio de la batalla, si la insurrección había tenido lugar durante el combate, y animar, retener y/o amenazar a sus tropas; podía utilizar los estandartes; o podía, directamente, hacer uso de la fuerza.

Aunque la mayoría de estos medios fueron utilizados indistintamente, el empleo de la violencia estuvo fuertemente condicionado tanto por el contexto bélico como por los apoyos con los que podía contar el comandante romano. De esta forma, castigos colectivos, como la *decimatio*, que podían poner en riesgo la cohesión social del ejército, fueron más comunes utilizarlos en conflictos externos que internos, ya que se corría el riesgo de que provocaran el malestar del ejército y que las tropas se terminaran pasando al bando contrario, tal y como le ocurrió a Marco Antonio, en 44 a. C., cuando, poco después de aplicar una *decimatio* atenuada, perdió a dos de sus legiones.

Adicionalmente, se podía perseguir la indisciplina del ejército desde la capital. Aunque esta práctica no fue lo más habitual, era un recurso que, usado correctamente, podía complementar las medidas implementadas desde el interior del ejército, así como corregir los fallos del sistema y servir de última línea de defensa ante la falta de disciplina de los soldados. De esta manera, se investigó, en 109 a. C., hasta dónde había llegado la corrupción del ejército romano estacionado en Numidia; se procesó, en 89 a. C., a Cayo Ticio como principal responsable del intento de asesinato de Lucio Porcio Catón; se envió, en 88 a. C., a los pretores Marco Junio Bruto y Servilio con órdenes de impedir el avance de Sila sobre Roma; y se condenó, durante la década de los setenta, por un delito de lesa majestad a Marco Atilio Bulbo y Cayo Estayeno.

Sea como fuere, el final de la República nos dejó una reveladora información. Y es que, pese a que la capacidad de reacción de las autoridades políticas y militares romanas fue alta, llegándose a intervenir sobre la insurrección del ejército en cuarenta y ocho de las sesenta y ocho insurrecciones “principales” detectadas, la efectividad de los medios empleados fue muy limitada, llegándose a imponer los soldados en treinta y ocho de sus levantamientos. Esta situación se agudiza todavía más durante los periodos de enfrentamiento interno. De los dieciséis casos registrados en los que se dejó sin reprimir la indisciplina del ejército, quince de ellos tuvieron lugar en un contexto de guerra civil, y solamente uno de ellos se dio durante un conflicto externo.

Si bien podríamos pensar que este bajo índice de éxito a la hora de reprimir la indisciplina militar se debió a la capacidad organizativa de las tropas y a su habilidad en el momento de sortear las medidas de detección, control y represión implementadas por las autoridades políticas y militares romanas, lo cierto es que, aunque las tropas mejoraron al final de la República tanto su cohesión interna como su coordinación, el hecho de que, salvo en casos muy concretos en los que el ejército demostró poseer una

alta capacidad de movilización, su nivel de organización dependiera, o bien del respaldo de centuriones y tribunos militares, o bien del amparo de otros generales romanos, hizo que el ejército no supusiera un verdadero freno y que el fracaso a la hora de conservar la *disciplina militaris* no fuera tanto mérito de los soldados como demérito de las autoridades romanas competentes.

Por otra parte, aunque en el transcurso de nuestro trabajo se han presentado los posibles riesgos de carecer de una obra legislativa con la que regular el funcionamiento interno del ejército y gestionar los problemas de disciplina de las tropas de una manera homogénea y coordinada, no creemos que la existencia de un código militar hubiera cambiado sustancialmente la situación que se vivió al final de la República; máxime en un momento de la historia de Roma en el que la lucha interna y el debilitamiento de las instituciones políticas romanas hicieron que la ley se transgrediera tan repetidamente⁴¹⁷³.

Sí que es cierto, no obstante, que, desde nuestro punto de vista, la falta de una referencia legal a la que acudir en el momento de aplicar la disciplina militar pudo privar a las autoridades políticas y militares romanas de una respuesta común, formal y sistemática con la que combatir la indisciplina en el ejército; pudo contribuir a generar todavía más inseguridad e incertidumbre de las ya habidas; y pudo, finalmente, favorecer el desarrollo de una actitud cada vez más condescendiente y que, por todo ello, aumentara la arbitrariedad a la hora de condenar la indisciplina militar.

Todo esto se pone especialmente de manifiesto durante los periodos de enfrentamiento interno, cuando la indisciplina militar, no sólo fue tolerada, sino que, también, fue instigada por quienes tenían la responsabilidad de reprimirla.

Si, a lo largo de la tardorrepública, la politización del ejército y el uso de las tropas con fines personalistas y para los cuales ni habían sido reclutadas ni habían sido entrenadas fue una práctica, relativamente, frecuente —tal y como vimos, por ejemplo, cuando Lucio Cornelio Sila, Lucio Cornelio Cinna, Cayo Julio César y Octaviano, utilizaron al ejército como herramienta de venganza personal y medio con el que acceder al poder, en 88, 87, 49 y 43 a. C. respectivamente; y, cuando, Cayo Mario⁴¹⁷⁴, Marco Emilio Lépido⁴¹⁷⁵, Cneo Pompeyo Magno⁴¹⁷⁶, Marco Licinio Craso⁴¹⁷⁷, Cayo Julio César⁴¹⁷⁸ y Octaviano⁴¹⁷⁹, emplearon a sus hombres como instrumento con el que influir en la política romana y/o presionar a favor de la concesión o prolongación de algún mando militar—, no fue hasta las guerras civiles cuando se dio un paso más y se comenzó a instrumentalizar la indisciplina del ejército.

⁴¹⁷³ «Souvent les entreprises du despotisme ou les situations d'anarchie des états amènent des excès analogues, que les lois, violées par ceux qui leur ont les premiers juré fidélité, deviennent impuissantes à contenir et à réprimer» (Bouquie, 1884: 172). Cf. Sage, 2008: 251; Brand, 2019: 215.

⁴¹⁷⁴ En 108 (Sal. *Jug.* 65.4-5; cf. Sal. *Jug.* 73.3, 7; 82.2; 84.1; 85.10; Plu. *Mar.* 28.7) y 101 a. C. (App. *BC* 1.29-30).

⁴¹⁷⁵ En 77 a. C. (App. *BC* 1.107).

⁴¹⁷⁶ En 77 (Plu. *Pomp.* 17.3-4), 70 (App. *BC* 1.121) y 59 a. C. (Plu. *Pomp.* 48.1-2).

⁴¹⁷⁷ En 70 a. C. (App. *BC* 1.121).

⁴¹⁷⁸ En 56 (Plu. *Crass.* 14.6-7; *Pomp.* 51.4-5; D.C. 39.31.2) y 50 a. C. (Plu. *Pomp.* 58.1; D.C. 40.44.1-3, 60.1).

⁴¹⁷⁹ En 32 a. C. (D.C. 50.2.5).

Tal y como hemos podido comprobar, la necesidad de imponerse en la guerra llevó a los principales *imperatores* de la época a servirse de toda clase de artimañas y subterfugios con tal de granjearse la lealtad de los soldados rivales. A tal efecto, se infringieron todos los límites habidos y por haber, hasta el punto de sobornar a soldados y oficiales, introducir propaganda subversiva, infiltrar agentes externos... Todo era lícito y todo era válido si se podía sacar algún tipo de ventaja de la insurrección del ejército enemigo. Esta circunstancia hizo que la sofisticación por captar a las tropas rivales, no sólo llevara a los generales romanos a servirse de sus propios hombres para que se mezclaran y confraternizaran con los del enemigo, haciendo de la táctica del *colloquium* una peligrosa herramienta con la que subvertir toda clase de voluntades, sino que, también, se utilizaron algunos de los mecanismos con los que, tradicionalmente, se había retenido al ejército y se había combatido la indisciplina de las tropas. El hecho de que se empleara, por ejemplo, el *sacramentum militiae*, el principal elemento con el que vincular al soldado a la legión y recordarle sus obligaciones militares, para, o bien incitar el cambio de bando, tal y como hizo Sexto Quintilio Varo, en 49 a. C., o bien confirmar la defección de un ejército rival, tal y como hicieron Lucio Cornelio Cinna y Cayo Julio César, en 87 y 49 a. C., respectivamente, nos da una idea de la bajeza a la que se llegó al final de la República con tal de sacar un mínimo de ventaja en la guerra.

La reiteración con la que se manipularon ciertos instrumentos de control y cohesión y se espoleó la indisciplina en el ejército, provocó que los medios a disposición de las autoridades políticas y militares romanas perdieran efecto, lo que explicaría el bajo índice de insurrecciones “principales” reprimidas con éxito, y que las bases sobre las que se levantó la legendaria *disciplina militaris* romana se terminaran deteriorando, lo que explicaría, en parte, tanto el incremento en el número de insurrecciones como el desprestigio que sufrió la disciplina militar al final de la República.

Dicho descrédito, fomentado, en primer lugar, desde la jerarquía del mismo ejército, fue, en última instancia, avivado por las propias instituciones romanas tan pronto como se concibió la posibilidad de obtener rédito político de la indisciplina de las tropas. Si, en 109 a. C., Cayo Memio y Cayo Mamilio Limetano se aprovecharon de la falta de disciplina del ejército de Numidia para atacar a sus rivales políticos de la capital; y, en 67/66 a. C., se obstaculizó desde Roma el mando de Lucio Licinio Lúculo, arrebatándole la dirección de la guerra en Oriente, decretando el licenciamiento de su ejército y amenazando a las tropas que no obedecieran los decretos del Senado; en 44 y 43 a. C., se produjeron los peores casos de manipulación e instrumentalización de la indisciplina militar.

El mejor ejemplo de ello lo hallamos en la persecución que sufrió Marco Antonio. Entre finales del 44 y principios del 43 a. C., el Senado, con Cicerón a la cabeza, no sólo deslegitimó a quien por aquel entonces era cónsul de Roma y amparó a sus rivales políticos, sino que, además, apoyó las maniobras subversivas de Octaviano, condenó el intento de Marco Antonio por restablecer el orden en su ejército, celebró la desertión de dos de sus legiones y recompensó a las tropas que lo habían abandonado, alentó nuevas insurrecciones, y amenazó a los soldados que todavía le eran leales.

A partir de este momento, surge una nueva forma de discriminar entre buenos y malos soldados. Si en los dos primeros capítulos vimos cómo el origen social, el nivel de renta, el aspecto físico, el lugar de procedencia, la experiencia acumulada, la actitud durante la batalla, el coraje, el autocontrol, la diligencia y la austeridad, entre otros muchos rasgos y atributos, fue lo que determinó para los romanos cómo debía ser un buen soldado romano, en el tercer y último capítulo hemos visto cómo, por encima de todas estas características, lo que más se valoró en la etapa final de la República fue el grado de connivencia de las tropas para con quien se creía con el derecho de dictaminar cuál debía ser la política del Senado.

Así las cosas, entre el 44 y el 43 a. C., fue Marco Tulio Cicerón quien se arrogó el derecho de dictaminar quién debía ser considerado un buen soldado romano⁴¹⁸⁰. De esta forma, mientras que aquellos que satisfacían sus intereses eran considerados “hombres extraordinarios y ciudadanos muy valientes y amigos de la República”⁴¹⁸¹, aunque hubieran roto su juramento militar y hubieran infringido la *disciplina militaris*, los que rechazaban su parecer y servían a sus enemigos políticos eran calificados como «hombres libidinosos, insolentes, desvergonzados, deshonestos, jugadores, borrachos»⁴¹⁸², pese haberse mantenido fieles a su comandante.

En lo sucesivo, mientras que la fidelidad de las tropas se vio fuertemente condicionada por las decisiones políticas del Senado, tanto la lealtad del ejército como la indisciplina de los soldados fueron utilizadas indistintamente como armas arrojadas con las que atacar a los rivales políticos de la capital. De este modo, se usó el mismo *modus operandi* empleado contra Marco Antonio para atacar a Marco Emilio Lépido, una vez que este último se unió, finalmente, a Marco Antonio, en 43 a. C.; Octaviano, después de que el Senado lo hubiera utilizado, entre el 44 y el 43 a. C., en su lucha contra el futuro triunviro y ya no lo considerase de utilidad; y, una vez más, Marco Antonio, cuando el futuro Augusto le declaró la guerra a Cleopatra, en 32 a. C., y, por extensión, a su antiguo compañero en el Triunvirato. Naturalmente, en todos estos ejemplos se incitó también la rebelión del ejército.

Que los principales responsables de velar por la disciplina militar fueran los primeros en romper las reglas del juego y en utilizar en su favor la insurrección del ejército originó, en nuestra opinión, más problemas de legitimidad y más desconcierto e inestabilidad que la propia indisciplina de las tropas, la cual, tal y como ya hemos expuesto, ni se diferenció en objetivos y reclamaciones a lo observado en épocas pasadas ni precipitó la desaparición de la República. Por el contrario, si por algo destacó el siglo I a. C. fue por el comportamiento impropio y desafortunado de las autoridades

⁴¹⁸⁰ «En consecuencia, los hay buenos a los que debemos honrar, o neutrales a los que debemos mantener vivos, o impíos, contra cuyo furor hemos emprendido una guerra y unas armas justas» (Cic. *Phil.* 11.37). Cf. Liv. 119; App. *BC* 3.53, 56, 62-63; D.C. 45.42.1; 46.29.2-6, 31.2, 39.3.

⁴¹⁸¹ Cic. *Phil.* 3.4, 6-7, 10, 39; 4.6; 5.2-4, 28, 46, 52; 10.21; 11.20, 37; 12.8, 29; 13.19; 14.27. Cf. App. *BC* 3.53, 56, 62, 74; D.C. 45.15.2, 35.3, 38.5, 42.1; 46.26.3-6.

⁴¹⁸² Cic. *Phil.* 3.35. Cf. Cic. *Phil.* 11.37; 13.3.

políticas y militares romanas, quienes llegaron a promover hasta veinte de las sesenta y ocho insurrecciones “principales” detectadas⁴¹⁸³.

Ahora bien, esto no significa que no podamos responsabilizar al ejército de sus actos. Simplemente, significa que, en lugar de explicar la ruptura de la disciplina militar o la caída del régimen republicano mediante la estereotipación del soldado romano tardorrepblicano, tal y como se ha venido haciendo hasta ahora, debemos comprender que el “fenómeno de la insurrección” fue un fenómeno mucho más complejo y variado de lo que, habitualmente, se nos ha explicado; aceptar la realidad de que las tropas no tuvieron una conducta muy diferente a la del pasado, que el soldado de la tardorrepública no se movió, únicamente, por pura maldad o ambición, y que el ejército romano del siglo I a. C. nunca llegó a ser ese ejército mercenario, antipatriota y revolucionario del que tanto se nos ha hablado; reconocer que la disciplina se transgredió tanto desde las bases del propio ejército como desde lo más alto de la jerarquía política y militar romanas, que si las tropas se beneficiaron del contexto de enfrentamiento interno y de su fuerza y número para mejorar sus condiciones económicas y de servicio, sus líderes políticos y militares no se quedaron atrás e hicieron todo lo necesario con tal de sacar ventaja en la guerra y posicionarse por encima de sus rivales; y admitir que los mismos que alertaron sobre la desaparición de los tradicionales valores cívicos romanos y la degeneración de la antigua *militia* cívica romana fueron los primeros en beneficiarse de la indisciplina militar y en instrumentalizar en su provecho la insurrección del ejército.

En conclusión, esperamos haber demostrado con nuestra investigación que, pese al consenso con el que, comúnmente, se ha defendido la existencia al final de la República de un ejército revolucionario, tal ejército nunca llegó a existir, siendo, por el contrario, un mito historiográfico con el que se ha pretendido explicar la supuesta desaparición de la figura del ciudadano-soldado romano y la hipotética degeneración en la que incurrió el ejército romano tras la llegada de Cayo Mario al poder y la teórica “proletarización” de las legiones. Si bien la estereotipación del soldado romano tardorrepblicano nos ofrece una explicación historiográfica satisfactoria, en el sentido de que permite a los historiadores modernos responder a la pregunta de por qué el régimen republicano terminó colapsando, desde un punto de vista disciplinario, no hay evidencia de que el soldado de la tardorrepública se comportara de una manera, particularmente, sediciosa. Y es que, si nos fijamos en los principales episodios de indisciplina en los que participó el ejército, no hay nada que nos invite a pensar en ese sentido. Ni las causas de su indisciplina ni las motivaciones de sus actos ni las reivindicaciones de sus revueltas nos hablan de un ejército revolucionario, siendo este término una construcción artificial y, profundamente, arbitraria que debemos empezar a desechar en favor de una comprensión mucho más amplia y menos sesgada de un colectivo, el ejército romano tardorrepblicano, del que todavía tenemos mucho que aprender.

⁴¹⁸³ De esas veinte insurrecciones, la mitad fueron instigadas entre los años 44 y 30 a. C. El balance es mucho mayor si contamos las insurrecciones impulsadas desde el interior del ejército gracias a la colaboración de oficiales romanos.

FINAL CONCLUSIONS (ENGLISH VERSION)

With the aim of assessing the behaviour of the Roman soldier at the end of the Republic and reinterpreting the image of the Roman army of the time, throughout our work we have presented and refuted all those historiographical myths on which, traditionally, the criticism of the late Republican Roman soldier has been based.

The first of these has been the idealisation of the ancient Roman civic *militia*. Formed by citizen-soldiers able to afford their own panoply, the early Roman army has been widely overestimated as its members represented the ideal paradigm of what a good Roman soldier should be like from a socio-economic, civic and moral point of view. And the fact is, in accordance with classical Roman thinking, the citizen-soldier of the first centuries, as well as possessing the level of wealth required to serve in the army, had the civil and moral qualities necessary to be trustworthy⁴¹⁸⁴. This perception, built on the assumption that both purchasing power and social origin were that gave the *adsidui* the moral superiority that the *proletarii y capite censi* lacked of, was strengthened by the belief that, of all the citizens with sufficient resources to join the legions, it was the rural natives who best represented Roman values.

The presumption of this type of army (patriotic, civic and disinterested) helped the Roman success in war, insofar as it had soldiers who sought above all else the welfare of Rome and not their own profit, was so widespread that henceforth the ancient Roman civic *militia* became, for most classical and modern authors, in the model against which to compare the degree of deviation of later Roman armies.

This became increasingly evident from the 2nd century BC onwards, once the suspicion spread that the peasant-soldier binomial had entered into crisis. The extension of the military campaigns and the length of service beyond the ordinary, together with the loss of the main source of income and the deterioration of the countryside, led to the supposed impoverishment of the *adsidui*, and the composition of the army was affected as a consequence of the worsening socio-economic conditions of the peasant-soldier and the loss of human capital as a result of the over-mortality of the war. Based on this reasoning, the second historiographical myth begins, the “proletarianisation” of the late Republican Roman army.

The hypothetical reduction in the number of citizens entitled to bear arms, together with the gradual decrease of the minimum property qualification for participation in the army and the increase in the number of *proletarii*, led, according to traditional historiography, to the degradation of the Roman military system and the “proletarianisation” of its army by including among its members increasingly poorer

⁴¹⁸⁴ Sal. *Cat.* 9-12; V. Max. 2.3.1; Plu. *Mar.* 9.1; Gel. 16.10.10-11; Vegetio *Epitoma Rei Militaris* 1.7; Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Marín y Peña, 1956: 51; Gruen, 1974: 366, 371; Gabba, 1975: 19; Nicolet, 1980: 92; Guillén, 1994: 446; Walters, 1997: 38; McDonnell, 2006: 241-292; Cosme, 2007: 55-56; Phang, 2008: 6; Goldsworthy, 2011: 49; Knapp, 2011: 196-198, 227-231; Subirats, 2013: 28; Gracia, 2014-2015: 37; Goldberg, 2016: 158; Sage, 2018: 273.

elements of the civic corps⁴¹⁸⁵. The entry into the legions of individuals who having nothing, also had nothing to lose, changed both the mentality and the motivations of the new soldiers in accordance with classical discourse. Since then, the Roman soldier has been attributed with a much more materialistic and self-interested attitude than in the past, as he was only motivated by the prospect of obtaining a generous spoil of war⁴¹⁸⁶, and the patriotism of the troops begins to be questioned, raising the possibility that there has been a general loss of ancient Roman civic values⁴¹⁸⁷.

However, it was after the *dilectus* of the 107 BC that the theory in favour of the “proletarianisation” of the legions gained strength and attacks on the late Republican army intensified. As of that date, Gaius Marius is held responsible of being to blame for practically all the army’s ills. In this way, he is accused of doing away with the usual conscription system and instead favouring the recruitment of volunteers, most of them *proletarii* and *capite censi*; of abolishing the traditional requirements of fortune necessary to join the army; and of bringing about both the pauperisation and the professionalisation of the legions, the former by dispensing with the old timocratic criteria that had guided the composition and organisation of the army, and the latter by beginning the definitive process of uniformisation and standardisation of the troops.

For part of classical and modern historiography, the massive entry into the army of individuals from the most disadvantaged sectors of society encouraged the automatic degeneration of Roman arms⁴¹⁸⁸. The rationale for this theory lies, as we have explained, in the view that the Roman army was eventually transformed for its new members into an economic output and a way of life, thus losing its former civic character for a kind of military “professionalism” in which the apparently disinterested mentality of the old citizen *militia* was replaced by a much meaner and more opportunistic conscience.

From this point on, the existence of “mercenary” soldiers is being discussed, troops sold to the highest bidder and “personal” and/or “private” armies⁴¹⁸⁹. The late Republican Roman soldier is characterised by his alleged greed and enormous ambition,

⁴¹⁸⁵ Watson, 1958: 120; Gruen, 1974: 366-367; Nicolet, 1980: 93; Roldán, 1996: 35; Pina Polo, 1999: 63; Potter, 2004: 81; Phang, 2008: 3; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Machado, 2017: 16; Brand, 2019: 210-211.

⁴¹⁸⁶ Plb. 10.17.1; Bouquie, 1884: 98; Sage, 2008: 235; Pérez Rubio, 2014-2015: 75; Brand, 2019: 211; Ferrer, 2019: 89.

⁴¹⁸⁷ Cic. *Mur.* 19-21; Sal. *Cat.* 9-12; *Jug.* 84.3; 85.3, 10; Marín y Peña, 1956: 51-52; Harmand, 1969: 63; Brunt, 1971: 396-397; David, 1992: 157-171; Guillén, 1994: 447, 455; Roldán, 1996: 33; Keppie, 1998: 58; McCall, 2002: 118-123; Morstein-Marx, 2004; Lendon, 2005: 231; Erdkamp, 2006b: 50; McDonnell, 2006: 247; 2011: 35-36; De Blois, 2007a: 169; Johnston, 2008; Rosenstein, 2008: 1-26; 2016: 114-130; Blösel, 2011: 55-80; Sage, 2015-2016: 40; Gauthier, 2016: 113-114. Cf. McDonnell, 2006: 241-292; Gracia, 2014-2015: 37.

⁴¹⁸⁸ Bouquie, 1884: 26; Andrieux, 1927: 11; Gabba, 1951: 171-272; 1975: 21-22, 24, 28-29; 1990: 691-695; Marín y Peña, 1956: 52-54; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371; Nicolet, 1980: 92-93; Guillén, 1994: 446; Roldán, 1996: 50-51; Hildinger, 2002; Lendon, 2005: 230; Mackay, 2009: 84, 97; Gracia, 2015-2016: 15; Kavanagh, 2015-2016: 32; Cadiou, 2018: 410.

⁴¹⁸⁹ Cf. Bouquie, 1884: 254, 257, 259-260; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gabba, 1973a: 26, 61; 1975: 20, 22, 24-26; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230; Erdkamp, 2006a: 291; 2006b: 50; Cagniard, 2007: 80-85; De Blois, 2007a: 164, 169; Phang, 2008: 3; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

fickle and capricious character, as well as his unscrupulousness and disloyalty, and turns the late Republican army into an unstable and treacherous mob, as well as a rebellious, seditious and revolutionary army⁴¹⁹⁰.

Fortunately, many voices in recent years have spoken out against all these assumptions and have criticised both the idea that the early Roman army was the civic, moral and disciplined leader that traditional historiography has led us to believe, and that the army of the late Republic was a military corps composed exclusively of the worst sort of Roman citizens, voluntary, clientelistic and profoundly undisciplined.

Such a radical change in the social background of soldiers is by no means proven, nor is there any evidence that the property requirements for entry into the legions were abolished, that the conventional conscription system was dispensed with, and that the Roman army was formed from volunteers and paupers. Today, there is a tendency to play down the importance of the *dilectus* of 107 BC and to delay the changes and transformations that have generally been attributed to Gaius Marius.

Thus, more and more historians are arguing for continuity, dismissing the idea that there was an irreversible and irreparable turning point at the end of the 2nd century BC, and defending the belief that compulsory recruitment continued until the end of the Republic and that neither proletarianisation nor volunteerism defined the Roman army of the time⁴¹⁹¹. Likewise, the theory that the extension of Roman citizenship and the subsequent incorporation of new Roman citizens into the legions had caused the estrangement between the troops and the capital, as well as the emergence of disloyal and unpatriotic troops⁴¹⁹², and that the Roman armies of the time were mere puppets in the hands of the leading *imperatores* of the period, has been rejected⁴¹⁹³.

The Roman army of the 1st century BC remained for the most part the same heterogeneous army of the past, composed primarily of Roman citizens, and supported by allies and auxiliaries. It is most likely that the troops came from different localities (especially once Roman citizenship was extended throughout Italy and the legions were opened to the inhabitants of the provinces), that the soldiers had different socio-economic backgrounds and that these reflected the social and economic differences in Rome itself, and that at the end of the Republic the presence of veterans in the legions increased as a result of the extension of military campaigns and the new demands of warfare associated with the internal conflicts of the period.

⁴¹⁹⁰ Cf. Sal. Cat. 12.2; 53.4-5; Jug. 86.3; App. BC 2.2, 120, 141-142; 3.42, 48, 88; 5.13, 15, 17-18, 25; D.C. 43.18.1-2; 45.12.1-2; 46.26.5; 47.17.5; Bouquie, 1884: 257; Andrieux, 1927: 11-12; Gruen, 1974: 366, 369, 371; Roldán, 1996: 53, 57; Keppie, 1998: 42; Cosme, 2007: 55.

⁴¹⁹¹ Cf. Brunt, 1962: 75; 1971: 391-415; Gabba, 1975: 19; Keppie, 1998: 43, 55; Pina, 1999: 64; Cosme, 2007: 54; Keaveney, 2007: 94; Cadiou, 2018: 120, 267-268, 395; Sage, 2018: 272; Brand, 2019: 213-215.

⁴¹⁹² Cf. Smit, 1958: 69; Harmand, 1967: 286; 1969: 65; Gabba, 1975: 26; De Blois 1987: 12; Patterson 1993: 107; Roldán, 1996: 57; Keppie, 1998: 48; Erdkamp 2006a: 294; Alston 2007: 183; Machado, 2017: 17; Cadiou, 2018: 414-419; Brice, 2020c: 119-120.

⁴¹⁹³ Cf. Bouquie, 1884: 254, 256-258; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Gabba, 1975: 20, 22, 24-26, 28; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994: 446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 56-57; Keppie, 1998: 43, 48-49; Pina Polo, 1999: 64-65; Potter, 2004: 81; Lendon, 2005: 230-231; De Blois, 2007a: 164; Phang, 2008: 3; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Cadiou, 2018: 55, 66; Ferrer, 2019: 86; Brand, 2019: 212; Brice, 2020b: 47.

However, even accepting the thesis of the “proletarianisation” of the Roman army, it would be absurd to think that the arrival in the legions of individuals from the lower strata of Roman society resulted in a less civic and undisciplined army. The levantistic character of a collective should never be assessed either by the social origin or by the income level of its members. Moreover, it would be a serious mistake on our part to believe such a vague explanation, to reduce the problem of troop indiscipline to a socio-economic issue, to believe that if the soldiers ended up rising up at the end of the Republic it was because they no longer felt bound to Rome and were only motivated by the ambition to enrich themselves, and to disregard any other assumption and scenario that might provide us with a more plausible and coherent explanation.

The complexity of the period under study requires us to make a much greater effort to understand it, to approach the problem from suppositions that are neither limited to the political nor to the socio-economic sphere, and to examine the conduct of the troops precisely from what they have been most criticised for, their lack of discipline and their rebellious nature.

To this end, we have reviewed a third historiographical myth, which is the traditional Roman discipline. Throughout the second chapter, we have witnessed how the Romans not only built part of their cultural identity around the famous *disciplina militaris*, but also claimed their political, military and even moral superiority, considering it a defining and definitive feature of the Roman people, and the reason why the Roman state managed to impose itself on all its enemies.

However, the fact that military discipline was such an important part of Roman culture and such a characteristic element of it was not sufficient reason for a kind of military code or regulation to be established during the Republic to regulate the internal workings of the army and to provide the Roman political and military authorities with the necessary legal resources to maintain order within the army.

The fact that Rome had no specific military legislation of its own to combat the lack of troop discipline meant that inherited tradition and accumulated experience became particularly important in establishing the “legal” benchmarks and principles around which Roman soldiers and commanders were to be governed if they were to act and behave in accordance with what was expected of them. In this regard, the transmission of *exempla* was the chosen way to project to the rest of the *ciuitas Romana* the values that all Roman soldiers and generals should possess during their time in the army.

By studying several of these role models, we have gained first-hand knowledge of how a good Roman *imperator* was supposed to act. In this respect, we have seen how the severity of the early days gave way to a less aggressive profile, and how the relationship between soldier and commander was far from being limited to mere submission on the part of the former, nor to the systematic use of violence on the part of the latter. Although every Roman general had to gain the trust and respect of his men, this did not require the indiscriminate use of force. On the contrary, he had to prove himself to be one of those who were also subject to the hardships and restrictions of military service; he had to be concerned about the physical condition of his soldiers, that his troops received proper training and that each member of the army took his post and

kept his place in battle; and finally, he had to stimulate both the courage and morale of his men, and to ensure the material well-being of his army.

The sum of all these “duties” did not necessarily mean that Roman generals had to bend to the will and wishes of their troops, or that they had to condescend to their soldiers, or that they had to tolerate the indiscipline of their men. It simply meant that if the Roman commander in charge wanted to win the sympathy of his army and improve its social cohesion, he should avoid being arrogant and should strive to strike a balance between affection and severity.

On the other front, the examination of the concepts associated with the Roman term *disciplina militaris* —together with the knowledge of the characteristics that a good Roman general should possess, as well as the analysis of the dispositions that certain Roman commanders, such as Marcus Porcius Cato, Lucius Aemilius Paulus and Publius Cornelius Scipio Aemilianus, carried out to re-establish order within the army, and the existence of the *exempla* taken directly from the ranks of the army itself— has allowed us to know what the ideal behaviour of a good Roman soldier should be like— both on and off the battlefield.

If, in the first chapter, we saw how the Roman soldier's worth was determined by his social origin and his level of wealth, as well as by his morale and his physical appearance, in the second chapter we see how the Roman soldier had to demonstrate his *virtus*, fight with courage, not flee from the enemy, not fear pain or death, show his manhood, and be ready to do anything, even to die, for the good of Rome. However, all this display of bravery was of little or no use if the Roman soldier was not able to appease his *furor*, was carried away by his *temeritas*, did not improve his *temperantia* or did not work on his *oboedientia*. For, just as he had to display courage and honour, he had to know how to act with prudence and self-control, he had to restrain his more primal instincts, be obedient and disciplined.

The need for the troops to take on board all these features, while continuing to work on both the tactical effectiveness and the internal cohesion of the legion, led to the development and implementation of an elaborate and complex set of instruments to strengthen the operational and social control of the legions, to discipline the soldiers and to encourage adherence to the army. We are referring to the implementation of a broad ideological programme which, drawn from Roman tradition and culture, would enable the Roman political and military authorities to use the necessary mechanisms to confirm the inclusion of the *civis Romanus* in the *exercitus imperatus*, provide the legion with a minimum of uniformity and internal coherence, improve the training of the troops, keep the soldiers busy, stimulate the loyalty of the army and keep the subversive character of the men at bay. We are talking, of course, about the *sacramentum militiae*, of the *signa militaria*, of instruction and training, carrying out everyday work and tasks, and of the system of punishments and rewards.

The confirmation of all these elements has allowed us to refute the cliché that the Roman disciplinary system was maintained mainly through punishment and repression, as classical sources have led us to believe with the proliferation of stories such as those of Aulus Postumius Tubertus and Titus Manlius Imperiosus Torquatus and to perceive that, thanks to the existence of all these mechanisms of control and

cohesion, the problem of the absence of a legislative work to regulate life in the army could, to some extent, be overcome.

However, this does not mean either that military indiscipline did not continue to manifest itself or that the Roman disciplinary regime did not have certain “limits” and “failures”.

Although, initially, the implementation of all these stimuli and incentives made it possible to perfect both the war effectiveness of the Roman army and the reaction capacity of the Roman political and military authorities, the fact that the *disciplina militaris* rested, fundamentally, on inherited tradition and acquired knowledge, and that the main political, military, social and moral references came, especially, from certain *exempla* of the past, prevented a homogeneous and coordinated response, and instead it was arbitrariness and free will that determined both the forms and the means chosen to combat and curb indiscipline in the army.

This circumstance, in a context of strong socio-political instability and serious problems of internal order, such as the one experienced at the end of the Republic, contributed, as we explained in our third and last chapter and as we will recall below, that the means used to control and unite the troops became less effective as a result of the deterioration of tactical cohesion and the weakening of vertical cohesion that resulted from the negligent and inappropriate behaviour of many of the main Roman political and military leaders of the period, who tolerated the indiscipline of their men and encouraged the insurrection of rival soldiers.

The fact that the legendary Roman *disciplina militaris* not only had its limits and shortcomings, but was also continually and repeatedly violated throughout the Republic, has led us to analyse the various ways in which military indiscipline was present in the late Republican Roman army. The aim of this last part of our research has been to dismantle the historiographical myth that remained to be solved, the one we presented in the first chapter, which defended the existence of a mercenary, unpatriotic and revolutionary army.

Since the troops have only been recognised as being able to satisfy their material interests, any uprising by the Roman army has been conceived as a selfish and subversive act by the soldiers and as a further attempt to erode the foundations of the republican regime. Such reasoning has not only prevented us from knowing the real causes behind the discontent of the soldiers, as well as the reasons why the troops decided to break their *sacramentum militiae* and defy the authority of their respective military commanders, but has also, over time, led to the imposition of an unbelievable and extraordinarily biased interpretation of what the late Roman Republican soldier was like.

Although military indiscipline had always accompanied the Roman army and the Roman state suffered from it throughout its existence, the unusual number of insurrections identified at the end of the Republic has served as a pretext to confirm that the army of the time had a much more rebellious and malicious character than in the past. It has been of little or no use to point out that such a proliferation of examples was due to the exceptional nature of the period and the atmosphere of internal strife that prevailed in the 1st century BC, and that if today we have such detailed information

about what happened, it is not due to the novelty of the forms in which the indiscipline took place, but to the enormous number of sources that have managed to survive to the present day⁴¹⁹⁴.

As it is, all that remains is to refute the classical discourse by examining the “phenomenon of insurrection”. To that end, we have analysed a total of two hundred and eighty-nine episodes of indiscipline, between “major” (sixty-eight) and “minor” (two hundred and twenty-one) insurrections, the former providing us with the most information and which we have therefore used as the main reference when drawing our conclusions.

If we look at the causes of the army's indiscipline, we realise that the economic motivation, although important, was not expressed in the same terms as we are used to read in the classical sources. Although we cannot deny the fact that, on certain occasions, some military units, such as the Fimbrian legions, expressed a special weakness for the strictly material side, and that this predilection caused them to behave inappropriately, putting the expectation of getting rich before everything else. This was not the general behaviour of the Roman army of the time.

Nor can we reduce the economic issue to the greed of the troops, nor can we accept the theory that every time the soldiers rose up, it was as a result of their desire for large spoils of war. By accepting this approach, we are not only implicitly assuming that the troops were not capable of generating other interests and desires on their own, but we are also missing the opportunity to unravel the real socio-economic problems that the army brought with it. And the fact is that most of the times the Roman army rose up for economic reasons, it did so to reclaim everything that was owed to it and had not been provided. Their protests, pressures and threats did not seek to destabilise the Republic, but to remind their military commanders that they had not yet kept their word after years of uninterrupted service, as we saw, for example, when the troops mutinied against Gaius Iulius Caesar and Octavianus in 49 and 47 BC, and in 36, 35 and 31-30 BC, respectively.

The insistence with which the soldiers pressed and mutinied as a result of their commanders' lack of determination to make good on delayed payments and promised bonuses alerts us to the existence of a serious structural problem and the vulnerability in which the troops found themselves if they did not manage during their time in the army to meet all their material needs. The incompetence of the Senate in managing the veterans' question and offering the troops a dignified way out that would facilitate their reincorporation into civilian life and ensure their economic future, not only caused new problems —especially during the land distributions, as we saw in 41-40 BC with the veterans of Marcus Antonius and Octavianus— but also facilitated the rapprochement between the troops and their generals.

Such an encounter, although it did not necessarily give rise to any kind of “clientelist”, “private” or “personal” army, as a significant part of modern historiography has argued⁴¹⁹⁵, did lead to a greater concern among soldiers to see their

⁴¹⁹⁴ Cf. Brice, 2014: 128; 2020d: 248, 260, 265.

⁴¹⁹⁵ Bouquie, 1884: 254; Marín y Peña, 1956: 52-54; Jal, 1962: 7-27; Sordi, 1972: 379-386; Gruen, 1974: 371, 374, 376-378; Gabba, 1975: 20, 22, 24-26; Rouland, 1979: 16-38; Hinard, 1990: 153; Guillén, 1994:

monetary demands satisfied, and this concern turned into a higher level of demand and a greater degree of mobilisation in favour of seeing all their material demands fulfilled.

However, we cannot admit that, for all that, the soldier of the late Republic was a “mercenary” soldier, unscrupulous and capable of selling himself to the highest bidder in order to have all their financial demands satisfied. From a socio-economic point of view, the soldier of the 1st century BC was not very different from that of earlier periods. He retained the same concerns and interests as his predecessor and expected, like him, both regular payment of his emoluments and a proportionate share of the spoils of war. The main difference with respect to his predecessor is that, unlike the latter, the soldier at the end of the Republic lived through a period marked by the civil war, and it was precisely this context of internal confrontation that ended up shaping his personality and behaviour.

By this, we do not mean that the Roman soldier sought or encouraged internal conflict by his actions, or that he rejoiced in the unstable situation into which the Republic was plunged at the end of its days, but that, in the din of the constant political changes in the capital, he was forced to adapt his loyalty to the course of events. The best example of this can be found in the political element behind the army's insurrection.

While we do not deny the possibility that the troops developed a sort of political awareness during the Republic and that soldiers not only had a much greater knowledge of the politics of their time than estimated, but also came to identify politically or ideologically with one of the sides in the conflict, the truth is that, based on the analysis in the third chapter, the army's adherence did not depend so much on the political or ideological affinity of its members as on the feeling of physical and material security that soldiers could perceive if they served under a particular general. In other words, if we examine the changes of sides during the period, as well as the various episodes of insurrection in which the political and/or constitutional component was present, it was not the political awareness of the troops that caused them to desert, change factions or remain on the same side, but rather the expectation of saving a compromised situation or securing a dignified retirement, as well as the delivery of all that was owed, that ultimately determined the army's loyalty.

Thus, we cannot isolate the political element from the other endogenous and exogenous conditioning factors to which the army was subjected, nor do we believe that the troops generally discriminated between the different government options that each of the factions claimed to represent. In the majority of cases, sides were chosen by necessity. Thus, for example, it was the precariousness we discussed above when we commented on the difficulties faced by the newly discharged soldiers, and not their political and/or ideological thinking, that determined most of the changes of sides that took place between 44 and 43 BC. Depending on the news coming from the capital, the troops chose to support one side or the other, not because they felt particularly identified with a particular faction, but because, as a result of the Senate's decrees, Octavianus's

446, 449, 455; Roldán, 1996: 39, 52-53, 57; Keppie, 1998: 43; Pina Polo, 1999: 64; Potter, 2004: 81; London, 2005: 230; De Blois, 2007a: 164; Subirats, 2013: 17-18; Keaveney, 2014: 32-37; Gracia, 2015-2016: 15; Gauthier, 2016: 116; Ferrer, 2019: 86; Brice, 2020b: 47.

rise to power and the subsequent constitution of the Triumvirate, the soldiers' perception of the legitimacy of each side was changing, as was their sense of insecurity, considering that, depending on which faction they supported, both their personal safety and their material well-being could be endangered.

Far from ending here, the “phenomenon of insurrection” was not limited to political and economic issues, being other causes and motivations behind the army's indiscipline. So, we have witnessed the relevance that the military, physical, psychological and personal element had in the conduct of the soldiers. We are talking about factors which, although by themselves were not capable of causing a breakdown in military discipline, did have the capacity to trigger unease and disaffection in the army, as well as to create the necessary breeding ground for the outbreak of indiscipline if several of these factors were combined together, or if the defection of the troops was incited from outside the army.

If, from a military point of view, the lack of success in achieving a certain war objective, a recent defeat, the direct threat of a rival army, the outbreak of some kind of insurrection in the near future, or mistrust of the commanding qualities of the *imperator* responsible for conducting the battle, were some of the reasons that led the soldiers to distrust both their chances of victory and the leadership of their respective commanders; and, from a physical point of view, the severity of the campaign, the rigours of the climate and the endless marches, the harshness of the military service, food shortage and all kinds of resources, and the brutality of the battle, were some of the causes behind the physical exhaustion of the troops; from a psychological point of view, the fear of dying in combat, the presence of bad omens, the pain of having suffered a recent and agonising defeat, indifference towards a particular military enterprise and the exhaustion of continuing in the army despite having far exceeded the ordinary time of service, were some of the situations that most affected the soldiers' morale; and, from a personal point of view, the desire to get out of a desperate situation alive, the longing to return home, the feeling of revenge, the sensation of abandonment or resentment towards a certain general, were some of the stimuli behind the army's insubordination.

As can be seen, we cannot reduce the indiscipline of the army to the ambition of the troops, nor can we continue to hold the false belief that whenever soldiers revolted they did so for revolutionary purposes. If we look at the main reasons for the soldiers' displeasure and the troops' demands, we realise that the soldiers' aspirations were much more terrestrials than expected, and that at no time did the troops have ambitions either to take control of the Roman state or to undermine the foundations of the republican regime. On the contrary, the indiscipline of the late Republican army was promoted by the same forces that in the past drove most of the episodes of disobedience and insurrection of the idealised Roman civic *militia*: escape from a particularly adverse military situation, avoid armed confrontation, get rid of the command of a particular Roman commander, abandon military service, return home, reclaim unpaid soldiers' pay and promises, etc.

Now, since the attacks on the late Republican Roman soldier were not limited to the reasons for his indiscipline and the aims of his actions, but also questioned his methods, condemned his violence and warned of the consequences of his actions, in the

third chapter we have studied the ways in which the indiscipline of the troops materialised, the degree of organisation of the soldiers and the possible consequences of the insurrection of the army.

Contrary to the widespread belief that the troops used violence as the main mean of expressing their discontent, the truth is that most of the episodes analysed were bloodless. Of the sixty-eight “major” insurrections examined, twenty-four were violent; thirty-one were peaceful; eleven were partly violent and partly peaceful; and for two we have no information. For the most part, the main acts of violence recorded took place, on the one hand, between the beginning of the Social War and the end of the civil war between the Sullanians and the Cinnans, and, on the other hand, between the final phase of the confrontation between the Caesarians and the Pompeians and the final stage of the civil war between the Caesarians and the Caesaricides. In other words, of the twenty-four violent insurrections identified, fifteen of them occurred during the civil conflicts indicated above and only four took place in the context of an external war.

Let us keep this last fact in mind, since not only were most of the violent insurrections concentrated during the main periods of internal confrontation, but also the vast majority of the episodes of indiscipline detected during the same period took place. The fact that the breakdown of *disciplina militaris* coincided in time with the different phases of civil war in the 1st century BC gives us an idea of the influence that the historical context may have had on the behaviour of the army. The political struggle in the capital, together with the serious problems of internal order and the great instability of the time, not only favoured the breakdown of social cohesion and the political and military struggle for control of the army, but also contributed to an increase in the number of insurrections, especially in terms of desertions and changes of sides, and to the troops expressing their discontent by means of violent methods.

In this respect, if political insecurity helped to generate a more chaotic and unstable atmosphere, and if this atmosphere of uncertainty and unrest eventually took hold in the army—which in the end may have led to an increase in military indiscipline and made it more difficult to control, as we saw, for example, in 41-40 BC, during the riots protagonized by the veterans of Marco Antonio and Octaviano—the violence that was then present in the *Vrbs* assisted the army in the same aggressive and violent ways that had long been used in Rome, bringing to the army the violence typical of Roman institutions and streets and causing the troops to end up reproducing the same violent methods that were being used in the capital. An example of this can be seen in the assassinations which, in 89, 88, 85 and 84 BC, took the lives of Aulus Postumius Albinus, Quintus Pompeius Rufus, Lucius Valerius Flaccus and Lucius Cornelius Cinna, respectively. In all these cases, the army replicated what was becoming increasingly common in the capital, the physical elimination of all political opposition.

Nonetheless, violence did not depend solely on the influence of the socio-political context, with both the type of insurrection and the army's organisational capacity being key.

Depending on how indiscipline was present in the army and the degree of organisation of the troops, the insurrection could be more or less violent. So, for example, while manifestations such as laziness, idleness, laxity of discipline, lethargy,

desertion and switching sides did not generally involve violence; and greed, corruption, cowardice, complaining, protest and pressure, and disobedience were, with some exceptions, not necessarily violent either; other forms of indiscipline, such as abuse of power, violence to the population and/or newly conquered territory, threats, conspiracies, assassinations, physical assaults, riots and revolts, were genuinely violent.

However, it was the organisational capacity of the troops that ultimately defined the army's level of violence. The greater the degree of mobilisation, coordination and planning, the lower the rate of violence. Conversely, the more impulsive and improvised the army's reaction, the higher the rate of violence. Thus, for example, expressions such as mutiny, so frequent at the end of the Republic, as we have seen, were more or less violent depending on the organisation of the troops and the support the army had. This fact allows us to affirm that, although there were certain unequivocally violent demonstrations, many others, traditionally also labelled as violent, in reality were not violent as such, depending, ultimately, on the mobilisation capacity of the soldiers and the support they had both inside and outside the army.

On this last point, we should note that the troops did not gain autonomy and freedom of action until very late in time and that, although the soldiers were able to take advantage of their disposition in the camp to congregate and engage in meetings and secret conversations, discuss their situation, choose their leaders and interlocutors, contact their closest officers and take advantage of the chain of command to formulate their complaints and demands—as did, for example, the men of Lucius Licinius Lucullus, in 68 BC—that they were even able to act at their own risk, exchanging messengers, organising embassies and delegations, and sending emissaries—as they did, between 43 and 42 BC the troops of Marcus Antonius and Marcus Aemilius Lepidus, the soldiers of Quintus Caecilius Bassus and the garrison of Rome, and the men of Marcus Junius Brutus, respectively—in most cases depended essentially either on the backing of centurions and military tribunes, if the insurrection had originated from within the army, or on the assistance of other rival Roman generals, if the insurrection had been prompted from outside the army.

This is not to say that the Roman army was incapable of creating a spirit with its own defined body, but, as we have already explained, this *esprit de corps* was neither the main binding force behind the mobilisation of the troops nor did it make the soldiers behave as a group apart from the rest of Roman civil society. While we cannot deny the fact that, at the end of the Republic, the soldiers—and more particularly the veterans—improved both their organisation and their social cohesion, improved their understanding of their time and learned when to rise up and how to mobilise—which probably helped them to improve their efficiency, to make their insurrections less violent and improvised, and to make their objectives much more specific and concrete—we cannot accept, however, that this kind of “personal growth” gave rise to a seditious and/or revolutionary sentiment in the late Republican Roman soldier.

Although the political power of the troops was potentially very real, it was never really articulated as such and never posed a real threat to the security of the Roman state. As Gruen (1974: 384) reminds us, «the Roman army was made up of individuals interested in profit and social betterment; it was not a source of revolutionary

sentiment». We must therefore break with the assumption that every undisciplined soldier was an unpatriotic soldier, because it is not true at all.

Even though, according to Chrissanthos (1999: 208), «the mutiny provided the Roman soldier with a powerful tool to improve his conditions of service», we must limit both its scope and its influence, since, contrary to the author's assertion, mutinies neither allowed troops to dramatically alter the course of events nor allowed soldiers to become a de facto power within the Roman state⁴¹⁹⁶. Having analysed the main episodes of indiscipline by the forces, we can be sure that, as Brice (2020a: 48-49) suggests, the mutinies were neither conceived as revolts against the Roman state nor did they seek the overthrow of the republican regime, being, rather, a much more restricted phenomenon. Indeed, we must understand that the soldiers mutinied against their generals, not against Rome itself⁴¹⁹⁷.

Despite the fact that, as mentioned above, we do not doubt that the soldier of the late Republic was capable of developing some sort of political awareness, this was not the cause of his indiscipline⁴¹⁹⁸. Contrary to what Potter (2004: 83) argues, the army's indiscipline was not a consequence of Roman politics or a way to fight against the conservative politics of the Senate. Similarly, neither can we consider the army as a “political force” in the usual sense, nor can we admit the idea that the army began to take real political initiatives at the end of the civil wars, as argued, for example, by Gabba (1975: 28-29), Roldán (1996: 53), Cosme (2007: 66, 75) and Brand (2019: 214). In this sense, we believe that the thesis that, at the end of the Republic, the Roman soldier «realised his latent potential» and was able to «initiate and dictate the politics» of his time, as Keaveney (2007: 98) argues, does not hold up if we take into consideration the role that the political and ideological element played in the conduct of the army.

The rebellious and undisciplined character of the soldiers cannot be interpreted, as Brand (2019: 214) does, as a further stage of the tendency towards «independent and violent action» that the Roman army would have manifested from its origins and that the civil wars of the 1st century BC would have further strengthened «in the pursuit of internal and destructive political ends»⁴¹⁹⁹. Even assuming that the troops had only been «loyal to themselves», as the author acknowledges, this would not make the Roman army a revolutionary one, given that at no time could it be demonstrated to possess a properly revolutionary attitude.

In our opinion, the late Republican Roman army was not, in itself, a revolutionary army. The behaviour of the Roman commander who used the army for personalistic purposes may have been revolutionary, or the aim pursued by the partisan

⁴¹⁹⁶ In the opinion of Chrissanthos (1999: 208): «It has long been acknowledged that the soldiers were a factor in the Roman Revolution. However, no one has recognized that it was mutiny which allowed the soldiers to become such an influential factor. As demonstrated by the events at Brundisium, mutinies permitted the soldiers to dramatically alter the course of Roman history and to become the predominant power in the Roman state». Cf. Roldán, 1996: 53; Lendon, 2005: 231; Cosme, 2007: 66; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 18.

⁴¹⁹⁷ Cf. Brice, 2014: 128.

⁴¹⁹⁸ Cf. Brice, 2020d: 248.

⁴¹⁹⁹ Cf. Gabba, 1975: 28-29; Lendon, 2005: 231; Goldsworthy, 2011: 49; Subirats, 2013: 18.

use of the army —as happened, for example, in 88 BC when Lucius Cornelius Sulla took the legions from Nola and marched on the capital— may have been revolutionary, but not the army as such.

It would be more interesting for our part to conceive indiscipline as a natural, punctual and concrete response of troops to a given stimulus, problem or unfavourable situation, rather than as a problem endemic to an unstable, disobedient and malicious army. In this way, the insurrection would serve as an “escape valve” for the soldiers, an instrument with which to free themselves from the army's problems and seek an effective solution to a situation of great internal instability and vulnerability.

It should also be pointed out that this “escape valve” did not serve as a basis for the creation of a new ideology, nor did the army of the late Republic advocate an alternative ideological approach. As much as people have spoken in recent years in terms of “collective action”, “group solidarity” and “collective consciousness”⁴²⁰⁰, and have even identified in the late Republican army a “spirit of independent action”⁴²⁰¹, as well as an independent “mentality and freedom of thought and action”⁴²⁰², the truth is that we must qualify both the dimension and the real meaning of all these concepts and not get carried away by the false belief that the Roman army developed something akin to “class consciousness”.

The struggle of the Roman soldier was individual, and, with few exceptions, never extended to the other units and legions of the army. Although it was common for members of the same unit to share mutual interests and concerns, their conflict was never collective, in the sense that it rarely went beyond the boundaries of the unit of reference, let alone extended to the rest of the Roman army as a whole. It is precisely this lack of linkage that prevented the troops from becoming a real threat to the Republic and blocked the late Republican Roman army, despite having improved its social cohesion and having developed over the years an increasingly strong and stable *esprit de corps*, from becoming the seditious and revolutionary army of which the sources tell us.

Having ruled out, from a political point of view, the unpatriotic and subversive character of the army, let us now look at the military and economic consequences of the soldiers' indiscipline.

From a military point of view, the consequences of external wars were more serious than those of civil strife. Whereas, in a context of external warfare, the army's indiscipline favoured Roman defeat, the stagnation and prolongation of the war, the compromise of Rome's position in the region, and the granting of new military commanders and inordinate power to new and ambitious generals; In a context of internal warfare, the insurrection of the army did not have particularly damaging consequences for the safeguarding of the Roman state. On the contrary, it damaged the chances of victory of the side affected by the indiscipline of its men, either by provoking a chain reaction and the proliferation of new episodes of insurrection, or by causing it to lose its tactical advantage.

⁴²⁰⁰ Machado, 2017; 2023.

⁴²⁰¹ Messer, 1920: 171, 174.

⁴²⁰² Chrissanthos, 1999: 33, 43, 88, 197, 206.

Finally, from a socio-economic point of view, the consequences derived from the need to keep one's word and fulfil the promises of money and land made to the soldiers were more relevant than the army's own disobedience. The need to keep the loyalty of the troops intact and to avoid their defection led the main *imperatores* of the period to fight among themselves for the favour of the army and to resort to the promise of giving the soldiers all kinds of gifts and economic bonuses in order to guarantee not only the loyalty of their own army but also the will of the rival army. The regularity with which this kind of bribery and promises were resorted to turned the struggle for the army's loyalty into a veritable public auction—as happened in 44 BC when Marcus Antonius's troops, aware of the promises and financial rewards Octavianus had made and paid to Caesar's former veterans, waited for their commander to improve the offer of what the future Augustus was prepared to pay for them—and most of the generals of the time were unable to pay, in time and form, all the “debts” they had contracted with their men. This situation not only led to further riots and clashes, and to soldiers rising up on more than one occasion, but it also ended up damaging Italy's socio-economic foundations, especially as a result of land distributions.

At this point, it only remains for us to present our reflections on the behaviour of the Roman political and military authorities in the face of the army's insurrection.

With regard to the means used to control and repress military indiscipline, we can see that Roman military commanders maintained a predominantly conservative attitude and that, in most cases where they had both the capacity and the resources to act, they not only applied all the mechanisms that had traditionally been used to deal with the lack of discipline of the troops, but also deployed some new ones.

Thus, after ensuring that he had either the assistance of his centurions and military tribunes, as well as other army officers and members of his *consilium*, or the backing of trusted soldiers, the Roman commander on duty, depending on the needs of the moment and the gravity of the situation, could correct the disobedience of his men, acting on the root of the problem, exercising the soldiers in all kinds of tasks and jobs, as well as training and educating the troops and removing all kinds of distractions from the army; also he could remind his men of their sacred *sacramentum militiae* and their obligations as citizens and soldiers of Rome, and threaten them with the application of “military law”; he could assemble the army in a *contio* and exhort, admonish, punish and/or reward his troops according to how they had behaved; he could retain the will of the army through the granting of honours and bonuses, as well as the promise of future bounties; he could reinforce the military oath by administering some form of *iusiurandum*; he could appeal to inter-legion competition or to the *esprit de corps* of the army; he could isolate, alienate, divide, disband and/or discharge troops he considered rebellious or newly joined from other rival armies; he could implement elaborate staging and emotionally influence his men through it; he could insulate his army from enemy influence by sounding trumpets or controlling soldiers' correspondence; he could reinforce his position and leadership, fighting external wars and minting his own currency; he could demote his soldiers, dishonourably discharge them or force them to perform lowly and humiliating work; he could intervene in the midst of battle, if the

insurrection had taken place during combat, and encourage, restrain and/or threaten his troops; he could use the standards; or he could directly use force.

Although most of these measures were used interchangeably, the use of violence was strongly conditioned by both the war context and the support the Roman commander could count on. In this way, collective punishments, such as the *decimatio*, which could jeopardise the social cohesion of the army, were more commonly used in external conflicts than internal ones, as there was a risk that they would provoke unrest in the army and that the troops would end up going over to the opposing side, as happened to Marco Antonio in 44 BC when, shortly after applying a mitigated *decimatio*, he lost two of his legions.

In addition, army indiscipline could be prosecuted from the capital. Although this practice was not the most common, it was a resource that, if used correctly, could complement the measures implemented from within the army, as well as correct the failures of the system and serve as a last line of defence against the lack of discipline of the soldiers. This way, in 109 BC, the extent of the corruption of the Roman army stationed in Numidia was investigated; in 89 BC, Gaius Titius was prosecuted as the main perpetrator of the attempted assassination of Lucius Porcius Cato; in 88 BC, the praetors Marcus Junius Brutus and Servilius were sent to Rome with orders to prevent Sulla's advance on Rome; and in the 1970s, Marcus Atilius Bulbus and Gaius Staienus were convicted of a crime of *lèse majesté*.

Whatever the case, the end of the Republic left us with a revealing piece of information. Although the reaction capacity of the Roman political and military authorities was high, intervening in the insurrection of the army in forty-eight of the sixty-eight “main” insurrections detected, the effectiveness of the means employed was very limited, and the soldiers were able to impose themselves in thirty-eight of the uprisings. This situation is even more acute during periods of internal strife. Of the sixteen recorded cases in which army indiscipline was left unchecked, fifteen of them took place in the context of civil war, and only one during an external conflict.

Although we might think that this low rate of success in repressing military indiscipline was due to the organisational capacity of the troops and their ability to circumvent the detection, control and repression measures implemented by the Roman political and military authorities, the fact is that, although the troops improved at the end of the Republic both their internal cohesion and their coordination, the fact that, except in very specific cases where the army showed a high capacity for mobilisation, their level of organisation depended either on the support of centurions and military tribunes or on the protection of other Roman generals, meant that the army was not a real deterrent and that the failure to maintain *disciplina militaris* was not so much to the credit of the soldiers as to the detriment of the competent Roman authorities.

Moreover, even though in the course of our work we have presented the possible risks of not having a piece of legislation to regulate the internal functioning of the army and to manage the problems of troop discipline in a homogeneous and coordinated way, we do not believe that the existence of a military code would have substantially changed the situation at the end of the Republic, especially at a time in the history of Rome when

internal strife and the weakening of Roman political institutions meant that the law was so repeatedly transgressed⁴²⁰³.

It is true, however, that, in our view, the lack of a legal reference to which to refer when applying military discipline could have deprived the Roman political and military authorities of a common, formal and systematic response to combat indiscipline in the army; it could have contributed to generating even more insecurity and uncertainty than was already the case; and it could, finally, have favoured the development of an increasingly condescending attitude and, as a result, increased arbitrariness in condemning military indiscipline.

This is particularly evident during periods of internal strife, when military indiscipline was not only tolerated but also instigated by those responsible for repressing it.

If, throughout the late Republic, the politicisation of the army and the use of troops for personalistic purposes for which they had neither been recruited nor trained was a relatively frequent practice —as we saw, for example, when Lucius Cornelius Sulla, Lucius Cornelius Cinna, Gaius Iulius Caesar and Octavianus used the army as a tool of personal revenge and a means of accession to power in 88, 87, 49 and 43 BC, respectively; and, when, Gaius Marius⁴²⁰⁴, Marcus Aemilius Lepidus⁴²⁰⁵, Gnaeus Pompeius Magnus⁴²⁰⁶, Marcus Licinius Crassus⁴²⁰⁷, Gaius Iulius Caesar⁴²⁰⁸ y Octavianus⁴²⁰⁹, used their men as an instrument to influence Roman politics and/or to lobby for the granting or extension of military command, it was not until the civil wars that the indiscipline of the army was further exploited.

As we have seen, the need to prevail in war led the main *imperatores* of the time to use all sorts of tricks and subterfuges in order to win the loyalty of rival soldiers. To this end, every possible limit was breached, to the point of bribing soldiers and officers, introducing subversive propaganda, infiltrating external agents... Everything was lawful and valid if some advantage could be gained from the insurrection of the enemy army. This circumstance meant that the sophistication to capture rival troops not only led Roman generals to use their own men to mix and fraternise with those of the enemy, making the tactic of the *colloquium* a dangerous tool with which to subvert all kinds of wills, but also to use some of the mechanisms with which, traditionally, the army had been retained and the indiscipline of the troops had been combated. The fact that the *sacramentum militiae*, for example, the main element with which to bind the soldier to the legion and remind him of his military obligations, was used either to incite him to change sides, as did Sextus Quinctilius Varus in 49 BC, or to confirm the defection of a

⁴²⁰³ «Souvent les entreprises du despotisme ou les situations d'anarchie des états amènent des excès analogues, que les lois, violées par ceux qui leur ont les premiers juré fidélité, deviennent impuissantes à contenir et à réprimer» (Bouquie, 1884: 172). Cf. Sage, 2008: 251; Brand, 2019: 215.

⁴²⁰⁴ In 108 (Sal. *Jug.* 65.4-5; cf. Sal. *Jug.* 73.3, 7; 82.2; 84.1; 85.10; Plu. *Mar.* 28.7) and 101 BC (App. *BC* 1.29-30).

⁴²⁰⁵ In 77 BC (App. *BC* 1.107).

⁴²⁰⁶ In 77 (Plu. *Pomp.* 17.3-4), 70 (App. *BC* 1.121) and 59 BC (Plu. *Pomp.* 48.1-2).

⁴²⁰⁷ In 70 BC (App. *BC* 1.121).

⁴²⁰⁸ In 56 (Plu. *Crass.* 14.6-7; *Pomp.* 51.4-5; D.C. 39.31.2) and 50 BC (Plu. *Pomp.* 58.1; D.C. 40.44.1-3, 60.1).

⁴²⁰⁹ In 32 BC (D.C. 50.2.5).

rival army, as did Lucius Cornelius Cinna and Gaius Iulius Caesar in 87 and 49 BC, respectively, gives us an idea of how lowly it was to go at the end of the Republic in order to gain a minimum advantage in the war.

The repeated manipulation of certain instruments of control and cohesion and the encouragement of indiscipline in the army caused the resources at the disposal of the Roman political and military authorities to lose their effect, which explains the low rate of successfully suppressed “major” insurrections, and the deterioration of the foundations on which the legendary Roman *disciplina militaris* was built, which explains, in part, both the increase in the number of insurrections and the loss of prestige that military discipline suffered at the end of the Republic.

This disrepute, fostered in the first place by the army hierarchy itself, was ultimately stoked by the Roman institutions themselves as soon as the possibility of political gain from the indiscipline of the troops was conceived. In 109 BC, Gaius Memmius and Gaius Mamilius Limetanus took advantage of the lack of discipline in the Numidian army to attack their political rivals in the capital; and in 67/66 BC, the command of Lucius Licinius Lucullus was obstructed from Rome, taking from him the leadership of the war in the East, decreeing his army's discharge and threatening troops who did not obey the decrees of the Senate; in 44 and 43 BC, the worst cases of manipulation and instrumentalisation of military indiscipline occurred.

The best example of this can be found in the persecution of Marcus Antonius. Between late 44 and early 43 BC, the Senate, with Cicero at its head, not only delegitimised the then consul of Rome and protected his political rivals, but also supported Octavianus's subversive manoeuvres, condemned Marcus Antonius's attempt to restore order in his army, welcomed the desertion of two of his legions and rewarded the troops who had deserted him, encouraged further insurrections, and threatened the soldiers who were still loyal to him.

From this moment on, a new way of discriminating between good and bad soldiers emerges. If in the first two chapters we saw how social origin, income level, physical appearance, place of origin, accumulated experience, attitude during battle, courage, self-control, diligence and austerity, among many other traits and attributes, were what determined for the Romans what a good Roman soldier should be like, In the third and last chapter we have seen how, above all these characteristics, what was most valued in the final stage of the Republic was the degree of connivance of the troops with those who believed themselves to have the right to dictate what the Senate's policy should be.

So that, between 44 and 43 BC, it was Marcus Tullius Cicero who assumed the right to dictate who should be considered a good Roman soldier⁴²¹⁰. Thus, while those who satisfied their interests were considered “extraordinary men and very brave citizens and friends of the Republic”⁴²¹¹, even if they had broken their military oath and violated

⁴²¹⁰ «Ergo aut boni sunt, quos etiam ornare, aut quieti, quos conservare debemus, aut impii, quorum contra furorem bellum et iusta arma cepimus» (Cic. *Phil.* 11.37). Cf. Liv. 119; App. *BC* 3.53, 56, 62-63; D.C. 45.42.1; 46.29.2-6, 31.2, 39.3.

⁴²¹¹ Cic. *Phil.* 3.4, 6-7, 10, 39; 4.6; 5.2-4, 28, 46, 52; 10.21; 11.20, 37; 12.8, 29; 13.19; 14.27. Cf. App. *BC* 3.53, 56, 62, 74; D.C. 45.15.2, 35.3, 38.5, 42.1; 46.26.3-6.

the *disciplina militaris*, those who rejected their views and served their political enemies were described as «libidinous, insolent, shameless, dishonest, gambling, drunken men»⁴²¹², despite having remained loyal to their commander.

Henceforth, while the loyalty of the troops was strongly conditioned by the political decisions of the Senate, both the loyalty of the army and the indiscipline of the soldiers were used interchangeably as throwing weapons with which to attack political rivals in the capital. In this way, the same *modus operandi* used against Marcus Antonius was used to attack Marcus Aemilius Lepidus, once the latter had finally joined Marcus Antonius in 43 BC; Octavianus, after the Senate had used him, between 44 and 43 BC, in its fight against the future triumvir and no longer considered him useful; and, once again, Marcus Antonius, when the future Augustus declared war on Cleopatra in 32 BC, and, by extension, on his former partner in the Triumvirate. Naturally, in all these examples, army rebellion was also incited.

The fact that those primarily responsible for ensuring military discipline were the first to break the rules of the game and use the army's insurrection to their advantage caused more problems of legitimacy and more confusion and instability than the indiscipline of the troops themselves, which, as we have already explained, was no different in terms of objectives and grievances from what had been observed in the past, nor did it precipitate the demise of the Republic. On the contrary, if the first century BC was notable for anything, it was for the improper and unfortunate behaviour of the Roman political and military authorities, who promoted as many as twenty of the sixty-eight “major” insurrections that had been detected⁴²¹³.

This does not mean, however, that we cannot hold the army responsible for its actions. It simply means that instead of explaining the breakdown of military discipline or the fall of the republican regime by stereotyping the late Republican Roman soldier, as has been done so far, we must understand that the “phenomenon of insurrection” was a much more complex and varied phenomenon than has usually been explained to us; to accept the reality that the troops did not behave very differently from those of the past, that the late Republican soldier did not move solely out of pure malice or ambition, and that the Roman army of the first century BC was never the mercenary, unpatriotic, revolutionary army of which we have heard so much; recognise that discipline was transgressed both from the rank and file of the army itself and from the top of the Roman political and military hierarchy, that if the troops benefited from the context of internal confrontation and from their strength and numbers to improve their economic and service conditions, their political and military leaders were not left behind and did whatever was necessary to gain an advantage in the war and position themselves above their rivals; and admit that the same people who warned about the disappearance of traditional Roman civic values and the degeneration of the ancient Roman civic *militia* were the first to profit from military indiscipline and to use the army's insurrection to their advantage.

⁴²¹² Cic. *Phil.* 3.35. Cf. Cic. *Phil.* 11.37; 13.3.

⁴²¹³ Of these twenty insurrections, half were instigated between 44 and 30 B.C. The number is much higher if we count the insurrections instigated from within the army thanks to the collaboration of Roman officers.

In conclusion, we hope to have demonstrated with our research that, despite the consensus with which the existence of a revolutionary army at the end of the Republic has been commonly defended, such an army never existed. On the contrary, it is a historiographical myth that has been used to explain the supposed disappearance of the figure of the Roman citizen-soldier and the hypothetical degeneration of the Roman army after the arrival of Gaius Marius to power and the theoretical “proletarianisation” of the legions. While the stereotyping of the late Republican Roman soldier offers a satisfactory historiographical explanation, in the sense that it allows modern historians to answer the question of why the republican regime eventually collapsed, from a disciplinary point of view, there is no evidence that the late Republican soldier behaved in a particularly seditious manner. And the fact is that, if we look at the main episodes of indiscipline in which the army took part, there is nothing to suggest this. Neither the causes of their indiscipline, nor the motivations for their actions, nor the demands of their revolts tell us of a revolutionary army. This term is an artificial and deeply arbitrary construction that we must begin to discard in favour of a much broader and less biased understanding of a collective, the late Republican Roman army, from which we still have much to learn.

ANEXO I – INSURRECCIONES PRINCIPALES

A continuación, se presenta una ficha técnica de las principales insurrecciones recogidas en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión. En tal sentido, se especifica el contexto bélico en el que tuvieron lugar, el comandante romano afectado, las unidades implicadas, las causas detrás del descontento de las tropas, las motivaciones de los soldados, el tipo de insurrección, el grado de organización y el nivel de violencia, la tasa de éxito y/o de fracaso, y las fuentes clásicas que documentaron cada incidente:

1.

Contexto: guerra de Jugurta (111 a. C.).

Comandante: Lucio Calpurnio Bestia (cónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares y económicas.

Motivaciones: económicas.

Tipo de insurrección: corrupción, ociosidad e indisciplina.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: desde Roma se intenta depurar responsabilidades, condenar a los mandos responsables y contener la indisciplina del ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Sal. *Jug.* 29, 32.2-4, 40; Flor. *Epit.* 1.36.7; Eutr. 4.26.1; Oros. 5.15.4.

2.

Contexto: guerra de Jugurta (110-109 a. C.).

Comandante: Aulo Postumio Albino (propretor).

Ejército: cuarenta mil soldados entre romanos y auxiliares.

Causas: económicas, militares y psicológicas.

Motivaciones: económicas, militares y personales.

Tipo de insurrección: corrupción e indisciplina, desertión/cambio de bando, y abandono de las armas y del combate.

Grado de organización: en parte espontánea y en parte organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: en parte, violenta, y, en parte, pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: los hechos fueron investigados en Roma por la misma comisión que la insurrección anterior.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Sal. *Jug.* 36.4, 37.3-4, 38-39.5; Flor. *Epit.* 1.36.9; Eutr. 4.26.2; Oros. 5.15.6.

3.

Contexto: guerra de los aliados (90 a. C.).

Comandante: desconocido.

Ejército: dos mil soldados romanos.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión/cambio de bando.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: desconocidos.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: App. *BC* 1.42.

4.

Contexto: guerra de los aliados (89 a. C.).

Comandante: Lucio Porcio Catón (cónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares y personales.

Motivaciones: militares.

Tipo de insurrección: conspiración e intento de asesinato.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: desde Roma se intenta procesar a Cayo Ticio, principal instigador del levantamiento de las tropas.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: D.C. 30-35, fr. 100.

5.

Contexto: guerra de los aliados (89 a. C.).

Comandante: Aulo Postumio Albino (legado).

Ejército: desconocido.

Causas: personales y militares.

Motivaciones: personales y militares.

Tipo de insurrección: asesinato.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 75; V. Max. 9.8.3; Plu. *Sull.* 6.9; Polyaen. 8.9.1; Oros. 5.18.22-23.

6.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (88 a. C.).

Comandante: Lucio Cornelio Sila.

Ejército: seis legiones.

Causas: político-personales (Sila) / económicas, políticas y personales (soldados).

Motivaciones: político-personales (Sila) / económicas, políticas y personales (soldados).

Tipo de insurrección: motín del ejército y marcha sobre Roma.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: mientras que desde Roma se intenta detener el avance de Sila y recuperar el control de las legiones de Nola; Sila castiga a los soldados que, desobedeciendo sus órdenes, se lanzan al pillaje cuando el ejército entra en la capital.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. *Mar.* 34.1; 35.5-8; *Sull.* 8.1-2, 4; 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. *BC* 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

7.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (88 a. C.).

Comandante: Quinto Pompeyo Rufo (cónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: asesinato.

Grado de organización: presumiblemente, organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1; App. *BC* 1.63.

8.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (87 a. C.).

Comandante: Apio Claudio Pulcro (propretor).

Ejército: una legión.

Causas: económicas, personales, militares y políticas.

Motivaciones: económicas, personales, militares y políticas.

Tipo de insurrección: desertión/cambio de bando.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. *BC* 1.64-66.

9.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (87 a. C.).

Comandante: Cneo Pompeyo Estrabón (procónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: personales, militares, económicas y físicas.

Motivaciones: personales, militares y económicas.

Tipo de insurrección: conspiración e intento de asesinato y de desertión.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: gracias a la teatralidad de la puesta en escena de Cneo Pompeyo Magno, el cual no dudó en suplicar, llorar y postrarse ante sus hombres, se evitó tanto el asesinato de él y de su padre como la desertión y el cambio de bando del ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Liv. 79-80; Vell. 2.21.3-4; Plu. *Pomp.* 3; App. *BC* 1.68; Oros. 5.19.18.

10.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (87 a. C.).

Comandante: Lucio Cornelio Cinna (cónsul).

Ejército: desconocido (compuesto, especialmente, por esclavos liberados).

Causas: personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: violencia y pillaje contra la población civil romana.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: todos los esclavos liberados que habían servido en el ejército cinnano fueron ejecutados tras desobedecer las órdenes de Cinna.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Plu. *Mar.* 44.10; *Sert.* 5.6; App. *BC* 1.71-74; Oros. 5.19.24.

11.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (84 a. C.).

Comandante: Lucio Cornelio Cinna (cónsul).

Ejército: desconocido (compuesto, en su mayoría, por tropas bisoñas y nuevos ciudadanos romanos).

Causas: psicológicas, militares, políticas y socioeconómicas, y personales.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión; motín y asesinato.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: mientras que la desertión del comienzo fue pacífica, tanto el amotinamiento como el asesinato de después fueron violentos.

Medios de detección, control y/o represión: Cinna reunió al ejército en una *contio* y reprendió la indisciplina de las tropas desertoras. Sin embargo, no fue capaz de controlar la situación y el ejército se terminó sublevando.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 83; Vell. 2.24.5; Plu. *Pomp.* 5.1-3; App. *BC* 1.76-78; Oros. 5.19.24.

12.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (83 a. C.).

Comandante: Lucio Cornelio Escipión Asiático (cónsul).

Ejército: cuarenta cohortes (la mayoría constituidas a partir de tropas bisoñas).

Causas: militares, psicológicas, sociopolíticas y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: conspiración, desertión y cambio de bando.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85; Eutr. 5.7.4.

13.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (82 a. C.).

Comandante: Cayo Mario el Joven (cónsul).

Ejército: ochenta y cinco cohortes.

Causas: militares, físicas y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: fuga, desertión y cambio de bando.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Plu. *Sull.* 28.4-8; App. *BC* 1.87.

14.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (82 a. C.).

Comandante: Cayo Marcio Censorinio (legado).

Ejército: ocho legiones.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: App. *BC* 1.90.

15.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (82 a. C.).

Comandante: Cneo Papirio Carbón (cónsul) y Cayo Norbano Balbo (procónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: App. *BC* 1.91.

16.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (82 a. C.).

Comandante: Publio Albinovano (oficial).

Ejército: una legión de lucanos y el propio Albinovano.

Causas: militares y psicológicas (respecto de las tropas); militares, psicológicas y personales (en cuanto a Albinovano).

Motivaciones: personales y económicas (tanto en el caso de los soldados como respecto a Albinovano).

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando de los lucanos; y posterior traición de Albinovano.

Grado de organización: mientras que la desertión fue espontánea, el complot de Albinovano estuvo organizado.

Nivel de violencia: el cambio de bando fue pacífico, pero el complot fue violento.

Medios de detección, control y/o represión: antes de pasarse al bando silano y atentar contra sus antiguos compañeros de partido, Albinovano intentó sin éxito contener la desertión de sus hombres.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito de ambas insurrecciones.

Fuente: App. BC 1.91.

17.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos (80 a. C.).

Comandante: Cneo Pompeyo Magno (*privatus*).

Ejército: seis legiones.

Causas: militares, personales y económicas.

Motivaciones: económicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: tras reunir a sus soldados en una *contio*, Pompeyo lloró, amenazó con quitarse la vida, suplicó a sus hombres e hizo todo lo posible por contener su malestar.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Fron. Str. 4.5.1; Plu. Pomp. 13.1-4.

18.

Contexto: primera guerra mitridática (86-85 a. C.).

Comandante: Lucio Valerio Flaco (*consul suffectus*).

Ejército: dos legiones.

Causas: militares, personales y económicas.

Motivaciones: militares, personales y económicas.

Tipo de insurrección: desertión de una parte del ejército; y conspiración de Cayo Flavio Fimbria y asesinato de Flaco.

Grado de organización: mientras que la desertión fue espontánea, el asesinato de Flaco fue premeditado.

Nivel de violencia: la desertión fue pacífica y la conspiración derivó en violencia.

Medios de detección, control y/o represión: mientras que parte de la desertión fue contenida por Fimbria; poco o nada pudo hacer Flaco contra el complot de aquel, más allá de relegarle de sus funciones y reprocharle su actitud levantisca.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

19.

Contexto: primera guerra mitridática (85 a. C.).

Comandante: Cayo Flavio Fimbria (legado).

Ejército: dos legiones.

Causas: militares, psicológicas, sociopolíticas y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: Fimbria hizo todo lo posible por evitar la desertión de sus hombres. Convocó dos *contiones*, exhortó a sus tropas, se rasgó las vestiduras, se arrojó a los pies de sus soldados, sobornó a sus oficiales, ordenó la administración de un *iusiurandum*, amenazó a su ejército, y conspiró contra la vida de Sila.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 83; Vell. 2.24.1; Plu. *Sull.* 25.1; App. *Mith.* 59-60; Oros. 6.2.11.

20.

Contexto: tercera guerra mitridática (74-66 a. C.).

Comandante: Lucio Licinio Lúculo (procónsul).

Ejército: cinco legiones.

Causas: militares, personales, económicas, físicas y políticas.

Motivaciones: militares, personales y económicas.

Tipo de insurrección: indisciplina generalizada.

Grado de organización: de menor a mayor organización, en función del momento y de las circunstancias.

Nivel de violencia: relativamente pacíficas.

Medios de detección, control y/o represión: Lúculo hizo todo lo posible por corregir el comportamiento de su ejército. Antes de nada, aplicó una serie de medidas disciplinarias con las que rectificar y reparar la actitud de “valerianos” y/o “fimbrianos”; utilizó como guarnición a estas tropas y durante un tiempo prescindió de ellas en el campo de batalla; castigó la cobardía de sus hombres; y conversó, sobornó y negoció su adhesión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

21.

Contexto: tercera guerra mitridática (67 a. C.).

Comandante: Cayo Valerio Triario (legado).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, psicológicas y económicas.

Motivaciones: económicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: D.C. 36.12-13.

22.

Contexto: campaña en Iliria (78-76 a. C.).

Comandante: Cayo Cosconio (procónsul).

Ejército: una legión.

Causas: desconocidas.

Motivaciones: desconocidas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: desconocida.

Medios de detección, control y/o represión: Marco Atilio Bulbo, principal instigador de la revuelta, fue perseguido, procesado y condenado por un delito de lesa majestad.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Cic. *Clu.* 97; Eutr. 6.4; Oros. 5.23.23.

23.

Contexto: levantamiento de Marco Emilio Lépido (77 a. C.).

Comandante: Marco Junio Bruto (legado).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, psicológicas y personales.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: desconocida.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Plu. *Pomp.* 16.3-7; 64.5; *Brut.* 4.1, 3.

24.

Contexto: guerra contra Sertorio (77 a. C.).

Comandante: Marco Perpenna Ventón (*privatus*).

Ejército: cincuenta y tres cohortes.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: militares.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Plu. *Sert.* 15.2-5.

25.

Contexto: guerra contra Sertorio (76-72 a. C.).

Comandante: Quinto Sertorio (*privatus*).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, personales y económicas, por parte de las tropas; y personales y económicas, por parte de los oficiales de Sertorio.

Motivaciones: militares, personales y económicas, por parte de las tropas; y personales, por parte de los oficiales de Sertorio.

Tipo de insurrección: indisciplina generalizada.

Grado de organización: de menor a mayor organización, en función del tipo de insurrección.

Nivel de violencia: de menor a mayor violencia, en función del tipo de insurrección.

Medios de detección, control y/o represión: ejecuciones, castigos y detenciones.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito relativo.

Fuente: Liv. 96; Vell. 2.30.1; Plu. *Pomp.* 20.3; *Sert.* 25-26; Flor. *Epit.* 2.10.6, 9; App. *BC* 1.113; *Hisp.* 101; Eutr. 6.1.3; Oros. 5.23.13.

26.

Contexto: guerra contra Sertorio (72 a. C.).

Comandante: Marco Perpenna Ventón (*privatus*).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, personales y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: Perpenna llegó a sobornar, amenazar, matar y castigar a tropas, colaboradores y familiares para retener el control del ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: App. *BC* 1.114-115; *Hisp.* 101.

27.

Contexto: campaña contra los dardanios (75 a. C.).

Comandante: Cayo Escribonio Curión (procónsul).

Ejército: cinco legiones.

Causas: militares, personales, psicológicas y políticas.

Motivaciones: militares y personales.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: con ayuda del resto de unidades, Curión consiguió disolver el motín de la legión amotinada y castigar su indisciplina. Obligó a las tropas rebeldes a que realizaran trabajos de baja condición (cortar paja y excavar zanjas), privó a la legión de sus distintivos militares (estandartes y nombre) y la disolvió, y, finalmente, repartió a sus miembros entre el resto de legiones.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Fron. *Str.* 4.1.43.

28.

Contexto: guerra de las Galias (58 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (procónsul).

Ejército: seis legiones y un número indeterminado de tropas auxiliares.

Causas: psicológicas, militares, físicas, políticas y económicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: tras ser detectado el descontento del ejército, se informó a César de la situación; este convocó a su *consilium*, reprendió a sus miembros por desconfiar de sus intenciones y les ordenó que recuperaran el control de las tropas; se apoyó en sus tribunos y centuriones; y pronunció un discurso que, a modo de arenga, recordó a los presentes sus obligaciones militares. Finalmente, César amenazó con prescindir de todo el ejército y marchar a la batalla sólo con la X legión.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *Gal.* 1.39-41, 53; Liv. 104; Fron. *Srt.* 1.11.3, 4.5.11; Flor. *Epit.* 1.45.12; Plu. *Caes.* 19; D.C. 38.34-50; Oros. 6.7.6.

29.

Contexto: guerra de las Galias (57 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (procónsul).

Ejército: ocho legiones.

Causas: militares, psicológicas y físicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: abandono del combate y huida.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: a la intervención personal y directa de César, organizando la defensa, tranquilizando a sus hombres, reagrupando a las legiones y evitando la defección de parte de su ejército, debemos añadir la colaboración de veteranos, centuriones y tribunos militares. Asimismo, Tito Labieno también ayudó a restaurar el orden en el ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *Gal.* 2.16-28; V. Max. 3.2.19; Plu. *Caes.* 20.4-10.

30.

Contexto: guerra de las Galias (52 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (procónsul).

Ejército: seis legiones.

Causas: personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: desobediencia.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: por medio de sonidos acústicos y de la intervención de tribunos militares y oficiales, César intentó reprimir sin éxito el ímpetu de su ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *Gal.* 7.45, 47, 51-53; Oros. 6.11.6.

31.

Contexto: campaña contra los tracios (55 a. C.).

Comandante: Lucio Calpurnio Pisón Censorino (procónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, económicas y personales.

Motivaciones: económicas y personales.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: con el propósito de ganar tiempo y escapar de la provincia, Pisón mintió a sus hombres con la promesa de pagarles al día siguiente todo lo que les debía.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Cic. *Pis.* 38.

32.

Contexto: campaña contra los partos (53 a. C.).

Comandante: Marco Licinio Craso (procónsul).

Ejército: siete legiones, casi cuatro mil jinetes y un número indeterminado de infantería ligera.

Causas: psicológicas, militares, personales, físicas y políticas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión de Egnatio; abandono de la campaña de Cayo Casio Longino; y motín de los últimos soldados de Craso.

Grado de organización: mientras que las sediciones de Egnatio y Longino estuvieron organizadas, el motín de las tropas fue espontáneo.

Nivel de violencia: si bien los soldados emplearon la violencia, Egnatio y Longino actuaron de forma pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: antes de la batalla de Carras, Craso reunió al ejército en una *contio*, repartió dinero entre las tropas y prometió futuras distinciones; durante la batalla, arengó a sus hombres; y, durante el motín, habló con sus soldados e intentó apaciguarlos.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito de las defecciones de Egnatio y Longino; fracaso del motín de las tropas.

Fuente: Cic. *Div.* 1.29-30; 2.22, 84; Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4.

33.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Lucio Domicio Ahenobarbo (procónsul).

Ejército: treinta y nueve cohortes.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: Domicio lideró la defensa de Corfinio, exhortó a sus tropas, buscó la participación de Pompeyo, intentó calmar a sus hombres en una *contio*, y ganarse su voluntad a través de promesas y recompensas.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.16-23; Cic. *Att.* 1.149.1; 1.155.1-2; 1.156.4; 2.162A.1-2, 4; 2.162B.2; 2.162C.2-4; 2.162D.1-2; Liv. 109; Vell. 2.50.1; Plu. *Caes.* 34.6-35.1; App. *BC* 2.38; D.C. 41.10-11; Oros. 6.15.4.

34.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (*imperator*).

Ejército: seis legiones romanas más tropas auxiliares.

Causas: militares, psicológicas y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: relativamente pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.39.2; 64; 71-72; 82.2; 84-87; Fron. *Str.* 2.1.11.

35.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Lucio Afranio y Marco Petreyo (legados).

Ejército: cinco legiones romanas más auxiliares hispanos.

Causas: militares, físicas, psicológicas, personales y políticas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: organizada paralelamente desde el interior y el exterior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: cuando Petreyo se enteró de las conversaciones entre sus hombres y los de César, expulsó violentamente, e, incluso, mató, a los cesarianos que encontró en su campamento; después, suplicó a los pompeyanos que le fueran leales; y, finalmente, convocó una *contio* y exigió a sus tropas un *iusiurandum* con el que garantizar su adhesión.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.74-87; Liv. 110; Vell. 2.50.4; App. *BC* 42-43; Polyæn. 8.23.28; D.C. 41.20-23.

36.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Marco Terencio Varrón (legado).

Ejército: dos legiones y unas treinta cohortes auxiliares.

Causas: militares, económicas y personales.

Motivaciones: económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.17-21; Liv. 110; Oros. 6.15.7.

37.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Cayo Escibonio Curión (propretor).

Ejército: dos legiones y quinientos jinetes.

Causas: políticas.

Motivaciones: políticas y personales.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando; e intento de amotinamiento.

Grado de organización: tanto el cambio de bando como el intento de amotinamiento estuvieron organizados.

Nivel de violencia: ambas insurrecciones fueron pacíficas.

Medios de detección, control y/o represión: Curión convocó a su *consilium* y reunió en una *contio* al resto del ejército; les recordó su adhesión a César y los éxitos logrados tanto por él en Italia como por el propio Curión en África; les amenazó con todas las recompensas que iban a perder si cambiaban de bando; y, finalmente, les hizo ver que estaban exentos de su primer juramento, pues había sido su anterior comandante Lucio Domicio Ahenobarbo quien les había abandonado en Corfinio.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito de la desertión y fracaso del intento de motín.

Fuente: Caes. Civ. 2.23-33.

38.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Quinto Marcio Rufo (cuestor).

Ejército: cinco cohortes y un número indefinido de supervivientes cesarianos de la derrota del río Bagradas.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: cobardía, desobediencia, desbandada y fuga generalizada.

Grado de organización: desorganizada, en la mayoría del episodio, y organizada al final del mismo.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: salvo una tímida exhortación pronunciada por Rufo, nada más se hizo para contener la desbandada del ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. Civ. 2.36-44; App. BC 2.45-46; D.C. 41.42.4-6.

39.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (49 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (dictador).

Ejército: la *VIII* legión.

Causas: militares, físicas, psicológicas y económicas.

Motivaciones: militares y económicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: desconocida; aunque, probablemente, organizada.

Nivel de violencia: desconocida; aunque, probablemente, pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: César reunió a sus soldados en una *contio*; les reprochó su indisciplina y les recordó su *sacramentum*; aplicó una *decimatio* atenuada a la *VIII* legión; y, finalmente, licenció con ignominia a dicha unidad.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Fron. Str. 4.5.2; Suet. Jul. 69; App. BC 2.47; D.C. 41.26-36.

40.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (48 a. C.).

Comandante: Cneo Pompeyo Magno (procónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: cobardía, abandono de la formación y de las armas, huida/deserción.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: Tito Labieno controló la situación por medio de la administración de un *iusiurandum* colectivo.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. Civ. 3.11-13.

41.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (48 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (dictador y cónsul).

Ejército: la *VIII* legión, en el primer incidente; y treinta y tres cohortes (incluida la *VIII*) y un número indefinido de jinetes, en el segundo.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales.

Tipo de insurrección: cobardía, abandono del combate y de las enseñas, y fuga.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: relativamente pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: en el primer incidente, se trató de alentar a las tropas por medio del *aquila*, y, en el segundo, César intentó apaciguar sin éxito a sus hombres. Tras la batalla, César reunió a su ejército en una *contio*, exhortó a las tropas y degradó a algunos portaestandartes.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. Civ. 3.63-74; Plu. Caes. 39.4-11, 40.1; Suet. Jul. 68.3; App. BC 2.60-63; Polyæn. 8.23.26; Oros. 6.15.21.

42.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (48 a. C.).

Comandante: Cneo Pompeyo Magno (procónsul).

Ejército: once legiones romanas más un elevado número de tropas aliadas.

Causas: militares, económicas y personales.

Motivaciones: económicas y personales.

Tipo de insurrección: desobediencia, presiones y protestas.

Grado de organización: relativamente organizada.

Nivel de violencia: relativamente violenta.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: *Caes. Civ.* 3.94-95; 99.4; 107.1; *B.Alex.* 9.3; *Luc.* 45-150; *Plu. Caes.* 40-41.1-5, 42.1-3, 45, 46.4; *Pomp.* 66-72; *Flor. Epit.* 2.13.43; *App. BC* 2.66-69, 71-72, 74; *Polyaen.* 8.23.14.

43.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (48-47 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (dictador).

Ejército: tres cohortes romanas y un número impreciso de marineros y remeros.

Causas: militares, personales y/o económicas, y psicológicas.

Motivaciones: personales (y económicas).

Tipo de insurrección: desobediencia, abandono del combate y fuga.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: relativamente pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: César intentó en vano retener y coordinar la huida de sus hombres.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: *Caes. B.Alex.* 20-21.

44.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (48-47 a. C.).

Comandante: Quinto Casio Longino (propretor).

Ejército: las legiones *Vernacula* y *II*.

Causas: socioeconómicas, personales y políticas, por parte de los notables provinciales; y militares, socioeconómicas, personales y políticas, por parte de las tropas.

Motivaciones: políticas y socioeconómicas, por parte de los notables; y socioeconómicas, por parte de los soldados.

Tipo de insurrección: conspiración e intento de asesinato (y de cambio de bando).

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: antes del complot, Longino intentó comprar sin éxito la lealtad de sus soldados. Fracasada la conjura, parte de su ejército le ayudó a identificar, perseguir y ejecutar a los principales cabecillas de la conspiración.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: *Caes. B.Alex.* 48-55; *Liv.* 111; *D.C.* 42.15.1-2; 43.29.1.

45.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (48-47 a. C.).

Comandante: Quinto Casio Longino (propretor).

Ejército: las legiones *Vernacula* y *II*, y, al menos, seis cohortes de la *V*.

Causas: militares, socioeconómicas, personales y políticas.

Motivaciones: socioeconómicas.

Tipo de insurrección: levantamiento de las tropas y defección de la ciudad de Córdoba.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: mientras que el motín de los soldados se intentó reprimir desde el interior del mismo ejército por parte de un número indefinido de centuriones; Longino reunió en una *contio* a las legiones que todavía le eran fieles (*XXI*, *XXX* y cuatro cohortes de la *V*) y mando a varios hombres de su confianza a ciudades clave (al cuestor Marco Marcelo a Córdoba y al legado Quinto Casio a Híspalis). Finalmente, utilizó la fuerza del ejército y solicitó la intervención del rey Bógudo de Mauritania y del procónsul de la Citerior Marco Emilio Lépido.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Caes. *B.Alex.* 56-64; Liv. 111; D.C. 42.15.2, 4, 16.2; 43.29.1, 3.

46.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (47 a. C.).

Comandante: Marco Valerio Mesala Rufo y Publio Cornelio Sila (legados).

Ejército: dos legiones, la *V* y la *XII*.

Causas: militares, físicas, psicológicas y económicas.

Motivaciones: militares y económicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: presumiblemente organizada, la revuelta de la *V*; y, probablemente, espontáneo, el levantamiento de la *XII*.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: en un primer momento, ninguna de las dos revueltas fue reprimida. Sin embargo, tiempo después, Tito Salieno, el centurión de la *V* que había encabezado los disturbios de su legión, fue castigado por César.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 28.2; 54.5; Cic. *Att.* 2.236.11.21.2; 237.11.22.2.

47.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (47 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (dictador).

Ejército: la X legión y otras legiones veteranas.

Causas: militares, físicas, psicológicas, económicas y personales.

Motivaciones: militares y económicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: en primer lugar, César intentó comprar la voluntad de sus hombres a base de nuevas promesas; después, intentó negociar con las tropas; seguidamente, apeló al espíritu de cuerpo de su ejército; y, por último, recurrió a la competencia entre legiones. Tras ceder antes sus hombres, licenció a una parte de su ejército, separó a los soldados más rebeldes y estrechó la vigilancia del resto. Meses después, castigó a los principales líderes de la revuelta (Cayo Avieno, Aulo Fonteyo, Marco Tiro y Cayo Clusinas).

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: *Caes. B.Afr.* 19.3, 54; *Liv.* 113; *Fron. Str.* 1.9.4; *Luc.* 5.237-373; *Plu. Caes.* 51.2; *Suet. Jul.* 70; *App. BC* 2.92-94; *Polyaen.* 8.23.15; *D.C.* 42.52-55.

48.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (46 a. C.).

Comandante: Sexto Julio César (cuestor).

Ejército: una legión.

Causas: militares, personales, económicas y políticas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: levantamiento, según Apiano; y desertión y cambio de bando, según Dion Casio.

Grado de organización: espontánea, según Apiano; y organizada desde el exterior, según Dion Casio.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: según Apiano, Sexto Julio intentó sin éxito castigar a Quinto Cecilio Baso; y, de acuerdo con Dion Casio, Sexto detuvo, interrogó y, finalmente, liberó a Baso, para, después, enfrentarse a él en combate.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: *Cic. Att.* 12.11.1, 12.3; *Deiot.* 23; *Fam.* 12.12.3; *Str.* 16.2.10; *Liv.* 114; *J. AJ* 14.170, 268, *BJ* 1.216; *App. BC* 3.77, 4.58; *D.C.* 47.26.3-7, 27.1.

49.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (46 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (dictador y cónsul).

Ejército: legiones V, VII, VIII, VIII y X, así como un número indeterminado de tropas auxiliares.

Causas: militares, físicas, psicológicas, económicas y personales.

Motivaciones: militares, personales y económicas.

Tipo de insurrección: desobediencia, indisciplina y violencia indiscriminada.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: hasta en tres ocasiones intentó César contener el ímpetu de sus hombres: al comienzo de la batalla, cuando procuró retener a sus tropas; en medio de la batalla, cuando los centuriones se enfrentaron a los soldados e intentaron impedir su avance; y, al final del combate, cuando César pidió a sus tropas que perdonaran a los pompeyanos prisioneros.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 80-86; Flor. *Epit.* 2.13.66.

50.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo (45 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César (dictador y cónsul).

Ejército: ocho legiones romanas, de las cuales identificamos la III, la V y la X; ocho mil jinetes galos y un número impreciso de jinetes mauritanos.

Causas: militares y psicológicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: cobardía, abandono del puesto de combate y huida.

Grado de organización: espontánea.

Nivel de violencia: desconocida.

Medios de detección, control y/o represión: César hizo todo lo posible por retener a sus hombres y evitar su huida: les reprochó su cobardía, les recordó sus obligaciones militares, les infundió valor, les suplicó y les increpó.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 30-39; Liv. 115; Vell. 2.55.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.81-87; App. *BC* 2.104-106; Polyaen. 8.23.16; D.C. 43.35-40; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7-9.

51.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (44 a. C.).

Comandante: Marco Antonio (cónsul).

Ejército: tres legiones (la *Martia*, la II y la XXXV).

Causas: personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: presiones, quejas y protestas.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: antes de que el descontento de las tropas se hiciera público, Marco Antonio logró detectar las primeras maniobras subversivas de Octaviano. Encarceló a algunos soldados y los mandó matar tiempo después. Más tarde, cuando el ejército se levantó abiertamente, convocó una primera *contio* e intentó sobornar a las tropas. No obstante, fracasó. Esto le llevó a reunir al ejército en una segunda *contio* y a aplicar una *decimatio* atenuada.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Cic. Att. 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; Fam. 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; Phil. passim; Liv. 117; App. BC 3.31-43; D.C. 45.12-13.

52.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (44 a. C.).

Comandante: Marco Antonio (cónsul).

Ejército: las legiones *Martia* y *III*.

Causas: militares, personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: en primer lugar, Marco Antonio trató de encontrar a los agentes de Octaviano, sobornando y amenazando a delatores y cómplices, respectivamente; a continuación, tras fracasar en su intento, celebró una *contio*, se disculpó por haber castigado anteriormente a sus hombres, y reemplazó a parte de sus tribunos militares. De nada sirvió. Tras la desertión de la *Martia* y la *III*, intento lo primero de todo recuperar su control; pero fracasó. Finalmente, repartió quinientas dracmas entre los soldados que todavía le eran leales y les tomó un nuevo juramento.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Cic. Att. 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; Fam. 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; Phil. passim; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. BC 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

53.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43 a. C.).

Comandante: Publio Vatinio (procónsul).

Ejército: tres legiones.

Causas: personales, militares, económicas y políticas.

Motivaciones: políticas, personales y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: probablemente organizada.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Cic. *Phil.* 10.11, 13; Liv. 118; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 24-26; App. *BC* 4.75; D.C. 47.21.6-7.

54.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43 a. C.).

Comandante: Cayo Antonio (pretor).

Ejército: una legión.

Causas: militares, psicológicas, políticas y económicas.

Motivaciones: personales, políticas y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: instigada desde el exterior.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 118, 121; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 25-26; App. *BC* 3.79, 4.75; D.C. 47.21-25.

55.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43 a. C.).

Comandante: Quinto Cecilio Baso (pretor), Lucio Estayo Murco (procónsul de Siria), Quinto Marcio Crispo (procónsul de Bitinia) y Aulo Alieno (legado de Publio Cornelio Dolabela).

Ejército: doce legiones en total (dos de Baso, tres de Murco, tres de Crispo y cuatro de Alieno).

Causas: políticas, económicas y militares.

Motivaciones: políticas, económicas y personales.

Tipo de insurrección: cambio de bando.

Grado de organización: espontánea, respecto a Murco y Alieno, y organizada, en relación a Baso y, muy probablemente, Crispo.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: pese a que Baso (y, con toda seguridad, Crispo) se negó a ceder sus tropas a Casio, no tenemos información de lo que pudo

hacer para evitar el traspaso de unidades. Por su parte, ni Murco ni Alieno hicieron nada por evitar la defección de sus ejércitos.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Cic. *ad. Brut.* 2.2.3.3; *Brut.* 1.5.2; *Fam.* 366.12.11.1, 387.12.12.1-4; *Str.* 16.2.10; *Liv.* 121; *Vell.* 2.69.2; *J. AJ* 14.170, 268-270, *BJ* 1.216-219, 225; *App. BC* 3.77-78, 4.58-59; *D.C.* 47.27-28.

56.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43 a. C.).

Comandante: Marco Emilio Lépido (procónsul).

Ejército: diez legiones.

Causas: personales, políticas, militares y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: motín y cambio de bando.

Grado de organización: organizada tanto desde el exterior como desde el interior del ejército de Lépido.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: mientras que los tribunos militares intentaron evitar el contacto entre ambos ejércitos y Lépido se esforzó por acallar a Marco Antonio y congraciarse con su ejército por medio de la celebración de una *contio*; Marco Juvencio Laterense, lugarteniente de Lépido, solicitó que una parte del ejército, probablemente la más afín a Marco Antonio, fuera alejada del campamento con el propósito de impedir que facilitara la entrada del futuro triunviro.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Cic. *Fam.* 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 368.10.31, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; *Liv.* 119; *Vell.* 2.63; *Plu. Ant.* 17-18; *App. BC* 3.83-84; *D.C.* 46.50-51.

57.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43 a. C.).

Comandante: Marco Cecilio Cornuto (pretor urbano).

Ejército: tres legiones.

Causas: militares, psicológicas, políticas y económicas.

Motivaciones: personales, políticas y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: probablemente organizada.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: posiblemente, Cornuto intentó sin éxito evitar la desertión de sus hombres.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 119-120; Plu. *Brut.* 27.1, 3; App. *BC* 3.88-95; D.C. 46.43.6-49; Eutr. 7.2.1.

58.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43 a. C.).

Comandante: Décimo Junio Bruto Albino (procónsul).

Ejército: diez legiones.

Causas: militares, físicas, psicológicas, políticas y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: probablemente organizada desde el exterior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: sin represión.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. *BC* 3.97-98; D.C. 46.53.

59.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (43-42 a. C.).

Comandante: Marco Junio Bruto (procónsul).

Ejército: ocho legiones.

Causas: políticas, personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: intento de motín.

Grado de organización: organizada desde fuera por Cayo Antonio y secundada en el interior por una parte del ejército de Bruto.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: Bruto puso en marcha todo tipo de elementos de control, represión y justificación, no sólo para detener las conspiraciones a favor de Cayo Antonio y los intentos de este de levantar a su ejército, sino, también, para legitimar su posición y fortalecer el vínculo con sus hombres. Despojó a Cayo de su antiguo uniforme de pretor, lo puso bajo vigilancia y lo sacó fuera de Apolonia, para evitar, por un lado, que siguiera maquinando contra él y, por el otro, que las tropas se lanzaran contra la ciudad. A continuación, actuó sobre el ejército. Ejecutó a los más sediciosos, apartó a los más problemáticos y maniobró contra el resto, llegándolos a enfrentar entre sí. Sin embargo, como no lograba deshacerse del peligro, dejó de nuevo a Cayo Antonio en Apolonia y alejó al ejército todo lo que pudo de Macedonia, para que no fuera corrompido por las noticias que llegaban desde Roma. Finalmente, ordenó matar a su prisionero y retornó a Macedonia. Entonces, atacó a los besos, para ganarse la confianza de su ejército y que sus hombres lo aclamaran como su *imperator*; e

imprimió en las monedas que acuñaba su propia efigie, así como un gorro frigio y dos puñales, con el propósito de legitimar su posicionamiento político.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Cic. *ad. Brut.* 14.1.2.3; Liv. 121; Plut. *Brut.* 26.6-8, 28.1; App. *BC* 3.79; D.C. 47.22.4-25.

60.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas (42 a. C.).

Comandante: Marco Junio Bruto (procónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, psicológicas y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: indisciplina generalizada.

Grado de organización: organizada desde el interior y estimulada desde el exterior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: Bruto intentó ganarse la confianza de los hombres de Casio por medio de recompensas monetarias; ejecutó a los prisioneros cesarianos para que no instigaran una revuelta, promovieran la desertión de sus hombres y/o les incitaran a la batalla; fue informado del malestar de su ejército, estuvo al corriente del descontento de sus unidades y, en la medida de lo posible, utilizó esa información para evitar nuevas desertiones y afianzar la lealtad del ejército; se enfrentó a sus tropas y les reprochó su indisciplina; y, finalmente, criticó duramente a sus soldados por obligarle a entablar combate en contra de su voluntad.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Plu. *Brut.* 38-52; App. *BC* 4.108-114, 117-135; D.C. 47.36-49.

61.

Contexto: guerra de Perugia (41 a. C.).

Comandante: Lucio Antonio (cónsul).

Ejército: seis legiones (de las cuales, sólo dos participaron en la revuelta).

Causas: económicas, militares, psicológicas y políticas.

Motivaciones: económicas, militares y personales.

Tipo de insurrección: defección.

Grado de organización: organizada desde el interior y, quizá, instigada desde el exterior del ejército.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: aunque no tenemos forma de comprobarlo, creemos que los oficiales que fueron expulsados de las legiones rebeldes

podieron intentar sin éxito evitar la sedición de las tropas. Finalmente, Lucio fue capaz de recuperar el control de su ejército por medio de una fuerte suma de dinero.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: App. BC 5.30.

62.

Contexto: guerra de Perugia (40 a. C.).

Comandante: Lucio Antonio (cónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: militares, personales, psicológicas y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: presiones y protestas; desertión y cambio de bando.

Grado de organización: probablemente espontánea.

Nivel de violencia: pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: si bien Lucio no fue capaz ni de contener ni de reprimir la indisciplina de su ejército, Octaviano, una vez que se hizo con las tropas de su rival, ordenó que todos los soldados depusieran sus armas y separó a los soldados veteranos de los recién reclutados, para que de esta manera el carácter subversivo de los primeros no contagiara a los segundos, e intentó, sin éxito, ya que se lo impidió su propio ejército, reprender y castigar a los veteranos de Marco Antonio.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 126; Vell. 2.74.3-4; Flor. *Epit.* 2.16.3; App. BC 5.32-49; D.C. 48.14; Eutr. 7.3.4.

63.

Contexto: Triunvirato (36 a. C.).

Comandante: Marco Emilio Lépido (triunviro).

Ejército: veintidós legiones de infantería y un gran número de jinetes.

Causas: sociopolíticas, económicas, personales y militares.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: desertión y cambio de bando.

Grado de organización: en parte, organizada desde el exterior y secundada desde el interior del ejército, y, en parte, espontánea.

Nivel de violencia: en parte, violenta, y, en parte, pacífica.

Medios de detección, control y/o represión: aunque tarde, Lépido intentó sin éxito reprimir la desertión de su ejército. Para tal fin, hizo uso de la violencia. Expulsó por la fuerza a Octaviano de su campamento, envió refuerzos a sus guarniciones, armó a parte de sus tropas para que impidieran la defección de su ejército, y amenazó y suplicó a sus hombres para que no desertaran. Finalmente, se apoderó de las enseñas y amenazó con no entregárselas a los soldados si le abandonaban.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Liv. 129; Vell. 2.80; Plu. *Ant.* 55.3; Suet. *Aug.* 16.4; App. *BC* 5.122-127; D.C. 49.11.2-4, 12.1-4; Oros. 6.18.30-32.

64.

Contexto: Triunvirato (36 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César Octaviano (triunviro).

Ejército: desconocido.

Causas: económicas, físicas y militares.

Motivaciones: personales, económicas y militares.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: durante el tiempo que duró la rebelión del ejército, Octaviano hizo todo lo posible por recuperar la lealtad de sus hombres. En primer lugar, les recordó sus obligaciones militares y les amenazó con castigar su indisciplina. Seguidamente, les hizo nuevas promesas y se comprometió a hacerles entrega de nuevas recompensas y honores. A continuación, actuó contra sus principales cabecillas. Eliminó al tribuno militar Ofilio y compró el apoyo de sus líderes. Finalmente, licenció a una parte del ejército, enfrentó a la otra, y dispersó al resto. Sin embargo, esta última solución llegó después de haber cedido a la mayor parte de las demandas del ejército.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Vell. 2.81; App. *BC* 5.128-129; D.C. 49.13-14; Oros. 6.18.33.

65.

Contexto: Triunvirato (35 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César Octaviano (triunviro).

Ejército: desconocido.

Causas: socioeconómicas.

Motivaciones: socioeconómicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: desconocida, aunque, previsiblemente, organizada.

Nivel de violencia: violenta.

Medios de detección, control y/o represión: tras readmitir a los soldados reenganchados, Octaviano los reunió a todos en una misma legión para tenerlos controlados, evitar que se mezclaran con las otras legiones y corrompieran al resto del ejército, y poder responder de inmediato en caso de que dieran problemas. Tras su levantamiento, a los de más edad, los envió a la Galia; castigó a unos pocos; y al resto, tras rodearlos con el ejército, los desarmó y los licenció.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: Liv. 131; D.C. 49.34.

66.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano (31-30 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César Octaviano (cónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: socioeconómicas.

Motivaciones: socioeconómicas.

Tipo de insurrección: motín.

Grado de organización: desconocida; aunque, probablemente organizada, en cuanto a las revueltas del 30 a. C.

Nivel de violencia: desconocida; aunque, previsiblemente violenta, en relación a los desórdenes del 30 a. C.

Medios de detección, control y/o represión: como medida de prevención, Octaviano envió a Italia a los soldados que habían superado la edad de servicio, y dispersó a los demás. A continuación, del grupo de soldados que envió a Italia, apartó a unos completamente del servicio y dispersó a la mayoría. A las tropas que permanecieron en filas las puso bajo la autoridad de sus oficiales y las contuvo con la esperanza de nuevas riquezas. Durante su ausencia, dejó a Agripa y a Mecenas al cargo de los asuntos de Roma e Italia y de la vigilancia de los soldados que habían sido apartados del ejército. Por último, tuvo que intervenir personalmente y ceder ante las demandas de los veteranos, para evitar que continuaran las revueltas.

Índice de éxito y/o fracaso: éxito.

Fuente: Suet. *Aug.* 17.3; D.C. 51.3-4.

67.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano (30 a. C.).

Comandante: Cayo Cornelio Galo (general).

Ejército: cuatro legiones.

Causas: personales y económicas.

Motivaciones: personales y económicas.

Tipo de insurrección: intento de amotinamiento.

Grado de organización: impulsada desde el exterior del ejército.

Nivel de violencia: en parte, pacífica, y, en parte, violenta.

Medios de detección, control y/o represión: con la intención de evitar el contacto entre Marco Antonio y su ejército, Galo se encerró en Paretonio y ordenó que sonaran las trompetas cuando el primero intentó hablar con las tropas.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: D.C. 51.9.1-3; Oros. 6.19.15.

68.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano (30 a. C.).

Comandante: Cayo Julio César Octaviano (cónsul).

Ejército: desconocido.

Causas: físicas, psicológicas, económicas y personales.

Motivaciones: económicas y personales.

Tipo de insurrección: intento de amotinamiento.

Grado de organización: impulsada desde el exterior del ejército.

Nivel de violencia: en parte, pacífica, y, en parte, violenta.

Medios de detección, control y/o represión: frente a las maniobras subversivas de Marco Antonio, Octaviano respondió leyendo a sus soldados las octavillas que aquel había logrado introducir en su campamento y denigrando abiertamente a su rival. Al mostrar públicamente la naturaleza sediciosa de Marco Antonio, Octaviano alentó implícitamente a sus hombres a que mostraran su valentía si no querían ser acusados de traición.

Índice de éxito y/o fracaso: fracaso.

Fuente: D.C. 51.10.1-4.

ANEXO II – LISTA GENERAL DE INSURRECCIONES

Seguidamente, se presenta una relación de todos aquellos actos de indisciplina y/o episodios de insurrección que aparecen recogidos en el Capítulo III – El fenómeno de la insurrección en la República romana tardía: una revisión. A tal efecto, se especifica el contexto bélico en el que tuvieron lugar, el delito y/o falta que cometieron las tropas implicadas, y las fuentes clásicas que se hicieron eco de cada uno de los incidentes:

1.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: corrupción.

Fuente: Sal. *Jug.* 26-37. Cf. Flor. *Epit.* 1.36.5-7.

2.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: corrupción, ociosidad e indisciplina.

Fuente: Sal. *Jug.* 29, 32.2-4, 40; Flor. *Epit.* 1.36.7; Eutr. 4.26.1; Oros. 5.15.4.

3.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: corrupción e indisciplina, desertión/cambio de bando, y abandono de las armas y del combate.

Fuente: Sal. *Jug.* 36.4, 37.3-4, 38-39.5; Flor. *Epit.* 1.36.9; Eutr. 4.26.2; Oros. 5.15.6.

4.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: corrupción, ociosidad e indisciplina.

Fuente: Sal. *Jug.* 44. Cf. Flor. *Epit.* 1.36.5-7.

5.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Sal. *Jug.* 56.2.

6.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: relajación de la disciplina.
Fuente: Sal. *Jug.* 58.1.

7.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Sal. *Jug.* 62.6-7. *Cf.* Oros. 5.15.7.

8.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: relajación de la disciplina.
Fuente: Sal. *Jug.* 64.5.

9.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: relajación de la disciplina.
Fuente: Sal. *Jug.* 66.3.

10.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: traición.
Fuente: Sal. *Jug.* 69.4. *Cf.* Sal. *Jug.* 67.3; Plu. *Mar.* 8.1-5; App. *Num.* frag. 3.

11.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Sal. *Jug.* 71.4.

12.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Sal. *Jug.* 75.1.

13.

Contexto: guerra de Jugurta.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Sal. *Jug.* 76.5-6.

14.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Sal. *Jug.* 103.1.

15.

Contexto: guerra de Jugurta.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. *Num.* frag. 3.

16.

Contexto: guerra cimbria.

Delito/falta: abuso de poder/intento de violación.

Fuente: Cic. *Mil.* 9. *Cf.* V. Max. 6.1.12; Plu. *Mar.* 14.4-8.

17.

Contexto: guerra cimbria.

Delito/falta: abandono del combate y fuga.

Fuente: V. Max. 5.8.4. *Cf.* Fron. Str. 4.1.13; Plu. *Mar.* 23.5-6.

18.

Contexto: guerra cimbria.

Delito/falta: protestas y presiones.

Fuente: Plu. *Mar.* 16.5-8.

19.

Contexto: guerra cimbria.

Delito/falta: protestas y presiones.

Fuente: Plu. *Mar.* 18.3, 6-7. *Cf.* Flor. *Epit.* 1.38.8-9; Oros. 5.16.10.

20.

Contexto: guerra de los aliados.

Delito/falta: asesinato.

Fuente: Liv. 75; V. Max. 9.8.3; Plu. *Sull.* 6.9; Polyæn. 8.9.1; Oros. 5.18.22-23.

21.

Contexto: guerra de los aliados.

Delito/falta: asesinato.

Fuente: V. Max. 9.7.3.

22.

Contexto: guerra de los aliados.

Delito/falta: desertión/cambio de bando (de soldados romanos).

Fuente: App. BC 1.42.

23.

Contexto: guerra de los aliados.

Delito/falta: desertión/cambio de bando (de auxiliares números).

Fuente: App. BC 1.42.

24.

Contexto: guerra de los aliados.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 1.53.

25.

Contexto: guerra de los aliados.

Delito/falta: conspiración e intento de asesinato.

Fuente: D.C. 30-35, fr. 100.

26.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: motín del ejército y marcha sobre Roma de Lucio Cornelio Sila.

Fuente: Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 1; Vell. 2.18.4, 6; 19.1; Plu. *Mar.* 34.1; 35.5-8; *Sull.* 8.1-2, 4; 9; Flor. *Epit.* 2.9.6-7; App. BC 1.55-61; Eutr. 5.4.2; Oros. 5.19.3-5.

27.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: conspiración y asesinato.

Fuente: Liv. 77; V. Max. 9.7, ext. 2; Vell. 2.20.1; App. BC 1.63.

28.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Liv. 79; Vell. 2.20.3-4; App. *BC* 1.64-66.

29.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: conspiración e intento de asesinato y de desertión.
Fuente: Liv. 79-80; Vell. 2.21.3-4; Plu. *Pomp.* 3; App. *BC* 1.68; Oros. 5.19.18.

30.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: corrupción.
Fuente: Liv. 80.

31.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: desertión; motín y asesinato.
Fuente: Liv. 83; Vell. 2.24.5; Plu. *Pomp.* 5.1-3; App. *BC* 1.76-78; Oros. 5.19.24.

32.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: conspiración, desertión y cambio de bando.
Fuente: Liv. 85; Vell. 2.25.2; Plu. *Sull.* 28.1-3; Flor. *Epit.* 2.9.19; App. *BC* 1.85; Eutr. 5.7.4.

33.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: motín.
Fuente: Fron. *Str.* 4.5.1; Plu. *Pomp.* 13.1-4.

34.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Plu. *Mar.* 42.5-6.

35.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: violencia y pillaje contra la población civil romana.

Fuente: Plu. *Mar.* 44.10; *Sert.* 5.6; App. *BC* 1.71-74; Oros. 5.19.24.

36.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnnos.

Delito/falta: fuga, desertión y cambio de bando.

Fuente: Plu. *Sull.* 28.4-8; App. *BC* 1.87.

37.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: corrupción.

Fuente: Plu. *Caes.* 1.6-7.

38.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Pomp.* 7.5.

39.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: desórdenes/indisciplina.

Fuente: Plu. *Pomp.* 10.14.

40.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Pomp.* 11.2-3.

41.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: abandono de las tareas/indisciplina.

Fuente: Plu. *Pomp.* 11.4-5.

42.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: protestas, presiones y amenazas.

Fuente: Plu. *Pomp.* 14.7. *Cf. Fron. Str.* 4.5.1.

43.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: traición.

Fuente: App. *BC* 1.68.

44.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: traición.

Fuente: App. *BC* 1.69.

45.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: App. *BC* 1.70.

46.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: App. *BC* 1.88.

47.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: App. *BC* 1.89.

48.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: deserción.

Fuente: App. *BC* 1.90.

49.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: deserción.

Fuente: App. *BC* 1.91.

50.

Contexto: guerra civil entre silanos y cinnanos.

Delito/falta: desertión y cambio de bando; y traición.

Fuente: App. *BC* 1.91.

51.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desertión; conspiración y asesinato.

Fuente: D.S. 38.8.1; Str. 13.27; Liv. 82; Vell. 2.23.2; 24.1; Plu. *Sull.* 23.6; App. *Mith.* 51-52; D.C. 30-35, fr. 104.1-5; Oros. 6.2.9.

52.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Liv. 83; Vell. 2.24.1; Plu. *Sull.* 25.1; App. *Mith.* 59-60; Oros. 6.2.11.

53.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: indisciplina generalizada.

Fuente: Cic. *Har.* 42; Sal. *Hist.* 5.10; Liv. 94, 98; Plu. *Luc. passim*; App. *Mith.* 72, 82, 84-85, 90; D.C. 36.14-17.

54.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Vell. 2.23.6.

55.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: protestas.

Fuente: Plu. *Sull.* 24.4.

56.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: corrupción.

Fuente: Plu. *Luc.* 11.7.

57.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: pereza/indisciplina.

Fuente: App. *Mith.* 43.

58.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desidia/indisciplina.

Fuente: App. *Mith.* 49. Cf. Fron. *Str.* 2.8.12; Plu. *Sull.* 21.2.

59.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. *Mith.* 55.

60.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: App. *Mith.* 89.

61.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. *Mith.* 110.

62.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: D.C. 36.9.5.

63.

Contexto: guerras mitridáticas.

Delito/falta: motín.

Fuente: D.C. 36.12-13.

64.

Contexto: guerras mitridáticas.
Delito/falta: deserción/cambio de bando.
Fuente: D.C. 36.13.1.

65.

Contexto: guerras mitridáticas.
Delito/falta: deserción/cambio de bando.
Fuente: D.C. 36.45.4. *Cf. App. Mith.* 98.

66.

Contexto: guerras mitridáticas.
Delito/falta: deserción/cambio de bando.
Fuente: D.C. 36.47.2.

67.

Contexto: guerras mitridáticas.
Delito/falta: deserción/cambio de bando.
Fuente: Oros. 6.2.12-13. *Cf. Liv.* 93; *Plu. Luc.* 8.5; 12.5; *Sert.* 23-24; *App. Mith.* 68, 70, 72; 76-77.

68.

Contexto: guerras mitridáticas.
Delito/falta: cambio de bando.
Fuente: Oros. 6.2.21.

69.

Contexto: campaña en Iliria.
Delito/falta: motín.
Fuente: *Cic. Clu.* 97; *Eutr.* 6.4; Oros. 5.23.23.

70.

Contexto: levantamiento de Marco Emilio Lépido.
Delito/falta: deserción y cambio de bando.
Fuente: *Plu. Pomp.* 16.3-7; 64.5; *Brut.* 4.1, 3.

71.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio.

Delito/falta: abandono y molicie.

Fuente: Sal. *Hist.* 2.70. *Cf.* V. Max. 9.1.5; Plu. *Pomp.* 18.2; *Sert.* 22.2-4.

72.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio.

Delito/falta: indisciplina generalizada.

Fuente: Liv. 96; Vell. 2.30.1; Plu. *Pomp.* 20.3; *Sert.* 25-26; Flor. *Epit.* 2.10.6, 9; App. *BC* 1.113; *Hisp.* 101; Eutr. 6.1.3; Oros. 5.23.13.

73.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio.

Delito/falta: motín.

Fuente: Plu. *Sert.* 15.2-5.

74.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio.

Delito/falta: desobediencia/desenfreno.

Fuente: Plu. *Sert.* 16.2-3.

75.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio.

Delito/falta: desobediencia/pillaje.

Fuente: Plu. *Sert.* 19.9-10.

76.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio.

Delito/falta: motín.

Fuente: App. *BC* 1.114-115; *Hisp.* 101.

77.

Contexto: guerra contra Quinto Sertorio/guerra de las Galias.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 39.46.3. *Cf.* Caes. *Gal.* 3.23; Oros. 6.8.21.

78.

Contexto: sin especificar⁴²¹⁴.

Delito/falta: intento de motín.

Fuente: Cic. *Clu.* 99.

79.

Contexto: campaña contra los dardanios.

Delito/falta: motín.

Fuente: Fron. *Str.* 4.1.43.

80.

Contexto: tercera guerra servil.

Delito/falta: desertión y desobediencia.

Fuente: Sal. *Hist.* 3.96.1.

81.

Contexto: tercera guerra servil.

Delito/falta: desobediencia; cobardía, abandono de las armas y fuga.

Fuente: Plu. *Crass.* 10.2-5. Cf. App. *BC* 1.118-119.

82.

Contexto: tercera guerra servil.

Delito/falta: desertión.

Fuente: App. *BC* 1.117.

83.

Contexto: conjuración de Catilina.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Sal. *Cat.* 57.1-3.

84.

Contexto: conjuración de Catilina.

Delito/falta: molicie/desenfreno y codicia.

Fuente: App. *BC* 2.2.

85.

⁴²¹⁴ En algún momento indeterminado entre el 77 y el 75 a. C.

Contexto: guerra de las Galias.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Caes. *Gal.* 1.28.

86.

Contexto: guerra de las Galias (58 a. C.).
Delito/falta: motín.
Fuente: Caes. *Gal.* 1.39-41, 53; Liv. 104; Fron. *Srt.* 1.11.3, 4.5.11; Plu. *Caes.* 19; Flor. *Epit.* 1.45.12; D.C. 38.34-50; Oros. 6.7.6.

87.

Contexto: guerra de las Galias.
Delito/falta: abandono del combate y huida.
Fuente: Caes. *Gal.* 2.16-28; V. Max. 3.2.19; Plu. *Caes.* 20.4-10.

88.

Contexto: guerra de las Galias.
Delito/falta: protestas y presiones.
Fuente: Caes. *Gal.* 3.17.

89.

Contexto: guerra de las Galias.
Delito/falta: abandono del puesto de combate.
Fuente: Caes. *Gal.* 5.33.

90.

Contexto: guerra de las Galias.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: Caes. *Gal.* 5.42.

91.

Contexto: guerra de las Galias.
Delito/falta: abandono de la formación.
Fuente: Caes. *Gal.* 6.34.

92.

Contexto: guerra de las Galias.

Delito/falta: quejas y protestas.

Fuente: Caes. *Gal.* 6.36.

93.

Contexto: guerra de las Galias.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Caes. *Gal.* 7.20.

94.

Contexto: guerra de las Galias.

Delito/falta: desobediencia.

Fuente: Caes. *Gal.* 7.45, 47, 51-53; Oros. 6.11.6.

95.

Contexto: guerra de las Galias.

Delito/falta: relajación de la disciplina.

Fuente: D.C. 39.4.4.

96.

Contexto: campaña contra los tracios.

Delito/falta: motín.

Fuente: Cic. *Pis.* 38.

97.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: desertión; abandono de la campaña; motín.

Fuente: Cic. *Div.* 1.29-30; 2.22, 84; Liv. 106; V. Max. 1.6.11; Vell. 2.46.3-4; Plu. *Crass.* 16-31; *Luc.* 30; *Pomp.* 33.6; 38.2; Flor. *Epit.* 1.46.2-4, 8-11; D.C. 39.39-40.1; 40.12-13; 17-29; Eutr. 6.18.1-2; Oros. 6.13.2-4.

98.

Contexto: sin especificar⁴²¹⁵.

Delito/falta: motín.

Fuente: Cic. *Fam.* 110.15.4.2. Cf. Cic. *Att.* 5.14.1.

99.

⁴²¹⁵ En algún momento indeterminado del 51 a. C.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.12.2.

100.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.13.4.

101.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.15.3; 16.1.

102.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: motín.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.16-23; Cic. *Att.* 1.149.1; 1.155.1-2; 1.156.4; 2.162A.1-2, 4; 2.162B.2; 2.162C.2-4; 2.162D.1-2; Liv. 109; Vell. 2.50.1; Plu. *Caes.* 34.6-35.1; App. *BC* 2.38; D.C. 41.10-11; Oros. 6.15.4.

103.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.18.2-4.

104.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.24.3.

105.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: motín.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.39.2; 64; 71-72; 82.2; 84-87; Fron. *Str.* 2.1.11.

106.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 1.74-87; Liv. 110; Vell. 2.50.4; App. *BC* 42-43; Polyaen. 8.23.28; D.C. 41.20-23.

107.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: protestas y presiones.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.13.3-4.

108.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: relajación de la disciplina.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.14.1.

109.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.17-21; Liv. 110; Oros. 6.15.7.

110.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.18.3.

111.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.20.2.

112.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión y cambio de bando; e intento de amotinamiento.

Fuente: Caes. *Civ.* 2.23-33.

113.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: cobardía, desobediencia, desbandada y fuga generalizada.
Fuente: Caes. *Civ.* 2.36-44; App. *BC* 2.45-46; D.C. 41.42.4-6.

114.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: deserción.
Fuente: Caes. *Civ.* 2.38.1, 39.2.

115.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: negligencia durante el turno de guardia.
Fuente: Caes. *Civ.* 3.9.

116.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: cambios de bando.
Fuente: Caes. *Civ.* 3.11-12. *Cf.* App. *BC* 2.54.

117.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: cobardía, abandono de la formación y de las armas, y huida/deserción.
Fuente: Caes. *Civ.* 3.11-13.

118.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: presiones y amenazas; corrupción e indisciplina.
Fuente: Caes. *Civ.* 3.31.2-4; 32-33.

119.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: deserción.
Fuente: Caes. *Civ.* 3.49.2.

120.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 3.60.3-5, 61.1, 63.5, 79.6, 84.5.

121.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertiones/cambios de bando.

Fuente: Caes. *Civ.* 3.61.2.

122.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cobardía, abandono del combate y de las enseñas, y fuga.

Fuente: Caes. *Civ.* 3.63-74; Plu. *Caes.* 39.4-11, 40.1; Suet. *Jul.* 68.3; App. *BC* 2.60-63; Polyaen. 8.23.26; Oros. 6.15.21.

123.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desobediencia, presiones y protestas.

Fuente: Caes. *Civ.* 3.94-95; 99.4; 107.1; *B.Alex.* 9.3; Luc. 45-150; Plu. *Caes.* 40-41.1-5, 42.1-3, 45, 46.4; *Pomp.* 66-72; Flor. *Epit.* 2.13.43; App. *BC* 2.66-69, 71-72, 74; Polyaen. 8.23.14.

124.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: abandono de las armas y de las enseñas, y huida del combate.

Fuente: Caes. *Civ.* 3.95. Cf. Caes. *Civ.* 3.88.5; 94-95; 99.4; 107.1.

125.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: relajación de la disciplina y “orientalización” del ejército.

Fuente: Caes. *Civ.* 3.110.

126.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desobediencia, abandono del combate y fuga.

Fuente: Caes. *B.Alex.* 20-21.

127.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: conspiración e intento de asesinato; y de cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Alex.* 48-55; Liv. 111; D.C. 42.15.1-2; 43.29.1.

128.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: levantamiento y defección.

Fuente: Caes. *B.Alex.* 56-64; Liv. 111; D.C. 42.15.2, 4, 16.2; 43.29.1, 3.

129.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: corrupción, ociosidad, indisciplina y arbitrariedad.

Fuente: Caes. *B.Alex.* 65.1.

130.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 8.5.

131.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserciones/cambios de bando.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 19.1.

132.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: motín.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 19.3, 54; Liv. 113; Fron. *Str.* 1.9.4; Luc. 5.237-373; Plu. *Caes.* 51.2; Suet. *Jul.* 70; App. *BC* 92-94; Polyaen. 8.23.15; D.C. 42.52-55.

133.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: motín.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 28.2; 54.5; Cic. *Att.* 2.236.11.21.2; 237.11.22.2.

134.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 32.3; 35.2-5; 55; 56.2-3.

135.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 35.4-6; 52.5.

136.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: negligencia.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 46.1-4.

137.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 62.5.

138.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 65.2.

139.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 66.1.

140.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 68.2.

141.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión

Fuente: Caes. *B.Afr.* 74.2.

142.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desobediencia, indisciplina y violencia indiscriminada.

Fuente: Caes. *B.Afr.* 80-86; Flor. *Epit.* 2.13.66.

143.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 6.2.

144.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 7.4; 12.1-2; 33.3. Cf. D.C. 43.29.3; 36.3.

145.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 11.2.

146.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 13.2.

147.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 16.4.

148.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 18.2-3.

149.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 18.4.

150.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 18.6.

151.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 18.9.

152.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 19.3.

153.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 19.4.

154.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 20.1.

155.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 20.2.

156.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: deserción/cambios de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 20.4.

157.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertiones/cambios de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 21.1.

158.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 21.3.

159.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: conspiración, desertión y cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 26.2.

160.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cobardía, abandono del puesto de combate y huida.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 30-39; Liv. 115; Vell. 2.55.3-4; Flor. *Epit.* 2.13.81-87; App. *BC* 2.104-106; Polyæn. 8.23.16; D.C. 43.35-40; Eutr. 6.24.1; Oros. 6.16.7-9.

161.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 34.2, 4.

162.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: conjura.

Fuente: Caes. *B.Hisp.* 36.4-5.

163.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: levantamiento (según Apiano); deserción/cambio de bando (según Dion Casio).

Fuente: Cic. *Att.* 12.11.1, 12.3; *Deiot.* 23; *Fam.* 12.12.3; *Str.* 16.2.10; *Liv.* 114; *J. AJ* 14.170, 268, *BJ* 1.216; *App. BC* 3.77, 4.58; *D.C.* 47.26.3-7, 27.1.

164.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: conspiración.

Fuente: Cic. *Fam.* 218.6.18.2.

165.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: motín.

Fuente: *Fron. Str.* 4.5.2; *Suet. Jul.* 69; *App. BC* 2.47; *D.C.* 41.26-36.

166.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: protestas.

Fuente: *Plu. Caes.* 37.5-7.

167.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: relajación de la disciplina.

Fuente: *Plu. Caes.* 40.3. *Cf. Plu. Pomp.* 66.1.

168.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: abandono del puesto de combate.

Fuente: *Plu. Caes.* 52.9. *Cf. V. Max.* 3.2.19; *Suet. Jul.* 61.

169.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: abandono y molicie.

Fuente: *Plu. Caes.* 53.7.

170.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desobediencia, protestas y presiones.
Fuente: Plu. *Pomp.* 59.2.

171.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: abandono del combate y fuga.
Fuente: Plu. *Ant.* 8.1.

172.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: relajación de la disciplina, violencia y rapiña.
Fuente: Plu. *Ant.* 10.1.

173.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: App. *BC* 2.61. *Cf.* D.C. 41.51.1.

174.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: abandono y molicie.
Fuente: App. *BC* 2.64. *Cf.* Plu. *Caes.* 41.7-8.

175.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: D.C. 42.6.2.

176.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: desertión/cambios de bando.
Fuente: D.C. 42.11.5.

177.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.
Delito/falta: desertión/cambio de bando.
Fuente: D.C. 43.5.

178.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambios de bando.

Fuente: D.C. 43.9.1.

179.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: levantamientos y protestas.

Fuente: D.C. 43.24.3-4.

180.

Contexto: guerra civil entre César y Pompeyo.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 43.40.1.

181.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: presiones, quejas y protestas.

Fuente: Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; App. *BC* 3.31-43; D.C. 45.12-13.

182.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Cic. *Att.* 2.418.16.8.1-2, 2.419.16.9.1, 2.420.16.11.6; *Fam.* 347.12.23.2, 354.11.7.2, 364.10.28.3; *Phil. passim*; Liv. 117; Vell. 2.61.2; App. *BC* 3.44-47; D.C. 45.12-13, 50.27.

183.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: Cic. *ad. Brut.* 2.2.3.3; *Brut.* 1.5.2; *Fam.* 366.12.11.1, 387.12.12.1-4; Str. 16.2.10; Liv. 121; Vell. 2.69.2; J. *AJ* 14.170, 268-270, *BJ* 1.216-219, 225; App. *BC* 3.77-78, 4.58-59; D.C. 47.27-28.

184.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: protestas y amenazas.

Fuente: Cic. *Fam.* 388.11.13.3.

185.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desobediencia.

Fuente: Cic. *Fam.* 399.11.19.1.

186.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: protestas.

Fuente: Cic. *Fam.* 401.11.20.

187.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: motín y cambio de bando.

Fuente: Cic. *Fam.* 390.10.15, 404.10.16, 398.10.17, 395.10.18, 407.10.20, 391.10.21, 414.10.23, 368.10.31, 409.10.33, 396.10.34, 408.10.35, 416.12.8; Liv. 119; Vell. 2.63; Plu. *Ant.* 17-18; App. *BC* 3.83-84; D.C. 46.50-51.

188.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Cic. *Fam.* 406.12.15.7. Cf. App. *BC* 5.4.

189.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: presiones y sobornos para propiciar la desertión y/o el cambio de bando.

Fuente: Cic. *Fam.* 368.10.31.4-5; 415.10.32.4-5. Cf. Vell. 2.63.3; App. *BC* 3.97.

190.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: presiones y sobornos para propiciar la desertión y/o el cambio de bando.

Fuente: Cic. *Fam.* 371.10.8.3; 428.10.24.2. Cf. Vell. 2.63.3, 64.1; Plu. *Ant.* 18.7; App. *BC* 3.97.

191.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Cic. *Phil.* 10.11, 13; Liv. 118; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 24-26; App. *BC* 4.75; D.C. 47.21.6-7.

192.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Liv. 118, 121; Vell. 2.69.3-4; Plu. *Brut.* 25-26; App. *BC* 3.79, 4.75; D.C. 47.21-25.

193.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Liv. 119-120; Plu. *Brut.* 27.1, 3; App. *BC* 3.88-95; D.C. 46.43.6-49; Eutr. 7.2.1.

194.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Liv. 120; Vell. 2.64.1; App. *BC* 3.97-98; D.C. 46.53.

195.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: intento de motín.

Fuente: Cic. *ad. Brut.* 14.1.2.3; Liv. 121; Plut. *Brut.* 26.6-8, 28.1; App. *BC* 3.79; D.C. 47.22.4-25.

196.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: presiones.

Fuente: Vell. 2.65.2.

197.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Brut.* 25.1.

198.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: intento fallido de defección.

Fuente: Plu. *Brut.* 25.3.

199.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: indisciplina generalizada.

Fuente: Plu. *Brut.* 38-52; App. *BC* 4.108-114, 117-135; D.C. 47.36-49.

200.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserciones/cambios de bando.

Fuente: Plu. *Brut.* 39.9.

201.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: indisciplina, desenfreno y pillaje.

Fuente: Plu. *Brut.* 41.4, 6, 42.1, 43.1, 44.5-6, 46.1. *Cf.* App. *BC* 4.110, 117.

202.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: abandono del combate y huida.

Fuente: Plu. *Brut.* 43.3.

203.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Brut.* 47.8.

204.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Brut.* 49.3.

205.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: indisciplina y violencia.

Fuente: App. BC 4.35.

206.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: corrupción.

Fuente: App. BC 4.39-40, 48.

207.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: intento de soborno/compra de lealtad.

Fuente: App. BC 4.51.

208.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 4.53.

209.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: presiones, violencia y amenazas.

Fuente: App. BC 4.64.

210.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.3.

211.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.113.

212.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 46.37.2.

213.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserciones.

Fuente: D.C. 46.38.4.

214.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 46.38.6, 50.3, 51.1.

215.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserciones.

Fuente: D.C. 46.41.5. *Cf. App. BC 3.80.*

216.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: indisciplina y avaricia.

Fuente: D.C. 47.17.5.

217.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 47.21.4.

218.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: D.C. 47.26.1.

219.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 47.30.5.

220.

Contexto: guerra civil entre cesarianos y cesaricidas.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: D.C. 47.48.2.

221.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: levantamientos.

Fuente: Liv. 125.

222.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: presiones y protestas; desertión y cambio de bando.

Fuente: Liv. 126; Vell. 2.74.3-4; Flor. *Epit.* 2.16.3; App. *BC* 5.32-49; D.C. 48.14; Eutr. 7.3.4.

223.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: protestas y violencia.

Fuente: App. *BC* 5.13-14.

224.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: amenazas.

Fuente: App. *BC* 5.15. *Cf.* Suet. *Aug.* 14.

225.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: violencia generalizada.

Fuente: App. *BC* 5.16.

226.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: tumultos.

Fuente: App. BC 5.17-18.

227.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: defección.

Fuente: App. BC 5.30.

228.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: traición.

Fuente: App. BC 5.30.

229.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.31.

230.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: alborotos y violencia.

Fuente: App. BC 5.49.

231.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.50.

232.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: abandono del ejército y cambio de mando.

Fuente: App. BC 5.50.

233.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: defección.

Fuente: App. BC 5.57.

234.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: conspiración.

Fuente: App. BC 5.66. Cf. Vell. 2.76.4; D.C. 48.33.1.

235.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: asesinatos.

Fuente: D.C. 48.9.1-3.

236.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: violencia y enfrentamiento civil.

Fuente: D.C. 48.9.4-5.

237.

Contexto: guerra de Perugia.

Delito/falta: violencia y extorsión.

Fuente: D.C. 48.10.1.

238.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 48.22.6. Cf. App. BC 5.26.

239.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: D.C. 48.25.1-3.

240.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: presiones y amenazas.

Fuente: D.C. 48.30.3.

241.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.78. Cf. App. BC 5.81, 102; D.C. 48.45.6; Oros. 6.19.21.

242.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.96. Cf. D.C. 48.54.7; Oros. 6.19.25.

243.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.100, 102. Cf. D.C. 49.1.4-5; Oros. 6.19.25.

244.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: App. BC 5.111.

245.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desobediencia.

Fuente: App. BC 5.115.

246.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertiones/cambios de bando.

Fuente: App. BC 5.122.

247.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: traición.

Fuente: App. BC 5.137.

248.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: App. BC 5.139.

249.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando y traición.

Fuente: App. BC 5.142, 144.

250.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: D.C. 48.17.3.

251.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: cambios de bando.

Fuente: D.C. 48.17.5.

252.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: D.C. 48.19.4.

253.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: desertión.

Fuente: D.C. 49.3.2.

254.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: conspiración.

Fuente: D.C. 49.8.3-4.

255.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: cambios de bando.

Fuente: D.C. 49.10.4.

256.

Contexto: guerra contra Sexto Pompeyo.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 49.18.2.

257.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: desertión y cambio de bando.

Fuente: Liv. 129; Vell. 2.80; Plu. *Ant.* 55.3; Suet. *Aug.* 16.4; App. *BC* 5.122-127; D.C. 49.11.2-4, 12.1-4; Oros. 6.18.30-32.

258.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: motín.

Fuente: Liv. 131; D.C. 49.34.

259.

Contexto: Triunvirato.

Delito/falta: motín.

Fuente: Vell. 2.81; App. *BC* 5.128-129; D.C. 49.13-14; Oros. 6.18.33.

260.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertiones/cambios de bando.

Fuente: Vell. 2.84.1. *Cf.* D.C. 50.27.8.

261.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: abandono del ejército.

Fuente: Vell. 2.85.3-5. *Cf.* Plu. *Ant.* 66.5-8; 68.3-4; Flor. *Epit.* 2.21.8; D.C. 51.1.4.

262.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: abandono del ejército y cambio de bando.

Fuente: Vell. 2.85.6. *Cf.* Plu. *Ant.* 68.5.

263.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: motín.

Fuente: Suet. *Aug.* 17.3; D.C. 51.3-4.

264.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Plu. *Ant.* 59.6-7. *Cf.* D.C. 50.23.1.

265.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertión.

Fuente: Plu. *Ant.* 64.4.

266.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Ant.* 74.6.

267.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: Plu. *Ant.* 76.1-3. *Cf.* D.C. 51.10.4; Eutr. 7.7.1; Oros. 6.19.16.

268.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: intento de soborno/compra de lealtad.

Fuente: App. *BC* 4.43.

269.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertión/cambio de bando.

Fuente: D.C. 50.3.1-2. *Cf.* Vell. 2.83; Plu. *Ant.* 58.4.

270.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: corrupción.

Fuente: D.C. 50.6.3.

271.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: corrupción.

Fuente: D.C. 50.7.2-3, 9.1.

272.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: cambios de bando.

Fuente: D.C. 50.9.4.

273.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: molicie y desertión.

Fuente: D.C. 50.11.2, 15.4.

274.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: intento de amotinamiento.

Fuente: D.C. 50.12.1.

275.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertiones/cambios de bando.

Fuente: D.C. 50.13.6. *Cf.* Vell. 2.84.2; *Plu. Ant.* 63.3-4.

276.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: desertiones.

Fuente: D.C. 51.5.3.

277.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 51.5.6. *Cf.* Plu. *Ant.* 69.3; D.C. 51.9.1; Oros. 6.19.15.

278.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: cambio de bando.

Fuente: D.C. 51.9.1. *Cf.* Oros. 6.19.15.

279.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: intento de amotinamiento.

Fuente: D.C. 51.9.1-3; Oros. 6.19.15.

280.

Contexto: guerra civil entre Marco Antonio y Octaviano.

Delito/falta: intento de amotinamiento.

Fuente: D.C. 51.10.1-4.

281.

Contexto: revuelta de los cerretanos.

Delito/falta: cobardía y abandono del combate.

Fuente: Vell. 2.78.3; D.C. 48.42.1-4.

282.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: cobardía y abandono del puesto.

Fuente: Plu. *Ant.* 39.8. *Cf.* Fron. *Str.* 4.1.37; D.C. 49.26.3, 27.1.

283.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: desobediencia.

Fuente: Plu. *Ant.* 42.4-5.

284.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: desobediencia.

Fuente: Plu. *Ant.* 47.6-7.

285.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: codicia, violencia y pillaje.

Fuente: Plu. *Ant.* 48.4-7.

286.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: deserción/cambio de bando.

Fuente: D.C. 48.40.5.

287.

Contexto: campaña contra los partos.

Delito/falta: deserciones.

Fuente: D.C. 49.29.1-2. *Cf.* Oros. 6.19.1.

288.

Contexto: campaña contra los yápides.

Delito/falta: desobediencia de una orden directa.

Fuente: App. *Ill.* 20. *Cf.* Flor. *Epit.* 2.23.7.

289.

Contexto: campaña contra los dálmatas.

Delito/falta: cobardía y abandono del puesto.

Fuente: App. *Ill.* 26. *Cf.* D.C. 49.38.4.

FUENTES CLÁSICAS

- Apiano (1980), *Historia romana. La guerra de Aníbal*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. La historia de la Galia (fragmentos)*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. Sobre África*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. Sobre Iberia*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. Sobre Iliria*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. Sobre Mitrídates*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. Sobre Numidia (fragmentos)*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Historia romana. Sobre Siria*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1985), *Historia romana. Guerras civiles. Libros I-II*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1985), *Historia romana. Guerras civiles. Libros III-V*, [Traducción al español de Antonio Sancho Royo], Madrid: Editorial Gredos.
- Aulo Gelio (2006), *Noches áticas. Vol. I. Libros I-X*, [Traducción al español de Manuel-Antonio Marcos Casquero y Avelino Domínguez García], Salamanca: KADMOS.
- _____ (2006), *Noches áticas. Vol. II. Libros XI-XX*, [Traducción al español de Manuel-Antonio Marcos Casquero y Avelino Domínguez García], Salamanca: KADMOS.
- Cayo Julio César (1986), *La guerra de las Galias*, [Traducción al español de José Goya Muniain y Manuel Balbuena], Barcelona: Ediciones Orbis.
- _____ (2005), *Guerra Civil. Libros I-III*, [Traducción al español de Julio Calonge y Pere J. Quetglas], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2005), *Guerra de África*, [Traducción al español de Julio Calonge y Pere J. Quetglas], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2005), *Guerra de Alejandría*, [Traducción al español de Julio Calonge y Pere J. Quetglas], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2005), *Guerra de Hispania*, [Traducción al español de Julio Calonge y Pere J. Quetglas], Madrid: Editorial Gredos.
- Cayo Salustio Crispo (1997), *Conjuración de Catilina*, [Traducción al español de Bartolomé Segura Ramos], Madrid: Alianza.
- _____ (1997), *Fragmentos de las "Historias"*, [Traducción al español de Bartolomé Segura Ramos], Madrid: Alianza.

- _____ (1997), *Guerra de Yugurta*, [Traducción al español de Bartolomé Segura Ramos], Madrid: Alianza.
- Cayo Suetonio Tranquilo (1992), *Vidas de los doce césares. Vol. I*, [Traducción al español de Rosa María Agudo Cubas], Madrid: Editorial Gredos.
- Cornelio Nepote (1985), *Vidas*, [Traducción al español de Juan Higuera Maldonado], Madrid: Editorial Gredos.
- Cornelio Tácito (1979), *Anales. Libros I-VI*, [Traducción al español de José L. Moralejo], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1980), *Anales. Libros XI-XVI*, [Traducción al español de José L. Moralejo], Madrid: Editorial Gredos.
- Diodore de Sicile (1865), *Bibliothèque Historique. Livre XXVII (fragments)*, [Traducción al francés de Ferdinand Höfer], Paris: Librairie L. Hachette et Cie.
- _____ (1865), *Bibliothèque Historique. Livres XXXIV-XXXV (fragments)*, [Traducción al francés de Ferdinand Höfer], Paris: Librairie L. Hachette et Cie.
- _____ (1865), *Bibliothèque Historique. Livres XXXVIII-XXXIX (fragments)*, [Traducción al francés de Ferdinand Höfer], Paris: Librairie L. Hachette et Cie.
- Diodoro de Sicilia (2006), *Biblioteca Histórica. Libros IX-XII*, [Traducción al español de Juan José Torres Esbarranch], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2008), *Biblioteca Histórica. Libros XIII-XIV*, [Traducción al español de Juan José Torres Esbarranch], Madrid: Editorial Gredos.
- Dion Casio (2004), *Historia de Roma. Libros I-XXXV*, [Traducción al español de Domingo Plácido Suárez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2004), *Historia de Roma. Libros XXXVI-XLV*, [Traducción al español de José María Candau Morón y María Luisa Puertas Castaños], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2011), *Historia de Roma. Libros L-LX*, [Traducción al español de Juan Manuel Cortés Copete], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2011), *Historia de Roma. Libros XLVI-XLIX*, [Traducción al español de Juan Pedro Oliver Segura], Madrid: Editorial Gredos.
- Dionisio de Halicarnaso (1984), *Historia Antigua de Roma. Libros IV-VI*, [Traducción al español de Almudena Alonso y Carmen Seco], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1988), *Historia Antigua de Roma. Libros X, XI y fragmentos de los libros XII-XX*, [Traducción al español de Elvira Jiménez y Ester Sánchez], Madrid: Editorial Gredos.
- Estrabón (1992), *Geografía. Libros III-IV*, [Traducción al español de María José Meana y Félix Piñero], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2003), *Geografía. Libros XI-XIV*, [Traducción al español de María Paz de Hoz García-Bellido], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2015), *Geografía. Libros XV-XVII*, [Traducción al español de Juan Luis García Alonso, María Paz de Hoz García-Bellido y Sofía Torallas Tovar], Madrid: Editorial Gredos.
- Eutropio (2008), *Breviario*, [Traducción al español de Emma Falque], Madrid: Editorial Gredos.

- Festus (1846), *De la signification des mots*, [Traducción al francés de M. A. Savagner], Paris: C.L.F. Panckoucke.
- Flavio Josefo (1997), *Antigüedades judías. Libros XII-XX*, [Editado por José Vara Donado], Madrid: Ediciones Akal.
- _____ (1997), *La guerra de los judíos. Libro I*, [Traducción al español de Jesús María Nieto Ibáñez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1997), *La guerra de los judíos. Libro II*, [Traducción al español de Jesús María Nieto Ibáñez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1997), *La guerra de los judíos. Libro III*, [Traducción al español de Jesús María Nieto Ibáñez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1999), *La guerra de los judíos. Libro V*, [Traducción al español de Jesús María Nieto Ibáñez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1999), *La guerra de los judíos. Libro VI*, [Traducción al español de Jesús María Nieto Ibáñez], Madrid: Editorial Gredos.
- Flavio Vegecio Renato (2006), *Compendio de técnica militar*, [Traducción al español de David Paniagua Aguilar], Madrid: Cátedra.
- Isidoro de Sevilla (2004), *Etimologías*, [Traducción al español de José Oroz Reta y Manuel-A. Marcos Casquero], Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Justiniano (1874), *El Digesto del emperador Justiniano. Tomo III*, [Traducción al español de Bartolomé Agustín Rodríguez de Fonseca], Madrid: Imprenta de Ramón Vicente.
- Lucio Anneo Floro (2000), *Epítome de la Historia de Tito Livio*, [Traducción al español de Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero], Madrid: Editorial Gredos.
- Lucio Anneo Séneca (1986), *Epístolas morales a Lucilio I (Libros I-IX. Epístolas 1-80)*, [Traducción al español de Ismael Roca Meliá], Madrid: Editorial Gredos.
- Marco Anneo Lucano (1984), *Farsalia*, [Traducción al español de Antonio Holgado Redondo], Madrid: Editorial Gredos.
- Marco Porcio Catón (2012), *Tratado de agricultura*, [Traducción al español de Alfonso García-Toraño Martínez], Madrid: Editorial Gredos.
- Marco Terencio Varrón (1998), *La lengua latina. Libros V-VI*, [Traducción al español de Luis Alfonso Hernández Miguel], Madrid: Editorial Gredos.
- Marco Tulio Cicerón (1900), *Discurso contra L. Calpurnio Pisón*, [Traducción al español de Juan Bautista Calvo], Madrid: Librería Hernando y Compañía.
- _____ (1987), *Del supremo bien y del supremo mal*, [Traducción al español de Víctor-José Herrero Llorente], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1990), *Verrinas. Segunda sesión (Discursos III-V). Discursos II*, [Traducción al español de José María Requejo Prieto], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1990), *Verrinas. Segunda sesión (Discursos I y II). Discursos I*, [Traducción al español de José María Requejo Prieto], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1991), *En defensa de A. Cecina. Discursos III*, [Traducción al español de Jesús Aspa Cereza], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1991), *Sobre la República*, [Traducción al español de Álvaro D'Ors], Madrid: Editorial Gredos.

- _____ (1994), *En defensa de P. Sestio. Discursos IV*, [Traducción al español de José Miguel Baños Baños], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1994), *En defensa de T. Anio Milón. Discursos IV*, [Traducción al español de José Miguel Baños Baños], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1994), *Sobre la respuesta de los arúspices. Discursos IV*, [Traducción al español de José Miguel Baños Baños], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1995), *Catilinarias. Discursos. Vol. 5*, [Traducción al español de Jesús Aspa Cereza], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1995), *En defensa de Aulo Cluencio. Discursos. Vol. 5*, [Traducción al español de Jesús Aspa Cereza], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1995), *En defensa de la ley Manilia. Discursos. Vol. 5*, [Traducción al español de Jesús Aspa Cereza], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1995), *En defensa de Lucio Murena. Discursos. Vol. 5*, [Traducción al español de Jesús Aspa Cereza], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1996), *Cartas a Ático I. Cartas 1-161D*, [Traducción al español de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1996), *Cartas a Ático II. Cartas 162-426*, [Traducción al español de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1999), *Sobre la adivinación*, [Traducción al español de Ángel Escobar], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2001), *En defensa de Gayo Rabirio, acusado de alta traición. Discursos VII*, [Traducción al español de José María Requejo Prieto], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2004), *Bruto: De los oradores ilustres*, [Traducción al español de Bulmaro Reyes Coria], Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____ (2005), *Disputaciones Tusculanas*, [Traducción al español de Alberto Medina González], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2006), *Filípicas. Discursos. Vol. 6*, [Traducción al español de María José Muñoz Jiménez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2008), *Cartas a los familiares I. Cartas 1-173*, [Traducción al español de José A. Beltrán], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2008), *Cartas a los familiares II. Cartas 174-435*, [Traducción al español de Ana-Isabel Magallón García], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2009), *Las leyes*, [Traducción al español de Carmen Teresa Pabón de Acuña], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2009), *Sobre la vejez. Sobre la amistad*, [Traducción al español de María Esperanza Torrego Salcedo], Madrid: Alianza.
- _____ (2011), *En defensa del rey Deyótaro. Discursos VII*, [Traducción al español de José María Requejo Prieto], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2013), *Sobre las provincias consulares. Discursos VIII*, [Traducción al español de Elena Cuadrado Ramos], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2014), *Los deberes*, [Traducción al español de Ignacio J. García Pinilla], Madrid: Editorial Gredos.

- _____ (2020), *Cartas de Marco Tulio Cicerón a Marco Bruto y de Marco Bruto a Marco Tulio Cicerón. Cartas V*, [Traducción al español de Miguel Rodríguez-Pantoja Márquez], Madrid: Editorial Gredos.
- Maurus Servius Honoratus (s.f.), *Commentary on the Aeneid of Vergil*, [Editado por Georgius Thilo], Versión online:
<http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=serv.+a.+1.pr&redirect=true>
 [Última consulta: 11 de agosto de 2023].
- Paulo Orosio (1982), *Historias. Libros I-IV*, [Traducción al español de Eustaquio Sánchez Salor], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1982), *Historias. Libros V-VII*, [Traducción al español de Eustaquio Sánchez Salor], Madrid: Editorial Gredos.
- Plinio el Viejo (1629), *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo. Tomo segundo*, [Traducción al español de Gerónimo de Huerta], Madrid: Juan González.
- _____ (1995), *Historia Natural. Libros I-II*, [Traducción al español de Antonio Fontán, Ana María Moure Casas y Otros], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1998), *Historia Natural. Libros III-VI*, [Traducción al español de Antonio Fontán, Ignacio García Arribas, Encarnación del Barrio, María Luisa Arribas], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2003), *Historia Natural. Libros VII-XI*, [Traducción al español de E. del Barrio Sanz, I. García Arribas, Ana María Moure Casas, L. A. Hernández Miguel, María L. Arribas Hernáez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2010), *Historia Natural. Libros XII-XVI*, [Traducción al español de F. Manzanero Cano, I. García Arribas, María L. Arribas Hernáez, Ana María Moure Casas, J. L. Sancho Bermejo], Madrid: Editorial Gredos.
- Plutarco (1987), *Obras morales y de costumbres (Moralia). Máximas de Romanos*, [Traducción al español de Mercedes López Salvá], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1996), *Vidas paralelas. Vol. II*, [Traducción al español de Aurelio Pérez Jiménez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2006), *Vidas paralelas. Vol. III*, [Traducción al español de Aurelio Pérez Jiménez y Paloma Ortiz], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2007), *Vidas paralelas. Vol. IV*, [Traducción al español de Juan M. Guzmán Hermida y Óscar Martínez García], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2007), *Vidas paralelas. Vol. V*, [Traducción al español de Jorge Cano Cuenca, David Hernández de la Fuente y Amanda Ledesma], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2007), *Vidas paralelas. Vol. VI*, [Traducción al español de Jorge Bergua Caverio, Salvador Bueno Morillo y Juan Manuel Guzmán Hermida], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2009), *Vidas paralelas. Vol. VII*, [Traducción al español de Juan Pablo Sánchez Hernández y Marta González González], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2010), *Vidas paralelas. Vol. VIII*, [Traducción al español de Carlos Alcalde Martín y Marta González González], Madrid: Editorial Gredos.
- Polibio (1981), *Historias. Libros I-IV*, [Traducción al español de Manuel Balasch Recort], Madrid: Editorial Gredos.

- _____ (1981), *Historias. Libros V-XV*, [Traducción al español de Manuel Balasch Recort], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1983), *Historias. Libros XVI-XXXIX*, [Traducción al español de Manuel Balasch Recort], Madrid: Editorial Gredos.
- Polieno (1991), *Estratagemas*, [Traducción al español de José Vela Tejada y Francisco Martín García], Madrid: Editorial Gredos.
- Publio Ovidio Nasón (2001), *Fastos*, [Traducción al español de Bartolomé Segura Ramos], Madrid: Editorial Gredos.
- Publio Virgilio Marón (1992), *Eneida*, [Traducción al español de Javier de Echave-Sustaeta], Madrid: Editorial Gredos.
- Quinto Ennio (2008), *Fragmentos*, [Traducción al español de Juan Martos], Madrid: Editorial Gredos.
- Quinto Horacio Flaco (2007), *Odas*, [Traducción al español de José Luis Moralejo], Madrid: Editorial Gredos.
- Quinto Septimio Florente Tertuliano (2001), *A los gentiles*, [Traducción al español de Carmen Castillo García], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2001), *Apologético*, [Traducción al español de Carmen Castillo García], Madrid: Editorial Gredos.
- Sexto Aurelio Víctor (1813), *De los varones ilustres romanos*, [Traducción al español de Agustín Muñoz Álvarez], Sevilla: Anastasio López.
- Sexto Julio Frontino (2010), *Tratado militar de Frontino. Humanismo y caballería en el cuatrocientos castellano. Traducción del siglo XV*, [Edición e introducción de María Elvira Roca Barea], Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Tito Livio (1990), *Historia de Roma desde su fundación. Libros I-III*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1990), *Historia de Roma desde su fundación. Libros IV-VII*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1990), *Historia de Roma desde su fundación. Libros VIII-X*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1993), *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1993), *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1993), *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXI-XXXV*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (1993), *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXVI-XL*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2008), *Historia de Roma desde su fundación. Libros XLI-XLV*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2008), *Períocas*, [Traducción al español de José Antonio Villar Vidal], Madrid: Editorial Gredos.

- Valerio Máximo (2003), *Hechos y dichos memorables. Libros I-VI*, [Traducción al español de Santiago López Moreda, María Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez], Madrid: Editorial Gredos.
- _____ (2003), *Hechos y dichos memorables. Libros VII-IX. Epítomes*, [Traducción al español de Santiago López Moreda, María Luisa Harto Trujillo y Joaquín Villalba Álvarez], Madrid: Editorial Gredos.
- Veleyo Patérculo (2001), *Historia romana*, [Traducción al español de María Asunción Sánchez Manzano], Madrid: Editorial Gredos.

FUENTES SECUNDARIAS

- Adcock, F.E. (1940), *The Roman Art of War under the Republic*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Aguado, O. (2014), «Revisitando el ejército romano: Una aproximación a su representación cinematográfica», *Roda da Fortuna. Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medieval* 3, 1, 50-75.
- _____ (2015), «La disciplina en el ejército romano a través del cine: De las fuentes clásicas a la recepción actual», en M. Movellán y R. Verano (eds.), *E Barbatvlis Pvellisque. Actas del II Congreso Ganimedes de Investigadores Noveles de Filología Clásica*, Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 261-274.
- _____ (2020), «Screening the Face of Roman Battle Violence through the Eyes of Soldiers in Film», en I. Berti, M.G. Castello y C. Scilabra (eds.), *Ancient Violence in the Modern Imagination: The Fear and the Fury*, London: Bloomsbury Academic, 43-56, 235-239.
- Aigner, H. (1974), «Gedanken zur sogenannten Heeresreform des Marius», en F. Hampl y I. Weiler (eds.), *Kritische und vergleichende Studien zur Alten Geschichte und Universalgeschichte*, Innsbruck: Institut für Sprachwissenschaft der Universität Innsbruck, 11-23.
- Alexandrescu, C.G. (2005), «A Contribution on the Standards of the Roman Army», en Z. Visy (ed.), *Limes XIX: Proceedings of the XIXth International Congress of Roman Frontier Studies held in Pécs, Hungary (september 2003)*, Pécs: University of Pécs, 147-156.
- Allison, P. (2013), *People and Spaces in Roman Military Bases*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Alston, R. (1994), «Roman Military Pay from Caesar to Diocletian», *JRS* 84, 113-123.
- _____ (1995), *Soldier and Society in Roman Egypt: A Social History*, London: Routledge.
- _____ (1998), «Arms and the Man. Soldiers, Masculinity and Power in Republican and Imperial Rome», en L. Foxhall y J. Salmon, *When Men were Men: Masculinity, Power and Identity in Classical Antiquity*, London: Routledge, 205-223.
- _____ (1999), «The Ties that Bind: Soldiers and Societies», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community: Including Papers of a Conference held at Birkbeck College, University of London, on 11-12 January 1997*, Portsmouth: Journal of Roman Archaeology L.L.C., 175-195.
- _____ (2002), «The Role of the Military in the Roman Revolution», *Aquila legionis* 3, 7-41.
- _____ (2007), «The Military and Politics», en P. Sabin, H. Van Wees y M. Whitby, (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Volume 2 Rome from the Late Republic to the Late Empire*, Cambridge: Cambridge University Press, 176-197.

- Amela, L. (2000), «La *Turma Salluitana* y su relación con la clientela pompeyana», *Veleia: Revista de Prehistoria, Historia Antigua, Arqueología y Filología Clásicas* 17, 79-92.
- _____ (2015-2016), «El protagonismo táctico de la honda», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 44-48.
- _____ (2019), «La sublevación de Quinto Cecilio Baso en Siria», *Anuari de Filologia: Antiqua et Mediaevalia* 9, 1, 20-46.
- _____ (2021), «A vueltas con la *Turma Salluitana* y su relación con la clientela pompeyana», *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua* 45, 20-69.
- Andrés, G. (2002), «Los lugares sagrados: los campamentos militares», *Iberia. Revista de la Antigüedad*, 5, 137-160.
- Andrieux, C. (1927), *La répression des fautes militaires dans les armées romaines*, Clermont-Ferrand: De Bussac.
- Anson, E. (2010), «The General's Pre-Battle Exhortation in Graeco-Roman Warfare», *Greece & Rome* 57, 2, 304-318.
- Aranita, A. (2009a), «A plague of madness: the contagion of mutiny in Livy 28.24-32», *Acta Classica: Proceedings of the Classical Association of South Africa* 3, 1-19.
- _____ (2009b), «The Contagion of Mutiny in Livy 28.24-32», en P. Rudolph (ed.), *Mania: Madness in the Greco-Roman World*, Pretoria: Classical Association of South Africa, 36-51.
- Armstrong, J. (2008), «Breaking the Rules? Irregularities in the Recruitment of the Early Roman Army (509-c. 450 BC)», en E. Bragg, L.I. Hau y E. Macaulay-Lewis (eds.), *Beyond the Battlefields: New Perspectives on Warfare and Society in the Graeco-Roman World*, Newcastle: Cambridge Scholars, 47-66.
- _____ (2013), «“Bands of Brothers”: Warfare and Fraternity in Early Rome», *Journal of Ancient History* 1, 1, 53-69.
- _____ (2016), «The Ties that Bind: Military Cohesion in Archaic Rome», en J. Armstrong y Lee L. Brice (eds.), *Circum mare: Themes in Ancient Warfare*, Leiden; Boston: Brill, 101-119.
- Aubertin, Ch. (2009), «Sobre el servicio médico en los ejércitos de la Antigüedad», *Dendra Médica. Revista de Humanidades* 2, 163-186.
- Augier, B. (2016), «“L'autorité ne va pas sans prestige, et le prestige sans éloignement”? Le cas des officiers dans legions tardo-républicaines», en R. Baudry y F. Hurlet, *Le prestige à Rome à la fin de la République et au début du Principat*, Paris: Éditions de Boccard, 91-103.
- Badian, E. (1958), *Foreign Clientelae (264-70 B.C.)*, Oxford: Clarendon Press.
- Barbero, J. (2020), «La *Imago Imperii*: Los símbolos político-militares del poder romano», *Revista Historias del Orbis Terrarum* 24, 46-76.
- Baroin, C. (2002), «Les cicatrices ou la mémoire du corps», en Ph. Moreau (ed.), *Corps romains*, Grenoble: Editions Jérôme Millon, 27-46.
- Bauman, R.A. (1967), *The crimen maiestatis in the Roman Republic and Augustan Principate*, Johannesburg: Witwatersrand University Press.
- _____ (1996), *Crime and Punishment in Ancient Rome*, London; New York: Routledge.

- Belfiglio, V.J. y Sullivant, S.I. (2019), *Roman Military Medicine: Survival in the Modern Wilderness*, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.
- Bell, M.J.V. (1965), «Tactical Reform in the Roman Republican Army», *Historia* 14, 4, 404-422.
- Biglino, F. (2020), «Rethinking Second-Century BC Military Service: The Speech of Spurius Ligustinus», *Journal of Ancient History* 8, 2, 208-228.
- Billing, J.A. (2015), «The Military Standards of the Roman Legions: Symbolic Objects of Ideology, Veneration and Belief», *Ancient Warfare* VII, 1, 41-45.
- Bishop, M.C. (1990), «On Parade: Status, Display and Morale in the Roman Army», en H. Vetters y M. Kandler (eds.), *Akten des 14. Internationalen Limeskongresses 1986 in Carnuntum*, Wien: Verl. der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 21-30.
- _____ (2012), *Handbook to Roman Legionary Fortresses*, Barnsley: Pen&Sword Military.
- Bishop, M.C. y Coulston, J.C.N. (1993), *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome*, London: B.T. Batsford.
- Blösel, W. (2000), «Die Geschichte des Begriffes *mos maiorum* von den Anfängen bis zu Cicero», en B. Linke y M. Stemmler (eds.), *Mos maiorum: Untersuchungen zu den Formen der Identitätsstiftung und Stabilisierung in der römischen Republik*, Stuttgart: F. Steiner, 25-97.
- _____ (2011), «Die demilitarisierung der römischen Nobilität von Sulla bis Caesar», en W. Blösel y K.J. Hölkeskamp (eds.), *Von der militia equestris zur militia urbana Prominenzrollen und Karrierefelder im antiken Rom: Beiträge einer internationalen Tagung vom 16. bis 18. Mai 2008 an der Universität zu Köln*, Stuttgart: Steiner, 55-80.
- Boren, H. (1983), «Studies Relating to the *Stipendium Militum*», *Hist.* 32, 427-460.
- Borreguero, C. (2012), «El coste humano de la guerra: mortandad, enfermedad y desertión en los ejércitos de la Época Moderna», en F. Gómez y D. Macías (eds.), *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción, representación*, Santander: PubliCan, Ediciones de la Universidad de Cantabria, D.L., 57-82.
- Bouquie, J. (1884), *De la justice et de la discipline dans les armées à Rome et au moyen-age*, Bruxelles: F. Callewaert père; Paris: Librairie Militaire de L. Baudoin.
- Bragg, E. (2008), «“Show us your scars, Manius Aquillius”. The Military Record of Magistrates in Defence Speeches during the Roman Republic», en E. Bragg, L.I. Hau y E. Mcacaulay-Lewis (eds.), *Beyond the Battlefields: New Perspectives on Warfare and Society in the Graeco-Roman World*, Newcastle: Cambridge Scholars, 7-24.
- Brand, C.E. (1968), *Roman Military Law*, Austin: University of Texas Press.
- Brand, S. (2019), *Killing for the Republic: Citizen-Soldiers and the Roman way of War*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Brecht, C.H. (1944), «*Perduellio* und *crimen maiestatis*», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte: Romanistische Abteilung* 64, 354-359.

- Brice, L.L. (2003), *Holding a Wolf by the Ears: Mutiny and Unrest in the Roman Military, 44 BC-AD 68*, PhD inédit, University of North Carolina, Chapel Hill.
- _____. (2014), *Warfare in the Roman Republic. From the Etruscan Wars to the Battle of Actium*, Santa Barbara: California: ABC-CLIO.
- _____. (2015a), «Military Unrest in the Age of Philip and Alexander of Macedon: Defining the Terms of Debate», en T. Howe, E.E. Garvin y G. Wrightson, *Greece, Macedon and Persia. Studies in Social, Political and Military History in Honour of Waldemar Heckel*, Oxford; Philadelphia: Oxbow Books, 69-76.
- _____. (2015b), «Second Chance for Valor: Restoration of Order after Mutinies and Indiscipline», en Lee L. Brice y D. Slootjes (eds.), *Aspects of Ancient Institutions and Geography. Studies in Honor of Richard J.A. Talbert*, Leiden; Boston: Brill, 103-121.
- _____. (2020a), «Commander's Responses to Mutinies in the Roman Army», en A.F. Gatzke, L.L. Brice, M. Trundle (eds.), *People and Institutions in the Roman Empire: Essays in Memory of Garret G. Fagan*, Leiden; Boston: Brill, 44-67.
- _____. (2020b), «Disciplining Octavian. A Case Study of Roman Military Culture, 44-30 BCE», en W.E. Lee (ed.), *Warfare and Culture in World History*, New York: New York University Press, 44-71.
- _____. (2020c), «Indiscipline in the Roman Army of the Late Republic and Principate», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 113-126.
- _____. (2020d), «SPQR SNAFU. Indiscipline and Internal Conflict in the Late Republic», en J. Armstrong y M.P. Fronda (eds.), *Roman at War: Soldiers, Citizens and Society in the Roman Republic*, London; New York: Routledge, Taylor & Francis Group, 247-266.
- Brizzi, G. (1990), «I Manliana imperia e la riforma manipolare. L'esercito romano tra ferocia e disciplina», *Sileno* 16, 1/2, 185-206.
- _____. (2004), *Le guerrier de l'Antiquité classique. De l'hoplite au légionnaire*, [Traducción al francés de Yann Le Bohec], Monaco: Éditions du Rocher.
- Broadhead, W. (2007), «Colonization, Land Distribution, and Veteran Settlement», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 148-163.
- Broughton, T.R.S. (1951), *The Magistrates of the Roman Republic I (509 B.C.- 100 B.C.)*, New York: Oxford University Press.
- _____. (1952), *The Magistrates of the Roman Republic II (99 B.C.-31 B.C.)*, New York: American Philological Association.
- Brunt, P.A. (1962), «The Army and the Land in the Roman Revolution», *The Journal of Roman Studies*, 52, 69-86.
- _____. (1971), *Italian Manpower, 225 B.C.-A.D. 14*, Oxford: Clarendon Press.
- Burck, E. (1981), «Pleminius und Scipio bei Livius (Livius 29, 6-9 und 29 16,4-22,12)», en E. Lefèvre (ed.), *Vom Menschenbild in der römischen Literatur. Vol. 2*, Heidelberg: Winter, 238-250.
- Burns, M.T. (2003), «The Homogenisation of Military Equipment under the Roman Republic», *Digressus Supplement*, 1, 60-85.

- Cadiou, F. (2001), «Les guerres en *Hispania* et l'émergence de la cohorte légionnaire dans l'armée romaine sous la République: une révision critique», *Gladius* 21, 167-182.
- _____ (2002), «À propos du service militaire dans l'armée romaine au II^e siècle avant J.-C.: le cas de Spurius Ligustinus (Tite-Live 42, 34)», en P. Defosse (ed.), *Hommages à Carl Deroux. Vol. 2. Prose et linguistique, médecine*, Bruxelles: Ed. Latomus, 76-90.
- _____ (2009a), «Le service militaire et son impact sur la société à la fin de l'époque républicaine: un état des recherches récentes», *Cahiers du Centre G. Glotz. Revue d'histoire ancienne*, 20, 157-171.
- _____ (2009b), «Le *dilectus* de l'année 151 et les guerres celtibéro-lusitaniennes: remarques sur la question de la réticence face au service militaire dans la Rome du II^e s. av. J.-C.», en B. Antela-Bernárdez y T. Naco (eds.), *Transforming Historical Landscapes in the Ancient Empires: Proceedings of the First Workshop, December 16-19th 2007*, Oxford: Archaeopress, 23-32.
- _____ (2010), *Non milites sed pro milite*. La question des *euocati* à l'époque républicaine, en J.J. Palao (ed.), *Militares y civiles en la Antigua Roma: dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 57-78.
- _____ (2014-2015), «¿Aficionados o profesionales? La cadena de mando», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 30-35.
- _____ (2015-2016), «La génesis de la cohorte», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 16-21.
- _____ (2018), *L'armée imaginaire: les soldats prolétaires dans les légions romaines au dernier siècle de la République*, Paris: Les Belles Lettres.
- Cagniard, P. (2007), «The Late Republican Army (146-30 BC)», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 80-95.
- Campbell, D.B. (2009-2010), «Eagles, Flags and Little Boars. The Cult of the Standards in the Roman Army», *Ancient Warfare* 3, 6, 34-39.
- _____ (2013), «Arms and Armor. Part II Arming Romans for Battle», en J.B. Campbell y L.A. Tritle (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, Oxford: Oxford University Press, 416-431.
- Campbell, J.B. (1984), *The Emperor and the Roman Army 31 BC–AD 235*, Oxford: Clarendon.
- _____ (1987), «Teach yourself how to be a General», *JRS* 77, 13-29.
- _____ (2002), *War and Society in Imperial Rome 31 BC–AD 284*, London; New York: Routledge.
- Canfora, L. (2000), *Julio César. Un dictador democrático*, Barcelona: Ariel.
- Carcani, M. (1981), *Dei reati, delle pene e dei giudizi militari presso i romani*, Napoli: Jovene.
- Carney, E. (1996), «Macedonians and mutiny. Discipline and indiscipline in the army of Philip and Alexander», *Classical Philology*, 91, 19-44.
- Carroll, M. (2005), «The Preparation and Consumption of Food as a Contributing Factor towards Communal Identity in the Roman Army», en Z. Visy (ed.),

- Limes XIX: *Proceedings of the XIXth International Congress of Roman frontier studies held in Pécs, Hungary (september 2003)*, Pécs: University of Pécs, 363-372.
- Champion, C.B. (2014-2015), «El imperialismo romano ¿*Bellum Iustum* o pillaje agresivo?», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 42-49.
- Chrissanthos, S.G. (1997), «Scipio and the Mutiny at Sucro, 206 BC», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 46, 2, 172-184.
- _____ (1999), *Seditio. Mutiny in the Roman Army, 90-40 B.C.*, Ann Arbor: UMI.
- _____ (2001), «Caesar and the Mutiny of 47 B. C.», *The Journal of Roman Studies* 91, 63-75.
- _____ (2004), «Freedom of Speech and the Roman Republican Army», en I. Sluiter y R.M. Rosen (eds.), *Free Speech in Classical Antiquity*, Leiden: Brill, 341-368.
- _____ (2013), «Keeping Military Discipline», en J.B. Campbell y L.A. Tritle (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, Oxford: Oxford University Press, 312-329.
- Connal, R. (2012), «Rational Mutiny in the Year of Four Emperors», *Arctos: Acta Philologica Fennica* 46 (1), 33-52.
- Connolly, P. (1988), *The Legionary*, Oxford: Oxford University Press.
- _____ (1990), *Las legiones romanas*, [Traducción al español de José Farré Grau], Madrid: Espasa-Calpe.
- Córcoles, E. (2021), «El juramento militar de no hurtar en época republicana, Aulo Gelio N.A. 16, 4, 2 (Altea-Alicante, 2004)», en A. Torrent (coord.), *Fundamentos romanísticos del derecho contemporáneo: I. Derecho público romano*, Madrid: AIDROM, Asociación Iberoamericana de Derecho Romano; Editorial BOE, 93-99.
- Cordente, F. (1991), *Poliorcética romana 218 a. C.-73 d. C.*, (tesis inédita de doctorado, Universidad Complutense de Madrid), Recuperado de <https://eprints.ucm.es/2326/1/AH0005801.pdf>
- Cosme, P. (2003a), «Guerre et citoyenneté à Rome: à propos du droit d'appel des soldats», *Droit et Cultures* 45, 1, 159-166.
- _____ (2003b), «Le châtime des déserteurs dans l'armée romaine», *Revue Historique de Droit Français et Étranger* 81, 287-307.
- _____ (2007), *L'armée romaine: VIIIe s. av. J.-C. - Ve s. ap. J.-C.*, Paris: A. Colin, D.L.
- _____ (2016-2017), «La vida del soldado en el siglo I d. C.», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana III. El primer siglo del Imperio* 10, 66-71.
- Coudry, M. (2009), «Partage et gestion du butin dans la Rome républicaine: procédures et enjeux», en M. Coudry y M. Humm (eds.), *Praeda: butin de guerre et société dans la Rome républicaine = Kriegsbeute und Besellschaft im republikanischen Rom*, Stuttgart: Steiner, 19-79.
- Coudry, M. y Humm, M. (eds.) (2009), *Praeda: butin de guerre et société dans la Rome républicaine = Kriegsbeute und Besellschaft im republikanischen Rom*, Stuttgart: Steiner.

- Couissin, P. (1926), *Les armes romaines: essai sur les origines et l'évolution des armes individuelles du légionnaire romain*, Paris: H. Champion.
- Coulston, J.C.N. (1998), «How to Arm a Roman Soldier», *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 71, 167-190.
- _____ (2004), «Military Identity and Personal self-Identity in the Roman Army», en L. de Ligt, E.A. Hemelrijk y H.W. Singor (eds.), *Roman Rule and Civic Life: Local and Regional Perspectives. Proceedings of the Fourth Workshop of the International Network "Impact of Empire" (Roman Empire, c. 200 B.C. – A.D. 476)*, Leiden, June 25-28, 2003, Amsterdam: J.C. Gieben, 133-152.
- _____ (2013), «Courage and Cowardice in the Roman Imperial Army», *War in History* 20, 1, 7-31.
- Cowan, R. (2003), *Roman Legionary 58 BC- AD 69*, Oxford: Osprey Publishing.
- Crawford, M.H. (1974), *Roman Republican Coinage. Vol. 1. Introduction and Catalogue*, London: Cambridge University Press.
- _____ (1974), *Roman Republican Coinage. Vol. 2. Studies, Plates and Indexes*, London: Cambridge University Press.
- _____ (2015), *La República romana*, [Traducción al español de Ana Goldar], Madrid: Taurus, D.L.
- Curchin, L.A. (2014-2015), «*In adversa tempestate*: The Impact of Weather on Roman Military and Naval Operations», *Aquila Legionis* 17-18, 9-21.
- Currie, G.W. (1928), *The Military Discipline of the Romans from the Founding of the City to the Close of the Republic*, Bloomington: Graduate Council of Indiana University.
- D'Amato, R. y Dennis, P. (2018), *Roman Standards & Standard-Bearers (1) 112 BC – AD 192*, London; New York: Bloomsbury Publishing.
- D'Amato, R. y Evgenevich, A. (2017), *Decorated Roman Armour. From the Age of the Kings to the Death of Justinian the Great*, Barnsley, S. Yorkshire: Frontline Books.
- D'Amato, R. y Sumner, G. (2009), *Arms and Armour of the Imperial Roman Soldier: From Marius to Commodus, 112 BC – AD 192*, London: Frontline Books.
- David, J.M. (1992), *Le patronat judiciaire au dernier siècle de la République romaine*, Roma: Ecole française de Rome.
- Davies, R.W. (1974), «The Daily Life of the Roman Soldier under the Principate», *ANRW* 2, 1, 299-338.
- _____ (1989), *Service in the Roman Army*, Edinburgh: Edinburgh University Press.
- De Blois, L. (1987), *The Roman Army and Politics in the First Century Before Christ*, Amsterdam: Gieben.
- _____ (2000), «Army and Society in the Late Roman Republic: professionalism and the Role of the Military Middle Cadre», en G. Alföldy, B. Dobson y W. Eck (eds.), *Kaiser, Heer und Gesellschaft in der römischen Kaiserzeit: Gedenkschrift für Eric Birley*, Stuttgart: F. Steiner, 11-31.
- _____ (2007), «Army and General in the Late Roman Republic», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 164-179.

- De Ligt, L. (2007a), «Roman Manpower and Recruitment During the Middle Republic», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 114-131.
- (2007b), «Roman Manpower Resources and the Proletarianization of the Roman Army in the Second Century BC», en L. de Blois, E. Lo Cascio, O. Hekster y G. de Kleijn (eds.), *The impact of the Roman army (200 BC - AD 476): economic, social, political, religious and cultural aspects: proceedings of the sixth workshop of the international network Impact of Empire (Roman Empire, 200 B.C. - A.D. 476), Capri, March 29 - April 2, 2005*, Leiden; Boston: Brill, 3-20.
- (2007c), «Some Thoughts on the Nature of the Demographic “Crisis” of the Second Century», en O. Hekster, G. de Kleijn, D. Slootjes (eds.), *Crises and the Roman Empire. Proceedings of the Seventh Workshop of the International Network Impact of Empire, Nijmegen, June 20-24, 2006*, Leiden: Brill, 167-181.
- (2012), *Peasants, Citizens and Soldiers: Studies in the Demographic History of Roman Italy 225 BC-AD 100*, Cambridge: Cambridge University Press.
- De Martino (1973), *Storia della Costituzione romana. Vol. II*, Napoli: Jovene.
- Deyber, A. (2015-2016), «Arausio (105 a. C.). Una batalla de exterminio en la Antigüedad», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 76-81.
- Dobson, M. (2008), *The army of the Roman Republic: The Second Century BC, Polybius and the Camp at Numantia, Spain*, Oxford: Oxbow Books.
- Donadio, N. (2004), «Sulla comparazione tra *desertor* e *fugitiuus*, tra *emansor* ed *erro* in D. 49.16.4.14», en E. Cantarella (ed.), *Scritti in ricordo di Barbara Bonfiglio*, Milan: Giuffrè, 137-177.
- Donaldson, G.H. (1988), «Signalling Communications and the Roman Imperial Army», *Britannia* 19, 349-356.
- Driessen, M. (2005), «Unifying Aspects of Roman Forts», en J. Bruhn, B. Croxford y D. Grigoropoulos (eds.), *TRAC 2004: Proceedings of the Fourteenth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference, Durham 2004*, Oxford: Oxbow Books, 157-162.
- Drogula, F.K. (2007), «*Imperium, Potestas, and the Pomerium* in the Roman Republic», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 56, 4, 419-452.
- Du Choul, G. (1559), *Discorso sopra la castrametazione et disciplina militare de Romani: con i bagni, et essercitii antichi de greci, et romani*, Lyon: Appresso Gugl. Rovillio.
- Elmore, J. (1924), «Caesar on the Causes of Mutiny», *Classical Journal* 20, 430-432.
- Erdkamp, P. (2006a), «Army and Society», en N.S. Rosenstein y R. Morstein-marx, *A Companion to the Roman Republic*, West Sussex, United Kingdom; Malden, MA: Wiley-Blackwell, 278-296.
- (2006b), «The Transformation of the Roman Army in the Second Century B.C.», en T. Nāco e I. Arrayás (eds.), *War and Territory in the Roman World / Guerra y territorio en el mundo romano, BAR International Series 1530*, Oxford 2006, Oxford: BAR Publishing, 41-51.

- _____ (2014-2015), «La logística de las legiones», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 50-55.
- Erdmann, E.H. (1972), *Die Rolle des Heeres in der Zeit von Marius bis Caesar. Militärische und politische Probleme einer Berufsarmee*, Neustadt; Aisch: C.W. Schmidt.
- Escorihuela, R. (2020a), «*Seditio et secessio*: la insurrección como motor del cambio político y social», en A. Guerrero (ed.), *Imperialismo y ejércitos*, Granada: Editorial Universidad de Granada, 79-98.
- _____ (2020b), «Miedo y sugestión en el ejército romano republicano: La insurrección como reacción», *Revista Universitaria de Historia Militar* 9 (19), 77-97.
- _____ (2020-2021), «Violencia versus represión: Castigo y redención en el ejército romano republicano», *Antesteria. Debates de Historia Antigua* 9-10, 83-98.
- _____ (2021), «¿Impulso violento o acción premeditada? La insurrección en el ejército romano republicano», en S. Casamayor, R. Portero y E. Álvarez-Fernández (eds.), *La Violencia en la Historia*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 107-121.
- _____ (2022a), «La indisciplina militar como arma política del Senado: El caso de Quinto Plemio y la comisión contra Publio Cornelio Escipión», *Antesteria. Debates de Historia Antigua* 11, 117-136.
- _____ (2022b), «*Signa militaria* y *esprit de corps*: La función del elemento simbólico-religioso en la construcción de la identidad del soldado romano republicano», *Bandue. Revista de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones* 14, 117-135.
- Espejo, C. (1996), «Penas corporales y torturas en Roma», *Florentia Iliberritana. Revista de estudios de antigüedad clásica* 7, 93-111.
- Evans, J. K. (1988), «Resistance at Home: The Evasion of Military Service in Italy during the Second Century B.C.», en T. Yuge y M. Doi (eds.), *Forms of Control and Subordination in Antiquity*, Tokio, 126-127.
- Evans, R.J. (1994), *Gaius Marius. A Political Biography*, Pretoria: University of South Africa Press.
- _____ (1999), «Displaying Honourable Scars: A Roman Gimmick», *Acta Classica* 42, 77-94.
- Fabircius, E. (1932), «Some Notes on Polybius' Description of Roman Camps», *JRS* 22, 78-87.
- Fantham, E. (1985), «Caesar and the Mutiny: Lucan's Reshaping of the Historical Tradition in *De Bello Civili* 5.237-373», *Classical Philology* 80, 119-131.
- Fasolino, F. (2019), «Note sulla disciplina militare romana: l'evasione dei soldati», en J. de Arimateia, V. Ivone, L.V. Siede, C. Carvalho, L.F. Lima (coords.), *Liber Amicorum en homenaje a la Profesora Teodora Zamudio. Vol. III*, Buenos Aires: Adolfo Alberto Saglio Zamudio, 1213-1223.
- Faszczka, M.N. (2018), «The social perception of the Spartacus Revolt and the decimation of Crassus' soldiers in 71 BC», en D. Slapek (ed.), *Spartacus: History and Tradition*, Lublin: Maria Curie-Skłodowska University Press, 85-98.

- Feig Vishnia, R. (2002), «The Shadow Army: The *Lixae* and the Roman Legions», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 139, 265-272.
- Ferrer, J.J. (2019), *Economía de la Antigua Roma: guerra, comercio y finanzas*, Madrid: Editorial Síntesis.
- Fields, N. (2007), *The Roman Army of the Punic Wars, 264-146 BC*, Oxford: Osprey.
- _____ (2008), *The Roman Army: The Civil Wars, 88-31 BC*, Oxford: Osprey.
- _____ (2010), *Warlords of the Republican Rome. Caesar against Pompey*, Havertown: Casemate Publishers.
- _____ (2012), *Roman Republican Legionary, 298-105 BC*, Oxford: Osprey.
- Fischer, W. (1914), *Das römische Lager, insbesondere nach Livius*, Leipzig; Berlin: B. G. Teubner.
- Forsythe, G. (2007), «The Army and Centuriate Organization in Early Rome», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell Publishing, 24-42.
- Foxhall, L. y Salmon, J. (eds.) (1998), *When Men were Men. Masculinity, Power and Identity in Classical Antiquity*, London: Routledge.
- Fulkerson, L. (2013), «Command Performance: Mutiny in the Roman Army», en L. Fulkerson (ed.), *No regrets: remorse in classical antiquity*, Oxford: Oxford University Press, 161-185.
- Gabba, E. (1949), «Le origini dell'esercito professionale in Roma. I proletari e la riforma di Mario», *Athenaeum* 27, 173-209.
- _____ (1951), «Ricerche sull'esercito professionale romano da Mario ad Augusto», *Athenaeum*, 29, 171-272.
- _____ (1973a), *Esercito e società nella tarda repubblica romana*, Florencia: La Nuova Italia.
- _____ (1973b), «Sull'arruolamento dei proletari nel 107 a.C.», *Athenaeum*, 51, 135-136.
- _____ (1975), *Le rivolte militari romane dal IV secolo a. C. ad Augusto*, Firenze: Sansoni.
- _____ (1976), *Republican Rome. The Army and the Allies*, Berkeley: University of California Press.
- _____ (1978), «Aspetti economici e monetari del soldo militare dal II sec. a.C. al II sec. d.C.», en École Française de Rome (ed.), *Les devaluations a Rome: Epoque republicaine et imperiale. Vol. 1, Actes du colloque de Rome (13-15 novembre 1975)*, Rome: École Française de Rome, 217-225.
- _____ (1990), «Il decline della milizia cittadina e l'arruolamento dei proletari», en A. Momigliano y A. Schiavone (eds.), *Storia di Roma. Vol. 2, L'impero mediterraneo, 1, La repubblica imperiale*, Torino: Einaudi, 691-695.
- _____ (2002), «Il generale dell'esercito romano nel I secolo a.C.», en M. Sordi (ed.), *Guerra e diritto nel mondo greco e romano*, Milano: Vita e pensiero, 155-162.
- García Domínguez, D. (2018), «Q. Sertorio, personaje literario: creación, reelaboración y recepción», *Revista Historia Autónoma* 13, 55-70.

- García Jiménez, G. (2015-2016), «La evolución de la panoplia legionaria en la República tardía», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 61-69.
- García Riaza, E. (1999), «La financiación de los ejércitos en época romano-republicana», en Gabinet Numismàtic de Catalunya (coord.), *Moneda i exèrcits: III Curs d'Història Monetària d'Hispania*, Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya, 39-58.
- Garlan, Y. (2003), *La guerra en la Antigüedad*, [traducción al español de José Miguel Parra Ortiz], Madrid: Alderabán.
- Gauthier, F. (2015), *Financing War in the Roman Republic 201 BCE-14 CE*, (tesis inédita de doctorado, McGill University), Recuperado de <https://studyres.com/doc/2201866/financing-war-in-the-roman-republic-201-bce>
- _____ (2016), «The Changing Composition of the Roman Army in the Late Republic and the So-Called “Marian Reforms”», *Ancient History Bulletin*, 30, 3-4, 103-120.
- _____ (2020), «The Transformation of the Roman Army in the Last Decades of the Republic», en J. Armstrong y M.P. Fronda (eds.), *Roman at War: Soldiers, Citizens and Society in the Roman Republic*, London; New York: Routledge, Taylor & Francis Group, 283-296.
- Gendron, J. (2020), «Violaciones y sanciones en el ejército romano: ¿El ejemplo de Sertorio?», *Revista Universitaria de Historia Militar* 9 (19), 56-76.
- Gilliver, K. (2007), «The Augustan Reform and the Structure of the Imperial Army», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 183-200.
- Giuffrè, V. (1974), *La letteratura de re militari: Appunti per una storia degli ordinamenti militari*, Napoli: Jovene.
- _____ (1980a), *Il “diritto militare” dei Romani*, Bologna: Pàtron.
- _____ (1980b), «“Militum disciplina” e “ratio militaris”», *ANRW* 2, 13, 2, 234-277.
- _____ (2013), *Homines militares e status rei publicae: torsioni di una costituzione*, Napoli: Jovene.
- Goldberg, C. (2016), «Decimation in the Roman Republic», *Classical Journal*, 111, 2, 141-164.
- Goldsworthy, A. (1996), *The Roman Army at War (100 BC-AD 200)*, Oxford: Clarendon Press.
- _____ (1999), «Community under pressure: the Roman army at the siege of Jerusalem», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community: including papers of a conference held at Birkbeck College, University of London, on 11-12 January 1997*, Portsmouth: Journal of Roman Archaeology L.L.C., 197-210.
- _____ (2006), *The fall of Carthage: the Punic Wars, 265-146 BC*, London: Phoenix.
- _____ (2011), *The complete Roman army*, London: Thames&Hudson.
- Gómez, F. y Macías, D. (2012), «De la historia militar a la historia bélica: el caso del combatiente», en F. Gómez y D. Macías (eds.), *El combatiente a lo largo de la*

- historia: imaginario, percepción, representación*, Santander: PubliCan, Ediciones de la Universidad de Cantabria, D.L., 9-27.
- González Román, C. (2010), «Ejército e integración ciudadana durante la República tardía», en J.J. Palao (ed.), *Militares y civiles en la antigua Roma: dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 31-55.
- Gowing, A.M. (1990), «Appian and Cassius' Speech before Philippi ("Bella Civilia" 4.90-100)», *Phoenix* 44, 2, 158-181.
- Gracia, F. (2014-2015), «Las enseñanzas de la segunda guerra púnica», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 36-40.
- _____ (2015-2016), «Las reformas de Mario», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 6-15.
- Greene, E.M. (2020), «Roman Military Communities and the Families of Auxiliary Soldiers», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 149-159.
- Grosso, F. (1952), «Il caso di Plemínio», *Giornale Italiano di Filologia* 5, 119-135, 234-253.
- Grueber, H.A. (1970), *Coins of the Roman Republic in the British Museum*, London: British Museum.
- Gruen, E.S. (1974), *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley: University of California Press.
- Gueye, M. (2013a), «Délits et peines militaires à Rome sous la République: *desertio* et *transfugium* pendant les guerres civiles», *Gerión* 31, 221-238.
- _____ (2013b), «La valeur du serment militaire dans les guerres civiles à Rome: l'exemple du conflit de 49-45 av. J.-C.», *Gerión*, 33, 111-129.
- _____ (2015), «La place du *sacramentum militiae* dans la guerre civile opposant César à Pompée», *Res antiquae*, 12, 77-94.
- Guillén, J. (1994), *Urbs Roma: Vida y costumbres de los romanos. Vol 3. Religión y ejército*, Salamanca: Sígueme.
- Guttridge, L.F. (1992), *Mutiny. A History of Naval Insurrection*, Annapolis, Md.: Naval Institute Press.
- Hagendahl, H. (1944), «The Mutiny at Vesantio», *Classica et Mediaevalia* 6, 1-40.
- Hall, J. (2013), «Brutality and the Roman Soldier. Killing beyond the Battlefield», *Ancient Warfare* 6, 1, 2-6.
- _____ (2016), «A Roman PTSD? Psychological Trauma and the Soldiers of Rome», *Ancient Warfare* 10, 1, 48-52.
- Hammond, C.B. (1993), *Narrative Explanation and the Roman Military Character*, (tesis inédita de doctorado, University College, Oxford), Recuperado de https://ora.ox.ac.uk/objects/uuid:0180e0a8-8a99-48a8-8964-47fb704b07d5/download_file?file_format=pdf&safe_filename=602354908.pdf&type_of_work=Thesis
- Harmand, J. (1967), *L'Armée et la soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, Paris: A. & J. Picard.

- _____ (1969), «Le prolétariat dans la légion, de Marius à la veille du second *bellum civile*», en J.P. Brisson (ed.), *Problèmes de la guerre à Rome*, Paris: Mouton, 61-74.
- Harris, W.V. (2006), «Readings in the Narrative Literature of Roman Courage», en S. Dillon y K.E. Welch, *Representations of War in Ancient Rome*, Cambridge; New York: Cambridge University Press, 300-320.
- Hathaway, J. (2001), *Rebellion, Repression, Reinvention: Mutiny in Comparative Perspective*, Westport, Conn.: Praeger.
- Haynes, I. (1999a), «Introduction: the Roman Army as a Community», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community: Including Papers of a Conference held at Birkbeck College, University of London, on 11-12 January 1997*, Portsmouth: Journal of Roman Archaeology L.L.C., 7-15.
- _____ (1999b), «Military Service and Cultural Identity in the *auxilia*», en A. Goldsworthy y I. Haynes (eds.), *The Roman Army as a Community: Including Papers of a Conference held at Birkbeck College, University of London, on 11-12 January 1997*, Portsmouth: Journal of Roman Archaeology L.L.C., 165-174.
- _____ (2015), «Marking Time: Temporality, Routine and Cohesion in Rome's Armies», en D.J. Breeze, R.H. Jones y I.A. Oltean, *Understanding Roman Frontiers. Papers offered to Professor Bill Hanson on the occasion of his retirement*, Edinburgh: John Donald, 113-120.
- Heidenreich, S.M. y Roth, J.P. (2020), «The Neurophysiology of Panic on the Ancient Battlefield», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 127-138.
- Helgeland, J. (1978), «Roman Army Religion», *ANRW II*, 16, 2, Berlin, 1470-1505.
- Henaut, J. (2016), «La décimation: une réponse légitime des généraux romains à la couardise et l'insubordination?», *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* 94, 1, 165-182.
- Herman Hansen, M. (1993), «The Battle Exhortation in Ancient Historiography. Fact or Fiction?», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 42, 2, 161-180.
- Herz, P. (2002), «Sacrifice and Sacrificial Ceremonies of the Roman Imperial Army», en A. Baumgarten (ed.), *Sacrifice in Religious Experience*, Boston, MA; London: Brill, 81-100.
- Hildinger, E. (2002), *Swords against the Senate. The Rise of the Roman Army and the Fall of the Republic*, Cambridge: Da Capo Press.
- Hillman, T.P. (1982), «Cinna, Strabo's Army, and Strabo's death in 87 B.C.», *L'Antiquité Classique* 51, 81-89.
- Hinard, F. (1990), «Les révoltes militaires dans l'armée républicaine», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 2, 149-154.
- _____ (1992), «Aulu-Gelle et les serments militaires», en R. Marache (ed.), *Au miroir de la culture antique. Mélanges René Marache*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 287-301.
- _____ (1993), «*Sacramentum*», *Athenaeum* 81, 252-263.
- Hölkeskamp, K.-J. (2011), «The Roman Republic as Theatre of Power: The Consuls as Leading Actors», en H. Beck, A. Duplá, M. Jehne y F. Pina Polo (ed.) (2011),

- Consuls and res publica. Holding High Office in the Roman Republic*, Cambridge; New York: Cambridge University Press, 161-181.
- Horsmann, G. (1991), *Untersuchungen zur militärischen Ausbildung im republikanischen und kaiserzeitlichen Rom*, Boppard am Rhein: H. Boldt.
- Hoss, S. (2012), «The Roman Military Belt», en M.-L. Nosch (ed.), *Wearing the Cloak: Dressing the Soldier in Roman Times*, Oxford; Oakville: Oxbow Books, 29-44.
- Hoyos, D. (2007), «The Age of Overseas Expansion (264-146 BC)», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 63-79.
- Hurlet, F. (2016), «De Pompée à Auguste: les mutations de l'*imperium militiae*», en V. Fromentin, E. Bertrand, M. Coltelloni-Trannoy, M. Molin y G. Urso (eds.), *Cassius Dion: nouvelles lectures. Vol. II*, Bordeaux: Ausonius, 581-593.
- Iglesias-Zoido, J.C. (2007), «The Battle Exhortation in Ancient Rhetoric», *Rhetorica: A Journal of the History of Rhetoric* 25, 2, 141-158.
- _____ (2008), «La argumentación en las arengas militares de Tucídides», *L'Antiquité Classique* 77, 19-40.
- Irañeta, Z. (2018), «La puesta en escena de las *seditiones* militares durante la República romana», *Revista Historias del Orbis Terrarum* 20, 8-33.
- Jacotot, M. (2019), *Question d'honneur. Les notions d'honos, honestum et honestas dans la République romaine antique*, Rome: École française de Rome.
- Jal, P. (1962), «Le soldat des guerres civiles à Rome à la fin de la République et au début del'Empire», *Pallas* 11, 7-27.
- _____ (1964), «“Tumultus” et “bellum civile” dans les “Philippiques” de Cicéron», en M. Renard y R. Schilling (eds.), *Hommages à Jean Bayet*, Bruxelles: Latomus, 281-289.
- James, J.R. (2019), *Virtus et Disciplina: An Interdisciplinary Study of the Roman Martial Values of Courage and Discipline*, (tesis inédita de doctorado, University of Missouri-Columbia), Recuperado de <https://mospace.umsystem.edu/xmlui/bitstream/handle/10355/69952/JamesJustin.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- James, S. (1999), «The Community of the Soldiers: A Major Identity and Centre of Power in the Roman Empire», en P. Baker, C. Forcey, S. Juni y R. Wicher (eds.), *TRAC 98: Proceedings of the Eighth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference*, Oxford: Oxbow Books, 14-25.
- Jiménez de Furundarena, A. (2004), «Control religioso y social en el ejército romano: el *sacramentum*», en J. Alvar y L. Hernández (coord.), *Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo: actas del XXVII Congreso Internacional Girea-Arys IX (Valladolid, 7-9 de noviembre de 2002)*, Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de publicaciones e intercambio editorial, 485-490.
- Jiménez Serrano, A.M. (2020), «*Tu statim consul sacramento iuniores adiges et in castra educes...* (Liv. 4.5.2): La importancia del *sacramentum militiae* en la política expansionista romana», en A. Guerrero (ed.), *Imperialismo y ejércitos*, Granada: Editorial Universidad de Granada, 155-170.
- Johnston, P.D. (2008), *The Military Consilium in Republican Rome*, Piscataway, N.J.: Gorgias Press.

- Judson, H. (1888), *Caesar's Army: a Study of the Military Art of the Romans in the Last Days of the Republic*, Boston: Ginn and Company.
- Jung, J.H. (1982), «Die Rechtsstellung der römischen Soldaten. Ihre Entwicklung von den Anfängen Roms bis auf Diokletian», *ANRW* 2, 14, 882-1013.
- Junkelmann, M. (2011), «*Signa militaria*: die Feldzeichen der römischen Armee», en A. Pulz (ed.), *Carnuntum Jahrbuch 2009-2011: Zeitschrift für Archäologie und Kulturgeschichte des Donauraumes*, Wien: Austrian Academy of Sciences Press, 25-46.
- Kaegi, W.E. (1981), *Byzantine Military Unrest 471-843: An Interpretation*. Amsterdam: Hakkert.
- Karsten, P. (ed.) (1998), *Motivating Soldiers: Morale or Mutiny*, New York; London: Garland Publishing.
- Kavanagh, E. (2012), «El estandarte como aglutinante ideológico en el ejército romano», en F. Gómez y D. Macías (eds.), *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción, representación*, Santander: PubliCan, Ediciones de la Universidad de Cantabria, D.L., 29-40.
- _____ (2013), «Águilas de plata, hombres de hierro: estandartes militares en el ocaso de la República», *Desperta Ferro, Antigua y Medieval* 19, 46-50.
- _____ (2014), «Entre hierro y bronce. La transformación de la panoplia romana, 44 a. C. – 14 d. C.», *Desperta Ferro Antigua y Medieval. De Octavio a Augusto* 25, 24-31.
- _____ (2015), *Estandartes militares en la Roma antigua: tipos, simbología y función*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Ediciones Polifemo.
- _____ (2015-2016), «*Esprit de corps*. El nacimiento de la identidad legionaria», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 32-35.
- Keaveney, A. (2007), *The Army in the Roman Revolution*, London; New York: Routledge.
- _____ (2014), «Espadones y ejército en Roma, 44-42 a. C.», *Desperta Ferro Antigua y Medieval. De Octavio a Augusto* 25, 32-37.
- Keegan, J. (2013), *El rostro de la batalla*, [Traducción al español de Juan Narro Romero], Madrid: Turner.
- Kemezis, A. (2016), «Dio, Caesar and the *Vesontio* Mutineers (38.34-47). A Rhetoric of Lies», en C.H. Lange y J.M. Madsen (eds.), *Cassius Dio: Greek Intellectual and Roman Politician*, Leiden; Boston: Brill, 238-257.
- Keppie, L. (1983), *Colonisation and Veteran Settlement in Italy, 47 B.C.-A.D. 14*, Rome: British School at Rome.
- _____ (1989), «The Roman Army of the Later Republic», en J. Hackett (ed.), *Warfare in the Ancient World*, London: Sidgwick & Jackson, 169-191.
- _____ (1997b), «The Changing Face of the Roman Legions (49 BC-AD 69)», *Papers of the British School at Rome*, 65, 89-102.
- _____ (1998), *The Making of the Roman Army: From Republic to Empire*, Norman: University of Oklahoma Press.

- _____ (2000), «Military Service in the Late Republic. The Evidence of Inscriptions and Sculpture», en L. Keppie (ed.), *Legions and Veterans. Roman Army Papers 1971-2000*, Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 11-19.
- _____ (2001), «Army and Society in the Late Republic and Early Empire», en T. Bekker-Nielsen y L. Hannestad (eds.), *War as a Cultural and Social Force. Essays on Warfare in Antiquity*, Copenhagen: Det Kongelige Danske Videnskabernes Selskab, 130-136.
- Kiesling, E.C. (2006), «Corporal Punishment in the Greek Phalanx and the Roman Legion: Modern Images and Ancient Realities», *Historical Reflections/Réflexions Historiques* 32, 2, 225-246.
- Knapp, R. (2011), *Invisible Romans*, Cambridge: Harvard University Press.
- Kromayer, J., Veith, G. y Köster, A. (1928), *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, München: C.H. Beck.
- Lattocco, A. (2017), «Vae victis! La diserzione nei giuristi romani e nel codice penale militare: un istituto immutato», *Rassegna della Giustizia Militare* 5, 1-15.
- Le Beau, C. (1770), «Onzième mémoire sur la légion romaine. Des qualités requises pour le service legionnaire et des causes qui en procuraient l'exemption», *Mémoires de littérature tirés des registres de l'Académie Royale des Inscriptions et Belles Lettres*, 37, 189-223.
- Le Bohec, Y. (1998), «Conscrits et Professionnels dans les Armées de Rome», en M. Vaise (ed.), *Aux armes, citoyens! Conscription et armée de métier des Grecs à nos jours*, Paris: A. Colin, 25-41.
- _____ (2004), *El ejército romano. Instrumento para la conquista de un imperio*, [Traducción al español de Ignacio Hierro], Barcelona: Ariel.
- _____ (2014-2015), «La legión según Polibio», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 12-17.
- Le Bonniec, H. (1969), «Aspects religieux de la guerre», en J.P. Brisson (ed.), *Problèmes de la guerre à Rome*, Paris; La Haye: Mouton, 101-115.
- Lee, A.D. (2009), «Morale and the Roman Experience of Battle», en A.B. Lloyd (ed.), *Battle in Antiquity*, London: The Classical Press of Wales, 199-218.
- _____ (2019), «Food Supply and Military Mutiny in the Late Roman Empire», *Journal of Late Antiquity* 12, 2, 277-297.
- Lee, J.W.I. (2020), «Daily Life in Classical Greek Armies, c. 500-330 BCE», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 39-51.
- Lendon, J.E. (2005), *Soldiers & Ghosts. A History of Battle in Classical Antiquity*, New Haven; London: Yale University Press.
- _____ (2006), *Contubernalis, Commanipularis and Commilito in Roman Soldiers' Epigraphy: Drawing the Distinction*, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 157, 270-276.
- _____ (2014-2015), «Virtus y disciplina. La mente del soldado en la República media», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 56-61.

- Levithan, J. (2020), «Roman Siege Warfare. Moral and Morale», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 139-148.
- Lintott, A.W. (1971), «The Offices of C. Flavius Fimbria in 86/5 B.C.», *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte* 20, 696-701.
- (1972), «*Provocatio*: From the Struggle of the Orders to the Principate», *ANRW* 1, 2, 226-267.
- Liston, M.A. (2020), «Skeletal Evidence for the Impact of Battle on Soldiers and Non-Combatants», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 81-94.
- Llantén, N.F. y Penna, N.E. (2019), «La jupiterización de los *signa militaria*: cambios simbólicos en la estructura socio-militar romana», *NOVA TELLVS* 37, 2, 85-105.
- Lo Cascio, E. (2008), «Roman Census Figures in the Second Century BC and the Property Qualification of the Fifth Class», en L. de Ligt y S. Northwood (eds.), *People, Land and Politics: Demographic Developments and the Transformation of Roman Italy 300 BC-AD 14*, Leiden; Boston: Brill, 239-256.
- Lovano, M. (2002), *The Age of Cinna: Crucible of Late Republican Rome*, Stuttgart: Steiner.
- Lovisi, C. (1999), *Contribution à l'étude de la peine de mort sous la République romaine, 509-149 av. J.-C.*, Paris: De Boccard.
- Luik, M. (2015-2016), «Los campamentos romanos del siglo I a. C. Control y logística», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 50-55.
- Machado, D. (2017), *Community and Collective Action in the Roman Republican Army (218-44 BCE)*, (tesis inédita de doctorado, A.B. Dartmouth College), Recuperado de <https://repository.library.brown.edu/studio/item/bdr:733431/PDF/>
- (2023), *Voluntas Militum: Community, Collective Action, and Popular Power in the Armies of the Middle Republic (300-100 BCE)*, Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla; Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Mackay, CH. (2009), *The Breakdown of the Roman Republic. From Oligarchy to Empire*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MacMullen, R. (1984), «The Legion as a Society», *Hist.* 33, 440-456.
- Maheshwari, N. Sharma, R. y Vineeth Kumar, V. (2021), «Reflections on Sustaining Morale and Combat Motivation in Soldiers», *Defence Life Science Journal* 6, 1, 49-55.
- Manolaraki, E. (2003), *Seditio: Military disintegration in Tacitus' Histories*, (tesis inédita de doctorado, Cornell University).
- Marín y Peña, M. (1956), *Instituciones militares romanas*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Marino, R. (1980), «Mario e i *capite censi*», *Labeo*, 26, 354-364.
- Marques, A.T. y Bento, W.J. (2012), «A manutenção da disciplina nos exércitos romanos: uma análise comparativa dos manuais militares de Frontino e Vegécio», *Revista de Historia Comparada* 6-1, 124-140.

- Mateo, M.A. (2010), «Religiosidad y cultos en los campamentos romanos», *Polis: Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 22, 145-172.
- _____. (2017), «Vestimentas y Castigos en Época Grecorromana», *Liburna* 10, 79-100.
- Matthew, C.A. (2006), «The Enrolment of the *Capite Censi* by Gaius Marius: A Reappraisal», *Ancient History*, 36, 1, 1-17.
- _____. (2010), *On the Wings of Eagles: The Reforms of Gaius Marius and the Creation of Rome's First Professional Soldiers*, Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
- Matyszak, P. (2010), *Legionario: El manual (no oficial) del soldado romano*, Madrid: Ediciones Akal.
- Maxfield, V.A. (1981), *The Military Decorations of the Roman Army*, Berkeley; Los Angeles: University of California Press.
- McCall, J. (2002), *The Cavalry of the Roman Republic. Cavalry Combat and Elite Reputations in the Middle and Late Republic*, London: Routledge.
- _____. (2014-2015), «La caballería de la Roma republicana», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 24-29.
- McDonald, A.H. (1944), «Rome and the Italian Confederation (200-186 BC)», *The Journal of Roman Studies* 34, 11-33.
- McDonnell, M. (2006), *Roman Manliness. Virtus and the Roman Republic*, Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- _____. (2011), «Virtus as a Specialization in the Middle Republic», en W. Blösel y K.J. Hölkamp (eds.), *Von der militia equestris zur militia urbana Prominenzrollen und Karrierefelder im antiken Rom: Beiträge einer internationalen Tagung vom 16. bis 18. Mai 2008 an der Universität zu Köln*, Stuttgart: Steiner, 29-41.
- McLaughlin, J.J. (2015), *The Transformation of the Roman Auxiliary Soldier in Thought and Practice*, (tesis inédita de doctorado, University of Michigan), Recuperado de <https://pdfs.semanticscholar.org/0a23/98a489a3bb7ccb8cbb43d4f0be375e9e4276.pdf>
- McNab, C. (2010), *The Roman Army: The Greatest War Machine of the Ancient World*, Oxford: Osprey Publishing.
- McPhail, C. (1991), *The Myth of the Madding Crowd*, New York: Aldine De Gruyter.
- Melchior, A.A. (2011), «Caesar in Vietnam: Did Roman Soldiers Suffer from Post-Traumatic Stress Disorder», *Greece and Rome* 58, 2, 209-223.
- Messer, W.S. (1920), «Mutiny in the Roman Army. The Republic», *Classical Philology* 15, 2, 158-175.
- Miller, M.C.J. (1984), *The Professionalization of the Roman Army in the Second Century B.C.*, (tesis inédita de doctorado, Loyola University of Chicago), Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/81665797.pdf>
- Miller, N.P. (1975), «Dramatic Speech in the Roman Historians», *Greece & Rome* 22, 1, 45-57.
- Milne, K.H. (2009), *The Republican Soldier: Historiographical Representations and Human Realities*, (tesis inédita de doctorado. University of Pennsylvania), Recuperado de <https://repository.upenn.edu/edissertations/64/>

- Mommsen, T. (1899), *Römisches Strafrecht*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Monreal, M. (2013), «La vexilología religiosa», *Emblemata* 19, 111-164.
- Montero, S. (2003), «Mario, las aves y el ejército», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua* 16, 215-222.
- Moore, R. (2009), «Scipio Aemilianus' disciplinary initiatives at Numantia and the shaping of an ideology of Roman Military Leadership», en A. Morillo, N. Hanel y E. Martín (eds.), *Limes XX. Estudios sobre la frontera romana = Roman Frontier Studies. Volumen I*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Ediciones Polifemo, 1069-1078.
- (2013), «Generalship: Leadership and Command», en J.B. Campbell y L.A. Tritle (eds.), *The Oxford Handbook of Warfare in the Classical World*, Oxford: Oxford University Press, 457-473.
- Morstein-Marx, R. (2004), *Mass Oratory and Political Power in the Late Roman Republic*, Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- (2011), «Consular appeals to the Army in 88 and 87: The Locus of Legitimacy in Late-Republican Rome», en H. Beck, A. Duplá, M. Jehne y F. Pina Polo (ed.) (2011), *Consuls and res publica. Holding High Office in the Roman Republic*, Cambridge; New York: Cambridge University Press, 259-278.
- Mulroy, D. (1988), «The Early Career of P. Clodius Pulcher. A Re-examination of the Charges of the Mutiny and Sacrilege», *Transactions of the American Philological Association*, 155-178.
- Mundubeltz, G. (2000), *Les séditions dans les armées romaines, de 218 av. J.-C. à l'an 14 de notre ère*, (tesis inédita de doctorado, Université de Bordeaux III).
- Muñiz, J. (2022), «Jefes, soldados y civiles. Ejército y crisis en la historiografía romana», *Revista Onoba* 10, 75-97.
- Nardo, D. (2001), *Life of a Roman Soldier*, San Diego: Lucent Books.
- Nicolet, C. (1980), *The World of the Citizen in Republican Rome*, [Traducción al inglés de P.S. Falla], London: Batsford Academic and Educational.
- (1984), *Roma y la conquista del mundo mediterráneo 264-27 a. de J.C. Vol. 2 La génesis de un imperio*, [Traducción al español de Juan Faci Lacasta], Barcelona: Nueva Clio.
- Nock, A.D. (1952), «The Roman Army and the Roman Religious Year», *The Harvard Theological Review* 45, 4, 187-252.
- Nordling, J.G. (2005-2006), «Caesar's Pre-Battle Speech at Pharsalus (B.C. 3.85.4): *Ridiculum Acri Fortius... Secat Res*», *The Classical Journal* 101, 2, 183-189.
- Oakley, S.P. (1985), «Single Combat in the Roman Republic», *The Classical Quarterly* 35, 392-410.
- Palao, J.J. (2009), «*Virtus Centurionis*. La figura del centurión en César», *Gerión* 27, 1, 191-206.
- (2010), *Militares y civiles en la Antigua Roma: dos mundos diferentes, dos mundos unidos*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- (2017), «Más allá del objeto. Viejos temas y nuevos enfoques en los estudios del ejército romano», *Journal of Roman Archaeology*, 30, 729-736.

- Panaget, C. (2014), *Les révoltes militaires dans l'empire romain de 193 à 324*, (tesis inédita de doctorado, Université Rennes 2), Recuperado de <https://tel.archives-ouvertes.fr/tel-01127558/document>
- Paniagua, D. (2007), «La arenga militar desde la perspectiva de la tradición polemológica grecolatina», *Talia Dixit. Revista interdisciplinar de retórica e historiografía* 2, 1-25.
- Parker, H.M.D. (1958), *The Roman Legions*, New York: Barnes & Noble.
- Patterson, J. (1993), «Military Organization and Social Change in the Later Roman Republic», en J.W. Rich y G. Shipley (eds.), *War and Society in the Roman World*, London: Routledge, 92-112.
- Pearson, E. (2019), «Decimation and Unit Cohesion: Why were Roman Legionaries Willing to Perform Decimation?», *The Journal of Military History* 83, 3, 665-688.
- Perea, S. (2003), «El soldado romano, la ley militar y las cárceles “in castris”», I. Pérez y S. Torallas (eds.), *Castigo y reclusión en el mundo antiguo*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 115-152.
- _____ (2006a), «Castigos rituales», en S. Perea (ed.), *Águilas de plata: lecturas sobre ejército romano y religión*, Madrid: Signifer, 9-22.
- _____ (2006b), «Flores tiernas para Caracalla, coronas de flores para los estandartes», en S. Perea (ed.), *Águilas de plata: lecturas sobre ejército romano y religión*, Madrid: Signifer, 89-108.
- _____ (2014), «Premios, recompensas y castigos militares», *Desperta Ferro Antigua y Medieval. De Octavio a Augusto* 25, 46-51.
- Pérez Carrandi, J. (2017), *La alta traición en el Derecho Penal romano monárquico-republicano: de la perduellio a la maiestas*, (tesis inédita de doctorado, Universidad Complutense de Madrid), Recuperado de <https://eprints.ucm.es/id/eprint/48209/1/T40076.pdf>.
- _____ (2020a), «Delitos individuales y colectivos en el ejército romano», *Revista de la Facultad de Derecho (UNC)* 11, 1, Nueva Serie 2, 237-254.
- _____ (2020b), «Calones: esclavos del ejército romano», *Revista Universitaria de Historia Militar* 9 (19), 98-120.
- _____ (2021), *Ejército romano. Homosexualidad, indisciplina, derrota y castigo*, Madrid: Servicio de Publicaciones Facultad de Derecho. Universidad Complutense de Madrid.
- Pérez Frutos, P. (2016), «Guerra y religión en la República romana: el ciclo militar de octubre», *Revista Universitaria de Historia Militar* 5, 10, 179-199.
- Pérez Rubio, A. (2014-2015), «*Dulce et decorum est pro patria mori*. El rostro de la batalla», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 74-81.
- Perry, W. (1941), «The Nature and Significance of Discipline», *The Australian Quarterly* 13, 4, 99-103.
- Petković, Ž. y Dušanić, S. (2003), «The Five Standards of the Pre-Marian Legion. A Note on the Early Plebeian *militaria*», *Klio*, 85, 1, 42-56.

- Petruț, D., Gui, M. y Trîncă, H. (2014), «Lighting Roman Military Barracks. An Interdisciplinary Approach Based on Evidence from Dacia», *Archaeologia Bulgarica* XVIII, 3, 65-92.
- Phang, S. (2005), «Soldiers' Slaves, "dirty work", and the Social Status of Roman Soldiers», en J.J. Aubert y Z. Várhelyi (eds.), *A Tall Order. Writing the Social History of the Ancient World. Essays in Honor of William V. Harris*, München: K.G. Saur, 203-225.
- _____ (2008), *Roman Military Service. Ideologies of Discipline in the Late Republic and Early Principate*, New York, Cambridge University Press.
- _____ (2011), «New Approaches to the Roman Army», en L.L. Brice y J.T. Roberts (eds.), *Recent Directions in the Military History of the Ancient World*, Claremont: Regina Books, cop., 106-144.
- Phillips, G. (2001), «To Cry "Home! Home!": Mutiny, Morale, and Indiscipline in Tudor Armies», *The Journal of Military History* 65, 2, 313-332.
- Pina Polo, F. (1989), *Las contiones civiles y militares en Roma*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- _____ (1995), «Procedures and Functions of Civil and Military *contiones* in Rome», *Klio*, 77, 203-216.
- _____ (1999), *La crisis de la República romana (133-44 a.C.)*, Madrid: Editorial Síntesis.
- _____ (2004), «Die nützliche Erinnerung: Geschichtsschreibung, *mos maiorum* und die römische Identität», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 53, 2, 147-172.
- _____ (2011), «*Mos maiorum* como instrumento de control social de la *nobilitas* romana», *Revista Digital de la Escuela de Historia* 3, 4, 53-77.
- Pollard, N. (1996), «The Roman Army as "Total Institution" in the Near-East? A Case Study from Dura-Europos», *The Roman Army in the East: Journal of Roman Archaeology Supplement* 18, 211-227.
- Potter, D. (2004), «The Roman Army and Navy», en H.I. Flower, *The Cambridge Companion to the Roman Republic*, Cambridge: Cambridge University Press, 66-88.
- Powell, L. (1988), «The Mood of the Armies: Morale and Mutiny in the Roman Army of the First Century AD», *Exercitus* 2, 4, 61-64.
- Quesada, F. (2007a), «En torno al origen de las enseñas militares en la Antigüedad (1)», *MARQ, arqueología y museos* 2, 83-98.
- _____ (2007b), *Estandartes militares en el mundo antiguo*, Madrid: Aquila legionis.
- _____ (2014-2015), «Disciplina y entrenamiento», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana I. La República media* 6, 62-67.
- _____ (2015-2016), «¿Quién equipaba a los legionarios de la República?», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 56-60.
- Rance, P. (2020), «Health, Wounds, and Medicine in the Late Roman Army (250-600 CE)», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 173-185.
- Rankov, B. (2007), «Military Forces», en P. Sabin, H. Van Wees y M. Whitby, (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare. Volume 2 Rome from the*

- Late Republic to the Late Empire*, Cambridge: Cambridge University Press, 30-75.
- Rawlings, L. (2007), «Army and Battle During the Conquest of Italy (350-264 BC)», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 45-62.
- Reid, J.S. (1911), «On Some Questions of Roman Public Law», *The Journal of Roman Studies* 1, 68-99.
- Renel, Ch. (1903), *Cultes militaires de Rome: Les enseignes*, Lyon; Paris: Fontemoing.
- Resina, P. (1998), «Algunas precisiones sobre los campamentos romanos», *Florentia Liberritana. Revista de estudios de Antigüedad Clásica*, II, 9, 377-393.
- Riccardi, L.A. (2002), «Military Standards, *Imagines*, and the Gold and Silver Imperial Portraits from Aventicum, Plotinoupolis, and the Marengo Treasure», *Antike Kunst* 45, 86-100.
- Rich, J.W. (1983), «The Supposed Roman Manpower Shortage of the Later Second Century B.C.», *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 32, 3, 287-331.
- _____. (2012), «Roman Attitudes to Defeat in Battle under the Republic», en F. Marco, F. Pina y J. Remesal (eds.), *Vae Victis! Perdedores en el mundo antiguo*, Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 83-111.
- Rivero, M.P. (2006), *Imperator populi romani: una aproximación al poder republicano*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Robles, M.A. (2004), «Estudio Léxico del Breve tratado de términos militares de Modesto», *Aquila Legionis* 5, 45-101.
- Rodríguez, J. (2001), *Historia de las legiones romanas*, Madrid: Signifer Libros.
- _____. (2005a), *Diccionario de batallas de la historia de Roma (753 a.C. – 476 d.C.)*, Madrid: Signifer Libros.
- _____. (2005b), «Motines militares en el Alto Imperio Romano», *Historia* 16 345, 10-23.
- _____. (2015-2016), «Numerales y apelativos en las legiones tardorrepúblicas», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 28-30.
- Roldán, J.M. (1974), «*Legio Vernacula*, ¿*Iusta Legio*?», *Zephyrus. Revista de prehistoria y arqueología* 25, 457-471.
- _____. (1996), *El ejército de la República romana*, Madrid: Arco Libros.
- Rose, E. (1982), «The Anatomy of Mutiny», *Armed Forces and Society* 8, 4, 561-574.
- Roselaar, S.T. (2009), «*Assidui* or *proletarii*? Property in Roman Citizen Colonies and the *uacatio militiae*», *Mnemosyne*, 62, 609-623.
- Rosenstein, N.S. (1990), *Imperatores victi: Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic*, Berkeley: University of California Press.
- _____. (2004), *Rome at War: Farms, Families, and Death in the Middle Republic*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- _____. (2008), «Aristocrats and Agriculture in the Middle and Late Republic», *JRS* 98, 1-26.
- _____. (2011), «War, Wealth and Consuls», en H. Beck, A. Duplá, M. Jehne y F. Pina Polo (ed.) (2011), *Consuls and res publica. Holding High Office in the Roman Republic*, Cambridge; New York: Cambridge University Press, 133-158.

- _____ (2012), «Integration and Armies in the Middle Republic», en S. T. Roselaar (ed.), *Process of Integration and Identity Formation in the Roman Republic*, Leiden; Boston: Brill, 85-103.
- _____ (2016), «*Bellum se ipsum alet?* Financing Mid-Republican Imperialism», en H. Beck, M. Jehne, J. Serrati (eds.), *Money and Power in the Roman Republic*, Bruxelles: Editions Latomus, 114-130.
- _____ (2020), «Financing Imperialism in the Middle Roman Republic», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 99-111.
- Roth, J.P. (1999), *The Logistics of the Roman Army at War (264 B.C.-A.D. 235)*, Leiden; Boston: Brill.
- _____ (2012), «Ideologies of Discipline in the Roman Military», *Journal of Roman Archaeology*, 25, 750-758.
- Rotondi, G. (1912), *Leges publicae populi Romani. Elenco cronologico con una introduzione sull'attività legislativa di comizi romani*, Milano: Società editrice libraria.
- Rouland, N. (1979), «Armées “personnelles” et relations clientélaires au dernier siècle de la République», *Labeo* 25, 16-38.
- Rüpke, J. (1990), *Domus Militariae: Die religiöse Konstruktion des Krieges in Rom*, Stuttgart: F. Steiner.
- Saddington, D.B. (2009), «*Mens exercituum*: The Pathology of Roman Soldiers in Conflict», en P. Rudolph (ed.), *Mania: Madness in the Greco-Roman World*, Pretoria: Classical Association of South Africa, 52-68.
- Sage, M.M. (2008), *The Republican Roman army: A Sourcebook*, New York; London: Routledge.
- _____ (2015-2016), «Los auxiliares en el ejército de la República», *Desperta Ferro Especiales. La legión romana II. La baja República* 8, 36-42.
- _____ (2018), *The Army of the Roman Republic: From the Regal Period to the Army of Julius Caesar*, Barnsley: Pen & Sword Books.
- Salmon, E.T. (1986), «Scipio in Spain and the Sucro Incident», *Studia Classica* 24, 77-84.
- Salvo, D. (2010), «Germanico e la rivolta delle legioni del Reno», *ὄρμος - Ricerche di Storia Antica* 2, 138-156.
- _____ (2013), «The *decimatio* in the Roman World», en S. O'Brien y D. Boatright (eds.), *Warfare and Society in the Ancient Eastern Mediterranean. Papers arising from a colloquium held at the University of Liverpool, 13th June 2008*, Oxford: Archaeopress, 19-24.
- Sampson, G.C. (2010), *The Crisis of Rome. The Jugurthine and Northern Wars and the Rise of Marius*, Barnsley: Pen & Sword Military.
- Schmitthenner, W. (1960), «Politik und Armee in der späten Römischen Republik», *Historische Zeitschrift* 190, 1-17.
- Schneider, H.C. (1977), *Das Problem der Veteranenversorgung in der späteren römischen Republik*, Bonn: Habelt.

- Schrader, K.W. (2016), «Virtus and the Roman World: Generality, Specificity, and Fluidity», *The Gettysburg Historical Journal* 15, 6, 83-107.
- Schulten, A. (1928), «Zur Heeresreform des Marius», *Hermes*, 63, 240.
- Seager, R. (2002), *Pompey: A Political Biography*, Oxford: Blackwell.
- Segura, B. (2003), «Munda», *Faventia* 25 (1), 179-183.
- Sekunda, N. (1996), *Republican Roman Army 200-104 BC*, London: Osprey.
- Shatzman, I. (1972), «The Roman General's Authority over Booty», *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte* 21, 177-205.
- Shaw, B. (1983), «Soldier and Society: The Army in Numidia», *Rivista internazionale per la storia economica e sociale dell'antichità* 2, 1, 133-159.
- Sierra, D. (2012), «Las legiones romanas de época monárquica y republicana: un ejército armado por el Estado», *Antesteria* 1, 483-495.
- Silver, M. (2016), «Public Slaves in the Roman Army: An Exploratory Study», *Ancient Society* 46, 203-240.
- Smith, L.V. (2014), *Between Mutiny and Obedience: The Case of the French Fifth Infantry Division during World War I*, New Jersey: Princeton University Press.
- Smith, R.E. (1958), *Service in the Post-Marian Army*, Manchester: Manchester University Press.
- Sordi, M. (1972), «L'arruolamento dei *capite censi* nel pensiero e nell'azione politica di Mario», *Athenaeum*, 50, 379-386.
- Southern, P. (2006), *The Roman Army: A Social and Institutional History*, Santa Barbara: ABC-CLIO.
- Speidel, M.A. (2012), «Dressed for the Occasion. Clothes and Context in the Roman Army», en M.-L. Nosch (ed.), *Wearing the Cloak: Dressing the Soldier in Roman Times*, Oxford; Oakville: Oxbow Books, 1-12.
- _____ (2018), «The Roman Military Community and "Military Inscriptions"», en C. Bruun y J. Edmondson (eds.), *The Oxford handbook of Roman epigraphy*, New York: Oxford University Press, 319-344.
- Stoll, O. (1995), *Excubatio ad signa. Die Wache bei den Fahnen in der römischen Armee und andere Beiträge zur kulturgeschichtlichen und historischen Bedeutung eines militärisches Symbols*, St. Katharinen: Scripta Mercaturae.
- _____ (2007), «The Religions of the Armies», en P. Erdkamp (ed.), *A Companion to the Roman Army*, Malden: Blackwell, 451-476.
- Subirats, Ch. (2013), *El ceremonial militar romano. Liturgias, rituales y protocolos en los actos solemnes relativos a la vida y la muerte en el ejército romano del alto imperio*, (tesis inédita de doctorado, Universitat Autònoma de Barcelona), Recuperado de https://ddd.uab.cat/pub/tesis/2013/hdl_10803_133339/css1de1.pdf
- Sumner, G. (2002), *Roman Military Clothing 100 BC – AD 200*, Oxford: Osprey Publishing.
- Taylor, M.J. (2022), «Decimatio: Myth, Discipline, and Death in the Roman Republic», *Antichthon. Journal of the Australasian Society for Classical Studies* 56, 105-120.

- Thein, A. (2011), «Sulla's Veteran Settlement Policy», en F. Daubner (ed.), *Militärsiedlungen und Territorialherrschaft in der Antike*, Berlin: De Gruyter, 79-99.
- Thommen, L. (2000), «Gaius Marius –oder: der Anfang vom Ende der Republik», en K.J. Hölkeskamp y E. Stein-Hölkeskamp (eds.), *Von Romulus zu Augustus. Große Gestalten der römischen Republik*, München: C.H. Beck, 187-198.
- Thorburn, J. (2003), «Lixae and calone: Following the Roman Army», *Classical Bulletin* 79, 47-61.
- Thuillier, J.P. (2011), «Virilité romaines. Vir. Uirilitas, uirtus», en G. Vigarello (ed.), *Histoire de la virilité, vol. 1.: L'Invention de la virilité. De l'Antiquité aux Lumières*, Paris: Éd. du Seuil, DL, 65-111.
- Tokmakov, V.N. (1997), «Sacral Aspects of Military Discipline in Early Republican Rome», *Vestnik Drevnej Istorii*, 2, 43-59.
- Tondo, S. (1963), «Il 'sacramentum militiae' nell'ambiente culturale romano-italico», *SDHI*, 29, 1-123.
- _____. (1968), «Sul sacramentum militiae», *SDHI*, 34, 376-396.
- Töpfer, K. (2011), *Signa Militaria: die römischen Feldzeichen in der Republik und im Prinzipat*, Mainz: Römisch-Germanisches Zentralmuseum.
- Toynbee, A.J. (1965), *Hannibal's Legacy: The Hannibalic War's Effects on Roman Life. Vol. 2. Rome and Her Neighbors after Hannibal's Exit*, London: Oxford University Press.
- Tritle, L.A. (2020), «Soldiers' Home: Life After Battle», en L.L. Brice (ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare*, Hoboken, NJ: Wiley-Blackwell, 53-64.
- Ureche, P. (2014), «The Soldiers' Morale in the Roman Army», *Journal of Ancient History and Archaeology* 1, 3, 3-7.
- Urso, G. (2001), «Tumultus e guerra civile nel I secolo a.C.», en M. Sordi (ed.), *Il pensiero sulla guerra nel mondo antico*, Milano: Vita e pensiero, 123-139.
- Valdés, P. (2017), *La logística del ejército romano durante la República media (264-188 a. C.)*, (tesis inédita de doctorado, Universitat Autònoma de Barcelona), Recuperado de https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/434479/PVM_TESIS.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Valgiglio, E. (1952), «La reforma mariana del sistema di arruolamiento», *Il Mondo Classico* 19, 1-19.
- Vallejo, M. (1993), «Sobre la persecución y el castigo a los desertores en el ejército de Roma», *Polis: Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 5, 241-251.
- _____. (1996), «Transfugae en el ejército de Roma», *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua* 20, 399-408.
- _____. (1998), «Violación del sacramentum y crimen maiestatis: La cobardía en el ejército de Roma», *Habis* 28, 167-177.
- Van Lommel, K. (2013a), «The Recognition of Roman Soldiers' Mental Impairment», *Acta Classica* LVI, 155-184.

- _____ (2013b), «The Terminology of the Medical Discharge and an Identity Shift among the Roman Disabled Veterans», *Ancient History Bulletin* 27, 65-74.
- _____ (2015), «Heroes and Outcasts: Ambiguous Attitudes towards Impaired and Disfigured Roman Veterans», *Classical World* 109, 1, 91-117.
- Walters, J. (1997), «Invading the Roman Body: Manliness and Impenetrability in Roman Thought», en J.P. Hallett y M.B. Skinner (eds.), *Roman Sexualities*, Princeton, N.J.; Chichester: Princeton University Press, 29-43.
- Warry, J.G. (1995), *Warfare in the Classical World: An Illustrated Encyclopedia of Weapons, Warriors and Warfare in the Ancient Civilizations of Greece and Rome*, Norman: University of Oklahoma Press.
- Watson, G.R. (1958), «The Pay of the Roman Army», *Historia. Zeitschrift für Alte Geschichte* 7, 113-120.
- _____ (1982), «Conscription and Voluntary Enlistment in the Roman Army», *The Proceedings of the African Classical Associations*, 16, 46-50.
- _____ (1985), *The Roman Soldier*, Ithaca, New York: Cornell University Press.
- Watts, D. (2012), «Crime, Punishment and Reward in the Roman Army», *Nova November*, 14-15.
- Webster, G. (1969), *The Roman Imperial Army of the First and Second centuries AD*, London: Adam & Charles Black.
- Wilkes, J.J. (1963), «A Note on the Mutiny of the Pannonian Legions in A.D. 14», *The Classical Quarterly*, 13, 268-271.
- _____ (1990), *El ejército romano*, [Traducción al español de Montserrat Tiana Ferrer], Madrid: Akal, D.L.
- Williams, M.F. (1997), «Four Mutinies. Tacitus, *Annals* 1, 16-30; 1, 31-49 and Ammianus Marcellinus, *Res gestae* 20, 4, 9 – 20, 5, 7; 24, 3, 1-8», *Phoenix. The Journal of the Classical Association of Canada. Revue de la Société canadienne des études classiques*, 51, 44-74.
- _____ (2001), «“Shouldn’t you have come and talked to me about it?” Democracy and a Mutiny in Scipio’s Army (Polybius 11, 25-30)», *Ancient History Bulletin* 15, 4, 143-153.
- Wolff, C. (2007), «Le refus du service militaire à Rome à l’époque républicaine», *Revue des Etudes Militaires Anciennes*, 4, 17-58.
- _____ (2009), *Déserteurs et transfuges dans l’armée romaine à l’époque républicaine*, Napoli: Jovene.
- _____ (2010), «Les volontaires dans l’armée romaine jusqu’à Marius», *Latomus* 69, 18-28.
- _____ (2012), *L’Armée romaine. Une armée modèle?*, Paris: CNRS.
- _____ (2013), «Les légions de Fimbria», *Latomus*, 72, 338-349.
- Woodman, A.J. (2006), «Mutiny and Madness: Tacitus *Annals* 1.16-49», *Arethusa* 39: 303-329.

